

Juan García Oliver

EL ECO DE LOS PASOS

El anarcosindicalismo

en la calle
en el Comité de Milicias
en el gobierno
en el exilio

MEMORIAS RUEDO IBERICO



Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones y Publicaciones

Juan García Oliver

El eco de los pasos



Juan García Oliver en la actualidad.

«Para muchos, la CNT era ya materia de historia; de ella nada quedaría en pie. Se olvidaba que las organizaciones y las instituciones logran sobrevivir a los que de ellas hacen uso indebido [...] se levantará nuevamente y con más fuerza que antes. Y tendrá que hacer historia nueva, rehaciendo las pobres cosas de que se componen las historias de la clase obrera organizada en nuestro país [...]. El sindicalismo no ha muerto, no ha muerto el anarcosindicalismo español. Limpiemos nuestra historia de los desaciertos e inexactitudes garrafales con que la han adornado los aficionados a escribirla [...]. La CNT

Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones
y Publicaciones
Zaragoza, 16 - Barcelona-6

El eco de los pasos

Juan García Oliver

el eco de los pasos

El anarcosindicalismo

...en la calle

...en el Comité de Milicias

...en el gobierno

...en el exilio



Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones y Publicaciones

De esta primera edición de *El eco de los pasos* de Juan García Oliver se ha hecho una tirada" de cinco mil ejemplares.

1978, Editions Ruedo Ibérico, París.
Reservados todos los derechos.

1978, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona,
para esta edición.

Cubierta: Xosé Díaz Arias.

ISBN: 84-85361-06-7

Depósito legal: B. 33460-1978

Impreso y encuadernado en
Printer, industria gráfica sa.
Provenza, 388 - 5.^a Barcelona-25
Sant Vicenc deis Horts 1978

índice

1. El anarcosindicalismo en la calle	9
Fragua de rebeldía	11
La muerte de Pedro	12
Contabilidad de la miseria	14
1909	15
La huelga	16
Trabajo y esperanza	19
Pascua sangrienta	28
La guerra civil de siempre	54
La precaria paz social	66
Guerra social	74
Vuelta en redondo	99
La República del 13 de abril	103
Recuperación de fuerzas	114
El Congreso de Zaragoza	137
Apéndices	140
El fascismo y las dictaduras	140
El avance fascista en España	141
Por los fueros de la verdad	143
Desde la línea de fuego	146
La posición de la CNT	147
Los enemigos del proletariado catalán	148
La baraja sin fin	151
2. El anarcosindicalismo en el Comité de Milicias	153
Palabras y gestos	155
¡ No se puede con el ejército!	171
Maquiavelos en chancletas	177
La derrota	183
La prueba de fuerza	191
Frente de Aragón	194
Derecho de gentes	199
La incógnita valenciana	202
Industrias de guerra y socializaciones	204
Consejos de Obreros y Soldados	209
Las dos caras de la CNT	212
El éxito de la Escuela de Guerra	220
El fracaso de la Escuela de Militantes	223
Justicia revolucionaria	228
Las «pintorescas» columnas anarquistas	331
El Comité de Acción Marroquí	233
Brigadas internacionales	237
La expedición a Mallorca	238
Sociedad de Naciones	246
El oro de España	249
Los que huían de la FAI	250
Protección a las minorías	253

Dos columnas sin suerte	257
Unidad de mando en Aragón	265
La pólvora sin humo	
Cuesta abajo	
Todo tiene un término	

El anarcosindicalismo en el gobierno	295
¿Nos hundimos? ¡Irremisiblemente!	297
Seguir adelante	308
Madrid sin gobierno	319
¿Queréis matar a Durruti?	328
20 de noviembre	335
¡A ritmo de guerra y de revolución!	343
Visitas	349
¡ Año nuevo!	355
Justicia a la antigua	377
Bombardeos sospechosos	381
Postales a colores	389
Asturias y Málaga	400
Claroscuros	405
A plena luz	428
Perdido cuando iba por la calle	431
La crisis... y la tristeza	435
Balance	441
De espaldas a la pared	443
¿Tan malos éramos?	464
«Los Cambónos»	476
Me quedo sin cartas	489
En la recta final	503

4. El anarcosindicalismo en el exilio	513
En la resaca	515
Exilado en Suecia	530
Salir de Suecia	537
A través de la Unión Soviética	542
En Estados Unidos, camino de México	549
Los políticos exilados	554
La Ponencia	561
El Primer Congreso Antifascista	565
Los manifiestos del Comité nacional de la CNT en el exilio	568
Mi conferencia en el Palacio de Bellas Artes de México	583
Hacia el final de la guerra mundial	591
Salida del aislamiento mejicano	597
El gobierno Giral	600
Defecciones y abandonos	604

índice

Refugiados y gachupines	606
A Seguí daba gusto oírle hablar	610
Los hombres de acción de la CNT	612
El Panteón español en México	618
Materia de historia	621
Cuando se ajustició a Dato	625
Cuando asesinaron al «Noi del Sucre»	627
El oaso de los días	636

índice de nombres	639
-------------------	-----

1 El anarcosindicalismo en la calle

Este no será un libro completo. Tampoco será una obra lograda.

Sobre la CNT —CNT igual a anarcosindicalismo— se ha escrito bastante. Y se ha escrito por haberse revelado como la única fuerza capaz de hacer frente a los militares españoles sublevados contra el pueblo. Fue la CNT —los anarcosindicalistas— la que impidió, por primera vez en la historia, que un ejército de casta se apoderase de una nación mediante el golpe de Estado militar. Hasta entonces, y aún después, nadie se opuso a los militares cuando en la calle y al frente de sus soldados asestaban a su pueblo un golpe de Estado. La sublevación de julio de 1936 era de carácter fascista y al fascismo europeo, en la calle y frente a frente, ningún partido ni organización había osado enfrentarlo. La CNT —los anarcosindicalistas— no logró hacer escuela en las formaciones proletarias del mundo entero. Otros golpes de Estado han sido realizados después por militares. El de Chile, por ejemplo, frente a casi los mismos componentes que en España —socialistas, comunistas, marxistas—, pero sin anarcosindicalistas, fue para los militares un paseo. Tal como se está explicando lo ocurrido en Chile, la lección para los trabajadores será nula. Porque no fueron los militares quienes mataron a Allende, sino la soledad en que lo dejaron. Algo muy parecido le ocurrió al presidente de la Generalidad de Cataluña, Luis Companys, en el movimiento de octubre de 1934.

Entonces, como ahora, predominaba en Europa una manifestación del comunismo, gritón, llorón, dado a difamar a cuantos no se doblegan al peso de sus consignas. Bueno, sí, para organizar desfiles aparatosos en Madrid, en Barcelona, en Santiago, en Berlín. Pero, al trepar al poder Hitler en Alemania, solamente el anarquista individualista holandés Van der Lubbe tuvo el arranque de pegarle fuego al Parlamento, desafiando las iras de quien se creía más poderoso que los dioses. Aquel fuego purificador alumbró la sordidez del mundo comunista, pagado de sus periódicos, de sus desfiles, de sus manifestaciones, pero que, carente de la chispa insurreccional de los anarcos, siempre dejó libre el paso a los enemigos de la libertad. No amando la libertad, no son aptos para defenderla.

La CNT tuvo excelentes luchadores, hombres y mujeres capaces de llenar páginas de Historia. Pero careció de intelectuales capaces de describir y de teorizar nuestras gestas.

Durante años he vivido en la duda de si debía eternizarse nuestras luchas en narraciones veraces. El final de Allende, asesinado por la soledad en que lo dejaron sus partidarios, me ha convencido de que convenía que el mundo obrero conociera lo que éramos colectivamente, y no solamente a través de la imagen de un hombre y de un nombre. La CNT dio vida a muchos héroes.

En la medida de lo posible deben irse aportando ya los materiales de la verdadera historia del anarcosindicalismo en su aspecto humano, más importante que las manifestaciones burocráticas, que tanto se han prodigado. Solamente la veracidad puede dar la verdadera dimensión de lo que fuimos.

La verdad, la bella verdad, sólo puede ser apreciada si, junto a ella, como parte de ella misma, está también la fea cara de la verdad.

Fragua de rebeldía

Ya de mayor supe que los anarquistas se hacían leyendo las obras de Kropotkin y Bakunin; y que las variedades de socialistas —que son muchísimas— se empollaban las obras de Marx y Engels. Es posible que así fuese entre gente de la clase media, que podían aprender a leer bien, que sabían dónde comprar los libros, de los que poseían antecedentes, y que no carecían del dinero para su adquisición.

También me enteré, al correr del tiempo, de que entre los anarquistas, como entre los socialistas, abundaban las diferencias ideológicas. A veces, diferencias muy hondas. En Cataluña, las discrepancias en la interpretación de las ideas anarquistas eran notables entre los anarquistas de procedencia obrera y los anarquistas de extracción burguesa o pequeño burguesa.

A los anarquistas de origen proletario les movía la pasión de hacer pronto la revolución social e instaurar inmediatamente la justicia social mediante la aplicación de estrictas normas de igualdad.

Entre los anarquistas de origen burgués o de influencia liberal burguesa, prevalecía la observancia de los principios, sin conceder primordial importancia a la realización de la justicia social y a la instauración del comunismo libertario o de cualquiera de sus sucedáneos más o menos afines.

El anarquista-comunista libertario de origen obrero reaccionaba determinado por el medio en que se había creado, cercado por el hambre y las necesidades económicas. En cambio, el anarquista procedente de la clase media o de la burguesía, relativamente bien alimentado desde su nacimiento, se movía por motivaciones preferentemente políticas, achacando los males de la sociedad a la existencia de gobiernos de pésima dirección, rematando en la aspiración, más demagógica que realista, de admitir aquel tipo de gobierno que menos gobierne.

Escuelas, libros, espíritu de reforma más que de rebeldía, eran los caminos preferidos por los liberales un tanto radicalizados que solían aparecer en las agrupaciones de anarquistas, en las que causaban grandes perturbaciones. Algo parecido ocurría en los medios marxistas, sólo que a la inversa: los elementos de origen burgués eran los que sostenían las tendencias más derechistas dentro del socialismo.

Las finalidades de los anarquistas y de los socialistas de origen proletario venían a ser las mismas, con matices, pero sin fundamentales diferencias: el anarquista de origen proletario aspiraba al derrocamiento inmediato de la sociedad burguesa y la instauración del comunismo *libertario*, en el que el beneficiario había de ser primordialmente el hombre. El marxista de extracción obrera aspiraba al derrocamiento inmediato de la sociedad burguesa y la instauración del comunismo *dictatorial*, no concediendo gran importancia a la mayor o menor cantidad de autoridad en que se asentase, supeditando el hombre al Estado.

Los anarquistas o socialistas de origen burgués o pequeño burgués se forman en los institutos, las universidades, las revistas y los libros.

Veamos cómo se iba formando el luchador anarquista de origen obrero.

Tengo siete años. Asisto a las clases de primera enseñanza en la escuela pública. A las cinco de la tarde, los alumnos salen a la calle. Sería buena hora para merendar, pero tendré que prescindir de la merienda porque en mi casa no hay nadie. Mi padre, mi madre y mi hermana mayor están trabajando todavía en el «Vapor Nou»; la pequeña, Mercedes, quién sabe dónde estará, posiblemente fregando en alguna casa de ricos. A falta de merienda, a jugar, a correr hasta cansarse.

En primavera, en verano y hasta en otoño, en espera de las siete de la tarde, cuando salen los obreros de la fábrica, se podía jugar a la *clotxa*, al *belit*, a las canicas, con el trompo, a las cuatro esquinas; mientras las muchachas se divertían con sus clásicos corros, para, de pronto, ponerse a correr y chillar, como golondrinas. Mientras, van llegando los padres del trabajo, subiendo lentamente las escaleras que conducen al hogar, con mobiliarios de lo más

pobre, camastros con colchones de hojas de panojas de maíz, con alumbrado doméstico que, con el tiempo, ha sido una antología de la luz: candil de pábilo y aceite, palmatoria con vela de estearina, bote de carburo. Barrios de obreros, donde no ha llegado todavía el gas a domicilio, ni, mucho menos, la electricidad.

Pero cuando llega el invierno, con vientos helados que corren por las calles, se encogen los ánimos de los niños y niñas, que entonces andan arrinconados por zaguanes o escaleras. A veces, porque en invierno se siente más pronto el hambre que en verano, se forma una gavilla de muchachos que van a esperar a los padres a la puerta del «Vapor Nou». Allí, había un tramo de pared calentita por la que transpiraba el calor de la tintorería, cuyos ásperos vapores salían por un tubo de escape que daba a la calle a unos veinticinco centímetros del suelo.

Son las seis y media, siete menos cuarto. ¡Cuánto tardan en llegar las siete para los apelotonados muchachos! Porque el frío avanza en ráfagas cortantes. Cuando silbaba el viento de las montañas próximas a Reus, decía la gente: «*Com bufa el Joanet de Prades!*» Pegados, muy pegados los unos a los otros, pasándose el vapor de los alientos, que se mezclaba al vapor que salía del tubo de escape. Y, al fin, la sirena anunciando el término de la jornada de trabajo. Jornada larga, de las seis de la mañana a las siete de la tarde, con una hora para el almuerzo y una hora y media para la comida.

Una de aquellas tardes de frío, punzante, llegó en su coche tirado por dos caballos el amo de la fábrica, Juan Tarrats hijo. El amo viejo, al que ya se veía poco, era Juan Tarrats padre. A un silbido del cochero se abrió el portón de la fábrica, por el que penetró el coche. El amo debió reprender al portero por permitir que un montoncito de niños estuviésemos casi junto a la puerta, porque el portero, con disgusto, nos gritó que nos fuésemos de allí.

La parvada de muchachos salió disparada calle abajo, en dirección al Bassot. Al llegar a la esquina, los contuve:

—Ya no corramos más. ¿Qué os parece si a pedradas rompemos el foco de la puerta y dejamos la calle a oscuras?

Regresamos todos, con aires de comprometidos en una conspiración. Recogimos piedras en la calle sin pavimentar. Sigilosamente nos acercamos a la puerta de la fábrica, miramos a un extremo y otro de la calle y, seguros de la impunidad, cinco bracitos lanzamos piedras al foco.

Se oyó un ¡paf!, y se oyó caer una pequeña lluvia de fragmentos de vidrio. Niños todavía, habíamos empezado la guerra social. Y aunque nos lanzamos a correr en todas direcciones, lo hicimos con la agradable sensación de haber ganado la primera batalla en la vida... Porque, al tercer día, volvimos a reunirnos junto a la boca de escape de vapores, y el portero no nos gritó ni nos echó.

La muerte de Pedro

Creo que ya había cumplido siete años. Noté una extraña manera de conducirse mi familia. Mi madre parecía más vieja que días antes y a veces se la veía esforzándose por no llorar. Mi padre, serio, muy serio, como siempre, tenía fija la mirada en un punto invisible. A mis hermanas las veía tristes y como más pequeñas, acaso por lo encogidas que andaban.

Sí, algo ocurre en la casa. Me siento a disgusto, pero me esfuerzo por no llorar. No quiero que las lágrimas asomen a mis ojos. Se ha ido el médico, el doctor Roig le llamaban. Como en un susurro ha dicho a mis padres:

—Le veo muy mal. Tiene meningitis. En estos casos, uno casi no sabe qué decir, porque los pocos que se salvan se quedan como tontos para toda la vida.

Volvió a las once de la noche, como había prometido, y confirmó que era meningitis. A mí me levantaron muy temprano, para ir a comprar diez céntimos de leche de vaca para el hermanito Pedro, que se estaba muriendo. La aparición de un vaso de leche de vaca en casa de obreros con enfermo en la cama era cosa tan definitiva como el viático.

Salí a la calle, todavía con las estrellas en el cielo. Era invierno y el frío cortaba. Yo no comprendía por qué la leche tenía que ser de vaca, por qué había que ir tan lejos a comprarla, cuando dos casas más allá se podía adquirir leche de cabra, recién muñida y más barata.

Pero tenía que ser de vaca. En el establo se estaba caliente, con un calorcito blando y suave, que invitaba a tumbarse y dormir. Ya en la calle, me hizo bien la leche recién ordeñada, que llevaba en un vaso de vidrio, porque sentía en las manos el calor que despedía. Yo no había probado nunca la leche de vaca, porque todavía no había estado enfermo para ser visitado por el médico. La de cabra la había probado el invierno anterior, para ver de que se me quitase un fuerte catarro.

Tuve la tentación de probar un sorbito de aquella leche. Pero no me atrevía, al pensar que era para curar a Pedro. Y así tres amaneceres en busca de los diez céntimos de leche de vaca. El tercer día no pude resistir la tentación de tomar un sorbito de aquella leche, que aún estaba espumosa. Aquel mismo día murió Pedro. Cuando lo vi metido en su cajita de pino pintada de blanco, sentí que se me encogía el corazón. Por un momento, pensé que se había muerto al notar la falta del sorbito de leche que le había quitado.

Tuvo un humilde sepelio en un coche faetón, con el único acompañamiento de mi hermana Elvira y yo, que a pie lo seguimos hasta el cementerio.

Al día siguiente volvimos Elvira y yo al cementerio. Ella llevaba en brazos una pesada cruz de hierro fundido. La había comprado en parte con dinero de su hucha y en parte al fiado. Cuando llegamos, eran las cuatro de la tarde. El cementerio de Reus era enorme, como una gran ciudad de los muertos. A derecha e izquierda, traspuesta la gran entrada interior, imponentes monumentos, bien alineados, señalaban el emplazamiento de las últimas, moradas de los muy ricos. Impresionaba el panteón de mármol blanco, de estilo clásico, de los Odena, dueños de la fábrica el «Vapor Vell». A continuación llamaba la atención el de la familia Quer, de actividades tan diversas como la diplomacia y la vinatería, y que semejaba una pequeña iglesia de piedra labrada en estilo gótico. Y muchos más, exponentes todos de un sentido del lujo llevado hasta la tumba.

Llegamos al sitio mi hermana y yo. Era una gran zanja recién abierta, que conservaba todavía la frescura de la tierra removida. Allí, como escalonados, se veían los últimos ataúdes que habían sido depositados. Ataúdes de pobre, de tablas de madera pintada de negro. Mi hermana Elvira, nuestra segunda madre, arrodillada sobre la tierra al borde de la gran fosa, hacía un agujero con un trozo de hierro que había llevado envuelto en el delantal. Cuando hubo terminado de cavar el hoyo, hincó con fuerza la cruz. Luego fue colocando piedritas en el contorno de un rectángulo de unos 40 por 60 centímetros, como reclamando la pertenencia de aquel pedazo de terreno, que, según la costumbre, le sería respetado. Hasta que por la rotación del tiempo, serían de nuevo abiertas zanjas en el mismo sitio y de nuevo serían colocados los féretros de los pobres formando escaleras.

La muerte tiene poca importancia. Pero, ¿por qué solamente tiene poca importancia cuando se trata de la muerte de los trabajadores?

Entonces, yo no sabía nada sobre la vida y la muerte. Me pareció que, en

los días de lluvia, mi hermanito y los que formaban escalera con él, se mojarían mucho. Y noté que grandes lágrimas salían de mis ojos.

Contabilidad de la miseria

La muerte y el entierro de Pedro provocaron algunos cambios en el seno de la familia. Antes, éramos muy pobres. Después, aún fuimos más pobres. Éramos cinco y sólo trabajaban dos, mi padre y mi hermana Elvira. Para pagar las medicinas, la leche, el médico, el ataúd y la cruz de hierro fundido, tuvimos que empeñarnos. Mi padre se vio forzado a solicitar una entrevista con el viejo Tarrats, dueño del «Vapor Nou», donde trabajaba de albañil y en la que Elvira atendía a una máquina de urdir.

Mi padre contó la entrevista en casa, dejándonos boquiabiertos por la hazaña de haberse atrevido a hablar con el «amo», ante quien permaneció de pie y con la gorra en la mano:

—Se me acaba de morir mi hijo Pedro, don Juan. Y hemos tenido muchos gastos. Para los pagos apremiantes, me prestaron, por unos días, el dinero. Pero tengo que devolverlo, y he venido a rogarle me haga un préstamo de cien pesetas, a ir descontando de mi semanal.

—Bien. Te prestaré ese dinero. Pero debes saber que en todas partes el dinero está escaso y es caro. Por tratarse de ti, te prestaré las cien pesetas, pero me devolverás ciento veinte. Te irán descontando cinco pesetas cada semana. ¿Te parece bien?

—Sí, don Juan, me parece bien y le quedo muy agradecido.

Cargados así de enormes deudas, hubo que modificar la organización del hogar. Mi madre volvió a la fábrica como rodetera. Mercedes, que tendría diez años, se encargaría de la casa por la mañana y por la tarde haría menesteres en casa de los ricos. Yo continuaría yendo a la escuela pública. Mis padres soñaban con que yo aprendiese mucho, para poder librarme de trabajar en el «Vapor Nou», que, como el «Vapor Vell», aprisionaba dentro de sus muros a familias enteras de trabajadores.

De toda la familia, yo era el único en saber sumar y restar. Asistía a las clases de una escuela primaria instalada en los altos de un caserón de la calle San Pablo, a cuyo maestro, castellano, llamado don José, habíamos motejado de «*mestre panxut*».

Era buena persona el *mestre panxut*. Pero le teníamos ojeriza porque sentía mucha afición al empleo de una larga regla de madera, con la que nos daba en la palma de las manos si la falta era leve, o en la punta de los dedos apañados si, a su entender, la falta era grave. En el fondo de todos los alumnos, el motivo de la antipatía provenía de que fuese oriundo de Castilla. Para los niños de entonces, quien no era catalán era forzosamente castellano. Así que, cuando nos había zurrado fuertemente, lo denigrábamos llamándolo *mestre panxut* o *castellà panxut*.

A los siete años de edad, me convertí en el contable de la familia. Y nuestra contabilidad no dejaba de ser complicada. En mi casa, desde que yo tenía memoria, se compraba todo de fiado. Para cada cuenta, tenía mi madre una libreta: la del panadero, la de la tienda de comestibles, la del casero y, últimamente, la de don Juan Tarrats por el préstamo de las cien pesetas, que hube de asentar como ciento veinte.

La noche del sábado, mi madre recibía el dinero que se había ganado durante la semana: el sueldo del padre, lo ganado por ella y por Elvira y lo que

hubiese ganado Mercedes. Y se hacía el recuento, colocando lo cobrado, generalmente en monedas de dos pesetas, en montoncitos de diez monedas. En la tarea de recontar, mi madre era infatigable. Yo tenía ante mí el montoncito de libretas, en las que durante la semana, nuestros acreedores habían ido anotando las cantidades debidas. Y sacaba los totales, más el total de cada total de libreta.

—¿Estás seguro de no haberte equivocado? Repasa otra vez las sumas.

Lo hacía. Ya estaba acostumbrado a las dudas de mi madre. Si las cantidades cobradas cubrían las deudas, mi madre se dirigía a la tienda de comestibles y a la panadería para pagar. Mas si, como ocurría frecuentemente, no alcanzaban para el pago de la cuenta, nos enviaba a Elvira y a mí a efectuar los pagos y a comprar.

El panadero ponía mala cara. Seguramente pensaba que deberíamos comer menos pan. Para ponerle freno a la boca, comprábamos el pan el sábado para toda la semana, de forma que se fuese secando. Pan blando, nos habríamos comido toda la canasta en un par de días. ¡Qué delicia comer pan tierno, casi salido del horno!

Existían pastelerías en Reus. Pero no eran tiendas para los obreros. Yo las conocía todas por el tiempo que pasé con la nariz pegada a sus escaparates, contemplando los dulces exhibidos.

1909

Es un verano cálido, como todos los veranos. Pero este verano de 1909 está re- calentado. Circulan muchos rumores, alarmantes todos: «Allá en Melilla...» «Toda la culpa la tiene el clero...» «Hay que acabar con todo de una vez...».

Reus fue siempre ciudad liberal. Hasta rebelde. En su Centro de Amigos (un bello eufemismo para encubrir que se trataba de un punto de reunión de los anarquistas) se celebró el Primer Certamen Socialista de España (otro bello eufemismo que encubría la ideología anarquista de los que participaron), que aprobó que la canción *Los hijos del pueblo* fuese declarada himno oficial del anarquismo militante.

Julio de 1909. Se había declarado el estado de guerra, porque en Barcelona ardían como antorchas las iglesias y los conventos. Apretaba el calor y la ansiedad. La Guardia civil, a pie y a caballo, patrullaba, no permitiendo que se formasen grupos en las calles y plazas. Las calles importantes, como Arrabales, San Juan, Mayor, Monterols, Plaza de la Constitución y Plaza de Prim, las únicas empedradas con adoquines de granito, habían sido regadas con arena, para que los caballos del ejército no resbalasen al perseguir a los revoltosos.

Sin ser día festivo, en mi casa había más quietud que en domingo. A causa de la huelga general decretada no se sabía por quién, nadie había ido a trabajar. Para ahuyentar el silencio, mis hermanas empezaron a barrer los cuartos, mi madre a dar lustre a la cocina y padre sacó sus instrumentos de albañilería y fue tapando los agujeros de paredes y suelos. Yo rondaba la puerta con ánimo de salir disparado a la calle. Mi madre rezongó.

—Hoy no se sale a la calle. ¿Me oyes?

—Sí, mamá. Te prometo no pasar del zaguán.

Como no me respondiera en el acto, abrí la puerta y descendí los tres tramos de escalera.

No bien hube asomado la cabeza a la calle cuando cruzaron frente a mí dos obreros jóvenes, de blusa, pantalón y alpargatas. Iban decididos hacia la calle

Camino de Aleixar, que desembocaba en la Plaza del Rey e iba a dar donde empezaban los pabellones del regimiento de Cazadores de Tetuán.

Uno preguntó al otro:

—¿Seguro que te dijeron de concentrarnos en la Plaza del Rey?

—Sí, por eso me dieron los dos revólveres.

Me intrigaron los dos jóvenes obreros. De buena gana me hubiese ido tras de ellos. Los vi que llegando al Camino de Aleixar doblaron a la derecha en dirección a la Plaza del Rey. Antes de haber transcurrido cinco minutos, se oyeron gritos de vivas y mueras, seguidos de estampidos de tiros, débiles, y de otros atronadores, que debían ser los de las tercerolas de los soldados.

Y ahora volvían los dos corriendo, desandando lo andado. Debían conocer el camino. Uno dijo al otro:

—¡Mierda! Ahí están.

Se oyó una descarga cerrada de tercerolas. Los dos jóvenes se volvieron de cara a los soldados y dispararon dos veces la carga de sus revólveres. Me quedé hipnotizado ante aquellas armas, niqueladas y brillantes. Se oyó el galope de los caballos.

—Vamonos por aquí —dijo uno.

—¡Hijos de...! No se puede con el ejército —exclamó el otro.

Y se metieron por el gran portalón del negocio de paja de los Mangrane, que, para quien conociese el camino, conducía al Paseo de las Palmeras, que llevaba a los barrios exteriores del Bassot, amontonamiento de casas humildes que se apretaban en estrechas callejuelas.

Los soldados ignoraban esta salida del negocio de los Mangrane. Eran cuatro y un cabo. Este dijo a dos soldados, que se apearon:

—Buscadlos, que tienen que estar escondidos detrás de las pacas de paja. Si ofrecen resistencia, pegadles un tiro.

Subido al primer rellano de nuestra escalera, pegado al suelo, yo podía ver algo y oírlo todo.

Al fin, cansados de buscar detrás de las pacas de paja, los dos soldados aparecieron.

—No están aquí. Seguramente escaparon por unos patios que dan al Paseo de las Palmeras. Quién sabe dónde estarán ya...

Los oí galopar y alejarse. Fueron apareciendo en las ventanas las cabezas de vecinos y vecinas, que se pusieron a parlotear.

—¡Menos mal que pudieron escabullirse por allí!...

—¡Juan, sube! —gritó mi madre desde la ventana.

La huelga

Aquel Primero de Mayo se celebró en Reus de manera sensacional. Una manifestación de obreros recorrió las calles más céntricas con banderas rojas y coreando canciones como *Hijos del pueblo*, *La Internacional* y *La Marsellesa*.

En la manifestación se notaba la presencia de mujeres, la mayor parte pertenecientes a la Sociedad de trabajadores fabriles y textiles que dirigía un socialista llamado Mestres, y que estaba integrada casi exclusivamente por trabajadores del Vapor Nou y del Vapor Vell.

Y se hablaba de la fuerte lucha entre la Sociedad de los textiles y los dueños de las dos fábricas, Tarrats y Odena.

—Mal asunto para nosotros, si vamos a la huelga —comentó mi padre.

—¿Para nosotros sólo? —preguntó mi madre.

—Para nosotros, más que para muchos. Nosotros trabajamos todos en la misma empresa. Si paramos, en esta casa no entrará ni un céntimo.

Me extrañaba que mi padre dijese tantas palabras. Por lo regular, no hablaba casi nunca. Buen padre, buen albañil, era el centro de la familia en torno al cual todos vivíamos pegados. Sus vicios se reducían a fumar caliqueños. Durante la semana no salía nunca de casa. Los domingos por la tarde se iba a su café, a jugar a la manilla con otros tres obreros. Devaneos femeniles nunca le supimos, si bien mi madre siempre anduvo encelada a causa de chismes que no dejaban de circular debido a su buena presencia. Casado dos veces, viudo de la primera mujer, teníamos en Cambrils dos hermanos, José y Diego, y una hermana, Luisa, con quienes apenas teníamos relaciones, posiblemente por vivir en pueblos alejados casi cinco kilómetros, que en aquellos tiempos era como tener que ir al fin del mundo, por no existir aún medios de transporte públicos.

En Reus, mi padre formó otro hogar, casándose con la que habría de ser nuestra madre. ¿Qué podría decir yo de ella? ¡Pobre! Murió de dolor, muchos años después de darme a luz, al saber que yo estaba moribundo en los calabozos de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, a causa de las palizas que me propinaron los polizontes cuando fracasó el movimiento revolucionario de enero de 1933.

Al fin fueron a la huelga los trabajadores del Vapor Nou y del Vapor Vell. La huelga iba para largo. Los patronos de las dos fábricas no se morirían de hambre. En cambio, sus trabajadores sí se las verían de todos los colores para sostenerse.

Estaban en huelga, pero no luchaban. La dirección de la Sociedad de resistencia que agrupaba a los huelguistas estaba compuesta por socialistas, los cuales vivían al margen de las tácticas de lucha sindicalista, cimentadas en la acción directa. Partidarios de oponer la resistencia del trabajo al capital, arrastraban a los trabajadores a huelgas que, generalmente, terminaban en estruendosos fracasos. Lo que ocurriría con la huelga de los trabajadores algodoneros de Reus.

Entre tanto había que subsistir. Mi madre y mis hermanas lavaban ropa de los ricos y limpiaban sus pisos, para no boquear de hambre, por favor y teniendo que agradecerlo. Mi padre se fue a Tarrasa a trabajar de albañil, con salario muy bajo y teniendo que pagarse la pensión. Era poco lo que traía cuando algún fin de semana venía a vernos. Yo también tuve que ganarme la vida. Tenía ocho años. Me colocaron en una pequeña industria de bolsas de papel. El sueldo era de un real diario, una peseta y cincuenta céntimos a la semana.

Algo era. Era mi ayuda a perder aquella huelga idiota que unos idiotas socialistas se empeñaron en declarar, para dejar que se resolviera sola, sin luchar.

Pasaron meses de hambrear holgando. Al fin se dio la huelga por perdida y hubo que volver al trabajo. Suplicar al dueño, al director, a los encargados, el favor de ser readmitido.

La pérdida de aquella huelga dejó a la clase trabajadora de Reus en un estado de postración. Entre los obreros se decía que la huelga había sido traicionada, que Mestres la había vendido. Lo de la venta no debía de ser cierto porque las huelgas se perdían casi siempre.

Dejé de trabajar y volví a la escuela. Ahora a una escuela de más categoría. Todos los maestros eran catalanes y el *mestre* Grau era el director. Era escuela primaria pública, con maestros que sabían serlo y, Grau y Huguet, republicanos.

Me hizo feliz cambiar de escuela. La nueva escuela estaba bien organizada. Era de enseñanza primaria, pero dividida en tres aulas, espaciosas y altas, con pupitres para dos alumnos cada uno.

Cuando ingresé, el director me hizo un ligero examen de aptitudes: aritmé-

tica, historia, gramática y escritura. Me asignó a su clase, que era la de los alumnos más adelantados. Pero me colocó en la última mesa. Pronto fui saltando a mesas más avanzadas. Antes de llegar a fin de curso, pasé a la primera, que ocupaba desde hacía mucho tiempo Marsal, un muchacho aplicado. Inmediatamente después de nosotros venía Vernet. Todo lo que tenía Marsal de apacible, lo tenía Vernet de impulsivo. Constituimos un equipo de fútbol. Me manejaba bien con la pierna izquierda y me asignaron el puesto de extremo izquierda; Marsal de interior izquierda y Vernet de delantero centro, sitio que nadie podía disputarle, pues parecía haber nacido para el deporte. Estaba atléticamente proporcionado y poseía unos nervios que parecían de acero.

Por aquellos tiempos me dolía enormemente mi pobre vestimenta: larga bata, camisa, pantalón corto y alpargatas, la vestimenta de los hijos de la clase obrera. Pero yo lo sentía mucho. En mi casa, se volvía a sentir los apremios de falta de dinero, originados por la aparición de otra hermanita, Antonia. Mi madre tuvo que dejar de trabajar.

Resultaba, pues, un lujo pensar en que me comprasen ropa nueva para vestirme los domingos y festivos. Al contrario, ahora que la madre estaba en casa, nuestras ropas aparecían con más zurcidos.

No eran explicaciones lo que yo quería, sino otra clase de vida. Pertenecía a una clase de desheredados que nunca tenían la posibilidad de levantar la cabeza. «Así ha sido, es y será», solía decir mi madre.

Mi compañero de banca, Marsal, me dijo que se estaba preparando para hacer la primera comunión. La preparación doctrinal la recibía en la iglesia de San Francisco. Marsal me insistió para que fuera a las clases de doctrina cristiana que daban en la sacristía de la iglesia. Al fin me animé. En mi subconsciente anidó la idea de que, si tenía que hacer la primera comunión, en mi casa tendrían que vestirme de nuevo de pies a cabeza.

Fui y me presenté al rector, mosén Francesc, viejo sacerdote con fama de ser un santo varón. En poco tiempo me aprendí de memoria el librito de *Doctrina cristiana* que nos prestaba. Pero llegó el día de la comunión del grupo y yo fui el único que no la hizo.

Consternado, mosén Francesc me dijo:

—Diles a tus padres que vengan a visitarme. Hemos de ver lo de tu primera comunión. Además, quisiera arreglar con ellos tu entrada en el seminario.

Mis padres hicieron poco caso de los ofrecimientos de mosén Francesc. No me dijeron que sí ni que no. Su aspiración no pasaba de evitar mi entrada en el Vapor Nou. Pero, perderme para siempre por pasar al servicio de Dios no entraba en sus cálculos.

—Este año no podrás hacer la primera comunión. Ya veremos el año que viene —me dijo mi madre.

Cuando dije a mosén Francesc la opinión de mis padres, contraria a mi encierro en el seminario, lo lamentó enormemente.

—No saben lo que se hacen. Ignoran lo que tú vales. Tienes una memoria prodigiosa. Eso, unido a tu magnífica voz, podría hacerte llegar a ser una autoridad en la Iglesia.

Tendría unos diez años cuando hice la primera comunión. No experimenté la gran emoción a que hacían referencia los sacerdotes en sus prédicas. Logré, sí, el par de zapatos nuevos. Cómo se las arregló mi familia, lo ignoré siempre. Estrené un trajecito azul marino, camisa blanca y gorra azul con entorchados dorados, que parecía de almirante. Alguien nos prestó el lazo y el librito de misas. Elvira —siempre ella— me llevó al templo, compartió la misa y me condujo a visitar a varias amistades.

Los domingos y festivos siguientes salía a la calle vestido como en el día de

la comunión. Pero estaba en la edad de crecer y se me quedaba corto el trajecito. Unos domingos más y ya no podría ponérmelo.

Trabajo y esperanza

Acabo de cumplir once años y sin más estudios que los correspondientes a la clase superior de la escuela primaria, me preparo para entrar a trabajar de meritorio —aprendiz, recadero, barredor— en las oficinas de un negocio que fue, y ya no era, una gran marca de vinos de mesa: la llamada Casa Quer, que giraba con el nombre de Viuda de Luis Quer e hijos.

Mi entrada como meritorio en tan importante negocio se debía a los buenos oficios de los Coca, una familia amiga de mi madre. Los Quer eran de una familia de buena gente. Buena la vieja señora Adelaida, viuda de Quer. Buenos sus hijos José y Luis, aquél llevando vida bohemia en París y éste de secretario de la embajada de España en Berna; y buena, porque efectivamente lo era, su hija Elisabeth, con nombre en inglés por haber nacido en Londres, y a quien todos llamaban Ilisi. Buena persona don Buenaventura Sanromán, apoderado del negocio, y buena persona Juan Doménech, jefe de oficina y único oficinista que quedaba en la casa. Buenas gentes los que trabajaban en las bodegas trasgando vinos, filtrándolos, clarificándolos, envasándolos en grandes toneles y pipas.

Entré ganando un duro al mes. Tenía once años. Iba a ganar menos que a los siete años. Y el duro al mes era como una caridad que me hacían aquel conjunto de buenas personas. Sin embargo, no tenía un momento de descanso durante la jornada de trabajo, de las ocho de la mañana a las ocho de la tarde.

Un día y otro día, siempre la misma cosa. Siempre el mismo duro de sueldo mensual. Los domingos, por la mañana me tocaba ir al apartado de correos a recoger cartas y llevarlas a mediodía a la oficina. El apoderado, don Ventureta como le llamábamos, llegaba a las doce, se engrasaba los zapatos con brocha y crema negra, se los cepillaba hasta que parecían espejo y, pacientemente, se dedicaba a leer las cartas, si las hubo. Después, ya pasada la una de la tarde, a punto de irnos, me hacía la acostumbrada pregunta, tartamudeando, que así era él:

—¿Ya... ya... ya has ido a misa hoy... hoy?

—Sí, ya fui.

—¿A qué iglesia?

—A la parroquial, de paso a Correos.

—¿Qui... qui... quién oficiaba?

—Mosén...

Y le daba un nombre. Yo conocía, por sus nombres, a todos los curas de la parroquial de San Pedro; yendo o viniendo de Correos, me asomaba y me fijaba en el cura oficiante y la hora de la misa. De ello dependía que me diese mi domingo: una monedita de plata de cincuenta céntimos.

La casa Quer había sido una firma importante. De su grandeza quedaban las enormes bodegas, repletas de grandes tinas de madera, algunas todavía en uso y otras vacías, en espera de mejores tiempos. El personal laborante era escaso. Don Ventura, el apoderado, hacía de todo un poco y se le tenía por uno de los mejores *mustasar*, catador, de su tiempo.

Me gustaba deambular por las bodegas. Acercarme al corro que a la hora del almuerzo se juntaba alrededor de la mesa del encargado —el *peixeter*— de almacén. El almuerzo duraba una hora, de ocho a nueve de la mañana. Cada cual sacaba lo que había traído para comer. Como eran trabajadores de

una gran casa, se hacían los comedidos en el comer y en el hablar, y hasta en el beber el vino de un enorme porrón que con gran prosopopeya dejaba en el suelo el *peixeter*. Yo escuchaba sus conversaciones, pero no alzaba el porrón. Para mi uso personal había decidido ir acabando con el contenido de muchas botellas que, en calidad de muestras, estaban en unos anaqueles del pequeño laboratorio adjunto a la oficina: moscateles, mistelas, vino rancio y vino de misa.

Aquella ocupación no constituía un avance. Llevaba dos años de meritorio, cada día hacía más trabajo de escritorio y, sin embargo, a fin de mes seguían pagándome un duro. Sí, eran muy buenas gentes. Era como haber caído en un pozo. Siempre rodeado de buenas gentes y sin ninguna mejora en el sueldo. ¿Cuándo podría ascender en una oficina que solamente tenía un oficinista, Doménech, y un ayudante, que era precisamente yo? La casa Quer era un pozo y una ratonera. ¿Cómo hacer para salir de allí? Deseaba huir, pero muy lejos, por lo menos tan lejos como oía decir que se encontraba Barcelona. Cuando algún domingo me marchaba a pasear hasta la Boca de la Mina y miraba la salida de algún tren, no podía evitar la gran emoción que me producía aquella especie de largo gusano que se deslizaba raudo hacia Madrid o Barcelona.

Se presentó la ocasión de intentarlo. Ya llevaba tres años en la casa Quer. Me habían aumentado el sueldo a dos duros mensuales. Un día pedí al señor Ventureta si podía hacerme el favor de adelantarme el sueldo de dos meses, por estar en mi casa urgidos de dinero. Me dio los cuatro duros. Después de comer, en vez de irme a la oficina, me dirigí a la estación a tomar el tren de las dos de la tarde en dirección de Barcelona. Era uno más de los muchos hijos de trabajadores que huían de sus casas. En toda España ocurría lo mismo. En Cataluña, la cosa no era considerada grave. Se solía decir de quienes se iban de sus casas: «Se fue a vender azafrán», por eso de que los vendedores de azafrán iban de pueblo en pueblo ofreciendo su mercancía.

Llegué a Barcelona al atardecer del mismo día. Al salir de la estación compré dos panecillos y una butifarra. Serían mi cena y mi desayuno del día siguiente. Barcelona no me impresionó gran cosa. No conocía en ella a nadie y me puse a pensar dónde pasaría la noche. Al día siguiente pensaba partir en dirección de Francia, donde, por estar en guerra con Alemania, suponía que me sería fácil encontrar en qué ganarme la vida. No me preocupaba el idioma; hacía más de un año que me levantaba a las seis de la mañana para estudiar francés en un librito de preguntas y respuestas. Cené pan y butifarra y bebí agua de una fuente pública. Andando, topé con el cine «Triunfo», cerca del Arco del Triunfo, donde me metí y estuve hasta que lo cerraron. Regresé a la estación y me acomodé en una banca.

Desde que el tren penetró en la provincia de Gerona empezó a llover de manera pertinaz. Empecé a sentir cierta inquietud. A mis trece años, solo por el mundo, rodeado de gentes que no conocía y que eludía, me sumía en una vaga somnolencia que procuraba alejar, por temor a no darme cuenta de la llegada a Vilajuiga, donde debía apearme.

Y llovía cuando llegamos a dicha pequeña población. ¿Qué hacer, lloviendo y sin paraguas? Me dirigí a un tren de mercancías ya formado y me encaramé a una garita de garrotero. Esperé a que terminase la lluvia. La verdad es que me sentía hundido. Y fracasado. Mi salida no podía conducirme a ninguna parte. Me había ido de casa para librarme de la estúpida vida de meritorio. Y me di cuenta que no debía pretender ir más lejos. Tenía que regresar a casa y buscar un trabajo que me permitiese ser independiente.

Me dormí profundamente. La noche era fría. Se me debía ver porque recuerdo vagamente que alguien, seguramente algún empleado del ferrocarril, decía a otro:

—Es un niño. Déjalo que duerma.

Mi madre lanzó un grito de alegría al verme y me acogió con lágrimas, igual que mis hermanas. Mi padre, que de niño las pasó muy gordas, huérfano de padre y madre, me acogió cordialmente desde el camastro en que estaba haciendo la siesta:

—Poco te duró el vender azafrán.

Trabajé todavía unos meses en casa Quer, que no opusieron reparos a mi reintegro en el trabajo. Se comprende, porque tenían que recuperar los cuatro duros de anticipo que les pedí.

Al ir a recoger el correo, pasaba siempre frente a la fonda La Nacional. El dueño, que hacía de cocinero, se pasaba parte de la tarde dormitando en la puerta de la fonda. Le desperté:

—¿No me daría trabajo en la fonda?, le pregunté.

—¿Qué casualidad! Hoy nos ha dejado el *xarrich* de la cocina. ¿Te gustaría trabajar de lavaplatos? Con el tiempo, aprenderías a ser cocinero.

—Sí, me gustaría.

—¿Puedes empezar mañana a las siete? Son cuatro duros al mes y las tres comidas gratis.

Era duro el trabajo de *xarrich* de cocina. A las ocho de la mañana ya estaba con el dueño en el mercado para la compra diaria de verduras, frutas, carnes, pescado, gallinas y conejos. Todo iba siendo metido en la enorme canasta de mimbre que llevaba sobre la espalda. No era lo más pesado. La cocina de una fonda era como un infierno. Sobre el *xarrich* se abatían, a las horas de las comidas, montañas de platos, más la limpieza meticulosa de las sartenes y cacerolas. Me di cuenta de que la cocina era lo más duro de la industria restaurantera. Si no quería dejar la piel entre las montañas de cacerolas y de platos sucios, tendría que avisarme y pasar al comedor. Los camareros, siempre limpios y bien vestidos, trabajaban pero no echaban el bofe, y solamente en propinas ganaban más dinero que los cocineros.

La fonda La Nacional estaba en la calle Llobera. Cerca, casi entrando en la Plaza de Prim, acababa de abrirse un bar restaurante muy a la moderna: el Sport-Bar. La dueña del Sport-Bar, mujer joven y dinámica, con aires de pueblerina rica, hacía el mercado por las mañanas, acompañada de una criada que le llevaba la canasta. Se mé acercó mientras esperaba en la pescadería la compra que el dueño de La Nacional acababa de hacer.

—Vente conmigo de ayudante de camarero al Sport-Bar. No tendrás que hacer el mercado.

—¿Y las condiciones?

—Una peseta diaria, las propinas y las tres comidas. Y la ropa de trabajar limpia.

—El lunes por la mañana iré.

Me gustó el trabajo en el Sport-Bar. Instalado en los bajos del caserón del Círculo Olimpo, se distinguía por su pulcritud.

Aumentó el público del Sport-Bar. Los días de mercado en Reus, los lunes, venía a servir un camarero extra, «El Chato». Me hablaba maravillas de Tarragona, con sus playas y su puerto, siempre lleno de barcos.

El mar. Yo suspiraba cada vez que me hablaba del mar y de los barcos.

Fui preparándome para dejar el Sport-Bar. El Chato me propuso ser ayudante de un camarero del Hotel Nacional de Tarragona, un tal Cardona, que se había formado en París. Ganaría diez duros al mes y Cardona me daría la cuarta parte de sus propinas. Acepté la oferta, despidiéndome del Sport-Bar. El martes siguiente me presentó en el Hotel Nacional. Le caí bien a Cardona. En la co-

ciña se rieron un poco de mí cuando me presenté a pedir el desayuno. El *chef* se llamaba Alfredo Dolz.

Subí a vestirme a lo que dijeron ser mi habitación, un tabuco de metro y medio de ancho por tres de largo, con techo tan bajo que yo, niño de catorce años, tenía que andar agachado para no dar con la cabeza en el techo. Encima del catre de tijera tenía el paquete con la ropa nueva de trabajar.

Con excepción de Cardona, que por estar casado dormía en su casa, los demás, cocineros, camareros, cochero, recamareras y lavanderas, dormíamos en el hotel. Mi tabuco quedaba en el primer piso, junto a la cocina y los baños. Daba horror donde dormían los demás: habitaciones sórdidas con tres o cuatro camastros, las camas sin hacer y clavos en las paredes para colgar las ropas.

Pasó el tiempo. El *chef*, Alfredo Dolz, se fue a trabajar al Restaurante Martín de Barcelona. Poco después, se fue Cardona al Trink-Hall de las Ramblas de Barcelona. Antes de irse, ambos me prometieron ayudarme a encontrar trabajo si me resolvía a ir a Barcelona.

Al fin lo hice. Era el verano de 1917. De paso para Barcelona hice escala en Reus, para despedirme de mis padres y de mis hermanas. Dos días después me despedí de ellos y tomé el tren de la tarde. La estación estaba vacía y el tren casi también. Ocurría algo que yo ignoraba. Aquel mismo día había de celebrarse en Barcelona la Asamblea de Parlamentarios. Se esperaba que aquello terminase en revolución. No hubo tal, por el momento.

En la consigna de la estación dejé la maleta. Y en tranvía me dirigí a las Ramblas. En el Trink-Hall, bar de lujo, encontré a Cardona muy ocupado en el servicio. Me indicó dónde quedaba el restaurante Martín, en el que trabajaba Alfredo Dolz. Este me acogió amablemente. Poco podía esperar de Cardona y de Alfredo. Encontré trabajo en la fonda La Ibérica del Padre. Duré poco en ella, pues por recomendaciones de Alfredo pasé a trabajar de camarero al Hotel Jardín, que no pasaba de ser una fonda de segunda clase. Estábamos en agosto de 1917. Hacía dos meses que había llegado a Barcelona. Qué magia tendría aquella ciudad que hacía de cada uno de sus trabajadores un revolucionario en potencia. Por las noches, a la salida del trabajo, me gustaba concurrir a un teatro del Paralelo, donde se representaban obras de protesta como *El sol de la humanidad*, *El nuevo Tenorio*, *En Flandes se ha puesto el sol*, *Sangre y arena*, *Amalia*, o *la historia de una camarera de café* y otras. El teatro se llenaba todas las noches, siendo trabajadores la mayor parte de sus concurrentes. Dentro del teatro se respiraba la pasión revolucionaria.

En la calle, también. Se había declarado en toda España la huelga de los ferroviarios. Se decía que la orden de los sindicatos era de huelga general revolucionaria. Los tranvías funcionaban, pero con grupos de soldados en las plataformas, con el fusil presto a ser disparado. Se decía que por la calle de Amalia y la de Cadena se habían levantado barricadas, donde se batían los sindicalistas y los anarquistas contra el ejército y la Guardia civil.

Quise ver si era cierto. Por las Ramblas patrullaba la Guardia civil a pie y a caballo. En la calle del Carmen se veían destacamentos del ejército. Tomé por la calle de San Pablo, pensando en llegar hasta el Paralelo. A la altura de la calle de la Cadena, en el cruce con San Rafael y pasaje San Bernardino, se levantaba una gran barricada. Pero me pareció que estaba desocupada. Pegado a las paredes, me fui aproximando a la barricada. De pronto, de una taberna de la esquina salió un hombre de mediana edad, con un revólver en la mano y disparó cinco tiros en dirección de la calle del Carmen que cruzaba al final del pasaje, y desde donde artilleros del ejército parapetados en un cañón dis-

pararon un cañonazo en dirección de la barricada, de la que saltaron en todas direcciones esquivando de adoquín.

El que había disparado el revólver abandonó la barricada, y arrastrándose por el suelo se dirigió por la calle San Rafael hacia la de Robador. Pero antes dijo:

—¡Esos hijos de...! ¡No se puede con el ejército!

El revólver y el grito de impotencia me recordaron a los dos jóvenes obreros que en Reus dispararon contra los soldados. Alguna diferencia existía, no obstante, entre las luchas de 1909 y las de 1917. A aquéllas, se las llamó «semana trágica», a éstas «semana cómica».

Tras el estampido del cañonazo se oyeron nutridos tiroteos en las partes bajas de la ciudad, hacia el Paralelo, en dirección del puerto y del Distrito V y por las Ramblas. Como pude, fui andando en dirección de mi casa de dormir. Pero tenía que atravesar la Rambla por el Pía del Os, para tomar la calle del Cardenal Casañas. No pude hacerlo, por las carreras y los tiros a lo largo de las Ramblas, en dirección de la plaza del Teatro. Con otras personas, me refugié en una tienda de sombreros, desde donde vi pasar corriendo a los guardias de Seguridad, de la Guardia civil montada y a mandos del ejército, agitados y apuntando hacia las azoteas, que es de donde debían partir los disparos. Enfrente teníamos el mercado de la Boquería, al que no se atrevían a penetrar los soldados ni los guardias, por ser una verdadera encrucijada de pasadizos llenos de cajas, canastas y sacos de verduras, de patatas y de cebollas.

Las luchas, más o menos esporádicas, duraron una semana. Quizá porque la sangre no llegó al río, o porque no ardieron las iglesias y conventos fue llamada «semana cómica».

No dejaba de preguntarme: ¿Por qué, en las dos pequeñas revoluciones que había presenciado, los revolucionarios siempre aparecían solos o casi solos, dispersos y disparando al aire? En tales condiciones serían siempre vencidos.

Tenía yo entonces 15 años. 1917 era un año de mucha agitación. Primero, la Asamblea de Parlamentarios y, después, la huelga ferroviaria con su semana cómica, pero movida. Y se hablaba de la revolución rusa. Y la revolución era tópico de conversación. No olvidaré yo la conversación que sostenían dos clientes del Hotel Jardín, que se sentaban siempre en mi turno de mesas. Eran croupieres del casino «Bobinó». Uno, el de más edad, de pelo gris bien peinado y de ademanes calculados, explicaba al otro, más joven:

—No estamos viviendo una revolución. A lo sumo, se trata de algaradas. Desde un principio pensé que nada serio ocurriría, que la huelga, patrocinada por los socialistas y secundada por los sindicalistas, sería, como siempre, traicionada por los primeros, que no quieren propagar la revolución entre los trabajadores.

—¿Por qué, pues, los sindicalistas les han hecho el juego?

—Te diré; porque los sindicalistas, y sus primos hermanos los anarquistas, en cuanto se habla de huelga general revolucionaria, se conducen como ingenuos. Puedes estar seguro de que solamente ellos se han batido en las barricadas.

—¿Crees que los bolcheviques son más revolucionarios que los de aquí?

—No, de ninguna manera. Ya verás cómo allá habrán sido los sindicalistas y los anarquistas los que iniciaron la revolución.

—¿De verdad que son los más avanzados los sindicalistas?

—Sí. Si algún día se implanta la igualdad económica, serán ellos quienes la implantarán.

Me cansé de trabajar en el Hotel Jardín y me pasé al bar restaurante Las Palmeras, que de hecho pertenecía al mercado de la Boquería.

Fui aprendiendo que todos los trabajos eran igualmente pesados y que los dueños eran igualmente explotadores.

En Las Palmeras había que dormir en la casa. Cuando terminaba el trabajo no quedaban ganas de salir a dar una vuelta por el Paralelo o los prostíbulos del Distrito V. Uno se dejaba caer en el camastro, generalmente a medio desvestir. Nos acostábamos por turnos y por turnos nos llamaban.

Llegó la primavera de 1918. Me ofrecieron ir a trabajar al restaurante de la Colonia Puig, en Montserrat. Me atrajo la idea de ir a vivir en aquellas montañas de piedra trabajada caprichosamente por la naturaleza. En el ómnibus de la empresa me llegué a la Colonia Puig, emplazada entre Monistrol y Monastir. Era hotel para gentes pudientes.

Cuantos trabajaban en la Colonia Puig eran buena gente: los camareros, Serafín y Blasco; los cocineros, Carlos Sangenís y Magre, y el repostero Pablo Sangenís; el mozo de viajeros, «el Olesa», y hasta los dueños, el viejo Puig y sus hijos, altos y fuertes como cíclopes. Decíase del viejo Puig que era hombre de confianza de Lerroux y que con capital de los jefes del Partido Radical se había creado la Colonia. Lástima que el trabajo fuera sólo de temporada, porque resultaba agradable trabajar allí. Los moradores eran veraneantes que pasaban las vacaciones en plan de ricos. Los domingos y días festivos afluían los visitantes. Algunos jueves, por la tarde, si no me tocaba la guardia, subía a Monastir, andando a pie por la carretera. Merendaba y escuchaba el canto de la Escolanía del Monasterio.

En la montaña, como en la ciudad, iba y venía generalmente solo. Rehuía la compañía de la gente del oficio, inclinada al juego, a la prostitución, con tendencia a la explotación de las mujeres. Frecuentemente me preguntaba si no habría nacido para el sacerdocio.

Se terminó la temporada de veraneo y regresé a Barcelona. El Maño, que había trabajado conmigo en el Hotel Jardín, lo hacía ahora en el hotel restaurante La Española, de la calle Boquería. Me presentó a la dueña de la fonda, viuda guapetona y muy apta para el negocio, que me ofreció quedarme a trabajar en su casa. Ni lo pensé y le dije que sí. Cambiar de casas era beneficioso para quien, como yo, aspiraba a aprender el oficio en todos sus aspectos y llegar a ser un buen profesional.

Estábamos ya en 1919. Seguía trabajando en La Española, señal de que nadie me había ofrecido nada mejor. Y eso que me afilié a la Sociedad de Camareros La Alianza, a cuyo local de la calle Cabanas concurría asiduamente las tardes que no prestaba servicio. Ello me permitió asistir a una conferencia que nos dio el líder de la Unión General de Trabajadores, Francisco Largo Caballero, quien me produjo la impresión de ser un cureta laico, apagado y gris. Le controvertió un camarero llamado Gómez, con teorías sindicalistas más radicales que las expuestas por el líder de la UGT. A Gómez le sostuvo en su posición, con conceptos anarquistas, otro camarero llamado Alberich.

Me gustaron aquellos debates, que me recordaban la conversación de los dos croupieres en el Hotel Jardín.

En La Española estaba a disgusto porque había tenido que volver a hacer habitaciones y fregar los suelos, faenas que me parecían vergonzosas. Estuve a un paso de librarme para siempre de limpiar la mierda de los demás. Casi cada semana venía a hospedarse a La Española un hombre muy rico, a quien llamaban Companys, «el trapero rico». No vestía mal, pero parecía oler siempre a trapos viejos. Gordo y de franco hablar, solía venir acompañado de una

hija, joven de 16 años, rubia y de mirar candoroso desde sus azules pupilas. Ella no me perdía de vista en mi ir y venir de una mesa a la otra. Cuando me acercaba a la mesa que ella ocupaba, me dirigía siempre una mirada alegre.

Una de las veces que se hospedó en el hotel, el trapero rico me llamó aparte.

—¿Qué? ¿No te gusta mi hija?

—Sí, me gusta mucho. Parece un ángel.

—¿Qué esperas, pues, que no te declares a ella?

—Le diré. Me gusta para mirarla, pero no para declararme.

—No te entiendo. Si te declares, ella te dirá que sí, y yo no he de decirnos que no.

—Todavía soy muy joven.

Al siguiente viaje, ella siguió mirándome con ternura. Companys me llevó otra vez al coloquio apartado.

—¿Qué has decidido?

—Nada, no he decidido nada. Soy muy joven. ¿Qué haría para mantener mujer e hijos?

—Toma y lee *La Vanguardia* y en la sección de anuncios verás cuántas ofertas se hacen de venta de carro y caballo. Escoge el que quieras; te lo compro, te lo lleno de naranjas y de trozos de jabón y sales a los pueblos a cambiar naranjas y jabón por hierros y metales viejos. Así me hice rico yo. ¿Ves esta cruz de hierro? Pues la cambié ipor tres naranjas y un cuarto de jabón. Hoy, en una casa de antigüedades, me han ofrecido por ella veinte mil pesetas. No te puedes imaginar qué negocio es el hierro y los metales viejos.

—Sí, lo creo. ¿Me deja que me lo piense más?

—¿Qué necesitas pensar? ¿No te gusta el negocio del carro y las naranjas? ¿Te gustaría más el negocio de la fonda? Pues decídetelo. Te casas con mi hija y os monto en el pueblo el mejor hostel. ¿Qué me dices?

•—Tendría que ir a Reus y hablar con mis padres. Todavía soy menor de edad, y acabo de cumplir diecisiete años.

Las cosas quedaron así de un día para otro. Lo cierto es que me sentía ya como pájaro a punto de ser enjaulado. Siempre tenía una excusa. Lo que no me atrevía era a darle un no, para no entristecer a su hija.

Por aquellos días de 1919, Barcelona vivió momentos de inquietud y de oscuridad. La huelga de La Canadiense, empresa que controlaba la mayor parte de la fuerza motriz, estaba sacudiendo la vida del trabajo. Por los comentaristas que recogía en La Alianza, se trataba de una prueba de fuerza entre los sindicalistas y los capitalistas. Al abandonar los obreros sus puestos de trabajo en las fábricas de electricidad, fueron inmediatamente sustituidos por marinos y técnicos electricistas de los barcos de guerra surtos en el puerto, que eran muchos, pues por lo visto el gobierno había enviado casi todos los buques de la flota del Mediterráneo.

En La Española nos tocaron de huéspedes dos ingenieros electricistas de la Armada, designados para prestar servicio en la fábrica de electricidad térmica del Paralelo, colindante con Pueblo Seco. El primer día, la dueña me envió a llevarles allí la cena. Anduve desde la calle Boquería, cruce de la Rambla, calle San Pedro, Brecha de Sai) Pablo y Paralelo, hasta la termoeléctrica y su sala de calderas, en la que los hornos eran alimentados con carbón por marinos.

Salí por la puerta de Pueblo Seco. Frente a la fábrica se hallaba estacionado un carro con toldo, tirado por un caballo. Al cruzar la calle salieron dos tipos, que parecían obreros, de un zaguán. Me abordaron.

—¿Sales de la eléctrica, eh? Pues monta al carro.

Otro que estaba dentro me tendió la mano y me ayudó a trepar.

—¿Para quién era la comida de las dos fiambreras?

—Para dos oficiales de la Armada —contesté.

—¿Eres de los nuestros?

—Todavía no, pero no creo que tarde mucho.

—Llevarles la comida a los oficiales es ayudar a los rompehuelgas, ¿no? ¿Quiénes trabajan dentro? ¿Solamente marineros o también hay esquiroleros?

—No he visto ningún obrero civil. Todos son marineros.

—Bien, ahora vete. Pero no vuelvas a traerles comida de la fonda. ¡Que se chupen un dedo!

La huelga la ganaron los trabajadores. Los sindicalistas que la dirigieron desplegaron una actividad inusitada. Comités de huelga, como el que me detuvo, actuaban en la ciudad a docenas. Muchos de ellos fueron detenidos, pero previsoriamente habían sido designados dos y tres equipos para sustituirlos, hasta por lo que se refería al Comité central de huelga.

Como yo me arrimaba preferentemente a Gómez, el más radical de ellos, un amigo suyo, jefe de camareros del Hotel restaurant Coll, del Tibidabo, me propuso ir a trabajar con él la temporada de verano.

Acepté, pues me gustaban los cambios. El Hotel restaurant Coll era establecimiento de primera clase, para las familias de los magnates capitalinos. La fachada daba a la plaza, pero las dos terceras partes del edificio estaban en medio de un bosquecillo de pinos y, por la parte que miraba al mar, quedaba como suspendido en el aire.

Mi rápida aceptación de pasarme a trabajar al Tibidabo tenía algo de huida. Había llegado a temerle a la insistencia del rico trapero, que no cejaba en su empeño de casarme con su bella hija. Instintivamente me estaba dejando llevar hacia un porvenir del que no tenía ni idea.

De Casa Coll me gustó, en seguida, el aroma de pinos que tenían los amaneceres y el soberbio espectáculo de luces que ofrecía la inmensa vega sobre la que se asentaba Barcelona.

Se me asignó servir las comidas de dos pequeños pabellones que tenía el restaurante, reservados para dos familias de las más ricas de la ciudad, una que dirigía una gran industria textil y la otra dueña de un complejo metalúrgico, que durante la guerra europea se habían hartado de ganar millones.

La esposa del metalúrgico, a quien le gustaba platicar conmigo, todos los días me daba un duro «para sus gastitos y por el buen servicio que nos da», decía. Era simpática y agradable, de un rubio platino.

—¿No te gustaría venirte con nosotros, cuando nos vayamos? Trabajarías en nuestra residencia, solamente para mí, mi esposo y los invitados.

No era desagradable subirle el desayuno a la señora. Hasta me placía más que mis andanzas nocturnas por el Distrito V. A finales de agosto me dijo:

—¿No has decidido todavía venirte con nosotros? Nos vamos ya el próximo lunes.

—Pues, la verdad, no me atrae la idea de trabajar encerrado en una residencia. Ser camarero libre es una cosa, y muy otra el pasar a ser doméstico.

—Y yo, ¿no te gusto? ¡Qué doméstico, ni qué tonterías! Al cabo vendrás siendo lo mismo que el señor.

—Acaso tenga razón. Me lo pensaré.

—Dime que te vienes con nosotros y ahora mismo te doy quinientas pesetas.

—No, ahora no. Si me voy ahora dirían tonterías. Cuando termine la temporada, hablaremos.

—¿De veras? Te daré la dirección.

Me había escapado de la bella hija del trapero rico, y ahora me libraba de las tentaciones de la mujer ajena.

Hubiera podido quedarme a trabajar de manera permanente en Casa Coll. Me enteré de que el señor Coll, dueño del hotel, era jefe de somatenes de aquella parte de la ciudad. Cuando mataron a Bravo Portillo, comisario de policía y encarnizado enemigo de los sindicalistas, al que se culpaba del asesinato del obrero tintorero Sabater, «Tero», gran militante sindicalista, el señor Coll reunió en el saloncito de música a no menos de veinte somatenes, gentes de dinero, como él, con un miedo cervical a la revolución social que preconizaba la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña.

Al terminar la temporada de verano, cobré el sueldo de los meses que trabajé y me despedí de todos menos del señor Coll.

Al día siguiente de haber regresado a Barcelona, entré a trabajar en el restaurante del Hotel Moderno, en la calle del Carmen, cerca de la Rambla.

Tras la huelga de la Canadiense quedó un estado de agitación en todas las capas de población trabajadora de Cataluña. Entre los trabajadores de hoteles, bares y restaurantes, principalmente entre los camareros, se manifestó una corriente contra las propinas. Yo engrosé el grupo de los que presionaban por la fusión de la sociedad de camareros, La Alianza, y la de camareros y cocineros, La Concordia. La Alianza pertenecía a la Unión General de Trabajadores. La Concordia era un organismo neutro, que presumía de dar cabida en su seno a los mejores cocineros y camareros de Barcelona. Logramos que se hiciese la fusión de las dos sociedades, dando nacimiento al Sindicato de la Industria Hostelera, Restaurantes, Cafés y Anexos. El nuevo sindicato trasladó su sede a un local de la calle Guardia, en pleno Distrito V. El primer presidente del nuevo sindicato fue un camarero bastante culto, llamado Boix, hijo de un tipógrafo que pertenecía al grupo editor de *Tierra y Libertad*, periódico anarquista de mucha fama. El Comité que se constituyó recibió de la Asamblea el encargo de estudiar y elaborar unas bases de trabajo para todas las secciones de la industria, incluyendo la supresión de las propinas.

Acaso debió esperarse a que la reciente unificación fraguase en una mayor consistencia orgánica. No fue así y todo fue hecho súbitamente: la unificación, la elaboración de bases de trabajo, su presentación a los patronos y, finalmente, el ir a la huelga.

Cuando entramos en huelga, todavía como entidad autónoma, sin afiliación a la CNT ni a la UGT, se planteó de manera inaplazable la incorporación a una de las dos centrales sindicales existentes entonces en España. El Comité del sindicato, convertido en Comité de huelga, entró en contacto inmediatamente con la Federación local de Sindicatos de la CNT y se acordó la incorporación a la organización CNT.

La Federación local designó tres delegados suyos para reforzar la acción y la dirección de nuestra lucha: un tal Rueda para orientar al compañero Boix en la presidencia del Comité de huelga, Santacecilia y Daniel Rebull («David Rey»), para integrar, con el camarero Juan Doménech y yo, un Comité de acción.

Era muy tierno nuestro sindicato. Sus componentes no conocían las luchas sociales y, desde el principio, las cosas marcharon mal. Aunque habíamos entrado a formar parte de la CNT, sindical que utilizaba la acción directa, encaramos la huelga como si todavía perteneciésemos a La Alianza, que había estado afiliada a la UGT, cuyo método de acción era, de resistencia. Se abrieron cocinas y comedores para los huelguistas en algunos locales de los sindicatos de la CNT.

No faltó alguna que otra manifestación de idealismo. Algunos jóvenes del

oficio y del Sindicato Único de la Alimentación, bastante influidos por un panadero llamado Ismael Rico, cuñado de Emilio Mira, militante significado entre los sindicalistas, decidimos crear un grupo anarquista, al que dimos el nombre de «Regeneración». Los componentes fuimos Rico, Bover, Roma, Pons, Alberich, otro cuyo nombre he olvidado y yo. Fui nombrado delegado ante la Federación local de Grupos anarquistas, de *Bandera Negra*. Existía otra Federación local, de *Bandera Roja*. Asistí a varias reuniones en el local del Sindicato Único de la Metalurgia, en la calle Mercaders. Contra lo que yo esperaba, los grupos anarquistas organizados sólo se preocupaban de las relaciones epistolares con otros grupos de España y del extranjero, de la propaganda oral y escrita de las ideas ácratas, del sostenimiento y reparto de su periódico *Bandera Negra*. Si por algo se interesaban en las luchas que sostenían los sindicatos y los sindicalistas, era con la finalidad de analizar críticamente los discursos y los artículos de sus líderes, Salvador Seguí, Simón Piera y otros.

No por ello nos desmoralizamos los componentes del grupo «Regeneración». Sin dejarnos afectar por el talante de sacristía que tenían las reuniones de los delegados de grupos, y sin darnos por enterados de que los conceptos de los anarquistas eran contrarios al desarrollo sindicalista, apoyamos con nuestros artículos a los compañeros del periódico *Renovación*, órgano de nuestra Sección profesional, que dirigía un camarero oriundo de Reus, llamado Valls, quien demostró poseer buenas cualidades periodísticas. Ayudamos también en lo posible al Comité de acción en sus actividades clandestinas, que se redujeron a muy poca cosa: embadurnar paredes de los establecimientos del ramo y colocar algunos petarditos, que hacían más ruido que daño.

Y se perdió la huelga. Pude evitar la humillación de reintegrarme al trabajo como un vencido, pues la vuelta al trabajo tuvo lugar estando yo preso en la cárcel Modelo, adonde fuimos a parar el camarero Hermenegildo Casas y yo, por haber sido detenidos cerca de donde se produjo una trifulca entre huelguistas y esquiroles. Tenía, entonces, 17 años de edad.

Pascua sangrienta

La huelga de camareros fracasó. Nos habíamos afiliado al Sindicato Único del Ramo de la Alimentación de Barcelona al día siguiente de la declaración de huelga, que se sostuvo más de dos meses. Fue larga. Se perdió, según nos explicó Salvador Seguí, en representación de la Federación local de Sindicatos de la CNT de Barcelona, por haber sido conducida sin espíritu de lucha sindicalista, lo que era muy comprensible si se tenía en cuenta nuestro origen ugetista, de base múltiple y reformista, tan distinta de la manera de ser sindicalista revolucionaria, que funda su lucha en la acción directa, que parte del principio de que todos los afiliados a un sindicato en huelga toman parte activa y directa en la marcha del conflicto.

Salvo algún que otro incidente, el desenvolvimiento de la huelga fue pacífico. Como ya he dicho, a mí y a otro camarero, también del grupo «Regeneración», nos llevaron detenidos gubernativos. Pasamos por la comisaría de la calle Ragomir, luego fuimos trasladados a la comisaría general de Orden público, entonces cerca del puerto, y de allí a la prisión celular: inscripción, gabinete antropométrico, rastrillos en los túneles de entrada, presentación al centro de Vigilancia y, finalmente, llevados al taller número 3, que lo mismo

que el número 2, servía de sala de estar y de dormitorio a los presos por cuestiones sociales.

Nuestra entrada en el taller número 3 tuvo algo de sensacional. Después fuimos viendo que siempre ocurría lo mismo al dar la bienvenida a los presos recién llegados. Un coro de compañeros presos se puso a cantar el repertorio de canciones revolucionarias más en boga, como *Hijos del pueblo* y *La Internacional*, y otras menos conocidas, que eran couplets en boga con letras claramente insurgentes.

Al terminar de cantar el coro, estallaron risas y carcajadas mezcladas con gritos de ¡Viva la revolución social! y ¡Viva la anarquía! Cuando todo hubo terminado, se nos acercó el que dijo ser miembro del Comité Propresos, al que acompañaban Cubells, presidente del sindicato de la Madera, preso con otros tres miembros del mismo Comité, Sanarau, Guerrero y Armengol, que integraban el Comité Propresos.

Nos preguntaron quiénes éramos y a qué sindicato pertenecíamos. Al saber Cubells que yo tenía solamente 17 años, me dijo que por ser el preso más joven del taller me correspondía ejercer la secretaría del Comité. Y me explicó mi cometido: pasar relación diaria del número de presos sociales a la taberna de Collado, que estaba enfrente de la cárcel Modelo, encargada de enviar dos veces al día las cestas de la comida a cada preso social; investigar, en el acto de entrada de los presos, si realmente lo eran por motivos sociales, nombre, direcciones y sindicato a que pertenecían, así como dar cuenta de todo al Comité local Propresos en la visita diaria que tenía autorizada por la dirección de la prisión.

Los talleres eran bastante grandes: rectángulos de 60x40 metros, de una altura de 5. En un ángulo del fondo, un urinario-wáter, excesivamente pequeño para el centenar y pico de presos que cabía en cada taller, era el rincón más apestoso de la sala al que nadie quería acercarse. Afortunadamente, unos grandes ventanales, con gruesas rejas y celosías, mantenían la sala sin los olores característicos de las aglomeraciones humanas.

Me acomodé a mi cargo de secretario del Comité, lo que me dio la oportunidad de conocer a los presos que parecían más interesantes. Por ejemplo, tuve que atender a Perelló Sintés, natural de Mallorca, ingresado por un incidente que tuvo con su patrono, Vidal y Ribas, persona intratable y jefe, además, del Somatén.

Perelló Sintés, o Libertó Callejas, que es como él quería ser llamado, fue un problema desde el momento de su llegada, porque no pertenecía a ningún sindicato y manifestaba gran repugnancia por toda forma de organización comunitaria. Él se proclamaba anarquista puro, individualista y enemigo de todo gregarismo. Sentado en su petate, se pasaba el tiempo leyendo cuanto libro caía en sus manos. Era lo único que le interesaba, leer. Estaba siempre enfermo, según decía, y de hacerle caso se iba a morir en cualquier momento. Nunca nos dijo cuál era su enfermedad ni se apuntaba para ir a la visita del médico. Pesé a no pertenecer a ningún sindicato, logré que el Comité Propresos del exterior se hiciese cargo de él, lo que suponía asistencia jurídica y económica. En aquellos venturosos tiempos, la Organización confederal de Barcelona pagaba el salario semanal como si se estuviese trabajando.

No nos fue posible arreglar el caso de un extranjero, de nacionalidad servia según él, que pretendía ser el conde Milorad de Raichievich. Infundió sospechas —siempre según su decir— a la policía y fue detenido y preso. Era un conde arruinado, que vivía explicando en conferencias por el mundo aspectos de la vida en Rusia, China y Japón, países que decía haber visitado y conocido

bien. La Rusia de que hablaba era la de antes de la revolución de 1917. Su detención se prolongaba porque ofrecía muchas dudas su nacionalidad servia. Era sospechoso de ser un agente de los comunistas rusos, y por este motivo se encontraba entre los presos sociales. No pertenecía a ningún sindicato de España ni del mundo, negaba ser comunista y afirmaba enérgicamente pertenecer a la nobleza servia. Tampoco decía ser anarquista ni socialista. Al contrario de Callejas, que nunca pidió ayuda del Comité Propresos, Milorad de Raichievich andaba siempre a la carga para que yo pasase su nombre a la taberna de Collado. Cuando meses después, el conde logró salir en libertad, abandonó España llevándose a la compañera más guapa de cuantas venían a visitarnos, Aurea, de la familia Cuadrado, en la que todos eran magníficos compañeros.

Recibíamos también la visita de otro extranjero preso, suizo y, según él, socialista revolucionario, llamado Juvenal. Alto, fuerte, con una melena crespa, nunca aspiró a ser atendido por el Comité Propresos. Pero le placía nuestra compañía de anarquistas y sindicalistas revolucionarios, y siempre que se enteraba de que uno de nosotros daba una conferencia, acudía, nos saludaba y permanecía atento a lo que se debatía. Nuestras conferencias no terminaban cuando el orador dice «he dicho». Entonces era cuando se ponía interesante el asunto: otros compañeros tomaban la palabra para impugnar o apoyar lo dicho por el conferenciante. Y cuando intervenía Juvenal, muy comedidamente por cierto, daba gusto oírle.

Después supimos que Juvenal fue uno de los extranjeros deportados a la Rusia bolchevique, embarcando en el puerto de Barcelona en un barco que sería hundido en el Mar Negro por la oficialidad del buque, que abrió las compuertas para que se anegase, pereciendo un centenar de extranjeros que el gobierno conservador español deportó. Según se dijo, los oficiales y marineros llegaron al puerto de Constanza, en Rumania.

Había entre nosotros compañeros bastante cultos, detenidos por motivos varios, procesados o simplemente presos gubernativos. Tomás Herrero, autodidacta muy bien preparado, dueño de una barraca de venta de libros de viejo, en la que se encontraba de todo, pero especialmente lo que no se encontraba en las librerías decentes: los libros de los barbudos, llamados así por las fotografías en las portadas de sus autores, todos con luengas barbas, como Kropotkin, Bakunin, Marx, Lorenzo, Pi y Margall. Tomás Herrero era un buen platicador, aunque no buen conferenciante. También lo era Pascual, de Tarrasa, gran polemista, del que nunca supe por qué no era bien visto por los compañeros enterados de las incidencias de la lucha de tiempo atrás. Buen hablador, también lo era un tal Ferrer, «el cojo Ferrer», de la barriada de Sans.

Por los talleres pasaron compañeros muy bien preparados del sindicalismo barcelonés. Los hermanos Playans, que con García Garrido dirigían el Sindicato de Contra maestres «El Radium». Archs y Suñer, metalúrgicos de mucho misterio, recelosos de todo y de todos, tan reservados que hasta rehuían la compañía de Talens, también del sindicato de la Metalurgia, hombre de acción, que con Claramonte disolvió a tiros un mitin de Lerroux en la plaza de toros de Sevilla. Para nosotros, los del Comité Propresos, no era un secreto que Archs era presidente del Comité del sindicato de la Metalurgia, en aquel entonces uno de los sindicatos confederales de línea más dura frente a la Patronal. Su compañero, Suñer, era igualmente miembro del Comité del sindicato. Ambos, serios y hoscos. Archs era bastante más alto que Suñer, y tanto por el color blanco amarillento de su rostro como por la inclinación mongólica de sus ojos se parecía a Salvador Seguí. Suñer parecía más bien descendiente de judíos.

En Barcelona, la lucha de los sindicatos confederales con la Patronal, y de

ésta contra los sindicalistas, adquiriría aspectos de tragedia. La Patronal, que en un principio subvencionaba la banda de pistoleros que capitaneaba el comisario de policía Bravo Portillo, a la muerte de éste encargó de la gestión asesina a un aventurero alemán apodado «el barón de Koenig», que eliminó a tiro limpio a algunos militantes significados de los sindicatos de Barcelona. Resultaba cosa fácil eliminar a los sindicalistas. Cuando salían al anochecer del trabajo, el condenado a morir era detenido, camino de su casa, por la Guardia civil o los guardias de Seguridad o simplemente la policía, que lo cacheaban y, seguros de que no llevaba pistola, lo dejaban marchar, para ser asesinado por los pistoleros profesionales.

Cuando estas luchas eran originadas por conflictos de trabajo entre patronos y obreros, el sindicato respectivo se encargaba de las represalias, colocando bombas en los talleres o fábricas, o tiroteando a los patronos. Nunca se acudía a la acción judicial, por ser ésta marcadamente favorable a los patronos. A la llamada acción directa del sindicalismo, creada para dirimir directamente los conflictos de trabajo en negociaciones entre obreros y patronos, cuando se ejercían violencias físicas sobre los trabajadores, el sindicato le daba una interpretación amplia, cobrando al patrono en la misma moneda. La Patronal eliminaba indiscriminadamente a los militantes sindicalistas. La Organización tenía que responder adecuadamente, pero había que determinar quién lo haría, si un determinado sindicato, la Federación local o el Comité regional.

Fue el Comité regional quien pasó el cometido al Comité del sindicato de la Metalurgia. Concretamente a Archs y a los suyos, entonces los más duros de la Organización. Y Archs, con Suñer, había sido detenido, ambos como sospechosos. ¿De qué? Dos días antes, Graupera, presidente de la Patronal, había sido abatido a tiros por unos desconocidos que se dieron a la fuga. La policía se inclinaba a considerar que los ejecutores de Graupera pertenecían a los grupos de acción del sindicato de la Metalurgia.

La calle estaba al rojo vivo. En Barcelona y en Zaragoza. En esta última ciudad, el Comité de huelga del sindicato de la Madera había sido detenido, junto con otros compañeros de la Federación local. Subrepticamente, fueron sacados todos de Zaragoza y conducidos a Barcelona. Llevados en calidad de presos gubernativos a la cárcel Modelo, se les asignó nuestro taller. Cuando entraron, se les tributó el recibimiento acostumbrado a cargo del coro. Después fueron invitados a exponer ampliamente las luchas de Zaragoza y las causas de su detención y traslado a Barcelona.

Pero como en la capital aragonesa el proletariado confederal respondió al atropello de las autoridades con la huelga general, dos días después los compañeros aragoneses fueron conducidos, ya en libertad, a sus hogares.

Atentados y huelgas. Este era el ambiente general en las calles. Dentro, en la cárcel Modelo, se preparaba una tragedia de la que tuvimos conocimiento con alguna antelación gracias a algunos oficiales de Prisiones que hacían honor a las enseñanzas que recibieron en la Escuela de Criminología fundada en 1903 por Salillas. Todavía no sufrían de atrofia profesional y trataban a los presos con humanidad. No ocurría lo mismo con el director de la Celular, que hacía poco sustituyera en el mando de la prisión a Artigas, en tiempos maestro de la Escuela de Criminología. Con Artigas, la vida en la prisión se desenvolvía pasablemente. Con la llegada de Álvarez Robles, que procedía del presidio de Figueras, cambió la conducta de la generalidad de los oficiales. Ya no saludaban afectuosamente cuando por las mañanas abrían la puerta del taller. Exigían la formación en dos filas para poder contarnos mejor. Nos restringían la salida para visitar el otro taller, e igualmente para ir a la

peluquería, la enfermería o el economato, lo que antes hacíamos libremente.

Para Artigas, el preso era un ser injustamente privado de libertad si su situación era la de inculpado o gubernativo. Y el director era quien imponía la tónica en el trato al preso, no sólo humanamente, sino como a un ciudadano injustamente privado de libertad.

Por ello, el gobierno conservador, apremiado por la Patronal de Barcelona, nos envió a Alvarez Robles, funcionario de Prisiones de la peor fama.

Nos acercábamos a la Navidad de 1919. Los sindicatos, renovado su espíritu por los acuerdos del Congreso regional de la CNT celebrado en Sans en 1918, se lanzaron a la lucha para recuperar lo perdido durante la guerra europea, que solamente reportó utilidades a los patronos que fabricaban productos para los ejércitos aliados.

Ya en 1919 estallaron los conflictos obreros. Ese año se celebró en Madrid el Congreso nacional de Sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo, que puso en ascuas al proletariado español, principalmente en Cataluña, Aragón, Valencia y Andalucía, donde se respiraban aires de revolución. Pero la burguesía catalana, amparada por sus bandas de pistoleros, sostenida por los brazos armados del Estado, se lanzó también a la lucha, en un desesperado intento de acabar con el sindicalismo, respondiendo a las huelgas de los obreros con el *lock out*.

A la Modelo iban a parar Comités enteros de los sindicatos. En la Modelo había un continuo entrar y salir de presos sociales. Los talleres 2 y 3 conocieron una animación extraordinaria. Con razón se decía que el paso por la Modelo equivalía a un curso intensivo de estudios superiores de teoría y acción social revolucionarias. La Modelo para muchos era una universidad.

Gobernantes, policías y carceleros estaban de acuerdo en que había que llevar la ruda represión que se desarrollaba en la calle hasta el interior de la prisión celular. El primer paso había sido sustituir a Artigas por Alvarez Robles. Hacía falta organizar la revuelta en el interior, lo que permitiría la entrada en la cárcel del ejército y de la Guardia civil. Entre los presos comunes, la policía y el director tenían chivatos y agentes provocadores. Igualmente había quienes buscaban los favores de la dirección de la cárcel para no ser trasladados de penal y eludir las fuertes palizas que se daban en el penal de Burgos a la entrada y en el período de limpieza.

Dos días antes de Navidad la tensión subió a tal grado dentro de la prisión, que convocamos una reunión especial del Comité interior. Nuestros presos que habían comunicado con sus familiares regresaron inquietos. Contaban que la guardia de soldados que prestaba vigilancia en los muros y en el patio de entrada había sido reforzada, y que exigían que los familiares de los presos formasen colas para solicitar la visita y para entrar en los locutorios, cosa que antes no ocurría; también contaban que merodeaban patrullas de la Guardia civil por las calles próximas a la Modelo.

Dentro de la prisión se percibía un rumor de colmena a punto de enjamberrar. Los presos se hablaban al cruzarse por los pasillos, en los patios de recreo y en las celdas, trepados a las ventanas o por las tuberías de desagüe. Comisiones de presos comunes gozaban de una sospechosa libertad de movimientos, yendo y viniendo de una a otra galería. No faltó su visita a nuestro taller, para exaltarnos a secundar un plante de protesta contra las drásticas medidas que el nuevo director introducía en la disciplina y contra los malos tratos de que se hacía víctimas a los familiares que venían a las visitas.

A los que nos visitaron para arrastrarnos al plante no les contestamos ni que sí ni que no; les dijimos que nos reuniríamos para tratar del asunto, y acordamos no secundar ningún movimiento protéstatario de los reclusos en celdas.

Nuestras consignas fueron: no dar motivos de protesta, pasase lo que pasase en la cárcel. Si, pese a esta actitud prudente nuestra, los talleres eran invadidos por guardias civiles o tropas del ejército, lanzarnos sobre guardias y soldados para arrebatarnos las armas e intentar salir a la calle, trepando por las escalerillas de los muros.

En los talleres dejamos de jugar al alboroto. Ni canciones ni conferencias. Cerca de la puerta, con los oídos registrando todos los rumores que provenían del centro de vigilancia, nuestros equipos se relevaban cada dos horas. Así hasta el día siguiente, 24 de diciembre de 1919.

El día escogido por Alvarez Robles fue el de la Nochebuena. Quería darles la pascua a los presos. Anhelaba que los gritos de dolor llegasen hasta más allá de los cielos y que fuesen a perderse sus ecos en lo más profundo de los infiernos.

Día largo fue ese 24 de diciembre. No se percibía ninguno de los rumores del día anterior. Parecía que la cárcel Modelo se hubiese quedado, de pronto, vacía. Después del rancho de la tarde, los presos en galerías fueron encerrados en sus celdas con cerrojo y llave. Era evidente que no se les permitiría agruparse por afinidades en una celda.

Pensaría el director: «¿Qué se han creído? ¿Que la vida en prisión es como estar entre la familia? ¿Que se pueden reunir a cenar y cantar por ser Nochebuena? ¡Al diablo ellos y al diablo el Niño Jesús!»

Un sordo rumor fue llegando desde las galerías de celdas. Se abrió como un palmo la puerta de nuestro taller, apareciendo la cara de moro valenciano del oficial de guardia. Si el director disponía de cuñas entre los presos, este oficial, con algunos otros, constituía nuestra avanzadilla para conocer lo que se preparaba.

—Ya empieza la bronca. Ustedes no se meneen lo más mínimo, porque esta fiesta fue preparada para ustedes. En el taller número 1, que está vacío, están los soldados con ametralladoras, con órdenes de disparar. Los hay también en el centro y en la boca de cada galería. En los sótanos están los refuerzos de la Guardia civil.

Fue lo que nos dijo, a Cubells y a mí, que acudimos a la puerta.

Cubells y yo nos sentamos en el jergón de Archs, con Suñer, Herreros, Playans y Ferrer. Cambiamos impresiones. Hubo unanimidad de pareceres: callarnos y estar prevenidos.

El toque de silencio trajo la paz. Cada celda se convirtió en un sepulcro. Al empezar los presos la bronca, golpearon con cuanto tenían a mano las puertas forradas de planchas de hierro de las celdas: barrotes arrancados de las camas, banquetas, platos y botellas. Seis galerías, con tres pisos de celdas a cada lado, sacudidas por el golpeteo.

De pronto cesó el ruido de los golpes sobre las puertas. Se oyeron sucesivas descargas de fusilería y ametralladoras. Y empezó la gran danza de los garrotes. Grupos de oficiales de prisiones armados de barras de hierro fueron penetrando, una a una, en las celdas previamente marcadas con una cruz hecha a tiza. El preso que la ocupaba veía con asombro la entrada del grupo de oficiales, que, respaldados por soldados y guardiaciviles, abalanzándose sobre él, en menos de un minuto lo trituraban con las barras de hierro. Unos gritos de dolor y un «¡Cállate, cabrón!». Habían entrado en avalancha y de la misma manera salían.

Durante una hora hubo un continuo golpear de espaldas y cabezas. Nunca supimos cuántos fueron los muertos ni de quiénes eran los cadáveres que sacaron en las noches siguientes. Ni tampoco el número de heridos. La enfermería estaba tan repleta que en cada una de sus celdas acomodaron, por los suelos, tres heridos más del cupo que correspondía.

Entre los extranjeros, la mayor parte sospechosos de bolchevismo, se registraron muchas bajas. Al suizo Juvenal le rompieron costillas y le partieron la columna vertebral. Unos días después, todos los extranjeros serían embarcados y en altamar ahogados en el barco que los transportaba al puerto de Odesa.

Nos sacaron de los talleres y nos fueron acomodando en la estrechez de las celdas, una para cada uno de nosotros.

A partir de entonces, ir preso a la Modelo ya no era ir a formar parte de una república de anarquistas y sindicalistas, con cursos intensivos, canciones revolucionarias y conferencias ideológicas. Ahora había que aguantar las veintidós horas de aislamiento, con una hora de paseo por la mañana y otra por la tarde, en los «galápagos», pequeños espacios amurallados.

Al salir en libertad me fui a Reus, a vivir con mi familia, y momentáneamente perdí el contacto con la mayor parte de los compañeros con quienes compartí ese período carcelario.

Después, fui encontrándome con algunos de ellos.

El sindicato de la Alimentación tenía un delegado en el Comité Propresos de Barcelona: Feliu, camarero, de edad avanzada, buena persona y excelente militante obrero, más sindicalista que anarquista, como ocurría en aquellos tiempos, en los que no abundaban los anarquistas puros, y menos aún entre la militancia sindical. A mediados de enero, vino Feliu a visitarme a la cárcel, para decirme que Hermenegildo Casas y yo, ambos camareros, íbamos a ser puestos en libertad. Feliu me dio la dirección de su casa, para que al salir en libertad le fuera a visitar, pues teníamos que hablar.

Llegó la hora de salir en libertad. Se abrió la puerta de la celda y el ordenanza del oficial de guardia, leyendo un papelito, gritó:

—¡Con todo!

En la oficina del oficial de Galería ya estaba esperando Hermenegildo, quien me recibió con una amplia sonrisa de satisfacción. Para él, la libertad era incorporarse a su familia. ¿Qué iba a ser la libertad para mí? Nadie esperaba mi salida, pues no había comunicado mi detención ni a mi familia. Tendría que ir a la casa de dormir que poseía en la calle de la Paja la familia Vidal. Como fueron muy molestados los Vidal a raíz de mi detención, era casi seguro que no me habrían reservado cama en la sala en que dormíamos seis hombres, ayudantes de camarero o ayudantes de cocina.

El viejo Vidal, después de expresarme su satisfacción por mi libertad, se lamentó amargamente de las molestias que sufrieron a causa de mi detención, terminando por rogarme que le hiciese el gran favor de buscar otra casa donde dormir.

Al atardecer me dirigí a casa de Feliu. Le expliqué lo ocurrido con los Vidal. Feliu ya conocía la situación. Me dijo que podía dormir en su casa, pues también tenía la misma clase de hospedados. Pero, en tono confidencial, añadió:

—Creo que no debes preocuparte mucho por encontrar pensión en Barcelona. Ni pensión ni trabajo. Acaso tendrás que dejar la ciudad. Según me dijeron en el Comité regional, Ramón Archs informó muy bien de ti desde la cárcel. Si aceptases, te enviarían de delegado permanente a alguna parte de Cataluña. ¿Qué te parece?

—Nada. Mejor sería que me presentases a los del Comité regional. Por lo que me digan, veré lo que hago.

Al día siguiente, a hora temprana, Feliu me pidió que le acompañara.

—No vamos muy lejos de aquí. Calle del Rosal arriba y a una calle que atraviesa. No te fijes en el nombre de la calle ni en el número de la casa.

Cruzamos el Paralelo, pasamos el Chiringuito, calle del Rosal arriba, dejan-

do atrás el Centro Republicano de Pueblo Seco, atrás también la primera calle que cruzaba, hasta la segunda, donde doblamos a la derecha. Tomamos la acera opuesta, la seguimos y, sin previo aviso, Feliu me empujó diciéndome:

—Aquí es. Te presentaré a Alberti, que ocupa el primer piso. Después me marcharé. Tú, arréglate. En casa se come a la una de la tarde.

Llegamos al primer rellano, con dos puertas, una enfrente de la otra. Llamó a la puerta izquierda. Previa identificación de Feliu, abrieron y penetramos.

—¡Hola, Feliu! Pasad.

—Te presento a Juan. Yo me voy. ¡Salud!

—¡Salud, Feliu! Gracias.

—Tendrás que esperar un poco. Pey no ha llegado todavía. Siéntate. Este es el compañero Nin; creo que es de tu provincia. ¿Tú eres de Reus, no?

—Sí, soy de Reus.

El llamado Nin intervino en la conversación. Tenía aspecto de oficinista, era rubio, de cabellos algo ondulados, con lentes, tras de las cuales sus ojos miraban sonrientes.

—Me alegro de conocerte, Juan. Sí, yo también soy de allá, del Vendrell. ¿Has estado alguna vez en Vendrell?

—No, nunca.

Platicamos. Nin me explicó que hacía poco había ingresado en la CNT. Que procedía de un grupo nacionalista catalán, el cual, como todos los grupos nacionalistas catalanes, estaba bajo la influencia de las sotanas y de los elementos más retrógrados de Cataluña.

Y precisó:

—Es una lástima que sea así. Es de esperar que al igual de mí, otros intelectuales catalanes tomen afición por las cosas del sindicalismo y la revolución. ¿Tú qué opinas?

—Mis conocimientos son limitados: algo de sindicalismo y un poco de anarquismo. Y la experiencia de haber estado preso.

—Pues posees más que yo. Ignoro lo que es sindicalismo y todavía no he estado preso. A veces, de lo más importante se ignora todo.

Tuve que esperar a Pey. Me entretuve viendo cómo Alberti dibujaba a lápiz el proyecto de un monumental edificio.

—Empecé este proyecto —me explicó Alberti— a sugerencia del Noi de Sucre. Se trata de la futura Casa de los Sindicatos, para ser edificada después de la revolución, o antes, si las circunstancias lo permitiesen.

El proyecto de la Casa de los Sindicatos me olió un poco a reformismo. Y procediendo la iniciativa del Noi de Sucre, más. El concepto de reformismo en las luchas sociales era inseparable del concepto que teníamos sobre el Noi de Sucre aquellos que, como yo —*Bandera Negra* y los coros de la cárcel— nos iniciábamos entonces en la lucha. Pensábamos: si la UGT y el PSOE eran combatidos precisamente por reformistas, algo nos decía que el fondo reformista que latía en algunos miembros destacados del sindicalismo no hacía ningún bien a la Organización, y dejaba de hacerlo en las filas ugetistas, donde hubiera estado adecuadamente situado.

Estas reflexiones me tenían algo perplejo. Era un novato en las filas del sindicalismo, y mi militancia en el anarquismo, teniendo en cuenta mis escasas asistencias a las reuniones de la Federación local de Grupos de Barcelona, no pasaba de ser la de un neófito. Pero hay que tomar en consideración la influencia de mi estancia en la cárcel entre sindicalistas revolucionarios y anarquistas recalcitrantes, que abominaban por igual de cuanto oliese a reformismo.

Alberti, con su proyecto de monumental Casa de los Sindicatos, y Nin con sus discípientes paradojas carentes de sentido proletario, me produjeron una

rara impresión. ¿Estaríamos equivocados —me decía— cuando arrancamos la Alianza de Camareros a la UGT, para incorporarla a la CNT?

Al iniciarse el año 1920, la grieta entre los radicalizados jóvenes que nos incorporábamos" a la CNT y algunos de sus viejos dirigentes —viejos de unos treinta años de edad— se percibía perfectamente. No se cerraría nunca y sería causa de disensiones y de escisiones.

Llegó Pey, encargado de organización del Comité regional. Ni alto ni bajo, de cabeza grande con pelo algo crespo y alborotado, vestido como cualquier obrero, calzando sandalias. Sonreía de una manera especial, que inmediatamente inspiraba confianza. Era catalán, y en catalán estuvimos hablando.

—¿Qué edad tienes?

—Cumplí 18 años en enero pasado.

—Muy joven todavía. Archs nos habló muy bien de ti. ¿Te acuerdas de Ramón Archs? Nos contó tu impasibilidad cuando la Nochebuena en la Modelo. ¿Eres valiente?

—No, no soy valiente. Pero opino que el deber debe cumplirse por encima de todo.

—Tienes madera de buen sindicalista. Deseamos que vayas a vivir a Gerona y te encargues de organizar nuestros sindicatos en toda su comarca. Es algo que queremos realizar en toda Cataluña, donde la mayor parte de los obreros están sin organizar. ¿Te gustaría?

—No me gustaría ir a Gerona. Preferiría ir a Reus. Es mi pueblo, conozco aquello y podría vivir de mi trabajo de camarero.

—¿A Reus? No te lo aconsejo. Es una población difícil para nosotros, por tratarse de un feudo de la UGT. Algunas de sus sociedades obreras, como albañiles, estucadores y toneleros, tienen precisamente en Reus sus Comités nacionales.

—Pues a Reus quiero ir. Si la labor resulta difícil, mejor.

—Piénsalo bien. A Reus hemos enviado muchas comisiones de propaganda, y todas con los mismos resultados negativos: Pestaña, Barjau, la Dolcet estuvieron de propaganda no hace mucho tiempo, y el resultado fue nulo. En Reus encontrarías muy poca colaboración, pues son pocos los compañeros y, la mayor parte, ya viejos. En Gerona tendrías muchas más posibilidades. Creo que Gerona sería un acierto, como lo ha sido enviar a Manresa al compañero Espinal.

—Lo siento, pero si no voy a Reus me quedo en Barcelona.

—Bueno, pues si insistes, vete a Reus. Allí serás nuestro representante clandestino para la comarca de Reus y para toda la provincia de Tarragona. Nadie debe saberlo. En el Comité regional encontrarás la ayuda que puedas necesitar y que esté a nuestro alcance. En Tarragona existe un Comité provincial que deberás vigilar, pero sin darte a conocer como enviado nuestro. Si triunfas, nadie te dará una corona de laurel; si fracasas, caes preso o te matan, serán cosas de tu suerte. Te daré un nombre y una dirección mía aquí en Barcelona. La memorizas y la rompes. Si algo necesitas con urgencia, utilízala. Aquí, de ser te posible, no vuelvas más.

Fui a despedirme de los Vidal. Me despedí igualmente de Feliu, quien me dijo que el Comité propensos pasaba por un mal momento en el aspecto económico, por lo que no le era posible darme el importe de las últimas semanas de subsidio de preso; pero que podía tener la seguridad de que él mismo se encargaría de enviármelo a mi casa en Reus. Así era de honrada la recaudación que para los presos se hacía en los sindicatos. Como yo le dijera a Feliu que a mí ya no tenía que remitirme ningún dinero, me replicó:

—¡Imposible! Los acuerdos son los acuerdos.

Llegué a Reus y me alojé en casa de mis padres. Al principio, mi presencia hizo la felicidad de mis padres y de mis hermanas. Al principio también, mi actuación en pro del sindicalismo revolucionario de la CNT fue recibida con general desagrado, tanto por los elementos derechistas que se abrevaban en la capilla-escuela de los jesuitas y en la Comunión Tradicionalista y sus «requetés», como por los sectores republicanos lerrouxistas de la Casa del Pueblo y los socialistas reformistas del Ateneo Obrero.

La CNT carecía de base orgánica en Reus, donde no tenía ningún sindicato. No así en la provincia de Tarragona, donde los tenía en la misma Tarragona, en Valls, en Montblanch, en Vendrell, en el Priorato Alto y Bajo, desde su capital, Falset. De todas las poblaciones tarraconenses, solamente Reus poseía economía industrial importante, con fábricas textiles, tenerías, ladrillerías, fundiciones, aserraderos, carpinterías, talleres mecánicos, molinos aceiteros, además de ser el centro agropecuario de toda la provincia. La sucursal del Banco de España era considerada la quinta del país por su volumen de operaciones. Y, sin embargo, no existía en ella ningún Sindicato Único, célula orgánica de la Confederación.

En el aspecto social, Reus había decaído mucho. Habiendo sido sede del primer Certamen Socialista Anarquista de España, había perdido su rango de ciudad anarquista. Solamente quedaba en ella algún que otro viejo simpatizante, como Carbonell, los Borrás, Sugrañes, Iglesias y algún otro más.

La clase obrera estaba organizada en sociedades de resistencia que dominaban los socialistas o los republicanos lerrouxistas, que sólo servían como centros electorales. Líderes visibles de los republicanos radicales eran Simón Bofarull, buen abogado, que evocaba a un mosquetero con su chambergo negro, su chalina negra y su gran capa también negra que el viento hacía ondear. Los líderes socialistas eran un tipógrafo llamado Badía, que había reemplazado a Mestres tras del fracaso de una huelga de los obreros textiles, que atribuían a la traición de Mestres.

Después de la huelga textil —nueve meses de paro y la miseria en las familias obreras—, dejaron de estar organizados los obreros textiles, y otros oficios tampoco se aventuraban a plantear a sus patronos nuevas demandas de mejoras. Sostenían sus sociedades obreras, de cuadros muy reducidos, pero no planteaban ninguna lucha, pues temían perder las huelgas y ser vencidos. Podía ser justa la fama de «vendehuelgas» de los dirigentes de las sociedades obreras de resistencia manejadas por los socialistas. No obstante, el mal no radicaba en la inmoralidad de los socialistas obreristas, sino en las tácticas que empleaban, basadas en el poder, muy limitado, de sus cajas de resistencia, con el que pagaban semanales raquíuticos a los huelguistas. Cuando se agotaban los fondos, la desbandada no se hacía esperar.

Los sindicalistas de la CNT en sus luchas aplicaban la acción directa, una amplia gama de acciones encaminadas a doblegar la resistencia patronal. En aquellos tiempos, eran muy pocas las huelgas que perdían los sindicalistas.

Conmigo llegaba a Reus la acción sindicalista. Había que hacer saltar los tinglados obreristas de los republicanos radicales lerrouxistas que mantenían, un poco a lo chulo, los hermanos Vergés, con fama de valientes que les permitía ser los arbitros de la Federación local de Sociedades Obreras de Reus, donde los socialistas como el panadero Masip y el mecánico Salayet no se atrevían a ejercer una oposición abierta a los lerrouxistas.

Así iban las cosas desde que los socialistas perdieron la huelga de los trabajadores textiles del Vapor Nou y el Vapor Vell. De aquella huelga perdida, yo recordaba el hambre que pasamos en mi casa, pues, como ya dije, toda la familia trabajaba en el Vapor Nou.

Me fue fácil entrar en contacto con los viejos elementos del obrerismo anarquizante. No eran muchos, pero se mantenían fieles a las ideas. En Barcelona, Pey me recomendó mucho a un tal Carbonell, compañero muy sano ideológicamente, que aunque siempre trabajó de peón era muy culto. Entusiasta de nuestras luchas, carecía de impulso para plantearlas. Carbonell podía ser un buen punto de apoyo para la labor que me había encomendado el Comité regional. Y, sin yo saberlo, Pey le había escrito pidiéndole ayudarme en lo que pudiese.

Mi primera entrevista con Carbonell fue cordial. Era un viejo marrullero, de cincuenta años, soltero empedernido, no dejando nunca entrever si se debía a espíritu de independencia o a amores frustrados de su primera juventud. Buen conocedor de las ideas anarquistas, siempre tuvo inclinación por el movimiento obrero organizado. Mi llegada y mis proyectos lo entusiasmaron, y me prometió preparar una reunión de compañeros afines y simpatizantes de la localidad.

En la Sociedad de Camareros de Reus encontré una cordial acogida, tanto por ser yo nativo de la ciudad y haber empezado el oficio en ella, como por ser considerado víctima de la pérdida huelga de camareros de Barcelona que me llevó a la cárcel.

La reunión preparada por Carbonell tuvo lugar un domingo por la mañana en la biblioteca del Ateneo Obrero. Se habló largamente de la situación del mundo del trabajo en la localidad: dominio lerrouxista en la Federación local de Sociedades Obreras; dominio alterno de lerrouxistas y socialistas en la mayoría de oficios, organizados; influencia del Centro Obrero de San José, desde el que jesuítas y «requetés» influían sobre importantes sectores de la clase obrera, principalmente sobre las mujeres.

No logro recordar los nombres de todos los asistentes a la reunión, pero sí de algunos: Carbonell, los dos Borrás, Sugrañes, Baque, Morey, Talarn, Banqué, Gilabert, Cinca y otros. Eramos pocos, pero procuramos rodearnos de prestigio, proclamándonos constitutivos de la Federación comarcal de Sindicatos de Reus. Para que nuestra decisión no quedase en el anonimato, publicamos un manifiesto, dirigido a los trabajadores de Reus y su comarca, invitándoles a constituirse en Sindicatos Únicos y adherirse a la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña.

Para terminar con la prepotencia de los hermanos Vergés en la Federación local de Sociedades, acordamos enviar a ésta una carta, dándoles cuenta de haberse constituido en Reus una Federación local de Grupos Anarquistas, con el propósito de velar por la radicalización de la lucha obrera, e invitando a sus sociedades de resistencia a dejar de vivir aisladamente unas de otras, yendo a la creación de Sindicatos Únicos de Ramo, de acuerdo con las resoluciones del Congreso regional de Sans de 1918.

Acordamos iniciar rápidamente la organización de sindicatos en los sectores más importantes de la clase obrera reusense y que, en aquel momento, no estaban encuadrados en ninguna clase de asociación: los transportistas y los obreros de la industria fabril y textil. Los primeros comprendían los trabajadores más fornidos de la localidad. El noventa por ciento de trabajadores de la industria fabril y textil estaba compuesto por mujeres, desde niñas de 10 años a ancianas de 60. El diez por ciento restante, lo constituían los contra maestres, tintoreros, mecánicos, carpinteros, albañiles y fogoneros. Y los encargados, los capataces. Estos tenían mucha similitud con los cabos de vara de los presidios. Imponían multas a las obreras por cualquier motivo, a veces por no dejarse pellizcar las nalgas. En período de elecciones, eran los encargados de entregar a cada obrero la papeleta que tenían que depositar en las urnas electorales.

La organización del Sindicato Fabril y Textil fue rápida. Formando grupos

de acción con Morey, Talara, Banqué, Oliva, Sugrañes y otros jóvenes que se iban incorporando a la lucha, penetrábamos en las fábricas, esquivando a los porteros, y ya dentro de las salas de trabajo hacíamos un discurso rápido, repartíamos las convocatorias para asistir a la asamblea constitutiva del sindicato. Rápidamente aparecían los encargados-cabos. Para terminar con el terror que imponían a las mujeres, los arrinconábamos y, pistola en la frente, les conminábamos a que no atrepellasen a ninguna obrera, y menos aún si eran nombradas delegadas del sindicato.

La asamblea constitutiva del sindicato la celebramos en una sala de la calle San Pablo, donde 15 años antes asistía yo a las clases de primaria del *castellá panxut*. Fue un éxito inesperado por la cantidad de mujeres y hombres asistentes. Igual ocurrió con la asamblea de los trabajadores de las tres fábricas de sedería que existían, con la asamblea de las obreras de géneros de punto, de las que existían media docena de fábricas pequeñas.

La organización de los trabajadores textiles tuvo positivas influencias. En casi todas las familias obreras, trabajaba alguien en las fábricas: casadas, solteras y niñas, que llevaron el entusiasmo a cada familia. Y nuestra táctica de acción directa, exigiendo a los encargados el respeto absoluto de las trabajadoras, y especialmente de nuestras delegadas, nos dio muy buenos resultados. Habíamos limpiado la pestilencia que rodeaba la vida de las trabajadoras, estafadas en los pesos y metrajes si no se sometían a las propuestas soeces de los encargados. Antes de obtener ninguna mejora salarial, nuestro prestigio había subido gracias a la victoria moral lograda en el trato a las trabajadoras.

El Sindicato Único del Transporte, con sus secciones de peones de carga, transportes urbanos, y transportes por carretera, había completado su organización. Constituían tres categorías de trabajadores que nunca habían estado sindicados; sus condiciones económicas eran de lo más precario. Empezamos la lucha presentando demandas de mejoras de salarios para la sección de transporte por carretera, cuyos integrantes, altos y robustos, con sus largas blusas, anchas fajas y gorras negras, imponían respeto. Pero eran gentes sencillas, sin picardía. Sus patronos sí que eran picaros desvergonzados. Optaron por no darse por enterados. Se planteó la huelga. Quince días después, los patronos seguían impertérritos en su actitud, y los ánimos de los huelguistas empezaron a decaer. Parecía que la primera huelga que planteaban los sindicalistas de Reus iba a ser un fracaso total. Si aquella huelga se perdía, se hundirían las esperanzas puestas en el sindicalismo de la CNT. Los patronos de Reus eran muy duros. Orientados por los Odena, Tarrats, Pía, Jordana y Llopis, con las bendiciones de los jesuitas y el aliento de los «requetés», se proponían presentar una férrea oposición al sindicalismo. Yo era el más afectado. El Comité regional me había dicho: «Tendrás que hacer frente a los problemas derivados de las huelgas. Sé cauto, no te lo juegues todo a una sola carta ni confíes mucho en la eficacia de la huelga general. Pero ten presente que, si planteáis una huelga, la tenéis que ganar, cueste lo que cueste. Llegado el caso, todavía podríamos ayudarte con algo de dinero y pistolas. Los hombres, tendrás que ponerlos tú...». Recordaba —lo recordaba bien— a Salvador Seguí, hablando en representación de la Federación local de Sindicatos de Barcelona, en la asamblea de camareros y cocineros: «La huelga la habéis perdido debido, en gran parte, al hecho de que la planteasteis y la llevasteis a cabo con una parsimonia carente del espíritu del sindicalismo revolucionario, olvidando, o ignorando, que todo el secreto de su potencialidad radica en la aplicación metódica e implacable de sus tácticas de acción directa».

Tal era el caso de nuestra huelga del transporte. Nuestros afiliados no habían pertenecido nunca a sociedad ni sindicato alguno. El sindicato del Transporte acudió al Comité de la Federación comarcal, del que yo era secretario, y

que apenas existía. Pero en la clase obrera organizada hay una especie de fetichismo por ciertos nombres, siendo uno de ellos «el Comité». Un manifiesto firmado por «El Comité» causaba más impresión que un bando del gobernador.

Me hice acompañar de los compañeros Cinca, de Tarrasa, que había actuado en Barcelona, y Gispert, del sindicato de la Construcción de Barcelona, que trabajaba en Reus. Aunque improvisado, el Comité comarcal causaría impresión en los carreteros en huelga, que eran unos cincuenta, de gran talla, y que además acudieron a la reunión con sus largas varas de avellano. La impresión que nosotros causásemos sería subjetiva, la que puedan producir unos hombres cuya fama no procedía de su altura física, sino del chisme corrido de boca en boca desde que enviamos la carta de la Federación local de Grupos Anarquistas, las entradas pistola en mano en las salas de máquinas de las fábricas textiles y los «¡alto!» que les dimos a los capataces-cabo de vara. Esa fama, bien administrada y aplicada, nos ahorraría disparar algunos tiros. Así fue al principio, porque más adelante sí hubo que disparar las pistolas.

Antes de entrar a la reunión de los carreteros, tuvimos un cambio de impresiones con Carbonell, que llevaba la secretaría del sindicato del Transporte:

—Bueno, Carbonell, ¿cómo ves la marcha de la huelga?

—Mal, la cosa anda mal. Ya hay esquiroleros, y si empujo a la violencia, estos carreteros, que siempre llevan la faca en la faja, son capaces de sacarles las tripas a algunos. Eso sería un desastre, porque tendríamos muchos presos y acaso sería clausurado el sindicato. Si se deja que todo siga igual, la huelga se terminaría pronto, porque la resistencia económica se acaba.

—Mi opinión es que la huelga debe ser ganada por los carreteros, pase lo que pase. Ellos solos no lo lograrán. ¿Qué os parece si la comarcal se hace cargo de la dirección del conflicto?

—Me parecería bien, y si lo planteas en la asamblea lo apoyaré. Advertiré a Banqué y a otros para que lo apoyen. Pero, ¿crees tener medios para poder lograr la victoria?

—Creo que sí. Facilitame los nombres y las direcciones de los patronos más recalitrantes.

Dije a Cinca y a Gispert:

—Yo hablaré en nombre del Comité comarcal. Vosotros dos no abráis la boca. Manteneos con cara seria. Estoy seguro de que algunos carreteros mantienen relaciones con sus patronos y conviene que cuando les digan que el Comité comarcal se hizo cargo de la huelga, informen que los del Comité comarcal son unos tíos venidos de Barcelona, según se dice pistoleros anarquistas.

En la pequeña sala, repleta de carreteros, la reunión estaba por empezar. En la mesa esperaban Carbonell y Baque, presidente este último de la sección de carreteros en huelga.

Empezó la reunión con un informe de Baque, explicando el desarrollo del conflicto. Se puso a discusión el informe; pero nadie pidió la palabra. Sobre la asamblea se cernía un silencio penoso. Carbonell manifestó que, antes de dar por perdida la huelga, había creído conveniente acudir al Comité comarcal, para que sus componentes diesen las orientaciones pertinentes sobre la manera de conducir el conflicto. Terminó cediéndome la palabra.

Yo tenía escasamente 18 años, y mala fama entre los burgueses de Reus. Hablé en estos términos:

—Siempre creímos que la presentación de las bases sería seguida de su discusión y que, con algunas modificaciones, serían aceptadas, sin necesidad de acudir a la huelga. Pero, desgraciadamente, no ha sido así. Los patronos, mal aconsejados por los señores de la ciudad, pensaron propinar una sobe-

rana paliza al sindicato del Transporte. Pues bien: si sus pretensiones son el librar una batalla al sindicalismo, a la Confederación regional de Sindicatos de Cataluña, la Federación comarcal de Sindicatos de Reus admite el desafío y nos hacemos cargo del conflicto. Si vosotros, sección en huelga y sindicato de Transportes, no tenéis inconveniente, asumiremos la dirección del conflicto y os prometemos que aunque los burgueses de Reus son de los más duros, vuestra huelga no se perderá ni se perderá ninguna huelga que planteen nuestros sindicatos. De ello podéis estar bien seguros. Por vuestra parte, en algo podéis ayudar, y pues tenéis buenas varas de avellano, medir con ellas las espaldas de los esquirols.

Se animó la asamblea. Se aprobó por aclamación que el Comité comarcal hiciese suya la dirección del conflicto. Al día siguiente se distribuyó un «Manifiesto de la Comarcal de Reus», atacando muy duramente a los burgueses intransigentes, asegurando que la huelga sería ganada «¡costase lo que costase!».

La reacción de los patronos no se hizo esperar. Llamaron al sindicato para iniciar las negociaciones. Carbonell les advirtió que las negociaciones tendrían lugar en presencia de la Comarcal, que decidiría si se aceptaban o no los ofrecimientos patronales.

A la entrevista asistimos por la sección de carreteros Carbonell, por el sindicato Baque, y por la comarcal yo. Advertí a mis dos compañeros que se abstuviesen, en lo posible, de intervenir en los debates. Acudieron cuatro patronos, naturalmente los más fuertes del ramo. Las deliberaciones duraron cuatro horas. Era la primera vez que yo asistía a tales debates, y fui aprendiendo la manera de ser de los burgueses. Creía conocer bien a la burguesía, pero fue entonces cuando me di cuenta de que el burgués carecía por completo de pudor, de honor y de vergüenza.

Hablaban uno tras otro, incansablemente, repitiendo el mismo estribillo: «Las demandas de los obreros llevarían a la ruina al negocio de los transportes de carga por carretera; los piensos de las caballerías se llevaban la mayor parte del importe de los fletes que cobraban; los impuestos y gravámenes del gobierno y municipio los tenían ahogados; todo se había puesto tan caro que no les quedaba ni para el gasto diario de sus casas. En adelante, con los nuevos salarios que pedía el sindicato, quedarían en la ruina; de seguir así las cosas, era preferible deshacerse de los carros y caballerías, lo que pensaban hacer en la primera oportunidad que se les presentase».

Cuando pareció que ya se estaban cansando de repetir los mismos argumentos, repliqué, más o menos, que consideraba exageradas las conclusiones que habían expuesto. Nuestro estudio de la situación de la industria transportista nos probaba los buenos negocios que eran las agencias de transporte. Cada uno de ellos había comenzado con un carro y dos caballerías y, en la actualidad, poseía ocho carros y veinte caballerías. Los impuestos y gravámenes que pagaban al gobierno y al municipio eran exiguos; era voz popular que los patronos llevaban contabilidad doble, lo que les permitía pagar poco y aparecer como unos pobretones. Sus alegatos para justificar un posible abandono del negocio del transporte no eran para ser tomados en serio; no sólo habían prosperado en el negocio, sino que éste les permitía llevar un tren de vida cuya décima parte ya quisieran para sí los carreteros. Buenos u óptimos, los negocios lo son siempre; y sin riesgos personales, lo que no ocurría con los carreteros, cuyos riesgos eran grandes, algunas veces mortales bajo las ruedas de los carros, como le había ocurrido al «Piula», por cuyo accidente nada se le dio a su esposa —vecina mía—, que, para poder mantenerse ella y sus hijos, había tenido que abrir la puerta de su casa a los hombres que quisieran traspasarla...

—Bueno, bueno. Ya veo que no tenemos más remedio que aceptar las exigencias del sindicato —dijo el que parecía cabeza de los patronos—. De haberlo imaginado, también nosotros habríamos traído un abogado.

Dejé que los detalles los solucionasen Carbonell y Banqué, más enterados que yo de los aspectos del trabajo.

La reunión empezada a las cuatro de la tarde terminó casi a la nueve de la noche. En el local social esperaban los carreteros huelguistas. Constituidos en asamblea, dimos cuenta de nuestra gestión y de nuestra aceptación de unas ligeras enmiendas a las bases aprobadas por ellos. Con la aprobación general, menos un voto en contra, fue aceptada la solución del conflicto. El trabajo lo reanudaron al día siguiente.

Al constituirnos en Federación comarcal de Sindicatos, nos dimos de alta en la Federación provincial de Tarragona, cuyo Comité provincial residía en la capital de la provincia. La Federación provincial estaba integrada por seis comarcales: Tarragona, Valls, Vendrell, Montblanch, Alto y Bajo Priorato y Reus. Disponía de un periódico, *Fructidor*, quincenal a veces, editado en Tarragona y del que era director el compañero Hermoso Plaja, que sería sustituido por el periodista liberal radicalizado —nunca quiso declararse anarquista— Felipe Alaiz.

Mi incorporación al Comité provincial dio un impulso a la propaganda oral. Eran muchos los sábados y domingos que íbamos a los pueblos a propagar nuestras ideas y organizar sindicatos de Oficios Varios. Visitamos Borjas, Falset, Mora, Marsá, Mola, Flix, Torre del Español, La Figuera, Gratallops, Constantí y muchos otros.

Para poder atender a las tareas de la Organización hube de acomodarme al trabajo de camarero, del que me mantenía, eludiendo ejercer de camarero con plaza fija en restaurante, café o bar; inscrito en la sección de trabajo eventual, me arreglé para tener trabajo casi todos los días de la semana: el lunes, día de mercado, en el restaurante del café París, los martes en el bar restaurante Botella, los miércoles en el restaurante del Hotel de Londres, los jueves y viernes y, a veces, los sábados y domingos, en cualquiera de los otros establecimientos del ramo, ya por enfermedad de algún camarero, ya por banquetes de bodas, bautizos o políticos.

Un sábado, muy temprano, apareció en mi casa el compañero Plaja. Me contó que se había comprometido con los compañeros de Constantí a organizar un gran mitin de propaganda, asegurándoles la participación de Salvador Seguí. El Noi de Sucre le había dado la seguridad de que participaría en él; a última hora, le había advertido por telegrama que no podría cumplir su compromiso. El mitin estaba convocado para aquel sábado por la noche; se había hecho la propaganda con grandes carteles y por el pregonero; se había pagado el alquiler de la sala, lo que suponía una fuerte inversión y, además, él iba a quedar muy mal con los compañeros y los trabajadores de la localidad y los pueblecitos cercanos.

—Mira, Joanet, tienes que ayudarme a salir del paso. Ya que no contaremos con el Noi, por lo jacios ven y toma parte tú en el mitin...

—Sería muy precipitado. Tendría que ver al encargado del trabajo, por si se ha comprometido en enviarme a hacer un extra. Además, es de suponer que disponéis de algún otro compañero, ¿no?

—Sí, cuento con el viejo Bruno Liado, que llegó hace unos días, y con el compañero Sarda, de Tarragona. Pero, contigo, creo que quedaríamos bien, aun sin Seguí. Si salimos antes de una hora en camión, llegaríamos a Tarragona, donde comeríamos; después de tomar café, nos iríamos en una tartana a Constantí. ¿Cuánto tiempo necesitas tú para arreglar lo del trabajo?

—No sé, acaso una hora u hora y media.

—Bien, te espero dentro de una hora en el bar Esquella.

El camarero encargado de la bolsa de trabajo contaba conmigo para un banquete el mediodía del domingo. Se trataba de una boda importante:

—¿No perderás tu jornal del lunes en el París, verdad?

—Seguro que no lo perderé. El mitin es esta noche en Constantí y mañana por la noche ya estaré de regreso.

Salimos en el camión de las once. En Tarragona nos dirigimos a la imprenta que poseía la Organización, de la que era gerente Plaja, y donde se editaba *Fructidor*. En la imprenta conocí a un compañero italiano llamado Mario Montovani, cajista de profesión. También conocí a Felipe Alaiz, que llevaba un tiempo hospedado en casa de Píaja, retocando su libro *Quinet* y ayudando en la dirección y compaginación del periódico. Cerramos la imprenta, y Alaiz, Montovani, Plaja y yo nos fuimos a tomar el vermut al bar Versailles, en la misma Rambla.

Poco amigo de andar comiendo en casa de los compañeros, donde la comida era siempre escasa, y no queriendo angustiarse con un comensal inesperado a Carmen, la compañera de Plaja, me fui al Hotel Nacional, donde había trabajado bastante tiempo; se comía bien y no era caro.

En el bar Versailles nos reunimos a tomar el café. Allí conocí a Bruno Liado, ya entrado en años, gordo, de aspecto bonachón, algo sordo, con voz atiplada y que no debía ser atractiva perorando en público. Me fue presentado el compañero Arnau, muy delgado, de mirada penetrante y parlanchín. Alaiz era muy bajito, con tendencia a la obesidad, de cara aplanada; hablaba en aragonés, en «chapurriado», mitad castellano mitad catalán. Mario Montovani hablaba en italiano con pretensiones de catalán, pero daba la impresión de ser bastante culto.

Hablando en corro, me enteré de que, en la ciudad de Tarragona, nuestra fuerza sindical era escasa, reducida casi al sindicato del Transporte Marítimo y Terrestre, que dirigía un compañero, al parecer no anarquista sino socialista revolucionario, según él decía. La conversación entre Plaja y Alaiz resultaba interesante.

Decía Plaja: El valor revolucionario desde el punto de vista insurreccional de la Organización en la provincia de Tarragona, lo considero escaso. Con excepción de Reus, el resto de la provincia adolece de una situación social indefinible. No es declaradamente burguesa ni abiertamente proletaria. Al frente de la comarcal de Valls, pueblo grande, integrado por artesanos, peones y pequeños propietarios, tenemos a dos buenos compañeros, bastante cultos, Padró y Fidel Martí, pero uno no sabe bien si se trata de republicanos federales o simplemente de antimonárquicos. Algo así ocurre en la comarcal del Vendrell, con algunos obreros, que o son *rabassaires* o medieros, y, a veces, todo al mismo tiempo. El compañero Folch y Folch es el que más descuella en dicha comarcal, pero anarquista no es, tampoco federal, y sí bastante catalanista. La comarcal de Montblanch es otra cosa, por influencia de Ramón Porté, parece francamente revolucionaria. Nos queda por analizar la comarcal del Alto y Bajo Priorato, la más fuerte en sindicatos de Oficios varios, ya que existen en bastantes localidades. Joaquín Llorens es el animador de toda la comarcal, que a más de dirigir la cooperativa de consumo de Falset, promueve reuniones y mítines con bastante frecuencia. Pero el campesinado de sus pueblos tampoco tiene una condición económica bien especificada; hasta Bellmunt, con sus mineros del plomo, resulta medio minero medio agricultor. Pues bien, ni Llorens es anarquista ni lo es el doctor Font de Cornudella, los cuales parecen más bien republicanos de Lerroux o de Pi y Margall.

Plaja conocía bien las comarcas de la provincia de Tarragona. Las recorría

casi todos los fines de semana, promoviendo asambleas, mítines y conferencias, vendiendo folletos y libros anarquistas, proveyendo de carnets de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, del libro de cotizaciones y de los Estatutos ya escritos y por firmar, a los sindicatos que habían de constituirse. Durante algún tiempo me sumé a su labor. Juntos organizamos un mitin de Primero de Mayo en Borja, pueblo de la comarca de Reus.

Cuando avanzada la tarde de aquel sábado llegamos a Constantí, donde ya nos esperaban los compañeros del sindicato local, Plaja, imperturbable, nos fue presentando, a Bruno Liado, a Arnau y a mí. Las caras de Bruno Liado y de Arnau reflejaron un profundo asombro ante la audacia de Plaja. Yo aparenté naturalidad; estaba allí para colaborar y no para tirar por los suelos su labor de hormiga.

El mitin fue presidido por Plaja, en una gran sala de un café. Primero habló Arnau, compañero peluquero de Tarragona, que hacía sus primeras armas en la oratoria de pueblo. Hablaba con fogosidad, a veces esotéricamente, pues intercalaba palabras que hubiese sido menester un diccionario para comprenderlas. Le siguió Bruno Liado, de hablar campechano y voz atiplada y ya algo cascada, pero que agradó a la concurrencia por la sencillez de su discurso. Por último, me tocó a mí. ¡Qué digo! No a mí, sino al otro. Plaja, más imperturbable aún que cuando me presentó a los compañeros de la localidad, dijo con su voz de trompeta:

—Y ahora cedo la palabra al compañero Noi del Sucre.

El local estaba atestado de hombres, mujeres, niños y niñas. Seguramente se había hablado mucho del Noi de Sucre, porque al ser presentado yo como tal, se hizo un silencio impresionante.

Fui aplaudido. Y hasta me dieron un abrazo Plaja, Arnau y Liado. Después, ya de regreso a Tarragona, Plaja se explayó:

—Me había comprometido con los compañeros de Constantí a traerles el Noi de Sucre. El viernes por la noche recibí un telegrama de él excusándose. Y me acordé del mitin que Juan y yo dimos el Primero de Mayo en Borja. Hubo momentos que cerrando los ojos hubiese jurado que era el Noi. Y pensé que sólo él podría sacarme del aprieto en que me puso Seguí.

Volví a Reus el domingo por la tarde. El día siguiente era día de mercado y me tocaba hacer el extra de restaurante en el café París. Los lunes, la ciudad se llenaba de forasteros procedentes de toda la provincia, por ser Reus la plaza que manejaba la compraventa de los productos de la tierra: avellanas, almendras, algarrobas, aceitunas, uvas, alcoholes, vinos y aceites.

Ese lunes me tocó servir una mesa de seis personas. Cuatro hombres, una señora y una jovencita. La joven era muy bonita. Lo noté porque me miraba con mucho interés. Por su aspecto, eran agricultores o comerciantes acomodados. Cuchicheaban entre sí cada vez que me veían pasar; por mis pretensiones de joven que se creía guapo, me pareció que la más interesada era la jovencita. Cuando llegó el momento de cobrarles la comida, la joven me preguntó:

—Oiga, ¿no es usted el Noi de Sucre?

—¿Quién, yo? No, señorita, no lo soy.

—Es que el sábado dieron un mitin en nuestro pueblo, Constantí, y uno de los que hablaron dijeron que era el Noi de Sucre. ¡Y se parecía tanto a usted!

—¿Sí? Pues no era yo.

La creación de Sindicatos Únicos en Reus llevaba un ritmo acelerado. Bien es verdad que llegaba del exterior mucha colaboración. Procedente de Barcelona llegó un militante del sindicato, Vicente Martínez, apodado «Artal». Era delgado y nervioso; valenciano, que igual hubiera podido pasar por un judío que

por un árabe; inteligente y buen marroquiner. Con él pudimos organizar el sindicato de la Piel, con secciones de curtidores y de marroquinería. También llegó un viejo militante del sindicato de la Madera de Barcelona, José Batlle Salvat, excelente ebanista y hombre de acción, con quien pudimos emprender la organización del sindicato de la Madera, con secciones de toneleros, aserradores, carpinteros, ebanistas y barnizadores. Procedente de Bilbao con rumbo inseguro, llegó un compañero metalúrgico, Rafael Blanco, algo bizco, con tipo más de gitano que de vasco, estudioso y conocedor de la ideología anarquista; servía para todo, para organizar y escribir, para hablar y para parar en seco al más plantado; era un buen ejemplar del sindicalista de acción que entonces se daba bajo la influencia de la militancia barcelonesa. De naso también, estuvo un hermano del dirigente socialista asturiano Llaneza, que venía huyendo y estaba bastante delicado de salud. Nos contó que no quería saber nada de su hermano, a quien consideraba más bien burócrata que luchador obrero. De Tarrasa nos llegó un personaje bastante complejo, joven, inquieto, casi que sin nombre, pues era conocido por «el Nanu de Tarrasa» o «el Nanu de Reus».

Todos ellos contribuyeron a la organización de los Sindicatos Únicos. Ellos y los nuevos valores que iban surgiendo de la propia clase obrera reusense, como Manuel Morey, procedente del Partido Radical, peluquero, muy culto y abnegado. Sugrañes, mecánico, joven ex requeté, que con otros jóvenes ex requetés dieron mucho vigor a la organización. Talarn, peluquero, espíritu inquieto, que con los hermanos Banqué, Oliva, Olivera y otros, contribuyeron mucho a la obra organizadora de los sindicatos. Un sindicato y una organización obrera no es nunca el resultado de un hombre ni de un solo esfuerzo.

Se creó en Reus el sindicato de Oficios varios, con peluqueros, vigilantes de barrio, guardias municipales, sepultureros y otros oficios que no encuadraban bien en los sindicatos de Ramo o Industria. El sindicato de la Alimentación fue organizado con panaderos, cocineros, camareros, fideeros, pasteleros. El de la Construcción con albañiles, peones, estucadores, pintores, mosayistas, empedradores.

En general, todos los trabajadores necesitaban lograr aumentos de salarios. Con excepción de los camareros, cocineros, estucadores y toneleros, que disfrutaban de buenos ingresos, los demás oficios, anulados sin sus sociedades de resistencia, autónomos o dirigidos por socialistas, hacía años que no habían mejorado sus ingresos. Y peores eran las circunstancias de los trabajadores que carecían de afiliación societaria. Tal era el caso de los trabajadores de la industria textil. Carecían de asociación desde que perdieron la huelga de hacía más de doce años; el noventa por ciento del trabajo lo realizaban mujeres, hasta labores que en las fábricas de Barcelona y del llano eran realizadas exclusivamente por hombres. Aquella masa de obreras textiles de las dos grandes fábricas de algodón, las tres de sedería y la media docena de pequeñas industrias de género de punto, no era de fácil manejo. Plantear una demanda general de aumento de salarios para los tres tipos de salarios hubiese sido lo ideal, pero no era lo más práctico. Habríamos determinado una asociación patronal que hasta entonces no existía. Y no existía porque había una honda división entre los obreros textiles. Las trabajadoras de la seda se consideraban de casta superior a las del algodón, pues iban mejor vestidas y, aunque no mucho, cobraban algo más. Entre los dueños de fábricas, ocurría lo mismo. Por la importancia de sus instalaciones y los volúmenes de capitales que manejaban, Tarrats y Odena, dueños respectivos del Vapor Nou y el Vapor Vell, se comportaban como si no existiesen los nuevos burgueses de las fábricas de seda y géneros de punto, que poseían instalaciones menos ostentosas y de creación más reciente.

Se imponía suma cautela en el planteamiento de huelgas. Nada consideraba yo tan peligroso como la huelga general de todos los oficios de un ramo. Mi teoría era que cada huelga tenía que ser ganada, costase lo que costase. Lo más conveniente me parecía, pues, partir de lo primario hacia lo superior. Atacar primero a los patronos más débiles y terminar con los poderosos, pero por separado.

Recomendamos al Sindicato Fabril y Textil que procediera con calma a elaborar bases de mejoras para los trabajadores de la rama de géneros de punto, que era la sección económicamente más débil y con salarios más bajos para los trabajos a destajo. Las trabajadoras de dicha industria eran reclutadas entre muchachas muy jóvenes y mujeres muy viejas, por lo que estaban sometidas a los salarios más ínfimos y a condiciones de trabajo pésimas.

La fábrica de géneros de punto de más reciente creación pertenecía a una sociedad cuyo capital tenía su origen en un tal Recasens, al que se consideraba gestor financiero de Evaristo Fábregas, millonario reusense que se hizo rico durante la guerra europea con las exportaciones a Francia e Inglaterra. En general, los dueños de las sederías y fábricas de géneros de punto pertenecían a gente alejada del clan Boule. Tampoco tenían vinculaciones con los viejos capitalistas Tarrats y Odena, de quienes se decía que operaban como jugadores de Bolsa, con suerte varia, ya que en cierta ocasión se quedó en cueros Tarrats tras unas desdichadas operaciones bursátiles. Lo que no fue óbice para que continuara siendo duro como el pedernal. Los descendientes de Boule, más cautos, fueron colocando sus dineros en inmuebles.

La burguesía rica surgida de las exportaciones a Francia e Inglaterra durante la guerra mundial, era más audaz y bastante irresponsable. Eran los Llopis, los Queralt, los Fontana, los Recasens, los Fábregas y los Gassull, que dominaban el mercado de aceites y granos, de la almendra y de la avellana. Como quien dice que para pasar el tiempo, habían invertido algo en las fábricas textiles y perdido estúpidamente grandes porciones de las enormes fortunas amasadas con las exportaciones a base de comprar marcos alemanes que al terminar la guerra inundaron el mundo entero.

La burguesía comercial e industrial de Cataluña, que pasaba por ser la más inteligente de España, se conducía un poco a lo tahúr: jugadores de tapete verde, especuladores de Bolsa, inversionistas en marcos alemanes, de los que llegaron a poseer sacos de cien kilos atiborrados. En sus fábricas y talleres, los trabajadores continuaban produciendo con máquinas y equipos antiguos, con salarios de subsistencia miserable.

Los ecos de la lucha social en Barcelona, donde la militancia sindicalista se batía encarnizadamente contra los patronos y sus valedores de la policía, de la Guardia civil y los pistoleros, llegaban a Reus, donde la actividad de los sindicatos servía de caja de resonancia.

Los patronos de géneros de punto oponían negativas a las mejoras que el sindicato Fabril y Textil pedía para sus trabajadores. El Comité del sindicato presentó a la comarcal las dificultades con que tropezaba. Les aconsejamos dar a los patronos un plazo para la aceptación de las negociaciones. Los patronos se avinieron a reunirse con el Comité del sindicato para entablar negociaciones. Acudimos. Nuestra delegación la integraban una obrera de géneros de punto, un miembro del Comité del sindicato y yo como representante de la comarcal. Los patronos, igualmente tres, estaban dirigidos por Recasens, hermano del gestor financiero de Fábregas, gerente de una fábrica y socialista, como su hermano.

Habló Recasens, más o menos así: «Consideramos los aumentos de sueldos que se piden francamente inaceptables. Hasta pensábamos cerrar las fá-

bricas y no tener que discutir las bases que ustedes nos han presentado. Nos agradecería que conociesen las interioridades económicas de la industria de géneros de punto, porque sabrían que son tan escasos los márgenes de utilidades del negocio, que si accediésemos a lo que piden quedaríamos arruinados. Creemos que reduciendo a un diez por ciento lo que piden, no sólo sería suficiente, sino que además deberíamos reestudiar si lo soportaría o no nuestra industria».

El argumento era impresionante. En previsión, yo había estado días antes en Barcelona para consultar el problema. El Comité regional me puso al habla con el compañero Arnó, el militante más capacitado del Sindicato Textil de Mataró, donde predominaba la industria de géneros de punto. Arnó apreció detenidamente el estudio que le presenté y me dijo:

—Lo que han estado pagando vuestros burgueses, no voy a decir que son sueldos de hambre. Sencillamente, son una verdadera estafa. Las nuevas bases presentadas por vosotros aún resultan un veinticinco por ciento más bajas que nuestras tarifas.

Tenía, pues, la ventaja sobre los patronos de poseer una información de primera mano. Les dije:

—Es la segunda vez que asisto en Reus a una reunión con patronos para negociar bases presentadas por el sindicato de sus obreros. Los argumentos patronales de ustedes son idénticos a los anteriores, con la particularidad de que sus negocios y los de los otros difieren notablemente. Ustedes se dedican a la bonetería y los otros a los transportes. En ambos casos oigo los mismos razonamientos: consideran desmesuradas las demandas obreras; dé aceptarlas se verían forzados a cerrar los negocios. Supongo que así fue siempre y que así seguirá siendo. Sin embargo, prescindiré de declarar, como argumento, que a los trabajadores nos tiene sin cuidado que sus negocios se arruinen, ya que nosotros siempre estuvimos arruinados. Utilizaré otros argumentos. Los aumentos no pueden ser nunca causa de ruina de esta rama de la industria. En Mataró, que es la localidad de más alta producción de géneros de punto, la mayor parte de las labores que aquí realizan mujeres es hecha por hombres, siendo muy superiores los jornales masculinos. Aun aceptando las nuevas tarifas, quedaría una diferencia de un veinticinco por ciento a favor de ustedes. Y si no pueden mantenerse ustedes en el mercado, no será a causa de las exigencias obreras, sino por incapacidad comercial de los patronos. No es un secreto para nadie que la enorme riqueza que la guerra europea acumuló en manos de algunos reusenses más o menos listos, no benefició a la ciudad ni a las fábricas. No fue renovada la maquinaria ni se edificaron zonas de nuevas casas para la población obrera. Esa riqueza fue arriesgada temerariamente en operaciones bursátiles o en especulaciones insensatas. Y ustedes saben que esto que digo es tan cierto que si fuesen volcados en la plaza de Prim todos los sacos llenos de marcos que hay en la ciudad, el montón cubriría enteramente el monumento al general.

Recasens, con gesto de desesperación, declaró:

—Bien, no creo que sea cosa de seguir discutiendo. Por mi parte, acepto y firmo.

Y pasó el pliego a los demás, que también firmaron. A continuación lo hicieron los representantes del sindicato.

La reacción patronal se manifestó. Debieron pensar que era una insensatez no ofrecer resistencia al avance del sindicalismo. Si el año 1920 había sido de fáciles éxitos en Reus y de expansión orgánica en toda la provincia de Tarragona, en 1921 la provincia tendría que volver a ser la balsa de aceite que antes fue, o sería sumergida en una tormenta parecida a la que vivía Barcelona desde hacía tres años. Seguramente estudiarían la situación para empezar por lo más

fácil. La ciudad de Tarragona ofrecía circunstancias óptimas. Contaba con unos treinta mil habitantes, es decir menos que Reus, y era ciudad levítica, militar y burocrática. Gobierno civil, Gobierno militar, Comandancia marítima, dos regimientos de infantería, arzobispado, catedral y seminario. Su vida basada en el trabajo era escasa. Pero en su puerto entraban y salían buques de carga que recogían mercancías, en su mayor parte procedentes de Reus. En el puerto había vida y movimiento. Sus trabajadores de la carga y descarga estaban afiliados al Sindicato de Transportes de la CNT. El secretario del sindicato, ferrocarrilero seleccionado de la huelga de 1917, era Eusebio Rodríguez Salas, llamado «el Manco» por haber perdido un brazo en una maniobra de vagones.¹ No se ocultaba de decir que se consideraba socialista revolucionario con más simpatías por los anarquistas y sindicalistas que por los socialistas y ugetistas, por lo cual actuaba en la CNT, donde no gozaba de grandes simpatías, a excepción de entre algunos núcleos de obreros portuarios.

La reacción debió considerar que el punto vulnerable para terminar con el sindicalismo era precisamente Tarragona y su sindicato del Transporte. Y creó un sindicato católico llamado «La Cruz Amada».

Eusebio Rodríguez, «el Manco», estuvo en Reus para hablar con el compañero bilbaíno Rafael Blanco, que se había colocado en una fundición de hierro. Blanco y sus libros se trasladaron a Tarragona, ciudad que ofrecía el encanto de su playa y del morro de su rompeolas. A Blanco debió parecerle como hecho a propósito para devorar sus libros.

El presidente del sindicato católico «La Cruz Amada» murió de varios balazos. Los jesuitas proporcionaron otro testaferrero para la presidencia. Un mes después moría de varios tiros el nuevo presidente.

Rafael Blanco regresó a Reus y volvió a trabajar en la fundición. En la pensión donde se hospedaba, que era la casa de un buen compañero, lo único que observaron fue la gran cantidad de libros nuevos que se trajo. Blanco no fumaba, no bebía ni iba al cine, leía mucho. Y le gustaba hablar de cosas importantes, lo que hacía con una voz cálida y simpática. No obstante ser bizco, se captaba fácilmente las simpatías, principalmente entre las mujeres de vida fácil, las únicas que de vez en cuando trataba.

La represión arreciaba. La Guardia civil —un cabo y dos números— estuvo en mi casa a practicar un registro. Los camareros de Tarragona estaban en huelga y explotó una bomba en un café, que solamente causó daños en la instalación.

En Reus hizo también su aparición la militancia jesuítica, con sus «reque-tés» haciendo de marionetas. Después de «La Cruz Amada» de Tarragona, que se disolvió en cuanto enterraron al último de sus presidentes, pensaron en hacer la prueba en Reus. Nada mejor que aprovechar la ola de represión iniciada en Barcelona contra nuestros militantes. En la capital catalana acababan de aparecer los generales Martínez Anido y Arlegui, gobernador civil el primero y jefe superior de Policía el segundo, ambos precedidos de siniestra fama, principalmente Arlegui por las tropelías que cometiera en Cuba.

Por los pueblos de las comarcas tarraconenses, los caciques hicieron perseguir y molestar por la Guardia civil a nuestros militantes. En Vendrell detuvieron al secretario de la comarca, Folch y Folch, por haberle encontrado en su casa unas hojas impresas con la letra de la *Canción del soldado*, de un antimilitarismo furibundo. La detención de Folch duró mucho tiempo, ya que fue procesado por injurias al ejército y su causa tramitada por el fuero de guerra. (Al advenimiento de la segunda República, Folch pasó a formar parte del sector obrero de Esquerra de Cataluña, por la que fue diputado.)

1. [NDE]. Sobre Eusebio Rodríguez Salas véanse las páginas 61, 122, 419-420.

Por sospechas de haber sido el impresor de la *Canción del soldado*, detuvieron en Tarragona a Plaja, quedando con ello la Federación provincial sin secretario, función que tuve que ejercer a más de mi trabajo de camarero y de las obligaciones como secretario de la comarcal.

Corrían rumores de que había llegado a Reus un grupo de pistoleros del «Libre», protegidos por el alcalde de Real Orden, Sarda, nombre de confianza del Partido Conservador que gobernaba despóticamente España a través de Eduardo Dato, «el de mano de hierro con guante blanco».

Nuestro periódico, *Fructidor*, salía y dejaba de salir. Alaiz sustituyó a Plaja. Pero si salía, sus ediciones eran recogidas por los agentes, lo que suponía grandes pérdidas para la Organización.

Los trabajadores textiles eran acosados para que dejaran de pertenecer al Sindicato Único y se afiliasen al sindicato católico que intentaban crear y cuyo primer y último presidente sería un requeté llamado Navarro.

Nos fuimos sosteniendo lo mejor posible. Se nos acechaba de día y de noche. El vigilante de mi barrio me advirtió de que anduviera con cuidado durante la noche, porque había observado a ciertos sujetos, ignoraba si policías o pistoleros, rastreando la calle San Elías, donde yo vivía. El vigilante, que pertenecía a la dilatada familia de los Gandalla, la mayoría de cuyos miembros siempre fueron rebeldes, me aconsejó que prestase atención a las señales que me hiciese, por si había peligro. Era costumbre que los vigilantes golpearan una vez con la vara. Si lo hacía dos veces, querría decirme que aquella noche debía dormir fuera de casa.

Debimos contener la marcha ascendente del Sindicato Único Fabril y Textil. La producción de telas de algodón atravesaba una grave crisis, y los efectos de tal situación ya se hacían sentir en las fábricas Vapor Nou y Vapor Vell. Al principio, el trabajo se suspendía un día a la semana. Después, hasta día y medio o dos. La crisis era más fuerte en las fábricas llamadas «de alta montaña», establecidas a lo largo de algunos ríos de la provincia de Barcelona. Pero también se sentía en las del llano, las de la ciudad condal y sus alrededores.

Aunque sorda, la represión proseguía. Plaja continuaba preso. Rodríguez Salas andaba oculto. Se anunciaba la pronta celebración del consejo de guerra que había de juzgar a Folch.

Tuve que trasladarme a Tarragona para hacerme cargo del Comité provincial. Urgía promover una intensa campaña de mítines en la provincia en favor de Folch. Era la primavera de 1921. El Comité regional nos prestó toda la ayuda posible, enviando dos grupos de oradores de mucha calidad: Salvador Seguí, Andrés Nin y Progreso Amador, de avanzadilla, más Buenacasa, Roigé y Peiró para cerrar la campaña. Con el primer equipo, que solamente podríamos utilizar en un gran mitin, se inauguró la campaña en Tarragona. Seguí, Nin y Progreso gustaron a la enorme concurrencia de asistentes. Seguí, muy orador, y Nin, muy político y ameno; Amador, que procedía del Partido Radical, ya en plan de anarquista, se dedicó a la demagogia. Me tocó a mí lo más delicado del acto: centrar el problema de la provincia en la represión que se hacía sentir y dar una detallada explicación del proceso militar incoado contra el compañero Folch y Folch.

Días después fueron llegando los otros oradores e iniciamos, con Buenacasa, la campaña en Reus, para después proseguirla en Tarragona, Valls y Vendrell. A las buenas, era cuanto podíamos hacer para defendernos de las acometidas de la represión. Nos pegaban, y protestábamos por los palos. Nos perseguían, y procurábamos eludir las persecuciones. A veces, devolvíamos los golpes con golpes a los puntos vitales del enemigo.

Un día —a finales de noviembre de 1921— llegó alguien a quien no esperaba. Venía de Barcelona en representación del Comité regional. Era Pey. Vestido simplemente, calzado con sandalias, el pelo alborotado. Siempre sonriente, se presentó donde yo vivía, en casa de mis padres.

—¿Puedo pasar? —me dijo.

—Sí, Pey, pasa.

Miró la vieja mesa y las sillas de paja. No se sentó. Al darse cuenta de que mi madre trabajaba en el fogón de la cocina, se fue hacia ella y la saludó con sencillez. Después me dijo:

—Bueno, ¿nos vamos?

Y ya en la calle:

—Quería hablar contigo sin testigos. ¿Tienes donde podamos hacerlo?

—Podemos ir a la secretaría del Comité comarcal.

Una vez allí, se acomodó en la silla, puso el codo encima de la mesa y la mano en la cabeza, como sosteniéndola. Muy lentamente, haciendo pausas, me explicó:

—Has hecho una gran labor aquí, y sería una lástima que todo lo que habéis hecho se viniera abajo. Siento tener que hablarte de esta manera realista. Poseemos informaciones de que se prepara una ofensiva general contra nosotros en toda Cataluña. En Barcelona, Arlegui y Martínez Anido alientan a la patronal y al sindicato Libre. Estamos preparando la Organización para resistir, aconsejando la duplicación de los comités más importantes, cosa que debéis hacer aquí vosotros. Eso nos dio muy buenos resultados durante la huelga de la Canadiense. El Comité regional está dispuesto a luchar. Claro que nos vemos obligados a ser cada día más prudentes, más cerrados. Confiamos en todos y de todos desconfiamos. Nuestra Organización es de masas y no de élites. ¿Y quién puede controlar el contenido de una masa? Esto viene a cuento de algo que debo decirte, que no es para que preguntes ni te aventures en suposiciones. Debes asistir el jueves de la semana entrante a un Pleno de Sindicatos Textiles de Cataluña, para tratar de ir a Madrid a gestionar la creación de un Comité Algodonero, que se pedirá al gobierno que sea el encargado de estudiar y dar solución al paro de las fábricas de tejidos de algodón. El Comité regional se ha encargado de convocar a los sindicatos foráneos, ya que no existe otro órgano de relación. ¿Qué me dices?

—Me dejas pasmado, Pey. Nunca me imaginé que fuese el Comité regional quien me indicase unas actividades encaminadas a ir a Madrid a pedir al gobierno la creación de un órgano para la solución de un problema que es más de la patronal que nuestro.

—Justo, tú lo has dicho. Es de la patronal. Sólo que el Comité Algodonero deberá estar constituido por la patronal, el gobierno y el Sindicato Fabril y Textil, por algo relacionado con la apertura de un mercado de telas en el Próximo Oriente y el subsidio sobre facturas que el gobierno debería dar, a fin de vender las telas a precios inferiores a los de la competencia de otras naciones. Recuerda lo que te dije al principio. No me pidas muchas explicaciones, porque no podría dártelas. Ni debes darlas tú al Comité comarcal. Ha llegado el momento de que todos los elementos de confianza de que dispone el Comité regional en la región nos presten su colaboración y ayuda. Y de la región, aparte de los que designaría Barcelona, sois Arnó, de Mataró, Espinal, de Manresa, y tú, de Reus.

—¿Qué debo hacer?

—Hoy es lunes. Puedes convocar reunión del Comité comarcal para mañana por la noche. Yo asistiré. Informo, y tú aceptas la designación para ser el delegado de Reus en la reunión que tendrá lugar en Barcelona. El miércoles de la semana entrante debes estar en Barcelona y buscarme en el Centro de la

Fraternidad Republicana de la barriada de Pueblo Nuevo, que se encuentra después de Pedro IV, a mano izquierda de la Rambla, donde te esperaré de ocho a nueve de la noche, para presentarte a dos compañeros del Sindicato Fabril.

Con la asistencia de Pey, nos reunimos el Comité comarcal y el Comité del Sindicato Fabril y Textil. Fue una reunión de información, a cargo de Pey, sobre la situación general y la muy especial que atravesaba la industria textil de telas de algodón.

Con su calma de hombre de paz, Pey, que en la íntima vida orgánica era el hábil preparador de las duras iniciativas de Archs, el secretario del Comité regional, se captó rápidamente las simpatías de los compañeros asistentes a la reunión.

Llegué a Barcelona en el tren ordinario que salía muy de mañana. A la hora convenida, me presenté en el local-café de Fraternidad Republicana de Pueblo Nuevo. Ya me esperaba Pey, que calmamente tomaba su café. Con él estaban dos más que yo no conocía. Me los presentó. Eran dos militantes del Fabril, Medín Martí, tintorero, y «Jaume el Pelao», del Ramo del Agua.

—Ellos te pondrán al corriente de lo que haréis a partir de mañana.

Medín Martí, aunque sentado, daba la impresión de tener más de un metro noventa. Era de trato muy sencillo y tenía una manera penetrante de mirar, a veces con socarronería. «Jaume el Pelao», seguramente a causa de su calvicie, le miraba a uno fijamente, con media sonrisita en su ancha cara. Si Jaume estaba casi calvo, a Medín Martí le sobraban los pelos; seguramente que desnudo parecería un oso.

Volví a verme con los dos compañeros al día siguiente, en un localito que tenía el sindicato en la calle Pedro IV. Por la tarde fuimos a una reunión plenaria de delegados de Cataluña, en el local que el sindicato poseía en la barriada del Clot, llamado «La Farigola». Por la noche asistimos a un mitin que celebró el sindicato en una pista de patinaje de la avenida del Parqué, más abajo del Palacio de Justicia.

Dos días después tomábamos el tren expreso que nos condujo a Madrid. La comisión la componíamos seis compañeros: Espinal, de Manresa; Amó, de Mataré; Villena, presidente del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona; Medín Martí, de los tintoreros; «El Pelao», del Ramo del Agua, y yo, de Reus.

Durante el viaje pudimos percatarnos de lo estrechamente vigilados que nos tenía la policía: era un continuo pasar y repasar de los mismos sujetos por el pasillo del vagón. Cuando llegamos a Madrid y nos apeamos en la estación de Atocha, al descender del tren fuimos requeridos para penetrar en unas dependencias cuyo rótulo decía: «Inspección de Policía». Uno a uno fuimos introducidos en otra salita aneja. Dentro, sentado, un policía que tenía una lista en la mano, en la que debían estar anotados los nombres de los seis sindicalistas «peligrosos» que acabábamos de llegar. Entré, fui rigurosamente cacheado, el maletín que llevaba revisado pieza por pieza, al cabo de todo lo cual el policía que tenía la lista hizo una señal en la relación y, sin haber mediado una palabra, me dejaron salir. Así a todos. Aun habiéndolo querido, no hubiéramos podido introducir una pistola ni en piezas sueltas.

En dos taxis nos dirigimos al centro de la ciudad, donde, en una calle cerca del ministerio de la Gobernación, teníamos habitaciones reservadas, de dos camas cada una.

Al día siguiente, a las doce del día, teníamos señalada la visita a Eduardo Dato, jefe del gobierno. Villena era quien organizaba todo: él sabía de la pensión y de las habitaciones reservadas, de la secretaría de la Casa del Pueblo

donde nos reuniríamos y de la hora y día en que Dato nos había de recibir. Algo que me llamó la atención.

Ya reunidos, al tratar de habernos puesto de acuerdo en que fuese Villena el portavoz de los sindicatos textiles de Cataluña, Medín Martí expuso que, a fin de que la comisión no apareciese tan nutrida, él y «el Pelao» no penetrarían en la Presidencia, sino que nos esperarían en la esquina del edificio, ya en el paseo de la Castellana. No nos pareció descabellada la idea y fue aceptada.

Era el día de la entrevista con Dato. Arnó y Villena ocupaban una habitación. Medín Martí y «el Pelao» otra. Espinal y yo la tercera. Muy de mañana, se presentó en la habitación Medín Martí acompañado de «el Pelao», ya afeitados, lavados y vestidos. Dijeron que tenían que hablarnos. Lo hizo Medín Martí, con su cigarro caliqueño en la boca:

—Supongo que estaréis de acuerdo conmigo en que debemos aprovechar nuestra estancia en Madrid. Por lo menos, ésa fue la intención del Comité regional al aceptar la idea de que los sindicatos textiles confederales participasen con la patronal en la gestión cerca del gobierno para ver de crear el Comité Algodonero ideado por el Fomento del Trabajo Nacional.

Medín Martí se quedó mirándonos, estudiando la reacción de Espinal y la mía. Con su cara de Don Quijote en ayunas, Espinal, con su especial manera de sonreír, que consistía en mover un poco hacia arriba la parte izquierda de la boca, se limitó a responder:

—Siempre me pareció rara la conducta del Comité regional al propiciar tan buenamente la gestión cerca del gobierno. Así se lo dije a Pey cuando nos visitó en Manresa. Pero como Pey no dio más explicaciones, supongo que tú nos las darás.

Medín Martí, como quien tenía calculadas sus palabras, haciendo un gesto con la cabeza en dirección mía, me dijo:

—Y tú, ¿qué dices?

—Yo, nada. Espero a que nos aclares la situación.

—Perfecto. Ni yo ni el Pelao teníamos nada que hacer en esta delegación. Pero el Comité regional decidió otra cosa. Nos pidió que nos incorporásemos a la delegación para un trabajo. Nos dijo que Espinal y el de Reus nos ayudarían. ¿Qué decís?

—Tira adelante —contestó Espinal.

—Eso digo yo.

—Se trata de Dato. Hemos de levantar el plano del recorrido que hace desde que sale de la Presidencia. El Pelao y yo, que no entraremos con vosotros, esperaremos en la calle y seguiremos el primer día su recorrido hasta donde nos alcance la vista; desde allí, al día siguiente haremos lo mismo, y así hasta que se termine la misión en Madrid. Pero como nosotros no penetraremos en la Presidencia, uno de vosotros dos debe levantar el plano desde la entrada hasta la puerta de su oficina, anotando todo, guardias, porteros, ujieres.

—Me parece bien —dijo Espinal—. Y opino que sea el de Reus quien lo haga, pues supongo que sabrá más de dibujo que yo.

Prosiguió Martí:

—De este asunto nada saben Villena y Arnó. Y no deben saberlo. Ni ellos ni nadie más que nosotros. Otra cosa, hemos de hacer lo posible por alargar nuestra estancia en Madrid. Especialmente, prolongar todo lo posible las negociaciones con el gobierno. Otra cosa más, ¿qué idea tenéis sobre la mejor manera de asegurar la salida de quienes hagan el asunto?

—Sin saber cómo se planearía, no puedo opinar —contestó Espinal.

—Suponiendo que lo hagan a pie, hay que buscar la salida por donde exis-

ta una iglesia; en las iglesias, opuesta* a la puerta mayor, siempre existe una puerta junto a la sacristía que suele dar a otra calle.

—Me gusta la idea —dijo Medín Martí.

A la hora señalada aparecimos en la Presidencia. Los dos guardias uniformados de la puerta nos observaron atentamente, pero no nos obstruyeron el paso. El que parecía portero, uniformado, nos atendió, oyendo con atención las explicaciones que sobre nuestra presencia le daba Villena. Hizo una llamada por teléfono interior y a continuación nos dijo:

—Sigán al ujier, que los acompañará.

Apareció el ujier, también uniformado. Subimos un corto tramo de escaleras y nos dejó en una especie de rotonda que tenía varias puertas. Penetré por una y al rato salió, diciéndonos:

—Pasen ustedes. El señor jefe del gobierno les espera.

Pasamos. Eduardo Dato nos recibió de pie. Era delgado, pulcramente afeitado, con una especie de melenita blanca muy bien cuidada que enmarcaba su pequeña cabeza.

—Estoy enterado del motivo de la visita de ustedes. Lamento mucho la penosa situación que atraviesa la industria algodonera. Creo que, efectivamente, debemos hacer todo lo posible por encontrarle, siquiera, un alivio. Pero como sobre mí pesan muchos asuntos, he pasado el de ustedes a mi subsecretario, para que los reciba, los oiga y los atienda, contando, desde luego, con mi personal aprobación en lo que conjuntamente convengan. ¿Puedo servirles en algo más?

—No. Gracias, señor Dato —contestó Villena.

Dato llamó a un ujier y le dijo:

—Acompañe a estos señores. Anuncie al señor subsecretario que se trata de la delegación obrera textil de Cataluña.

Y nos despidió, diciéndonos:

—Crean ustedes que me fue muy grato recibirles. Sigán ustedes bien. Adiós.

Pasamos adonde Canales, el subsecretario. También nos recibió de pie. Pero se condujo amablemente.

—No vamos a discutir ahora el contenido del proyecto que me entregó ayer la delegación textil patronal. Pero me aseguraron que los sindicatos textiles de Cataluña lo conocían y estaban conformes. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto —contestó Villena.

—Pues bien, si ustedes no tienen inconveniente, podríamos hablar de todo ello mañana o pasado mañana, pues debo hacer unas consultas de carácter tecnoadministrativo antes de adoptar una resolución. ¿Cuándo les vendría a ustedes bien regresar?

Tuvimos un breve cambio de impresiones los cuatro delegados. Recordando que Medín Martí nos requirió hacer lo posible por dilatar nuestra estancia en Madrid, sugerí:

—Mejor lo dejamos para pasado mañana. Así podremos dar unas vueltas por Madrid y conocer la ciudad.

Villena se lo comunicó al subsecretario:

—Hemos pensado dejarlo para pasado mañana, señor subsecretario.

—Entonces hasta pasado mañana, a las doce.

Cuando salimos de la Presidencia, me di cuenta de que Medín Martí y el Pelao montaban la guardia en la esquina de la Castellana. Hicieron como que no nos veían y nosotros nos adentramos a pie en la ciudad.

Por la tarde cambiamos impresiones los seis en la secretaría que nos habían prestado en la Casa del Pueblo.

En la mañana del día siguiente, penetraron el Pelao y Medín Martí en nuestra habitación. Les entregué el plano de la entrada a la Presidencia, con anotaciones al margen sobre guardias, portería, ujieres y puertas. Lo vieron detenidamente los dos, y Medín Martí, que ya estaba chupando su cigarro caliqueño, me hizo un gesto de aprobación con la cabeza y dijo:

—Tú, delegado de Reus, cuando entremos a desayunar y te hable Villena, si lo hace, disimula bien... Claro, tú no has leído aún los periódicos de esta mañana. En ellos viene la noticia de que en Reus han matado al presidente del Sindicato Libre. Y tanto tú como Espinal habéis de tener cuidado con Villena, porque hemos casi comprobado que es confidente de la policía.

—Esta sí que es buena. ¿Sabe él algo de los propósitos de la Organización? —pregunté.

—No, nada sabe. Pero tú desconfía, por si pretende sonsacarte algo de lo ocurrido en Reus. Hasta que lleguemos a Barcelona, no podremos tener la prueba de que es confidente.

—¿Y por qué sospecháis?

—Ayer, cuando salimos de la Casa del Pueblo, él, el Pelao y yo fuimos a dar una vuelta en tranvía. Ya sabéis que al arrancar y parar los tranvías de aquí producen una fuerte sacudida. Como íbamos de pie en la plataforma, al arrancar me fui sobre Villena y al asirme a él, para no caer, palpé que en la cintura llevaba la «pipa».

—Ya comprendo —dijo Espinal.

En la estación nos cachearon y registraron detenidamente uno por uno. Y ya me llamó la atención que, para hacerlo, no lo hicieran al mismo tiempo a todos nosotros. La conclusión es lógica: si a él lo cachearon, le encontraron la pistola y no se la quitaron, sería porque también lleva el permiso de tenencia de armas, extendido seguramente por el jefe de policía de Barcelona, probablemente por el mismo general Arlegui.

—¿Y entonces qué? •—preguntó Espinal.

—Poca cosa. En Barcelona lo haremos cachear por los compañeros. Si le encuentran el permiso de porte de arma, ya puedes suponer el resto...

Cuando entramos al comedor a tomar el desayuno, Villena se me acercó y tendiéndome el periódico me dijo:

—Lee y ten cuidado al llegar a la estación de Reus, cuando regresemos.

Nos preparamos a regresar. Nuestro cometido, por lo menos en principio, se había cumplido. Es decir, los dos cometidos: Comité Algodonero y la preparación del ajuste de cuentas a Eduardo Dato. Por cierto que Dato debió hacerse una **pobre** idea de nosotros, ¡Haber ido a Madrid, esos sindicalistas, a dar fuerza a la petición patronal para la constitución de un comité algodónero!'

La guerra civil de siempre

Si te sometes, vivirás en paz. Si no te sometes, tendrás que guerrear. Así lo vi yo, que desde mucho antes de yo nacer, España vivió en permanente estado de guerra civil. Nuestra permanente guerra civil solamente tuvo como perdedores, hasta entonces, a los de abajo.

Desde que la CNT se lanzó a luchar por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, los de enfrente, los que eternamente habían vivido bien a

1. [NDE]. Sobre esta cuestión, véanse las páginas 625 y siguientes.

costa de la mansedumbre de los obreros, se declararon en guerra contra los Sindicatos Únicos. Y no se conformaban con guerrear contra unas aspiraciones abstractas, sino que llevaron sus ataques hasta la eliminación física de los hombres del sindicalismo.

La parcialidad de los gobernantes era evidente. Caían acribillados a balazos patronos y pistoleros del Libre. Pero caían asesinados muchos sindicalistas. Lo lógico habría sido que las cárceles fueran ocupadas por burgueses, pistoleros librenos y sindicalistas y anarquistas. Pero no era así. A las cárceles solamente iban a parar los sindicalistas y anarquistas. Por decenas primero. Por centenares después. Pero ni un solo burgués.

Cuando descendí del tren en la estación de Reus, procedente de Madrid, lo primero que vi fue a Padilla y a su grupo de policías, junto al empleado que recogía los billetes caducados; parecían una trailla de perros dispuestos a lanzarse sobre su presa. La presa era yo. Pero no lo hicieron. Pasé cerca de ellos, impasible. El jefe del gobierno y su subsecretario podían atestiguar que yo estaba en Madrid cuando en Reus fue abatido a tiros el requeté Navarro, presidente del Sindicato Libre.

Me dejaron pasar. Pero sus miradas decían claramente que no me fiase, que se echarían encima de mí al primer descuido que tuviese.

Llegué a mi casa. Mi padre y mis dos hermanos mayores acababan de irse a la fábrica. La pequeña, Antonia, se preparaba para ir a la escuela. Mi madre me recibió como siempre, cariñosa y azorada. Según ella, nuestra calle estaba siendo muy paseada por sujetos de mal aspecto, policías o quién sabe qué. Me enteró de que habían detenido al viejo Carbonell y a otros compañeros, y de que se habían quedado solamente con Carbonell, al que trasladaron al castillo de Pilatos, en Tarragona.

Restablecí mi vida normal de trabajador en bares y restaurantes. Informé al Comité del Sindicato Fabril y al Comité comarcal del resultado de nuestras gestiones en Madrid. Me informaron los compañeros de las novedades más importantes: la muerte a tiros del requeté Navarro; la detención y traslado a Tarragona del compañero Carbonell; la desaparición del compañero Rafael Blanco inmediatamente después de la muerte del requeté. Por lo que me contó el compañero Batlle Salvat —y solamente él estaba enterado—, se fue a Barcelona. Le dio la dirección de Pestaña, donde podría entrar en contacto con el grupo de Cusi Cañellas, oriundo de Reus y de armas tomar.

La ciudad vivía momentos de angustia. La Guardia civil patrullaba y sometía a riguroso cacheo a los que vestían de obreros. La policía entraba y salía por bares y cafés, deteniendo a quien le placía. Las molestias a que la policía sometía a los patronos de los establecimientos en que yo trabajaba mis días de extra, me ponían en situación de tener que cesar en mi trabajo.

Estábamos en plena guerra civil, en cuyo dispositivo nosotros ocupábamos las peores posiciones. De pronto, la situación se agravó. Dos grupos de pistoleros librenos irrumpieron en la parte más céntrica de la ciudad y, pistola en mano, repartieron por bares, cafés y plazas un manifiesto en octavillas impresas en el que se afirmaba que matarían a tiros donde los encontrasen a los sindicalistas más significados de Reus, cuyos nombres, en número de diez, insertaban en el manifiesto. Mi nombre iba a la cabeza.

El mismo día del reparto de las hojas, un grupo de aquellos asesinos se asomó a nuestro local social, que ocupaba la planta baja de una esquina de la calle San Pablo. Era la hora del atardecer, cuando acudían los obreros a pagar sus cuotas, a relacionarse entre ellos. Los pistoleros dispararon sus armas, dándose a la fuga rápidamente hacia la calle del Padró. Alguien, de piernas ágiles y larga zancada, salió del local, tomando la dirección opuesta a la seguida por los pistoleros, y al llegar a la calle Camino de Aleixar, doblando a

la izquierda, se dirigió a la plaza del Rey, donde se enfrentaría a los pistoleros, bastante desprevenidos por aquella táctica sorpresiva.

El perseguidor de los pistoleros era Batista, miembro de la sección de Peones. Tendría unos treinta años, bastante alto, algo rubio, de cara pecosa y mirar de zorro. Era tenido por el cazador furtivo más audaz de la comarca. Llegó a la Fuente del Rey cuando tres de los pistoleros se cruzaban con él. Pero Batista, sacando de la faja un revólver de tambor, les gritó: «¡En, vosotros tres!», lo que hizo que se volvieran e intentaran sacar las pistolas. No les dio tiempo: uno cayó muerto, otro herido en un hombro, que emprendió la fuga con el tercero, que iba ileso.

Batista era muy conocido. No huyó. Fue detenido y procesado.

El debut en Reus de los pistoleros fue nocivo para ellos. Se iban a desquitar pronto. La ocasión se la ofrecieron dos compañeros, Morey y Sugrañes. Morey procedía de los jóvenes bárbaros lerrouxistas, y Sugrañes, al unirse a nosotros, acababa de abandonar el requeté. Con ellos ingresaron otros ex jóvenes bárbaros y requetés. Tal fenómeno se daba no sólo en Reus sino también en toda Cataluña y gran parte de España, por lo menos allí donde la CNT organizaba sindicatos.

Al darse cuenta la patronal de que las prisiones y asesinatos no acababan con el ímpetu proletario, exigió más del gobierno de Eduardo Dato. Aspiraba a que se dieran plenos poderes a los gobernadores civiles y facultades excepcionales a los generales Martínez Anido y Arlegui. Dato, amablemente, accedió a ello, pronunciando el histórico: «¡Sus, y a ellos!».

Estábamos a fines de noviembre de 1921. En toda Cataluña fueron clausurados por orden gubernativa los sindicatos de la CNT y declarados ilegales los pagos de las cuotas obreras a sus respectivos sindicatos. Se llenaron las cárceles de presos gubernativos. En Barcelona, los compañeros más significados, entre ellos Salvador Seguí, fueron trasladados a la fortaleza de La Mola, en Mahón. Al salir de su casa, el ilustre abogado Francisco Layret, defensor de los sindicalistas ante los tribunales, fue asesinado por pistoleros patronales. Layret estaba físicamente inválido. Su caída fue como la de un trágico muñeco.

Me dirigí a Tarragona. Lo poco que quedaba del Comité provincial estaba sin noticias. Se acordó que fuese yo a Barcelona. Para no caer en manos de la policía en la estación del ferrocarril, en tartana me fui a Vendrell, donde tomé el tren.

En Barcelona no pude dar con el Comité regional. En el antiguo domicilio que yo conocía de la barriada de Pueblo Seco, la señal convenida —un tiesto en el centro del balcón— me indicó que no debía intentar llamar a la puerta. Feliu me recomendó un número y un piso —el tercero de una casa del Ensanche. Me recibieron la suegra y la esposa de Martí Barrera, administrador de *Solidaridad Obrera*. Por ir recomendado por Feliu me dejaron entrar las dos mujeres. Después de muchos cuchicheos, salió un compañero que dijo ser Evelio Boal, secretario del Comité nacional. Detrás de él apareció Martí Barrera, quien me conocía por haber ido yo alguna vez a la redacción de *Solidaridad Obrera*, y garantizó a Boal mi condición de militante. Boal me dijo, después de leer mi credencial del Comité provincial de Tarragona:

—Debes regresar inmediatamente a Tarragona. El Comité nacional acaba de lanzar la orden de huelga general revolucionaria a toda España. No puedo decirte dónde encontrar al Comité regional de Cataluña, del que recibiréis la correspondiente comunicación. Pero puedes asegurar a los compañeros que yo te he dado la orden de huelga general revolucionaria, de quemarlo y destruirlo todo, de acabar de una vez con la porquería de burgueses y gobernantes. ¡Este es el acuerdo, quemar y destruirlo todo!

O era muy nervioso Boal, o estaba muy agitado. En realidad, tenía por qué

estarlo. Su vida pendía de un hilo tenue. De ser detenido por la policía, sería seguramente asesinado.

En el primer tren salí para Tarragona. Ya en la estación, descendí por la parte trasera a los andenes, algo lejos de la ciudad, lo que me permitió penetrar en ella y escabullirme hasta la casa de Plaja. Poco después, a lo que quedaba del Comité provincial —Rodríguez Salas y Alaiz, más la presencia de Maurín, que ostentaba la representación de la Federación provincial de Lérida— les expuse lo que había logrado saber en Barcelona. Maurín expresó su opinión sobre la validez orgánica de la comunicación verbal de Boal; no estando escrita, firmada y sellada, carecía de toda validez. Rodríguez Salas no opinó de idéntica manera; Alaiz se abstuvo de opinar. Estábamos en un punto muerto. Me indignaron los razonamientos de Maurín, que me sonaban a puro legalismo reformista. Así se lo dije. Y afirmé lo que tres años más tarde sería el nudo de mi posición para acabar con la acción de las pistolas, con el terrorismo: «Cuando una Organización no puede defender la vida de sus militantes en el plano individual, debe hacerlo en la acción colectiva, en la revolución».

Ni hubo revolución ni se llevó a cabo la huelga general revolucionaria. Rodríguez Salas y yo tratamos de promover una insurrección en el Alto Priorato. No pasamos de Falset-Marsá. El resultado fue el fracaso más rotundo. Apenas si quisieron escucharnos los compañeros.

—Lo mejor —dijeron— es que nos vayamos a dormir.

Tenían razón. Y la tenía Plaja cuando nos advirtió, hacía tiempo, de que la organización que estábamos creando en los pueblos de la provincia no serviría para la revolución proletaria a que aspirábamos, porque entre el campesino de alta montaña, bracero y pequeño propietario al mismo tiempo, y el proletariado de las ciudades mediaba un mundo de diferencias.

Silenciosamente regresamos a Tarragona. En Barcelona hubo sus más y sus menos. Explotaron algunas bombas. Fueron asesinados, directamente o por la «ley de fugas», algunos compañeros. Y fueron tantos los sindicalistas detenidos, que no cabiendo ya en la cárcel Modelo, el gobierno de Dato dispuso que en cuerdas de cien y doscientos detenidos fuesen deportados a pie a La Coruña.

Para aminorar el mal efecto, se llamó a ese castigo «conducción ordinaria», es decir, a pie, bajo lluvia, bajo el sol, con nieves, polvo, vientos, atados a una larga cuerda, custodiados por guardias civiles a caballo. Cuando llegaban los presos a un pueblo, de paso o para pernoctar tirados en alguna cuadra, las mujeres llamaban a sus rapaces, los arrastraban a las casas y cerraban las puertas a cal y canto. Los guardias civiles se encargaban de explicar a las gentes: «Son malhechores».

En tales circunstancias, el gobierno convocó elecciones a diputados. El gobierno era conservador, con una oposición blandengue de liberales. Si ganaban los liberales, la oposición la hacían los conservadores, pero con más dureza en este caso.

A los sindicalistas nos tenían sin cuidado las elecciones parlamentarias. De los gobiernos, conservadores o liberales, sólo esperábamos palos, tiros, Guardia civil y prisiones. En aquellos momentos, con los sindicatos clausurados, prohibidas las cotizaciones, con muchos presos que atender, con la necesidad de mantener clandestinamente la lucha y la Organización, teníamos mucho en que meditar. No nos rendiríamos; seguiríamos luchando, pasase lo que pasase, cayese quien cayese.

Como la lucha sería violenta, lo primero era pensar en cómo adquirir pistolas. Necesitaríamos dinero y carecíamos con que poder comer. «Bueno —nos dijimos—, ya que no podemos trabajar, ni sostener a los presos, ni pagar los

alquileres de los locales sociales, y nos prohíben el cobro de las cuotas sindicales, que paguen los patronos la cuota mensual que les fijemos». Tal fue el acuerdo que había que llevar a la práctica. Y que se cumplió, dando lugar a no pocos incidentes, algunos de gran violencia.

Me preparaba a regresar a Reus, para restablecer el ritmo de mi trabajo de camarero, cuando en la secretaría del Comité provincial —una simple habitación cerca del puerto— se nos presentó un extraño personaje, ilustré autor que escribía poéticamente, y de quien me gustaba mucho leer su *Glosari*. Era Eugenio d'Ors, conocido por «Xenius». Alto y de robusta complexión, bien vestido y de elegantes maneras, algo grises sus cabellos, ocultos por un sombrero gris claro. Venía acompañado de Segarra, que trabajaba en la imprenta de la Organización. Temiendo Rodríguez Salas que se tratase de un polizonte, me pidió que le recibiese yo solo.

—Soy Xenius —dijo presentándose—. Creo que usted y el Comité deben saber quién soy.

—Sí. He leído bastantes de sus crónicas. Siempre me han gustado.

—Me trae aquí un asunto político, digamos electoral. Ya estarán enterados de que próximamente se realizarán elecciones a diputados a Cortes. He pensado presentarme, precisamente por la circunscripción de Tarragona. Lo haría si pudiese contar con el sostén de los sindicatos que controlan ustedes.

Me quedé como viendo visiones. ¿No sería una alucinación mía? Xenius en plan de electorero, cuando Layret acababa de morir vilmente asesinado, la flor de la militancia sindicalista estaba deportada en el castillo de La Mola, la Modelo estaba llena de compañeros y las carreteras eran holladas por las cuerdas de quienes bajo las estrellas iban conducidos a Galicia. ¡Pensar en elecciones cuando en el Clínico de Barcelona se amontonaban los cuerpos de compañeros asesinados por los pistoleros y por la aplicación de la «ley de fugas!».

—Quisiera saber hablar sin herirle. Pero no creo que lo logre. Soy sindicalista, anarquista y revolucionario. Quienquiera que le haya dicho otra cosa, lo engañó.

—Me doy cuenta de que usted está poseído por la generosa obcecación de los que afrontan la muerte y las persecuciones. Pensé poder ser el diputado de ustedes, pero ahora veo que es imposible. Le aseguro que, sea cual sea el rumbo de mi vida en lo sucesivo, jamás se me ocurrirá presentarme otra vez a diputado. ¡Adiós!

Regresé a Reus. A la hora de haberlo hecho, recibí la visita del cabo y de la pareja de la Guardia civil. Traían orden de detenerme y de registrar minuciosamente mi domicilio. Para ello se hicieron acompañar de un vecino nuestro, José Magrané, que tenía un negocio de venta de paja al lado de donde vivíamos.

—Este señor es testigo obligado, porque en nombre de la ley se lo hemos requerido —dijo el cabo.

Nada dejaron por registrar. Del tiempo de la huelga de camareros de Barcelona tenía yo un papelito con unas recetas químicas para provocar incendios, que me había dado «David Rey», comisionado por la Federación local de Barcelona para orientarnos en sabotajes. Ni me acordaba del papelito. Pues lo encontró la Guardia civil. Y bastó para que me esposasen y me hiciesen ir entre ellos al tren, camino de Tarragona. De la estación me llevaron al castillo de Pilatos.

Ya en la sala de presos sociales, me encontré con viejos conocidos. Allí estaba Carbonell, detenido hacía algún tiempo, con intención de incriminarlo en el proceso por la muerte del presidente del Libre de Reus. Estaba Plaja,

que también llevaba ya algún tiempo preso en tanto que director de *Fructidor*.

Estuve poco tiempo preso con ellos. La Guardia civil, ante la imposibilidad de implicarme en un proceso por terrorismo incendiario, se tuvo que conformar con dejarme en situación de preso gubernativo. Ello no excluía el peligro de una larga permanencia en la prisión, que podía durar hasta que fueran restablecidas las garantías constitucionales.

Algo ocurrido en Reus hizo que el gobernador civil dispusiese mi libertad. Fue la presencia de los pistoleros del Libre, que andaban bastante desmandados por la ciudad.

Reus fue siempre ciudad liberal y sufría la imposición de tener que aguantar a un alcalde de Real Orden, es decir, designado por el ministro de la Gobernación. Cuando la situación creada por los pistoleros del Libre se hizo intolerable, un concejal republicano radical, Bofarull, excelente abogado, querido por su prestancia de mosquetero, se levantó a criticar acerbamente al alcalde, a quien hacía responsable de la presencia de los pistoleros. En un arrebato, Simón Bofarull dijo:

—¡Salvat! Me consta que eres el responsable de lo que está pasando. Sé de buena fuente que tú otorgaste el permiso para que esos pistoleros fueran traídos aquí. Y mira lo que te digo: Si no los echas de Reus, y pronto, alguien te ha de matar, y ese alguien seré yo.

Dos días después de la memorable sesión del ayuntamiento, el alcalde Salvat caía cosido a tiros.

No se supo quién lo mató. Pero Simón Bofarull fue detenido. A las setenta y dos horas de su detención, el juez instructor de la causa por la muerte del alcalde, no poseyendo pruebas de la participación directa o intelectual de Bofarull en los hechos, dispuso su libertad. Pero la autoridad gubernativa ordenó su destierro a Valladolid.

Y unos días después, para calmar los ánimos de mis conciudadanos, fueron retirados de Reus los pistoleros y a mí me dejaron en libertad.

Reanudé mi trabajo de camarero, haciéndolo hasta los sábados y domingos, por estar totalmente paralizada la actividad propagandística y organizativa.

Los sindicatos de Reus continuaban clausurados. Las gestiones ante el gobernador civil para que permitiera reanudar la actividad sindical no tuvieron resultado positivo. El gobernador se escudaba en la suspensión de garantías constitucionales.

En Reus y Tarragona, no obstante, se cobraban cuotas para atender a lo más elemental de la Organización y a los presos y perseguidos. Estas cuotas las pagaban algunos burgueses, casi siempre a regañadientes.

Un día, el recadero entre Reus y Barcelona me trajo un cesto de frutas, con una nota que decía: «De parte de Emilia». Comprendí. El Comité regional requería mi presencia.

Siempre fui desconfiado. La vida clandestina desarrolla la desconfianza hasta convertirla en un sentido. Procuré darle un aspecto inocuo a mi ida a Barcelona. A mi familia y a los compañeros del Comité comarcal —clandestino— les dije que me iba a Barcelona para buscar trabajo. Si teníamos infiltraciones de confidentes, eso podría servirme de comprobante de lo que pensaba declarar si me detenían en Barcelona. Sólo previne a Batlle Salvat, quien me había sido enviado por el Comité regional para estos casos.

Convinimos que partiríamos en el mismo tren de la tarde, pero por separado. Cerca de Bará, me di cuenta de que la pareja de la Guardia civil que subió en Reus oteaba el compartimento donde yo me encontraba.

—No se mueva. Levante los brazos —me conminó uno de ellos. ¿Con que ya lo dejaron en libertad, eh? Pues ahora verá.

Levanté los brazos, pero no les contesté. Me cachearon, registraron el pa-

quetito que llevaba, con jabón, brocha y maquinilla de afeitar, el cepillo de dientes y algo de pasta en un tubo. Cuando hubieron terminado, ocurrió lo de siempre: me esposaron —¡malditos!— muy fuertemente las muñecas.

En el apeadero del Paseo de Gracia, Batlle cruzó por el pasillo para hacerme ver que se daba por enterado. El descendió y nosotros continuamos hasta la estación de Francia.

Me llevaron a la Inspección de vigilancia de la estación, pretendiendo entregarme en el cuerpo de guardia.

—Se trata de un anarquista peligroso. Lo hemos detenido en el tren. Se lo dejamos para que se encarguen de él.

—No, no puede ser. ¿Hizo algo delictivo en el tren? Porque si no ha hecho nada y no traen ustedes mandamiento, tendrán que soltarlo o llevárselo ustedes a la Jefatura superior de Policía.

Optaron por llevarme a la Jefatura de Policía, entonces cerca del puerto. Me encerraron en un calabozo pequeño.

Como a las ocho de la noche, el sargento bigotudo que me había encerrado, me hizo subir, diciéndome que mi novia había venido a verme. Era una de las Cuadrado, familia de buenos compañeros. Me traía algo de comida en un paquetito. Me preguntó:

—¿Qué te ocurrió?

—Ni yo lo sé. Es cosa de la Guardia civil de Reus. Una pareja de ellos me detuvo en el tren y sin mandamiento de arresto me trajeron aquí.

—¿Te han interrogado?

—No, nadie.

Al día siguiente, el sargento de guardia apareció de nuevo.

—Sube, que arriba tienes otra novia que viene a visitarte.

En efecto, era otra novia, María, la compañera de Ángel Pestaña. Me traía también algo de comer, y me susurró: «Vendremos todos los días, para que vean que no estás abandonado».

En aquellos tiempos en que se aplicaba todas las noches la «ley de fugas» a los sindicalistas barceloneses, venir a visitarme cada día no dejaba de ser una excelente táctica. Batlle se dio prisa en correr la voz de alarma.

Ya de noche, me hicieron subir a declarar ante un comisario. Me hizo sentar y fue tomando notas.

—Eres de Reus, ¿verdad?

•—Sí, soy de Reus.

—¿Qué hiciste en Reus, que la Guardia civil no te puede ver?

—No hice nada, pero parece que la tienen tomada conmigo.

—¿Esta es la primera vez que la Guardia civil te detiene por su cuenta?

—No. Ya lo hicieron otra vez.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte del presidente del Sindicato Libre?

—Nada, en absoluto.

—¿Qué estabas haciendo cuando ocurrió el atentado?

—Estaba en Madrid, de visita al jefe del gobierno.

—¿No te burlas, verdad?

—No. Formaba parte de la comisión textil que negoció con la patronal la creación del Comité Algodonero.

—Bueno, lo verificaré. Pero puede ser que la Guardia civil crea que tuviste que ver con la muerte del alcalde, señor Salvat.

—Pues la Guardia civil es testigo de que no pude hacerlo, porque me encontraba preso en Tarragona.

—Bueno, también podemos comprobarlo. Si es cierto lo que has dicho, por esta vez no irás a la cárcel.

Debió aprovecharme la rivalidad entre policías y guardias de Seguridad y

Guardia civil. No fui a la cárcel. A mediodía, antes de que viniesen a visitarme, apareció el sargento bigotudo.

—Recoge lo tuyo y vete —me dijo.

La compañera de Pestaña me había informado, de parte de Batlle, por si salía en libertad, que él iba a comer y cenar al bar Las Euras, y que allí lo podía encontrar.

Paseo de Colón adelante, pude observar que no me seguía ningún policía. Al pasar frente al café Español, penetré rápidamente, cruzando con ligereza su gran sala, más la sala de billares, que daba a la calle opuesta al Paralelo, por donde yo había penetrado, y, seguro ya de haber despistado a quien pudiera haberme seguido, me dirigí a la Ronda de San Pablo, para encontrarme con Batlle. Allí estaba, comiendo con su porroncito de vino blanco al alcance de la mano.

Me senté. Pedí arroz con conejo y pescadilla frita. También un porroncito de vino blanco. Batlle me fue hablando quedamente:

—Al Comité regional le contrarió mucho tu detención. Tienen mucho interés en hablar contigo. Me lo ha dicho el Moreno de Gracia. Cena todas las noches en una taberna de la calle del Tigre, cerca del local de Lampareros.

Encontramos al Moreno de Gracia comiendo su plato de habichuelas cocidas. Nos sentamos y cada cual comió lo que le gustaba.

—Con que tú eres...

—Sí, soy yo. Y convendría que arreglases pronto mi entrevista con los compañeros.

—No creo que veas a todos. Nadie sabe dónde y cuándo se reúnen. Veré a Minguet, que es el que tiene el encargo de hablar contigo. ¿Puedes estar en Barcelona todo el día de mañana?

—Sí.

—Pues mañana a mediodía nos encontraremos los tres aquí mismo y te diré lo que haya.

Nos separamos del Moreno de Gracia. Batlle se fue a dormir a casa de un compañero, un metalúrgico llamado Saborit, un tipo bien plantado, con cara muy seria, que vivía en el Paralelo. Yo fui a dormir a casa de los Cuadrado, allí cerca, en la Ronda de San Pablo.

Acudí a la cita que me preparó el Moreno de Gracia con Genaro Minguet, a las ocho de la noche, en la farola que había frente al Wonder Bar, junto a la Brecha de San Pablo.

De pie, a la sombra que quedaba más allá del círculo de luz que irradiaba la farola, tuvo lugar la entrevista que tendría como resultado una gran mejoría de la situación general del movimiento sindicalista de Barcelona y de Cataluña.

Al día siguiente, de acuerdo con Batlle, nos dirigimos en tren a Tarragona.

Para poder dar cumplimiento a lo tratado con el Comité regional, necesitaba alguna colaboración, pero convenía que no fuese de compañeros de Reus. La ayuda económica debíamos pedirla a alguien que tuviese mucho dinero y que no nos hiciese correr el riesgo de un enfrentamiento peligroso, que traería aparejado el fracaso del plan del Comité regional. Se me antojó que nadie sería más adecuado que el millonario Evaristo Fábregas, muy republicano, muy liberal y asociado en grandes negocios al socialista Recasens. Pero me tendría que rodear de vigilancia, para evitar sorpresas desagradables. Y ésa era la ayuda que necesitaba y que dadas las circunstancias sólo podía aportarme Rodríguez Salas, «El Manco», del Comité provincial de Tarragona.

Todo se realizó como habíamos planeado. Volvimos a Barcelona Batlle y yo.

A la hora fijada, una semana después del primer encuentro, en la misma farola, le hice entrega a Genaro Minguet de lo convenido.¹

Regresamos a Tarragona, esta vez para permanecer poco tiempo en libertad. Nos sorprendió la policía a Batlle y a mí en el distrito del puerto. De la comisaría general nos llevaron al castillo de Pilatos.

Cuando aparecimos en la sala del tercer piso, destinada a los presos sociales y políticos, la encontré algo cambiada por lo que se refería al personal alojado. Quien continuaba allí era el viejo Carbonell, el anarquista más bondadoso que he conocido. También estaban tres compañeros del Sindicato de Oficios Varios de Tivisa, acusados de haber tomado parte en el atentado que le costó la vida a un personaje enemigo de la Organización. El más joven tendría unos cuarenta años, y era el secretario del sindicato; otro, que pasaba de los cincuenta años, pertenecía a la junta directiva; el más viejo, de unos sesenta años, ni siquiera era de la junta. Lo prendieron por ser el padre de Daniel Rebull, «David Rey», militante muy significado en el sindicalismo barcelonés. Se decían inocentes y es posible que lo fuesen. Según ellos, la muerte del personaje aquel se debía a causas oscuras de la política del pueblo; pero la Guardia civil aprovechó la ocasión para reprimir a los miembros del Sindicato.

También se encontraban presos otras víctimas del caciquismo pueblerino. Creo recordar a cinco ciudadanos de Bot, del partido judicial de Gandesa, acusados de motín sedicioso por una escandalera que se armó contra el alcalde del pueblo —también de Real Orden. Su proceso era llevado por el fuero castrense, temiéndose que el consejo de guerra les impusiera fuertes condenas.

Continuaba preso una especie de vagabundo, medio pescador de los que tiran del *art* y, si apretaba el hambre, se enrolaba en una barca del bou para la pesca al palangre. Le llamaban «El Chato». Creo que su presencia en la sala se debía a que le seguía proceso la jurisdicción de Marina, fuero que era más lento en sus procedimientos. Pero, en realidad, pensamos que estaba en la sala de sociales como chivato de la dirección de la cárcel.

Toda autoridad organizada necesita de la chivatería. Era cosa de no fiarse del Chato. Si bien nadie podía pensar seriamente en la fuga de aquella prisión, había que reservar los asuntos secretos de la Organización. La sala, que se encontraba a unos cuarenta metros del suelo, correspondía a la parte más alta de aquella mole de enormes sillares que los romanos levantaron para palacio fortaleza de su pretor.

Al llegar a la sala de presos sociales, los muros tenían de dos a tres metros de grueso y estaban contruidos con enormes bloques. Las rejas empotradas en ellos eran de hierros cuadrados de unos cuatro centímetros.

Para lo único que servían las tres angostas ventanas era como miradores hacia el paseo de Santa Clara y hacia el mar. Preparar a las ventanas era peligroso, pues la guardia exterior de soldados solía disparar los fusiles en cuanto le parecía ver algún preso en la ventana.

Desde la ventana que daba al Mediterráneo se divisaban los cambiantes espectáculos de aquel maravilloso mar. De día brotaban, hasta llegar a cegar los ojos, como chispas los rayos del sol. De noche, plácido a veces, fuertemente agitado otras, reflejando en su superficie la luz lunar como una ancha carretera de azogue que se iniciaba en la playa y terminaba en un punto del horizonte. Las barcas de pesca lo surcaban, de día, con sus velas latinas, en dirección de Barcelona o hacia Salou, Cambrils y Amposta, o trazando amplios círculos para dejar encerrados a los peces dentro de la red que arrastraban entre dos de ellas.

1. [NDE]. Véanse las páginas 51 y siguientes; 625 y siguientes.

Todo lo que tenía de aburrido la contemplación de los tejados de la ciudad, lo tenía de estimulante asomarse a la ventana de cara al mar.

En la calle se acentuaba la represión de las autoridades sobre nuestros compañeros. Los patronos, aprovechando la clausura de los sindicatos y la persecución de los sindicalistas, hacían cuanto podían por anular las mejoras que habían tenido que conceder a los trabajadores.

Los militantes que quedaban en libertad, escondidos o huidos, mantenían en cuanto les era posible el prestigio de la Organización. Ante la persistencia de la prohibición de cobro de cuotas, los compañeros en libertad mantuvieron en vigor la táctica de cobrar a los burgueses ricos las multas de castigo que les imponían los Comités clandestinos. A veces se producían choques lamentablemente trágicos.

Eso es lo que ocurrió en Reus, estando yo preso en el castillo de Pilatos. Corrió la versión de los hechos sangrientos que tuvieron lugar en el negocio de aceites al por mayor del acaudalado Félix Gasull, llamado «Feliu de l'Oli». Gasull era de los que se enriquecieron durante la guerra europea, y también de los que se decía que habían perdido enormes cantidades de dinero especulando con marcos alemanes. Pero continuaba siendo el más importante comerciante en aceites de Tarragona, a cuyos gigantescos depósitos iban a parar los aceites de la mayoría de los molinos de la provincia.

Lo que pasó a Feliu de l'Oli se contaba como si se tratase del «Crimen de Cuenca». Decíase que se comprometió a pagar cinco mil pesetas que en visita que le hicieron en su negocio de aceites de la calle de San Juan le pidieron suavemente. No disponiendo de dicha cantidad, citó al demandante para el día siguiente. A dicha hora, al recaudador le dijeron que Feliu no estaba y que volviera más tarde. Al salir, un hijo de Feliu, apostado tras un tonel metálico de aceite, disparó su fusil contra el joven delegado, pasándole de parte a parte. Este joven, que al parecer no llevaba ninguna arma, al traspasar la puertecita se agarró a la pared, donde un compañero suyo, joven también, lo sostuvo cuanto le fue posible y, tomando la calle de San Juan, llegaron al solar del viejo velódromo, por donde desaparecieron en dirección a la barriada del Bassot.

Días después, estando ya Feliu en su oficina tranquilo y sentado en una butaca, apareció el joven que acompañó al otro muchacho, con una pistola en cada mano y disparando con una en dirección del almacén donde los hijos de Feliu se agazapaban tras los bidones para responder con sus fusiles. Con la otra pistola hizo fuego sobre Feliu de l'Oli, que cayó sobre su escritorio. El joven salió tranquilamente a la calle y por el mismo camino que había recorrido con su compañero herido desapareció. Las gentes de Reus, se lamentaban o se encrespaban, exclamando: «¿Por qué lo hiciste, Feliu? ¡Feliu, Feliu, que quien a hierro mata a hierro muere! ¡Bien merecido lo tenías! *Feliu, Feliu de l'Oli, Feliu del Somatén, que Déu é lliuri deis pecats!*»

Todo había ocurrido a pleno día. Quienes vieron lo ocurrido proporcionaron detalles del joven, vestido de azul mecánico, que anduvo por la calle empuñando las dos pistolas. Días después, fue cercado por los policías y detenido. Era el que llamábamos «Nanu de Tarrasa».

Con tales sucesos, no era de esperar que mejorásemos de situación los presos. Y vino a parar a la sala de sociales el compañero Torres Tribó, que firmaba sus escritos con el seudónimo «Sol de la Vida». Era muy joven y escribía magníficas poesías y admirables artículos. Había sido autor de algunas de las letras anarquistas que se cantaban con la música de canciones popularmente celebradas. Era poeta por encima de todo y durante el tiempo que estuvo preso sólo escribió poesías. Y compuso una letra para el cuplé de la *Verbena de la Paloma*, a la manera protestataria, que empezaba:

*«¿Dónde vas con papeles y listas,
que deprisa te veo correr?
Al congreso de los anarquistas,
para hablar y hacerme entender.*

Torres Tribó era un producto de la buena época de Felipe Alaiz, cuando en Zaragoza se dedicó a enseñar literatura revolucionaria a estudiantes como Torres Tribó, de los Ríos y otros que iniciaban el camino de la protesta. Fue la gran época creadora de Alaiz.

A Batlle y a mí nos llamaron para comunicarnos que cargásemos con todo lo nuestro, pues estábamos libres. Pero, traspasado el último rastrillo, tuvimos la sorpresa de encontrarnos en la puerta con dos guardias de Seguridad que nos esperaban para trasladarnos a Barcelona.

Llegando a Barcelona, a los calabozos de la Jefatura superior de Policía; al día siguiente, a la cárcel Modelo. Una celda para cada uno y, al día siguiente, a comprar al economato un cuarto de litro de alcohol industrial para rociarlo a las juntas metálicas del camastro y prenderle fuego, única manera de terminar con las chinches de que estaban plagadas las camas.

Por las mañanas y por las tardes, media hora de paseo en los «galápagos», reducidos espacios al aire libre.

Entrar en galería de gubernativos suponía disfrutar de menor rigidez disciplinaria. Sin embargo, era temido permanecer en ella por el peligro de ser llamados a ir en conducción ordinaria a Galicia. Todos los presos gubernativos lo primero que hacían era prepararse para la conducción, procurándose un gran pañuelo rameado para liar el macuto, con una manta, una toalla, una muda de ropa interior, jabón, brocha y máquina de afeitarse.

Los presos sociales nos comunicábamos unos con otros, durante el paseo, en el economato, por las ventanas exteriores y por los excusados, vaciándolos del pequeño depósito de agua que contienen, para transmitir la voz a las celdas de abajo, de arriba y de los lados.

La celda carcelaria es absorbente. Si uno se deja llevar de la soledad, queda aniquilado. Luchar contra los efectos corrosivos de la soledad sólo se lograba distribuyendo el tiempo de manera que no quedase una hora sin nada que hacer.

Toque de diana: levantarse de la cama, arreglar el jergón y colgar el camastro; barrer la celda; media hora de gimnasia; ducha fría; recogida del agua de la ducha; lectura; desayuno y salida a paseo; lectura hasta la comida; paseo y comida de la tarde; lectura hasta la hora de acostarse; toque de silencio; dormir hasta la hora de diana.

El tiempo que se pasaba en la cárcel era como un curso intensivo de buenas y sanas costumbres: los jóvenes sindicalistas y anarquistas catalanes resultaban ser la juventud mejor preparada de toda España.

Empero, se producían pérdidas de militantes. Eran los que no soportaban estar presos. Salían en libertad y eran militantes perdidos para la Organización. Continuaban siendo buenos obreros sindicados, pagaban puntualmente las cotizaciones, pero procuraban no ser señalados para no volver a la celda. Otros, entraban, salían y volvían a entrar, siempre por lo mismo: por ser activistas en el sindicato, por formar parte de los Comités, por pagar las cotizaciones aun estando prohibidas, por asistir a reuniones clandestinas los sábados y domingos, en playas recoletas o en las calvas de los bosques de Las Planas y Vallvidrera, y por repartir manifiestos y pegar pasquines.

A veces, se les presentaba el dilema de continuar o retirarse. Dilema difícil de resolver, porque meses a pan y rancho —las cestas de comida de la taberna

de Collado eran ya un recuerdo— y de abstinencia de toda satisfacción íntima, creaban un estado angustioso, que había que resolver en la soledad de la celda. Me lo jugué a cara o cruz. Si sale cara, me retiro. Y salió cruz.

Casi cada diez días salían cuerdas de presos gubernativos en conducción ordinaria hacia La Coruña. Las conducciones procuraban realizarlas espaciadamente, de manera que en el camino la cola de una no se uniese con la cabeza de otra. Siendo cuatro las galerías de presos gubernativos, podía calcular que la orden de conducción me tocaría al cabo de tres meses, hacia mediados de abril de 1922. A no ser que fuese antes, por la avalancha diaria de nuevos compañeros que ingresaban presos. Estos siquiera estaban vivos. Muchos eran asesinados al salir del trabajo, al ir a sus casas o al ser sacados a altas horas de la noche de la cárcel Modelo, so pretexto de conducirlos a la Jefatura de Policía, y eran ejecutados a la luz de la luna o de las estrellas, por el método de la «ley de fugas» que implantó el general Arlegui.

Algo me hizo recordar mi viaje a Madrid para negociar la constitución del Comité Algodonero y los personajes de primera fila de la Organización que intervinieron: Pey, emisario del Comité regional; Villena, presidente del sindicato Fabril y Textil de Barcelona, de conducta tan dudosa; Medín Martí y su eterno caliqueño; Genaro Minguet, del Comité regional de Cataluña y nuestra entrevista junto a la farola. Fue que a Villena lo ejecutaron después de comprobar su condición de confidente del general Arlegui. Su viaje a Madrid no le trajo buena suerte. De no haber topado su cuerpo con las manos de aquel gigante que era Medín Martí, acaso no se habría sabido nunca su condición de soplón.

Y vino la gorda. Lo único que podía poner fin a la tragedia que vivía la clase obrera de Cataluña, que tan sañudamente hubo de soportar la «mano de hierro con guante blanco» de Eduardo Dato. La mañana de aquel 22 de abril, un continuo abrir y cerrar puertas de celdas sembró la inquietud en nuestra galería. Como ya suponíamos de lo que se trataba, nuestros ánimos decayeron un poco. Cuando abrieron la puerta de mi celda, el oficial de la Ayudantía, papel en mano, me dijo:

•—Hoy no tendrá paseo. Prepárese para salir en conducción ordinaria. Puede ser a primeras horas de la tarde de hoy o a primeras horas de la mañana.

Cerraron la puerta y escuché atentamente. Abrieron una puerta dos celdas más allá de la mía, la de Batlle. Por la cantidad de cerrojos que oí, deduje que saldríamos en conducción ordinaria no menos de cien presos. Se armó la algarabía de siempre que anunciaba las conducciones por carretera. Las impresiones no son para ser descritas.

Fui envolviendo mis escasas pertenencias en un gran pañuelo de hierbas. Después me tendí en el camastro, cosa prohibida durante el día: después de todo, ya no podían castigarme a no salir al patio ni a perder las comunicaciones con el exterior. Estando para salir en conducción...

Pero como a las cuatro de la tarde se oyó un griterío enorme.

«¡Ya, ya, ya...! ¡Mataron a Dato! ¡Ma... ta... ron... a Dato!»

Me levanté del camastro, como empujado por un resorte de acero. Recordé a Pey, a Minguet, a Medín Martí, al Pelao, a Espinal, viejos militantes de solera revolucionaria. Y los ejecutores, ¿quiénes eran? Con el tiempo se supo. Tres metalúrgicos: Mateu, Nicolau y Casanellas.

La precaria paz social

Ya no salimos de conducción. José Sánchez Guerra, del mismo partido que Dato, pero hombre acreditado de culto y **liberal**, fue llamado por el rey Alfonso XIII para formar nuevo gobierno. La primera medida que adoptó fue la de restablecer las garantías constitucionales, lo que determinaba que, en el acto, fuesen puestos en libertad todos los presos gubernativos.

Las listas de liberados iban llegando a la dirección de la cárcel celular desde las oficinas del Gobierno civil. Los ordenanzas de los oficiales, encargados de abrir las puertas de las celdas y gritar «¡con todo!» no daban abasto. En el patio de entrada de la Modelo no cabían los familiares, amigos y compañeros de los presos que iban a ser puestos en libertad. Batlle estaba solo y soltero y yo tenía la familia en Reus. Sólo nos esperaba el viejo Feliu, del Comité Pro-presos. Me abrazó fuertemente y me dijo:

—Si regresas a Reus, déjate ver antes.

—¿Hay algo?

—Te diré. Hay algo que acaso te interese. Ya conoces a los compañeros Boix, Mariné, Pons, Àlberich. Ellos, con otros camareros, ayudantes y cocineros, están integrando un equipo para ir a trabajar a Zaragoza a inaugurar el Saturno Park. Son como veinticinco, y sé que te dejarían encajar. Quien organiza el equipo es Doménech.

No vi a Doménech en Barcelona. Todavía tenía mis dudas sobre si me gustaría trabajar en Zaragoza, ciudad que no conocía. Pensé que en Reus me sería más **fácil**.

Los tiempos habían cambiado. Con la reapertura de los sindicatos, la puesta en libertad de todos los presos y el restablecimiento de las garantías constitucionales, todo parecía de otro color, como si lo rojo se hubiese aguada, quedando una tonalidad rosada.

El Comité nacional tenía el propósito de convocar una Conferencia nacional de Sindicatos, ante la imposibilidad financiera de ir a la convocatoria de un Congreso nacional extraordinario. Falta de dinero y premura de las circunstancias.

Pero urgía una reunión que fuese algo más amplia que un simple Pleno nacional de Regionales. La tormenta pasada había dejado al descubierto muchos fallos de la Organización. Además, nadie podía prever cuándo se podría celebrar un Congreso extraordinario, por estar la Organización siempre enfrentada a la amenaza de someterse o perecer. Al frente de la Jefatura superior de Policía y del Gobierno civil de Barcelona seguían Martínez Anido y Arlegui.

Yo no había concurrido al Congreso nacional extraordinario que celebró la CNT en Madrid el año 1919. Recordaba el enorme entusiasmo que despertó en las juventudes obreras. Jóvenes militantes, faltos de recursos para costearse el viaje, lo hicieron escondidos en los trenes de carga. Ahora, de ninguna manera perdería la oportunidad. Y puesto que tenía la posibilidad de encontrar trabajo en Zaragoza, que es donde se pensaba celebrar la Conferencia, decidí a fines de marzo emprender el viaje.

En Zaragoza fui a hospedarme a la misma pensión en que estaban alojados los compañeros Pons y Bober, que pertenecieron conmigo al grupo «Regeneración», ya disuelto hacía tiempo. No obstante, era firme el compañerismo. Ambos estaban trabajando en el Saturno Park, pero para mí todavía no había trabajo.

Doménech, encargado y administrador del conjunto, me llevó a su casa a comer, invitado —según me dijo— por su esposa Mercedes, a la que yo conocía de cuando la huelga de camareros. Doménech estaba un poco cohibido, pues

siempre pensó que Mercedes había sido novia mía, lo que no era cierto. En aquellos tiempos no había pensado, ni lo pensé hasta muchos años después, en tener novia. No es que no me gustasen las mujeres, y Mercedes era muy guapa. Pero sabía bien que los amoríos con mujeres formales conducían inevitablemente al matrimonio, al sentido conservador de la vida y al abandono de la militancia.

Me presenté en el hotel Internacional del Coso y fui admitido rápidamente. La dueña debía de haber sido guapa hacía años, pero tenía cara avinagrada y de pocos amigos. En cambio, sus dos hijas eran unas preciosidades, altas y esbeltas. La mayor tenía novio y la menor unas ganas locas de tenerlo.

En el hotel Internacional no tenía ayudante de camarero. Para el lavado y secado de la cristalería me las arreglé para que lo hiciese Cecilia, la hija menor. Cecilia hacía parte de mi trabajo y se conformaba con algún beso. Gracias a ella me enteré de que el jefe de policía de Zaragoza, un comisario de muy mala fama llamado González Luna, presionó a la dueña para que me quitase el trabajo, asustándola con mi negro historial. Logró impresionar a la madre, pero las dos hijas se le encresparon, diciéndole que yo era el mejor camarero que había tenido en muchos años.

Progresaban los trabajos de preparación de la Conferencia nacional de Sindicatos, como se la llamó definitivamente en lugar de Asamblea. En la Casa de la Democracia, lugar escogido para su celebración, se notaba bastante animación en torno al compañero Buenacasa, a quien el Comité nacional confió el encargo de prepararla. Con mucho adelanto, llegó el compañero francés Gastón Leval, quien se las apañaba para aparecer siempre como indispensable a la CNT.

Con la inauguración completa del Saturno Park, dejé el hotel Internacional y me pasé a la limonada de la pista de patines. El trabajo de camarero de limonada nunca me gustó. Siempre había preferido el restaurant. Pero en el Saturno Park se trabajaba de cinco de la tarde a doce de la noche y ganaba uno más que un general de división. El horario de trabajo me permitía asistir a las reuniones de la Conferencia nacional de Sindicatos.

Tenía gran interés en aprender la mecánica de los congresos. Además, suponía que los debates serían dignos de oírse, ya que acudirían los más connotados militantes de toda España. A la hora de dar lectura a las credenciales, fueron pronunciados los nombres ya famosos de Salvador Seguí, Ángel Pestaña, Manuel Buenacasa, Juan Peiró, Juan Rueda Jaime, Paulino Díez, Galo Díaz, Jesús Arenas. Eran mayoría los delegados de Cataluña, seguidos por los representantes de Aragón, Asturias, Galicia, Norte, Levante, Andalucía y Castilla.

Se sometió a discusión la adhesión condicionada de la CNT a la **Internacional Sindical Roja**. Pestaña y Leval informaron ampliamente, ambos en sentido contrario a nuestra adhesión definitiva. Se acordó la separación de dicha Internacional y participar en la creación de una Internacional Sindical que tuviese la finalidad ideológica de la que fue Primera Internacional antes de la escisión entre anarquistas y marxistas. Se pasó a analizar ciertas conductas personales y orgánicas. Era lo más esperado por la mayoría de delegados. Igualmente, lo más temido por una pequeña minoría de militantes, hasta entonces desconocida y que, durante la represión pasada, se dedicaron a sembrar infundios. Durante el largo período de persecuciones por el que acababa de pasar la Organización, habían circulado los más fantásticos rumores sobre Seguí y su integridad obrerista revolucionaria. Decíase que...

¡Bien! Seguí estuvo hablando durante más de cuatro horas. No se defendía, pero explicaba. Y sus explicaciones constituyeron unas provechosas lecciones

para aquellos que, como yo, si bien concedíamos importancia a las ideas, apreciábamos enormemente las conductas.¹

Asistía yo a la Conferencia en representación de los sindicatos de Reus. Pues bien, tanto yo como la mayoría de delegaciones, nos quedamos mudos de asombro ante las revelaciones de Seguí. Eran Pestaña y Buenacasa los responsables de aquellos errores reprochados a Seguí.

A Seguí lo había oído ya en dos ocasiones. Cuando terminó la huelga de camareros de Barcelona y en un mitin en Tarragona en favor del compañero Folch y Folch, de Vendrell. Ante los camareros dijo algo que merecía ser divulgado profusamente: «El sindicalismo gana y pierde huelgas, y así será hasta el **final**, cuando la clase obrera, mediante la revolución social, acabe con el capitalismo y el Estado. Hasta ese final decisivo, los sindicalistas no deben sufrir en su honor si alguna vez pierden una huelga, porque el honor es un lujo de burgueses».

Su participación en el mitin de Tarragona no me gustó. Versó sobre consideraciones en torno a la violencia revolucionaria, pretendiendo dejar sentado que nuestra revolución no sería lo sangrienta que fue la burguesía en la revolución francesa, que la manchó —dijo— con verdaderas orgías de sangre. Por no ser Seguí dado a las definiciones, por falta de una definición correcta de revolucionario y jacobino, el contenido de su oración fue bastante mal interpretado. Se lo dije así en el bar donde fuimos a tomar el vermouth después del mitin. Le dije, en sustancia, que su discurso parecía sacado de la *Historia de la revolución francesa* de Castelar, quien hablaba y escribía siempre entre lirismos.

Su intervención en la Conferencia de Sindicatos de Zaragoza fue digna de ser escuchada. Seguí había madurado mucho en La Mola. Tuvo ocasión, durante el año y medio de encierro, de leer y meditar. Algo debió influir en su hablar razonado el hecho de que habló siempre sentado, liberado de la pose de orador que lo dominaba en los mítines y conferencias.

Entre muchas cosas, dijo: «El comunismo lib'ertario debe ser considerado como un posibilismo social. Quiero decir que su realización se logrará por la vía de la experiencia. No creo gran cosa en la eficacia de las Internacionales obreras. Por lo menos, hasta el presente, de nada han servido. En cambio, creo que podría resultar interesante una Confederación Hispano Americana de Trabajadores».²

Terminó la Conferencia nacional de Sindicatos. Su clausura fue celebrada con un gran mitin en la plaza de toros. Pero una vez terminada la Conferencia, se desencadenó la tormenta. Seguí siempre fue semejante a una tormenta. Ya de joven lo era, pues fue miembro activo de un grupo anarquista catalán que tenía como nombre el de «Els filis de puta». Con otros compañeros, interrumpió a tiros un mitin de Lerroux en un teatro del Paralelo de Barcelona. Luego, sin

1. [NDE]. Este asunto aparece tratado con extensión en otro lugar de este libro. Véanse las páginas 610 y siguientes.

2. [NDA]. No tuve ninguna intervención personal en la Conferencia de Zaragoza. En aquellos tiempos, era muy poca cosa al lado de aquellos colosos del sindicalismo. Tampoco tenía mandato expreso de los sindicatos de Reus, que aprovecharon mi estancia para delegarme su representación. La Conferencia nacional de Sindicatos de Zaragoza carecía de orden del día. Se trataba de adoptar las orientaciones a seguir tras la represión gubernamental. Y lo que se acordase sobre el ingreso en la Internacional Sindical de Berlín, o sea, la Asociación Internacional de Trabajadores, dependería de los informes que nos proporcionasen el Comité nacional, Pestaña, Gastón Leval. El acuerdo fue afirmativo por unanimidad. O sea, que dejamos de pertenecer definitivamente a la Internacional Sindical Roja de Moscú y pasamos a engrosar la de Berlín, que contaría con la CNT de España, la SAC de Suecia, la FAUD de Alemania.

dejar de ser tormentoso, se hizo charlista de mesa de café y había que oírle hablar de «su» mesa del café Español, rodeado de proletarios, que escuchaban con avidez sus disertaciones. Pintor de brocha gorda. Seguí alternaba la lechada de cal con disgresiones altamente interesantes.

El tiempo de sus charlas en el café Español fue el mejor de su vida. Después, cuando cambió al café Tupinamba de la plaza de la Universidad, donde alternaba con abogados, escritores y periodistas, con olvido de sus hermanos de clase, inició su decadencia. Y decadente fue su discurso de Tarragona, como lo fue su intento de definición del comunismo libertario en la Conferencia de Sindicatos de Zaragoza, porque no aportó claridad al odioso papel de los jacobinos en la revolución francesa ni precisó las etapas del posibilismo libertario.

A los pocos días de haberse clausurado la Conferencia, fue discutido hasta la saciedad el concepto de «posibilismo». Nadie quería contribuir a dar circulación al posibilismo libertario. Los puros del anarquismo colocaban a Seguí entre los arrivistas de la politiquería. Los sindicalistas puros, partidarios del «caja o faja», pensaban que se trataba de una nube que hacía borrosas las figuras del burgués y del obrero en lucha a muerte para sobrevivir, intérpretes trágicos de la guerra de clases. Los que no habían perdido la fe en los valores caducos de la sociedad tradicional, lo interpretaban como una promesa de fidelidad al pasado.

Seguí era un irreverente, pero de irreverencias susceptibles de provocar escándalo y de escasa trascendencia. Creo yo que, si bien daba por caduco el régimen capitalista, contemplaba con angustia la endeblez de las estructuras socialistas con que se pretendía entonces sustituir al sistema burgués, capitalista y estatal.

Decidí marcharme de Zaragoza. Como estaba muy desorientado, tomé el tren para Valencia. Supuse que en Valencia, a orillas del mar, la vida y el trabajo serían parecidos a los de Barcelona. No hay como vivir para ver y aprender. Valencia tenía aspectos magníficos. Sus días son soleados y sus noches transparentes.

*Vora a l'estany les granóles
canten al capvespre primaveràl:
¡croac, croac, croad
Son les dolces notes
de son himne triomfal.
És a l'hora vespertina
deis grills el màgic violí
¡cri, cri, cri!
qui consola i anima
qui del cor treu el veri
Les aigues silencioses
rechts a valí corren moixament
¡glu, glu, glu!
i les lluminàries pretencioses
s'hi reflexen desd'el firmament.*

Sus gentes son amables y generosas. El valenciano recela siempre algo de los catalanes y de los castellanos. Es algo que ha heredado de sus antepasados, que nunca vieron con simpatía a los que tanto empeño pusieron en liberarlos de los árabes, con quienes ellos se sentían algo más que primos lejanos.

Para conocer bien a los valencianos de la capital o de los pueblecitos de sus alrededores, es menester haber comido con ellos la paella a su manera,

prescindiendo de platos, cuchillos y tenedores, sólo con la cuchara frente al triángulo que cada cual traza hasta el centro de la paella. Así la comí, en compañía de Liberto Callejas, que se encontraba en Valencia en funciones de redactor de *Solidaridad Obrera*, y un grupo de compañeros de Picasen, cordiales y generosos. O encontrarse sin dinero en el bolsillo, no tener para comer, y ser presentado al tío Rafael, tabernero de la calle Hernán Cortés, y sentarse a comer para, al final, tener que decirle: «¿Apunta usted, tío Rafael, o apunto yo? En este momento, no tengo para pagarle». Y escuchar su respuesta: «Pues apunta tú, porque yo me haría líos con tantas cuentas pendientes».

Permanecí en Valencia unos quince días. Sin trabajo. Una paella con unos y otra comida con otros, más el refuerzo de lo que uno quisiese comer en la taberna del tío Rafael, me permitieron aguantar. Pero como aquello no podía durar, decidí regresar a Barcelona. Cuando lo decidí, me había quedado sin blanca, y había que buscar la manera de pagar el billete. Ni que pensar en el tren, muy caro para quien, como yo, nada tenía. En cambio, podía volver en la cubierta del *Canalejas*, un barco que salía aquel atardecer. El billete costaba nueve pesetas. ¿De dónde sacarlas? Tenía un abrigo de invierno que había sido bastante bueno, pero que ya empezaba a estar viejo. Anduve con él por las tiendas de los que compraban y vendían ropas usadas. Al fin, después de mucho andar y de mucho regatear, lo vendí por diez pesetas.

Callejas me ayudó, pagando su billete y el mío del tranvía que había de dejarme en el puerto. En la cubierta del *Canalejas*, ya ocupada por varias familias, me acomodé lo mejor que pude. Por vergüenza de no poder pagarle lo que le debía al tío Rafael, aquel día no desayuné ni comí. Tampoco cenaría.

Tenía sólo veinte años, y no me cansaba de decirme que no valía la pena pasar de los treinta y cinco. Cuanto más me analizaba más faltas de las que achacaba a Seguí me reconocía. Exceso de romanticismo, me decía. No era ni quería ser como él. El romanticismo, a los españoles, nos venía de tierras adentro. A los nacidos a las orillas del Mediterráneo nos corresponde el clasicismo: sujetar los impulsos, distinguir lo que son molinos y lo que son gigantes, no confundir los rebaños de corderos con ejércitos y no liberar gentes cortando simplemente sus cadenas. De otra manera, pensaba, nunca se llegaría a la victoria.

Puerto adelante, el barquito se deslizaba suavemente. La noche se me hizo larga, contribuyendo a ello el estómago vacío y el relente de la madrugada. ¡Lástima que hubiese tenido que vender el abrigo! Fueron dieciocho horas de viaje. Todos los inconvenientes de no haber comido y del frío de la madrugada quedaban compensados por la satisfacción que experimenté al contemplar la Puerta de la Paz y el monumento a Colón, remanso adonde iban a morir las Ramblas.

El tranvía me dejó en el Paralelo, esquina con la Brecha de San Pablo, a unos doscientos metros de la casa de huéspedes de la compañera de Feliu. Llegué allí. Su esposa me recibió con los brazos abiertos, me asignó cama y me sirvió un suculento desayuno de habichuelas con lomo. Feliu, que trabajaba hasta casi el amanecer en el café del teatro Cómico, dormía.

La mujer de Feliu me prestó veinticinco pesetas. Y a la calle, saboreando el pisar de nuevo sus adoquines. Ramblas arriba hasta la plaza de Cataluña, lentamente, como quien dispone de la eternidad. Siempre me había gustado la Boquería, mercado de verduras, frutas, carnes, aves y pescados. La anduve como si fuese la primera vez, aspirando sus aromas penetrantes y distintos. Me entretuvo la contemplación de las vendedoras de pescado, guapas en su mayoría, arremangadas hasta más arriba del codo, de brazos fuertes y mórbidos, ágiles en la manera de escamar los peces.

A pie, pues tenía que hacer tiempo, anduve lentamente hasta la plaza de

Cataluña, después por Pelayo y las Rondas, otra vez el Paralelo, a tomar el vermouth en el chiringuito frente al Moulin Rouge. Pasó el tiempo y me fui al bar Las Euras, donde siempre comía Batlle si trabajaba por aquellos barrios.

Batlle no cenó en Las Euras, pero lo encontré en el bar Asiático de la calle del Rosal, al lado de un Centro republicano. Estaba con otro compañero a quien yo no conocía, pero que dijo conocerme mucho. No trabajaba en Barcelona, sino en Mataró. A mí me urgía encontrar trabajo y a él cumplir con el encargo del dueño del restaurante Americano, en el que trabajaba, de llevarle de Barcelona un buen camarero.

Llegamos muy de noche a Mataró. De la estación fuimos al Americano, que estaba enfrente. El establecimiento pertenecía a toda una familia, abuelo, padre e hijos. Todos hacían algo, hasta la mujer.

No se estaba mal trabajando en Mataró. El tiempo era todavía caluroso, y por las noches, después del trabajo, me ponía un pantalón viejo y una camiseta y me iba a bañarme a la luz de la luna o de las estrellas en un mar generalmente tranquilo y en una playa casi siempre desierta.

De buena gana me hubiese gustado quedarme en Mataró por un largo tiempo. Creo que no duré más de dos meses. Por precaución, no me di a conocer a los compañeros de la localidad. Tanto el cocinero como yo cotizábamos en el sindicato de la Alimentación de Barcelona, y hacíamos mal, pues nuestro deber era darnos de alta en el sindicato de la localidad. Algunas veces veía pasar a Juan Peiró, que trabajaba en un horno de vidrio cerca del Americano, y aunque él me contemplaba queriendo recordar mi fisonomía —había tomado parte en la campaña de mítines que organizó el Comité provincial de Tarragona—, yo me hacía el desentendido. En Barcelona, donde todavía gobernaban Martínez Anido y Arlegui, ocurrían hechos cada día más graves.

No me sentía seguro. No hacía mucho tiempo que a Mataró vino un grupo de pistoleros del Libre y en un bar dieron muerte a varios compañeros. El atentado quedó impune, y Batlle, mi compañero Batlle, andaba en Barcelona mezclado en las luchas contra los enemigos de la clase trabajadora. Nada me dijo, por ser norma de los sindicalistas catalanes el no hablar nunca de lo que se llevaban entre manos. Me chocó el que, teniendo yo costumbre de ir a Barcelona los miércoles, día de mi fiesta semanal, en vez de encontrarle en el bar Las Euras, me esperase un compañero a quien llamaban «El Galleguito», quien me dijo, de parte de Batlle, que aquel día no podría estar conmigo, por lo que regresé a Mataró a la tarde, contra mi costumbre de hacerlo en el último tren de la noche.

Aquellos señores que subían a un auto estacionado frente a la puerta del Americano tenían todo el aire de ser policías. Y me lo confirmó el ver que uno de ellos había sido policía en Reus, en los tiempos en que luché por mi pueblo. Cuando se hubieron ido, me decidí a subir a mi habitación. El cocinero me explicó que unos policías, al parecer de Barcelona, se habían presentado, preguntando por mí y habían registrado mi habitación.

¿En qué líos andaba metido Batlle? No me cabía duda de que las andanzas de la policía tenían sus orígenes en algo suyo, ya que me debieron de ver con él alguno de los miércoles anteriores. O en que alguien había soplado que me reunía con él todas las semanas.

Metí mis cosas en la maleta y encargué al cocinero disculparme con el dueño del restaurante. Ya anochecido, me escabullí a la estación y tomé el tren a Barcelona, donde alquilé una habitación barata cerca de la estación, para al día siguiente, en el tren ordinario, regresar a Reus.

Nada había hecho y nada tenía que temer. Algo me decía que desconfiase de las actividades de la policía rondando mi sitio de trabajo en Mataró. Cuando las cosas andaban así de confusas, era señal de que algún confidente de la

policía estaba haciendo méritos. ¿Quién sería? Por el periódico me enteré del lío en que estaba metido mi buen José Batlle Salvat. Con el tiempo se supo todo. Por aquel entonces se había descubierto en el seno de la Organización un núcleo peligroso de confidentes al servicio del general Arlegui. Se trataba del abogado de nuestros presos, Homs, y del secretario del Comité Propresos de Barcelona, también llamado Batlle, pero sin parentesco con mi compañero. Algún tiempo después, Batlle Salvat y otro compañerito de Barcelona fueron detenidos, procesados y condenados por la muerte del confidente Batlle. Se les escapó Homs, quien, meses después, llevó a cabo los asesinatos de Salvador Seguí y su compañero Paronas:

Recién llegado a mi pueblo, algo sacudió a toda la militancia de la CNT de España y aun a aquellos que no habían regresado del extranjero, no obstante, el restablecimiento de las garantías constitucionales. Desde fuera, se percibía mejor que Sánchez Guerra, al sustituir a Dato, no había restablecido la paz, porque no quiso o porque no pudo. La paz seguía amenazada por las andanzas de los asesinos a sueldo de la patronal, el miedo represivo de la jefatura de Policía y los pistoleros del requeté. Justamente a finales de agosto de 1922, Angel Pestaña fue víctima en Manresa de un atentado por parte de pistoleros, entre los que se vio al «Rabada» y al hermano de Villena.

En uno de mis viajes a Barcelona pasé por casa de Feliu y devolví las veinticinco pesetas que me prestó su mujer. Nada debía, a no ser las sesenta pesetas que no pude pagar al tío Rafael, de Valencia. Con el tiempo le pagaría, pero ahora estaba mal de ropa de abrigo. Me urgía trabajar y reponer mi vestuario, del que solamente había podido renovar el de trabajo.

Sabía que si me ponía a activar las cosas de la Organización en Reus, mi libertad duraría poco. Opté por camuflar un poco mi personalidad. Trabajé todos los extras que me fue posible en la semana, leía cuanto podía y una vez al mes asistía a los conciertos que en el teatro Fortuny organizaba la sección reusense de la *Associació Catalana dels Amics de la Música*, de la que me hice socio. Así tuve ocasión de asistir al concierto que dio Pau Casáis con su orquesta de «noventa profesores de música», que es como se anunciaba.

En los primeros días de enero de 1923, el Comité regional convocó a un Pleno regional, que se celebraría en el local de La Naval, en la Barceloneta. La Comarcal de Reus me nombró su delegado. Para la sesión de la mañana, fui designado secretario de Actas; para la sesión de la tarde, secretario de Palabras y para la sesión de la noche, presidente de Debates.

Durante las sesiones de mañana y tarde, los debates transcurrieron normalmente. No así la sesión de la noche. Como secretario de Palabras tenía al compañero Arín, de la Metalurgia. Alguien me hizo pasar un papelito que decía: «Compañero presidente, nos hemos enterado de que en la sesión de esta noche tomará la palabra el Noi de Sucre. Te advertimos que si le otorgas la palabra, lo mataremos aquí. El Grupo Fecundidad».

Me quedé lívido. ¿Cómo era posible? Del grupo «Fecundidad», que pertenecía a los grupos de Sans, conocía yo a dos compañeros: Jaime Rosquilles Magriñá y Vicente Martínez «Artal», al que había conocido en Reus, y del grupo no tenía informes de que fuese de los violentos. Arín me preguntó:

—¿Te ocurre algo?

—Sí. Toma y lee.

—Hemos de ir con cuidado. No digas nada y espera a que yo regrese. Voy a ver de arreglar algo.

Arín regresó, muy seguro de sí:

—No creo que ocurra nada. Pero hazte tú cargo de tomar las palabras y deja que haga yo de presidente.

No ocurrió nada. Se acabaron las tareas del Pleno y al día siguiente, que era festivo, se celebró un mitin de clausura en el teatro Español. En el mitin tomamos parte delegados foráneos, muy jóvenes, que por primera vez aparecíamos como oradores en Barcelona: Germinal Esgleas y yo.

Terminado el mitin, recibí la visita de tres antiguos conocidos: Medín Martí, Jaime «El Pelao» y Espinal. Nos sentamos en el café del Español. Nada se habló de nuestra gestión en Madrid; aquello era cosa, no ya del pasado, sino muerta. Hablamos de todo un poco, hasta que Espinal expuso su problema:

—Ya sabes —dijo, dirigiéndose a mí— lo que ocurrió en Manresa con el atentado a Pestaña. Desde entonces, los pistoleros no dejan de venir allí, como si se tratase de una ciudad conquistada. A vosotros, en Reus, os ocurrió algo parecido, pero os los sacudisteis de encima. ¿Por qué no vienes a trabajar a Manresa y allí estudiaríamos la situación? Hay una oportunidad, porque en el *music-hall* Kursaal, donde trabaja de camarero el compañero Figueras, hay vacante. ¿Qué te parece?

Fui a Manresa y me arreglé con Quimet, dueño del Kursaal. Era de los que siempre vivieron por, para y de las mujeres. Un macarra, como vulgarmente se dice. Alto y de un blanco pálido, estaba recostado en un amplio sillón, con el aspecto de quien está más para irse al otro barrio que para dirigir un establecimiento de aquella naturaleza. En esta labor era ayudado por su mujer, que todavía se conservaba de buen ver.

Con Figueras convinimos trabajar armados cada uno de la pistola, pues era de suponer que los pistoleros no dejarían de manifestarse. Estábamos dispuestos a llevárnoslos por delante, pues la Organización había decidido cobrarse el atentado a Pestaña. Especialmente Espinal, quien, por haber sido el organizador de la conferencia que tenía que pronunciar Pestaña, se sentía culpable de las graves heridas que le infligieron. Los días que Medín Martí y el Pelao estaban en Manresa, venían los tres a tomar café y permanecían largo tiempo sentados, en espera —decían— de que apareciesen los fulanos.

En los pocos meses que estuve trabajando en Manresa, los pistoleros del «Libre» desaparecieron. El trueno que nos sacudió de pies a cabeza vino de Barcelona.

Haría unos quince días que había dejado el trabajo en el Kursaal; Quimet, el dueño, que estaba enfermo de varias dolencias a cuál más grave, suspendió el funcionamiento de su establecimiento. Y yo me fui a Barcelona. Para no gastar mucho del dinero que había ahorrado en Manresa, me instalé a todo estar en una taberna de la calle Cadena, donde comía tres veces al día, y dormía en un desván. En tres camastros de los llamados de tijera dormíamos Callejas, «Irenófilo Diarot», los dos redactores de *Solidaridad Obrera*, y yo. La taberna pertenecía a un compañero cocinero, Narciso, que lo montó con un puñado de pesetas, después de la pérdida de la huelga de camareros.

Irenófilo Diarot, Callejas y yo nos disponíamos a bajar a la taberna para tomar la comida del mediodía cuando un día se dejaron oír unos disparos de pistola. «¿Qué será?», nos dijimos.

Los tiros habían sonado cerca. Seguramente se trataba de un atentado. Pero aquél, cometido a la hora en que las gentes van a comer, o acaban de hacerlo, no estaba llamado a ser uno más.

Narciso apareció en el dintel de la puerta de nuestro cuarto, demudado, sus ojos muy abiertos expresaban el horror y el odio más grandes que una cara humana pueda expresar.

—¡Han matado al Noi de Sucre!

—Esto es el fin de todo. Acabarán con todos nosotros —se lamentó Ire-nófilo.¹

—¿Tú qué crees, será el fin? —me preguntó Callejas.

—¡Yo qué sé! Puede ser el fin y puede ser el principio. Dependerá de cómo tengamos los nervios.

Reviví la impresión que me produjo Seguí, hacía unos veinte días, cinco antes de que se clausurara el Kursaal, al dar una conferencia en un cine de Manresa a la que asistimos, Como grupo de defensa del Noi, el Pelao, Medín Martí y yo. Fue la suya una larga requisitoria contra Alfonso XIII y su camarilla de generales y políticos que por entonces aparecían como responsables del desastre de Annual, allá en los pelados cerros del Rif.

Seguí fue duro, implacablemente detallista sobre los verdaderos responsables del desastre de Annual, y afirmó su propósito de llevar el contenido de aquella conferencia a todos los escenarios del país. Yo no pude por menos que pensar: «Si no te matan».

Y así fue. Lo mataron los de la camarilla del rey. Utilizaron el equipo de pistoleros de Homs

Aquel día no comimos. Nos acercamos los cuatro al cruce de las calles Cadena y San Rafael. Los cuerpos de Seguí y de Paronas habían sido recogidos en una ambulancia de la Cruz Roja. En el suelo, y encima de un charco de sangre, había un ramo de flores.

Seguí era muy querido. Tenía muchos adversarios, aun dentro de nuestra Organización, cosa natural en un movimiento obrero que aglutinaba todas las tendencias ideológicas del socialismo no marxista. Pero en nuestra Organización se le respetaba y se le quería. No faltaban compañeros, como Picos, implacables oponentes de Seguí. Pero Picos era eso: Picos, un zapatero anarquista que vivía por y para ladrar al más destacado de los militantes, y puesto que era el Noi el más destacado, Picos ladraba más fuerte ante sus hechos y sus intenciones.

Picos tuvo su reacción. Cuando mataron al Noi, Picos, preso en la Modelo de Barcelona, se tiró desde lo alto de la galería a la planta baja, muriendo en el acto. ¡Pobre Picos!

«¡Antes morir que arrodillarnos! ¡Antes morir todos que entregarnos! ¿Quiéren acabar con nosotros? Pues a defendernos con toda clase de armas.» Estas eran las exclamaciones de toda la militancia, sindicalista o anarquista. De los de *Bandera Negra* y los de *Bandera Roja*.

«¡Ya no hay paz! ¡No más palabras! ¡Que hablen los rencores!»

*«Tanta injusticia no debe seguir...
Si tu existencia es un mundo de penas...
Antes que esclavo, prefiere morir...»*

Guerra social

El asesinato de Salvador Seguí desató la tormenta en las calles de Barcelona, en Manresa, en Valencia, en León, en Zaragoza.

Los que formaban en torno a Seguí un núcleo que pretendía ser de super-

1. [NDE]. El autor vuelve a referirse, más ampliamente, a «Irenófilo Diarot» en la página 225.

hombres, como si hubieran oído la lamentación de Irenófilo Diarot —«Esto es el fin de todo»—, se alejaron de la Organización. De ser cierto que tanto querían a Seguí, no lo habrían hecho, porque, en aquellos momentos, Seguí y la Organización eran una misma cosa. En cambio, la Organización no fue abandonada por aquellos a quienes los reformistas sedicentes amigos de Seguí adjetivaban de irresponsables». Los «irresponsables» pasaron a ser los únicos responsables de la Organización: los hombres de acción, obreros anónimos, militantes ejemplares que daban siempre la cara, en los comités de fábrica, en las secciones, en los sindicatos.

El enemigo, la patronal, los libreños, las autoridades, sabían bien que quienes quedaban eran los mejores, élites de una lenta selección de años. Caían a racimos a diario: Canela, Salvadoret, Albaricias, Archs, Pey y tantos otros.

¿Cómo parar aquel alud de asesinatos de los mejores militantes del sindicalismo revolucionario?

Las acciones justicieras y vindicativas se iniciaron con la audacia de quienes no estaban dispuestos a desaparecer ni a caer de rodillas. Primero fue en la calle Puertaferri, de Barcelona, sede principal del requeté catalán. Los anarcosindicalistas —hecha ya la fusión de *Bandera Roja* y *Bandera Negra*— irrumpieron disparando sus pistolas y dejando un reguero de muertos. En Manresa, en un enfrentamiento entre compañeros y los jefes de los sindicatos Libres, resultaron cuatro de éstos gravemente heridos. En Valencia, el ex gobernador de Barcelona Maestre Laborda sucumbió a un atentado. En León, al ex gobernador de Bilbao, Regueral, le ocurrió lo mismo. E idéntico fin tuvo el cardenal Soldevila, en Zaragoza.

En la calle, la reacción retrocedió despavorida. Ya no eran los anarcosindicalistas los que abandonaban la Organización y se aprestaban a doblar las rodillas. Nunca como entonces se perfilaron en la militancia los verdaderos lineamientos de la revolución social. Se vivía y se trabajaba por y para ella, febrilmente. Por primera vez se planteó el dilema: «El terrorismo no conduce a la revolución. El terrorismo, al ser válvula de escape de la ira popular, impide la explosión revolucionaria». «Defenderse, sí; pero acelerando el proceso de preparación revolucionaria». «Ya no somos anarquistas y sindicalistas que marchan por caminos opuestos. Ahora, y en adelante, anarcosindicalismo.»

La reacción española nos llevaba ventaja. Esta vez nos ganaría. La partida se jugaba entre tres: los liberales masones, que impusieron a Pórtela Valladares como gobernador civil de Barcelona, para ver de contener, aunque fuese en duelo pues que se le tenía por gran espadachín, al capitán general Miguel Primo de Rivera. Este, junto con Francesc Cambó, marchaba apresuradamente hacia el golpe de Estado. Y nosotros, los anarcosindicalistas.

Un mes antes del golpe de Estado, lo más selecto de la militancia anarcosindicalista de Barcelona había sido detenido, con procesamientos por delitos imaginarios.²

En aquella ocasión ganaron. ¿Sería siempre el ganador el ejército?

Mi proceso se instruía en Manresa. Eramos tres los encausados: Roigé, Figueras y yo. En el incidente del café Alhambra habían resultado heridos cuatro individuos: el secretario general de los sindicatos Libres y su tesorero general y dos pistoleros guardaespaldas. El fiscal, civil pero hechura de la dictadura militar, calificó los hechos de asesinato en grado de frustración, pidiendo para

1. [NDE]. El autor vuelve sobre este problema en las páginas 83-84, 115, 120-122, 634-635.

2. [NDE]. El autor vuelve sobre estos hechos en otro lugar. Véase la página 633.

cada uno de nosotros la pena de 12 años y un día. La defensa, encomendada a Eduardo Barriobero, presentó lo ocurrido como una pelea, alegando que después del tumulto sólo aparecíamos nosotros detenidos y procesados y que, en consecuencia, lo procedente era declarar nulo el proceso y promoverlo de nuevo, procesando a todos, heridos y heridores, incurso en el mismo delito de riña tumultuaria. Eso, o nuestra absolución.

El tribunal, ateniéndose a los principios jurídicos alegados por nuestro abogado, desechó la calificación fiscal y condenó en grado mínimo a cada uno de los cuatro heridos, a un año y un día a Figueras y a mí y absolvió a Roigé. Francisco Ascaso no figuraba en el proceso.

Ya por entonces, el general Martínez Anido ocupaba el ministerio de la Gobernación del gobierno dictatorial de Primo de Rivera. A extinguir la condena fuimos llevados Figueras y yo al penal de Burgos. En él, los presos eran matados a palos. De hacerlo se encargaban noventa cabos de vara, reclutados entre lo peor que entraba en la prisión. La selección consistía en elegir entre los chivatos recomendados por los directores de las cárceles de origen, los soplonos de la policía, los elementos que eran transferidos al penal para no salir nunca, los gitanos andarríos que instintivamente odiaban a los no gitanos, a los «payos».

El Cuerpo de Prisiones estaba magníficamente representado, desde el director, Anastasio Martín Nieto, al administrador, Raimundo Espinosa, pasando por el jefe de servicios, don Juan «El Gallego».

La disciplina impuesta en el penal de Burgos era mitad de palo y mitad de extorsión. Del palo se encargaban los noventa cabos de vara. Los presos eran recibidos a punta de vara y de la misma manera eran conducidos a la celda. Terminado el período de celda —que consistía en brutales apaleamientos diarios—, cuya duración dependía del humor del director, el preso era transferido al llamado departamento de Higiene, que se encargaba de la limpieza del interior de la prisión, efectuada durante un sincronizado apaleamiento de los penados, colocados en filas de seis. Detrás de cada fila, los cabos de vara golpeaban sin cesar las espaldas de los presos agachados. Los que caían reventados eran recogidos y llevados a la enfermería, donde generalmente fallecían. El médico de la prisión **certificaba** fallecimiento, por congestión o ataque cardíaco casi siempre. Nunca por apaleamiento.

A punta de vara, pues, fuimos llevados Figueras y yo al departamento de Celdas. Nunca había sido tratado así. Habían sido reunidos todos los cabos de vara de celdas. Nos hicieron correr por un pasillo, para darse el gusto de apalearnos. A los primeros golpes, di un puñetazo al cabo que tenía más cerca de mí, quien cayó al suelo. Bramando de rabia gritó: «¡Hijo de puta! ¡Ahora verás!» Y se dedicó a darme varazos en los brazos. Le di otro puñetazo y volvió a caer al suelo.

Se armó un griterío enorme y apareció el oficial encargado de celdas:

•—Manada de cabrones, ¿qué pasa aquí?

—Este hijo de puta que se volvió a puñetazos contra nosotros.

—Pues se acabó la fiesta. Llevad a esos dos a sus celdas y que no se les dé ni un palo más hasta nueva orden.

En la celda, el jergón era sacado por la mañana y traído por la tarde. Los cabos de vara abrían una a una las celdas y hacían llevar el jergón a una celda vacía al efecto; ellos estaban convenientemente apostados para descargar sus varas sobre las costillas del preso que iba a dejar el jergón.

Los pasillos de celdas estaban cubiertos de tablas de madera de pino. Los

1. [NDE]. Véanse las páginas 629-630.

presos eran sacados de las celdas a diario y obligados a pulir las duelas con un trozo de manta vieja. Así estaban siempre con brillo. Para cambiar de rutina, las duelas de madera eran fregadas con tierra y agua, por lo que perdían el brillo. Era una gracia de los oficiales de Celdas y de los cabos de vara, pues para que recuperaran el brillo de antes tenían que echar el bofe los presos durante días.

Una vez cada quince días el cura del penal giraba visita a los presos en celdas. Era gordísimo y no alto, se apoyaba en un bastón y se tocaba con un bonete. Siempre preguntaba lo mismo:

—¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, señor cura. Quisiera que me llevaran a la enfermería.

—Eso es cosa del médico. Apúntate para la visita del médico.

—Tengo hambre, señor cura.

—Eso es cosa del señor administrador. Yo solamente doy auxilios espirituales...

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien, pero me encuentro muy débil de tanto fregar el piso.

—No te quejes. El trabajo es sano. Debes procurar no masturbarte, porque eso sí que debilita y el semen va al suelo, convirtiéndose en polvo y el polvo quién sabe adonde va a parar...

El período celular debía tener una duración proporcional a la condena de cada preso. Pero en Burgos dependía del humor del director la data, que era como se llamaba al día de salida del período celular. Los presos esperaban la data con frenesí para perder de vista a aquella banda de facinerosos, cabos de vara y oficiales. Las palizas de mañana y tarde, las trapeadas a los pisos de madera, la soledad y la asquerosa compañía de los ratones, la oscuridad y el mal olor de aquellas celdas sin ventana, deberían bastar para que un solo día equivaliera a un año de condena. Pero sólo valía un día.

Se salía de celdas para ir a parar al departamento de Higiene: otro infierno. Cuando Figueras y yo pasamos a Higiene, el cabo de vara jefe era un gitano vasco llamado Echevarría, de casi dos metros de altura, con espaldas de cargador de muelle. Echevarría tenía tres varas, cuyo diámetro iba en crescendo desde la pulgada a las tres pulgadas. Los cabos de vara sabían a qué atenerse en materia de intensidad de las palizas. Echevarría, antes de empezar la limpieza, iba a la Ayudantía a recibir instrucciones.

Todo dependía del ayudante de servicio. Si había tenido un disgusto con su mujer, si perdió la partida de chámelo o si el director le había gruñido, la orden era de pegar fuerte y sin parar. Entonces, Echevarría cogía la vara gorda y los cabos de vara en función de limpieza quedaban advertidos de que había que pegar hasta cansarse.

Ninguna muía de carga soportaría tantos palos en las costillas. ¡Lo que aguantaba el ser humano!

Los que lograban sobrevivir a las palizas y a la fatiga, también esperaban su data, esta vez para dejar Higiene y salir a la vida común de los patios.

La permanencia de Figueras y mía en Celdas no fue larga. Nuestras condenas eran cortas y había ocurrido algo que contribuyó a que nuestra estancia en el penal se viese suavizada: Martínez Anido pretendía crear en torno mío un estado de alarma, pensando que la dirección del penal, dada su siniestra fama, para no tener que estar siempre pendiente de mí, optaría por acortar mi condena por el fácil camino de la muerte a garrotazos. Con nuestras personas le llegaron a don Juan «El Gallega» dos expedientes, uno del tribunal sentenciador sobre los dos condenados y otro del ministerio de la Gobernación sobre mí. «El Gallego», jefe de servicios, era feroz y muy zorro. Leyó con déte-

nimiento el informe de Martínez Anido y calculó que mi peligrosidad estaba en lo que pudiesen hacer «Los Solidarios», de cuyas andanzas se ocuparon los periódicos. Y tomó dos decisiones: ordenar a Celdas que no nos pegasen bajo ningún pretexto y pasar los expedientes al director para que él o la junta disciplinaria decidiesen qué hacer conmigo. Así se lavaba las manos y largaba el paquete al director. Este, que era más zorro aún que «El Gallego», reunió la junta disciplinaria y le planteó el caso. Tomaron, según me informó el escribiente de Ayudantía, la decisión de vigilarme estrechamente, hacer breve nuestra estancia en Celdas y separarnos de las líneas de fuego durante la limpieza, evitando en lo posible que nos golpeasen.

Cuando pasamos al patio, Figueras y yo fuimos separados. El a una brigada dormitorio y yo a otra; él al taller de alpargatas y yo al de la palma. Me enteré entonces de que no había ningún otro preso social o político. Pero al poco tiempo llegó un compañero joven de Madrid, con una condena ligera. Se llamaba Santamaría y tenía bastante de poeta. Me enteré de que era preso social, perteneciente a la Regional del Centro, por habérmelo advertido un cabo de vara llamado «Maceo», que había sido muy revoltoso en otros penales y que me respetaba, por lo que sobre mí corría de boca en boca en el penal; de mí hablaban los oficiales a los cabos de confianza y a los soplones, y ellos lo difundían; se me consideraba el jefe de los anarquistas catalanes, los de la «venganza catalana».

Salió al patio el compañero Santamaría y solicitó pasar a la escuela-biblioteca como ayudante del maestro.

Santamaría era listo. Por él me enteré de que el maestro, don César, podía proponer en cada reunión de la junta disciplinaria a un preso para la promoción de libertades condicionales, y que invariablemente proponía siempre al mejor lector, cuantitativa y cualitativamente, de los libros de la biblioteca.

Desde mi llegada fui un asiduo lector de la biblioteca.¹

1. [NDA]. Siempre he leído mucho, de todo lo que ha caído en mis manos. Y también he leído sin método. Catorce años de prisiones y leyendo cuanto me era permitido por la disciplina carcelaria y por el tiempo, me han dado un conocimiento general del mundo y de los humanos que lo habitan. No he seguido cursos de literatura ni de poética. Pero sí de una orientación precisa, sin la cual acaso hubiese llegado el momento en que leer hubiese resultado pesado. Creí —y sigo creyendo— que siendo un lector lento, los conocimientos contenidos en los libros irían formando un sedimento de cultura general en mi cerebro, que podría serme de gran utilidad por la dirección que di a mis lecturas: la oratoria. La oratoria tenía que llevarme a realizar análisis políticosociales e históricos ránidos. El ser lector lento me permitía absorber mayor cantidad de saber que si hubiese sido de lectura rápida. Aún hoy recuerdo con delectación cuando en la soledad de la celda, sumido en la lectura de una página, me detenía, me frotaba las manos y me ponía a liar un cigarrillo, colocando parsimoniosamente la pizca de tabaco en la palma de la mano, limpiaba de palos la picadura, la trituraba lentamente entre las dos palmas, la igualaba en el papel de fumar, lo liaba, por la parte engomada y lo retorció con delicadeza, de manera que saliese un cigarrillo digno de aquella pausa. Leía y releía la página o el párrafo y finalmente le prendía lumbre al cigarrillo.

He leído en catalán, castellano y francés. Y también en valenciano, como *La pau des pobléis*. Clásicos y franceses y castellanos, latinos del Imperio y los de la decadencia. Y más y más.

Leí a los griegos, a Tales de Mileto, a Heráclito de Efeso. Conozco a Antístenes y a Diógenes, a los cínicos. Sé de los estoicos, de Teofastro, de Marco Aurelio; de Sócrates y sus diálogos recogidos por Platón y de las anécdotas narradas por Jenofonte. Sobre Sócrates y Jesucristo, uno de los dos paralelos que me sirvieron de tema para dos conferencias en el Sindicato Textil de Barcelona. Paralelismo que causó sensación, siendo el otro paralelo el de Ulises y Don Quijote. Estos paralelos dieron lugar a que Eduardo de Guzmán escribiera en *La Tierra* un artículo.

Eduardo de Guzmán, entonces redactor jefe del periódico *La Tierra*, que cubría en aquellos momentos, con sus logrados reportajes, la accidentada vida social de Barcelona, asistió a mis conferencias en el Fabril de Barcelona, en la barriada del Clot, y, de regreso a Madrid, habló de ellas con el presidente o el secretario general del Ateneo. Este

Figueras eludía pasar a la escuela a leer. Siempre me alegaba que le producía dolor de cabeza hacerlo. Entonces ignoraba yo que efectivamente cuando se es corto de vista la lectura sin lentes produce dolor de cabeza. Y él tampoco lo sabía y no utilizaba lentes.

Al poco tiempo salió en libertad condicional Santamaría, propuesto seguramente por el maestro. Durante algún tiempo Figueras y yo volvimos a ser los únicos presos sociales, hasta que un día, al cruzar el claustro en el momento de la limpieza, me pareció que uno de los de la línea de fuego me era conocido.

Al terminar la limpia me dirigí a Echevarría. Iba dispuesto a ser duro.

—Oye, Echevarría. Me ha parecido ver en la línea de fuego a un amigo mío. ¿Aquel bajito y delgadito no se llama Vicente Martínez?

—Mira, no me metas en líos. Sí, se llama Vicente Martínez, y está en la línea de fuego por orden del ayudante jefe. Su hoja es de muy mala conducta.

—Bueno, pero tú puedes hacer de más y de menos. ¿Por qué no lo quitas del baldeo y lo pones a recoger papeles?

—¿Quieres que don Juan me envíe a celdas a punta de vara?

—No exageres. Seguro que lo harías si se tratase de un caló, ¿verdad?

—Depende, depende. Pero en este caso, no puedo. Así se hunda el cielo.

—No, el cielo no se hundirá, pero, ¿qué puede ocurrirle a un gitano cuando ande con sus churumbeles por los barrancos?

—Mira... No me amenaces. Yo sé, yo sé que tú, en la calle... En fin, tú me entiendes. Pero no, no puedo.

—Está bien, Echevarría. Toma estas cinco pesetas y que los vasos de vino que te tomes a mi salud te hagan provecho.

Al día siguiente, Vicente Martínez «Artal», ya no fue a la línea de fuego. Muy campante andaba recogiendo papeles con el cesto. Cuando salió al patio, pedí que lo enviasen al taller de palma. El día que me pusieron en libertad, al despedirme de él le dije:

—Mira, Artal, ¿sabes cuál es el mejor camino para lograr la libertad condicional? La mención honorífica de buen lector. Y más efectivo todavía si te colocas de ayudante del maestro.

En el taller de la palma llegué a ser el maestro primero. De lo que ganaba en el trabajo, se me hacía una deducción que iba a un fondo de ahorro, que se percibía a la salida en libertad.

¿Pasatiempos? Dos: dar de comer migas de pan a las palomas y acudir a la biblioteca a leer. La biblioteca estaba bien surtida y excelentemente organizada. En el muro del claustro —el penal había sido convento— existía un índice

le encargó que me pidiese reproducirlas en el Ateneo madrileño. Mi contestación fue, claro, muy mía: que «yo no tenía que enseñarles nada a los intelectuales burgueses» y que «lo que yo estaba haciendo con el ciclo de conferencias agrupadas bajo el título general de *El espíritu de la victoria* era capacitar a la clase obrera para la lucha y el triunfo». Por aquel entonces batí los récords en mítines y conferencias en toda España. En Zaragoza, en el Palacio de la Lonja, di una conferencia medida para un tema de treinta horas con el título de *La reconstrucción del mundo*. Hube de comprimirla por apremios de tiempo a seis conferencias diarias de cuatro horas cada una. Si al empezar la primera puede decirse que la mayor parte de los asistentes eran obreros, al terminar la última, la asistencia resultaba pareja entre obreros, por un lado, y profesores, abogados, ingenieros y otros representantes de la intelectualidad. Al día siguiente, domingo, dimos un gran mitin en la plaza de toros y de allí me fui a Bilbao, donde me esgrjéba Horacio Prieto para los mítines que había organizado como secretario de la Regional del Norte, en Bilbao, Baracaldo y Sestao. La misma conferencia de treinta horas la reproduce en la cárcel Modelo de Barcelona ooco tiempo después, encontrándome preso con bastantes compañeros, entre ellos Alaiz, para responder a unos artículos aparecidos en *Solidaridad Obrera*.

general de todos los libros de la biblioteca. Cada tres mesas aparecía el nombre del mejor lector, selección que se hacía por la cantidad de libros que se habían leído así como por la calidad de la lectura.

Cuando llegué a las tres cuartas partes de condena, el maestro, según su costumbre, propuso se me concediera la libertad condicional. Fue aprobada por la junta disciplinaria de la prisión y también la aprobó la Dirección general de Prisiones.

Se me puso en libertad. Bueno, es un decir. Ya en la puerta de la calle —¡otra vez!— se hizo cargo de mí una pareja de guardias de seguridad que me condujeron a la prisión provincial en calidad de preso gubernativo a disposición del ministro de la Gobernación.

Resultaba absurda mi detención gubernativa encontrándome en libertad condicional. El director de la prisión provincial, que no salía de su asombro ante la contradicción, comprendió el fondo político que mi situación tenía y tuvo el acierto de mantenerme preso en una pieza anexa a las oficinas, separado totalmente de los presos comunes.

¿Qué hacer? Me decidí a telegrafiar a mi familia en Reus, comunicándoles mi situación. Mi familia fue a ver al viejo Carbonell, quien cambió impresiones con los compañeros de la localidad. Entre ellos se encontraba uno llamado Caixal, camarero que trabajó en Barcelona de todo, hasta de enterrador, junto con Callejas, cuando la bohemia revolucionaria de ambos los empujaba a buscar algo de que comer. Caixal tenía relación con un abogado de Tarragona llamado Cañellas, consejero de la señora Baldrich, residente en Constantí, donde vivía en compañía de una hija y en contacto con un hijo, el dibujante Baldrich. Era la esposa del general Martínez Anido, de quien vivía separada. Tanto el hijo como la hija, considerándose desligados del monstruo llamado Severiano Martínez Anido, no utilizaban el apellido paterno y vivían como escudados tras el materno de Baldrich. Caixal visitó a Cañellas y éste se puso al habla con Martínez Anido, haciéndole presente que, aunque España viviera en dictadura, era imposible mi doble situación de preso en libertad condicional y al mismo tiempo preso gubernativo.

No sé si Martínez Anido llegó a comprender la argumentación de Cañellas, pero el caso es que envió a Burgos la orden de que me pusiesen en libertad.

Llegué a Reus, yendo a vivir con mis padres. Estos se habían cambiado de casa, pasando al número 4 —antes estaban en el 32— de la calle de San Elías. Visité al compañero Carbonell, quien me presentó a Caixal. Les expliqué mi situación y lo difícil que me sería desenvolverme en Reus, donde, no obstante, tendría que residir, ya que la libertad condicional me obligaba a presentarme cada quince días al alcaide de la cárcel de Reus.

Le dije a Caixal que pensaba ir a Tarragona a dar las gracias a Cañellas y me proporcionó su dirección. Cuando Caixal se hubo ido, cambié impresiones con Carbonell, que me inspiraba confianza.

—Pienso ir a unirme a los compañeros que en Francia preparan la lucha contra Primo de Rivera. ¿Puedo contar contigo?

—Sí. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Pienso mantenerme alejado de los compañeros de aquí. Y pienso utilizar a mi favor la posible existencia de soplones. Debes decir a todos los compañeros que pienso hacerme burgués, aceptando una oferta de crédito para abrir una librería.

—¿Te despedirás de mí?

—Sí. Cuando te diga que me voy a Tarragona para saludar a Cañellas, será la despedida. Dentro de unos quince días, hacia Navidad. Esas festividades son las mejores para ir de viaje.

Pasé unos días de vida apacible, visitando de Reus cuanto había recordado en mis prisiones. Me gustaba recordar mis idas al pueblecito de Castelvell, como quien dice a un tiro de piedra de Reus; la compra de un panecillo que llamábamos *llengüet*, que lo mismo tenía de grano de cebada en su forma que de sexo femenino, y comerlo acompañado de un trozo de butifarra blanca. Y me gustaba ir al cementerio, para impregnarme de su ambiente de paz y quietud, entreteniéndome en mirar las losas que tapizaban los nichos, leyendo las dedicatorias a los padres, a los hijos, a las novias. Me gustaba recorrer las playas de Salou, tan limpias y con arenas tan finas amarilleando al sol. Me gustaba recordar mis andanzas por la pescadería y los puestos de venta de aves y conejos ya despellejados, ensartados cabeza abajo. Y andar y andar por entre los puestos de verduras que se instalaban en la plaza de la Constitución todas las mañanas. Y los cines, con el griterío de la chiquillería, que se agrupaban para formar unidades de diez y comprar un taco de diez entradas que salían a mitad de precio.

Me encontraba con amigos y conocidos. «Bien, me encontraba bien; pensaba utilizar una oferta de crédito para instalar una librería».

Me decidí. Fui a ver a Caixal.

—¿Cuándo piensas irte?

—Mañana.

—Te puede interesar la dirección del compañero Vidal, que ya conoces. Sé que está conectado con separatistas catalanes que van y vienen de Francia.

—Gracias. Dile a Carbonell que me fui a dar las gracias a Cañellas.

Visité al abogado Cañellas en Tarragona. Estaba muy interesado en conocerme. Martínez Anido le había dicho de mí tamañas cosas que le habían despertado la curiosidad. Cañellas en aquel tiempo ya tenía el pelo cano, muy bien peinado. Políticamente era liberal, más bien de la derecha.

—Le agradezco mucho la defensa que hizo usted de mí.

—No me lo agradezca, pues me comporté, en su asunto, de manera impersonal, tanto porque a usted no lo conocía como porque se trataba de una defensa obligada ante lo que yo conceptuaba de atropello jurídico, lo cual nada tiene que ver con la actuación de la dictadura política en que nos encontramos. Empeñé mi palabra de honor respondiendo por usted. Haga usted lo que crea más conveniente, porque ni usted tiene compromiso contraído conmigo ni yo considero tenerlo con el ministro de la Gobernación.

Al salir de casa de Cañellas fui a comer al restaurante Versailles y, calculando bien el tiempo, tomé un taxi que me llevó a Vendrell.

Cuando oí el pitido del tren que venía en dirección de Barcelona, me acerqué a la estación, con el tiempo justo de comprar el billete y subir al tren. Bajé de él en el apeadero del Paseo de Gracia. Tenía que pasar la noche y decidí hacerlo en una fonda de las más inocuas de la ciudad, La Ibérica del Padre, donde hacía diez años que había trabajado, en la que vivían en pensión muchos de los curas, de escasos recursos, de la catedral, la iglesia del Pino y la iglesia de Santa María del Mar.

La visita a Vidal fue cortísima. Vidal era inteligente y eficiente, y el único que quedaba de un grupo de compañeros de acción al que mandó asesinar un desdichado llamado Gil, en funciones de secretario del Comité regional de Cataluña, que había pasado al servicio de Arlegui como confidente y agente provocador. Gil citó al grupo una noche en un café que tenía mesitas en los soporales de la plaza Real, y llevó allí a un grupo de acción que le había enviado la Regional de Aragón para ayudar a la Organización de Barcelona; les mostró a los tres compañeros que tomaban café y les dijo: «Son pistoleros peligrosos del Libre. Acabad con ellos». Llegaron los aragoneses a la mesa de los tres y

dispararon a bocajarro sus pistolas. Dos se desplomaron en el acto y el tercero, antes de caer, gritó: «¡Viva la anarquía!».

Los aragoneses se quedaron horrorizados. Huyeron y lograron llegar adonde les dijo Gil que les esperaba para darles nuevas instrucciones. Sonrientes, se presentaron a él, lo cachearon, le encontraron el permiso de porte de armas firmado por el propio Arlegui. En la Iglesia católica no se habla de la papisa Juana; en la CNT tampoco se habla de **Gil**, secretario del Comité regional de Cataluña. Muerto, vivo o emparedado, nunca más se supo de él. A Vidal, a quien llevaron al Hospital Clínico, le salvaron la vida.

En Esparraguera y en otras partes de Cataluña, en virtud del acuerdo de la Regional catalana de la CNT de luchar conjuntamente con el Comité de Estat Cátala que presidía Maciá en París, existían relaciones estrechas entre sindicalistas y separatistas catalanes. Vidal mantenía las relaciones en Esparraguera y conocía los lugares de ida y venida a Francia. Me informó con toda precisión de ello.

Llegué a Puigcerdá el día antes de Navidad. Desde la estación seguí la carretera que, dando un rodeo, penetraba en el pueblo por una calle no muy ancha que desembocaba en una plazoleta; en un rincón se encontraba una casa de comida. Todo el trayecto lo pasé pegado a un cura que también iba al pueblo.

Penetré y en catalán purificado con expresiones en circulación entre los catalanistas le dije el santo y seña a la mujer que atendía el negocio: «*Bon dia ens dongui Sant Jaume*» [Buenos días nos dé San Jaime], «*Sigueu benvingut i que Deu ens dongui la pau*» [Sea bienvenido y que Dios nos dé la paz]. Era la contestación convenida.

La mujer me llevó a una pequeña habitación, pidiéndome que no saliese a la calle. Al día siguiente, aun siendo Navidad, me recogería a las siete de la mañana una tartana que me dejaría más allá de los carabineros en la frontera, cerca de Bourg Madame, donde debería tomar el tren que me dejaría en Perpiñán. Al subir a la tartana tenía que entregar al conductor veinte pesetas, diez para él y diez para el carabinero del puesto de paso.

Cené y dormí.

Me desperté a las seis de la mañana. La mujer me subió un desayuno de lomo de cerdo con judías y un vaso de vino tinto. Importe de mi hospedaje: diez pesetas. La honradez personificada.

Llegó la tartana. El conductor y dos mujeres. Le di las veinte pesetas convenidas. Cuando nos topamos con el carabinero, éste echó una rápida mirada al interior y comadreo un poco con el tartanero.

Vidal me había dado una dirección en Perpiñán. Se trataba de un catalán francés ardiente separatista llamado Batlle. Me recomendó una pensión, donde comí y dormí dos días. Tenía prisa por llegar a París. Ya allí, me dirigí a la librería Internacional, creada con dinero del grupo «Los Solidarios». Me atendió Bertha, la compañera de Severin Ferandel, del grupo de Sebastien Faure y administrador de la librería.

Ferandel me orientó. Del grupo «Los Solidarios» quedaban únicamente en París Alfonso Miguel, que trabajaba de ebanista, y Aurelio Fernández, que trabajaba de ajustador mecánico. García Vivancos había regresado a España hacía algún tiempo y en Barcelona se había colocado de taxista. Ascaso y Durruti, con Jover —que no era del grupo— andaban todavía por América. Ricardo Sanz, no conocido por la policía, vivía en Barcelona, donde murieron Soberbiela y Campos en encuentros con la policía. Nada se sabía de Torres Escartín; se le suponía encadenado en algún presidio español.

Al rato de estar hablando con Ferandel entró en la librería Liberto Callejas, que trabajaba de carpintero y a ratos llevaba la dirección del periódico

Iberión, que después pasó a ser *Liberión*. Con Callejas fui al hotelucho donde tenía alquilada una habitación. No tenía habitación vacía. La dueña nos indicó la posibilidad de encontrar *chambre* en otro hotelucho en el bulevar Ménilmontant. Era cerca: Callejas vivía en el antiguo pasaje de Bouchard, que estaba igual que cuando la revolución francesa del '93, según lo cuenta Michelet; al menos eso explicaba Callejas, lector de todo y romántico impenitente.

París es ciudad grande. Me llevó unos días entrar en contacto con los compañeros españoles huidos de las persecuciones policíacas. A causa del idioma, que yo dominaba muy poco, hube de desechar la posibilidad de trabajar de camarero. Opté por probar de barnizador de muebles, industria entonces en pleno florecimiento. Para prepararme, pasé quince días en un pequeño taller de barnizado de un anarquista valenciano que llevaba muchos años en París, llamado Pascal, adaptación de su verdadero apellido, Pascual. Quince días de aprendizaje intensivo, con la ayuda entusiasta de un sindicalista barcelonés que conocí en la Modelo, llamado Herrero.

Me incorporé al equipo de trabajo del compañero Vicente Pérez «Combinas». Era un buen barnizador al que no le gustaba trabajar mucho tiempo en una misma fábrica de muebles. Hoy aquí, mañana allá, con espíritu de bohemio, se colocaba y por el más mínimo motivo pedía la cuenta y se largaba. Así se dejaba explotar lo menos posible.

Se podía hacer lo que él decía porque eran tiempos de demanda de muebles y de escasez de mano de obra. No se podía andar por el *faubourg* Saint-Antoine con la *boite* en las manos sin que media docena de patronos o encargados de ebanisterías te rogaran ir a trabajar para ellos. Pagaban desde cuatro francos la hora hasta cinco francos y medio, con posibilidad de hacer horas extras con salario doble. Estas circunstancias nos permitían llevar una vida medio bohemia. Generalmente trabajábamos hasta el jueves y pedíamos la cuenta, no volviendo a trabajar hasta el lunes.

Los compañeros estaban muy divididos. Era un fenómeno achacable a la diversidad de sus puntos de origen: valencianos, andaluces, castellanos, aragoneses, gallegos y catalanes, mayormente. No se compartían las aspiraciones ideológicas a que habíamos llegado los anarquistas y sindicalistas catalanes con la fusión de los partidarios de *Bandera Roja* y *Bandera Negra*.¹ En París, unos eran fanáticamente anarquistas y otros, procedentes en su mayoría de Cataluña, entre sindicalistas y anarquistas, resumiendo anticipadamente lo que más tarde se conocería por anarcosindicalistas.

Con dos o tres grupos de escasos afiliados se había constituido una Federación de Grupos Anarquistas de París. Frente a ella, aunque dispersos y sin agrupar, estaban los medio anarquistas y medio sindicalistas accidentalmente radicados en Francia, estrechamente vinculados a los problemas de España, lo que no ocurría con los anarquistas puros, intoxicados por la influencia de-

1. [NDA]. *Bandera Roja*, sin ser expresión oficial de los sindicalistas revolucionarios, había representado la tendencia más influenciada por la revolución rusa —1917-1919— y *Bandera Negra*, sin ser expresión oficial de ninguna tendencia dentro de la CNT, había tratado de ejercer un control sobre los militantes de élite como Seguí, Pestaña, Simón Piera y otros. La propia CNT era casi inexistente, excepción hecha de algunos sindicatos en Barcelona (Madera, Construcción, Metalúrgicos, Alimentación y algunos más de menos importancia). Fue a partir del Congreso regional de Sans en el año 1919 cuando el sindicalismo confederal empezó a luchar en grande contra la patronal y a expandirse por toda Cataluña. Los de *Bandera Roja* eran propensos a ejercer el terrorismo de grupo y los de *Bandera Negra* lo condenaban, si bien se gloriaban de hechos individuales. Los de *Bandera Roja* eran partidarios de los sindicatos y los de *Bandera Negra* no.

Por entonces, ni los de la Roja ni los de la Negra influían considerablemente en la Organización confederal.

cadente del anarquismo francés, polvo de pequeños grupúsculos: unos naturistas, otros vegetarianos o pacifistas; más los moaístas partidarios de un movimiento obrero anarquista [MOA], los filántropos anarquistas de *Le Semeur*, los eclécticos de Sebastien Faure, los sindicalistas *sui generis* de Pierre Besnard y Gastón Leval.

En París, la división entre sindicalistas y anarquistas —al igual que en todas las ciudades de Francia donde había compañeros españoles—, retrotraía el planteamiento del problema a los tiempos de *Bandera Negra* y *Bandera Roja*, lo que suponía un lamentable paso atrás. Cambié impresiones con Alfonso Miguel, Aurelio Fernández, Vicente Pérez «Combina» y otros que frecuentaban la tertulia que formábamos, después del trabajo, en el café Combat, en la esquina del bulevar Ménilmontant y la rué Grange-aux-Belles. Les expuse la conveniencia de ir a la creación de una alianza revolucionaria de anarquistas y sindicalistas españoles, con la que, de lograrla, no solamente fraguaríamos un magnífico instrumento para la lucha contra la dictadura primorriverista, sino que, además, dotaríamos a los trabajadores españoles de una trabazón anarcosindicalista que nos habría de conducir a la instauración del comunismo libertario cuando se produjera la derrota de los militares.

A mi llegada a París, ignoraba muchas cosas, por ejemplo, las derivadas de la influencia de la revolución rusa, su impacto entre los sectores radicalizados de la socialdemocracia, que se deslizaban hacia los pequeños partidos comunistas de Europa, o —aunque parezca sorprendente— empezaban a ser los núcleos iniciales del fascismo europeo, por influencia del fascismo italiano, cuyo jefe, Mussolini, procedía del socialismo radical y bolchevizonte de Italia. Lo que era considerado como una confirmación por quienes sostenían que entre fascismo y bolchevismo no existía ninguna diferencia.

La influencia de la revolución rusa se manifestaba hasta entre los anarquistas. Era bien manifiesta en la manera de pensar de Archinov, anarquista ruso, y de Volín, llegado al anarquismo procedente del socialismo revolucionario. La revolución rusa, vivida de cerca, alteraba los contenidos ideológicos, tanto entre los anarquistas como entre los marxistas y los socialdemócratas.

De los anarquistas, el primer influido fue Kropotkin, quien, antes de morir, al escribir su testamento político consignó su desencanto sobre lo que, en realidad, era la revolución social pregonada por él mismo. Kropotkin, hombre de gran cultura que había residido en Inglaterra durante muchos años, ignoraba al parecer la obra de William Morris *Noticias de ninguna parte*, en la que dicho autor, al describir su utopía —magnífica por cierto— no deja de consignar que se llegó a ella después de superar una etapa de terribles convulsiones sociales. Socialistas revolucionarios, socialdemócratas y marxistas, al hacerse bolcheviques, como acróbatas de la revolución daban un prodigioso salto hacia atrás y aceptaban hechos y consignas que hubiesen suscrito los rabiosos jacobinos de la revolución francesa del 93. Sólo que en lugar de a Babeuf, en Petrogrado y en Ucrania se ajusticiaba a quienes afirmaban que la revolución que no realiza la igualdad económica no es revolución.

Archinov y su grupo trataron de dejar constancia de su paso por la revolución rusa, elaborando su Plataforma, que pretende en sustancia que los anarquistas, o dejan la pretensión de ser revolucionarios, o deben organizarse de manera que la dirección revolucionaria sea «ejercida desde un principio y proseguida hasta la total eliminación de todas las causas de injusticia social».

¿Quién dijo algo parecido, sólo que excesivamente reducido a una síntesis? Fue Salvador Seguí en la Conferencia nacional de Sindicatos de Zaragoza, en 1922, quien, al afirmar que el comunismo libertario debía entenderse como posibilismo, creó la agitación en las aguas estancadas de los ideólogos puros. Seguí no logró la definición correcta y se le escaparon las peculiaridades. En

España, a los reformistas burgueses de Melquíades Álvarez se les llamaba «los posibilistas». El error de Seguí fue éste: llamar «posibilismo» al largo camino de las etapas de la revolución social. Porque Seguí no fue concreto, la concepción comunista libertaria está pidiendo que los teóricos expliquen la marcha y contenido de cada una de las etapas, sus tiempos y su sistema de realización.

Aun siendo mayoría en París los compañeros que compartían la posición de la Alianza Revolucionaria de Sindicalistas y Anarquistas que se creó, resultamos derrotados en el Congreso anarquista celebrado aquel verano en Marsella, donde fueron mayoría los grupos anarquistas que se desentendían de los problemas tácticos de las luchas sociales. El espíritu francés triunfaba sobre el realismo de los —en potencia— anarcosindicalistas españoles.

Rafael Vidiella, que representaba en París a la Confederación regional del Trabajo de Cataluña en el seno del gobierno catalán creado en torno a Maciá, vino a verme de parte de éste para proponerme una entrevista, pues quería conocerme personalmente y discutir los problemas sociales de Cataluña. Vidiella me llevó a Bois-Colombes, cerca de París, donde vivía Maciá con su familia, en la rue des Bourguignons. Era una casa grande con espaciosos jardines. Fui presentado a Maciá, quien a su vez me presentó a Carner, Gassol, Bordas de la Cuesta, Marlés y otros catalanes, ministros unos y con cargos de importancia otros en el gobierno catalán. Antes de despedirnos, Maciá me pidió que lo visitara con frecuencia.

Regresé a París con Vidiella y saliendo de la gare Saint Lazare nos metimos en un café. Yo pedí café y él cerveza. Vidiella, sin cerveza, era hombre muerto. Se tomó rápidamente su *demi* y pidió otro. Y ya entonado, se explayó: la Regional catalana lo había designado su representante en el gobierno catalán de Maciá. Este, con Carner, había ido a Moscú en busca de financiamiento para un movimiento de insurrección armada de los separatistas catalanes. Si bien Maciá no fue nunca muy explícito sobre el resultado de su visita a Moscú, parecía que había logrado algo en el aspecto económico, pues en Bois-Colombes se veía circular más dinero que en la época anterior. Aunque a título personal, tenía entendido que Maciá aspiraba a tenerme de asesor en su estado mayor, lo que, si me era ofrecido, consideraba Vidiella muy conveniente que aceptase, pues en materia conspirativa ninguno de quienes rodeaban a Maciá poseía experiencia.

—Puesto que te ha invitado a visitarlo, sería bueno que lo hicieras cuanto antes.

Al café La Rotonde de Montparnasse acudía con frecuencia el abogado de la CNT en Barcelona, Juan Casanovas, entonces republicano federal. La dictadura primorriverista lo encarceló y a la salida de la cárcel decidió exilarse. Casanovas tenía contactos con otros políticos exilados españoles y estaba al corriente de lo que se hablaba y se hacía. Fui a La Rotonde con ánimo de que me dijera cuanto supiese sobre Maciá. Había algo en Maciá que me tenía perplejo: a dos pasos de París y del Segundo Buró se dedicaba a conspirar abiertamente con miras a provocar una rebelión armada que tenía por finalidad la independencia de Cataluña. Aunque se refiriese únicamente a la parte históricamente española de Cataluña, desentendiéndose de la parte catalana comprendida dentro de las fronteras del Estado francés, no dejaba de ser una franca incitación a la rebelión catalana hispanofrancesa. O Maciá —me decía— es pueril o tiene arreglado su problema con el gobierno francés.

No encontré a Casanovas en La Rotonde y me acerqué a su domicilio, en el bulevar Raspail. Respondiendo a mis preguntas, me dijo:

—Yo de ti, no me fiaría mucho de Maciá. Entre los exilados españoles, nadie lo hace. Claro que su concepción separatista contribuye a que lo tengan

aislado los políticos españoles, y yo mismo, en tanto que republicano entre autonomista y federal, no me siento solidario de lo que hace ni de lo que piensa hacer. Menos, mucho menos, después de su viaje a Moscú y de lo que se murmura sobre dicho viaje. Considero peligroso para tu seguridad los contactos que puedas tener con él, pues sus actividades no pasan desapercibidas para la policía francesa.

—¿Opinas que Maciá es sincero en sus objetivos separatistas?

—Creo que es fanáticamente sincero. Pero no olvides que se trata de un político, y ser constante no es de buen político. A radicalismo verbal nadie le ganaba a Lerroux.

Visité varias veces a Maciá. El aislamiento en que lo tenían los demás políticos acrecentó mi simpatía por él. Después de todo, al hacerse político había empezado por dejar y no por tomar. Maciá, que era coronel de Ingenieros, perdió su carrera en el ejército español al pasar a ser político separatista, lo que para mí no dejaba de ser un antecedente a su favor. En lo personal, era de trato afable y de una simpleza política rayana en el candor. ¿Cazurrería? Porque se da frecuentemente entre los catalanes el tipo que llamamos *murri*, que oscila entre el aldeanismo y la política.

No acepté el puesto de ministro de la Guerra que me ofreció insistentemente. El interpretaba mi negativa como prueba de que no creía en el éxito de la empresa que llevaba entre manos. Así era, y se lo dije:

—Opina que no es posible lograr la independencia de Cataluña, ¿verdad?

—Le diré. Opino que todo es posible, hasta la independencia de Cataluña. Pero, en este momento, ¿quién aspira en Cataluña a la independencia?

—Aspiren o no actualmente quienes viven en Cataluña, la patria allá está, sometida al despotismo de los castellanos. Es una realidad geográfica, idiomática, histórica.

—Seamos claros, Maciá. Existe la realidad idiomática. En cuanto a la histórica, ¿cuántos son los que saben a qué atenerse? ¿Y cuál es la Cataluña geográfica? Cataluña es imprecisa, alcanzando a veces hasta Valencia o hasta las Baleares. Las fronteras que separan Cataluña de España no son fronteras de sangre, vertida por sus defensores y sus agresores. El separatismo catalán es una manifestación burocrática de algunos pocos, a quienes los mismos catalanes llaman «*els de la seba*».

—Es relativo lo que me dice. Cataluña tuvo sus luchas de sangre contra España.

—Pero el peor defecto de las aspiraciones a la independencia de Cataluña es que son de valor relativo. La pérdida de la independencia nacional la selló aquello del «tanto monta monta tanto Isabel como Fernando».

—La conciencia nacional de la Cataluña de hoy empieza a formarse en las postrimerías del siglo pasado, coincidiendo con la pérdida de las colonias españolas y la decadencia de España. Como todo lo concerniente a lo español, son objeto de revisión los falsos valores de la nacionalidad española, revisión que impulsa los nuevos conceptos de Cataluña y Euskadi.

—Es buena definición, no del renacimiento de unas pausas, sino del nacimiento de unas causas. El lauburu vasco tiene cinco cabezas, de las que solamente existen cuatro dentro de España, una de las cuales, Navarra, se siente tan separada espiritualmente del conjunto como lo está el País valenciano del resto de lo que podríamos llamar Cataluña histórica. Tanto Cataluña como Euskadi presentan idénticas imprecisiones en sus límites dentro de España y dentro de Francia.

—¿Y cree que eso afecta a nuestros planes?

—Sí, mucho. La conciencia nacional carece de profundidad y de extensión. Yo, por ejemplo, me siento catalán, pero me sería difícil proyectar un sindi-

calismo revolucionario enfrentado a toda España. Y eso que tanto el sindicalismo como el anarquismo, realizada la independencia de Cataluña, pasarían a ser exponentes de una manera de pensar típicamente catalana.

—¿Qué inconvenientes prácticos ve en nuestros proyectos de ir a una lucha armada por la independencia de Cataluña?

—Le ruego que tenga en cuenta lo que podríamos llamar vicios de origen entre usted y yo. Como militar profesional, es lógico que a toda acción de liberación de Cataluña le dé el enfoque de una operación militar, en la que se triunfa o se fracasa en el campo de batalla. Como sus ejércitos son prácticamente inexistentes, debo considerar como posible el fracaso. Por lo que a mí respecta, tengo una formación antimilitarista, que me lleva a considerar mejores los métodos de combate de los separatistas irlandeses, que, con una disciplina muy rígida, libran su batalla dentro de su país y sin jugarse la partida a una sola carta, como en el caso de una empresa militar que parta de los Pirineos. Los irlandeses pegan y se retiran, una, diez, cien veces, hasta lograr su objetivo final. Pero en esa lucha de cada día forman la conciencia nacional, tienden entre ellos y los ingleses unas fronteras de sangre.

—Quiero meditar sus argumentos. Acaso tendré que llevarlos a la reunión del gobierno catalán. Me gustaría reanudar esta conversación dentro de tres días.

¿Qué ocurría con Maciá? ¿Se había convencido de que no podía ganar la independencia de Cataluña atravesando la frontera pirenaica con unas fuerzas reducidas aunque con alguna formación paramilitar? Me había enterado de que Maciá instruía militarmente a unos grupos de jóvenes catalanes que vivían en París y en sus alrededores. Iban a los bosques próximos a Colombes y practicaban ejercicios de marcha, escalamiento de obstáculos, excavación de trincheras, manejo de pistola, fusil y hasta ametralladora. Todo hecho, aunque en la espesura del bosque, en las narices de la gendarmería, de la policía de vigilancia de extranjeros y de los agentes del Segundo Buró francés. ¿Se trataba de inconsciencia?

El trato afable y llano de aquel viejo catalán me llevaba de cabeza. Sentía crecer en mí una gran simpatía. Su soledad y su entereza me habían conquistado. No dejaba de ser impresionante que quienes lo rodeaban, gente culta y bien preparada, estuvieran dispuestos a seguirlo hasta la muerte, con tal que fuese por la independencia de Cataluña. En nuestros medios, conocía a muchos compañeros que estaban dispuestos a morir por el ideal. Pero se trataba de gente como yo, de infancia penosa, de juventud dura, de conciencia sublevada por las humillaciones del batallar diario y sangriento contra policías y pistoleros, confidentes y jueces. Ninguna de las motivaciones que podían ser el impulso determinante en un sindicalista o anarquista se daba en quienes rodeaban a Maciá. Todos eran universitarios, y no faltaba entre ellos quien, como Ventura Gassol, hubiese colgado los hábitos en el pasillo de un seminario.

Detrás de la conducta de aquella gente se ocultaba algo que no se ajustaba a las apariencias. Por su formación profesional, había que suponerle a Maciá una preparación superior. Además, sus planes los debió exponer en su visita a la Unión Soviética. Y si ésta los aceptó, ¿qué ocultaba la aceptación del gobierno ruso, de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja?

Acudí a la siguiente entrevista. En el jardín, un numeroso grupo de jóvenes salían de un garaje, con paquetes de periódicos y revistas. Vino a mi encuentro Ventura Gassol, poeta, coterráneo mío, natural de Valls, muy sonriente y amable.

—Maciá le espera.

Maciá me presentó a su señora y su hija.

—Por lo que me dijo el otro día, he de inferir que mis planes debieran ser cambiados. No emprender la lucha en el plano militar, sino en un plano militarizado, de pequeños grupos que actúen en el interior y se escondan después de cada golpe. Pues bien, he aquí mis objeciones. No tendré capacidad para organizar esa clase de lucha. La podríamos llevar a cabo siempre que acepte usted ser mi ministro de la Guerra. ¿Acepta?

—Por el momento no contesto a esa pregunta. Expóngame las otras objeciones.

—No tengo dinero para llevar a cabo el plan, y lo poco de que dispongo me lo facilitaron para llevar a cabo el plan frontal.

—Mejor explíquemelo todo con método, empezando por el viaje a Moscú, sus antecedentes y resultados.

—Los separatistas y nacionalistas no tenemos la misma formación moral que los participantes en otros movimientos políticos y sociales. Estos, en general, se manifiestan como reformadores de las instituciones existentes. Nosotros, en cambio, no pretendemos reformar lo que existe sino crear lo que no existe. Una vez empeñados en lograr la independencia de Cataluña, hubo que vencer el primer escollo, que no era otro que la falta de medios económicos. Con las colectas que se nacían en Cataluña nunca habríamos podido empezar la lucha, a nuestra manera, no a la que usted me expuso.

Fuimos a América y lo que recolectamos no era de despreciar. Pero pronto se agotaron los recursos provenientes de América. O cerrábamos la tienda y quedábamos mal con los catalanes de América, o seguíamos adelante. Para ello, lo primero era procurarse los medios económicos. Me dirigí a los irlandeses en demanda de ayuda. No me dijeron que no, sino que debía esperar a que estudiasen el problema. Lo que hicieron fue pedir el parecer de Cambó, el cual, como es de suponer, les dijo que no tuviesen ninguna relación con nosotros. En espera de conocer las decisiones de los irlandeses, pasó el tiempo y crecieron nuestras necesidades y nuestras deudas...

Maciá me miró con una expresión especial, como si estuviese llorando por dentro.

—Se trataba ya de cerrarlo todo. O de vender el alma al diablo. Fue cuando decidí ir a Moscú. Yo no soy comunista, ni siquiera simpatizante del comunismo. Soy un burgués liberal, tan ferviente nacionalista catalán que, llegado el momento de decidir, no vacilé en vender el alma al diablo. ¿Qué podía hacer?

—Aprovechando el dinero de América, hubieran podido iniciar la etapa de sangre, a la manera irlandesa. Creo que, bien llevadas las cosas, hasta la venta del alma al diablo se hubiese ahorrado. Después de todo, operando como gobierno de Cataluña, si sus muchachos hubiesen saqueado algún Banco habría bastado con enviar el correspondiente recibo para cobrar después de la independencia. Mientras que ahora, ¿qué puede esperar de los soviéticos? Están muy lejos de los Pirineos, y usted en cambio está en Francia. ¿Tiene arreglos con el gobierno francés?

—No, ningún arreglo. ¿Qué puedo hacer?

—Cancelar la hipoteca rusa. No creo que sea cosa difícil. Los rusos no son tan indocumentados como para esperar una fulminante independencia de Cataluña. En cambio, considero que podría negociar con Francia. O tienen a Francia de su lado o tienen que darlo todo por perdido. Todo, menos la publicidad que se haría en torno a la causa de la independencia de Cataluña.

—Tendría que ser un poco más preciso...

—Negociar la independencia de Cataluña al sur de los Pirineos. Dar las máximas seguridades posibles de que Cataluña libre sería como una Bélgica del sur.

—Ello supondría dar cuenta a Briand de lo que llevamos entre manos.

—Francia es, desde la gran revolución, el Estado policíaco por excelencia. Es de suponer que no ignoran nada de lo que se está haciendo.

—No dudo de que tenga razón. Pero no me es posible dar un paso atrás. Los compromisos con Moscú me lo impiden. Ni aun queriendo cancelarlos, podría hacerlo. La ayuda económica que me concedieron ya fue invertida en parte. Pero vayamos a cosas concretas: ¿Acepta ser consejero de Guerra de nuestro gobierno y llevar adelante su concepto de lucha a la irlandesa?

—No, no acepto.

—Si llegase el momento de cruzar los Pirineos, ¿vendría con nosotros?

—Francamente, sí. Si para entonces estuviese todavía en Francia. Yo también tengo mis proyectos.

Tenía proyectos y, además, me era forzoso trabajar. La ocupación de barnizador era entonces de las mejor retribuidas. Había pasado ya por varias de las grandes fábricas de muebles: Smith, Smith et Merle, Maple, Lazarovich y otras muchas. Los viernes, sábados y domingos los dedicaba a la vida bohemia, yéndome a visitar museos y monumentos por las mañanas, para recalar por las tardes en el café La Rotonde de Montparnasse, que frecuentaban algunos políticos catalanes y españoles y era lugar de cita de pintores y de sus encantadoras modelos, que aceptaban buenamente una invitación a cenar, aunque fuese en un restaurante de la cadena «Chez Pierre». Por las noches, nos dejábamos ver por Montmartre, a oír música en el café Aux Noctambules. Y platicar, invariablemente los mismos: Julio Aguilar, Alfonso Miguel y yo.

Los días de trabajo nos reuníamos algunos compañeros en el café Combat, de la place Combat: José Luis, Aurelio Arroyo, Alfonso Miguel, Carichi, Sandoval, Aurelio Fernández, Julio Aguilar y yo; a veces, algunos más. Los dueños de los cafés de París estaban molestos con las peñas de refugiados españoles. Consideraban que éramos muy habladores, que alzábamos mucho la voz y que con un café nos pasábamos horas sentados. En aquellos tiempos existían un centenar de peñas de éstas.

En la place Combat procurábamos hablar en voz baja, y al camarero le dábamos buenas propinas. Habíamos logrado que se nos tolerase. Un atardecer apareció un personaje de aspecto raro. Era alto, llevaba una gorra negra, lentes de miope, bata larga de gris oscuro. Se acercó a la mesa y dio un toquecito en la espalda a José Luis, compañero vasco simpático e inteligente, que llevaba ya tiempo en Francia.

José Luis se levantó y fue tras el personaje, a quien conocía al parecer. Se quedaron hablando en la puerta del café que daba al bulevar Ménilmontant. Regresó José Luis algo preocupado, quedando, al parecer, en espera el personaje de la larga bata. Aurelio Fernández se encontraba junto a mí. José Luis nos dijo:

—Es un anarquista ucraniano. Buen compañero, culto y prudente. Algo le debe ocurrir, pues ha venido a pedirme prestada una pistola. Se llama Schwarz. ¿Qué hago, se la presto?

—¿No te dijo para qué la quería? —le pregunté.

—No, no me lo dijo.

—¿No pensarás suicidarse? —comentó Aurelio Fernández.

—¡Quién sabe! Esos judíos... ¿Se la presto? No creo que esté desesperado, pues se gana bien la vida componiendo relojes.

—Si lo haces, dala por perdida —le dije—. ¿Es que te sobran las pistolas?

—No me sobran. Tengo una belga y una Parabellum que compré en el Marché aux Puces.

—Bueno, préstasela —le dijimos.

No nos acordamos más del compañero judío. Pero, transcurridos unos

quince días, supimos de él. Mató a tiros al general ucraniano Petliura, verdugo de Ucrania durante los primeros tiempos de la revolución rusa y que se había distinguido organizando progroms contra los judíos.

La acción de Schwarz fue la sensación de aquellos tiempos. Mató a Petliura y no se dio a la fuga. Fue detenido y se explicó: Petliura había mandado asesinar a centenares de judíos, entre ellos a toda su familia. El había escapado a la matanza por encontrarse luchando con los guerrilleros de Majno. Cuando el curso de la revolución rusa le disgustó, se refugió en Francia. Supo de la llegada a París de Petliura y decidió ejecutarlo, después de haberlo juzgado en su fuero interno y haberlo encontrado culpable de crímenes monstruosos de lesa humanidad. Pudo haberlo matado desde el primer día de verlo salir del hotel, pero iba acompañado por su hija. ¿Podía Schwarz ejecutarlo en presencia de la hija? Se dijo que no. Y lo siguió varios días, hasta que, por fin, Petliura salió del hotel solo. Se le acercó y a bocajarro lo mató.

En París funcionaba un Comité Internacional Anarquista. A decir verdad, la internacionalidad del Comité no era mundialista, puesto que solamente contaba con la participación de algunas naciones, entre ellas Italia, representada por Schavina, y España, por Pedro Orobón Fernández. En España no existía todavía organización nacional anarquista. Los esfuerzos del grupo «Los Solidarios» por darle una organización nacional no tuvieron éxito, salvo el haber logrado celebrar en 1923, en Madrid, un Congreso nacional anarquista, de escasa concurrencia, y del que salió la creación de un Comité nacional de relaciones con sede en Barcelona, del que quedaron encargados Aurelio Fernández y Durruti. Venía siendo una dependencia del grupo «Los Solidarios». Todo se hundió con la represión anterior y durante la dictadura primorriverista. Hasta dejó de existir el grupo «Los Solidarios».¹

La representación española en el Comité Internacional Anarquista sólo tenía el respaldo de los grupos anarquistas españoles diseminados en Francia. Con todo, la delegación española y la italiana eran las que representaban núcleos más numerosos. La italiana también representaba grupos anarquistas organizados en Francia, integrados por huidos de las persecuciones fascistas.

Pedro Orobón Fernández era un buen compañero. Vallisoletano, no se había distinguido en las luchas sindicalistas. En Francia, se dedicó a trabajar mucho, pues tenía que sostener, a más de su familia, a su hermano menor, Valeriano Orobón Fernández, que estudiaba. El escaso tiempo que le quedaba a Pedro lo dedicaba a leer: era bastante culto, aunque autodidacta. Y si le quedaba algo más, asistía a las reuniones de su grupo y a las del Comité Internacional.

Conocía yo a Pedro superficialmente, de cuando intentamos crear la Alianza Revolucionaria de Sindicalistas y Anarquistas, de la que él fue oponente encarnizado, por su prurito de aparecer como anarquista cien por cien. Vino a verme al café Combat. Me rogó que le acompañase a la calle, pues deseaba hablar conmigo en privado. En la calle, me presentó a Schavina. Tenía el pelo rubio, algo rizado y los rasgos faciales como tallados con hacha. En un taxi nos fuimos los tres al café Henri IV de la place Italie. Nos sentamos en la terraza.

—Anoche se reunió el Comité Internacional Anarquista —dijo Pedro—. La delegación italiana, por boca del compañero Schavina, trajo un mensaje escrito del compañero Malatesta, llamándonos la atención sobre la gravedad que supone para el porvenir la pervivencia del fascismo italiano, el peligro de que,

1. [NDE], Sobre «Los Solidarios» y «Nosotros», véanse las páginas 92-98, 125-128, 133-136, 161-164, 188-189, 190-191 y 629-633.

como ha ocurrido en España, se manifieste por contagio en otras naciones. Concluía el mensaje diciendo que corresponde al anarquismo, líder de la libertad humana, cortar la cabeza del fascismo italiano, empezando por eliminar a Mussolini.

En la imposibilidad de realizar tal empresa los anarquistas italianos, sometían el problema al anarquismo internacional, en espera de que algún grupo anarquista se hiciese cargo de ella. Los delegados internacionales debatimos ampliamente el mensaje de Malatesta, terminando por aceptarlo. Lo que equivalía a que todos aceptáramos la necesidad ineludible de ejecutar a Mussolini. Pero, ¿quién se encargaría del compromiso? Los italianos dijeron que ellos solamente podrían aportar facilidades a quienes se encargasen de hacerlo, como documentaciones para el paso de la frontera, transportes seguros para llegar a Roma, casas de refugio en Roma y otras partes de Italia; pero que, en aquellos momentos, carecían del grupo o del hombre que pudiera hacerlo. Y como ninguna de las representaciones internacionales se ofreció, me vi en el caso de tener que suscribir el compromiso por parte de España, pero a reserva de que yo consultase con el único grupo que podía realizar tal empresa. Sabía por Severin Ferandel que habían llegado de América Ascaso, Durruti y Jover, y que, junto con Aurelio Fernández, Alfonso Miguel y tú, formáis el grupos «Los Solidarios». Y aquí me tienes. Te lo planteo a ti y espero que lo lleves a tu grupo.

—Es asunto muy delicado. Debo aclararte que, si bien en París nos encontramos la mayoría de los que lo integrábamos, «Los Solidarios» dejó de existir cuando sus miembros fuimos dispersados. Sin embargo, puedo promover una reunión de sus antiguos miembros con residencia en París y tratar el asunto.

—Ignoraba que «Los Solidarios» hubiesen dejado de existir. Claro que me llamó la atención que nunca apareciese en la Federación local de Grupos la petición de alta de «Los Solidarios». Supuse que era para pasar desapercibidos.

—Querría hacer algunas preguntas al compañero Schavina. Debes comprender que cuando alguien desea suicidarse no necesita de la colaboración de nadie. Nosotros entendemos que la acción no debe ser un acto suicida, sino un acto inteligente y concienzudo. Por ello le concedemos una gran importancia a los preparativos que faciliten la fuga de los que participan en las acciones. ¿Tendrían los compañeros que lo hiciesen la salida asegurada? Por otra parte, la empresa sería costosa. Digamos que se necesitarían no menos de cincuenta mil francos. Si «Los Solidarios» aportasen la mitad, ¿podrías los italianos aportar los otros veinticinco mil francos, o más?

Observé bien a Schavina. Daba la sensación de valor. Meditó y me dijo:

—Me gusta cómo planteas el asunto. Espero que la resolución de «Los Solidarios» sea afirmativa. Por mi parte, tengo que consultar a mis representados sobre el aspecto económico de la empresa. Lo mejor sería que nos encontrásemos tú y yo aquí mismo, dentro de cuatro días.

—¿El sábado que viene, a las cuatro de la tarde?

—Convenido.

En efecto, Ascaso, Durruti y Jover habían regresado de América. Con ellos, desde la Argentina, había llegado un compañero que decía haberse formado en Barcelona, de donde huyó por el año 1919. Se llamaba Joaquín Cortés y daba la impresión de conocer nuestra ideología. Sabiendo que huyó de Barcelona cuando las cosas se pusieron duras en 1919, se podía suponer que se trataba potencialmente de un reformista.

Por mi parte, no había visto con buenos ojos que aquellos compañeros se marchasen a América. Suponía una fuga de las responsabilidades en España. Y con menos buenos ojos veía su comportamiento en algunas de aquellas re-

públicas. Sabíamos que García Vivancos los había dejado, disconforme con su proceder; y que a Toto¹ lo habían dejado preso en Cuba. «Desde el punto de vista moral —les dije— fue una empresa descabellada».

Después, se habían marchado a Bruselas, donde Francisco Ascaso tenía a su hermano Domingo; y al regreso, encontrándonos Durruti, Francisco Ascaso, Aurelio Fernández, Alfonso Miguel y yo en una mesa del café Le Thermomètre de la plaza de la República, visiblemente embarazado, Ascaso nos dijo:

—En Bruselas, Durruti y yo hemos tenido ocasión de estudiar algunos negocios que se nos han presentado. Nos gustó especialmente la oferta de traspaso de una gasolinera. Creo que la aceptaremos y nos marcharemos a vivir a Bruselas.

Sentí que la sangre me hervía. Desde pequeño había sentido asco por dos dichos populares: «Siempre ha sido así, así es y así será» y «el muerto al hoyo y el vivo al bollo».

—La verdad, para terminar en burgueses, se me antojan ridículas vuestras andanzas por América.

Me levanté y salí a la calle. Me fui andando hasta mi hotelucho del bulevar Ménilmontant.

El encargo que recibí de parte del Comité Internacional Anarquista podía alterar las cosas y hacer que se desvanecieran las tentaciones de aburguesamiento de tan excelentes compañeros. Casi tres años de no haber pisado España y de haberlos pasado en los medios anarquistas franceses y en naciones hispanoamericanas pudieron haber ejercido una maléfica influencia y hacerles pensar con gusto en la muelle vida de los burgueses, y hasta, ¿por qué no?, de los algo millonarios, como los beatíficos anarquistas franceses de *Le Semeur*, que, ya viejos, se reunían periódicamente para decidir sus donativos a los rebeldes de la sociedad.

Al día siguiente me hablaron de ello Alfonso Miguel y Aurelio Fernández:

—Hiciste muy bien, tanto en lo que les dijiste como en plantarlos.

Aurelio Fernández, muy diplomático siempre, me dijo:

—Tu rapapolvo puede hacerles vacilar en sus propósitos y hasta, creo yo, hacerlos desistir. Esta es la impresión que tengo, pues anduve con ellos hasta muy avanzada la noche y al día siguiente los acompañé a comer. Quedamos en que si era necesaria su presencia en París les pondría un telegrama a Bruselas.

Al separarme de Pedro Orobón y de Schavina me dirigí de nuevo al café Combat, donde esperaba encontrar a Aurelio Fernández. Pensé que no debía inmiscuir en el asunto a Alfonso Miguel, pues sabía que siempre había sido terco en sus apreciaciones y que no se avendría a actuar al lado de Durruti y de Ascaso. Si Aurelio no encontraba aceptable participar en asunto de tal envergadura, debería reconsiderar si procedía llevar el asunto adelante, pues que de los antiguos miembros de «Los Solidarios» dos estarían en contra y solamente quedarían por decidir los votos de los que estaban en Bruselas. Sería, en el mejor de los casos, un empate, que solamente podría deshacer con mi voto. Y mi voto no podría de ninguna forma ser decisivo. Solamente con gran mayoría o con la totalidad de los votos a favor me decidiría por la aceptación.

Aurelio Fernández se pronunció por la aceptación, siempre que el factor económico fuese solucionado según mi propuesta y el asunto fuese también aceptado por Ascaso, Durruti y Jover, quienes, a fin de cuentas, eran los que disponían de medios económicos para afrontar nuestro compromiso.

1. [NDA]. Buen castellano, excelente, fue de los que llegaron a Barcelona tras Durruti, todos de León. Nadie se preocupó de él cuando cayó preso en La Habana. Parece ser que salió en libertad mucho tiempo después. Pero nunca buscó contacto con sus antiguos amigos y compañeros de «Los Solidarios».

Aurelio puso un telegrama a Bruselas y rápidamente se presentaron en París Ascaso y Durruti. Celebremos una reunión en la parte alta de un café próximo a la plaza de la República. Asistía también Gregorio Jover, que sin pertenecer a «Los Solidarios» era conceptualizado como un agregado de valía.

Estuvieron todos de acuerdo. Pesó mucho el nombre de Malatesta y también la parte de su mensaje a los anarquistas del mundo que preveía los peligros que correría la libertad humana si la influencia fascista de Mussolini se propagaba por el mundo. Hube de aclarar mi definición sobre la inutilidad de los actos terroristas: En todo proceso revolucionario planteado en una determinada nación, los actos llamados terroristas entorpecen la marcha de la revolución. Sin embargo, dado que en aquellos momentos la situación de Europa era tan calamitosa, y no podía oponer una argumentación válida a la de Malatesta, me creía en el caso de sumarme a la voluntad de la mayoría de nuestro grupo. El acuerdo recaído fue contestar a Schavina que aceptábamos el compromiso; pero que los italianos deberían contribuir con no menos de quince mil francos, comprometiéndose «Los Solidarios» a aportar el resto. En realidad, los que se comprometían a aportar los fondos eran Jover, Ascaso y Durruti, que los habían traído de América. Aurelio y yo vivíamos estrechamente del sueldo diario y solamente en lo personal aportaríamos nuestra colaboración.

El día convenido me reuní con Schavina. Procuré llegar un poco antes de la hora convenida. En su cara no leí ningún entusiasmo. Más que sentarse, se dejó caer en la silla.

—¿Puedes decirme qué han acordado «Los Solidarios»?

—Acordamos aceptar. Vuestra participación fue rebajada a un mínimo de quince mil francos.

—Pues yo no tengo tan buenas noticias. La cuota de veinticinco mil francos que sugeriste nos pareció prudente, y yo pensaba que podríamos disponer inmediatamente del dinero necesario. Pero no disponíamos de él. Me han asegurado que, a lo más tardar dentro de diez días, podremos aportarlo. Con la variación que habéis acordado, espero que sea más fácil resolver nuestra participación.

Comprendí que por el lado de los italianos la cosa no marchaba:

—Schavina, nuestro grupo no quiere plantearos ninguna clase de problemas. Nuestra aceptación la tienes, así como el alcance de nuestra colaboración. Están surgiendo inconvenientes por parte vuestra. Ello debería bastar para que nosotros nos desdijésemos del compromiso inicial. No obstante, esperaremos los diez días que necesitaréis, pasados los cuales marchamos todos adelante o nos retiraremos nosotros.

Aurelio convocó la reunión del grupo. A todos les pareció muy bien que se hubiese señalado una fecha tope. Ascaso, Durruti y Jover estaban gastando su dinero y, de no hacerse nada, tendrían que tomar alguna decisión para normalizar sus vidas. Al cabo, Aurelio y yo, en nuestros trabajos teníamos en qué pasar el tiempo y de dónde sacar para ir viviendo.

Llegó la fecha convenida para la entrevista decisiva. Me dijo Schavina que todavía no podían dar una contestación definitiva. Y que, si algo se resolvía, me buscaría en el café Combat.

Y coincidió la expiración del plazo concedido a los compañeros italianos con la noticia de que los reyes de España estarían en París de paso para Inglaterra. En la reunión que tuvimos, Durruti se expresó de la siguiente manera:

—Hemos de considerarnos desligados de todo compromiso, de lo que me alegro, pues nos restituye la libertad para darnos un objetivo propio. Y quiero proponeros el objetivo: puesto que el rey estará en París de paso para Inglaterra, sugiero que analicemos las posibilidades de acabar con él.

Tenía yo motivos más que fundados para oponerme a la propuesta de Durruti. En primer lugar, se trataba de operar en Francia, nación que nos había acogido; siempre consideré un error crear problemas de orden público en ella. En segundo lugar, la accidentalidad de querer aprovechar el paso por París del rey, excluía prácticamente la preparación del acto así como de la fuga de quienes lo llevaran a cabo. El acto tendría únicamente la significación de lo que se ha llamado «propaganda por el hecho», en lo que lo único que importa es el escándalo que produce, para lo cual sobrábamos, de los cinco comprometidos, cuatro.

No me opuse a la propuesta de Durruti. Creo que mi silencio le contrarió más que si me hubiese opuesto. Opté por sumarme a la voluntad de la mayoría. Aurelio Fernández y yo dejamos que Ascaso y Durruti se encargaran de planear el atentado, de la adquisición de los medios de locomoción y los armamentos necesarios. Ellos poseían los medios económicos, nosotros tendríamos que trabajar hasta el último momento.

Dos días antes del señalado por los periódicos para la llegada del rey, tuvimos la última reunión del conjunto. Aurelio me contó que la noche anterior le habían llevado a su casa las armas adquiridas a precio muy alto: tres fusiles de repetición y cinco pistolas Colt del 45, con abundantes municiones. Me contó también que hacía unos tres días, por mediación de un chófer de taxi, que pertenecía al Comité de grupos españoles de París, habían adquirido un imponente automóvil descubierto Fiat de segunda mano, con el que habían pensado atacar el auto del rey en la plaza de la Concordia, por donde se suponía que tendría que pasar.

Así de sencillo: un auto, unos fusiles, unas pistolas y cinco hombres, con Durruti al volante. Parecía darse por descontado que no existiría barrera protectora para los reyes, ni gendarmes ni policías, ni cierre del tránsito por donde sería calculada la ruta. Se descontaba la eficiente preparación de la policía parisina, que seguramente ya llevaba unos días siguiendo los pasos de los refugiados y anarquistas españoles. Al oír lo que me contaba Aurelio, estuve tentado de no asistir a la reunión y de desentenderme del asunto. Me callé.

Ignoro por qué asistió a la reunión el chófer de taxi que les había servido en las combinaciones que tuvieron que hacer para adquirir y trasladar las armas a casa de Aurelio, en la compra del automóvil y en el adiestramiento para conducirlo. Eran procedimientos en contradicción con aquellos a que nos ajustábamos los hombres de acción en Cataluña, que no dábamos jamás entrada a nadie en la intimidad de un grupo. Debí oponerme a la presencia intrusa del compañero chófer. No lo hice. Tenía el presentimiento de que surgiría una discrepancia que pondría fin al proyecto.

No fue así. Durruti fue explicando su concepción del atentado. Ascaso oía y callaba, con su expresión, mezcla de ironía y escepticismo. Jover también oía, sin entusiasmo. Aurelio, impasible, como pensando que se las había visto en más duras. Decía Durruti: «En enfilando hacia el auto del fulano, los cuatro disparáis las armas en fuego cerrado. Yo conduciré el auto y Paco se sentará a mi lado, por si algo me ocurriera, poder tomar la dirección del volante. De salida, por el camino, os vais bajando del auto, cada cual por su lado, como si nada hubiera ocurrido; muerto el rey, concentrándonos todos en Barcelona, sería muy buena salida. ¿Qué opináis?»

Yo permanecí callado, en espera de que alguno hablase. En vista del silencio sepulcral de los otros tres compañeros, dije:

—Se me ocurre preguntar: ¿Habéis pensado en la manera de hacer desaparecer el automóvil? Concretamente, si el automóvil ha sido robado o contrabandado, es asunto concluido. Pero si ha sido comprado, el vendedor, al apa-

recer en la prensa sus características, se dará por enterado, dirá a la policía quién lo adquirió y con el cabo del hilo pronto darán con el ovillo.

Intervino el chófer:

—El automóvil ha sido adquirido legalmente. El dueño del negocio es conocido mío y persona de confianza. Supongo que habréis pensado en hacerlo desaparecer; por ejemplo, pegándole fuego.

Repliqué:

—Hacer desaparecer un automóvil no es cosa fácil, y menos pegándole fuego. Los motores tienen la numeración en el metal, cosa que no desaparece con el fuego.

Me di cuenta, por la cara que estaba poniendo el chófer, de que no había calculado que él sería el primer inculpado. Y me pregunté hasta dónde podrían conducirlo sus cavilaciones.

No había visto todavía el automóvil adquirido. Por lo que contaron, se trataba de un raro ejemplar Fiat, descubierto, largo e imponente. Todo lo contrario de lo que hubiese convenido, siquiera para hacerlo desaparecer entre los miles de automóviles que circulaban por Francia. Me iba explicando por qué el paso por América del trío Ascaso, Durruti y Jover había estado en las primeras páginas de todos los periódicos: no daban un golpe, por insignificante que fuese, sin que apareciesen sus nombres al día siguiente en las primeras planas de los diarios sensacionalistas.

Finalmente, quedamos en que nos encontraríamos dos días después en una esquina del quai Valmy, a las ocho de la mañana, para practicar una especie de simulacro de penetrar, cruzar y salir de la plaza de la Concordia.

Aurelio y yo nos dirigimos al metro de la plaza de la República. Yo iba pensativo. Aurelio me preguntó:

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. Estaba pensando en cómo serán las celdas de Fresnes.

—¿Tan mal lo ves?

—Lo veo como tú lo ves. Primero, la presencia del chófer en la reunión, que por lo visto está enterado de todo. Ni él ni los otros habían pensado en cómo hacer desaparecer el automóvil. Este detalle lo dice todo. Cada cual marchará por su camino, tú al taller de ajuste mecánico, yo a la fábrica de muebles; tú a tu domicilio de siempre y yo a mi chambre del bulevar Ménimoltant... Como si en París no existiese la policía. ¿Cuánto dinero tienes en tu poder? Yo tengo lo justo para la comida hasta el sábado, día de cobro, si no ha ocurrido nada.

—Pues yo, como tú, tengo también lo justo. María debe tener tres o cuatrocientos francos de ahorros de su trabajo. Por cierto, que esta noche le diré que se vaya unos días a Bruselas, con su hermana Libertad, la compañera de Domingo.

La tarde del día siguiente me encontré a Aurelio en el café Combat. Había acompañado a María a la estación.

—Si quieres —me dijo—, esta noche puedes dormir en casa, de manera que por la mañana ya te lleves tu colt.

—Y tú, ¿dónde vas a dormir?

—En el departamento de al lado, donde vive una italianita que me saca de apuros sexuales, ya que María está muy enferma.

Enferma o no María, lo cierto es que Aurelio andaba siempre zascandileando por donde hubiese faldas.

A las cinco de la mañana, me arreglé, afeitándome bien. Aurelio apareció, eufórico como siempre.

—Con la noche que he pasado, que me quiten lo bailado. También yo pre-

siento el desastre a que nos conducirá ese «chalo» de Durruti. Como ellos tienen el dinero, nosotros a callar.

Hasta *las* siete y media estuvimos en el café de la esquina, cerca del metro, que tomamos para ir hacia los muelles de Jemmapes y de Valmy. Vimos a Jover, que se encontraba ya en la esquina convenida. Pasamos junto a él. Nos colocamos al otro lado del sitio acordado, a más de doscientos metros, tras una barda de maderos que nos tapaba hasta la cabeza. Las ocho, y no habían llegado. A las ocho y cinco apareció un auto y después otro, de los que descendieron ocho individuos. Seguramente eran policías. A aquella hora, pocas personas transitaban por los muelles y nos fue posible deslizarnos sin llamar la atención. En la esquina siguiente, cruzamos la calle y desaparecimos. Quisimos convencernos de la chamusquina. Jover penetró en un bar y telefoneó al hotel donde se hospedaban Ascaso y Durruti, preguntando por sus nombres falsos. Le respondió el empleado:

—Espere un momento, voy a ver si están en la habitación.

Después dijo:

—De parte de los señores, que venga usted al hotel, que aquí lo esperan.

Nos despedimos de Jover, quien nos dijo que se iba a la casa de campo con su compañera, y quedamos en encontrarnos al día siguiente.

Aurelio y yo nos fuimos al bosque de Vincennes. En adelante, teníamos varios problemas, los inevitables de quienes viven al margen de la ley. Y algo más grave: la falta de dinero para ir y venir, alquilar una habitación en cualquier «hotel meublé», para lo que hay que nacerse acompañar de una pobre trotacalles.

Era indudable que estábamos ante una acción de soplonería. ¿De quién? Cuando se es imprudente, el menor descuido puede servir de delación. Nosotros —en fin, Ascaso y Durruti— nos habíamos conducido a la manera de Maciá, que salía al bosque a practicar ejercicios paramilitares con sus muchachos y al mismo tiempo se preocupaba por la idea de que el gobierno francés pudiese enterarse de lo que estaba haciendo.

A mediodía dejamos el parque de Vincennes y nos fuimos a comer a un restaurante barato de la plaza de Clichy. Ya habíamos empezado a comer cuando a nuestro lado se sentó un señor. En espera de su comida, sacó un periódico y se puso a leerlo. Me quedé aterrado al ver en lo alto de una página las cinco fotografías de los peligrosos anarquistas que pensaban matar a los reyes de España, y le dije a Aurelio:

—Terminemos y vayámonos.

Ya en la calle, compré el periódico. Fuimos a tomar café a la avenue Clichy. Como el que teme que se le escape un pajarito, fui abriendo el periódico. Sí, allí estábamos los cinco: Ascaso, Durruti, Jover, Aurelio y yo. ¿Por qué no estaba la fotografía del chófer?

Pagamos y nos fuimos. A partir de aquel momento, iríamos siempre juntos, pero separados uno del otro. Con urgencia teníamos que resolver la escasez de dinero. Según Aurelio, sería bueno ponernos en contacto con Severin Ferandel. Le telefoneó desde un gran café.

•—Dentro de dos horas estará con nosotros en el mismo café donde tenemos cita con Jover. Así que lo mejor es ir para allá.

Jover nunca llegaba tarde a una cita. Se presentaba a ellas con un cuarto de hora de anticipación, para descubrir cualquier persona o movimiento sospechoso. Todavía no había visto el periódico. Lo vio y dijo:

—Yo me voy. Lo mejor es escondernos.

Se levantó y se fue, dejándonos su café por pagar. Ni Aurelio ni yo sabíamos adonde iría a esconderse. ¿Lo sabría el chófer?

Llegó Ferandel. Hablamos solamente en francés.

—¿Puedes ayudarnos a salir de este apuro?

—¿No os habían dejado dinero antes de las detenciones?

—No, nos dejaron nada. Hasta Jover se ha ido hace un momento y no pagó su café, contestó Aurelio.

—Veré a algunos de los viejos anarquistas de *Le Semeur*. ¿Podemos encontrarnos aquí mismo mañana a las once?

—Sí, contestó Aurelio.

Se levantó, dejando encima de la mesa un billete de cien francos.

—Pagad los cafés y quedaros con la vuelta. Hasta mañana.

Fuimos a meternos a un cine cerca de la plaza de Clichy. Hasta en el cine estábamos separados. A la salida cenamos un bocadillo en una cervecería. Ya eran cerca de las doce de la noche y no habíamos resuelto dónde pasar la noche. Aurelio tenía su solución, podía ir a dormir a casa de una amiga, no la italiana, sino otra. Yo no podía aspirar a lo mismo. Tenía una amiga, pero no sabía de ella otra cosa que era una guapa bretona, que dos veces por semana aparecía en mi habitación.

—¿Crees poder arreglarte por esta noche?, me preguntó Aurelio.

—Sí, siempre que me dejes disponer de la vuelta del billete de Ferandel.

—No hay problema. Dispon como gustes. Nos encontraremos en el café convenido con Ferandel.

A pie fui hasta la plaza de la República. Cerca del Temple, me pareció haber topado con lo que necesitaba: una mujer con quien alquilar una habitación de un hotel donde no era necesario llenar ningún formulario. Ella me dijo que sólo podría estar conmigo una hora, lo que me venía de perlas.

Se fue y me quedé profundamente dormido; en aquellos tiempos, cuantas más preocupaciones tenía, más intensamente dormía.

Cuando me desperté, ya eran más de las nueve de la mañana. Ya en la calle, fui acercándome a pie al café donde teníamos la cita. Apareció Aurelio, que entró en el café. Esperé todavía un buen rato, por si salía corriendo o entre policías. No salió y yo penetré a mi vez en el café. En una mesa estaban Aurelio, Ferandel y un-desconocido, pulcramente vestido, de unos sesenta años. Se trataba de un miembro del grupo *Le Semeur*. Ferandel nos entregó a Aurelio y a mí un fajo de billetes de cien francos, colaboración solidaria de los miembros del grupo. Antes de despedirnos, Ferandel nos dijo que el compañero Manuel Pérez, a quien conocíamos, nos esperaría sentado en un banco de la estación de ferrocarril de la Pie-Saint-Maur, de cinco a seis de la tarde, para llevarnos a una familia anarquista italoportuguesa que nos ofrecía refugio en su casa.

Allí llevábamos una vida apacible. Para los vecinos, pasábamos por primos de los portugueses. Cerca de donde vivíamos, se deslizaba el Mame y por sus riberas dábamos largos paseos. Me gustaba contemplar a los pescadores de caña, gente pacífica, que raramente lograban sacar un pez, por lo regular muy pequeño. A Aurelio le disgustaba el espectáculo de aquellos hombres, jóvenes o de mediana edad, que se pasaban horas y horas con la caña en las manos.

—Aunque no lo creas —le expliqué—, esos fulanos están ahí para disimular. Son los «gigolos» o «souteneurs» de las troteras de París; *apaches* convertidos en pequeños rentistas; de noche vigilan a sus pupilas y el día lo pasan pescando, en espera de la hora del aperitivo.

Aurelio se reía.

Pensaba que los francos de los anarquistas de *Le Semeur* se habían de acabar. ¿Y entonces, qué? Cuando el tacto me confirmaba la existencia de los billetes en el bolsillo, sentía ganas de vomitar. Era todo lo contrario del «revo-

lucionario profesional». Nunca había gastado ningún dinero que no hubiese sido ganado por mí.

¿Cómo saldríamos de aquella situación? ¿Qué hacer? Optamos por ir a Bruselas. Acaso en Bélgica podríamos normalizar nuestras vidas.

Estuvimos poco tiempo en Bélgica. Era difícil para los extranjeros encontrar trabajo en aquel país. Y más difícil aún lograr una estancia legal como trabajador. Domingo Ascaso y Libertad se desenvolvían difícilmente, por no serle a él posible trabajar en su oficio de panadero. La economía doméstica era sostenida por ella, que logró salir adelante como echadora de cartas.

Nos quedaba el recurso de irnos a América. Para Aurelio, por ser asturiano, la marcha al otro lado del Atlántico no ofrecía grandes inconvenientes. Existían fuertes núcleos de asturianos desde los Estados Unidos hasta la Argentina.

En cambio, las colonias de catalanes eran exiguas donde las había.

Optamos por regresar a España. En Madrid nos esperaba una gran tarea. Haríamos el regreso por etapas. París primero, a continuación Pamplona y finalmente Madrid. El cruce de la frontera pensábamos hacerlo el 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar, patrona de la Guardia civil; calculamos que por esa razón estaría libre la frontera de su vigilancia y que también estarían libres las carreteras hasta llegar a Pamplona.

En París pasamos poco tiempo. Aurelio se las arregló como pudo. Yo me fui al hotel donde habitaba Callejas y compartí la habitación con una muchacha alavesa que prestaba servicios domésticos en algunas casas.

Enviamos a Pamplona a un compañero de los que acudían al café Combat, Aurelio Arroyo, para que se pusiera en contacto con Muñoz y juntos estudiaran el objetivo señalado para aquel punto. Pamplona era la primera etapa de una marcha que culminaría en Madrid, donde pensábamos ajustarle las cuentas a Primo de Rivera.

Antes de partir, hice una visita a Maciá en Bois-Colombes. Desde Bruselas había escrito a Ventura Gassol previniéndole de que sería conveniente que cambiaran cuanto hubieran realizado sirviéndose de nuestro chófer de taxi, que parecía ser quien nos traicionó. Era también el chófer utilizado por Maciá para el transporte a la frontera de unos armamentos adquiridos en la armería Flaubert del bulevar Saint Michel.

Mi llegada a la rué des Bourguignons fue apoteósica. Quien primero vino a abrazarme fue Ventura Gassol, seguido de Comte y otros. Maciá me abrazó con lágrimas en los ojos, y me explicó la causa de la sensación que produjo mi aparición. Me mostró unos periódicos donde aparecía la noticia de que «a la salida de un hotelucho de Aubervilliers, un español llamado Juan García había sido asesinado de un tiro de fusil que le dispararon desde un automóvil apostado cerca». Y como se sabía que con motivo del atentado frustrado a los reyes habían llegado pistoleros de Barcelona, Maciá y los suyos habían supuesto que habían puesto fin a mis días. Después supe que en Reus mi familia se había vestido de luto.

Le pregunté a Ventura Gassol si había recibido mi carta.

—Sí, la recibí. Hemos alterado todo lo posible lo hecho.

Maciá me habló aparte:

—Vidiella dejó su puesto en el gobierno catalán. El puesto ha sido asignado a Andrés Nin, que está en Berlín y ha prometido incorporarse en cuanto se lo permita la misión que está realizando allí. Por lo que he sabido, Vidiella ha regresado a España y no piensa volver a Francia. Me había prometido la colaboración de unos grupos. Ahora ya no cuento con ellos. Una vez más, le ofrezco el puesto de ministro de la Guerra, para, si fracasa nuestra empresa militar a través de los Pirineos, proseguirla a la manera irlandesa. ¿Acepta?

—No, pero se lo agradezco. Su fracaso no permitirá llevar los asuntos más adelante. Por haber utilizado como base de operaciones su suelo, lo primero que hará el gobierno francés será expulsarles.

Vidiella había sido sustituido por Andrés Nin, agente soviético, punta de lanza de la penetración comunista en España, convencidos ya los rusos de que sus tentativas en Andalucía estaban abocadas al fracaso. Barcelona era la verdadera capital social de España y el comunismo no había encontrado dónde asirse en ella, por estar el mundo del trabajo dominado por anarquistas y sindicalistas revolucionarios.

Vuelta en redondo

Aurelio Arroyo había escrito que todo estaba bien en Pamplona. Por consiguiente, decidimos partir. Teníamos arreglado con un compañero de San Juan de Luz el paso de la frontera por aquel lado. Parece ser que la ruta sería la misma que utilizaron los que fueron ahorcados en el patio de la prisión celular de Pamplona cuando el golpe revolucionario de Vera de Bidasoa.

En toda actividad conspirativa importa la más estricta reserva. Después de su fracaso, se tiene tendencia a buscar a quién atribuir las responsabilidades. Surge la sospecha de la delación y, por consiguiente, del delator. Se olvida que la delación tiene su inicio en indiscreciones cometidas en la preparación de las acciones conspirativas. A Callejas, a Garriga y a la Goya, la muchacha alavesa, les dije que me iba a pasar unos días a la granja de un amigo. Aurelio hizo otro tanto. Y partimos hacia San Juan de Luz el 10 de octubre.

Hacia diez meses que había cruzado la misma frontera, entonces de España a Francia. Los diez meses habían transcurrido fugaces. Ahora rememoraba las imágenes de los momentos pasados, gratos unos y penosos los otros. El equipo de «Comбина», el café Combat, la bella bretona, el anarquista ucraniano Schwarz, Pedro Orobón Fernández y Schavina, las entrevistas con Maciá, la tentativa de asesinar a los reyes de España, las detenciones de Ascaso, Durruti y Jover...

Que nadie crea en las bellezas de la vida conspirativa. Al cabo, generalmente todo queda reducido a una parodia jugada con generosidad romántica y porciones de especulativa entrega, la primera espontánea y un tanto menos la segunda. Hacer lo que no se desea. Triste confesión la de Maciá: «Tuve que vender el alma al diablo». ¿Existe una manera más expresiva de decirlo?

Son las seis de la mañana del 12 de octubre de 1926. A esa hora, el frío se dejaba sentir. íbamos a cuerpo, sin abrigo. Tampoco llevábamos equipaje. Aunque llevábamos pistola, queríamos aparentar el aspecto inofensivo de quien cruza la frontera para ir al baile en Vera de Bidasoa.

El guía, vasconavarro de cuerpo rechoncho, tenía unos cuarenta años.

—Nada de hablar ni de fumar. En los montes, las palabras corren veloces de pico a pico y las llamas se advierten muy de lejos.

Debió errar un tanto el camino, porque ya en territorio español fuimos a topar con la chabola de los carabineros. Salió uno.

—¿Adonde van?

—A Vera, al baile —le contesté rápido.

¿Lo creyó o no? Eramos tres y él estaba solo. Aceptó los tres duros que le ofrecimos.

—Que les vaya bien.

Vera de Bidasoa. Se veían hombres, mujeres y niños con aspecto endomingado. Un grupo de cuatro guardias civiles, vestidos de gala y sin armamentos, platicaban en espera de la misa solemne.

Entramos en un «chigre». Pedimos pan de hogaza y salchichón pamplonés, con «sagardúa» para beber.

A la muchacha que atendía la taberna le pregunté si alguien se dedicaba a llevar gente a Pamplona.

—El señor de enfrente, el que arregla el automóvil, suele hacer esos servicios.

Me acerqué a él y le expuse nuestro deseo de ir a Pamplona para asistir a un baile. Me contestó que se estaba preparando para ir allá. Si le pagábamos los gastos de gasolina y aceite y desgaste de ruedas, en total veinticinco pesetas, nos llevaría.

Y partimos, Aurelio, el conductor y yo. A buena hora de la tarde penetramos en Pamplona, donde nos despedimos del conductor.

Encontramos la casa del compañero Muñoz. Se trataba de una casa de huéspedes. No estaba, y nos dijeron dónde encontrarlo. Pronto dimos con el café que nos indicaron. Allí estaba con otras personas, que resultaron ser compañeros, y el adelantado que habíamos enviado, Aurelio Arroyo. Nos presentó a los otros dos: Vera, alto y fornido, y «El Chaval», un aragonés jovial. El Chaval nos llevó a la pensión donde paraba, en la que se hizo novio de la hija de la dueña.

Salimos Aurelio y yo a dar una vuelta por la ciudad. Quería darme cuenta de las entradas y salidas de la población, y cuanto más andábamos, más me parecía encontrarme en una ratonera. Aurelio Arroyo era un magnífico compañero santanderino, muy prudente y dado a la lectura, pero no tenía experiencia de hombre de acción. Nos iba a costar caro a todos.

Cenamos Aurelio, Arroyo y yo en una taberna: unas sabrosas salchichas acompañadas de pimientos fritos y vino de la Ribera. Y a dormir temprano.

Al día siguiente, volvimos a buscar la mejor salida de esa rara ciudad que es Pamplona. A mediodía anduvimos lentamente por la carretera que por Burguete conduce a Francia. Aurelio Fernández, que nunca pecó de falta de arrestos, un poco preocupado, me preguntó:

—Y bien, ¿cómo lo ves?

—Ni mal ni bien. Tal como están colocadas las piezas, mañana o estaremos muertos o en la cárcel.

—¿No podemos hacer marcha atrás?

—Todos pueden hacerlo, menos tú y yo, porque ya no tenemos adonde ir. En este momento me estaba acordando del viejo Maciá. Para salir de apuros económicos aceptamos dinero del grupo *Le Semeur*. Para el desplazamiento a España admitimos dinero de otros grupos. Ya no podemos seguir admitiendo dinero. Ya estamos en España. Hemos de seguir adelante.

—Bueno, pues sigamos adelante.

Al día siguiente, por la mañana, chocamos con un auto contra un camión de carga que nos salió de una esquina. La culpa era nuestra. Todos salimos del auto como pudimos, y nos dispersamos. Yo fui a parar a la carretera que llevaba a Burguete. La seguí, me metí por una barrancada en dirección norte. Por allí podría proseguir hasta la frontera, a cubierto de las miradas. Anduve como unas dos horas. La barranca se inclinaba ahora hacia el sur. En un entronque seguí otra barranca que venía del norte, seguro de que me conduciría al cruce de la carretera. Perdía mucho terreno. Era marchar al azar. Tenía sed y no veía dónde saciarla. La marcha ya duraba más de seis horas y tomé un sendero de cabras, lo dejé para tomar otro...

Supongo que me desmayé de cansancio, de hambre y de sed, porque de pronto, me desperté en mitad de un camino, tumbado de cara al cielo. Era el atardecer y había refrescado mucho. Y proseguí mi camino, siempre cuesta arriba por el sendero de cabras. Ya brillando las estrellas, topé con una chabola de pastor, abandonada. La sed no la sentía tanto: había bebido en un pequeño manantial que brotaba entre los riscos. En cambio, el hambre iba en aumento. Con un manojo de ramas barrí el piso. Cuando hube limpiado un rincón, me senté recostado y me dormí en el acto.

Cuando desperté, por la altura del sol deduje que serían no menos de las nueve de la mañana. Me puse en marcha nuevamente, pero retrocediendo un poco para dar con la fuentecita. Había sido visitada por un hato de ovejas, cuyas esquilas oí en la lejanía. Bebí largamente y me lavé. Empecé la marcha hacia el norte, que suponía estaba frente a mí, pero muy en lo alto. Hasta donde alcanzaba mi vista, conducía el sendero impreciso y pedregoso. Como a mediodía, me senté a la sombra de un árbol. Tenía hambre y sentía gran cansancio. Otra vez me dormí. A las dos de la tarde me puse de nuevo en marcha. Tenía las suelas de los zapatos gastadas. Pronto me sangrarían los pies. Y la Guardia civil, ¿qué hacía que no se plantaba frente a mí y me tumbaba de una descarga? Nunca como entonces me había sentido tan dispuesto a dejar de vivir.

Serían las cinco de la tarde cuando el sendero desembocó en un vallecito. Mieses en el campo y agua en un regato. Me arrodillé y bebí. Me refresqué la cara y las manos. Allá arriba se veía un caserío de dos o tres cuerpos de edificios. Fui subiendo hasta llegar a una especie de calva. Una mujer, una joven y un muchacho estaban sentados en el portalón. Me miraban un poco azorados. Sin acercarme mucho, les pregunté:

—¿Está muy lejos todavía la línea de Francia? Soy desertor y quiero pasarme a Francia.

Estas eran las palabras mágicas que uno podía dirigir a los campesinos de alta montaña de Cataluña, en la seguridad de encontrar la protección necesaria. Pensé que entre los campesinos de la alta montaña navarra sería la misma cosa.

La mujer me contestó:

—¡Ay, señor! Como usted va, casi cayéndose, nunca llegaría a la frontera. Le falta a usted andar lo más empinado. Mejor que se siente y descanse. Cuando regresen los hombres, cenaremos y podrá dormir. Y mañana el pastor lo orientará.

Fueron llegando los hombres. Primero el pastor y su perro. Era hombre de unos cincuenta años, alto y enjuto, tocado con una boina vieja. Saludó amablemente. Luego llegaron el padre y el hijo, dueño y heredero del caserío: caserío de Gurregui, partido judicial de Aoiz, según me había contado la mujer.

Ambos me miraron, suspicaces. Entraron todos en la casa, excepto yo y el perro, que seguía a mis pies. La mujer debía contarles qué hacía yo allí sentado.

—¿Conque va usted camino de Francia? —me preguntó el que parecía amo de casa y familia—. Bien, pase usted y siéntese dentro, que pronto le darán algo de comer.

Cuando entré, salía el hijo mayor. La mujer me dio un plato de patatas guisadas con tocino. Y un vaso de agua.

Me dormí profundamente, sentado donde me encontraba, en un banco cerca del hogar. Me despertó el grito de:

—¡Alto y no te muevas!

Tenía el cañón de un fusil en la frente y otros dos en los lados del pecho. Eran tres, un cabo y dos números de la Guardia civil. Pudieron haberme ma-

tado, alegando después que opuse resistencia. Pero el cabo parecía hombre templado. Hablaba las palabras justas y se conducía serenamente.

—Dime si llevas armas encima y dónde las tienes.

—Llevo pistola en la cintura.

Cuando apareció en sus manos la colt 45, la mujer dio un grito:

—¡Dios mío, lo que pudo hacer con nosotros!

Y lo de siempre: me esposaron las muñecas, apretadamente.

—Prepárate a contar todo lo que has hecho y adonde ibas.

Le contesté firmemente:

—No vale la pena que pretenda tomarme declaración, porque no haré ninguna. Si quiere hacer el atestado de mi detención y de las pertenencias que me han ocupado, hágalo usted, que yo lo firmaré.

Le impresionó mi contestación. Cambió de tono y de maneras.

—Usted se calla ahora y contestará cuando se le pregunte. No olvide que puede aparecer muerto en cualquier barranco.

—Le repito que no haré ninguna declaración. Y no se moleste tampoco en amenazarme, porque en estos momentos lo que menos me importa es la vida.

—Bien, bien. Cállese ya. Le haré el atestado de la detención y lo firma... En fin, se lo haré mañana, en Aoiz.

Yo deseaba que hiciese el atestado; me hubiera enterado de cómo fue su llegada al caserío, pues sospechaba de la salida del joven campesino.

Los guardias fueron invitados a cenar. Después de la cena vino la partida de lotería. Nadie quería irse a dormir. Y llegó el amanecer.

—¡Andando! —ordenó el cabo.

Fuera de la casa, arrimados a la pared, estaban todos los del caserío, con excepción del pastor y su perro. El marido, la mujer, la hija, el joven y el muchacho.

Escupí en el suelo y les dije:

—¡Cochinos!

Mientras andábamos, el cabo rezongó:

—No estuvo del todo mal el adiós que les dio a los caseros. La verdad es que si no hubiesen venido a buscarnos, a estas horas estaría ya cerca de Francia.

—Seguro que no son gentes honradas. Apostaría a que en algo viven al margen de la ley. De ahí que hayan querido cotizarse con ustedes el chivatazo. A lo mejor se dedican al contrabando.

Al mediodía llegamos a Aoiz. Comí, bebí y dormí en la cárcel del pueblo. Al día siguiente temprano, el cabo y dos guardias me trasladaron en automóvil a Tafalla. El juzgado ordenó mi encierro en la cárcel de la población, caserón viejo pero con capilla en la que los domingos se oficiaban dos misas a las que asistían vecinos de la localidad.

El juez de Tafalla era joven, alto y fornido. En su íntima manera de pensar era liberal y partidario de la república. Al conocerse en Madrid mi detención, Martínez Anido hizo que la Dirección general de Seguridad enviase al comisario Fenoll a interrogarme. El juez se opuso a dicho interrogatorio, por encontrarme yo incomunicado y a su disposición. Contrariado, Fenoll fue a Madrid y regresó con orden terminante al juez de autorizar mi interrogatorio. El juez cedió, pero con la condición de que el interrogatorio se hiciera en su presencia y que no se me preguntase nada relacionado con mi situación de procesado.

Así se hizo. Fenoll era el tipo perfecto de burócrata ministerial, con maneras cínicas y atildadas.

—Tuviste suerte en París, ¿verdad? Te escapaste de que te detuvieran en varias ocasiones.

—Sí, y de que me asesinaran, como a un pobre Juan García al salir de su hotel.

—¿Eso ocurrió? No tuve noticias de ello. ¿Qué teníais que hacer con el automóvil chocado en Pamplona? ¿Pasar armas desde Francia? ¿Las teníais ya en Pamplona?

Intervino el juez:

—No debe contestar la segunda y tercera preguntas, por rozar el secreto procesal.

—Debes reconocer que para ti hubiese sido mucho mejor no haber salido en libertad de Burgos. Ahora tendrás para mucho tiempo.

—El tiempo que dure el gobierno.

—No esperarás que esto cambie pronto, ¿verdad?

—No puedo saberlo. No soy adivino.

Cuando se hubo marchado Fenoll, el juez me dijo:

—El asunto de usted es ciento por ciento político. Cuando yo le interroge, declare usted lo que le convenga, que yo no le buscaré tres pies al gato.

Mi declaración ante el juez fue de que el automóvil era para recoger cerca de la frontera una partida de propaganda contra la dictadura.

Al cabo de la Guardia civil que me detuvo le fue concedida la orden de Beneficencia.

En Madrid detuvieron a Aurelio Fernández, a Vera y al Chaval, encontrándoles bombas de mano y pistolas. Fueron acusados de estar preparando un atentado contra Primo de Rivera.

El compañero Vera fue trasladado en dirección de Oviedo. Pero la escolta de la Guardia civil, al mando del capitán Doval, le empujó de la plataforma del tren al suelo y le hicieron una descarga, dejándolo muerto.

Entré el último día de octubre y el primero de noviembre de 1926, fueron detenidos Maciá y todos sus colaboradores cuando se dirigían en tren hacia la frontera española, ocupándoseles bastante armamento. Fueron procesados por lo que fue llamado «Asunto de Prats de Molió».

Cuando se vio la causa ante los tribunales, Maciá se acordó de mis consejos y declaró: «Cataluña independiente sería la Bélgica del sur».

Cuando al fin, después de más de dos años de instrucción de la causa, se celebró nuestro juicio, fui defendido por Eduardo Barriobero.

—Serás condenado, porque en Madrid te temen más que a un terremoto. Creo que los otros tres serán absueltos.

Así fue. Me condenaron. Aurelio Fernández, Aurelio Arroyo y su amigo fueron absueltos.

Y otra vez fui conducido a la prisión central de Burgos. Como es natural, establecí contacto con las varas de los cabos de ídem.

La República del 13 de abril

En Burgos el invierno era largo. No obstante estar en primavera, el 13 de abril hacía frío en el patio del penal.

Después del rompan filas, cada cual hizo lo que hacía todos los días: dar pasos hasta la hora del café, siempre los mismos pasos en el mismo lugar;

lavarse un poco, ya en el caño de una pileta, junto a unas comunas que apesataban, pues apenas se lavaban a diario una docena. A lo largo de una pasarela los soldados de la guardia contemplaban a los penados y soplaban sobre sus dedos ateridos.

Aquella mañana de abril se me acercó Carvajal, asturiano locuaz, dicharachero, con una cicatriz en la cara que iba de oreja a boca y de la que no hablaba nunca.

—Paisanín —me dijo—, ¿sabes que se armó la gorda en tu Barcelona y también en Madrid?

—¿Qué chismes son esos?

—Me lo contaron los soldados de la guardia. Uno es paisano mío. ¿Vamos allá?

—Sí, vamos enseguida.

Carvajal, sin mirar arriba, le dijo al soldado:

—Paisano, éste es un sindicalista de Barcelona. Es un jefe. ¿Quieres repetir las noticias?

—Yo también soy sindicalista en las minas, allá por Sama de Langreo. Han proclamado la República en Barcelona, luego en Madrid y se dice que en otras partes de España?

—¿Y aquí en Burgos?

—Aquí todavía no. Pero hay mucha inquietud en los cuarteles.

—Y tú, Carvajal, ¿qué opinas?

•—¿Yo? Lo que tú digas, paisano. La jugué una vez, la gané por rápido en aquella pelea de chigre y todavía tengo condena para muchos años... Y a lo mejor, todo salta y me largo...

—Es una gran oportunidad para todos nosotros. Si triunfase la República en España, amnistía para los políticosociales y el indulto para los comunes. A ti podría quitarte de una tercera parte a la mitad de la condena. Pero tiene que ganar la República.

—No lo pensemos más, paisano. Démosle desde aquí un empujoncito a la República, y a ver qué sale.

—Hemos de probarlo, Carvajal. Pero si llega el caso, lo haremos a mi manera, sin derramamiento de sangre. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Por dónde empezamos?

—Avisa a los equipos de cada brigada. Formar, aceptar el chusco, pero plante de comida. Que nadie se mueva de la formación y que todos se callen. Cuando el oficial les pregunte, que contesten que yo dirijo el plante.

Era la segunda vez que había sido internado en la prisión central de Burgos durante los siete años largos que duró la dictadura de Primo de Rivera.¹

En el sistema penitenciario español, a la prisión central de Burgos le estaba asignado el ser el eslabón más bajo, donde se mataba a los presos a palos. El sistema penitenciario español era producto de mentes refinadas. Arriba del todo estaba el penal de Santoña, en Santander, para hombres mayores y con penas de hasta 30 años. Le seguían el de Ocaña y el de San Miguel de los Reyes, para penas intermedias. Después estaba el reformatorio de Alcalá de Henares, para menores de edad, y en la misma ciudad se encontraba «La Galera», prisión para mujeres. En la Isla de San Fernando, en el Puerto de Santa María, el penal había sido reservado para condenados de más de sesenta años de edad. El castillo de Figueras se habilitó para condenados a reclusión perpetua. En todas las prisiones provinciales existían departamentos correccionales para penas de hasta seis años sin la coletilla de «y un día».

1. [NDE]. Véanse las páginas 76 y siguientes.

Al final de esta larga escalera que conducía a los infiernos, estaba la prisión central de Burgos, adonde eran llevados los casos más graves de delincuencia, los fugados de otras prisiones, los motineros, los huelguistas de hambre, los incorregibles que habiendo entrado jóvenes en las prisiones, con leves penas, llevaban ya veinte o treinta años en la cárcel y aún les faltaban por cumplir cuarenta o sesenta años, por las penas acumuladas durante sus reclusiones, debido a riñas a muerte, a atentados contra los oficiales de prisiones, etc. Algunos de dichos penados se habían pasado cinco años de «blanca», es decir, encadenados por el pie a la pared.

No era para presos políticos y sociales el penal de Burgos. Con la esperanza de que me mataran a palos, el general Martínez Anido hacía que me enviaran allí. Igual les ocurrió al separatista catalán Carrasco Formiguera, al comunista León Lamóneda, a Vicente Martínez «Artal», y a los compañeros Muñoz y Salinas, de Zaragoza, por haber intentado fugarse del correccional de la capital aragonesa.

Nadie osaba pensar en la fuga. La última de que se tenía memoria la realizó un gitano, que en cuanto puso un pie en el patio se fue a la lavandería, agarró una larga pértiga, salió corriendo hacia el muro, se dio un salto de garrocha, alcanzó el borde del muro y se fue. Sí, se fue para siempre. Aquel gitano era recordado por los presos como el ángel del Misterio. Pero nadie pensaba en la preparación de una fuga.

Conocía perfectamente la prisión, su sistema y sus hombres. Sabía cuáles eran los enemigos reales y los potenciales. Dadas las circunstancias políticas de entonces, pensaba en la preparación de una insurrección del penal. Entre la población del penal había gente seria en la que confiar, como Miguel Albert, Carvajal, «Maceo», Iglesias, estos últimos cabos de vara transferidos de otros penales por incorregibles. Cada uno de ellos tenía su círculo de gentes de confianza y todos juntos formábamos como una tupida red.

No había que pensar en la lucha violenta. Entre la población del penal, nadie poseía arma alguna; nada de pistolas ni puñales; ni siquiera agujas de coser alpargatas, ni cuchillas de zapatero, ni formones de ebanistas, ni cuchillos de los empleados en el taller de palma. Bastaba con que faltase una sola de esas herramientas para que todo el penal fuese metódicamente cacheado hasta que aparecía la pieza faltante.

Sin embargo, conociendo la rutina de la prisión, consideraba que podía realizarse el plante sin derramamiento de sangre y con éxito. Por lo menos en su parte inicial. Después, ya veríamos. Dependería de los factores imponderables de todo movimiento multitudinario.

En su rincón de siempre, el cabo «Maceo» platicaba con Iglesias, también cabo de vara. Eran dos tipos totalmente opuestos. «Maceo», llamado así por la admiración que siempre tuvo por el luchador «mambí», era de fisonomía francamente africana, auténtico moro beréber, como suele darse en el Alto Aragón: tez morena pálida, pómulos salientes, boca algo desdentada y mirada desconfiada. No pasaría del metro sesenta. Aproximadamente la misma talla que Iglesias, si bien éste, asturiano, era de un blanco sonrosado, algo rechoncho y mirar ensimismado. Lo peligroso de él era que atacaba fulminantemente, careciendo de toda noción de astucia. Ambos habían ingresado de muy jóvenes en la prisión correccional de Alcalá de Henares, con penas que no excedían de los seis años, llevaban más de veinte años presos y les faltaban más de cincuenta años de penas por extinguir. Como esos dos penados había por lo menos diez más en el penal de Burgos.

Eran casos perdidos. Solamente una verdadera revolución podría reinte-

garlos a la sociedad. Con ilusiones muy remotas, esta clase de penados se aprestaban a secundar el plante insurreccional, para que no pudiese decirse de ellos que, llegado el momento, eludieron dar un empujoncito al advenimiento de la República.

—Según los soldados de la guardia, en Barcelona, Madrid y otras partes han proclamado la República. Pero todavía no en Burgos. Y aquí dentro, los oficiales llevan todavía la corona real en la gorra. El triunfo de la República representa una gran oportunidad para todos nosotros: amnistía para los presos políticosociales y un indulto importante para los comunes.

«Maceo» e Iglesias se quedaron pensativos.

—El plante se iniciará dentro de un momento, a la hora del reparto del café. Queremos apoderarnos de la prisión y obligar a que en Burgos se proclame la República. Si cada cual cumple, será cosa **fácil**. Vosotros dos deberíais impedir que ningún cabo secunde las órdenes del director, de los ayudantes o de los oficiales.

—¿Y si algunos presos se lanzan a asesinar a la dirección y a nosotros, los cabos de vara? —preguntó Iglesias.

—Creo que podremos evitar eso. En un motín de protesta, al final no hay nada positivo para los presos; en nuestro caso, en el final estarán los indultos, para muchos la libertad inmediata.

—Lo que sea sonará. Cuenta con nosotros —dijo «Maceo».

La objeción del cabo Iglesias era el imponderable que había que temer. Que algunos desesperados se lanzasen a la degollina de los cabos, oficiales y jefes. Eran muchos presos resentidos por las brutales palizas y los largos períodos de celda. Si al penal de Burgos eran destinados los condenados calificados de incorregibles, algo parecido ocurría con los oficiales y jefes que allí destinaba la Dirección general de Prisiones. El director, Anastasio Martín Nieto, era el prototipo del asesino frío y sádico. El administrador, don Raimundo, prototipo de los estafadores de pueblo, santurrón y socarrón. El mantenimiento de la disciplina estaba encomendado al jefe de Servicios, «don Juan» o «El Gallego», rechoncho, de tupido bigote en su cara de loco. Era secundado por un oficial llamado don Pedro, moreno negruzco, generalmente subido de copas. Don César, el maestro, parecía haber nacido para cómico y no para maestro. Había que verlo abrazarse a un preso azotado durante la limpieza y exclamar, dirigiéndose a los cabos de vara:

—No, no, hijitos. Ya os tengo dicho que *eso* no debéis hacerlo en mi presencia.

Don César bromeaba: con la mano tras la espalda del preso que abrazaba, hacía a los cabos el gesto de apalearse mucho y sin parar.

El patio de la prisión era un rectángulo de unos 250 metros de largo por 100 de ancho. En él formaban los reclusos, ya fuese para iniciar los desfiles, para recibir las raciones, en todo tiempo, lloviese o nevase. Había que hacer un plante en frío sin motín, y debería iniciarse en la formación para recibir el café del desayuno, negándonos a tomarlo, pero sin dispersarnos por el patio, que es cuando se podrían producir los desórdenes.

Me dirigí al brocal del pozo, junto a la bomba manual que utilizábamos para extraer el agua de nuestro aseo personal. Allí se me juntaron Carvajal, asturiano; Albert, catalán; y Losada, gallego. Cerca, sin perdersnos de vista, los cabos «Maceo» e Iglesias, en plática con el cabo de la lavandería, Cordero, andaluz, mezcla de cuatrero y contrabandista, y el cabo de la peluquería, Basterra, alavés. Se nos acercó «Maceo».

—Empezaremos dentro de unos minutos. Que nadie acerque sus platos a tomar su ración. Pero que nadie se mueva de la formación. Cuando los oficiales pregunten, cada encargado de la brigada debe contestar: «Sólo recibiremos órdenes de García Oliver». Ahora, cada cual con los suyos.

No habían transcurrido dos minutos cuando apareció a la entrada del patio el corneta de órdenes para dar los toques de formación. Todos obedecemos con naturalidad, como si nada fuese a ocurrir.

Era inconcebible que en el penal de Burgos se produjese un plante de los presos, incluidos los cabos de vara, sin que se hubiese enterado la dirección, con la cantidad de soplones que había entre los mismos presos. Un plante en favor de la República.

Las cuatro formaciones nunca se habían alineado tan rápidamente. En el muro, cinco soldados con sus fusiles nos contemplaban. Con los cuatro rancheros venían como siempre los cuatro oficiales de turno y, junto a éstos, los cabos de vara de cada Brigada. El oficial apodado «La Mar Salada» por ser ésa su interjección favorita, al ver que los platos no habían sido colocados en el piso del patio, como era obligado, preguntó extrañado al cabo jefe. Este se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? ¿No tomáis café hoy?

Oí a Carvajal que contestaba:

—Pregúnteselo a García Oliver.

—¿Qué ocurre? —me preguntó el oficial.

—Ocurre que la República se ha proclamado en toda España y que usted todavía lleva la coronita real en la gorra. Dígale al director que venga.

Enseguida se acercaron los otros tres oficiales y hablaron en voz baja entre ellos. Cuando quisieron dirigirse a la formación de cabos, «Maceo» e Iglesias se adelantaron y, señalándome, les dijeron: «El es quien manda».

Apareció el administrador, acompañado de cuatro oficiales y del ayudante de servicio y algunos vigilantes. Se dirigió a mí:

—¿Qué pasa, qué pasa?

—Que no me gusta la coronita que llevan en la gorra. Que venga el director.

Se fueron todos como una exhalación. Pero no habían transcurrido dos minutos cuando en la pasarela del muro un pelotón de soldados, cabos, sargento y oficial de mando, apareció. El oficial dio una orden en voz alta y los soldados apuntaron los fusiles hacia los presos.

Nadie se movió. Los reclusos se mantuvieron en actitud rígida, levantada la cabeza, los pechos abombados. Comprendían que había llegado el momento en que se decidía el porvenir de todos. Se me acercaron los más comprometidos, Carvajal, Albert, el Maño, Merino; y, lentamente, «Maceo» e Iglesias.

Arriba, en la pasarela, los soldados seguían apuntando los fusiles hacia todos nosotros. Había llegado el momento de la verdad, de comprobar a la manera de santo Tomás, poniendo los dedos en la llaga.

Salí de la formación y me dirigí a los soldados con voz tranquila: «¡Soldados! No apuntéis los fusiles hacia nosotros. Nos hemos sublevado porque queremos que en Burgos, al igual que en Madrid y Barcelona, se implante la República.

Tenéis el deber de secundar nuestro movimiento por y para la República. Y no es apuntando con los fusiles como podéis hacerlo, sino al contrario, utilizándolos para obligar a nuestros carceleros a que nos pongan en libertad. Que ya en la calle nos jugaremos las vidas en pro de la República, de la libertad y de España.

Si no osáis ayudarnos a recobrar la libertad, ¡dejad de apuntarnos! ¡Dadnos los fusiles, que con ellos saldremos a forjar un nuevo mañana para todos los españoles!

Soldados: ¡Viva la República! ¡Viva la revolución!»

Las voces de los setecientos penados corearon mis vítores.

Vi que los soldados vacilaban. Dejaron de apuntarnos con los fusiles. Cuchicheaban formando corros. Parecía que entre ellos las opiniones diferían.

De pronto apareció el oficial de guardia, pistola en mano, y ordenó a los soldados: «¡Abajo! ¡Fuera de la pasarela!»

Los soldados emprendieron la marcha hacia el cuerpo de guardia. Los últimos, entre los que creí distinguir al compañero asturiano que me informara de lo que ocurría en España, con las manos nos hacían signos de despedida.

Un «¡Viva la libertad!» atronador salió de las gargantas de los presos. Rompieron filas y se vinieron hacia mí.

—¡Hemos triunfado! —les grité.

Habíamos triunfado de la exhibición de fuerza intentada por los oficiales del cuerpo de guardia, instigados por el director de la prisión. Ahora, la dirección del penal intentaría una acción más sutil.

Me adelanté a lo que podía surgir. Reuní a los elementos que con tanta eficacia me habían secundado.

—Creo que tenemos ganada la partida. Pero sería peligroso que ahora nos dispersásemos y que los flojos buscasen el arrimo de la dirección y los bravos se lanzasen a crear desórdenes. Mantened la disciplina y que nadie haga nada sin órdenes nuestras, que en este momento nos constituimos en Comité de Dirección.

—¿Qué haremos cuando aparezcan el director y los altos mandos? —preguntó «Maceo».

—Tú, con Iglesias, Borrego y los cabos que marchan con vosotros, tenéis que colocaros enseguida a los lados de la puerta de entrada al patio. Si viene la dirección a parlamentar con nosotros, lo hará escoltada por los cabos de Ayudantía, de Celdas y el de Higiene. Vosotros, sin violencias, tenéis que interponeros entre ellos y el director y los oficiales que lo acompañen, para que no les dé por hacerse los valientes. Los del Comité atenderemos a la dirección, exigiéndole que se reúna con nosotros en la escuela. Así tendríamos como rehenes al director y a quienes lo acompañen.

Constituye siempre una ventaja saber lo que hará el adversario. En este caso, el director y su plana mayor.

No habían transcurrido diez minutos cuando el corneta de órdenes apareció y tocó las notas correspondientes al rango máximo, al director.

Y éste, acompañado de sus subordinados más inmediatos, hizo su aparición; Vestía el uniforme galoneado» llevaba su bastón de mando, el de los coroneles del ejército, y su gorra de "plato rematada por la corona real.

Quiso aparentar firmeza; tenía el ceño fruncido y miraba penetrantemente con sus ojitos grises de rata. Aquel mirar ceñudo escondía miedo.

Rodeado de su escolta de oficiales y vigilantes, pero aislado de sus cabos de vara retenidos por «Maceo», Iglesias y sus incondicionales.

La población penal estaba atenta, en orden, pero sin formación.

El director se acercó a nosotros, ya que nosotros no dimos los pasos para acercarnos a él. Yo estaba rodeado de los miembros del Comité.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué queréis?

—Este no es el sitio adecuado para hablar nosotros y usted. Vamos a la escuela para hablar como personas, sentados.

—Vamos allá.

Los elementos oficiales pasaron delante; el Comité en pos, y detrás los presos y cabos. La escuela servía de iglesia los domingos y días festivos. Era bella, con sus columnas y sus palmeadas ojivas góticas. Nos sentamos, cuan-

tos cupimos; los demás quedaron de pie en los pasillos. En la mesa del maestro se sentó el director rodeado de los oficiales, de pie. A sus espaldas, en la pared, pendía el retrato de Alfonso XIII.

El director empezó a hablar:

—Ocurre algo en España, pero todavía no es general...

—Permita usted —le interrumpí desde mi mesa escolar—. Aquí hemos venido para que reciba nuestras órdenes, pues que desde este momento son ustedes prisioneros nuestros. Usted y los oficiales que lo acompañan se quitarán la corona real de sus gorras, se descolgará el retrato de Alfonso XIII y usted va a salir del penal, irá al ayuntamiento y allí dirá, de nuestra parte, que deben constituir inmediatamente una Junta republicana de gobierno, proclamar la República en Burgos y ponerse al habla con el gobierno provisional de Madrid, explicando detalladamente lo ocurrido en el penal y la actitud republicana de todos los presos.

Tres cuartos de hora después de la salida del director, apareció en la escuela el oficial secretario del director. Venía del ayuntamiento, donde se estaban reuniendo representantes de las fuerzas vivas de la ciudad y algunos representantes políticos republicanos. Traía el encargo de comunicármelo, para que dejásemos libres a los elementos de la dirección que teníamos de rehenes.

Tras un cambio de impresiones, acordamos disolver la reunión y salir al patio, en espera de las noticias que nos traería la Junta republicana. La población penal estaba alegre y satisfecha.

Todo marchaba bien. En el patio y en el claustro los presos paseaban, parloteaban y prorrumpían en gritos de «¡Viva la República! ¡Viva la libertad!»

A mediodía aparecieron en la entrada del patio el director y tres personas vestidas de paisano. Una de ellas era bien conocida de todos los presos, pues, se trataba de Antolín Díaz, contratista del taller de alpargatas del penal, para quien trabajábamos más de cuatrocientos presos.

Los componentes del Comité nos aproximamos a los visitantes. Deliberadamente, me sustraje de ir delante. Quería observar las reacciones de mis colegas y que fuesen ellos quienes diesen la pauta de aquel momento. Me suponía que la suerte de cada uno de nosotros no iba a ser la misma para unos que para otros: yo podía esperar una rápida liberación de los presos políticos y sociales; la concesión de una amnistía general podía ser decretada en una de las primeras reuniones que celebre el gobierno provisional de la República. En cambio, para los presos comunes era inevitable pasar por los aspectos tecnicojurídicos de los indultos, cuya aplicación se solía dejar al arbitrio de las Audiencias provinciales. Si el indulto beneficiaba en su totalidad a los condenados hasta seis años de prisión, casi todos los presos del correccional de menores de Alcalá de Henares y de La Galera de mujeres serían puestos en libertad; si el indulto alcanzaba a la mitad de la pena de los condenados hasta doce años y un día, quedarían con la mitad de cupo los penales de Ocaña y San Miguel de los Reyes; si era de dos terceras partes de la pena para los condenados a treinta años o a perpetuidad, quedarían con población penal reducida las prisiones del Puerto de Santa María, del fuerte de Figueras y El Dueso de Santoña.

La libertad de todos los presos del penal de Burgos solamente hubiera podido producirse en el caso de una rebelión armada triunfante.

No fuimos a la escuela. El Comité dejó que se hablase en barullo, de pie y casi encima unos de otros. Oí que Antolín Díaz decía:

—La República ya la tenemos en toda España. Esta mañana, procedentes de Francia, han pasado varios dirigentes republicanos, en dirección de Ma-

drid. La Junta republicana que yo presido se ha dirigido por teléfono al gobierno provisional. Entre otras cosas, nos han asegurado que ya está en funciones una comisión de juristas con el encargo de elaborar un amplio indulto general para los presos, y se están dando órdenes de poner en libertad a los presos sociales y políticos. Nos encargaron comunicar a usted, señor Juan García, que tenga un poco de paciencia, pues seguramente saldrá usted en libertad en el curso del día.

Los presos quedaron satisfechos con las noticias que les dieron. Sabían algo sobre su destino, sabían algo que oficialmente se les había comunicado a ellos. Tenían la alegría de saber que los años de encierro se iban a convertir en días, en meses o en pocos años.

Cuando llegó la hora, ya entrada la noche, de tener que encerrarnos en las Brigadas, tuvimos la última reunión del Comité. Resolvimos no oponernos al restablecimiento de la normalidad. Únicamente exigiríamos que la limpieza se realizase suprimiendo su carácter de castigo y que los cabos encargados de vigilarla fuesen sin varas. Se exigiría a la dirección la transformación del cuerpo de cabos de vara en cuerpo de celadores, como existía en las demás prisiones centrales.

A las nueve de la noche, se abrió la puerta del dormitorio de mi Brigada y el cabo de Ayudantía gritó, ton el peculiar sonsonete: «Juan García Oliver... ¡Con todo!»

El barullo fue enorme. Se me acercaron Albert y el Maño, que pertenecían al Comité. Opinaban que debía negarme a salir o, en todo caso, hacerlo a la mañana siguiente, acompañado hasta el rastrillo exterior por la mitad de los miembros del Comité, o en presencia de la Junta republicana de la ciudad. Temían que no hubiese tal libertad y que me llevaran a punta de vara a una celda de castigo.

Explicué a Albert y al Maño que para que tal cosa ocurriese, tenía que haber fracasado en toda España la proclamación de la República. Y que de ser así, mi suerte y la de los miembros del Comité estaba echada. Creo que lo entendieron y les sirvió de alivio.

Pasé el rastrillo. En lo que correspondía al cuerpo de guardia, me entregaron un traje de los llamados de mecánico, que era el que se daba a los liberados carentes de ropa en custodia. Y ¡a la calle! Noche, muy de noche ya, posiblemente las diez.

¿Dónde pasar la noche? Se lo pregunté al sereno, no ocultándole que me habían puesto de patitas en la calle los amos del penal. Me condujo a lo que él dijo ser una posada para gente humilde, no cara, pero de confianza. Siempre fui bueno para dormir. Me acosté, y como si respondiese al toque de diana del penal, en amaneciendo me desperté.

Quería ir a Reus. Por Zaragoza tendría que hacer dos cambios de tren. Tomando la dirección de Madrid, sólo haría un cambio, en la propia capital, y me orientaría *de visu* sobre las perspectivas que ofrecía la recién llegada República. En Burgos hubo algo que me chocó: ninguna de las tres personas de la improvisada Junta republicana que vinieron en comisión al penal tenía aspecto de ser obrero.

Vistos los acontecimientos, la hora y la manera como me pusieron en la calle, era como si me hubiesen sacado de la cárcel de Burgos a puntapiés.

Era la presencia de Antolín Díaz, el contratista del taller de alpargatas del penal, en la presidencia de la Junta republicana, lo que llevaba yo como aguijón en el pecho y me tenía en zozobra. ¿Estaría ya en manos de tales sujetos el destino de la recién proclamada República española? Si así fuese —me decía—, a los anarcosindicalistas nos aguardaban tiempos durísimos.

Solamente los anarquistas y los sindicalistas de la CNT habíamos luchado a pecho descubierto contra la dictadura primorriverista y contra la monarquía. Ahí estaban los ajusticiados a garrote vil en Barcelona por el asalto al cuartel de Atarazanas, los ejecutados en Pamplona por los sucesos de Vera de Bidasoa...

Conocía algo de Madrid de cuando mi visita en 1920, pero carecía de direcciones de compañeros o centros de nuestra Organización adonde dirigirme.

Pensé que llamaría la atención con el traje azul que me dieron en la prisión. Para sorpresa mía, no era yo solo quien andaba vestido así. Por el camino me crucé con algunos más que vestían como yo. Nos saludábamos al cruzarnos, con alegre camaradería. Supuse que serían compañeros de otras provincias que estuvieron extinguiendo condena en el penal de Ocaña, el más cercano a Madrid.

Ya casi entrando en un café de la puerta del Sol, oí que alguien me gritaba: «¡Juan, Juan!» Era Eróles, el compañero Dionisio Eróles, de los grupos de Sans, a quien condenaron a 20 años de prisión por un atentado. Me satisfizo mucho el encuentro, porque me sentía desorientado.

Tomamos café juntos. Platicamos largamente. Eróles era inteligente, bastante culto y había sido partidario de mis posiciones en los tiempos anteriores al golpe de Estado de Primo de Rivera. Como a mí, a Eróles ya le disgustaba la República que España acababa de estrenar. La encontraba muy modosa, como menestrала en traje dominguero. Quedaban en pie y en los mandos del ejército, de la Guardia civil y de la policía los que durante años habían servido a la monarquía a sangre y fuego.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué no tomamos el exprés con rumbo a Barcelona?

El tren exprés salió a la hora señalada. Los andenes de la estación de Atocha estaban en orden. Nada denotaba que Madrid había pasado de capital monárquica a capital republicana. El milagro se debía a la curiosa interpretación que le dieron monárquicos y oposición a los resultados de unas elecciones municipales. Y ante el pasmo del mundo entero, aquellas elecciones fueron interpretadas como plebiscitarias. Lo que dio lugar a que se repitiese hasta la saciedad que la República había advenido sin derramamiento de sangre. Bello eufemismo para no tener que decir que estábamos en República sin haber pasado por la revolución.

No lograba dormirme. El tren hacía pocas paradas. La más larga fue en Zaragoza. Viajaba poca gente. En Zaragoza descendieron unas cuantas personas y no subió ninguna. Así llegamos a Reus.

Me despedí de Eróles con un fuerte abrazo. Fui bajando hacia la ciudad. Por ser muy temprano, no me crucé con ningún conocido. Llegué a la plazuela llamada del Rey, con su fuente redonda y ancha; me encontré andando por el Camino de Aleixar. Tomé la calle San Elías, donde había nacido hacía 29 años. Me crucé con algunos vecinos que me reconocieron y vinieron a abrazarme.

Al penetrar en el pasillo por el que se llegaba a la puerta de la casita que ocupaba mi familia, emití el silbido que siempre lanzaba al llegar a casa. Lo reconocieron, pues que la puerta se abrió estrepitosamente, apareciendo en el umbral mi padre, mi madre y mis hermanas Elvira y Antonia.

Besos y abrazos. Me empezaron a hablar de cosas sin ton ni son, como quien tiene ganas de contarle todo de una sola vez. Quise desayunar. Tenían pescado frito, del que llaman *burrets*. Me puse a comer mientras que mis hermanas y mi madre hablaban sus cosas, de todo, de los vecinos, de los

amigos, de los compañeros. Mi padre callaba, como de costumbre. Tenía cara de romano y hábitos silenciosos.

Me eché a dormir. Cuando desperté, Elvira me había lavado la ropa y estaba terminando de plancharme la camisa.

Siempre me había gustado vestir bien. A los componentes del grupo «Los Solidarios» nos llamaban «los aristócratas» porque todos vestíamos impecablemente. Tendría que salir a la calle con el trajecito de mecánico. Disimulando el disgusto, me fui a dar una vuelta por la ciudad. Era domingo y siempre hubo gran animación en la plaza de Prim los domingos entre doce y dos de la tarde.

Pero ese domingo la animación era otra. Los que estaban en la plaza no platicaban plácidamente, sino que formaban grupos, gesticulando con pasión. En el amplio zaguán del hotel de Londres, una banda amenizaba el ambiente con las notas estridentes del himno de Riego, alternándolas con las de *La Marsellesa*, vulgarmente conocida por «*l'afarta pobres*».

Muchas gentes entraban y salían del hotel de Londres. Arriba, en su larga balconada, la animación era grande; estaba ocupada por señores endomingados que se lanzaban gritos y risotadas.

Mi llegada, con mi pobre vestido de mecánico, causó alguna sensación entre los grupos de la plaza. Muchos me reconocieron y la mayoría supuso de dónde acababa de salir. Me dirigí sonriente hacia un nutrido grupo formado por lo más sólido de lo que fue nuestra CNT en Reus: José Carbonell, Borrás el ladrillero, Borrás el jornalero agrícola, Gispert el albañil, y con ellos familiares de los «Guindalla», uno alto y fornido, el otro de talla mediana y ancho de hombros, ambos carreteros de los de tiros de cuatro y seis muías.

Cerca había otro corro, en el que reconocí a los Banqué, padre e hijo mayor, y a Talarn, que habían sido militantes de la CNT. Me sonrieron, hubieran deseado saludarme, pero se contuvieron. En otro corro vi a Francisco Oliva, joven que había pertenecido también a la CNT. El y los de su grupo también me sonrieron, pero también se abstuvieron de venir a saludarme. Después supe que los Banqué y el Talarn se hicieron comunistas del partido oficial y que Oliva se afilió al Bloque Obrero y Campesino que organizó Maurín, otro que también fue de la CNT y que siempre demostró prisa por abandonarla sin haber sabido nunca por qué perteneció a ella. Con su *Bloc Obrer i Camperol* hizo bueno el dicho de que mejor es ser cabeza de ratón que cola de león.

Carbonell y su grupo me explicaron que en el hotel de Londres se iba a celebrar un banquete en honor del capitán Sediles, uno de los comprometidos con los capitanes Galán y García Hernández, fusilados en Jaca tras la sublevación fracasada que llevaron a cabo. La organización del banquete había sido obra de republicanos y de socialistas, de los que había algunos en Reus.

—¿Y a ese banquete a vosotros no os han invitado en tanto que CNT?

—¿A nosotros? ¡Qué va! Los republicanos opinan que la República es para gentes bien vestidas y no para los de poca ropa, como nosotros, siempre vestidos con blusa. Mira cómo vas tú, con ropas que huelen a presidio. ¿Llevaron invitación a tu casa? Con algunos de ellos he hablado varias veces y hemos comentado que tú has sido un luchador enérgico contra la monarquía. Ahora que ya han triunfado con los votos de todos, ni te acerques a ellos.

—Quiero ver esto de cerca. Al cabo, de la conducta de ellos dependerá en gran parte la nuestra de mañana. Voy a subir al hotel de Londres. Si me dicen que la CNT sería bien recibida, ¿aceptaríais la invitación?

—Yo, Juan, no dejo mis principios por un puesto en un banquete de políticos. Pero supongo que Gispert sí aceptaría.

—Bueno; sí que aceptaría. La CNT ha tenido más parte que ellos en el advenimiento de la República, replicó Gispert.

Me encaminé al primer piso del hotel de Londres. Me topé con mi maestro de primaria, republicano de toda la vida y director de un periódico republicanoposibilista titulado *Las Circunstancias*. Se alegró de verme.

—¡Hola, Juanet! ¿Qué haces aquí? ¿Te soltaron con la amnistía, verdad? Supongo que tendrás tu sitio en la presidencia de *l'apat*.

—No, *mestre*, ni siquiera he sido invitado. He venido a ver estas pequeñas cosas de que está hecha la historia de España.

—Espera, voy a hablar con Evaristo Fábregas, que es el presidente de la Junta republicana. ¿Le conoces, verdad?

—Sí, le conozco, pero no le hable.

Mestre Grau estaba acongojado. Comprendía que mi presencia no era bien vista por los concurrentes al banquete, muchos de los cuales miraban hacia nosotros con verdadero desagrado. Pensarían «éste nos amargará la comida».

Me despedí de *mestre* Grau y di la vuelta a la mesa. Quería que me viesen bien, en mi salsa de presidiario, oliendo a rancho y a jergón de paja. En la presidencia, contemplándome, estaba Evaristo Fábregas, el liberal millonario.

Fábregas me conocía muy bien. Mejor dicho, nos conocíamos. Yo sabía que era liberal, pues había vivido unido y no casado con su mujer. Sabía también que creó y sostuvo «La Gota de Leche» para la atención de la infancia. No era mala persona Fábregas, pero se había enriquecido fabulosamente. Y cuando el Comité regional de la CNT me llamó para pedirme que les proporcionase cinco mil pesetas para enviar a Madrid a los compañeros que iban a ajustarle las cuentas a Eduardo Dato, pensé que nadie mejor que Evaristo Fábregas para pedirselas. Como todos los hombres de negocios, se beneficiaba de la clausura gubernativa de nuestros sindicatos, y alguno de ellos tenía que aportar lo que el Comité regional necesitaba. Y fue Fábregas.

Estaba de pie junto a la mesa, pequeño y orondo. A su lado, el capitán Sediles, displicente, recibiendo el homenaje de quienes se acercaban a estrecharle la mano. Los ciudadanos reusenses que se acercaban al capitán lo hacían como forzados, con el espíritu encogido, rumiando el poco acierto que tuvo la Junta republicana al traerlo a Reus —ciudad liberal en la que se celebró el primer matrimonio civil en España y cuyo cementerio había sido el primero del "país en ser secularizado. Reus se había distinguido siempre por la separación entre su población y los mandos de la guarnición acuartelada en la ciudad. Nadie en Reus recibía ni alternaba con los oficiales y jefes del regimiento de caballería allí destacado. Por la especial manera de ser de los reusenses, el cuartel estaba flanqueado por dos cuerpos de edificios donde vivían desde el coronel hasta el último oficial. La única excepción eran los sargentos, que se hacían amantes oficiales de las mejores mujeres de los burdeles.

Cuando me reuní con los compañeros en la plaza, el grupo había aumentado bastante. Entre los del banquete y ellos, los de la CNT, había una grieta más profunda de lo que era de esperar.

Lo que ocurría en los pueblos y ciudades de España era el reflejo de lo que acontecía en Madrid. La República no era expresión de gentes nuevas, de nuevas escalas de valores políticos y sociales. Se hablaba de los nuevos repúblicos del día, como Niceto Alcalá Zamora y Miguel Maura, monárquicos de siempre. Y hasta de Largo Caballero, el socialista que para hacer grande a la UGT había aceptado formar parte del Consejo de Estado que respaldaba a la dictadura de Primo de Rivera.

En el fondo, me hubiese gustado anclarme definitivamente en Reus. Y no haber tenido que salir nuevamente hacia Barcelona, la capital del sindicalismo revolucionario. Si hubiese sido una verdadera república de trabajadores —como después se asentó en la Constitución—, habría sido placentera mi es-

tancia en Reus, ayudando a Carbonell, Borrás y demás compañeros a edificar una sociedad nueva, socialista libertaria, justa.

Pasé una semana en Reus. Dos días antes de marcharme a Barcelona fui citado al juzgado de primera instancia. Se trataba de dar cumplimiento a un exhorto del juzgado de Tafalla que, en cumplimiento de lo ordenado por la Audiencia de Pamplona, me comunicaba que había sido amnistiado. Firmé el enterado.

—Madre, ¿tengo algo de ropa de trabajo?

—Sí, Juan. Tienes un pantalón negro, dos delantales blancos, una chaqueta y un chaleco de alpaca negra.

—Hazme un paquete con todo, madre. Mañana me iré a Barcelona.

—Sí, hijo.

Recuperación de fuerzas

Los ocho años de dictadura dejaron huellas profundas. Los viejos se hicieron ancianos, los de mediana edad ascendieron a viejos, y los jóvenes pasaron a ser adultos, la mayoría casados y con hijos.

Sentado en la banca de dura madera del vagón de segunda clase que me conducía a Barcelona, reemprendía las meditaciones que ocuparon mi mente las largas jornadas de coser suelas de alpargatas, sentado en mi banco del penal de Burgos, donde no estaba permitido hablar con el compañero sentado enfrente ni con los que hacían lo propio a ambos lados: el acto de coser la suela resultaba maquinal, dejando en libertad el espíritu para lo que quisiese meditar.

Siempre me dije que la muerte empieza en el instante en que se renuncia a buscar explicación a los porqués de todo cuanto acontece. Comprendía que el peso de los años pone nieves en los cabellos y en los corazones. Estaba preparado. No me cabía duda de cuan grandes serían los cambios que encontraría entre los que habían sido la élite de los militantes de la CNT.

El viejo Carbonell me habló de ello ampliamente. Se lamentaba de la importancia adquirida por la tendencia reformista dentro del sindicalismo. Se habían adquirido compromisos en nombre de la Organización en la Conferencia política de San Sebastián. Por lo menos, eso se decía, me aseguraba Carbonell.

La base de la Organización no había sido consultada. Había sido obra de Pestaña y de un grupo de militantes muy significados de los sindicatos de Cataluña: Peiró, Piñón, Arín, Marcó y algunos más. Lo cierto era que los viejos militantes de prestigio se estaban conduciendo como obreristas cansados, con olvido total de lo que antaño había sido su línea de activistas revolucionarios. Y valiéndose de la persecución de los disconformes con ello, los viejos líderes obreros se habían apoderado de los puestos clave del Comité nacional, del regional de Cataluña y del local de Barcelona, dominando sindicatos tan importantes como el de Trabajadores del Puerto, el de Metalúrgicos y algunos más.

Los compromisos adquiridos por Pestaña y sus incondicionales no tenían nada de vagos. Concretamente, se comprometían a prestar la colaboración de la Organización para el advenimiento de la República y su consolidación. Sin reservas, sin haber condicionado el tipo de república, sino, simplemente, de *la* república, como aspiración de un antimonarquismo histórico.

Al llegar a Barcelona, me instalé en casa del compañero García Vivancos, antiguo miembro de «Los Solidarios». En su casa, en calidad de medio huésped, dormía y comía irregularmente.

Pronto entré en relación con los compañeros que trataban de crear una oposición ideológica frente a la actitud claudicante de los viejos sindicalistas. Me había trazado una línea a seguir dentro de la Organización: considerar a la república recién instaurada como una entidad burguesa que debía ser superada por el comunismo libertario, y para cuyo logro se imponía hacer imposible su estabilización y consolidación, mediante una acción insurreccional pendular, a cargo de la clase obrera por la izquierda, que indefectiblemente sería contrarrestada por los embates derechistas de los burgueses, hasta que se produjera el desplome de la república burguesa.

Crear en la manera de ser de los militantes anarcosindicalistas el hábito de las acciones revolucionarias, rehuendo la acción individual de atentados y sabotajes, cifrándolo todo en la acción colectiva contra las estructuras del sistema capitalista, hasta lograr superar el complejo de miedo a las fuerzas represivas, al ejército, a la Guardia civil, a la policía, lográndolo mediante la sistematización de las acciones insurreccionales, la puesta en práctica de una gimnasia revolucionaria.

Paralelamente a la creación de sindicatos, grupos de afinidad ideológica, ateneos, la juventud obrera debería ser agrupada en formaciones paramilitares de núcleos reducidos, sin conexión entre sí, pero estrechamente ligados a los comités de defensa de barriada y éstos a un Comité de Defensa local, dentro del espíritu de creación revolucionaria de los militantes del anarquismo y del sindicalismo español, que al unificar sus fuerzas y sus actividades en 1923 dio nacimiento a la acción anarcosindicalista, síntesis de las tendencias de *Bandera Negra* y de *Bandera Roja*, y que debería simbolizarse en una bandera nueva, rojinegra.

En el local del Sindicato de la Construcción de Barcelona se reunían Parera, de Banca y Bolsa; Luzbel Ruiz, de Peluqueros; Castillo, de Artes Gráficas; Juanel, de Construcción; y algunos más, todos ellos viviendo la pasión de los puritanos, y a quienes unía el afán de impedir que la CNT cayese en el abismo de la transigencia con los compromisos que Pestaña y otros líderes sindicales contrajeron en el pacto de San Sebastián, que muchos dieron por muerto, pero que el azar de unas elecciones municipales había revitalizado.

Los compañeros que se reunían en el local de la Construcción eran la expresión activa de lo que se había salvado del anarquismo organizado: algunos grupos anarquistas de afinidad en Barcelona, en Cataluña, en España. Eran la FAI, la Federación Anarquista Ibérica. Por ellos tuve conocimiento de los motivos y circunstancias que dieron nacimiento en Valencia en 1927 a la FAI. Su aspiración era impedir que el aventurerismo político y reformista se apoderase de la CNT. Me acogieron cálidamente. Esperaban mi apoyo a su línea de militantes revolucionarios. Me puse totalmente a su lado. Y nos pusimos a laborar.

Durante los últimos tiempos de la dictadura militar, aprovechando cierta tolerancia que concedió el general Berenguer, se habían creado dos órganos de agitación: una agrupación de inquilinos y una agrupación de mujeres del servicio doméstico.

Con la participación activa de la Federación local de Grupos anarquistas, proyectamos dar a conocer al pueblo barcelonés una posición distinta a la sostenida oficialmente por la CNT.

Para conmemorar el Primero de Mayo, los dirigentes de la CNT proyectaron la celebración de un mitin que se celebraría en el palacio de Bellas Artes.

Nosotros acordamos celebrar otro mitin, el mismo día y a la misma hora, en el paseo del Arco del Triunfo, a unos doscientos metros del otro. Contábamos con un camión de carga que nos proporcionaba un compañero para, subidos a él, instalar la presidencia del mitin y la tribuna de los oradores.

Un grupo de compañeros contertulios del café del teatro Cómico del Paralelo había ganado una fuerte participación en la lotería del 1 de enero de 1931. Entre ellos, Aubí, de Badalona, y otro que pasó una corta temporada conmigo en el penal de Burgos. Acudí a ellos en busca de ayuda económica para asegurar mi participación en la comisión organizadora del mitin.

—Quisiera la confección de grandes banderas rojinegras, para las que se necesitarían treinta metros de tela negra y otros tantos de tela roja. Pienso que deberían repartirse octavillas con la bandera rojinegra y las siglas CNT-FAI, rematadas con la declaración de: «Primero de Mayo. Fiesta internacional de gimnasia revolucionaria».

Encargamos a un taller de carpintería las astas de las banderas. Unas compañeras se encargaron de cortar la tela y de coser sus piezas en escuadra, según dibujo que les proporcioné. Y se imprimieron diez mil octavillas.

Llegó el Primero de Mayo. Fue una mañana de mucho movimiento. Los trabajadores de Barcelona iban en grupos al mitin. ¿A qué mitin? Se produjo cierta confusión. A la misma hora y muy próximos uno de otro, se celebraban el oficial de la CNT y el nuestro, mezcla de CNT, FAI y Comisiones de Inquilinos y de Mujeres del Servicio doméstico.

Algo llamaba la atención de los obreros barceloneses y de cuantos transitaban por los paseos laterales del Arco del Triunfo: las cinco enormes banderas rojinegras del anarcosindicalismo y la totalmente negra del anarquismo. La rojinegra —un rectángulo en dos escuadras—, por el vivo contraste del negro y el rojo, fue rápidamente admitida como enseña de una revolución largamente esperada por el proletariado español. La gente, cuya mayoría saliera de sus casas con ánimo de no perderse el mitin sindicalista del palacio de Bellas Artes, como si de pronto se diera cuenta de que la promesa del futuro estaba estrechamente vinculada a la bandera rojinegra, se detenía ante nuestro camión, flanqueado por las seis enormes banderas ondeando al viento.

Y ya no se iban. Se quedaban en espera de escuchar algo distinto de lo que hubieran tenido que oír en el otro mitin, el de los líderes del sindicalismo.

No fueron defraudados. El presidente del acto, Castillo, y los oradores, Luzbel Ruiz, Parera y yo, sonamos con estrépito los clarines de la revolución social. Explicué el significado simbólico del rojo y negro de la bandera que por primera vez aparecía en público. Hice una glosa de la significación revolucionaria del concepto de «gimnasia revolucionaria», que aparecía en la octavilla que se había distribuido profusamente, dejando sentado que la clase trabajadora sólo lograría triunfar de las fuerzas de represión de la clase burguesa si con una continua práctica de la gimnasia revolucionaria se liberaba del fetichismo de los uniformes.

La gran explanada que va del Arco del Triunfo a la parte posterior del palacio de Bellas Artes se llenó de trabajadores. Sin que hubiese acuerdo previo de los organizadores del acto, Arturo Parera, que actuó como último orador, al finalizar su discurso, en tanto que presidente de las comisiones de Inquilinos y de Mujeres del Servicio doméstico, sacó un escrito que contenía unas conclusiones del mitin, para ser presentadas a Francesc Maciá en el palacio de la Generalidad.

La gente las aplaudió y las aceptó. Ello suponía que la presidencia del mitin se trasladaría a la plaza de San Jaime para entregar las conclusiones. Parera, militante confederal de Zaragoza, que se había trasladado a trabajar a Barcelona no había llegado a comprender la idiosincrasia del proletariado catalán,

no hecho a realizar manifestaciones callejeras como remate de los actos públicos del Primero de Mayo, que en todas partes se desarrollaban pacíficamente, pero que en Barcelona podían dar lugar a choques sangrientos.

Desde el camión-tribuna dirigí una mirada a los cuatro lados de la multitud, y *grosso modo*, conté no menos de cien compañeros que, con su pistola entre pantalón y barriga, sólo esperaban la oportunidad de lanzarse, a su manera, a la práctica de la gimnasia revolucionaria.

La manifestación, que marchaba tras las grandes banderas, cantaba los *Hijos del pueblo*, se engrosaba a medida que se acercaba a la calle Fernando. Al ir a penetrar en la plaza de San Jaime, los guardias de Seguridad y los mozos de escuadra que custodiaban las esquinas y las puertas del Ayuntamiento y de la Generalidad, trataron de impedir que los manifestantes se aglomerasen ante las puertas de los dos palacios, temerosos de que todo terminase en el asalto del Ayuntamiento y de la Generalidad.

Y se desencadenó un gran tiroteo. En aquel momento, Parera y yo hacíamos esfuerzos verbales para convencer al jefe de los mozos de escuadra del interior de la Generalidad de la conveniencia de abrirnos las puertas y dejarnos pasar para hacer entrega a Maciá de las conclusiones aprobadas en el mitin. El jefe insistía en que en el palacio no se encontraban Maciá ni ninguno de los consejeros del gobierno catalán. Como el tiroteo arreciaba, temiendo que cuantos nos encontrábamos ante la puerta fuésemos segados por una ráfaga de ametralladora, hice señas de empujar, logrando penetrar toda la comisión del mitin en el gran patio, donde, rodeado de mozos de escuadra, se encontraba el teniente de alcalde de la ciudad, Juan Casanovas, a quien en defecto de otra autoridad civil, hicimos entrega del pliego de conclusiones.

Entretanto, en la plaza y en las calles adyacentes menudeaban los tiroteos entre guardias y los compañeritos que llevaban sus pistolas «por lo que pudiera ocurrir».

Subimos a la Generalidad, cruzando el patio de los Naranjos, y un imponente y desierto salón, y nos asomamos al balcón central, desde donde pudimos ver cómo en menos que canta un gallo los compañeritos se habían hecho dueños de todas las esquinas, que defendían disparando sus pistolas. Aubí y su grupo de ganadores de la lotería dominaban la esquina de la calle Fernando; Severino Campos y su grupo eran los dueños de la otra esquina; Ordaz y su grupo estaban en la esquina de Ragomir; y así todas las esquinas, como si la acción hubiese sido ensayada previamente. De haber sido planeada la acción, y no resultado de un incidente, aquel Primero de Mayo hubiera contemplado la toma del Ayuntamiento y del palacio de la Generalidad.

Desde lo alto del balcón dimos a entender que debía cesar el tiroteo.

La conmoción fue enorme. Se vio que más allá de los compromisos contraídos por los dirigentes sindicalistas, existían fuerzas indómitas. Los comentarios de los periódicos y revistas de Barcelona, de España y del mundo entero, daban cuenta de la impresión producida por la aparición de aquella nueva fuerza llamada por unos «la FAI» y por otros «los anarcosindicalistas de las banderas rojinegras».

En el restaurante Avenida del Tibidabo se reunieron en banquete los jefes de Esquerra Republicana de Cataluña, que habían acaparado la mayoría de puestos del Ayuntamiento y del gobierno de la Generalidad. Los republicanos siempre fueron muy amantes de los banquetes. Puede decirse que por aquellos días España —la España de los republicanos— se sentaba diariamente a las mesas de los banquetes. El republicano burgués, desde los días de la revolución francesa del 93, festejaba con banquetes o hacía funcionar la guillotina.

Me tocó formar parte del equipo de camareros que servirían el banquete de los republicanos catalanistas. Entre los comensales estaba Grau Jassans, ex anarquista expulsado de los Estados Unidos, chófer de taxi que en el año 1923, antes del golpe de Estado de Primo de Rivera, utilizábamos para el traslado de bombas de mano y explosivos de una barriada de Barcelona a otra. Pero Grau Jassans, que como anarquista individualista nunca dio señales de tener apertencias políticas, se incrustó en el grupo de catalanistas de Companys y, con éstos, fue de los que tomaron el Ayuntamiento barcelonés el 12 de abril y arriaron la bandera monárquica que ondeaba en los balcones, proclamando la república catalana. Me dijo que se sentía apenado de que yo fuese su camarero en aquella ocasión. Cuando a la hora de los discursos le tocó hablar a Juan Casanovas, que de enemigo de Maciá en París a causa del separatismo y del viaje a Moscú de éste, ahora desayunaba diariamente al son de *Els segadors*, dándose cuenta de mi presencia, recordando que yo formaba parte de la comisión del mitin del Primero de Mayo que asaltó la plaza de San Jaime, arremetió injuriosamente contra los nuevos demagogos, héroes de motín callejero, que, según él, proclamada la República, como agentes monárquicos se dedicaban a alterar el orden.

Grau Jassans estaba lívido.

—No le hagas caso —me dijo—. Es un sin compostura. Cuando termine de hablar iré a decirle que debió agradecer los esfuerzos en pro de la República.

—No le digas eso. Dile de mi parte que tenga preparadas las dos mil pesetas que me debe, pues mañana iré al ayuntamiento a cobrarlas.

Al día siguiente, a mediodía, me presenté en su despacho. Por su secretaria me hizo preguntar qué se me ofrecía.

—Dígale que he venido a que me devuelva las dos mil pesetas que le entregué en la cárcel Modelo, cuando vino a pedirme dinero para gestionar mi libertad, cosa que no hizo.

Me recibió enseguida. Muy sonriente, me alargó la mano. Yo no le tendí la mía. Si yo era un agente monárquico, ¿a qué tenía que tenderme él la mano?

—Estoy asombrado de lo que has dicho a la secretaria. No sé a qué te refieres con eso de las dos mil pesetas. ¿No estarás confundido?

—Mira, Casanovas, no te hagas el vivo. Si no me devuelves ahora las dos mil pesetas, a mi salida de tu despacho reuniré a los periodistas y les contaré a qué he venido. Suponiendo que yo tenía dinero en mi poder, sin yo llamarte, me visitaste como abogado en la cárcel Modelo, para sugerirme que, con algo de dinero que se hiciera circular por el juzgado, te comprometías a lograr mi libertad provisional. Te di dos mil pesetas que yo llevaba para esas emergencias. Aquella misma noche fuiste detenido por la policía y conducido a la galería de presos políticos de la Modelo, donde yo fui a visitarte y a recuperar mi dinero, no logrando ninguna de las dos cosas; desde lejos me diste a entender que te comprometía. Posteriormente te traté en París y ni siquiera te hice mención del dinero, no obstante que para vivir tenía que trabajar. Y muy posiblemente nunca te lo hubiera reclamado hasta que, ayer noche, sirviendo de camarero en vuestro banquete, dijiste que quienes ahora no estamos conformes con vuestra República de tenderos somos agentes monárquicos.

—Tienes toda la razón de tu parte. Pero en este momento no puedo entregarte las dos mil pesetas que me diste.

—Perfectamente, mañana vendré a cobrarlas.

—Todavía no. Lo haremos mañana.

—Y ahora, ¿nos estrechamos la mano?

Al día siguiente me pagó, peseta sobre peseta. En aquellos tiempos, dos mil pesetas eran mucho dinero. Le di la espalda al trabajo de camarero, incor-

porándome al equipo de barnizadores del compañero Sanmartín, del Sindicato de la Madera, que reparaba el barnizado del mobiliario de los barcos de la Transatlántica, trabajó atrayente por realizarse flotando sobre las aguas del puerto, respirando el olor acre del mar y haciendo compañía a las gaviotas.

En ese tiempo, quienes habíamos sido miembros activos del grupo «Los Solidarios» vivíamos distanciados unos de otros, con excepción de mi contacto diario con García Vivancos. Parecía como si nos eludiésemos, como si cada cual guardase algo que no quisiese compartir. Me veía frecuentemente con Alfonso Miguel y Gregorio Jover en el Sindicato de la Madera, del que éramos miembros. Muy raramente me encontraba con Ricardo Sanz. Por lo que se refería a Durruti y Ascaso, después de haber andado con ellos un par de veces, cuando acompañaban a los anarquistas franceses Lecoin y Odeon, dejé de verlos, al parecer por estar muy ocupados ayudando a Pestaña, entonces secretario del Comité nacional de la CNT, atendiendo a las delegaciones de sindicalistas que iban llegando para asistir al próximo Congreso nacional de la CNT y al Congreso de la Internacional de los Trabajadores, que habían de celebrarse en Madrid.

Durante mis años de encierro en Pamplona y en Burgos no tuve noticias de Ascaso y Durruti, que, libres de los cargos que se les imputaban por el fracasado proyecto de atentado contra Alfonso XIII, andaban sueltos por Alemania y Bélgica. Sentía mucho que no se hubiesen aproximado a quienes nos proponíamos salvar a la CNT del reformismo del núcleo pestañista.

Pestaña, Peiró, Piñón y otros viejos sindicalistas maniobraban hacia la colaboración con Esquerra Republicana de Cataluña, entonces en el poder, desde el que explotaban demagógicamente la consigna lanzada por Maciá de *la caseta i l'hortet* como programa a realizar. En el fondo de la actitud de Pestaña y de su círculo de confianza había algo más que su postura de sostenedores de la República. Ascaso y Durruti andaban muy errados rondando el círculo pestañista y lo lamenté mucho. Pero me abstuve de señalarles el error. Sobradamente se apercibirían ellos de los desaires a que se exponían. Pestaña, ni para defenderse llevaba pistola en la época de los atentados para estar siempre limpio de antecedentes penales, que constituyen un gran obstáculo para quienes aspiran a una carrera política. Fueron precisamente Pestaña, Peiró, Piñón y Marcó, componentes del Comité ejecutivo que se constituyó a la muerte del Noi de Sucre, quienes, disconformes con el asesinato del cardenal Soldevila, desautorizaron a sus ejecutores y exigieron la disolución del grupo «Los Solidarios» al que Durruti y Ascaso pertenecían. Era algo que yo me había llamado y que ellos ignoraban. Las andanzas de Ascaso, Durruti y Jover en América dejaban mucho que desear desde el punto de vista ideológico, y estorbaban francamente a quienes basaban su carrera en una limpia hoja de antecedentes penales.

No hice esfuerzos para obtener la valiosa cooperación de Ascaso y Durruti. Se alejaron de mí y buscaban hacerse querer de los líderes del sindicalismo político. Allá ellos.

Se iba a celebrar el Congreso nacional de la CNT, y del disuelto grupo «Los Solidarios» sólo yo asistiría en tanto que delegado, representando al sindicato único del ramo de la Madera de Barcelona, y como exponente de la tendencia que iba adquiriendo fuerza como anarcosindicalismo, que muchos llamaban «faísmo», de la FAI.

El Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo se celebró en el teatro Conservatorio de Madrid y constituyó un triunfo, a la hora de las votaciones,

1. [NDE]. Sobre los grupos «Los Solidarios» y «Nosotros», véanse las páginas 92-98, 125-128, 133-136, 161-164, 188-189, 190-191 y 629-633.

de las ponencias patrocinadas por los delegados sindicalistas reformistas. Era un congreso que se celebraba al mes y medio de haber sido proclamada la República, sin haber apenas tenido lugar la reorganización de la mayor parte de nuestros sindicatos y que ni siquiera había sido preparado con democracia sindical, dando tiempo para que la base obrera pudiera estudiar las propuestas auspiciadas desde la secretaría del Comité nacional, obra de Pestaña y de su grupo.

Me debatí en el Congreso casi solo. Mi voz fue una aislada requisitoria interrumpida, hasta que un ataque de nefritis me obligó a regresar a Barcelona. Logré que la mayoría de las delegaciones asistentes al Congreso, integradas por compañeros de los sindicatos de provincias, se dieran cuenta de que en el seno de la CNT subsistía la tendencia revolucionaria sobre la que siempre se había asentado nuestra Organización, todavía en exigua minoría pero fieramente enfrentada a la tendencia reformista.

En Barcelona primero, y después en Cataluña, los anarcosindicalistas, llamados «faístas», con frecuencia pasaron rápidamente a ser mayoría en las deliberaciones públicas de los sindicatos. Consecuentemente, los puestos de los comités de sindicatos, de sección o de fábrica fueron pasando a ser cubiertos por nuestros simpatizantes. Igualmente fue ocurriendo en la regional de Aragón, Rioja y Navarra, en la de Andalucía y Extremadura, en la del Centro, en la de Baleares, hasta que finalmente pasaron bajo la influencia anarcosindicalista las de Levante, Norte, Galicia y la de Asturias, León y Palencia. Como reflejo de lo que ocurría en la base de la Organización, los distintos Comités nacionales que se fueron constituyendo se veían integrados por anarcosindicalistas revolucionarios. «La FAI se ha apoderado de la CNT», decían los sindicalistas reformistas, que no salían de su asombro ante la oleada revolucionaria.

No era cierto. Empezando por mí mismo, que no pertenecía a la FAI, aunque muchos pensarán lo contrario. Por lo menos el noventa por ciento de los militantes que ocupaban cargos en la Organización no pertenecían a la FAI.

Cuando se constituyó la Federación Anarquista Ibérica, en el verano de 1927 en Valencia, los anarquistas españoles carecían de órgano de relación. Eran individualidades en su mayoría. En algunas grandes ciudades, como Barcelona, existían pequeños grupos de afinidad con nombres simbólicos, como «Regeneración», «Fecundidad», «Luz y Vida». Hubo tiempo en que los grupos anarquistas de Barcelona fueron muy activos y se reprodujeron bastante. Luego surgieron discrepancias y divisiones.

El año 1919, coincidiendo con la huelga de «La Canadiense» y la del Sindicato de la Industria Hotelera, el movimiento en los grupos anarquistas fue notable. Pero el impacto de la revolución rusa se hacía sentir entre los militantes del anarquismo barcelonés. Por dicho motivo, el movimiento de grupos anarquistas estaba dividido en dos Federaciones locales, la de *Bandera Roja*, integrada por anarquistas que se definían como anarcorrevolucionarios o sindicalistas revolucionarios. Los de *Bandera Negra* se reunían en el Centro Obrero de la calle Mercaders.

En el mismo edificio, viejo caserón con gran escalinata de piedra labrada, había dos enormes salones. Uno habilitado para café, con venta de libros, folletos y fotografías de anarquistas y revolucionarios, a cargo de un compañero corpulento, llamado «el Trostki», que después sería uno de los primeros comunistas de España.

El otro salón servía para las conferencias y las reuniones de las Secciones del Sindicato de la Metalurgia. Por las paredes, bastante sucias, se veían los famosos conjuntos demostrativos de los perniciosos efectos del alcohol y fotografías de grandes anarquistas: Ferrer Guardia, Malatesta, Sancho Alegre

—entonces en presidio por atentar contra el rey— y otros.

Detrás de la sala de actos, un cuarto minúsculo servía de secretaría, lugar de reunión de los grupos y de reparto del periódico *Bandera Negra*.

Los de *Bandera Roja* se reunían en el Centro Obrero de la calle Vallespí, en la barriada de Sans, con su pequeña sala de café atendida por el compañero Blanch de Masroig. No lejos del local, tenían la máquina plana para la edición de *Bandera Roja*. Era una bodeguita en la que había también una máquina Gutemberg, para las hojas clandestinas, así como un pequeño arsenal.

Las represiones de los años 1918 a 1921 desorganizaron bastante las actividades anarquistas. Dejaron de salir los periódicos de las dos Federaciones locales de grupos anarquistas, y si bien no se acabaron los grupos de afinidad, como los que estábamos en torno de *Bandera Negra*, sí quedaron muy pocos. El anarquismo clásico fue desbordado por la nueva juventud revolucionaria que surgía de los sindicatos y de las grandes luchas de la CNT.

1923 fue un año de gran actividad en el movimiento anarquista barcelonés. Casi todos los grupos habían dejado de ser ideológicos, pasando la mayoría de ellos a llamarse grupos de acción. Se creó una Federación local de grupos, se formó un Comité regional de relaciones anarquistas. Se fundó el periódico *Crisol*, con fondos del grupo «Los Solidarios», editado por Felipe Alaiz y Liberto Callejas, que se repartía gratis, siendo de gran formato y de contenido muy nuevo. Por primera vez, un periódico anarquista exponía ideas y tácticas revolucionarias sin rendir pleitesía a las concepciones del pasado ni ser tan empalagoso como los periódicos que llenaban sus páginas con biografías y hechos del príncipe Kropotkin o del conde Bakunin. En las columnas de *Crisol* el anarquismo se hacía revolucionario porque vivía con el latido del proletariado.

La represión de Primo de Rivera acabó orgánicamente con los sindicatos, los grupos y los periódicos. Empero, el anarquismo no desapareció por completo. Como las esporas, el anarquismo, solo o acompañado, aguantaba la adversidad, luchaba, subía al patíbulo, iba a la cárcel. Estos eran los activos.

Además existían los que, en silencio, pensaban en el mañana, como Marcos Alcón, y el mañana lo veían con bastante inquietud, porque observaban que en el seno de la CNT clandestina se estaban desarrollando tendencias ideológicas que denotaban un arrivismo político que azoraba.

Entre estos militantes, no muy sindicalistas, pero sí eminentemente obre-ristas, nació la idea de ir a la constitución de una Federación Anarquista Ibérica, que englobase a todos los anarquistas de España y Portugal, con la finalidad de preservar a los futuros sindicatos de la CNT de las ideologías políticas reformistas que observaban en militantes como Ángel Pestaña y la élite que giraba en torno a él, como antaño lo hiciera a la sombra de Seguí y que a la muerte del «Noi» se segregaron de la CNT, como Salvador Quemades, Simón Piera, Valero, Mira, España y otros.

Los reunidos en Valencia constituyeron una FAI para que la CNT se mantuviera anarquista y revolucionaria.

Hasta el advenimiento de la República, la FAI había dado muy pocas señales de vida. Durante la dictadura de Primo de Rivera apenas si había alzado la voz. En realidad, los anarquistas que la constituyeron no habían sido nunca anarquistas de acción.

Habían tenido lugar luchas sangrientas llevadas a cabo por anarquistas que no eran ellos. Eran otros anarquistas, de temperamento y mentalidad muy distintos, y quedaba la incógnita de cuál sería su actitud cuando se hundiese la monarquía y del fondo de los presidios la amnistía los reintegrase a sus sindicatos y miraran a la cara a los que habían conservado la libertad, a los creadores de la FAI y a los que empeñaban el porvenir de la CNT suscribiendo compromisos en San Sebastián.

La CNT, que surgió de la clandestinidad al advenimiento de la República, tuvo que soportar la enorme pérdida de militantes que fueron absorbidos por los partidos políticos de izquierdas. De la provincia de Tarragona se fueron a la Esquerra las cabezas visibles de nuestras Comarcas de más importancia, como Joaquín Llorens, de Falset; Fidel Martí, de Valls; Folch y Folch, del Vendrell; y Eusebio Rodríguez Salas, «El Manco», que anduvo rodando por los grupúsculos marxistas de Tarragona.

Los comprometidos en el pacto de San Sebastián se veían casi dueños de la CNT. Su reformismo no tenía matiz ideológico. A lo sumo, se contemplaban dirigiendo una gran organización sindical, profundamente burocratizada y liberada de toda influencia anarquista, atenta a conducir las reivindicaciones de la clase obrera española por la vía de la legalidad republicana, con hileras de nuevos guardias de Seguridad para los inconformes y las cabezas calientes.

Definitivamente, parecía que lo que un día fue la gran CNT se había acabado totalmente. Cuando, de pronto, la FAI, aquella FAI mortecina de los reunidos en Valencia, a la que se habían incorporado algunos de los anarquistas liberados por la amnistía —entre ellos, yo— dio el gran salto.

El nombre de la FAI estalló en el aire con estruendo. No habían pasado veinte días desde la proclamación de la República y ya, con aquel acto del Primero de Mayo,¹ la FAI había polarizado los afanes revolucionarios de la clase obrera catalana y española.

La FAI había encontrado el gran camino. Vigía de la revolución anarquista y proletaria, tuvo una voz fuerte —la mía— en el Congreso nacional de 1931, en Madrid. Ciertamente que los reformistas de Pestaña, Peiró y otros se habían llevado la mayor parte de los acuerdos, que por algo fueron ellos los organizadores del Congreso. Pero se oyó la voz de la FAI, quedando perplejos la mayoría de los delegados de provincias, que llevaron a sus sindicatos los ecos de las intervenciones del delegado del Sindicato de la Madera de Barcelona.

Banderas de rebelión fueron las rojinegras de la CNT-FAI. Esperanza de la clase obrera fue la marcha hacia el comunismo libertario, incansablemente propagado al principio por la minoría de anarcosindicalistas de la FAI y luego por una mayoría dentro de la CNT.

Fue la culminación cuando aparecieron las tres banderas ondeando al aire en el gran balcón central del edificio de la antigua Capitanía general de Barcelona. En el centro, enorme, la bandera rojinegra. A su izquierda, la bandera catalana de las cuatro barras rojas sobre fondo negro, modalidad que aparecía por primera vez. Y a la derecha, la bandera de la República española. Pero la rojinegra indicaba que allí residía el Comité central de Milicias Antifascistas de Cataluña, que era el aliento y la seguridad para la obra revolucionaria que estaban llevando a cabo, por su cuenta, los sindicatos.

La FAI como muchos imaginaron o imaginan que fue, casi no existió, pues. Los que tomaron el acuerdo de crearla en 1927 —Marcos Alcón fue uno de ellos—, tras aquella reunión apenas si dieron un paso en favor de su desarrollo. Ignoro qué grupos abarcó en la península. Sí puedo asegurar que hasta bastante tiempo después de proclamarse la República no existió actividad de la FAI en toda la península.

En 1931 no existía en Barcelona Federación local de Grupos de la FAI, siendo posible, no obstante, que existiesen algunos grupos de afinidad. Existía, sí, el Comité peninsular, cuyo secretario y único componente, Juan Molina «Juanel», al tener que incorporarse al ejército me hizo entrega del archivo del Comité peninsular, encargándome circunstancialmente, por dicho motivo, de la Secretaría peninsular. Sin pertenecer yo a la FAI ni como miembro de grupo

1. [NDE]. Véanse las páginas 115 y siguientes.

ni como individualidad, pasé a ser su secretario. «Juanel» me entregó únicamente un sello de caucho que decía: «Federación Anarquista Ibérica — Comité Peninsular». Eso era todo. Ni actas de su primer congreso constitutivo ni de reuniones posteriores, si las hubo, de carácter peninsular, ni siquiera local. Tampoco me entregó archivo de la correspondencia, si la tuvieron, ni relación de Regionales ni Locales de grupos. Alguien —no recuerdo quién— se hizo luego cargo del sello y del Comité peninsular, posiblemente porque tuve que desprenderme de ello a causa de las persecuciones policíacas.

Pero si la FAI era prácticamente inexistente, cobraba diariamente resonancia el ser «faísta», o sea, partidario de realizar la revolución social enseguida, sin esperar a mañana ni a después.

El mañana y el después eran los puntos en que se asentaba la sedicente ideología de los reformistas de la CNT, los que se agrupaban en torno a Pestaña unos y a Peiró los otros, acabando todos ellos —30— por constituir un bloque, que fue adjetivado de «treintistas» por el número de firmantes de su Manifiesto, cuyo contenido se reducía a intentar demostrar que el afán de los «faístas» de realizar la revolución social había que postergarlo para mañana; mejor, para después.

Los «treintistas», carentes de ideología válida frente a los partidarios dentro de la CNT de ir a la revolución social enseguida, ahora mismo, tildaron en la polémica de «faísmo» y de «faístas» a los revolucionarios, siendo secundados por la mayor parte de la prensa republicano-catalanista, entre la que se distinguía el periódico humorístico *El Bé Negre*. A cambio, los «faístas» tildaban de «treintistas» a todos los reformistas, fuesen o no firmantes del Manifiesto de los Treinta. Ser «faísta» equivalía a ser anarcosindicalista revolucionario; ser «treintista» a ser anarcosindicalista reformista, perteneciesen o no unos u otros a la FAI o al grupo de los Treinta.

La pugna entre «faístas» y «treintistas» no derivó en violencias de tipo personal. Si fue fácil la reunificación en el Congreso de Zaragoza en 1936, en gran parte se debió a que la escisión apenas si llegó a serlo.

Sólo después del movimiento revolucionario de enero de 1933 se desarrolló en Barcelona la FAI, con algunos grupos constituidos a toda prisa, creándose por entonces un Comité local y un Comité regional de la FAI. Elementos aglutinantes de dichos grupos fueron Diego Abad de Santillán, quien se apoderó de la dirección de *Tierra y Libertad* y editó la revista *Timón* para poseer frente a la familia Urales sus propios órganos de poder; y Federica Montseny, que poseía los suyos con *El Luchador* y la *Revista Blanca*, ambos ajenos a las actividades de la CNT, pero con el propósito de apoderarse de su dirección. La CNT, por aquel entonces, parecía responder —sin ser cierto— a las directivas del llamado grupo «Los Solidarios». En realidad, lo que los miembros de aquel grupo hacían era encabezar los impulsos revolucionarios de la insurgencia latente en los trabajadores españoles, que pronto se percataron de la vacuidad de los propósitos transformadores de las élites republicanas burguesas.

Nuevos dentro de la FAI y del anarquismo barcelonés, esos grupos, en su lucha contra los miembros del todavía no reconstruido grupo de «Los Solidarios»,¹ tuvieron sus artes y sus mañas:

1. Oponerse a los ensayos revolucionarios y a la «gimnasia revolucionaria», mostrándose enemigos irreductibles de toda aproximación en el presente y en el futuro al comunismo libertario; alejados incluso del «treintismo», se constituían en núcleos contrarrevolucionarios.

2. Darse a «conocer» ante las autoridades del país como oponentes de «Los Solidarios».

1. [NDE]. Sobre los grupos «Los Solidarios» y «Nosotros», véanse las páginas 92-98, 125-128, 133-136, 161-164, 188-189, 19W91 y 629-633.

3. Sin hacer confesión pública de su manera de pensar ni de sus propósitos, utilizar como táctica una silenciosa campaña de insidias personales contra los miembros de «Los Solidarios».

4. Esta pequeña FAI de grupos contrarrevolucionarios —el de Federica Montseny, el de Abad de Santillan y el de Fidel Miró— no podía operar contra «Los Solidarios», porque éstos no existían como grupo ni pertenecían a la FAI como individualidades.

5. «Los Solidarios» sufrían continuas persecuciones y prisiones. A causa del movimiento revolucionario de enero de 1933, Jover, Ortiz, Antonio Martínez «Valencia» y García Oliver estaban presos y procesados. Quedaban en libertad Francisco Ascaso, Durruti, Ricardo Sanz y Aurelio Fernández. Con halagos cerca de Durruti y Ascaso fueron creando el ambiente propicio a sus propósitos. Se pediría a los dispersos «Solidarios» que se constituyeran en grupo y se dieran de alta en la FAI, «pues constituía un gran contrasentido que, en los mítines de propaganda de la CNT, hablásemos como "faistas" sin pertener a la FAI». Convencieron a Ascaso y a Durruti primero, y éstos a Aurelio y a Sanz. Los cuatro vinieron a la comunicación de la Cárcel Modelo y nos hablaron. A nuestras preguntas —mías, pues desconfiaba de los propósitos— nos dijeron que ellos estaban conformes si nosotros lo estábamos también. Habían pensado adoptar el nombre de «Grupo Nosotros». Accedimos a todo. Desde aquel momento pasábamos a depender de una camarilla de recién llegados.

Como siempre, «Los Solidarios» de ayer y «Nosotros» de entonces afrontamos con prisiones la represión de los movimientos revolucionarios de enero de 1933 y diciembre del mismo año, más los del octubre asturiano. Ahogada la rebelión de los mineros astures, se desencadenó una fuerte represión gubernamental en toda España. En Madrid dejó de aparecer nuestro periódico *CNT*; y nos dispersamos hacia nuestros lugares de origen los redactores: Ballester a Cádiz, Horacio Prieto a Zaragoza, Callejas y yo a Barcelona. Ascaso, Durruti y Aurelio Fernández fueron encarcelados en la prisión central de Burgos. A mí me alojaron en la Modelo de Barcelona, donde nos encontrábamos no menos de 500 compañeros detenidos, ninguno de los cuales pertenecía a los tres grupos contrarrevolucionarios mencionados.¹

1. [NDE]. Reproducimos a continuación una entrevista que el autor concedió a Eduardo de Guzmán y que fue publicada en el diario *La Tierra* (Madrid, 3 de octubre de 1931).

«[...] La razón de los ataques a la FAI escapa a los que no viven en nuestros medios. La causa de la indignación que contra nosotros sienten los firmantes del manifiesto, es que los grupos anarquistas han sacudido la tutela que en ciertas épocas llegaron a conseguir sentar. La pugna, en realidad, no es de hoy. Se inició en 1923, cuando los anarquistas vieron que tanto Pestaña como Peiró y la mayor parte de los firmantes del manifiesto no tenían la capacidad necesaria para afrontar los difíciles momentos que vivía España, en cuyo ambiente se respiraba la posibilidad de una dictadura militar. En un Congreso llegamos a señalar que antes de tres meses se daría el golpe de Estado con carácter absolutista, y en efecto y por desgracia se implantó la Dictadura, confirmando nuestros temores.

Esto, la mala dirección de la huelga de transportes y la incapacidad manifiesta para hallar solución al problema del terrorismo, llevó a los anarquistas a iniciar un movimiento que, si bien no tendía al desglose de la CNT, quería conseguir de este organismo que diera una solución revolucionaria a los problemas que España tenía planteados.

Los anarquistas se distanciaron entonces, no de la Confederación —por cuanto siempre han sido los elementos más activos de la misma—, sino de los hombres que como Pestaña, Peiró, etc., influenciaban la organización en un sentido fuera de la realidad.

Hoy pasa igual que entonces. Hace unos meses Pestaña y Peiró interpretaban la realidad republicana de España en el sentido de creer eficaz el Parlamento en materia de legislación social; los anarquistas, en cambio, convencidos de que la caída de la Dictadura se produjo, no por presión de los partidos políticos, sino porque la economía española había alcanzado su máxima elasticidad, discrepábamos de ellos, afirmando que los problemas sociales sólo podrían encontrar solución en un movimiento revolucionario que, al par que destruía las instituciones burguesas, transformara la economía.

Pero gritar «¡Viva la FAI!» era afirmar clara y concretamente la participación en un movimiento revolucionario cuya finalidad era la implantación del comunismo libertario. Igualmente, la bandera rojinegra del anarcosindicalismo se convertía en una síntesis cromática del comunismo libertario. Cuando en algún pueblo español los obreros, los mineros o los campesinos se cansaban de aguantar las tropelías de la Guardia civil y se sublevaban y tomaban el Ayuntamiento, en vez de proclamas escritas, izaban la bandera rojinegra en el balcón principal. Y todo el mundo se daba por enterado.

Cuando Ascaso y Durruti se dieron cuenta de la falsa posición en que se encontraban, buscaron una aproximación conmigo. En una asamblea del sindicato de la Madera, en el teatrillo del Centro Republicano de Pueblo Seco —calle del Rosal—, a la que yo asistía por ser militante de dicho sindicato, se me acercaron —entre junio y julio de 1931— ambos muy sonrientes.

—¡Hola, Paco, hola, Durruti! ¿Qué hacéis en esta asamblea de anarcosindicalistas y faístas?

—¿Nos vamos a tomar un café al Paralelo?

Nos sentamos a una mesita del bar La Tranquilidad. Martí, el dueño, nos sirvió los cafés. La noche era de espléndido verano, y a lo largo del Paralelo la gente, andante o sentada, gozaba de la suave temperatura nocturna. De abajo

Sin precisar fecha —prosigue Oliver— nosotros propugnamos el hecho revolucionario, despreocupándonos de si estamos o no preparados para hacer la revolución e implantar el comunismo libertario, por cuanto entendemos que el problema revolucionario no es de preparación y sí de voluntad, de quererlo hacer, cuando circunstancias de descomposición social como las que atraviesa España abonan toda tentativa de revolución.

Sin despreciar del todo la preparación revolucionaria, nosotros la relegamos a segundo término, porque después del hecho mussolinesco italiano y la experiencia fascista —Hitler— de Alemania queda demostrado que toda ostensible preparación y propaganda del hecho revolucionario crea paralelamente la preparación y el hecho fascista.

Antiguamente se aceptaba por todos los revolucionarios que la revolución, cuando llama a las puertas de un pueblo, triunfa fatalmente, quieran o no los elementos contrarios al régimen imperante. Esto podía creerse hasta el triunfo fascista en Italia, ya que hasta entonces la burguesía creía que su último reducto era el Estado democrático. Pero después del golpe de Estado de Mussolini el capitalismo está convencido de que cuando el Estado democrático fracasa puede encontrar en su organización fuerzas para derrocar al liberalismo y aplastar el movimiento revolucionario.

La FAI ha sido tachada por los firmantes del manifiesto de aspirar a realizar una revolución de tipo marxista, confundiendo lamentablemente la técnica revolucionaria —que es igual en todos aquellos que se proponen hacer un movimiento— con los principios básicos —tan dispares— del anarquismo y del marxismo. La FAI, en el momento que vive España, representa el fermento revolucionario, el elemento de descomposición social que necesita nuestro país para llegar a la revolución.

En el orden ideológico, la FAI, que es la exaltación del anarquismo, aspira a la realización del comunismo libertario. Y tanto es así, que si después de hecha la revolución en España se implantase un régimen parecido al de Rusia o al sindicalismo dictatorial que precorizan Peiró, Arín y Piñón, la FAI entraría inmediatamente en lucha con esos tipos de sociedad, no para hundirlos en un sentido reaccionario, sino para conseguir de ellos la superación necesaria para implantar el comunismo libertario.

[...] A nosotros no nos gusta prejuzgar sobre incidencias posibles o no del hecho revolucionario, pues entendemos que quienes se valen de hipótesis para sentar teorías dictatoriales no hacen otra cosa que poner de manifiesto las reservas que en el orden ideológico tuvieron siempre.

Un hecho revolucionario es siempre violento. Pero la dictadura del proletariado tal como la entienden los comunistas y los sindicalistas firmantes del manifiesto, no tiene nada que ver con el hecho violento de la revolución, sino que, en resumidas cuentas, se trata de erigir la violencia en una forma práctica de gobierno. Esta dictadura crea, natural y forzosamente, clases y privilegios. Y como precisamente contra esos privilegios y clases se ha hecho la revolución, el movimiento ha sido inútil. Y es preciso empezar de nuevo. La dictadura del proletariado esteriliza la revolución y es una pérdida de tiempo y energías.

llegaban los olores salobres del puerto. Estábamos en la parte más iluminada, que pertenecía por igual al Distrito V y al Pueblo Seco. Me gustaba la vida en aquella parte de la ciudad, en la que siempre viví o anduve. Bastaba con dar unos pasos y se encontraba uno en el corazón de Barcelona, las Ramblas, a las que se llegaba por la calle de San Pablo o la del Conde del Asalto, cruzadas por callejones estrechos y escasamente iluminados, en los pisos de cuyas casas estaban las sórdidas viviendas de los obreros del puerto, de la construcción, de los metalúrgicos y los ebanistas. Los bajos eran explotados por casas de comidas, bares, tabernas, cafés de camareras, billares, burdeles de toda clase y categoría: de pobres, de ricos, con mujeres o con hombres al acecho de las dos pesetas o del duro.

—Desde París no habíamos tenido ocasión de hablar detenidamente.

Era Durruti quien iniciaba así la conversación. Siempre sería el mismo, de maneras poco amigables. Diríase que el ego dominaba sus emociones.

Intervino Ascaso:

—¿Cómo ves la situación? ¿Cómo encuadras tu actuación dentro de los acontecimientos del país?

—El problema es complejo. Nuestro país no ha conocido una revolución. Vivimos entre trastos viejos, incluidos los hombres y las ideas. Y necesitaba hacer su revolución, siquiera para abrir las ventanas y airearnos. El advenimiento de la República, como una niña emperifollada de la clase media, ha

La FAI, en sus aspiraciones revolucionarias, no quiere tener en cuenta la revolución rusa. Queremos hacer una revolución de verdad, y esto es el hecho violento que destroza la costra de los pueblos y pone a flote los valores auténticos de una sociedad. Por eso no juzgamos el futuro revolucionario español. De hacerlo, tendríamos que afirmar que el comunismo libertario es posible en España, ya que nuestro pueblo es, en potencia, anarquista, aun cuando carece de ideología.

No hay que olvidar, además, que España y Rusia están situadas en los dos extremos de Europa. Entre ambos países no sólo deben haber diferencias geográficas, sino también psicológicas. Y esto queremos comprobarlo nosotros, haciendo una revolución que no tenga ningún parecido con la rusa.

[...] Los firmantes del manifiesto no han creído nunca en la posibilidad de la revolución española. Han hecho propaganda revolucionaria en épocas lejanas, pero hoy, cuando ha llegado el momento, se ha quebrado en ellos la ficción que mantenían.

No obstante, los firmantes del manifiesto, al percatarse de que habían sido arrollados por los acontecimientos, hacen ahora afirmaciones revolucionarias, remitiendo la realización del hecho revolucionario a fechas completamente absurdas de dos y más años, como si eso fuera posible ante la crisis general que la economía burguesa está atravesando. Además, dentro de dos años la revolución sería innecesaria para los trabajadores, porque entre Maura, Galarza y el hambre no dejarán un solo obrero vivo, sin contar con que para aquella fecha, si algún trabajador quedara, estaría oprimido por una dictadura militar, monárquica o republicana, que fatalmente se producirá visto el fracaso del Parlamento español.

[...] La CNT no necesita perder tiempo en preparar el hecho revolucionario en sus dos aspectos de organización destructiva primero y constructiva después. En la vida colectiva de España la CNT es lo único sólido existente, pues en un país en que todo está pulverizado, ella representa una realidad nacional que todos los elementos políticos juntos no podrían rebasar. En el orden constructivo revolucionario la CNT no debe aplazar con ningún pretexto la revolución social, porque todo lo que se puede preparar está ya hecho. Nadie supondrá que después de la revolución las fábricas tengan que funcionar al revés, como tampoco se pretenderá que los campesinos labren cogiendo la esteva con los pies.

Después del hecho revolucionario, todos los trabajadores tienen que hacer lo mismo que el día anterior al movimiento. Una revolución viene a significar, en el fondo, un nuevo concepto del derecho o hacer eficaz el derecho mismo. Después de la revolución los obreros deben tener derecho a vivir según sean sus necesidades, y la sociedad a darles satisfacción de acuerdo con sus posibilidades económicas.

Para esto no se precisa ninguna preparación. Únicamente se requiere que los revolucionarios de hoy sean sinceros defensores de la clase trabajadora y no pretendan erigirse en tiranuelos, só capa de una dictadura más o menos proletaria.»

sido un cambio de instituciones, pero no una revolución. Y la revolución hay que hacerla, llevada a cabo por los anarcosindicalistas, que somos nosotros, o por los comunistas, que si nosotros fallamos subirán como la espuma. Siempre que no se interfieran los fascistas, que son de temer. Siquiera en ello, comparo los puntos de vista de Malatesta expresados en su mensaje a los anarquistas del mundo, del que tuvimos conocimiento en París.

Ascaso apuntó:

—O dominamos la situación o la situación nos dominará a todos, debiendo entender por situación el fascismo. ¿Por qué el fascismo?

—¿Por qué el fascismo y no los comunistas, quieres decir?

—Exacto.

—Pues porque los comunistas no son revolucionarios. Para serlo, es menester amar la libertad. Ellos sirven para degollar la libertad, como hicieron aplastando a los soviets. Como hicieron en Italia, creando una gran alarma, que dio motivo a que los elementos de acción de las derechas se organizaran e impusiesen el fascismo.

—Por lo que dices —intervino Durruti—, debemos considerar que los sindicalistas reformistas como Pestaña aciertan en su esfuerzo por consolidar la República.

—Sí, pero sólo en apariencia. La República, asentada en un punto neutro, sin sufrir vaivenes de derecha ni de izquierda, se consolidaría y sería la paz. Un espejismo de paz, pues sería una república gobernada en defensa de los mismos intereses que defendió la monarquía. España necesita hacer su revolución. Y porque la necesita, la hará. Yo prefiero que sea una revolución anarcosindicalista, siquiera porque, alejados de toda influencia histórica, tendría el sello de la originalidad.

—Siempre hablas como un anarquista revolucionario, pero sin hacer mención de los argumentos de los anarquistas —comentó Ascaso—. ¿Y si concretásemos? ¿Nos unimos de nuevo? ¿No crees que sería conveniente dar nueva vida al grupo «Los Solidarios» y que nos diésemos de alta en la FAI?

—Supongo que habéis hablado de lo que os gustaría hacer. Lamento no coincidir con vosotros. Las circunstancias actuales son muy distintas de cuando fue creado el grupo «Los Solidarios». Eran otros los objetivos del momento. A la desesperada, nuestra Organización luchaba por sobrevivir. Y el clima de las circunstancias determinó la creación de un grupo, que, lamentablemente, fue un fracaso en los objetivos concretos que le asignó la Organización. Afortunadamente, constituyó un éxito en aspectos que no se había propuesto; dio aliento a la mística de invencibilidad de que se rodeó el anarquismo.

—¿Y no crees que eso basta para resucitarlo?

—El grupo adoleció siempre de un gran inconveniente: sus miembros nunca fueron solidarios entre sí, posiblemente a causa de la recia personalidad de algunos de ellos, que los hacía incompatibles.

—Es posible que tengas razón. Sin embargo, hemos hablado con Ricardo Sanz y con Gregorio Jover, y ellos, si tú estuvieras de acuerdo, aceptarían que diésemos nueva vida a «Los Solidarios».

—No he visto a Sanz desde mi regreso a Barcelona, por lo que ignoro cómo piensa. No quiero opinar sobre Gregorio Jover; en lo poco que lo traté, me dio la impresión de un exceso de individualismo, aparte de que nunca perteneció a «Los Solidarios». Pero sí he hablado con García Vivancos y con Alfonso Miguel. Pues bien, no quieren ni oír hablar de una posible reconstrucción del grupo: uno porque considera irresponsables a varios de sus componentes; el otro los conceptuaba de intratables.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó tajante Durruti.

—Pues que no éramos santos ni demonios, sino productos del medio, de las circunstancias.

•—Considera lo conveniente que sería que, reconstruido el grupo, ingresásemos en la FAI para darle una orientación.

—No, Ascaso. No comparto tu opinión al respecto. De la FAI, aunque hablo mucho de ella, sé muy poco. Conozco bien a algunos de sus miembros, y por ellos sé que no llegan a media docena los grupos que componen la Federación local. No pienso afiliarme a la FAI ni como grupo ni como individualidad. Opino que debe ser la CNT el centro de control. Para crear una mística revolucionaria, ciertos símbolos como CNT-FAI, anarcosindicalismo y banderas rojinegras se hacen indispensables.

—De donde nuestra reagrupación y afiliación a la FAI resulta inevitable, si no quieres contradecirte —arguyó sutilmente Ascaso.

—Te veo inclinado a agarrarte a las apariencias. Recuerda que en el restaurante de Magre me disteis la espalda. Porque las delegaciones extranjeras al congreso de la CNT y de la AIT giraban en torno a Pestaña y a mí no me hacían caso, no os sentasteis a comer a mi mesa; preferisteis hacerlo en la mesa en que comía Hem Day. Cuando os alejasteis, no pude por menos de decirme: Acaba de morir el grupo «Los Solidarios». Y añadí: —Posiblemente es lo mejor que podía ocurrir.

—Te concedo la razón. Aquella noche le dije a Durruti: No debimos dejarlo solo. Después de todo, está empezando desde cero, teniendo la razón histórica de su parte. Pues bien, juntos los tres, los cuatro o los cinco que quedamos de «Los Solidarios», con grupo o sin grupo, pero compenetrados y marchando al unísono, podríamos realizar la misma obra que llevas a cabo, pero en mayores proporciones. Bastaría con que nos reuniésemos de nuevo y nos repitieses la lección como cuando la muerte del Noi de Sucre.

Ascaso resultaba siempre convincente. Me avine a que nos reuniésemos los que quedábamos del grupo «Los Solidarios», sin formar grupo y sin compromiso de grupo. Cambiaríamos impresiones y procuraríamos marchar lo más de acuerdo posible. Aun con la presencia de Jover, al que invitamos, la reunión fue reducida: Ascaso, Durruti, Sanz, Jover y yo, ya que, como me temía, García Vivancos y Alfonso Miguel no quisieron participar, coincidiendo ambos en decirme: «Tú cuenta conmigo para lo que quieras, pero sin compromiso con los demás».

Coincidimos en que era necesaria una profunda capacitación revolucionaria de la militancia confederal. Para aquel entonces, la mayoría de sindicatos de la CNT había adoptado la línea «faísta». La agitación alcanzaba a todos los medios proletarios. Nunca se había realizado tan intensa obra propagandística, tanto oral como escrita. Mítines y conferencias casi a diario. Folletos, revistas, manifiestos. Las asambleas generales de los sindicatos, de palabra y tribuna libre, eran eficaces transmisores de la propaganda; lo eran también las columnas de nuestros diarios, *Solidaridad Obrera* de Barcelona, *CNT* de Madrid, *Fragua Social* de Valencia, *Solidaridad Obrera* de La Coruña. Paralelamente a la CNT se creaban agrupaciones activistas: Mujeres Libres, Juventudes Libertarias, Ateneos, centros obreros...

Esquerza Republicana de Cataluña fue perdiendo influencia y prestigio. Igual les ocurría a los partidos republicanos que se crearon en España para administrar en exclusiva el nuevo régimen. El Partido Socialista se corrompía aceleradamente; muchos de sus dirigentes eran llamados «enchufistas» por el afán de acumular cargos remunerados; se fueron olvidando de la clase obrera a que pertenecían, lo que facilitaba nuestra obra de crear sindicatos anarcosindicalistas en pueblos y ciudades de rancio abolengo ugetista.

Avanzábamos continuamente y en todos los frentes. A la labor diaria y persistente de capacitación ideológica y revolucionaria de la clase obrera, añadimos la preparación insurreccional. A propuesta nuestra, el Comité nacional llevó a un Pleno de Regionales la iniciativa de crear en la CNT los cuadros de Defensa, con la idea de dotar al anarcosindicalismo de un aparato paramilitar con el que, en su día, poder batir victoriosamente a las fuerzas armadas.¹

A petición del entonces secretario del Comité nacional, Manuel Rivas, escribí un folleto sobre la teoría y las tácticas a que debía ajustarse en toda España la organización de los cuadros de Defensa dentro de las secciones de Defensa de todos los comités regionales de la CNT.²

Que nos estábamos preparando para afrontar la revolución social, era evidente. El Estado republicano burgués apelaba a cuanto podía para obstaculizar nuestra marcha. En Madrid, Largo Caballero y su sindical, la UGT, con los comunistas. En Cataluña, de la Generalidad recibían fuertes impulsos los marxistas independientes de Moscú, llegándose a la unificación de todos ellos dentro del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), muy apegados sus dirigentes a Maciá, primero, y a Companys cuando éste, por defunción del «Avi» se hizo cargo de la presidencia de la Generalidad y de la jefatura de Esquerza Republicana. De allí procedieron también los impulsos para ver de escindir a la CNT, en la imposibilidad de desplazar a la dirección «faísta». Los militantes sindicalistas reformistas, en número de treinta, se reunieron y redactaron un Manifiesto, en el que concretaban su disconformidad con la marcha que los «faístas» habían imprimido a la CNT, declarando que la clase obrera no estaba preparada para hacer su revolución. Después de hacer público su Manifiesto, los «treintistas» —así se les llamó para siempre— se dedicaron a la tarea de crear sindicatos de oposición a la CNT, lográndolo en algunos casos. Los divisionistas del Manifiesto de los Treinta, incapaces de crear una mística, perdieron su público. Su líder, Ángel Pestaña, se fue quedando muy solo, y en actos de propaganda que organizaban apenas si lograban llenar las primeras filas de las salas. Los treintistas desistieron de aparecer en actos públicos. No ocurría así en los mítines organizados por los «faístas», quienes arrastraban a grandes multitudes. En todas partes se trató de un enfrentamiento de nuestra capacidad y la de ellos. Nunca se acudió a la violencia personal. La clase obrera se inclinaba por los hombres del anarcosindicalismo y tres nombres ejercían por entonces la máxima atracción: Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti y Juan García Oliver.

El acuerdo recaído en Pleno de Regionales de crear los Comités de Defensa con sus cuadros, lamentablemente no se plasmó en realizaciones. Únicamente en Barcelona fueron realidad. Se crearon, sí, secciones de Defensa en algunos Comités regionales, pero en la mayor parte de ellos no se pasó a completarlas con los cuadros de Defensa. Los que se fueron creando en Barcelona constituían unidades combativas bastante perfectas. Cada cuadro de Defensa se componía de diez miembros, uno de los cuales actuaba de responsable. El cuadro se reunía para tratar toda clase de problemas combativos. Organizados en forma de compartimentos estancos, no existían relaciones entre ellos. En cada barriada obrera de Barcelona un Comité de Defensa de barriada mantenía relación con los Cuadros y con el Comité de Defensa local. Aunque sin formar grupo específico, el Comité local de Defensa, que a su vez hacía funciones de

1. [NDE]. Sobre la lucha ideológica de este periodo véanse, en los apéndices de esta parte, algunos de los artículos y resúmenes de conferencias de Juan García Oliver, publicados o pronunciados en esta época; páginas 140-152.

2. [NDE]. Los esfuerzos realizados para hallar un ejemplar de dicho folleto han resultado vanos hasta hoy.

Comité de Defensa regional en Cataluña, estaba integrado por los que habíamos sido miembros del grupo «Los Solidarios»: Aurelio Fernández, Gregorio Jover, Ricardo Sanz, Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y yo.

Si bien no logramos una cabal interpretación y puesta en práctica de las normas de organización paramilitar de los cuadros de Defensa, sí fue generalizándose la teoría de la «gimnasia revolucionaria» en todo el ámbito español, donde los conflictos obreros entre nuestros sindicatos y las autoridades locales terminaban frecuentemente en enfrentamientos armados con la Guardia civil, con asalto de los ayuntamientos, izado en ellos de la bandera rojinegra y proclamación del comunismo libertario.

En Barcelona, la huelga del sindicato de la Construcción dio lugar a una lucha abierta entre núcleos de nuestras fuerzas organizadas para el combate y las del orden público. Empezó en una concentración nocturna entre San Adrián y la riera del Besos, en la que se repartió, estando presentes todos los miembros del Comité local de Defensa, cierta cantidad de armas **largas** con sus dotaciones de cartuchos. La marcha sobre la ciudad fue un fracaso —aunque para los objetivos de la gimnasia revolucionaria nunca existía fracaso—, imputable a la nocturnidad y a un fuerte aguacero que cayó, empapando las ropas y los ánimos de los componentes de la pequeña columna. Sanz, Jover, Ascaso, Durruti y yo nos quedamos a dormir en una obra desocupada que encontramos en el casco viejo de la ciudad, a espaldas del sindicato de la Construcción. A la mañana del día siguiente, al salir a la calle pudimos darnos cuenta de que las fuerzas del orden, integradas principalmente por unidades de Asalto, tenían bloqueadas todas las salidas frontales del sindicato de la Construcción, que se preparaban a tomar por asalto. Con el fin de facilitar la salida de los muchos compañeros que habían pasado la noche allí, nosotros cinco, más dos cuadros de Defensa de la barriada, abrimos un nutrido fuego de pistolas contra los grupos de guardias, que repelieron a la agresión disparando frenéticamente sus mosquetones en dirección a las esquinas que ocupábamos. Duró la lucha más de seis horas, logrando escapar del sindicato de la Construcción todos los compañeros. Una ligera herida de bala en la rodilla acabó por inmovilizar mi pierna, por lo que tuve que retirarme bastante después del mediodía. El doctor Tussó, trotsquista enamorado del anarcosindicalismo, me atendió la herida, acudiendo de noche a un lugar de la barriada del Pueblo Nuevo donde vivía el compañero Safón, tintorero, responsable de los cuadros de Defensa de la barriada.

(La aplicación de la «gimnasia revolucionaria» tuvo sus vaivenes: unos hay que tomarlos como fracasos para ser objeto de estudio y otros como de resultados prometedores. Del estudio de la «gimnasia revolucionaria» se desprendía que los compañeros de los Cuadros de Defensa se comportaban bien a pleno día y a la vista de «Nosotros». De noche y dispersos por toda la ciudad, no sentían los mismos ímpetus. La lucha de la Construcción duró de las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde aproximadamente. A plena luz y a pecho descubierto, sin barricadas, yendo de una calle a otra, de una esquina a otra, nosotros con pistolas y ellos, los guardias, con fusiles. Cuando quisimos la empezamos y la terminamos cuando lo creímos conveniente.)

La táctica de la «gimnasia revolucionaria» alcanzó un punto álgido en enero de 1933. La Federación nacional de Ferrovianos de la CNT acordó lanzarse a la huelga nacional en demanda de reivindicaciones ampliamente debatidas. Y señaló como fecha para iniciar la huelga el 8 de enero. Por conducto de su delegado en el Comité nacional de la CNT, pidió que las secciones de Defensa Confederada de todo el país la sostuviesen enérgicamente, para crear una situación de alarma en torno a su conflicto, pues en manera alguna querían perderlo, ya que, de fracasar, la posición de la Federación ante los ferroviarios de la

UGT, que eran mayoritarios, se vería seriamente comprometida. Se pidió al Comité de Defensa de Cataluña que prestara todo su apoyo a los ferroviarios. Sin pérdida de tiempo se pasaron las consignas a los cuadros de Defensa. La consigna fue: «Preparados a intervenir, con todos los efectivos de combate», lo que significaba un estrecho contacto de los cuadros con sus responsables, con todos los elementos disponibles en armas y explosivos. El plan fue meticulosamente estudiado por los que integrábamos el Comité regional de Defensa de Cataluña, asignándose a cada uno de nosotros un cometido insurreccional. El plan, además de acciones frontales en cada barriada, incluía la voladura de los edificios de Capitanía general, Gobernación y Jefatura superior de Policía, trabajo encomendado a la sección de Alcantarillas, a cargo de Ricardo Sanz, a quien se dotó de seis cilindros de envasar oxígeno, llenos de dinamita, para ser colocados en los desagües que aflúan a las alcantarillas.

La preparación del plan de acción nos llevó varios días y mucho dinero. Muchos de los compañeros dejaron de asistir a sus trabajos. La adquisición y traslado de los cilindros y sus cargas, más las granadas de mano y las pistolas que hubo que repartir, supusieron una fuerte inversión de dinero. Cuando, por conveniencias del Comité de Huelga de los ferroviarios, nos llegó la comunicación de suspender las acciones, consideramos, a propuesta mía, que no había lugar a ello, por considerar que nuestras fuerzas de choque se creaban por y para la revolución, pero no para maniobras de tipo sindical. Si se incurría en maniobras, pronto desaparecería el espíritu revolucionario de los que al entrar a formar parte de los cuadros de Defensa LO hacían convencidos de que no serían utilizados por conveniencias ridículas.

Y el 8 de enero se libró una de las batallas más serias entre los libertarios y el Estado español. Fue la lucha que más impacto tuvo en el aparato gubernamental y la que determinó que los partidos republicanos y el Partido Socialista perdiesen su influencia sobre la mayoría popular de los españoles.

En Barcelona y en Cataluña, la conmoción fue enorme al enterarse la gente de las terribles palizas que nos propinaron los guardias de Asalto en la Jefatura superior de policía, tanto a mí —pero a mí con predilección— como a mis compañeros, entre los que se contaban Gregorio Jover, Antonio Ortiz y «El Valencia», a más de otros cinco compañeros de un cuadro de Defensa de la barriada de Pueblo Nuevo, que caímos presos en una muy bien preparada trampa que nos tendió la Guardia civil. Pero lo que nos hicieron a nosotros en los pasillos de la Jefatura de Policía los guardias de Asalto, que se dedicaron a machacar nuestras cabezas y costillas con las culatas de los mosquetones, fue pálida orgía comparado con la brutalidad con que los guardias de Asalto llevaron el ataque contra el pueblecito *de Casas Viejas*, donde acibillaron a tiros y quemaron dentro de su casa al compañero «Seis Dedos» y a su familia.

Como piltrafas de carne machacada fuimos conducidos a la cárcel Modelo. Otros muchos compañeros habían sido detenidos en las barriadas y en algunos pueblos cercanos a Barcelona. Dentro de sus escasas posibilidades de triunfar, el movimiento de enero logró, desde el punto de vista de la táctica revolucionaria moderna, resultados extraordinarios: fue causa de descomposición de las izquierdas republicanas que usufructuaban el poder y de que perdiesen las elecciones a diputados que se celebrarían aquel año, así como de que tuvieran que abandonar la dirección de la vida nacional, pasando ésta a manos de de-rechistas del republicanismo.

Las repercusiones del fallido intento revolucionario de enero se dejaron sentir también en los medios confederales y «faístas».

La militancia anarcosindicalista, en los sindicatos, en los cuadros de Defensa, en las fábricas y en los talleres, se preguntaba qué había ocurrido en la

conducción del movimiento de enero, cuyas consecuencias represivas no habían alcanzado a Durruti, que no había sido detenido.

Como obedeciendo a una consigna, elementos raros al espíritu del proletariado catalán afiliado a la CNT procuraron infiltrarse en sus cuadros de dirección, valiéndose para ello de la FAI, a la que se afiliaron constituyendo pequeños grupos, y desde la que dominaron el periódico *Tierra y Libertad*, con Sinesio García Fernández (Diego Abad de Santillán) de director, tipo tan estafalario como su seudónimo y de quien se conocía su aparición entre los anarquistas de Buenos Aires. Tras él hizo su aparición Fidel Miró, precedente también de América, de quien no se conoció qué había sido de él hasta el momento de su aparición en Barcelona. Poseía maneras santurronas y tendencias monacales que lo llevarían al visiteo del monasterio de Montserrat. Siempre buscó situarse en los puestos de dirección de la FAI, de la CNT y de las Juventudes Libertarias. Santillán y Miró engancharon a su carro al bueno de José Jiménez, quien a su vez arrastró al liberal Mestres, de Villanueva y Geltrú, y entre todos a Federica Montseny, liberal radicalizada e hija de radicalizados liberales nacidos en Reus, mi pueblo natal, que aportó la colaboración de José Peirats y de Félix Carrasquer, ambos con aspiraciones intelectuales, colocándose el primero en la redacción de *Solidaridad Obrera*. Entre todos formaban una rara agrupación de clase media vergonzante injertada en la médula de la clase obrera.

Raros y dispersos elementos, a quienes unía un propósito: acabar con la influencia que ejercían los miembros procedentes de «Los Solidarios», aprovechar todas las oportunidades para destruir el prestigio personal de sus miembros. Empezaron por triturar a Durruti, por su opaca actuación en el movimiento del 8 de enero. En conferencia que pronunció en México, en el local de la CNT exilada, el compañero José Jiménez,¹ uno de los coligados del grupo de Miró y de Mestres, estando ellos presentes, explicaría detalladamente dicha conspiración.²

En las postrimerías de la etapa de gobierno de las izquierdas, gracias a hábiles maniobras jurídicas que realizó el Comité Propresos de la CNT y el abogado Medina, logramos salir en libertad todos los que fuimos detenidos la noche del 8 de enero. Se hizo valer una especulación jurídica: «¿Qué responsabilidad penal cabía a quienes, según nosotros, mismos declaramos, aquella noche y en el momento de ser detenidos, íbamos a la revolución social? íbamos, pero no estuvimos ni participamos en la revolución, debido a que fuimos detenidos antes de llegar a la revolución social, que no se produjo». Y añadíamos: «Si nuestra culpabilidad correspondía a una intención, ¿qué responsabilidad le correspondía al jefe del gobierno, Manuel Azaña, por haber ordenado tiros a la barriga?»

Un mes antes de salir en libertad, estuvieron a visitarnos a Jover y a mí, Ascaso y Durruti. Ascaso nos planteó muy hábilmente la conveniencia de que nos integráramos definitivamente en un grupo, por haber sido requeridos a ello por los Comités local, regional y peninsular de la FAI, pues consideraban una irregularidad que nosotros habláramos en los mítines y actos públicos

1. [NDE]. Véase la página 609.

2. [NDA]. Y añadía Jiménez: «He de confesar, ahora, cuan desacertada y nociva había de ser la actitud de los enemigos de García Oliver y de su grupo, pues debo confesar que, en el exilio y con la calma suficiente que proporciona la lejanía del medio geográfico en que nos desenvolvíamos, fruto de un riguroso análisis que he realizado de las actitudes y posiciones adoptadas por García Oliver, las encuentro justas y acertadas, propias de un compañero que demostró poseer una capacidad muy por encima de la que teníamos todos sus adversarios».

como si fuésemos parte integrante de la FAI sin que perteneciéramos a ella ni como grupo ni como individualidades.

—¿Qué opinas? —preguntó Ascaso.

—Tenía que llegar este momento. Ahora, los que desde los Comités dominan la FAI piensan en dominarnos también a nosotros —le contesté.

—¿Qué creéis que debemos hacer? •—insistió Ascaso.

—¿Por qué no nos dices lo que habéis decidido vosotros, los que estáis en libertad, tú, Durruti, Aurelio y Sanz?

—Hemos coincidido en que sería conveniente constituirnos en grupo, al que podríamos dar el nombre de «Nosotros», y pedir el ingreso en la FAI, con ocho miembros, nosotros cuatro y vosotros: tú, Jover, Ortiz y «El Valencia».

Tuvimos un ligero cambio de impresiones en el locutorio y accedimos a la propuesta de los de fuera.

Se constituyó el grupo «Nosotros» e ingresamos en la FAI. Se trataba de una transigencia con quienes ya dominaban aquella organización específica. Y los que ya la dominaban constituían, en potencia, la contrarrevolución; eran los mismos tipos de liberales que ya Bakunin tuvo que combatir. Aquellos «faístas» terminarían por dedicarse al estrangulamiento de la revolución proletaria, de la que los miembros del grupo «Nosotros» aparecíamos comi adelantados. Todos ellos eran fugitivos de la clase obrera que, como periodistas, maestros racionalistas o escritores, habían logrado el milagro de eludir las restricciones que imponía el acuerdo de no tolerar la duración de más de un año en los cargos retribuidos. I'sponían de mucho tiempo para conspirar contra el grupo «Nosotros», cuyos componentes tenían que repartir su vida entre el trabajo en la fábrica o el taller, el agobio de la asistencia a las reuniones, los mítines y las conferencias y la responsabilidad de los cuadros de Defensa. A la larga, teníamos que ser dominados y eliminados. Ellos, los componentes de la pequeña clase media intelectual o burocrática, valiéndose del acuerdo del Congreso nacional de 1931 por el que los dirigentes sindicales no podían aspirar, ni menos realizar, a una vida profesional en cargos de la Organización, estaban adquiriendo ventaja sobre nosotros, los anarcosindicalistas dedicados a la Organización y al trabajo. Eran mucho más peligrosos que los llamados treintistas; éstos se distanciaban ideológicamente, se proclamaban reformistas, a la luz pública, y no aparentaban ser «faístas» sin serlo. Los treintistas nunca dejaron de aspirar a una vida obrera ni renegaban de los derechos de los proletarios; sólo que se manifestaban porque fuesen logrados mediante etapas de superación. No así los falsos anarquistas y faístas que aparentando un radicalismo político, que no pasaba de ser radicalismo liberal, en materia social eran retrógrados como los magnates del Fomento del Trabajo Nacional, y de ninguna manera querían oír hablar de igualdad económica como aspiración central de la revolución social de la clase obrera.

Los miembros del grupo «Nosotros» no sentíamos gran preocupación viendo cómo las aguas sucias nos llegaban ya al cuello. Obreros manuales al fin, como tintoreros, camareros, ebanistas, seguiríamos en la misma rutina de militantes no profesionales. De ser eliminados, quién sabe si no saldríamos ganando; la eliminación y la separación de los puestos de responsabilidad entrañaría el fin de tener que ir periódicamente a la cárcel, el fin de las palizas que caían sobre nuestras espaldas. Nosotros casi siempre estábamos presos o perseguidos. En cambio, la mayor parte de la pléyade de lidercillos que aspiraban a sucedernos, ninguno de ellos estuvo nunca preso. A diferencia de los «treintistas», no podía decirse que su cultivo del liberalismo radical se debiera en ellos al cansancio de las prisiones y de las persecuciones. Eran adversarios nuestros porque, burgueses a fin de cuentas, se conducían como contrarrevolucionarios.

Cuando salí en libertad, hice como si me fuera alejando de la primera línea de combate. Al efecto alegaba la necesidad —y en parte era verdad— que tenía de recobrar me de las palizas que me dieron y de la gran pérdida de sangre que sufrí en el calabozo de la Jefatura de Policía, donde durante treinta horas estuve perdiendo sangre por una herida en la cabeza, gracias a lo cual me salvé, según el médico que después me atendió, de una fiebre cerebral.

Tenía el propósito de meditar sobre la situación orgánica, tanto de la CNT como de la FAI, a la luz de la nueva coyuntura creada por los recientes hechos revolucionarios. Las izquierdas gubernamentales del republicanismo estaban sumidas en el descrédito por la enloquecida actuación de Azaña, y era obvio que las derechas se harían con una mayoría parlamentaria que las llevaría a gobernar. Y lo harían tan duramente que habría que prestar atenta vigilancia a las reacciones demagógicas de las izquierdas. Me decía que mi concepción del péndulo para impedir la consolidación de la República burguesa iba a entrar en una fase decisiva. Hacía un año se había producido en Sevilla la primera manifestación, cuando Sanjurjo se puso al frente de una sublevación de monarquizantes que fue aplastada por la enérgica actitud de los anarcosindicalistas de Andalucía, que con su huelga general desbarataron el tinglado de los monárquicos.

Ahora, me decía, las izquierdas tendrán que acudir a la sublevación. Y habría que estar prevenidos, para no ser arrastrados por ellas. Nosotros no debíamos hacer el juego insurreccional de nadie. Opinaba que los acontecimientos se producirían de manera que nos permitiría hacernos con la dirección revolucionaria en España.

¿Cuál era nuestra situación al respecto? La CNT en Barcelona, en Cataluña y en la mayor parte de España tenía confianza en la dirección que seguían los miembros del grupo «Nosotros». No dejaba de ser curioso que nuestra posición, por representar un sentir revolucionario predominantemente mayoritario, por la mecánica que regula cuanto está vivo, fuese fundamentalmente de centro. Nuestros extremos, o eran conservadores, como los treintistas, o resultaban contrarrevolucionarios, como los liberales radicalizados. Los treintistas se separaron de nosotros, creando una posición débilmente de izquierda al objetar la falta de capacidad revolucionaria de la clase obrera española. Pero no se declaraban contra la revolución auspiciada por nosotros, lo que equivalía a tener que considerarlos en una actitud revolucionaria errónea. ¿Quiénes se encontraban, pues, a la derecha de la revolución social? Lamentablemente, había que situar en una posición de derecha contrarrevolucionaria a quienes se habían apoderado ya, muy cautamente, de los puestos de mando de la FAI, desde los que maniobraban para hacerse con los de la CNT. Esos elementos formaban nuestra derecha.

Me propuse observarlos detenidamente. Helos aquí en plena ejecución de sus tácticas. Constantemente se dedicaron a socavar el prestigio de Durruti, a quien sabían más apegado a su egolatría que a la solidaridad con sus compañeros de grupo. No carecían de sagacidad.

Durruti callaba, pero estaba intranquilo. «¿Tú crees —me dijo en cierta ocasión— que es justo que se me acuse de haber dado la espalda a la lucha en los hechos de enero? ¿Qué culpa tengo yo de que me dejasen en la estacada los compañeros de Sants y de Hospitalet? A mí, nada me ocurrió; y a ti, en cambio, te hicieron polvo a palos, es cierto. Pero quien ha salido ganando eres tú, que ya estás en libertad, ¡y hecho un héroe! Porque fuiste una víctima involuntaria, a ti nadie te critica, mientras que a mí, que si Durruti esto, que si Durruti lo otro...»

Lo que le ocurría a Durruti hizo que entrase en crisis el grupo «Nosotros». Era un tanto que podían apuntarse los liberales radicalizados que nos dispa-

rabán desde los puestos de avanzada de la FAI. De tal manera nos afectaba la sensibilidad herida de Durruti que en bastante tiempo dejamos de reunimos como grupo, y hasta dejamos de asistir como tal a las reuniones periódicas de la FAI, en la que teníamos como delegado a Ascaso. Volvimos a reunimos precisamente a petición de Durruti.

En la vida nacional, las elecciones a diputados al parlamento habían dado la victoria a las derechas republicanas. Las izquierdas no daban señales de querer sublevar. Pero alguien, entre Madrid y Zaragoza, maniobró. En Zaragoza radicaba entonces el Comité nacional de la CNT, y en Zaragoza también, dentro de la Organización, transitaban elementos muy politizados por los efluvios masonicorrepublicanos de Diego Martínez Barrio y por los de la tendencia sindicalista del pestañismo. Celebróse un Pleno nacional de Regionales en el que se acordó ir a un movimiento revolucionario para impedir que el poder fuese entregado a las derechas. El Comité nacional fue el encargado de constituir un Comité nacional insurreccional y pidió la incorporación del compañero Cipriano Mera, de Madrid, y de Buenaventura Durruti, de Barcelona.

Se reunió el grupo. Dada la actitud final de Durruti, cabe suponer que había pensado en irse a Zaragoza sin siquiera comunicarnos su decisión de aceptar el requerimiento del Comité nacional. Todos fuimos contrarios al proyectado movimiento revolucionario, concretando: 1. Que debíamos considerar sospechosa toda tentativa insurreccional acordada a espaldas del grupo «Nosotros». 2. Que los motivos alegados para la insurrección —impedir la entrega del gobierno a las derechas— no tenían por qué afectar a los trabajadores de la CNT, porque si los derechistas triunfaron se debía a que por nuestra propaganda antielectoral los trabajadores no habían votado. 3. Que nuestra propugnada «gimnasia revolucionaria» alcanzaba solamente a la práctica insurreccional de la clase obrera al servicio del comunismo libertario, pero, nunca, para derribar ni colocar gobiernos burgueses, fuesen de derecha o de izquierda.

Con el voto en contra de Durruti fue acordada la posición del grupo «Nosotros», votando a favor «Valencia», Ortiz, Jover, Sanz, Aurelio, Ascaso y yo. Durruti se fue a Zaragoza a incorporarse al Comité insurreccional revolucionario. El movimiento que llevaron a cabo fue de escasa importancia y de nulos resultados. El Comité, que se condujo a la antigüita, dando órdenes desde el sótano de una casa, fue finalmente detenido, pasando sus componentes a la cárcel de Zaragoza sin pena ni gloria.

Cuando los integrantes del Comité insurreccional fueron puestos en libertad, Durruti se encontró más criticado en Barcelona que después de enero. Nosotros no pudimos ayudarlo, porque Ascaso dio cuenta en las reuniones de la FAI de la posición del grupo y de la postura antigrupe adoptada por Durruti al aceptar un puesto en el Comité insurreccional de Zaragoza.

Entre los miembros del grupo «Nosotros», Durruti tampoco era bien visto. Solamente Ascaso, que ejercía mucha influencia en él, le toleraba su propensión egocéntrica. Los demás opinábamos que pertenecer a un grupo de afinidad para terminar por hacer lo que a uno le viniese en gana, no resultaba coherente. Nuevamente adquiría importancia la disyuntiva de García Vivanco y Alfonso Miguel: no resultaba conveniente formar parte de un grupo al que perteneciese Durruti, por su carencia de espíritu colectivo.

Y como Durruti nunca se solidarizaba con los demás miembros del grupo, sin habernos puesto de acuerdo, ninguno de nosotros adoptó su defensa. Y las críticas contra Durruti, iniciadas después de enero por los liberales radicalizados de la FAI, basadas en su ausencia de los lugares de lucha, subieron de tono después del movimiento de diciembre en Zaragoza, por la ridícula actuación del Comité insurreccional que no salió a la calle a combatir, y por

su preocupación porque no gobernasen las derechas, dando a entender que el gobierno de las izquierdas era óptimo.

Al fin, tuve una entrevista muy seria con Durruti.

—Tú sabes que la preparación de lo del rey en París no tuvo ni pies ni cabeza. Era inevitable su fracaso. A mí no me dolería si su fracaso hubiese servido solamente para reivindicaros a ti y a Ascaso de vuestras andanzas por América. Pero la situación en que quedamos Aurelio y yo, colgados en mitad de la calle sin dinero y sin siquiera poder ir a nuestras fábricas a cobrar lo trabajado, no debía habértela perdonado. Sin embargo, pese al papelito que me hicisteis al regresar a España, adoptando ostensiblemente la posición pestañista, olvidé esto y lo otro al aproximarnos Ascaso y tú con el deseo de reanudar, siquiera en contactos, la vida del grupo. Durante un tiempo marchamos bien, de lo que se benefició el movimiento revolucionario. Hasta enero, en que tuve que desplazarme de la barriada de Pueblo Nuevo a la de Sants-Hospitalet para ver qué te había ocurrido, pues no dabais señales de vida. Debería apuntarte en la cuenta del debe las palizas que recibí en Burgos y en la Jefatura de Policía. ¿Todavía te extraña el despego que sentimos por ti los del grupo? ¿Podemos nosotros solidarizarnos contigo, que siempre te comportas como si trabajases por tu cuenta? ¿Hemos de seguir sintiendo por ti la reserva de que cuando te convenga prescindirás de las opiniones del grupo?

—Creo que tienes razón en todo lo que me has dicho. Y tienes razón en que os dejamos en la calle sin dinero para poder moveros. Lo habíamos hablado Paco y yo, y habíamos decidido proveeros de dinero aquel mismo día, el de nuestra detención. En lo de enero, ¿quién sabe lo que ocurrió? Lo cierto es que ningún cuadro de compañeros acudió al sitio convenido, por lo que yo y Ascaso tuvimos que marcharnos a dormir. En lo de Zaragoza, fui víctima de las circunstancias. La mayoría de compañeros del Comité no conocían las tácticas nuestras de «gimnasia revolucionaria» basadas en que los jefes van delante. Pero hablemos claro: ¿crees que después de los varios fracasos revolucionarios todavía podemos esperar ver la revolución?

—Nuestros fracasos, Durruti, no nos han alejado de la revolución; antes al contrario, nos han acercado a ella. Casi podría decirse que se siente como si estuviere al doblar la esquina. La revolución se producirá como resultado de un proceso de descomposición del republicanismo burgués. Primero fue la sanjurjada en Sevilla; después el 8 de enero, que sacó de sus casillas a los jacobinos del republicanismo con sus «tiros a la barriga», dejando a la república burguesa sin tierra en sus raíces; luego, con el diciembre vuestro de Zaragoza, movimiento republicanosindicalista, que al no impedir la marcha a las derechas, abre las puertas a otros movimientos más serios que podrán producirse, lo mismo de extrema derecha que de extrema izquierda. Tenemos que aglutinar nuestras fuerzas y tenerlas preparadas para dar el salto hacia nuestra revolución, no haciéndole nunca el juego a nadie. De una vez por todas, Durruti, hemos de convencernos y convencer a nuestros compañeros de que no tenemos nada de común con los políticos, tanto de izquierda como de derecha.

—Entonces, ¿continuaremos juntos?

—Hemos de continuar juntos. Ante la mayoría de la clase trabajadora española, tú, Ascaso y yo aparecemos como los tres pies de ún mismo banco. Creen en la revolución de que tanto les hemos hablado. De aquí a entonces hemos de continuar unidos.

El Congreso de Zaragoza

Al Congreso de Zaragoza de mayo de 1936 fuimos nombrados delegados por el Sindicato Fabril y Textil de Barcelona Juan Montserrat, que era su presidente, Francisco Ascaso y yo. Entre nosotros no surgieron discrepancias. Con la conformidad de mis dos compañeros de delegación, tomé parte en los asuntos de mayor importancia y para los que llevábamos mandato de la asamblea del sindicato: la unidad con los llamados sindicatos de Oposición y el comunismo libertario. Ganamos en el primer asunto, al ser aprobada la fusión de los sindicatos de Oposición con la CNT.¹ Perdimos en el segundo, al ser desechado el dictamen del Fabril y Textil al pasar a ser refundido con media docena de otros dictámenes presentados.

No por ello nos sentimos molestos. Los delegados que votaron contra nosotros se comportaron discretamente, como si quisieran darnos a entender que así había sido siempre la CNT, en cuyos comicios no podían triunfar los dictámenes presentados por una unidad confederal. Había que plegarse a la costumbre que era elaborar en las comisiones dictaminadoras elegidas por los Congresos un dictamen nuevo, con las posiciones más opuestas contenidas en los varios dictámenes presentados. Había que evitar que un sindicato fuese considerado vencedor.

1. [NDE]. La intervención del autor sobre este asunto, en la quinta sesión del Congreso, según la transcripción dada por *Solidaridad Obrera*, fue la siguiente:

«*Fabril y Textil de Barcelona*: Glosaremos los acuerdos de nuestro Sindicato. Aparecemos en este pleito que se ventila entre la CNT y los Sindicatos de Oposición en circunstancias especialísimas. Fue Fabril y Textil de Barcelona el Sindicato torpedero cuando estallaron las luchas entre oposición y revolución. Y fuimos nosotros, personalmente, los más implacables torpedeadores. Al venir a defender en este Congreso el punto de vista de que debe terminar el pleito de la escisión confederal no hemos perdido el mínimo grado de nuestro carácter. Por el anarquismo y por la revolución mantenemos hoy esta otra. Para solucionar el problema de una vez hubiera convenido que estuviesen representados todos los Sindicatos de Oposición. Lógicamente a este Congreso debieron de apelar contra el decreto que les apartó de la CNT. Exactamente como se hace individualmente en los Sindicatos cuando alguien se siente injustamente apartado. El pleito se hubiera resuelto por formas orgánicas y perfectamente confederales. Tenemos, no obstante, que procurar que ninguna circunstancia entorpezca el propósito de restablecer sobre bases firmísimas la unidad confederal.

Para ello es indispensable sentar las causas de este proceso diciendo la verdad sin eufemismos. Hay una verdad de fondo y a ella vamos a referirnos. En 1931, a propósito del cambio de régimen político que se produjo en España, surgieron a flote dos tendencias que bullían en el fondo de nuestras conciencias desde mucho antes. La escisión estaba de antemano determinada por las divergencias sobre la forma de encarar la realidad de entonces. En 1931 había a favor del proletariado, a favor de nuestra revolución libertaria, circunstancias favorables a un trastocamiento de la sociedad como después ya no se han repetido. El régimen estaba sumido en la mayor descomposición; debilidad del Estado que aún no se había consolidado adueñándose de los resortes del mando; un ejército relajado por la indisciplina; una guardia civil menos numerosa; fuerzas de orden público peor organizadas y una burocracia medrosa. Era el momento propicio para nuestra revolución. El anarquismo tenía derecho a realizarla, a imponer un régimen propio de convivencia libertaria. El socialismo no había alcanzado su prestigio revolucionario con que hoy intenta rodearse. Era un partido vacilante de corte burgués. Decíamos nosotros **interpretando** aquella realidad: Cuanto más nos alejamos del 14 de abril, tanto más nos alejamos de nuestra revolución, porque damos al Estado el tiempo para reponerse y organizar la contrarrevolución.

Decían los de la Oposición: Cuanto más nos separamos del 14 de abril tanto mejor nos habremos organizado y equipado para el combate decisivo. Ayer afirmamos que se podía hacer la revolución y señalamos las causas que posibilitaban nuestra victoria, la victoria del comunismo libertario. Hoy decimos también, como en 1931, que se puede hacer la revolución. Pero entonces la única fuerza era la CNT. Entonces existían superiores circunstancias de orden revolucionario que después no se han reproducido. Hoy hay un Estado fuerte, fuerzas disciplinadas, burguesía arrogante, etc. Y aunque la revolución es posible y tenemos en ella confianza, ya no es lo mismo que durante el período que vivimos en 1931.

Entonces la única fuerza revolucionaria era la CNT. Había por lo tanto más circuns-

Los trabajos del Congreso, aparte del ridículo emplaste que se guisó sobre «interpretación confederal del Comunismo Libertario», fueron verdaderamente positivos, y se fue al *potpourri* de un dictamen que contenía un poco de todos

Yo pertenecía a la Comisión dictaminadora. Cuando me di cuenta de lo que se pasteaba, me reservé el derecho de mantener como votó particular el dictamen del Sindicato Fabril y Textil. Y fue precisamente cuando defendí ante el Congreso, punto por punto, el contenido de nuestro dictamen-ponencia, en el momento de hablar del «Ejército revolucionario», cuando el bueno e inconsecuente compañero Mera exclamó: «¡Que nos diga el compañero García Oliver de qué color querrá que sean los galones y entorchados!» Finalmente, la votación fue favorable al dictamen de conjunto. Para mí, ello no tenía mucha importancia, y todavía hoy me pregunto cómo se le ocurrió a Horacio Prieto, en tanto que secretario del Comité nacional, introducir en el temario a discutir en el Congreso el tema de «Concepto confederal del comunismo libertario». Dados el tiempo y circunstancias políticas en que iba a celebrarse el Congreso, en vísperas de un esperado golpe de Estado militar, ¿qué podía importar lo que se pensase sobre comunismo libertario? Al cabo, todos los ensayos que se hicieron durante la revolución fueron improvisaciones de franca orientación posibilista.

¿Qué pretendía Horacio? Ni él ni el Comité nacional presentaban dictamen alguno. Cuando todo eran preparativos para hacer frente al golpe de Estado militar que se avecinaba, cuando en Barcelona día y noche no hacíamos otra cosa que contar y recontar los fusiles, pistolas y cartuchos de que disponíamos, la presentación del tema del comunismo libertario me recuerda a la diosa Discordia, hija de la Noche, cuando después de haberse apoderado de

tancias de orden revolucionario específicamente comunista libertario. Hoy la revolución se divide con otras fuerzas y en este mismo Congreso tenemos que estudiar la posibilidad de una acción conjunta con la UGT. ¿Para qué fijarse en lo que ocurrió? Ellos nos difamaron y nosotros también los difamamos (Fuertes rumores. El orador grita entonces con energía:) ¡Hay que decir la verdad! En la lucha no nos perdonamos.

Tenemos que buscar la revolución uniéndonos a los más afines, a los que están más cerca de nosotros en la táctica y en el pensamiento. Hay discrepancias superfluas. Las de fondo ya las hemos analizado. No es motivo serio crear una escisión sobre el problema de las representaciones. Una organización como la nuestra es un aluvión al que afluyen constantemente riadas de elementos nuevos. Como no hay historia escrita, los que llegan estiman cuerdo pasar por encima de las resoluciones que muchas veces ni conocen.

En lo sucesivo hay que crear la democracia obrera. Se puede mantener con energía la necesidad de que se cumplan los acuerdos pero no hacer de este incumplimiento un motivo de división. Las cuestiones personales tampoco pueden ser un motivo para crear separaciones profundas. No hay perfección entre los humanos. ¿Quién no ha sido alguna vez escarnecido en el trabajo, en el Sindicato, en el propio hogar? No se puede escindir una organización por eso. Se debe trabajar desde dentro por que no prospere esa planta dañina. El voto proporcional tampoco es motivo de división. Durante el proceso que culminó en la escisión se quiso vencer a toda costa. Vencer obteniendo ventajas unos y otros. Otra cuestión que también se alega, pero que tampoco es motivo, es la de la trabazón. Lo que piensan los Sindicatos de Oposición sobre esto lo piensan también muchos dentro de la CNT y no se separaron de ella por eso. El propio Sindicato que represento propondrá un nuevo sistema de estructuración a los Comités Pro Presos por Sindicato. No ha habido supeditación de la CNT a la FAI sino al contrario. Los grupos anarquistas han servido a la CNT de instrumento en sus luchas. Pero ingerencia no existe. ¿Se puede hacer caballo de batalla de un hecho cuando hoy se propugna por la alianza con los socialistas que representan al fin de cuentas un pensamiento divergente? Problemas de interpretación de doctrinas, de mayorías y minorías. Ya lo dijo Juan López. La CNT aspiraba ayer y hoy a lo mismo. Pero lo que ayer era un deseo hoy tiene posibilidades de realización. [...]

Esto no es problema de discusión. Nosotros ponemos mano a la estructuración del Comunismo libertario. Pero esta concreción importantísima no puede ser otra cosa que la captación de la mayor suma posible de aspiraciones manifestadas en el seno de la CNT. Porque sería una petulancia imponer criterios parciales de grupo por encima de los del conjunto.

una manzana de oro del jardín de las Hespérides, fue al banquete de los dioses y, por no haber sido ella invitada, se presentó y dejándoles en la mesa la áurea manzana, se rió y desapareció. Sí, ¿por qué presentar aquella materia que había de ser motivo de continuas y desgarradoras querellas entre tirios y troyanos? ¡Meternos en las honduras de querer perfilar una teoría sobre qué se entendía por comunismo libertario a esas alturas!

En cambio, fue francamente positivo el acuerdo de reunificación de la CNT y la reincorporación de los Sindicatos separados, que era fundamental desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria. Este acuerdo, junto con el que recayó sobre proponerle a la UGT entrar a formar parte de una unidad de acción con la CNT, ponía de manifiesto la inteligencia revolucionaria del Congreso, pese a quienes estaban poseídos de un sentido contrarrevolucionario, que no eran precisamente los «treintistas», sino los Abad de Santillán, Carbó, Federica y otros. De la misma manera que hice todo lo posible por reunificar a la CNT, para que pudiera ofrecer un frente compacto en las luchas inevitables que se avecinaban, con la propuesta de hacer una unidad de acción entre la CNT y la UGT tendía a crear una plataforma suficientemente amplia donde cupieran todos los trabajadores españoles.

Dos intentos revolucionarios ha realizado la CNT: 8 de enero y 8 de diciembre. Con ellos hemos desbrozado considerablemente el camino. El primero de estos movimientos pulverizó completamente a las izquierdas después del crimen de Casas Viejas. Lanzó a las masas y al propio socialismo por la vía revolucionaria. Lo removió todo. Desenmascaró el ilusionismo político. Fracasamos en estos dos intentos, es cierto. Pero estos iracundos nos demuestran que por primera vez la CNT emprende luchas nacionales de vasta perspectiva. Sabemos que la CNT fue siempre hasta entonces una organización absorbida por las luchas gremiales contra el patronato. En el mundo se ignoraba qué era la CNT. Pero ahora se nos conoce en todos los países, representamos la esperanza mundial de una sociedad comunista libertaria. Hemos dado una bandera y un símbolo reivindicador a la clase obrera.

La CNT tenía un solo diario de cuatro páginas. Después ha salido otro diario en Madrid y *Solidaridad Obrera* de Barcelona ha crecido primero a seis páginas, después a ocho y dentro de unos días a doce. Esta es, camaradas de la oposición, la CNT que encontraréis al volver a ella. El problema de la escisión debe quedar zanjado en este Congreso. Necesitamos nuestras fuerzas sólidamente unidas para la acción revolucionaria en pro de nuestro programa.

Dije antes que durante la pugna entre Oposición y CNT empleamos todas las armas para vencer. Pero sólo en el orden individual. En lo colectivo fuimos profundamente leales. Al principio fuimos vencidos. Cuando quisimos imponer para *Solidaridad Obrera* directores de nuestra preferencia apenas obtuvimos unos votos. Pero no declaramos ninguna escisión. Seguimos luchando con ardor. Y fuimos al Congreso de 1931. También **allí** fuimos vencidos, pero ya no fuimos derrotados en las votaciones; teníamos ya una fuerza. Fuimos después al Pleno de la calle de Cabanas, vencimos esta vez y a los cuatro días aparece el manifiesto de «Los **Treinta**».

Camaradas de la Oposición: Las minorías vencen siempre cuando tienen razón. Que aprendan todos de nosotros, que luchen todos para conquistar la mayoría como nosotros luchamos. El que teniendo la razón de su parte no triunfa es porque no pone pasión en la propaganda de sus puntos de vista. A luchar, a vencer, pero que los acuerdos que recaigan en los comicios de la Organización sean respetados por todos. Que su acatamiento sea una norma. Pero todos dentro de la Confederación.»

Apéndices

El fascismo y las dictaduras ¹

Hay naciones gobernadas por dictaduras y naciones que por forma más o menos encubierta de gobierno tienen el fascismo. Fascismo y dictadura no son la misma cosa aun cuando aparentemente lo parezcan y en el fondo aspiren a serlo. Procuremos aclarar esto.

Italia *es* un país que ha tenido *un* dictador —Mussolini— y ahora tiene el fascismo. Hace nueve o diez años, y menos también, si alguien hubiera suprimido a Mussolini, la dictadura italiana se habría hundido. Por aquel entonces, Mussolini ejercía una dictadura personal a la manera de Luis XIV, que decía que el Estado era él. El fascismo todavía no había adquirido la concreción moderna por la cual se define que el fascismo es la exaltación del Estado y la negación de la personalidad individual y colectiva de las multitudes. De una manera más concreta, según los tiempos que vivimos, que el fascismo es la superación del Estado burgués y demócrata.

Eran aquellos los orimeros balbuceos de las dictaduras, durante los cuales nadie, ni Mussolini, ni Primo de Rivera, podían llegar a suponer que sus revoluciones reaccionarias llegarían a constituir una teoría de gobierno de la que no podría prescindir ningún Estado burgués, demócrata o reaccionario.

Dictadura, pues, es esto: forma personal de gobierno que dura lo que alcanza la vida o el poder de quien lo ejerce.

Fascismo es el concepto de gobierno que anula la personalidad del individuo y destruye todas las conquistas de la Revolución francesa.

De confundir los términos dictadura y fascismo, se han originado casos verdaderamente paradójicos. En la España de Primo de Rivera, por ejemplo, se creía que estábamos bajo un régimen fascista, siendo así que la dictadura de Primo de Rivera tenía más de demócrata que el contenido de muchas democracias de entonces y pretendidas democracias de ahora. Primo de Rivera, hasta cierto punto, era respetuoso para con sus enemigos: no mandaba fusilar a los hombres por la calle, como suele hacerse ahora sólo por mantener intangible el concepto fascista de que el Estado es la suprema razón de todo. Primo de Rivera creía en el pueblo, ya porque le temiese, ya porque pretendiese engañarle, y por esta misma razón se nos aparece como el gobernante más verdaderamente demócrata que ha tenido España al conceder, durante sus siete años de dictadura, nada menos que cuatro indultos generales. Para Primo de Rivera, no solamente tenía un valor cada ciudadano, sino que incluso se lo reconocía a los presidiarios. Por eso los mimaba, por eso les daba indultos. Primo de Rivera era un pobre dictador demócrata, pero no fascista.

Mussolini ha pasado por dos períodos como dictador. El primero, es aquel en que, al igual que Primo de Rivera, creía todavía en los individuos y en el pueblo. Su dictadura era personal, algo democrática. Dictadura de arengas a las multitudes sin valor, de indultos generales, de poses ingenuamente horripilantes, pero que tendían a que el pueblo le contemplase. Repetimos: si durante éste su primer período de dictadura hubiese sido suprimido Mussolini, la dictadura se habría hundido con él. Ahora, ya no, porque ya no hay dictadura en Italia, sino fascismo, eso es: sujeción absoluta del individuo y del pueblo al Estado. Y es por eso que ya casi no se habla de Mussolini, ni se dan indultos en Italia, ni el «duce» aparece ante el objetivo del fotógrafo en aquellas ingenuas poses de traganíños.

Y es que el fascismo italiano ha tenido que aprender mucho del verdadero fascismo de Estado que los socialistas y demócratas del mundo han elevado a teoría moderna de gobernar los Estados burgueses.

Hay dos países en la tierra que se prestan para el estudio de lo que es el fascismo y la dictadura: Alemania y España. En Alemania, hay un mono —Hitler— que pretende implantar el fascismo teatral precisamente en un país donde el fas-

1. *Tierra y Libertad*, 1 de abril de 1932.

cismo verdadero ya no existe. Contra las pretensiones de este mono imitador de Mussolini, el gobierno alemán acaba de decretar una ley de excepción, con la que se amenaza castigar severísimamente toda clase de extremistas. Excepto, como es natural, el extremismo de Estado que los gobernantes llevarán a cabo.

Si el fascismo tiene por objeto supeditar el pueblo a los intereses del Estado burgués, y el gobierno alemán acaba de anular de un solo plumazo la **personalidad** de los alemanes, ¿no resultará idiota todo cuanto de aquí en adelante realicen **Hitler** y sus secuaces para al fin llegar, si vencen, a la misma situación de negarles a los alemanes toda clase de derechos individuales y colectivos?

Algo parecido ocurre en España. Unos partidos republicanos que soliviantan el pueblo contra las dictaduras de Primo de Rivera y Berenguer. Un pueblo que un día se levanta borracho de entusiasmo y que no solamente derroca las dictaduras, sino que hunde una Monarquía. A todo esto le sucede una propaganda electoral. Hay promesas de libertad y de derechos. Una Constitución liberalísima en perspectiva de ofrecimientos. Votación unánime de todo un pueblo que se siente rejuvenecido. Después de mucho discutir los elegidos y de mucho aguantar y callar los electores, se le da al pueblo una Constitución, código fundamental de sus derechos de ciudadanía. Y, cuando ya creyéndola suya quiere incorporarla a su vivir cotidiano, le ponen a esa Constitución un apéndice provisional que dice: Ley de Defensa de la República. Total, que el individuo y el pueblo quedan anulados; que el fascismo, razón e interés supremo del Estado, triunfan cual nunca triunfaron durante las dictaduras democráticas de Primo de Rivera y Berenguer. Esta es, pues, la diferencia fundamental que hay entre las dictaduras y el fascismo: que una dictadura puede llegar a ser democrática, mientras que un gobierno fascista no lo será nunca. Porque el fascismo es la negación absoluta de los derechos del individuo y de las colectividades.

¿Quiere esto decir que los gobernantes de ahora sean peores que Primo de Rivera y Berenguer? No. Lo que ocurre es que quienes actualmente rigen los destinos de España saben una cosa que ignoraban los dos generales dictadores: Que en la actual época de descomposición del régimen capitalista, no es posible que subsista ningún Estado burgués si éste no anula las libertades del pueblo. Y como que la personalidad individual y colectiva de las multitudes es su más elevada conquista de libertad, se impone que el Estado se la arrebate.

Y hace bien el Estado burgués en plantear el problema de esta manera tan tajante.

Así las multitudes no podrán llamarse a engaño. Quien quiera puede darse cuenta de que la solución racional del problema no está en que sean éstos o aquéllos quienes gobiernan una sociedad burguesa, sino que lo importante estriba en acabar pronto y definitivamente con el régimen capitalista.

García Oliver

El avance fascista en España ' 1

No ha mucho, en estas mismas columnas de «TIERRA Y LIBERTAD», publiqué un artículo con el epígrafe «Las dictaduras personales y el fascismo». Se trataba de un ensayo que pretendía crear una definición de las notables diferencias existentes entre los gobiernos de tipo fascista puro y los regímenes de dictadura personal.

La importancia de un ensayo periodístico consiste en que, por tratarse de un ensayo, se debe teorizar desde un punto de vista original no importa sobre qué problema universal de la vida moderna o del pasado histórico.

Ante mi personal manera de definir el contenido democrático o reaccionario de las dictaduras personales y fascistas en relación con la vida social y política de España (que para muchos era todavía —si es que no sigue siendo— una nebulosa) lo menos sorprendente es que no faltaron discrepantes, aunque éstos hubieran de ser de aquéllos que poco tiempo después habían de darnos la razón, si no por otra cosa, al menos en el infantil y disculpable propósito de prestarle un poco de razón

1. *Tierra y Libertad*, 2 de abril de 1932.

y variedad a ciertos pinitos literarios de mal gusto que sobre el significado y representación de ciertas banderas rojinegras se publicaron.

El tiempo, en su hablar claro y elocuente, nos ha dicho hasta qué punto, en la escala de las variantes y gradaciones, se diferencian las dictaduras personales a lo Primo de Rivera, de los fascismos a la manera de la actual república española.

Las dictaduras de tipo personal tienen dos cometidos a realizar: uno, el inmediato, dar el triunfo político a un partido, casta o dinastía, y el otro motivo, mediano y lógica consecuencia de la sociedad capitalista actual, la defensa del orden, principio de autoridad o lo que es lo mismo, salvaguardia «statu quo» burgués. Pero los regímenes fascistas, simplifican la cuestión, ya que, su solo y único papel consiste en defender rabiosamente los intereses de los pequeños y grandes capitalistas. Una dictadura personal, como así ocurrió en España, puede tener en contra a obreros y burgueses. Una dictadura fascista, no solamente no tendrá en contra ni un solo burgués, sino que los burgueses, en masa, aplaudirán frenéticamente los atropellos fascistas.

Y es preciso volverlo a repetir, sin que por ello se quiera entender que nos pronunciamos por tal o cual tipo de dictadura, antes bien lo que hacemos es con el propósito de ponerlas bien al descubierto para que así se puedan combatir más eficazmente. En la dictadura de Primo de Rivera había un sentido mucho más hondo de democracia que en el espíritu fascista de la república actual. Sobre Primo de Rivera, pesaba todavía el fetichista y popular concepto de la legalidad constitucional de un pueblo. Y solamente después de haber destruido esa legalidad constitucional, suspendiendo previamente la Constitución y poniendo en vigor la ley de Orden Público, instauró la censura en la prensa y encarceló gubernativamente a los españoles porque ya no podían hacer valer legalmente sus derechos de ciudadanía.

Quien procede de esta manera, lo hace legal y democráticamente, pues ya es sabido que en la Constitución del 76 se consignaba que ella podía ser suspendida en su totalidad durante un plazo máximo de seis meses.

¿Que los seis meses se convirtieron en seis años? ¡Qué más da! Lo importante es que Primo de Rivera, cuando empezó su ridícula función de dictadorzuelo, creía, o aparentaba creer, en el pueblo y en su legalidad constitucional.

No así la República. El fascismo republicano de ahora, régimen de clase, que no cree ni tiene por qué creer en el pueblo (en todo aquello que se quiera entender por pueblo el ser ciudadano de una nación sin constar en los registros de la propiedad), encarcela gubernativamente a miles de ciudadanos sin tomarse siquiera la molestia de haberles desposeído antes de sus derechos constitucionales.

Lo que equivale a decir el cinismo elevado a la quinta potencia en el arte de gobernar.

El cinismo: he aquí la espiritualidad fascista. Este descubrimiento nos permite una rápida clasificación de hombres y métodos gubernamentales. No es posible equivocarse: el fascismo procede del mismo punto de origen del jesuitismo.

Así, pues, cuando vemos que un hombre, en su continuo luchar diario, aguanta fríamente todos los ataques y responde con una sonrisa a palabras y apreciaciones que harían enrojecer un mármol blanco, podemos clasificarlo en seguida de la siguiente manera: jesuita antes de triunfar, y fascista durante el triunfo y mientras esté en sus manos el poder que éste le reportó.

La única variante sensible que existe entre el jesuita y el fascista es que aquél, se vale de un cinismo solapado y éste de un cinismo groseramente ostensible.

Esto es España: República de trabajadores que una perfecta ecuación de álgebra sociológica nos explica así: República de trabajadores regida por burgueses y millonarios con auténticos trabajadores en las cárceles y deportaciones, igual a cinismo como fórmula de gobierno.

Aquí ya se pueden cometer ahora los más bajos atentados contra la Constitución y los ciudadanos proletarios. Todo seguirá igual, nada se hundirá. Porque la importancia cínica de un fascismo bien organizado, no es otra que el que se puedan cometer los más estupendos atentados contra los trabajadores y la «Constitución de trabajadores», sin que por ello se le corte la digestión a nadie. Fría-

mente, ante las mismas narices de los hombres, a la luz del día y en circulación los periódicos, se pueden cometer los más bárbaros atropellos y todo permanecerá sordo, mudo y ciego. Por algo el fascismo ha ido avanzando lentamente, envenenando poco a poco la conciencia ciudadano del proletariado a fuerza de reír cínicamente ante toda manifestación de protesta por su criminal manera de proceder.

Al principio, el fascismo, que es todavía jesuitismo, inicia en pequeña escala sus atentados a la libertad del pueblo trabajador. Este contesta a los primeros atentados con cantidades enormes de energía protestataria. Pero el tiempo pasa y el fascismo va dando cada vez mayores zarpazos que ya casi no consiguen hacer reaccionar al pueblo cansado de luchar. Este es el momento de máxima brutalidad fascista, de atropellos incalificables, cínicos, perpetrados descaradamente a la luz del día, sin temor a nada, porque la prensa burguesa en su importante totalidad, es suya, y, el pueblo, aniquilado de tanto luchar, contempla atontado el desenvolvimiento gradual y violento porque pasan las víctimas directas del fascismo.

Esto es España, República de trabajadores. Hombres torturados por doquier, doloridos, sufriendo, amargados. Cárceles llenas de trabajadores, buques abarrotados de parias.

Contra el fascismo no vale el gritar, protestar y poner de manifiesto sus crímenes. El fascismo no tiene conciencia, es único, por lo que lo mismo le da que le digan bueno que malo. Al fascismo no se le puede combatir, como a las dictaduras personales, mediante la crítica, el ridículo y el atentado personal. Al fascismo sólo se le debe combatir llevando la lucha a todo el gran frente de batalla moderno: a un lado, los privilegiados, burgueses y aburguesados, y en frente, las multitudes proletarias.

Si España gime ahora bajo el yugo fascista no se culpe de ello a los revolucionarios. El fascismo italiano no lo trajo la ocupación de las fábricas, sino la traición de los socialistas. También en España el fascismo lo ha traído la traición. Porque lo que trae el fascismo a los pueblos no es la Revolución, sino los traidores de la Revolución.

García Oliver

Prisión celular, 16-3-32.

Por los fueros de la verdad '

Reunidos en la cárcel de Barcelona, el día 9 de marzo de 1932, los presos sociales que suscriben, militantes todos de la Confederación Nacional del Trabajo, y una vez leído en alta voz, a requerimiento de varios compañeros, el artículo de Ángel Pestaña publicado en «Cultura Libertaria» del 4 del corriente con el título «Ante una campaña», acuerdan por unanimidad abrir discusión sobre el mismo, lo que [se] efectúa en el acto.

Ante la afirmación de Ángel Pestaña, en el mencionado artículo, relativa a la supuesta falta de pruebas con que se le acusa, pide la palabra el camarada García Oliver, quien da detallada cuenta del informe suscrito por él mismo y dirigido por el Sindicato de la Industria Fabril y Textil de Barcelona, al que representa por designación de asamblea general en el Comité nacional de la Confederación, cuya secretaría desempeña Pestaña. El camarada García Oliver afirma concretamente:

Que el Comité nacional se reunió en sesión el 9 de febrero por la noche, con asistencia, entre otros delegados, de García Oliver y del secretario.

Que éste dio lectura a las notas enviadas por las distintas regionales, en contestación a la circular remitida a las mismas, en cuya circular se preguntaba, a requerimiento de la Regional de Aragón, Rioja y Navarra, si se creía conveniente ir a una huelga general en toda España o adoptar alguna actitud semejante con objeto de impedir las deportaciones anunciadas por el gobierno.

La primera contestación leída, fue la de Levante, que aceptaba la huelga general para impedir las deportaciones, ya que, de no hacerse aquel movimiento, no se po-

dría evitar que la gente se lanzara tumultuosamente a la calle, caso de ser deportados los compañeros.

La Regional galaica manifestaba que, aunque muy quebrantada por efecto del último movimiento, haría cuanto pudiera por generalizar el paro, con objeto de evitar las deportaciones, si éstas habían de ser llevadas a cabo.

La Regional asturiana aceptaba la huelga general, entendiendo que, en caso afirmativo, es decir, si cundía el propósito, era preciso que el movimiento de protesta fuera lo más completo posible, para lo cual, si hubiera tiempo, convenía hacer una campaña de agitación.

La Regional de Aragón, Rioja y Navarra, afirmaba haberse reunido con las Comarcas intactas después del último movimiento, acordando hacer todo lo posible para que la huelga se extendiera.

La Región Centro manifestaba que acaso pudieran evitarse esas deportaciones yendo una comisión de la Confederación Nacional del Trabajo a entrevistarse con el gobierno, coincidiendo la visita con una gran campaña de protesta.

Aseguró Pestaña seguidamente, que faltaban las contestaciones de Cataluña, Andalucía, Norte y Baleares, añadiendo:

—Anteayer, domingo, escribí una circular a todas las Regionales diciendo que, de la consulta hecha sobre si se iba o no a una huelga general para impedir las deportaciones, resulta que la mayoría de las organizaciones regionales coinciden en la necesidad de una gran campaña de propaganda, sin perjuicio de que se haga después lo que se crea más conveniente. Permitidme que os diga que yo —añadió Pestaña— envié la circular en cuestión sin contar con el Comité nacional porque al fin no se trata de cosa de importancia y así se adelanta tiempo.

El camarada García Oliver prosigue su informe diciendo:

Pestaña ha incurrido en las siguientes gravísimas faltas:

Primera: Decidiendo por sí y ante sí; sólo él, arbitraria y dictatorialmente, por tanto, con el nombre y sello del Comité nacional y a espaldas de éste, un asunto de tanta gravedad cual era la pregunta relativa a la actuación más conveniente para impedir las deportaciones, constituyendo la actitud de Pestaña una usurpación de funciones que competen al Comité nacional, usurpación consumada con abuso de confianza, por el hecho de tener Pestaña el sello de aquel Comité en su poder.

Segunda: Contestando que la mayoría de las Regionales coincidían en no hacer la huelga general y sí la campaña de propaganda, siendo así que, de una manera concreta, sólo la Región Centro (de las cinco que contestaron) no emitía criterio favorable a la huelga general, y significando el hecho consumado por Pestaña una tergiversación imperdonable del espíritu y letra de los comunicados regionales que llegaron al Comité nacional.

Tercera: Contestar Pestaña por cuenta y riesgo del Comité nacional y a espaldas de éste, en perjuicio de los que habían de ser deportados, y redactar y enviar las contestaciones sin reunir al efecto al Comité nacional, sin tomarse siquiera la leve molestia de pedir la contestación al Comité regional de Cataluña, que reside en Barcelona y sin esperar ni interesar las contestaciones de Andalucía, Norte y Baleares, siendo como son Cataluña y Andalucía las Regionales más potentes y también las más afectadas por el problema de las deportaciones. Al enviar Pestaña por separado a cada Regional la circular de «no huelga general», dando a entender que habían contestado la mayoría, cuando faltaban por hacerlo más de la mitad de los efectivos de la Confederación y cuando las Regionales que lo hicieron, aparte una, se mostraban favorables a la huelga general, representa un engaño alevoso y premeditado al proletariado confederal, ya que imposibilitó que se impidieran las deportaciones y ya que, cuando las Regionales debieron recibir la circular de no huelga general, debió ser dos días después de enviadas, o sea el martes por la noche, cuatro o cinco horas antes de que el «Buenos Aires» abandonara el puerto de Barcelona.

De todo ello se deduce que la precipitación con que obró el gobierno desde el lunes —un día después de salir las circulares de Pestaña— en lo concerniente a la partida del «Buenos Aires», obedecía a que sabía el gobierno que la circular de Pestaña imposibilitaba toda protesta eficaz por parte de la Confederación Nacional del Trabajo y también se deduce que, sin dicha circular, la salida de los deportados no se hubiera realizado nunca, como lo da a entender la circunstancia de que trans-

currieron muchos días desde el movimiento de Figols hasta que inesperadamente para todo el mundo, se dio orden de partida al barco.

Aclarados y concretados los cargos que hace el camarada García Oliver a Pestaña, piden la palabra varios compañeros.

Sánchez, de la Metalurgia, desiste de hablar a causa de las interrupciones que se le hacen, aclarando algunos puntos que demostraba desconocer, a juicio de los firmantes, consiguiendo decir, antes de cesar en el uso de la palabra, que, de ser verdad cuanto afirmaba García Oliver, se sumaría a cualquier petición adversa a Pestaña, pero que también se adheriría a una sanción contra García Oliver, en caso de no resultar ciertas las acusaciones consignadas contra el secretario del Comité nacional, a lo que se adhiere García Oliver.

Alcubierre y Picas hacen uso de la palabra a continuación, abundando en las afirmaciones de García Oliver contra Pestaña.

Bilbao hace resaltar la traición de Pestaña, confeccionando los Estatutos de la Unión Local de Sociedades Obreras y sindicatos legalizados, que, al sentar los jalones para organizarnos como la actual Federación del Puerto, formó la guardia amarilla de Primo de Rivera, con sus Comités paritarios y su acomodamiento al ambiente político de la dictadura, que asesinaba, deportaba, encarcelaba y perseguía a gran número de compañeros, extendiendo entonces Pestaña repetidamente el acta de defunción de nuestro querido organismo confederal y mereciendo un varapalo de su actual compinche Peiró. Añade Bilbao que en el conflicto que surgió con motivo del impuesto de utilidades, se impuso Pestaña en reunión celebrada en una montaña de Santa Coloma para que no tomara cuerpo la idea de huelga general de protesta, no obstante ser sentida intensamente por el pueblo, como lo demostró cumplidamente. Continúa el orador formulando cargos contra Pestaña y otros elementos de los 30, aunque no se detiene porque dice ha de reproducirlos y documentarlos en el Sindicato. Termina haciendo constar que la oposición de los 30 a los camaradas de «El Luchador» es la oposición de la impotencia, de los reiterados fracasos editoriales, a quienes dan ejemplo de consecuencia, espíritu subversivo y honradez, sin que se les mueran las publicaciones en las manos, como a los 30 y a sus antecesores, fracasados editores de engendros y vueltos a fracasar con perseverancia para la derrota y la ineficacia.

Hace uso de la palabra el compañero Eróles y dice que, de ser cierto lo afirmado por García Oliver, basta y sobra para que los militantes de la Confederación que hay en esta cárcel se reúnan por Sindicatos para remitir a éstos informes o notas expresivas de los puntos de vista que se deduzcan para ulteriores resoluciones y teniendo en cuenta que estando presos no pueden expresar su opinión por acto de presencia. Confirma por su parte la simpatía a los camaradas de «El Luchador» y finalmente pide el compañero Bilbao, que se exprese aquella simpatía a los redactores de aquel semanario.

POR UNANIMIDAD Y ACLAMACIÓN SE ACUERDA:

Primero: Pedir la expulsión de Ángel Pestaña del Comité nacional y de la Confederación, caso de resultar ciertos los cargos formulados por García Oliver o bien, de no ser ciertos, aplicar la misma sanción para García Oliver.

Segundo: Adherirse a la campaña de saneamiento de «El Luchador» y cooperar a ella.

Tercero: No tolerar campaña alguna que Pestaña o cualquiera de los treinta inicien o prosigan en favor de los presos, a los que denigran tanto o más que las autoridades por el solo hecho de ocuparse de ellos, y hacer constar esta manifestación por última vez.

Cuarto: Rogar a la prensa anarquista y confederal reproduzca este escrito y enviar un ferviente abrazo libertario a los camaradas deportados, tratados de botarates por Peiró, a los hermanos andaluces, víctimas de la reacción de aquella tierra esclava, a todos los camaradas que sufren persecuciones e injusticias, con el deseo de aproximar virilmente la Revolución libertadora.

Barcelona, cárcel, 10 de marzo de 1932.

Sindicatos varios de Barcelona:

Manuel Maojo, Viriato Milanés, Ponciano Alonso, Jaime Riera, Pedro López, J. García Oliver, Dionisio Eróles, Ventura Costa, Aníbal Esquembre, Domingo Delgado, Valentín Alvarez, Fernando Tiscar, Luis Sánchez, Juan Meler, Eugenio Bagés, Felipe Alaiz, Tomás Anadón, Eustasio Guadamin, Antonio Juan, Pedro Morera, Mariano Martínez, José Vernet, Jaime Castany, Joaquín Aubi, José Ginés, Miguel Alcubierre, Bautista Meseguer, Vicente Juan, E. Puigjané, Julián Merino, José Sánchez, Ángel Continente, José del Barrio, Agustín García, Emilio Segovia, Francisco Alonso, Antonio Rodríguez, Felipe Vallhonrat, Miguel García, Jesús Fandiño, Pedro Vilaseca, Narciso Martín, Amador Monzó, Antonio Requena, Crescencio Arteta, Luzbel Ruiz. —Total, 46.

Sindicato del Ramo de la Construcción de Barcelona:

Manuel Damians, Manuel Troyano Silva, Francisco Martínez, Juan Gámez, Manuel Casino, Arturo Solé, Ramón Jiménez, Manuel Ruiz, Antonio March, José Alves Marino, Juan Santiago, Salvador Rivera, Ángel Ubeda, Francisco Morales Soto, Pedro Sierra, Serafín López, Santiago Bilbao, Domingo Puyal, José Ibáñez, Manuel López Márquez, José Gilavert, Juan Alonso Campoy, José Panicello, Jaime Giné, Joaquín Valero, Ginés Urrea, Joaquín García, Manuel Jiménez, Miguel Sitjas, Isidro Abruján, Mariano Rodríguez, Maximiliano Puyo, José Fuster, Ramón Bori, Antonio Buch, Liberto Catalán, Miguel Guitera, Antonio Salsén, Manuel Maná, José Huet, José Mur, Juan Serralta, Abelardo Vergara, Francisco Casquet, Pascual Picas, Rafael Castro, Arturo Cornelio. —Total, 48.

La Cuenca del Llobregat:

Julio García, Leoncio Sanllehi, Jesús Torres, Isidro Vilalta, Antonio Llorens, Ángel Vaque, Francisco Pantero, Ginés Aznar, Bartolomé Hernández, Gabriel Puddra, Antonio Meca, Juan Simón, Salvador Ventura, Francisco Ivaz, Antón Perellón, José Horno, José García, Alberto Robres, Fernando López, Antonio Sanet, Juan García, Francisco Muñoz, Bartolomé Escanús, Marcelino Prieto, Antonio Alias, José Sánchez, Juan Sánchez, Domingo Martínez, Manuel Lázaro, Antonio Pelegrín, Juan Miquel, Antonio Girados, J. Clemente.

Desde la línea de fuego'

Siempre se había dicho y afirmado que los anarquistas eran los mejores concededores de eso que se llama farsa político-parlamentaria. Y no sin razón, porque para mantenerse irreductiblemente opuestos a las reducciones de la política, que es aspiración a la función de gobierno, se requiere un penetrante espíritu crítico que ahonde hasta sus últimos recovecos las vergonzosas especulaciones de la política y mantenga siempre a flote el sentido inarmónico y antihumano que contienen todas las formas de gobierno. Entendiendo por gobierno la supeditación de la colectividad al interés abstracto de una teoría o un credo y al interés, no tan abstracto pero sí más material que preside la acción de gobierno ejercido por castas y dinastías sobre el gran conjunto colectivo.

Con todo y sin que filosóficamente sea posible conciliar el concepto anárquico de la vida con la aceptación transitoria o momentánea, ante determinadas circunstancias históricas, de la acción político-parlamentaria por parte de los anarquistas, se da con frecuencia el hecho absurdo, ilógico, de que no faltan nunca quienes llamándose anarquistas ponen fe política en las prédicas y promesas de los políticos que se denominan de izquierda o extrema izquierda.

A nosotros, los que estamos en la prisión ocupando los sectores más avanzados de la línea de fuego de esta gran lucha por el triunfo de la Revolución social

que se está librando a todo lo largo del frente ibérico, nos choca, nos entristece y deprime el que con tanta frecuencia tengamos que leer en los periódicos la celebración de mítines de conjunto entre oradores anarquistas y políticos de la minoría parlamentaria que se denomina Extrema Izquierda Revolucionaria y Federal.

Desde esta prisión, en la que si todavía estamos es por querer mantener irreductible nuestra posición francamente revolucionaria, en la más humana, moderna y proletaria significación de la palabra, nos permitimos llamar la atención de todos aquellos que públicamente conocidos como anarquistas colaboran públicamente con los hombres representativos de esa minoría política revolucionaria que, desde luego, no tiene otra razón de ser revolucionaria que la de ser una minoría que necesita primero, conservar sus puestos en el actual Parlamento, y después buscar la manera de llegar a ser una mayoría parlamentaria aun cuando para ello hubiera sido preciso presentarse ante la opinión como el sector más ultrarrevolucionario de España.

Bien está que no importa qué minoría política procure medrar bajo el disfraz de la revolución. Pero de aquí a que sean los mismos anarquistas quienes avalen con su presencia y colaboración las engañosas promesas de los políticos, hay, ciertamente, un abismo. Los anarquistas no solamente deben negar toda colaboración a los políticos, sino que, de ser militantes, tienen el deber de combatirlos incansablemente y de prevenir a las multitudes de los escondidos peligros que para ellos encierra la política.

Si actualmente los anarquistas que se mantienen íntegros y fieles al espíritu de la revolución, impiden los mítines de los socialistas, agrarios, radicales e izquierdistas catalanes, no tienen disculpa los que no solamente no impiden los mítines de los extremistas federales, sino que incluso les prestan colaboración. Aun cuando esos actos se organicen con el pretexto de los que estamos presos y de los deportados. Para nuestra defensa, deber nuestro de anarquistas debería ser bastarnos a nosotros mismos.

No olviden los compañeros que el gran problema de la reconstrucción económica y moral del mundo, sólo puede encontrar solución mediante la acción revolucionaria de las multitudes impulsadas por el afán de conquistar los medios de producción y enseñanza. Fuera de la revolución proletaria, todos los caminos están cerrados. La acción política y parlamentaria, para nuestras generaciones de la posguerra mundial, es una cosa tan vieja e inútil como lo fue el cristianismo para los descendientes de la Revolución francesa. No hagan los anarquistas como esos grandes niños que juegan a la política revolucionaria desde Moscú. Téngase en cuenta que la escasa irradiación espiritual de la revolución rusa, no obedece a otras causas que a la imposición de la política parlamentaria al proletariado mundial.

Nunca como en nuestros tiempos se pudo tener fe en la posibilidad de realización de nuestros ideales anárquicos. Después de la experimentación comunista libertaria del Alto Llobregat, nuestros pechos deben desbordar de entusiasmo, porque estamos muy lejos ya de aquellos otros en que, el ser anarquista, suponía el sacrificio de la libertad y de la vida hecho en holocausto de una sociedad que solamente conseguirían vivir las generaciones futuras.

Hoy, luchamos ya para nosotros mismos.

La sociedad que va a nacer desconocerá el parlamentarismo y las cuquerías revolucionarias de los políticos que están en minoría. Deber nuestro, pues, es saber prescindir de plataformas políticas y de aprender a tener confianza en nuestras propias fuerzas.

García Oliver

Prisión celular, 27-3-32.

[La posición de la CNT] '

Como los oradores que le han precedido, define la posición de la CNT en las circunstancias presentes, añadiendo que los militantes no han de justificar, sino explicar la conducta seguida y las razones que la han determinado. Hay que ex-

1. *Tierra y Libertad*, 16 de agosto de 1932.

plicar lo que la tentativa reaccionaria representaba para la CNT. Comparando los hechos de 1923, que sin violencias trajeron una dictadura pernicioso para los obreros, a pesar de haber sido su actuación acorde al modo de implantarla, y la forma sangrienta en que hubiera comenzado la que ahora se pretendía establecer, al triunfar el movimiento se hubiera cebado con ferocidad en los elementos que para su existencia considerase peligrosos: los obreros revolucionarios. Estos elementos no hubieran sido los políticos que facilitaron la huida de los monarcas. La nueva dictadura hubiera establecido el fascismo, y basta mirar el hitlerismo para comprender que todo fascismo tiende al aplastamiento del proletariado. Si la CNT se hubiera inhibido esta vez, se hubiera convertido en colabore " . a de la República, se hubiese convertido en instrumento de la burguesía que la persigue. Pero ha sabido conducirse con independencia.

Los republicanos no sospechaban siquiera la intentona, como lo demuestra el que al producirse, sólo había en el Palacio de Comunicaciones dos guardias civiles. En cambio, la CNT la esperaba como lógica por la actitud de los parlamentarios y con muchos días de anticipación cursó las instrucciones oportunas a las organizaciones del pueblo, para que los obreros se hicieran cargo de villas, ciudades y provincias cuando la autoridad republicana se hubiera hundido en lucha con la reacción monárquica.

Ataca a los socialistas y a Lerroux y afirma que el estatuto catalán está muerto desde los sucesos de Figols que expresaron claramente los anhelos del pueblo rechazando todo lo que no sea su propia determinación. Reitera que ante la disyuntiva de servir a monárquicos o republicanos, la CNT se sirvió a sí misma.

Dice que la CNT, con su manifiesto referente a la intentona, circulado a las organizaciones, hace la declaración de la guerra social. La CNT es anarquista, afirma, y su historia se dirige hacia el comunismo libertario.

Debemos prepararnos, pero teniendo en cuenta que la fuerza más decisiva es la de saber aprovechar las circunstancias. Cuando éstas no son favorables, todo fracasa, como han fracasado los monárquicos, asfixiados por la falta de ambiente y de oportunidad.

La Confederación ha sido durante veinticuatro horas dueña de España. Cuando todos se den cuenta de esa fuerza, que hasta el gobierno ignora, se creará un dinamismo que nos conducirá a la realización de nuestros objetivos.

Ataca la política de los socialistas, que fingen fuerzas que no tienen y se imponen desde el gobierno con la fábula de sus 80000 afiliados al partido y su millón de inscritos de la UGT. La ley de 8 de abril, que quiere imponérsenos, pretende ser la muerte de la CNT. Censura al gobernador de Barcelona, que, intentando hacer méritos, quiso obligar a la CNT a que reconociera en el plazo de ocho días aquella ley, cuando el gobierno lo había dado mucho mayor y con miedo de que llegase el instante de imponerla, porque si se nos clausuran los sindicatos, todos los trabajadores deberán acudir a quitar los precintos y abrirlos de nuevo, dando la batalla al gobierno que sólo cuenta ya con el apoyo de cuatro guardias de Asalto que todavía no se han hecho monárquicos y con Menéndez, el último cartucho de la República, que se ha convertido en otro guardia más.

Dedica durísimas censuras al señor Azaña por sus consideraciones impunitas con los generales monárquicos y dice que si se sigue ese criterio de impunitas con los generales que engañan a los soldados para hacerlos matar, no hay ninguna razón para que los presos sociales continúen en las cárceles y los deportados lejos de nosotros. Ni deportaciones, ni encarcelamientos, deben continuar veinticuatro horas más. En cuanto a los autores del movimiento fascista, no debe importarnos que la República no los ejecute porque mañana seremos nosotros quienes los ejecutaremos.

Los enemigos del proletariado catalán '

Hace solamente unos quince años, los trabajadores de Cataluña dieron patentes pruebas de haber superado la tradición histórica de su pueblo. Cataluña, la Ca-

taluña auténtica, la que trabaja y piensa, había relegado al olvido, como quien se desprende de algo aue por anticuado es inservible, el anhelo separatista que de una manera tan pobre e insustancial se empeñaban en sostener un puñado de sacristanes investidos de los atributos de la literatura. La «Historia de Cataluña» de Víctor Balaguer, ni siquiera era leída por las personas más cultas de la intelectualidad catalana. El pueblo, hacía tiempo que había dejado de leer los acaramelamientos patufetistas a lo Folch y Torres, quien solamente conseguía entretener los ocios de las estúpidas hijas de los burgueses.

El trabajador catalán pensaba y obraba por encima de sus estrechas fronteras locales. Todo lo más, recogiendo la parte sana de su espiritualidad, ofrecía a los pueblos ibéricos un tipo de organización proletaria que, como la CNT, permitía, dentro de sus amplios principios federalistas, la posibilidad de estrecha y fraternal convivencia de todas las regiones peninsulares. Cataluña se superaba ella misma, y aparecía ante el mundo revestida del más elevado sentido de universalidad.

La CNT dio un serio golpe a todos los localismos, regionalismos y separatismos de España. Por primera vez, los españoles encontraron un punto de convivencia y mutua penetración. La espiritualidad federalista e internacionalista del anarquismo, habían obrado el milagro. Tocaba a un puñado de aventureros de la política, el ser los atentadores y destructores de este caso de simpatía y fraternidad ibérica, que ojalá pueda ver[se] restaurado y hecho extensivo a todos los pueblos del globo.

Mientras que por un lado, la CNT se dedicaba a la gigantesca labor de dar una unidad federalista a los trabajadores españoles (elemento indispensable para poder realizar sobre bases sólidas la gran revolución social que se proyectaba en nuestro país), había por otro lado en Cataluña, un pequeño núcleo de tenderos, curas y ratones de sacristía que se dedicaban a hacer política separatista. Nadie les hacía caso. Vivían ahogados por la gran gesta revolucionaria que llevaban a cabo los trabajadores de Cataluña y España. Pero vino la dictadura de Primo de Rivera y, con ella, la idiota política de perseguir a esos cuatro tenderos, curas y ratones de sacristía, produciendo una leve excavación [exaltación (?). NDE] de aquel sentimiento de catalanidad que tan acertadamente definiera el poeta José Carner, y que nada tenía de común con [el] sentido político separatista, de los cuatro logreros de la política de cuatro barras y la estrella solitaria.

Con la persecución de los pocos separatistas, vino la desbandada hacia el extranjero y los compleos ridículos de gentes que, inútiles para el trabajo, se pasaban el tiempo en las mesas de café diciéndose pestes unos de otros y demás tonterías por el estilo. Nada grande ni de importancia acometieron aquellos separatistas contra la dictadura primoriverista, ni por la obtención de su cacareada independencia. París, el de la holganza, la bohemia y la golfería, se les ofrecía con todos los atributos de sus reducciones. ¿Quién, de aquellos vividores que se decían separatistas, pensaba sinceramente en la independencia de Cataluña? Bien claro se ha visto: ninguno.

El separatismo de los separatistas de Cataluña, la idealidad de esos hombres que hace unos meses, cuando dirigían sus peroraciones al pueblo, se llenaban la boca con aquellas expresiones de «queridos hermanos», «os quiero como a hijos míos» y demás zarandajas paternalistas, ha quedado demostrado hasta la evidencia que tanto su separatismo como su idealismo quedaba reducido a un afán de comerse a Cataluña, a San Jorge y a la misma Generalidad, antigualla carcomida que con muchas prisas y sudores extrajeron de los archivos históricos tan pronto como los gobernantes de Madrid tuvieron un poco sobre los patriarcales bigotes de Maciá [sic].

De hombres y políticos traidores ¿qué se podía esperar? El humillado por un superior gusta de humillar a sus inmediatos inferiores. Aquellos políticos hambrientos de sinecuras, arriaron la bandera del separatismo solamente porque se les tolerara el comer a dos carrillos. Por de pronto, se comieron las barras y la estrella solitaria; después, todo cuanto ha caído bajo sus fauces abiertas, hasta su propia vergüenza.

Pero había unos hombres, los anarquistas, que les estorbaban durante su co-

tidiano deglutir. Los anarquistas les decían a los trabajadores cuántos apetitos inconfesables esconden las melifluas palabras de los políticos, aun cuando esos políticos se denominen de «la izquierda catalana». Y a medida que los anarquistas conseguían que el pueblo trabajador fuera dejando, despreciativamente, a los políticos que comían y a los que estaban a dieta esperando su turno, los hombres de ese partido que se denomina «Izquierda Republicana de Cataluña», palidecían de ira al pensar que la propaganda anarquista, de seguir extendiéndose, amenazaba con arrancarles la pobre Cataluña que ellos se tragaban.

Fue entonces cuando los políticos agazapados en la Generalidad, se juraron el exterminio de los anarquistas. Aún retumba el eco de las palabras de amenaza pronunciadas por Lluhí y Vallescá en el Parlamento, al referirse a los dirigentes de la Federación Anarquista Ibérica. Reciente aquella expresión rufianesca de Companys, al decir después de la huelga general de septiembre, que había que apretarles los tornillos a los extremistas de Barcelona. Cálidas y de actualidad resultan todavía, aquellas declaraciones de Maciá en las que decía que era de suma necesidad expurgar a Cataluña de los elementos morbosos.

Se han cumplido las amenazas de Lluhí y Vallescá, los deseos de Companys y las saludables intenciones de Maciá. Los hombres de la Federación Anarquista Ibérica, los extremistas, los morbosos, ya están presos los unos, y ya marchan hacia la deportación los otros.

¿Qué más os falta, señores de la Izquierda Republicana de Cataluña? ¿Ya podéis comer y digerir bien? ¿Para cuándo ese Estatuto ridículo que no podría servir ni para regir los destinos de una sociedad de excursionistas?

Desde hace años, la CNT, organismo anarquista y revolucionario, bajo sus principios federalistas acogía a todos los trabajadores de España, dándoles al mismo tiempo una unidad espiritual. Hoy, los elementos verdaderamente sanos de la CNT, los no contaminados por el virus político y burgués, que es casi decir todos sus militantes, han reemprendido la magna tarea de refundir en una sola idealidad los sentimientos del proletariado ibérico. Frente a los militantes anarquistas de la CNT, se levantan con su política localista y regionalista, aquellos cuatro tenderos, curas y ratones de sacristía de ayer, muy bien enchufados hoy a las arterias de Cataluña, pretendiendo destruir la solidaridad del proletariado español.

Dentro del palacio de la Generalidad, elaboraron un Estatuto que decían concretaba las aspiraciones de Cataluña. Hubo una farsa de plebiscito para su aceptación. El Estatuto será o no será aprobado por las Constituyentes. ¿Qué más da?... Cataluña, y esta vez de una manera verdaderamente democrática, ha dicho ya cuál tiene que ser su Estatuto, su auténtica manera de vivir para el futuro... Cataluña, solidaria otra vez del resto de España, desprecia a sus políticos, y mientras que en Corral de Almoguer, Almarcha y otros pueblos hispanos izaban la enseña revolucionaria como símbolo de sus apetencias renovadoras, Fígols, Cardona, Berga, Tarrasa, en un bello amanecer, cuando las brumas se disipaban, descubrían al mundo un nuevo porvenir bajo el aleteo electrizado de sus rojos y negros.

Ya pueden los enchufados enemigos del proletariado catalán, amenazar a los componentes de la Federación Anarquista Ibérica, y pedir que se aprieten los tornillos a los extremistas y propugnar exterminios de «morbosos».

No importa, Cataluña ha dicho ya, y eso de una manera que no deja lugar a dudas, que quiere vivir sin políticos, sin burgueses, sin millonarios, sin curas, ni ratones de sacristía. El obrero catalán se funde otra vez con el obrero de España y del mundo entero. Por encima de la Izquierda Catalana y de sus encubiertos corifeos.

García Oliver

La baraja sin fin '

A esos pobres señores de la prensa burguesa, escritores de quita y pon, vacíos de mollera para todo aquello que requiere ser estudiado hondamente, les debe ocurrir, ante el fenómeno del movimiento anarquista en España, algo parecido al estupor que experimenta el paleta frente a las hábiles manipulaciones que con juegos de barajas y sombreros misteriosos, realizan en ferias ciertos charlatanes, subasteros y prestidigitadores: que se quedan preguntándose cuál será la última carta que sacarán de la manga del chaleco, el último conejo del sombrero de copa y el último reloj de la oreja. Y, al igual que el paleta, que tras el que él supone el último reloj, la última carta y el postrer conejo, contempla con el natural asombro que continúan sacando cartas, conejos y relojes, igual, idénticamente igual les debe ocurrir a los periodistas burgueses después de escribir que los anarcosindicalistas se habían jugado la última carta con el movimiento de Figols y tener que contemplar cómo se hacía, días después, la primera gran huelga general en toda España, en viril protesta por las deportaciones.

Para cualquier persona sensata, poseedora de un poco de raciocinio y sentido personal, será la cosa más natural del mundo que en España se puedan producir una tras otra, y sin que ninguna pueda ser calificada de decisiva, las huelgas generales. Porque, para una persona sensata, que se dé cuenta de que en España no existen veintidós millones de millonarios, sino veintiún millones de seres que viven miserablemente y un millón de parásitos que se dan la gran vida, el hecho de que una huelga general se pierda no tendrá otra importancia que ser la causa de tener que producirse otra y otras, hasta que al fin, una, la definitiva para los potentados, dé el triunfo total a los veintiún millones de trabajadores esquilados, sobre el **millón** de seres privilegiados que usufructúan los bienes y riquezas de todo el país.

Para el periodista burgués, la única lógica y realidad existentes no se extraen de la vida del país en que vegetan, con sus fábricas cerradas, los campos yermos y los millones de hambrientos, sino que emana del dinero que percibe de la administración de su periódico al llegar el fin del mes. Por eso, siempre que se produce alguna huelga general o movimiento revolucionario de los trabajadores, se apresura el periodista burgués a hacer las más desacreditadas aseveraciones, cual suelen ser las siguientes: «con la huelga general y el movimiento revolucionario de Figols, los anarcosindicalistas "se han jugado la última carta"», «los extremistas de la CNT, desesperados ante el fracaso de la huelga telefónica y las derrotas que han experimentado en todos los conflictos serios que habían planteado "han disparado el último cartucho que les quedaba" lanzándose a movimientos revolucionarios para implantar el comunismo libertario». Y así por el estilo, estilo de último cartucho, última carta y último conejo, iban enjuiciando los grandes acontecimientos históricos que en España se producían.

Para los periodistas burgueses, carecía de importancia que en España se hiciera la primera tentativa de una gran revolución basada en los principios del comunismo libertario. Gentes de mentalidad mediocre, de concepciones que no rebasan nunca el tópico y el lugar común, habían de ignorar, forzosamente, que el signo de vitalidad y juventud de un pueblo se pone de manifiesto en la creación de nuevas fórmulas de convivencia social.

Nos toca recoger y glosar todavía, la acusación que se nos ha hecho de habernos lanzado a movimientos revolucionarios a consecuencia de haber perdido las grandes huelgas planteadas. Ello es cierto, y la explicación no puede ser más clara. Si las huelgas no se perdieran, los trabajadores irían adquiriendo paulatinamente aquellas mejoras que hoy no tienen y que son indispensables para su sostén. Pero como las huelgas se perdían casi todas, los obreros tuvieron que renunciar al bienestar y a la consideración social a que aspiraban.

Pero, ¿por qué se perdían las huelgas? ¡Ah! La huelga de la Telefónica, como la del Prat, la de Cardona, la de los ferroviarios, la de metalurgia y transportes de Barcelona, se perdían porque, en lucha abierta los obreros contra los burgueses y sociedades anónimas, el gobierno de la República se ponía con todas sus fuer-

zas y recursos al lado de los capitalistas. Por eso se perdían las huelgas y pueril sería pretender que se podía vencer en huelgas parciales la suma de los dos grandes poderes de una nación: el capital y el Estado.

Desde el momento que el Estado republicano español se ponía al servicio de capitalistas nacionales y extranjeros, ya no tenían razón de ser las huelgas parciales llevadas en un plano de lucha económica dentro de fábricas, talleres y empresas. El poder del Estado sólo se vence mediante el poder de la revolución.

Esto explica los movimientos revolucionarios que acabamos de vivir. Y explica también los movimientos revolucionarios que sin duda alguna iremos viendo en lo porvenir, durante el cual, según criterio de los periodistas burgueses, el anarquismo español seguirá jugándose la última carta. Claro que los periodistas burgueses se deben referir a la última carta de un juego de baraja sin fin.

Prisión celular, 10-3-1932.

García Oliver

2 El anarcosindicalismo en el Comité de Milicias

La Historia es polifacética. Y siempre es el producto de los humanos, hombres y mujeres.

El hombre de acción es quien, por lo regular, hace historia y no la escribe. El escritor, casi siempre, escribe la historia hecha por otros, pero raramente pisa dejando huellas. Un país rico en hombres de acción podría llegar a ser ignorado si sus hechos no hubiesen sido recogidos para ser transmitidos a las generaciones futuras. O si sus hechos, torcidamente recogidos y escritos sirven para perpetuar lo que no fue hecho.

Se tenía a la Confederación Nacional del Trabajo de España como una gran escuela de sindicalismo. En la década de los años 30, el mundo que nos circundaba no osaba enfrentarse a Hitler y Mussolini. Nosotros lo hicimos y, por haberlo hecho, se nos conceptuó como un pueblo extrañamente absurdo. Como nación, España era pequeña para poder combatir contra Alemania e Italia. Dentro de su totalidad disminuida, los que decidimos aceptar el reto de los militares y de los fascistas españoles confabulados con Hitler y Mussolini fuimos, inicialmente, los anarcosindicalistas de la CNT.

Todavía hoy, treinta y siete años después, no nos han perdonado. Sin los anarcosindicalistas, su golpe de Estado hubiese sido uno más en la historia de España. Acaso todo se habría resuelto con unos centenares de fusilamientos de anarquistas, de sindicalistas y alguno que otro socialista.

No nos perdonaron ellos ni nos perdonaron nuestros forzados colegas. Nos combatieron y nos difamaron. Hicieron de nosotros el blanco de todas las acusaciones. Sin embargo, no fuimos nosotros quienes desencadenamos la guerra civil. No fuimos nosotros quienes asesinamos a Calvo Sotelo. Tampoco fuimos los mantenedores del desorden ciudadano. Ni acidulamos la contienda hispánica trayendo extranjeros. Ni atentamos contra el Derecho de Gentes. ¿Se ha escrito lo que realmente fuimos y lo que en verdad realizamos?

Muchos libros se han escrito con ánimo de ser tenidos por la verdadera Historia del anarcosindicalismo español. Desgraciadamente, conteniendo falseamientos o interesadas apologías, de corte personal, que pretenden anular la pluralidad militancial de una Organización de multitudes.

Siempre esperé que, con el transcurrir del tiempo, las posiciones personales cederían en bien del colectivo anarcosindicalista. Mas no es así, y ya vamos quedando pocos testigos. Y siendo pocos, ¿cómo influir en el restablecimiento universal del sindicalismo? Si en España, por la feliz conjunción de los anarquistas con el sindicalismo, dimos nacimiento al anarcosindicalismo, cumple que se conozca la obra de los anarcosindicalistas, desde el año de 1919 de sus inicios activistas hasta la República, la revolución, la guerra civil y el exilio.

Al ponerme a escribir, cumplidos los 71 años, lo hago con la voluntad de dejar constancia de todos los ángulos mantenidos en la penumbra de la fea cara de la verdad.

Palabras y gestos

Estábamos en el verano de 1934. Era una tarde muy calurosa. Tomábamos café acomodados en la terraza de un bar de la calle de Cortes, cerca de la Plaza de España, de Barcelona. Una pianola tocaba una rapsodia de Liszt, esa que evoca la marcha penosa de la gente por las praderas de horizontes ilimitados.

Eramos Francisco Ascaso, entonces secretario del Comité regional de la CNT de Cataluña, Buenaventura Durruti y yo. Los tres pertenecíamos al Comité de Defensa confederal de Cataluña, que tenía la ventaja sobre los demás organismos de la CNT de no tener que dar cuentas de lo que hacía en materia de preparación revolucionaria. Nunca estaba en crisis, aunque los Comités regionales de quienes dependía fuesen renovados por dimisión o emprisonamiento de sus componentes.

Ascaso nos pidió que le acompañásemos a la entrevista que le habían pedido por un enlace Rafael Vidiella y Vila Cuenca, ambos presidentes de la UGT y del PSOE de Cataluña, circunstancia difícil de precisar pues el partido siempre se hacía el representante de la central sindical. Según explicaron, habían recibido mandato de las Directivas nacionales.

Llegaron puntuales. Vidiella, siempre afectuoso como si fuera ayer cuando nos abandonó para pasarse al PSOE y a la UGT. Siempre alegaba que se separó de nosotros porque nos encontraba excedidos de fanatismo. La realidad es que no aguantaba las críticas que se le hacían por su afición a la bebida, cosa mal vista en aquellos tiempos por nuestros militantes. Habíamos sido, él y yo, buenos amigos en Valencia, donde ambos comíamos en la taberna del Tío Rafael. Nos vimos también en París en 1925, siendo él miembro del gobierno de Estat CATALA, representando a la CNT de Cataluña.

Yo presenté a Durruti y Ascaso a Vidiella y éste nos presentó a Vila Cuenca que no me era conocido. Muy pulcramente vestido, más alto que Durruti, era de trato afable. Pidieron cervezas y entramos en el fondo de la cuestión. Acababan de regresar de Madrid y se trataba de preparar una entrevista con Largo Caballero, que dentro de unos días llegaría a Barcelona para ultimar con Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña, los detalles para un movimiento revolucionario que acabara con el gobierno de derechas.

Largo Caballero les había encomendado un sondeo de la CNT de Cataluña sobre la posible *entente* revolucionaria con nosotros. Me llamó la atención que el encargo era entrevistarse con la CNT de Cataluña, y no en plano nacional, tratando con nuestro Comité nacional, entonces radicado en Zaragoza. Aquello suponía buscar tratos por regiones, prescindiendo de la CNT como entidad nacional. De esta manera no llegaríamos a conocer sus planes, ignoraríamos el alcance del movimiento y, lo que más debía importarles, evitaban contraer compromisos en caso de triunfo del movimiento proyectado. Consideré que tal debía ser su táctica con nuestras organizaciones regionales y, para mis adentros, opiné que valía la pena de seguir la entrevista hasta llegar a conocer más detalles.

Les escuchamos atentamente, inquirimos si la revolución que proyectaban sería estrictamente limitada al cambio de gobierno, o social con la puesta en marcha de una profunda transformación social. Según ellos, el PSOE y la UGT trataban de radicalizarse. Pensaban que la revolución proyectada sería federalista y socializante; de ahí su compromiso con Esquerra Republicana de Cataluña y los contactos que buscaban con nosotros. Supuesto que nosotros aportaríamos las masas, pero carecíamos de armamento, les preguntamos qué aportarían ellos en Cataluña. Contestaron que estaba previsto poner a nuestra disposición una importante cantidad de armas.

De manera vaga inquirí si los contactos que buscaban la UGT y el PSOE en Cataluña no serían extendidos al Comité nacional de la CNT. Dijeron que lo ignoraban, pero que se informarían, suponiendo que de llegar a un principio de acuerdo con nosotros, el trato se extendería a la CNT de toda España a través de su Comité nacional. Expusimos que nuestro común acuerdo debería formalizarse en una reunión conjunta con Largo Caballero cuando éste viniese a Barcelona.

A Vidiella y a Vila Cuenca les pareció correcta nuestra actitud. Hasta dijeron que era la conducta esperada por Largo Caballero, asegurándonos que con toda oportunidad se nos comunicaría el día de la llegada de Largo Caballero y el lugar y hora de la entrevista.

No se hizo esperar la llegada de Largo Caballero, y de ello fuimos prevenidos, pudiendo elegir el lugar y el momento de la entrevista o dejarlo a la iniciativa de ellos. Lo dejamos a su iniciativa. Y ésta no llegó. Por los periódicos nos enteramos de la llegada y de la partida de Largo Caballero. Una semana después, Vidiella y Vila Cuenca nos rogaron por el enlace que asistiéramos a una nueva entrevista el día siguiente, en el mismo bar y a la misma hora.

Conocíamos las mañas de los políticos parlamentarios. Vidiella estaba chapado a la antigua, • la manera de Salvador Seguí y Eusebio Carbó, que gustaban de la plática con elementos representativos de los sectores políticos ajenos. Acudimos a la cita con 15 minutos de retraso. Nos sentamos después de haberles estrechado las manos fríamente. Pedimos café y nos lo tomaron lentamente. Hecho lo cual, dirigiéndome a Vidiella, le dije:

—Os toca hablar. Nosotros hemos venido a escucharos.

—Chicos, no sé por dónde empezar. Sé cómo sois de formales los de la CNT. Nunca me imaginé que tuviese que pedir os perdón por el desplante de que habéis sido objeto. Sí, ha sido un desplante, aunque muy forzado por las circunstancias.

—Llegó Largo Caballero, ¡o abordamos inmediatamente y le dijimos que todo estaba preparado para la entrevista con vosotros. Le pareció muy bien, pero condicionándola a que tuviera lugar después de la que sostendría con Companys.

Vidiella prosiguió el relato:

—De la entrevista con Companys salió disgustadísimo. Companys le dijo que para nada necesitaba a la CNT; con su solo prestigio podía levantar a todo el pueblo de Cataluña... Añadió que, para toda posible emergencia, poseía fuerzas disciplinadas capaces de hacer el resto... Vería con verdadero disgusto que en el resto de España nos asociásemos «a esos de la CNT-FAI», pues ello sería demostración evidente de impotencia por parte del Frente Popular, tan fuerte en Cataluña.

Les dije:

—No creo de conveniencia alargar la entrevista. Si alguien ha podido imaginar que con un solo prestigio, el prestigio de un político, puede arrastrar a la clase obrera de Cataluña por encima de su organización natural, tened por seguro que es una persona enajenada de la realidad. Hablar de la clase obrera o pueblo de Cataluña, es aludir a la CNT. Con sus «escamots», Companys no irá ni tres pasos adelante. Los *escamots* son, en su mayoría, jóvenes de la clase media, a quienes sus papas encerrarán en el cuarto oscuro y no les dejarán salir a la calle a disparar tiros.

En un Pleno de Regionales de la CNT, celebrado los primeros días del mes de septiembre de 1934, se acordó renovar totalmente la redacción de *CNT* de Madrid, órgano diario del Comité nacional, designando bajo la dirección de Libertorio Callejas un equipo de redactores, con Horacio Prieto, de Bilbao, José Ballester, de Cádiz, y yo. Nos hacía compañía la compañera madrileña Sofía Saornil y un redactor dibujante, por cierto marxista, y cuyo nombre lamento no recordar.

Yo había rehuido siempre los cargos retribuidos, lo que explica mi ausencia de los cuerpos de redacción de nuestros periódicos. Mi presencia en *CNT* de Madrid se debía a que por mis conocimientos jurídicos podía realizar una campaña «por una más amplia interpretación del Decreto de Amnistía», re-

cientemente concedido por el gobierno Lerroux, muy confuso en su parte explicativa a que se atenían las Fiscalías de las Audiencias provinciales para retardar la puesta en libertad de bastantes compañeros condenados o por condenar. Había que lograr una reducción de las recogidas de las ediciones de *CNT* por las autoridades fundadas en el contenido excesivamente virulento de buena parte de los escritos que publicaba.

Logramos parcialmente ambos objetivos. La campaña «por una más amplia interpretación del Decreto de Amnistía» fue secundada por eminentes jurisconsultos de Madrid, y la Fiscalía general de la República cursó instrucciones a las Audiencias en el sentido de aflojar la mano a la hora de interpretar el decreto. Las recogidas y suspensiones del periódico disminuyeron cuando revisé los originales de los redactores y los escritos de los espontáneos cuya costumbre era la de tirar la piedra y esconder la mano, dejando que la responsabilidad jurídica recayese sobre el compañero director. Bastaba tachar los adjetivos de excesivo abuso en los periódicos de combate. La acción penal, les explicaba diariamente, se ejerce solamente sobre los adjetivos. Utilizad sustantivos y no se nos podrá recoger ninguna edición.

Nuestra campaña al frente de *CNT* había de ser corta. Llegó octubre, preñado de grandes inquietudes. Estalló la huelga general revolucionaria declarada por la UGT. Si bien no existía Comité de enlace *CNT*-UGT, ni los ugetistas solicitaron la colaboración de los cenetistas, nuestros compañeros de Madrid y de otros lugares la secundaron, norma de conducta moral a la que no se ajustaban los ugetistas.

Desde Zaragoza, llegó a Madrid el secretario del Comité nacional de la *CNT*, Miguel Yoldi, navarro de Estella, muy buen compañero, presumido de enterado, pero falto, muy falto, de experiencia. Nadie lo había llamado ni nadie había solicitado la colaboración de la *CNT* para aquella huelga, cuya finalidad no tenía más alcances que desgastar al gobierno de las derechas. Pero en reunión del Comité nacional de la *CNT* había recaído el acuerdo de hacer todo lo posible para unificar la acción de las dos centrales sindicales, y en Madrid se plantó nuestro secretario general.

Por ser *CNT* el órgano oficial del Comité nacional, Yoldi visitó en primer lugar la redacción, donde no se trabajaba a causa de la huelga. Con su amplia sonrisa y su andar ligero, fue saludando uno por uno a todos los redactores. Se sentó en la silla de Callejas y nos dijo:

—Aquí me tenéis. Supongo que estáis enterados de esta revolución. Allá en Zaragoza, en el Comité nacional, no estábamos enterados de nada hasta el momento de marcharme. El Comité nacional acordó enviarme acá con amplios poderes para suscribir los compromisos convenientes con quienes dirigen este movimiento, con la condición de ser asesorado por vosotros. Decidme, pues, vuestro parecer...

Callejas, Ballester, Horacio y yo nos quedamos perplejos. Todos sabíamos de organización bastante más que Yoldi, muy joven todavía y con conocimientos limitados de las normas confederales. Hasta aquel momento, el cargo de secretario del Comité nacional había sido considerado como estrictamente burocrático; no se requerían aptitudes especiales para el mantenimiento de relaciones interregionales que debían pasar por el Comité nacional, y las del propio Comité con las regionales. Cuando el Comité nacional tenía que abordar asuntos delicados, como negociaciones con otros sectores políticos o sociales para fijar posiciones comunes con ellos, el Comité nacional tomaba consejo de las regionales en Pleno nacional convocado al efecto. Que supiésemos, ahora no era éste el caso.

Ante nuestro silencio expectante, Yoldi se dirigió a mí:
" ver, ¿qué me dices?"

—Si eres el secretario del Comité nacional y vienes en misión del Comité nacional, nada puedo decirte sobre lo que debes hacer. Cumplir simplemente las órdenes del Comité nacional. En pro o en contra de tu misión solamente podrían manifestarse una, varias o todas las regionales.

Yoldi insistió:

—¿Quiere decir esto que estás en contra de que ofrezcamos nuestra ayuda a los directivos de la huelga general revolucionaria?

—Soy partidario de prestar ayuda a la UGT, si ésta la ha pedido para la huelga general que ha declarado. ¿Ha pedido esa ayuda al Comité nacional? Contestaré por ti: No, no la ha pedido. ¿La pidió antes, cuando estuvieron haciendo los preparativos para esta sedicente revolución, cuando Largo Caballero se puso de acuerdo con Companys y sus *escamots*? Esta pregunta debes contestarla tú.

—No, no la pidieron.

—El Comité nacional de la CNT, ni la Ejecutiva nacional de la UGT nunca lanzaron su organización en defensa de la otra sin haber mediado trato entre las partes. Mi deber es informarte de la improcedencia de tu venida y de la gestión que te encomendaron. Y lo vas a comprobar por ti mismo al no lograr entrar en contacto con Largo Caballero ni con ningún miembro del Comité nacional revolucionario del Frente Popular, dirigente, al parecer, de esta asonada con aires de revolución.

—¿Y vosotros, qué me decís? —preguntó Yoldi.

—Yo no entiendo de esas minucias de politiquería. Soy anarquista y no quiero saber nada con republicanos burgueses, comunistas y socialistas del Frente Popular —dijo Callejas.

—Creo que tiene razón García Oliver, pero puedes intentarlo —dijo Horacio.

—Opino que debe hacerse todo lo posible por marchar de acuerdo con los sectores que dirigen la huelga general revolucionaria —opinó Ballester.

Yoldi anduvo de un lugar a otro. Del Comité regional del Centro al Comité de la Construcción dirigido por Mera y Mora. Pero como no había sido llamado por nadie, no fue recibido por nadie. El Comité revolucionario presidido por Largo Caballero, si existía, debía ser un comité a la antigüita, de gentes escondidas en un sótano, lanzando proclamas. La teoría de la «gimnasia revolucionaria» estaba basada en hacer que los líderes revolucionarios marchasen a la cabeza de las fuerzas insurreccionales.

Nuestro secretario, Miguel Yoldi, tuvo que regresar sin haber logrado ser recibido por Largo Caballero. A su manera, Largo Caballero cumplió lo pactado entre él y Companys.

Pese al UHP, en Asturias el planteamiento del problema revolucionario de octubre fue parecido. El Unios Hermanos Proletarios era la fraternidad proletaria en la mina, en el chigre, en las romerías, y entre los que iban a campo traviesa huyendo de los guardias civiles.

En las huelgas el UHP era un abrazo de fraternidad revolucionaria pese a los disentimientos de organización o de partido. Mas no era entendido de la misma manera entre dirigentes socialistas y comunistas.

En Asturias existía la Alianza Obrera, a la que estaba adherida la Regional de la CNT. La única que secundó dicha consigna, erróneamente o no. Pero la orden de movimiento revolucionario fue dada por el Comité de Frente Popular, sin conocimiento previo de la CNT. En concreto, por socialistas y comunistas. No obstante, los militantes confederales, generosos, secundaron enérgicamente el movimiento y le dieron profundidad revolucionaria, con el consiguiente disgusto de los mandamases de cuyos dirigentes de Madrid habían

recibido la consigna de realizar un movimiento de exclusivo alcance político que no fuera más allá de tumbar o gastar al gobierno de las derechas.

Nuestros compañeros de Asturias no participaron en el Comité revolucionario ni su intervención fue a la antigüita. Marcharon a pecho descubierto, según la estricta interpretación de la gimnasia revolucionaria —«los líderes van a la cabeza»—. José María Martínez, el dirigente cenetista más querido de Asturias, murió con el fusil en la mano.

Al dar por terminado el movimiento revolucionario, tampoco los dirigentes de los socialistas y comunistas de Asturias avisaron a los compañeros de la CNT. También a Asturias llegaron las imposiciones de Companys...'

En Barcelona lo acontecido fue de comedia. Dencás, cabecilla máximo de Estat Català, dirigía el movimiento desde el edificio de Gobernación. Badía, segundo que aspiraba a primero, acompañado de policías catalanes, de Guardias de Asalto y de algunos *escamots*, paseaba con descaro por las calles de Barcelona, «Thompson» en mano, deteniendo a anarquistas y a militantes de la CNT. Asaltó los locales de *Solidaridad Obrera* y algunos otros de la CNT.

Aunque Companys se consideraba el jefe del Frente Popular en toda España, el movimiento, tal como lo estaban llevando a cabo Dencás, Badía y sus *escamots*, era la iniciación de un movimiento de tipo fascista. Solamente los lerdos podían ignorarlo. En el Palacio de la Generalidad, Companys, con su mirada un poco torcida, resplandeciente de gozo, proclamaba una Cataluña libre, federada a una España federal. Los desmanes de Dencás y Badía desmentían las buenas palabras de Companys.

Companys se fue quedando solo ante el micrófono de Radio Barcelona instalado en el Palacio de la Generalidad. El Frente Popular no daba señales de vida. La Alianza Obrera, con «treintistas» disidentes de la CNT, minúsculos residuos de rompehuelgas de la UGT y microsindicatos del POUM, tampoco hizo acto de presencia. Los *rabassaires* estaban muy lejos, allá donde hacía poco tiempo se había pisado las uvas. De los cinco mil comprometidos, los pocos *escamots* que habían salido a la calle empezaban a sentir el frío de las miradas despectivas de los barceloneses. Fue un continuo abandonar los fusiles y las pistolas de que estaban armados. Las bocas de las alcantarillas eran los lugares preferidos para deshacerse de los armamentos.

«Hombres y mujeres del Frente Popular y de la Alianza Obrera, acudid en defensa de la Generalidad», clamaba Companys, llamando a las fuerzas disciplinadas de que hizo gala ante Largo Caballero.

«Rabassaires, no me dejéis solo en este momento solemne.»

Las palabras resbalaban por las paredes de las casas y los balcones cerrados.

«Hombres de la CNT, siempre tan generosos, acudid a defender esta causa.»

El silencio de la ciudad ultrajada por aquellos forajidos de Dencás y Badía era impresionante.

Aquel silencio fue interrumpido por los estampidos de un tiroteo que provenía de las Ramblas. Eran Comte y sus muchachos del Partit Proletari Català, separatistas y marxistas, que intentaban resistir ante el batallón de infantería del ejército que anunciaba la proclamación del estado de guerra decidido por el capitán general de la IV Región, el general Batet.

Murió Comte. Companys y los miembros del gobierno de la Generalitat que lo acompañaban fueron detenidos, procesados, condenados y enviados a extinguir condena al penal del Puerto de Santa María.

1. [NDE]. Véanse las páginas 156-157, 164-168, 400-402.

Lo último que pierden los hombres es la esperanza. «Después de todo», debió pensar Companys allá en el penal del Puerto de Santa María, «la gente de la CNT no es tan mala como a veces imaginamos. Si ellos, por una vez, quisieran dejar de hacer propaganda antielectoral, las próximas elecciones las ganaríamos los partidos de izquierda, y saldríamos en libertad. ¡Quién sabe! Será cosa de intentar un acuerdo con ellos... Unas buenas palabras, algunos halagos y bastantes promesas...».

Pronto encontró aquel grupo de presos políticos la manera de burlar los reglamentos restrictivos y pudieron sostener una activa correspondencia con el exterior. Una carta de Companys a su partido salió del penal sin pasar la censura del oficial encargado de leer la correspondencia. Su recipiendario fue el diputado Trabal. Por prisión de Companys, Trabal pasó a dirigir Esquerra Republicana de Cataluña. No obstante, su autoridad tenía algunos límites, como podía apreciarse al verlo secundado por otras dos personalidades del partido: Farreras, persona de dinero y hablar atrabancado, y Salvat, empleado del Ayuntamiento de Barcelona y maestro de la Gran Logia de Cataluña y Baleares, según me informó García Vivancos, también masón.

García Vivancos había sido del grupo «Los Solidarios» y le fue fácil encontrarnos cuando los emisarios de Companys quisieron entrevistarse con nosotros. Vino a verme y me dijo que una comisión de Esquerra y de la masonería quería entrevistarse con A&caso, Durruti y conmigo para darnos a conocer una carta de Companys, interesado en llegar a un acuerdo con la CNT, para que no hiciésemos, siquiera por una vez, propaganda abstencionista en las próximas elecciones.

Antes de someter esa propuesta a la Organización, y antes de nuestra entrevista con los emisarios de Companys, consideré que convenía estudiar la propuesta con el grupo «Nosotros». El problema que se nos iba a plantear era parte del gran problema existente en el país, que apasionaba a todas las capas sociales, en especial a la clase obrera: las exageradas medidas represivas de los gobiernos de derechas habían llenado de presos políticos y sociales las cárceles y presidios del país. En España, las represiones, sean monárquicas o republicanas, sean de izquierdas o de derechas, se han distinguido por su ensañamiento con los vencidos.

Muertes y encarcelamientos en grandes cantidades fueron el saldo del octubre revolucionario. Con los de abajo fueron también a presidio los de arriba. Soldados y jefes de la rebelión comparecieron por igual ante los Consejos de guerra. Las derechas gobernantes, gente presumiblemente sesuda y conservadora, nunca debieron aventurarse a que España cargase con tantos miles de presos. Enterrados los muertos, con haber condenado a una docena de dirigentes del Frente Popular y haberlos amnistiado seis meses después, se hubiese podido evitar el inevitable jugárselo todo al resultado de unas elecciones apasionadas. Vistas las cosas con serenidad, a los anarcosindicalistas, prestos a lanzarnos al gran salto de la revolución social, nos estaban brindando una bella oportunidad de hacerlo.

¿Qué hacer? Si desechábamos la entrevista, no por ello iba a cejar la Esquerra en la búsqueda de apoyos para ganar las elecciones. Si no lo habían hecho ya, buscarían contactos con otros militantes de la CNT, y si no en Cataluña, lo harían en Madrid, en Asturias o en Andalucía. El problema estaba planteado. España se iba a desgajar en dos y las dos mitades se enfrentarían hasta triunfar o aniquilarse.

Nos reunimos en mi casa, situada frente al campo de fútbol del Júpiter, en Pueblo Nuevo. Acudieron todos los miembros del grupo: Jover, Aurelio, Ascaso, Sanz, Durruti y los de nuevo ingreso, Antonio Ortiz y Antonio Martínez, «Valencia». También asistió García Vivancos, por la confianza que en él

teníamos. Desde el principio, me hice el propósito de conducir con la máxima nitidez asunto tan delicado. Por ello requerí a García Vivancos a que expusiera él mismo la misión que le había sido encomendada.

Los miembros del grupo, además de ocupar algún cargo orgánico, como Jover, que pertenecía al Comité regional de la CNT, y Aurelio, al Comité local de Sindicatos de Barcelona, en su conjunto habían asumido la responsabilidad de integrar el Comité de Defensa Confederal de Cataluña. La CNT de Cataluña nos confió la responsabilidad de organizar su defensa, pero no asignó para ello medios económicos, ni para ejercer tal función ni para la adquisición de armamentos. De manera tácita, se nos había otorgado carta blanca para proveer los pertrechos combativos.

Conseguir armamento. Ese era el gran problema. Cada miembro del grupo poseía una pistola. Como armas largas, los Winchesters recogidos por Sanz y la brigada de alcantarillas del municipio de entre los que habían tirado los fugitivos *escamots* aquel día de octubre en que se acreditaron como no aptos para llevar armas. De dichos Winchesters había unos trescientos ya limpios y engrasados, con sus respectivas dotaciones. Habíamos alentado a los compañeros de los cuadros de defensa a que fuesen adquiriendo por su cuenta cada uno una pistola y a observar dónde, en un momento dado, podrían hacerse con armas largas y cortas. Así y todo, era poco, muy poco. Además, podía decirse que España empezaba más allá de Barcelona, y en ella ni se había dado cumplimiento al acuerdo de constituir los Comités regionales de Defensa. De armas estaban peor que nosotros.

Eso era lo que bullía en mi cabeza al convocar la reunión del grupo «Nosotros». Me preguntaba si sería posible engatusar a aquellos políticos suicidas que para salir en libertad no vacilaban en acudir —ahora sí— a los anarcosindicalistas y hasta en desencadenar una guerra civil. Una vez en marcha la máquina, nadie podría pararla. Ni el grupo «Nosotros» ni la CNT ni los políticos de izquierdas y de derechas. ¡Ni los militares, que serían los llamados a sublevarse si triunfaban las izquierdas en las urnas electorales!

García Vivancos se expresó ante el grupo. Quien más, quien menos, todos teníamos motivos para estar dolidos de la conducta de Companys y sus aliados frentepopulistas y *escamots*. Ascaso, secretario del Comité regional de la CNT cuando ocurrieron los acontecimientos de octubre, se opuso firmemente a que la Organización secundara el movimiento de los octubristas sin pactar antes las finalidades del movimiento revolucionario. Y aunque los hechos le habían dado la razón, desde entonces se le veía entristecido y lastimado por las censuras de los simpatizantes de la Alianza Obrera, treintistas, ugetistas y poumistas. También Durruti había sido detenido por los *escamots*, que lo encerraron en los calabozos de la Jefatura de Policía, y lo vejaron, valiéndose de la presencia protectora de los guardias de Asalto. También yo debía sentirme lastimado por las cartas de los aliancistas asturianos y levantinos, enviadas por doquier, quejándose de haber sido yo quien frenara a la CNT, impidiendo que fuese arrastrada por Companys y Largo Caballero.

Todos tocábamos más o menos las consecuencias de aquel desastre conocido por Movimiento de Octubre. Hasta en el plano económico particular de cada uno: después del fracaso del movimiento, los patronos de Barcelona represaliaron a todos los obreros de significación revolucionaria, despidiéndolos de las fábricas, de los talleres y de las obras donde trabajaban. Durruti hacía trabajos de peón. Ascaso y yo nos sosteníamos con trabajos eventuales de camarero en bares y tabernas.

Expuse ampliamente mi análisis al grupo, a petición de Ascaso:

—Al proclamarse la República, la mayoría aparente que va tras los líderes parecía darse por satisfecha con la palabrería de los republicanos. Pero

hubo unos pocos, nosotros, los anarcosindicalistas, que, pasando por encima de nuestros dirigentes convertidos al reformismo «treintista», no nos plegamos a sostener y reformar el nuevo régimen y empezamos a zarandearlo. Y la República no logró afianzarse. Tenía que caer estrepitosamente. Para nosotros, los anarcosindicalistas, la caída sería la revolución social, la instauración del comunismo libertario. Estamos determinando que derechas e izquierdas republicanas se incorporen a la táctica «faísta» de sacudir el régimen republicano. La actitud de las izquierdas gubernamentales hasta el día anterior ha sido francamente suicida. Si por haber perdido unas elecciones se lanzaban a la sedicente revolución de octubre, ¿qué harían las derechas si, desgastadas por las inocuas represiones que han desencadenado, perdiesen ahora las elecciones, dando paso a un gobierno de izquierdas revanchistas? Pues secundarían el ritmo «faísta» y se lanzarían también a la revolución, su revolución de signo militar fascista. No debemos olvidar que la llamada «inteligencia» española, cuando es de derechas mira hacia Italia y Alemania, y cuando es de izquierdas hacia Francia y la Unión Soviética. En España solamente es creador el pueblo.

¿Hay quienes pretenden utilizarlos para sacarlos de prisión y darnos después un puntapié en salva sea la parte? Los escuchamos y les darnos un no. Rotundo no, pero no definitivo, que nos permita ir cediendo cuando se comprometan a entregarnos, antes o inmediatamente después de las elecciones, tres partidas de armas y municiones para ser depositadas en Zaragoza, en Sevilla y en La Coruña. Ya conocéis mi teoría sobre una estrategia revolucionaria triangular. Punto de apoyo, en Cataluña-Aragón, punto de apoyo en Andalucía-Levante y punto de apoyo en Galicia-Asturias.

Intervino Durruti:

—García Oliver nos ha conducido a un callejón, no diré que sin salida, pero sí con una sola salida: triunfo electoral de las izquierdas, por abstenerse la CNT de hacer propaganda antielectoral, formación de gobiernos de izquierdas revanchistas y, por consiguiente, sublevación de las derechas por mano militar. Si aceptamos esas premisas, forzosamente habremos de aceptar también sus consecuencias. Por ello considero muy necesario que amplíemos la discusión para encontrar un camino que permita considerar las próximas elecciones tal y como siempre fueron los comicios electorales, realizando la CNT su propaganda antielectoral, y que triunfasen las derechas o las izquierdas. No tenemos nosotros ni nadie pruebas de una posible sublevación militar derechista para el caso de perder las derechas las elecciones.

La reunión del grupo «Nosotros» quedaba bloqueada por dos opiniones diametralmente opuestas. Muy a mi pesar, me dije que Durruti, al argumentar sobre lo que siempre había sido la marcha del tiempo, tenía su lógica. Claro que descartando el impacto escalonado de estos acontecimientos: primero, asalto con banderas rojinegras del Palacio de la Generalidad el 1 de mayo de 1931. Segundo, movimiento revolucionario anarcosindicalista del 8 de enero de 1933, con proclamación del comunismo libertario en varias localidades de España, ocasionando el derrumbe de las izquierdas políticas. Tercero, movimiento revolucionario del 8 de diciembre de 1933, con proclamación del comunismo libertario en varias localidades de España, en un gesto que simbólicamente parecía de ayuda a las izquierdas políticas; y concretamente de desgaste de las derechas triunfantes. Cuarto, movimiento político revolucionario de octubre de 1934 en Barcelona y Madrid, tendente solamente a desgastar a las derechas gubernamentales, y francamente revolucionario en Asturias; que abría una ancha frontera de sangre entre el proletariado y toda posible solución amigable entre derechas e izquierdas españolas. Quinto, la lección dada por las izquierdas republicanas sublevándose en octubre por haber perdido

unas elecciones, lo que hacía imposible la vuelta al pasado del «borrón y cuenta nueva».

Más o menos, todos los compañeros, con excepción de Ascaso, abundaron en los argumentos expuestos por Durruti, es decir, apegarse a las fórmulas del pasado. Ascaso, con su sonrisita sempiterna, se expresó así:

—Me gustaría poder compartir la opinión de Durruti y no tener que aceptar los puntos de vista de García Oliver. Porque en Durruti veo la expresión de lo que debe ser el pensamiento de los que esperan que no se produzcan grandes trastornos ni, mucho menos, grandes cambios en la manera de vivir; o sea, el deseo de una paz burguesa, sin inquietudes. Si yo opinase de la misma manera que Durruti, hoy saldría de esta reunión poseído de una gran tranquilidad espiritual y tendría un sueño reparador. Desgraciadamente, no será así, pues tengo la sensación de que el porvenir es como lo ha visto Juan. ¿Existe o no otra salida de la que nos presentas?

—No, no hay otra. —Y les expuse razonados los cinco puntos más arriba expresados.

Intervino nuevamente Durruti, esta vez dando un viraje sorprendente:¹

—Estoy totalmente de acuerdo con García Oliver, y si me expresé de manera distinta fue con el fin de apurar los pros y contras.

Al final, como ocurría en casi todas las reuniones del grupo «Nosotros», hubo acuerdo unánime: «Táctica a seguir con los emisarios de Companys: no ceder hasta lograr la promesa de armamentos antes o después del triunfo electoral de las izquierdas. En la CNT, cuando se discuta el hacer o no propaganda antielectoral, propugnar, sin insistencia, la siguiente plataforma: en lugar de propagar el NO votar y el NO acudir a las urnas, declarar:

»Si esta vez la clase trabajadora se abstiene de votar, el triunfo electoral será de las derechas fascistas. A su triunfo, tendríamos que salir a la calle a combatirlos con todas las fuerzas disponibles.

»Si esta vez la clase trabajadora vota y lo hace por las izquierdas, las derechas, apoyadas por los militares, se sublevarán antes de seis meses. Y tendríamos que salir a la calle a combatirlos con las armas.

«Entonces, no os decimos que NO votéis. Pero tampoco os decimos que SI debéis votar. Que cada cual obre de acuerdo con su leal entender. Pero

1. [NDA]. Esa no fue la única vez que Durruti viró. Casi lo hizo en llegando de América, cuando pensaron él y Ascaso montar una gasolinera'. El segundo viraje lo dio cuando, en el restaurante de Magre, él y Ascaso decidieron la situación entre «Los Solidarios» y Hem Day, delegado al Congreso de la AIT de Madrid, dejándome solo². El tercero lo dio al formar parte, en contra de la opinión de todo el grupo «Nosotros», del Comité nacional revolucionario que se constituyó en Zaragoza en diciembre de 1933³. El cuarto fue cuando, ya muerto Ascaso, en el Pleno de Locales y Comarcales del 23 de julio, ante el dilema «ir a por el todo» y «éste no es el momento de ir al comunismo libertario», optó Dor mantenerse callado*. El quinto fue cuando en reunión del grupo «Nosotros» ampliado, ante mi planteamiento tajante de sustantivar la revolución social en Barcelona antes de partir con las fuerzas a Aragón, pidió que se aplazase el hecho revolucionario hasta que él hubiese tomado Zaragoza⁴. El sexto fue que, al primer obstáculo, él y su fuerza de más de cinco mil hombres armados dejaron de marchar hacia Zaragoza y se tendieron en las cunetas y sotos, estableciendo su puesto de mando en Bujaraloz⁵. ¿Motivos? Pueden ser muchos: incapacidad, miedo, egolatría y, ¿por qué no?, influencias ajenas a nuestras concepciones en su ideología (era oriundo de una familia de socialistas y tenía mujer comunista), o, como se expresaba Severino Campos en un Congreso anarquista celebrado en Barcelona en la Casa CNT-FAI, temor a que yendo por donde yo propugnaba, íbamos a la dictadura de García Oliver.

1. [NDE]. Véase p. 92.

2. [NDE]. Véase p. 119.

3. [NDE]. Véanse p. 135-136.

4. [NDE]. Véanse p. 184 y s.

5. [NDE]. Véanse p. 190-191.

6. [NDE]. Véanse p. 195-198, 232, 267-268.

todos debéis estar preparados para luchar en la calle, tanto si ganan las derechas como si ganan las izquierdas».

García Vivancos quedó encargado de preparar, para dos días después, la entrevista con Trabal, Farreras y Salvat, debiendo celebrarse a las ocho de la noche en su propio domicilio, en la calle Mediana de San Pedro.

Acudimos a la entrevista. Antes convinimos que podríamos intervenir los tres —Ascaso, Durruti y yo— indistintamente, si observábamos que ellos se comportaban de la misma manera. Pero, si como era de suponer, la voz cantante la llevaba Trabal, para no dispersarnos, sería yo quien llevase la negociación. Llegamos un cuarto de hora antes de lo convenido. Ellos fueron puntuales. García Vivancos hizo las presentaciones: Trabal, de facciones regulares, cerrado de barba, con cara de palo y mirada observadora; Farreras, un poco mofletudo y aires de campechano; y Salvat, de pelo canoso y mirada penetrante, que daba la impresión de ser un notario pueblerino.

Ya sentados, Trabal sacó una carta, que nos invitó a leer. Era de Companys y hablaba en su nombre y en nombre de los demás dirigentes catalanes presos con él. Se excusaba ante los hombres de la CNT, a los que siempre quiso entrañablemente. Lamentaba que la política nos hubiese distanciado y hacía votos porque la comprensión de los problemas actuales nos uniese. Uno de los problemas a que se refería, el más importante en su opinión, era el de los miles de presos políticos que se encontraban encarcelados en España, condenados ya o pendientes de ser juzgados. Si las elecciones que se avecinaban daban el triunfo a las derechas políticas españolas de Gil Robles y sus asociados de la CEDA, por muchos años las prisiones guardarían dentro de sí a los presos políticos, con el desamparo en que quedarían sus hogares. En cambio, decía, si la CNT, consciente de sus responsabilidades, con la vista puesta en tantos hogares proletarios deshechos por la prisión de los padres y los hijos, dejaba por una vez de realizar su propaganda abstencionista y alentaba al proletariado español y al catalán a acudir a las urnas para sacar a los presos, el triunfo de las izquierdas sería seguro y la alegría de la libertad alumbraría en miles de hogares proletarios. Por todo ello encarecía a Ascaso, Durruti y García Oliver a influir cerca de sus compañeros para que adoptaran la actitud comprensiva de ayudar a liberar a los presos, por el único procedimiento posible: el del triunfo electoral de las izquierdas.

Después de leer tan interesantes párrafos de la carta de Companys, Trabal declaró que él, si bien acudía como emisario de Companys, tenía que aclararnos que actuaba como jefe de Esquerra Republicana de Cataluña. Y que en tal condición suscribía y se adhería a los alegatos de Companys, esperando de nuestra probada vida de luchadores que le ayudaríamos a salir con bien de las gestiones de que había sido encargado por Companys. Farreras y Salvat asintieron a cada una de las palabras de Trabal.

Al parecer, ello les relevaba de intervenir.

Hablé yo y les dije que verdaderamente era muy penosa la contemplación de tantos miles de hogares deshechos por la represión que estábamos sufriendo desde los desdichados acontecimientos de octubre, y que de buena gana nos ofreceríamos como intermediarios entre ellos y los comités de nuestra organización si, prescindiendo de sus puntos de vista sobre los resultados de las elecciones que se avecinaban, nos invitasen a participar en una campaña nacional por la libertad de los presos y por una amplia amnistía política. Por ello, les agradecería tuviesen a bien precisar el alcance político de su acercamiento a nosotros y a la CNT, de manera que no cupiera apelar al subterfugio de malos entendidos.

Los observaba atentamente mientras hablaba. Trabal se iba poniendo pálido, mirándome fijamente, asombrado de que hubiese llevado el asunto a un

terreno tan alejado de las premisas sentadas por Companys en su carta. Farre-ras parecía divertirse mucho con mi inesperada intervención. Salvat no se sorprendía de nada. Callaba y me observaba con los ojos semicerrados.

Trabal, engolando un poco la voz, se dirigió más bien a Durruti y Ascaso que a mí, para apreciar tal vez la solidez de nuestro muro, diciéndonos que estaba apenado por la manera como había soslayado yo el tema principal de la carta de Companys y los motivos de la entrevista, que eran recabar de los hombres de la CNT su apoyo al triunfo electoral de las izquierdas. «Hemos venido a tratar de este asunto, que además es asunto en firme, del acuerdo que tenemos las izquierdas de que salgan en libertad los presos como resultado del triunfo electoral, no cabiendo los plazos dilatorios de tener que empezar haciendo una campaña nacional por la libertad de los presos. Se trata de eso, y no es para tratar de tal campaña para lo que somos mandatados. He de rogar a García Oliver tenga a bien centrar su punto de vista en relación con el objeto de nuestra entrevista.»

—Ustedes deben excusarme por haber eludido, deliberadamente, tratar del motivo central de la carta de Companys. Conozco a Companys y sé que en el estrado puede desenvolverse con soltura. Pero nunca consideré que fuese un genio político. Lo prueba cómo se condujo en la preparación del movimiento de octubre, con el veto que le impuso a Largo Caballero de no tratar con los anarcosindicalistas de la CNT. Y lo prueba también con la gestión encargada a ustedes, que en síntesis, aunque de manera solapada, es una invitación a que les ayudemos a sumir a España en los horrores de una guerra civil...

—No, eso no —se apresuró a interrumpir Trabal.

Vi que mis palabras habían quebrado el muro que ellos presentaban. Salvat contuvo a Trabal y dijo:

—Es muy interesante escuchar los razonamientos de García Oliver. Le ruego a usted, señor Trabal, no interrumpirle.

—Me pregunto si, tanto ustedes al aceptar el encargo de buscar la cooperación de la CNT, como Companys al darles dicho cometido, no habían pensado ya que al final de la contienda electoral, tal como plantean las luchas las derechas y las izquierdas, está inevitablemente la guerra civil. Les ruego me ayuden a sacar conclusiones de lo siguiente: ¿Esquerra Republicana de Cataluña es partido gubernamental? ¿El Partido Socialista Obrero Español es partido gubernamental? ¿Son gubernamentales los partidos republicanos que se coaligaron con los dos partidos anteriores? Sí, ¿verdad? Entonces, ¿por qué recurrieron a la rebelión de octubre, simplemente por el hecho de haber perdido unas elecciones parlamentarias? ¿Quiere ello decir que si ahora perdiesen también las elecciones, intentarían lanzarse otra vez a la rebelión? En consecuencia, ¿qué pueden esperar ustedes que hagan las derechas si son ellas las que pierden las elecciones?

Trabal intervino para sentenciar:

—No olvide usted el efecto paralizante de las fuerzas del Estado, que jugarían a nuestro favor una vez estuviésemos las izquierdas en el gobierno de España y en el de la Generalidad.

—Lo tengo pensado, Trabal. Muy pensado. ¿Se imagina que las derechas se sublevarían yendo esos señores aristócratas, capitalistas y alto clero por los cerros de Ubeda tirando tiros? No, señor Trabal, ustedes se quedarían con las plumas del pollo; pero la carne y los huesos, o sea, ejército y fuerzas armadas, son los que se sublevarían contra ustedes, y contra nosotros, si hubiésemos sido tan ingenuos como para haberles ayudado.

Intervino Salvat, hablando muy suavemente:

—Creo que tiene razón García Oliver. ¿Habría manera de poder eludir una guerra civil?

—Sí. Y les advierto que si se tratase de una revolución yo no sentiría ningún temor. Pero no seremos nosotros los que nos lanzaremos a la revolución en el momento previsto y preparado, sino que serán el ejército y las fuerzas armadas quienes se harán dueños de la calle. La manera de poder eludir la contienda sería que el gobierno que debe convocar las elecciones se arriesgue a conceder una amnistía total para presos políticos y sociales quince días antes de la fecha señalada para las elecciones.

—¡Muy bien visto! —exclamó Salvat.

—Muy bonito, pero irrealizable —expresó Farreras.

—Imposible detener los acontecimientos —arguyó Trabal—. Además, el acuerdo consiste en ir a las elecciones y ganarlas.

Secamente declaró:

—Si tal acuerdo existe, ha sido adoptado en reuniones de las que estaba ausente la CNT. Como en octubre, sin la CNT y, si llegase a convenir, contra ella. Creo que ustedes no vinieron a conseguir nuestra adhesión, sino a imponernos un acuerdo tomado en ausencia de la CNT. Pues bien, ahora, como antes de octubre —les aconsejo leer el artículo de Rafael Vidiella en *Leviatán*¹—, les decimos que sin la CNT ustedes están perdidos; contra la CNT nada podrán ustedes. Ahora, si mis compañeros lo creen pertinente, ha llegado el momento de retirarnos.

Los tres, secamente, hicimos ademán de despedirnos.

Fue Salvat quien intentó la conciliación:

—Esperen ustedes... Eso no puede ser, Trabal y amigo Farreras. Ellos tienen razón. Las ideas no deben imponerse. Y los acuerdos tampoco. Hasta el momento, y que me perdonen Companys y los presos, las únicas ideas sen-

1. [NDE]. Vidiella afirmaba en ese artículo lo siguiente:

«[...] ¿Qué ha ocurrido, pues, para que la madrugada del 7 de octubre capitulara la Generalidad sin defenderse y sin ser defendida, después de breves horas de *Estat Catala* dentro de la República Federal Española?»

Sencillamente ha ocurrido que las revoluciones de hoy no pueden hacerse a medias. Hay dos fuerzas en todo el mundo en presencia: la del capitalismo y la del proletariado, y los términos medios no pueden satisfacer a ninguna de las dos, porque a ambas descontentan.

La *Esquerra Republicana de Catalunya* era un partido sin tradición en la vida política catalana. Apenas si eran conocidos algunos de sus hombres. Tanto es así, que no creían ganar las elecciones del 12 de abril, y se dio el caso de que con linterna, como Diógenes, buscaban no ya hombres, sino nombres para llenar su candidatura. Muchos se negaron, ¡ay!, a dar el suyo —después se tiraban de los cabellos—, porque presumían oye no iban a salir vencedores.

En Cataluña había sólo dos fuerzas verdaderas, homogéneas: la *Lliga* y la CNT, es decir, la capitalista y la proletaria. Pero ésta era y es enemiga irreconciliable de la lucha política, de la conquista de los Municipios y el Parlamento. La revolución española tuvo en 1931 la válvula de escape de las elecciones municipales. Si en Cataluña hubiera sido la CNT quien presentase candidatos, éstos hubieran triunfado. Por una razón mu" sencilla y poderosa: porque ningún sector catalán había sido tan duramente perseguido por la monarquía y la *Lliga*, y nadie más combatió tan acerba y enérgicamente a éstas, desde 1911, como la CNT. Yo tuve ocasión de prever en 1929 este posible triunfo de la CNT, si la revolución española desembocaba en una lucha política; pero el organismo confederal, al inhibirse, dio el triunfo en Cataluña y en algunas provincias de España a muchos abogados y amigos de éstos que defendieron a los sindicalistas cuando eran perseguidos por la monarquía. [...]

El proletariado estaba desarmado. *Estat Catala* temía que éste le desbordara. Por otra parte, la clase trabajadora sospechaba, no sin razón, que sería acribillada por *Estat Catala*, que poseía más de 10 toneladas de armamento. Además, se había establecido un profundo abismo entre el proletariado propiamente dicho y la Generalidad. El armamento en manos de *Estat Catala* no sirvió de nada. Ya lo pronosticó, unos meses antes, un conocido militante de la FAI, García Oliver:

—A ésos —dijo, refiriéndose a los *escamots*—, una zurra en el culo, y a dormir.

No se equivocó.»

(*Leviatán*, n. 7, noviembre de 1934, p. 11-15.)

satas que he oído son las expuestas por esos compañeros cenetistas. Creo percibir claramente la existencia de otra salida muy distinta a la del rompimiento. Es decir, que, invirtiendo las situaciones, quieran ellos darnos a conocer las condiciones en que admitirían ser colaboradores en esa determinación de una guerra civil. ¿No les parece, amigo Trabal y amigo Farreras?

—De acuerdo, señor Salvat. Si ellos tienen alguna idea que ofrecernos, encantado de escucharlos y de transmitirla a Companys —declaró Trabal.

Intervine nuevamente:

—Bien miradas las cosas, hoy no deberíamos proseguir este cambio de impresiones. Sería mejor que ustedes den a conocer a Companys el fondo de nuestras opiniones, para que ellos puedan decidir si en principio quieren otra vez correr el riesgo de tener que enfrentarse a una guerra civil. Si dijese que no, y que se avienen a cancelar los planes y acuerdos que tienen de querer ganar a toda costa las elecciones, no habría necesidad de que estableciésemos ningún compromiso. Pero si decidiesen seguir adelante, sería menester un otorgamiento de poderes a ustedes, facultándoles plenamente para negociar.

Trabal, con sonrisa de quien está pagando una deuda importante de la que ni se acordaba, dijo:

—Creo que podría, por una sola vez, verme con Companys y plantearle todo lo que han dicho. ¿No lo ven ustedes mejor así?

Asintieron Ascaso y Durruti. Le puntalicé que teniendo que encarar una rebelión militar, la CNT, que dispone de muchos hombres prestos a la lucha, carece de armas para un enfrentamiento con el ejército y fuerzas armadas del país. Solamente podríamos correr el riesgo si, ahora o al ser ganadas las elecciones, pero no más allá de dos meses después, nos colocaban depósitos de armas en Zaragoza, Sevilla y La Coruña, de los que se haría cargo en cada localidad un compañero de nuestro grupo. Ya con las armas, podríamos dedicarnos a organizar los cuadros de lucha y a trazar los planes correspondientes a cada región.

—Me parece perfecto. ¿O eso o no hay trato? —concluyó Trabal.

—Correcto —dije. Y asintieron Durruti y Ascaso.

Pasaron unos días sin noticias de Trabal. Si era cierto que tenían que ir al Puerto de Santa María para entrevistarse con Companys, tardarían unos 15 días en regresar. Y fue a los quince días cuando nos pasó aviso García Vivancos de que, si estábamos de acuerdo, nos citaba en su casa para el día siguiente a las ocho de la noche.

No nos hicimos esperar. Cuando llegamos, estaban ya aguardando Trabal, Farreras y Salvat. Trabal nos dijo que Companys consideraba excesiva nuestra condición de prover de armamentos a nuestra organización, pues no entraba en sus cálculos la contingencia de un levantamiento militar. Los resortes del Estado, en manos de gobiernos de izquierdas, eran suficientes para desanimar a las derechas. Sin embargo, daba su conformidad a la cuestión *sine qua non* que presentábamos, comprometiéndose a satisfacerla una vez logrado el triunfo electoral.

—¿Están ustedes de acuerdo? —preguntó Trabal, francamente optimista.

—Sí, estamos de acuerdo. Pero nos hubiera gustado que Companys fuese más explícito. No debía haberse limitado a aceptar la entrega de armamentos, que puede o no tener lugar, ya que no parece estar convencido de lo justo de nuestras previsiones. A la mera aceptación de nuestra única condición, hubiese debido añadir: «No solamente trataremos con la CNT lo referente a los depósitos de armas, sino que tendremos que ver cómo podría ampliarse por ambas partes la precaria colaboración que hemos establecido». No ha sido así, y hemos de lamentarlo. Además de los depósitos de armas estratégicamente colocados, deberían crearse órganos de defensa, un Consejo nacional de De-

fensa en Madrid y otro de carácter regional en Barcelona, con sus dependencias regionales y locales en poblaciones de importancia y constituido por representantes de cada uno de los dos gobiernos, de la CNT y de la UGT.

—Eso —arguyó Trabal— sería tanto como montar el aparato para una revolución social.

—Sí y no —repliqué—. La tendencia revolucionaria de la CNT se vería frenada por la tendencia conservadora y política de la UGT. Pero como estamos entrando en el terreno de las apreciaciones personales, dejémoslo y concretemos.

El acuerdo tomado por los seis fue que por nuestra parte trataríamos de impedir que se realizase propaganda antielectoral ante los próximos comicios y que, si ganaban las izquierdas, éstas se comprometían por boca de Companys y sus delegados presentes, a ponerse en contacto con nosotros para determinar las cantidades de armamento que había que depositar a nuestra disposición en Aragón, Andalucía y Levante.

No pude asistir a la reunión de militantes de la CNT y de la FAI de Barcelona en que se trató de la «posición a adoptar ante las próximas elecciones». Mi trabajo en El Tupinet, taberna de la carretera de Hostafrancs, empezaba a las siete de la tarde y terminaba al amanecer. Aurelio, Ascaso y Durruti vinieron al Tupinet para pedirme que asistiese a dicha reunión. Les dije que no asistiría y que conocían sobradamente los acuerdos a que habíamos llegado al respecto. Únicamente les recomendé no presentar nuestros puntos de vista como una aplanadora, y que dejasen a los asistentes resolverlo como mejor supieran.

Los reunidos aceptaron nuestros puntos de vista.

Las izquierdas ganaron las elecciones. Se produjo una euforia general. Iban siendo fácilmente olvidadas nuestras consignas de prepararse para una lucha definitiva para no más tarde de seis meses después de las elecciones. Ahora, los triunfadores pretendían ser los aliancistas de Cataluña, Asturias y Valencia. Ascaso estaba agobiado por las insidias que alrededor de su persona tejían los aliancistas asturianos y levantinos, haciendo coro a los comunistas y demás frentepopulistas. Esos mismos aliancistas pedían mi cabeza.

Hube de acudir a Madrid a enfrentarme con Avelino González Mallada, militante confederal de Gijón. Este acumulaba sobre mí los más fantásticos cargos. Era lo propio de un militante de una región como la asturiana, prácticamente desinteresada del resto de la Confederación y que producía un tipo de militante confederal más vinculado a los socialistas y ugetistas que a los anarcosindicalistas. González Mallada decía, con su voz chillona, lo que le venía en gana en aquella reunión-proceso que se me estaba haciendo. Obedecía, acaso sin saberlo, la consigna puesta en circulación por los grupos anarquistas en que militaban, con Fidel Miró, José Jiménez y Mestre, los únicos que defendían a hurtadillas en la CNT de Cataluña la posición aliancista de treintistas y poumistas.

En la reunión-proceso, rogué al compañero que presidía, Falomir, ferroviario y miembro del Comité nacional, que pidiese a González Mallada que no gritase tanto y puntualizase las acusaciones de manera concreta.

Vivamente, González Mallada me interrumpió diciendo que en Asturias corrían rumores insistentes sobre mi sospechosa conducta antes y durante el movimiento de Octubre y que se debía a mi influencia en el Comité regional de Cataluña y sobre el secretario del Comité nacional, Miguel Yoldi...

Interrumpí por una cuestión de orden. Era tan grave lo que insinuaba González Mallada que, a mi entender, el Comité nacional, que presidía la

reunión, debía advertirnos a González Mallada y a mí que, de acuerdo con las normas de la CNT, toda acusación personal debía estar basada en hechos concretos y no en rumores, por cuanto de la veracidad o falsedad de las acusaciones dependía que fuese expulsado de la Organización el compañero inculpado o el acusador.

Pedí que se requiriese a González Mallada que precisara si actuaba en su nombre o por mandato de su regional, en cuyo caso debería presentar el aval correspondiente y el contenido escrito de las acusaciones, firmado por el Comité de su regional. Puesto que aludía a la actitud del Comité regional de Cataluña en el movimiento de Octubre, no podía seguir adelante la reunión sin la presencia del Comité regional de Cataluña, y eso sólo podía tener lugar en Pleno extraordinario de regionales, convocado expresamente para ello.

Y por haber involucrado igualmente al Comité nacional de la CNT en la persona de su secretario en funciones, tampoco podía pasar adelante el juicio de acusaciones promovido por González Mallada, a no ser que por escrito una o más regionales depositaran la acusación en el Comité nacional y que éste convocara al efecto Pleno extraordinario de Regionales o una Asamblea nacional de Sindicatos. El Comité nacional en funciones en esa reunión podía suspender momentáneamente la reunión, apereibir al compañero González Mallada de que la CNT está integrada por Confederaciones regionales autónomas, y que, tanto ellas como sus afiliados, sólo tienen la obligación de cumplir los acuerdos de carácter nacional que hubiesen sido adoptados con su aprobación. Estábamos ante el hecho paradójico de que no existía ningún acuerdo nacional de secundar el movimiento de Octubre, cosa que ni siquiera había sido tratada en Pleno nacional de Regionales.

La reunión se suspendió por una hora. González Mallada fue informado de que yo tenía razón en lo referente al movimiento de Octubre —como lo probaba el artículo de Rafael Vidiella en *Leviatán*, que achacaba el desastre a las exigencias de Companys y a la falta de previsión política de Esquerra Republicana de **Cataluña**—. Se le informó también de la declaración del compañero Moreno, ferroviario que me tenía de huésped en su casa de la Colonia Ferroviaria, según la cual, mientras Largo Caballero y su Comisión ejecutiva no salieron del escondite, yo me pasé la noche en casa de Moreno enseñando a los muchachos de las Juventudes Socialistas a preparar las granadas de mano que sus jefes les habían entregado vacías. Aquellos muchachos estaban decididos a explicar los hechos, por vergonzosos que fuesen para sus jefes.

Se reanudó la reunión y Falomir dijo que González Mallada se retractaba de las insinuaciones malévolas contra mí, rogándome que le excusase su incomparecencia a la reunión final.

De Madrid tuve que acudir a Valencia, a enfrentarme a los aliancistas de aquella Regional. La cosa fue mejor. Aliancistas y faístas habían convenido celebrar un acto público en un teatro de Sagunto, en cuya fachada se habían dispuesto enormes pasquines: «García Oliver responderá a las acusaciones de Juan López y Domingo Torres».

El acto estaba convocado para las once de la mañana del domingo. Acudieron aliancistas y faístas de casi todas las localidades de la Regional levantina. A la una de la tarde, ante la incomparecencia de los inculpadores, se suspendió el acto, con vítores a la FAI de los defraudados asistentes.

Todo me decía que cuanto más grande se hacía la CNT, más perdía en calidad. Se olvidaban las tácticas y principios, base de la formación de militantes serios y morales, como Archs, Pey, Salvadoret y otros, dando paso a otro tipo de militantes, como González Mallada, Juan López y Fidel Miró, in-consecuentes y maledicentes, prontos al abrazo con republicanos burgueses, reformistas socialistas y comunistas. La moralidad de muchos militantes de

primera y segunda fila acusaba un descenso impresionante, lo que hacía posible que entrásemos en una revolución anarcosindicalista como anarquistas aparentes y saliésemos como vulgares arrivistas.

No. No cumplieron Companys ni las izquierdas que decía representar. Fatuos como pavos reales, se atribuyeron el éxito de las elecciones: «El pueblo habría votado por ellos, lo quisieran o no la CNT y la FAI. ¡Ya verían los anarquistas indocumentados cuál era el poder del Estado con las riendas del gobierno en manos de las izquierdas!»

Tampoco se habían dejado ver los Trabal, Farreras y Salvat. Hasta habían rehuído en las logias a García Vivancos. Tenían que borrar la lamentable flaqueza que habían tenido.

Las sirenas de las fábricas y de los buques surtos en el puerto de Barcelona lanzaban sus persistentes alaridos, que ponían la carne de gallina a las tropas sublevadas contra el pueblo español y por una España nazifascista. Grito frenético de combate para los que sabían lo que querían decir sus ululantes requerimientos... ¡Adelante, cuadros de defensa confederal! ¡Adelante, grupos anarquistas! ¡Adelante, juventudes libertarias y mujeres libres! ¡Una vez más, adelante, viejos hombres de acción que del pasado solamente conserváis los recuerdos y la pistola escondida!

Desde la radio, Companys cantaba la misma palinodia que en octubre de 1934. No había aprendido nada. Acompañado de los jerarcas del Frente Popular, guardadas las espaldas, clamaba pidiendo ayuda desde Radio Barcelona, instalada en el palacio de la Generalidad. Antes, en las primeras horas de la mañana, desde el balcón de la comisaría superior de Policía, en la Avenida Layetana, había visto pasar a los líderes del anarcosindicalismo, a Ascaso, a Durruti, a García Oliver, con fusiles ametralladores en la mano, acompañados de sus hermanos de grupo, Jover, Ortiz, Aurelio, Sanz, «Valencia», en camiones repletos de militantes confederales, fusiles en alto, banderas rojinegras al viento.

Durruti y yo acudimos al ruego de Companys que nos transmitió un teniente de Asalto en la puerta del sindicato de la Construcción y del Comité regional. Estaba rodeado de oficiales del ejército incorporados a puestos de mando de Seguridad y Asalto: Escofet, los hermanos Guarner, Herrando, sargentos y cabos. Al vernos, abriendo los brazos, exclamó: «*Filis meus, gents de la CNT, avui sou l'única esperanga de Catalunya! Oblideu-ho tot i salven les llibertats del nostre poblé!*».

Aquello era ridículo. Era demasiado olvido del pasado, de los compromisos contraídos y no cumplidos. Curiosos nos miraban Federico Escofet, comisario de Orden público, el comandante Guarner, el capitán Guarner, Herrando, «el del peluquín», jefe de los guardias de Asalto de Barcelona.

Companys nos llamó para intentar capitalizar nuestra presencia como la de un cuerpo de guardia más para su defensa.

—¿Es todo, Companys? —le dije—. Pensé que nos llamabas para darnos armas. Nos vamos. Aquí nada se nos ha perdido.

—No, armas para daros no tengo ninguna. Solamente quería desearos mucha suerte...

Iba a empezar un discurso y nos pareció mejor marcharnos sin decir nada más, no fuese que a su guardia también se le ocurriese sublevarse. Después de todo, nada importante nos diría Companys.

Treinta horas de lucha continua, sin descansar, sin dormir. Ascaso muerto,

Alcodori muerto.¹ Más de cuatrocientos compañeros anarcosindicalistas y anarquistas muertos. Cayeron. Simplemente, como caen los héroes.

El triunfo fue nuestro, total. La CNT-FAI aceptó la oferta de Companys de constituir, junto con los demás sectores antifascistas, un Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña. La Organización aceptó aquella oferta porque, en la euforia de la victoria sobre los militares, parecía ser un cómodo puente hacia un orden nuevo y revolucionario.

Companys propuso aquel organismo para, pasada la euforia del primer momento, restarle importancia en el decreto de creación, hasta reducirlo a una especie de comisaría de Orden público, en espera de poder disolverlo.

El triunfo fue total y nuestro. Pero la Organización, la CNT y la FAI, rechazó mi propuesta de «ir a por todo», a la instauración del comunismo libertario, meta obligada de la revolución, según los estatutos de la CNT. Meta sagrada, pues que por ella dieron la vida centenares de compañeros en el ayer remoto, en el anteaer de la «gimnasia revolucionaria» y en el ayer inmediato, luchando para ser revolucionarios —¡no para ser guardias de Asalto!—, para vencer, de una vez por todas, al ejército de casta de los poderosos:

¡No se puede con el ejército!

Lo recordaría siempre. Eran dos jóvenes obreros de Reus, acorralados por un pelotón de soldados a caballo. Hicieron fuego repelidas veces. Después se deshicieron de sus armas y uno le dijo al otro: «¡No se puede con el ejército!» Fue en 1909, una revolución perdida.

No sería fácil de olvidar. Esta vez ocurrió en Barcelona. En el sitio en que, años después, cayeron asesinados Seguí y Paronas. En el cruce de las calles de la Cadena y de San Rafael se levantaba una endeble barricada. Nadie la defendía, porque era batida por un cañón de tiro rápido. Inopinadamente, un obrero disparó su revólver en dirección de los artilleros y salió corriendo, se deshizo del arma y desapareció. «¡No se puede con el ejército! Fue en 1917, otra revolución perdida.

El ejército, ése era el problema. No debía atacarse al ejército en esporádicos gestos de apariencia revolucionaria, con obreros desorganizados, disparando sus revólveres en un ir y venir, para terminar desapareciendo en busca de la impunidad. Era necesario preparar a los trabajadores por y para la revolución. Algún día podrían enfrentar tácticas superiores a las tácticas de los militares en aquellas mismas calles barcelonesas.

Cuando los militares empezaron la preparación de su golpe de Estado, en el Comité de Defensa confederal de Barcelona les llevábamos una ventaja de casi un año y medio en el estudio de los planes para contrarrestar la sublevación militar. El Comité de Defensa confederal existía desde los primeros días de la República. Los Cuadros de Defensa confederal también. Pero nuestro aparato combatiente se preparaba para luchas revolucionarias en las que nosotros tendríamos la iniciativa.

1. [NDA]. De Alcodori puedo decir lamentablemente muy poco. No era frecuente que los militantes de Cataluña mostrásemos interés por conocer las vidas de los compañeros. Era presidente del Sindicato de la Alimentación y creo que pertenecía a la sección de Panaderos. Buen compañero, de trato siempre sonriente, pero de actitudes anarcosindicalistas muy firmes, corresponsables a la firmeza de sus convicciones. Murió en las avanzadillas de la posición defendida en la rambla de los Estudios, cerca de Atarazanas, la tarde del 19 de julio de 1936.

Al darnos cuenta de cuáles serían las consecuencias del triunfo electoral de las izquierdas, **tuvimos** que revisar nuestras concepciones de lucha. De ser nosotros los atacantes a una sociedad desprevenida, a pasar a ser organización en defensa propia, frente a un ejército que disponía de la iniciativa, mediaba una larga distancia. Se imponía realizar una valoración lo más cabal posible del emplazamiento de los cuarteles de la guarnición de Barcelona, del número de tropas en disposición de combate, de las vías de acceso de las tropas, de los centros estratégicos susceptibles de ser tomados por los sublevados, de los medios de comunicación entre el ejército en la calle y sus centros de mando.

Faltaba decidir un plan, susceptible de darnos la victoria, flexible y precavido. Los cuarteles de Barcelona eran fortalezas de reciente construcción en su mayor parte. No debíamos atacarlos, porque en ellos gastaríamos las escasas municiones de que disponíamos. Había que dejar salir las tropas a la calle y, ya lejos de sus cuarteles, atacarlas por la espalda, sin prisas, intermitentemente, para que fuesen ellas las que agotasen las municiones y les resultase difícil regresar a sus bases para reponerse.

Hacer de las Ramblas el punto clave de nuestras operaciones, pero dominando las vías de comunicación que desde las barriadas confluían al Puerto, donde debíamos hacernos fuertes, para impedir ser arrinconados en las barriadas obreras, donde la dispersión sería nuestro peor enemigo. No acudir a la declaración de huelga general, tanto para no alarmar al enemigo y que no saliese a la calle, como para no impedir que los obreros estuviesen en la calle: las huelgas generales solamente sirven para amedrentar, empezando por los propios obreros, y para crear alarma. Preparar concienzudamente a todos los rogonistas de las fábricas para que, al mandato de nuestros Comités de Defensa de las Barriadas, pusiesen en funcionamiento las sirenas ininterrumpidamente, creando condiciones psicológicas óptimas para la lucha; sembrando el pánico entre los soldados y el entusiasmo entre los obreros. Aislar completamente a las tropas sublevadas, cortándoles las comunicaciones a pie, motorizadas y telefónicas, dándoles desde la Telefónica falsas noticias sobre la marcha de la lucha en la ciudad. Concentrar la máxima cantidad posible de combatientes nuestros desarmados en torno al cuartel de San Andrés, por tener adjunta la Maestranza, depósito de más de 20 000 fusiles y de treinta millones de cartuchos de fusil. Dar órdenes a nuestros grupos dentro de la base aérea del Prat de bombardear desde el primer momento el cuartel de San Andrés, para que pudiese ser asaltado por nuestros compañeros. Y que ellos, una vez tomado el cuartel, enviasen automóviles cargados de fusiles y municiones a las Ramblas y que, por su cuenta, fuesen limpiando los focos de las dispersas unidades militares.

Nuestra preparación era superior a la simplona previsión de los militares que habían de sublevarse. Pensaban que todo sería como siempre: redoble de tambores, colocación en las paredes del bando declarando el estado de guerra y regreso a los cuarteles a dormir tranquilos. A lo sumo, como ocurrió con los *escamots* de Dencás y Badía en octubre de 1934, con algunos tiros, muchas corridas, y a casita. Porque, ¿quién iba a poder con el ejército? ¿No se vio en Asturias la derrota que infligieron a los mineros, a pesar de lo armados que estaban?...

Sin embargo, en julio de 1936, la operación fue bastante rápida, aunque la lucha durara 30 horas en las calles de Barcelona.

Cuando los miembros del Comité de Defensa confederal en pleno, sin faltar ninguno —Ascaso, Jover, Durruti, Aurelio, Sanz, Ortiz, «Valencia» y yo— íbamos a subir en los dos camiones que los cuadros de Defensa de la barriada de Pueblo Nuevo habían requisado en las fábricas textiles y ya se oía el aullido

de las sirenas de las fábricas y de los barcos, se nos presentó un personaje inesperado, delgado, pequeño, pálido, desgredado, armado de un Winchester:

—Soy Estivill. Dejadme ir con vosotros.

—¿Estivill? ¿No eres comunista? ¿Es que no salen a combatir los comunistas, que quieres venir con nosotros?

—Sí y no. Soy y no soy comunista. No sé si los comunistas saldrán a combatir. Pero ellos son cuatro gatos y lo más probable es que quieran reservarse para después.

-Anda, pues. Sube.

Por la calle Pedro IV, el Arco del Triunfo, la Ronda de San Pedro, Plaza Urquinaona, Vía Layetana, fusiles en alto, banderas rojinegras desplegadas y vivas a la revolución, llegamos al edificio del Comité regional de la CNT, en la calle Mercaders, frente al caserón de la Dirección general de Orden público, con sus guardias de Asalto aglomerados en la puerta y la acera. Estivill, sin despedirse de nosotros, se fue hacia los guardias y ya no regresó. Era un caso, un personaje ridículo y raro. Por lo visto se trataba de un sujeto todo a medias, de educación, de tamaño y de comunista. ¿Qué era ese Estivill? A lo mejor nos estuvo espiando en Pueblo Nuevo, aprovechó nuestro transporte y ahora iba a dar parte a Escofet, el comisario de Orden público.

En el edificio del Comité regional, a aquella hora, se encontraban solamente grupos de compañeros de los Cuadros de defensa de la barriada y su Comité, más algunos compañeros del ramo de Construcción, encargados de la vigilancia de su sindicato. Pero ningún miembro del Comité regional, empezando por su secretario, Marianet.¹

Por dicho motivo, no nos entretuvimos y, después de inquirir noticias de la situación de la barriada y sus contornos, nos dirigimos unos a pie y otros en camión, en cuya parte trasera había emplazada una ametralladora «Hotchkiss» que sería manejada por Sanz y Aurelio.

Companys, refugiado desde las primeras horas del día en la Dirección general de Orden público, rodeado del capitán Escofet, del comandante Guarner, del capitán Guarner y del teniente coronel Herrando y no menos de un centenar de guardias de Asalto, no parecía muy animado a salir a la calle a pegar tiros. Como en octubre, se reservaba para la radio y para enterarse de cómo se hacían matar los demás y, en todo caso, también como en octubre, para rendirse.

En la calle Fernando, no serían todavía las siete de la mañana del día 19 de julio, un grupo de obreros acababa de asaltar una armería, en la que solamente encontraron escopetas de caza. Joaquín Cortés, conocido militante confederal, bastante reformista y signatario del manifiesto de los Treinta, estaba ensayando un puñado de cartuchos de caza en su escopeta de dos cañones. Se rió al vernos y no pude evitar decirle que, si en vez de ser «treintista» fuese «faísta», en vez de una escopeta de caza tendría un fusil ametrallador. Nos reímos todos. Cortés se incorporó a nuestra pequeña columna, en dirección a la plaza del Teatro, donde habíamos decidido fijar nuestro puesto de mando.

Ya en las Ramblas, se nos unieron los sargentos Manzana y Gordo, el cabo Soler y los soldados que iban con ellos, con sus fusiles y dos ametralladoras «Hotchkiss» que habían logrado sacar del destacamento a que pertenecían en la calle de Santa Madrona, después de haber sometido a los oficiales sublevados. Se había presentado una emergencia que podía llegar a ser grave para nuestros planes. Los militares, llegados por sorpresa al bajo Paralelo, desde la Brecha de San Pablo hasta el Puerto, se habían hecho dueños de aquella vía tan estratégica; habían batido a nuestros compañeros de los Cuadros de de-

1. [NDE]. Mariano Rodríguez Vázquez. Véanse las páginas 183, 469 y 529.

fensa, a quienes sorprendieron descendiendo de camiones rápidos de transporte militar totalmente cubiertos, a los que ya no pudieron desalojar, no obstante el gran número de bajas que registraban nuestros compañeros. Grave era la situación, porque desde el Paralelo, filtrándose por las estrechas calles de San Pablo, Unión, Mediodía y Carmen, podían llegar a cortar las Ramblas y salir a la Vía Layetana, desbaratando totalmente nuestros planes: nos irían arrinconando poco a poco hacia las barriadas extremas, donde no podríamos sostenernos por falta de cartuchería.

Mi resolución fue rápida. Le dije a Durruti que él, con Aurelio, Sanz y Manzana y una de sus ametralladoras, a más de la emplazada en el camión, con la mitad de los compañeros que habían venido con nosotros y la mitad de los pertenecientes a los cuadros de Defensa del Centro, impidiesen, primero, que el ejército tomase las Ramblas y, después, dominar el Puerto, para cortar en dos al ejército enemigo. Por mi parte iría con Jover y «Valencia» y un grupo de compañeros armados por las calles Nueva, Santa Margarita, a filtrarme por la de San Pablo hasta la Brecha y cortar el Paralelo por el «Moulin Rouge». Y que Ascaso, con Ortiz y otro grupo de compañeros, hiciese lo mismo, adentrándose por la calle Conde de Asalto hasta el Paralelo, para unirnos en el chiringuito del Paralelo y calle del Rosal.

El ejército ocupaba buenas posiciones en la entrada de la calle de San Pablo y Brecha, desde donde nos recibieron con fuertes descargas de fusil y ametralladora. Ordené a los compañeros luchar cuerpo a tierra unos y de puerta en puerta otros. Así avanzamos hasta rebasar el cuartel de Carabineros sito en aquella parte de calle. Afortunadamente, los carabineros acuartelados allí nos dijeron ser leales a la República y nos aseguraron estar dispuestos a secundarnos tan pronto recibieran órdenes de hacerlo: el cuerpo de Carabineros no era de orden público, sino de vigilancia de puertos y fronteras. En esa plática estábamos cuando se nos unieron Ascaso y su gente, por no haber logrado hacer el corte del Paralelo por Conde de Asalto y haber sufrido algunas bajas, pero engrosados con compañeros de los cuadros de Defensa de la barriada.

Todos juntos proseguimos el avance, calle de San Pablo adelante, pegados al suelo o de puerta en puerta, hasta llegar a la última casa de la calle, donde empieza la Brecha de San Pablo, parte ancha de calle con plátanos enormes a ambos lados, en cuyos troncos estaban parapetados grupos de soldados que disparaban sin cesar. Al fondo, se divisaban las pilastras de unos portales, con soldados vigilando, y cerca el chiringuito desde el que disparaban con ametralladora y fusil ametrallador. Era casi imposible desalojarlos mediante un ataque frontal. Me acordé de Peer Gynt, cuando aconseja «dar la vuelta» y no insistir de frente. Por la escalerilla de la última casa, a mano derecha, pues no quería apelar a las suicidas barricadas, subí con Ascaso y unos diez compañeros armados de fusiles y winchesters. Antes de hacerlo, encargué del mando de las fuerzas de la calle a Jover y Ortiz, con instrucciones de pasarse al café Pay-Pay tan pronto oyesen nuestras descargas desde las azoteas a que pudiésemos llegar.

Así fue, con éxito completo. Los soldados se replegaron, dejando bajas, hacia los portales de enfrente y el chiringuito. Nosotros, a través del café Pay-Pay, nos pasamos a la calle Amalia y de allí, en movimiento envolvente, a la calle de las Tapias, para salir a la ronda de San Antonio, que ocupamos combatiendo cuerpo a tierra. Mientras Ascaso se encargaba de batir desde allí el flanco de los soldados, hice abrir la puerta de la cárcel de mujeres de la esquina de Tapias y Ronda, para asegurarme de que en su interior no había soldados de guardia. No los había. Sólo dos guardias de Seguridad montaban la guardia y no opusieron resistencia. Casi por la fuerza hicimos salir en libertad

a las mujeres presas. Algunas de ellas no querían salir en libertad, y estaban acurrucadas por los rincones. «¡Si salimos, nos castigarán!», decían aterrorizadas. Yo les gritaba: «¡Ya nadie os castigará, ahora mandamos los anarquistas! ¡Afuera todas!»

Con los que me acompañaron en la toma de la cárcel de mujeres me incorporé a los que, cuerpo a tierra, se batían con los soldados. A mi lado, a unos dos metros, vi a un conocido de hacía muchos años, de los años 20, 21 y 22 en Tarragona, cuando él era secretario de la Federación provincial de la CNT, Eusebio Rodríguez, «El Manco», que se pasó al Partido Comunista al advenimiento de la República. Me saludó levemente con la cabeza y un «¡hola, Joanet!» Pensé que seguramente tenía razón Estivill al decir que los comunistas eran cuatro gatos y que lo más seguro es que no saliesen a luchar. «El Manco», que por toda arma llevaba una pistola *star*, era uno de aquellos cuatro gatos, pero le quedaba de antaño la influencia anarquista, de cuando estuvo con nosotros.

Los militares, en derrota, se fueron replegando a los pisos del edificio en cuya parte baja funcionaba el *music hall* Moulin Rouge. Trepando por las escaleras de las casas de enfrente, al otro lado del Paralelo, desde las azoteas y desde dos ángulos de tiro, arrasamos los balcones del último piso, hasta que atado a la punta de un fusil apareció un trapo blanco en señal de rendición. Con toda cautela nos aproximamos, pegados a las paredes, hasta llegar al amplio portal de la casa. Allí estaban unos seis oficiales, en camisa, sucios de polvo, los puños cerrados a lo largo del cuerpo, mirando al suelo, ceñudos, firmes, casi pisando con las puntas de los pies. Seguramente esperaban ser fusilados en el acto.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Ascaso.

—Que Ortiz los lleve al sindicato de la Madera, a la calle del Rosal, y que los tengan presos hasta que termine la lucha.

«¡No se puede con el ejército!» Dos veces fui testigo de este grito. De niño en Reus, cuando la revolución de 1909. Y en 1917. Grito heroico y desesperado.

Levanté en alto mi fusil ametrallador, blandiéndolo, y grité estentóreamente, causando la admiración de Jover y Ascaso: «¡Sí, se puede con el ejército!»

Al día siguiente, recién muerto Ascaso, que cayó como a veinte metros de donde nos encontrábamos al recibir la rendición de los oficiales que guarnecían el antiguo edificio de la Maestranza, en Atarazanas, también aparecían éstos con el gesto de los vencidos, descamisados, sucios, mirando al suelo, con los puños cerrados, firmes y casi de puntillas, convencidos de que los íbamos a pasar por las armas en el acto.

El compañero García Ruiz, tranviario, me preguntó:

—¿Qué hago con ellos? ¿Los fusilo?

—No —le contesté—. Llévalos ahí, al sindicato de Transportes, y que los tengan presos.

Habíamos vencido totalmente. El ejército, roto, estaba a nuestros pies.

Mirando hacia donde acababa de caer muerto Ascaso, grité:

—¡Sí, se puede con el ejército!

Quedaban vengadas todas las derrotas que sufriera la clase obrera española a manos de la militarada reaccionaria.

1909, con sus víctimas y mártires: ¡Vengados!

1917, con sus víctimas y mártires: ¡Vengados!

1934, con sus víctimas y mártires: ¡Vengados!

¡Vivan los anarquistas!, fue el grito que durante aquel día, 20 de julio, se oyó por todas las calles de la ciudad.

¡CNT...! ¡CNT...! ¡CNT...!, rugían los cláxones de los automóviles, camiones y ómnibus.

Fue un día muy largo aquel 20 de julio. Ese día había empezado el 18.

Fue el día de la gran victoria.

Fue el día que empezó la gran derrota.

Y la gran derrota empezó en el momento en que Companys llamó por teléfono a la secretaría del Comité regional de la CNT de Cataluña para rogar que la CNT enviase una delegación a entrevistarse con él.

Hacía tres horas que había muerto Ascaso. Hacía un día que había muerto Alcodori. Hacía treinta horas que, uno tras otro, cerca de cuatrocientos compañeros anarcosindicalistas habían muerto en las calles de Barcelona.

Pronto serían olvidados. Solamente olvidando a lo muertos se puede hacer dejación de las ideas. Que es lo que ocurrió.

Con el ocaso del día 20 de julio de 1936 se inciaba el declinar de aquella gran organización sindical, única en el mundo, que luchaba por una vida social totalmente distinta a la que nos deparaba el sistema capitalista, con sus gobernantes, sus ejércitos y sus burócratas.

Cuando la delegación de la CNT' que acudiera al llamamiento de Companys hubo regresado al Comité regional a dar cuenta de su cometido, vencidos ya en toda la ciudad los últimos focos de resistencia de los militares, cuando ya no era necesaria la lucha en las calles, por doquier bloqueadas por las fuertes barricadas que levantaban los confederales, por el viejo local del sindicato de la Construcción de la calle de Mercaders donde tenía una oficina el Comité regional de la CNT empezaron a desfilar muchos de los que no habían tomado parte en la gesta que acababa de realizar el proletariado confederal. Uno de los primeros fue Diego Abad de Santillán, con una enorme pistola Mauser en el cinto. Y Federica Montseny, con una minúscula pistolita metida en una coqueta funda de cuero, al cinto también, que debía tener desde hacía muchos años, para su defensa personal en aquella casa-torre en que vivía en la burguesa barriada del Guinardó.

Penoso es tener que decir la verdad. En la noche del 19-20 de julio, en la plaza del Teatro de las Ramblas, junto a mí, a Ascaso y Durruti, que dormitábamos sentados en el suelo y recostados en el tronco de un árbol, también estaba el líder socialista Vila Cuenca, con su winchester entre las piernas. Y por allí anduvo también, con su enorme pistola al cinto, Julián Gorkin, líder —con Andrés Nin— del POUM. Pero no vi a Santillán, ni a Federica, ni a Alaiz, ni a Carbó, a ninguno de los que en reuniones y asambleas iban en pos del liderazgo de la CNT-FAI, tácitamente en posesión de Ascaso, de García Oliver y de Durruti. Ellos se consideraban la plana mayor del intelectualismo, lo que, al parecer, los eximía de tener que batirse en las calles. Después hube de comprobar que, intelectualmente, tampoco servían para gran cosa.

Explicamos el resultado de la entrevista con Companys. Lo hice yo y lo hizo Durruti. Companys reconocía que nosotros solos, los anarcosindicalistas barceloneses, habíamos vencido al ejército sublevado. Declaraba que nunca se nos dio el trato que merecíamos y que habimos sido injustamente perseguidos. Que ahora, dueños de la ciudad y de Cataluña, podíamos optar por admitir su colaboración o por enviarlo a su casa. Pero que si opinásemos que todavía podía ser útil en la lucha que, si bien terminaba en la ciudad, no sabíamos

1. [NDA]. Formaban parte de ella José **Asens**, del Comité regional, más Aurelio Fernández, Durruti y yo, que por pertenecer todos al Comité de Defensa Confederal de Cataluña, constituíamos su brazo armado. Igualmente iba Abad de Santillán, y nunca me he explicado el porqué, si porque también fue comisionado, por pertenecer al Comité peninsular de la FAI, o por su caradura.

cuándo y cómo terminaría en el resto de España, podíamos contar con él, con su lealtad de hombre y de político, convencido de que en aquel día moría un pasado de bochorno, y que deseaba sinceramente que Cataluña marchase a la cabeza de los países más adelantados en materia social. Que dado lo impreciso e inseguro de los momentos que se vivían en el resto de España, de muy buena gana él, en tanto que presidente de la Generalidad, estaba dispuesto a asumir todas las responsabilidades para que, todos unidos en un organismo de combate, que podría ser un Comité de Milicias Antifascistas, asumiese la dirección de la lucha en Cataluña. Esto podría hacerse inmediatamente, pues al igual que a nosotros había convocado a los representantes *de* todos los partidos y organizaciones antifascistas, que estaban reunidos en una sala contigua y ya se habían manifestado conformes con la idea de creación de un Comité de Milicias Antifascistas. Para que comprobásemos que era cierto, nos hizo pasar a la sala contigua, donde, en efecto, estaban Comorera, de Unió Socialista de Catalunya; Vidiella, del Partido Socialista Obrero Español; Ventura Gassol, de Esquerra Republicana; Pey Poch, de Acció Catalana; Andrés Nin, del POUM, y Calvet, de los «Rabassaires», quienes se apresuraron a saludarnos.

Salimos de donde estaban reunidos. En breve cambio de impresiones, la delegación de la CNT de Cataluña, por mi conducto, comunicó a Companys que nosotros, en la ignorancia de lo que pensaba proponernos, habíamos acudido solamente a escuchar, pero sin poder decidir, por lo que le prometíamos transmitir inmediatamente su mensaje al Comité regional de la CNT, y que, tan pronto como recayese acuerdo, se le comunicaría.

El Comité regional, en rápida deliberación en la que tomaron parte varios compañeros, acordó comunicar por teléfono a Companys que se aceptaba, en principio, la constitución de un Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, a reserva de ponernos de acuerdo sobre la participación de cada sector y, en definitiva, esperar la resolución de un Pleno de Locales y Comarcales que se reuniría el día 23, pero sin perjuicio de que ya se fuesen dando los pasos necesarios para que, si el Pleno acordaba que sí, pudiese entrar ya en funciones. Provisionalmente, quedábamos encargados de continuar las gestiones Aurelio Fernández, Durruti y yo.

Al atardecer del mismo día, celebramos la primera reunión, todavía informal, con José Tarradellas, Artemio Aiguader y Jaime Miratvilles, de Esquerra Republicana de Catalunya; Pey Poch, de Acció Catalana; Comorera, de Unió Socialista de Catalunya; Rafael Vidiella, de la UGT y el PSOE, y Gorkin, del POUM. A propuesta de Tarradellas, se acordó excluir del Comité a Estat Català, por considerar Esquerra Republicana que el jefe actual de Estat Català, Dencàs, era agente fascista, y estaba refugiado en Italia. A propuesta mía, se acordó establecer un equilibrio en el Comité de Milicias, consistente en tres puestos para la CNT, tres para la UGT, tres para Esquerra Republicana, dos para la FAI, uno para Acció Catalana, uno para el POUM, uno para los socialistas y uno para los *rabassaires*.

Maquiavelos en chancletas

La noche del 20 al 21 de julio había sido de insomnio para muchos. En aquella calurosa y agitada Barcelona no se podía dormir. Se sucedían los «¡Alto! ¿Quién vive?» y los cláxones de los autos repetían incesantemente: «¡CNT... CNT...!»

Yo no fui a dormir a mi casa. Desde el edificio del Club Náutico, donde pensábamos establecer el Comité de Milicias Antifascistas, y donde habíamos

celebrado la primera reunión informal, nos fuimos a un hotelucho de las cercanías del puerto García Vivancos, Aranda' y algunos más.

Mi mente estaba alerta. Me daba cuenta de que, entre el ayer y el hoy, se iniciaba una inquietante etapa revolucionaria que traería inopinados planteamientos de problemas que exigirían una rápida solución y que ésta debería ser original, totalmente nueva, sin vinculación con el pasado, que en parte se había hundido ya, pero que trataría incansablemente de reproducirse. Toda revolución lleva consigo la contrarrevolución. Revolución es una marcha adelante a partir de un punto dado. La contrarrevolución es el regreso al punto de partida y, a veces, más atrás.

Si aquella noche yo no pude dormir, otros tampoco debieron hacerlo. ¿Qué estaban haciendo y quiénes eran los contrarrevolucionarios que tampoco debieron dormir? ¿Amigos conocidos? ¿Desconocidos enemigos?

En aquellos momentos, Companys era la contrarrevolución. Nosotros, los anarcosindicalistas de la CNT, perseguíamos establecer el comunismo libertario. Pero ya, en aquel mismo momento, como lo atestiguan los múltiples intentos realizados en Cataluña y en el resto de España a lo largo de la República. ¿O estaba yo equivocado?

¿La proclamación del comunismo libertario en la cuenca minera de Sallent y Cardona había sido una quimera? ¿Lo había sido también el 8 de enero de 1933? Cuando las Juventudes Libertarias proclamaron el comunismo libertario en Tarrasa, ¿fue ilusión? ¿Eramos revolucionarios o simples duplicados de guardias de Asalto al servicio de Companys y de la Generalidad? Si desde el primer momento se me antojó una renuncia a nuestra integridad revolucionaria la aceptación del Comité de Milicias, Companys, con su nerviosismo y sus precipitaciones, nos iba a poner en el caso de tener que reconsiderar aquella aceptación, no porque hubiese de dar mal resultado aquel organismo aglutinante de todos los sectores del antifascismo, sino porque, partiendo de Companys, presidente de la Generalidad, la iniciativa llevaba en sí la intención de ganar tiempo para dejar todo donde estaba antes de la sublevación militar.

Companys, jefe del gobierno de una pequeña república mediterránea, era, como lo habían sido todos los señores de las republiquetas italianas del Renacimiento. Jefes de pequeñas naciones, se aburrían en la inmensidad de sus palacios, desde los que no podían salir a la conquista del mundo, como hicieron en la Antigüedad las ciudades-Estado. Para escribir *El Príncipe*, Maquiavelo sólo necesitó recoger las intrigas y falsedades de los príncipes del Mediterráneo y del Adriático.

Así era Companys. La Esquerra Republicana de Cataluña y la Generalidad eran de esencia burguesa. Y había que defender el sistema de vida burgués en casa propia. «¡No faltaría más!» Tener dos muchachas de servicio —el ideal eran cinco—; dos automóviles, uno para ir al trabajo y otro, con chófer, para llevar a la señora de compras y a las visitas; pasar por los colmados para comprar jamón serrano y chorizos riojanos, y por «La Mallorquina» de la calle Petritxol a comprar ensaimadas para el chocolate de la tarde y el *tortell de crema* para después de la comida o cena. Y como decía el chófer de la señora, que era de Manresa: «¡Los moros, que los mate Cristo!»

Tan pronto salimos del palacio de la Generalidad, sopesando los pros y

1. [NDA]. Vicente Aranda. Valenciano, muy conocedor de los trabajos de la huerta. Fue un buen hombre de acción, que luchó bravamente junto a los compañeros de la barriada de la Barceloneta en la toma del cuartel de Artillería de la avenida Icaria. Voluntariamente se incorporó a mi escolta y, como la mayoría de los hombres de acción, estuvo siempre de parte de mis posiciones, y como todos ellos en lo de «ir a por todo». Después, en México, se hizo comunista, creyendo, como Jover y otros, que el ejército rojo llegaría hasta los Pirineos.

contras del proyecto de Comité de Milicias para hacerse cargo de toda la vida política y social de Cataluña, Companys, autusugestionándose con el papel histórico que tenía que cumplir, debió pensar que *El Príncipe* de Maquiavelo que descansaba abierto en su alcoba, señalándole con el dedo, le diría: «¡Tonto! ¿Por qué tenías que ceder tanto?»

Companys se decidió. Despidió con amplia sonrisa a los jefes de los pequeños partidos que giraban en torno suyo y mandó llamar al comandante Pérez Farras, dócil siempre a sus mandatos, y a Luis Prunés, también de su partido.

Los citó a los dos para muy entrada la noche, porque antes necesitaba hacer unas consultas con distintas personas, y después meditar profundamente en lo que ya había decidido hacer: volverse atrás de lo sugerido a la delegación de la CNT-FAI, pero de manera sutil. Lo que pensaba hacer sin consultar con nadie, a excepción de Pérez Farras y Luis Prunés, tendría la doble ventaja de anular, antes de nacer, al Comité de Milicias y sin que nadie se diese por enterado. Porque, ¿quién leería aquellos días el *Butlletí Oficial* del Govern de la Generalitat de Catalunya, si nunca lo leía nadie? ¡Lástima que no pudiera aparecer hasta dos días después!

En efecto, dos días después aparecía en el *Butlletí Oficial* el siguiente decreto:

«La rebelión fascista ha sido vencida por el heroísmo popular y el de las fuerzas leales. Precisa, pues, acabar de aniquilar en toda Cataluña los últimos núcleos fascistas existentes y prevenirse contra posibles peligros de fuera.

Por lo tanto, a propuesta de la presidencia, y de acuerdo con el consejo ejecutivo, decreto:

1. Son creadas las milicias ciudadanas para la defensa de la República y la lucha contra el fascismo y la reacción.

2. Se nombra a Enrique Pérez Farras jefe de las milicias ciudadanas de Cataluña.

3. Se nombra al consejero Luis Prunés y Sato comisario de Defensa de la Generalidad, con las atribuciones necesarias para la organización de la mencionada milicia popular.

4. Queda designado un comité de enlace y dirección de las milicias ciudadanas, formado por un delegado que designará el consejero de Gobernación, otro designado por el comisario general de Orden público, y los representantes de las fuerzas obreras y organizaciones políticas coincidentes en la lucha contra el fascismo.

5. En toda Cataluña, y bajo la presidencia de los comisarios de la Generalidad o personas que podrán designarse para que los representen, se constituirán los Comités locales de Defensa, los cuales actuarán en todo momento de acuerdo con las disposiciones del Comité central.»

Con su maquiavélico golpe de audacia, Companys metía en un saco el todavía nonnato Comité de Milicias, le daba dos padres putativos, lo bautizaba con el nombre de Comité de enlace y dirección de las milicias ciudadanas —perdían lo de «antifascistas» a que tan apegados estábamos los militantes de la CNT-FAI— y todo pasaría a depender del consejero de Gobernación y del comisario general de Orden público. Esto en lo que respectaba a Barcelona, porque en lo tocante al resto de Cataluña los Comités locales de Defensa que recomendaba constituir tenían que estar sometidos a los comisarios de la Generalidad.

Companys no tenía una idea cabal de lo que había ocurrido en Cataluña. Olvidaba que, no obstante el incumplimiento de los compromisos contraídos en su nombre por sus representantes autorizados, Trabal, Farreras y Salvat, el Comité de Defensa confederal de Cataluña había batido y aniquilado al

ejército sublevado, ante una compañía del cual Companys y sus 5000 *escamots* armados tuvieron que rendirse el 6 de octubre de 1934.

Olvidaba Companys cuan candido había sido al utilizar la misma táctica, que ya le falló en octubre de 1934, de querer dirigir la lucha por la radio desde los micrófonos colocados en su despacho de la Generalidad, dejando la calle, que era lo vital, en manos de los miembros del Comité de Defensa confederal. Y cuan candido había sido al aceptar como buena la rendición del general Goded, encerrado en una red por los anarcosindicalistas al ocupar la avenida Icaria, la calle Pedro IV, las Rondas, desde la de San Pedro hasta el Puerto, la avenida Layetana, las Ramblas y el Paralelo con la ronda de San Pablo.

Olvidaba que todo mensaje puede contener una clave y que en Mataró, Gerona, Figueras, Valls, Reus, Tarragona y Lérida todavía estaba en pie el ejército y que, al venir, lo seguro era que Goded hubiese dejado fuerzas militares para intentar algún desembarco en apoyo de aquellas fuerzas provinciales. Era candido porque la rendición de Goded se refería solamente a su persona y no daba la orden de rendirse a todas las tropas que integraban la IV Región militar, sino que simplemente las relevaba del compromiso de obedecerle.

Las consecuencias de la manera de rendirse del general Goded iban a manifestarse inmediatamente. Por una parte, su rendición no la hizo ante el Comité de Defensa confederal, que era el que lo había vencido. Los sublevados que disparaban desde el edificio de Oficinas militares y desde las antiguas instalaciones militares de Atarazanas, en la conjunción de Ramblas, San Francisco y Colón, no sabían a quién rendirse por no haber establecido normas aquella confusa rendición, y seguían manteniendo el fuego. Por otro lado, los anarcosindicalistas sólo obedecían órdenes del Comité de Defensa confederal, asentado en la plaza del Teatro debajo de un camión. Y éste, en sus deliberaciones, había decidido no aceptar la capciosa rendición de Goded y proseguir la lucha hasta el total aniquilamiento de los sublevados o su total rendición a las fuerzas combatientes.

En la euforia de una victoria que caía en sus manos, sin haber realizado él ni su partido el más mínimo sacrificio, una vez vencido el miedo de tener que pasar por la humillación de octubre de 1934, cuando fue él quien tuvo que explicar por radio su capitulación, debió pensar Companys que, tras la rendición de Goded, los hombres de la CNT-FAI procederían a su vez a depone las armas y a regresar a sus hogares, felices de haber ayudado a los guardias de Asalto a dominar a los militares.

¡Ilusiones...! En aquellos momentos, explicaba yo a Durruti y Ascaso, reunidos debajo del camión, que a partir de aquel momento empezaría el saqueo de armamentos en los cuarteles y que lo mismo estaría ocurriendo en todas las poblaciones de Cataluña que tenían guarniciones militares. No debíamos, pues, darnos por enterados de la rendición de Goded ni bajar la guardia de nuestros combatientes y debíamos proseguir la lucha hasta el total vencimiento de los sublevados, para que no quedase duda de que habíamos sido nosotros los vencedores, destruyendo de una vez el mito de que la clase trabajadora sería siempre vencida por el ejército.

Y fue para darle profundidad revolucionaria a la lucha por lo que la proseguimos durante casi otro día, logrando al fin la rendición de los últimos sublevados que se habían hecho fuertes en Oficinas militares y en Atarazanas, ¿íbamos a tirar todo por la borda, dejando que Companys nos redujese, con su decreto, a la condición de desmañados auxiliares de la Comisaría de Orden público? No.

La presencia en la reunión del día siguiente de delegados sin personalidad en sus propios partidos y de nombres apenas conocidos hasta aquel momento,

revelaba sin lugar a dudas que, a espaldas nuestras, todos los partidos y organizaciones se habían reunido previamente y convenido una tácita desestimación de la importancia del Comité central de Milicias Antifascistas. Por nuestra parte, acudimos los tres designados por el Comité regional de la CNT: Buenaventura Durruti, José Asens y yo; los designados por el Comité regional de la FAI eran Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán; por Esquerra Republicana de Cataluña, Artemio Aiguader, Jaime Miravittles y Juan Pons; por Acció Catalana, Tomás Fábregas; por Unió de Rabassaires, José Torrens; por el POUM, José Rovira Cañáis; por Unió Socialista de Catalunya, José Miret Yuste; y por la UGT, José del Barrio, Salvador González y Antonio López.

También comparecieron, sin que les prestásemos ninguna atención, los designados por Companys para hacerse cargo de las diversas jefaturas previstas en su decreto de milicias ciudadanas: Pérez Farras, jefe de las milicias ciudadanas de Cataluña; Luis Prunés y Saltó, comisario de Defensa de la Generalidad, y Vicente Guarner, designado por el comisario general de Orden público.

Al empezar la reunión, Luis Prunés nos apercibió de que, de acuerdo con el decreto aparecido en el *Butlletí Oficial*, él y los oficiales mencionados habían acudido para encauzar la creación de las milicias ciudadanas...

Le interrumpí secamente, diciéndole que los allí reunidos nos encontrábamos presentes no para tratar de unas milicias ciudadanas de las que no teníamos conocimiento, sino para organizar el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña que, en principio, se había acordado en el breve cambio de impresiones tenido entre los representantes de la CNT y el presidente de la Generalidad, con el asentimiento de los dirigentes de todos los sectores antifascistas de Cataluña. Y que eso era lo que íbamos a hacer inmediatamente, para lo cual presentaba un proyecto de constitución y de facultades del referido comité.

Leí el proyecto, que fue escuchado atentamente por todos. Y como los delegados no habían recibido ningún otro proyecto, no habiendo otro, fue tomado en consideración el mío y pasó a ser discutido punto por punto. Después de varias enmiendas, quedó aceptado como sigue:

«Constituido el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, este organismo, de acuerdo con el decreto publicado por el gobierno de la Generalidad de Cataluña en el *Butlletí Oficial* del día de hoy, ha tomado los siguientes acuerdos, el cumplimiento de los cuales obliga a todos los ciudadanos:

Primero: Se establece un orden revolucionario, al mantenimiento del cual se comprometen todas las organizaciones que integran el Comité.

Segundo: Para el control y vigilancia, el Comité ha nombrado los equipos necesarios a fin de hacer cumplir rigurosamente las órdenes que del mismo emanen. A este objeto, los equipos llevarán la credencial correspondiente que hará efectiva su personalidad.

Tercero: Estos equipos serán los únicos acreditados por el Comité. Todo aquel que actúe al margen será considerado faccioso y sufrirá las sanciones que determine el Comité.

Cuarto: Los equipos de noche serán especialmente rigurosos contra aquellos que alteren el orden revolucionario.

Quinto: Desde la una hasta las cinco de la madrugada la circulación quedará limitada a los siguientes elementos: a) Todos los que acrediten pertenecer a cual-

1. [NDA]. Este artículo primero, así como el séptimo y último, fueron los más batallados, tanto por parte de Artemio Aiguader como por la mía, aquél por pedir su anulación por las varias interpretaciones que se podrían dar al «establecimiento de un orden revolucionario», y por mí porque argumentaba que precisamente había que afirmar que, a partir de aquel momento, iba a ser establecido un nuevo orden de cosas, siendo cometido del Comité de Milicias sostenerlo y encauzarlo.

quiera de las organizaciones que constituyen el Comité de Milicias, b) Las personas que vayan acompañadas de algunos elementos que acrediten su solvencia moral, c) Los que justifiquen el caso de fuerza mayor que los obligue a salir.

Sexto: Con objeto de reclutar elementos para las Milicias Antifascistas, las organizaciones que constituyen el Comité quedan autorizadas para abrir los correspondientes centros de reclutamiento y entrenamiento. Las condiciones de este reclutamiento serán detalladas en un reglamento interior.

Séptimo: El Comité espera que, dada la necesidad de constituir un orden revolucionario para hacer frente a los núcleos fascistas, no tendrá necesidad, para hacerse obedecer, de recurrir a medidas disciplinarias.

El Comité: Esquerra Republicana de Cataluña, Artemio Ayguader, Jaime Miravilles y Juan Pons; Partido de Acció Catalana, Tomás Fábregas; Unió de Rabassaires, José Torrens; Unió Socialista de Cataluña, José Miret Yuste; POUM, José Rovira Canal; CNT, José Asens, Buenaventura Durruti y Juan García Oliver; FAI, Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán; UGT, José del Barrio, Salvador González y Antonio López.»

La constitución del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, integrado por representantes autorizados de todos los partidos y organizaciones antifascistas, echó por tierra las intenciones del presidente Companys, pues para nada se tuvo en cuenta el decreto aparecido en el *Bulletí Oficial*. Luis Prunés hizo un último intento de volver la corriente al cauce que Companys intentó abrir con el decreto. Después de haber sido firmada el acta por todos los representantes autorizados, preguntó «cómo encajarían los nombramientos de Pérez Farras y el suyo» dentro del funcionamiento del Comité, a lo que respondí que dichos nombramientos no encajaban de ninguna manera en el Comité de Milicias propiamente dicho, dado que éste quedaba definitivamente constituido por los representantes que habían firmado el acta de constitución.

Inmediatamente después de constituido el Comité, procedimos al reparto de puestos entre los delegados. Juan García Oliver fue designado jefe del departamento de Guerra; Aurelio Fernández, jefe del departamento de Seguridad interior; Durruti, jefe de Transportes; Miravilles, jefe de Propaganda, y Torrens, jefe de Aprovisionamientos. Asens y Fábregas se consideraron agregados al departamento de Seguridad interior, y Abad de Santillán se propuso él mismo para agregarse al departamento de Guerra, encargado de preparar milicias.

Cuando se trató de la amenaza de una marcha militar fascista desde Aragón y de la conveniencia de preparar columnas de milicianos voluntarios para su contención, surgió la idea, aceptada inmediatamente, de que la mejor contención sería una marcha rápida que permitiese la conquista de Zaragoza primero, y de Huesca después. Una vez acordado, Durruti se ofreció, y nadie dijo que no, a mandar la primera columna de milicianos, con la promesa de conquistar antes de ocho días la capital de Aragón.¹

Todos aceptamos, entusiasmados. Sólo yo tenía dudas —que callé— sobre la capacidad de mando de Durruti para una empresa de tal envergadura. Pero Durruti, durante la discusión, se condujo con mucho aplomo en su argumentación y pidió que el comandante Pérez Farras le acompañase como jefe técnico militar de la columna. Aceptó Pérez Farras y aceptamos todos. Yo no salía de mi asombro. Conocía bien a Durruti y nunca lo había visto con maneras tan desenvueltas y seguras.

Aquel mismo día hubo que pedirle al Comité regional de la CNT que designase el sustituto de Durruti en el Comité de Milicias, recayendo el nombramiento en Marcos Alcón, antiguo militante del sindicato del Vidrio, si

1. Véanse las páginas 190-191.

bien, por razones de salud, trabajaba desde hacía algún tiempo en espectáculos públicos.

Ignoraba el historial militar de Pérez Farras. El sargento Manzana era hombre sereno y capaz al frente de un pequeño destacamento. De Durruti sabía que era poseedor de una enorme fuerza de voluntad, pero que era cero en cuanto a iniciativa. Sin embargo, no podía soslayar los milagros que suelen darse en las revoluciones. Toda revolución influye en la manera de ser de cada persona, y hasta transforma lo aparentemente inerte. Y puesto que Durruti se había ofrecido, cabía suponer que lo movía un fuerte impulso. Empero, yo no salía de mi asombro y me preguntaba cómo se conduciría Durruti sin la compañía de Ascaso.

El día y la hora de salida de la columna de Durruti habían sido señalados para las diez de la mañana del 24 de julio de 1936.

Cuando fuimos a dar cuenta al Comité regional de la constitución del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, de su composición y de la próxima partida de Durruti al frente de la primera columna de milicianos, y a pedirle le designase un sustituto, nos informó de que todos los miembros del Comité de Milicias de la CNT-FAI debían estar presentes el día 23 en el Pleno de locales y comarcales en el que la regional catalana de la CNT estudiaría y resolvería la actitud a seguir respecto a los problemas planteados a la Organización por los últimos acontecimientos.

Mariano Rodríguez Vázquez, conocido por «Marianet», era el secretario del Comité regional de la CNT de Cataluña. Marianet poseía escasos conocimientos sobre lo que debería saber un secretario regional en aquellos momentos: pensar y redactar un manifiesto, preparar un informe, dirigir una reunión; llevar por lo menos diez años de militancia activa en los comités de fábrica o taller, haber pasado por una sección y por un comité de sindicato y haber tomado parte en plenos locales y regionales. Nada de esto poseía Marianet. Llegó a secretario del Comité regional, podríamos decir que por broma de algunos compañeros del sindicato de la Construcción, que lo propusieron en el momento de la convocatoria anual para elección de secretario del Comité regional. En dicha elección, quien más votos logró fue Marcos Alcón, antiguo y experimentado militante que se había formado entre valiosos miembros del sindicato del Vidrio. Pero no aceptó. El segundo en votos fue el compañero Francisco Isgleas, de Palamós, que tampoco aceptó. El tercero, con cuatro escasos votos, fue Marianet, que sí aceptó. Tal era la norma, que iba de quien tuviese mayor número de votos hasta el que tuviese menos, aunque fuese solamente uno. Si bien el cargo era retribuido, estaba muy mal pagado, todo cargo retribuido debía tener una duración máxima de un año, y nadie con buena situación en su trabajo lo aceptaba.¹

La derrota

Como mariposa de una gran crisálida, la Organización despertó el día de la revolución desplegadas al viento sus multicolores alas. Ayer todavía, el Comité regional de la CNT estaba arrinconado en el viejo caserón que ocupaba

1. [NDA]. Muy sana proposición votada por el Congreso nacional de la CNT de 1931, que en la práctica nos acarreó lamentables trastornos y que por impracticable debió ser anulada. Debo confesar que fui yo, delegado del Sindicato de la Madera de Barcelona, quien presentó la proposición, lo que podría explicar cuánta tolerancia llegué a tener por Marianet.

el sindicato de la Construcción de Barcelona, en la antiquísima calle de Mercaders. El Comité regional tenía allí una salita que le servía de secretaría y de lugar de reunión del Comité. Igualmente ocurría con la Federación local de Sindicatos.

Enfrente se alzaba un enorme edificio nuevo, hasta ocupar toda una manzana por Mercaders y por la vía Layetana, mitad conocido por Centro Patronal y Fomento del Trabajo Nacional y la otra mitad como Casa de Cambó. Pues bien, fue ocupado a mano revolucionaria por el Comité regional de la CNT, Comité regional de la FAI, Comités locales de la CNT y FAI, Comité peninsular de la FAI y Comités de Juventudes Libertarias y de Mujeres Libres.

Fue una incautación expeditiva. Sin pago de alquileres ni de impuestos. Mejor dicho, fue una expropiación *sui generis*, como lo fueron las que realizaron los otros partidos y organizaciones, que expropiaron el enorme hotel Colón en la plaza de Cataluña y la imponente «Pedrera» construida por Gaudí en el paseo de Gracia. ¿Qué pensaría de ello Companys?

Era el día en que había de celebrarse el Pleno regional de Locales y Comarcales de la CNT y la FAI. El salón de actos del nuevo edificio que ocupaba el Comité regional ofrecía un aspecto impresionante. Estaba ocupado por las delegaciones locales y foráneas; más Comités en pleno de algunos sindicatos de Barcelona, como el de la Madera, y de grupos anarquistas. Allí estaban todos los que tenían obligación y derecho, más cuantos pudieron colarse, por no querer nadie perderse lo que se esperaba que serían los debates de más trascendencia jamás oídos en los locales de la Organización.

En un amplio y profundo escenario estaban la mesa de presidir los debates y dos mesas para secretarios y periodistas de nuestra prensa; más dos largas hileras de sillas adosadas a las paredes laterales, en una de las cuales apareció un delegado del Comité nacional, que acababa de llegar, para informar al Pleno. En general, todos los compañeros asistentes, hasta el delegado del Comité nacional, tenían el fusil entre las piernas.

Nombrada la mesa de discusión, Marianet informó sobre las luchas sostenidas en Barcelona y la región contra los militares sublevados, poniendo de relieve que la victoria lograda se debía al esfuerzo de los militantes anarcosindicalistas, dirigidos por el Comité de Defensa confederal. Finalizó haciendo referencia al llamamiento del presidente Companys, a su sugerencia de constituir un Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, a la aceptación, en principio, por el Comité regional de la CNT y de la FAI, y a la necesidad de que la Organización, en aquel momento reunida, con la máxima representación posible dadas las circunstancias, en Pleno de locales y comarcales, estudiase los problemas planteados por la revolución triunfante y trazase la línea de conducta a seguir por el Comité regional, el Comité de Milicias y toda la organización catalana.

Varias delegaciones pidieron la palabra. La primera en hablar fue la delegación de la Comarcal del Bajo Llobregat, que entendía que con el Comité de Milicias se estaba taponando la marcha de la revolución social, y como el Comité de Milicias se había creado provisionalmente en espera de lo que acordase el Pleno, proponía retirar de él los delegados de la CNT y la FAI y marchar adelante con la revolución, para terminar implantando el comunismo libertario, consecuentes en ello con los acuerdos de la Organización y con sus principios y finalidades ideológicas. Creían conveniente que, antes de proseguir el debate, alguno de los compañeros delegados al Comité de Milicias informase al Pleno si, desde dicho Comité, se podía llevar adelante un proceso revolucionario compatible con nuestras aspiraciones sociales.

Al terminar de hablar el delegado de la Comarcal del Bajo Llobregat, se

produjo un momento de silencio expectante.¹ Se sentía que el ambiente se rarificaba. Algo raro estaba ocurriendo. Observé que alguien andaba de un sitio a otro, de una delegación a otra, como transmitiendo una consigna, algo acordado antes y a espaldas del Pleno. El correveidile era Fidel Miró, de las Juventudes Libertarias, muy vinculado a Diego Abad de Santillán.

Me di cuenta de que los integrantes del Comité de Milicias estábamos dispersos. Sólo Aurelio estaba casi junto a mí, y Asens casi junto a Aurelio. Pero Durruti estaba alejado y Abad de Santillán también. De manera que cuando el que presidía el Pleno preguntó a los delegados al Comité de Milicias si creían procedente hablar sobre lo que pedía la Comarcal del Bajo Llobregat, se produjo bastante confusión, no pidiendo ninguno de nosotros la palabra para informar. Al reiterar el presidente su llamamiento a los miembros del Comité de Milicias, me decidí a intervenir en el debate.

Dije que el planteamiento del problema por la Comarcal del Bajo Llobregat me liberaba de un sentimiento de culpabilidad, porque yo había llegado a la conclusión de que, a partir del llamamiento del presidente Companys y de la aceptación de acudir a oírle, así como de haber aceptado, aunque fuese provisionalmente, la creación del Comité de Milicias, lo que en realidad habíamos hecho todos era taponar la marcha de la revolución social, por la que habíamos luchado siempre.

Explicué que el Comité de Milicias se había tenido que constituir cuando ya Companys se había arrepentido de haber sugerido su creación. Que los demás partidos y organizaciones no creían —al igual que Companys— que el Comité de Milicias pudiese servir de algo más que de Comisaría de Policía de segunda clase, como lo probaba el que los delegados designados para su integración fuesen militantes casi desconocidos de los partidos y organizaciones. Sólo nuestra organización había designado a miembros significados.

Afirmé que los errores podían y debían ser anulados, tenida cuenta de que estábamos en los inicios de un proceso revolucionario que podría ser largo en su desenvolvimiento y durante el cual seguramente tendríamos que ir modificando algunas actitudes y no pocos acuerdos. Explicué también que la marcha revolucionaria estaba adquiriendo tal profundidad que obligaba a la CNT a tener muy en cuenta que por ser la pieza mayoritaria del complejo revolucionario, no podía dejar la revolución sin control y sin guía, porque ello crearía un gran vacío, que, al igual que en Rusia en 1917, sería aprovechado por los marxistas de todas las tendencias para hacerse con la dirección revolucionaria aplastándonos.

Opinaba que había llegado el momento de que, con toda responsabilidad, terminásemos lo empezado el 18 de julio, desechando el Comité de Milicias y forzando los acontecimientos de manera que, por primera vez en la historia, los sindicatos anarcosindicalistas fueran a por el todo, esto es, a organizar la vida comunista libertaria en toda España.

Al terminar de hablar, pidieron precipitadamente la palabra Federica Montseny, Diego Abad de Santillán, Marianet y la Comarcal del Bajo Llobregat.¹ A todos los asistentes nos llamó la atención que Durruti no hubiese pedido ya la palabra. Todos estaban acostumbrados a que Durruti defendiese mis puntos de vista, que se suponía correspondían a los del grupo «Nosotros».

Empezó a hablar Federica Montseny, rememorando su vida de aprendiz de anarquista al lado de sus padres, Federico Urales y Soledad Gustavo, de la inmensa alegría que llenaba su pecho desde que el triunfo de la clase obre-

1. [NDA]. No recuerdo el nombre de quien representaba a la Comarcal del Bajo Llobregat. Debe buscarse en el acta de aquel Pleno de Locales y Comarcales.

ra sobre los militares estuvo decidido. Creía que, sin necesidad de precipitar los acontecimientos, la vía revolucionaria estaba abierta y que el pueblo en armas haría el resto. Su conciencia de anarquista no le permitía aceptar que ahora, de buenas a primeras, forzásemos los acontecimientos para ir a por el todo, como proponía García Oliver, por cuanto ello suponía la instauración de una dictadura anarquista, que por ser dictadura no podría ser jamás anarquista. A su manera de ver, era ya mucho conceder el formar parte de un Comité de Milicias, que deberíamos abandonar tan pronto como fuesen vencidos los militares sublevados, para dedicarnos una vez más a la obra de la organización y de la propaganda anarquista.

Diego Abad de Santillán, miembro del Comité de Milicias, estimaba que nuestras organizaciones, tanto la sindical como la específica, no perderían nada formando parte del Comité de Milicias, por lo que se pronunciaba por continuar en el mismo, colaborando con los demás antifascistas, ya que, vista la situación de manera realista, un intento de ir a por el todo, como proponía García Oliver, aun cuando fuese realizado por la CNT, con la consiguiente puesta en ejecución del comunismo lib^ertario, no sería otra cosa que una nube de verano, teniendo en cuenta que las potencias que rigen los destinos del mundo no lo consentirían, como se podía comprobar contemplando el horizonte desde cualquier azotea: cerca del puerto de Barcelona esperaban los buques de Inglaterra la oportunidad de intervenir, desembarcando tropas de ocupación, a las que habría que someterse, pues no se podría combatir contra ellas al mismo tiempo que contra los militares. En oposición a la propuesta de García Oliver de ir a por el todo, proponía que «sea aceptada la colaboración en el Comité de Milicias, desestimando por el momento la puesta en práctica del comunismo libertario».

Marianet intervino para expresar que, según su manera de ver la situación, lo más conveniente y práctico era mantenernos en el Comité de Milicias, sin perjuicio de ir gobernando desde la calle y no comprometer a la Organización en prácticas dictatoriales, como sería el caso si la CNT fuese a por el todo; ello equivaldría a ejercer funciones de gobierno que a la larga terminarían en una férrea dictadura.

La Comarcal del Bajo Llobregat intervino de nuevo para expresar que, vista la claridad de la propuesta de García Oliver de reabrir el proceso revolucionario y determinar que se fuese a por el todo, recordaba lo expuesto por ella antes y pedía al Pleno que aceptase la propuesta y desechase la precaria colaboración en el Comité de Milicias.

Me tocó hablar nuevamente. Explicué que de mi boca no había salido ni una vez la palabra dictadura, ni sindical ni anarquista. Que había sido Federica Montseny la primera en llegar a la conclusión de que ir a por el todo era tanto como instaurar una dictadura anarquista, que sería tan mala como cualquier otra dictadura... «En momentos tan serios y decisivos, convendría elevar el contenido del debate, porque la revolución iniciada el 18 de julio era conducida o terminaría por ser traicionada. Y sería traicionada si en un Pleno llamado a trazar los destinos de nuestra Organización, mayoritaria en Cataluña y en gran parte de España, empequeñecemos el debate con argumentaciones de un sedicente anarquismo. No podemos marcharnos tranquilamente a nuestras casas después de que terminen las tareas del Pleno. No importa lo que el Pleno acuerde, ya no podremos dormir tranquilos en mucho tiempo, pues si nosotros, que somos mayoritarios, no le damos una dirección a la revolución, otros, que todavía hoy son minoritarios, con sus artes y mañas de corrupción y eliminación, sacarán del vacío en que habremos dejado a las masas, y pronto la alegría que llena de gozo a Federica será sustituida por la

tristeza y el dolor que hubieron de vivir los anarquistas rusos, que así de ingenuamente se dejaron eliminar por los bolcheviques.

«Puesto que se habla de dictadura —añadí—, conviene precisar que ninguna de las hasta ahora conocidas ha tenido los mismos caracteres. Ni siquiera las tiranías han sido siempre de igual significación. Han existido tiranías por imposición sobre los pueblos, cierto. Pero han existido tiranías elegidas por el pueblo.

»De todos los tipos de dictadura conocidos, ninguna ha sido todavía ejercida por la acción conjunta de los sindicatos obreros. Y si estos sindicatos obreros son de orientación anarquista y sus militantes han sido formados en una moral anarquista como nosotros, presuponer que incurriríamos en las mismas acciones que los marxistas, por ejemplo, es tanto como afirmar que el anarquismo y el marxismo son fundamentalmente la misma ideología puesto que producen idénticos frutos. No admito tal simplicidad. Y afirmo que el sindicalismo, en España y en el mundo entero, está urgido de un acto de afirmación de sus valores constructivos ante la historia de la humanidad, porque sin esa demostración de capacidad de edificación de un socialismo libre, el porvenir seguiría siendo patrimonio de las formas políticas surgidas en la revolución francesa, con la pluralidad de partidos al empezar y con partido único al final...»

En lo que se refería a la intervención de Abad de Santillán, afirmé que no contenía un adarme de argumentación ideológica y que se había limitado a cultivar el miedo. «El miedo a la intervención extranjera no debería ser esgrimido en ese momento, porque aquí, según estoy viendo, estamos todos armados, y si de verdad hemos luchado todos en las calles los días 18, 19 y 20, hemos de tener presente que estamos hablando con permiso del enterrador, cosa que pura su desdicha ya no pueden hacer Ascaso ni Alcodori ni ninguno de los compañeros que dieron su vida esos tres días. Es decir, que no deberíamos olvidar que estamos hablando desde un enorme sepulcro, que eso ha sido la CNT desde que se constituyó, un enorme sepulcro, dentro del cual están, en terrible anonimato para la mayoría, todos los ilusos que creyeron que sus luchas eran las de la gran revolución social. Porque alguien debe hablar en nombre de ellos. Y creo que este deber me corresponde...»

Proseguí diciendo que habría preferido no hacer referencia a las manifestaciones del compañero Marianet. Pero, de haberlo silenciado, tanto él como los asistentes habrían podido interpretarlo como menosprecio.

«No creo que Marianet lo merezca. La opinión que ha expresado de gobernar la revolución desde la calle, pese a su apariencia demagógica, lleva en sí el germen de una verdad más realista que las opiniones expresadas por Federica Montseny y Abad de Santillán, ya que admite que una revolución debe ser dirigida y gobernada, aunque sea desde la calle. Ahora bien, una revolución hecha, no por un puñado de aventureros, sino por una gran organización como la CNT, que es mayoritaria, no lo puede admitir...»

»Y puesto que estoy sostenido por una Comarcal —terminé—, presento en firme la proposición de que la CNT vaya a por el todo e implante el comunismo libertario.»

Por su parte, Abad de Santillán presentó en firme su proposición de desechar la implantación del comunismo libertario y aceptar la participación en el Comité de Milicias.

Ante un silencio expectante, el presidente de la reunión plenaria pasó a votación nominal las dos proposiciones. Se votó primero la de García Oliver:

—Comarcal del Bajo Llobregat, vota a favor.

—¿Nadie más? Que conste en acta. Un solo voto. Los que estén a favor de

la proposición de Abad de Santillán, que levanten la mano y digan qué Local o Comarcas representan.

—Que conste en acta. A favor de la proposición de Santillán todas las delegaciones menos una.

El presidente de la Plenaria dijo a continuación:

—Puesto que con la proposición de Santillán hemos aprobado también la participación en el Comité de Milicias y los compañeros que actualmente nos representan en dicho Comité lo hacen a título provisional, han de ser designados por el Pleno. Son cinco, tres por la CNT y dos por la FAI. Vengan proposiciones.

El Pleno, consciente ya de la barbaridad que acababa de cometer, me ratificó por aclamación. Cuando el presidente me hizo la pregunta obligada de si aceptaba, no contesté verbalmente; bajé la cabeza, asintiendo. Fueron ratificados también por aclamación Marcos Alcón, sustituto de Durruti, José Asens, Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán.

No salía de mi asombro. Acababa de celebrarse el Pleno de locales y comarcas más insólito. Unos delegados, convocados urgentemente y desconocedores de lo que iba a tratarse en aquel Pleno, acababan de adoptar acuerdos que tiraban por la borda todos los acuerdos fundamentales de la CNT, ignorando de paso lo más elemental de su historia de organización fuertemente influida por los radicalismos del anarquismo. Y habían sido elementos de la FAI los que impulsaban a posiciones tan reformistas que ni siquiera los «treintistas» se hubieran atrevido a enunciar, quienes, por cierto, no habían intervenido en la discusión ni adoptado posición. Muchos de ellos, despejada la incógnita de vencer al ejército, hubieran suscrito la propuesta de ir a por el todo, siempre que significase, como yo había defendido, que sería la CNT, con sus órganos sindicales, la que lo afrontase.

Entre la revolución social y el Comité de Milicias, optaba la Organización por el Comité de Milicias. Habría que dejar que fuera el tiempo el que decidiera sobre quién tenía razón, si ellos, la mayoría del Pleno, con Santillán, Marianet y Federica y su grupo de anarquistas antisindicalistas como Eusebio Carbó, Felipe Alaiz, García Birlan, Fidel Miró, José Peirats y otros, o la Comarca del Bajo Llobregat que conmigo sostenía la necesidad de ir adelante con la revolución social, en una coyuntura que nunca se había presentado antes tan prometedora.

Con su actitud, aquellos sedicentes anarquistas ponían en quiebra a la propia FAI, que se constituyó precisamente para neutralizar dentro de la CNT a los sindicalistas reformistas.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo se las arreglaron para lograr tan densa mayoría de reformistas? ¿Tenía algo que ver con ello el rumor difamatorio difundido desde hacía tiempo sobre las aspiraciones dictatoriales del grupo «Nosotros» y de García Oliver, de quien se decía que era anarcobolchevique? ¿No era sorprendente la actitud de Durruti, tan ostentosamente manifestada con su silencio durante el debate en el Pleno? ¿Tenía alguna relación la actitud de Durruti con las conversaciones que sostuvimos en el grupo «Nosotros» sobre qué podría ocurrirnos personalmente durante la revolución que se avecinaba?

La cuestión fue planteada por Ascaso, después de que desecháramos la posibilidad de sustraer la CNT a un enfrentamiento con los militares y los fascistas si éstos se sublevaban, y de haber optado por una actitud de resistencia y de máxima acción revolucionaria:

—Puesto que nos hemos decidido por la revolución, ¿quién de nosotros será el primero en morir?

Contesté, no con pretensiones de vidente, sino para frenar en lo posible el extraño nerviosismo que observaba en él:

—Tú serás el primero, Paco.

—¡Hombre, gracias, Juan! ¿Por qué?

—Tu pregunta ha puesto de manifiesto tu estado de ánimo desde que dejaste la secretaría del Comité regional de la CNT, de la que saliste apenado por la interpretación que algunos compañeros dieron a tu conducta durante el movimiento de Octubre.

—¿Crees que no es injusta esa actitud?

—Sí que lo es. Pero no basta para que te comportes como si estuvieras esperando la oportunidad de ir a la muerte para callarles la boca a algunos.

—Sé que me dices esto por afecto y compañerismo. Esperemos que no sea yo el primero en morir. ¿Quién será el segundo?

—Solamente estoy haciendo un cálculo basado en riesgos innecesarios capaces de conducir a la muerte...

—Adelante, Juan.

—Creo que serás tú, Durruti; no por los motivos que empujan a Ascaso, sino por otros totalmente distintos. Tu gran enemigo, Durruti, está dentro de ti. Morirás víctima de tu demagogia, en el buen sentido de la palabra. Tú siempre dirás y harás lo que quieran que digas y hagas las multitudes. Es algo superior a ti mismo. Cuando participamos en un acto y el presidente del acto dice: «Ahora os hablará el compañero Durruti», los oyentes sonrían satisfechos, seguros de que les dirás lo que saben que has de decir. Son ellos los que hablan por tu conducto y dicen lo que ha de serles agradable. En cambio, cuando me anuncia a mí, la reacción del público es totalmente distinta: «¿Y ahora qué nos dirá éste?», sabiendo que siempre hablo de la revolución como si sólo comportase duros deberes. Quiero satisfacer vuestra curiosidad: mi muerte será gris y posiblemente llegue con demasiado retraso.

Así ocurrieron las cosas.

Aquella mañana del 20 de julio, cuando iniciamos la marcha para asaltar el cuartel de Atarazanas y las Dependencias militares, situados frente a frente, casi a la entrada del puerto de Barcelona, con la columna del monumento a Colón por medio, unos —entre ellos, yo— marchábamos Rambla abajo guareciéndonos tras los enormes árboles de ambos lados; otros —entre ellos Ascaso y Durruti— preparaban unas formaciones en línea a lo ancho de la Rambla, alentados por un tipo extranjero, seguramente concurrente a la proyectada Olimpiada Obrera, que les indicaba cómo adelantar de aquella manera, a pecho descubierto, como si se tratase de reproducir a lo vivo escenas de película, como las del *Acorazado Potemkin*, exponiéndose vanamente al tiro de los militares.

Cuando me di cuenta, desde el árbol en que me encontraba con otros compañeros, de adonde iban a ser arrastrados Ascaso y Durruti, les grité que vienesen adonde yo estaba y les dije:

—Así no avanzaréis ni diez metros. Esa no es manera de combatir, o lo es para suicidas.

Avanzamos de árbol en árbol unos, tras las bobinas de papel de periódico rodando otros, hasta que, ya completamente a descubierto, iniciamos una rápida marcha hacia una tapia en construcción que nos separaba de la Maestranza, entre el final de la Rambla y la calle Santa Madrona. Cuando Ascaso y Correa se separaron de nosotros para colocarse en la acera de enfrente, rodilla en tierra, apuntando los fusiles hacia el otro lado de la Rambla, posiblemente en dirección del Lloyd's italiano o de las Dependencias militares, desde donde disparaba el enemigo, les hice gestos para que se aplastasen contra el suelo. No pude repetirlo. Ascaso, como si lo hubiesen fulminado, se abatió después

de alzar ambos brazos, fusil en alto, sobre las losas de la acera en que estaba. —Tú serás el primero en morir, Paco, porque andas como buscando la muerte.

¿Lo recordaba también Durruti? ¿Era ésa la explicación de su marcha atrás, con su elocuente silencio en el Pleno regional?

La misma noche, terminado el Pleno de locales y comarcales, reuní al grupo «Nosotros», ampliando la asistencia a los compañeros convenidos en el Club Náutico, sede entonces del Comité de Milicias, con Marcos Alcón, García Vivancos, Domingo Ascaso, hermano de Paco, y su primo Joaquín Ascaso.

Fui lacónico en la exposición de los motivos que tenía para reunidos: El desarrollo del Pleno regional y los acuerdos negativos que en él recayeron.

—Es cosa inexplicable. En realidad, los derrotados no hemos sido la Comarcal del Bajo Llobregat y yo, sino toda la Organización. Las consecuencias de esta derrota no son visibles de momento, pero sí previsibles. Nos encaramos con un porvenir tan inseguro que ni siquiera sabemos qué hacer a partir de este momento. Como organización mayoritaria sustraída al proceso revolucionario, estamos creando un enorme vacío...

Podíamos haber esperado el resultado del Pleno regional. No había que olvidar que la mecánica de nuestra Organización no se asemeja a la de un partido político, como el comunista por ejemplo, que es monolítico, sino que la composición heterogénea de nuestra Organización determina que siempre se ande entre dudas y vacilaciones. Por ello siempre fue dirigida, en realidad, por un grupo más o menos numeroso. La constitución de los «Treinta» perseguía esa finalidad. Con el grupo «Nosotros» también lo hemos intentado, y es posible que no se hubiese producido el triunfo de la clase obrera de Barcelona sin las directrices de nuestro grupo...

Creo que, una vez más, el grupo «Nosotros» debería marcar la tónica a seguir por la Organización, que debe terminar la obra que inició el 18 de julio. Debemos aprovechar la concentración de las fuerzas que mañana se pondrán a las órdenes de Durruti y proceder al asalto de los principales centros de gobierno, Generalidad y Ayuntamiento, con una rama de la columna que podríamos dirigir Marcos Alcón y yo. Teléfonos y plaza de Cataluña, con otra rama de columna dirigida por Jover y Ortiz. Y Gobernación y Dirección de Seguridad con otra rama dirigida por Durruti y Sanz, pudiendo sumarse a cualquiera de ellas los Ascaso y García Vivancos, siempre que estéis de acuerdo.

Habló Durruti. Siquiera ahora romperíamos la incógnita de su actitud.

—La argumentación de García Oliver, ahora y durante el Pleno, me parece magnífica. Su plan para realizar el golpe es perfecto. Pero a mí no me parece que sea éste el momento oportuno. Opino que debería ser realizado después de la toma de Zaragoza, cosa que no puede tardar más de diez días. Insisto en que debemos dejar esos planes para después de tomar Zaragoza. En estos momentos, sólo con Cataluña como base de sustentación, estaríamos reducidos geográficamente a la mínima expresión.

Se calló Durruti. Los demás guardaron silencio, con una dureza tan grande en sus expresiones que los labios, apretados, parecían inexistentes.

Ascaso —nuestro Paco— acababa de morir por la revolución social y Durruti le estaba dando la espalda. Ninguno de los presentes dejaba de darse cuenta de que Durruti eludía la marcha adelante. No decía abiertamente que no, pero apelaba a un subterfugio para no decir que sí. Se agarraba a la toma de Zaragoza como a un clavo ardiendo.

Volví a tomar la palabra. Dije que la argumentación de Durruti era de apariencias y no de realidades. Las realidades con las que se enfrentan las organizaciones mayoritarias como la nuestra, obligan a tomar las riendas de

la revolución desde el primer momento, no dejando la revolución en la mitad de la calle en espera de que se tome ésta o aquella ciudad. La toma de Zaragoza no sólo es insegura ahora, sino que además puede no ser tomada en tres o seis meses, o nunca. Pero hasta para marchar adelante en esa empresa, no bastaba con estar al frente de una columna de milicianos, luchando por una abstracción como el antifascismo. Hay que luchar como revolucionarios que defienden una causa sagrada, que saben que están luchando por algo propio y no para defender al gobierno de la Generalidad y al gobierno de Madrid.

—Comprendo que ya no vale la pena proseguir la reunión, porque se han producido en el grupo «Nosotros» dos cosas que trastocan fundamentalmente su fisonomía. La muerte de Paco es una y la división irremediable de opiniones es otra. Sólo me queda esperar para ver los resultados... y colaborar en la medida que me lo permitan mis fuerzas.

La prueba de fuerza

Mis fuerzas iban a ser puestas a prueba. No dejaría de servir a la Organización, pero a mi manera. Para mí, la Organización no era una entidad monolítica, castrante, sino un conjunto poliforme, heterogéneo en el pensar y en el actuar.

Había que tener en cuenta el legado de las generaciones anteriores de militantes. Ellos fueron dejando el sedimento que en el curso de los años conduciría a las jornadas del 18, 19 y 20 de julio. Lo que ocurrió en el Pleno del 23 de julio se produjo porque la mayor parte de delegados eran recién llegados a la Organización, incorporados a ella durante el corto período de la República.

Me debía tanto a unos como a otros. Tanto a los de hoy como a los de ayer. En aquel entonces, yo era uno de los militantes en activo más antiguos de la Organización, sin haberme apartado nunca de sus duras obligaciones, desde el año 1919.

Eran otros tiempos los actuales, y otros los hombres de la Organización. Y habían obtenido la mayoría. Habían dicho no, pero me habían dejado hablar y me habían permitido que apurase tiempo y argumentos.

¿Estaba seguro de haber sido totalmente derrotado? ¿Qué opinaban en los sindicatos la militancia y los trabajadores? ¿No se había dicho no a la revolución en aquel nuevo local expropiado revolucionariamente? Era de suponerse que al soslayar el comunismo libertario, abandonarían el nuevo local y volverían a la calle de Mercaders. Si no lo hacían, ni ellos habrían ganado ni yo habría sido vencido.

Habría que estar muy atento al latido del futuro. No perder ni un minuto, de día ni de noche. Empujar hacia adelante. Romper incansablemente las ligaduras que nos tenían amarrados al pasado. No permitir el descanso. El descanso era la contrarrevolución. Y la revolución la marcha adelante, alejándose siempre del punto de partida, del ayer.

Amaneció el día 24 de julio, que pudo haber sido una fecha imborrable en la épica revolucionaria. No lo quiso el Pleno regional. No lo quiso Durruti. Fui a presenciar la salida de la columna de Durruti. Era mi obligación como jefe del departamento de Guerra del Comité de Milicias. Encontré a Durruti sentado ya en su automóvil, junto al comandante Pérez Farras. Estreché su mano y la de Pérez Farras. También la del sargento Manzana. Puesto a elegir entre Manzana y Pérez Farras, hubiese elegido al primero, porque eran los tiempos iniciales de la revolución, tiempos de cabos y sargentos.

Algo estaba ocurriendo. Aquella era la primera columna que salía a combatir a los fascistas. Y allí estaba Durruti, sin la presencia del Comité regional, sin ninguna personalidad del gobierno de la Generalidad que diera la apariencia de gracias a quienes iban a defender las fronteras de Cataluña. Sin nadie más que yo del Comité de Milicias, sin la presencia obligada de Abad de Santillán, ya que tenía la responsabilidad de la organización de las milicias. Y algo más significativo, con la total ausencia de los demás miembros del grupo «Nosotros».

Del paseo de Gracia, después de despedir a la columna de Durruti, me fui al Club Náutico, sede del Comité de Milicias. Me estaba esperando Aurelio Fernández, jefe del departamento de Seguridad Interior. Muy serio en aquella ocasión, pero siempre afectuoso.

—Dime si crees que vale la pena continuar en el Comité de Milicias. Y si crees que sí, dime cómo hemos de comportarnos.

—Aurelio, ya sabes lo ocurrido el día de la constitución del Comité. Companys pretendió reducirnos al papel de guardianes del orden burgués. La primera partida se la ganamos entonces, al determinar nosotros la constitución del Comité de Milicias y su ordenamiento. Hubo algo que no se hizo, dejando que el Comité lo resolviera después. Se votó la constitución de un Comité sin elección de presidente o de secretario general. Todas las partes presentes se reservaban para tumbar el Comité por discrepancias en la elección de presidente. Se ha creado una situación confusa que podemos aprovechar, haciendo que el ejercicio de la presidencia recaiga en mí. Se impone que, tanto yo en el departamento de Guerra, como tú en el de Seguridad Interior, estemos siempre presentes en nuestros puestos. Por mi parte, haré que desde ahora no entre nadie en el Club Náutico sin mi permiso o sin permiso tuyo. Esta actitud la hemos de hacer extensible a todas las actividades: solamente con salvoconducto mío o tuyo será permitida la salida de la ciudad. De manera que si llegase el momento de que la Organización cambiase de manera de pensar y decide marchar adelante, la operación de asalto resulte grandemente simplificada.

Aquella mañana del 25 de julio, muy temprano, el pleno del Comité de Milicias se encontraba reunido en una salita del Club Náutico. Las reuniones eran todavía algo irregulares, casi desordenadas. Cada delegado, incluso Miratvilles, intelectual de Esquerra Republicana, llevaba pistola al cinto. Como él, Santillán, intelectual de la FAI, llevaba al cinto su enorme pistola mauser, reglamentaria en el ejército español. Aurelio y yo llevábamos cada uno un fusil ametrallador checoslovaco.

Apenas estábamos impuestos de lo que a cada uno le correspondía realizar. Lo que reclamaba más urgente atención eran noticias de la marcha de la columna de Durruti, de la que se supo su paso por Lérida con rumbo indeterminado, pero adelante, hacia Zaragoza. Cada delegado estaba informando de su gestión en la preparación de milicias, por si llegase el momento de tener que enviar refuerzos a la primera columna. Torrens había informado de la organización de su departamento de Aprovechamientos militares y de boca, y Marcos Alcón había informado de la situación de los transportes, especialmente los de carretera y ferrocarriles.

De pronto, inesperadamente, hizo su aparición el presidente Companys, acompañado del teniente coronel Herrando, «el del peluquín», porque tocaba su cabeza totalmente calva con una peluca. Era el jefe de las fuerzas de Asalto, con mando directo sobre los guardias acuartelados en un edificio de la plaza de España que cubría estratégicamente las entradas de las carreteras de Hos-

tafrancs y del Prat. Esas tropas de Asalto de la plaza de España fueron las primeras en rendirse al ejército sublevado cuando hizo ésto su aparición en la plaza y ocupó el Paralelo hasta el paseo de Colón, estableciendo el contacto con Capitanía general, Dependencias militares y Atarazanas, arrastrando también al cuartel de Asalto que estaba al final del Paralelo, junto a la calle Santa Madrona. Ambos cuarteles cambiaron de postura cuando los anarcosindicalistas cortamos el Paralelo a la altura de la Brecha de San Pablo, con la capitulación de los mandos de las fuerzas militares, únicamente jefes y oficiales; los soldados estaban muertos o heridos o habían abandonado ya a sus jefes, huyendo por las azoteas.

Al parecer, no hicieron caso de la guardia que teníamos en las puertas.

Sin darnos los buenos días ni aprovechar la ocasión para expresarnos sus buenos deseos por la marcha del Comité, sin siquiera preguntar por la situación de la columna de Durruti, de pie, respaldado por Herrando, nos espetó en su catalán de acento leridano el siguiente exabrupto: «Me veo obligado a venir en estos momentos porque el orden ciudadano en Barcelona es tan lamentable que causan horror las noticias que me llegan constantemente de asesinatos, robos, violaciones e incendios. Y era de esperar que, a estas horas, el Comité de Milicias hubiese dominado la situación y restablecido el orden. Me veo obligado a deciros que si sois incapaces de restablecer el orden, no estaría por demás que lo manifestaseis, para poner remedio a tan lamentable situación por los medios que estén a mi alcance».

Terminó en un estado de lamentable nerviosismo. Se sacó el pañuelo que siempre llevaba colgando del bolsillo izquierdo de la chaqueta y se lo pasó por los labios.

Debía estar convencido de que, después de su filípica, nos desharíamos en excusas por nuestra «incapacidad», poniéndonos sin reservas a las órdenes de sus inéditas dotes de gobernante.

Cierto. Companys esperaba de los miembros del Comité de Milicias una total entrega y capitulación. Con marcada intención aludió a «los medios que estuviesen a su alcance», refiriéndose a la proximidad del jefe de los guardias de Asalto, queriéndonos indicar que a Herrando le correspondía el orden en las calles y, si fuese menester, metería en cintura a los inconformes que pudiesen existir en el Comité de Milicias. Le escocía que, por encima de su decreto aparecido en el *Butlletí Oficial* nos hubiésemos saltado sus expresos mandatos, desconociendo a los jefes que nos había impuesto y hubiésemos constituido un Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña.

Situación muy rara la que se produjo. El exabrupto cuartelero de que habíamos sido objeto iba dirigido a todos por igual, a los delegados de Esquerra Republicana, a los del POUM, a los «rabassaires» y a los de Acció Catalana; a los socialistas, ugetistas, cenetistas y faístas. En aquel momento en que se decidía quién gobernaría en adelante, si el gobierno de la Generalidad y sus guardias de Asalto o el Comité de Milicias y sus milicianos, no se sabía cómo ni quién había de contestarle, porque el Comité de Milicias carecía de presidente y, por lo menos hasta aquel momento, todos teníamos igual autoridad. Alguien, no obstante, tenía que recoger tan tajante ultimátum. En todas las caras se leía la humillación de haber sido tratados de manera tan poco noble. Si alguien hubiese iniciado una respuesta violenta, todos por igual hubiesen disparado sobre Companys y Herrando.

Me decidí a contestarle yo, sin levantarme de la silla:

—Mejor no nos damos por enterados de lo que nos has dicho, Companys. Nosotros tenemos mucho que hacer. El enemigo está a las puertas de Cataluña. ¡Salud, y que te vaya bien!

Companys se quedó petrificado. Desde aquel momento quedaba claramente

establecido que quien regiría los destinos de Cataluña sería el Comité de Milicias Antifascistas.

Todo se supo, y la revolución cobró nuevo vigor. Los sindicatos sacudieron la embriaguez de la victoria momentánea sobre el ejército y el sopor producido por la decisión del Pleno regional, decisión abominada por todos los sindicatos de Barcelona, que marcharon en pos del sindicato de la Madera, que era el que más firmemente defendía la línea de ir a por el todo.

Las expropiaciones, iniciadas con la ocupación del edificio del Fomento del Trabajo Nacional y la Casa de Cambó, se fueron extendiendo a todas las casas de la ciudad, a todos los talleres, a todas las fábricas y a todo cuanto había pertenecido a la burguesía y a los capitalistas.

Sin embargo, Companys seguía en la Generalidad, con su gobierno paralizado. No recibió, como esperaba, la visita del Comité de Milicias en pleno. Recibía visitas frecuentes de los partidos de izquierda. Y meditaba cómo podría pulverizar al Comité de Milicias, en el que me apoyaban, si no todos los miembros, sí Aurelio Fernández, José Asens y Marcos Alcón, atrayendo además a elementos que se debían a él, como el coronel Giménez de la Beraza, el comandante Vicente Guarner, el teniente coronel Escobar y hasta gentes de sus propias filas, como Tarradellas, Miratvilles y Pons. A Santillán se le veía siempre en la cuerda floja del sí, pero no.

Frente de Aragón

Fue en el frente de Aragón donde se consumó el fracaso de la revolución social. Con el estruendo de los cañonazos fue casi imperceptible.

Desde el Comité de Defensa confederal, habíamos logrado crear un tipo de luchador revolucionario que el tiempo demostró que era muy eficaz. Los Cuadros de Defensa fueron convenientemente preparados para las luchas callejeras de la gran ciudad. Se les inculcaba una escala de valores que pueden conducir al éxito en las luchas urbanas: extrema reserva, puntualidad en las citas, observancia rígida de las consignas, mantenimiento del espíritu de equipo dentro del cuadro, agilidad de movimientos, evitar la parálisis del quietismo, como el atrincheramiento en una barricada, en un balcón, tras una ventana, porque en cualquiera de dichas posiciones se es vencido y muerto. Para las ciudades, éstas y otras tácticas eran las más convenientes.

Nos dieron la victoria en julio. Los militares fueron más lentos en sus movimientos que nosotros. En la Brecha de San Pablo, en las Atarazanas y en las Dependencias militares, donde se atrincheraron y parapetaron, fueron vencidos siempre. Durante aquellos tres días, solamente aparecieron las barricadas en la posición que ocupó Durruti en la plaza del Teatro, posición inmóvil, atrincherada tras unas bobinas de papel para periódicos. Allí, las gentes de Durruti perdieron todo el día 19 y la noche del 19 al 20, haciendo inevitable la lucha al día siguiente para salir de aquel pozo y derrotar en movimiento a los militares.

En las ciudades, las barricadas, románticamente cantadas en un himno anarquista, aparecieron durante las fracasadas revoluciones del siglo xix en Francia. Decir «a las barricadas» es decir «a la derrota». En las batallas campales, las barricadas son sustituidas por trincheras. Un ejército atrincherado podrá aguantar tras su parapeto, siempre que el atacante carezca de movilidad y tienda también a parapetarse. En tal caso, la decisión final la dará el que tenga más víveres y pertrechos de combate.

Lamentablemente, en la preparación de unidades y espíritu de combate,

no pudimos pasar de los Cuadros urbanos de defensa. Para nosotros, no existía el más allá de las calles de la ciudad. El campo, con sus valles, sus ríos, sus caminos y puentes, sus lomas y cerros, nos era desconocido. No había sido concebida una campaña a lo largo y ancho del país. Carecíamos de tiempo y de dinero para hacerlo. No en vano, para mí, la estrategia se reducía a asegurar el éxito en Zaragoza, Sevilla y La Coruña, determinantes de la victoria en Andalucía, Aragón y Galicia, dando por descontado el triunfo en Barcelona y en Madrid.

El no haber triunfado desde el primer momento en Zaragoza nos planteó un problema muy serio. Nos encontramos en el caso de tener que ir a conquistar Zaragoza, Huesca y Teruel; es decir, prácticamente todo Aragón.¹

No creí en la posibilidad de tomar Zaragoza cuando Durruti aplazó hasta entonces la ampliación revolucionaria del movimiento triunfante en Cataluña. Cuando fui a despedir a la primera columna que salía para Aragón, nutrida por no menos de cinco mil milicianos, con vituallas para varios días, transportes para todos y dos tanques de gasolina, tampoco creí que Durruti lo lograría. Me preguntaba dónde estaban los hombres preparados para la empresa. Sin cuadros de Defensa rurales, aquellos cinco mil voluntarios corrían el riesgo de dispersarse. Y con la dispersión, dar lugar a una gran derrota.

Una columna móvil, ligera y ágil, saliendo de Barcelona el 24 de julio, de unos cinco mil hombres motorizados y con suficientes tanques de combustible, habría podido llegar, en su primera arremetida, hasta las afueras de Zaragoza y cruzar el río Ebro, de manera que, en lugar de tenerlo delante como barrera natural, lo tuviese ya a sus espaldas, como parapeto de emergencia.

No se podía culpar a Durruti, ni a los voluntarios que iban con él. No había-

1. [NDE]. El 22 de julio de 1936, García Oliver se dirigió por radio a los trabajadores aragoneses. Transcribimos la reseña publicada en la primera página de *Solidaridad Obrera* del 23 de julio:

«El proletariado catalán, por boca del camarada García Oliver, alienta en la lucha titánica contra el fascismo a los camaradas de la región aragonesa.

La consigna de la CNT es la de dar la vida.

El representante de la clase trabajadora catalana siente la necesidad ineludible de cumplir con el deber y llegar hasta la muerte.

Desde el micrófono instalado en la presidencia de la Generalidad, el camarada García Oliver ha dirigido una cálida alocución a los trabajadores de la región aragonesa. Ha hablado en nombre del Comité Regional de Cataluña y del Comité Nacional de la CNT.

Ha descrito, en sentidas y tajantes frases, la lucha heroica que el proletariado catalán ha sostenido con los militares insurrectos. Con una emoción intensísima, que se reflejaba en sus palabras, ha narrado la combatividad y el empuje de que ha hecho gala la clase trabajadora que nutre el suelo catalán.

Se dirige al proletariado aragonés. Recuerda a los trabajadores de Zaragoza su inmortal gesta del 8 de diciembre de 1933. Anuncia que los trabajadores catalanes están preparando una expedición, con el objeto de librar al proletariado aragonés de la férula fascista. Y asegura que la Cataluña obrera caerá como una tromba sobre el fascio que se ha entronizado en Aragón.

El camarada García Oliver dedica un sentido recuerdo al valiente militante de la CNT Francisco Ascaso, que cayó bajo las balas de los fascistas cuartelados. Y habla con un tono velado por el más profundo sentimiento, del trío que han integrado los camaradas Ascaso, Durruti y García Oliver. Y es Francisco Ascaso el niño que se paseaba por las calles de la inmortal ciudad de Zaragoza, les dice García Oliver a los trabajadores aragoneses.

En Cataluña hemos conseguido una victoria fulminante, prosigue el representante de los obreros catalanes. Hemos tenido que luchar. No hemos regateado el menor esfuerzo. Hemos desafiado las balas. Nuestras vidas han constituido una barrera invencible.

Evoca el significado del último Congreso. Describe el entusiasmo de las sesiones del magno comicio. Resalta las promesas que emergieron de las Ponencias que elaboraron las consignas federales.

Estamos convencidos —dice nuestro camarada— de que vuestra actitud no obedece a la traición. Pues es indispensable que reaccionéis y que os enfrentéis, sin pérdida de tiempo, con los chulos que se han apoderado de la capital aragonesa.

mos nacido para Napoleones ni cada miliciano llevaba el bastón de mariscal en la mochila. Los milicianos que salieron con la primera columna, según los recordaba, no llevaban mochila al hombro. El que más, se llevó consigo una manta, un plato y una cuchara. Para la mayor parte de aquellos milicianos, la noche, pasada en el polvo de aquellos Monegros, en una cuneta de camino, con algo de comer en frío, durmiendo bajo las estrellas y con el frío de los amaneceres brillantes de escarcha, debió ser una enorme decepción. Al cabo, pensarían muchos, ni somos soldados de quintas ni de voluntariado. Hemos venido para ayudar a tomar Zaragoza, estamos a bastantes kilómetros de sus puertas, y no por culpa nuestra ha quedado sin tomar esa ciudad. Hay empresas que son para ser ejecutadas por gentes preparadas. Ninguno de nosotros tiene la preparación y capacidad debida en esta columna. Ni las tiene Durruti, ni las tiene el comandante Pérez Farras.

Eso fue lo que ocurrió. Pasó la columna por Lérida, donde perdió mucho tiempo dejándose agasajar. Luego siguió adelante, hasta entrar en los llanos de los Monegros, secos hasta abrirse en grietas, con caminos de tierra, con más de un palmo de polvo tan fino que podría ser vendido como talco en las perfumerías. Fueron dejando atrás pueblos pequeños, difuminados en un pai-

En Cataluña iniciamos inmediatamente la contraofensiva. Fuimos rápidamente, y fría-mente, en busca del enemigo. Hemos sembrado de cadáveres las calles de Barcelona. Perdimos muchos camaradas, pero logramos reducir la situación. Nuestros enemigos, al escuchar los gritos de la CNT, abandonaron precipitadamente las posiciones.

Los trabajadores aragoneses tenéis que hacer un esfuerzo supremo para libertaros del fascismo. No habéis de dudar de la necesidad imperiosa de plantar cara al enemigo de las libertades populares. Replegaos sobre las barriadas obreras y sobre la huerta zaragozana, en donde debéis concentraros, y así los trabajadores catalanes podremos caer con un empuje irresistible sobre los criminales que se han asentado en tierras aragonesas.

A la ciudad de Zaragoza no se la podrá considerar, de ahora en adelante, como el baluarte de la Confederación Nacional del Trabajo, si no abate con rapidez fulminante a los fascistas que se han enseñoreado de sus vidas. No olvidéis, trabajadores aragoneses, vuestro historial y vuestros entusiasmos por la causa sagrada de la libertad. Salid de vuestras casas. Arrojaos sobre el enemigo.

No aguardéis un minuto más. En este preciso instante habéis de poner manos a la obra. En esta tarea han de destacarse los militantes de la CNT y de la FAI. Nuestros camaradas han de ocupar la vanguardia de los combatientes. Y es preciso morir.

Militantes de la CNT y de la FAI, os tenéis que hacer matar. Tened en cuenta que si el proletariado catalán respondió como un solo hombre, se debió a que los militantes destacados ocuparon las filas de mayor peligro. Y por esta razón el ataque a las mesnadas fascistas alcanzó una profundidad insospechable y decisiva.

En todas las ciudades y en todos los lugares donde domina el fascio, los militantes de la CNT y de la FAI han de arrastrar a la clase trabajadora a la calle y lanzarla al combate contra los militares.

Explica el camarada García Oliver la constitución de las milicias fascistas [(sic). Evidentemente, se trata de un error. Debe decir *antifascistas*. NDE.] La CNT y la FAI han sido invitadas. Los objetivos que persiguen estas milicias son dos. El primero obedeció a que en alguna ciudad catalana había prosperado la provocación fascista, ñero los trabajadores se bastaron por sí solos. Y el segundo objetivo obedece a la dominación de Zaragoza por los militares, y ante la posibilidad de un avance de las columnas fascistas, de la región aragonesa, en tierra catalana. Pero estamos dispuestos a salirles al encuentro y caer sobre ellos.

Vamos a salir hacia Zaragoza. Os decimos que Durruti y el que os habla —García Oliver— partirán al frente de la columna expedicionaria. Mandamos una escuadrilla del Prat, que bombardeará los cuarteles.

Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Con lo que tengáis en vuestras casas hay que lanzarse como hienas sobre el enemigo. No hay que ser cobardes ni hay que alardear de valentía, ñero hemos de cumplir con nuestro deber.

Los militantes de la CNT y de la FAI han de cumplir con el deber que exige la hora presente. Emplead toda clase de recursos.

No aguardéis a que yo finalice mi discurso. Abandonad vuestras casas, quemad, destruid. Batid al fascismo.»

saje casi lunar: Bujaraloz, Osera, Pina, Quinto, los tres últimos asomados a la orilla del Ebro.

La columna marchaba a su manera, más que con ganas de llegar, con verdaderos deseos de dispersarse y tumbarse a dormir bajo cualquier sombra. En el aire aparecieron tres aviones del enemigo, disparando sus ametralladoras sobre la larga columna de camiones y automóviles. Se produjo, como era de esperar, una gran confusión, seguida de dispersión, parecida a la derrota de un gran ejército que ni había combatido. No hubo plan eficaz para recuperar los hombres y restablecer la formación, levantando sus ánimos. Nadie lo hizo; todos se quedaron parados.

Careciendo de disciplina militar y sin ganas de tenerla, era lógico pensar en una organización guerrillera. Y si habían de ser guerrilleros, era el momento de dividir la columna en dos secciones por lo menos, y de marchar ambas, una por la derecha y otra por la izquierda, a cruzar rápidamente el Ebro que tenían enfrente, a dos pasos. O lo cruzaban entonces o no lo pasarían nunca. Y haber marchado formando una gran pinza para conquistar Zaragoza.

No fue así. Dejados los milicianos a su propia iniciativa, se parapetaron en los poblados, en las zanjas o en los cerros, y empezó antes, mucho antes, que en Madrid, una guerra estacionaria, que acabaría por ser un frente desde Belchite hasta los Pirineos. Durruti —y le hubiese ocurrido a cualquiera—, incapaz de superar las circunstancias, se replegó hasta establecer su puesto de mando en Bujaraloz.

Lo que acababa de ocurrir ante el Ebro no era tan inocuo como pudiera pensarse. No se trataba solamente de los milicianos de una columna que, faltos de espíritu combativo, se parapetaban en vez de seguir marchando adelante, hacia un objetivo concreto: tomar Zaragoza. Acababa de iniciarse una guerra de posiciones, con la secuela de problemas que traía aparejada.

Tan pronto tuve noticias de lo ocurrido a la columna de Durruti, situé en el plano, con el capitán Guarner, las posiciones de aquellas fuerzas. Hacia el norte, entre Almudébar y Huesca, aparecía una vía de penetración a Cataluña, que, cruzando Lérida, se colaba fácilmente hacia Barcelona. Hacia el sur, abajo del Ebro, por Caspe y Alcañiz, se abría otra posible ruta de penetración en Cataluña, amagando ciudades importantes como Tortosa, Tarragona y Reus, y colocándose también a dos pasos de Barcelona.

Suponía que los aviones que habían atacado a la columna Durruti eran de observación y que ya habrían informado del peligro que constituía una columna en marcha hacia Zaragoza. Si los sublevados tenían aviones, también tendrían fuerzas disponibles para operar, y era de presumir que llegarían a la conclusión de que la mejor defensa es el ataque, que podrían efectuar por terreno más fácil que el escogido por Durruti, lanzándose desde Caspe en dirección sur hacia Cataluña.

Habría que taponar urgentemente la ruta del Sur Ebro y la ruta por encima de Bujaraloz, colocando fuerzas entre Alcubierre, Tardienta y Granen, en un amago de tomar Huesca, para polarizar en dicha ciudad la máxima cantidad posible de fuerzas de que dispusiese el enemigo y para que no las utilizase en el sector sur del Ebro, reduciendo, por nuestra parte, a una especie de zona muerta la zona centro ocupada por Durruti.

El problema era complejo. Cataluña estaba sola para afrontarlo. Habría que disponer unos treinta mil milicianos y formar un verdadero frente. Frente que forzosamente debería ser estacionario, con la menor cantidad posible de operaciones. Nadie sabía aún cuándo dejarían de serlo los milicianos, pero treinta mil con un salario de 15 pesetas diarias, más los municionamientos, exigían muchos millones. Y del dinero no disponía el gobierno de la Generalidad, sino el gobierno de Madrid. Habría un consumo de municiones y un

desgaste de armamentos que habría que reponer. El gobierno de la Generalidad y el gobierno de Madrid carecían de ambas cosas. Habría que obtenerlas en el extranjero, con oro o con divisas, de los que solamente podía disponer el gobierno de Madrid. Podríamos, ciertamente, afrontar una transformación parcial de la industria catalana en industria de guerra; pero para la adquisición de materias primas indispensables y el pago de salarios haría falta dinero, que era difícil saber de dónde saldría.

Por nuestra parte, anarcosindicalistas que habíamos renunciado a ir a por el todo, íbamos a tener que aflojar cada día más nuestra independencia, porque si bien éramos riquísimos en buenas voluntades, en lo que se refería al dinero, teníamos lo justo para la compra del día. El dinero estaba en los bancos, que hubiéramos podido tomar de haber ido a por el todo, pero que hubimos de dejar donde se encontraba porque en revoluciones tan confusas como aquella, después del Pleno de locales y comarcales, es muy frecuente que tras la euforia de los primeros momentos aparezcan los jueces y los fiscales. Después, a medida que se fueron generalizando las incautaciones de fábricas, talleres y comercios, los depósitos bancarios de las sociedades afectadas pasaron a ser elementos de gestión en el trabajo.

El parón que acababan de imponer a la primera columna anarcosindicalista que salió hacia Zaragoza, aquende el Ebro, frente a Pina y Quinto, constituía moralmente una derrota para nosotros y una fácil, muy fácil, victoria para los militares sublevados. En Cataluña y dentro del Comité de Milicias, los efectos habrían de sentirse, y aun cuando nunca creí en la sinceridad de Durruti al posponer la revolución para después de la conquista de Zaragoza, sufría el impacto de una decepción más y me era imposible desechar una especulación instintiva: ¿Fue deliberada aquella marcha hacia el callejón sin salida en que se encontraba la columna de Durruti, con más de cinco mil combatientes orillados a no poder combatir?

Durante la revolución francesa, un descalabro semejante era seguido de investigaciones por parte de los emisarios de la Convención. La revolución francesa no vaciló cuando fue menester, porque era una revolución hecha por revolucionarios. La nuestra no era una verdadera revolución, dentro del espíritu de nuestra época: revolución de clase oprimida contra clase opresora. Y me callé algo tan evidente como la responsabilidad de Durruti y de Pérez Farras, en espera de que en nuestra Organización o en el Comité de Milicias se me pidiesen explicaciones.

Nadie reclamó. Nadie ignoraba los secretos de la reunión del grupo «Nosotros». Aquella truncada marcha a Zaragoza, imputable a Pérez Farras más que a Durruti, no solamente se veía sin inquietud sino con disimulada satisfacción. No llegar a Zaragoza pasó a ser la oculta consigna.

Procedimos a enviar inmediatamente una columna al mando del compañero Antonio Ortiz, asesorado militarmente por el comandante Saavedra, para que avanzase hasta donde le fuese posible hacia el sur del Ebro. En honor a la verdad, la columna del compañero Antonio Ortiz, miembro también del grupo «Nosotros», fue la que penetró más profundamente en lo que habría de ser el frente de Aragón, pues tomó Caspe, ciudad importante de la provincia de Zaragoza; tomó Alcañiz, ciudad también importante de la provincia de Teruel; tomó más pueblos y poblados y plantó sus fuerzas frente a Belchite, que asedió, constituyendo un eficaz tapón en lo que pudo ser peligroso sector del Sur Ebro.

Por otra parte, se envió una columna del PSUC, la «Carlos Marx», al mando de Trueba y Del Barrio, para que penetrase todo lo posible al norte de la columna de Durruti. La columna del PSUC se hizo fuerte frente a Almedebar, teniendo a sus espaldas a Serriñena.

Otra columna de anarcosindicalistas, al mando de Domingo Ascaso y Cristóbal Aldabaldetrecó, salió inmediatamente y decidió que Barbastro no se entregase al enemigo; tomó Granen y posteriormente Vicien, apoderándose del cementerio de Huesca. Domingo y Cristóbal eran amigos míos, muy vinculados al grupo «Nosotros».

Y salió también para crear el frente de Huesca, entre Barbastro y Siétamo, una columna del POUM, la «Lenin», al mando de Rovira, que dejó por ello de pertenecer al Comité de Milicias, donde fue sustituido por Enrique Gironella.

Otra columna de anarcosindicalistas salió también hacia Huesca, la «Tierra y Libertad», al mando del compañero Maeztu, reorganizada después de su regreso de Madrid y de la desafortunada campaña de Bayo en Mallorca, con el anarquista portugués De Souza, Federica Montseny y Abad de Santillán.

También se envió al frente de Huesca una pequeña unidad de carabineros y guardias de Asalto, que lucharon muy bien cuando tuvieron que intervenir en apoyo de los milicianos.

Y a lo más intrincado de los Pirineos se envió una columna de fuerzas alpinas, muy bien preparada y compuesta de jóvenes alpinistas de varios sectores políticos y sociales de Barcelona.

Para cubrir lo que llegó a ser frente de Aragón, de unos 300 kilómetros desde la frontera francesa hasta Belchite, fueron enviadas fuerzas que sumaban no más de 30 000 milicianos, cuyas cuatro quintas partes eran anarcosindicalistas. Aquel frente no era un frente propiamente dicho: no era continuo, ni podía serlo, porque puestos todos los milicianos en hilera tocaban a uno por cada diez metros. Y aún habría que descontar los enfermos, los heridos, los servicios auxiliares, las escasas reservas y los que estuvieran con permiso.

No llegaron a ser fuerzas aptas para grandes movimientos, ni para llevar a sus espaldas a ningún incipiente Napoleón. Llegaron, se iban pegando al terreno donde podían, tras las trincheras o los accidentes del terreno; pero de allí no lograron desalojarlos las diversas tentativas que realizaron los militares fascistas. Allí estuvieron, hasta que la ola nueva de mandos militares y políticos transformó las columnas en unidades militares y el frente de Aragón dejó de estar al cuidado de los Ortiz, Jover, García Vivancos, Sanz, Ascaso, Aldabaldetrecó y otros responsables mandos anarcosindicalistas de las columnas. Cuando estos compañeros fueron desplazados por el Campesino, Líster, Modesto, Vega y demás eminencias comunistas, se perdió el frente de Aragón creado por el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña.

Derecho de gentes

Es una mañana de los primeros días de existencia del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña. Todavía estamos alojados en el Club Náutico, donde las salas son pequeñas, incapaces de contener la creciente vida del Comité con sus múltiples dependencias. La afluencia de gentes que por una u otra razón acuden al Comité de Milicias es tan grande, que parece que toda la vida de la ciudad se ha trasladado al Club Náutico. Es decir, la vida oficial, la que antes discurría por los pasillos y oficinas del Gobierno civil, del palacio de la Generalidad, del Ayuntamiento. El Club Náutico, con el Comité de Milicias y la Casa CNT-FAI, había pasado a ser el corazón de Cataluña.

Me acompaña Marcos Alcón. En la distribución de responsabilidades, a Marcos Alcón le tocó el departamento de Transportes para la guerra y para el Comité de Milicias, cada día en aumento a causa de la continua preparación

de columnas de milicianos y del acarreo de las montañas de provisiones que debían enviarse a las columnas ya en operaciones: automóviles, camiones de carga, trenes, etc. A todo atendía acertadamente Marcos Alcón. Como a todos los que, directa o indirectamente, colaboraban con el Comité de Milicias, a Marcos Alcón se le había desarrollado un nuevo sentido: el de saber improvisar ante cualquier circunstancia imprevista.

También estaba con nosotros el comandante Vicente Guarner, jefe de Estado Mayor, de gran inteligencia y rápida comprensión de los problemas políticos y militares, y que yo había incorporado a mi departamento como asesor.

Estábamos haciendo el comentario del día cuando se me acercó cautamente mi secretario.

—Ahí está el cónsul general de la Gran Bretaña, que quiere hablar contigo.

A Marcos Alcón y Vicente Guarner les dije que quería que estuvieran presentes en la entrevista.

—Los asuntos diplomáticos suelen tratarse en secreto —dijo Guarner.

—No en tiempos de revolución, donde, se trata de un ultimátum, para lo que preciso de testigos al dar mi respuesta, o de reclamaciones de las que tendré que dar cuenta al Comité de Milicias en presencia vuestra.

Es de lamentar que no recuerde el nombre del cónsul. Alto, de facciones regulares, pelo un tanto gris, bien vestido en su traje de diario, de ademanes distinguidos y de una seriedad algo sonriente. Lo saludé y le presenté a Alcón y Guarner.

—Mi visita a usted es por delegación del honorable Cuerpo consular, del que soy decano y en el que represento al gobierno de Su Majestad Británica —dijo, inclinando respetuosamente la cabeza—. Debo aclararle que mi primera gestión traté de hacerla esta mañana con el presidente de la Generalidad de Cataluña, quien me escuchó atentamente, pero declinando la responsabilidad en el asunto que me confió el Cuerpo consular, porque en los momentos actuales las funciones ejecutivas están confiadas a usted, como jefe del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña. Y heme, pues, aquí. El Cuerpo consular radicado en Barcelona siente honda preocupación por las vidas y la seguridad personal de los extranjeros radicados en esta ciudad y en toda Cataluña. Por ello, desearía que conjuntamente viésemos la manera de adoptar las medidas pertinentes para hacer real la seguridad de los ciudadanos de las naciones representadas por el honorable Cuerpo consular. Si usted me lo permite, le sugiero que nos conceda las instalaciones del Club Marítimo para concentrar en él a los ciudadanos extranjeros y poder irlos evacuando a los buques surtos en el puerto de Barcelona. Otra cosa más quiero solicitarle: que nos autorice a que la guardia esté confiada a algunos marinos de la Real Flota inglesa.

Al contestarle, consideré que no tenía ningún motivo para aclararle las confusas manifestaciones de Companys.

—Creo que no debe desestimarse la situación revolucionaria porque pasa nuestro país determinada por la sublevación de unos militares desleales y de unos fascistas que, como es notorio en las esferas del mundo democrático, están perturbando la vida de las naciones. Coincidiendo con usted y el Cuerpo consular en que hay que hacer todo lo posible para preservar el derecho de gentes, puedo, desde este momento, atender su demanda en lo que concierne a la habilitación del Club Marítimo para refugio de sus connacionales; además de cuantos locales más sean menester, en los edificios consulares o en pisos particulares, donde puedan acoger a los extranjeros y a los nacionales nuestros que quieran ustedes asilar. Esto último, aun cuando en España y en Europa no exista el derecho de asilo. En todos los consulados será puesta por nosotros

una guardia de protección, así como en el Club Marítimo. Pero no toleraríamos que preste servicio ningún marino inglés.¹

—Me doy por satisfecho y no dudo de que mis colegas del Cuerpo consular lo estarán también. El resultado de mi gestión ha sido mucho más satisfactorio de cuanto podíamos esperar. Reciba usted mis más expresivas gracias.

Cuando hubo salido el cónsul general británico, comentó el comandante Guarner:

—Hacía siglos que un representante de Inglaterra no había oído en España un «no lo toleraríamos».

Aún alojados en el Club Náutico,² recibí la visita de Liberto Callejas, anarquista de principios morales más que rígidos, casi franciscanos, muy dado a hacer comentarios sobre el «hermano lobo» y las «hermanas aguas» del pobrecito de Asís.³

Callejas y yo nos conocimos en 1919, en la cárcel Modelo de Barcelona. Nunca más le perdí de vista. Poseedor de una pluma fina, autodidacta, hijo de un republicano federar y masón, poseía una formación libertaria sólida, de la que dio constantes pruebas en nuestra* publicaciones. Nos encontramos en París en el año 1925. También tuvo mucha participación en la creación del grupo «Los Solidarios».

Callejas venía a despedirse de mí. Estaba apenado por la derrota de mi punto de vista de «ir a por el todo»,

—De haber triunfado —decía—, ahora sabríamos dónde estamos y adonde vamos. No pienso tomar parte en nada. He aceptado un puesto de maestro racionalista. Creo, Juan, que te encontrarás cada día más solo y aislado. Los que te derrotaron, Santillán, Federica, Fidel Miró, se irán apartando de ti y de todo lo que sea pureza revolucionaria. Hoy todavía te admiten y toleran porque te necesitan.

En aquel momento entró mi secretario para decirme que esperaba Ramón Porté, secretario de la comarcal de Montblanch.

—¿Le has advertido de que sólo atiendo asuntos de guerra?

—Sí, pero insiste en que es contigo con quien necesita hablar.

Mientras me despedía de Liberto Callejas, repasé mi «ficha mental» de Ramón Porté. Era un campesino muy afecto a la CNT, a la que siempre perteneció y en la que, también casi desde siempre, perteneció al Comité comarcal de Montblanch. Tenía escasas simpatías por la FAI. Conocía muy bien los problemas del campo y muy a fondo los de ciertas zonas de Cataluña: la «*rabassa morta*», los jornaleros de diario y temporada, los medieros, etc. Competente y honrado, como tantos militantes de nuestras Comarcas de alta y baja montaña y del llano tarraconense. Su Comarcal, como todas las de la provincia de Tarragona —incluida la de Reus— había votado contra mi proposición en el Pleno del 23 de julio. ¿Qué podría quererme Ramón Porté?

Entró sonriendo, muy achicadas las pupilas de sus ojos, perspicaces y escrutadores.

A fuerza de andar entre nuestros *pagesos*, con Plaja y «El Manco de Tarragona», organizando sindicatos y dando mítines los sábados y domingos, sabía lo que había detrás de una manera u otra de sonreír o de poner cara seria.

Porté hablaba a la manera *pagesa*. Pero en él no eran pausas de ignorancia

1. [NDE]. Véase el texto de la conferencia del autor en El Coliseo de Barcelona, en las páginas 407 y siguientes.

2. [NDA]. A finales de julio, el Comité de Milicias se trasladó al edificio que anteriormente ocupaba la Capitanía general.

3. [NDE]. Sobre Liberto Callejas, véase la página 29.

ni cortedad las que hacía, sino que hablaba cautamente y sin precipitaciones. Era *molt murrí*, muy ladino.

—Acabo de estar con Companys y me ha dicho que sólo tú puedes resolver el problema que tengo entre manos desde hace dos días. Hace tres días, por la noche, se presentó en mi casa de Montblanch el arzobispo de Tarragona, cardenal Vidal y Barraquer, suplicándome que le diera refugio, yo, el secretario comarcal de la CNT. Venía con alpargatas de *pagés* y se cubría la cabeza con una gorra vieja. Me dijo: «Acudo a la CNT en demanda de protección para mi vida, porque si la CNT no me protege, y me matan, cosa que ocurrirá fatalmente, en el extranjero utilizarán mi muerte para propaganda difamatoria de la causa republicana en general, y principalmente contra la CNT y la FAI».

—Me parece muy sensata la explicación del cardenal. ¿Pero por qué acudes a mí con este asunto? ¿Es que quieres mi autorización para matarlo?

—¡No, no es eso...! No quiero matarlo, ni tampoco lo quiere Companys. El cardenal está desde hace mucho tiempo en relación con Companys y éste me garantiza que es persona muy afecta a las izquierdas de Cataluña.

—Bien, Porté. Pongamos las cosas en claro. Si el cardenal es afecto a las izquierdas catalanas, ¿por qué tanto misterio, en vez de venir a Barcelona y declarar ante el mundo que la justicia divina y humana está de nuestra parte?

—Ese es el asunto. Dice que conocía el complot de las derechas y los militares desde que empezó a fraguarse y que están dispuestos a ganar por encima de todo. Lo tenían todo previsto y calculado, hasta que perderían en Cataluña. Para desprestigiar a la causa republicana dentro y fuera de España, tenían previstos los asesinatos de curas, obispos y frailes donde suponían que vencería la CNT. Al efecto, habían aleccionado a gentes compradas o fanatizadas para que se introdujeran en la CNT, la FAI, Esquerra Republicana, entre los comunistas, el POUM, para que, a favor de las circunstancias, actuasen sin contemplaciones en la ejecución de clérigos, bajos, medios, altos... Como ves, Juan, salvarle la vida al cardenal es asunto de alta política. Tan alta, que dice Companys que él se siente sin medios para hacerlo.

—Este es asunto más bien para Aurelio Fernández. O para el Comité regional de la CNT. ¿Qué crees que podría hacer yo?

•Muy sencillo. Tu firma es hoy lo que más vale en Cataluña y en los caminos que la cruzan. Un salvoconducto del Comité de Milicias con tu firma abre todas las puertas. Dame dos salvoconductos y yo me encargo del resto.

Llamé al secretario:

—Hazle a Porté dos pases con los nombres que te dará, con carácter de servicio especial, y ponles mi firma de estampilla. Vete con él, Porté —le dije—, y procura que sean pistolas de calidad y que no resulten caras. Cuando las traigas, las pagaré.

Supe que pasaron la frontera. No me enteré de cómo lo hicieron ni me interesó preguntárselo después en París a Porté, como si fuese asunto muerto, y he mantenido estricto secreto hasta el momento de escribir estas cuartillas. Mucho después me enteré de que, a su llegada a Roma, al cardenal Vidal y Barraquer lo tuvieron encerrado en un convento mientras duró la guerra, en castigo, posiblemente, por no haberse hecho matar. Y que después pasó a otro convento en Suiza, donde murió en exilio.

La incógnita valenciana

Mi padre era oriundo de Játiva, y yo dediqué bastante tiempo a la comprensión de Valencia y su región. Anduve por su huerta, por la mañana, durante el día y

a la hora malva del atardecer, cuando empiezan a cantar los grillos, a croar las ranas, a correr las aguas por sus acequias.

Encima de sus campos labrados, la luna brilla como en ninguna otra parte. El valenciano se siente feliz en su huerta, frente al mar, en las largas calles de sus pueblos, donde juega a pelota a mano, a *llargues*. Es feliz trotando por sus barrancos, con los perros cazadores al lado, su escopeta presta a ser disparada al ave fugaz o al conejo rastreador. Feliz en su barraca, donde al entrar cuelga la escopeta detrás de la puerta.

El valenciano cree —y no le falta razón— que no es nunca comprendido por el foráneo de la parte de Cataluña, el descendiente de los que llegaron con Jaime el conquistador y sus almogávares a liberarlo de sus ancestros arábigos, con los que siempre se sintió tan a gusto. Tampoco cree ser comprendido por los foráneos del centro peninsular, descendientes de los que, en días más lejanos, llegaron con el Cid y sus mesnadas, también a liberarlos de sus ancestros, a quienes debía cuanto sabía del trabajo de la huerta, sus suaves canciones y sus danzas.

Sí, catalanes y castellanos se empeñaron en liberarlo de lo que más quería el valenciano y, desgraciadamente, lo habían logrado. Le dejaron únicamente el paisaje inmutable, la luna en lo alto, la huerta fecunda, los cantos y los bailes.

Y también un sordo resquemor que con el tiempo se hizo consciente, hasta llegar a ser profundo: desconfianza por todo lo que procediese de Cataluña o de Castilla. Todos los movimientos políticos y sociales procedentes de Madrid o Barcelona eran vistos y acogidos con desconfianza. Si se hacían republicanos, tenía que ser de un republicanismo valencianista, a veces cantonalista. En lo social, serían cenetistas, pero de una CNT a su manera, sin el talante revolucionario de los cenetistas catalanes, ni a la manera política y centralista de los cenetistas madrileños. Fueron los valencianos los que dieron vida a un cenetismo reformista-revolucionario. A veces, con personajes raros como Tirado, conocido por «Irenófilo Diarot», que polemizara con Salvador Seguí en el año 1922, después de la Conferencia nacional de Sindicatos celebrada en Zaragoza, y que sobre posibilismo revolucionario dejó achicado a Salvador Seguí. Tirado, que después se retiró a un convento —del que seguramente procedía—, del que salió durante la revolución de 1936 para pasar a engrosar las filas del Partido Comunista. Pero también con hombres de sólida contextura obrerista como Domingo Torres, reformista, o José Sánchez Requena, sindicalista jacobino, oscilando siempre entre los «tribunales de sangre» y los abrazos con los falangistas.

En fin, cenetistas de un revolucionarismo *sui generis*, que aportaron al «treintismo» las contradicciones que habían de incapacitarlo para poder resistir al empuje de la doctrina activista del anarquismo «faísta» barcelonés.

Ya hacía días que se habían sublevado los militares. Hacía diez que fueran derrotados en Barcelona y Cataluña. Habían sido batidos en Madrid hacía nueve. Pero en Valencia los regimientos estaban sublevados dentro de los cuarteles, sin llegar a dominar la ciudad, en espera de que de Aragón, de Alicante o del ma* apareciesen tropas para dar el asalto a Valencia.

De Madrid habían enviado a Martínez Barrio a pactar un arreglo de rendición, sin lograr nada. Se corría el riesgo de que las vacilaciones de las izquierdas, y con ellas las de la CNT, hicieran pasar la región levantina de un momento a otro a poder de los militares sublevados, separando Cataluña de Castilla y del sur.

Como responsable del departamento de Guerra del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, me sentía obligado a intervenir. Pero, ¿cómo hacerlo sin

dar lugar a que se interpretase como una repetición de la llegada de los almo-gávares?

Los representantes del frente de izquierdas valenciano no habían enviado ninguna delegación, ni política ni sindical, en demanda de ayuda. No obstante, doce días de espera eran demasiados, corriendo el riesgo de perder Valencia y sus estratégicas vías de comunicación. Tomé una decisión. Aquellos días, en el Comité de Milicias estaban siempre presentes compañeros de toda confianza, como Alfonso Miguel y García Vivancos, que fueron del grupo «Los Solidarios», y también Domingo Ascaso, Margelí¹ y Cristóbal Aldabaldetresco o Antonio Martínez, «Valencia», del grupo «Nosotros», y su hermano, valenciano también, todos ellos arrojados y de absoluta confianza.

Llamé a Alfonso Miguel, a «Valencia» y a su hermano:

—La situación de Valencia es ya insostenible. Los militares están sublevados en los cuarteles y nadie se atreve a hacerlos salir y batirlos en la calle o a atacarlos en los cuarteles. ¿Os dais cuenta?

—Sí —dijeron los tres.

—«Valencia», busca a Marcos Alcón y dile de mi parte que te envíe al local del Fabril «La Farigola», en el Clot, dos camiones potentes con el pleno de gasolina y aceite. Toma mil quinientas pesetas para lo que podáis necesitar. Dile al secretario que te haga para ti y veinte compañeros un salvoconducto y otro igual para Alfonso Miguel, y que García Vivancos os lleve en automóvil a «La Farigola». Moviliza compañeros del sindicato Fabril, de manera que, con el Comité de Defensa del Clot y el de Pueblo Nuevo, se concentren unos cuarenta, jóvenes y valientes. En cuanto os lleguen los dos camiones y tengáis listos los compañeros, os llegáis al cuartel de San Andrés, cargáis cuarenta fusiles para vosotros, más otros sesenta para entregar a compañeros de Valencia. Cada fusil debe contar con una dotación de doscientos cartuchos. ¿Entendido? Otra cosa que debéis tener en cuenta: a los compañeros de Valencia no les digáis que habéis ido para que se decidan a moverse. Les diréis que habéis ido para ayudarles. No lo olvidéis: Si vacilan ante la idea de asaltar los cuarteles, sugeridles lo de las bombas de apagar fuego enchufadas a tanques de gasolina.

Pasaron unas horas. Me avisaron de que los camiones estaban ya en la calle, prestos a partir. Salí a verlos y a despedir a los compañeros. En la calle me esperaban, erguidos e imponentes, Alfonso Miguel y «Valencia», cada uno armado de un fusil ametrallador. Causaba gran impresión la vista de los dos camiones llenos de jóvenes anarcosindicalistas vestidos de mono azul, los fusiles en alto, cantando *Hijos del pueblo*.

La llegada de aquellos compañeros a Valencia fue muy oportuna. Al día siguiente, fueron asaltados los cuarteles. Y los militares se rindieron. Su presencia fue bastante más efectiva que la de Martínez Barrio.

Industrias de guerra y socializaciones

Estábamos condicionados por la posición defensiva en que había tenido que colocarse la columna de Durruti al encontrar fuerte resistencia a lo largo del

1. [NDA]. José Margelí, buen cajista, primero, excelente linotipista después, y, hasta antes de fallecer en México, buen corrector de pruebas. En su juventud fue hombre de acción sindicalista. Le conocíamos por «Joselito», seguramente por haber sido siempre aficionado a los toros, al cante jondo y al buen vino. En México formó parte de la «Ponencia», habiendo sido simultáneamente director de *Solidaridad Obrera* y de *CNT*, órganos de la Regional catalana y del Comité nacional de la CNT en el exilio.

río Ebro, ante Osera, Pina y Quinto. Tan grande era el impacto producido por esa circunstancia que todos los demás jefes de columna siguieron el ejemplo en cuanto el enemigo oponía resistencia a sus avances.

Una guerra de posiciones sería una guerra larga. Máxime teniendo en cuenta que si bien había caído en nuestras manos la totalidad del armamento del ejército estacionado en Barcelona y algunas ciudades de Cataluña, solamente podíamos disponer de parte del armamento ocupado en los cuarteles y en la Maestranza de Barcelona, por aquello de «el pueblo en armas» tan propagado a los cuatro vientos y que tanto daño nos causó. La mayor parte de los fusiles, ametralladoras y cartuchos de los regimientos acuartelados en Tarragona, Reus, Valls, Manresa, Mataré, Gerona, Figueras y Lérida fue repartida entre los militantes y afiliados de las organizaciones sindicales y de los partidos políticos, que se fueron desarrollando a espaldas de los vencedores, que éramos nosotros, y no sólo entre los partidos afines, sino entre los más mortalmente enemigos, como los comunistas de todos los matices, los socialistas y Esquerra Republicana. Aquel «pueblo en armas» eran los antifascistas, que no podían mirarse unos a otros sin acariciar las armas. El «pueblo en armas», aplicado sistemáticamente, de una manera indiscriminada, es el suicidio de la revolución si no se logra vencer en los dos primeros días. Eso y el grito «¡A las barricadas!» cuando se canta o cuando en las luchas revolucionarias se levantan en las calles ciudadanas. Son señales inequívocas de que algo anda mal, de que los revolucionarios están mal dirigidos o de que la revolución está agonizando.

Barricadas. Trincheras. Pueblo en armas. Tres posiciones de derrota. Una guerra de posiciones sería una guerra larga, que habría que sostener en los frentes, que deberían ser ampliados hasta tapar al enemigo todas las posibles rutas de penetración en Cataluña. Pero habría que alimentarla desde la retaguardia, comprando, adquiriendo, donde fuese y como fuese, los alimentos, los equipos, los armamentos. Mucho, casi todo, habría que fabricarlo, empezando por crear la industria metalúrgica y química de guerra.

Bajo esta impresión estábamos los reunidos aquella mañana, creo que la primera que el Comité de Milicias estaba aposentado en Capitanía general. Conmigo se encontraban el coronel de Artillería Giménez de la Beraza, el comandante Vicente Guarner y el capitán José Guarner. Estábamos examinando un alza para ametralladora «Hotchkiss» que trajera consigo Giménez de la Beraza.

—Nos harían falta muchas alzas como ésta, pues, careciendo de artillería antiaérea, con las alzas se puede obligar al enemigo a volar alto, haciendo imprecisa su puntería. ¿Dónde se podrían comprar?

Miré el alza, la sopesé. Era de bronce fundido, con un arco dentado y aditamentos para su sostén.

—Supongo que sería fácil de fabricar —dije.

—Sí, si tuviéramos una industria de guerra. También, si la tuviésemos, podríamos fabricar tanques, granadas de mano, proyectiles con espoleta, cartuchería y hasta fusiles y fusiles ametralladores. Pero, ¿cómo y dónde?

—Supongo que podemos hacerlo todo. Tenemos una mano de obra de primera clase. ¿Tenemos técnicos para una obra así?

Decidido y seguro, Giménez de la Beraza afirmó:

—Yo poseo esa técnica. Podríamos encontrar si me ayudan los hermanos Guarner y otros oficiales del ejército, artilleros e ingenieros, también capaces de hacerlo. Tú eres quien tiene que poner la primera piedra, proporcionando fábricas y obreros capaces.

Me puse en comunicación con Tejedor y Sánchez, del Comité del sindicato de la Metalurgia, y les pedí que designaran al mejor compañero, conocedor a

fondo de la industria, disciplinado y capaz de renunciar a todo descanso. Designaron a Eugenio Vallejo.

Vallejo se presentó al cabo de dos horas. Era de talla un poco más que regular, pero no alto, de fisonomía apacible e inteligente. Lo presenté a Giménez de la Beraza y los dejé platicando como dos horas. Al cabo de ellas, Vallejo me preguntó:

—¿Cómo crees que hemos de organizarnos y funcionar?

—Te daré el nombramiento de representante de este Comité ante el sindicato y los trabajadores. Hablaré con Tejedor. El sindicato te nombrará su representante ante los trabajadores a los efectos de producir. Después te pondré en contacto con Prunés, de la Generalitat, para que tú, el sindicato y él resolváis los problemas de financiación. Con el coronel Giménez de la Beraza crearéis un Comité técnico industrial y de producción, cuya misión será proyectar y producir los pertrechos de guerra que más vayamos necesitando. Al efecto, os incautaráis de los talleres y fábricas que puedan necesitarse, de equipos, maquinaria y materias primas. A todo lo cual, junto con el sindicato, deberéis darle forma institucional, ya sea de socialización, de sindicalización o de colectivización.

Aquellos días, los acontecimientos eran rápidos. Tanto, que a veces estoy en la duda de si lo acontecido tuvo lugar hoy, ayer o una semana después. Poseo la imagen de lo ocurrido, pero no puedo dominar el instante, la fecha exacta en que se produjera. Además, primero se producían los hechos; se establecía el derecho *a posteriori*. Primero, hacer; después, legalizar lo hecho. Por dicha causa, y dadas mis funciones en el departamento de Guerra, carecía de líneas limitativas. En el Comité no se había designado presidente, y yo, que estaba en el Comité día y noche, por gravitación pasé a ser el eje —no el jefe— de aquel organismo.

De ahí que me llegasen las consultas más insólitas y que tuviese que resolver sobre la marcha asuntos muy dispares, saltando de uno a otro, para que la marcha del Comité fuese continua y no llegase el colapso.

¿Tiempo para discutir los asuntos antes de ponerlos en práctica? No lo había. Era mejor promoverlos primero y discutirlos y aprobarlos después. Así procedía yo, no ocultando nunca a los miembros del Comité los asuntos abordados que pudieran ser, que eran, de interés para todos.

Aprobó el Comité la iniciativa de crear las industrias de guerra. Y en lo que respecta al pago de lo que se produjese, se le confió el asunto al delegado personal de Companys en el Comité, Luis Prunés y Sato, nombrado comisario de Defensa de la Generalidad cuando el intento de Companys de anular, antes de nacer, al Comité de Milicias.

Como un rayo debió circular por los sindicatos de la CNT de Barcelona la iniciativa de crear la industria de guerra bajo la dependencia del Comité de Milicias, que no solamente pasaba a ser cliente único, sino que determinaba la incautación de fábricas y talleres, dejando al sindicato la resolución de los problemas institucionales: socialización, sindicalización o colectivización de las industrias afectadas. Se llenaba así la carencia total de iniciativas de los Comités local y regional de la CNT. La revolución se vivía en la base sindical, entre los obreros, entre los militantes que nutrían los Comités de fábrica y taller, los que hacían funcionar los Comités de sección y que sí sabían de sindicalismo revolucionario, no desde hacía unos meses, sino desde antes, desde mucho antes, pues conocieron los tiempos en que el sindicato de Artes gráficas aplicaba la censura roja en diarios y revistas para impedirles difamar a la CNT y a sus militantes. Es decir, los Comités de sindicato, de los que surgieron los Escandell, de Alimentación; los Cubells y Salvadoret, de la Ma-

dera; los Simón Piera y Valero, de la Construcción; los Archs, Piñón, Marcó, Arín, Peiró.

Pronto me hablaron del sindicato de Productos Químicos. Su presidente era el compañero Aguilar.

—Supongo que nuestro sindicato también puede entrar en el conjunto de industrias de guerra, en las mismas condiciones que la metalurgia.

—Sí, Aguilar, también os incluye.

Mi secretario estaba afiliado al Sindicato de Espectáculos públicos.¹ Me pidió que recibiera, a Espinar, que entonces ocupaba la presidencia del sindicato. Espinar era un buen compañero. Su sindicato había pasado a ser, antes de la revolución, el refugio donde encontraban trabajo muchos compañeros que tenían dificultades con los patronos. Así mi secretario, que de la Construcción se pasó a Espectáculos Públicos. O Liberto Callejas, que allí se refugiaba cuando su neurosis lo sacaba de la redacción de *Solidaridad Obrera*. O Marcos Alcón y su hermano Rosalío, que dejaron sus trabajos en el Vidrio. Y otros muchos.

Entró. Como siempre, cordial en su corpachón de árabe puro, y satisfecho de todo, porque siempre estaba satisfecho, de su trabajo, del sindicato, de la revolución que vivíamos. Habló, con su fuerte acento andaluz:

—Quisiera que me orientases sobre cómo aplicar las soluciones que habéis dado para la industria de guerra, a nuestra industria del espectáculo. Ya sé que somos muy distintos a los metalúrgicos y a los químicos, pero ¿quién sabe!, ¿no?

—Bueno, vuestro sindicato es el que puede realizar la revolución económica integral. Prácticamente, vosotros no tenéis burgueses que sustituir, sino únicamente empresarios. Y que ahora vosotros paséis a ser los empresarios, ¿quién podría impedirlo? Si los empresarios exhiben películas, generalmente lo hacen en locales alquilados y las películas también lo son. Podéis incautaros de los locales, de su utillaje y máquinas, pagar el alquiler y el de las películas a las empresas distribuidoras, que a lo mejor también serán colectivizadas. En muchos casos, hasta podéis utilizar a los antiguos empresarios para que os ayuden. Podéis socializar, sindicalizar o colectivizar todo el espectáculo como industria. No necesitáis base financiera como otros sindicatos que trabajarán para la guerra, porque el dinero lo habéis de sacar de los billetes de entrada. Supongo que te habrás dado cuenta de lo rápidamente que podéis organizaros en marcha hacia el socialismo.

En el Comité local y en el Comité regional debían estar durmiendo. O estaban anonadados por el acuerdo del Pleno del 23 de julio, es decir, que el poder no pasase a los sindicatos. Para entonces, ya nadie se explicaba que yo hubiese sido derrotado. ¿Qué podían hacer ni orientar después de haberse declarado contrarios a la toma de posesión de todos los órganos de vida de la sociedad?

Les era imposible contener la riada de la vida. Allá, en talleres y fábricas, con los patronos huidos o fusilados, el trabajo debía continuar. Pero, ¿cómo, de acuerdo a qué normas? También en las huertas y el campo surgía una nueva vida; espontáneamente, expropiando las tierras, asociando los esfuerzos de las pequeñas comunidades rurales.

1. [NDA]. Mi secretario, tanto en el Comité de Milicias como en la Secretaría general de la Consejería de Defensa y en el Ministerio de Justicia, fue Manuel Rivas, sevillano, del Sindicato de Espectáculos Públicos de Barcelona. Fue secretario del Comité nacional de la CNT durante un periodo en que éste radicó en Barcelona. Siempre había sido muy afecto a mi persona y a las posiciones que mantuve. En México, cayó en las redes de un reclutador del PCE, llamado Carreras. Véanse las páginas 605 y s.

El sindicato del ramo de la Madera también vino en busca de orientación. Tenía buenos amigos en aquel sindicato, no de hacía poco sino de muchos años atrás, de cuando estuvo en los altos del cine Diana en la calle de San Pablo. Y también de después, de cuando estuvo en la calle del Rosal, de Pueblo Seco. Por el sindicato de la Madera fui delegado al Congreso de la CNT de 1931. Al cortar el Paralelo por la Brecha de San Pablo liberamos a los compañeros apresados dentro del sindicato. Se habían rendido a los militares sublevados cuando se les acabó la munición de las pistolas. Entre los detenidos estaban el presidente del sindicato, Hernández, y el tesorero, Salvador Ocaña, buenos compañeros, como todos los militantes de la Madera, anarquistas o anarcosindicalistas convencidos, que no pudieron votar en el Pleno del 23 de julio pero que defendieron mi proposición en todas partes, tanto los militantes jóvenes como los más antiguos, como Torres y Sanmartín, compañeros que fueron de Salvadoret y Albaricias, asesinados por el pistolero patronal y de Martínez Anido y Arlegui.

Fue en el salón de actos del sindicato de la Madera donde, unos seis meses antes de la sublevación de los militares, pronuncié mi conferencia «Hoy», en la cual, después de analizar los problemas de la España de entonces, llegué a la conclusión de que la CNT se vería abocada al cabo de poco a hacerles frente, marchando por la vía del comunismo libertario o asumiendo funciones de gobierno. Conferencia que suscitó apasionadas discusiones entre la militancia confederal de Barcelona.

Y ahora estaban aquí Hernández y Ocaña.

Hernández había dicho en los tres meses anteriores a la sublevación militar fascista que yo me había vuelto algo conservador, como si estuviese acobardado y que no me cansaba de recomendar la máxima tranquilidad en las actividades sindicales.

—Ya lo ves, Juan. Aquí nos tienes. En el sindicato no nos entregamos así como así. Se nos acabaron las municiones.

—Sí, me lo dijo Tomé, que estaba con vosotros y pudo escapar, uniéndose a nosotros en la Brecha de San Pablo. Y no sé qué habrá sido de él, porque recibí un balazo en una pierna, lo que me obligó a subirle al primer piso donde tenía consultorio un dentista, que no quiso abrir la puerta y me obligó a disparar a la cerradura. Cuando apareció por fin, le dije: «Cúrelo y avise al sindicato de la Madera, en la calle del Rosal». ¿Lo hizo?

—Sí. Todavía se está curando el pobre Tomé. Pero lo que nos ha traído aquí es la noticia de que estás impulsando a los sindicatos a que se hagan cargo de todo y se lleve adelante la revolución en el plano económico. ¿Qué podemos hacer nosotros, si no producimos nada para la guerra?

—Puedo daros trabajo ahora mismo. Fabricad tonelitos para agua, muchos, que serán muy útiles en el frente de Aragón. También podéis fabricar barracones de madera, fácilmente armables, para clínicas de emergencia, puestos de mando, bodegas de intendencia. Incautao de equipos, máquinas y materias primas. Haced concentraciones industriales. Utilizad hasta donde os sea posible a los pequeños patronos y a los técnicos de las fábricas de muebles. Resolved en el sindicato lo que más os convenga sobre socialización, sindicalización o colectivización. Todo de manera provisional. De lo que fabriquéis, pasad la cuenta a Luis Prunés, en el Comité de Milicias. Pensad en la incautación de los fondos bancarios de los patronos o de las empresas de que os incautéis.

—¿Puedes decirme por qué eras tan temeroso antes del levantamiento militar? —preguntó Hernández.

—Ahora puedo decírtelo. Porque tenía en casa, en la parte baja de una librería que me fabricó Ortiz, un magnífico fusil ametrallador con más de doscientos cartuchos.

Se rieron fuertemente.

Consejos de Obreros y Soldados

Los representantes de la CNT-FAI en el Comité de Milicias tenían que improvisar continuamente soluciones a problemas inesperados, soluciones nuevas a problemas también nuevos. Las soluciones no podían ser demoradas indefinidamente, ni siquiera aplazadas para ser planteadas en la reunión diaria del Comité de Milicias, por no poder correr el riesgo de las objeciones de un largo debate ni de los aplazamientos inevitables si los miembros del Comité de Milicias hubiesen reclamado la no adopción de acuerdos inmediatos para consultar a las organizaciones sindicales y partidos que representaban, y que éstos, a su vez, no adoptasen resoluciones hasta la celebración de asambleas generales, plenos regionales de sus colectividades. En tales condiciones, el Comité de Milicias hubiera resultado inoperante, y los problemas lo hubieran desbordado, orillándolo inevitablemente al fracaso.

No fue nunca así. El compañero José Asens, encargado de organizar las patrullas de control, gozaba de toda nuestra confianza y podía hacer y deshacer según se le fuesen presentando los problemas. Igualmente, el compañero Marcos Alcón, encargado de todo lo concerniente a transportes, actuaba sin cortapisas de ninguna especie. Y aunque las atribuciones de Aurelio Fernández, al frente de la Seguridad Interior, atañían a aspectos delicadísimos, su desenvolvimiento no estaba limitado por las trabas de los convencionalismos, bastándonos el convencimiento de que su actuación no desbordaría los límites que impone la dignidad humana.

Cuando el encargado de aprovisionamientos, el *rabassaire* Torrens, con todos los vicios de hombre de partido y no acostumbrado a decidir por sí mismo, me preguntaba cuáles eran sus facultades al frente del departamento correspondiente, le respondía invariablemente: «Torrens, tus facultades son absolutas, con tal de que no les falte a los milicianos lo que necesiten y que tu conciencia no te reproche nada. Y da, a su debido tiempo, conocimiento en las reuniones de lo que hagas».

Si bien el Comité de Milicias tenía algo de parecido al soviét ruso, se diferenciaba en que no se ejercía en él la prepotencia de un solo partido y mantenía el equilibrio entre los organismos partidistas y sindicales que lo integraban. El Comité de Milicias fue el único órgano de poder durante la guerra civil que no ha sido atacado y condenado por ningún partido de los que lo integraron, por ninguna de las organizaciones que a él pertenecieron ni por el pueblo de Barcelona y Cataluña. Hubo oposición en el seno del Comité de Milicias, por parte de Esquerra Republicana de Cataluña (jacobinos) y del Partido Socialista Unificado de Cataluña (comunistas), pero fue una oposición subterránea.

Una mañana, todavía instalados en el Club Náutico, me llamó por teléfono Marianet. Parecía muy alarmado. Me dijo que le habían informado de que algo peligroso tramaban algunos jefes y oficiales de la Guardia civil.

Los Comités regionales de la CNT y la FAI habían organizado un departamento de Información propio. Como se ve, todos andábamos promoviendo interferencias. No debió llamarme a mí, sino a Aurelio Fernández. Así se lo dije.

—Sin menosprecio de Aurelio Fernández, hemos convenido en el Comité regional que era a ti a quien debíamos confiar asunto tan grave.

En aquel momento estaba despachando con el comandante Guarner y su hermano José. Me dirigí a los dos militares en cuanto colgué el teléfono. Vicente Guarner era una caja de sorpresas en muchos asuntos. García Vivancos, a quien yo tenía de chófer, me había informado de que el comandante Guarner era una autoridad en la masonería catalana. Y él seguramente podría asesorarme en lo que pensaba hacer.

—Acaban de comunicarme que entre los jefes y oficiales de la Guardia civil se está tramando algo. Algo que sería lamentable se produjese, por el derramamiento de sangre que acarrearía de ambos lados. La Guardia civil se mueve dentro de un armazón. Este armazón es la disciplina de cuerpo. Creo poder romper con un golpe seco el armazón y la disciplina de cuerpo. Sin derramar una sola gota de sangre. ¿Podéis recomendarme dos o tres elementos, preferentemente cabos o sargentos de la Guardia civil?

Cuando hubieron salido, llamé al sindicato Fabril y Textil, y pregunté por Dionisio Eróles, a quien dije que necesitaba de él y de Alfonso Miguel para un asunto importante que me había confiado el Comité regional y me prometió que ambos vendrían al Comité de Milicias. Después llamé a Marianet, y le dije que podríamos resolver el problema sin derramamientos de sangre. Le pedí que me enviase inmediatamente dos nombramientos a favor de Dionisio Eróles y de Alfonso Miguel, designándoles delegados especiales del Comité regional en el Comité central del Consejo de Obreros y Soldados.

—Se trata de un organismo que constituiremos esta tarde con unos cabos y sargentos de la Guardia civil, a los que nombraremos comandantes y capitanes, y que irán a los cuarteles para romper la disciplina de cuerpo. Estos Consejos de Obreros y Soldados los extenderemos a los Carabineros y guardias de Seguridad y Asalto y a las demás fuerzas armadas. Únicamente tendrán el cometido de romper el espíritu de disciplina y de cuerpo para impedir que nadie pueda manejarlos contra nosotros. Cuando ya estén funcionando, o sea, mañana, debes recabar de la UGT que envíe sus delegados al Comité central de los Consejos de Obreros y Soldados.

Alfonso Miguel andaba cada vez más retraído. Traté de incorporarlo nuevamente a nuestro grupo, lo que no fue posible pues ya estaba poseído de una gran amargura, cuya causa ocultaba celosamente: sufría de una artritis deformante en las manos que le impedía realizar a satisfacción su trabajo de ebanista y delineante de muebles. Había regresado hacía unos días de Valencia y desde entonces pasaba el tiempo con los compañeros del sindicato Fabril y Textil, entre las barriadas del Clot y Pueblo Nuevo.

Eróles era un viejo militante, del que siempre se habló mal, y no porque fuese un indeseable, sino porque le gustaba aparentarlo. Se pasó todo el período de la Dictadura primorriverista en prisión, saliendo del penal de Ocaña al ser proclamada la República. Actuó muy bien en el sindicato Fabril y Textil, del que llegó a ser presidente, defendiendo siempre a la tendencia «faísta» y las posiciones del grupo «Nosotros».

La misión que les iba a confiar era altamente delicada. Pero consideraba a ambos a la altura necesaria. De ellos dependería la neutralización de los focos de insurrección latente que existían en las fuerzas armadas, principalmente en la Guardia civil.

Me reuní con ellos. Les expliqué la situación; el estado de conspiración latente en que se movían algunos jefes y oficiales de la Guardia civil; la necesidad de ponerle fin sin luchas sangrientas. Contaba con ellos dos para que constituyesen Consejos de Obreros y Soldados, especie de Sindicatos con guar-

días civiles, carabineros y guardias de Seguridad y de Asalto.¹ Esos consejos deberían ser mixtos, compuestos por representantes de cada rama de las tres fuerzas del Orden público y por militantes de la CNT, para empezar, y de la UGT inmediatamente después. Su finalidad era quebrantar el espíritu de cuerpo y de disciplina, para darles luego el nuevo espíritu revolucionario. Añadí que debían buscar inmediatamente un gran local en una de las calles más céntricas de la ciudad, colocando a lo largo de su fachada un gran cartel que dijese: «CNT-UGT-Consejos de Obreros y Soldados». Les apercibí de que iba a presentarles a unos elementos de la Guardia civil que serían sus primeros colaboradores.

A las cuatro en punto se presentaron un sargento y dos cabos de la Guardia civil, de parte del comandante Guarner. Los recibí sentado a mi mesa: quería que la primera impresión que recibiesen de mí correspondiera a la idea que sin duda tendrían de que yo era un individuo terrible. Se cuadraron e hicieron un saludo militar.

—A la orden de usted, compañero García Oliver. Nos envía el comandante Vicente Guarner.

Me levanté y les tendí la mano. Me dieron sus nombres. El sargento dijo llamarse Carrillo.

—Comandante Carrillo y capitanes... Esta es la graduación de ustedes a partir de este momento. Mi secretario les proveyó del correspondiente nombramiento firmado por mí. Me informan de que entre algunos jefes y oficiales de la Guardia civil existe un estado de sublevación latente. ¿Es cierto?

—Cierto es.

—Ese estado de insurrección debe terminar en el acto. Le pondrán fin ustedes ayudados por miembros responsables de la CNT, los compañeros Dionisio Eróles y Alfonso Miguel, aquí presentes. Si no tienen ustedes inconveniente, formarán Consejos de Obreros y Soldados, especie de sindicatos mixtos de elementos de la Guardia civil, los Carabineros y los guardias de Seguridad, con grupos de los cuales se presentarán en los cuarteles de la Guardia civil y procederán a formar Consejos de cuartel de su cuerpo, deteniendo en el acto a los jefes y oficiales en estado de sublevación...

—¿Y los fusilamos? —preguntó decidido Carrillo.

—No. No los fusilan si no oponen resistencia armada. Los arrestan y los conducen al barco *Uruguay*, a disposición de la justicia militar. ¿Están de acuerdo?

—Comprendido y de acuerdo —contestó el nuevo comandante Carrillo.

Mientras cambiaban impresiones con Eróles y Alfonso Miguel, el secretario les hizo los nombramientos. Los nuevos oficiales casi no podían creerlo. Se fueron los cinco, muy decididos. La limpieza que se hizo en los cuarteles de la Guardia civil fue completa. Pero no fueron muchos los jefes y oficiales que pasaron al *Uruguay*. Sin forzar la situación, el Comité central de los Consejos de Obreros y Soldados dejó que fuesen los propios oficiales quienes eligiesen entre continuar en el servicio, aceptando los Consejos, o pasar detenidos al *Uruguay*.

1. [NDA]. La creación de los Consejos de Obreros y Soldados interesará a quienes estudien las técnicas de una revolución. No hay que olvidar que Companys, la Esquerra, el PSUC y los guardias de Asalto y de Seguridad solamente admitieron la creación y el funcionamiento del Comité de Milicias a la trágala. Los Consejos de Obreros y Soldados los creamos para hacer imposible la sublevación de los guardias civiles, cosa que se logró. Pero también para impedir que dentro de las unidades de Orden público y del ejército se dieran las maniobras que los comunistas realizaban en el resto de la España republicana, donde con la complicidad de socialistas y republicanos, se estaban apoderando de todos los mandos de las fuerzas armadas.

Tiempo después, transcurrido un año y medio, cuando todo se fue volviendo tan triste como se vuelve todo cuando cae en manos de los comunistas, fue quitado de la Rambla el gran cartel que decía: «CNT-Consejos de Obreros y Soldados-UGT». Y los Consejos fueron disueltos.

Las dos caras de la CNT

¿Era la CNT una organización que hacía doble juego en la política social de Cataluña?

En aquel verano de 1936, ésa era la gran incógnita para todo el mundo. En todos los medios políticos y sociales era sabido que García Oliver había sido derrotado en el Pleno conjunto de locales y comarcales de la CNT y de la FAI, en su posición y propuesta de «ir a por el todo», que significaba la absorción de todos los poderes políticos y económicos de la sociedad, y que solamente había tenido a su favor el voto de la comarcal del Bajo Llobregat. Tampoco se ignoraba que quienes ganaron la votación constituían una extraña amalgama de elementos que había logrado el silencio cómplice de Durruti y el alineamiento con sus posiciones del entonces secretario del Comité regional de la CNT de Cataluña, Mariano Rodríguez Vázquez, Marianet.

Lo que dejaba perplejos a los observadores era que, vencido García Oliver en aquel Pleno histórico, fuese el primero en ser designado, sin oposición, como miembro del Comité de Milicias.

En el Comité de Milicias actué como querían los militantes de base y los Comités de sindicatos, de secciones, de taller y de fábrica; esto es, que se iniciase la revolución en lo político anulando al gobierno de la Generalidad, y en lo social y económico impulsando las incautaciones y colectivizaciones de la industria y la agricultura en los pueblos de Cataluña y en los que liberaron en Aragón las milicias anarcosindicalistas.

Esa actividad, impulsada por los representantes de la CNT y de la FAI en el Comité de Milicias, Marcos Alcón, José Asens, Aurelio Fernández y yo, causaba profundo desagrado a muchos miembros del gobierno de la Generalidad, pues en él no existía unanimidad.

Aquella mañana de agosto, a hora muy temprana, dos personajes de la Esquerra se encerraron conmigo en mi oficina: José Tarradellas, político prominente de ese partido, y Antonio Escofet, su secretario y hombre de confianza. Los dos eran altos, fuertes y de maneras estudiadamente finas.

Los conocí en la primera reunión que tuvimos para programar la constitución del Comité de Milicias. Desde el primer momento, Tarradellas me produjo la impresión del hombre que es amable con el pensamiento puesto en lo que mañana le reportará su amabilidad; nunca dejaba de estar atento a los detalles de una conversación política.

Le pregunté lo que le traía tan temprano a mi oficina. Me respondió:

—¿Te haces el desentendido o ignoras lo que ocurrió ayer tarde?

—No sé a qué te refieres. Dímelo, si quieres.

• Pienso que debo decírtelo, porque tiene mucho que ver con la existencia del Comité de Milicias. Sinceramente, esperaba encontrarte recogiendo tus papeles, pues creía que se había acabado el Comité de Milicias.

—Prosigue.

—Prosigo. Pero estoy muy confuso, pues ignoro cómo sois los anarquistas, ya que nunca os había tratado antes. Si tú eres sincero, no lo son los de tu Comité regional, o si los de tu Comité regional fueron sinceros, no lo eres

tú. Ayer a mediodía, Companys delegó en Juan Casanovas la presidencia del gobierno, con el encargo de constituir uno nuevo, ampliado con la representación del PSUC y de los *rabassaires*. Sé que Casanovas se puso en contacto con Marianet, a quien pidió si podía contar con la aprobación de la CNT de Cataluña. Sé que Marianet le dijo que se reunirían y que ya le comunicaría la decisión que se adoptase. Sé también que, por la tarde, Marianet comunicó a Casanovas que el Comité regional tomaba conocimiento de la renovación del gobierno de la Generalidad y que la aprobaba. Companys y Casanovas, muy eufóricos, pues entendían que la aprobación de la CNT entrañaba una renuncia tácita al Comité de Milicias, redondearon las gestiones para constituir el nuevo gobierno.

Lentamente, separando palabra tras palabra, como si estuviese escanciando oro líquido, le comenté:

—Comprendo tu confusión, Tarradellas. Algo parecido a lo quejestá ocurriendo contigo, miembro destacado de la Esquerra, pero que no estás de acuerdo con todo lo que la Esquerra hace, como lo hecho ayer por Companys y Casanovas, me sucede a mí con mi organización. Te agradezco haber venido a comunicármelo. Así estoy enterado, y me ha servido de mucho. Ni tiempo tengo de leer los periódicos.

Ya salían Tarradellas y Escofet cuando entró Aurelio Fernández. Se saludaron efusivamente.

Aurelio me miró detenidamente. Se debió dar cuenta de que algo andaba mal. Pero él raramente se mostraba agitado, pasase lo que pasase.

—Te lo contaré, Aurelio. Pero será mejor esperar a Marcos Alcón. Y, de ser posible, también a Asens.

—Asens, no vale la pena —dijo mirando el reloj. Esta semana le toca el turno de noche en las patrullas de control. No hace ni una hora que se habrá acostado.

En aquel momento asomó la cabeza Marcos Alcón. Nos sentamos en mi pequeña oficina. La mirada de mis dos compañeros evidenciaba que también ellos ignoraban la jugada que nos habían hecho.

Les conté detalladamente el objeto de la temprana visita de Tarradellas y Escofet. No les oculté su asombro al comprobar que asunto de tanta trascendencia se hubiese resuelto en el Comité regional sin haber convocado a sus representantes en el Comité de Milicias.

Cuando hube terminado de relatarles la gran novedad, Aurelio tenía los labios apretados y la mirada fija en un punto del suelo. Marcos, palidísimo, se golpeaba la palma de la mano con el puño.

—Supongo que querréis que hablemos ahora mismo de lo que debemos hacer —dijo Alcón.

—Sí —dije yo.

—Es que de los cinco representantes de la CNT y la FAI, solamente somos tres. Faltan Asens y Santillán.

Le aclaré a Marcos Alcón:

—Aurelio me ha dicho que Asens justo hará un momento que se habrá acostado. Por lo que a Santillán se refiere, sobradamente sabéis que casi nunca aparece por el Comité de Milicias. Menos mal que Ricardo Sanz hace casi todo su trabajo en la preparación de milicianos. Además, por mi parte estoy convencido de que Santillán ha sido uno de los que han andado en la elaboración del pastel. Os propongo que, sin perjuicio de que cuanto antes veamos a Asens y le informemos de lo que hayamos acordado, ahora mismo estudiemos el problema y actuemos sin pérdida de tiempo.

—Yo estoy de acuerdo en que hay que tratarlo ahora mismo; a lo mejor,

llegamos tarde si queremos salvar la situación, ¡y hasta el pellejo! —dijo Aurelio.

—Tratémoslo. Pero, si me lo permitís, os diré mi opinión sobre lo más conveniente.

—Adelante —dijimos al mismo tiempo Aurelio y yo.

—Opino que éste es un asunto que debe pararse en seco. O gobierno de la Generalidad o Comité de Milicias. Y si el Comité regional, Marianet y la Federica han metido la pata, hay que hacerles dar marcha atrás. Solamente tú, Juan, puedes hacerlo. La militancia está contigo.

Aurelio puntualizó:

—Estoy de acuerdo con Marcos. Debemos adoptar algunas medidas de precaución. ¿Qué os parece si paso aviso a los Comités de Defensa de las barriadas para que estén alerta y no se muevan más que por órdenes nuestras? ¿Paso aviso a Asens para que se incorpore a Patrullas de Control y se ponga al habla conmigo?

—De acuerdo. ¿Qué os parece si nos volvemos a reunir de doce a una de la tarde? Para entonces, ya habré hablado con Marianet y el Comité regional.

Llamé a mi secretario:

—Avisa a García Vívancos. Que en el coche de escolta vengan Aranda, «Valencia» y su hermano.

—Iré contigo —dijo mi secretario—. Sé lo que está ocurriendo por Espinar, que me lo contó cuando quiso hablar con Marcos, y me dijo: «Dile a Juan que no se deje; que toda la militancia está con él».

Revisé mi pistola y los cargadores.

Llegamos al edificio que ocupaba la CNT, con todos sus Comités, regional, local, jurídico, económico y demás. Era un fluir constante de gentes entrando, saliendo, subiendo, bajando. Compañeros que parecían empujados por la inquietud de lo que se hizo ayer, de lo que debería hacerse mañana. Compañeros de Barcelona, en misión de sus sindicatos, o foráneos, mandatados por los Comités locales o comarcales.

Era la primera vez que volvía al Comité regional desde el Pleno del 23 de julio. Ignoraba dónde localizar a Marianet. El enorme portalón, con puerta de hierro forjado, entornada y guardada por un compañero al cuidado de una ametralladora «Hotchkiss». El que hacía de portero era César Flores, compañero ya entrado en años. Me saludó en los siguientes términos:

—Óyeme, se dice que van a echaros del Comité de Milicias. ¡No os dejéis!

—Gracias, viejo león de los presidios.

A él le gustaba oírse llamar «león de los presidios». Condenado a muchos años de prisión por incidencias que surgieron en una huelga, pasó gran parte de su condena amarrado a la «blanca» de las celdas de castigo. En prisión, su actitud de rebeldía fue permanente. Hasta que la amnistía lo liberó. Pero ya siempre fue llamado como lo hacían sus compañeros de penal: «león de los presidios».

A Vicente Aranda, valenciano también y excelente compañero y buen huerfano, miembro de mi escolta, le encargué preguntar por la secretaría regional de la CNT, difícil de encontrar en aquel edificio de largos y amplios pasillos con muchas puertas.

En la secretaría del Comité regional, una mecanógrafa me dijo que Marianet debía encontrarse en algún otro lugar. A fuerza de andar de un lugar a otro, lo encontré en un saloncito, en animado conciliábulo con Federica Montseny. Noté un gesto de gran contrariedad en Federica cuando se dieron cuenta de que me dirigía hacia ellos.

No me es posible dejar de hablar extensamente de Federica Montseny, ya que

—aun a mi pesar— llegó a ser lideresa de la CNT, si no como jefe absoluto, porque eso nunca fue posible en nuestra Organización, sí de bastante peso a partir de julio de 1936. Y ello, no obstante su empaque burgués, que chocaba en nuestros medios proletarios.

Federica Montseny entró en la CNT por la puerta excusada de la FAI. Porque ella y su padre, «Federico Urales», tenían viejos asuntos de importancia que resolver con la CNT.

Años atrás, cuando los sindicatos de Barcelona, primero, y luego otros como los de Reus, Tarragona, Mataré, Manresa y Badalona, se veían acosados por las bandas de asesinos de la patronal y por la policía, la vida de un sindicalista no tenía otra valía que la que lograba darle a punta de pistola. Época muy dura, de aniquilamiento y de difamación de nuestros militantes y organizaciones. Luchar o perecer, tal era el lema que se imponía. A las difamaciones en las columnas de los periódicos, el sindicato de Artes Gráficas respondió con la aplicación de ía «censura roja», ejercida por el delegado del taller sobre los materiales dados para su composición. Juan Montseny, natural de Reus, de familia burguesa de pasteleros, escribía entonces con el seudónimo de «Federico Urales» artículos en periódicos de Madrid, atacando, él también, a los sindicalistas catalanes de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña, por sus «mal interpretadas tácticas de acción directa», cuando respondían golpe por golpe a los esbirros que los atacaban.

A «Federico Urales» le gustaba pasear su garbo y su elegancia —alto y bien plantado, con barbita y bigotes a la francesa— por los locales de la Organización. Se le veía por el Centro Obrero y el sindicato de la Metalurgia de la calle Mercaders; por el Centro Obrero de la calle Vallespí, en Sans; por el Centro de Lampareros de la calle del Tigre; por el sindicato de la Alimentación de la calle Guardia, al que yo pertenecía. Fue en este sindicato donde le dieron el alto a su desmedida petulancia. Una tarde, el presidente, Escandell, de la sección de Fideeros, y el secretario, Monteagudo, de la sección de Panaderos, cogiéndole cada uno por un brazo, lo echaron del local, gritándole: «¡Que no te veamos más por aquí!»

A partir de entonces se acabaron las visitas a los locales de la CNT. La familia, replegada en su casa-torre del Guinardó, esperó pacientemente a que Federica, «la Nena», se hiciese mujer, para ver cómo la lanzarían entre los cuadros confederales.

Poco a poco iban desapareciendo en los penales los elementos más activos del anarcosindicalismo. Era imposible, por falta de medios económicos, hacer frente a los gastos de las defensas ante los tribunales. Eran los tiempos en que los pioneros del Socorro Rojo Internacional recorrían las viviendas de los compañeros presos, tratando de corromper con sus dádivas a los familiares de los presos y perseguidos. Muy pocos sucumbieron a la tentación de los comunistas. En Barcelona lograron enrolar a Daniel Rebull, «David Rey», y a Manuel Talens.

En competencia con el Socorro Rojo Internacional, la familia Urales, cuya *Revista Blanca* era tolerada por las autoridades, inició en ella una suscripción «Pro-presos sociales» que, con el tiempo, llegó a reunir bastante dinero, principalmente de aportaciones de anarquistas y simpatizantes de todo el mundo. En lo tocante al reparto en concepto de ayuda, la *Revista Blanca* no discriminaba a nadie, bastando dirigirse a ella aportando el nombre y referencia de la organización a que se pertenecía, así como los motivos del encarcelamiento. La contabilidad no era hecha pública.

La organización clandestina local de Barcelona de la CNT interpretó la manera de comportarse de la familia Urales como arbitraria e irresponsable.

y pedía que, puesto que la suscripción era pro-presos de la CNT, el Comité local y el Comité pro-presos confederal tuvieran conocimiento de lo recaudado por la *Revista Blanca* y de lo distribuido a presos y perseguidos. A ello se opuso rotundamente la familia Urales, y Federica Montseny tuvo un serio incidente con el compañero Delaville, conocido por «Pere Foix»,¹ uno de los miembros de la Comisión local clandestina de la CNT de Barcelona.

Nuevamente se encontró la familia Urales marginada de la CNT. El advenimiento de la República y la conmoción orgánica que produjo en la CNT la oposición entre «treintistas» y «faístas» hicieron posible que Federica Montseny, incorporada primero a la FAI con el grupo «Ordaz», ingresase en la CNT, creándose para ello un diminuto sindicato de Profesiones liberales. Porque...

Entre la mayoría de los reformistas, que después serían llamados «treintistas», no se quería admitir a los Urales en la CNT, y menos aún con las pretensiones de dirigente con que Federica Montseny se presentó desde el primer momento. Alegaban lo que a todas luces era evidente: Federica Montseny no era trabajadora; formaba parte de una empresa comercial de la que sus padres, «Soledad Gustavo» y «Federico Urales», eran dueños. Además, con su porte extremadamente aburguesado, Federica Montseny no era la mujer adecuada para representar a una organización anarcosindicalista, proletaria y revolucionaria. No les faltaba razón a los que tal objetaban.²

Me gustaba muy poco participar en mítines con Federica Montseny, por los mismos motivos, aunque nunca hice expresión de tal manera de pensar.

La concepción del Manifiesto de los Treinta me pareció muy superficial. Alegar que no se debía ir a la revolución social por la falta de preparación de la clase obrera, era ignorar el curso de todas las revoluciones, ninguna de las cuales se produjo por encontrarse preparados los revolucionarios.

El fenómeno «treintista» era pobre de contenido. Pestaña, uno de los firmantes del Manifiesto, aspiraba a ser político y se convenció de que podía serlo concurriendo, como representante del Comité nacional de la CNT, a la conferencia de San Sebastián, donde un grupo de habladores de izquierdas, de centro y de derechas pactaron por la República en agosto de 1930.

En lo político no estaban de acuerdo todos los «treintistas». Varias tendencias políticas bullían entre ellos: la tendencia filocomunista se manifestó en Sabadell. La mayoría, y los más honestos, de los «treintistas» llegaron hasta el movimiento de octubre de 1934, en el que, fieles a sus compromisos de Alianza Obrera, de la que formaban parte, procuraron secundarlo rifle en mano, con Juan Peiró al frente. No les gustó haber sido juguetes de la Esquerza, y menos aún de los *escamots* de Dencás y Badía. Cuando, por encargo del secretario del Comité nacional, Horacio Prieto, entonces en Zaragoza, me presenté en la cooperativa del Vidrio de Badalona, donde trabajaban Mascarell y Peiró, para intentar que los sindicatos de Oposición a la CNT se reincorporaran a la Organización en el Congreso que se celebraría en mayo en Zaragoza, solamente tuve que hacer dos visitas para conocer el resultado positivo de la gestión. Porque...

—¿Admitirá la familia Urales la reunificación de la CNT? —me preguntó Peiró.

—La reunificación es una necesidad revolucionaria del momento, y nadie que se oponga a ella podrá triunfar —le contesté.

—¿No crees que la familia Urales y sus grupos anarquistas terminarán por

1. [NDA]. «Pere Foix» vive quizá todavía en México. Ha escrito algunos libros interesantes: una biografía de Pancho Villa, otra de Juárez y otra de Cárdenas, y una selección biográfica de militantes de la CNT, titulada *Apòstols i mercaders*. Y otros.

2. [NDA]. Véanse páginas 257 y siguientes.

desplazaros también a vosotros? —me interrogó Mascarell, con su mirada de viejo en una cara de hombre joven.

Los «treintistas» no tomaron parte en la conjura que me batió en el Pleno del 23 de julio. Tampoco estaban ahora detrás de Marianet y Federica. Porque...

—¿Qué te trae por aquí tan temprano? —dijo Marianet.

—Se trata de la formación del nuevo gobierno de la Generalidad, con participación del PSUC y de los *rabassaires*, y con la conformidad del Comité regional de la CNT, según me han informado esta mañana de manera casi oficial. ¿Es cierto?

—Es cierto y todo se ha producido de manera natural. Me habló Casanovas para comunicarme que Companys le había encargado renovar el gobierno de la Generalidad, con la inclusión del PSUC y de los *Rabassaires*. Me lo comunicaba por si la CNT lo aprobaba o tenía algún inconveniente. Le dije que tenía que plantearlo al Pleno regional permanente. Así lo hice y el Pleno lo encontró aceptable.

La cosa era sencilla. Companys y Casanovas habían logrado, de la manera más natural del mundo, el pequeño golpe de Estado contra el Comité de Milicias. Así se lo dije a Marianet, que no lo comprendía o aparentaba ignorancia.

Le expliqué que Tarradellas me había visitado, muy temprano, para ver si estaba recogiendo mis papeles en el Comité de Milicias, pues era obvio que, al tomar posesión de sus puestos en el gobierno de la Generalidad, los representantes de la Esquerra, del PSUC y de los *Rabassaires* dejarían de presentarse en el Comité de Milicias, donde quedaríamos solamente nosotros y el POUM. Habría, pues, que abandonar las socializaciones y colectivizaciones, que se sostenían al amparo del Comité de Milicias, y cuando estas noticias llegasen a nuestros milicianos en el frente, temerosos de que los militarizasen a la fuerza, puesto que desaparecido el Comité de Milicias no quedaría quién los apoyase, posiblemente abandonarían las posiciones del frente de Aragón y regresarían a sus hogares, de lo que se aprovecharía rápidamente el enemigo, que en pocas jornadas se plantaría aquí.

—Y no esperéis otro 18 de julio.

—Tal como ves las cosas, siempre tienes razón. Pero, ¿son así las cosas? ¿Qué puede importarnos que se forme o no un nuevo gobierno de la Generalidad?

Hablaba Federica. Aquel corpachón era un saco vacío. Convertida en cabeza prestada a Marianet, era como si succionase el cerebro de aquel compañero. Por su influencia, el Comité regional no había promovido las expropiaciones de fábricas, talleres, buques y campos. Por influencia suya, la CNT dejaba que los Bancos de Barcelona estuviesen en manos de la UGT. Sin expropiar nada, sin colectivizar nada, sin socializar nada, coincidían con Companys en que el Comité de Milicias no fuese otra cosa que una especie de comisaría de policía.

La culpa no era imputable a ellos dos solos, y menos aún era culpa exclusiva de Marianet. Es posible que yo fuese más culpable que ambos. Nunca había prestado atención al aspecto burocrático de la Organización. Me había preocupado, sí, de que los secretarios con cargo retribuido no pudiesen serlo más de un año, pero hasta ahí llegaba la cosa. Si era elegido secretario del Comité regional un buen compañero, como Marianet, pero sin la experiencia ni los conocimientos necesarios, se debió reforzar la estructura del Comité regional con órganos complementarios de emergencia.

Me dejé llevar por los acontecimientos, lo mismo que los demás. Dejé que

me sumergiesen en el Comité de Milicias, y ahora me encontraba ante la necesidad de encontrar una salida a las consecuencias de errores propios y ajenos, de mí por omisión y de Marianet y Federica por acción descabellada.

De dejar a Casanovas seguir con su maniobra, el Comité de Milicias, órgano de la fuerza revolucionaria de nuestras organizaciones, habría dejado de existir. El dilema era sencillo: o revolución adelante con el Comité de Milicias, o regresión al punto de partida burgués con el gobierno de Casanovas en la Generalidad de Cataluña.

Contesté a Federica que estaba convencido de que no lograría hacerlos cambiar de parecer. Habían adoptado una actitud, habían comunicado a Casanovas el acuerdo de aceptación de que podía «reorganizar...». Ahora se trataba de dar marcha atrás y aparecer como una organización insolvente. Planté la cuestión de confianza: O se deshacía el compromiso con Casanovas o me salía del Comité de Milicias. Podían elegir.

—Yo no puedo comprometerme en ninguna de las dos situaciones sugeridas por ti. Lo mejor es discutirlo en la reunión ampliada del Comité regional, donde se tomó el acuerdo de aceptación —dijo Marianet.

Federica asintió. Afirmé insistentemente que de ninguna manera podía ser devuelto el asunto al Comité regional ampliado, porque era tanto como forzar a unos compañeros a decir no a una resolución que ayer habían aprobado. Había que sustraer el asunto a los trámites burocráticos y remitirlo a la base de los militantes verdaderamente vinculados, en aquellos momentos, a los problemas de la Organización; es decir, a todos los miembros del Comité local de Barcelona, a todos los miembros de los Comités de Sindicato de Barcelona, a los miembros de las Juntas de Sección de los sindicatos, a todos los miembros de los Comités de fábrica, a todos los delegados de Taller y Obras y a todos los miembros de los Cuadros de Defensa Confederada.

Se dieron cuenta de que quería apelar nuevamente a la revolución y que quería darle a la revolución una base más sólida, más revolucionaria y más ampliamente anarcosindicalista.

—No, eso no es posible hacerlo —dijo Federica Montseny—. Si quieres, podrías ayudarnos a salir de esta apurada situación. Dinos qué podemos hacer, sin tener que acudir al Pleno regional ampliado ni a la reunión de militantes.

—Si nos das una salida airosa —dijo Marianet—, estoy dispuesto a aceptarla, cargando con todas las responsabilidades. Y siempre que nos comprometamos los tres a dar la versión de que se hizo lo más conveniente para la Organización.

—Dejad la cosa en mis manos —les dije.

Les propuse llamar yo a Casanovas para sugerirle la conveniencia de un cambio de impresiones. Si estaba de acuerdo, a la entrevista debía asistir, por el Comité regional, solamente Marianet, y por el Comité de Milicias Aurelio Fernández, Marcos Alcón y yo. En la reunión, Marianet debería asentir cuando yo aclarase que «el Comité regional entendió que se trataba de una reorganización del gobierno *existente*, pero no de una *renovación* de dicho gobierno con representación del PSUC y de los *Rabassaires*, porque esos dos partidos ya pertenecían al Comité de Milicias. La diferencia era sustancial: reorganización es utilizar los mismos elementos cambiándolos de sitio; renovación era hacerlo con elementos nuevos.»

Marianet y Federica aceptaron la propuesta.

En el Comité de Milicias me esperaban Aurelio Fernández y Marcos Alcón. Aurelio nos informó de que había pasado recado a Asens. Les expuse, por mi parte, una síntesis de lo tratado con Marianet y Federica. Faltaba por ver cómo reaccionaría Casanovas.

Hice que me comunicasen con el «Conseller en Cap, senyor Joan Casanovas»:

—El Comité regional acaba de informarme sobre los arreglos que ayer hicisteis. Ya sabes que el Comité de Milicias se creó en cumplimiento de unas disposiciones de gobierno. ¿No crees que sería conveniente que los representantes de la CNT y de la FAI en el Comité de Milicias nos reuniésemos contigo a fin de ver la manera de tener los menos roces posibles a causa de malentendidos?

Me contestó, tras una breve interrupción:

—Me parece muy bien. ¿Te parece bien reunimos aquí, en el palacio de la Generalidad?

—Yo no tendría inconveniente en que fuese ahí, pero no debes ignorar que nunca hemos ido a visitar al presidente Companys. Reunimos ahora contigo podría dar lugar a interpretaciones torcidas. Te propongo hacerlo en el Comité de Milicias, en el Club Náutico, o en Gobernación, que está a cincuenta metros. ¿A las cinco de la tarde?

—A las cinco de la tarde en Gobernación.

—Ya lo sabéis —les dije a Aurelio y Marcos—. Venid con las escoltas reforzadas.

Todos fuimos puntuales. Primero salió Asens, para apostarse con miembros de Patrullas de Control cerca de la puerta de entrada de Gobernación. Después salió Aurelio Fernández, aparentando ir a su oficina en Gobernación. A continuación, salieron juntos Marcos Alcón y Marianet. Por último, salí yo.

Casanovas había sido puntual y ya nos esperaba en el gran salón. Pareció muy sorprendido al ver a Marianet con nosotros.

—No esperaba la presencia de Marianet. Decid.

Hablé yo:

—El problema es sencillo. Se ha creado una interferencia entre el Comité de Milicias y el nuevo gobierno, que perturba la aplicación del artículo primero del decreto de constitución del Comité de Milicias, que dice: «Se establece un orden revolucionario, al mantenimiento del cual se comprometen todas las organizaciones que integran el Comité». Esta interferencia debe desaparecer inmediatamente, porque no vivimos una situación ordinaria que permita cambios fulminantes de organismos de gran responsabilidad, como es el Comité de Milicias. Estamos en situación de guerra, con un frente muy próximo a Cataluña, que podría romperse. Y ese orden revolucionario de que habla el artículo primero constitutivo del Comité tampoco es de aconsejar tirarlo por la borda, porque ya afecta a la existencia de más de un millón de trabajadores de fábricas y talleres colectivizados y de las comunidades creadas entre la población rural, que, además, poseen armas para defenderlas.

Casanovas alegó:

—No entro a considerar tus argumentos, en apariencia bastante válidos. Pero consulté lo que pensaba hacer al Comité regional de la CNT, y Marianet, aquí presente, me comunicó su conformidad, cosa que comuniqué al presidente, y ya se ha dado a conocer la composición del nuevo gobierno de la Generalidad. Francamente, no veo cómo podría deshacerse lo hecho de manera que no pareciese humillante.

—No podemos perder tiempo ahora en consideraciones de escasa importancia, como si tal o cual actitud personal puede o no parecer humillante. Fue equívoca la cuestión planteada al Comité regional. Callaste que se trataba de una renovación del gobierno de la Generalidad, incorporando a partidos y organizaciones que ya formaban parte del Comité de Milicias, promoviendo así una manifiesta incompatibilidad. Dabas personalidad jurídica a un partido,

el PSUC, que se ha constituido *a posteriori* de la creación del Comité de Milicias y que no ha tomado parte en la lucha contra los militares sublevados, un partido al que toleramos nosotros, el sector mayoritario del antifascismo catalán, pero al que no hemos otorgado nuestro reconocimiento legal. Desestimamos lo peligroso que puede ser romper la unidad del antifascismo que mantiene el Comité de Milicias, y la importancia que tiene para el sostenimiento de los frentes de Aragón y para la tranquilidad en el trabajo.

Casanovas replicó:

—Sí, tengo en cuenta todas tus consideraciones. Pero el nuevo gobierno ya está constituido según las facultades que nos conceden la Constitución de la República y el Estatuto de Cataluña. Y si pensáis ir contra ello, no veo cómo podríais hacerlo legalmente.

Le repliqué:

—La legalidad que ahora alegas desapareció los días 18, 19 y 20 de julio, porque no salisteis a la calle a defenderla. Nosotros sí salimos a la calle a luchar, y fruto de nuestra victoria es ese artículo primero del decreto de constitución del Comité de Milicias.

—Entonces, ¿nuestro derecho a hacer y deshacer gobiernos ya no es válido? —preguntó lívido.

Le repliqué secamente:

—Si crees que interpretando la Constitución y el Estatuto puedes aplastar la fuerza anarcosindicalista, saca ya los textos y defiéndete con ellos.

—¿Quieres decir que sacas el sable?

—El sable está sacado desde el día 18 de julio.

—¿Entonces...?

—Da por anulada la renovación del gobierno de la Generalidad, y mejor sería que les sugirieses un viaje a los nuevos consejeros del PSUC mientras dure la situación.

El éxito de la Escuela de Guerra

La Escuela Popular de Guerra, de Barcelona, fue todo un éxito. La iniciativa de crearla nació en una conversación sobre la marcha de los asuntos militares en el frente de Aragón y la retaguardia entre el comandante Guarner, el teniente coronel Escobar y yo.

Decía el teniente coronel Escobar que no tardaríamos mucho en tener que afrontar serias dificultades de organización militar, principalmente en el frente de Aragón, si las columnas no rompían el frente y cambiaban el curso de la guerra. Que la guerra de posiciones, con ser de tácticas muy simples, requería más experiencia militar que una guerra de marchas permanentes.

El teniente coronel Escobar, que llevaba muy bien la sección de personal militar, lamentaba tener que decirnos que en sus listas de personal militar de confianza le quedaban pocos nombres, tan pocos que no alcanzaban a reponer las bajas de muertos, heridos o desaparecidos, y menos aún para atenuar el pintoresco desorden de nuestras columnas. Por el momento, la situación no presentaba un peligro inminente: el mito de la bravura de los milicianos anarcosindicalistas actuaba de freno en los mandos enemigos. Pero, ¿cuánto tiempo duraría la guerra defensiva sostenida por el adversario?

Dije a Escobar y Guarner que era posible fabricar mandos militares. Les conté que en un proyecto de comunismo libertario que presentó el sindicato Fabril y Textil al Congreso nacional de Zaragoza se propugnaba la creación

inmediata de unas formaciones paramilitares capaces de enfrentarse al ejército burgués. El Congreso rechazó mi proyecto, pero, por ser mío el dictamen presentado, tenía yo una idea sobre la preparación inmediata de una milicia revolucionaria. Pedí a Guarner un oficial de ejército que no pretendiera saber mucho, que no sufriera de atrofia profesional.

Al día siguiente se me presentó el comandante Lara del Rosal. No muy alto, moreno, de barba cerrada, no parecía un oficial salido de la academia. Su frente despejada denotaba inteligencia.

Le expuse que el propósito del Comité de Milicias era crear una escuela de capacitación de mandos, que llamaríamos «Escuela Popular de Guerra». Funcionaría como academia general para los ejércitos de tierra, y lo primero que necesitábamos era un edificio adecuado a las funciones indicadas: patios grandes, salas espaciosas, dormitorios amplios, cocina y comedores.

Un día después, me llamó el comandante Lara del Rosal desde el edificio que los jesuitas tenían para la enseñanza, diciéndome que parecía haber sido construido especialmente para instalar una escuela de guerra. Solamente había un inconveniente: estaba ocupado por milicianos de la CNT, que se negaban a ponerlo a su disposición. Estaba hablando en presencia de ellos.

Tras unas conversaciones telefónicas, obtuve del Comité de la barriada en que se hallaba situado el edificio que nos lo cedieran. El Comité de barriada lo destinaba a la instalación de una institución de enseñanza. Les di mi palabra de que también el Comité de Milicias lo destinaba a la enseñanza.

En Lara del Rosal el comandante Guarner me había enviado un colaborador eficaz. Le pedí que antes de dos días me presentara una lista completa de nombres de jefes y oficiales susceptibles de ocupar los puestos de director, profesores y ayudantes instructores, recomendándole que se hiciera ayudar por el teniente coronel Escobar. También le recomendé que, sin hacerlo público, procurase escoger a jefes y oficiales sospechosos de no ser afectos a nuestra causa...

—¿He entendido bien? —preguntó asombrado Lara del Rosal.

—Ha entendido usted perfectamente. Los jefes y oficiales leales los queremos en el frente, a los sospechosos los prefiero en la retaguardia, donde se les puede vigilar y evitar el tener que fusilarlos.

Lara me dijo que acababa de comprender por qué era yo tan apreciado entre los militares de la UMRA.

Trabajó activamente. Le ayudaron mucho Guarner y Escobar. Antes de las cuarenta y ocho horas me trajo la lista completa, encabezada por el teniente coronel Plaza, para el puesto de director. Militar de aspecto afable, algo regordete y de talla mediana, me gustó porque no tenía el aspecto impresionante de muchos militares, como por ejemplo el teniente coronel Escobar, alto, robusto, muy blanco, pecoso, con lentes de Carey, y que cuando llevaba el tricorno charolado de la Guardia civil se acordaba uno de las manías de los gitanos.

El teniente coronel Plaza aceptó la dirección de la Escuela Popular de Guerra y la lista de jefes y oficiales presentada por el comandante Lara del Rosal. Este pasaba a ser inspector de Escuelas Populares de Guerra. Expuse al teniente coronel Plaza mis planes, que consistían en que cada tres meses salieran de la escuela, ya nombrados tenientes en campaña, todos los alumnos que hubieran integrado cada curso. Los que no aprobasen, debían ser rechazados definitivamente.

—¿En tan poco tiempo quiere usted que salgan ya tenientes en campaña? ¿Cree eso posible?

—Sí, lo creo posible. Si bien se llamará Escuela Popular de Guerra, en realidad será una fábrica. La enseñanza estará escalonada en un movimiento

casi continuo. Los alumnos, que serán hombres jóvenes e ideológicamente compenetrados con la lucha que estamos sosteniendo, tendrán suficiente con seis horas de descanso. Sus derechos serán: alimento, vestido, equipo, estudios y cama gratis y percibirán el sueldo de los milicianos.

—¿Cómo se hará el enrolamiento?

—Por aviso a los responsables de las organizaciones y partidos que integran el Comité de Milicias. Cada aspirante a alumno deberá ir provisto de un aval de su organización o partido. Según su preparación escolar y aptitudes físicas, irán a Intendencia, a Infantería, a Caballería o a Transmisiones. Los que posean conocimientos de matemáticas, a Artillería. Los estudiantes de arquitectura e ingeniería, los ingenieros, arquitectos y los maestros de obras, a Ingenieros.

La disciplina sería rígida en todo lo referente a servicios y estudios, tanto para profesores como para alumnos, pero el trabajo debía ser comprensivo y humano. No habría castigos ejercidos por los profesores ni por el director. El único castigo sería la expulsión de la escuela y la comunicación a su organización o partido, trámite que llevaría a cabo el inspector de Escuelas.

La organización y el funcionamiento de la primera Escuela Popular de Guerra fue un éxito completo. No obstante mi recomendación al comandante Lara del Rosal de recurrir a jefes y oficiales sospechosos de deslealtad, debo consignar para satisfacción de todos ellos y sus descendientes que el comportamiento de los profesores fue de una escrupulosidad tal y su rendimiento tan eficiente que la Escuela fue pronto muy admirada.

Antónov-Ovseenko, cónsul general de la Unión Soviética en Barcelona, vino al Comité de Milicias, adonde sus visitas eran frecuentes, siempre para pedir algo. Había oído hablar de la Escuela Popular de Guerra y deseaba le diese un permiso escrito para visitarla. Se había presentado a la escuela espontáneamente y, aun yendo acompañado de un miembro del Comité militar del PSUC, no le habían permitido la entrada.

Le dije que en la escuela se trabajaba de día y de noche y que ni los alumnos ni los profesores podían ser distraídos de sus ocupaciones. Por excepción, le acompañaría yo una mañana a visitar la escuela. Quedamos en hacerlo dos días después, empezando la visita a las diez para terminarla a la una de la tarde.

Cuando llegamos ante el edificio de la escuela, nos recibió en perfecta formación un cuerpo de guardia compuesto de alumnos. Nos recibió el director. Con nosotros venía el comandante Lara del Rosal, más serio y rígido que nunca. Además de Antónov-Ovseenko, su secretario y un traductor. Procedimos a visitar todas las dependencias. Finalmente entramos en la sala de actos, en la que, en posición de descanso, estaban todos los alumnos.

Todos me conocían. Como la mayor parte de ellos, yo procedía de las barriadas obreras. Hice un pequeño discurso: «...El principio disciplinario que se observa con vosotros es congruente con el que deberéis observar una vez promovidos tenientes en campaña e incorporados a las respectivas unidades militares, donde deberéis procurar la transmisión del espíritu de disciplina aprendido aquí, con respeto y tolerancia para vuestros subordinados cuando no estén en actos de servicio, pero con rigidez cuando se trate de cumplir ante el enemigo las órdenes dadas. No es con egolatría como debéis considerar la pequeña diferencia de rango que existirá entre vosotros y vuestros subordinados; antes al contrario, en vosotros debe existir una total ausencia del sentido de superioridad, sin olvidar que en campaña dependerán de

vuestra competencia y sentido de la responsabilidad las vidas de los destacados que os hayan sido confiados...».

Pasamos al gran patio de instrucción. Poco después fueron apareciendo, uniformados, perfectamente encuadrados, las filas de alumnos, maniobrando a las voces de mando.

Antónov-Ovseenko, vestido de negro, pequeñito, con su lacia cabellera rubia pajiza, no podía contener su emoción, que le hacía guiñar los ojos detrás de sus gruesas gafas de miope. Apretándome el brazo, me dijo:

—¿Pero ya habéis organizado esto?

El fracaso de la Escuela de Militantes

Me trajeron una invitación del sindicato de Espectáculos públicos, al que pertenecía mi secretario, para asistir, en un cine de la rambla de Estudios, a la proyección de algunos cortos de la guerra, filmados en varios sectores del frente de Aragón.

1. [NDE]. El domingo 9 de agosto de 1936 se celebró un mitin confederal en el teatro Olympia de Barcelona. Entre los oradores figuró García Oliver; a continuación se transcribe la reseña que de su discurso apareció en *Solidaridad Obrera* el día 11 de agosto:

«Compañeros: En este mismo salón, antes de las elecciones del 16 de febrero, los que representamos a la CNT y la FAI dijimos que la última palabra se tendría que pronunciar en la calle. En la calle estamos. También anunciamos que en España se estaba incubando un movimiento fascista y que seríamos nosotros los que lo combatiríamos a sangre y fuego. Tampoco nos equivocamos; de no haber sido por nosotros, Cataluña estaría en poder del fascismo, y como consecuencia toda España.

En España, el desarrollo del fascismo se entronca con el Ejército, porque éste ha sido un defensor de los intereses capitalistas, y porque era en el único lugar donde podía germinar; es en donde se mantuvieron siempre los principios de casta del más puro aboleño reaccionario, propicios al desarrollo de las morbosidades ancestrales que han revivido en las odiosas figuras de un Mussolini, el renegado del socialismo, y de un Hitler, el pintor de cocina, mézclado de junker y de reformador social. La salud de España y la libertad exigen que el nuevo orden revolucionario no vuelva a poner en pie el viejo ejército español, aventado y desaparecido el 19 de julio último. Si los gobiernos vigentes, cuando la lucha estaba planteada en la calle, no hubieran sufrido diversas equivocaciones de capital importancia, no hubiéramos llegado al 19 de julio; si a Cataluña se le hubieran facilitado armas en los primeros momentos en que el fascismo levantaba la cabeza, es innegable que éste, espantado de nuestro empuje, no se hubiera manifestado, y hoy, debido a esto, España está en una guerra civil cruenta, con todos los graves problemas que ella ha planteado. Todo ha tenido como consecuencia la cobardía de los que no supieron poner su confianza en la clase trabajadora. El gobierno de Madrid cree que se puede ir a la formación de otro ejército para combatir el fascismo, sin tener éste un ímpetu revolucionario que lo abata. El ejército no debe de tener otra expresión que la que emane de la voz del pueblo, y debe de contener un cien por cien de contenido proletario. Para demostrar esto tengo que referirme a que los Cuerpos de guardias de Asalto, de la Guardia civil y Carabineros, se mezclaron con las masas obreras en la lucha contra el fascismo, formando con ellas un ejército popular superior, como lo ha demostrado la práctica, a la concepción clásica de los Cuerpos armados organizados a la espalda del pueblo. El ejército del pueblo, salido de las milicias, debe de organizarse a base de una concepción nueva. Vamos a organizar una escuela militar revolucionaria, en donde formemos los mandos técnicos, que no estarán calcados de la antigua oficialidad, sino como simples técnicos, que seguirán además las indicaciones de los oficiales instructores que han demostrado su fidelidad al pueblo y al proletariado. Esta es la garantía más absoluta de que el fascismo no nos arrullará, porque este fascismo posee una técnica militar superior a nuestra buena voluntad, que desparramada no sirve más que para malgastar esfuerzos de toda clase y vidas. Esperamos que España compartirá nuestro criterio, y adoptará igualmente este instrumento nuevo de defensa de una sociedad futura, a la cual aspiramos todos los que amamos la libertad. No me duelen prendas en hacer un elogio del espíritu demostrado en Cataluña, de la Guardia civil, Asalto y Carabineros, que ha determinado y plasmado la constitución de Consejos de obreros y soldados en los cuarteles. ¿Vamos con esto a una experiencia rusa? No. España no tiene por qué seguir el ejemplo de Rusia; estamos capacitados por nosotros mismos a crear órganos indispensables para la defensa del pueblo. [...]»

Fuimos, pues, a ver los cortos de guerra. Escenas de marcha de unidades combatientes bajo un tórrido sol, cubiertas del polvo pegajoso de tierras muy pisadas por los nombres y por las ruedas de los camiones. Rápidos enfoques a los mandos de las columnas anarcosindicalistas: Ortiz con sus ricitos en la frente, con su sonrisa de fauno; Domingo Ascaso y Aldabaldetrecu, ceñudos ambos; Durruti, siempre en pose fotográfica. Todos rodeados de compañeros conocidos, sonrientes y alborotadores o con caras de disgusto. Escenas de combates, de posición a posición; duelos de artillería; conducción, en camillas, de heridos a los hospitales de sangre; ir y venir constante de hombres armados haciendo saludos a los fotógrafos cuando iban y venían, o en pequeños pelotones, muy serios, cuando estaban en servicio. Los hospitales de sangre, salas habilitadas de lo que fueran almacenes o graneros; ir y venir de médicos y enfermeras, curando a unos, tomando la temperatura a otros.

No eran aquellas películas de guerra apropiadas para levantar los ánimos. Eran demasiado crudas y objetivas, en blanco y negro que deslumbraba. La guerra, vista al natural, era profundamente desagradable. No era la guerra de las películas mercantiles. Pensé que detrás de las posiciones que ocupaban nuestros milicianos estaban las fuerzas franquistas, con soldados de recluta cuya mayor parte debió pertenecer a la CNT o a la UGT.

¿Sería por eso por lo que los frentes eran estacionarios? ¿Habría sido Napoleón un gran general si hubiese tenido que librar sus batallas contra otros franceses? ¿Era ése el motivo de que, en el sur o en las cercanías de Madrid, solamente se hicieran marchas cuando encabezaban las tropas unidades moras o de la Legión extranjera?

Al terminar la sesión me encontré con Marianet y Federica, que también habían asistido a la proyección.

—¿Qué te parecieron las películas de la guerra? —preguntó Marianet.

—A mí me produjeron una impresión penosa —le contesté—. Son tan realistas que le quitan a uno las ganas de combatir. Por lo menos, en las luchas callejeras, la ciudad que te rodea, la gente que te observa desde un portal o tras las ventanas, hacen que te sientas un ser superior.

—También en la ciudad la muerte sigue los pasos de los combatientes —dijo Federica.

—Así es, y tenemos que pensar seriamente en el porvenir de nuestra Organización, cuando termine la guerra, si la ganamos. Porque, ¿cómo reconstruir una organización sin militantes capacitados? Creo que deberíamos montar una escuela de militantes, para con ellos recrear —ésta es la palabra— la Organización, con proyección distinta de lo que fue hasta el 18 de julio. En el futuro, no se tratará de luchas contra la burguesía, que pertenecen a la primera etapa del sindicalismo, sino que se deberá afrontar la conquista de los medios de producción y consumo y su desarrollo...

—¿Tú crees que el militante se puede hacer? —clamó Federica.

—No lo creo, lo pienso. Tú eres un claro exponente de lo que digo. No has vivido la vida de los sindicatos; ignoras lo que es, por dentro, un sindicato. Lo que te ha hecho militante distinguida no ha sido lo que hayas aprendido en la fábrica o en el taller. Se desarrolló en ti lo que aprendiste en los colegios.

—Me gustaría ver una cosa así —cortó un tanto airada Federica.

—Ninguna de las escuelas que yo fundaría podría ser para ti. Las escuelas no son para superhombres ni para supermujeres —le replicó irónicamente.

Me llamó Marianet al Comité de Milicias para hablarme del proyecto de Escuela de Militantes. Tenía el local, en la planta baja de la casa de la CNT-FAI.

Para director, proponía a Manuel Buenacasa y me pedía que pasara por el Comité regional para orientar a éste.

Me quedé helado al oír el nombre de Manuel Buenacasa. La última vez que oí aquel nombre también me había dejado helado. Era el año 1924, en plena dictadura de Primo de Rivera. A Alfonso Miguel, el ñscal le pedía pena de muerte, aun siendo inocente, como se probó en el juicio, de lo que le imputaban. Él y yo habíamos sido llamados a comunicar con los del exterior. Era algo raro, porque en aquellos tiempos de persecución pocos eran los compañeros en libertad que se arriesgasen a ir a saludar a los presos. Era muy extraño que Alfonso Miguel y yo fuésemos llamados a la misma comunicación, porque los dos, por no tener novias, recibíamos pocas visitas. Fuimos viendo por los locutorios hasta que, en uno, nos llamaron dos compañeros. Eran Cubells, del Comité en la clandestinidad del sindicato de la Madera, y otro compañero, también del mismo Comité, al que yo entonces no conocía. Pero ambos conocían a Alfonso Miguel. Cubells dijo:

—Ha ocurrido algo grave y penoso. Hemos descubierto que Manuel Buenacasa es confidente. Tenemos pruebas concluyentes, pruebas que él mismo ha reconocido ¿orno ciertas. Dada la importancia de Buenacasa, no hemos querido precipitarnos. Nos constituimos en tribunal el Comité de la Madera y el Comité de la Federación local de Sindicatos de Barcelona, compareciendo Buenacasa, quien admitió la evidencia de su traición. Pero si lo ejecutábamos y decíamos que era por traidor, dada la importancia de su nombre, nuestra pérdida moral sería muy grande. Si lo ejecutábamos sin decir la verdad, haríamos de él un mártir. Por ello, se le conmutó la sentencia por la muerte civil, comprometiéndose él a que nunca más se dejaría oír su nombre ni ver su persona en los sindicatos de la CNT.

Por más precauciones que se adopten, es imposible evitar esas partes gangrenosas que se pegan a todo organismo conspirativo o de lucha. La CNT, revolucionaria, intransigente, honrada consigo misma y con la clase trabajadora, no podía evitar, pese a la extrema vigilancia de sus militantes, que de una u otra manera penetrase en sus filas la delación.

La delación penetraba de distintas maneras y llegaba hasta a ocupar puestos importantes en los Comités. Ese fue el caso de Villena, presidente del sindicato Fabril y Textil de Barcelona. O el de Gil, secretario del Comité regional de Cataluña, casos típicos de sumisión a la policía por miedo a la prisión y a las palizas. Los había que, a escondidas, llevaban una doble vida de pervertidos, de jugadores, de estafadores, pero no tan a escondidas que pasasen desapercibidos a la policía, que, con el chantaje de descubrirlos, lograba su sumisión. Los hubo enviados a nuestras filas como agentes provocadores o simplemente como observadores. Tal era el caso de Tirado, «Irenófilo Diarot»,¹ listo, dominando el francés, el inglés y el alemán. Parecido fue el caso de Casildo Oses, «Bilbilis», inteligente, reportero como ninguno de mítines y conferencias, redactor que fue de *Solidaridad Obrera* de Barcelona en tiempos de la República, de quien se descubrió que era agente del Partido Radical, dependiendo directamente de Lerroux.

Un tipo frecuente de agente provocador es el del amoral, individuo indistintamente apto para acciones malas y acciones buenas, a fin de estar siempre junto a la noticia que se paga. Ese es el tipo que posee en su domicilio, escondido como si se tratase de dinero en efectivo, un verdadero archivo de nombres y direcciones de compañeros de cuantas ciudades va recorriendo —no permanece mucho tiempo en el mismo lugar—, con detalles de sus vidas íntimas y orgánicas.

1. [NDE]. Véase la página 74.

Pueden darse casos como el de nuestro abogado Homs, borracho, mujeriego y jugador, fácil presa de la policía y que terminaría cobrando directamente el asesinato de Seguí y Paronas.

De todo eso tuvo nuestra Organización. Pero en mi larga vida de militante, la mayor parte pasada en la clandestinidad, donde conocí a centenares de anarquistas y sindicalistas, pacientes, honrados, abnegados revolucionarios, no creo poder contar a más de una docena de traidores, confidentes, provocadores y espías.

¿Hice bien? Todavía hoy estoy en la duda. No le dije a Marianet si iría o no a ver a Buenacasa. Me pareció que no era yo quien debía descubrir a Marianet el juicio a que fue sometido Buenacasa y los acuerdos recaídos respecto a su persona. Cuanto sabía era de oídas. No asistí al juicio, no vi las pruebas que presentaba el Comité de la Federación local ni las que aportó el Comité del sindicato de la Madera, al que pertenecía Buenacasa, ni poseía constancia de cómo había aceptado éste la muerte civil a que fue condenado. Supuse, y supuse mal, que al ser conocida la designación de Buenacasa para director de la Escuela de Militantes, alguno de los que integraron el año 1924 el Comité de la Federación local o el Comité del sindicato de la Madera, levantaría la voz ante Marianet. Por lo visto, no fue así.

También hubo omisión por parte de Buenacasa, si era inocente. En nuestra Organización, federalista y libertaria, la unidad es el individuo. La unidad colectiva es el sindicato, base de toda la Organización. El sindicato no podía ir más allá de sus propias limitaciones, su soberanía en la localidad de residencia, en este caso Barcelona. Hubiera bastado con que Buenacasa se hubiese establecido y puesto a trabajar en otra localidad e ingresado en su sindicato de la CNT: la sentencia recaída en Barcelona no hubiese sido operante hasta haberse hecho otro juicio a petición de la Federación local de Barcelona, tramitada por el Comité regional de Cataluña. Si en el segundo juicio hubiese recaído la misma pena, todavía la situación de segregado no hubiese sido definitiva; le hubiese bastado trasladarse a otra Regional, hasta que, en nuevo juicio a petición de la Regional de Cataluña, presidido por el Comité nacional, la sentencia fuese definitiva. Y todavía hubiese podido apelar al Pleno nacional de Regionales o al Congreso nacional de Sindicatos.

¿Por qué no apeló Buenacasa a estos procedimientos del más puro federalismo? Lo ignoro, pero caben dos hipótesis: una, que fuesen tan concluyentes los cargos y las pruebas, que no valiese la pena luchar. Otra, que desconociera las normas de la CNT, cosa imperdonable en un militante que, muerto Seguí, compartía con Pestaña el liderazgo.

Buenacasa no vino a verme ni yo fui a verlo. La Escuela de Militantes se creó y funcionó. Funcionó como escuela de primaria. Yo la había concebido como escuela superior.

Hacía años que había meditado sobre las transformaciones que deberían operarse en las estructuras de la CNT para que nuestra Organización fuese capaz de afrontar la transformación de la sociedad burguesa. Ese era mi punto de contacto con los «treintistas»: la capacitación previa, de ser posible.

Delegado por el sindicato de la Madera de Barcelona al Congreso extraordinario de la Confederación Nacional del Trabajo celebrado en Madrid en mayo de 1931, presenté dos proposiciones: una fue aprobada, siendo desechada la otra. La aprobada tendía a estructurar la Organización de manera eficiente durante la etapa que estábamos viviendo, «agrupación de la clase obrera para preservarla de la voracidad burguesa», para lanzarla después a la «conquista de los medios de producción y consumo». Nada de ello se podría realizar sin impedir tajantemente la burocratización a que tendía la or-

ganización en Federaciones nacionales de Industria, propugnadas por los moderados de la CNT.

La proposición que logré que aceptase el Congreso disponía que todo cargo electivo remunerado dentro de la Organización debía cesar automáticamente al año. La proposición desestimada era la creación de una escuela de oradores, para capacitar a jóvenes militantes, ya que el proceso de consolidación de la República no se realizaría y habría de desembocar en una revolución social, cuyo éxito dependería de lo intensa que hubiese sido nuestra obra de difusión ideológica y de creación de sindicatos anarcosindicalistas en toda España.

En esto estribaba la diferencia entre los «treintistas» y mis concepciones. Ellos, argumentando una falta de capacitación, derivaban hacia el conservadurismo. Yo buscaba superar la falta de capacitación. Los «treintistas» se comportaban como evolucionistas. Yo, como revolucionario.

El plan de estudios de la «Escuela de Militantes» quedó inédito. Helo aquí:

«I. *Ciclo teórico.* El trabajo esclavo. La esclavitud, institución fundamental en las sociedades antiguas. Las guerras de la antigüedad y su vinculación con la esclavitud. Interpretación maquinista de la historia, según Aristóteles. Interpretación bestialista de la historia de los latinos con su *homo homini lupus*. Interpretación espiritualista de la historia del cristianismo. Interpretación materialista de la historia de Marx. Interpretación moralista de los anarquistas.

Ciclo práctico. Del artesanado al gremialismo en la Edad media. Del gremialismo a las Bolsas de Trabajo de Pelloutier. De las sociedades obreras de oficios a la concepción primaria del sindicalismo. El concepto de «guerra de clases» de Sorel, clave sin teorización de lo que debería ser el sindicalismo revolucionario. El sindicalismo revolucionario y su idea de la justicia social. Las tres etapas maestras del sindicalismo revolucionario: 1) Agrupación de la clase obrera para preservarla de la rapacidad burguesa. Necesidad de pasar a la segunda etapa, para evitar el quietismo sindical, la corrupción de sus líderes y su muerte por falta de movimiento. 2) Conquista de los medios de producción y consumo por incautaciones de las fuentes de producción y distribución en un proceso de insurrección, o por la adquisición progresiva de todos los medios" de producción y consumo, mediante la aplicación inteligente del ahorro sindical obligatorio capitalizador. 3) Realización de la justicia social. Con la realización de la justicia social aparecerá el tipo de ser humano autónomo, que se gobernará a sí mismo.

II. *Ciclo práctico.* Preparación del orador.

III. *Ciclo teórico.* Síntesis de socialismo. Síntesis de marxismo. Síntesis de anarquismo.

IV. *Ciclo teórico.* Anarquismo sin Bakunin. Marxismo sin Marx. En busca de una nueva síntesis del socialismo. Rojo y negro: nueva síntesis de socialismo moderno, igual a comunismo libertario.

V. *Ciclo práctico.* Organización de sindicatos libertarios basados en el federalismo. Del individuo; del delegado de taller u obra; del Comité de fábrica; de la Sección profesional; del sindicato de Ramo o Industria; de las Federaciones locales o sindicatos de Oficios varios; de las Comarcales; de las Regionales; de la Confederación nacional; de las Federaciones nacionales de Industria.

VI. *Ciclo teórico.* Derecho federativo, desde el individuo a la Confederación nacional.»

El fracaso de la Escuela de Militantes no debe ser achacado a Manuel Buena casa. El fracaso es mío.

Justicia revolucionaria

Habíamos dejado el Club Náutico, por no ofrecer suficiente capacidad para el Comité de Milicias. Por la fuerza de los acontecimientos, la fisonomía del Comité cambiaba al asumir continuamente nuevas funciones antes ejercidas por el gobierno de la Generalidad o por el gobierno central.

Sin embargo, el Comité de Milicias no hizo nada para absorber la administración de Justicia. Deliberadamente por mi parte, no se deseó ejercer las funciones judiciales en materia civil ni penal. Dejamos que el control de la administración de justicia fuese ejercido por el Comité revolucionario que se constituyó en la Audiencia de Barcelona, al que pertenecían eminentes juristas como Eduardo Barriobero, Angel Samblancat, Juan Rosinyol y otros, asistidos por representantes de la CNT y de la UGT.

En cambio, por automatismo, recayó en sus atribuciones la justicia militar, por cuya aplicación veló el Comité de Milicias. Una aplicación *sui generis*, desde luego, de acuerdo con el decreto de constitución, cuyos artículos primero y séptimo decían: «Se establece un orden revolucionario... El Comité espera que, dada la necesidad de constituir un orden revolucionario para hacer frente a los núcleos fascistas, no tendrá necesidad, para hacerse obedecer, de recurrir a medidas disciplinarias».

En virtud de sus atribuciones, el Comité de Milicias ordenó que todos los militares comprometidos, o supuestamente comprometidos, en la sublevación militar fuesen juzgados por consejos de guerra, integrados por jefes y oficiales que hubiesen permanecido leales a la República.

Los jefes y oficiales en espera de ser juzgados estaban detenidos a bordo del barco *Uruguay*. ¿Eran todos fusilables? ¿O habría entre ellos elementos forzados por los rebeldes a secundar más o menos pasivamente la sublevación? Y de ser así, ¿cuántos de ellos podrían ser recuperables?

Sobre esas posibilidades cambié impresiones con los asesores militares del Comité, todos ellos de probada lealtad y pertenecientes a la UMRA. Los sublevados pertenecían a la UME. Leales eran el coronel Giménez de la Beraza, magnífico colaborador de Vallejo, nuestro hombre de confianza en Industrias de Guerra; el teniente coronel Escobar, de la Guardia civil, que llevaba el departamento de Personal militar del Comité, y que conocía a fondo a sus compañeros de armas de Cataluña; el comandante Vicente Guarner, diplomado de Estado Mayor, y el capitán José Guarner. A todos ellos repetí que bastaba que indicasen los nombres de quienes pudiesen sernos útiles para dar la orden de ponerlos en libertad.

Fueron algunos los que me recomendaron. En ningún caso tuvieron que soportar situaciones humillantes, y siempre me expresé con ellos de esta manera:

«Supongo que habrán oído hablar de mí. Soy anarcosindicalista. Compañeros suyos me han informado de que son ustedes competentes. Necesitamos de la competencia militar de ustedes. Si deciden unirse a nosotros, se lo agradeceré muchísimo. Si no deciden unirse a nosotros, respetaré su decisión. De todas maneras, sepan que, desde este momento, están libres.»

Todos aceptaban. De ellos, recuerdo a uno, el capitán de artillería Botet, magnífico artillero, alto, de facciones firmes, pelo al rape, quien, cuadrándose ante mí, dijo:

—Acepto estar con ustedes. Nunca me habían tratado con tanta dignidad como usted lo ha hecho.

Propósito mío había sido evitar, en la medida de lo posible, que el Comité de Milicias llegase a convertirse en «Tribunal de la Sangre». Acaso ello pueda

explicar que se me atribuyan ciertas actitudes blandengues, no cortar de raíz graves insubordinaciones que se producían en los medios políticos, sociales y militares. Renunciaba a la imposición por la sangre, si posible era, porque la sangre hace que las pendientes se vuelvan resbaladizas, arrastrándonos a la sima de la indignidad.

No había escapatoria esta vez. Teníamos que afrontar la liquidación legal de las responsabilidades derivadas de la sublevación militar derrotada en las calles de Barcelona.

Los consejos de guerra impusieron penas de muerte, que habrían de ser ejecutadas. Entre ellas estaban las de los generales Goded y Fernández Burriel. Goded llegó, vio y perdió. Se decía que era el general de Estado Mayor más competente del ejército español. De nada le sirvió.

Suponía yo que las sentencias de los consejos de guerra serían cumplidas al amanecer, pasada aquella penosa tarde. Penosa, porque mi secretario me comunicó que cuatro mujeres, bañadas en lágrimas, pedían insistentemente ser recibidas por mí. «Son —me dijo— la madre, la esposa y dos hermanas del capitán de artillería Luis López Várela.» El capitán Várela era miembro influyente de la Junta divisionaria de la UME y enlace con su junta central, y se había distinguido en el aplastamiento de Companys en octubre de 1934.

Podía negarme a recibir a aquellas mujeres, pero no me parecía humano. En la Generalidad no pudieron entrevistarse con Companys y allí les dijeron que sólo yo podía otorgar la vida o quitársela a su hijo, esposo y hermano. Había un deliberado error en esa explicación. Yo no estaba facultado para quitar o dar la vida a nadie. El consejo de guerra encontró culpable a López Várela y lo condenó a muerte. Normalmente, el jefe del gobierno central daba el «enterado», que equivalía al «cúmplase la sentencia». En aquellas circunstancias especiales, en las que el Comité de Milicias sustituía de hecho al gobierno de la Generalidad y al gobierno central, el Comité de Milicias había decidido en su reunión de la noche anterior que fuesen ejecutados los militares condenados a muerte, dependiendo del tribunal militar la preparación del pelotón y la hora de la ejecución.

Entraron las cuatro mujeres, llorosas, con las cabezas bajas. Les dije: —Evítense toda humillación.

Habló la madre:

—En la Generalidad nos han dicho que el señor Companys no estaba y que no valía la pena esperarle, porque lo que nosotras deseábamos, sólo usted podía resolverlo. Aquí nos tiene, suplicándole perdonen la vida al capitán López Várela.

La esposa y las hermanas asentían con la cabeza a todo lo que la madre decía.

—Comprendo su pena, señoras —les dije—. Pero no puedo darles la vida del capitán Luis López Várela. Ha sido condenado a muerte por un consejo de guerra integrado por jefes y oficiales compañeros suyos de acuerdo con el código de justicia militar. Y no le han condenado sólo a él, sino también a otros, y todos tendrán la misma suerte. Se sublevaron y perdieron. Les aconsejo que no pidan ni nieguen más, ni a mí ni a ninguna otra persona. Dejen que el capitán López Várela muera con honor. Por favor, salgan ustedes.

—¡Hola, Aurelio! ¿Qué hay de nuevo?

—Algo que probablemente te disgustará...

—Bien, Aurelio, suéltalo ya. Me tienes en ascuas. ¿Qué ocurre?

Me explicó que bajo la presión de Companys, a quien nosotros no hicimos caso cuando vino a exigimos que matáramos los fantasmas del robo y del

asesinato, los Comités regionales de la CNT y FAI y FUL, más el Comité peninsular de la FAI, es decir, Marianet, Federica, Fidel Miró y Santillán, habían creado una comisión de investigación, al mando de Manuel Escorza, y que ésta había ejecutado el día anterior a Gardeñas y su grupo, sospechosos de dedicarse al saqueo de viviendas de burgueses y de haber ejecutado a algunos de éstos.

—¡Cómo! ¿Cómo si fuese una basura?

—Así, como una basura.

—¿Qué pretenden, que el Comité de Milicias cargue con las responsabilidades de sus arreglos de cuentas? Si tú no lo paras, Aurelio, lo haré yo.

Cuando Aurelio se hubo ido, me quedé meditando. La rápida ejecución de José Gardeñas y su grupo creaba una situación delicada. El Comité de Milicias aparecía a los ojos de todo el mundo como responsable del nuevo orden. La ejecución sumaria de Gardeñas y su grupo sería el primer caso que tendríamos que afrontar desde el Comité. Esa ejecución sumarísima no dejaría de ser cargada en cuenta al Comité de Milicias, especialmente a Aurelio y a mí, que teníamos fama de hombres de acción.

Había que parar aquella y todas las manifestaciones de jacobinismo que pudieran manifestarse. Companys tenía la mentalidad de un jacobino. En él, republicano de soluciones radicales y violentas, nada sería de extrañar que, si se le presentaba la ocasión, repitiese la ejecución de un nuevo Babeuf.

Al parecer, también en ciertas personas de los Comités superiores de la CNT, la FAI y la FUL existía propensión a adoptar actitudes jacobinas. Diego Abad de Santillán parangonaba aquellos días nuestra revolución con la francesa del 93. Ni él mismo sabía dónde estaban las semejanzas. Nuestra revolución arrancaba de las tendencias de igualdad económica sostenidas por Babeuf. Abad de Santillán se situaba entre los jacobinos, que se llenaban la boca con las palabras Libertad, Igualdad, Fraternidad, pero de ahí no pasaban.

Federica Montseny aparecía aquellos días como una verdadera dama de la revolución francesa: bulliciosa y sin contenido. De haber sido más delgada y haberle dado por el misticismo, hubiera podido aspirar a ser una Carlota Corday. ¿Cómo pudo Federica Montseny estar de acuerdo con la ejecución sumaria de Gardeñas? ¿A quién se debía el procedimiento, que tanto se parecía al tiro en la nuca entronizado en Rusia por los bolcheviques? Manuel Escorza, aquel tullido lamentable, tanto de cuerpo como de alma, al que hicieron responsable de la Comisión regional de Investigación, procedía de las Juventudes Libertarias. ¿Fue Fidel Miró quien lo propuso? ¿Quién demonios empujaba para que todos juntos terminásemos en un baño de sangre?

—¿Marianet?

-Sí.

—Quiero hablarte de la muerte del compañero Gardeñas y su grupo. ¿Qué sabes de ello? No sé si ignorabas que Gardeñas era un compañero anarquista desde hacía muchos años. Era muy conocido en España y en el extranjero; escribía regularmente en nuestros periódicos, especialmente en los de lengua italiana y española de toda América latina. Gardeñas era algo raro, atrabiliario, pero si hizo algo reprehensible, debió ser reprendido en un tribunal anarquista. Pero nunca matado como un perro. ¿No comprendes, Marianet? Esa es una mancha que nunca os quitaréis de encima.

—Tienes toda la razón. No pude hacer nada en favor de Gardeñas. Cuando me enteré, ya había sido ejecutado. Y no creas que yo estuve muy de acuerdo con la creación de esa Comisión de Investigación. Pero la Federica a veces se pone tan nerviosa... Y Santillán, que empezó con su: «Sí, sí, hemos de hacer algo para contener el bandidismo. Algo verdaderamente serio, para que en el

extranjero vean que somos fuertes y responsables». Yo bien comprendía que aquéllo era pasar por encima del Comité de Milicias, pero... ¿Qué puedo hacer?

—Puedes hacer mucho. En el Comité de Milicias represento a la CNT; si esa Comisión de Investigación interviene en otra ejecución, te presentaré mi dimisión, razonando los motivos: no hemos de ensangrentar nuestra revolución; no tenemos por qué imitar a la revolución francesa, degolládonos los unos a los otros; y menos aún a la revolución rusa, disparándoles a los compañeros en particular y a los antifascistas en general un tiro en la nuca.

Con frecuencia había que zanjar problemas antes de que entorpecieran la marcha de las cosas.

Vinieron acompañados del compañero Patricio Navarro, secretario de la sección marítima del sindicato del Transporte. Eran cuatro miembros de la tripulación de un cañonero surto en el puerto de Barcelona, cuyo nombre no recuerdo. Dos eran mandos subalternos y los otros dos marineros. Traían preso al capitán del buque, inculpado de sabotaje y traición. Pretendían que el Comité de Milicias le hiciese un consejo de guerra sumarísimo, del que esperaban la pena de muerte y la inmediata ejecución del capitán.

A mí, la cosa no me atraía. Expliqué a los miembros de la tripulación del barco y a Patricio Navarro que el Comité de Milicias no podía actuar en materia de justicia. Que para eso estaban los tribunales revolucionarios en el palacio de Justicia. Lo único que podía hacer era escuchar a las partes.

Se hizo pasar al capitán, cuyo nombre tampoco recuerdo. Los marineros puntualizaron sus acusaciones: el capitán, desde su puesto de mando, ordenó una maniobra para mover el buque. De resultas de la maniobra, la popa del buque chocó con el muelle, resultando averías que le impedían todo movimiento. La tripulación consideraba la orden del capitán un sabotaje deliberado.

El alegato del capitán fue que, posiblemente, sus órdenes no habían sido bien interpretadas. No quiso que se produjesen los daños sufridos por el buque y nunca había pensado en traicionar a la República.

Colegí que lo que quería la tripulación era prescindir del capitán y que el Comité del buque ejerciese toda la autoridad. Hice esta pregunta a los marinos:

—Si se destituye al capitán, ¿existen en el Comité del buque técnicos y militares para sustituirle?

—Sí.

—Entonces, ordeno al capitán del buque dirigirse a Madrid, a disposición del Comité de la Flota, y que el buque sea puesto bajo el mando militar del Comité del buque.

Las «pintorescas» columnas anarquistas

Asistí a la partida de la primera columna confederal que salió para Aragón mandada por Durruti. La decisión de enviarla fue adoptada en la primera reunión del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, al que pertenecía Durruti en representación de la CNT, al igual que José Asens y yo.

El equipo y vestuario era algo extravagante: todos llevaban su fusil, quien en la mano, quien al hombro o terciado como escopeta de caza. Los había que colgaban del cinturón un cuchillo de caza, una bayoneta o simplemente un plato ranchero, pero no todos. Me preguntaba cómo se las arreglarían para

comer. El equipo se completaba, pero tampoco en todos, con una manta liada, cruzada al cuerpo. Pero era la primera expedición.

No vi a Santillán cuando se inició la marcha de la columna. Tampoco vi si a Durruti o a su ayudante Manzana les habían entregado todos los papeles que suponía debería llevar una columna compuesta de seres humanos, para que no se perdiese ninguno de aquellos hombres y mujeres enrolados voluntariamente.

Sería cosa de observar el desenvolvimiento de Abad de Santillán al frente de la sección de Milicias del Comité, por su inevitable conexión con el departamento de Guerra que se me había encomendado.

Todo era inédito en la salida de la columna Durruti; nada había sido preparado con anterioridad. En aquellos primeros tiempos de enfrentamiento, la desconfianza que sentían los jefes y oficiales sublevados respecto a la lealtad de sus soldados, les impedía concebir planes de operaciones que entrañasen luchas cuerpo a cuerpo.

Dada la falta de preparación de nuestras milicias, no está por demás que digamos: ¡Gracias, soldados de Franco, por la tenaz resistencia que opusisteis a la obediencia ciega que os exigían!

La marcha triunfal de la columna Durruti se detuvo entre Gelsa y Quinto, con incursiones hasta Pina y Osera, estableciendo Durruti su puesto de mando en Bujaraloz, entre Lérida y Zaragoza, puesto de mando excesivamente alejado de su vanguardia, ignoro si aconsejado por el comandante Pérez Farras, quien pudo confundir los campos monegrinos con las áridas tierras del Rif, donde sólo se practicaba la guerra de posiciones.

Hicieron lo que mejor les convino, sin comunicarlo al Comité de Milicias.

Tuvimos que despachar otra columna, la de Antonio Ortiz. Fui a despedirla a la estación del tren. Tampoco vi a Santillán. Me desagradó la carencia de sentido de responsabilidad de un compañero que había aceptado un cargo, ¡y a petición propia!

Más me disgustó observar que la preparación de nuestros milicianos no hubiese experimentado ninguna mejoría: iguales vestimentas dispares, los mismos equipos estrafalarios de la primera columna. Y algo peor, en el cuartel Bakunin de Pedralbes los habían provisto de fusiles, pero sin cerrojos. Estos tuvieron que irlos ajustando a cada fusil en la estación de ferrocarril, cuando fueron traídos en las cajas escondidas por los oficiales sublevados de la Maestranza. Los «pintorescos» milicianos que presentaban las fotografías de las revistas extranjeras entrarían en guerra al descender del tren sin siquiera haber aprendido a cargar el fusil.

Al frente de la preparación de milicias, Abad de Santillán no daba pie con bola.

Por aquellos días, salió una columna —unos mil quinientos hombres— del cuartel Carlos Marx, del PSUC, mandada por Trueba y Del Barrio. Estos no dejaron que su columna fuese preparada por Abad de Santillán. Lo hicieron por su cuenta todo, excepto, ¡claro!, proveerse de armamento, municiones y avituallamientos del Comité de Milicias. Dentro de lo que cabía esperar, era una verdadera columna militar: los milicianos estaban mejor equipados y no resultaba una columna «pintoresca». Pero ya en el frente, su rendimiento fue igual, por no decir inferior, al de las columnas anarcosindicalistas.

Días después, salió una pequeña columna del POUM —mil quinientos hombres— mandada por Rovira. Fueron ellos mismos quienes se organizaron, prescindiendo de Abad de Santillán, si bien no al margen del Comité de Milicias, con características parecidas a las del PSUC, y de rendimiento algo superior a la columna de Trueba.

Casi simultáneamente, salió una tercera columna anarcosindicalista, de

unos dos mil quinientos compañeros y compañeras, mandada por Domingo Ascaso y Cristóbal Aldabaldetrecu, con rumbo al sur de Huesca. El tiempo, para Abad de Santillán, no pasaba. No existía progreso. Esta última columna todavía fue magnífico exponente de «pintoresquismo». Nadie se equivocaba cuando veía desfilar una columna rumbo a la estación: si iban bien arreglados los milicianos, a los espectadores no les cabía duda de que eran del POUM o del PSUC, y hasta los confundían por las banderas rojas con el martillo y la hoz. Cuando no se confundían era al pasar las columnas anarcosindicalistas preparadas por Abad de Santillán.

¿En qué perdía el tiempo Abad de Santillán? El departamento de Seguridad interior que dirigía Aurelio Fernández, a los dos días marchaba a satisfacción. José Asens, encargado de Patrullas de Control, a la semana había organizado a 700 patrulleros, disciplinados y correctamente uniformados. A cualquier hora del día o de la noche se le podía pedir a Marcos Alcón transporte para unidades, equipos o combustibles. Eugenio Vallejo estaba organizando eficazmente una industria de guerra, con Aguilar y Martí, del sindicato de Productos Químicos. Alfonso Miguel y Dionisio Eróles pusieron en marcha rápida y eficientemente los Consejos de Obreros y Soldados. Francisco Isgleas organizó su Comisariado del Mar en la provincia de Gerona, igual que lo hizo en Tarragona el poumista Francisco Oliva.

Pero Abad de Santillán no era técnico en nada. Se le llegó a criticar abiertamente por su incapacidad en la organización de las columnas anarcosindicalistas. Por ello se decidió a hacer algo verdaderamente sensacional. El, que en la ponencia sobre Comunismo Libertario que presentó su sindicato de Profesiones Liberales en el Congreso de Zaragoza propugnaba la sustitución de los ejércitos por equipos de fútbol, debió recordar de su infancia en las calles de Buenos Aires que todo equipo de fútbol tiene entrenador, preparador físico, capitán de equipo, sus líneas de ataque, contención y defensa, uniformes inconfundibles y excelentes botas. Y que se entrenaban.

Y se decidió. Esperó a que yo hubiese dejado el Comité de Milicias. Pero al fin lo hizo. Organizó con compañeros extranjeros un «Batallón de la Muerte», extraña caricatura de ciertas milicias paramilitares que se veían en los desfiles de las pandillas fascistas italianas. Ya no era un pintoresco batallón de milicianos anarcosindicalistas, mal vestidos, peor equipados, pero de andar airoso. El «Batallón de la Muerte», con sus vestidos oscuros, sus camisas y corbatas oscuras, sus correaes negros, sus botas negras y su largo puñal, parecía creado para dar escolta a un sepelio, en el que solamente desentonaría aquella bandera republicana —morado, amarillo y rojo— que parecía arrancada de un centro republicano radical del año 1915. La única novedad era que, en el centro de la lista amarilla, aparecía el anagrama de los mineros asturianos: UHP.¹

El Comité de Acción Marroquí

Poco a poco íbamos teniendo noticias de cómo se desarrollaban los acontecimientos en toda España. La sublevación militar estaba imponiéndose en el sur del país. Supimos de la caída de Sevilla, Cádiz, Huelva. Nos enteramos del desembarco de tropas indígenas marroquíes.

¿Qué pasó en Sevilla? Siempre me pareció que desde el punto de vista revolucionario en Andalucía se pecaba de excesivo infantilismo. En mi concep-

1. [NDE]. El batallón lo mandaba el anarquista italiano Cándido Testa.

ción estratégica, Sevilla, con Andalucía-Levante, era uno de los tres vértices del triángulo que habría de proporcionarnos el triunfo. Desde que terminó el Congreso de la CNT en Zaragoza, y antes de que se dispersasen los compañeros de Andalucía, procuramos dejar ultimado con el compañero Rafael Peña, secretario del Comité regional de Andalucía y Extremadura, el proyecto de varias giras de propaganda por aquella Regional.

Para allá fue Vicente Pérez, «Combina», con Ascaso y Durruti. A ellos nos unimos después Federica Montseny y yo. Pronunciamos discursos ante grandes concentraciones de trabajadores, entre los que reinaba enorme entusiasmo y honda efervescencia revolucionaria. De Sevilla a Badajoz, por todos los pueblos que atravesábamos, teníamos que realizar mítines relámpago subidos al techo del automóvil que nos llevaba. El lleno de la plaza de toros de Sevilla fue imponente.

Aparentemente, se tenía la impresión de que por allá todo marcharía bien. No obstante, quise cerciorarme inquiriendo en el Comité regional por los preparativos de lucha. Pregunté al compañero Juan Arcas, encargado de la sección de Defensa. Juan Arcas y su hermano eran magníficos compañeros, jóvenes, entusiastas. Con ellos estaban Zimmerman, inteligente militante, también andaluz. El secretario del Comité regional, Rafael Peña, era portugués, lo que era perfectamente natural, por ser Andalucía la región de España en que menos importancia se da a los prejuicios regionalistas. Después de todo, para un andaluz sin prejuicios, Portugal no dejaba de ser una parte de España.

—¿Qué me decís sobre vuestros planes ante un posible levantamiento militar fascista?

Y Juanito Arcas, al replique, rápido:

—No te preocupe, Juan. Tú verá, tú verá cuando eso llegue... ¡Como cuando la Sanjurjá! En un asín, y la huelga genera que se lo llevará p' delante...

La fácil victoria de los militares en su acción contra Companys y los *escamots* en octubre de 1934 les había resultado fatal en julio de 1936 en Barcelona. A los compañeros de Andalucía les iba a resultar negativa la lección del levantamiento de Sanjurjo, porque con una simple huelga general lo ahogaron.

—Siento no compartir vuestro entusiasmo. Lo que viene será muy distinto a la sanjurjada. Será un movimiento militar masivo, coaligado a todas las fuerzas reaccionarias de España, dispuestas a triunfar cueste lo que cueste. Me temo que para un enfrentamiento de tal magnitud no será suficiente una huelga general, pues llegará el momento en que tendréis que enfrentaros a un ejército, y frente al ejército solamente las armas y hombres que sepan lo que deben hacer son valederos.

—¡Uh... uh... uh... uh...! ¡Juan, no lo pongas tan difícil! ¡Ya verá tú, ya verá tú...!

Ya lo vi. Precisamente por allí penetró Franco con sus mesnadas de marroquíes.

Cuando mi secretario lo era del Comité nacional de la CNT, con residencia entonces en Barcelona, escribí un folleto sobre tácticas revolucionarias a seguir por los Comités de Defensa. ¿No decía en el folleto que cuando estallase la revolución en España, habría que procurar, como medida de defensa internacional, la sublevación de los pueblos del norte de África?

¿Podría intentarlo desde el Comité de Milicias?

Por mi chófer, García Vivancos, pedí al compañero José Margelí, también masón, que me visitase con urgencia. Eramos buenos amigos, de hacía muchos años. Pertenecía al sindicato de Artes Gráficas y trabajaba de linotipista en *La Vanguardia*.

Vino a verme, tranquilo y sonriente. Era de origen aragonés y algo de maño le quedaba en el hablar.

—¿Recuerdas que dos meses antes de la revolución me presentaste en la Rambla a un profesor de la academia Berlitz y me dijiste que era egipcio?

—Sí. Es Argila. ¿Qué quieres de él? Es bueno que sepas que también es de la «familia».

—Me lo supuse. Y también me supuse que, siendo egipcio, debe tener conexión con el mundo árabe. ¿Puedes traerlo aquí con urgencia?

—Creo que sí. ¿Para mañana?

Llegaron puntuales Margelí y Argila. Este era un egipcio que hubiera podido pasar por holandés o por sueco: blanco, pálido y pecoso, rubio rojizo y con ojos gris claro. Muy correcto de ademanes, pulcramente vestido.

—¿Tiene usted alguna conexión con el mundo árabe?

Sonrió muy finamente y contestó:

—Tengo el honor de representar en Barcelona al Comité Panislámico.

—Me alegra no haberme equivocado. Necesitamos hacer un pacto con los nacionalistas marroquíes, y no sé adonde dirigirme. ¿Podría facilitarme la tarea?

—Puedo ayudarle en el acto. Hay que ir a Ginebra y que me acompañe alguien de su entera confianza.

—¿Le parece bien Margelí? ¿Y Jaime Rosquillas Magriñá?

—Muy bien.

Llegó Magriñá y se encontró con sus «hermanos». Le expliqué de qué se trataba. Le dije que la misión debía llevarse a cabo con absoluta discreción, con secreto. Le proveí de dinero.

Se fueron y regresaron. El viaje duró unos siete días y el resultado fue muy positivo, ya que regresaron acompañados de tres emisarios del Comité de Acción Marroquí. Los emisarios, cuyo jefe era un moro llamado Torres, un moro rubio y de cabellos crespos, me aclararon enseguida que habían sido designados por el Comité Panislámico por ser Marruecos la primera nación en contacto con España, y que debía ser el CAM quien debería conducir las negociaciones. Puntualizaron que su misión estaba circunscrita a escuchar, después de lo cual deberían dar cuenta al Comité Panislámico.

Les dije que la voluntad del Comité de Milicias Antifascistas era obtener la ayuda de los nacionalistas y revolucionarios marroquíes. A cambio de lo cual, y en justa correspondencia, les ofrecía: la independencia de Marruecos; medios económicos y armamentos para lograrla batiendo a los militares sublevados en los cuarteles de Marruecos; y aceptar, en principio, cualquier otra condición relacionada con los dos puntos anteriores.

Regresó a Ginebra la delegación marroquí, acompañada de la misma delegación del Comité de Milicias.

Después de la partida de los delegados del CAM, consideré un tanto decepcionante que no hubiese estado revestida de amplios poderes. Me hubiera gustado saber interioridades del CAM: organización, fuerzas organizadas, influencia política en sus masas, planes y aspiraciones para el mañana. Saqué la impresión de que, tanto el Comité Panislámico como el CAM no pasaban de ser unas oficinas de relaciones, con influencia en algunos sectores del mundo árabe, pero desvinculados de las mayorías de sus pueblos. No sé por qué, me dieron la impresión de que su nacionalismo no era muy intenso; en ellos no latía la fanática pasión de los nacionalistas integrales. Tuve el temor de haber errado el camino.

Al fin regresaron de nuevo todos. Los delegados del CAM se mostraron más asequibles, más abiertos en el trato. Pero su proyecto de pacto me decepcionó: no aspiraban, por el momento, a la independencia de Marruecos. Temían

que la independencia atrajese sobre su país la intervención armada de Alemania o Italia. En la disyuntiva, declaraban preferir a los españoles. Proponían sustituir la declaración de independencia por una autonomía similar a la acordada por Inglaterra a Irak. Aceptaban que el pacto que les ofrecía fuese firmado por el Comité de Milicias de Cataluña, respaldado por las firmas de los presidentes y secretarios generales de los organismos que integraban el Comité de Milicias. Pero requerían que fuese también aceptado por el gobierno de Madrid, y que éste se comprometiese a hacerlo aceptar por el gobierno francés.

Para no ser causa de un rompimiento en tan recientes relaciones, les objeté que sería tarea fácil y hasta conveniente incorporar al gobierno de la República a un compromiso que supusiese una acción inmediata del pueblo marroquí contra los militares sublevados, pero que no creía posible que el gobierno asumiese ninguna nueva postura internacional sobre el estatuto de Marruecos, y menos aún que pudiese lograr una aceptación de parte del gobierno francés.

Insistí largamente en la conveniencia de que ellos y nosotros nos moviésemos en el terreno de las realidades y de los hechos consumados. Primero los hechos —les explicaba— y después los derechos. Debían entender que si querían lograr la independencia de Marruecos tenían que abandonar el conformismo conservador y adoptar la línea revolucionaria que yo les sugería: crear situaciones de independencia de hecho, para después sacar el máximo partido al revisar los viejos convenios internacionales y suscribir nuevas cartas de convivencia.

Pidieron un plazo de veinticuatro horas para cambiar impresiones entre ellos. Me di cuenta de que al comisionado Torres le habían hecho efecto mis argumentos.¹

Cuando ratificaron los puntos de vista del primer encuentro, les declaré:

—Lamento que no haya sido posible realizar una labor más útil por la causa de la independencia de Marruecos. Debo insistirles en que la cláusula de comprometernos a obtener la conformidad del gobierno francés en estos momentos hará imposible todo el convenio. Empero, estamos dispuestos a suscribir el pacto que ustedes nos proponen y a recomendarlo al gobierno de Madrid. Del proyecto de pacto haremos tres ejemplares, que serán firmados por ustedes tres, por mí en representación del Comité central de Milicias Antifascistas de Cataluña y por los secretarios de las organizaciones y presidentes de los partidos de Cataluña. Podríamos reunirnos mañana aquí para la firma.

Así se hizo. En el salón del Trono de la Capitanía general de la IV Región militar, sede del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, se puso la firma a tres protocolos idénticos: uno para el CAM, otro para el gobierno de la República y otro para el Comité central de Milicias Antifascistas de Cataluña. También se sacaron tres fotografías de los firmantes del pacto, quienes pusieron sus firmas al dorso.

Llamé por teléfono a Giral, entonces jefe del gobierno de la República, para darle cuenta de lo acontecido y rogarle que enviase una persona de confianza para hacerle entrega del pacto: Me contestó que me enviaría inmediatamente a Julio Just.

Vino Julio Just, le informé detalladamente y le entregué el pacto. Unos días después dimitió el gobierno presidido por Giral y nada más supe de lo que se hizo con el pacto. Supongo que ni se atrevieron a llevar el asunto al gobierno francés.

1. [NDA]. Mientras estuve en España, Torres me envió cada Año nuevo una tarjeta de salutación.

Era natural. Nuestras dificultades en el plano internacional, en vez de amenazar con la entrega del gobierno a Largo Caballero, aumentaban. Para nadie era un secreto que Alvarez del Vayo, su ministro de Estado, era un «compañero de viaje» de los comunistas españoles, quienes, además, entraban en el gobierno con dos carteras ministeriales, la de Instrucción Pública con Jesús Hernández, y la de Agricultura con Vicente Uribe. Largo Caballero inauguraba su presidencia del gobierno y su ministerio de la Guerra estrenando el traje de confección comunista de «Lenin español». Ni que decir tiene que los dirigentes de la política internacional no se prestarían a discutir el *statu quo* de Marruecos.

Tenían sobrada razón los delegados del CAM al ser tan cautos. Pero también adquiriría más actualidad mi advertencia: «Primero los hechos, antes, mucho antes que los derechos».

Brigadas internacionales

Aurelio Fernández había sabido rodearse de compañeros eficaces, como Luzbel Ruiz, «Barberillo», y Pórtela. Cuando abandonamos el Club Náutico, instaló los servicios de Seguridad interior en Gobernación. Estaba preocupado por un problema que excedía lo normal. Me informó de que entraban en España numerosos contingentes de extranjeros que decían venir a sumarse a la defensa de nuestra causa. Llegaban a Barcelona y proseguían viaje hacia Levante, a un puesto de concentración que estaba en Albacete.

¿Quién respondía por ellos? Anarquistas no eran. Los pocos anarquistas que habían venido se habían dado a conocer en la Casa de la CNT-FAI. Debían ser socialistas o comunistas. También podían ser fascistas disfrazados de simpatizantes de nuestra causa. Y eran demasiado numerosos para no dejar de constituir un peligro. De todo ello había hablado el día antes con Marianet, que le encargó consultar conmigo, pues no había recibido ninguna indicación al respecto del Comité nacional ni del Comité de la AIT. Pierre Besnard, secretario de la AIT, había estado hacía poco en Barcelona y nada había dicho. Besnard comía y dormía con nosotros en el departamento de Guerra. Le dije a Aurelio que cabía conjeturar que los socialistas y los comunistas estaban reforzando con unidades paramilitares de «voluntarios» extranjeros sus fuerzas y que podrían llegar a constituir un serio problema para nosotros.

—Estimo —le dije— que lo mejor es cerrar a cal y canto la frontera francesa para todos los extranjeros que quieran entrar en España y no pertenezcan a misiones oficiales confirmables en los Comités centrales de las organizaciones y partidos que integran el Comité de Milicias.

Fue cerrada la frontera para todo extranjero no acreditado como corresponsal de prensa o en desempeño de misiones oficiales. Los «voluntarios» empezaron a deambular por las poblaciones fronterizas francesas, llenando las calles de Perpiñán, Séte y Marsella.

Unos días después, me llamaron telefónicamente desde Madrid. Era Largo Caballero. Me dijo que quería hablarme de un asunto delicado. Yo mantuve un silencio expectante.

—Me informan de que han cerrado ustedes la frontera con Francia, impidiendo la entrada de extranjeros, amigos y simpatizantes nuestros, que se ofrecen para ayudarnos a combatir a los enemigos de la República. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto. No podemos ni debemos olvidar que ésta es una lucha entre españoles.

—Ellos —replicó vivamente Largo Caballero— ya están siendo ayudados por los italianos...

Le interrumpí:

—Por unidades regulares del ejército, la aviación y la marina italianas, que no es la misma cosa que esos voluntarios a los que habrá que vestir, alimentar, armar y pagar, porque llegan con una mano por delante y otra por detrás. Y necesitamos para nuestros combatientes esos vestuarios, equipos y armas. Puedo decirle que tenemos de sobra españoles dispuestos a luchar, y en cambio nos faltan armamentos y casi carecemos de municiones de fusil y ametralladora.

—No le he llamado para que discutiésemos de la marcha de la guerra, sino porque desde el punto de vista constitucional y estatutario, por lo que a Cataluña se refiere, el control de las fronteras corresponde al gobierno de Madrid, y le ruego que acepte como una orden de mi gobierno el dejar paso libre a todos los extranjeros que vengan para engrosar las unidades internacionales que hemos proyectado organizar.

—Lo siento, porque no será posible que lo hagamos en nombre del gobierno. Debo decirle que ya casi no sabe uno quién está gobernando en Madrid ni quién nos gobernará mañana.

—Ya sabía yo que no podría llegar a un entendimiento con usted. ¿Debo entender que el Comité de Milicias se niega a acatar las órdenes del gobierno que presido?

—Sí. Nos negamos a acatar órdenes suyas, y sólo cooperaremos en aquello que conjuntamente hayamos convenido. Y para ese entendimiento le sugiero que, cuanto antes, tome la iniciativa de proponer la creación de un organismo nacional para la dirección de la guerra, integrado a partes iguales por representantes de la CNT y de la UGT, o del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña y del gobierno de Madrid.

—¿No cree usted que con una organización de esa naturaleza se nos cerrarían internacionalmente las puertas en todas partes?

—No pretenderá usted embromarme con eso de las asistencias internacionales. Si fuese cierto, no trataría usted de incluir en el ejército republicano a esas unidades internacionales de comunistas. Usted sabe tan bien como yo que estamos solos.

—Bien —cortó Largo Caballero—. Ya veo que no nos pondremos de acuerdo.

Efectivamente, el gobierno de Madrid tomó medidas para hacer ineficaz la decisión del Comité de Milicias de impedir la entrada de los «voluntarios» extranjeros. Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire, se encargó de traerlos por mar, embarcándolos en Sète y Marsella, rumbo a Alicante y Almería y con destino final en Albacete. Allí los esperaba, como después reveló la prensa internacional, André Marty, hombre de confianza de Stalin.

La expedición a Mallorca

Fue una empresa descabellada. Nunca pude esclarecer si algún agente provocador la tramó con la finalidad de permitir la intervención italiana, pero, visto el giro que tomaron los asuntos de la expedición, no se puede desechar que fuera simplemente una empresa surgida de la mente calenturienta del capitán de aviación Alberto Bayo, recalentada por una «persona que en lo alto de su posición oficial» —como Bayo decía— la había encontrado aceptable y digna

de llevarse a cabo para ver si con ella se acababa con el marasmo en que estaban sumidas las fuerzas del frente de Aragón.

El Comité central de Milicias Antifascistas ignoraba por completo la operación que se proyectaba. Si la empresa resultaba venturosa, sería un triunfo para la «persona que en lo alto de su posición oficial» había alentado la conquista de Mallorca, y un fracaso para el Comité de Milicias.

No convoqué una reunión especial del Comité a causa de los rumores que corrían sobre aquella expedición fraguada a espaldas del Comité de Milicias. Dejé que el asunto surgiese espontáneamente en la reunión ordinaria que celebrábamos todas las noches en el salón del trono de lo que había sido Capitanía general.

La reunión transcurrió normalmente. Por lo general, asistían a las reuniones algunos o todos los militares que nos asesoraban: el teniente coronel aviador Díaz Sandino, el coronel Giménez de la Beraza, el comandante Vicente Guarner y el capitán José Guarner. En los últimos momentos, a punto ya de levantarnos los componentes del Comité, Giménez de la Beraza inquirió, dirigiéndose a mí:

—Con verdadera impaciencia he estado esperando los informes de la expedición que ha salido hoy, por vía marítima, a la conquista de Mallorca. Según rumores que he recogido, se trata de una empresa archisecreta. Sin embargo, no puedo contener mi alarma ante un hecho de tanta envergadura, que rompe la línea de este Comité de no crear dos frentes de combate, que es en síntesis lo que acaba de ocurrir.

Terminó de hablar Giménez de la Beraza. Los integrantes del Comité nos miramos unos a otros. O disimulábamos muy bien el secreto o no sabíamos nada. Hablé.

—Ignoro totalmente que haya salido del puerto de Barcelona, que está a escasos cien metros de donde nos encontramos, ninguna expedición a Mallorca. Y pido a quienes hayan tenido intervención en ello: Santillán por Milicias, Torrens por Aprovisionamientos, Aurelio Fernández por Seguridad Interior y Marcos Alcón por Transportes terrestres y marítimos, que nos expliquen en cumplimiento de qué órdenes lo hicieron.

Santillán dijo no haber intervenido en la preparación de los milicianos. Marcos Alcón ignoraba quién había podido disponer de barcos sin su consentimiento. Torrens no había entregado aprovisionamientos. Aurelio Fernández no había sido advertido de ningún movimiento sospechoso.

Si con tanto sigilo se había hecho a la mar tan importante expedición, ¿no podíamos con igual sigilo ser invadidos por vía marítima?

La clave debía estar en la sección marítima del sindicato del Transporte, en Patricio Navarro, su secretario, anarquista puritano, indómito e independiente. El, con Merino y Maeztu, ya nos había creado el serio problema de asaltar, dos días antes de la sublevación militar, la santabárbara de dos barcos, apoderándose de fusiles, granadas de mano, hachas de abordaje, que llevó al sindicato del Transporte, corriendo el riesgo de provocar la proclamación del estado de guerra.

Lo importante era saber quién lo había embarcado en esa empresa. Alguien debía haberle alentado. La situación era compleja y no resultaba prudente improvisar resoluciones. Todos —menos Prunés y Duran Rossell, que estaban impasibles— cambiaban rápidos puntos de vista, con alusiones a fusilamientos y escarmientos drásticos. Principalmente los asesores militares.

Propuse que nos retirásemos y volviéramos a reunirnos con carácter ex-

1. [NDE]. Sobre Navarro, Merino y Maeztu, véanse las páginas 418-421.

traordinario al día siguiente a mediodía. Para entonces, cada uno de nosotros habría tenido tiempo de informarse. Estuvieron todos de acuerdo.

Lo mejor era no dar un paso y dejar que el asunto de la expedición a Mallorca se aclarase por sí solo. Eso fue lo que pensé hacer, pero todavía, pese a ser las dos de la madrugada, podría localizar a Navarro por teléfono. Lo hice:

—¿Te he despertado?

—No, no dormía. Ya puedes suponer que estoy preocupado con la expedición a Mallorca.

—¿Te sientes culpable de algo?

—¿Por qué? ¿No he cumplido con lo que se me pidió por encargo tuyo? ¿No he guardado absoluta reserva? ¿Ha ocurrido algo grave a la expedición?

—Escucha bien, Patricio. Estás en un lío muy grave. Ni yo ni el Comité de Milicias hemos dado ninguna orden para que saliese esa expedición. Alguien ha usurpado nuestro nombre. ¿Quién y en nombre de quién os embarcó en este asunto?

—Me he quedado pasmado al oírte. Aquí se presentó el capitán Bayo para que, con el más absoluto secreto, le ayudásemos a la realización de una empresa de enorme importancia, un desembarco en un lugar de la isla de Mallorca. Nos dio a entender que vosotros, de acuerdo con Companys, le habíais dado el encargo por lo estrechamente vigilados que estáis para que todo se pudiese realizar con la más absoluta reserva. Y así se hizo. ¿Quieres que mande un radiograma y haga fusilar a Bayo?

—No. No envíes ningún radio y manten absoluta reserva. ¿Eran compañeros todos los que marcharon en la expedición?

—Todos, no. Muchos, sí. Pero había también catalanistas y del PSUC.

¿Fue del todo sincero Patricio Navarro? Su anarquismo de fábula le inclinaba a Federica Montseny y Abad de Santillán, y Santillán tenía contactos con Companys.

Eran las 10 de la mañana. Entró el coronel Giménez de la Beraza. Dijo que algo andaba mal en el Comité. Hablaba en nombre de sus compañeros de la UMRA, afirmándome que estaban absolutamente conmigo:

—No pueden existir dos poderes, uno el de Companys y otro el del Comité de Milicias.

—Te agradezco a ti y a los demás militares lo que me has expresado. Sin embargo, espero poder solucionar esta emergencia sin acudir a medidas drásticas. No me gusta el papel de dictador, porque me gusta ir al cine y mezclarme con la muchedumbre. Actualmente ya no es posible iniciar algo nuevo; y todo terminaría en una dictadura personal. Por mi parte, esta conversación será mantenida en el más riguroso secreto mientras dure la contienda.

Salió. Me di cuenta de cómo andaban las cosas: ya había fracasado el golpe de Estado que se había preparado para acabar con el Comité de Milicias. Companys hacía el juego con los militares de aviación; los militares de tierra tomaban posición contra Companys y por el Comité de Milicias.

Fue puntual la reunión. De la Esquerra faltaba Prunés; de la FAI, Santillán, y del PSUC, Duran Rossell.

Informé brevemente. Había salido la expedición a Mallorca al mando del capitán de aeronáutica naval Alberto Bayo, con milicianos y los dos cañoneros de la Marina que estaban en el puerto. Los milicianos eran unos de la CNT y otros de Esquerra y del PSUC, e iban con el aliento de una autoridad que tenía asiento en el Comité de Milicias pero que no se encontraba con nosotros en aquel momento. Propuse que se dejara constancia en acta de que la expedición

había salido sin autorización ni conocimiento del Comité de Milicias, y de que el Comité se desentendía de la empresa hasta que los responsables de ella reconocieran su autoridad y se sometieran a sus resoluciones.

Alguien preguntó si no sería conveniente radiotelegrafiar ordenando el regreso inmediato. Me opuse, alegando que los radiogramas serían interceptados por el enemigo. Era mejor mantener un riguroso silencio y esperar a que hablasen los acontecimientos.

Fuimos teniendo informes de la expedición. Fuimos sabiendo que la intriga del capitán Bayo tenía ramificaciones. De Valencia salió una pequeña expedición al mando del capitán de la Guardia civil Uribarri para unírsele. Este capitán había salido acompañado de los diputados socialistas Galarza, Ruiz del Toro y Ruiz Lecina y de otros personajes civiles. Pero en la primera entrevista los capitanes Bayo y Uribarri se pelearon por cuestiones de preeminencia, terminando la disputa con el regreso a Valencia de Uribarri, con bastantes de los integrantes de su pequeña expedición.

La operación disponía de una verdadera flota. Bayo, con los cinco mil milicianos salidos de Barcelona, había logrado que se le sumasen los barcos de guerra anclados en Mahón. Según los informes que recibimos, la flota constaba de los destructores *Almirante Miranda* y *Almirante Antequera*, del cañonero *Xauen*, del torpedero 17 y de los submarinos B2, B3 y B4, así como de las unidades auxiliares K26 y K12, barcasas de defensa submarina de Cartagena, la de Mahón, *Aljibe 3*, y los mercantes *Ciudad de Cádiz*, *Mar Negro*, *Mar Cantábrico* y *Marqués de Comillas*, más varias unidades menores y los hidros de la base naval de Mahón y de la aeronáutica de Barcelona.

Con toda esta flota, cabría esperar que cualquier jefe audaz hubiera llevado a cabo un ataque frontal y decisivo sobre Palma de Mallorca, apareciendo ante el puerto y descargando sus tropas en todas direcciones. Eran 5 000 atacantes contra unos 600 defensores. Y los atacantes habrían tenido a su favor a la población, verdaderamente antifascista y con mayoría anarcosindicalista entre los trabajadores.

No se desarrollaron así los acontecimientos. Bayo llevó su gente a unas costas casi desérticas, arenosas, alejadas del objetivo esencial, que era Palma de Mallorca. Desembarcó el 16 de agosto en Cala Morlanda, tomando la dirección de Sa Coma y Son Sarrió; en Cala Anguila y Cala Magrané en dirección a Porto Cristo, desembarcando en el mismo Porto Cristo, con proyección hacia Manacor, adonde no logró penetrar ni un tercio de su camino.

Inmediatamente, fue atacado por pequeñas unidades enemigas mandadas por militares que lo desalojaron de Porto Cristo el 17 de agosto, batiéndolo continuamente hasta rodearlo totalmente el 27 de agosto, sufriendo muchas bajas sus columnas, que lograron evitar, por el momento, ser arrojadas al mar. Solamente los integrantes de la columna anarcosindicalista al mando del compañero Lecha —o Maeztu, que por ambos nombres se le conoce— desembarcaron en Punta Amer y Sa Coma y marchando hacia el norte llegaron hasta San Cherebí y Son Sard, rebasando Estanyol, Torre Nova y el arenal de Son Servera.

Aquello era un desastre, y dando rienda suelta a su prodigiosa imaginación, Bayo pensó en la retirada. Necesitaba poder escudarse en alguien o en algo. Entonces se acordó de que en Barcelona existía el Comité de Milicias Antifascistas. Temía llegar a Barcelona derrotado y con tantas bajas y ser condenado por un consejo de guerra a la pena máxima.

Toma, pues, una decisión: enviar a Barcelona emisarios, no a dar cuenta a Companys del fracaso de la expedición, sino para, a través del PSUC, influir en el Comité de Milicias para que éste asumiera la responsabilidad de la empresa.

Llegaron a Barcelona dos emisarios de Bayo. Vinieron a verme acompañados de Duran Rossell. Yo estaba acompañado por el comandante Guarner. Se explicaron los emisarios. Eran portadores de las grandes esperanzas de Bayo de una conquista rápida de toda la isla, pero para proseguir la marcha necesitaban artillería ampliamente municionada: baterías del 7,5 y de montaña. Bayo reconocía no haberse portado debidamente al desconocer la autoridad del Comité de Milicias a la hora de preparar la expedición. Comprendía que el presidente Companys y el consejero de Gobernación España no bastaban para respaldar tal empresa. Desde aquel momento se sometía totalmente a la autoridad del Comité de Milicias, acatando de antemano lo que éste ordenase, ya fuese proseguir la conquista de la isla o poner término a la expedición.

Yo no tenía una idea clara de quién era el capitán Bayo. Conocía a los capitanes Meana, Ponce de León, Adonis y algunos más por haber colaborado con nosotros en la preparación de la respuesta a la sublevación militar. Igual que conocía a Felipe Díaz Sandino, coronel aviador, jefe de todos ellos. ¿De dónde salía Bayo?

No quise precipitarme. Dije a los emisarios de Bayo que les contestaría al día siguiente temprano. Cuando hubieron salido, pregunté al comandante Guarner y a Duran Rossell si les parecía bien ir con los emisarios a las posiciones de Bayo para comprobar cuál era la verdadera situación de las fuerzas desembarcadas y si era conveniente continuar con la empresa o reembarcar las fuerzas. Ambos estuvieron dispuestos a partir al día siguiente.

En la reunión nocturna del Comité se aprobó mi gestión. Para algunos miembros del Comité, lo procedente sería traer a Bayo y fusilarlo. Dije que no discrepaba mucho de ellos, pero que en aquellas playas podían ser aniquilados 5 000 milicianos antifascistas si no procedíamos con cautela.

Al día siguiente partieron los emisarios de Bayo con el comandante Guarner y Duran Rossell. Dos días después regresaron, informando que si bien Bayo había perdido mucho tiempo desde la salida de Barcelona al desembarco en las costas de Mallorca, y no obstante las serias objeciones que podían oponerse a su capacidad militar y a su equilibrio emocional, en la imposibilidad de poder realizar un eficaz reembarque de los 5 000 milicianos más las muchas toneladas de materiales, se podía intentar ayudarle con la artillería que solicitaba y algunos camiones blindados, recuperando por nuestra parte unos dos mil fusiles que Bayo había recogido en Mahón, a condición de que al recibir lo que pedía, o antes, se lanzase a una ofensiva hacia el interior de la isla, saliendo del cuadrilátero en que se había encerrado. Según Guarner y Duran Rossell, eso era lo conveniente en principio con Bayo, y la señal de nuestra aceptación sería el envío de la artillería.

Así lo acordó el Comité de Milicias en su reunión nocturna. Al día siguiente se procedió a enviar las baterías y los proyectiles, más los camiones blindados, marchando con todo el material los emisarios de Bayo.

Llegó el material a poder de Bayo. Fue desembarcado y emplazado. Con dicho material y el recogido en la fortaleza de Mahón, inició Bayo una serie de pequeñas ofensivas, la más importante hacia Manacor, hasta más allá de Son Sarrío, sin llegar a profundizar ni a dominar sobre el terreno. Pasaron los días sin que aquella situación se modificase sensiblemente. De pronto, sobre el cielo de las fuerzas de desembarco aparecieron los aviones de combate italianos, que ya estaban tomando posesión de la isla de Mallorca.

Era terrible el resultado de la operación. Atraer sobre aquellas islas y sobre aquella parte del Mediterráneo al ejército, la aviación y la flota italiana. Justamente lo que habíamos querido evitar acumulando toda la fuerza del Comité de Milicias sobre el frente de Aragón, dejando las Baleares, bastantes lejanas, como estaban desde el comienzo de la lucha, con Menorca, primera

isla en valor estratégico, en poder de la República, dominada por los anarcosindicalistas, secundados por la guarnición militar de la plaza, de suboficiales para abajo.

La interferencia de Bayo, en connivencia con España, Comorera y Companys, más las autoridades militares y navales de Valencia, nos había creado un segundo frente y ponía a dos pasos de Barcelona la aviación italiana.

Lo que después ocurrió en el campo de Bayo tuvo las proporciones de un desastre. En la noche del 2 al 3 de septiembre, Bayo ordenó el reembarque de los milicianos, dejando en poder del enemigo, a más de los prisioneros, que fueron fusilados en el acto, el siguiente material de guerra: dos camiones blindados, doce cañones del 7,5 y 10,5, ocho morteros de diferentes calibres, catorce ametralladoras con cañones de respeto, más de doscientos fusiles, montones de peines de ametralladora, granadas de mano y proyectiles de artillería, cinco hidroaviones y los tres barcos *K*, así como coches ligeros y camiones.

Llegaron las fuerzas de la expedición a Barcelona en estado de derrota. Bayo se hizo el huidizo. Díaz Sandino, jefe de aviación en Cataluña, y por consiguiente de Bayo, se encargó de comunicarle que debía afrontar el consejo de guerra, dándole la orden de comparecer ante el Comité de Milicias al día siguiente a las seis de la tarde.

Cuando Díaz Sandino me dio la noticia, le pregunté su opinión sobre el capitán Alberto Bayo. Me dijo que se trataba de un elemento raro. Se había incorporado a la aviación, siendo un buen piloto. Pero no se presentó en la base del Prat el 18 ni el 19 de julio para combatir a los sublevados. Lo hizo el 20, cuando ya casi había terminado la lucha, alegando haber sido despojado de su auto y haberse encontrado completamente aislado. Después, para quitárselo de encima, le había dado el mando de la base de aeronáutica naval, de poca importancia, ya que sólo disponía de los dos hidroaviones en que habían llegado de Mallorca el general Goded y su escolta.

Le pregunté a Díaz Sandino qué deberíamos hacer con el capitán Bayo.

—Según el código de justicia militar, merece la última pena. Pero, ¿es solamente Bayo el culpable? ¿Cómo llegó a engañar a Comorera, a Companys y a vuestro sindicato marítimo, y a Uribarry y a tantos otros?

En aquel momento entraron el coronel Giménez de la Beraza y el comandante Guarnier. No podían contener su indignación.

Fue convocada la reunión extraordinaria del Comité de Milicias para las seis de la tarde del día siguiente, para tratar definitivamente del asunto «Bayo».

Previne al secretario que cuando se presentase el capitán Bayo, fuese retenido bajo escolta hasta que le llamásemos a la reunión del Comité. Desde las cinco y media se fueron presentando los componentes del Comité de Milicias. Los primeros en llegar fueron Soler Torner y Pons, ambos de Esquerra Republicana de Cataluña. Venían consternados. Dijo Soler Torner:

—Es una lástima juzgar a tipo tan repugnante. Y más lástima aún que no lo fusilasen sus milicianos. ¿Qué podemos hacer sin causar un escándalo?

Llegó Gironella, delegado del POUM:

—No deberíamos perder ni un minuto con ese tipo. Mi veredicto y el de mi partido te lo doy ahora mismo: fusilado.

Y Torrens, de Rabassaires:

—Acabemos pronto. Tienes mi voto.

Llegaron Asens, Marcos Alcón y Aurelio Fernández. Estaban preocupados por el papel que Bayo había hecho jugar a Patricio Navarro y al sindicato de Transportes. Como si ya estuviesen de acuerdo, Aurelio me preguntó:

—¿Qué deberíamos hacer con este tipo?

—Mi opinión hasta este momento es que no debemos hacerle nada. Hay demasiada unanimidad en que se le fusile.

Por último, llegó Tomás Fábregas, de Acció Catalana:

—Haz lo que juzgues conveniente y cuenta con mi voto.

Procedimos a celebrar la reunión extraordinaria del Comité. Dije lo siguiente:

—Nos toca decidir lo que debemos hacer con Bayo. ¿Lo juzgamos en su ausencia o lo mandamos a llamar?

Hubo decisión unánime, incluidos los votos de Duran Rossell y Almendros, delegados del PSUC, que llegaron en el último momento. Todos pidieron que estuviese presente.

Lo trajo la escolta, que se situó junto a la puerta, con los fusiles ametralladores cruzados sobre el pecho. El capitán Bayo se quedó tieso en su uniforme azul oscuro de oficial de aviación. Era alto, gordo, muy cerrado de barba, que llevaba sin afeitarse.

Como de costumbre, yo estaba sentado a una de las dos puntas de la larga mesa. Junto a mí, a la izquierda, el coronel Díaz Sandino, Soler Torner, Pons, Almendros, Duran Rossell, el comandante Guarner, el coronel Giménez de la Beraza. A mi derecha, Aurelio Fernández, Marcos Alcón, Asens, Abad de Santillán —que acababa de llegar— y Gironella. Entre Díaz Sandino y Soler Torner, Perramón, secretario de actas.

Me dirigí al reo. Mi alegato estuvo basado en los siguientes hechos: Todos los presentes conocíamos al detalle las andanzas de Bayo desde que inició la organización de la «Operación Mallorca» al margen del Comité hasta su regreso derrotado. Hice especial hincapié en la reunión de técnicos militares tenida a bordo del *Ciudad de Cádiz* a la que asistieron Vila Cuenca, el comandante Gil Cabrera, el capitán Giménez Pajarero, el capitán Porros, el oficial de marina Arahoz, el brigada Francisco Martínez, el teniente Antonio Aviles y el ayudante Edmundo Domínguez, todos ellos oficiales o personas de Esquerza Republicana de Cataluña y del Partido Socialista Unificado de Cataluña, y ninguno perteneciente a CNT ni FAI. Reunión en la que se le reprochó su incapacidad militar y se pidió, en escrito firmado por todos ellos, el reembarque inmediato de la fuerza y materiales, dar por terminada la expedición y regresar a Barcelona. En tal situación, había afirmado en la reunión de técnicos militares que iba a consultar al Comité de Milicias, pero en vez de hacerlo envió al Comité dos emisarios pidiendo urgentemente artillería y tanques, esperando que el Comité no le enviaría nada y le haría regresar inmediatamente. Con el acta de la reunión de técnicos militares y la orden de regreso del Comité, podría regresar, si no como triunfador, sí como víctima de las peores injusticias. La decisión del Comité de Milicias de enviar como delegados suyos a Duran Rossell y el comandante Guarner, así como su opinión de que se podía proseguir la ofensiva en la isla, para lo que aconsejaban el envío de la artillería y de los camiones blindados, desbarataba aquel plan. En la visita que le hizo el Comité central de la Flota republicana a bordo del *Libertad* y del *Jaime I*, había logrado que le obligasen a quedarse en la isla combatiendo sin apoyo de la flota o, si no, reembarcase en el plazo de veinticuatro horas, aceptando el reembarque y la retirada, y engañando a los milicianos, afirmándoles que se trataba de un repliegue para desembarcar en el mismo puerto de Palma, que ya estaba en poder del pueblo antifascista.

Santillán le preguntó:

—¿Cómo enrolaste a los voluntarios sin la participación de mi departamento?

—El Comité de Guerra del PSUC, el Comité comarcal de la Esquerza y el

Sindicato Marítimo fueron enviándome sus contingentes al puerto, donde iban siendo embarcados.

Marcos Alcón le preguntó:

—¿Cómo lograste los permisos de transporte marítimo sin mi autorización?

—Me los proporcionó Patricio Navarro. Le dije que iba de parte del Comité de Milicias y del presidente de la Generalidad, pero que no llevaba las órdenes escritas por tratarse de una operación extremadamente secreta.

Aurelio Fernández le preguntó:

—Aparte de los oficiales leales a la República, ¿con qué oficiales no leales mantenías contactos en Barcelona?

—Con ninguno.

Insistió Aurelio Fernández:

—Sería muy importante que pudiéramos saber de dónde partió la iniciativa de esa expedición, si de ti, del presidente Companys, como insinúas y parece dudoso, del consejero de gobernación España o de quién.

—La iniciativa fue mía y nadie me la sugirió.

Torrens, nuestro jefe de aprovisionamientos, intervino:

—¿Por qué cuando viniste a pedirme aprovisionamientos para la expedición me dijiste que era Companys quien te había recomendado el más riguroso secreto? ¿Fue Companys quien te lo dijo?

—No. Usé ese procedimiento para impedir que se enterase el Comité de Milicias.

—¿Por qué regresaste sin permiso del Comité de Milicias, después de haberte sometido a la autoridad del mismo? —preguntó Gironella, del POUM.

—Entre el desastre que veía venir y la retirada, opté por lo último.

—¿Cómo veías venir el desastre? —insistió Gironella.

—El desastre tenía que producirse después que los políticos y militares firmaron el acta de la reunión de técnicos militares. Tal acuerdo llegaría a conocimiento de los milicianos y nadie podría evitar sus efectos.

—¿No crees que debiste ponerte entonces al habla con el Comité de Milicias para hallar una solución que permitiera el regreso? —preguntó Vicente Guarner.

—No me atreví, pero hubiera sido mejor.

Intervino Duran Rossell:

—Quiero que digas si el comandante Guarner, y yo, fuimos atentos contigo durante nuestra visita.

—Sí lo fuisteis. Pero en vez de escucharme y atender mis demandas de artillería, debisteis haberme destituido.

—¿Por qué?

—Porque yo siempre supuse que vosotros conocíais ya el acta de la reunión de técnicos militares, todos ellos miembros de los partidos de Esquerra, socialistas y UGT, y que estabais buscando un pretexto para fusilarme en aquellas playas.

Se hizo un silencio penoso. Aquel reo era un ser anormal. Aproveché el momento para preguntar:

—Si os parece, podemos dar por terminado el interrogatorio del capitán Bayo.

A continuación expuse al Comité de Milicias que éste no era un tribunal y que su norma había de ser evitar ensangrentarse con sus decisiones. El asunto tratado era complejo por un lado, simple por otro. El lado complejo era que aparecían complicados con el capitán Bayo muchas personas importantes y muchos órganos del antifascismo, y no se debía comprometer la unidad antifascista con un gesto de discutible justicia. El lado simple consistía en el capitán Bayo, cuya personalidad no permitía juzgarlo normalmente. Terminé

proponiendo no remitirlo a los tribunales revolucionarios y declararlo irresponsable.

Los miembros y los consejeros del Comité asintieron con un gesto de cabeza.

Sociedad de Naciones

Fue un fracaso mi gestión con el CAM y el Comité Panislámico de Ginebra, para crear a espaldas de los militares sublevados un importante frente alzando a las cabilas rifeñas. Las circunstancias que prevalecían en las naciones subyugadas del norte de África no eran todavía propicias para aquellas tentativas de liberación de sus pueblos. Las élites que procuraban mantener los alientos de independencia de sus naciones eran más intelectuales que activistas. En las altas esferas de la República española nada se había intentado para romper el cerco internacional que se nos tendía.

Alvarez del Vayo vino a Barcelona para visitarme en tanto que ministro de Estado del gobierno Largo Caballero. Tenía don de gentes, era elegante sin afectación y poseía una sólida cultura. Sabía captarse las simpatías y las voluntades. Me dijo lo siguiente:

—Dentro de quince días debo presentarme ante el foro internacional de la Sociedad de Naciones. Necesito pruebas de la intervención militar italiana en Mallorca. No tengo ninguna y sólo veo una manera de poder obtenerla, que es rogarle a usted que me las proporcione. En Madrid me han informado de que usted es el hombre mejor dotado para hacer cierta clase de milagros.

—Podría probar a obtener esas pruebas, sin garantizarle nada; pero prepare sus discursos como si las tuviera.

Terminada la misión del CAM, pensé que podría ser útil crear un pequeño Servicio de Información, anejo reservadamente al departamento de Guerra del Comité de Milicias, al que pudiese confiar misiones de información, espionaje y contraespionaje. A Jaime Rosquillas Magriñá lo reintegré al departamento de Propaganda del Comité de Milicias, para que no fuese abandonada su tarea junto a Jaime Miratvilles. En el Servicio de Información puse como jefe a Argila, el egipcio, controlado por Margelí, quienes incorporaron a Meca y otros masones. Su rendimiento, en general, fue bueno.

Aparte del Servicio de Información, tres personas se me habían ofrecido voluntariamente para realizar cualquier misión, por difícil y arriesgada que fuera, dentro de la especialidad de cada cual: Miguel Albert, presidiario, llamado como una tumba, con dos especialidades para ganarse la vida, monedero falso y ladrón de cajas fuertes. Se me presentó a los pocos días de constituirse el Comité de Milicias y me dejó su dirección.

«La Suiza» —olvidé el nombre, si era auténtico, que me dio—, mujer de unos 25 años, rubia, guapa, de cutis blanco lechoso, esposa de un rico industrial suizo. Se me había presentado diciéndome:

—Por la prensa me he enterado de lo que han hecho los anarquistas en Barcelona. Mi abuelo fue anarquista. Yo a usted le admiro mucho. Quisiera poder ayudarle, pero no sé cómo. Le dije a mi marido que me iba a Barcelona a ponerme a disposición de la revolución. Mi marido me dijo que me acompañaba. Aquí estamos, en este hotel —me dio un papel con las señas. Llámeme cuando me necesite. Tengo dinero, tengo pasaporte suizo, voy acompañada de mi marido o sola; puedo ir y venir donde sea menester.

«El periodista inglés» —también olvidé su nombre y el del periódico del

que era corresponsal. Me fue presentado por Vicente Guarner, por lo que se podía conjeturar que se trataba de un masón. Me hizo espontáneamente el ofrecimiento de ponerse a mi servicio con su pasaporte inglés y su credencial de reportero. Me dio su tarjeta, con el hotel en que se hospedaba.

Tenía en mis manos un buen trío de ases. Ninguno me pidió dinero ni favores.

Llamé a Patricio Navarro. Lo que tenía de esquinado cuando le daba la gana, lo tenía de buen compañero cuando se le pedía un favor. Le pregunté si sería posible disponer de un barquito ligero cuyo patrón quisiera arriesgarse a llevar a una mujer a una playa cercana a Palma.

Una hora después regresó con el patrón de un barquito. «La Suiza» se presentó inmediatamente. Le expliqué de lo que se trataba: ir en bote a Mallorca, tomar fotografías de tropas italianas. Estuvo de acuerdo en ir. La presenté al patrón del barquito, tipo de hombre mediterráneo, de unos cuarenta años, de un metro setenta a lo sumo, algo gordo ya, con entradas en la frente, mal afeitado, medio vestido y descalzo, que parecía estar sudando por todas partes. A «la Suiza» le di una pistola *Llama* pequeña. Ella, Patricio Navarro y el patrón del barquito se fueron.

Regresaron dos días después. Ella estaba consternada, casi llorando. Con ella vino también el patrón del barquito, desconsolado. No pudieron desembarcar; cerca ya de la costa fueron enfocados con reflectores y furiosamente tiroteados.

Tenía que recuperar el tiempo perdido. Hice llamar al «Inglés». Cuando se presentó, le pregunté si su condición de periodista le permitía ir a la isla de Mallorca, hacer su trabajo allí y tomar buenas fotos de las tropas italianas. Me dijo que sí y que partiría en el acto. Le proveí de dinero en francos franceses y de un salvoconducto especial para nuestro territorio.

Regresó a la semana. Tranquilo, sonriente, me entregó una serie de magníficas fotos de unos 12x15 centímetros. Tres de las fotos estaban tomadas en los inconfundibles campos mallorquines. En medio de los campos, de los árboles pendían cuerpos humanos balanceándose. Había también dos fotografías de una sección de tropas italianas desfilando y de la presidencia del desfile, compuesta por el alcalde de la ciudad, el presidente de la Audiencia, un jefe militar italiano, con su barbita negra y en gran uniforme de gala, el obispo, el gobernador, un coronel del ejército sublevado y un teniente coronel de la Guardia civil. Con las fotografías me entregó los negativos.

Cuando tres días después vino a visitarme, de paso a la asamblea de la Sociedad de Naciones, Álvarez del Vayo se quedó asombrado.

Mi trabajo era mucho y ya no me acordaba de Álvarez del Vayo. Pero él sí se acordaba de mí. Vino a verme otra vez, de paso para Madrid. Me explicó detenidamente la victoria moral lograda en la Sociedad de Naciones con la distribución de fotografías.

—Pero dentro de unos días tendré que regresar a Ginebra y al ir para allá pasaré otra vez a saludarle. Si para entonces pudiera proporcionarme documentación oficial del gobierno italiano sobre su ingerencia en los asuntos españoles, crea usted que se lo agradecería. Ni los socialistas franceses ni los laboristas ingleses me han podido proporcionar un solo documento. ¡Y no le digo los colegas españoles y los comunistas de por acá...!

Pensé en Miguel Albert. Después de todo, en la historia de la CNT existía, aunque bastante ignorado, el precedente de Ángel Pestaña, quien en los años 1917-1918, siendo director de *Solidaridad Obrera*, sostuvo una campaña contra el comisario de policía Bravo Portillo, del que *Solidaridad Obrera* afirmaba,

con pruebas documentales, que era espía de Alemania. Todas las pruebas estaban escritas de puño y letra de Bravo Portillo, quien se volvía loco declarando que dichas cartas eran de su letra pero que no recordaba haberlas escrito.

Y tenía razón, pero no le valió. Las cartas eran obra del falsificador más famoso que recuerda la picaresca española. Se llamaba Mariano Conde, hombre generoso y muy conocedor de la gramática castellana y de la retórica. Con una nota manuscrita de Bravo Portillo que pudo lograr Pestaña, Mariano Conde fue produciendo todos los documentos que aparecieron como escritos por Bravo Portillo.

Llamé a Miguel Albert. Le dije que posiblemente podría encontrar en el consulado de Italia —en aquel momento todavía no se habían roto las relaciones con Mussolini— documentos procedentes de Roma y que tuviesen los sellos de algún ministerio italiano. De aceptar él hacer una visita al consulado y romper lo que fuese menester, le prometía defenderle en caso de tener algún contratiempo.

—No creo que te veas precisado a tener que defenderme.

Tuvo mucha suerte. Se pasó varios días observando entradas y salidas del consulado. Un día vio que de un automóvil bajaban una maleta, al parecer pesada, y que la subían al consulado. Aquella noche hizo saltar la cerradura de la puerta y violentó la maleta. Viendo que contenía papeles con timbres y sellos de ministerios italianos, la trajo al Comité de Milicias, metiendo su auto en el patio de Capitanía general. Los de mi escolta, que ya lo conocían, lo dejaron pasar y fueron a llamarme.

La reunión del Comité de Milicias acababa de terminar hacía un momento. Eran las cuatro de la madrugada y ya me había acostado en mi camastro.

Por la descripción de Aranda, pensé que se trataba de Miguel Albert. Tenía a su lado una maleta y abrió fácilmente los candados. Saqué muchas cartas, oficios, bastantes de ellos para ser transmitidos al embajador de Italia. Yo estaba muerto de sueño. Ajusté los cerrojos de la maleta y la metí dentro de un armario metálico que tenía en mi despacho.

Miguel Albert me había traído una valija diplomática.

Cuando Alvarez del Vayo vio el contenido de la valija, me dijo:

—Cuando le expliqué a Largo Caballero lo de las fotografías de Mallorca, no pudo contener la carcajada, él que nunca sonríe. Me pregunto qué le pasará cuando le cuente que me ha entregado usted la valija diplomática italiana.

Hice todo lo humanamente posible para ayudar a Alvarez del Vayo en el desempeño de su misión en la Sociedad de Naciones. ¿Podría lograr algo positivo en los debates? ¿Lograría modificar la actitud negativa hacia nosotros adoptada por las naciones llamadas democráticas?

Ciertamente que no. En tanto les fuese posible evitarlo, la Unión Soviética, Francia, Inglaterra y Estados Unidos no darían motivos que sirviesen de detonador de una conflagración universal. La intervención de Italia y Alemania en los asuntos españoles era también camuflada, manteniendo todavía las relaciones diplomáticas con la República española. Una intervención de cualquiera de los bloques existentes hubiera producido irremisiblemente el estallido de la guerra universal. En tal situación, ¿podía lograr algo Alvarez del Vayo?

Nuestro error— de los anarquistas— fue no haber tomado de un zarpazo el poder, dando a la lucha la fisonomía antifascista que tuvo en los primeros momentos, sustrayéndola al peligro de pasar bajo el dominio soviético, que equivalía a la penetración de la URSS en el suroeste de Europa. Porque no era un secreto la hipoteca soviética de Maciá, heredada por Companys, que obligaba a permitir la propagación del Partido Comunista de España, Cataluña fue

el primer lugar en el mundo en que se constituyó el Frente Popular, inmediatamente después de que Dimitrov lo propugnase desde la Komintern. Largo Caballero, tras de un letargo de más de 30 años de líder reformista del PSOE y de la UGT, se despertó revolucionario a la voz en grito de los comunistas que lo proclamaban «el Lenin español». Después del triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, Largo Caballero impidió la colaboración gubernamental de los socialistas con los republicanos. Dadas las escasas fuerzas de éstos, ello suponía inevitablemente la toma del poder por el PSOE. Como así aconteció. Fue responsabilidad de Largo Caballero, de la UGT y del PSOE, el que los partidos republicanos diesen en dos meses el lamentable espectáculo de tres crisis gubernamentales.

En aquellos momentos, y pese al cinturón establecido a su alrededor por republicanos, socialistas y comunistas, lo único políticamente sólido era el Comité de Milicias Antifascistas. Órgano de unidad de acción, con el equilibrio que le daba la preponderancia anarcosindicalista, y no enfeudado a ninguno de los bloques en pugna, de haberse convertido en eje de la vida española, pudo polarizar la ayuda de los liberales y de los demócratas del mundo libres del temor de hacer el juego a los comunistas y a la URSS.

El oro de España

Juan Montserrat era uno de los militantes de la CNT a los que nunca logré entender. En el extranjero —lo conocí en el congreso anarquista celebrado en Marsella en 1926— su posición fue siempre la de un anarquista puro. En España lo traté en el sindicato Fabril y Textil de Barcelona, ya en plena República. Su posición era entonces obrerista, sindicalista de tendencias reformistas, y en aquellos tiempos de «faístas» y «treintistas», más bien inclinado a los «treintistas». Pero era uno de los mejores militantes de su sindicato, del que fue presidente en varias ocasiones.

Siendo presidente de su sindicato, constituimos —con Ricardo Sanz y conmigo— la Comisión dictaminadora sobre comunismo libertario, ponencia que el sindicato Fabril y Textil de Barcelona iba a presentar al Congreso nacional de Zaragoza. Fui yo el redactor del dictamen, pero la colaboración de Montserrat y Sanz fue muy útil en la redacción final de la ponencia.¹

En el Congreso de Zaragoza, Juan Montserrat se comportó lealmente en el mantenimiento de los acuerdos de la asamblea de nuestro sindicato. Después del 23 de julio de 1936, Montserrat se sumó decididamente a los mayoritarios, pasando a ser uno más del grupo que rodeaba a Santillán.

Por eso me llamó la atención que viniese a visitarme al Comité de Milicias. No podía imaginar de qué tendría que hablarme Juan Montserrat, a la sazón sustituido en la presidencia de su sindicato por el compañero Silvestre.

Le escuché atentamente. Debo confesar que, cosa que me ocurría pocas veces, nunca pude entender las idas y venidas del pensamiento de Montserrat. En aquella ocasión, menos que nunca.

—¿Has tenido noticias de lo que está haciendo con el oro del Banco de España el gobierno de Madrid?

—No, no sé nada.

—Ultimamente he tenido que realizar por encargo de la Organización unas gestiones que me han llevado hasta Cartagena. Allí pude enterarme de que se ha estado embarcando el oro del Banco de España. Me mostraron uno de los

1. [NDE]. Véase la página 137.

barcos en que lo cargaron, pero nadie pudo decirme qué destino tenían esos barcos. ¿Lo sabes tú? ¿Lo sabe el Comité de Milicias?

Le contesté que no estaba enterado del asunto.

—Y ahora que lo sabes, ¿no podrías apoderarte de ese oro y traerlo a Barcelona, para que el Comité de Milicias pueda comprar las armas que necesita?

—Tu información es valiosísima, pero ¿qué puedo hacer yo? Me dices que el oro está en Cartagena. No ignoras que la autoridad del Comité de Milicias tiene unos límites, que son los de Cataluña y la parte de Aragón ocupada por nuestras fuerzas. Tampoco ignoras que la CNT catalana nada puede hacer fuera de Cataluña; la CNT es una confederación de confederaciones regionales con autonomía rayana en la independencia.

—Lo sé perfectamente, pero ¿no podrías improvisar algo que te permitiese intervenir enérgicamente en lo del oro?

Y adujo como ejemplo el envío a Valencia de los dos camiones con compañeros de las barriadas del Clot y Pueblo Nuevo, al mando de «Valencia» y Alfonso Miguel.

—Sí, claro, Montserrat. Mira cómo veo yo la cosa: preparar dos camiones con unos cincuenta compañeros, escogidos en la sección marítima del sindicato del Transporte, armados de fusiles, fusiles ametralladores y granadas de mano. Despacharlos a Cartagena, de manera que lleguen al anochecer. Tomar por asalto el barco, obligar a la marinería a hacerse a la mar y en cuanto lleguen a las aguas territoriales de Cataluña, yo apareceré para hacerme cargo de los barcos y del oro, cubriendo la empresa con el manto del Comité de Milicias. ¿Te parece bueno el plan?

—Lo veo magníficamente concebido.

—Se puede empezar a ponerlo en práctica inmediatamente. Yo baso la organización de cuanto emprendo en un solo compañero. En estos momentos, solamente tengo un compañero capaz de encargarse de una misión de tanta importancia. Y ese compañero eres tú. Dime si aceptas, y enseguida pondremos manos a la obra.

—No te digo que no, pero tengo que meditar y estudiarlo con calma. Si me decido te lo comunicaré.

Nos despedimos. Me quedé sin entender a Montserrat. Algo me decía que debía recelar. No era normal que me indicase a mí la situación del oro del Banco de España. Debí comunicarlo a Abad de Santillán y a Federica Montseny.

¿Fue suya la iniciativa? Nada resolvió Montserrat sobre la propuesta que le hice. Cuando vino a visitarme, ¿pensaba que yo saldría disparado hacia Cartagena?

Los que huían de la FAI

La FAI, creada para preservar a la CNT del contagio reformista; llamada a ser el guardián de la revolución que implantase el comunismo libertario, había bajado la guardia y dado paso a elementos de la clase media y en el instante de las decisiones históricas sería ella la que diese el frenazo al movimiento siempre ascendente de la CNT.¹

Los hombres de la FAI realizaron grandes esfuerzos para aparecer como revolucionarios de buena conducta. Secundaron las presiones del presidente Companys cuando éste se declaraba alarmado por los crímenes que según él se cometían en las calles de Barcelona, y los órganos directivos de la CNT y de la FAI publicaron en los periódicos sendos comunicados tan alarmistas y

1. [NDE], Sobre la creación de la FAI, véanse las páginas 120 y siguientes.

condenatorios que al leerlos se podía pensar que Barcelona era presa del más inicuo bandolerismo.

Cosa rara. La revolución en Barcelona y en Cataluña se estaba desarrollando como revolución única en los anales de la historia por las escasas violencias que se cometían. En el Comité de Milicias no hicimos caso a las presiones de Companys, por considerarlas interesadas en determinado sentido.

Cosa no tan rara se estaba observando en los perfiles de una propaganda aviesa, encaminada a achacar a los hombres de la FAI la comisión de los más horrendos delitos. Era como un rumor organizado, una insidia elaborada fríamente por quienes, preparando el futuro que les diese el poder —aquel mismo poder que la CNT y la FAI habían desdeñado— querían tener motivos aparentes para proceder a la detención y fusilamiento de todos los dirigentes de la FAI y de la CNT, porque ya entonces la ola de calumnias incluía en el calificativo «es de la FAI» a todos por igual, a los pocos de la FAI y a los muchos de la CNT.

Empero, pese a vivirse una revolución social, con la rotura de frenos que comporta, la revolución en Barcelona debe aparecer en la historia como una de las revoluciones más conscientes. Cierta que iglesias y catedrales eran saqueadas. No menos cierto era que en la mayor parte de los templos lo que debía ser de oro y pedrería resultaba haber sido sustituido por objetos de latón y vidrio. Las patrullas de requisas recogieron algunos tesoros importantes, que eran entregados en su mayor parte al Comité de Milicias. Pero en el Comité se procedió con cautela y mucho control de los objetos de valor, no quedando nunca depositados en la sede del Comité, de manera que no pudiese señalarse a ninguno de sus miembros como posible escamoteador.

Marcos Alcón fue designado como miembro del Comité de Milicias encargado de recibir a los grupos de requisas y de acompañarlos al palacio de la Generalidad, donde el consejero de Cultura, Ventura Gassol, hacía de depositario. De todas las piezas de valor se hacía un inventario detallado, y de este inventario se hacían tres ejemplares, que firmaban el que aparecía como jefe del grupo de requisas, el consejero de Cultura Ventura Gassol y el miembro del Comité de Milicias responsable. Cada parte se guardaba su partida de inventario.

Había honradez y escrupulosidad. Pero no eran válidas tantas virtudes. Se propalaba el bandidismo de los de la FAI, lo que también quería decir de los de la CNT. Y salían esos rumores difamatorios al extranjero, recogidos por los periódicos. Era corriente leer en los periódicos franceses declaraciones como la siguiente: «He huido de la FAI». «He huido porque los de la FAI querían asesinarme.» A veces, tales declaraciones provenían de políticos que ocupaban altos cargos en la Administración catalana o española. En el acto, eran transmitidas por las agencias de información a todo el mundo.

Los hombres de la CNT y de la FAI, tan inocentes al renunciar a su revolución, habrían de pagar caro su pecado.

No son exageraciones, porque...

Un día, sin despedirse de nadie, desapareció de Barcelona España, consejero de Gobernación de la Generalidad de Cataluña y miembro prominente de Esquerza Republicana. Al día siguiente apareció en Francia, con prisas por ser interrogado por la prensa y las agencias de información. Cuando lo logró, dijo: «Señores, aquello es un infierno. Los de la FAI saquean y matan. He tenido que huir porque iba a ser asesinado por los de la FAI».

El gobierno de la Generalidad de Cataluña, dirigido por hombres de la Esquerza Republicana de Cataluña, de la que era miembro prominente el señor España, consejero de Gobernación, se calló la huida del personaje. Y alguien

le puso mordaza a un reportero, Solsona, miembro de Esquerra, jefe del grupo de requisa que se llevó las joyas de la virgen de la Merced, porque andaba diciendo que esas joyas las habían entregado hacía unos días al consejero de Gobernación, España, y que no habían sido depositadas por éste en la Generalidad.

Honrada persona, el honorable consejero de Gobierno de la Generalidad de Cataluña. Había huido, dijo, para no ser asesinado por los de la FAI.

No son exageraciones, porque...

Entró Aurelio Fernández. Era raro que no estuviese enterado de cuanto se decía.

—¿Ya sabes la novedad? Ventura Gassol, consejero de Cultura del nuevo Consejo de la Generalidad, ha huido a Francia. En llegando ha declarado a los periodistas: «Vengo huyendo de Barcelona porque los de la FAI querían asesinarme».

Todo podía esperarme, menos la huida de Ventura Gassol. Y menos aún, sus declaraciones. Ventura Gassol no era un cualquiera. Era el último hombre de confianza de Maciá, quien mantenía los ideales separatistas dentro de la Esquerra Republicana de Cataluña. Quedaban otros de talla regular, como los hermanos Ayguader, Jaime el más serio, y Artemio, medio señorito sin ocupación; los hermanos Marlés, que también estuvieron con Maciá en París, se habían pasado al comunismo y figuraban en el PSUC. Compte, también de los de París, se separó de Maciá para capitanear el marxista Partit Proletari CATALA y encontró muerte heroica al hacer frente, desde el Centre Autonomista de Dependents, al ejército en octubre de 1934.

¿Ventura Gassol? No era posible. Aquella huida tenía demasiado aspecto de farsa mal ensayada y peor representada.

¿Discrepancias de fondo con Companys, demasiado entregado al cónsul soviético Antónov-Ovseenko, que se comportaba como si fuese un virrey?

¿O demasiado entregado a los comunistas del PSUC, cuyo jefe, Joan Comorera, parecía un reptil enroscado en torno a Companys, como queriendo hipnotizarlo a través de sus gruesas lentes de miope?

Habría que ver lo que había detrás de la huida de Ventura Gassol. Me dirigí al palacio de la Generalidad para entrevistarme con José Tarradellas, consejero presidente de aquel lamentable Consejo que hacía unos días se había constituido y en el que Ventura Gassol fue ratificado en la consejería de Cultura.

Tarradellas me recibió en el acto. Estaba visiblemente perturbado. Le dije:

—Se dice que Ventura Gassol ha huido a Francia.

—Sí, lo sé.

—Y que al llegar a Francia declaró a los periodistas que huía porque los de la FAI querían asesinarle, cosa que también había declarado el consejero de Gobernación, España, que huyó al día siguiente de ser llevadas a Gobernación las joyas de La Merced por el grupo capitaneado por un tal Solsona.

—Yo desconozco esos detalles. Sí sé que España hizo una desdichada huida.

—Supongo que no ignoras que Ventura Gassol era también depositario de los tesoros requisados en Cataluña, entregados al Comité de Milicias Antifascistas.

—Sí. Y pues que sé a lo que vienes, quiero responder a la pregunta que piensas hacerme. Ignoramos si falta algo de los tesoros a él confiados, porque no aparecen los registros de los depósitos. Además de los depósitos que se hicieron en nombre del Comité de Milicias, también se dio entrada a otros que vinieron directamente a la Generalidad. Y tú, que lo conociste bien en París, debes saber que tenía gran afición a la numismática.

—Se me hace muy duro pensar que un hombre como Ventura Gassol haya huido solamente para satisfacer su afición a la numismática. ¿Es que tú o Companys tuvisteis alguna fricción con él?

—No, yo no —dijo Tarradellas.

Estaba indignado por la huida de Ventura Gassol y su infame declaración a los periodistas. Estaba preocupado por lo que podía esconder aquella inesperada fuga. Pedí hablar con Marianet:

—Tengo entendido que el Comité regional tiene una delegación en París, compuesta por Mascarell, Facundo Roca y Nemesio Gálvez. ¿Podrías encargarnos que investiguen las idas y venidas de Ventura Gassol?

—Sí, me parece muy bien. Pero dudo de que esos compañeros sepan realizar esa clase de investigación. Lo pasaré a Escorza, para que él envíe a París a alguien que, sin ser conocido de los huidos, pueda informarnos pronto.

Una semana después, Marianet me comunicó que Ventura Gassol se reunía con otros catalanistas en París. Eran de Esquerra, de Acció Catalana, de Estat Cátala y hasta de la Lliga. Tenían reuniones con nacionalistas vascos y se relacionaban con monárquicos españoles. Algo tramaban, pero sería trabajoso saberlo y conseguir pruebas. El que informaba era Minué, de la Comisión de Investigación de Escorza, que dependía de los tres Comités regionales, el de la CNT, el de la FAI y el de la FUL. Opinaba que podría hacerse un expediente, obteniendo pruebas a como diese lugar.

Dije a Marianet que consideraba muy interesante la información y que me daba por satisfecho. Era cosa del Comité regional decidir si las investigaciones debían ser proseguidas en París.

Protección a las minorías

Dos miembros de Estat Cátala solicitaron ser recibidos por mí. Uno de ellos le dijo a mi secretario que me conocía del café cantante El Tupinet, de Sans. Se llamaba Ricard, y él que lo acompañaba, Picart. Ricard actuaba algunas noches cantando en el Tupinet como aficionado, recibiendo de don Bartomeu, el dueño, pequeñas cantidades. No era mala persona. Yo trabajaba de camarero en el Tupinet. Eran tiempos duros los del bienio negro y tuve que volver al trabajo de camarero.

En aquellos tiempos se pusieron de moda en Barcelona los «*cau d'art*» o «*tabernas deis cantors*», adaptación de cierta especie de cabarets de París, el más famoso de los cuales era el «Caveau de la Bolee», en la calle de la Hiron-delle. «La Bolee», según me contaron, quiere decir en el argot parisién más canalla «la cita».

Había otro en Montmartre, a espaldas de la plaza Pigalle, el «Grenier Grin-goire», muy famoso por sus cantantes y declamadores revolucionarios, y por haber sido donde el joven Felipe Daudet se convirtió al anarquismo, quién sabe si huyendo del peso de ser hijo de León Daudet, jefe de Acción Francesa o de la obesión de ser nieto del otro Daudet: Alfonso, el autor del *Tartarín de Tarascón*.

En la plaza Pigalle, yendo hacia la plaza Blanche, estaba el cabaret de Bruant, anarquista individualista, tocado con su gran chambergo negro, cubierto con su capa negra con guardas rojas, fantástico anticipo de la bandera rojinegra.

Las tabernas de cantantes de Barcelona se conformaron con imitar aquel género de cabarets. Se cantaban trozos de las zarzuelas más famosas. Se re-

citaban poesías a la manera de Bertha Singerman, muy de moda entonces. Uno de los tenores ligeros que mejor cantaba era precisamente Ricard, que ahora venía a visitarme con Picart en nombre de Estat Cántala. La misión que traían debía tener relación con el acuerdo que adoptara el Comité de Milicias de no dar entrada en él al pequeño partido Estat Cántala, propuesta de exclusión que partió de Tarradellas, en nombre de la Esquerra.

El partido Estat Cántala había sido fundado por Maciá e incorporado como tendencia nacionalista catalana al conjunto Esquerra Republicana de Catalunya, que aglomeraba además a los republicanos jacobinos de Companys y a la fracción obrerista que abandonó la CNT, como Martí Barrera, Simón Piera, Sebastián Ciará y otros.

Estat Cántala no aceptó nunca del todo la renuncia a la independencia de Cataluña que hiciera Maciá en aras del entendimiento con las izquierdas españolas. Al producirse la muerte de Maciá, los separatistas de Estat Cántala pensaron que debía elegirse a un catalanista de verdad para sucederle en la dirección de Esquerra Republicana de Catalunya. Pensaban en un Albert, en un Pi y Sunyer o en Jaume Ayguader. Nunca creyeron que sería designado Companys, y menos que la sucesión fuese determinada por la voluntad de Maciá en los últimos momentos de su vida. Era el mantenimiento de la hipoteca con la Komintern. Dencás y Badía no perdieron el tiempo: lo opuesto a Moscú era Roma. Establecieron allí contactos, debieron mediar algunos convenios, y fueron creados los *escamots*, embrión armado de cualquier tipo de fascismo.

Dencás, terminado lo de octubre, se refugió en Roma. Inmediatamente después del triunfo electoral de las izquierdas, fue asesinado Badía junto con un hermano suyo. Nadie dudó de que se trataba de un ajuste de cuentas.

¿Estaba todo olvidado? No. La chispa brotó del fuego soterrado con la propuesta de excluir a Estat Cántala del Comité de Milicias.

No me gustó mucho aquella exigencia. Expresé que solamente en principio podía aceptarla, sin perjuicio de que, si se presentaba el caso, se oyese a ambas partes. De esta manera, pensaba yo, evitábamos comprometernos en una persecución de los miembros que pudiesen quedar de Estat Cántala, partido que no había sido puesto fuera de la ley por la Esquerra cuando todavía no existía el Comité de Milicias.

Habría que escuchar a los dos representantes de Estat Cántala. El más viejo era Ricard, pequeño, gordinflón, con tipo de holandés. Su compañero, Picart, era pequeño pero delgado, sonrosado y rubio, bastante más joven.

Se les notaba empequeñecidos, abrumados por la discriminación de que se sentían víctimas. Casi no sabían cómo empezar la entrevista. Se arrancó a hablar Ricard:

—Por acuerdo de lo que queda de nuestro partido de Estat Cántala, tenemos el encargo de comunicarte dos cosas: la primera, hacer constar nuestra posición antifascista contraria a la sublevación de los militares y falangistas, a los que combatimos en la calle los días 19 y 20 de julio junto con compañeros vuestros. Y, segundo, que, resignados a no pertenecer al Comité de Milicias Antifascistas de Catalunya, se nos permita organizar una columna de separatistas catalanes y se nos asigne un lugar de lucha en el frente de Aragón.

Les contesté:

—Por mi parte, podéis desde este momento preparar vuestra columna y marchar. Pero iréis al frente Sur Ebro, al cuidado de Antonio Ortiz. ¿Estáis de acuerdo?

—Seremos unos cuatrocientos, aunque no tenemos armamento para todos —alegó Ricard.

—Presentaros a Ricardo Sanz. El os proporcionará lo que os haga falta. Yo le avisaré. También avisaré a Ortiz.

Entre los representantes reunidos en el saloncito del palacio de la Generalidad el día 20 de julio por la tarde, al que Companys hizo pasar a la delegación del Comité regional de la CNT, se encontraba Pey Poch, segundo en las jerarquías de Acció Catalana. No estaba presente su líder máximo, Nicolau D'Olwer. Acció Catalana era el partido más pequeño de todo el conglomerado político de Cataluña. Sin embargo, era un partido que se había creado una aureola de respetabilidad. El gobernador del Banco de España era el presidente de aquel partido, Luis Nicolau D'Olwer.

Pey Poch era un catalanista de maneras muy ñinas. Como la totalidad de los representantes de partidos reunidos en torno a Companys aquel día, Comorera de la Unió Socialista de Catalunya, Calvet de los *Rabassaires*, Vidiella de la UGT de Cataluña y Nin del POUM, era un sostenedor del orden liberal burgués que encarnaban Companys y Esquerra Republicana de Catalunya.

Las maneras circunspectas con que penetramos, precedidos de Companys, en el sagrario del orden establecido, hacían pensar que cada uno esperaba, por lo menos, ser consejero del gobierno de la Generalidad, y no descender a la categoría de miembro de un Comité de Milicias. A la hora de constituirse el Comité de Milicias, ninguno de los asistentes apareció como representante en el Comité.

La persona designada por Acció Catalana para representar al partido en el Comité de Milicias fue Tomás Fábregas, a quien nadie conocía entonces. Pero Tomás Fábregas resultó ser una persona de facultades excepcionales. Propuesto, con José Asens, para la organización de Patrullas de Control, aceptó el cargo y lo desempeñó bien. No creó problemas de competencia ni hizo obstrucción a Asens; antes al contrario, se comportó como si fuese un representante confederal.

Un día me pidió hablar a solas conmigo. Me dijo que no podía seguir representando a Acció Catalana en el Comité de Milicias porque todos los directivos del partido habían huido a Francia dejándolo solo.

Me di cuenta de que era sincero. Le dije que habíamos pretendido hacer del Comité de Milicias un órgano de expresión de todos los sectores antifascistas de Cataluña. Cuando se constituyó, Acció Catalana existía y seguía existiendo por la presencia continua de su representante. Por lo tanto, era y seguiría siendo del Comité de Milicias, en representación del partido Acció Catalana.

Una noche se produjo un gran revuelo en el Comité de Milicias. Al parecer, lo hubo igualmente en toda la ciudad. Acababan de llamarme del Comité regional de la CNT Marianet y Federica Montseny, muy alarmados, pues habían recibido informes telefónicos de compañeros de poblaciones marítimas sobre el paso de barcos sospechosos a lo largo de Barcelona, que se acercaban bastante a las costas y luego retrocedían, como para llevar a cabo desembarcos de tropas, presumiblemente desde Mallorca.

Esta alarma, que resultó infundada, me planteó el problema de nuestra carencia total de vigilancia y de defensa del litoral de Cataluña, bastante largo.

Algo sencillo y rápido habría que crear; los espías franquistas que sin duda había en nuestra zona, a aquellas horas debían estar informando de la alarma

1. [NDA]. Era en tiempos en que todos los jefes de Acció Catalana afirmaban tener miedo a ser matados por los de la PAL. Cuando Acció Catalana pasó a formar parte del gobierno de Tarradellas, desde París y desde Toulouse calcularon que los militantes de la FAI, vulgo anarcosindicalistas revolucionarios, serían separados del Comité de Milicias, de Seguridad Interior, de las Patrullas de Control y disueltos los Consejos de Obreros y Soldados. Y se produjo la vuelta rápida a Barcelona de Pey Poch y demás capitostes de Acció Catalana.

y la carencia de sistema defensivo, lo que podría determinar al mando enemigo a sorprendernos cualquier noche, convirtiendo nuestras playas en campos de batallas.

Puesto en el lugar del enemigo, me pregunté dónde prepararía un desembarco, o dos al mismo tiempo. Deseché las costas de la provincia de Barcelona, en las que todo estaba muy vigilado y que era centro de la mayoría de las fuerzas organizadas. En cambio, Salou y Cambrils, en la provincia de Tarragona, donde podrían aprovechar sus pequeños puertos pesqueros, y las calas y caletas de la Costa Brava de la provincia de Gerona, sí se prestaban para cortarnos el camino hacia Francia por el norte y hacia Levante y Madrid por el sur.

Creamos, pues, dos Comisariados de Defensa de Costas. Uno, el de Gerona, estaría al mando de Francisco Isgleas, persona de arraigo entre los compañeros de aquellas Comarcas.

Pero, ¿a quién acudir para jefe del Comisariado de Costas de la provincia de Tarragona? Con los puestos de Defensa de Barcelona y Gerona, la CNT pasaba a tener el 66 % de las costas. Dada la actitud poco colaboracionista en que se había colocado la Esquerra, no me parecía prudente confiarles aquella responsabilidad. Además, carecían de hombres de acción, que es lo que se necesitaba, y no burócratas, que tenían con creces. Tampoco era prudente confiar el puesto al PSUC, cuya creación databa aproximadamente de hacía un mes, y que constituía un conglomerado de socialistas catalanistas, socialistas españolistas y comunistas estalinianos, con afán estos últimos de apoderarse en exclusiva del partido.

Me quedaba el POUM, pero también por este lado se presentaban inconvenientes: no se perfilaba muy clara la actitud del POUM en el pleito entre el Comité de Milicias y el gobierno de la Generalidad. El POUM no se pronunciaba a favor de los anarcosindicalistas, que no acatábamos las directrices de Companys, ni se manifestaba tampoco ostensiblemente partidario de la Generalidad. Como buen partido marxista leninista, se reservaba para el final, con la esperanza de alzarse con el santo y el altar si se descuidaban los catalanistas y los anarcosindicalistas.

Por otra parte, en cierto sentido, al POUM le ocurrían cosas que tenían cierta analogía con las que se habían dado en Estat CATALA. Dencás había encontrado refugio en Italia, y la gente se preguntaba extrañada qué ocurría con Maurín, líder de POUM, al parecer detenido en la zona franquista, y que no había sido fusilado.

Tenía que decidir. Consideraba que lo de Maurín se aclararía algún día, y no debía prejuzgar. Debía tener en cuenta que el POUM había estado más cerca de Companys que del Comité de Milicias, y que a partir de la tentativa abortada de formación de un nuevo gobierno de la Generalidad con el PSUC y los *Rábassaires*, pero sin el POUM, los poumistas gravitaban cada día más hacia la CNT y la FAI.

Llamé al Comité de Milicias a Francisco Oliva, ex compañero y amigo mío de Reus. Cuando organicé la Comarcal en 1920, formé a algunos jóvenes militantes, entre ellos Oliva, quien nos dejaría por el trotsquismo y el POUM, siendo en aquel entonces su responsable en la provincia de Tarragona.

—Necesito crear el Comisariado de Defensa Marítima del litoral de la provincia de Tarragona. He pensado en ti porque eres del POUM; el cargo de jefe de dicho Comisariado es al POUM a quien se le otorga. Pedirás a los demás sectores representados en el Comité de Milicias que envíen sus delegados al Comisariado, y algo parecido deberás hacer con los Comités de Defensa de los pueblos del litoral, creando unas fuerzas organizadas para repeler cualquier intento de desembarco, especialmente entre Salou y Cambrils. No olvides nun-

ca ser ponderado con los que integren contigo el Comisariado de Costas. No pretendas actuar como si fueses de un partido mayoritario. Al decidirme por el POUM, lo hago determinado por el respeto que a toda minoría se le debe.

Dos columnas sin suerte

Al regreso de la expedición a Mallorca, tan desafortunada, quedaron sueltos por la ciudad los milicianos que habían integrado la fuerza mandada por el capitán Alberto Bayo. Divididos en tres partes, fueron a parar a distintos destinos. Los de Esquerra Republicana, al mando del capitán Molero se mezclaron con elementos reclutados por el PSUC y formaron el batallón Stalin, que al mando de un comandante de milicias llamado Zapatero, miembro del Partido Comunista, fue llevado al frente de Huesca, entre las fuerzas de Del Barrio y las de Trueba.

El resto de la expedición estaba compuesta de voluntarios anarcosindicalistas. Si al partir para la fracasada empresa se procedió al margen del Comité de Milicias, ahora íbamos a asistir a una cosa análoga con los voluntarios anarcosindicalistas recuperados.

Bajo la responsabilidad de Federica Montseny y Abad de Santillán, con los compañeros regresados de la expedición mallorquina, a los que se sumaron otros contingentes, se creó una columna llamada «Tierra y Libertad», en recuerdo del movimiento emancipador de Zapata y de la revista de ese nombre que se editaba en Barcelona y que por entonces dirigía Abad de Santillán.

Al proceder a espaldas de mi departamento, Federica Montseny pretendía, no sólo ponerme una zancadilla, sino que además tenía planeado ir a Madrid para presidir la llegada de la columna «Tierra y Libertad», presintiendo que después de los éxitos que lograría, pasaría a ser la columna «Federica Montseny». Pensó que se convertiría entonces en la primera mujer de España, que es a lo que siempre aspiró. Lo había logrado en Cataluña, dentro de la comunidad de sindicalistas y anarquistas. Lo había conseguido casi sin esfuerzo. Y no porque en Cataluña no hubiesen existido mujeres militantes revolucionarias. Las hubo, y muy buenas.

Ella las eclipsó totalmente. Autora de novelitas cursis, se había impuesto. Federica Montseny acabó con la preeminencia de una luchadora tan impresionante como Libertad Rodenas, «la pálida vestal del sindicalismo rojo», como la calificara allá por el año 1919 el periodista y agitador revolucionario Angel Samblancat en las columnas de *El Diluvio* de Barcelona. Era una gran mujer-cita Libertad Rodenas. Al oír su nombre, la pléyade de jóvenes de acción que hacía frente a los esbirros de la patronal y de los gobernadores civiles se emocionaban porque la consideraban una hermana de armas. Era la novia de todos ellos. La venció Federica Montseny sin haber logrado nunca estremecer a ningún joven de acción.

También había eclipsado a Rosario Dolcet, la pequeña, dulce, delgada militante obrera que tantas conferencias había dado, impresionando a los públicos de obreras textiles de Barcelona y de las comarcas fabriles de Cataluña.

Por un momento pareció que Balbina Pi no se dejaría desplazar por Federica Montseny. Balbina Pi era una obrera de gran belleza. Tomaba parte en mítines y lo hacía bastante bien. Con estímulos y presencia en la tribuna anarcosindicalista, es posible que hubiese cerrado el paso a Federica Montseny. No lo hicimos, y debimos haberlo hecho. Lo sentire siempre, pues aunque no fui uno de los muchos enamorados que tuvo Balbina, no podré olvidar que fueron ella y María, la compañera de Pestaña, las que cosieron, en el piso de ésta en

la calle de San Jerónimo, las dos piezas de tela roja y negra de las banderas que ondearon el Primero de Mayo de 1931.

Con sus triunfos fáciles sobre tan buenas compañeras, Federica Montseny se consideraba ya la mujer de más renombre en España. La diputada Victoria Kent no le causaba inquietud, porque si bien era mencionada en un cuplet de revista ligera, se la tragó su puesto de director general de Prisiones. Otra cosa era la diputada Margarita Nelken, no se sabe si comunista o socialista revolucionaria, guapetona todavía y muy metida en las Juventudes Socialistas Unificadas. Entre ella y Federica había una competencia entre dos mujeres de la clase media. La Nelken, con estudios universitarios y crítica de arte. La Montseny, sin haber completado sus estudios universitarios y autora de novelas fáciles. Aquélla, muy culta, pero hablando con empaque. Esta, derivando hacia una demagogia que sonaba a liberalismo radicalizado, pues para ella no existían como clase los obreros y obreras.

Ambas especies de militantes revolucionarias no podían subsistir mucho tiempo. Y fueron los comunistas los que les dieron el golpe mortal, del que no se recuperarían ya nunca. Ellos acabaron con el endeble prestigio revolucionario de esas dos genuinas representantes de la clase media burguesa.

Después del octubre asturiano, surgió una mujer y un nombre. La mujer, de familia de mineros, joven aún, vestida siempre de negro, sin ostentación y con ropas de corte sencillo, de facciones casi helénicas, el pelo negro recogido sobre la nuca y de cutis de blancura marmórea. Belleza y sencillez. Y un apodo de melodrama barato, de esos que hacen el éxito de los folletines de entrega semanal, «La Pasionaria». Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», aupada por el aparato comunista de propaganda, pronto fue famosa en todo el mundo.

Los anarcosindicalistas sufrimos un fuerte quebranto con la aparición de «La Pasionaria». Nos estaba bien empleado, porque siendo los anarcosindicalistas los más próximos a la vida del proletariado, ¿cómo pudimos consentir que una mujer de la clase media, sin ímpetus de luchadora, apareciera como nuestro exponente con su empaque de menestrala acomodada?

Este era el secreto del maniobreo de Federica Montseny con la columna «Tierra y Libertad». Federica Montseny había perdido la gran oportunidad de acabar con el prestigio artificial de «La Pasionaria». Su oportunidad la tuvo los días 18, 19 y 20 de julio. Si Federica hubiese estado con el grupo «Nosotros» en el corte del Paralelo, hubiese desfilado fusil en mano por la ronda de San Pablo y al día siguiente hubiese estado junto a Ascaso cuando éste recibió la bala en la frente, Federica Montseny hubiese sido única, como únicos fueron los tres días de julio de la batalla de Barcelona.

Durante esos días no se supo de Federica Montseny. No apareció por la Organización. No habló por radio, como lo estuvo haciendo «La Pasionaria». No luchó en ningún sitio. Acabada la lucha, apareció por la Organización: era un líder frustrado.

La columna «Tierra y Libertad» llegó a Madrid. No fue recibida con vítores ni agasajos. Madrid no estaba para festejos. Los madrileños estaban muy ocupados con sus angustias de ciudadanos cada día más cercados por los militares y los fascistas. Cierto que las primeras fuerzas que de fuera llegaron a Madrid encontraron una sonrisa de bienvenida de los atareados madrileños. Pero nada más. Y tratándose de una columna de anarquistas, en aquella ciudad oficialmente comunista y socialista, la bienvenida tuvo aires de indiferencia.

El Estado Mayor que defendía Madrid asignó a la columna «Tierra y Libertad» un puesto tan batido por la artillería enemiga que, al llegar a las posiciones, fueron materialmente barridos por una lluvia de proyectiles de una con-

centración artillera cuyo cometido era batir incansablemente aquel sector, cercano a un nudo de comunicaciones importante. La columna no podía ni moverse. Para poder hacerlo, hubiese sido menester la protección artillera de contrabatería para silenciar al enemigo. Pero no era así. Carecían de artillería de protección, no tenían morteros; contaban solamente con sus fusiles y dos o tres fusiles ametralladores. Cuando se cansaron de ser carne de cañón, dejando los cuerpos destrozados de muchos compañeros, se fueron replegando, logrando al fin una digna retirada del frente.

Federica no esperó a que pudiesen reorganizarse. Ni se dio cuenta de que poniendo lo que quedaba de la columna «Tierra y Libertad» junto a los compañeros que mandaba Cipriano Mera, hubiese podido dar nacimiento a una fuerza anarcosindicalista en Madrid, a la que, poco a poco, se hubieran ido sumando otros elementos simpatizantes de las zonas Sur y Levante; algo así como una especie de Quinto Regimiento como el que los comunistas trataban de formar. ¡Cuántas cosas podían hacerse con los compañeros de «Tierra y Libertad»! Muchas; todo menos regresar a Cataluña, donde serían objeto de burla: con aquella retirada ya eran dos las que había realizado aquella fuerza, la de Mallorca con Bayo y la de Madrid con Federica.

Lo menos que pudieron hacer Abad de Santillán y Federica, ya que no me apercibieron de la partida de la «Tierra y Libertad» a Madrid, era consultarme sobre lo que podría hacerse con los compañeros de aquella columna. Algo no tan desmoralizador como hacerlos regresar, por segunda vez, en estado de derrota.

Me tocó vivir desde sus inicios la mala suerte de otra columna, «Los Aguiluchos». El nombre le venía de que en un mitin que diera yo a los miembros de las Juventudes Libertarias les llamé «aguiluchos de la FAI».

Hacía tiempo que me tenía intranquilo la parálisis de nuestras fuerzas en el frente de Aragón, tanto los anarcosindicalistas como los comunistas, los marxistas y los de la Esquerra. Dadas las posiciones que ocupaban y la situación en que estaban colocadas las fuerzas enemigas, estaba claro que el desenlace se produciría cualquier día por iniciativa nuestra o por iniciativa del enemigo. Para mí era evidente que quien tomara la iniciativa, si ésta respondía a un plan de maniobra audaz, tendría muchas posibilidades de lograr una victoria resonante, que comportaría la rotura del frente de Aragón.

Un ataque frontal para tomar Zaragoza no podría ya ser realizado por ninguna de las columnas que teníamos en los frentes de Aragón. Calculaba que la toma de Zaragoza sería la consecuencia del desmoronamiento de su actual sistema defensivo, que tenía por base la orilla del Ebro.

Sobre el plano, veía claramente la ruta a seguir. Con una columna de diez a quince mil hombres, por el sur del Ebro, Caspe adelante, dejando de lado la sitiada Belchite, saltar, no hacia Zaragoza frontalmente, sino hacia el macizo montañoso de La Muela, de allí a Calatayud con un ala de la columna y la otra hacia adelante, tomando Zaragoza por la espalda de las posiciones fortificadas a orillas del Ebro. Cambiaría totalmente el curso de la campaña, pues las fuerzas defensoras de Zaragoza, al tener que dispersarse sobre varios frentes nuevos y mantener sus antiguas posiciones al mismo tiempo, entrarían en un estado de confusión y debilitamiento considerables. Entonces, por el frente del Ebro, Ortiz y Durruti podrían avanzar, produciéndose inevitablemente el desplome de todo el frente defensivo de los facciosos, lo que acarrearía, posiblemente, la caída de Zaragoza, de Huesca y también de Teruel.

Llame a Gregorio Joyer y a Miguel García Vivancos. Sabía que ambos estaban ansiosos por partir al frente de Aragón. Les expuse detalladamente mi plan. Para realizarlo, necesitaba de ellos dos y de una columna de diez a quin-

ce mil combatientes. Ya en marcha, habría que desorientar al enemigo, fraccionando la columna en tres ramas, con tres objetivos aparentemente distintos. Dijeron estar prestos a poner en marcha el plan. Pero mis ocupaciones apremiantes del Comité de Milicias hicieron darle largas al asunto.

Ambos hablaron con Ricardo Sanz, que en el cuartel de Pedralbes actuaba de responsable de la organización de columnas confederales. En el cartel de enrolamiento que envié para su inserción en *Solidaridad Obrera* del 19 de agosto de 1936, se invitaba a enrolarse en la columna «Los Aguiluchos», pidiendo que cada compañero fuese provisto de fusil y municiones, y que los que tuviesen ametralladoras se inscribiesen en grupo. Con Sanz se convino que se facilitasen fusiles y municiones a los que careciesen de ello.

En la Organización produjo agitación el cartel de enrolamiento aparecido en *Solidaridad Obrera*. En algunos, la alarma era justificada. En otros, no tenía razón de ser. Estaba justificada en aquellos que se preguntaban por la existencia del Comité de Milicias sin mí. Era también justificada en quienes veían con alarma la partida de diez a quince mil compañeros, que dejarían a los sindicatos sin militantes. Alarma justificada, pues, en quienes, vacías Barcelona y sus comarcas de compañeros y armamentos y ausente yo del Comité de Milicias, temían que menguara el predominio confederal en Cataluña.

No estaba justificada, en cambio, en la minoría que estaba dominando la Organización y que temía que, una vez reunidos y armados los quince mil aguiluchos, los lanzase, no a la conquista de Zaragoza, sino a la conquista de Cataluña, empezando por la Generalidad.

Y no eran justificados sus temores al atribuirme, entonces, intenciones de otro tiempo. Para mí al menos, tiempo y circunstancias habían cambiado considerablemente.

Los sindicatos y los comités procuraron disciplinar a sus militantes. Alegando que muchos Comités de sección y de fábrica se quedarían en cuadro si sus componentes se enrolaban en «Los Aguiluchos», se dio la consigna de que, para hacerlo, todo militante tenía que recabar y obtener el permiso del Comité de su sindicato o de su comarcal.

Los permisos los daban los sindicatos solamente a muchachos y muchachas jóvenes, porque no los podían negar. Eran jóvenes de 16 a 18 años de edad.

Jover y García Vivancos esperaban mi decisión. Estaban verdaderamente disgustados. Para ellos aquella empresa era la gran ilusión de su vida. Luchadores casi siempre de pequeño grupo, ahora ponerse al frente de una fuerza de unos cinco mil combatientes colmaba sus aspiraciones más altas. Y, sobre todo, les permitiría huir de la pequeña rutina en que se estaba sumiendo la Organización con su reformismo sin grandeza.

—Es lamentable —les dije—, pero mejor será desistir. Con razón unos y sin razón otros, la mayoría de la Organización desaprueba la formación de una gran columna de Aguiluchos.

—Eso no —dijo García Vivancos. Marchemos adonde sea y con quienes nos dejen. Pero marchemos. Si no para llevar a cabo tu plan, para incorporarnos a cualquier parte del frente, con Ortiz o con Domingo Ascaso y Aldabaldetreco.

—Eso opino yo también —dijo Jover—. Ya he dimitido de mi puesto en el Comité regional. Marchemos; después regresas y nos dejas a nosotros al mando de la columna. Al cabo, tendrías ocasión de palpar lo que ocurre en el frente.

Al fin salió la columna «Los Aguiluchos» del cuartel de Pedralbes, regularmente equipada y vestida, con armamento de fusiles y algunas ametralladoras.¹

1. [NDA]. La columna contaba con unos 1 500 milicianos, entre ellos más de doscientas muchachas de las Juventudes Libertarias, de donde procedía también el mayor contingente de combatientes que la integraban.

Con banderas rojinegras al viento desfiló por Vía Layetana, ante la Casa CNT-FAI, marchando a su frente —menos Ascaso y Durruti— todos los miembros del grupo «Nosotros», de los que solamente se quedarían en Barcelona Aurelio Fernández y Ricardo Sanz.

Por primera vez acompañaba la partida de una columna anarcosindicalista un miembro de la Esquerra en el Comité de Milicias: su delegado Juan Pons. Y, en funciones, todo el departamento de Propaganda del Comité.

En la estación del ferrocarril nos esperaban el capitán José Guarner, que venía conmigo en calidad de asesor militar, su hermano el comandante Guarner, el coronel Giménez de la Beraza y, cosa sorprendente, el jefe de la Guardia civil, general Aranguren, acompañado de jefes y oficiales del Cuerpo, quienes me abrazaron y me hicieron entrega de cuatro fusiles ametralladores de los llamados «naranjeros».

Se puso en marcha el tren. El griterío de aquella juventud que se apiñaba en las ventanillas de los vagones era ensordecedor. Cuando se fueron cansando de vítores, empezaron las canciones revolucionarias.

En Granen, provincia de Huesca, paró el tren ya anochecido y descendió toda la columna. Algunos nos fuimos al pueblo, de viejas casas y calles polvorientas. El pueblecito tenía una pequeña plaza, en la que sobresalía por sus dimensiones el ayuntamiento. Desde un balconcito del ayuntamiento, dirigí la palabra a una pequeña asistencia de ciudadanos, hombres, mujeres y niños.

Les dije que viesan en nosotros a hermanos trabajadores que haríamos todo lo posible por ayudarles en la vida nueva que se iniciaba, porque nosotros éramos la revolución de los obreros y campesinos. Nuestras armas eran las que habíamos tomado al ejército sublevado, y solamente habían de ser utilizadas contra el enemigo común, nunca contra los obreros y campesinos. Ellos, los ciudadanos de Granen, eran quienes debían organizar la nueva vida en su pueblo, eligiendo un Comité de campesinos o, si lo preferían, un ayuntamiento comunal.

«¡Bien!», gritaron algunas voces al unísono.

Alguien nos prestó los bajos de una casa. Por el momento, allí pondríamos el puesto de mando. Todo era cuestión de barrer, rociando con agua, para no levantar el gran polverío que había por doquier. En ello estábamos cuando penetraron García Vivancos y «Valencia», bastante excitados.

—Tenemos problemas muy serios, dijo García Vivancos. Se ha producido una verdadera sublevación en la columna. Nos dijeron en el pueblo que cerca existía un magnífico bosque, donde podríamos acampar esta noche, para no ser apercibidos al amanecer por algún avión de reconocimiento enemigo. Allá nos fuimos. En el centro, el bosque tiene una calva de unos cien metros de diámetro, formando una hondonada que le hace parecer un cráter lunar. No pudiendo organizar una cocina de campaña, distribuimos los ranchos en frío como habíamos hecho en el tren. Y se armó la gran bronca, llamándonos hasta hijos de perra y gritando que si ése era el trato que se daba a los combatientes de la revolución social.

—La cosa me parece muy natural. Esos compañeros y compañeras de la columna han sido arrancados de golpe a las comodidades de sus hogares. Ante la cruda realidad, se ha terminado la fantasía revolucionaria y se sienten como prisioneros en una trampa. Es posible que si estuviese a su alcance nos dejarían aquí solos y regresarían a Barcelona. Es lo que hay que evitar. ¿Qué habéis hecho al recibir sus protestas?

—Nada, contestó sombrío García Vivancos. ¿No crees que deberíamos hacer algo para imponer la disciplina?

—No os alarméis. Lo que ha pasado no es ni más ni menos que lo ocurrió—

do en todas las columnas. No son ni soldados obligados ni soldados voluntarios, no han jurado ninguna bandera ni conocen ningún código militar. Son enrolados espontáneamente. Ni somos poder revolucionario ni poder burgués. Todo lo tenemos en el aire, porque todo está por hacer como debería hacerse, esto es, avanzando y consolidando al mismo tiempo. Hemos de proceder con calma. No dudo que la situación puede ser grave. A Durruti tengo entendido que le ocurrió algo más desagradable, pues fue abofeteado por un revoltoso y, con prudencia que aprobé, no le impuso ningún castigo. Cenemos ahora esos famosos ranchos en frío y así sabremos de qué se trata. Transcurrirá una hora, y las cosas habrán empeorado o se habrán ido solucionando por sí mismas. Que es lo más seguro.

Comimos el pan, bastante duro, con una sardina en escabeche; bebimos un buen trago de agua, fumamos un cigarrillo. Eran las nueve de la noche. Jover, García Vivancos, «Valencia», yo y los compañeros de la escolta, armados con los naranjeros del general Aranguren, nos encaminamos hacia el bosque.

—Penetraré yo solo en la calva. Vosotros esperáis en el sendero. Les hablaré desde allí. Y lo que sea, sonará.

Llegamos al borde de la calva, que parecía un enorme coso iluminado por la luna. Descendí lentamente un suave declive y me dirigí al centro. Me detuve, dando tiempo a que, quien quisiera dispararme, pudiera hacerlo tranquilamente. De pronto se oyó un débil murmullo que venía de la parte del bosque en que se encontraban las doscientas milicianas, la mayor parte de ellas de las Juventudes Libertarias. Un momento después, el murmullo se hizo general. Cuando se hizo el silencio les hablé:

—He cenado lo mismo que vosotros y, francamente, después de un día tan agitado me hubiera gustado algo mejor. Por desgracia, ésta no será la última vez, porque estamos muy cerca del frente, adonde iremos mañana. Si las cosas se pueden mejorar, se mejorarán. Y si no es posible mejorarlas, nos aguantaremos. Ahora voy a retirarme. Si alguno de vosotros tuvo la intención de dispararme un tiro, le aconsejo que aproveche la ocasión, porque después será demasiado tarde. Me dirijo solamente a los que quizá se enrolaron para despacharme a la primera oportunidad. La inmensa mayoría de vosotros, jóvenes muchachas y muchachos, no podéis tener motivos de decepción por lo que yo haya hecho hasta este momento.

Dejamos Granen, rumbo a Vicien, el puesto más avanzado que existía en el cerco puesto a Huesca. La columna al mando de Domingo Ascaso y Aldabaldetresco había ocupado Barbastro, Granen y Vicien y estaba apostada en el cementerio de Huesca, a un kilómetro de la ciudad. Ascaso y Aldabaldetresco y los compañeros de su columna nos recibieron con los brazos abiertos y fue tan buena la acogida que nuestros aguiluchas y aguiluchos se amoldaron rápidamente a las incomodidades de los puestos de campaña.

Vicien, pueblo pequeño, con su pequeña plaza del ayuntamiento, sus casas ruinosas y sus calles con profundos baches, no me gustó para habilitar el puesto de mando.

Por consejo de Ascaso y Aldabaldetresco, nos fuimos al «Castillo de Vicien», situado bastante lejos del pueblo, rumbo a Huesca. Se trataba de una gran hacienda, con un gran patio rectangular, casi cuadrado, salas espaciosas en la planta baja, que servían de bodegas y de cuadras para las caballerías y para el ganado bovino, y habitaciones en el primer piso.

En las afueras del castillo de Vicien me mostraron grandes refugios antiaéreos abiertos en forma circular. El maestro constructor de los refugios había sido el gordinflón Valero, compañero de la construcción que se había

enrolado en la columna que, entre columna Ascaso y columna sin nombre, pasó a ser definitivamente después de nuestra llegada, columna Rojinegra.

Nos reunimos el capitán Guarner, Jover, García Vivancos, Ascaso, Aldabal-detreco y yo para cambiar impresiones. Según Ascaso y Aldabal-detreco, el frente de Huesca marchaba mal, debido a que cada columna, de partidos y organizaciones diferentes, no colaboraba eficazmente a la hora de operar en un sector del frente. Existían rivalidades y celos de partido y de organización. Nadie se prestaba a contribuir a que otro tuviese un éxito sonado. Por más que el coronel Villalba se esforzaba en coordinar las operaciones, los resultados eran negativos. A los milicianos no les gustaba la guerra de ofensivas. En cambio, se pegaban bien al terreno. No admitían hacer esfuerzos para ir adelante ni tampoco retroceder.

Dividimos nuestra columna en dos partes: una, de vanguardia, al mando de García Vivancos, se acomodaría con Domingo Ascaso, y otra de reserva, con Jover, vivaquearía entre Vicien, El Castillo y unos olivares próximos. Pedimos a Marcos Alcón unos camiones para, en caso necesario, maniobrar con nuestras fuerzas. Al compañero Damians, al que ya llamaban «Pancho Villa», le encomendamos la jefatura de las cocinas de campaña, que desempeñó bien el tiempo que yo estuve con la columna.

Llegó la noche y salimos, con pequeña escolta, a inspeccionar los alrededores. De día, la vigilancia se hacía desde una torrecita que daba la alarma con un repique de campana cuando se manifestaban los aviones enemigos en el horizonte. Aviones que a veces daban rápidas pasadas ametrallando cuanto tenía aspecto humano.

La mañana del día siguiente recibí una visita muy agradable. Era Cario Rosselli, ex profesor de la universidad de Bolonia, emigrado en París, donde editaba el periódico *Justicia y Libertad* y que, aunque no anarquista, era cálidamente libertario dentro de su pequeña fracción socialista italiana. Estaba al frente del batallón «Malatesta», integrado por voluntarios italianos emigrados, principalmente en Francia, que se habían incorporado a la columna Rojinegra.

Rosselli me invitó a presenciar unas prácticas de tiro con ametralladoras. Después fuimos a observar un ensayo de maniobras de avance por una carretera con protección de retaguardia, al descubierto, y a escasos mil metros de Huesca, que aparecía en un alto, situación que favorecía grandemente a sus defensores.

Regresamos a comer. Ya a la mesa, la campana dio la señal de alarma y acto seguido empezó un terrible bombardeo. Evolucionando muy bajo, unos cazas estuvieron ametrallando la parte donde teníamos la habitación y las oficinas.

Nos hicieron mucho daño. Los chóferes de los camiones y sus ayudantes sufrieron grandes bajas. Trozos de sus cuerpos aparecían por doquier, pegados en las paredes, colgando de las ramas de los árboles. Una bomba cayó en el ángulo oriental del edificio, casi en nuestro polvorín. El exterior de la pared de las habitaciones y oficinas estaba como cosido por las ráfagas de las ametralladoras de los aviones. Pronto llegaron noticias de que habían bombardeado detenidamente el bosquecillo donde se ocultaba parte de las fuerzas de reserva.

Me llamó la atención el plan de bombardeo casi exacto que ejecutaron. A «Valencia» le pregunté por dónde se subía a los tejados del «castillo». Me acompañó hasta arriba. Se trataba de tejados de dos vertientes, de tejas acanaladas. Ya en ellos, lo primero que vi fueron dos botes vacíos de leche condensada, casi encima de lo que era mi habitación y oficina-cuarto de mando. La lámina de la hojalata brillaba como un espejo. Era una señal para los

aviones enemigos. A lo lejos, veíase el bosquecillo también bombardeado y encima de las ramas altas de algunos árboles aparecían y brillaban otros botes similares.

Llamé a Jover y Aldabaldetresco. Les mostré los botes brillando al sol. Comprendieron que teníamos espías entre los milicianos. O entre los suboficiales que les habían enviado de Lérida días antes. Hubo que crear un servicio permanente de vigilancia.

Vino a saludarme, desde Barbastro, el coronel Villalba, jefe de Operaciones del frente de Aragón. Quería aprovechar mi presencia en el frente para poner en ejecución una operación combinada en la posición casi anillar de Huesca, para ver de tomar de nuevo Siétamo. Convinimos en ello. Para aquel atardecer nos habíamos de reunir todos los jefes de columna, incluido Durruti, a quien se le había pedido tomar parte con unos trescientos hombres de su zona de reserva. La reunión tendría lugar en Barbastro.

Fuimos allí por un camino alejado de la carretera. Un camino de herradura, con polvo finísimo que lo cubría con un manto de varios centímetros y que se pegaba por todas partes. Jover, el capitán Guarner y yo en representación de «Los Aguiluchos»; Aldabaldetresco por la «Rojinegra»; Durruti por la columna de su nombre; Rovira por las fuerzas del POUM y Del Barrio por el PSUC, más el capitán Medrano, jefe de artillería, y el coronel Villalba. Este expuso la operación concebida y lo que estaba señalado a cada una de las unidades. La operación debería iniciarse a las cinco de la mañana siguiente, tanteando cada sector del enemigo y aprovecharla hasta las últimas consecuencias. Todos de acuerdo, nos separamos para preparar las columnas respectivas.

La operación proyectada fue un fracaso. Calculada para que se iniciase a las cinco de la mañana, el sector más activo empezó a moverse a las siete, y a las ocho, uno a uno y no todos en conjunto, habían empezado a combatir. Para entonces, el capitán Medrano ya se había quedado sin proyectiles.

Más tarde, vino el coronel Villalba a darme cuenta de lo ocurrido. Venía apesadumbrado. Siempre ocurría lo mismo. Nunca estaban todos de acuerdo. Eran los inconvenientes de un ejército que no era ejército, de una fuerza sin mecánica capaz de hacerla marchar armoniosamente.

Procuré consolarlo. Le expliqué que, después de todo, aquel ejército que no era ejército, que se conducía siempre a su manera, era lo mejor de toda España, de nuestro lado y del lado contrario. Ejército para defender, no para atacar. Que defendía una causa y excluía la aventura napoleónica. Además, le dije, nunca se ha visto un ejército de maniobra que opere solamente con infantería, porque ésta tiene una marcha frontal, que la hace vulnerable a las ametralladoras del enemigo. La infantería carece de penetración, y pronto se agacha para parapetarse. Nos haría falta una buena caballería, como la tuvieron los revolucionarios mejicanos y los majnovistas rusos.

—Pues puedo organizar una sección de caballería...

—Ni lo aconsejo ni lo apruebo. Con ello lo único que lograríamos sería que el enemigo nos imitase. Y acaso nos superaría, porque dispone de mayor masa de campesinos.

—Entonces, ¿nos conformamos?

—Sí, Villalba, nos conformamos. Por lo menos mientras el enemigo no rompa el frente.

Dos días después de esta entrevista, llegó «Gasolina», mi chófer, con el automóvil blindado que me habían regalado los obreros de la Hispano Suiza, con una pequeña nota de Marianet que decía: «Si en especial no hay nada que te retenga ahí, conviene que regreses al Comité de Milicias. Aquello, con Santillán va al caos».

Nada me retenía en el frente de Huesca. Dejé a Gregorio Jover de primer jefe de la columna y a García Vivancos de ayudante suyo. Regresé, pasando por Barbastro para despedirme del coronel Villalba.

La marcha al frente de la columna «Los Aguiluchos» había sido entusiasta y vistosa. Mi regreso no podía ser más oscuro y apagado. Verdaderamente, fue un gran fracaso mío la columna «Los Aguiluchos».

Unidad de mando en Aragón

El Comité regional de la CNT de Cataluña empezaba a sentir los efectos de no haber marchado adelante, hacia la implantación del comunismo libertario.

La guerra en los frentes de Aragón se alargaba alarmantemente. Las noticias que publicaban los periódicos hablaban siempre de operaciones exitosas, pero habían dejado de relatar tomas de poblaciones; mucho menos, se hacía referencia a Zaragoza, objetivo principal de todas las columnas de milicianos.

En la retaguardia, cada miliciano en el frente era una unidad activa que perdía su familia. Si era hijo, sus padres sentían inquietud por los peligros que podía correr. Si estaba casado, su compañera y sus hijos lloraban su ausencia. Si era novio, su muchacha tenía que renovar cada día la promesa de esperarlo, cada vez más débil y que se esfumaba en el tiempo. A veces eran jóvenes libertarios de ambos sexos los que se enrolaban en las columnas, y sus padres, hermanos, novias o novios vivían pendientes de las noticias de la radio y de los periódicos.

Todo esto creaba nubes de inquietud, que se transformaban en presiones sobre todos los organismos oficiales, especialmente sobre los de mayor representación popular en aquellos momentos: los Sindicatos, hogar de todos los trabajadores agrupados en la CNT, porque en ellos nunca se sintieron máquinas cotizadoras sino elementos de una gran familia.

Al principio se proyectaban de manera soslayada, con expresiones como: «¡Qué larga se está haciendo esta guerra!» «¿Cuándo tomarán Zaragoza?» «¡Se diría que en vez de estar luchando, se han tumbado a dormir la siesta!»

Los Comités de los sindicatos, presionados por los afiliados, presionaban a su vez a los Comités locales y comarcales. Estos, que en aquellos tiempos eran convocados frecuentemente a consulta por el Comité regional, no dejaban de ejercer su presión, a veces con simples expresiones como: «Cuando termine la guerra...»; «se supone que la guerra terminará algún día»; «si la guerra no termina pronto, llegarán las lluvias y todo será peor en el frente».

En el Comité regional —me lo contó Jover antes de venirse al frente con «Los Aguiluchos»— se tenía la impresión de estar ante un gran fracaso, de que solamente yo podía enderezar la situación; pero se daban cuenta de que hubiese sido preciso dotarme de poderes que no tenía. Se consideraba que ya no era posible unificar la obra revolucionaria en torno al mito de la revolución social.

No obstante, el Comité regional, presionado por los sindicatos, Comités locales y comarcales y por el latido de la opinión popular, decidió descargarse de las presiones que sufría presionando a su vez al departamento de Guerra del Comité de Milicias y a los jefes de las columnas anarcosindicalistas, principalmente a Durruti, por haber sido el primero en marchar al frente, con la columna mejor nutrida y dotada, y de quien se esperaba el cumplimiento de sus promesas públicas de tomar Zaragoza.

La perspectiva de ser relevado del puesto del Comité de Milicias se me antojaba plausible. Sin dejar de producirme fuerte escozor. Dejaría de ser jefe del departamento de Guerra del Comité de Milicias y, por consiguiente, de to-

das las columnas que operaban en Aragón, tanto de anarcosindicalistas como marxistas y catalanistas. Una jefatura más de figurón que efectiva, por cuanto ninguno de los jefes de columna la acataba, a no ser para pedir más aprovisionamientos, más cartuchería, más ametralladoras. Yo era cero para darme parte de las operaciones o para pedirme instrucciones. Mi situación era, de hecho, que tenía que hacer frente a la sublevación de los militares y a la desobediencia de los jefes de milicias.

Muy variados eran los motivos de su insumisión respecto al departamento de Guerra del Comité de Milicias. Uno, acaso el más importante, que ellos, a su vez, tampoco eran obedecidos por los integrantes de sus columnas. Los milicianos, sea porque se daban cuenta de que no estaban defendiendo una gran revolución, o porque no deseaban ser carne de cañón al servicio de las apetencias de los jefes de columnas con objetivos de tipo napoleónico, eran extremadamente reacios a jugar a los soldaditos. ¡Quién sabe si también, estabilizados los frentes, las cosas no pasarían a mayores y, con buena suerte, les irían dando licencias periódicas que les permitiesen regresar al seno de la familia y hacer un poco el papel de héroes, como hacían los jefes de las columnas, siempre en pose para ser fotografiados o entrevistados por representantes de la prensa mundial!

Como socarronamente decían muchos: «Los moros, que los mate Cristo». Especialmente, cuando veían a algunos jefes, como Reyes, jefe del puesto de aviación de Sariñena, que vivía acompañado de su mujer, y Durruti, que en su puesto de mando de Bujaraloz se las había arreglado para tener su compañera a su lado, como secretaria. La verdad es que cuando uno tenía que visitar aquellos puestos de mando, se llevaba la impresión de que algunas comandancias eran cortijos andaluces.

A su manera, todos tenían razón. Aquella guerra no se habría producido si sus causantes no se hubiesen empeñado en despedazar España por un mísero resultado electoral. Tampoco habría adquirido sus proporciones si Companys y los jerifaltes de los partidos de izquierda hubiesen cumplido los compromisos contraídos por sus emisarios Trabal, Ferreras y Salvat. O, puestos a quemar España por los cuatro costados, que al menos hubiese sido para realizar la revolución integral, proclamando por doquier el comunismo libertario.

Y ésa era la situación por ambos lados. Del lado de los otros, los soldados tampoco querían combatir rabiosamente. La marcha desde el sur, partiendo de Sevilla y Cádiz, se estaba haciendo utilizando como arietes a moros, legionarios, portugueses, italianos y alemanes. Los soldados españoles de tropa no deseaban más que llegar a las poblaciones y descansar, o llegar a las trincheras para, de noche, pasar la velada de centinela gritando a los de enfrente: «¡Anarquistas! ¡Rojos! ¡Sanjoderse todos!» A lo que respondían los nuestros: «¡Fachas, degollad a los señoritos! ¡Cabrones, os dejáis mandar por monjitas!» Y así todas las noches. Sin las impacencias de los proveedores de armamentos, que querían cobrar pronto y mucho, y sin los afanes de los jefes, que querían ascender rápidamente, veinte años después, milicianos y soldados habrían estado todavía apostrofándose por las noches en las trincheras y disparando unos tiros durante el día.

Al entrar en el amplio salón de actos de la Casa CNT-FAI, para asistir al Pleno de Locales y Comarcales convocado por el Comité regional, me di cuenta de que era observado atentamente por la mayoría de los delegados. Algo parecía haber cambiado en las fisonomías de aquellos compañeros respecto a la manera que tuvieron de observarme cuando hube de asistir *m* otro Pleno análogo, cuando, con cara casi de enojo, la mayoría menos uno me dijo: «¡No!»

Ahora eran muchas las preocupaciones de los delegados locales y comarca-

les. No se trataba de decir sí o no. Los problemas se sucedían vertiginosamente, demandaban soluciones, dejando una nube casi imperceptible de tristeza impalpable que iba penetrando en los espíritus.

Del frente de Aragón estaban presentes Ortiz, Durruti, y Domingo Ascaso. Durruti se quedó sentado donde estaba, haciéndome un guiño. No podía ocultar que era un niño grande. Le gustaba hacer su jugarreta y que enseguida se la perdonasen. Yo no podía perdonársela.

Ortiz y Domingo Ascaso se acercaron a saludarme. Ortiz con su sonrisa de fauno y Ascaso con el afecto de los que se conocen de muchos años.

Empezó la reunión. Se trataba —explicó Marianet, secretario del Comité regional— de que quienes pudiesen hacerlo, explicasen la marcha de la guerra en los frentes de Aragón. Existía desasosiego e inquietud entre la militancia y en los sindicatos de la Regional por la inexplicable lentitud de las operaciones. Los compañeros miembros del Comité de Milicias o los compañeros responsables de las columnas confederales debían explicar al Pleno lo que estaba aconteciendo.

Terminó el secretario y se hizo un silencio expectante. Su disertación había sido vaga, no se dirigía concretamente a nadie de los presentes y el silencio se prolongaba. Conocía bien a Durruti y me di cuenta de que esperaba que fuese yo quien empezase a hablar, lanzando acusaciones contra él. Ello le habría permitido tener dónde agarrarse.

Permanecí callado. Daba a entender con ello que no tenía ningún interés en permanecer en el Comité de Milicias. A Durruti le daba a entender que si una vez él se calló, dejándome solo, ahora le tocaba el turno a él de estar solo.

No convenció Durruti con sus alegatos. Los delegados al Pleno que fueron haciendo uso de la palabra, dejaban flotando la insinuación de incapacidad de Durruti al mando de la primera y más numerosa columna. Durruti estaba azorado. Por un momento pareció renunciar a seguir mandando su columna. Bastante disgustado, creyendo plantear un gran problema, exclamó:

—Creo que el Pleno debería empezar a buscarme sustituto.

Y se produjo lo inesperado. Gregorio Jover se levantó del asiento y dijo:

—No es necesario que el Pleno busque sustituto a Durruti. Yo me ofrezco para ponerme al frente de su columna.

A petición de algunos delegados intervine para aclarar la situación de los frentes de Aragón:

—Durruti se nombró él mismo jefe de la primera columna que salió a la toma de Zaragoza. Fue él quien escogió al comandante Pérez Farras como asesor militar. Salieron sin pedir consejo ni orientación al Comité de Milicias, al que nunca visitó Durruti en sus venidas a Barcelona. Tomaron la ruta que mejor les convino en dirección a Zaragoza. Cometieron el gravísimo error de no cruzar a tiempo el Ebro, y en vez de descender hacia el sur para cruzarlo por debajo de Caspe, lo fueron remontando hasta Quinto y Osera, quedando Pina en el medio. De ahí no pasaron. Ante la resistencia que les ofrecían pequeños núcleos del enemigo y algunos ametrallamientos de unos aviones enemigos, optaron por conformarse con la posesión de esos pueblecitos ribereños del Ebro y atrincherarse, montando el puesto de mando en Bujaraloz. Ahí están. Dije a Durruti que, costase lo que costase, tenía que cruzar el río Ebro, sin lo cual jamás tomaría Zaragoza. No ha cruzado el Ebro y no ha tomado Zaragoza. ¿Falló él o falló Pérez Farras? Cuando nos enteramos de lo ocurrido, lanzamos al compañero Antonio Ortiz con una columna a taponar la gran abertura que quedaba en la zona sur del Ebro, donde tropezó con un enemigo que ya no estaba desprevenido, desde Caspe hasta Belchite. Por lo menos, las operaciones de esa zona han sido más productivas, pues han tomado Caspe y otras poblaciones de las provincias de Zaragoza y Teruel.

En descargo de Durruti y de los compañeros que salieron al mando de otras columnas, como Domingo Ascaso y Aldabaldetrecu, debo decir que ni poseían los conocimientos de los militares profesionales ni tenían a sus órdenes verdaderos ejércitos. Es de celebrar que en los pueblos de Cataluña y en sus sindicatos surjan expresiones de extrañeza por el estado en que se encuentra la guerra en los frentes de Aragón. Hay que hacerse a la idea de que dicha situación se prolongará indefinidamente, por falta de combatientes. Actualmente, para un frente largo de 300 kilómetros, hay unos veinticinco mil milicianos. Por carencia de elementos de combate, existencia casi nula de militares leales y, especialmente, falta de mando unificado para todo el frente, que haga posibles operaciones preparadas, lo que supone la formación de reservas, de las que actualmente se carece.

Mi intervención produjo el efecto del aceite en aguas agitadas. Terminó el Pleno con la esperanza de que se superarían las deficiencias.

Después del Pleno de Locales y Comarcales de la Región catalana, que por poco causa la renuncia de Durruti, medité seriamente qué podría hacerse para mejorar el desenvolvimiento del conjunto de columnas, anarcosindicalistas, comunistas, poumistas y catalanistas, ya que cada una era como un compartimento estanco. Si el enemigo se enteraba de la situación de aislamiento en que se encontraban todas, podía darnos un serio disgusto, acumulando una fuerza sobre la más débil de dichas columnas, producir por allí la rotura del frente y tomar después por detrás a la desprevenida columna más cercana, y así, sin parar, destruir totalmente el frente de Aragón.

Carecíamos todavía de servicio de información en el frente de los militares sublevados y su retaguardia. Solamente Ortiz llegó a crear algún tiempo después, con la colaboración del grupo Fontán, algo de importancia en lo que respecta a información y activismo. A mí me falló una tentativa arriesgada que intenté utilizando a uno de mis agentes, «La Suiza», a la que envié a Zaragoza a establecer contacto con el que, en su tiempo, fue compañero y amigo mío, Juan Doménech, dueño entonces del restaurante Salduba, enclavado en un rincón de la plaza de la Constitución, adonde seguro que acudirían los militares de alto rango. «La Suiza» se entrevistó con Juan Doménech; identificándose como emisaria mía gracias a algo conocido solamente de él y de mí, y que hacía referencia a la lucha que sostuvimos los camareros de Barcelona el año 1919.

A Juan Doménech le propuso crear un centro de información en su restaurante, donde «La Suiza» debería ser nombrada jefa del guardarropa, y como tal vinculada a un prostíbulo de postín y clandestino que habría que montar en la ciudad, o simplemente asociándose en el montaje y funcionamiento de un café cantante. Doménech la atendió muy bien, pero le dijo que no se atrevía a entrar en el juego que yo le proponía porque tenía miedo. Consideraba cosa de milagro no haber sido fusilado. Y para que ella pudiese acreditar que había estado con él, le contó otro secreto de la huelga de camareros.

Ignorábamos los planes y efectivos de que disponía el enemigo. Urgía que dotásemos al frente de Aragón de un dispositivo de defensa adecuado. De momento, dotarlo de un mando unificado. Después, a medida que fuesen saliendo de la Escuela popular de Guerra los nuevos tenientes en campaña, se vería de ir articulando aquellas fuerzas dispersas, dotándolas de transmisiones, zapadores y artilleros.

Mi trabajo consistía en seleccionar quién sería el futuro jefe de operaciones. Por eliminación, tenía que decidir primero si tenía que ser un civil jefe de columna o un militar de entre los pocos de que podía disponer. Debía proceder con tacto e imparcialidad. En el Comité de Milicias, entre los representantes

de Esquerra y del PSUC gozaba de singular simpatía el comandante Reyes, jefe de aviación en el puesto de Sariñena. De entre los civiles, debía elegir entre Rovira, Trueba, Del Barrio, Ascaso, Aldabaldetresco, Durruti y Ortiz.

Rovira, del POUM, quedaba eliminado. Era alto, fuerte y noblote. Pero no tenía ni chispa de mando militar. Sabía batirse, pero no dirigir. Los del PSUC lo odiaban a muerte.

Trueba y Del Barrio, del PSUC, eran ambos de aspecto endeble, principalmente Del Barrio. Ambos con escasas aptitudes militares; lo habían demostrado en el ataque a Almudébar, donde fueron derrotados. Representaban a una minoría que se llevaba mal con los anarcosindicalistas y los poumistas. Eliminados.

Durruti. Alto, fuerte, infantil. Muy escaso de dotes de mando. Y estaba muy reciente el Pleno regional en el que por poco no lo destituyen del mando de su columna, por incapaz. Eliminado.

Ortiz. Joven, demasiado joven. Pero era el que más aptitudes de mando había demostrado. Conquistó las ciudades de Caspe y Alcañiz. Conquistó también Mequinenza, Fabara, Calaceite, La Puebla de Híjar, Albalate, Azaila, Asuara y puso sitio a Belchite. No le habría obedecido Durruti. Eliminado.

Domingo Ascaso y Cristóbal Aldabaldetresco. Muy buenos compañeros. Buenos para obedecer a un buen mando. Después de Ortiz, fueron de los más audaces y efectivos, pues su rápida presencia en Barbastro aseguró la fidelidad de las fuerzas del coronel Villalba, jefe del regimiento que acuartelaba en la ciudad. Ocuparon Granen, Vicien y se colocaron, tomándolo, en el cementerio de Huesca, a un kilómetro de la ciudad. Eliminados. Tampoco les habría obedecido Durruti.

Quedaban dos militares en la categoría de posibles. Pues bien, el comandante Reyes, de aviación, comunista más o menos declarado, digamos francamente comunista, aunque excelente persona, quedaba eliminado porque así lo decidí, desde que con sus oficiosidades lo delataron "Prunés, de Esquerra e íntimo de Companys, y la cara de benditos que ponían los delegados del PSUC en el Comité de Milicias cada vez que salía a relucir su nombre.

Después de haber procedido por estricta eliminación, quedaba el coronel José Villalba. Sobre él pregunté al comandante Guarnier. Me dijo que era un militar profesional, sin matiz político. Tenía un hermano, también militar, que estaba en la zona de los sublevados, donde, seguramente, por ser también estrictamente profesional, debía prestar servicio. Ambos eran hijos de un general Villalba, ya fallecido, que tampoco había tenido ninguna filiación política. Suponía que si nuestro José Villalba había decidido estar a nuestro lado, por nada del mundo dejaría de estarlo.

Con estos antecedentes, adopté una decisión. Llamaría al coronel Villalba y francamente le preguntaría su opinión sobre nuestra guerra. Si me respondía que él había sido siempre de tendencia liberal o izquierdista, lo enviaría preso al *Uruguay* para ser juzgado por tentativa de traición. Pero si con toda franqueza me contestaba que él no entendía de política, ya que solamente era militar profesional, entonces, sin decírselo a él todavía, en el consejo de Guerra de todos los mandos que tenía proyectado convocar en el frente, lo presentaría como el jefe de Operaciones del frente de Aragón.

Pedí comunicación telefónica con Barbastro, para hablar con el coronel Villalba. Me respondió él mismo, con voz cascada pero viva.

—Vea usted de qué se trata, coronel Villalba. Usted y yo estamos al mando de las mismas fuerzas. ¿Qué le parece si tuviéramos una entrevista cordial?

—Me parece muy atinado.

—Pues, mi coronel, venga usted a verme al Comité de Milicias cuando tenga un momento libre.

—Mañana estaré ahí.

La escena se desarrolló como anticipara el comandante Guarnier. Después de los saludos de rigor, el coronel Villalba, muy plantado, muy firme, respondió a mi pregunta:

—Me esperaba esta pregunta y, la verdad, no logro entenderla, acaso porque nunca me interesó la política.

Era sábado. Marianet me dijo por teléfono que acababa de hablar con Juan López, de la Regional de Levante, quien le había comunicado que al día siguiente a mediodía debía estar en Valencia para tomar parte en un mitin que celebrarían la CNT y la UGT en la plaza de toros. Marianet me recomendaba asistir.

Hice convocar para el día siguiente, a las nueve de la mañana, un consejo de Guerra que se celebraría en el puesto de mando del comandante Reyes, en Sariñena. Debían asistir el coronel Villalba, el comandante Reyes, Durruti, Ortiz, uno de los jefes de la columna «Rojinegra», otro de los jefes de la columna del PSUC y uno de la columna del POUM.

Viajando de noche en auto, durmiendo durante el viaje, aguantando una lluvia torrencial que se desató durante el trayecto, y gracias a la pericia de «Gasolina», pude llegar al puesto de mando de la aviación en Sariñena a las nueve menos cuarto de la mañana. Entre los milicianos de aviación distinguí a Eliseo, hijo de Pestaña. Penetré en la casita que servía de comandancia, siendo recibido por la esposa del comandante Reyes y por una hermana de ella. Me llamó la atención la presencia de aquellas dos mujeres —guapas ambas. La esposa de Reyes me rogó esperar un momento, pues el comandante Reyes estaba ocupado en aquel momento. Me pareció oír una conversación en una habitación contigua. Como me preguntase la esposa del comandante Reyes si tomaría una taza de café, le dije que sí, y aproveché el momento para empujar suavemente la puerta tras la que se oía la conversación, encontrándome con la sorpresa de que el comandante Reyes estaba en amigable plática con Joan Comorera, líder del PSUC.

Supuse que la presencia de Comorera se debía a que Reyes le hubiese comunicado por teléfono la celebración del consejo de Guerra, y que hasta hubiese dicho que debería tratarse de la elección de jefe de Operaciones del frente de Aragón. Y que la presencia de Comorera en Sariñena podría constituir una presión en favor de Reyes, por suponer que yo llevaría la pretensión de designar a Durruti.

Saludé a Reyes, aparenté, conocer a Comorera y lo saludé con un «¡hola!», sin esperar a ser presentados. Dije a Reyes:

—¿Podrías tener preparado un avión para llevarme a Valencia al terminar el Consejo de Guerra?

—Sí, podría llevarte Canudas en su avioneta. Pero corres el riesgo de ser interceptado por algún aviador enemigo. ¿Te importa?

—Bueno, no es que no me importe, pero es que, a mediodía, debo tomar parte en un mitin de la CNT y la UGT en Valencia.

—Sí, me enteré ayer de la convocatoria de ese mitin —dijo Comorera. Será muy interesante la participación de las dos centrales sindicales para influir en la España dominada por los fascistas.¹

1. [NDA]. El mitin se celebró en la plaza de toros, completamente abarrotada de espectadores. Tomaron la palabra también Juan López y dos miembros importantes de la UGT. La finalidad del mitin era que los trabajadores de la zona dominada por los franquistas se dieran cuenta de que, en la zona republicana los cenetistas y los ugetistas luchábamos estrechamente unidos, pidiéndoles que organizaran sus fuerzas de manera que su lucha contra el franquismo fuese eficaz.

Afortunadamente, fueron llegando uno tras otro los jefes convocados. Comorera, con su falsa sonrisa, me preguntó si le estaba permitido asistir a la reunión. Le dije que podía hacerlo, sin voz ni voto, por tratarse de un consejo de Guerra en el que solamente podían tomar parte los jefes convocados.

Estábamos sentados alrededor de una amplia mesa. Dije a los reunidos que motivos de suma importancia me habían impelido a convocar, por vez primera, un consejo de Guerra del que esperaba buenos resultados. Explicué que ya hacía más de un mes que partiera de Barcelona la primera columna de milicianos al mando del compañero Durruti y algo menos desde que partieran las columnas de Ortiz, de Trueba y Del Barrio, de Ascaso, de Aldabaldetrecu y de Rovira. Todos los jefes de columna debían convenir en que se les había dejado completa independencia, siempre que su finalidad fuese la toma de Zaragoza, primero, y posteriormente, la de Huesca. No se les impuso ninguna disciplina en cuanto a cómo conducirse ante el enemigo. Cada mando tenía completa libertad de hacer con su fuerza lo **que** buenamente entendiese: ejército o guerrilla.

«Al mes vencido, no tenemos ejército ni guerrillas. Tampoco hemos conquistado Zaragoza ni Huesca. Detrás de nosotros, sosteniendo nuestra empresa, está el pueblo de Cataluña, el cual, a través de sus órganos de expresión, sindicatos y partidos, está manifestando su intranquilidad por lo que en la retaguardia se considera lentitud inexplicable de las operaciones militares.

Podría ocurrir que, cansados o desanimados los milicianos integrantes de las columnas, decidieran regresar a sus hogares, abandonando los frentes y las columnas. ¿Podríamos impedirlo? Seguramente no. No fueron enrolados como soldados regulares ni como voluntarios, sino que están como combatientes espontáneos. Debido a que cada columna ocupa el lugar que mejor le pareció desde su llegada, no cubrimos con la seguridad que sería necesaria los 300 kilómetros de línea que van desde la frontera francesa al frente de Belchite. Por otra parte, las columnas y unidades combatientes apenas si sostienen relaciones de información, que a veces ni siquiera son cordiales cuando entran en tratos por algún motivo. Debido a la falta de organización inicial, todas las fuerzas las tenemos en acción, sin haber destinado una parte de ellas a reservas con que poder acudir a taponar una posible rotura del frente.

Si el enemigo, conocedor de nuestra situación, previo tanteo, se lanzase por cualquier punto desguarnecido de nuestro frente, y **lograse una penetración de gran profundidad, en un abrir y cerrar de ojos conseguiría un desplome parcial o total de los frentes, con abandono de sus unidades por parte de los combatientes.**

Para que exista el frente de combate, debe existir entre todas las unidades una solidaridad mancomunada, que aglutine las fuerzas y las haga interdependientes. ¿Cómo hacerlo? Solamente creando un mando de Operaciones que, respetando la actual independencia de los jefes y columnas, sea operante para coordinar las columnas, las fuerzas que deban intervenir, y ponga en marcha las unidades de reserva, tanto de milicias como de artillería, ¿Estáis de acuerdo con estos enunciados?»

—Yo —dijo Durruti—, querría saber si es posible discutir.

—No, Durruti, ya no es posible discutir. Pero el jefe de columna que no quiera seguir puede ser relevado en el acto y él, y sólo él, acudir a su organización o a su partido a exponer su desacuerdo. Los que estamos en el Comité de Milicias somos mandatarios de nuestras organizaciones y partidos y podemos también ser relevados fulminantemente por quienes nos nombraron sus representantes. ¿Está claro?

Se produjo un silencio de asentimiento.

—Entonces, en la imposibilidad de elegir jefe de Operaciones del frente

de Aragón a un jefe de columna, debido a las diferencias políticas y personales entre ellos, os comunico que ha sido designado el coronel José Villalba jefe de Operaciones del frente de Aragón. Si algún jefe de columna optase por hacer la guerra de guerrillas, bastará con que lo comunique al jefe de Operaciones, quien no podrá oponerse y tendrá que tomar las providencias para llenar el hueco dejado por la unidad guerrillera.

La pólvora sin humo

En toda guerra el gran problema que se plantea a los estados mayores es la siempre creciente insuficiencia de armamentos. Se necesitan siempre más fusiles, más ametralladoras, más cañones, más tanques, más aviones. Sin embargo, la carencia que más angustia produce es la de proyectiles de fusil y de ametralladora. Un ejército sin reservas pero con abundancia de municiones es más efectivo que otro con grandes unidades de reserva, pero escaso de municiones.

Nuestro problema principal en el Comité de Milicias fue la escasez de municiones de fusil y de ametralladora; también de proyectiles de artillería y bombas de aviación. Nuestras industrias de guerra, inmediatamente que fueron creadas, se aplicaron a fabricarlos, logrando grandes progresos en la producción de granadas de mano, cargadas con dinamita, de bombas de aviación, cargadas de cordita, y de proyectiles de artillería. Hasta llegamos a producir unos cien mil cartuchos de fusil y ametralladora diarios, con sus balas y sus detonadores. Pero no podíamos cargarlos por carecer de pólvora sin humo.

Nuestros químicos eran capaces de producir pólvora sin humo en el laboratorio. Lo que no podíamos era fabricarla industrialmente, por carecer de los equipos especiales que intervenían en el proceso de fabricación.

En toda España existían dos fábricas de pólvora sin humo, ambas propiedad del gobierno, una en Granada y otra en Toledo. La primera en poder de los facciosos. La segunda lo estaría también pronto.

El gobierno de Madrid, presidido por Giral, accedió a enviarnos una pequeña cantidad de pólvora sin humo. También existía alguna reserva en la maestranza de Barcelona. Toda fue utilizada.

En esas circunstancias —en las postrimerías de septiembre— llegó por segunda vez a Barcelona el compañero francés Pierre Besnard, un buen teórico del sindicalismo, entonces secretario de la AIT. Las cosas habían cambiado bastante respecto a como las dejara al regresar a Francia.

Cuando Pierre Besnard nos visitó por primera vez, todavía existía el Comité de Milicias Antifascistas. Recién llegado a Barcelona, vino a verme al Comité de Milicias, establecido ya en lo que fue Capitanía general. Personalmente no nos conocíamos. Lo conocía de referencia, por lo mucho que de él se habló en los primeros tiempos de la República, a propósito de un libro suyo que acababa de ser traducido al castellano titulado *Los sindicatos obreros y la revolución*. El libro era una valiosa aportación al sindicalismo, aunque su importancia quedaba reducida por referirse a la producción social de una colectividad que ya había superado la etapa de la insurrección y de la supresión de la sociedad burguesa.

Consideraba, por tanto, a Pierre Besnard como un compañero merecedor de las máximas atenciones. Por principio, lo traté como representante de nuestra Internacional, y como a tal lo fui presentando a todos los colaboradores

del Comité de Milicias, tanto civiles como militares. Le proporcioné un automóvil con chófer y escolta para que pudiese transitar por todas partes, pueblos, ciudades y frente de Aragón. Le proveí de dinero español para que pudiese desenvolverse con independencia. Comía con nosotros en Capitanía general y dormía en una habitación que le hice arreglar en el mismo edificio para que nada pudiera ocurrirle en un país que estaba en guerra.

No le pregunté qué misión le trajo a España. Sí me extrañó mucho que no me hiciese ninguna alusión de tipo orgánico, cuando, después de llevar ocho días en Barcelona, no había expresado todavía el deseo de desplazarse a Madrid, sede de nuestro Comité nacional. Me chocaba su comportamiento orgánicamente irregular, porque el secretario de la Internacional no puede mantener relaciones oficiales con las Federaciones regionales. La Oficina de la Internacional solamente puede estar en relación con los Comités nacionales.

Al parecer, a Pierre Besnard no lo traía a España ningún asunto de organización. Pensaba yo que lo que le interesaba era aprender las lecciones que se desprendían de nuestra práctica revolucionaria. Pero tampoco me hizo ninguna pregunta sobre constitución y funcionamiento del Comité de Milicias, ni sobre los impulsos revolucionarios que proyectaba hacia la clase trabajadora a través de las milicias, de los sindicatos y de las colectividades industriales y campesinas. Iba, venía, comía y dormía. Nunca le vi un bloc de notas en la mano. Quizá sea un memorió, pensaba yo.

Una mañana vino a despedirse de mí, pues necesitaba regresar a Francia. Pero me aseguré que volvería en cuanto resolviese unos asuntos que reclamaban su presencia en París. Como se trataba de ir y regresar, con los gastos consiguientes, sin que él me lo pidiese, le facilité otra vez dinero. Lo abracé y le deseé buen viaje. Al despedirnos, le dije:

—La mejor ayuda que pueden prestarnos los extranjeros es luchar en sus países para forzar a sus gobiernos a reconocer nuestro derecho a darnos la forma de vida que más nos convenga. Los anarcosindicalistas no somos partidarios de brigadas internacionales ni de ninguna intervención extranjera en nuestros asuntos.

Regresó el compañero Pierre Besnard. Habían pasado algunos días, los suficientes para haberse producido la desaparición del Comité de Milicias y la incorporación de la CNT al gobierno de la Generalidad. En el Comité de Milicias podía decidir, en un momento dado, sobre lo que a mi parecer convenía. Desde su desaparición, todavía me era factible resolver lo que estimase conveniente en relación con las columnas y los milicianos. Desde mi puesto de secretario general de la Consejería de Defensa, que detentaba el coronel de aviación Felipe Díaz Sandino, tenía más limitaciones en mis iniciativas, sobre todo si podían rozar la autoridad de las diversas Consejerías del gobierno de la Generalidad, pero reteniendo todavía todos los resortes del poder armado de Cataluña, ante el cual se estrellaban las argucias de los tenderos de la Esquerra y las tretas de los pesuquistas dirigidos por Antónov-Ovseenko.

Pierre Besnard me comunicó que durante su nueva estancia en Barcelona no comería en mi compañía y que había tomado habitación en un hotel por haber venido acompañado de otra persona.

Me presentó a la persona que lo acompañaba. Decía ser representante de Basil Zaharoff, el griego rey de los armamentos. No niego que me impresionó vivamente; tenía yo muy buen concepto de Besnard. Como un rayo cruzó por mi mente la fantasía de suponer que Zaharoff debía de ser un antiguo anarquista, dispuesto a poner a nuestra disposición enormes cantidades de armamentos. No había tal cosa. Mi imaginación había volado demasiado alto. La persona que decía ser representante suyo, era un sujeto de buena talla, enjuto,

con sombrero caro, traje bien cortado. Pretendía vendernos todos los armamentos que pudiésemos necesitar, previo pago anticipado, a ser posible en oro, libras esterlinas o dólares.

Me quedé un poco perplejo. No había hecho a Besnard ningún encargo sobre adquisición de armamento. Sabedor de cuan limitada era la influencia de los anarquistas y anarcosindicalistas, al despedirse de mí en su primer viaje, le manifesté algo que encajaba perfectamente dentro de las posibilidades de Besnard y que podían realizar las otras organizaciones de nuestra Internacional: hacer agitación en sus países para que éstos no reconocieran a los sublevados.

En aquellos tiempos revueltos habían hecho aparición en Barcelona muchos individuos de hablar cauteloso, con aires de misterio, que se acercaban al Comité de Milicias, a los Comités de las organizaciones y de los partidos, a los miembros del gobierno, ofreciendo armas cortas y largas, ametralladoras, municiones, cuanto suponían que podíamos necesitar. Algunos timos se habían dado. Pero nadie había logrado timarme. Yo les decía: «Compro todo, sobre puerto de Cataluña o sobre frontera, a bordo de barco o de camión. Pero a toma y daca». De esta manera logré comprar algunas partidas de pistolas, que fueron traídas al Comité de Milicias y que pagué a tocateja, sin regatear el precio cuando me parecía razonable.

Tendría que ser duro con el «representante» de Zaharoff. Le dije a Besnard que en Cataluña no disponíamos de mucho dinero para la compra de armamentos. Pero que, desde luego, compraríamos enseguida diez, veinte o cincuenta toneladas de pólvora sin humo. Pagaríamos contra entrega de mercancía.

Estuvieron hablando, cambiando impresiones, en un diálogo en que apenas se notaba el movimiento de los labios. Se acercaron a mí. El representante de Zaharoff, como si eludiese mi oferta de compra inmediata de la pólvora sin humo, me ponderó la buena calidad de sus armamentos, de los que podía ofrecerme desde pistolas hasta tanques y buques de guerra. Es más, podía ofrecerme un aparato de reciente invención, con emisión de un tipo de rayos que podían calaminar los motores de aviación en vuelo, es decir, paralizarlos por recubrimiento de una película metálica.

Cuando hubo terminado de contarme tal maravilla —puro «camelo», según el decir de la gente del hampa— me fijé bien en el hombre aquél. Me di cuenta de que lo conocía desde hacía muchos años. Hasta había convivido con él en mis pasadas prisiones. Era el tipo clavado del «estafador de cuento largo» en el argot de los presos. El de «cuento corto» es el del timo de las misas, del billete de la lotería y de la guitarra.

Eso que el representante de Zaharoff llamaba «calaminar» lo había leído yo en la novela de Pierre Benoit *La Atlántida*. ¡El secreto de cómo metalizar los motores de los aviones en vuelo! Nada mas ni nada menos nos ofrecía aquel hombre. A nosotros, que andábamos tan escasos de dinero. Cualquiera de las grandes potencias —Hitler, por ejemplo— le habría dado por aquel secreto el oro y el moro. Aquél fue el fallo que tuvo el representante de Zaharoff conmigo.

Como el representante de Zaharoff y Pierre Besnard se habían apartado de mí, para cambiar puntos de vista, en varias ocasiones, yo hice lo mismo: me lleve aparte a Besnard.

—¿Conoces bien a ese sedicente representante de Zaharoff? ¿Estás seguro de que no se trata de un estafador? ¿Has visto tú alguna vez ese aparato de calaminar los motores de aviación? El cargo que tengo lo debo a la confianza que tienen en mí los compañeros de la CNT, y se sobreentiende que cualquier recién llegado no debe poder hacerme víctima de un engaño. Para mí, tú no

eres un recién llegado. Por un momento creí que esa persona que te acompaña era un representante de Zaharoff, pero la poca importancia que ha concedido a mi pedido de pólvora sin humo ha despertado en mí alarma. Los negocios los hemos de empezar por la pólvora sin humo, a entregar en nuestro territorio fronterizo o marítimo, y con pago contra entrega de la mercancía.

—Debes convenir que tus condiciones son extremadamente duras. Casi ofendes con tanta desconfianza —dijo Besnard, molesto.

—Mis condiciones son duras, pero ¿cuáles son las tuyas?

—Al principio, eran de pago adelantado. A mis objeciones, acaba de acceder a una modificación importante: sus condiciones, ahora, son la entrega por adelantado de un 33 por ciento del total de la compra; el resto, contra entrega de la mercancía.

—Lo siento. No tengo facultades para proceder en las condiciones que me indicas.

—Yo también lo siento mucho, pero traje a este señor por ciertos requerimientos que se me hicieron y seguiré el asunto hasta el final.

Dos días después volvió Pierre Besnard, con el que decía ser representante de Zaharoff. Venía acompañado de Durruti, cosa que me extrañó mucho. Para abandonar el frente, debió avisar al coronel Villalba, y éste haberme enterado. Nada me había dicho Villalba. Durruti dependía del coronel Villalba, éste dependía de mí y yo del coronel Díaz Sandino, consejero de Defensa, quien a su vez dependía de Tarradellas, jefe del gobierno de la Generalidad, constituido con participación de tres consejeros de la CNT.

El representante de Zaharoff se quedó un poco rezagado. Durruti y Pierre Besnard se me acercaron. Durruti, sonriendo, me dijo:

—Pierre Besnard se queja de no haber encontrado en ti la acogida que merecía al venir acompañado del representante de Zaharoff. Y querría saber por qué.

—Las razones son varias. La primera es que yo no tengo un céntimo. Los céntimos, quien los maneja es Tarradellas. El tiene una relación de los armamentos que necesitamos, que yo le proporcioné. En el Consejo de la Generalidad ocupó una modesta dependencia, la de secretario general de la Consejería de Defensa. Con todo, bien claro le dije a Pierre Besnard que compro toda la pólvora sin humo que me entreguen en cualquier puerto de Cataluña o en cualquier paso fronterizo, en la única fórmula comercial admisible en estos tiempos: toma y daca. Y enténdelo bien: si me traen cien millones de pesetas en armamentos, en las condiciones que digo, aunque no tengo ni un céntimo, cerraría la operación, porque si Tarradellas se negase a aceptarla, en el acto procedería a tomar por la fuerza todos los fondos bancarios de Cataluña.

—Comprendo tu situación. Pero es el caso que dije a Besnard, cuando estubo conmigo en Bujaraloz, que sería importante que nos ayudase a encontrar facilidades para comprar armamentos. Y ahora no podemos decirle que ya no interesa comprar armamentos. ¿Qué te parece si los llevo a Tarradellas y a Largo Caballero?

Con Tarradellas, sin que él hubiera hablado conmigo, las cosas fueron como había previsto. Les dijo que nos urgía la pólvora sin humo y que compraría hasta cien toneladas, pero con pago a la recepción de la mercancía.

Volvieron a visitarme. Durruti quería saber mi opinión sobre las posibilidades que podría haber con Largo Caballero:

—¿No crees que si nos acompañases Largo Caballero nos prestaría más atención?

—El problema no es el que nos presten más o menos atención. El problema

es recibir un no o un sí. Y como recibiríamos un no rotundo, no puedo acompañaros.

Fueron a Madrid. Durruti logró que le tomasen unas fotografías y que le escuchasen algunos reporteros.

Largo Caballero les dio una notita para que pudiesen presentarse a la Comisión de compras que tenía el gobierno en París, donde estaban el doctor Otero y el general Matz. Les dijo que él no tenía tiempo para asuntos de aquella naturaleza.

Regresaron y pidieron otra entrevista con Tarradellas. Este les dio una cita y me rogó asistir a la entrevista. Lo hice. La reunión se llevó a cabo de manera informal. Tarradellas se colocó junto a mí, y comprendí por qué lo hacía. Habló Durruti, habló Pierre Besnard. La cosa no progresaba. Tarradellas estaba empeñado en empezar las operaciones con la adquisición de pólvora sin humo y pago contra entrega de mercancía. Presionaron Durruti y Pierre Besnard para lograr formalizar un pedido de pólvora sin humo, pero con la entrega de un treinta y tres por ciento del valor de veinte toneladas. Tarradellas me tocó la punta del pie y con un susurro me preguntó:

—*¿Qué faig?*

—*Ni un centim.*

Terminó la reunión. Durruti regresó al frente y Pierre Besnard se fue, sin despedirse de mí.

Nuestra situación en los frentes de Aragón se ponía difícil. Las reservas y las unidades en activo apenas si poseían cartuchería para tres o cuatro horas de combate. Después sería cosa de correr hacia el mar y zambullirse todos.

Llamé a Tarradellas. Le expuse la situación. Necesitábamos urgentemente poder cargar los cartuchos de fusil y ametralladora que se fabricaban y también poder recargar toda la cartuchería, que era muchísima, ya disparada y recuperada, después de limpiada y seleccionada. Pero ya no teníamos ni un gramo de pólvora sin humo.

—*¿Cómo marchan tus gestiones para obtener pólvora sin humo?*

—Mal, muy mal. Después de todo, me arriesgué con el representante de Zaharoff. Pero no ha cumplido todavía con su palabra de enviar, como él dijo, «a vuelta de correo», los camiones cargados con la pólvora sin humo. ¿Crees que se ha tratado de un timo, viniendo acompañado de vuestro Pierre Besnard, y éste de Durruti? He hablado por teléfono con Madrid. Me dijeron que avisarían a la Comisión de compras en París para que nos enviasen lo que fuese posible. Pero me advirtieron que no tenían noticia de que los de París hubiesen hecho alguna adquisición. ¿Es muy grave la situación?

—Es gravísima. Y me veré obligado a tomar una decisión también grave. Me ha dicho el coronel Giménez de la Beraza que en Montjuic existen unos depósitos de pólvora, pero con humo. Es la pólvora que suele utilizarse casi exclusivamente para salvas de artillería. He llamado al coronel Villalba. Con el comandante Guarner y con Giménez de la Beraza haremos unas pruebas de tiro. Según como resulten y según su opinión, ordenaré o no que sean recargados con dicha pólvora algunos miles de cartuchos exclusivamente para fusil, reservando toda la cartuchería nueva para las ametralladoras. Según me informan, con esa pólvora, un fusil a lo sumo aguanta cincuenta disparos, después de los cuales el fusil debe ser limpiado.

Llegó el coronel Villalba. Con él, nos fuimos Guarner, Giménez de la Beraza y yo a la maestranza de San Andrés, donde se encontraban los talleres de cargar cartuchería.

Se cargó, en presencia nuestra, un cargador de fusil con cinco cartuchos. Fuimos al polígono de tiro.

—Dispare usted, coronel. Queremos ver cómo anda de puntería.

El coronel Villalba, muy impresionado, pero impasible, agarró el fusil, apuntó y disparó cinco veces. Nos miró y dijo:

—¿Ya no tenemos más que esto? ¿Es todo lo que nos queda?

—Así es, coronel. Y si la cosa no se remedia, nos quedan las piedras y los palos. Díganos su opinión —le requerí.

—Se la diré. Si no hay más que eso, tendremos que utilizar eso.

—Le ruego que reúna a los jefes de columna y les explique la situación. Por el momento, convendría paralizar al máximo posible las operaciones ofensivas. La buena cartuchería, resérvenla para las ametralladoras. Si hay protesta por parte de algún jefe de columna, diga usted que se dirija a mí.

Tal era nuestra situación. Pero cada día pasábamos a ser más buenos chicos. ¿Qué podría decirse ya de nosotros? Renunciamos a ir a por el todo. Aceptamos las sugerencias de Companys de entrar a formar parte de un organismo de amplia colaboración, llamado Comité de Milicias Antifascistas. Porque así tendríamos el respaldo universal. Después, para hacer más fáciles las cosas, descendimos uno, dos, tres, ¿cuántos peldaños más? Todo para merecer la colaboración del gobierno de Madrid y tranquilizar a las cancillerías. Nos avinimos a disolver el Comité de Milicias —poder paralelo a la Generalidad— para que se pudiera constituir un gobierno de la Generalidad coji el nombre de Consejo, como si el hábito hiciera al monje. Sin embargo, estábamos sin pólvora para cartuchos.

El gobierno de Madrid, mayoritariamente socialista, no nos atendía los pedidos de armamentos y municiones. Queriendo hacer de Madrid la tumba del fascismo, aplicaba a ese frentetodos los armamentos que recibía del extranjero, abandonando al resto de la España republicana a sus propios recursos.

Cuando llegó al puerto de Barcelona el barco soviético *Cyrianin*, del fondo de sus bodegas salieron unas cajas de confitería dulzona para los niños y las mujeres. Pero de pólvora sin humo, ni un grano. Y no hablemos de ametralladoras, de esas de carrito de ruedas... ¡Cajas, cajas de confitería!

Y para tanta mezquindad había que recibir, como si fuesen los Argonautas después de haber conquistado el vellocino de oro, a sus marinos.

—«¿Es todo lo que nos queda?

—Sí. Después de eso, nos quedan las piedras y los palos.»

Cuesta abajo

Han pasado dos meses y cinco días. El tiempo revolucionario es único. No puede ser medido como se mide normalmente el tiempo.

En un corto lapso de sesenta y cinco días, los que transcurrieron desde el 20 de julio de 1936 al 27 de septiembre del mismo año, se vivieron las tres etapas que regulan los grandes destinos: alborar, plena luz y ocaso. Así fue todo de rápido.

Se quiso dar el salto y se dio. Por lo visto, habíamos llegado a la cumbre en sólo sesenta y cinco días, y ya, con verdadera fiebre, se quería iniciar la caída cuesta abajo. En Barcelona, como en Madrid, se sentía impaciencia entre los burócratas de la Organización por entrar a formar parte del gobierno de la Generalidad y del de la República. Pero debían contenerse, por temor a suscitar desconfianzas entre los fieles al anarquismo. Ciertos grupitos aparentemente anarquistas apenas si dormían, atareadísimos en la búsqueda de pretextos para

terminar con el Comité de Milicias y encontrar, costase lo que costase, caminos hacia las funciones de gobierno.

Se hicieron eco, primero, de los infundios que salían de la Generalidad de Cataluña: «Mientras exista el Comité de Milicias, órgano de gobierno paralelo al gobierno de la Generalidad, no tendremos asistencia del gobierno de Madrid.» El gobierno de Madrid propalaba a su vez: «Mientras Cataluña no se someta al gobierno de la España republicana, no recibiremos asistencia de los gobiernos democráticos». Todos se desvivían por ver quién engañaba a quién. Se buscó la manera de disimular los afanes gobiernistas, comunes y corrientes, en aquella fórmula inocentona presentada por Federica Montseny en un Pleno de Regionales, que suprimía el nombre de «gobierno» y lo sustituía por el de «Consejo». Como en Madrid no cuajó, porque Largo Caballero era mucha pieza, se conformaron con que facilitase la entrada de la CNT en el gobierno de la Generalidad, el cual pasaría a llamarse Consejo de la Generalidad. Companys, más zorro que Largo Caballero, aunque no tan pieza como él, lo aceptó, encantado de poder acabar de una vez con el Comité de Milicias.

El Consejo de la Generalidad quedó constituido de esta manera:

Presidente y Hacienda, José Tarradellas (Esquerra); Cultura, Ventura Gasol (Esquerra); Seguridad interior, Artemio Aiguader (Esquerra); Economía, Juan P. Fábregas (CNT); Abastos, Juan J. Doménech (CNT); Sanidad y Asistencia Social, Antonio García Birlan (CNT); Servicios públicos, Juan Comorera (PSUC); Trabajo y Obras públicas, Miguel Valdés (PSUC); Agricultura, José Calvet (Rabassaires); Defensa, Díaz Sandino (técnico, Esquerra); Sin cartera, Rafael Closas (Acció Catalana).

Al constituirse este Consejo de la Generalidad, se procedió a la inversa de como se constituyera el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña. Para el Comité de Milicias, la CNT y la FAI, con José Asens, Aurelio Fernández, Juan García Oliver, Buenaventura Durruti y Diego Abad de Santillán, enviaba a sus hombres de primera fila. En cambio, los demás —incluido el POUM— enviaban a hombres de segunda fila, con lo que evidenciaban que, desde un principio y ya mucho antes de que se produjese ninguna fricción con Companys, tenían premeditado y tratado que la vida del Comité de Milicias fuese efímera. En cambio, para el Consejo o gobierno, los partidos habían designado a sus hombres de primera fila; y únicamente la CNT designó a uno de segunda fila, el bueno de José Juan Doménech. García Birlan no pertenecía a la CNT; era anti-sindicalista y anarquista teórico, entre platónico e individualista. Juan P. Fábregas no era de la CNT, no era anarquista y sólo contaba con el aval de Federica Montseny. Era, al parecer, amigo de la familia Urales.

La selección de los tres representantes de la CNT era significativa. Ninguno de ellos representaba a los que lucharon en las calles en julio ni a los que luchaban en los frentes. Ninguno de ellos mantuvo nunca relaciones con el grupo «Nosotros». Eran tres perfectos exponentes de las tendencias burocráticas que se estaban desarrollando en la CNT a pasos acelerados. Doménech, propuesto por Marianet, pertenecía a la latente burocracia obrerista. García Birlan, apoyado por Santillán, era el primer latido de una burocracia anarcoide. Y Fábregas, representando a la familia Urales, era el inconfundible burócrata liberal burgués. Esa nueva clase dirigente de la CNT no era del todo tonta.

Las tres Consejerías asignadas a la CNT, Economía, Abastos y Sanidad y Asistencia Social, eran como tres concejalías del Ayuntamiento de Barcelona. Despojados de Defensa y Seguridad Interior, ya solamente nos quedaba salir a la calle a pedir limosna. Iba a llegar el momento de que, cuanto de avance social se hizo bajo la protección y empuje del Comité de Milicias, sería anulado. Lo realizado por las nuevas eminencias de la Organización significaba

un bandazo de 90 grados hacia la derecha contrarrevolucionaria. Ni Federica, Santillán y Marianet eran tan inconscientes que no se diesen cuenta del alcance de lo que acababan de hacer. Era evidente su acuerdo para dar el segundo paso hacia la contrarrevolución. Las maniobras habían tenido lugar a espaldas del Comité de Milicias. Los miembros del Comité de Milicias de la CNT y de la FAI no asistimos a las reuniones deliberativas, ya que no se nos convocó ni siquiera con voz consultiva. Por casualidad, me enteré de que aquella mañana se haría la presentación de los tres consejeros al presidente Companys, y que saldrían de la Casa CNT-FAI acompañados por Marianet.

Aquella mañana, prácticamente desposeído de mis funciones del Comité de Milicias, fui a la Casa CNT-FAI para darme cuenta de cómo se preparaban para la solemne entrevista de presentación de los tres consejeros. En las varias secretarías del Comité regional había bastante ir y venir, algo así como el desorden característico de los preparativos de boda, cuando novio y novia, perdida la noción de las realidades, no sirven ni para hacerse el nudo de la corbata o atarse la liga. Tomé asiento. Nadie me acompañaba. De pronto se produjo como un remolino de personas procedentes de otra secretaría y apareció un tipo con cara de cura, lentes oscuros, recién afeitado, corbata de pajarita sobre una camisa de blancura impecable y vestido con un largo y solemne chaqué y pantalón a rayas.

Me quedé viendo visiones. En mi trabajo de camarero de restaurante, había vestido de smoking y frac, algo avergonzado de la pobre calidad de las prendas que usé, que por ser de alquiler no tenían la solemne prestancia de aquel chaqué. El individuo me vio, no me saludó y volvió a meterse en la oficina de Marianet. Me acerqué a una secretaria que conocía.

—¿Puedes decirme, compañera, quién es ese señor del chaqué?

—Es el compañero Fábregas, nuestro consejero de Economía en el gobierno de la Generalidad.

—¡Fíjate, y yo ni le conocía! Mira, en este momento no puedo regresar al Comité de Milicias y tengo que hablar con Durruti, en Bujaraloz. ¿Quieres pedirme la conferencia?

—Sí... ¿Eres Durruti? Soy yo, Juan. Estoy en el Comité regional, contemplando los preparativos de toma de posesión de nuestros consejeros en la Generalidad. Figúrate que uno de ellos, un tal Fábregas, que no conozco, está vestido de chaqué... ¡Ya ves cómo son las cosas... Y aquí en espera de que tomasen Zaragoza...!

Oí un clic. Durruti había colgado el auricular. Por aquellos días hizo una singular declaración: «Renunciamos a todo menos a la victoria». Pronto nos venamos envueltos por todos los medios masivos de comunicación con la famosa consigna durrutiana. Porque tal consigna les venía de perlas a los comunistas. Los comunistas y comunizantes lo decían de otra manera: «Primero ganar la guerra». La revolución, a fuerza de ser renunciada, ya estaba bien perdida. Con la misma facilidad perderíamos la guerra.

No quise terminar de ver la mascarada. Con aquel botón de muestra tenía más que suficiente. A pie, sin escolta, salí a ja calle. Atravesando la vía Layetana fui a salir frente a la catedral. Por la calle Portaferrisa salí a las Ramblas y me fui a tomar un café al Moka. Mi paso por las Ramblas apenas si fue apercebido por alguna persona. En el Moka me conocieron muchos de los asistentes, tertulianos de todas las horas. Al rato me levanté y fui Ramblas abajo, hacia el paseo de Colón, hasta llegar a la antigua Capitanía general. Había elaborado mi plan: el Comité de Milicias subsistiría, aunque fuese con otro nombre.

Me esperaban extrañados Aurelio Fernández y mi secretario. La escolta había llegado hacía tiempo, diciendo que había salido de la Casa CNT-FAI sin

avisarles. Pasé a la oficina. Despaché a la secretaria diciéndole que aquél era día festivo. Aurelio y mi secretario me miraban con recelo. No ignoraban lo que ocurría en la Organización y se daban cuenta de la crisis que se desarrollaba en mí. Suponían, con fundamento, que la entrada de la CNT en el gobierno de la Generalidad había sido negociada a cambio de la supresión del Comité de Milicias, mucho más importante para Companys que el complejo de circunstancias políticas, sociales y militares que dependían del equilibrio que imponía el Comité de Milicias con su existencia desde el principio de la revolución. Hice un examen de conciencia en voz alta ante ellos dos.

«Después del Pleno de Locales y Comarcales me pareció que nada podría decepcionarme ya, tan imposible se me antojaba que la vida me deparase otra ocasión semejante; y es que, a tan poca distancia del enfrentamiento con los «treintistas», era inconcebible que los más extremos antitreintistas, ciertos rabiosos «faístas», pudiesen quemar tan rápidamente las etapas desde un radicalismo extremista a una postura más que treintista, contrarrevolucionaria. Lo estamos viviendo. Primero, en nombre de la pureza de un anarquismo convencional, se acordó renunciar a la implantación del comunismo libertario, considerando como una gran conquista revolucionaria la existencia de un Comité de Milicias endeble sugerido por Companys, en colaboración con nuestros adversarios tradicionales, burgueses y marxistas. Hoy, a pocos días de distancia, se pisotea la pureza del anarquismo y se conviene en acabar con el Comité de Milicias, que había logrado ser un órgano importante de la revolución, para hacer entrar a la CNT en un pequeño gobierno que si como gobierno no pasaba de ser un órgano administrativo secundario, como Consejo será menos aún.»

Aludí a la reunión del grupo «Nosotros» y a los vagos pretextos expresados en ella por Durruti para eludir la acción revolucionaria. Terminada ya la reunión, al quedarme solo, medité sobre cuál habría de ser mi conducta, si separarme de la Organización y marcharme al extranjero, o, a la manera de Trotski, iniciar abiertamente un movimiento de oposición y pronunciarme abiertamente por la revolución a llevar a cabo desde aquel mismo instante. Me convencí de lo impropio de ambas actitudes, porque, iniciada la lucha el 18 de julio por una decidida actitud del grupo «Nosotros» en nombre de la CNT y de la FAI, no podía ya zafarme, ni, mucho menos, abandonar a los compañeros y a los miles de trabajadores que lo habían arriesgado todo para secundar nuestras llamadas y las de la Organización. No me era grato imitar a Trotski: No soy ruso, no soy judío y no me llamo León. Mi deber era estar siempre presente, hacer todo lo posible para marchar adelante en las realizaciones revolucionarias.

«Sin embargo, hoy me he convencido de que nací iluso y de que moriré siendo un iluso. Lo que vi y oí esta mañana en el Comité regional debería ser definitivo. Todo esto no es ya otra cosa que una marcha cuesta abajo. Sin embargo, soy de la opinión de que hemos de seguir en el puesto del Comité de Milicias mientras no sea disuelto violentamente. O transformarlo en algo tan parecido al Comité de Milicias que solamente el nombre sea lo cambiado, porque el día que esto deje de existir se producirá el choque violento entre nuestra gente y los de enfrente; no los militares, sino los comunistas, la Esquena y los nacionalistas. Los militares sublevados vendrán después.»

Aurelio Fernández, siempre calmoso, siempre constante, me interrumpió: —¿No sería posible parar la caída?

—Las etapas se están sucediendo con tanta rapidez que no podemos repetir la operación realizada cuando el intento del gobierno Casanovas. En muchos militantes hay un fondo de miedo a lo desconocido, agravado por la sensación de incapacidad ante muchos de los problemas planteados. La Organización no

ha sido capaz de regular ni organizar debidamente una economía socialista ciudadana. Si las colectivizaciones se produjeron, fue por el impulso inicial que encontraron en el Comité de Milicias. Tampoco han dado forma a la posesión colectiva de la tierra. La iniciativa de la clase obrera ha sobrepasado la de las llamadas élites sindicales. El socialismo debe hacerse en medios libres de influencias burguesas. No han sabido crear una escala de valores propios, esencialmente proletarios; por eso están derivando hacia las soluciones burguesas.

No hay que creer que la paralización del frente de Aragón se deba únicamente a la incapacidad de los jefes de columna y a la falta de armamentos. Influye en los ánimos de los combatientes la incertidumbre. Los milicianos se preguntan: ¿Por qué luchamos? La nueva élite de chaqué de la Organización ha procedido esta vez cubriéndose las espaldas con los acuerdos del Congreso de Sindicatos de Cataluña que acaba de celebrarse y que los ha respaldado en su sesión secreta.¹ Y sin hacer mención del Comité de Milicias, acordaron la participación en el nuevo Consejo o gobierno de la Generalidad. Y están esperando seguramente una violenta reacción por parte nuestra. Pero el acuerdo los autoriza a formar parte del Consejo de la Generalidad, no a disolver el Comité de Milicias, asunto que se abstuvieron de presentar, porque el Comité de Milicias no fue creación de un Congreso de Sindicatos, sino de un Pleno de Locales y Comarcales.

—¿Qué hacer? —preguntó Aurelio Fernández.

—Creo que podemos triunfar precisamente no haciendo nada. Si no nos damos por enterados, continuamos desempeñando nuestras funciones en el Comité de Milicias, tomamos decisiones durante el día, y por la noche reunimos el Comité, aunque estemos nosotros solos, tendrán que ser ellos quienes tomen una decisión, principalmente Díaz Sandino, como consejero de Defensa, y Aiguader, como consejero de Seguridad interior. Bastará un aviso a Alfonso Miguel y a Dionisio Eróles para que los Consejos de Obreros y Soldados no admitan otra disciplina que la de García Oliver en lo militar y de Aurelio Fernández en Seguridad interior, más una explicación a Asens y Fábregas en lo que respecta a las Patrullas de Control, y antes de 24 horas aparecen las banderas blancas en demanda de un arreglo amistoso.

—¿Y cuál podría ser ese arreglo amistoso?

—Primero, que yo sea nombrado secretario general de la Consejería de Defensa y que Aurelio sea nombrado secretario general de la de Seguridad interior, manteniéndose en sus puestos a Asens y Fábregas. Habría que dar cuenta de lo tratado aquí a Marcos Alcón y Asens. Si están de acuerdo, adelante. Si objetasen algo, nos reuniríamos todos. No creo que haya que prevenir a Santillán; es el patrocinador de García Birlan y no nos ha informado de lo que se estaba cocinando.

La noche del 27 de septiembre se reunió el Comité de Milicias a la hora acostumbrada. Fue una verdadera reunión plenaria, porque —cosa rara— asistie-

1. [NDA]. El congreso fue montado por la troika de entonces: Santillán, Federica y Marianet. Estuve en la más completa ignorancia de cómo y por qué se organizó. Conoci, sí, los resultados de la política imperante a partir de aquel momento: creación del gobierno con Tarradellas de *conseller en cap* y amplia maniobra para acabar con el Comité de Milicias. El grupo «Nosotros» estaba prácticamente disgregado. Por un lado, estaban la muerte de Ascaño y la defección de Durruti; Ortiz, Jover y «el Valencia» se encontraban en las columnas de milicianos, y en esas columnas lo mejor de la militancia confederal. La marcha de la Organización se había escapado de nuestro control. Día y noche, los asuntos de la guerra y los del orden público nos imposibilitaban a Aurelio y a mí hacer frente a la gran capacidad de intriga de los miembros de los tres grupos citados, que no lucharon en las calles de Barcelona, no se fueron con las milicias y les sobraba tiempo para planear y llevar a cabo todas las maniobras.

ron todos los delegados: Soler Torner, Miratvilles y Pons, de la Esquerra; Aurelio Fernández y Santillán, de la FAI; Marcos Alcón, José Asens y yo, de la CNT; Almendros y Miret, del PSUC; Vidiella, de la UGT; Gironella, del POUM; Torrens, de Rabassaires, y Tomás Fábregas, de Acció Catalana.

Vinieron todos muy sonrientes y estuvieron muy amables unos con otros. Hasta acudieron los colaboradores militares, como Díaz Sandino, Giménez de la Beraza y Vicente Guarner. Igualmente, una persona asimilada como secretario de Actas, Perramón, de la Esquerra.

Abrí la sesión:

—Hoy ha sido un día apacible en los frentes de Aragón. Los problemas son siempre los mismos: Necesidad de reponer los armamentos gastados, necesidad de mejores fusiles y mejores ametralladoras y, especialmente, mayor abundancia de cartuchería. Más artillería y más aviación.

A la pregunta de Santillán de si había telefonado algún jefe de columna, respondí que ninguno, con excepción de Durruti, a quien yo había hablado para preguntarle cómo se encontraban él y su columna.

Algo flotaba en el ambiente. La amabilidad general era una invitación al chisme. Se quería hablar de la constitución del nuevo Consejo de la Generalidad, pero nadie se atrevía a empezar el tema. Hasta Díaz Sandino, en su insólito papel de consejero de Defensa recién nombrado, parecía haber adoptado una actitud de niño travieso que desea ser perdonado.

Dos novedades les debieron indicar la jugarreta que les preparaba: en la sala del trono donde nos reuníamos había hecho poner una nevera con hielo y cervezas; en la salita de entrada estaban las escoltas de Aurelio, de Marcos, de Asens y la mía, poderosamente armadas.

Se debieron convencer de que si una parte de la CNT se había hundido, aún quedaba en pie otra parte: su militancia obrera y anarcosindicalista.

El 28 de septiembre transcurrió como de ordinario en el Comité de Milicias. Comentarios sobre el nuevo Consejo de la Generalidad, no se hacía ninguno. Tampoco entre los trabajadores, exceptuada alguna expresión de sarcasmo. Entre los militantes de los Comités de fábrica y taller, de las Comisiones de sección, la expresión más cariñosa era: «¡Esos desgraciados!» Comentábase con ironía el contenido del programa inmediato del Consejo, aparecido en los periódicos. Según los obreros, el contenido de su largo articulado sólo hacía constar los derechos que los obreros se habían tomado con su propia acción o por estímulo del Comité de Milicias. Los más perspicaces se daban cuenta de que el programa no había sido redactado por ningún cenetista sino por algún ingenioso burgués. Su artículo 5.º —«La colectivización de las grandes industrias, de los servicios públicos y de los transportes»— denunciaba la división del mundo del trabajo en dos grandes cuerpos: los pertenecientes a las grandes industrias, que colectivizarían sus empresas y que estarían desvinculados de los obreros de las medianas y pequeñas industrias, que continuarían siendo asalariados privados, división que entrañaba un ataque al sindicalismo revolucionario.

El nuevo Consejo de la Generalidad se enfrentaba a un murmullo de descontento creciente entre los militantes de base de la CNT y la actitud enigmática de José Asens, Marcos Alcón, Aurelio Fernández y Juan García Oliver en el Comité de Milicias. Los consejeros y sus patrocinadores, incluido Marianet, se habían hecho la ilusión de que al saberse la decisión de integrarse la CNT en el nuevo Consejo, los representantes de la CNT y la FAI en el Comité de Milicias se presentarían indignados a entregar sus dimisiones, quizá con escándalo, para lo cual ya se estaban preparando, pues contaban con el voto favora-

ble del Congreso regional de Sindicatos, que era superior en autoridad al Pleno de Locales y Comarcales que había acordado la participación en el Comité de Milicias.

Pero el Comité de Milicias seguía funcionando como si nada hubiese ocurrido. Y seguía existiendo el temor de que, en un momento dado, las unidades anarcosindicalistas del frente de Aragón viniesen a Barcelona, abandonando las posiciones, sin exceptuar a la columna de Durruti, en la que había gran descontento.

En las primeras horas del 28 de septiembre hizo su aparición Ferramón, hombre de confianza de la Esquerra. Dijo que venía a verme para hacerme unas consultas sobre el contenido de algunas actas. Después, como si la cosa careciese de importancia, me hizo observar que desde la constitución del gobierno de la Generalidad presidido por Casanovas y que tuvo que sumergirse en la nada, el coronel Díaz Sandino, nombrado consejero de Defensa de dicho gobierno, había designado al comandante Guarner como secretario general de la Secretaría de Defensa, con unas atribuciones tan amplias que dicho cargo en una persona de la competencia mía sería de tanta importancia o más que el de jefe del departamento de Guerra del Comité de Milicias, con la ventaja de que mi aceptación solucionaría amigablemente la dualidad creada entre Díaz Sandino y yo y entre el Comité de Milicias y el Consejo de la Generalidad. Tenía entendido —insinuó— que Artemio Aiguader, nombrado consejero de Seguridad Interior, no vería con disgusto que a su Consejería se la dotase de una secretaría general y que para dirigirla fuese designado Aurelio Fernández.

Dije al oficioso Ferramón, que en aquel momento supuse que era portavoz del *Conseller en cap* Tarradellas, que sus comentarios eran interesantes. Pero que, por el momento, no estando en crisis el Comité de Milicias, todo seguiría como hasta entonces.

Antes de empezar la reunión nocturna del Comité, reuní a Aurelio Fernández, Marcos Alcón y José Asens, para exponerles las sugerencias de Ferramón. Convenía —les dije— no expresar opiniones divergentes ni adoptar actitudes dispares. Con la penosa actitud claudicante de la Organización teníamos suficiente.

Marcos Alcón, incapaz de jugar equívocamente, preguntó si no sería mejor ir aceptando los puentes que nos iban tendiendo para encontrar una salida airosa al problema en mala hora planteado por unos dirigentes confederales totalmente desorientados.

A la opinión expresada por Marcos Alcón se sumaron Aurelio y Asens.

—En efecto —les contesté—. Aceptamos los puentes que nos tienden o finalmente tendremos que optar por la insurrección, que deberían llevar a cabo las columnas del frente de Aragón, las patrullas de control y los cuadros de defensa confederal. Soy de la opinión de que ya no es oportuna tal actitud. No lo hicimos al vencer a los militares el 20 de julio. Hacerlo ahora, podría ser interpretado como, una lucha por el predominio político entre la minoría claudicante de los Comités superiores y quienes estamos en el Comité de Milicias. Y no hay que olvidar tampoco que, dos meses después de haberse iniciado la revolución en Cataluña, donde la CNT marcha oficialmente hacia atrás, en el resto de España las Regionales se están comportando de una manera muy distinta a como nosotros hemos estado viendo la situación. El Comité nacional de la CNT no ha convocado ningún pleno o reunión de carácter nacional para estudiar las posibilidades de una revolución social en estos momentos. Mi opinión concuerda con la vuestra. Debemos aparecer como no interesados en la disolución del Comité de Milicias y susceptibles de aceptar una transformación que suponga solamente un cambio de nombres, conservando nosotros las posiciones actuales en Guerra y en Seguridad interior, de manera que, si las

circunstancias un día lo requiriesen, la Organización tenga en sus manos la única fuerza organizada existente.

Nada de nuevo en la reunión del Comité de Milicias de aquella noche, salvo que, en virtud de acuerdos tácitos entre partidos ya gubernamentales, el POUM estuvo representado por Julián Gorkin y Vidiella vino representando al PSUC. Y la actitud de los consejeros militares fue, si cabía, más hermética que en días anteriores.

El día 29, la presión había subido en el Consejo de la Generalidad. A cada momento, se hacía más precaria la existencia del nuevo gobierno catalán con representantes de la CNT, el POUM y el PSUC. A todos los sectores representados en él les urgía la normalización de funciones. No habiendo tomado posesión efectiva de sus Consejerías los consejeros de Defensa y Seguridad interior, no valía la pena que celebrase reunión de conjunto el Consejo. Si la maniobra se hizo para despojarnos del control de las fuerzas armadas, la operación podía darse por fracasada.

Por la mañana estuvo Díaz Sandino, nuevo Consejero de Defensa, acompañado del comandante Guarner, dando unas vueltas por las dependencias del Comité de Milicias. Nadie les prestó atención, nadie los saludó. Entraron en mi oficina, me saludaron y se fueron. Después de ellos vino el teniente coronel Escobar, jefe de personal militar del Comité, para decirme, muy serio, que me consideraba su jefe, y lo mismo que él sus antiguos compañeros, jefes y oficiales de la Guardia civil, por entonces controlados por el Comité central de los Consejos de Obreros y Soldados.

A la una de la tarde apareció Aurelio Fernández.

—¿Sabes algo de nuevo? —me preguntó.

—Sí y no. Por las apariencias, pronto tendremos planteado oficialmente el problema. Mientras dure esta situación, deberías permanecer el mayor tiempo posible en tu Secretaría. Y que estén contigo Asens y Marcos Alcón.

La reunión nocturna del Comité de Milicias transcurrió como la del día anterior. Pocos asuntos a tratar; situación de suspenso. Nos despedimos con un «¡Hasta mañana!»

Mañana del día 30. Una novedad: Aurelio Fernández fue visitado por Artemio Aiguader, el nuevo consejero de Seguridad interior, quien se le presentó en su despacho de Gobernación. Para ofrecerle —le dijo— la rama de olivo. Todo podía seguir como antes, siendo Aurelio Fernández el secretario general de la Consejería. Solamente se deseaba anunciar la desaparición del Comité de Milicias, al exterior y al interior, de cara al gobierno de Madrid, que nada haría en tanto existiese dicho Comité.

Aurelio Fernández anticipaba que el coronel Díaz Sandino estaba ansioso por hablar conmigo. Aurelio me hablaba por teléfono. Le pregunté si estaban con él Marcos Alcón y José Asens. Me contestó que sí y que estaban de acuerdo con una solución amistosa.

—Puedes comunicarle a Aiguader que estoy en buena disposición para tratar con Díaz Sandino —le contesté.

Todo marchaba rápidamente. A mediodía llegó el consejero de Defensa, Díaz Sandino, acompañado de Tarradellas. Cuando llegaron, hacía un momento que acababa de colgar el teléfono y de hablar con Marianet. Este había reconocido por adelantado que no podría impugnar ninguna argumentación mía respecto al nuevo Consejo de la Generalidad y a la participación de la CNT en el mismo. Reconocía también que el haber aceptado la disolución del Comité de Milicias era una concesión obligada, porque se había llegado al punto definitivo de decisión entre Comité de Milicias o gobierno de la Generalidad. El

era el primero en reconocer que el Comité de Milicias había jugado un gran papel, lo que había sido causa de celos en personajes de Barcelona y de Madrid. Y él ya no podía resistir más a las presiones a que lo tenían sujeto Abad de Santillán, Federica, Miró y quienes les secundaban en la FAI y en las Juventudes Libertarias. Y no había nadie que se les opusiera. Los del grupo «Nosotros» nos encontrábamos inhabilitados, pues Aurelio y yo en el Comité de Milicias, Durruti, Jover y Ortiz en las columnas, actuábamos prácticamente fuera de la mecánica de la Organización.

«Supongo el porqué de tu llamada —prosiguió Marianet—, pues acaban de comunicarme que tanto Aurelio como tú aceptáis la disolución del Comité de Milicias, pasando a ser los secretarios generales de Defensa y Seguridad interior. No sé hasta dónde nos arrastrarán las circunstancias, pero estando vosotros en esos puestos tengo la seguridad de que podremos dormir algo tranquilos.»

Recibí amablemente a Tarradellas y a Díaz Sandino. Tarradellas, muy diplomático, dijo que en Madrid, en el gobierno de la República, existían tantas quejas contra los catalanes que, para ver qué se lograba de ellos, había tenido que designar para las Consejerías de Defensa y Seguridad interior a personas que no lo deseaban y que aceptaban a sabiendas de que quienes realmente dirigirían los departamentos seríamos Aurelio Fernández y yo.

Y concluyó:

—¿Estamos de acuerdo? Ya Aurelio dijo que sí a Aiguader. ¿Podemos proceder a los dos nombramientos? Mañana aparecerán en el *Bulletí Oficial*. ¿Cuándo será la última reunión del Comité de Milicias?

—Estamos de acuerdo, Tarradellas. Creo que con Díaz Sandino marcharemos sin fricciones. Si mañana aparecen los nombramientos, la reunión de la noche será la última que celebre el Comité de Milicias. Y como no deseo que los demás componentes del Comité se sientan disgustados, pienso proponerles que, en lo sucesivo, podemos seguir reuniéndonos todas las noches, si no como Comité de Milicias, sí como Comisariado adjunto a la secretaría general de Defensa.

—Me parece muy bien visto —dijo Díaz Sandino—. Y por mí, aceptado.

—Y por mí, también —añadió Tarradellas.

Terminó la entrevista muy cordialmente. Companys y la Generalidad ya podían descansar. Companys sobre todo. Pero ahora no podría excusarse alegando que el Comité de Milicias no le dejaba ser el presidente de la Generalidad. Ya no podría alegar ingerencias del Comité de Milicias en el cumplimiento de sus obligaciones constitucionales, que tenía completamente olvidadas, como olvidadas tenía las limitaciones que la Constitución y el Estatuto le imponían. Desde que Cataluña perdió su independencia, jamás había tenido tanto poder como con el Comité de Milicias. Desde entonces nunca había tenido Consejería de Defensa, ni ejército propio, ni industria de guerra propia, ni Administración de Justicia independiente. Cuando los tribunales revolucionarios del palacio de Justicia de Barcelona imponían una sentencia de muerte, su ejecución no dependía ya del «enterado» del gobierno central y se procedía a llevarla a cabo. Companys, visto desde Madrid, se convertía en un asesino, porque disponía de vidas ajenas sin disponer de atributos legales para ello. Y estas y otras cosas se las recordaría ahora el gobierno de Madrid, el cual, con el cuento de «primero ganar la guerra», no dejaba de hacer referencias continuas a los desmanes anticonstitucionales que tenían lugar en la Generalidad de Cataluña.

El 30 de septiembre pasó en una especie de interinidad.

El día 1 de octubre, ya publicados los nombramientos de secretario general de

Defensa a mi favor y de secretario general de Seguridad interior a favor de Aurelio Fernández, tuve que hacer frente a la sesión nocturna del Comité de Milicias.

Dentro de lo que cabía, aquella reunión postrera tuvo gran solemnidad. A ella asistieron todos los representantes de los sectores antifascistas que lo integraban y todos los militares que habían prestado eficazmente su colaboración. Nos reunimos los delegados Marcos Alcón, José Asens y yo (CNT); Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán (FAI); Vidiella, Duran Rossell y Almendros (UGT y PSUC); Tarradellas, Prunés, Miravittles, Soler Torner y Pons (Esquerra); Torrens (Rabassaires); Tomás Fábregas (Acció Catalana), y los militares Díaz Sandino, Giménez de la Beraza y Vicente Guarner.

Hablé más o menos en estos términos: «Supongo, compañeros del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, que ya conocéis los pormenores de los acontecimientos de estos últimos días. Estos acontecimientos han supuesto la incorporación de la CNT y otros sectores aquí representados a las funciones de gobierno, en un nuevo Consejo de la Generalidad. Las gestiones entre el presidente Companys y su presidente delegado, Tarradellas, con los representantes de todos los partidos y organizaciones antifascistas de Cataluña, fueron, al parecer, muy laboriosas; tanto porque se pretendía encontrar una solución a la tirantez de relaciones entre Cataluña y el gobierno de la República y establecer una efectiva colaboración de orden económico y militar, como porque se necesitaba presentar en el plano internacional una fisonomía menos revolucionaria y menos chocante a los ojos de los observadores, de lo que se entendía como funciones paralelas y contrapuestas entre el Comité de Milicias, el gobierno de la Generalidad y el gobierno de Madrid.

Tales gestiones, coronadas por el éxito, comportaban, según acuerdo de los sectores antifascistas de Cataluña, la supresión del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, que tan grandes servicios ha prestado a la causa antifascista.

Esta que celebramos es su sesión postuma. Y me permitiréis que pronuncie la oración de despedida, que debiera hacerlo su presidente si lo hubiese tenido. Pese a las fuertes presiones a que tuvimos que hacer frente en los primeros momentos de su constitución, el orden ciudadano, encomendado a Seguridad interior, se restableció paulatinamente sin haber tenido que atender reclamaciones por atropello del derecho de gentes, que nos hubiesen hecho los países civilizados del mundo. Tampoco incurrimos en el error de restablecer el orden ciudadano mediante la implantación de un terror sangriento, salvando a nuestra revolución de toda semejanza con otras revoluciones.

Cuando la situación de Valencia, quince días después de haber triunfado nosotros en Cataluña, estaba amenazada a causa de la indecisión de los elementos antifascistas, acudimos en ayuda de Valencia.

Cuando se hicieron manifiestas las intenciones de sublevación en Barcelona de los jefes y oficiales de la Guardia civil, la creación de los Consejos de Obremos y Soldados terminó con las veleidades de dichos jefes y oficiales.

Cuando abordamos los problemas del mañana, anticipándonos a su presentación, y creamos las industrias de guerra en los ramos de metalurgia y química, dimos la gran lección de capacidad de nuestros sindicatos, de nuestros trabajadores y de nuestros técnicos, encabezados por el coronel Giménez de la Beraza.

Aprovechamos cuanto nos fue posible la competencia técnica de oficiales y jefes del ejército vencido, incorporando a nuestras columnas a aquellos elementos que sin coacciones aceptaron colaborar para remediar nuestra necesidad de mandos. Y cuando ya no fue posible contar con ellos en el mando técnico junto a nuestros jefes de columna, pero sí utilizarlos en una retaguar-

dia activa, fundamos la Escuela Popular de Guerra, que ha asumido muy satisfactoriamente la tarea de preparar en tres meses de estudio y práctica los tenientes en campaña que necesitaremos para encuadrar un ejército revolucionario. También con miras al mañana, se dispuso la construcción de la línea de fortificaciones conocida por «línea del Cinca».

En el plano de acciones internacionales para la defensa activa de nuestra causa, se realizaron gestiones que culminaron en el pacto, firmado en este mismo salón, con el Comité de Acción Marroquí.

Igualmente os consta con cuánta premura se pusieron en pie las columnas de milicianos que salieron hacia Aragón. Si no se tomaron Zaragoza y Huesca, como se ambicionaba, no ha sido por haber adoptado las columnas la actitud comodona que nos atribuye el gobierno de Madrid, sino por carencias de elementos decisivos en los combates de nuestros días, como son los tanques, la aviación y las ametralladoras.

Cierto que no llevamos a cabo ofensivas espectaculares en el frente de Aragón, pero no es menos cierto que a los dos meses de haber salido la primera columna con Durruti, y de haberse tomado poblaciones tan importantes como Alcañiz, Caspe, Barbastro y otras de menor cuantía, no se ha retrocedido ni un kilómetro, con lo que se ha demostrado que nuestras columnas de milicianos son írtas eficaces que las tropas de línea con disciplina militar con que opera el ejército del gobierno de Madrid, que no solamente no realiza ofensivas, sino que, lamentablemente, retrocede siempre ante el enemigo.

Y ha de resultarnos muy grato constatar, en esta hora de disolución del Comité de Milicias, que ni un palmo de tierra de Cataluña está pisado por el ejército de los militares sublevados. Ciertamente tenemos en nuestro haber la página nada edificante de la empresa descabellada de Mallorca, iniciada a espaldas de este Comité por el capitán Alberto Bayo, y terminada con abandono de hombres y de abundante material de guerra.

En dos meses que lleva de vida el Comité de Milicias, es mucha la obra realizada por todos sus componentes. No podemos olvidar la organización dada a los transportes militares por nuestro compañero Marcos Alcón. Ni la satisfactoria actuación del compañero Torrens al frente de Abastecimientos militares. Y menos, mucho menos, la magnífica labor propagandística llevada a cabo por Miratvilles al frente de Propaganda, de la que sobresale notablemente el cartel *El mes petit de tots*, infante sumido en la pelea de nuestros días.

Con todo, hay algo todavía más notable que las realizaciones materiales que acabo de reseñar, y es la obra moral llevada a cabo por el Comité de Milicias, consistente en haber creado y mantenido una colaboración entre sectores ideológicamente tan distanciados como son Acció Catalana y Esquerra, la CNT, la FAI y los socialistas del POUM y del PSUC, superando las lecciones negativas de la historia de las revoluciones, con sus deprimentes páginas ensangrentadas por los revolucionarios, franceses y rusos. A este Comité de Milicias habrá de tenerse por una superación de los Soviets en Rusia, donde una minoría terminó por apoderarse de su dirección, aniquilando después, uno a uno, a todos los sectores de su heterogéneo conglomerado. El Comité de Milicias, donde el sector mayoritario eran los anarcosindicalistas, ha sido el elemento más neutralizador de las apetencias de dominación.

Desaparece esta noche el Comité de Milicias para dar paso a un gobierno que ha de sustituirle en todas sus actividades. Ojalá que lo logre. Y que primordialmente logre mantener el ponderado equilibrio entre los distintos sectores del antifascismo, sin cuya convivencia no es posible pensar seriamente en el triunfo de nuestra causa.

Gracias a todos por la colaboración que nos hemos estado prestando.»

Así terminó mi discurso de despedida. De despedida del Comité de Milicias,

y que fue escuchado en el más profundo silencio. Casi todos los asistentes se levantaron para darme un abrazo.

Antes de despedirme, les propuse:

—La colaboración no puede romperse sin transición, porque podría ser causa de futuras fricciones. Quiero proponerles que, en adelante, a la misma hora de cada noche, nos reunamos para intercambiar impresiones sobre la marcha de cuanto tenga relación con la guerra y el orden interior, constituyendo una especie de Comisariado adjunto a la secretaría general de Defensa, cuya función ha recaído en mí.

Fue aceptada mi iniciativa.

El Comité de Milicias se constituyó para soslayar el ir a por el todo.

El Comité de Milicias se disolvía por haber ido demasiado lejos.

Se disolvía para dar paso a un Consejo de la Generalidad de Cataluña.

La Generalidad acabaría por ser absorbida en sus funciones por el gobierno de Madrid, que no tenía ni apariencia de gobierno revolucionario.

Un pequeño salto atrás más, y la CNT llegaría al final de su cuesta abajo. Esta caída, la retardaría yo tanto como me fuese posible.

Al terminar la postrera reunión del Comité de Milicias, me reuní con mi secretario. Le dije:

—Estoy muy cansado. Mientras yo esté aquí, nadie más que la CNT será quien mande. Necesitamos una táctica y una estrategia adecuadas. Y tú debes ocuparte de ello. Desde ahora debes atender a lo siguiente: Felipe Díaz Sandino es el consejero de Defensa, como los reyes de Inglaterra, con corona pero sin funciones. En el despacho de Díaz Sandino debe haber una refrigeradora siempre llena de cervezas. Todas las llamadas telefónicas, si son de importancia me las pasas a mí. Si no lo son, tú debes resolver lo más conveniente. Las visitas, si son mujeres guapas, las pasas a Díaz Sandino. Si no lo son, resuelve tú lo más conveniente. Ningún asunto importante debe pasar a conocimiento de Díaz Sandino sin antes haber pasado por mi despacho.

Todo tiene un término

La existencia en la secretaría general de Defensa se desenvolvía sin grandes problemas.

Los frentes de Aragón seguían siendo estables. Las industrias de guerra marchaban sobre el mismo pie de sus comienzos, pero dependiendo de la Consejería de Hacienda, con Tarradellas al frente. Se producía trilita, dinamita, bombas de mano, bombas de aviación, proyectiles de artillería y de mortero; se fabricaban morteros, cartuchería y balas de fusil, alzas para ametralladoras, barracones de campaña y toneles para agua: gasas, vendas, algodones absorbentes, agua oxigenada, sueros, escayolas, yodo y alcoholes especiales. En fin, todo lo que se necesita para destruir y lo indispensable para poner de nuevo en pie ese sarcástico juego que es la guerra.

Las incautaciones de fábricas y talleres impulsadas desde el Comité de Milicias habían encontrado cauce en las colectivizaciones, y éstas, creado el Consejo de Economía, con representantes de todos los sectores antifascistas (¿por qué no solamente de CNT y UGT?, me preguntaba yo), se esperaba que pronto aparecerían reguladas por el correspondiente decreto.

¿Sería cierto? Algo raro acontecía con la preparación del decreto sobre colectivizaciones. Tarradellas vino a despedirse de mí por unos días, diciéndome

que estaría ausente en una casa de campo de montaña, pues quería estudiar un proyecto de decreto de colectivizaciones, lo que me hizo suponer que se estaban saltando la competencia del consejero de Economía, Fábregas, y de la CNT, o que ese amigo de Federica no debía entender de economía política. Al ser escamoteado el asunto de las colectivizaciones de las manos de los trabajadores y pasar a los seudointelectuales del Consejo de Economía —Abad de Santillán, Carbó, García Birlan, Fábregas, Pey Poch, Nin, Martí Barrera, Ruiz Ponsetí y otros—, no fueron éstos capaces de producir un decreto de colectivizaciones conveniente. Lo que hace difícil esta clase de trabajos es el concepto nebuloso de una economía indefinida, entre socialista y burguesa, en la que no son válidas la escala de valores socialista ni la burguesa, pues de lo que se trata es de producir un engendro híbrido, ni socialista ni burgués. Aigo que no sea mango ni flor.

Mis relaciones con Felipe Díaz Sandino, consejero de Defensa y supuesto jefe mío, eran corteses. A Díaz Sandino no le gustaba el juego de los políticos y, aparte de sus simpatías por los comunistas, dejaba toda la dirección de la Consejería en mis manos.

Los días de octubre transcurrían dentro de una gran normalidad. Aquello no podía durar. Desaparecido el Comité de Milicias, que era un gran centro de iniciativas, el Consejo de la Generalidad en funciones de gobierno no podía recorrer gran trecho. Las finanzas estaban en manos del gobierno central y éste se aprestaba a enviar el oro, en depósito, a la URSS, dejando una enorme cantidad de millones de pesetas en billetes sin cobertura oro, lo que equivalía a la gran estafa del siglo.

El gobierno central nunca vio con buenos ojos que el gobierno de la Generalidad se atribuyese funciones no estipuladas constitucional ni estatutariamente. En fin, ahí estaban los afanes centralistas y unitarios de Largo Caballero y su partido, de concepción antifederalista.

Aquella situación clamaba un término. Acaso el término se había colado por la puerta, al aparecer mi secretario y anunciarme:

—Horacio Prieto desea hablarte.

—Horacio, y a estas horas... ¿Te ha dicho algo?

—¿Decirme algo Horacio? ¡No bromees! Horacio apenas si da los buenos días. Figúrate que se dice de él que en cierta ocasión se puso a vender coco y cacahuets y se arruinó, ¡porque no contestaba cuando le preguntaban el precio!

Horacio Martínez Prieto. ¿De nuevo secretario del Comité nacional? Hasta que me lo dijo mi secretario, yo lo ignoraba. Lo había sido hasta la celebración del Congreso nacional de Sindicatos celebrado en Zaragoza meses atrás. Al terminar el Congreso, disgustado al parecer por el resultado de los acuerdos, dimitió, cosa que no me extrañó. Todo el mundo lo tenía por neurasténico. Abandonó el Comité, sin esperar a tener sustituto, y se fue a Bilbao, su punto de residencia. En el Comité nacional lo reemplazó provisionalmente el compañero David Antona.

Los acontecimientos sorprendieron a Horacio Prieto en Bilbao. En aquella provincia nuestra influencia era reducida: algo en Baracaldo y en Sestao, con algunos grupos de militantes en Bilbao. Solamente Emilio Mira, conocido por «Valor», dio algo de impulso al movimiento anarcosindicalista en Bilbao, alrededor de 1919. En Guipúzcoa, gracias a la personalidad del compañero Galo Diez, nuestra influencia era mayor. Horacio Prieto, de suyo apático, no hizo gran cosa por elevar el papel confederal en el norte. Dejó hacer. Dejó pasar. Nunca se supo con claridad su desenvolvimiento revolucionario durante la sublevación de los militares. Sí se sabía que en Vizcaya y en su capital, Bil-

bao, el papel de la CNT fue de lo más opaco, como si allí no existiesen militantes confederales.

Era peculiar en Horacio Prieto dejar una pátina gris en todo lo que tocaba. Al producirse el levantamiento fascista, eran necesarios en cada lugar de España hombres apasionados por la libertad; hombres que, dando el ejemplo, se pusiesen al frente de los timoratos y de los indecisos. Horacio Prieto no era el volcán en erupción que arrastra con su lava ardiente cuanto encuentra a su paso.

Muy silenciosamente salió Horacio Prieto de Bilbao en cuanto fue dominada la situación. Empero, su sitio estaba en la Regional del norte. Aprovechó la ocasión de poder incorporarse a una comisión de compras de las autoridades nacionalistas vascas para pasar a la España republicana. Al llegar a Barcelona, no fue bien acogido; pronto circularon sus comentarios sobre el papel desempeñado por la clase obrera confederal catalana, a la que censuraba su voluntad de llegar a la revolución social y no prestarse a ser simples guardianes de la sociedad burguesa. Entonces no pasó por el Comité de Milicias. Ahora, de nuevo en funciones de secretario del Comité nacional, ¿qué motivaría su visita? ¿Qué se traería entre manos?

Entró Horacio Prieto. Vestido como siempre, algo endomingado. Sonrisa forzada en sus ojos muy hundidos. Su rostro pálido y arrugado, tan delgado, daba la impresión de estar de perfil. En aquel momento contestaba yo a Ortiz, que me hablaba desde Caspe.

Cómo había vuelto a ser secretario del Comité nacional de la CNT, era algo que me parecía inexplicable. Su reincorporación al Comité nacional era una decisión errónea de quienes la hubiesen tomado. No era el militante que necesitaba el Comité nacional en aquellos momentos. Para mí, tenía dos defectos, o dos virtudes: el ser como un volcán cubierto de nieve y el apropiarse de ideas ajenas, que después presentaba como propias. Pero siempre tuve la convicción de que no tenía nada de tonto y sí mucho de taimado.

Había tratado en dos ocasiones a Horacio. La primera, en París, los años 1925 y 1926, durante la dictadura de Primo de Rivera. Me produjo la impresión de ser un compañero desorientado, lleno de dudas y de complejos. Por aquel entonces, se mostraba aficionado a los argumentos de Armand, filósofo cínicco, naturista, vegetariano y partidario del amor libre, que cultivaba en su colonia de nudistas, de escaso éxito. Las influencias francesas se hacían sentir por entonces fuertemente entre los refugiados anarquistas y sindicalistas españoles que huían de la persecución primorriverista. El anarquismo, en Francia, era muy expresivo, pero «poliforme», con tendencias y divisiones que lo hacían inoperante si se le consideraba como movimiento para influir en las multitudes. Esas circunstancias determinaron que, a mi llegada a París, propugnase la creación de una «Alianza Revolucionaria de Anarquistas y Sindicalistas», a fin de dotarnos de un instrumento que superase las endémicas divisiones de los compañeros franceses. No fue posible, lamentablemente.

En un Congreso anarquista celebrado en Marsella, en 1926, la teoría aliancista salió derrotada, prevaleciendo las divisiones y los desengaños. Vencido en Marsella, me reincorporé a la lucha en España. Horacio, que formaba parte de los no partidarios de la Alianza Revolucionaria, gestionó su ida a la URSS y allá fue, diz que para estudiar el sistema bolchevique.

Posteriormente, nos reuniría en Madrid, en la redacción de *CNT*, lo dispuesto en un Pleno de regionales, para lograr desde aquellas columnas una ampliación de la aplicación de un decreto de amnistía y también para evitar las continuas recogidas de *CNT* ordenadas por las autoridades gubernativas y judiciales. Era durante el llamado «Bienio negro».¹

1. [NDE], Véanse las páginas 156-157.

Por tener que leer todos sus artículos, me di cuenta de que Horacio Prieto era pensador más bien esotérico que profundo. Muy lento de escritura, se esforzaba por tener un estilo propio de expresarse, que lo hacía parecer escritor muy personal. Era muy independiente y de fácil enojo. No, nunca debió ser nombrado secretario del Comité nacional. Ni antes del Congreso de Zaragoza ni después. Por su díscola manera de comportarse, el levantamiento militar —anunciado por la propia Organización— cogió al Comité nacional sin secretario. Carente de eje, el Comité nacional marchó a la deriva ante los graves acontecimientos que se producían rápidamente en España. En nuestra Organización —lo cual denota su falta de madurez— nunca se procesó a nadie por falta de responsabilidad al frente de los cargos representativos. Debió hacerse una excepción: Horacio M. Prieto debió ser enjuiciado por abandono de la secretaría del Comité nacional. No lo fue, y ahora lo tenía ante mí, otra vez como secretario del Comité nacional.

—No debiste aceptar de nuevo el cargo de secretario, porque careces de temperamento de burócrata sindical. Con los tiempos que corren, son muchos los disgustos y hay que saberlos aguantar. Y tú, francamente, ni aguantas disgustos ni eres sindicalista.

—Acaso tengas razón. Creo que soy bastante parecido a ti. Ni sirves tú, ni sirvo yo para hombre de Comité. Pero a ti te hicieron miembro del Comité de Milicias y ahí estás todavía. A mí me han hecho otra vez secretario del Comité nacional, y aquí me tienes, en cumplimiento de una misión muy delicada, que te atañe más que a nadie.

—¿De qué se trata?

—Se ha resuelto la entrada de la CNT en el gobierno de la República. Nos dan cuatro ministerios: Justicia, Sanidad y Asistencia social, Industria y Comercio. Para Comercio, la regional de Levante presenta el nombre de Juan López; Peiró acepta Industria si la regional catalana está conforme. Espero convencer a Federica Montseny para Sanidad y Asistencia Social. Me quedaría únicamente Justicia. Y todo el Comité nacional está de acuerdo en que seas tú el ministro de Justicia.

—Lo siento, Horacio, no será posible. Pero vayamos a cuentas. ¿Quién ha buscado esa solución, el Comité nacional o el viejo zorro de Largo Caballero?

—Ha sido el Comité nacional. Y mucho nos ha costado lograrlo. ¿Qué te parece a ti?

—Te diré. Opino que ha convenido a Largo Caballero. De otra manera, se las habría arreglado para eludir vuestras gestiones. Ya se llevaron el oro de España. Para esa operación no necesitaban de nosotros ni de los republicanos. Se trataba de una operación típicamente socialista. También resulta una operación típicamente socialista la elección de los cuatro ministerios que os han otorgado, de los cuales solamente el de Justicia lo es realmente; los otros tres son tres Direcciones generales. Ninguno de esos cuatro ministerios tiene fondos secretos, de los que se pueda disponer sin dar cuentas a nadie. Todos los ministerios con fondos secretos los ocupan honorables miembros del PSOE. No, no puedo creer que esta solución tenga su origen en las conveniencias de la CNT.

—Bueno, ya me has dicho lo que piensas sobre Largo Caballero y los socialistas. Dime ahora si podemos contar contigo para el ministerio de Justicia. En caso contrario, plantéame alguna objeción seria.

—Te daré tres objeciones serias. La primera es que al pasar a formar parte del gobierno de Madrid, la CNT consumó la renuncia total a sus principios y finalidades de revolución social; la segunda, que revela un desconocimiento absoluto de lo que es la CNT, conjunto federativo de Regionales, al enviar a formar parte del gobierno a cuatro ministros catalanes, con olvido imperdonable

de la Regional del Centro; tercera: sacarme de la secretaría general de la Consejería de Defensa de Cataluña es romper el equilibrio antifascista en Cataluña. Fuera yo de aquí, saltarán todas las amarras y a no tardar Cataluña entera llegará al caos.

—Discrepo de ti. Sobrestimas tu importancia en esta prolongación del Comité de Milicias que es la secretaría general de la Consejería de Defensa. Sobrestimas también el papel de las Regionales en lo que debe ser la composición del gobierno. Y subestimas que el Comité nacional tuvo en cuenta las tendencias ideológicas en el seno de la CNT, atribuyendo dos ministerios a la tendencia treintista y otros dos a la tendencia faísta.

—Yo ni soy treintista ni faísta, me ratifico en mis puntos de vista y, definitivamente, te digo que no acepto ser ministro.

—Considero imprescindible tu presencia en el gobierno. Hasta este momento, es la opinión del Comité nacional, del Regional del Centro y del Regional de Levante. Si también opina así la Regional catalana, no veo cómo podrás evitar ser ministro de Justicia.

—Pues, Horacio, eres tú quien debe evitarlo. Debes decir al Comité regional de Cataluña que me niego terminantemente a ser ministro.

—Sabes que no haré tal cosa. Opino que sin ti nuestra entrada en el gobierno sería un fracaso. Solamente tú puedes lidiar con los tiburones parlamentarios.

Y se fue, sonriendo como muesca en el filo de un cuchillo. Llegó como a las 10 de la mañana y era ya cerca de la una de la tarde cuando dimos por terminada la entrevista. Después de todo, pensé, en la Regional catalana podría encontrar por lo menos una docena de compañeros con vocación de ministro de Justicia, o de lo que fuese.

Entró el secretario, alarmado. Horacio, antes de despedirse de él, le había encargado:

—Recuérdale a Juan que mañana debe estar en Madrid. No me iré de Barcelona sin él.

—No hagas caso —le dije.

—Desconfía. Cuando llegó esta mañana, ya venía Horacio del Comité regional. Tengo entendido que Federica acepta con dos condiciones: que te obliguen a aceptar y que sus padres la autoricen a ser ministro sin dejar de ser anarquista.

—Pues se me antoja una gran farsa eso de pedir ser autorizada a ser ministro y anarquista. ¡A poco se cree la «Nena» que efectivamente es una menor de edad!

Serían las siete de la tarde cuando me llamó Marianet desde el Comité regional.

—Horacio ha triunfado en toda la línea. Para formar gobierno cuenta con la aceptación incondicional de Peiró y de López. Federica también acepta, con una sola condición, que aceptes tú ser ministro o, de lo contrario, que se te obligue a aceptar. Dice que ni a rastras la llevan a ella de ministro a Madrid dejándote a ti al frente de la secretaría general de Defensa. Sostiene que aprovecharías la situación para dar un golpe de fuerza.

—¡Que vaya ella con sus histerismos a hacer el ridículo en esos pequeños ministerios que ha logrado Horacio! Y a mí que me deje tranquilo aquí. Oye-me bien, Marianet, en cuanto deje yo la fuerza que poseemos desde la secretaría de Defensa, nuestros adversarios se lanzarán al asalto de las posiciones que ocupamos. Y no creo que llegásemos a ver el final.

—Hemos previsto tu objeción. Toma nota: reunidos en Pleno regional y local de Barcelona, se acordó designar a Juanel para sucederte en la secretaría de Defensa y comunicarte que tienes el deber de aceptar ser ministro.

—En ese caso, que conste en el acta de ese Pleno mi protesta.

—De acuerdo, se hará constar. Te paso a Horacio para que os pongáis de acuerdo.

—Bien, Juan, ¿cuándo estarás listo para salir a Madrid?

—Estoy siempre dispuesto, aunque sea para ir al infierno. Sé que te estás riendo, Horacio. Pero hoy has incurrido en muchos errores. Ahora toma nota tú: esto no puede acabar bien.

—Ya lo veremos. Debo hacer algunas cosas todavía. Te espero a las diez de la noche en la puerta de la Casa CNT-FAI. ¿Te parece bien?

3 El anarcosindicalismo en el gobierno

No nos hagamos demasiadas ilusiones. La victoria y la derrota vienen siendo páginas de la misma historia. Ambas se encuentran equidistantes del mismo punto de partida. Lo importante es acertar la dirección que conduce a una y otra. La victoria es alada, y no hay artista que con el cincel o el pincel no sea capaz de expresarla. Con o sin cabeza, la victoria es siempre bella, línea combada que descansa su arco en un grácil pie y que se lanza segura hacia el infinito. ¿Quién no la dibujaría o no la esculpiría en mármol? Pero la derrota, ¿cómo describirla? ¿Ha ensayado alguien plasmar en mármol el lodo o los gusanos rastreadores? Y en pintura, ¿qué luces darles a unos matices, cómo mezclar unos colores todavía no conocidos, porque ninguno es el amarillo, ni el azul, ni el rojo del principio de la gama cromática?

No miréis a los pies de los hombres vencidos, porque su belleza está en su mirada. Es en la mirada donde cada vencido expresa su sentir, en eso que los creyentes llaman el alma.

Luchador anarcosindicalista, equivocaste el camino. Aun partiendo del mismo punto, tomaste el camino que conducía a la derrota. O tus augures no conocían el secreto de las grandes revelaciones o, si sabían leer en el vuelo de las aves, no prestaste la debida atención a sus predicciones. Optaste por el camino sencillo, el que parecía más fácil, pero que no conducía a la victoria.

Luchador anarcosindicalista, has entrado en el último capítulo de tu gran gesta. Es el capítulo que te conducirá al exilio si lograste burlar a la que se coloca junto al pequeño surco rectangular, del que solamente se sale con alas de insecto. Pero si llegas a conocer la condición de exilado y no vendes tu alma al diablo, sabrás de la amargura del apatrida sin convicción, porque morirás con el anhelo de regresar al rincón de la calle de tu infancia.

Luchador anarcosindicalista, ¿cómo podías saber la dirección correcta partiendo de un mismo punto? ¿Cómo saberlo si nada se había escrito sobre la gesta que nunca habías realizado? Pero ahora que sí realizaste la gesta de los siglos, aprende, leyendo lo bueno y lo malo de lo que hiciste.

Y no lo olvides. Tendrás que volver a empezar, partiendo del punto inicial; el que, en una u otra dirección, conduce a la victoria o a la derrota.

¡No vuelvas a equivocarte el camino!

¿Nos hundimos? ¡ Irremisiblemente !

Son las nueve y media de la noche: 2 de noviembre de 1936. Han transcurrido solamente tres meses y medio desde el 20 de julio y ya parece todo tan lejano que diríase nunca existieron las jornadas del 18, 19 y 20.

Pasan los días velozmente, dejando un enorme desgaste en los cerebros y en las conciencias. Nos estamos volviendo indiferentes. Si al principio me parecía inconcebible traicionar las esperanzas de las legiones de luchadores que sucumbieron antes de llegar a las metas «julianas», a los tres meses ya no me asombraba de tener puesto el pie en el estribo del automóvil que había de conducirme a Madrid para tomar posesión de un ministerio.

Hacía sólo unas horas que me había negado insistentemente a dar mi consentimiento para lo que se me antojaba baja maniobra política; y, como si hubiese transcurrido una eternidad, ya me había sometido a las conveniencias de una Organización que, de apolítica que fue y sin transición, pasaba de una honda etapa revolucionaria a cubrir una gestión gubernamental acompañando a sus adversarios y hasta a sus enemigos de ayer.

¿Debí resistir más? ¿Debí negarme y no haber transigido? Mejor es dejar sin respuesta estas interrogantes. Que sean los demás quienes juzguen y las contesten. Ahora, al aceptar ser ministro, y ayer, al transigir formando parte del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, sólo tuve en cuenta que las marchas atrás pueden hacerse antes de que se dispare el primer tiro; pero cuando ya han sido muchas las víctimas y en el camino todavía caerán más, no es dable pararse y dar marcha atrás, porque los muertos seguirán muertos, y los destinados a morir caerán inevitablemente. Debo seguir, si no con la integridad ideológica de que siempre estuve orgulloso, sí con la elegancia de cumplir un deber y ver de hacerlo lo más eficazmente posible.

Desde el Comité de Milicias empujé y ayudé a que el proceso revolucionario fuese adquiriendo profundidad. Choqué fuertemente con Companys, él como presidente de la Generalidad y conservador en funciones, y yo como impulsor de la revolución. Tan hondo fue el choque que no lo visité ni como jefe del departamento de Guerra del Comité de Milicias, ni después como secretario general de la Consejería de Defensa, cargo que dependía de la presidencia de la Generalidad.

¿Tiene una explicación tal alejamiento? Sí, la tiene. Nunca dejé de pensar que podía llegar el momento de marchar adelante y ocupar por la vía de los hechos el palacio de la Generalidad y los demás edificios públicos y oficiales. Sabía que entre bastidores Antónov-Ovseenko actuaba en Barcelona como si Cataluña fuese una colonia. Por consejo suyo y bajo su dirección, el PSUC había constituido un Comité militar encargado de la supervisión de todos los problemas del partido, incluso de los asuntos económicos.

Era sorprendente que Companys, tan celoso siempre de lo que él llamaba sus prerrogativas pisoteadas por el Comité de Milicias, no manifestase nunca desagrado por la manera de comportarse del cónsul soviético, que entraba y salía de la Generalidad cuando y como le pluguía. Es seguro que Antónov-Ovseenko no disponía de tanta libertad cuando su vida transcurría entre los muros del Kremlin.

Todo hecho a ciencia y paciencia de los miembros de Esquerra Republicana de Cataluña. Para muchos de ellos, el primero de ellos Tarradellas, si bien disimuladamente, el anarcosindicalismo era causa de admiración, por lo que no comprendían la manifiesta antipatía de Companys hacia algo típicamente catalán como era el anarcosindicalismo y sus obras, así como la sumisa simpatía que demostraba por lo ruso y sus representantes oficiales.

Todo parecía indicar que los comunistas esperaban mi salida de Barcelona para marchar a la dominación política y social de Cataluña. Mi informador¹

1. [NDA]. Quien me informaba era Almendros, delegado del PSUC en el Comité de Milicias. En Almendros, ya entonces, latía el espíritu de la Oposición anticomunista dentro de los partidos comunistas de todo el mundo, que más tarde se fue manifestando de una manera generalizada y que, por lo que al PSUC respecta, tuvo exponentes en militantes significados, además de Almendros, como Miguel Ferrer y los hermanos Duran Rosell, entre otros.

en el seno del Comité militar del PSUC me decía que, según Antónov-Ovseenko, «no debía ofrecer inquietudes lo que pudiesen hacer Marianet, Abad de Santillán y Federica Montseny y sus colaboradores. Era a mí y a mis colaboradores a quienes había que mirar con desconfianza, porque en un momento dado podíamos colocar en las calles de Barcelona a la mitad de las fuerzas anarcosindicalistas de Aragón y aun dejar fuerzas para sujetar a los escasos centenares de combatientes que tenían allí la Esquerra y el PSUC. Además, les decía, desde el Comité de Milicias, con la colaboración de Aurelio Fernández y José Asens y sus Patrullas de Control, más los Cuadros de Defensa confederal, no podemos estar seguros de lo que pueda ocurrirnos en cualquier momento. Mientras él esté ahí al mando de las fuerzas de milicianos y Aurelio Fernández y José Asens mandando en las fuerzas de Seguridad, cualquier día podemos despertarnos bajo una dictadura anarquista.

Los temores de Antónov-Ovseenko, que eran expresión de los temores soviéticos, tenían gran semejanza con los que no ocultaba Federica Montseny. Esta llegó a fletar, con destino a América, a los compañeros Avelino González Mallada y Claro Sendón para que, al tiempo de realizar una propaganda general antifascista, en lo particular y privado insistiesen cerca de los compañeros residentes en América sobre el grave peligro que atravesaban en Cataluña, debido a que yo tenía preparada la implantación de una dictadura anarquista. González Mallada hizo públicas, en las columnas de *Cultura Proletaria* de Nueva York, las graves preocupaciones de Federica Montseny.

No es tiempo ahora de ocultar verdades, que por serlo eran ostensibles. Ciertamente, desde la creación del Comité de Milicias Antifascistas, primero, y aposentado después en la Consejería de Defensa, mi preocupación principal, magníficamente secundado por Aurelio Fernández en Seguridad interior y por Antonio Ortiz, Gregorio Jover, Miguel García Vivancos, Domingo Ascaso y Cristóbal Aldabaldetrecu en las columnas anarcosindicalistas, fue realizar una paciente obra conspirativa en espera de que llegase el momento de que la Organización, cansada de las jugadas de la Esquerra Republicana y el PSUC, considerase llegado el momento de ir a por el todo.

¿Qué otra cosa cabía esperar de mí? No era un secreto mi posición durante una larga vida de militante de la CNT. Siempre había formado parte de los núcleos más radicalizados del anarcosindicalismo catalán. Tolerante, sí lo era, pero únicamente para los compañeros que consideraba poco evolucionados o de escasa comprensión, como lo eran quienes oponían reparos de anarquistas puros a la adquisición del talante constructivo que caracterizaba a los anarcosindicalistas. Pero Angel Pestaña últimamente, y los incorporados a la política pequeño burguesa de la Esquerra Republicana, como Martín Barrera, Simón Piera, Grau Jassans, Sebastián Ciará, Joaquín Llorens de Falset, Fidel Martí de Valls, Folch y Folch del Vendrell y otros, habían dejado para mí de existir, pues no podía tildar a ninguno de ellos de incapacidad mental; antes al contrario, abusando de su preparación personal, abandonaban la Organización y se incorporaban a la Esquerra para representarla como diputados al parlamento de Cataluña o al de España por Barcelona y las comarcas catalanas. Para ésos, yo no era tolerante. Para mí eran simples traidores, tráfugas del anarcosindicalismo.

Pues bien, en mi fuero interno, consideraba menos graves las posiciones adoptadas públicamente por los tráfugas de la CNT que las de los votantes contra mi proposición en el Pleno de locales y comarcales de Cataluña del 23 de julio de 1936.

Y ahora que me estaba preparando para ir a representar a la CNT en el gobierno de la República, ¿era yo leal, o era también un traidor? Un día tendré que hablar extensamente sobre las supuestas contradicciones de algunos

anarquistas al ocupar cargos en órganos estatales. Creo que un anarquista puede seguir siéndolo al formar parte de un gobierno, pues serlo y dejar de serlo dependerá de lo que llegue a realizar desde su puesto; y no, como en el caso de Federica Montseny, de pedir a sus padres, viejos liberales radicalizados y no viejos anarquistas, que la autorizasen a ser ministro y anarquista al mismo tiempo, para tranquilizar su conciencia. Uno es lo que es, y no lo que le autorizan a ser.

Ni antes, ni durante mi gestión de ministro, ni después durante el tiempo que vegeté en Barcelona me arrepentí de lo que hice siendo ministro, ni de haber propuesto «ir a por el todo». Este es el momento de aclarar que es enorme la distancia que separa al anarquista del anarcosindicalista: aquél, siempre en vela por las esencias puras del libertarismo, y éste enfrentado con las realidades del complejo mundo social. Aquél, el anarquista, es una actitud ante la vida; y el anarcosindicalista es una actuación en la vida. Desde que un día propusiera «ir a por el todo», jamás dejé de esperar la oportunidad de poder hacerlo.

La sala de la oficina de la secretaría de Defensa estaba muy animada. Algunos vinieron a despedirme. Entre ellos, Duran Rossell y Almenaros, del PSUC, muy inclinados, de siempre, a la oposición comunista; Marcos Alcón y José Asens, con Juan P. Fábregas, de Patrullas de Control; Vicente Guarner y Giménez de la Beraza. Me desearon buen viaje y suerte en aquel Madrid que se esperaba cayese de un momento a otro en poder de los fascistas y de los militares. Para ellos, mi aceptación del cargo de ministro no era vista como si se tratase de la aceptación de una sinecura, sino de una tarea preñada de todos los peligros inherentes a una ciudad asediada y presta a caer de rodillas; para algunos, aquel momento era el de una despedida sin regreso posible.

Nos fuimos, acompañados de Aurelio Fernández y su escolta. Al llegar a la Casa CNT-FAI me esperaban los compañeros Jaime Nebot y Antonio Carnero, el primero de Espectáculos públicos y el segundo de Artes gráficas. Muy serio, Nebot me dijo:

—Eso de Madrid debe ser ahora una papeleta de cuidado. Si no tienes inconveniente, nos uniremos a tu acompañamiento o tu escolta, lo mismo nos da. Tenemos nuestro automóvil provisto de todo lo necesario.

En el Comité regional de la CNT me dieron el recado de Horacio Prieto. Me esperaba, como a los demás ministros de la CNT, en la sede del Comité nacional en Madrid, dos días después a las diez. Sin falta, porque por la tarde debía presentarme al jefe de gobierno.

Me despedí de todos. Saludos breves: «¡Salud! ¡Salud!»

«Gasolina» estaba al volante del Hispano blindado, regalo de los obreros de Hispano Suiza, primera fábrica que entró en el complejo de las industrias de guerra. Mi «naranjero», arma peligrosa por lo fácilmente que se disparaba, lo colocamos, con un racimo de granadas de mano, sobre el amplio suelo. Tanto yo como mi secretario teníamos la pistola a mano. Aranda, con su ametrallador, junto a «Gasolina», y «El Viejito» con su winchester junto a la puerta delantera.

—¿Habéis cenado? Porque yo no he comido nada desde mediodía —les dije.

—Sí, hemos cenado algo. Y aquí te tenemos pan y butifarra y vino tinto en la bota.

—¡Adelante, «Gasolina»! Y parando lo menos posible en los controles. Avisa a Nebot que nosotros iremos detrás de ellos.

Ya eran las doce de la noche. En aquellos tiempos, la ciudad, débilmente ilu-

minada y con las calles casi desiertas, se parecía a una porción de un mundo fantástico. Después de siglos de sumisión a los poderes de Madrid, Barcelona, al fin, *conoció como* una independencia inesperada. De mi nuevo papel, algo había que me chocaba: en adelante, pasaría a ser una rueda en aquel aparato de Estado que se llamaba gobierno de Madrid, con el cometido de ir cerceñando las amplias atribuciones que se había tomado últimamente Cataluña.

Nada habría de extraño en ello. Al advenimiento de la República, al ser proclamado por Máciá el Estado catalán, primero fue abrogada la revolución política en aras de la conservación del Estado español y —con escándalo para muchos catalanes— vio la luz del día una Generalidad de Cataluña, organismo a todas luces retrógrado, adaptación de tiempos pasados, cuya base se la dio un Estatuto que sería otorgado por el parlamento español, pero que malamente regularía atribuciones autonómicas, ya que éstas, para ser expresión de los nuevos tiempos, debían partir de la independencia primero, y después de la federación de las partes desligadas, y no de un gesto dadivoso de unos políticos españoles otorgando el Estatuto.

Si la Generalidad, en gesto pueril, se aferró a lo tradicional en perjuicio de lo nuevo, que era el Comité de Milicias Antifascistas, que debió subsistir hasta la negociación de una nueva convivencia hispánica, nada tendría de sorprendente que por el mismo camino el Estado español pretendiese disminuir a su mínima expresión lo que separaba a Cataluña de España, de manera que la autonomía fuese, en realidad, una autonomía administrativa, semejante a la que gozaban algunos municipios.

En la nueva justicia que iba a dirigir, habría que ver hasta qué punto sería compatible el mantenimiento de los derechos absorbidos, merced a lo excepcional de las circunstancias, con el trato de favor que Companys otorgaba al cónsul soviético y a los comunistas del PSUC, en perjuicio de la CNT, la FAI y el POUM. Porque una cosa era consolidar la liberalización de una entidad autonómica, y muy otra que el jefe político de dicha entidad, en este caso Companys, pudiese llegar a montar una maniobra de represión a cargo de los agentes soviéticos que se estaban moviendo incansablemente en toda la zona republicana.

Este era el problema que me esperaba. Hasta aquel momento ignoraba si había sido objeto de estudio por parte del Comité nacional. Supuse que algo hecho debía existir.

En buena doctrina gubernamental, para hacer frente a los tiburones políticos, no eran las maneras decididas y abiertas que se me atribuían las adecuadas. Lo necesario era que las fuerzas integrantes del gobierno reconociesen a la CNT su influencia determinante en lo que quedaba de zona republicana: mayoría en Cataluña, en Baleares, en Aragón, en Levante y en Andalucía, y solamente minoría en las dos Castillas, Asturias y Vizcaya. Casi dos tercios de zona republicana eran de influencia anarcosindicalista, con cuya expresión de fuerza no aparecíamos representados en los pequeños ministerios que nos habían otorgado. Eso en el aspecto simbólico. En el terreno práctico, los socialistas se reservaban el ministerio de la Guerra, el de Marina y Aire, el de Gobernación y el de Estado, aparte de la cartera de Trabajo y la presidencia del Consejo. Es decir, toda la fuerza organizada o por organizar en manos del Partido Socialista. A mí, ¿qué me dejaban? Las cadenas y las cárceles, las rejas y los grilletes. Todo con un fondo de estrados, jueces, fiscales y magistrados. ¿Podría hacer algo libertario un ministro de Justicia anarcosindicalista? Sí. Si me lo consentían, podría mandar derruir todos los establecimientos penitenciarios; ordenar la puesta en libertad de todos los presos; acabar con la infamia de los antecedentes penales; orientar el sistema penitenciario hacia for-

mas de vida ciudadanas, precisamente en ciudades penitenciarias, como tantas veces había imaginado.

El viaje sería largo y me urgía descansar algo, siquiera dormitar entre parada y parada al llegar a un pueblo y tener que pasar los controles. Ante lo desvelado que me sentía, me preguntaba si no sería posible que cerrase los ojos, dormirme de una vez. Aquel endemoniado viaje a Madrid, de noche, por una estrecha carretera que bordeaba el mar, con los «¡Alto!» que nos gritaban los controles a la entrada y la salida de los pueblos, no era promesa de una noche apacible y reparadora. Luego, la mente, incansable, en busca siempre de lo que podría o no hacer, desde un gobierno que solamente manifestaba preocupación por los aspectos bélicos de la guerra, aparentando no darse cuenta de que si tripas llevan pies en lo ordinario de la vida, en guerras ideológicas son las ideas los sustentáculos del combatiente.

Al fin apercibimos las luces de Tarragona, con su gran balcón sobre el Mediterráneo, al que se llega dejando un poco atrás la formidable mole del castillo romano de Pilatos, donde eran encerrados los condenados al circo, y cuyas ruinas quedaban un poco más abajo, ya cerca de la playa. «El castillo de Pilatos» había servido también, en la monarquía y en la República, de prisión preventiva, desde una de cuyas ventanas tantas horas vi transcurrir contemplando la carretera plateada que la luna rielaba sobre las aguas.

Y otra vez la carretera, que aparecía de color blanco cremoso... Me iba diciendo: «Seguro que Horacio se dejó embaucar por el viejo Largo Caballero; seguro que no fue lo suficiente listo para hacerse llamar, sino que no cejó hasta lograr que el zorro socialista se aviniese a recibirlo. Seguro también que Largo Caballero, cuando aceptó la entrevista, estaba necesitando urgentemente que Horacio se prestase a la comedia de aparentar una gran condescendencia hacia nuestra Organización; seguro que Horacio está considerando su gestión como una gran victoria; seguro que no logró captar el interés que podían tener los partidos que componían el gobierno en desprenderse un tantico de los puestos que ocupaban y cederlos a la CNT. Porque era evidente que la entrada de la CNT en el gobierno de Madrid debía tener justificación en algo que el gobierno quería hacer y no se atrevía a emprender sin arrastrar consigo a nuestra Organización».

Cruzamos Vilaseca y dejamos, un poco más adelante y a la izquierda, la carretera que procedente de Reus conducía a Salou, desde donde partieron a la conquista de Mallorca las naves de Jaime el Conquistador. Después, Cambrils con su ancha riera a la entrada y, a lo lejos, la barriada marinera de El Serrallo, de donde salían las barcas a la pesca del *bou*... Sí, creo que me dormiré...

Desayunamos, y después comimos, de lo que traían en los autos. Como a las cuatro de la tarde llegamos a Madrid. Fuimos a alojarnos al hotel Gran Vía, frente a la Telefónica. Era una decisión provisional, hasta que nos hubiéramos orientado y poder buscar pensiones adecuadas.

La primera impresión que me produjo Madrid fue de normalidad alterada de vez en cuando por las alarmas antiaéreas y los bombardeos que llevaban a cabo los aviones enemigos y la artillería del 15,5. Pero a medida que anochecía, el aspecto ciudadano iba cambiando, hasta pasar a ser siniestro. Andaba escasa gente transitando y se oían intermitentes descargas de fusilería y armas cortas que causaban alarma.

En aquel aspecto, la vida nocturna de Madrid era bastante distinta a la de Barcelona. Sin duda, en la ciudad condal también existía quinta columna, pero no se manifestaba tan audaz como en Madrid. Porque aquellos tiroteos que

se oían, o su mayor parte, procedían de descargas que hacían los quintacolumnistas, repartidos por los tejados de la ciudad. O se sometía a aquella chusma fascistoide o la ciudad terminaría por caer en estado de honda tensión: un gobierno lo es cuanto más firmemente domina los problemas de orden en las ciudades. Bien era verdad que, desde el levantamiento de los militares, en Madrid el gobierno casi nunca había existido, con las sucesivas crisis por que pasó. Además, los facciosos no habían sido tan castigados como lo fueron en Barcelona, tanto por la revolución triunfante en toda Cataluña como por la enérgica actitud del Comité de Milicias. Por dichos motivos, la quinta columna estaba abusando de una situación indefinida, confusa y mediatizada, con sus legalidades jurídicas, policíacas y gubernamentales por un lado, y la demagogia extrema de las Juventudes Socialistas Unificadas, en las que predominaban los comunistas y que no respondía a la actitud correcta, prudente y aburguesada de sus hombres de gobierno, entre los cuales Vicente Uribe y Jesús Hernández aparentaban ser dos curitas, hablando siempre de legalidad republicana. Por contra, las Juventudes Socialistas Unificadas, al margen, parecía, del gobierno, acometían durante las noches purgas sangrientas, dejando que la acción del gobierno apareciese blandengue e incapaz de controlar las actividades nocturnas de los unos, con sus tiroteos desde los tejados, y de los otros con sus ajusticiamientos sumarios. ¡Y aquél era el gobierno que pretendió exigir formalidad a los órganos de la revolución creados en Cataluña!

Me causó muy mala impresión lo que vi en las calles durante la noche y lo que oí en el Comité nacional después de acomodarme en el hotel. El ambiente que se respiraba era de duda y de incertidumbre. Hasta las excursiones nocturnas de los jóvenes socialistas unificados eran expresión de debilidad y de miedo. Porque una revolución es fuerte cuando aparece fuerte a la luz del día. Pero de noche ninguna acción revolucionaria da la medida del vigor de ningún gobierno. Al contrario, el gobierno aparece como muñeco de trapo en sus continuas declaraciones de paz y orden, mientras que por debajo dejaba que las partes irresponsables de sus partidos, las juventudes, llevasen a cabo lo que debieron haber sido juicios a la luz pública. Y tener orden, pero orden de verdad, durante las noches. Porque, detrás de aquel tinglado, se me antojaba lo fácil que después les sería a los socialistas y a los comunistas dar en el extranjero la impresión de que el vandalismo nocturno no era obra de elementos controlados por los partidos gubernamentales, sino realizado por los eternos enemigos del orden: los anarquistas.

Por la mañana, Horacio nos había reunido a los cuatro ministros. Me gusta leer en la cara de las personas. La de Horacio, en aquel momento, era de lo más avinagrado. Seguramente sabía algo poco agradable. El Consejo de ministros, nos dijo, empezaría a las cuatro de la tarde, en el ministerio de la Guerra. Nos presentaría al jefe del Gobierno, Largo Caballero. Como solamente se trataría de la marcha de la guerra en el plano nacional y en el internacional, no eran menester instrucciones del Comité nacional.

—Por lo demás, sois muy grandes y tenéis talla para poder desenvolveros ante cualquier situación.

Nunca esperé escuchar tanta banalidad. Quise forzar la situación, para que las responsabilidades quedasen bien definidas:

—Te ruego, compañero Horacio, que nos hagas depositarios de todo lo que sepas, declarable o no, sobre las interioridades de la formación del gobierno en el que hemos de representar a la Organización. En política, saber es tan importante como el mismo ser. Hemos de evitar ser cogidos por sorpresa en algo que haga referencia a la política local, nacional e internacional del gobierno.

Horacio, como cogido *in fraganti*, contestó, rápido:

—No hay nada de secreto en lo tratado para vuestra incorporación al gobierno. Aparte de que, al principio, Azaña opuso mucha resistencia a la entrada de Federica Montseny y de García Oliver, por considerarlos excesivamente anarquistas, poco compatibles con las funciones de gobierno. Esa situación fue superada, y todo es ya normal.

Fuimos presentados por Horacio a Largo Caballero: ojos grises, escrutadores. Creo que quien más le intrigó fui yo, porque no dejaba de mirarme, ya de frente, ya de soslayo. Mi fisonomía no concordaba con las referencias que debía tener de mí. Seguramente esperaba encontrarse con una cara conocida de hace largo tiempo, la cara del «anarquista de Tarrasa» de que tanta mofa se hizo en los mentideros periodísticos. Todo lo contrario: yo mismo me enorgullecía de tener cara de bobalicón.

Todavía no había salido Largo Caballero de su asombro ante mi aspecto atildado y mi cara de bobo, cuando ya me había dado cuenta de que él no era el zorro peligroso de que se hablaba, sino un viejo burócrata que había aprendido a asumir la dirección política y sindical a base de dejar que los otros se comprometiesen para inclinarse él definitivamente del lado del sector mayoritario. Todo en él daba la impresión de ser un buen padre de familia y un débil jefe de gobierno.

¿Cómo nos debía ver él a cada uno de nosotros? Juan Peiró tenía el tipo del obrerista campechano, inconfundible tanto dentro de la CNT como en la UGT, de cara redonda, propenso a ser agradable; pero en sus ojos, de pupilas penetrantes, veíase al hombre esforzado, estudioso y francamente honrado. A Juan López, ¿cómo lo vería, con su cara ascética y cambiante de zorro siempre alerta? Por lo que se refiere a Federica Montseny, seguramente le chocaría su enorme corpachón, su cabellera bien peinada, su andar cansino, sus ojos centelleantes como dos cuentas negras detrás de gruesas lentes de miope. ¿La vería realmente como era? A Horacio, ya lo conocía. En él debía ver las maneras sobrias de los socialistas vascos o montañeses, duros como el pedernal.

—Pues si los compañeros están preparados, podemos pasar a la sala donde esperan los demás ministros —dijo Largo Caballero, al par que se despedía de Horacio con el *jagur*, *agur!* tradicional de los vascos.

Entramos a un salón donde sentados a una mesa se encontraban los demás miembros del gobierno. Nos fue presentando a todos: Indalecio Prieto, de Marina y Aire; Alvarez del Vayo, de Estado; Ángel Galarza, de Gobernación; Anastasio de Gracia, de Trabajo; Uribe, de Agricultura; Hernández, de Instrucción pública; Julio Just, de Obras públicas; Carlos Esplá, de Propaganda; Bernardo Giner de los Ríos, de Comunicaciones; Juan Negrín, de Hacienda; Jaime Aiguader, Manuel Irujo y José Giral, los tres ministros sin cartera.

Saludos y apretones de manos. Todas las apariencias de que se nos tenía por bienvenidos. No dejaba de extrañarme tanta cordialidad. Para sentarse, existía un orden preestablecido. A mí me tocaba entre Prieto y Galarza. Pasamos, sin transición, al asunto único que tenía que someter a la consideración de todos el presidente del Consejo, quien, después de un breve informe sobre la situación nacional e internacional, enfocó el problema de la caótica situación de Madrid, cercado por casi todos los lados, con el desorden en el interior y el enemigo en los alrededores. Todo ello era causa de que el gobierno se encontrase en la imposibilidad de organizar la lucha en España. Por lo que proponía al gobierno abandonar Madrid y trasladarse a Valencia.

Todo el secreto de la incorporación de la CNT estaba ahí, expuesto bien a las claras sin hacer mención de ello. Se nos quería para cubrir con nuestro nombre el miedo de aquellos señores, de aquellos queridos colegas de gobier-

no. Poco se imaginaba —o sí, se lo imaginaba, y hasta lo sabía— Horacio Prieto cuan pronto habíamos sabido a qué quedaba reducido su empeño en separarme de la secretaría general de Defensa de Cataluña y mi insistencia en que nos descubriese lo que encubría la incorporación de la CNT a las responsabilidades de la gobernación del país.

Vi la cara que ponían mis compañeros de la CNT. Parecía como si estuviesen ante una grieta por la que, al fondo, se viese el infierno. Reflexioné rápidamente. Comprendía que Largo Caballero tenía razón. El día anterior me lo había pasado indagando hasta altas horas de la noche sobre la situación de los frentes de Madrid, donde se me decía que predominaba una situación caótica, mitad de derrota, mitad de espíritu heroico, por lo que se libraban combates extremadamente encarnizados, con grandes cantidades de bajas por ambas partes. En el interior de la ciudad, las noches eran pavorosas, no sabiéndose de quién era la ciudad, si de la quinta columna que disparaba sin cesar desde tejados y azoteas o de las fuerzas republicanas, expeditivas, ciertamente, y eficaces en los puestos de control de esquinas, plazas, parques y entradas y salidas de la ciudad.

En tal situación era comprensible que, cualquiera que fuese el jefe del gobierno, su aspiración fuese abandonar Madrid cuanto antes, para poder organizar sus funciones donde no existiese tanto caos. Ahora veía yo claramente el porqué de la prisa en incorporar a la CNT al gobierno, y muy especialmente el interés en que yo fuese del equipo gubernamental, sustrayéndome de la secretaría general de Defensa de Cataluña, que venía siendo, más o menos camuflado, el Comité de Milicias de siempre, y desde el que, ante la huida de Madrid del gobierno, con el aparato de fuerzas en nuestro poder seguramente que Cataluña se hubiese alzado, desconociendo la autoridad de un gobierno huido del centro tradicional e histórico de su deber.

¡Cándido Horacio Prieto! ¡Cómo cayó en las redes de los que querían abandonar Madrid y no se atrevían por miedo a la reacción de los anarcosindicalistas! Ahora todo estaba claro. Primero, el oro. Evacuar el oro adonde solamente ellos pudiesen alcanzarlo. Después, evacuar Madrid, con honor, cubriendo ese honor con el de los anarcosindicalistas. Luego, ya podrían tirarlos por la borda, porque ya no nos necesitarían.

Nuestra caída era de espanto. ¡Todo sacrificado por nada! ¡Ahora podría ir Federica Montseny a recibir la bendición por haber sabido ser ministro y anarquista! Le había dicho su padre: «Antes que ser gobernado, gobernar. Antes que tener que someterse a la dictadura de los otros, aplicar la dictadura». Interpretación en grande de la historia, ciertamente. Pero la mascarada que nos habían preparado, ¡qué baja maniobra!

La proposición de abandonar Madrid fue rápida y unánimemente aceptada por todos los ministros presentes. Todos menos los de la CNT. Había llegado el momento de que se oyera la voz de los anarcosindicalistas. Como sea que el conjunto de ministros expusiera su personal punto de vista y ninguno dijera que hablaba en nombre de su partido, me pareció peligroso que nosotros cuatro también hablásemos a título personal, por temor a que no reflejáramos el pensamiento colectivo. Ellos, seguramente, estaban de acuerdo antes con lo que habían aprobado. Posiblemente no era la primera vez que tal problema se presentaba en Consejo de ministros, como propuesta o como sugerencia a meditar.

Pedí la palabra y rogué a todos excusar lo que podría ser interpretado como una alteración del procedimiento que se debía seguir en los Consejos de ministros. Expuse que los ministros de la CNT no poseíamos antecedentes del problema y que por dicho motivo difícilmente nos sería posible, expresándonos de manera personal, interpretar el criterio general de la Organización, la

cual debía tenerlo ciertamente. Y a fin de poder cambiar impresiones entre nosotros cuatro sobre tan importante y delicado problema, rogaba al Consejo de ministros aplazar por unos instantes una decisión definitiva.

Largo Caballero dijo que accedía a suspender por unos momentos el Consejo. Nos levantamos y fuimos introducidos en un pequeño salón, quedándonos solos. Para empezar, les dije a mis tres compañeros que en el asunto planteado no debería intervenir yo, pues constaba a todos que no acepté ser ministro. Les expuse que había advertido a Horacio de que suponía una manobra el que se nos admitiese en el gobierno, por lo cual la CNT daba más de lo que recibía. En concreto, les expresé que no deberíamos aceptar la salida del gobierno para Valencia. Y no porque tal medida la considerase desatinada, antes al contrario. Lo desacertado era haber escogido el momento de asistir nosotros al primer Consejo de ministros, y no haberlo hecho diez días antes de nuestra entrada en el gobierno. Ahora bien —proseguí—, puesto que los demás ministros ya habían votado a favor, debíamos tener presente que nuestro voto en contra podría entrañar nuestra salida del gobierno. De lo que yo me alegraría mucho.

Los demás compañeros de equipo compartieron mi opinión, encargándome de ser el exponente de todos. Dispuestos a afrontar la situación, penetramos en el salón donde se encontraban los demás miembros del gobierno. Nos sentamos y expuse nuestra opinión.

—No podemos decir que no sea excelente la propuesta de abandonar Madrid el gobierno. Las razones que ha expuesto el presidente del Consejo las encontramos acertadas. Pero consideramos que diez días antes y sin nuestra tan reciente presencia en el gobierno, habría sido el momento adecuado. O haberlo tratado el gobierno en el día de hoy, pero antes de entrar la CNT a ocupar sus puestos. Por ello manifiesto que mi voto y el de los otros compañeros es en contra.

Dijo Largo Caballero:

—Entonces, compañeros del Consejo, no habiendo más asuntos a tratar, se levanta esta reunión. Y hasta la próxima extraordinaria, de la que se les avisará.

¿Habíamos superado la situación y evitado que el gobierno entrara en crisis?

Dije a mis compañeros que, en mi opinión, volverían a la carga, posiblemente con más decisión. Y que para entonces necesitábamos el acuerdo del Comité nacional, el cual —opinaba yo— debía estar enterado desde hacía días, posiblemente desde antes de concertar nuestra entrada en el gobierno, y sabía de antemano lo que se pensaba hacer.

Fuimos al Comité nacional. Horacio nos recibió en su pequeña oficina. A solas él, Manuel Amil y nosotros, le expusimos la situación planteada, nuestro voto en contra y la suspensión del Consejo de ministros.

Horacio no expresó ningún disgusto ni indignación por el hecho de que se plantease tal asunto precisamente como asunto único en el primer Consejo de ministros a que asistíamos. La situación era clara. Si el Comité nacional se sentía defraudado, Horacio debió haber salido disparado a visitar a Largo Caballero y presentarle la dimisión de los cuatro ministros de la CNT. Ese era el camino si quería jugar fuerte. No lo hizo, limitándose a torcer la boca, en gesto indefinible. Para mí, aquella reacción de Horacio era prueba evidente de que él ya conocía el problema. Y, lo que era peor, que lo conocía a la hora de gestionar la entrada de la CNT al gobierno, dejándonos a los cuatro desapercibidos y en la boca de aquellos tiburones parlamentarios.

Sin entonación, con una voz opaca que nos esforzamos por oír, Horacio nos dijo:

—Si sois llamados de nuevo y se plantea el mismo asunto, negaos a aceptarlo hasta donde sea posible.

—Pero eso que nos indicas no es lo adecuado en una reunión de gobierno, donde no se discute en tira y afloja como en las tabernas. Cuando se pronuncia el no, sólo queda una salida: la retirada y la crisis consiguiente de gobierno. El Comité nacional nos debe decir si hace del asunto del abandono de Madrid —asunto al que estamos abocados—• una cuestión de gabinete —dije yo.

—No, de ninguna manera —repuso Horacio—. Aguantáis todo lo posible, y si vuestra actitud debe provocar la crisis, entonces ceded.

—Muy bien —dije—. A vuestra actitud me atenderé. Y creo que nos atenderemos todos. A no ser que la crisis surja ahora mismo.

Federica, López y Peiró manifestaron estar de acuerdo con mi actitud.

—Entonces, puestos ya de acuerdo, te ruego, Horacio, que me indiques un buen abogado de Madrid, de la CNT o simpatizante, para nombrarlo subsecretario del ministerio.

Horacio, después de cambiar impresiones con Amil, también del Comité nacional, me dijo:

—Puedes nombrar al abogado Sánchez Roca, republicano federal: capaz e inteligente y que es simpatizante nuestro. Esta tarde te lo enviamos. ¿A quién de vosotros me dirijo para cualquier cosa de emergencia?

Nos consultamos los cuatro y convinimos en que a Juan López, a quien dimos nota de dónde nos hospedábamos.

Antes de marcharnos, Amil me dijo que el compañero Eduardo Val, del Comité de Defensa de la CNT, deseaba saludarme, pero que no podía pasar por el ministerio, por lo que me rogaba que fuera yo al Comité de Defensa.

Conocía bien a Eduardo Val, de cuando estuve de redactor de CNT. Se trataba de un buen compañero. Era ágil de inteligencia y resultó ser un buen organizador. Sobre su persona recaía el peso del Comité de Defensa, con una actuación algo parecida a la del Comité de Milicias de Barcelona de los primeros momentos. Con la diferencia de que, en el Comité de Defensa, Val se encargaba solamente en el orden combativo de asuntos de la CNT.

Alto y afectuoso, Val se levantó de la silla en que estaba y vino a saludarme con un abrazo.

—¡Qué bueno que estás por aquí! Estoy haciendo algo parecido, pero no con igual suerte, a lo que hicisteis en Barcelona al frente del Comité de Milicias. Tenemos al enemigo a las puertas. Dime, si necesitase tu colaboración en algún asunto, ¿puedo acudir a ti?

—Sin duda, Val. En el ministerio o en el hotel Gran Vía.

—Yo también deseo ayudarte a ti. Quiero apercibirte de los manejos que se trae la comunista Margarita Nelken, que al frente de un comité de Juventudes Socialistas Unificadas es quien asume las funciones ejecutivas de la justicia en Madrid. Opera camuflada en una pequeña oficina del Ministerio de la Guerra. Ten cuidado con los que la rodean; la mayor parte son jóvenes guardias de Asalto vestidos de paisano.

—Gracias por la información. Puedes tener la seguridad de que si soy el ministro de Justicia, solamente yo dirigiré la justicia en Madrid. Yo y la Organización. Ya sabes, si en algo me necesitas, avísame. Ahora me voy al ministerio para que me haga entrega Ruiz Funes, mi antecesor.

Llegué al ministerio, en la calle Alta de San Bernardo. Ruiz Funes, catedrático de Derecho penal y ministro saliente, me estaba esperando. Muy amable, atildado, casi calvo, de cabeza redonda y talla mediana. Me agarró del brazo:

—Si a usted le parece bien, suprimiremos las ceremonias de traspaso. Le

doy posesión de todo, que es este caserón y sus múltiples dependencias y cuanto en ellas está contenido, deseándole mucha suerte y acierto, que no dudo tendrá usted. ¿Desea algo preciso de mí?

—No. Le quedo agradecido. Hecho el traspaso así, con tanta sencillez, no parece el traspaso de un ministerio, sino el de un comité de sindicato, con lo que me siento más a mis anchas. Pero está bien de esta manera. Ya me las arreglaré.

—Entonces, y puesto que lo tengo todo preparado para irme a Cartagena, sólo me resta rogarle me permita llevarme el auto del ministerio y le prometo devolvérselo tan pronto llegue allá.

—De acuerdo. Lléveselo y devuélvalo en llegando a Cartagena.

Nos estrechamos la mano y se fue, quedándome solo en el gran salón-despacho del ministerio. No sabiendo qué hacer y viendo encima de la mesa un dispositivo con ocho botones de timbres, opté por hacerlos sonar todos a la vez, con la buena suerte de que se presentasen todos los jefes de negociados del ministerio, hasta el jefe de ujieres.

Agradecí a todos su presencia y les dije que al día siguiente tendría el gusto de platicar con cada uno de ellos, para ir enterándome de los asuntos de sus departamentos.

Se retiraron solemnemente con un «A sus órdenes, señor ministro» que me cogió bastante desprevenido; por un momento pensé en volver la cabeza por si el ministro estuviera detrás de mí.

El secretario particular y la escolta se habían instalado, como en el Comité de Milicias. Teniéndolos en la salita de antes de llegar a mí, no tenía nada que temer. Con ellos estaban en aquel momento Nebot y Carnero. Ambos eran fiel expresión de la solidaridad de los hombres de acción. Con la ventaja de que, con Nebot, me enteraría pronto de todo cuanto aconteciese en Madrid, pues poseía maravillosas dotes de conversador. Con tal de conversar y saber lo que ocurría o pudiese ocurrir, era capaz de agarrar en una esquina al sereno del barrio y estar de plática con él hasta bien amanecido el día.

El secretario se acercó para decirme que acababa de llegar un abogado llamado Mariano Sánchez Roca, colaborador del periódico *La Tierra* de Madrid, quien decía venir enviado por el Comité nacional.

Apareció Sánchez Roca, alto, de aspecto distinguido y cara inteligente.

—¡Hola, Juan! Mucho gusto en conocerte, me dijo.

—Igual te digo, Mariano. El Comité nacional te habrá dicho para lo que te necesito, ¿verdad?

—Sí, me recomiendan para ser tu subsecretario.

—¿Aceptas?

—Sí, acepto. ¿Qué debo hacer?

—Pues escribe tu nombramiento, aceptando antes la dimisión de tu antecesor, cuyo nombre ignora.

Salió hacia las oficinas del ministerio, como quien anda por su casa. Me pasaron recado de que Mariano Gómez, presidente del Tribunal Supremo, y el compañero Melchor Rodríguez, que lo acompañaba, querían saludarme.

Entraron. Conocía yo superficialmente a Melchor Rodríguez. Era un compañero muy efusivo, andaluz bastante inteligente y dicharachero. Don Mariano Gómez, alto, tieso, correctamente vestido, de hablar meloso, se me presentó.

—Para servir a usted. Soy Mariano Gómez, presidente interino del Tribunal Supremo, que deberá usted prover definitivamente ya que la interinidad va siendo bastante vieja.

—Mucho gusto en conocerle. Veré cómo está el asunto de esa interinidad y, tan pronto sea posible, se procederá. Gracias por haberme visitado.

Entonces, inesperadamente, Melchor Rodríguez me dijo:

—Pues yo quiero saludarte en calidad de compañero tuyo y también como director general de Prisiones.

—¿Dices... Melchor?

—Bueno, como director general de Prisiones, si no tienes inconveniente. Es que, como puedes suponer, por mi condición de anarquista humanista, condición que tú también tienes, he pensado que dicho cargo sería muy adecuado a mis sentimientos.

—El caso es, compañero Melchor Rodríguez, que hasta este momento no he decidido nada sobre quién ocupará el puesto de director general de Prisiones. Y no sé cuándo tendré tiempo libre para estudiar el asunto. De momento, el ministerio tiene en el puesto a la señora Campoamor, que acaba de saludarme.

Como mejor pude, despedí a aquella extraña pareja. Melchor Rodríguez, que ya se había autonombrado director general de Prisiones, para lo que no traía aval de su Comité regional ni del Comité nacional. Mariano Gómez, que se me anticipaba en busca de una declaración mía en su favor para presidente efectivo del Supremo. Como no me gustaban para los puestos que ambicionaban, pensé resolver siquiera uno de inmediato. Llamé a los compañeros Carnero y Nebot. Cuando estuvieron en mi presencia, les dije:

—Voy a necesitar un director general de Prisiones y un inspector general del mismo departamento. Decidme si aceptáis el cargo, tú, Antonio Carnero, de director general, y tú, Jaime Nebot, de inspector general.

—Acepto.

—Acepto.

—Pues pasad a las oficinas y buscad a Sánchez Roca, que está escribiendo su nombramiento de subsecretario, y decidle de mi parte que extienda también vuestros nombramientos, para que pueda llevarlos a la aprobación del Consejo de ministros próximo.

Llamé al secretario particular. Cuando estuvo conmigo, le dije que debía arreglar con el subsecretario Sánchez Roca la legalización de su cargo de secretario particular, además de ver la manera de que los compañeros Aranda y «El Viejito» quedasen incorporados a mi acompañamiento, con los sueldos correspondientes.

Seguir adelante

Seguir adelante fue siempre uno de mis lemas favoritos. Y jamás me arrepentí de ser un adelantado. Volver atrás ya no era posible. Al cabo, yo debía ser yo, y no una imitación de otro cualquiera, por mucha nombradía que tuviese, aunque se tratase, por ejemplo, de León Trotski, con sus continuos problemas de oposición a Stalin. No podía hacer tampoco el doble del Satán de la *Rebelión de los ángeles*, de Anatole France, en su escéptico papel de dios vencido, que no quiere aceptar una conspiración de ángeles caídos para sustituir a Dios en las alturas.

Nada de literatura ni de historia. Yo, socrático hombre del Mediterráneo, sería yo mismo. Demostraría que ser anarquista y ministro no era incompatible, y que lo que sí resultaba incompatible era ser anarquista y burgués explotador de obreros, como había algunos por el mundo, rivalizando con muchos sedicentes comunistas.

Sin dejar de ser anarcosindicalista convencido, partidario del comunismo libertario a realizar por la toma del poder por los sindicatos obreros, o *por cualquier otro procedimiento*, trataría de dejar constancia firme en la historia

de las revoluciones del paso de un anarcosindicalista por un ministerio de Justicia, comúnmente tenido por ministerio de cadenas, rejas y prisiones, pero sin olvidar que también lo es de las fuentes del Derecho y que, a fin de cuentas, todas las altas concepciones del socialismo, sean anarquistas o marxistas, solamente pueden afirmarse por la vía del Derecho.

Aparecerían, ciertamente, muchos discrepantes, tanto anarquistas como marxistas. Pero ya iba siendo hora de que la beatería anarquista y marxista se fuese dando cuenta de que el porvenir marchaba hacia una revisión de las formas viejas de opinar y de que la aparición de fuertes corrientes de opinión de anarquistas sin Bakunin y de marxistas sin Marx era inevitable.

Para realizar una obra que dejase profunda huella era menester que, efectivamente, fuese yo el ministro, sin dejarme mediatizar ni intimidar por presiones o complejos. Porque en el gobierno a que pertenecía, ni todas las fuerzas y personas que lo integraban eran revolucionarias, ni admitían que fuesen aquéllos los momentos de llevar adelante una revolución social en lo económico y humana en lo político. Se encuadraban casi todos en la consigna comunista de «primero ganar la guerra», dejando para después la realización de los avances y renovaciones sociales, valiéndose del refrán que en todas partes utilizaron siempre los políticos guerreristas de «para después de haber terminado la guerra». Lo que nunca se cumplía, porque a todo fin de contienda le sigue un cambio de dirigentes, por aquello de «quien sirve en la guerra estorba en tiempos de paz».

No. Dentro de lo que cupiera, llevaría a cabo lo que no se había hecho hasta entonces. Pero debería empezar por ser yo efectivamente quien dirigiese la justicia. Y no permitir que al margen de nuestra Organización se aplicase por las noches una justicia expeditiva, realizada en la mayor impunidad por quienes, durante el día, ante España y la opinión internacional, aparentaban ser la misma Inocencia, dejando que fuese corriendo el chisme de «pues siendo anarquista el ministro de Justicia, nada tiene de sorprendente que sean sus corchetes privados los que en sus andanzas nocturnas dejen insepultos los cuerpos ajusticiados».

Serían las cinco de la tarde del 6 de noviembre. Mi entrada en el Ministerio de la Guerra, con los hombres de la escolta, causó algo de sensación. Más como anarquista catalán que como ministro, supongo. No tuve que andar mucho ni hacer preguntas. Alguien, con el tipo de guardia de Asalto joven, sin uniforme pero vestido de azul marino, se me aproximó.

—¿Eres García Oliver?

—Sí, soy yo.

—Sigúeme; Margarita Nelken te espera.

Por conducto de Angel Galarza, ministro de Gobernación, había hecho pasar recado a la Nelken de que quería hablar con ella. Galarza le transmitió el recado y me comunicó el sitio y la hora del encuentro. Ignoro si a Galarza le llamaría la atención mi interés por la Nelken, pero es de suponer que sí, porque era uno de los socialistas más inteligentes y listos que conocí en aquel tiempo, y supongo que no ignoraba lo que se murmuraba sobre las actividades a que se dedicaba la Nelken y los fugaces resplandores que dejaban a su paso los núcleos de jóvenes socialistas unificados que ella acaudillaba, no se sabía si por mandato de los jefes comunistas o porque ella quisiese imitar a los socialistas revolucionarios de izquierda de la revolución rusa, entre los que tanta preponderancia tuvieron en el pasado las mujeres de acción, como la Peroskaia y la Spiridinova.

Un pasillo y luego otro, en pos del aparente guardia de Asalto vestido de azul marino. De pronto, se detuvo, hizo una llamada como de conspirador del

siglo xix, con los nudillos en una puertecita que apenas se distinguía, y pasamos él y yo —la escolta se quedó fuera a una señal mía— a una habitación pequeña, débilmente iluminada por un foco de luz eléctrica. Una mesita y, sentada, con un cutis de cirio, cabellos rubios bien peinados y mirando a través de unos gruesos cristales para miope, con armadura de oro, una mujer francamente agradable. Era la Nelken. Se levantó y con un coqueteo instintivo se me aproximó hasta rozarme.

—Con que tú eres el famoso hombre de acción. No sabes cuánto deseé siempre conocerte y conocer también a tus compañeros Ascaso y Durruti.

—Menos mal —le dije— que reconoces mi categoría, y no la de pistolero, como muchos me señalan. Por mi parte, después de enterarme de lo que estás haciendo, también me place hacerme una idea de cómo debieron ser los socialistas revolucionarios rusos después de soltar sus crisálidas de nihilistas.

—¡Ah!, exclamó la Nelken, ya veo que conoces los matices en que se descomponen las escuelas socialistas. Galarza me dijo por teléfono que tenías mucho interés en hablarme. Te ruego que no me ofrezcas ningún cargo en tu ministerio.

—Me alegra mucho que de manera tan inteligente hayas llegado al final de cuanto tenía que hablarte. No te propondré ningún cargo. Solamente vengo a rogarte que te apartes *He* todo cuanto parezca ejercicio de la justicia. De hoy en adelante, correré con las responsabilidades. Pero solamente con las mías.

—¿Y si no me quisiese dar por enterada?

—Entonces pediría en pleno Consejo de ministros que te diesen el cargo de ministro de Justicia y a mí el de Guerra, que seguramente encajarían mejor en nuestras personas.

—Sé que eres capaz de hacerlo. Te aseguro que no será necesario. Haré todo lo posible por ayudarte en tu difícil empresa de echarle agua a las llamas de la revolución.

—Tú, intelectual de valía, militante socialista de hace muchos años, ¿crees que con vuestras andanzas nocturnas estáis haciendo la revolución?

—Si esto no es revolución social, ¿quieres decirme qué es revolución social?

—Revolución social es rotura de todos los frenos que sujetan al hombre a las viejas estructuras sociales. Es cambiar el modo de vivir, transformando la economía individual burguesa en colectiva socialista. Y aquí, en Madrid, en este orden de cosas, todo está como antes de empezar la revolución en Cataluña. Cuando todo esto termine y haya triunfado la consigna del Partido Comunista de «primero ganar la guerra», los antiguos dueños volverán a ser los dueños. Debisteis hacer como en Cataluña: primero hacer socialismo y colectivismo, para después legalizar lo hecho. Así deben proceder los revolucionarios, haciendo abstracción de la persona física del burgués, porque la revolución debe hacerse sobre los sistemas, y no eliminando a las personas.

—Veo que eres el terrible razonador de que me hablaron. Solamente así se explica que pudieseis vencer a Ángel Pestaña. El pobre, ahora en su papel de político sindicalista, ha perdido mucho.

Su juicio sobre Ángel Pestaña, el otrora líder de la CNT desde la muerte de Seguí, me hizo pensar en el paralelo de Margarita Nelken y «La Pasionaria». A Pestaña, el liderazgo máximo de la CNT le llegó por la vía fácil de la orfandad en que se quedó la militancia confederal cuando *el* Noi del Sucre fue asesinado.

Margarita Nelken, intelectual bien preparada, era única en el campo marxista. Pero la rebelión de octubre de 1934 puso en primer plano a otra mujer, de origen y vida proletarios: «La Pasionaria».

Así como el liderismo de Ángel Pestaña en una organización revolucionaria y en perpetua conmoción le vino ancho desde el principio, por lo que termina-

ría en una tácita renuncia, de la misma manera la Nelken, lideresa máxima sin impulso popular, habría de dejar sin resistencia el paso libre a la ascensión de «La Pasionaria». Pero, conocedora del nihilismo, del socialismo revolucionario de izquierda rusos y del espartaquismo alemán, hizo un esfuerzo por parecerse a Spiridinova, Peroskaia y Luxemburgo, equivocando el camino al tomar el de la acción terrorista irresponsable, que empezó, según me contara ella misma, en la matanza de los derechistas detenidos en la cárcel Modelo de Madrid y prosiguió en aquellas noches de espanto, luchando a su manera contra el bandolerismo sangriento de la quinta columna.

Siempre me dieron pena los vencidos. Lo sentí por Margarita Nelken. Sus andanzas no las revelaría hasta el momento de escribir estas memorizaciones, 37 años después.

Alguien avisó al enemigo de que me había hecho cargo del Ministerio de Justicia. La zona en que estaba la calle Alta de San Bernardo no había sido afectada todavía por los bombardeos de artillería. En mi primera tarde de permanencia en Madrid, cayeron cuatro proyectiles en las casas cercanas al ministerio. Debían ser obuses del 15,5 por la distancia recorrida y por los daños causados. Fue un saludo de bienvenida.

La mañana del 7 de noviembre avisaron de la secretaría de la Presidencia que se celebraría Consejo de ministros, por la tarde, con el ruego, del jefe de gobierno, de no faltar. Al rato, me llamó Juan López diciéndome lo mismo y que había hablado con Horacio, quien le confirmó que debíamos aguantar todo lo posible si planteaban nuevamente la propuesta de salida de Madrid del gobierno.

—¿Pero te dije que nos autorizaba a plantear la crisis, de ser necesario, para impedir la salida de Madrid?

—No autoriza el planteamiento de la crisis. Solamente pide que mantengamos la oposición tanto como sea posible.

—Horacio se hace el loco o el vivo. De sobra debe saber que nuestra entrada en el gobierno fue facilitada por la necesidad que tenían los demás partidos de incorporarnos para hacer menos peligrosa esa salida que, sin nosotros, hubiera parecido una huida vergonzosa. No me gusta este asunto. Debes ponerte de acuerdo con Peiró y Federica para alargar lo posible el debate. Yo, que entré forzado en el cargo, por menos de un quídam puedo dejarlo. Os ayudaré, pero sin entusiasmo.

La reunión del Consejo de ministros fue puntual. A las cuatro de la tarde, también en el Ministerio de la Guerra. Con asistencia de todos los ministros.

Largo Caballero abrió la sesión. Era la segunda a que yo asistía, y esperaba conocer las emociones de un Consejo de ministros: cómo se pedía la palabra, cómo se hablaba, cómo eran llevados los debates. En realidad, todo fue como yo le explicara a un periodista que por la mañana vino a entrevistarme:

. —¿Qué impresión le produce ser ministro?

—Pues la misma que pertenecer a un Comité, cosa que he estado haciendo desde que tenía 17 años.

En efecto: como un Comité.

—Asunto de urgencia a debatir, dijo Largo Caballero, es la conveniencia de abandonar Madrid esta misma noche.

Proponía dejar una Junta de gobierno de la ciudad, bajo la presidencia del general Miaja e integrada por representantes de todos los sectores que componían el gobierno.

Su proposición fue rápidamente aceptada por todos los ministros, excepto los de la CNT. Primero la Federica, después Peiró y finalmente López se pro-

nunciaron contra el abandono de Madrid. Largo Caballero, acostumbrado también a la vida de los Comités, aguantaba impasible las objeciones de los tres ministros de la CNT. Cuando me tocó el turno, pedí una suspensión del Consejo, con tiempo suficiente para que pudiésemos deliberar por separado. Largo Caballero sacó un relojito, cuya carátula se escondía a voluntad, vio la hora y nos dijo:

—Suspendo por media hora el Consejo. Les ruego que al reanudar la sesión nos traigan una resolución definitiva.

Nos reunimos aparte. Encargamos a López buscar un teléfono y comunicarse con Horacio. Regresó diciendo que no había logrado la comunicación. ¿Qué hacer? Los tres me miraban, esperando que yo resolviese.

—Es la crisis —les dije—, y no estamos autorizados a promoverla. Tengo la impresión de que todos los demás ministros ya tienen preparada la huida. Nosotros también tendremos que huir y abandonar la ciudad, como ellos. Mi opinión es que debemos aceptar la responsabilidad de convenir con ellos la salida del gobierno. Las horas que van a transcurrir son para ser afrontadas por los luchadores en armas, no para que la ciudad sea defendida por cuatro ex ministros de la CNT. Pero decidid vosotros si otra cosa opináis.

La primera en hablar fue la Federica:

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

Después Peiró:

—Y yo también.

Juan López:

—También yo.

Por ellos fui encargado de hablar en el Consejo. Cuando nos hubimos sentado todos, declaré:

—Nosotros seguimos opinando que nunca debió ser éste el momento escogido para que el gobierno de la República abandone Madrid. Pero, visto que estamos en minoría, nos sumamos a la totalidad de votos emitidos en favor de abandonar Madrid.

En los ojos de Largo Caballero se vio el brillar de sus grises pupilas. Dirigiéndose primero a mí y después a los otros tres ministros confederales, que estaban en la parte opuesta de la larga mesa, nos dijo:

—Gracias, muchas gracias por la colaboración que nos prestan.

Y dirigiéndose a todos:

—Señora y señores: de serles posible deben abandonar Madrid esta noche. Yo dejaré en sobre cerrado para el general Miaja su nombramiento de presidente de la Junta de Defensa de Madrid, con el encargo de reunir a todas las organizaciones y partidos antifascistas y solicitar su colaboración.

Nos fuimos despidiendo con un «¡Hasta Valencia!» Nadie estaba sonriente. Hubiérase dicho que cerca, muy cerca, un moribundo estaba agonizando. Al andar, se procuraba no pisar fuerte, seguramente por miedo a despertar a las piedras y a que nos gritasen: «¡Cobardes!»

A nosotros, ministros de la CNT, casi recién llegados a Madrid, todo nos caía de sorpresa. Es posible que la situación fuese muy grave, pero no acabábamos de comprender por qué. Nos faltaba vivir el medio, ya fuese ciudadano o el de los compañeros. Y nada de ello habíamos conseguido en aquel continuo ir y venir del hotel al ministerio, para poder darnos una idea de nuestras responsabilidades. Del ministerio al restaurante para desayuno, comida y cena y las dos tardes de Consejo de ministros. Nos asemejábamos bastante a los muñecos del «Pim, pam, pum». Los peores pelotazos vendrían después, al conocerse en Madrid el acuerdo de abandonar la ciudad el gobierno. Los pelotazos más fuertes vendrían de nuestros propios compañeros, en una

estallante contradicción ideológica, por dar a entender que sin gobierno estaban completamente perdidos.

Tuvimos un breve cambio de impresiones a la salida del Consejo. Les dije a mis compañeros:

—Lo que está ocurriendo no me gusta ni pizca. Este Consejo parecía un velorio. Aquí va a pasar algo desagradable. Creo que todos esos compañeros de gabinete están esperando que la ciudad sea tomada de un momento a otro. Opino que tú, López, deberías ponerte al habla con Horacio y darle cuenta del acuerdo recaído, y que antes de una hora, si lo cree necesario, nos convoque a reunión. Yo estaré en el ministerio para entonces.

De acuerdo los cuatro, nos despedimos con un «¡Hasta luego, o buen viaje!»

Llegué al ministerio. A aquella hora, las seis de la tarde, se veían pocos transeúntes. Todos llevaban una prisa extraña. A lo mejor, no todos regresaban a sus hogares; irían a su partido, a su sindicato y, por qué no, a reunirse con su quinta columna. ¿No iba a ser aquella la noche de los cuchillos largos?

La expectación se había aposentado también en el ministerio. La mayor parte de los funcionarios ya habían partido. Me esperaban Sánchez Roca, Carnero y Nebot. Pero con visibles muestras de inquietud.

—¿Ocurre algo?, fue la pregunta que me hizo Sánchez Roca.

—Sí, ocurre algo. Os lo diré con toda reserva: el gobierno abandona Madrid desde este momento. Silenciosamente, preparadlo todo, que si no me llaman del Comité nacional, partiremos a las ocho de la noche.

—Si me permites, iré a buscar a mi mujer y a mi hija —me rogó Sánchez Roca.

—A la mujer y a la hija, sí. Pero nada de equipajes.

Todos salieron a prepararse y a preparar los automóviles. Me quedé solo. Fumaba el segundo cigarrillo cuando sonó el teléfono. Pensé que sería Horacio, convocando reunión de ministros. No era él. Una voz extraña me estaba diciendo:

—Soy Rosenberg, el embajador soviético. Acabo de hablar a su Comité nacional, pensando que estaría usted. El camarada Horacio Prieto me confirmó que salían ustedes esta noche y que usted debía encontrarse en el ministerio. Dígame, compañero: ¿podría visitarle ahora, con unos amigos? Se trata de algo extremadamente importante. ¿Qué me dice?

—Bien, muy bien. Le espero, y me será grato conocerle.

Llamé al secretario. Le expliqué que iba a venir el embajador soviético, acompañado de otras personas, dentro de un momento, y que solamente dejase entrar a él y a sus acompañantes. No estaría visible para nadie más, excepto Horacio y los compañeros ministros, si se presentaban.

¿Cuánto tiempo transcurrió? Como un cuarto de hora. Llegaron: comandante Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor del frente de Madrid. Fue él quien me presentó a los demás: Rosenberg, pálido, algo encorvado, con aspecto de oficinista. Stein, general soviético, alto y delgado, de tipo alemán, que no debía pasar de los 45 años, fumando una pequeña pipa recta. Otro general soviético, de nombre raro, de más de 50 años, cabello cano, cuerpo y fisonomía muy compactos. Orlov y Petrov, que más adelante supe que eran jefes de la GPU.

Habló Rosenberg:

—Le intriga el motivo de nuestra visita, ¿verdad? Es sencillo: Estos amigos que me acompañan han creído que el enemigo tomará esta noche la ciudad. Es algo que está en el ambiente. Algo que se respira. Pero tanto el comandante Rojo como los dos generales soviéticos, expertos en asuntos de guerra, no pueden explicar cómo ni de qué manera tiene preparada el enemigo la toma de la ciudad. Suponiendo que sea en base a la quinta columna, se están repartiendo grupos armados nuestros en los sitios más estratégicos. Pero los ami-

gos que me acompañan dudan de que sea con la quinta columna solamente con lo que piensen tomar Madrid. Por eso estamos aquí, para que nos ayude usted a descifrar la incógnita.

—¿Yo? ¿Que les ayude yo? Si no sé nada de Madrid. Si se tratase de Barcelona, posiblemente podría opinar.

—De eso se trata precisamente. Los amigos que están conmigo dicen que, habiendo estudiado detenidamente la derrota que sufrieron los militares en Barcelona, los movimientos que efectuaron ellos y los contramovimientos llevados a cabo por los anarcosindicalistas, deducen que ahora debería saber usted cómo derrotar a esos mismos militares, esta vez en Madrid y en circunstancias parecidas.

Miré a Rojo y a los soviéticos. Ellos me contemplaban atentamente, muy serios. Pregunté a Rosenberg:

—¿Usted qué cree?

—Ellos y yo estamos convencidos. Dicen que usted es un maestro en el arte de tomar una ciudad. Que es algo que todavía no se enseña en las academias militares.

Me dirigí a Vicente Rojo:

—¿Tiene usted, comandante, el plano de operaciones de toda la ciudad?

Me lo mostró, lleno de flechas y señales.

—Dígame, comandante Rojo: ¿dónde desembocan las alcantarillas?

Marcó con un dedo una línea algo quebrada, que correspondía al plano, diciendo:

—Aquí desaguan, en el Manzanares.

—Y ese sector, ¿a quién pertenece?

—Precisamente a ellos.

—Pues teniendo ellos las bocas de desagüe de las alcantarillas, y siendo éstas en Madrid, supongo, como calles, pueden tomar Madrid en menos de una hora. En las calles hay tapas de hierro colado a las que se asciende por escaleras de hierro empotradas en las paredes.

—Sí, exclamaron todos. A lo mejor ya están debajo de nosotros.

—No lo creo. Esa es una clase de operación para ser realizada de madrugada, cuando todo el mundo duerma. Han estado hablando de que su quinta columna era su caballo de Troya para despistar. No utilizarán la quinta columna, sino ejércitos preparados y disciplinados.

—¿Hay manera de impedirlo? —preguntaron los generales soviéticos.

—Sí —contesté—. Aún es tiempo de impedirlo. ¿Poseen buenas secciones de ametralladoras?

—Sí, las tenemos —replicó Rojo.

—Pues presten atención: A cada cien metros de boca de alcantarilla que da al Manzanares, deben colocar un nido de ametralladoras. Estos primeros nidos serán barridos con bombas de mano. Detrás, a otros cien metros, deben haber colocado otros nidos de ametralladoras, que también barrerán con bombas de mano. A otros cien metros habrán colocado otros nidos de ametralladoras. Supongo que éstos ya no los limpiarán con granadas de mano. Mas si así fuese y ya llegaran nuestros defensores a la bifurcación donde la alcantarilla forma una T, entonces deben ustedes haber instalado grandes bidones de gasolina o petróleo; los deberán volcar en el canalillo de desagüe que hay en las grandes alcantarillas y prenderles fuego.

—¿Y si, desde un principio, prescindiendo de los nidos de ametralladoras, utilizamos la gasolina y el petróleo? —inquirió Rojo..

—De poder evitarlo, no deberían hacerlo. Dentro de una alcantarilla, los combustibles de rápida ignición calentarían de tal manera la atmósfera que,

según fuese la clase de gases que se formasen, podrían hacer volar la ciudad. Sólo en última instancia deben hacerlo.

—Perfecto —comentó el embajador soviético—. ¿Qué podría ocurrir si el enemigo fracasa en su intento subterráneo?

—Es lógico suponer que fracasada la tentativa subterránea vuelvan los ojos a la superficie.

El comandante Rojo extendió el plano de la ciudad, con sus flechas y líneas trazadas. Me lo mostraron. Les pregunté:

•—¿Dónde se encuentran las principales vías de comunicación desde las que ellos pueden iniciar un serio avance con los tanques por delante?

El comandante Rojo me fue marcando dichas entradas, advirtiéndome:

—En cada una de ellas existen fuertes barricadas de adoquines y sacos de arena.

—¿Pero pueden ser penetradas por los tanques?

—Sí, desde luego.

—Y en esos puntos que me ha señalado, donde existen las barricadas, ¿tienen edificios en las esquinas o próximos a ellas?

—Sí, en casi todas.

—Pues atiendan. Si hoy les fracasa la operación alcantarillas, mañana o pasado mañana se lanzarán, un poco a la desesperada, al asalto de las calles, con tanques por delante y fuertes destacamentos detrás, provistos de fusiles ametralladores. Desalojen ustedes todas esas casas puntas de flecha. En los tejados, azoteas o últimos pisos, sitúen sólidos núcleos de lanzagranadas de mano y bombas molotov y que las tiren sin parar a los tanques.

—Correcto —apuntó Rojo—. Pero ello supone la existencia de unos miles de bombas de mano. Y solamente tenemos algunas.

Tomando el teléfono, pedí que me comunicaran en Barcelona con Eugenio Vallejo, en la fábrica Hispano Suiza o en Industrias de Guerra.

No habían pasado diez minutos cuando tuve a Vallejo al otro extremo del hilo telefónico. Oí su clara y conocida voz.

—Vallejo, ¿cómo andáis de granadas de mano? ¿Podrías enviarme unas veinte mil, pero inmediatamente después de colgar el auricular?

—¡Vaya, vaya...! Ya estás en Madrid y pides que te enviemos miles de granadas de mano. Recuerda que eras totalmente contrario a que se enviase material de guerra fuera de nuestras columnas.

—Tienes razón, Vallejo. Pero entonces defendía los intereses de nuestra Organización. Y ahora estoy haciendo lo mismo, porque en Madrid también tenemos compañeros y Organización, todos angustiosamente cercados.

—Está bien, era sólo un decir. Tendré que hacer algunas gestiones. Ya sabes: Tarradellas, etcétera. Pero ya estoy ordenando que se carguen dos camiones. ¿Adonde van dirigidas las granadas y la cuenta?

—Al Estado Mayor de Madrid, en el ministerio de la Guerra. ¡Gracias, Vallejo!

—¡Que tengas suerte, Juan!

—¿Entendió usted, comandante Rojo? ¿Y usted, señor Rosenberg?

El embajador estaba informando a los generales soviéticos.

—Sí, hemos entendido. Y ahora, vamos a poner todo en marcha. García Oliver, de todo corazón, ¡gracias! —dijo el comandante Rojo.

Se despidieron. Era muy curioso lo que acababa de ocurrir. Por un momento, había trasladado al Ministerio de Justicia de la calle San Bernardo de Madrid el Comité de Defensa confederal y el Comité de Milicias, revividos en Madrid, sin taquígrafos ni corresponsales de periódicos. Lo ocurrido casi en la sombra y en silencio en los momentos decisivos sería mantenido en el silencio, como si no hubiese sucedido.

En la calle Ancha de San Bernardo, ya cerca de las nueve de la noche, aguardaban tres automóviles. El de Sánchez Roca, que abriría la marcha, el mío con «Gasolina», el secretario, Aranda y «El Viejito», y detrás el de Nebot y Carnero.

Hasta las nueve de la noche esperé por si llamaban del Comité nacional o lo hacía el colega Juan López. El no hacerlo, como habíamos quedado antes de separarnos los ministros cenetistas, se debería a que ya hubieran emprendido el viaje al decidir Horacio que no hubiese reunión. Era lo sensato: de tener que hablar sobre algo importante, mejor sería hacerlo en la relativa tranquilidad de Valencia.

Partimos, no sé por dónde. Sánchez Roca, su secretario particular y su chófer no conocían la ruta muy bien. Camino adelante, parece ser que se desviaron, errando la dirección, y nos adentramos en la provincia de Guadalajara, metiéndonos en tierra del enemigo, de donde salimos virando a la derecha por consejo de alguien, pastor o campesino, con quien dimos. Amaneciendo, llegamos a Valencia, sin más contratiempos que las explicaciones que había que dar en los controles de carretera, en los pueblos o en las ciudades. Apenas si me di cuenta de nada; desde que empezó la guerra aprovechaba los viajes por carretera para dormir, cosa que normalmente lograba con facilidad.

De momento, fuimos al Hotel Inglés. Conseguimos habitaciones para mí y para Sánchez Roca. En el restaurante del hotel tomamos el desayuno. Cuando entramos, ya estaban sentados a una mesa Indalecio Prieto y su hija.

—¡Hola! —me saludó Prieto—. ¿Tuvieron contratiempos en Tarancón con los milicianos que no querían dejar pasar a los ministros?

—Ignoro si pasamos por Tarancón, porque no conozco aquello. Además, era de noche. Pero no tuvimos contratiempo. Por cierto, que casi caemos en las trincheras del enemigo, por la provincia de Guadalajara. ¡Menos mal que alguien nos gritó, señalándonos la ruta correcta! ¿Tuvisteis contratiempos?

—Sí, casi todos los ministros, empezando por Federica Montseny. A Rico, alcalde de Madrid, le hicieron regresar.

Bien caro se estaba pagando la simpleza de Horacio Prieto al designar sólo compañeros catalanes para el gobierno. A decir verdad, no era de creer que fuese solamente por simpleza el no haber escogido, como hubiese sido razonable, no menos de dos compañeros de Madrid para integrar el equipo confederal de ministros. Conociendo a Horacio, lo verosímil era suponer que los desaires que recibió en Madrid por su ausencia del Comité nacional cuando se produjo la sublevación militar no encontró mejor manera de pagarlos que desconociendo a los militantes madrileños a la hora de designar ministros.

La escandalera que armaron en Madrid los anarcosindicalistas por la huida del gobierno Largo Caballero fue tórrida. Los epítetos despectivos y las injurias estaban en todas las bocas y en todas las plumas que escribían en nuestros periódicos. Con aquella manera de comportarse, demostraban lo infantil de sus rabietas. Fueron los únicos en hacerlo. Los republicanos, los socialistas, los comunistas aceptaron los hechos, se incorporaron a la Junta de Defensa con los cenetistas y levantaron el espíritu combativo de los madrileños a alturas jamás vividas; ni siquiera cuando el levantamiento popular contra la invasión napoleónica el 2 de mayo de 1808.

Conciliábulo en mi habitación después del desayuno. Encargar a Sánchez Roca la busca de un edificio donde instalar el Ministerio en aquella nueva capital de España. Encargar al secretario particular que localizase la residencia de Largo Caballero. Encargar a Nebot una correría por los locales de la CNT, buscando contactos con Horacio Prieto, Peiró, López y Federica.

El primero en regresar fue Nebot. Traía el encargo de llevarme a las 11 de la mañana a un local confederal donde se había instalado provisionalmente el Comité nacional y en el que nos reuniríamos con Horacio.

De Barcelona había salido hacía cuatro días, sin ropa de repuesto. En Madrid hube de comprar una muda. Ahora tendría que adquirir dos mudas, más un par de zapatos y un par de corbatas. Un ministro debe vestir como tal y no como un miembro del Comité de Milicias, donde usábamos «mono» o un pantalón sin chaqueta. Iría, por consiguiente, a un sastre para que me hiciese un traje.

A las once me fui con Nebot al local donde nos reuniríamos los ministros con el Comité nacional.

Horacio me recibió con su media sonrisa de siempre.

•—¿No pudisteis evitarlo, verdad? —me preguntó, refiriéndose a la salida del gobierno.

—No, y López no pudo comunicarse contigo. De todas maneras, tú sabías que era inevitable. Y me parece que lo sabías desde hacía mucho tiempo; antes de que vinieras a Barcelona para arrancarme de la secretaría general de Defensa de Cataluña.

—Saberlo como cosa cierta, no lo sabía. Se había especulado en todas las esferas, gubernamentales y de la calle.

—Si algo sabías, debiste incluir en el gobierno, por lo menos, a dos compañeros de Madrid. Esa Regional te dará muchos dolores de cabeza. Y colijo que el fuerte control que situó Val en Tarancón para impedir la salida de los ministros no hubiese tenido lugar de no haber sido tú tan terco designando a cuatro catalanes para ministros de la CNT. Trataste con desaire a los compañeros madrileños y ellos te cobrarán la cuenta.

No proseguimos el diálogo. Horacio se replegó sobre sí mismo. Yo le entré por otro lado:

—Supongo, Horacio, que el empeño de que la CNT entrase al gobierno debe responder a una visión de altos vuelos. La inclusión de los cuatro nombres de más prestigio entre los militantes de más prestigio debe responder a bien meditados proyectos de una obra a realizar. Nos darás, ultimado y en forma de decretos, todo lo que tengamos que realizar desde los ministerios, ¿verdad?

—No, el Comité nacional no tiene nada preparado. Vosotros deberéis improvisar en cada circunstancia que se os presente.

Vi a Horacio muy disminuido. Aunque nunca me dejé influir por lo que de él se decía acerca de cuan preparado estaba en materia política y social, se me hubiera hecho difícil imaginarlo tal como se presentaba ahora ante mí, vacío de proyecciones, como hombre que viviera al margen de la revolución que se estaba desarrollando en España, sin haber alcanzado a situar en ella a la CNT, que, con mayores o menores defectos, tenía mayoría en aquellos momentos en las dos terceras partes de la zona republicana.

Le repliqué:

—Según tú, o aparecemos con las manos vacías en el gobierno, o, si nos decidimos a hacer algo, será por cuenta nuestra. Es decir, que no será la CNT la que realice nuestra obra de gobierno, sino que ésta será obra, buena o mala, de sus ministros.

—Algo así. El Comité nacional que tengo no da para más. Mi insistencia en incorporarte al equipo estaba basada en tu capacidad de organización y en tu espíritu de iniciativa.

—Creo que, desde ahora, debes dotar a cada ministro de una pequeña comisión asesora. Dichas comisiones y el Comité nacional deben ser quienes preparen, con toda rapidez, la obra que tengamos que realizar.

—Es buena idea. En cuanto nos instalemos, y siempre que la Organización no nos quite, veré de crear esas comisiones.

Llegó Federica Montseny, indignadísima por la afrenta que recibió en Tarancón por parte de una fuerza confederal mandada por un tal Villanueva, que la detuvo, al igual que a todos los ministros que pasaban por su puesto de control, y que quería hacerla regresar a Madrid.' Dirigiéndose a mí, me preguntó:

—¿Y tú qué hiciste ante tal atropello?

—¿Yo? Nada. A mí nadie me detuvo.

—¿No pasaste por Tarancón?

—No sé por dónde pasé. Estuve dormido casi todo el viaje.

Llegaron juntos López y Peiró. Este último riéndose de la aventura de Tarancón. No así López, que se tomaba en serio el papel de ministro. Dijo que la actitud del control confederal de Tarancón había sido indignante. No le faltaba razón. Lo ocurrido con el control confederal, compuesto de milicianos de Madrid, de Mera y de Val, era como si a un pantalón recién estrenado se le acercase un perrito, levantase la pata y ¡zas!, lo mojase.

Horacio recibió la noticia. El subsecretario de la presidencia, Rodolfo Llopis, le rogaba que nos avisara de que a las seis de la tarde se celebraría Consejo de ministros. Y le daba la dirección del nuevo domicilio de la presidencia, que también lo sería del Ministerio de la Guerra.

A las seis de la tarde nos reunimos. Todos los comentarios giraron en torno a las incidencias que cada uno pasó en el control de Tarancón. Y ninguno quería creer que a mí no me había sucedido nada. Les parecía inverosímil lo que les conté del pastor o campesino y-la ruta perdida. Supuse que imaginaban que todo había sido un complot mío, de acuerdo con Mera y con Val.

Allí estábamos todos, mirándonos a las caras, perplejos e inseguros. Yo me encontraba entre Prieto y Giral, observando las reacciones de cada uno de mis colegas, especialmente de Negrín, colocado entre Ángel Galarza y Anastasio de Gracia, precisamente frente a mí. Negrín me chocaba por su dicción de canario y su cabeza de fauno en camino de envejecer. El que menos lograría engañarme sería Negrín, quien por nada del mundo quería ser tenido por marxista. En eso de no querer parecer marxista, resultaba más cínico que Indalecio Prieto. Con aquella pose de amarxismo, ambos pugnaban en ser anticaballeristas. Largo Caballero se sentía muy ufano, en aquellos tiempos, de ser llamado «el Lenin español».

Al parecer, se trataba de un gobierno huérfano de iniciativas traducidas en decretos. A la pregunta de Largo Caballero de si otros ministros tenían algún proyecto de decreto para entregar, permanecimos callados. No, nadie tenía ningún decreto por entregar. Yo entregué, para su aprobación, los decretos de dimisión del subsecretario, el director general de Prisiones y el inspector general, así como los decretos designando a los sustitutos. Nadie más entregó decretos de dimisiones y sustituciones. Nadie, tampoco, tenía nada que decir aquella tarde. Por un momento, pensé en las juntas de los casinos pueblerinos, en las que solamente reinaba animación al aproximarse las fiestas mayores.

—Debo comunicarles —nos dijo Largo Caballero— que pienso regresar a Madrid, en el atardecer de mañana o al amanecer de pasado mañana, porque he dejado algunos asuntos pendientes, principalmente en el Ministerio de la Guerra.

—Me alegro de saberlo —dije yo—, porque yo también pienso regresar para atender asuntos apremiantes que dejé pendientes de resolución.

Respondía a mi manera de ser la conveniencia de estar en Madrid antes

que Largo Caballero, para afirmar con mi presencia que los ministros de la CNT no participamos en la huida, sino que simplemente dejamos Madrid para instalarnos en Valencia, con un pie en el estribo, prontos a salir hacia donde fuera necesario. Además, quería enterarme de si se había intentado o no la invasión por las alcantarillas.

Madrid sin gobierno

Dejé al subsecretario Sánchez Roca el encargo de instalar el ministerio en un edificio de aspecto respetable. Le dije que, siendo la CNT mayoritaria en Valencia, no le sería difícil obtener la colaboración del Ayuntamiento, del que el compañero Domingo Torres era alcalde.

Muy de mañana, salimos en dirección a Madrid, con Carnero y Nebot, ya en sus papeles oficiales de director e inspector general de Prisiones.

Paramos en Tarancón. Los viajeros que iban en dirección de Madrid no encontraban tantas dificultades como los procedentes de la capital. Sin embargo, nadie podía evitar el plantón, costumbre ya generalizada en nuestra zona.

Cuando hubieron revisado el auto en que iban Carnero y Nebot, al preguntarles quiénes eran los ocupantes del nuestro, Nebot, bastante humorista, les contestó:

—¿En el auto de atrás? Mejor será que ni os asoméis.

—¿Sí, eh? Pues ya nos estás diciendo de quién se trata.

—Pues casi nada... —y les susurró mi nombre.

—¡No! ¡Verás lo contento que se pondrá Villanueva, que no duerme desde la noche que pasaron los ministros, pensando por dónde pasaría.

—¿Que por dónde pasamos? —les dijo Nebot—. Pues por aquí mismo. Pero estabais todos dormidos.

—¡No, no es posible! ¡No se lo digáis a Villanueva! Os juro que no dormimos ni un minuto. Y Villanueva venga a murmurar: «¿Por dónde pasaría ése? ¡Seguro que os tomó el pelo!»

Legó Villanueva con una fuerte escolta.

—Dime la verdad, compañero. ¿A que es ahora la primera vez que vas a Madrid?

—Estás en un error, compañero. Ahora regreso a Madrid. La otra noche fui a Valencia yo también.

—¿Quién sabe cómo lo realizarías! ¿Habéis comido? ¿No? Pues bajad y comed un poco de pan, salchichón, queso y bebed un vaso de Valdepeñas.

Descendimos, comimos un poco, tomamos un vaso de vino.

Al terminar, el compañero Villanueva me dijo:

—No sabes cuánto interés tenía yo la otra noche. El paso de los demás ministros me tenía sin cuidado. *Lo que deseaba era tenerte a ti, así, frente a mí, hablar contigo, saber cómo eras. Después de tanto oír hablar del Comité de Milicias, de vuestros Cuadros de Defensa y de las columnas de milicianos anarcosindicalistas con las que creasteis el frente de Aragón... Mientras que nosotros, aquí en Madrid, los tenemos bien pegados a las mismas puertas de la ciudad. Y todo por ser minoritarios y no haber podido contar desde el primer momento con Mera y Mora, que estaban presos...*

—Bueno, Villanueva, y lo de la otra noche, ¿a qué se debió?

—Fue una decisión de Mera y de Val. Nada contra ti; por supuesto. Al contrario, me encargó mucho Mera *que nada te pasase y que te ayudásemos si habías menester. A propósito, ¿por dónde pasaste? ¿Verdad que engañasteis a los del control?*

—No, no engañamos a nadie. No sé si pasamos por agu/. Estaba con mu-

cho sueño y dejé que me llevarsen. Yo no conozco estos caminos, pero tengo entendido que anduvimos con el rumbo perdido por la provincia de Guadalajara. Si hablas con Mera, dile de mi parte que no se debe hacer el ridículo de esa manera. ¡Si por lo menos hubieseis impedido, hace más de un mes, la fuga del oro del Banco de España!

Entramos en Madrid en plena tarde. Otra vez al Hotel Gran Vía. Nebot y Carnero fueron al ministerio. Con los compañeros de escolta fui a pie al Ministerio de la Guerra. Quise ir a pie y contemplar Madrid. Algo se palpaba en el ambiente. Algo nuevo, indefinible. Algo de ciudad segura de sí misma. La gente no manifestaba síntomas de alarma. Andaba pisando firme el suelo. Se oían las detonaciones de los proyectiles del 15,5. A lo sumo, alguien se detenía, escupía en el suelo y gruñía: «¡Canallas!».

Saliendo del hotel, frente a la Telefónica, una parvada de aviones enemigos dejó caer su carga de bombas, produciendo gran estrépito de rotura de cristales. La gente se tumbaba en el suelo o buscaba el cobijo de las entradas de las casas. Salían, se levantaban, miraban al cielo. Alguien soltaba un «¡Cobardes!» y seguía su camino.

Madrid había ganado con la salida del gobierno. Se le había pasado la rabietta de niño pequeño al darse cuenta de que la nodriza lo había abandonado. Por un momento, al sentirse sola, la ciudad creyó perder la cabeza y hundirse. Eran siglos de un contemplar cómo los días se deslizaban, sentados a las mesas de los cafés hablando mal o bien del gobierno. En adelante, pensarían que ya no tendría chiste saber si los ministros entraban o salían.

Primero echaron al rey y a su real familia. Al principio de la guerra se quedaron sin presidente; Azaña se fue a Barcelona, de donde se trasladó a Benicarló, para no sentirse prisionero de la FAI —según decía—, a meditar en sus detestables *Veladas*.

Y terminaron los madrileños por quedarse sin gobierno, dejando Madrid de ser capital de España, por lo que pasaban a ser provincianos. Al saberlo, no podían salir de su estupor. Mera, jefe militar de la CNT, en plática con Val, del Comité de Defensa confederal, estaba lívido. En cambio, Val, sereno, sonreía, como quien no diese importancia al asunto. Para Val, lo que importaba era el material de guerra disponible y la gente que lo empuñase.

Cuando Villanueva, responsable del control confederal de Tarancón, le llamó por teléfono para darle cuenta del cumplimiento de sus órdenes de hacer regresar a todo bicho viviente que pasase rumbo a Valencia, y le dijo que acababa de hacer regresar a Rico, Mera estalló en improperios:

—¡Hasta sin alcalde nos íbamos a quedar!

Al amanecer el nuevo día y comprobar que nada había ocurrido —nada de lo que tan insistentemente se habló: la sublevación de la quinta columna y la inevitable entrada de los ejércitos enemigos—, los ciudadanos de Madrid se enfrentaron consigo mismos y percibieron, en un instante, el destino que les estaba reservado: Madrid, desde aquel momento y hasta el fin de la guerra, sería el polo de atención del mundo entero, y los madrileños los ciudadanos más admirados. De ellos se hablaría en todos los idiomas, se escribiría en todos los periódicos, hasta eclipsar a su rival Barcelona, que se estuvo llevando la palma de la universal admiración por sus tres días de julio.

En el Ministerio de la Guerra me indicaron la sala de Operaciones donde actuaba el Estado Mayor del Ejército del Centro y donde se encontraba el general Miaja, que había asumido la presidencia de la Junta de Defensa.

Era una sala larga, con varios teléfonos. Había en ella un movimiento continuo de entradas y salidas. De pie, fumando su pipa, Stein, y junto a él el general soviético de pelo cano. Separados, Orlov y Petrov. Estos me reconocieron

en seguida y vinieron a saludarme. Me llevaron con los generales soviéticos, que me saludaron con afecto.

En un momento en que el comandante Rojo se quedó solo, sin nadie a quien atender, lo fui a saludar.

•—¿Cómo va todo, comandante?

—Hasta el momento, nos están pegando fuerte, pero nos aguantamos. Ya llegaron las granadas de mano de Barcelona, que nos están siendo de gran ayuda. No se produjeron los ataques previstos por las grandes vías detrás de los tanques. Pero tenemos las azoteas y últimos pisos de las casas que se indicaron, con sus grupos de granaderos.

—A veces, hay que saber servirse del espionaje enemigo —le dije.

—Me alegra coincidir con usted. Yo también calculé que los preparativos de tomar azoteas y pisos en sitios tan estratégicos no dejarían de ser observados por los espías enemigos.

—¿Y ocurrió algo por las alcantarillas aquella noche?

—¡Ya lo creo! Afortunadamente, ya nos habíamos prevenido. Crea usted que fue una matanza enorme de ellos... Quiero presentarle al general Miaja.

Miaja. No muy alto, pero fuerte y algo grueso; de aspecto optimista y muy pulcro en su uniforme. Nos estrechamos la mano y nos abrazamos. No pudimos entablar diálogo; el comandante Rojo era solicitado con urgencia por los jefes y oficiales. Inclclinados sobre los planos de operaciones, indignados, discutían la situación de sus fuerzas y de las del enemigo. El comandante Rojo tenía una promesa para todos, y me pareció que tenía también un buen consejo para darles. Parecía un buen jefe de Estado Mayor.

Tanto como la eficiencia de Rojo me impresionó el general Miaja en funciones. A todos los jefes y oficiales que acudían a él los envolvía en su amplia sonrisa, les soltaba un chiste, que él mismo reía a carcajadas, y terminaba por darles una fuerte palmada en las espaldas. No valía con él que sus interlocutores le hablasen de la fea situación en el frente, de lo mal que estaban sus combatientes en las trincheras, de lo difícil que se hacía resistir: «¡No te apures, comandante!», «¡No sufras, coronel!». «Mañana estaréis en el mismo sitio y encima vendréis a decirme que es imposible resistir —les decía soltando una amplia risotada—. Tendréis lo que pedís, y mucho más... Pero dentro de unas semanas.»

Me di cuenta del acierto de Largo Caballero al escoger a Miaja como presidente de la Junta de Defensa de Madrid. Miaja era una fuente inagotable de optimismo. Acaso no supiese mucho de operaciones, pero para levantar la moral caída de cuantos entraban en contacto con él era insuperable.

Cuando salí del Ministerio de la Guerra ya había anochecido. Apenas si de vez en cuando se oía un paqueo. Diríase que, perdida la oportunidad de penetrar en Madrid por las alcantarillas, la existencia de la quinta columna ya no tuviese objeto. Las patrullas armadas, situadas en las esquinas estratégicas de la ciudad, daban la impresión de que hasta un orden nuevo existía en Madrid desde la salida del gobierno.

En el ministerio se esperaban Nebot y Carnero, así como los directores del Registro civil y del Registro de antecedentes penales. Este se me aproximó para darme cuenta de que dos obuses que habían caído sobre el ministerio habían causado destrozos en el Registro de Antecedentes penales.

—¿Es muy grande el daño causado? —le pregunté.

—Por el momento, es incalculable. Algunos ficheros están totalmente destruidos.

—Pues que no se diga que unos tendrán antecedentes penales y otros no. Destruyan todo el Registro de antecedentes penales. ¡Toda revolución debe dejar una larga estela de esperanza!

—¿No cree que otro ministro de Justicia puede ordenar la reconstrucción del archivo de antecedentes penales? —me preguntó el jefe del Registro civil.

—Cierto, puede hacerlo. Pero si un decreto ordena la cancelación de los antecedentes penales, ya no sería posible. Uno de mis primeros decretos será el de cancelación de los antecedentes penales.

La decisión tomada de cancelar los antecedentes penales suponía la obra más insólita de un ministro de Justicia. A la vez, era la obra anarquista más audaz acometida desde que se habló de anarquía.

El anarquismo de los activistas españoles liberaba al movimiento libertario del pequeño sector de beatería anarcoide que en todas partes intentaba ahogar la marcha de los jóvenes del anarcosindicalismo. No importaría cuándo ni cómo terminaría nuestra lucha en España. Dejaríamos profundo impacto en todos los movimientos sindicalistas revolucionarios del mundo, que aman las realidades y las realizaciones tangibles y que hacía tiempo habían superado la beatería ideológica. Con el desarrollo del activismo anarcosindicalista, se aportaba al sindicalismo revolucionario un sentir proletario de reivindicaciones inmediatas en el orden de la justicia social, sin menoscabo de preservar, en todo lo posible y como elemento primordial, el respeto a la dignidad humana, principio de toda cultura y de toda civilización libre.

Salimos del Ministerio ya avanzada la noche. Nos fuimos al hotel. Yo, muy satisfecho. A todo lo largo de la calle Ancha de San Bernardo, así como en las estrechas calles que la cruzaban, el silencio no era perturbado por las descargas de la quinta columna. De verdad que teníamos un Madrid nuevo. Madrid, que por su grandeza moral, aun sin gobierno, continuaba siendo la capital de España.

El día siguiente, muy de mañana, nos fuimos al Ministerio. Había que quemar los miles de fichas del Archivo nacional de antecedentes penales, utilizando todas las estufas del edificio.

Temprano, como a las nueve, se presentó Durruti. Me quedé viendo visiones. ¿Qué querría? No pude por menos que pensar en Federica Montseny y en lo rápida que podía ser una llamada alarmista desde Valencia a Barcelona y desde allí a Bujaraloz.

—Aquí me tienes —dijo entrando y, sin esperar a que lo anunciaran. Ya me imagino que mi presencia no te hará ninguna gracia, pero tú sabes cómo ocurren las cosas en la Organización de allá. Me llamaron, me metieron en un Pleno, acordaron que viniese a salvar Madrid. Y aquí estoy. En Valencia me dijeron que Largo Caballero y tú habíais regresado a Madrid. ¿Puedes presentarme a Largo Caballero?

—Si ya ha llegado, podré presentarte. Pero, yo de ti, me lo pensaría un poco. ¿Qué acordó ese Pleno y cuáles son tus propósitos? Dices que acordaron que vinieras a salvar Madrid. Como habrás observado, Madrid no cayó la noche de la huida del gobierno. Aquí, el gobierno ya no manda. Quien manda es el general Miaja y su Junta de Defensa. Se están suprimiendo las andanzas de los guerrilleros dispersos, que van siendo sustituidos por unidades con mandos militares, dirigidos por el general Pozas, como jefe de Operaciones y el comandante Rojo como jefe del Estado Mayor de Madrid.

Dime cómo piensas encajar en esa organización militar. Piénsalo bien. Me dolería que hicieses un papel ridículo ante Caballero. Solamente puede recibirme como ministro de la Guerra, y está empeñado en crear un ejército con el que piensa ganarla.

—No sabría qué decirte, Juan. Parece ser que Federica se colgó del teléfono en una crisis nerviosa, tocó a rebato y dio a entender que mi presencia en Madrid podía influir en el curso de la guerra.

—No sé cómo podríamos relegar al gineceo a esa mujer. Va, viene, se mezcla en todo, no aporta ninguna solución a ningún problema. Tenemos una organización llamada «Mujeres Libres» a la que nunca perteneció y a la que jamás dio aliento ni directrices. Se mete, en cambio, en los grupos de la FAI, se hace nombrar de los comités de la CNT. Mientras, «La Pasionaria», recatada en el buró del Partido Comunista, grita de vez en cuando por la radio el «No pasarán», se da por satisfecha y no se desgasta. Pero la «Nena» de los Urales se hace nombrar ministro, obliga a la Organización a que me nombren ministro también a mí, y tanto ella como yo nos estamos desprestigiando estúpidamente en un gobierno que, lograda nuestra aquiescencia para abandonar Madrid, debe estar pensando en cómo y cuándo echarnos.

—Una vez más tienes razón, que de nada te servirá. Lo que importa es que me digas cómo salgo de la situación. Si me he de quedar, qué debo hacer. Si debo regresar a Aragón, qué explicación doy.

—Si te quedas y aportas solamente a la defensa de Madrid el prestigio de tu nombre, tu actuación deja de ser militar y pasa a ser la de un militante confederal. En ese caso, debes entenderte con el Comité regional del Centro y el Comité local de Madrid, teniendo cuidado de no lesionar el prestigio de sus militantes destacados; Val en el Comité de Defensa Confederal lo hace tan bien que es insustituible; Mera es reconocido en la Sala de Operaciones del Ministerio de la Guerra como jefe militar de los anarcosindicalistas. También es insustituible. Y son insustituibles todos, pues ningún compañero cedería hoy su puesto a un militante de la Regional catalana, aunque se trate de Durruti. Todavía no han digerido el error de Horacio Prieto de no designar a ningún militante de Madrid para ministro. Por lo que me han informado, la Regional del Centro acaba de pedir la celebración de un Pleno de Regionales para juzgar a Horacio Prieto. El pretexto es el haber abandonado Madrid con el gobierno. ¿Te das cuenta? ¿Desechamos la actividad orgánica para ti?

—Sí, creo que sí.

—Quedan las posibilidades de orden militar. Si te quedas como militar, con qué graduación? Antes de contestar sería bueno preguntar con qué fuerzas armadas cuentas, cuántos miles de hombres armados. Porque la graduación militar que se te asigne, y yo me encargaría de ello, debe estar en proporción a la fuerza que mandes. Es esencial que te hayas dado tú mismo unas respuestas antes de ver a Largo Caballero. Estoy seguro de que te hablará de ello, o esperará que lo hagas tú, puesto que has venido a Madrid sin que nadie te haya llamado. Nadie, ni de la Organización ni del gobierno. Y olvídate de los decires de la Federica, que se quedó en Valencia.

—No sabría qué decirte. Lo mejor es que me entreviste con Largo Caballero, y ya veremos qué sale del cambio de impresiones.

—Entonces voy a preguntar si ya ha llegado.

Me contestaron que hacía media hora.

—Vamos allá. A ver qué sale de todo esto, le dije a Durruti.

El capitán Aguirre, secretario militar del ministro de la Guerra, me rogó esperar un momento, porque el ministro estaba departiendo con el general Pozas. En situación de espera estuvimos media hora. A Durruti se le veía tranquilo, en animada plática con el capitán Aguirre, a quien hube de presentarle, pues éste ignoraba, o fingió ignorar, quién era mi acompañante. En aquella oficina militar, Durruti parecía algo irreal, con su gorra de hule, con los colores rojo y negro en el copete, llamada en Aragón «gorra Durruti», y su chaqueta larga de cuero, a la manera de los guerrilleros ucranianos de Majno.

Salió Pozas y pasamos nosotros. Al entrar, Largo Caballero miró la hora en su reloj de bolsillo. Con aquel gesto quería decirnos que no abusásemos de

su tiempo. Como hacía dos meses que Durruti había estado en Madrid, acompañando a Pierre Besnard, ya se conocían.

—Y bien, Durruti, ¿a qué se debe el honor de saludarlo de nuevo?

—He venido a ponerme a disposición de usted, si en algo puedo ayudar en estos momentos.

Como entrada en materia, la de Durruti fue candorosa.

—Es de agradecer su ofrecimiento, Durruti. Pero, dadas las circunstancias, ¿no sería mejor ponerse al habla con sus compañeros cenetistas que integran la Junta de Defensa?

Hube de intervenir, porque estábamos a un paso del final de la entrevista.

—Verá usted, don Francisco. Durruti desea un puesto militar en la defensa de Madrid. Con él estará toda la opinión antifascista de Cataluña y Aragón.

—Encantado. Le daremos a escoger el puesto que le guste en el vasto frente de Madrid. Pero, ¿con qué fuerzas se va a presentar?

Dejé que contestase Durruti. Pero Durruti nada dijo. No me gustaba aquel silencio. Era darle a Caballero la posibilidad de meditar sobre la agilidad mental de Durruti.

Intervine nuevamente:

—Me decía Durruti que si la arman y equipan aquí, podría traer de Cataluña una fuerza de doce mil hombres.

—No, eso no sería posible, por lo menos de momento. Todo el armamento existente aquí está destinado a la organización de las brigadas mixtas de soldados y voluntarios, pero con sus mandos militares.

Insistí:

—Sería bueno considerar la posibilidad de dar a Durruti el mando de tres brigadas mixtas...

—Eso no está mal visto, pero tardaría no menos de tres semanas. Claro que debería estar aquí lo más tarde dentro de diez días. Si está de acuerdo, pasaría al *Diario* del Ministerio de la Guerra su nombramiento de mayor, que es el grado máximo que damos a los mandos procedentes de milicias. Si está de acuerdo, deje al salir al capitán Aguirre una nota con su nombre y apellidos, edad, estado y punto de residencia actual.

—Sí, estoy de acuerdo con esa solución. Me iré a Aragón a arreglar el traslado de mando de mi columna al compañero más adecuado. Le estoy agradecido y quedo a las órdenes de usted.

Al ir a despedirnos, Largo Caballero me dijo:

—Pienso regresar a Valencia mañana por la noche. Pasado mañana, por la tarde, celebraremos Consejo de ministros. Le ruego estar presente.

—Espero no faltar.

En el antedespacho, Durruti escribió la nota para el capitán Aguirre. Este nos deseó buena suerte.

Yo tenía que regresar al Ministerio. Durruti quería ver a Val y a Mera. Antes de despedirnos, le dije:

—Pienso que la solución que sugerí era la mejor. Con tres brigadas mixtas a tus órdenes, puedes establecer tu puesto de mando bastante atrás de las trincheras, en las que no se sabe bien lo que ocurre y donde tendrías que estar si tuvieses a tus órdenes solamente quinientos o mil hombres. Cualquier otra decisión que puedas tomar con Mera y Val, deberías ponerla en conocimiento de Largo Caballero.

—No espero cambiar de decisión. Traeré de Aragón una selección de compañeros de confianza, para escolta y para diseminarlos en puestos de mando de las tres brigadas mixtas.

Nos abrazamos, deseándonos suerte.

En el Ministerio todo seguía su ritmo. Los facciosos, a intervalos de tres

horas, nos enviaban sus proyectiles del 15,5. Dirigidos por Nebot y Carnero, los ujieres avanzaban en su obra destructora de fichas de antecedentes penales.

El Consejo de Ministros tuvo lugar en la tarde del 12 de noviembre. Como siempre, los otros ministros asistían al Consejo como si se tratase de una partida de tresillo en un casino de pueblo. Hacían comentarios sobre la situación internacional y la nacional, a los que añadían los derivados de las dificultades para encontrar dónde instalar los Ministerios y las casas para sus familias.

En reunión que tuvimos aquella misma mañana con Horacio Prieto los ministros cenetistas, convinimos hacer lo posible para no dejar totalmente en manos de Largo Caballero y de Indalecio Prieto la dirección de la guerra. Se trataba de lograr algo que se semejase al Comité de Milicias, sin el nombre pero con el mismo espíritu. Coincidimos en proponer la creación de un Consejo Superior de Guerra, con el ministro de la Guerra de presidente y acompañado de los ministros de Marina y Aire, de Estado —cuyo titular, Alvarez del Vayo, era también Comisario general—, de Justicia, por mi experiencia de la guerra, reservando además tres puestos para Cataluña, País Vasco y para el Partido Comunista.

Con esta proposición rompimos el sopor de aquel Consejo de ministros. Al principio, las consideraciones generales que aporté levantaron bastantes suspicacias. Cada cual buscaba la maniobra que envolvía nuestra proposición. No faltaron quienes alegaron la conveniencia de consultar a sus respectivos partidos. Eran los comunistas, que ya se habían apoderado de casi todo el Comisariado del ejército, que estaban invadiendo los Estados Mayores y que, de no oponerles un valladar, se harían los amos de todo en poco tiempo.

Debo reconocer que Largo Caballero tenía golpes maestros, propios de quien había bregado muchos años en las secretarías de la UGT y del PSOE. Es muy posible que en lo más recóndito del cerebro del ministro de la Guerra, un «¡Alerta!» le advirtiese de la coincidencia entre nuestra proposición y el desasosiego que le producían las maneras ya descaradas de los comunistas españoles en su hasta entonces solapada penetración en los mandos del Ejército, del Comisariado, de la Marina, de la Aviación y de las fuerzas del Orden público. Porque suavemente, como quien no da importancia al asunto, pero poniendo la flecha en la diana, intervino diciendo:

—No me parece desacertada la intención de los compañeros de la CNT de querer compartir algo y activamente las responsabilidades de mi Ministerio y las de Marina y Aire. Tampoco me parece idea descabellada la del Consejo superior de Guerra, porque así podríamos aligerar las sesiones del Consejo de ministros, dedicando más tiempo a los asuntos generales de la guerra en reuniones restringidas. Hace unos días que quiero ver cómo lograr que el ministro de Justicia sustraiga algún tiempo a sus ocupaciones y lo dedique a organizar Escuelas de Guerra como la que con tanto éxito creó en Cataluña. Claro que también encuentro aceptable la demanda de Uribe y Hernández de consultar sobre el asunto a los partidos. Dada la premura, les sugiero que pasado mañana nos reunamos para convenir sobre la propuesta de crear el Consejo superior de Guerra.

El golpe era de maestro. Aceptaba la demora para consultar, pero sólo por 48 horas. Adelantaba crear un organismo paralelo en influencia dentro del Ejército al que tenían los comunistas con el Comisariado, con la creación de las Escuelas Populares de Guerra, que podrían tener los anarcosindicalistas y los socialistas, con posibilidad de poder suprimir con el tiempo el Comisariado, por tratarse de un organismo de emergencia, antipático a los mandos profesionales y de milicias y casi intolerable para los soldados y milicianos, por las prácticas inquisitoriales que empleaban los comisarios comunistas.

Se constituyó el Consejo superior de Guerra, lo que suponía una valiosa aportación de los ministros confederales, novatos en las artes de gobernar.

Su composición se ajustó en todo a nuestras propuestas: ministros de la Guerra, de Marina y Aire, de Justicia, de Gobernación, de Estado, de Agricultura y representantes de los gobiernos autónomos de Cataluña y País vasco.

Se me pidió hacerme cargo de la Organización, que comprendía también Escuelas de Guerra y la creación de Brigadas mixtas. Para llevar adelante el desarrollo de las Brigadas mixtas, se me rogó no herir las susceptibilidades de Martínez Barrio, que se encontraba en Albacete con un cargo similar que desempeñaba con amplio sentido decorativo.

Y se inició el planteamiento de un asunto difícil en la primera reunión del Consejo superior de Guerra. Largo Caballero era hombre de recursos. Y hábil. Me produjo la impresión de haber leído *Peer Gynt* de Ibsen, por la manera con que dio la vuelta al asunto: la conveniencia de nombrar el jefe del Estado Mayor Central, que se encontraba vacante. Planteado el problema de improviso, el ministro de Agricultura, Uribe, carecería de iniciativa para proponer. No existía Estado Mayor Central, empezando por carecer de su jefe. Existían, sí, Estados Mayores de sector, como el de Madrid. Urgía la creación del órgano central que canalizase y supervisase cuanto había que realizar en todos los frentes republicanos. Crear el Estado Mayor Central imponía encontrar el militar de dotes adecuadas. Después, el jefe se encargaría de rodearse de militares competentes en los aspectos técnicos.

Nos dijo Largo Caballero:

—Les agradecería que me ayudasen a encontrar un buen jefe de Estado Mayor, para encomendarle la organización del Estado Mayor Central.

Se produjo un silencio. Como nadie proponía ni comentaba, me lancé:

—He tenido ocasión de tratar al comandante Vicente Guarner, diplomado de Estado Mayor, competente y buen republicano. Sin perjuicio de considerar las propuestas que puedan formular ustedes, me permito recomendarlo para jefe del Estado Mayor Central.

Indalecio Prieto levantó la cabeza, unió sus blancas manos y rezongó, como si quisiese restar importancia a lo que iba a decir:

—En esta ocasión, lamento mucho no poder aceptar la proposición del ministro de Justicia, porque tengo buenas referencias del comandante Guarner y me gustaría poder sumar mi voto. No lo haré, por considerar, no la capacidad del comandante Guarner, sino su actual graduación en el ejército, lo que podría crearnos, y a él también, problemas de competencia entre él y los con>neles y generales que tendrían que obedecerle. Por ello, y si ustedes me lo permiten, me atrevo a proponer al general Martínez Cabrera.

Me callé. Se callaron los demás y aceptamos al general Martínez Cabrera, totalmente desconocido por todos, excepto por Prieto.

Con sencillez, como si fuese un asunto rutinario, Largo Caballero puso —ahora sí— la cuestión explosiva sobre el tapete. Se trataba, según él, del general Miaja, presidente de la Junta de Defensa de Madrid, que, según relataba el ministro de la Guerra, se encontraba en franca rebeldía respecto al jefe de gobierno y ministro de la Guerra. No se conducía como jefe de una Junta con funciones delegadas, creada por el gobierno para representarlo, sino todo lo contrario: no daba ninguna información, ningún parte. Con bastante demagogia, estaba logrando que los miembros de la Junta de Defensa se considerasen gobierno, no solamente de Madrid, sino de toda España. Y eso era intolerable.

—Hemos de encontrar rápidamente un sustituto adecuado, que no sienta la tentación de considerarse también jefe del gobierno de la República. ¿A quién propondrían ustedes?

Silencio, esta vez bastante largo y pesado. Era algo que nos cogía desprevenidos. Otra vez me lancé:

—Parece ser que se trata de proponer a alguien que, sin ser militar, no carezca de dotes de mando militar, y que siendo civil no sienta tentaciones de convertirse en jefe de gobierno. Me permito proponer a Durruti, que ya lleva unos días enfrentando los problemas de Madrid y que, según me informaron esta mañana, ya está en el frente con su columna.

—No es de desestimar la proposición del ministro de Justicia —dijo Prieto—. Pero antes de pronunciarme, por lo complejo del asunto, desearía conocer la opinión del presidente del gobierno.

Irujo se quedó callado. Los demás miembros del Consejo Superior de Guerra asintieron a lo dicho por Prieto. Habló Largo Caballero:

—Diríase que nuestro compañero ministro de Justicia tiene siempre la proposición adecuada. Para mí, también lo fue la propuesta que hizo para jefe del Estado Mayor Central, y por las mismas razones que expresó el ministro de Marina y Aire me avine a la designación del general Martínez Cabrera. Ahora, me inclino a aceptar a Durruti. Solamente que he de rogarles la más estricta reserva, pues necesito que pasen ocho días, para dar más tiempo a que Durruti sea conocido en Madrid y para que yo pueda ir allí, tanto para hablar con él como para darle posesión de su cargo. ¿Qué opinan ustedes?

Todos estuvimos conformes. Antes de irnos, nos dijo Largo Caballero:

—Debo a ustedes una explicación. Considero que fue un acierto la creación de este Consejo Superior de Guerra. En dos horas, hemos hecho más labor práctica que en los dos meses pasados. Si algún asunto lo exigiese, les convocaría solamente para Consejo Superior de Guerra; si no fuese menester, nos reuniríamos al terminar cada Consejo de ministros.

Llamé a Valencia al comandante Lara del Rosal, que tan eficazmente me ayudara en Barcelona en la organización de la Escuela popular de Guerra. Lo hice nombrar inspector general de Escuelas populares de Guerra. Con los mismos principios y métodos de organización, montaríamos una Escuela general para Intendencia, Infantería y Caballería, una Escuela especial para Artillería, otra para Ingenieros y otra para Transmisiones. Por el momento, y a la manera de Barcelona, su misión consistiría en buscar los edificios adecuados a sus funciones. Después vendría seleccionar a los directores y profesores. Afortunadamente, podríamos disponer más holgadamente de jefes y oficiales que aceptarían los cargos.

También llamé al compañero Alfonso Miguel, que había dejado al frente del Comité central de los Consejos de Obreros y Soldados. Era un buen compañero, valía mucho, pero era tan introvertido que por inhibición se habría conformado con ser portero de cualquier sindicato.

Encomendé a Alfonso Miguel la segunda parte del encargo que me hiciera el Consejo Superior de Guerra. Lo acompañé a Albacete, donde radicaba Martínez Barrio, que compartía las funciones de presidente de las Cortes con la oficina de Organización de Brigadas.

Solamente permanecí unas horas en Albacete. Me di cuenta de que no me sería posible hacerme con toda la dirección de la base de Albacete sin herir la susceptibilidad de Martínez Barrio. Me limité, por consiguiente, a visitar la preparación de una brigada mixta y a dar una vuelta por los campos de entrenamiento de las brigadas internacionales, dejando en prenda de mi responsabilidad a Alfonso Miguel, que no necesitaba consejos para no zaherir a don Diego, por extremadamente educado. Y regresé a Valencia.

Visité a Largo Caballero y le expuse cuan poco podría determinar en orden a las brigadas internacionales, en este caso por mi disconformidad —que de

sobras conocía— con la estancia de los internacionales, que si bien era casi instintiva al principio, con lo que me explicó Martínez Barrio se hizo explícita: los mejores armamentos que llegaban eran para ellos; los mejores equipos también; los mejores paquetes de comida que llegaban del extranjero, igual; las buenas medicinas que se recibían, lo mismo. Hasta hospitales propios tenían.

La insistente propaganda comunista, tanto en España como en el extranjero, nos presentaba tan superior la acción de los internacionales que uno hasta sentía vergüenza de ser español.

Sin embargo, con la presencia de las brigadas internacionales y todo, el enemigo se había instalado bastante adentro de Madrid, junto al parque del Oeste, ocupando ya las instalaciones de la Ciudad Universitaria. Decía Largo Caballero: «Para mí, los mejores soldados españoles fueron siempre los de Extremadura. Con ellos estamos nutriendo las brigadas mixtas; que son las que mejor están defendiendo Madrid.»

Me fui desentendiendo de la preparación de las brigadas mixtas y las brigadas internacionales. Aquéllas, porque ya las atendía Martínez Barrio, y éstas porque no admitían ingerencias de los españoles. Tendían a constituirse en un Estado dentro de otro Estado. Y dediqué todo mi tiempo libre a la organización de las Escuelas populares de Guerra, de donde tendría que salir la fuerza que nos libraría, en el momento oportuno, de las dos palancas del Partido Comunista: el Comisariado y las Brigadas internacionales.

¿Queréis matar a Durruti?

Cuando regresé a Valencia, me encontré con que ya teníamos edificio para la instalación del Ministerio. Se trataba del palacio de un marqués, edificio de muy buen aspecto, con enormes vigas de madera sosteniendo los techos. Entrada amplia, con un pequeño patio en el centro y dependencias vacías en toda la planta baja. En el primer piso, una sala de recibir, un gran salón y una salita contigua. En las paredes de todas las habitaciones del primer piso había cuadros antiguos, la mayor parte de motivos religiosos y algunos paisajes. Encargué a Sánchez Roca que no permitiese que nadie quitara los cuadros de las paredes.

—¿Tampoco los religiosos? —preguntó el secretario.

—Tampoco los religiosos. El ministro de Justicia lo es también de Cultos. Si viniese de visita algún sacerdote o religioso, hay que darles la sensación de que se encuentran en su casa.

La instalación de los ministerios iba aceleradamente. No así la del Comité nacional de la CNT. Encontré a Horacio Prieto instalado en una pequeña planta baja, sentado a una mesita, con algunos papeles encima de ella.

—¡Hola!

—¡Hola!

Nos miramos y él torció la boca en una mueca.

—¿Decías de proveer a cada ministro de una asesoría técnica? Nada pude hacer. Ni vale la pena que inicie algo. De hecho, ya estoy dimitido. Acaba de llegar una carta del Comité regional del Centro pidiendo la convocatoria urgente de un Pleno extraordinario de Regionales para juzgar al Comité nacional y a su secretario por su huida de Madrid.

—¿Y bien? No tienes por qué hacer caso de esa carta. Basta con que les contestes que su demanda es irregular, y que el Comité regional del Centro, hasta no recibir la información del Comité nacional sobre los motivos que

tuvo para trasladarse a Valencia, no tiene por qué prejuzgar de lo ocurrido.

—Tienes razón. Pero para adoptar esa actitud debería estar poseído de tu espíritu combativo. Por el contrario, estoy procediendo a convocar el Pleno de Regionales con carácter urgente, explicando la petición de la Regional del Centro, sus motivos... y mi dimisión irrevocable.

—Pero, Horacio, ¿no te das cuenta de que siempre estás dimitiendo y de que nunca estás en tu sitio cuando es menester?

Me miró largamente, se encogió de hombros, como hombre vencido:

—¿Qué quieres! ¿Puede hacerse algo en una Organización que aprovecha para zaherir a sus militantes, sean miembros del Comité nacional o ministros, el simple hecho de trasladarse de una ciudad a otra?

—Horacio, haces mal en reaccionar de esta manera. Las responsabilidades no hay que valorarlas tan objetivamente. En el fondo, todo queda reducido a que no tuviste en cuenta a los compañeros de Madrid a la hora de designar ministros.

—Como sea, Juan. Y digamos como los romanos: *Alea jacta est*.

Pasaron unos días. Pocos. Se celebró el Pleno Regional y Horacio Prieto se salió con la suya. Hizo que aceptasen su dimisión. Hubo nombramiento de nuevo secretario del Comité nacional y se aceptó la nueva residencia de éste, que pasó a ser Valencia. El nuevo secretario del Comité nacional fue Mariano Rodríguez Vázquez, «Marianet».

¿Error o acierto la designación de Marianet? ¡Quién sabe! Era difícil anticipar un juicio. La CNT ya había perdido todas las oportunidades de hacerse con el poder revolucionario. En Valencia, Marianet seguiría teniendo la cabeza pensante y escribiente de Federica, a quien yo veía en la sucia maniobra de desplazar a Horacio Prieto. Porque éste no necesitaba de nadie para poder escribir un manifiesto o un informe documentado.

Unos días antes de celebrarse el Pleno de Regionales, poco después de haberme despedido de Durruti en Madrid, ya en el Hotel Inglés de Valencia, subió Aranda a avisarme de que abajo estaban Federica y Durruti, y que les urgía hablarme. Bajé y me acomodé en el auto de ellos, muy a oscuras.

—Bueno, ¿qué hacéis aquí? ¿Hasta hoy no regresas a Barcelona, Durruti?

—¡Calla, hombre! Regresé y aquí me tienes de nuevo, esta vez camino de Madrid, definitivamente.

—Habla claro, Durruti.

Fue Federica la que lo hizo:

—Es la verdad. Estuvimos estudiando en un Pleno ampliado el alcance de tu intervención ante Caballero, en virtud de la cual Durruti sería nombrado mayor del ejército y puesto al mando de tres brigadas mixtas. Y no es eso lo que quiere la Organización de Cataluña. En las circunstancias que está viviendo Madrid, Durruti no debe esperar dos o tres semanas para estar presente en el frente de Madrid, sino que debe hacerlo ahora mismo, por lo que se acordó que debía regresar y enviarle mil hombres de su columna.

—¿Qué estás diciendo? ¿Mil hombres para un frente que ya cuenta con más de doscientos mil? ¿Donde tendría que estar en primera línea de fuego? ¿Qué os habéis propuesto? ¿Queréis matar a Durruti?

—¿Cómo se te ocurre pensar que queremos matar a Durruti? ¿Pensar, tú, eso de nosotros, de quienes estamos velando por el prestigio de Ja Organización?

Respondí, asqueado:

—Al cabo, es Durruti el que debe decidir. Ni vosotros ni yo, Es él, y que sea él quien decida. ¿Has decidido renunciar a lo tratado con Largo Caballero?

—Tú sabes lo que es la Organización en los momentos actuales. Al llegar yo

a Barcelona fui a dar cuenta a Marianet de lo tratado en Madrid. Intervinieron Federica, Santillán y los demás miembros del Comité regional de la CNT y del Regional y el Peninsular de la FAI... Se procedió a formalizar una reunión plenaria de Comités y ya sabes lo que acordaron. Cumpló con lo que acordaron, que se resume en incorporar los mil hombres que enviarán, urgentemente, a las fuerzas dispersas de Mera y en formar una columna a mi mando.

—Faltaré que Mera esté de acuerdo y que lo estén los compañeros de Madrid. Acabo de enterarme de que la Regional del Centro pide Pleno de Regionales y la destitución de Horacio Prieto. No creo que los de Madrid se avengan ahora a depender de las órdenes de un enviado de la Regional catalana. En fin, tú decides. ¿Y tú, Federica, acompañarás a Madrid a Durruti?

—Hoy no me será posible hacerlo. Pero dentro de dos días, iré.

—Entonces te acompañaré yo, Durruti. ¿A qué hora piensas partir?

—Lo antes posible. Si me acompañas, el tiempo que tardes en estar listo.

Bajé del auto sin despedirme de Federica. Con espontaneidad, ya nunca más me despediría de ella. Me di cuenta de que se trataba de una fémica vengativa, y de que le faltó tiempo para vengarse de Mera por la humillación que le hizo pasar en el control de Tarancón, tan ufana como estaba de haber llegado a ministro. Pensó que al enviarles a Durruti se verían obligados a reconocerlo como jefe. Y de paso lograba que supieran que la mandona era ella.

Para mí, era evidente que Durruti no haría viaje de regreso, prisionero como ya estaba de su demagogia explotada por el trío aquel de Barcelona.

Estaba amaneciendo cuando llegamos a Madrid. Durruti y yo salimos a la Gran Vía. Frente al hotel, hasta más allá del teatro Fontalba, se extendía una larga columna de soldados, en formación de seis en fondo, bien vestidos y armados. En posición de descanso, los milicianos, pues no eran soldados, platicaban en voz alta, la mayoría en catalán.

Nos acercamos y entablamos conversación con ellos. Como advirtiera a Durruti la imprudencia de dejar aquella fuerza casi en el área del objetivo de la Telefónica, en el punto de mira de los fuertes bombardeos de artillería y aviación, Durruti trató de dar algunas órdenes, explicando a los milicianos que parecían tener mando que él era Durruti. No le hicieron caso.

—Sí, tú puedes ser Durruti, pero nosotros procedemos del cuartel Carlos Marx de Barcelona y nos mandan «el Negus» y el capitán López Tienda.

Buscamos al «Negus» y al capitán López Tienda. Cuando aparecieron, Durruti les dijo que había sido enviado a Madrid, que esperaba una columna que le enviaría la Consejería de Defensa y que, llegada ésta, él comandaría todas las fuerzas catalanas, por lo que les pedía que desde aquel momento le entregasen el mando de su columna.

—No, Durruti. No podemos hacer lo que nos pides. Sólo si al venir a Madrid la Consejería de Defensa te hubiese dado el nombramiento por escrito. ¿Lo tienes?

—No lo tengo. Pero éste que me acompaña es García Oliver. El puede confirmarlo.

—No es necesario —dijo «el Negus»—. Lo hemos reconocido desde el primer momento. Aunque él lo ordenase, no podríamos obedecerle. Sin orden escrita de la Consejería de Defensa, solamente podemos recibir órdenes del Comité militar del PSUC o del jefe de Operaciones del Ejército de Madrid.

No fue posible que tomase el mando de aquella columna, más por la terca actitud del «Negus» que por el capitán, que parecía más conciliador. El «Negus», delgado, de cara alargada y barba negra, se parecía algo al emperador de Etiopía. El capitán López Tienda, rubio, de talla mediana y amable, parecía desear más un mando político que el militar que le habían dado.

Durruti tuvo que aguantar aquella humillación por haber sido despachado a Madrid sin ninguna preparación, ni militar ni política. Y se la daban gentes de su propia región. ¡Cuántas más le esperaban! ¡Cuánto mejor haber venido a mandar las tres brigadas mixtas! Pero Federica, Santillán y Marianet habían decidido salvar Madrid. ¡Halagos! El halago es la salsa de la demagogia. ¡Cuidado, Durruti! ¡No te olvides de que tu punto flaco es la demagogia?

Nos fuimos hacia el Ministerio de la Guerra. En el camino, Durruti me preguntó:

—¿No crees que en el Ministerio de la Guerra debería reclamar el mando de esa columna?

—No sería prudente, Durruti. Te expones a una negativa y a que te desconozcan. Estás en Madrid y esto lo tienen minado los comunistas. Se dice que el comandante Rojo y el general Miaja están bajo control comunista. ¿No te informó de todo Val cuando lo visitaste hace unos días?

—Sí; me informó ampliamente. Tenías razón en que no les caería bien que yo pretendiese asumir el mando de las fuerzas libertarias aquí, porque, ¿qué harían de Mera?

—¡Anda con mucho cuidado, Durruti! Procura no resbalar. Aquí estarás completamente solo. Si decidí acompañarte, fue para no dejarte venir solo. Pero tendré que regresar en cuanto lo reclame Largo Caballero.

Entramos al Ministerio de la Guerra. Nos dejaron pasar a la sala de Operaciones. Me vieron el comandante Rojo y el general Miaja, pero no hicieron un gesto de salud. Supuse que habían reconocido a Durruti, inconfundible por su atuendo. Me acerqué a ellos, les estreché la mano y les presenté a Durruti, que fue recibido con dos «¡Holas!».

Ignoro si Durruti captó el significado de aquellos escuetos «¡Hola!», despojados de todo sentimiento de bienvenida. Seguramente había llegado hasta ellos la noticia de las aspiraciones de Durruti expresadas en su entrevista con Largo Caballero hacía pocos días. Los encargados de la defensa de Madrid, militares o políticos, no se recataban en sus comentarios sobre la guerra de emitir ácidos conceptos sobre las milicias de Cataluña, la paralización en las operaciones del frente de Aragón, la incapacidad de los jefes de columna, empujando por Durruti, las ridiculeces de su Comité de Milicias, que quería primero la revolución y para después la guerra. Según me había contado, Durruti vio cómo eran las cosas en su visita al Comité de Defensa Confederal. Y si entre los anarcosindicalistas existían aquellos prejuicios, nada era de extrañar que, por espíritu de competencia política o sindical, fuera de nuestros medios existiesen los mismos antagonismos, sólo que abultados.

Durruti me preguntó por los dos personajes no españoles que estaban pendientes de lo que hacía Rojo y de lo que ocurría en la sala de Operaciones. Le contesté que eran dos generales soviéticos, con puesto permanente en la sala de Operaciones. Le dije que cuando me fueron presentados por Rosenberg, me había parecido oír que el alto se llamaba Stein y que el más macizo, Walter. No había prestado mucha atención a los nombres por la experiencia que tenía de Barcelona, donde a excepción de Antónov-Ovseenko, todos los soviéticos tenían nombres falsos.

—¿Puedes presentarme a ellos? —me pidió Durruti.

—Sí. Pero hablarás con ellos a través de aquella señorita que está sentada. Es la traductora.

Los generales soviéticos me recibieron con bastante cordialidad. Les dije que quien me acompañaba era Durruti, combatiente del frente de Aragón, que deseaba saludarlos.

—Muy bien. muy bien —dijeron—. Con mucho gusto.

Durruti les tendió la mano y los saludó con amplia sonrisa de niño grande.

En tales ocasiones, por su condición psicológica de extrovertido, lograba buenos efectos. Oí que les contaba que esperaba, de un momento a otro, recibir parte de su columna del frente de Aragón, y que les agradecería que le asignasen un experto militar soviético como asesor.

Me quedé viendo visiones. Nada me había dicho de tales intenciones y me pareció descabellada la idea. Un asesor soviético haría imposible que operase con las fuerzas de Mera.

El general de la pipa dijo algo a la traductora. Esta salió diligente y casi al momento apareció acompañada de un tipo alto, fuerte y moreno, posiblemente de menos años que Durruti. Debía tener unos 35 años. En el acto fue presentado, con un nombre que también debía ser falso.

—Desde este mismo momento, este amigo será su asesor militar, le dijo el de la pipa.

Muy correcto y muy amable el asesor soviético. Hablaba algo de español y algo de francés. Podían, por consiguiente, entenderse bien.

A su pregunta de si podía servirnos en aquel momento, Durruti contestó que deseaba ver algo del frente de Madrid. Subimos en mi Hispano blindado, y como «Gasolina» no conocía bien la ciudad, el asesor fue indicando el camino a seguir.

A pie llegamos a un edificio enorme, de construcción nueva. Estaba lleno de suciedades de toda clase, empezando por las orgánicas. Era un edificio de la Ciudad Universitaria, creo que la Facultad de Filosofía. Topamos con dos miembros de una brigada internacional, que aquella misma mañana había recibido la orden de abandonar aquel edificio, por encontrarse ya en zona del enemigo. Por lo que nos recomendaban irnos lo antes posible. Nos mostraron hacia la izquierda y bastante más abajo otro edificio, que dijeron ser la Casa de Velázquez, que había caído el día anterior en poder del enemigo.

—Pues a mí todavía me parece éste un buen sitio para colocar el puesto de mando de mi columna —dijo Durruti.

Replicó el internacional:

—Tú puedes hacer lo que quieras, camarada. Nosotros ya os hemos advertido. Y se marchó a toda prisa.

Durruti consultó al asesor soviético y oí que éste le contestaba:

—Habría que consultar el asunto con el Estado Mayor. Después de todo, será ahí donde te asignen la posición a ocupar.

Íbamos mal, muy mal. Durruti, en su empeño de conducirse como en el frente de Aragón, ignoraba a quienes pudieran estar algo más arriba que él. No iba a lograr que todo se plegara a su manera de ser. Y ya habían pasado los tiempos —no aprovechados por él— de poder llegar a ser un gran jefe militar o guerrillero. Ahora se encontraba dentro de un sistema militar, que solamente funcionaba —cuando funcionaba— si todos se amoldaban a él. ¿Qué pasaría cuando le llegase la columna de mil hombres?

Nos fuimos. Ahora nos iba a conducir el asesor soviético a visitar las instalaciones del «Quinto Regimiento», la fábrica de soldados rojos que habían montado los comunistas. En Barcelona, con el Comité de Milicias les ganamos la partida. En Madrid, con su Quinto Regimiento, nos la ganaron ellos. Con asesores soviéticos. Cruzamos unos patios de instrucción y penetramos en una enorme sala, con grandes pilastras. En torno a la base de cada pilastra, un instructor daba lecciones prácticas de montar y desmontar un fusil y de cómo limpiarlo y engrasarlo; o de manejar una ametralladora «Maxim». Los fusiles que se veían en manos de los instructores y soldados eran nuevos y magníficos. Las ametralladoras, sobre ruedas, también parecían nuevas. Era indudable que al Quinto Regimiento iba a parar gran parte del material de guerra bueno que llegaba. En el mundo entero aparecían las fotografías de unidades

salidas del Quinto Regimiento. Así y todo, el enemigo ya estaba dentro de Madrid.

Al día siguiente, en el restaurante del hotel, me dijo Durruti que ya estaba de regreso del Ministerio de la Guerra, donde se había informado del destino dado a la columna Carlos Marx recién llegada de Barcelona. Le informaron de que el día anterior mismo la habían destinado a la parte honda del parque del Oeste, para defender el puente de los Franceses, por donde insistían en penetrar las fuerzas enemigas. La misma tarde hubo de serle retirado el mando político al «Negus», gravemente herido. Pero que no había logrado que le pasasen a él el mando de la columna, alegando el Estado Mayor que el mando lo tenía el capitán López Tienda, quien se estaba conduciendo bien.

—¿Qué piensas hacer entre tanto? ¿Cuándo llegarán los hombres de tu columna y con qué efectivos esperas contar?

—No sé, Juan, no sé. Aquella reunión fue tan tumultuosa, con los gritos alarmantes de Federica... ¡Nunca debiste dejar el Comité de Milicias! ¿Cómo puedo saber ahora, desde aquí, la gente que me enviarán, ni cuándo llegarán a Madrid? Estoy haciendo el ridículo en Madrid. Y no puedo quedarme en el hotel. Así que, en cuanto llegue el asesor soviético, pienso irme hasta el puente de los Franceses, por si también cae el capitán López Tienda y me hago con el mando de esa pequeña columna.

Me dio pena, mucha pena, Durruti. Nunca le había visto tan orillado a la desesperación. Había sido enviado a empujones a Madrid. Se encontró con un Madrid viviendo sus propias angustias y recuperándose de haberse sentido abandonado de su gobierno, con el enemigo adentro de sus puertas, sin capacidad emotiva para darse cuenta de aquel raro miliciano de gorra charolada y medio abrigo de cuero. Acaso lo tomasen por uno más de los internacionales. Su contacto con los compañeros del Comité de Defensa Confederal lo había desanimado. No lo recibieron con el corazón abierto, sino con reservas irónicas, muy madrileñas: «¿Cómo has encontrado esto, eh, Durruti? Si vas a los frentes, verás que esto no es como vuestro Aragón, pues aquí no se come ni se duerme. Aquí solamente se muere. Y, si no, que lo digan vuestros ministros catalanes, que llegaron, vieron y se fueron».

Durruti vivía su pasión. Se había distanciado de mí y he aquí que yo estaba a su lado, en un esfuerzo de hermano, como en los tiempos de «Los Solidarios», atento a librarle de la angustia de la soledad, de aquella soledad a que lo empujaron y que tanto se parecía a la muerte.

—Ve, si quieres, Durruti, al puente de los Franceses. Puede ocurrir que tengas que sustituir a López Tienda. Pero no quieras sustituir al «Negus». No bajes a las trincheras.

—¿Tú no vienes?

—No. Quiero darme una vuelta por el Ministerio. Con Nebot y Carnero me entero de todo lo que ocurre y de lo que se habla. Después pasaré por el de Guerra, a estar en contacto con Miaja, por si recibe alguna orden para mí de Largo Caballero. Si termino antes de comer, pasaré por allá a recogerte. De otra manera, estaría ahí por la tarde. No te olvides, Durruti, con vida, todavía podré serte útil. Después de todo, tenemos la promesa de las tres brigadas mixtas que te hizo Largo Caballero.

No comí. Tomé un café. Nos aproximamos al parque del Oeste, donde dejamos a «Gasolina» cuidando el automóvil. Con Aranda y «El Viejito», bien armados, nos adentramos por el parque. Cerca de una verja encontré al capitán López Tienda, en su puesto de mando. Estaba acompañado de cuatro elementos de su columna que le servían de enlaces con los puestos avanzados y con el puesto de mando superior de su sector de frente. Era noviembre y me pareció que López Tienda tenía gotas de sudor en la frente.

—¿Algo va mal, capitán?

—Sí, sí, en efecto. Algo no marcha como debiera. Por ejemplo, las deserciones del frente de combate. Mírelos cómo se esconden detrás de los árboles hasta que dejan el fusil y arrancan a correr.

Efectivamente, por ahí andaban los desertores, presos de pánico. De uno en uno. Y de tres en tres. Estos eran los peligrosos, porque de reprocharles su conducta, eran capaces de dispararle a uno.

—¿Qué le parece, capitán, recuperamos algunos?

—Pues si usted quiere, podemos intentarlo.

Lo intentamos. El con sus hombres y yo con los míos, nos pusimos a la tarea de hablar cordialmente a aquellos milicianos. O porque me conocían o porque les hablaba en catalán, me hicieron bastante caso. Pero no duró mucho nuestra labor de recuperación, porque de pronto, por encima de la copa de los árboles, se oyó el estruendo de los aviones enemigos, bombardeando aquella parte de bosque. Tuvimos escaso tiempo de tumbarnos a tierra, las manos sobre la cabeza en gesto instintivo de protegerla. Quedamos envueltos en polvo y tierra. Las bombas cayeron a unos diez metros de nosotros, a todo lo largo unas tras otras.

Desistimos de recuperar desertores. Muchos de ellos corrieron. O quedaron por ahí, regados en grandes y pequeños trozos; se salvaron mis dos compañeros de escolta. También se salvó el capitán López Tienda y tres de sus enlaces. El cuarto se quedó sin cabeza.

—Capitán, ¿por dónde se va al puente de los Franceses?

—Tú —dijo el capitán a uno de sus ayudantes—, indícales el camino hasta unos cien metros y regresa.

—¡Agur, capitán!

—¡Buena suerte! —me gritó.

Fuimos descendiendo, buscando la protección de los árboles. Por encima de nuestras cabezas y taladrando las hojas, se oían los rápidos zumbidos de las balas perdidas; de vez en cuando, cerca, delante, detrás o a los lados, explotaba una granada de mortero que venía de lo alto, como lanzada con honda de pastor.

Al rato de andar entre los árboles, el guía nos mostró hacia la derecha una ancha vereda, que conducía, según explicó, al puente de los Franceses. «Cuando lo divisen, tengan en cuenta que al otro lado, a unos veinticinco metros solamente, está el enemigo, bien parapetado y apuntando en esta dirección. Inclínense y vayan arrimándose hacia la izquierda. Nuestra gente está parapetada de este lado, junto a la boca del puente, a la izquierda en dirección a la Casa de Campo y a la derecha hacia la Puerta de Hierro.»

—¡Gracias!

Casi a rastras llegamos al parapeto de la izquierda del puente de los Franceses. Allí, en una pequeña hondonada, estaban Durruti y el asesor soviético, éste vestido de paisano, con *sweater*. Entre ellos, algunos soldados o milicianos atisbaban y disparaban sus fusiles hacia el otro lado, a un enemigo muy cercano, invisible, audible a causa de sus disparos de fusil y ametralladora. Por el ritmo de las descargas deduje que el enemigo nos llevaba por lo menos una ventaja de tres ametralladoras por cada una nuestra.

De pronto asistimos a un espectáculo emocionante. En persecución de los aviones que habían estado bombardeando nuestras posiciones y todo el parque del Oeste, salieron aviones de caza de los llamados «chatos», de manufactura soviética. Y en aquel momento acababa de aparecer allá, en lo alto, una escuadrilla de cazas alemanes, los «Messerschmitt», última palabra, se decía, de la aviación de guerra en el mundo. Eran, ciertamente, más rápidos que nuestros «chatos», seguramente más manejables o mejor manejados. Los «cha-

tos» se vieron pronto cercados y uno primero y luego otro cayeron envueltos en su fumarola. Quedaban tres «chatos» en el aire, que no huyeron, sino que se lanzaron rabiosamente en persecución de los cazas alemanes. Uno, dos, envueltos en denso humo y en picado cayeron los cazas enemigos y en un momento el cielo quedó limpio de aviones, los nuestros y los suyos. Hubo empate en los resultados. El entusiasmo en los parapetos también tuvo empate. Primero se oyeron los gritos y los aplausos del otro lado, y nuestras gentes se quedaron como petrificadas. Después, los gritos y los aplausos brotaron de nuestro lado; en el de enfrente, el silencio.

Salté, con la escolta, a la hondonada. Apenas éramos reconocibles por el polvo y la tierra que nos volcaron encima las explosiones de las bombas de los aviones.

—Vean ésos que acaban de llegar —dijo Durruti a los milicianos—. Cualquiera diría que se trata de un ministro.

Unas risotadas corearon lo dicho por Durruti.

—No lo creéis, ¿verdad? Pues ése es ministro y come lo que vosotros. Vais a verlo.

Sacó un «chusco» de pan de munición grande, lo partió con un cuchillo y abriendo una lata de sardinas las virtió. Me pasó el chusco y el cuchillo, con los que hice tres porciones, para Aranda, para «El Viejito» y para mí. Alguien sacó una bota de vino y, alargándomela, dijo en catalán:

—Veamos si es verdad que eres tú: *Beu al galet*.

Después del empate en el combate aéreo, del lado enemigo hubo una fuerte reacción. Seguramente, el bombardeo era preparación para una ofensiva. Se produjo un ataque a la desesperada pretendiendo cruzar el puente de los Franceses. A mi lado, «El Viejito» con su winchester y Aranda con su ametrallador, y yo con el «naranjero», tomamos parte en la defensa del puente. Nuestras descargas se unieron a las descargas de los demás. Por un momento, pareció que el enemigo iba a lanzarse en avalancha sobre el puente. Arreciaron las descargas y los estallidos de las granadas de mano. Del lado de ellos cayeron muertos y heridos. Del nuestro, a la defensiva, no cayó ninguno.

Me aproximé a Durruti y quedamente le dije:

—Esto no es un puesto de mando, Durruti. Este no es tu puesto. Mientras estés por Madrid, no te olvides de alejarte de la demagogia.

Serío.

—¿Qué quieres que haga? ¿Te irás hoy?

—No sé. Depende de que me llame o no Caballero. Ya faltó de Valencia dos días. Si dejas este pozo, nos veremos en el hotel.

Ya no le vi más. Al llegar al Ministerio, me dieron el encargo, requiriendo mi presencia para él Consejo del día siguiente.

20 de noviembre

Todavía ocupo mi habitación en el Hotel Inglés de Valencia. Hacía solamente quince días qué saliera de Barcelona para Madrid, y desde entonces no había tenido ni un momento de descanso. Ayer, por la noche, había regresado de Albacete, donde dejé al compañero Alfonso Miguel con el encargo de vigilar la organización de las brigadas mixtas y las internacionales. Muy de mañana, «El Viejito», que dormía junto a la puerta de mi habitación, daba con los nudillos en la puerta.

—Juan, despierta. Aquí te buscan. Y es urgente.

Me levanté, me cubrí con una manta y abrí la puerta, por la que penetraron, sin más ceremonias, Mera y su ayudante.

—¿No estarás enterado todavía, verdad? —me preguntó Mera, a quien se veía trastornado y con cara de fatiga.

—No, no estoy enterado de nada, salvo de que esta noche regresé tarde de Albacete. Explicáte.

—Ayer por la tarde murió Durruti. De un balazo en el pecho, frente al enemigo.

Me quedé mirando al suelo. Era como si una nube oscura me fuese cubriendo los ojos y penetrase en mi cabeza.

—¿Estaba solo o estaba acompañado?

—Estaba acompañado, creo que de Yoldi, el sargento Manzana, el doctor Santamaría y otros compañeros. Lo llevaron rápidamente al hospital, pero no fue posible salvarlo. Murió. Ahora quedan sus fuerzas de milicianos en estado de completa desmoralización. ¿No querías ir tú a hacerte cargo?

—¿Yo, Mera? ¿Por qué? ¿Fui yo acaso quien lo envió a Madrid como simple jefe de columnita? Eso deberás preguntárselo a Federica, a Marianet, a Santillán, que lo empujaron a que fuese, casi solo, a salvar a Madrid. Y yo me opuse.

—No sabía nada de lo que me cuentas —dijo Mera—. Nada nos dijisteis, ni tú ni él.

—Durruti quedó muy decepcionado de cómo lo recibisteis cuando fue a visitaros, a Val y a ti, al Comité de Defensa. Por lo que a mí respecta, visité a Val antes de la salida del gobierno; después no me quedaron ganas de volver. Ahora tú andas buscando un jefe que se haga cargo de las fuerzas de Durruti. ¿Y tú qué haces en Madrid? ¿No eres tú el militante confederal de máxima significación? ¿Verdad que tus fuerzas no se unieron a las fuerzas de la columna de Durruti a su llegada?

—Creo que en parte tienes razón. Aquí, no obstante, no podremos resolver nada. ¿No sería mejor que nos viésemos en el Comité nacional?

—Sí, sería mejor. Pero antes tendré que enterarme de dónde está instalado el Comité nacional. Y de si tomó posesión Marianet, recién llegado, según me informaron ayer, antes de salir para Albacete. Id a la Federación local y que os informen. Quedamos en encontrarnos en el Comité nacional a las 11 de la mañana.

Cuando Mera y su ayudante salieron de la habitación, me quedé anonadado, pensando en aquel compañero, Durruti, que había dejado de ser. Nada pude lograr para hacer de él un hombre distinto a lo que fue. Con el acuerdo que logré de nombrarlo presidente de la Junta de Defensa de Madrid, casi lo había conseguido. El tampoco logró salir del círculo estrecho y duro que fue creándose en su vida. Y lo intentó, ciertamente que lo intentó. Pero siempre se lo impedían las influencias ajenas. Aunque parecía un gigante, se comportaba como un niño grande, en un esfuerzo continuo por ser distinto a como aparecía, de donde surgía el contraste entre su reputación de hombre terrible y su sonrisa de muchacho candoroso.

Siempre aspiró a descollar, aunque para ello tuviese que trepar a un ladrillo. Como muchachote grande que era, había algo que amaba más que un caramelo o un chocolate, y era el ser fotografiado y que apareciesen sus fotografías en periódicos y revistas. En dicha manera de ser, se diferenciaba de los luchadores del anarcosindicalismo catalán. Estos, capaces de las más audaces empresas, solamente las emprendían si había sido asegurado el silencio promisorio de la impunidad. Durruti, en cambio, nunca hubiese sido un luchador si sus actos revolucionarios hubieran tenido que permanecer en el anonimato. Sólo así se explica la campaña de escándalo que realizó con Ascaso

y Jover por América, donde sus andanzas eran contadas en los periódicos con toda clase de detalles. Era lo que a él le gustaba, que aparecieran en la prensa constantemente su nombre y sus fotografías, sin importarle las consecuencias posteriores.

Localicé a Marianet y el nuevo domicilio del Comité nacional. El pleno de Regionales que se reunió a petición de la Regional del Centro, para juzgar la conducta de su secretario fue la reunión más absurda de que tengo memoria. Lógicamente, si la conducta de Horacio Prieto en aquellas circunstancias fue punible, al admitir la inverosímil dimisión de secretario, debió separar también del gobierno a sus ministros. Aunque nunca lo dijo, es lo que esperaba el secretario al dimitir. Pues no. El Pleno de Regionales no debió reunirse para tratar de algo tan normal como la dimisión de un secretario. Debió procederse por la vía normativa del referéndum a elegir nuevo secretario. Como era lógico —y no lo entendía así Horacio Prieto—, no se pidió la dimisión de los ministros. Autorizaron que el nuevo Comité nacional radicase en Valencia. Nombraron a Marianet —arrancándolo de la regional de Cataluña, de la que era secretario— secretario del Comité nacional. Aquel ciempiés orgánico era el resultado de las absurdas maniobras de Horacio Prieto. En plena confabulación derechista, desaparece de su puesto, vuelve después a que lo repongan, y no para hasta que nos embarca de precario en un gobierno que no deseaba nuestra presencia; ayuda al jefe de dicho gobierno a resolver el escándalo de su escapada de Madrid y, finalmente, para zafarse de todo, convoca un Pleno de regionales irregular para que éste resuelva sobre su inverosímil dimisión del cargo de secretario. Hizo todo lo que nunca debió hacerse. Su paso por la Organización debería ser estudiado para que nadie pueda repetir tan insólita conducta.

Cuando encontré a Marianet, retrepado en su asiento, parecía encontrarse en la gloria. Ya encaramado al puesto *jde* secretario del Comité nacional de la CNT, llegaría el momento en que podría decir, como aquel papa: «Ya que me hicisteis papa, dejadme serlo». Federica debía sentirse en la gloria también. Si en Barcelona —pensaría ella— gobernaba a la Organización tras la persona del secretario regional, en Valencia, si Marianet se dejaba, gobernaría tras la persona de Marianet. ¿O no? Porque en Valencia el nuevo secretario estaría rodeado de los delegados regionales por una parte, y de los de las Federaciones nacionales de Industria, por otra. Y en Levante, el poder de la FAI, que tan admirablemente supo manejar en Barcelona, era mucho menos fuerte que en Cataluña. Federica habría de lamentar la ausencia de Abad de Santillán y de Fidel Miró, aquel binomio donde tenían cabida todas las maniobras, especialmente si se trataba de maniobras reformistas hasta el entreguismo.

Marianet estaba solo, de lo que me alegré. Ya le había llegado la noticia de la muerte de Durruti, y no parecía estar muy impresionado. Pensaría que, después de todo, él, allá en Barcelona, cuando se trató de enviar a Durruti a salvar a Madrid, se había limitado a dejar hacer, como de costumbre, a Abad de Santillán y a Federica. A él le dijeron —y lo creyó— que la Organización de Cataluña, desde el punto de vista militar, tenía que salir del aislamiento que mantuvo desde que se constituyó el Comité de Milicias, aislamiento que se prolongó después con la secretaría general de la Consejería de Defensa. ¿Qué razón existía para que se siguiese en la pauta trazada por uno y otra? Marianet dijo que sí, única manera de no aparecer como un ignorante. Llamaron, primero, a Durruti; halagaron su amor propio, hablaron de la importancia que tendría para el anarquismo el que apareciese en aquellos momentos en Madrid; del impacto nacional e internacional que causaría su presencia, llamada a sustituir con su nombre a todos los valores políticos y militares. Y, como

era de esperar, Durruti se dejó empujar un poco por cada una de aquellas tres personas que en la cúspide de la CNT y de la FAI casi parecían omnipotentes. Su rápido regreso a Barcelona contrarió grandemente a Federica y a Santillán. En aquel caso, Marianet, ¡qué remedio!, tuvo que aparentar que también estaba contrariado y, con las otras dos piezas del tridente, convencieron a Durruti de que era imprescindible que regresara a Madrid, pues todavía podría salvarse con su presencia. Marianet aplaudió, dio una palmada a Durruti y... (Hasta la vista!

Para que no pudiese volverse atrás, Federica viajó con Durruti hasta Valencia. Más adelante no fue, porque ¿qué tendría que hacer ella en una ciudad sitiada y a punto de caer en manos de los fascistas? Se ofreció a acompañarlo García Oliver, que es lo que la astuta Federica esperaba. Porque, con un poco de suerte, a lo mejor ambos encontraban una bella y heroica muerte. Estaba dentro de la beatería anarcoide tradicional de la familia Urales que, a falta de iconos en sus hornacinas, invocaban continuamente en sus escritos y conversaciones los santos nombres de Caffiero y Angiolillo, mártires cien veces de la causa.

Ahora, cinco días después de aquella salida nocturna a Madrid, nos enviaban de vuelta el cuerpo sin vida de Durruti. Para mí, que compartí las angustias de su soledad, el haberla sufrido y remontado hasta la muerte, el fin suyo era el de un héroe, *que cien son las muertes de los héroes*.

Federica, no pudiendo contener su congoja, no esperaría a Durruti en Valencia. Iría a esperarlo a Barcelona, donde había que prepararle un monumental sepelio. Los que se olvidaron de Ascaso, porque murió demasiado pronto, ahora sí, por Durruti, harían el máximo esfuerzo. ¡Para cierta gente, los movimientos revolucionarios se nutren de los cadáveres de quienes saben morir en el momento oportuno!

Llegó Mera al Comité nacional, acompañado de su ayudante. Ambos con dos winchesters en la mano, sus herramientas de falsos guerrilleros de los llanos de Madrid.

—¡Hola! —nos dijeron a Marianet y a mí.

Mera prosiguió:

—Supongo que ya te habrá dicho Juan lo que nos trae y a qué venimos.

Y Marianet a la réplica:

—Es que Juan acaba de llegar. No hemos tenido tiempo de platicar. Sí, me había enterado de la muerte de Durruti. Muy lamentable. Dinos qué te trae por aquí.

—Debo decírtelo, porque es lo que me encargaron en Madrid. La gente de la pequeña columna que se trajo Durruti a Madrid está muy intranquila con su muerte. No me extrañaría que emprendieran la desbandada. Ello nos dejaría muy mal parados a todos los libertarios de Madrid. Y pensamos que solamente García Oliver podría hacer recobrar la moral a los muchachos. A esto hemos venido.

—Creo que exageráis un poco. ¿Es que no podrías hacerte cargo tú, Mera, del mando de aquellos compañeros de la columna de Durruti? —declaró francamente Marianet.

—No se trata de eso, compañero. ¡Claro que podría hacerme cargo de ellos y de muchos más! Pero es que en el Regional y en el Comité de Defensa hemos coincidido en que lo que allí necesitamos es un compañero como Juan, que nos organice para poder hacer frente a la avalancha de comunistas y socialistas.

Marianet no se dejaba impresionar. Afortunadamente. Si con aquella actitud daba a entender que ya no necesitaría de los prestacabezas de Barcelona,

a lo mejor lograríamos que lo maleado se volviese sano. Replicó a Mera con acierto:

—Creo, Mera, que la muerte de Durruti os ha trastocado un poco. No conozco a la Regional del Centro y no tengo ni idea de lo que pretendéis. Vuestra Regional nada dijo de esto en el reciente Pleno de Regionales. ¿Tú qué opinas? —me preguntó.

—Opino que estos compañeros piden lo que ya saben que no pueden lograr. Ellos, en Madrid son minoría. Y ni yo ni nadie podemos cambiar esa situación, o, en todo caso, eso exigiría mucho tiempo. Pero sí pueden mejorar sus actuales posiciones. Para ello, Mera, por ejemplo, que reúne condiciones de mando, debe dejar en el rincón de los recuerdos ese pequeño fusil que ostenta, y con el fusil dejar también de querer hacer el guerrillero. En Madrid, en su frente de combate, no hay lugar para los guerrilleros. Los guerrilleros han actuado siempre tras las líneas enemigas, y no delante, que es lo que está haciendo Mera, que debe comprender que la Organización dijo «¡No!» a la revolución. Y los que ahora luchan y mueren no lo hacen por nuestra revolución, sino por una causa nacional. Ya va siendo hora, pues, de que mueran no solamente los compañeros milicianos o guerrilleros, sino que, siendo nacional la lucha, deben ser todos los ciudadanos los que corran los riesgos. En adelante, Mera debe dejar de mandar sólo a compañeros y debe ponerse al frente de hijos del pueblo, de esos hijos de los que siempre se dijo ser «carne de cañón».

—¿Y tú quieres que dirija a la muerte a la carne de cañón? ¡Debería matarte aquí mismo!

—Hazlo, si ésa es tu convicción, Mera. Pero yo no soy Durruti. No soy dirigido ni dirigible. Si me hablan, contesto. Si me preguntan qué debe hacerse, emito mis opiniones. Tú debes hacerte nombrar jefe militar de tu columna, y a este compañero que te acompaña debes hacerlo nombrar capitán ayudante y, según sus merecimientos, debes presentar la lista completa de compañeros que merecen ser incorporados a las graduaciones militares. ¡Y acabar con la matanza de militantes anarcosindicalistas! Porque, al paso que llevamos, no nos quedarán ni para conserjes de los locales sindicales. Y, definitivamente, a mí no me necesitáis para nada en Madrid. No fui yo el que hizo la lista de los ministros. Me negué a serlo. A Horacio le dije cuan equivocado estaba en no incluir un par de compañeros de Madrid en la lista de futuros ministros.

—Perdona, Juan. Nunca sabemos la verdad de lo que tú haces. Desde hace tiempo, te cargan la responsabilidad de cuanto de malo ocurre. Y es Mera quien te lo dice.

El gobierno, reunido en Consejo de ministros, me confió el encargo de asistir al entierro de Durruti en Barcelona, ostentando su representación. Por mi cuenta, añadí acompañar su cadáver desde Valencia. Mi rol de acompañante quedaba completo. Desde Valencia, lo acompañé vivo a Madrid. Ahora lo acompañaría de regreso a Barcelona. Pero ya muerto. ¡Qué fácilmente murió Durruti!

El regreso fue como un viacrucis. Lento e interminable. En cada pueblo que atravesábamos, mujeres y niños llorando. Los hombres, serios, saludaban con el puño en alto. Cuando entramos en Cataluña, los pueblos enteros se volcaban al paso de la fúnebre comitiva. En el primer pueblo de Cataluña nos aguardaba Aurelio Fernández, acompañado de Mimí, la compañera francesa de Durruti. Hizo el viaje conmigo. Para mí fue algo incómodo, porque el prolongado gemido de ella me tenía avergonzado por no saber qué palabras de consuelo prodigarle. Nos había endurecido tanto la vida que las fuentes del sentimiento se habían secado. Así me ocurrió cuando me enteré de la muerte de mi madre. Así también me ocurrió al asistir al sepelio de mi padre, del que

siempre recordaré la serena expresión de su cara de yacente. No parecía muerto. No recordaba haberme fijado mucho nunca en él. De muerto, tenía mi padre una expresión de nobleza dulce totalmente desconocida para mí.

Toda la noche fue velado el cadáver de Durruti en la planta baja de la Casa CNT-FAI. Era un desfile interminable de gente, principalmente de trabajadores. Yo ignoro por qué permanecí allí plantado. Detrás de mí, inmóviles, Aranda y «El Viejito». Iba, venía y se me acercaba Aurelio. No vi a ninguno de la tripleta que empujó a Durruti a Madrid. No, no vi ni a Federica ni a Marianet ni a Abad de Santillán.

Sí vi al sargento Manzana y al doctor Santamaría, ambos sempiternos acompañantes de Durruti, que se me acercaron. Me abrazaron, me expresaron sus condolencias, como si yo fuese el padre del muerto. El símil se me antojó perfecto, pues que, en realidad, tal parecía mi presencia en la exhibición de aquel cadáver sin nadie de su familia presente.

Casi al oído, muy quedamente, Manzana me dijo:

—Queremos hablar contigo. A solas.

Nos apartamos de la gente. En un rincón formamos corro de tres.

—Se trata de algo que hemos ocultado sobre la muerte de Durruti. Dejamos que en Madrid se difundiera la noticia de que había recibido un tiro, cosa natural donde tantos tiros se disparaban. Pero no es cierto. Durruti no murió como corrió la noticia. Su muerte fue un accidente. Al salir él del auto, resbaló, golpeó la culata de su «naranjero» en el suelo y el percutor entró en función, desencadenando unos disparos, de los que uno le dio a él. Nada se pudo hacer en el hospital. Murió.

Aquellos detalles me parecieron absurdos, y no me hicieron perder la serenidad. Me di cuenta de la diferencia que hay entre morir heroicamente frente al enemigo y morir en un accidente, como quien dice en un accidente de trabajo. Mas lo cierto es que ya había circulado profusamente la versión de su muerte heroica frente al enemigo. No se podía desmentir, ni resultaría conveniente hacerlo. Además, puestos a investigar, nunca se sabría la verdad, pues cada cual, en aquel infierno de pasiones que era España, daría su versión, con preferencia la versión que más pudiese perjudicar moralmente a los anarcosindicalistas. Hasta llegarían a decir nuestros enemigos de dentro y de fuera que había sido asesinado por los propios anarquistas.

A Manzana y al doctor Santamaría les sometí a un reducido cuestionario:

—¿Es ésa la verdad sobre su muerte?

—Sí, ésa es:

—Los que visteis cómo ocurrió el accidente, ¿os habéis comprometido a guardar secreto?

—Así es.

—¿No lo habéis contado a nadie más?

—Solamente a ti.

—Si os pido que mantengáis el secreto, ¿lo haréis?

—Lo haremos, Juan. Te lo prometemos solemnemente ante su cadáver.

—Pues bien, mantened el secreto hasta el fin. Dejaremos que sea enterrado y recordado como un héroe. Después de todo, si no murió como héroe, sí vivió como héroe sus últimos días de Madrid.

Entonces, como ahora, treinta y siete años después, me pareció inverosímil aquella versión de la muerte de Durruti que me dieron el sargento Manzana y el doctor Santamaría. Había una pieza que no encajaba bien en lo que llegaría a ser una especie de rompecabezas. No encajaba aquello de que «al bajar del auto, se resbaló y golpeó el "naranjero" en el suelo, disparándose».

Cierto que los «naranjeros», fusiles ametralladores alemanes importados para la Guardia civil, eran peligrosos si se les daba un golpe contra el suelo estando cargados con cartucho en la recámara. Muchos accidentes se habían producido ya.

Pero es que *yo nunca vi a Durruti con «naranjero»*. A lo sumo, llevaba pistola al cinturón en la funda. Tampoco he visto ninguna fotografía suya con «naranjero» en las manos. Y eso que Durruti se hacía fotografiar en todas las posiciones, hasta durmiendo. En el frente de Aragón llevaba siempre con él al doctor Santamaría, por si lo herían, y a un compañero fotógrafo, para irle tomando fotos.

Dada la seriedad de Manzana y del doctor Santamaría, siempre creí que debió ser a algún compañero de su escolta a quien se le disparó el «naranjero», recibiendo Durruti la descarga.

Como fuera. Dejemos a los muertos en paz.

He asistido a muy pocos entierros. Si son humildes y sencillos, los tolero. El más pobre de todos fue el de mi hermanito Pedro. No tuvo cura con cruz alzada ni bajada. No puede asistir al entierro de mi madre. Murió del dolor de saber lo que me habían hecho los guardias de Asalto la madrugada del 8 de enero de 1933. Pude asistir al entierro de mi padre, al que verdaderamente conocí muerto. También fue entierro sencillo, civil, sin curas, solamente con el cortejo de los compañeros de Reus.

Lamentaré siempre no haber asistido al entierro de Francisco Ascaso, muerto, él sí, heroicamente el 20 de julio de 1936, frente al cuartel de Atarazanas, de bala que debió ser disparada desde el Lloyd's Italiano, guarida de falangistas y militares sublevados. Ascaso pasó de la barda en que estábamos, entre Santa Madrona y la Rambla, al otro lado de la calle, con el compañero Correa, del sindicato de la Construcción. Desde allí, creyéndose protegido por una camioneta oscura que estaba junto a la acera, rodilla en tierra, apuntaba con el máuser al edificio de Oficinas Militares. Soltó el fusil, levantó los brazos y se abatió sobre las losas del piso. Su cuerpo no tuvo ningún estremecimiento.

Con la mano indiqué a Correa que lo arrastrase un poco, apartándolo del ángulo de tiro. Por la frente, una bala le había pasado toda la cabeza. Los tres días que siguieron a nuestra victoria me impidieron, e impidieron a todos los compañeros del grupo «Nosotros», acompañar a Ascaso a su última morada. Cuando nos enteramos, lo habían sacado del sindicato del Transporte, adonde fue conducido ya muerto, y había sido enterrado. Entierro sencillo, sin espectacularidad, me dijeron. La luz de una cerilla en un mediodía soleado de julio, frente al Mediterráneo.

El gobierno de la República, convocado con urgencia por Largo Caballero, me encomendó su representación en el entierro de Durruti. Como Federica había desaparecido y Peiró y López declinaron en mi favor, no pude evitar presidir el que iba a ser el más solemne y espectacular sepelio visto en Barcelona, más solemne y espectacular que el entierro del «avi» Maciá.

Durruti gozaba en Barcelona de mucha simpatía. Porque lo mereciera o lo ganara con su aspecto de gran muchacho de sonrisa ingenua y bondadosa. O porque le tocó morir en el momento culminante de la lucha en Madrid.

Me tocó la presidencia teniendo a un lado al presidente de la Generalidad, Luis Companys, y al otro lado al cónsul general de la URSS, Antónov-Ovseenko. (¿Por qué no puedo eludir el razonar cuanto ven mis ojos?) Algo me decía que la presencia de Companys era el tributo pagado al que decidió, con su silencio, que la Organización no acordase ir a por el todo. Igualmente, la presencia de Antónov-Ovseenko parecía corresponder a la tolerancia de haber envia-

do una delegación de la columna Durruti a los desfiles de las fiestas de Octubre en Moscú.

Era muy posible que fuese como yo pensaba. Sin embargo, aquella multitud de obreros —más de doscientos mil en el cortejo—, ignorantes de las interioridades de la política y de la Organización, de sus tendencias y divisiones, estaba presente por simpatía hacia el revolucionario y, más que todo, por querer expresar en aquel momento álgido de la lucha de Madrid, su total adhesión a la causa republicana y revolucionaria.

Me dijeron que sepultaron a Durruti en un rincón del cementerio de Casa Antúnez, junto a las tumbas de Ascaso y Ferrer Guardia. No pudieron escoger mejor lugar.

Pero no fue la única noticia. Estábamos en noviembre, mes de los muertos.

La radio enemiga transmitió la noticia de que, al amanecer del 20 de noviembre, había sido fusilado en Alicante el jefe de la Falange, José Antonio Primo de Rivera.

Esperaba la noticia, que tenía que llegar de un momento a otro. El juicio se celebró ante Tribunal popular, habiendo recaído en él pena de muerte por complicidad en los delitos máximos que habían conducido al país a la terrible guerra civil que desencadenaron los militares facciosos y los falangistas.

Como de costumbre, la sentencia de muerte había pasado a consideración del Consejo de ministros. Todas las sentencias de muerte, impuestas por los tribunales, antes de ser ejecutadas eran comunicadas a la presidencia del Consejo de ministros. El presidente estaba facultado para dar el «enterado», lo que suponía inmediata ejecución de la sentencia. Pero Largo Caballero nunca hacía personal decisión. Siempre traía las sentencias a la consideración del Consejo de ministros. Si éstos no objetaban, la presidencia remitía el «enterado». Si aparecía alguna objeción, la causa era remitida al Tribunal Supremo, para que la revisase en nuevo juicio que se sustanciaba en alguna de sus Salas.

Por sistema, y por ser el ministro de Justicia, no objeté nunca una sentencia de los Tribunales populares. Solamente una vez, mi palabra y mi voto fue para que se suspendiese una sentencia de muerte que iba a pasar sin merecer ninguna objeción. Se trataba de un caso de espionaje juzgado en Asturias. El reo era un muchacho de 14 años. Aunque pudiese ser culpable de los delitos de espionaje de que era acusado, a mí me pareció excesiva la pena de muerte para un muchacho tan joven. En consecuencia, su causa pasó a revisión del Tribunal Supremo.

Por sistema, apoyé siempre las sentencias de muerte impuestas por los Tribunales populares. Era la manera de tener la suficiente solvencia moral para impedir que, al margen de los Tribunales populares, y tomando por pretexto la inoperancia de éstos, las prisiones fuesen asaltadas y pasados por las armas los presos sospechosos de pertenecer al bando faccioso. Defendía la acción de los tribunales, pero nunca sostuve polémica con los demás ministros por dicha causa. Yo cumplía con mi deber y ellos con su conciencia.

Cuando llegó a la consideración del Consejo de ministros la causa de José Antonio Primo de Rivera y" la pena de muerte que le impuso el Tribunal popular de Alicante, como de costumbre, Largo Caballero, con la gravedad del caso, nos dijo: «Quedan ustedes enterados. Si hay alguna objeción, háganla ahora». Se produjo un silencio de plomo.

—Entonces damos el «enterado» —concluyó Largo Caballero.

—Espere un momento, por favor. Yo también estoy de acuerdo en que se envíe el «enterado» y sea ejecutado ese señor. Sin embargo, quisiera sugerir

la conveniencia de demorar la ejecución, en espera de que pueda surgir la posibilidad de canjearlo por el hijo de Largo Caballero...

—¡Perdone, señor Esplá, que lo interrumpa! En este momento, el Consejo de ministros no está considerando lo que pueda ocurrirle a mi hijo. Si alguna vez, ésta es mi opinión, llegamos a establecer el canje de presos, será cuando el gobierno lo considere pertinente, lo acuerde y se aplique a todos. En mi calidad de jefe del gobierno, les pregunto: ¿Alguna objeción a que se envíe el «enterado» al tribunal de Alicante?

Ante el reiterado silencio de todo el gobierno, afirmó:

—Será enviado el «enterado».

¡ A ritmo de guerra y de revolución !

Coincidiendo con la desaparición de Durruti, la situación de Madrid se mantuvo grave, pero se estaba produciendo una estabilización en su vasto frente de combate.

Ya podíamos dedicarnos a la obra de gobierno, empezando por organizar los ministerios. Y había que empezar la obra confederal y libertaria a nivel gubernamental.

Recordaba la entrevista que tuve con Horacio Prieto, cuando todavía era secretario del Comité nacional de la CNT, en la cual le reclamé constituir urgentemente una comisión de asesoramiento técnico para cada uno de los ministros confederales. Y recordaba la excusa que me dio.

El pleito existente entre Horacio Prieto y la Regional del Centro se había liquidado con su salida del Comité nacional.

Por dicho motivo, me encontraba en la situación de los primeros momentos, y necesitaba me fuese aclarado si nuestra gestión, la de los ministros, sería obra de cada uno de nosotros o si sería obra de la Organización. Tenía que volver a empezar.

Así lo hice, esta vez con menos esperanzas de lograr un resultado positivo. Horacio Prieto tenía suficiente capacidad para llevar a la práctica mis sugerencias, mientras que Marianet solamente lo haría si me avenía a ser su mentor. Y yo no tenía tiempo para tantas responsabilidades. Justamente estaba deseando liberarme del peso de algunas de las que asumía.

Estuve con Marianet en el Comité nacional. Le expliqué mi cambio de impresiones con Horacio Prieto antes de que dejara el Comité nacional, y le apremié para poner remedio a la situación en que nos encontrábamos los ministros, situación que demandaba un esclarecimiento responsabilizador de quién prepararía los decretos que hubiera que presentar al gobierno para aprobación.

—¿Qué aconsejas? —preguntó Marianet.

—Lo mismo que le aconsejé a Horacio Prieto: Que el Comité nacional nos provea de asesoramiento técnico y que el Comité nacional, representante de la Organización, nos trace la línea a seguir y la obra a realizar.

—Lo que dices es correcto. Pero me temo que la Organización no esté preparada para una obra de tal envergadura. ¿No ves otro camino?

—Sí. Podría ser una solución que dotase al Ministerio de una Asesoría jurídica, llevando a ella a una selección de abogados y jurisconsultos. Esto tendría la ventaja de que no le costaría ni un céntimo a la Organización.

—Me parece muy bien. ¿Cómo nos enteraremos de lo que vayas a legislar, antes de que los decretos aparezcan en la *Gaceta*?

—Según me han informado, es costumbre que los ministros envíen copia de

sus proyectos de decreto a cada miembro del gobierno, para evitar que se pueda alegar ignorancia a la hora de tener que decidir por votación. Puedo entregarte también una copia de cada proyecto de decreto. Y en caso de tener que alegar algo en contra, estudiadlos enseguida y avisadme de la disconformidad.

—Me parece excelente. Es más, pediré lo mismo a los demás compañeros ministros. ¿Vosotros os reunís antes de cada Consejo?

—No. Y creo que, de hacerlo, sería contraproducente. Pero sí hay que advertir, seriamente, que ningún ministro de la CNT debe opinar ni votar en contra de lo que diga o proponga otro compañero. A no ser que el Comité nacional convenga en designar a uno de nosotros como guía de los demás, lo que no sería muy recomendable. Lo más adecuado sería que, en asuntos de importancia, nos convocases tú a todos y promovieras el debate sobre la orientación a seguir.

—Me parece muy adecuado que os manifestéis siempre de acuerdo ante los demás miembros del gobierno.

En el ministerio. Despacho con el subsecretario. Le digo.

—Hemos de hacer una revolución jurídica. Pero pronto. Creo que sería muy adecuada la creación de una Comisión asesora jurídica en el Ministerio. ¿Qué opinas?

—La idea de hacer una revolución jurídica me parece brillante. Hace muchos años que en este Ministerio no ha entrado un rayo de luz. Hay muchas cosas viejas que deben ser suprimidas, especialmente cuanto se refiere a trámites y procedimientos. Y crear una Comisión asesora jurídica significará a ojos de quienes nos están observando que cuanto aquí se haga de nuevo habrá sido hondamente meditado.

—Dame nombres de abogados revolucionarios, pero ilustres. Por ejemplo, el republicano federal Abel Velilla, actual presidente de la Audiencia de Gerona; el sindicalista Benito Pavón, abogado y diputado. Los demás deberás proponerlos tú.

—Lo pensaré. Lo consultaré primero con ellos y cuando esté la lista terminada te la presentaré para aprobación.

Despacho con el comandante Lara del Rosal, para organización de las Escuelas populares de Guerra.

—Comandante, debes pasar por la subsecretaría de Guerra y hablar con el subsecretario, general Asensio, para que legalice y aparezca en el *Diario del Ministerio de la Guerra* tu nombramiento de inspector general de Escuelas populares de Guerra. Ya hablé con él al respecto y me prometió la ayuda necesaria para que las Escuelas sean una realidad cuanto antes.

—A la orden —dijo, muy cuadrado, el comandante.

—Con toda urgencia debes buscar locales apropiados para Escuela general de Infantería, Caballería e Intendencia.

—Lo tengo: el cuartel de Paterna.

—Bien. Debes buscar local para la Escuela de Artillería.

—Lo tengo: Un buen cuartel en Lorca.

—Bien. Debes buscar local para la Escuela de Transmisiones.

—Lo haré.

—Debes buscar local para la Escuela de Ingenieros.

—Lo haré.

—Para las dos escuelas que tienes locales, debes proponerme urgentemente a los directores y jefes y oficiales para el profesorado. Cuando los hayas aprobado, deberás pasarlos inmediatamente a la sección de Destinos de per-

sonal del Ministerio de la Guerra. Todas estas escuelas deben estar funcionando dentro de un mes. Conmigo puedes despachar de día y de noche, aquí, en el restaurante comiendo o en el hotel descansando.

—Quieres lo mismo que en Barcelona, ¿no es cierto?

—Justo. Lo mismo: la misma eficacia y la misma rapidez.

Dos días después, con el subsecretario aprobé la composición de la Comisión asesora jurídica: un republicano, magistrado del Tribunal Supremo, López de Goicoechea; un federal, presidente de Audiencia, Abel Velilla; un sindicalista, abogado y diputado, Benito Pavón; y un abogado comunista, Bolívar, bajo la presidencia del subsecretario Mariano Sánchez Roca.

Asuntos iniciales para estudio, consejo y propuesta de decreto: *Primero*. Cancelación de todos los antecedentes penales al día de la fecha. *Segundo*. Amnistía total para todos los detenidos políticos a la fecha del 18 de julio de 1936. *Tercero*. Acortamiento de todos los plazos y trámites judiciales, principalmente en lo referente al Derecho civil, como divorcios y adopciones de menores. *Cuarto*. Autorización a todos los comparecientes ante los tribunales para ejercer su propia defensa o utilizar los servicios de un «hombre bueno». *Quinto*. Imposición de fuertes penas de prisión a especuladores, agiotistas, traficantes, comerciantes deshonestos y aprovechadores de la situación de guerra.

Con el comandante Lara del Rosal, dos días después de la primera entrevista: *Primero*. Aprobación del habilitamiento para Escuela de Guerra de los cuarteles de Paterna y Lorca. *Segundo*. Aprobación del cuadro de directores y profesores de la Escuela general de Paterna y la especial de Artillería de Lorca. *Tercero*. Comunicado a todas las organizaciones y partidos del Frente Popular, más a la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, para el enrolamiento y aval de sus afiliados que desearan pasar los exámenes de ingreso en las Escuelas populares de Guerra. *Cuarto*. Aprobación de incautamiento de los edificios destinados a la instalación de las Escuelas de Guerra de Transmisiones en Villarreal y en Godella, para la de Ingenieros y Zapadores. *Quinto*. Aprobación de habilitamiento para las Escuelas de Guerra de los locales de Villarreal y Godella. *Sexto*. Aprobación del cuadro de directores y profesores de las Escuelas de Guerra, especial de Transmisiones de Villarreal y de Ingenieros y Zapadores de Godella. *Séptimo*. Aprobación de las listas de armamentos a pedir al Ministerio de la Guerra, para adiestramiento de los alumnos de todas las Escuelas de Guerra. *Octavo*. Aprobación para solicitar a la Consejería de Defensa de Cataluña la entrega de dos mil fusiles Remington de un tiro, en desuso, para entrenamiento de los alumnos de las Escuelas de Guerra.

Ocurría que a diario, cuando entraba en el Ministerio de Justicia, la guardia, integrada por miembros del Cuerpo de Asalto, me cerraba el paso, con su «¡Alto!», y me tenían inmóvil hasta que, al grito de «¡Sargento de guardia!», aparecía éste y, previa identificación, me dejaban pasar. Ocurría también que los miembros del cuerpo de guardia deambulaban por las aceras del ministerio, o por el patio de entrada, formando grupos, charlando animadamente y con el fusil colgado del hombro, como cazadores de conejos. Ocurría que de todo ello tomaban nota, y a veces fotografías, algunos visitantes nacionales y extranjeros, que tenían interés en conocer a aquel extraño ministro de Justicia. Ocurría que en todos los ministerios se daban iguales espectáculos, incluso, y acentuadamente, en la presidencia y Ministerio de la Guerra. Ocurría que siempre eran guardias de Asalto los integrantes de las guardias ministeriales, que cambiaban continuamente, no llegando siquiera a conocer a los

ministros que debían defender. Y ocurría que parecían —así los llamaba yo— «guardias paraguayos» aquel conjunto de hombres que le daban a uno el gran susto cuando se trataba de entrar en un Ministerio.

Decidí terminar con aquel caos. Por otra parte, estaba obligado a tener en cuenta que las prisiones, antes custodiadas por fuerzas del ejército, desde el principio de la contienda lo eran por fuerzas de Seguridad y de Asalto.

En consecuencia, decidí crear una Guardia penitenciaria, integrada por anarcosindicalistas, idóneos para la obra que pensaba realizar en materia de justicia penal. Tendrían su uniforme, sus armas y su disciplina. En la puerta del ministerio solamente habría uno, que sería quien llamaría al oficial de guardia. Con éste, formarían otros cinco el pelotón de vigilancia de turno, encargado de facilitar el paso a quien necesitase algo del Ministerio. A embajadores y ministros de visita les serían rendidos honores. El resto de la guardia no estaría formando grupos por las escaleras y patio, sino en una amplia sala habilitada para descanso, con mesas, biblioteca, juegos de damas y ajedrez.

Todo esto se lo estaba diciendo al compañero Carnero y a Nebot, a quienes había llamado a mi oficina para darles orientaciones. Y proseguí explicándoles que en el ramo de Prisiones existían dos cuerpos encargados de la vigilancia de los presos: el de oficiales de Prisiones, formados en la «Escuela de Salillas», que deberían ser de gran bondad, y que generalmente salían más malos que si hubieran estudiado para matarifes; y el cuerpo de vigilantes de Prisiones, sin más estudio que el que recibían los guardias de Seguridad. Utilizando las asignaciones que tenían ambos cuerpos en los presupuestos de la nación, deberían crear, previa legalización, el nuevo cuerpo de Guardia penitenciaria. No era necesario que fuese del dominio público. Los componentes de la Guardia penitenciaria debían ser, primero, compañeros de confianza, y, segundo, obreros pertenecientes a la CNT. Para los jefes, sería conveniente hacer un viaje a Barcelona y reclutar compañeros de las barriadas de Sans, Clot, Pueblo Nuevo y San Andrés. Y para los guardias, pedirlos calladamente a los sindicatos de la Regional de Levante y a los fugitivos de las Regionales de Andalucía y Aragón.

—¿No debemos hacer públicas las demandas de enrolamiento?

—Sí. Pero de manera que, cuando se hagan públicas, ya estén cubiertos todos los puestos, única manera de impedir la infiltración de los comunistas.

Valencia había pasado a ser la capital de España, sede del gobierno y de las embajadas de los países que nos reconocían.

Como en todas las localidades de la zona republicana, existían una legalidad y unas autoridades para hacerla respetar. La policía dependía del Ministerio de Gobernación, y los tribunales, del Ministerio de Justicia. Los juicios contra los facciosos se veían en los tribunales populares, creados por el gobierno presidido por Giral. Lamentablemente, el espíritu de subversión se mantenía todavía en los órganos de Seguridad y de Justicia creados al calor revolucionario de los primeros momentos. Con excepción de Cataluña, donde el orden revolucionario pasó a depender inmediatamente del Comité de Milicias, lo que permitió restablecer rápidamente la ley y el derecho de gentes, en el resto de España, empezando por Madrid con los grupos de ejecución que capitaneaba Margarita Nelken, en todas partes ocurría más o menos algo parecido. Y era mi primera obligación restablecer el orden jurídico, de manera que la vida humana y el derecho de gentes fuesen respetados.

En Valencia existían los Tribunales populares. Actuaban de vez en cuando. Sin embargo, todas las noches se reunía, en el último piso de la Audiencia territorial, un llamado «Tribunal de la sangre». Sus componentes —unos veinte miembros— pertenecían al aparato jurídico, policiaco y político de todos los

partidos y organizaciones antifascistas de la ciudad: CNT, FAI, UGT, Partido Socialista, Partido Comunista, Partido Sindicalista, Izquierda Republicana, Unión Republicana y valencianistas.

Todas las noches se asignaba la misión de llevar a cabo determinados arrestos de sospechosos de fascismo. Los juzgaban, y si recaía sentencia de muerte, los ejecutaban. Todo llevado a cabo en una misma noche. Los cuerpos de los ejecutados aparecían fuera de la ciudad, en los campos y en las huertas.

Eran los llamados «paseos», práctica de justicia expeditiva que yo habría de explicar en mi discurso de apertura anual de Tribunales, argumentando precisamente que, puesto que la sublevación militar había supuesto la rotura de todos los frenos sociales, porque fue realizada por las clases históricamente mantenedoras del orden social, los intentos de restablecer el equilibrio legal hicieron que el espíritu de justicia revirtiese a su origen más remoto y puro: *el pueblo: vox populi, suprema lex*. Y el pueblo, en tanto duró la anormalidad, creó y aplicó su ley y su procedimiento, que era el «paseo». Pero, restablecida la normalidad con, la instauración de los Tribunales populares, de composición revolucionaria, ya no tenían justificación los «paseos»: los elementos sospechosos debían ser entregados a los Tribunales populares y ser juzgados, con imparcialidad, con castigo de los culpables y puesta en inmediata libertad de los inocentes.

Dispuesto a terminar en Valencia con aquella anómala situación, hice convocar al llamado «Tribunal de la sangre». Los reuní en el salón grande. Por falta de asiento para todos, estuvimos de pie.

—Os he convocado para que conjuntamente adoptemos una actitud revolucionaria, pero digna —les dije—. De todos vosotros, así como de las organizaciones y partidos que representáis, espero una estrecha colaboración.

—¿De qué se trata, si puede saberse? —preguntó Sánchez Requena, miembro del Partido Sindicalista.

—Iba a decíroslo. Os he convocado para pedir os que no reunáis más el llamado «Tribunal de la sangre». Debéis dejar que actúen los Tribunales populares.

—Se me hace mucho pedir —replicó Sánchez Requena.

—A mí también se me hace mucho pedir —argumentó otro tipo de los presentes—. No vaya a ocurrir que tengamos que reunimos una noche para juzgar a nuestro querido ministro.

Repliqué amablemente:

—Compañeros, ya sabéis quién soy yo. Os contestaré a las buenas, pero podría hacerlo con el fusil ametrallador en la mano. No me daré por enterado de lo que alguno de vosotros acaba de decir, a condición de que no actuéis más como «Tribunal de la sangre».

El pesado silencio que se hizo terminó por ser roto por alguien, que dijo:

—¿Y cuál será nuestro cometido de hoy en adelante?

—Es muy sencillo —contesté—. Podéis integrar los Tribunales populares. Podéis entrar en las Escuelas de Guerra, que dentro de unos días empezarán a funcionar. ¿Qué no podéis hacer en un país que vive una revolución? Podéis aspirar a todo, menos a ser verdugos permanentes.

Algunas voces dijeron:

—Tiene razón.

Casi terminamos con los «paseos». Todavía, de vez en cuando, aparecía alguien muerto en alguna cuneta. Pero el «Tribunal de la sangre» no volvió a reunirse. Y era buen síntoma, porque hasta el nombre de aquel tribunal recordaba escandalosamente lo peor de la revolución francesa.

Sin embargo, quince días —más o menos— después de la escena que se

desarrolló en el salón del Ministerio de Justicia, aparecieron, de manera sistemática, nuevos ejecutados de manera irregular. Y siempre en el mismo lugar: detrás de los muros de los vastos terrenos que tenía el cuartel de Paterna, sede ya de la Escuela popular de Guerra. De ello se quejó el coronel Plaza, director de la Escuela, al comandante Lara del Rosal, inspector general de las Escuelas de Guerra. Y éste me dio parte por escrito, con el ruego de evitarlo, por no constituir un ejemplo edificante para los alumnos. Como también podía ocurrir que en la mente de alguien existiese el propósito de dar a entender que los alumnos de las «escuelas del ministro de Justicia» se dedicaban al nocturno deporte de los «paseos». Si el «Tribunal de la sangre» ya no actuaba, y ello me constaba, ¿quiénes podían ser los autores de aquellos «paseos»?

Le dije al comandante Lara del Rosal que pidiese al coronel Plaza montar un discreto servicio de vigilancia nocturna cerca de aquellos muros.

El grupo de alumnos encargado de la ronda nocturna no tuvo que esperar muchos días. Dos noches después, dieron el alto a una pequeña tropa de guardias de Asalto, que llevaban a ejecutar a un paisano. Sorprendidos, los guardias de Asalto manifestaron estar en cumplimiento de un servicio ordenado por Wenceslao Carrillo.

Cuando lo supe, telefoneé a Galarza, ministro de Gobernación:

—¿Galarza? Se trata de tu subsecretario de Gobernación, el inefable señor Carrillo. ¿Puedes sujetarlo, de manera que por las noches no envíe a sus guardias a dar «paseos»?

—¿Qué me cuenta usted? ¿Está usted seguro de ello?

—Sí, Galarza. Fueron sorprendidos cuando iban a fusilar a un pobre sujeto detrás de la Escuela de Guerra de Paterna. Después de haber logrado poner fin a las actividades del «Tribunal de la sangre», ayúdame a frenar a Carrillo, para no tener que pasar el asunto al fiscal de la República.

—No se preocupe. Cuente conmigo.

Cambié de hotel. Me fui al Metropol. El Hotel Inglés resultaba muy atosigante, lleno de gente a toda hora. Era tanto el barullo, que resultaba difícil dormir descansadamente durante las noches. Tenía la impresión de que en aquel hotel debería resultar muy fácil descargar sobre uno todo un cargador de pistola. Además, carecía de protección contra un ataque aéreo. Metido en una plazoleta, entre edificios apretujados, con una dejada de bombas se vendría todo abajo.

En el hotel Metropol estaban alojados los soviéticos, desde Rosenberg hasta la última intérprete, pasando por los generales y los miembros de la GPU. El Metropol era, por entonces, el mejor hotel de Valencia. Los soviéticos iban siempre a lo mejor. En Madrid había observado que ocupaban casi todo el hotel Palace. Y, cosa curiosa, sobre el Palace y sus alrededores no caían nunca bombas de aviación ni obuses del 15,5. ¿Entendimiento? No creo. Conveniencias mutuas. Los bombardeos estaban reservados para los «payos», los del país, como dirían los gitanos andarríos.

La dirección del Metropol quiso oponer resistencia a darme servicio de habitación y de restaurante. Alegaban tenerlo todo ocupado. Por un camarero nos enteramos de que no era cierto. Solamente admitían soviéticos y recomendados de éstos.

Dos horas más tarde me presenté en el hotel Metropol, con mis escasas pertenencias y la escolta completa, en esta ocasión reforzada y con fusiles ametralladores. Al entrar, Aranda le dijo al administrador:

—¡Déme la llave de la habitación del ministro de Justicia!

Se la dieron. El propio administrador nos acompañó a la habitación. Es-

taba en el mismo pasillo que las de Rosenberg y Gaiski, canciller de la embajada éste y hombre de confianza de la GPU.

Cuando Federica se enteró de mi traslado al hotel Metropol, también pidió alojamiento, y lo obtuvo.

Rosenberg, sutil, y Gaiski, astuto, comprendieron que no les cederíamos ni lo bueno ni lo malo de España. En todo caso, nos lo tendrían que quitar, pero a las bravas.

Visitas

Afortunadamente, permanecía poco tiempo en el Ministerio. Las reuniones con el Comité nacional, o los Consejos de ministros y las reuniones del Consejo superior de Guerra y, a veces, las reuniones interministeriales motivadas por asuntos que podían depender de dos o más ministerios, me quitaban gran parte del día. También dedicaba mucho tiempo a las visitas que realizaba a las Escuelas populares de Guerra, en organización unas o en funcionamiento otras. Ello suponía viajes a Paterna, Godella, Villarreal y Lorca.

No obstante, eran muchas las visitas que tenía que atender, al no ser posible, por la naturaleza de los asuntos a tratar, traspasarlas todas al subsecretario.

Recibí la visita de Pedro Coraminas. Abogado de nombradía, buen escritor y político federal de prestigio. Antiguamente había sido tildado de anarquista, y hasta fichado como tal. Y estuvo preso en Montjuich a causa de una campaña terrorista que vivió Barcelona. Cuando me visitó, era presidente del Consejo de Estado, alto organismo consultivo de la República. Platicamos largamente, en catalán, pues él lo dominaba a la perfección.

Le dije que me veía en el caso de tener que nombrar presidente del Tribunal Supremo, cargo ocupado interinamente por Mariano Gómez. Se lo ofrecí y declinó aceptarlo. También le dije que me veía en el caso de tener que nombrar fiscal general de la República, por no haber accedido a ocupar el puesto Eduardo Barriobero. Se lo ofrecí y también declinó la aceptación.

Después de platicar ampliamente se despidió de mí. ¿A qué vendría?

Recibí la visita del deán de Canterbury. Había insistido mucho ante Alvarez del Vayo para que nos preparase la entrevista, pues no quería regresar a Inglaterra sin haber platicado con el ministro de Justicia «anarquista», en aquellos tiempos muy discutido por la prensa derechista y filofascista del mundo entero, por no mencionar la prensa nazi, que me calificaba de «amante padre de todos los asesinos».

Al deán de Canterbury se le tildaba de partidario de todos los movimientos revolucionarios de carácter socialista. Y por dicha propensión se le conocía por «el deán rojo». En realidad, era un personaje que vivía la inquietud de nuestro tiempo, en el que se era fascista del centro hacia la derecha, y marxista del centro hacia la izquierda. Dicho, claro está, de manera convencional, por cuanto tan a la derecha marchaba el fascismo como seguía también dicha inclinación el marxismo, negando ambas corrientes toda confianza en el sentido de responsabilidad social del hombre libre.

Nos saludamos con un fuerte apretón de manos. Pronto se estableció una corriente de simpatía entre nosotros dos.

—¿Sabe usted que no salgo de mi asombro desde que he puesto el pie en esta casa?

—Ya me dirá, señor deán, lo que le asombra.

—Me explicaré. He visitado la presidencia del gobierno, el Ministerio de Instrucción pública, el Ministerio de Propaganda y el de Negocios extranjeros. Todos instalados, como éste, en edificios que pertenecen a la nobleza valenciana. En todos, con excepción del que usted ocupa, he observado una total desnudez de las paredes, con la particularidad de que se notan los claros dejados por los cuadros que las cubrían, como si hubiese sido ayer cuando los quitaron. Es de suponer que debían ser cuadros de motivos religiosos, históricos, o simplemente retratos. Y no hago más que penetrar en el Ministerio de Justicia y recibo la agradable sorpresa de que aquí están todavía colgados los cuadros que siempre estuvieron, ya sean religiosos, que veo que abundan, ya sean retratos o paisajes. Si es usted el ministro más radical, según se lee en los periódicos y revistas extranjeros, ¿a qué se debe que su actitud ante los cuadros sea tan opuesta a la de los otros ministros?

—Es fácil de explicar. Y crea usted que no es por querer desentonar del resto de mis compañeros de gobierno. No. Los motivos son varios. A mí no me molestan los cuadros; todo lo contrario, me son agradables, sean de motivos religiosos, personales, militares o pastoriles. Y cuando me siento muy fatigado, física e intelectualmente, contemplo los cuadros, intento conocer las pasiones de sus personajes y, poco a poco, me invade una ola de descanso.

—Es cosa rara —observó el deán— que descansa del exceso de trabajo ejerciendo otro trabajo intelectual. ¿No le parece?

—Sí y no. Hubo un tiempo, cuando estaba preso, en que me curaba del pesimismo leyendo las poesías pesimistas de las *Flores del mal* de Baudelaire.

—Es curioso lo que me dice. Me advirtieron que usted es un temible polemista, y me temo que sea verdad. Por lo que se refiere al método de curar el pesimismo con literatura pesimista, le confieso que haré la prueba. Y no está bien que yo lo diga, pues se supone que un religioso debe curar el pesimismo con la fe. ¿Es cierto que en la España republicana son perseguidos enconadamente los religiosos?

—En nuestra zona no perseguimos a los religiosos. Están abiertos los templos protestantes y las sinagogas judías. Si los religiosos católicos no mezclan la religión con la política y si además no utilizan los templos y conventos para conspirar contra las libertades humanas y para disparar desde ellos contra el pueblo, no solamente los templos católicos estarían abiertos, sino que serían respetados sus oficios religiosos.

—¿Cómo explica usted la actitud combativa de los religiosos católicos?

—Puede darse un principio de explicación por la contradicción que existe entre el precepto divino de «no matarás» y la imagen de Santiago, patrón de España, montado a caballo y matando infieles con su espada.

—Es muy polémica su respuesta. ¿No le atrae ninguna religión?

—Usted lo ha dicho, señor deán. No me atrae ninguna religión de las existentes. De ser posible, me gustaría participar en hacer revivir una religión pagana, los ritos de Palas Atenea, por ejemplo, o los de su hermana oponente, Afrodita.

—¡Fantástico! ¿Me autoriza a reproducir palabra por palabra cuanto hemos hablado?

—Sin duda alguna, señor deán. Y créame que ha sido un gran placer recibirle y platicar con usted.

Tuve la visita que menos esperaba, la del anarquista francés Gastón Leval. Lo conocí en 1922, en Zaragoza. Ejercía la profesión de fotógrafo ambulante. Esto le permitía ir de una parte de España a otra, con escasos gastos, que cubría, a veces, con los ingresos que obtenía de la fotografía, lo que no ocurría siem-

pre. Entonces, o no comía o recurría a la solidaridad de los compañeros. Así sucedió en Zaragoza, donde se realizó una suscripción a su favor en el local de la Alianza Republicana, donde nos reuníamos a tomar café y relacionarnos los militantes confederales. Me encargaron de llevar a cabo la suscripción pro Gastón Leval entre los camareros y cocineros del Saturno Park, donde un grupo de empleados éramos catalanes y de la CNT.

Me sorprendió su visita. ¿Qué podía querer? ¿Qué lo había traído a España, cinco meses después de haberse iniciado la lucha? Supuse que su presencia tendría relación con la reciente muerte de Durruti. Leval no veía con agrado a Durruti ni a Ascaso, ni por extensión a ningún miembro del grupo «Nosotros», que él conoció como pertenecientes al grupo «Los Solidarios».

Cuando Durruti y Ascaso marcharon a Francia en 1923, los anarquistas franceses ya habían perdido la influencia que durante muchos años ejercieron en la CGT (Confederación General del Trabajo), a causa de las luchas de tendencias en que se debatían. Formaban grupos de gentes bien preparadas intelectualmente, muy retóricos y quisquillosos. Mantener relaciones con ellos resultaba difícil; bastaba con que uno se relacionase con un grupo para que los otros cortasen las relaciones. Penetrar en aquellos grupos era como caer en un avispero. El líder de uno de aquellos grupos, Armand, para dar una idea de esa situación, escribió un libro que tituló *Parmi les loups*.

Al llegar a París Durruti y Ascaso, entraron en contacto con el grupo de Sebastián Faure, editor de *Le Libertaire* y, en verdad, de trato bastante fraterno con todo el mundo. Como Ascaso y Durruti eran depositarios de fondos del grupo «Los Solidarios», temiendo perderlos si eran detenidos por la policía, decidieron destinar el dinero a una útil inversión: dieron una cantidad para que se editase, bajo la dirección de Faure, una *Nouvelle encyclopédie anarchiste* y otra cantidad para la fundación de la «Librairie Internationale», a cargo del compañero Severin Férandel y de su compañera Bertha. Nunca lo hubieran hecho. El grupo, más o menos anarcosindicalista, de Pierre Besnard y de Gastón Leval se indignó por lo que consideró una grave ofensa: haber escogido a los Faure, Férandel, Lecoin, Odéon y otros. En cambio, los del grupo que publicaba *L'En Dehors*, de Armand, se alegraron, por saber rabiosos a los otros, y los del grupo editor de *Le Semeur*, viejos anarquistas, todos millonarios, se frotaron las manos de gusto.

Sabía que Gastón Leval era aficionado al estudio de los problemas económicos vistos desde un ángulo revolucionario. Sin embargo, no tenía confianza en sus conocimientos sobre las economías revolucionarias. La experiencia me decía que en nuestra revolución habían fracasado en la práctica aquellos compañeros que se decían economistas, como Alaiz, que escribiera sobre «la política del trigo», y Carbó y Santillán, que nos llenaban de artículos y libros sobre los problemas económicos de la revolución. En realidad, fueron los obreros y campesinos los que afrontaron valientemente los problemas de la producción y el consumo, pues se dieron cuenta pronto de que, con revolución o sin revolución, había que comer y vestir. Así nacieron y se desarrollaron las colectividades industriales y campesinas.

—¿Has venido a estudiar o a quedarte? —le pregunté después de que nos hubimos saludado.

—No sabría qué decirte —contestó—. Estoy un poco desorientado todavía. Estoy tentado de quedarme a estudiar los enfoques que habéis dado a muchos de los problemas sociales y los resultados que habéis obtenido. También me gustaría mezclarme en alguna colectividad agraria, para darme cuenta de lo que están haciendo y ayudarlos en la medida de mis conocimientos. ¿Tú qué opinas?

—Es difícil darte una respuesta. De ninguna manera querría que pudieses

decir que hacías lo que yo te había sugerido. Además, soy de los que opinan que los compañeros de valía como tú podrían sernos de más ayuda en sus países, creando movimientos de opinión a nuestro favor y contra el fascismo. Supongo que me clasificarás como algo nacionalista. En efecto, lo soy. Creo que toda revolución contiene un mucho de nacionalismo.

—Sí, ya sé que nunca fuiste muy ortodoxo, ni en las interpretaciones internacionales ni en las nacionales. Basta con estudiar la ponencia del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona para el Congreso de la CNT de Zaragoza, que es expresión de tu estilo y pensamiento, para darse cuenta. No te diré si comparto o no tus puntos de vista. Sin embargo, lo que está ocurriendo en España corresponde en un setenta por ciento a lo que tú exponías sobre la marcha de una revolución. ¿Podrías ayudarme a que me acogiesen en las colectividades agrícolas de Valencia?

—Me imagino que sí. El secretario de la Federación de Campesinos de Levante, Vicente Martínez «Artal», es un buen amigo mío.

—¿Es ingeniero agrícola ese compañero?

—No, es obrero marroquino. Pero muy buen operario. Ten en cuenta que, donde existe, la revolución española es producto de obreros manuales. El intelectual, o no existe o ha fracasado.

Le di dos cartas de presentación. Y por si no encajaba entre los compañeros campesinos y se veía obligado a rodar de un lugar para otro, le di dos mil pesetas, del fondo que me iba quedando del sueldo de ministro, del cual había decidido dar la mitad todos los meses para sostenimiento del Comité nacional.

Me visitaron Orlov y Petrov, los dos jefes de la GPU que había conocido en Madrid, acompañando ahora al general soviético X, especialista en artillería.

Orlov y Petrov sabían cómo andar por el mundo cuando se trataba de obtener algo. Me traían un regalo: un magnífico fusil ametrallador «Thompson» —famoso por la película de Paul Muni *Scarface*—, dentro de una estupenda funda de lona con conteras reforzadas de cuero y bandolera. Al entregármelo, me dijeron que era mejor que el «naranjero» con que me habían visto en las calles de Madrid.

Para halagarme, el general X me dijo que apreciaba mi comportamiento el 7 de noviembre en Madrid, cuyos detalles sabía por Orlov y Petrov. Después pasó al objeto de su visita:

—Deseo visitar la Escuela de Artillería de Lorca, y no he podido lograrlo. En el cuerpo de guardia me pidieron un salvoconducto firmado por usted, diciéndome que eran las normas que regían invariablemente para todo el mundo. Aunque me acredité como general soviético, de nada me sirvió. ¿No cree usted que exageraron?

—No, no exageraron. Es la consigna que tengo dada. Por principio, las escuelas están cerradas a toda clase de visitas.

—¿Y no podría hacer una excepción a mi favor?

—Pueden existir las excepciones. Y le voy a dar un salvoconducto.

Tres días después volvieron a visitarme Orlov, Petrov y el general. Habían estado en la Escuela de Artillería de Lorca; la visitaron detenidamente, quedando sorprendidos de las altas notas que tenían la mayor parte de los alumnos en matemáticas. Especialmente, les sorprendió el alumno José Unamuno, hijo del gran escritor Miguel de Unamuno. José Unamuno era el número uno en matemáticas.

—¿Sabe? —me dijo el general X—. La Escuela funciona muy bien, solamente que...

—Perdone usted —le interrumpí—. Usted me pidió autorización para visitar la Escuela de Artillería, y yo se la di. Pero no le di el cometido de que me

informase del resultado de su visita. Si lo que quiere usted decirme es que la Escuela está pobremente dotada de material artillero y sus complementos, puede ahorrarse el esfuerzo. Sé perfectamente lo que le falta; de tal manera que, si está usted autorizado a regalármelo, ahora mismo le daría una lista bien detallada.

Se rió el general y se rieron Orlov y Petrov.

No era acostumbrado que unos ministros visitasen a otros, como si no tuviesen nada que decirse. Mientras que en el café siempre tenemos algo que comentar, así estuviese la vida ciudadana tan quieta como agua en plato sobero, para un ministro la persona, o las personas, de sus colegas ministeriales eran inexistentes. Coincidían a una hora determinada en la antesala de la presidencia, se saludaban con un «¡hola!» y se correspondían con otro «¡hola!».

Por no recibir nunca llamadas telefónicas de mis colegas, me produjo bastante extrañeza que Alvarez del Vayo me hablase por teléfono para preguntarme si no tendría inconveniente en que pasara a saludarme al cabo de media hora.

Llegó Alvarez del Vayo, socialista *sui generis*, de quien nadie ignoraba sus contactos con los comunistas. Pensé si su venida estaría en relación con el Comisariado, del que era jefe, a causa de haber dado la orden a los directores de las Escuelas de Guerra de no admitir comisario incorporado a la dirección, alegando que toda entrada debía ser autorizada por el ministro ponente, que era yo, según acuerdo del Consejo superior de Guerra.

No era tal el motivo de su visita. El motivo era más serio y profundo, si bien él iba a procurar, con arte de diplomático, reducirlo a la mínima expresión. El gobierno de Bélgica había remitido una reclamación por la muerte de un ciudadano belga. Belga y barón. Hechas las oportunas indagaciones, se trataba, al parecer, de un enrolado en las brigadas internacionales con nombre supuesto. En su brigada se descubrió la falsía de su nombre, confesó pertenecer a la nobleza belga y, además, reconoció haberse enrolado en las brigadas internacionales para cumplir una misión de espionaje. Juzgado en consejo de guerra en su brigada, fue condenado a muerte y fusilado.

—¿Qué me aconseja usted contestarle al gobierno de Bélgica? ¿Admitir la reclamación y presentarle disculpas, alegando la confusa situación en que vivimos?

—De ninguna manera. Admitir que la confusión existente puede amparar la comisión de asesinatos de extranjeros, dejaría muy mal parada la reputación del ministro de Justicia, y además seríamos acusados de atentados contra el derecho de gentes. Lo correcto es darle al gobierno belga nuestra versión, correcta y veraz, de lo acontecido a su subdito, a saber: que ese ciudadano, de origen belga, se enroló voluntariamente en las unidades militares conocidas como Brigadas internacionales; que lo hizo con nombre falso y ocultando pertenecer a la nobleza; que confesó ser espía al servicio de los militares facciosos y fue juzgado ante consejo de guerra de su brigada, condenado a muerte y fusilado; que, dispuestos a colaborar con el gobierno de Bélgica al esclarecimiento del asunto y a la valoración de las responsabilidades que del mismo pudieran derivarse, rogamos al gobierno belga tenga a bien contestar si los ciudadanos belgas que se enrolan y prestan servicio activo en unidades militares extranjeras, sin conocimiento ni autorización del gobierno de su país, continúan siendo belgas o han sido despojados de los derechos de nacionalidad. Si autorizó el gobierno de Bélgica, de acuerdo con su Constitución y su ley, a que dicho ciudadano se enrolase, con nombre supuesto, en una unidad militar del gobierno de la República española.

—Así daremos nuestra respuesta.

—Desde ahora le digo que la reclamación quedará sin efecto.

—Le quedo agradecido...

—Le ruego que no se marche todavía. El problema que hemos tratado tiene dos aspectos: el objetivo, que es el que ya hemos tratado, y el subjetivo, que ahora hemos de tratar IQS dos. Según los hechos, en las Brigadas internacionales, sin autorización de mi parte, se reúnen consejos de guerra, juzgan e imponen sentencias, ignoramos en base a qué código de justicia, y ejecutan las sentencias de muerte que imponen, sin comunicarlo al gobierno ni esperar a que éste dé el «enterado», sin cuyos requisitos toda ejecución capital reviste las características de un asesinato. ¿Estamos de acuerdo?

Alvarez del Vayo se quedó visiblemente apenado. Aquella variante, que había sido prevista por él y que temía, partía como flecha a poner un «¡Hasta aquí!» al creciente poder que ejercía en Albacete el jefe internacional de las Brigadas internacionales, el comunista francés André Marty, ya conocido entonces por el apodo de «carnicero de Albacete».

—¿Qué cree que podemos hacer?

—Como usted no ignora, estoy haciendo lo posible para restablecer la ley y el derecho de gentes en nuestra zona. Hasta hoy, no había podido intervenir en lo que está ocurriendo en las Brigadas internacionales, que afirmo que es un abuso. Usted me ha presentado un caso, y de ninguna manera estoy dispuesto a dejar pasar esas anormalidades que tanto pueden perjudicarnos ante la opinión pública internacional.

—¿Y qué sugiere que hagamos?

—Entiendo que usted debe cambiar impresiones con el jefe del gobierno, y que vean de acabar con el desbordamiento de autoridad de André Marty. En el bien entendido de que he de estar alerta de hoy en adelante y de que en cuanto me entere de alguna tropelía cometida contra ciudadanos españoles, el ministro de Justicia, con sus corchetes, irá a Albacete a llevar a cabo el arresto de dioho sujeto.

—Tengo entendido que usted nunca simpatizó con los internacionales. ¿No estará ello en contra de sus principios internacionalistas?

—En efecto, algo en contra está de mis principios internacionalistas. Sin embargo, prefiero claridad en los planteamientos de lo que se dice y se hace. El internacionalismo, en nuestro caso, sería beneficioso si en el extranjero todos los amantes de nuestra causa se manifestasen enérgicamente contra los muchos enemigos que tenemos y que nos atacan incesantemente. Pero si en vez de manifestarse en sus países vienen a España para hacer el papel de combatientes internacionales, cuando a nosotros nos sobran luchadores y nos faltan armamentos, ¿qué beneficio logramos con su presencia?

—No podemos negar que mucho les debemos a los internacionales. Por ejemplo, en las batallas por la defensa de Madrid...

—No estoy de acuerdo —le interrumpí—. En las batallas por la defensa de Madrid ellos no participaron en la estrategia del 7 de noviembre, cuando abandonamos la ciudad. Por lo que al frente propiamente dicho se refiere, si es Madrid quien resistió o fueron los internacionales, el número de bajas nos lo puede decir, pues se calculan sobre veinte españoles republicanos por cada internacional, del cual podríamos prescindir sin que se notase su ausencia.

—Sus opiniones al respecto son muy peculiares, personalísimas, y no corresponden a la opinión general de la gente.

—Se equivoca. La gente ya se cansó de ver en los internacionales a un ejército de privilegiados. A los internacionales, que nadie llamó y que sólo vinieron a reforzar las posiciones de quienes, como los comunistas, eran una ridícula minoría.

¡ Año Nuevo!

El año 1937 acababa de iniciarse. Pasaron Navidad y fin de año sin darme cuenta. España ardía en sus frentes y no era cosa de rendirnos a las tradiciones celebrando fiestas. Para mí, lo importante era ganarle al tiempo lo que llevábamos de tiempo perdido.

Se vivía una etapa galopante en el Ministerio de Justicia. Allí donde todo fue siempre quietud, donde el zumbido de una mosca podía ser oído, ahora era presa de frenesí. La Comisión asesora jurídica marchaba a todo vapor, resolviendo en forma de proyectos de decreto las iniciativas que yo le pasaba por conducto del subsecretario. Al iniciarse el año, le entregué para estudio los siguientes proyectos de ley: concediendo a la mujer la plenitud de los derechos civiles, equiparándola en todo a los hombres; facilitando la adopción de niños huérfanos; legalizando los matrimonios civiles celebrados al margen de toda autoridad reconocida como legal; concediendo la amnistía para toda clase de delitos comunes cometidos hasta el 17 de julio de 1936;² creando campos de trabajo para los condenados fascistas;³ reformando los Tribunales populares y reduciendo al máximo de quince años las penas por delitos comunes.⁴

1. [NDE]. Decreto concediendo a la mujer la plenitud de derechos civiles.

«Desde la publicación de la Carta fundamental de la República existe una evidente antinomia entre el texto constitucional y las leyes civiles, en orden a la capacidad civil de la mujer, y especialmente de la mujer casada.

Adaptar las leyes civiles a la Constitución ha sido menester olvidado hasta ahora y que es forzoso cumplir sin dilación, no sólo para evitar toda suerte de dudas, sino también porque así lo exige la revolución jurídica operada en nuestro país, incompatible con los arcaicos privilegios que las leyes conceden y otorgan, por razones de sexo.

La igualdad del derecho del varón y la mujer debe ser absoluta, sin otros límites que las diferencias impuestas por la naturaleza.

La mujer, dentro del matrimonio, ha de ser una verdadera compañera, y dentro y fuera del matrimonio ha de poder desempeñar las mismas funciones civiles que el varón.

Toda sombra de autoridad marital, de restricción y aun de privilegios de uno u otro sexo, es absolutamente incompatible con la dignidad que igualmente ostentan y que la ordenación jurídica debe consagrar.

Con fundamento en las razones expuestas, a propuesta del ministro de Justicia y de acuerdo con el Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Art. 1.º El sexo no origina diferencia alguna en la extensión y ejercicio de la capacidad civil. La mujer, sea cualquiera su estado, tiene la misma capacidad que las leyes reconocen o puedan reconocer al hombre para ejercer todos los derechos y funciones civiles.

Art. 2.º Dentro del matrimonio ninguno de los cónyuges adquiere potestad sobre el otro, ni ostenta su representación legal, quedando ambos únicamente obligados, por mutuo y leal consentimiento, a vivir juntos, guardarse fidelidad y prestarse recíprocamente asistencia. La obligación de sufragar los gastos necesarios para el sostenimiento del hogar conyugal pesará sobre ambos cónyuges, en proporción a sus respectivos medios económicos y a sus posibilidades de trabajo.

Art. 3.º Corresponderán conjuntamente al padre y a la madre las funciones y deberes que las leyes les atribuyen con respecto a los hijos comunes. Cuando los padres viviesen separados de hecho, se presumirá que existe plena delegación de facultades en favor de aquel que tenga los hijos a su cuidado. En tal caso, el juez le concederá la representación de los mismos por los trámites del artículo siguiente.

Art. 4.º En el supuesto del último párrafo del artículo anterior, o si ambos cónyuges no llegasen a ponerse de acuerdo sobre algún punto de capital importancia o de reconocida urgencia, relativo a la vida del hogar, así como a la educación de los hijos o a la administración de los bienes de los mismos, mientras no se constituya una jurisdicción especial familiar, el juez de primera instancia conferirá la representación antes aludida o dirimirá la discordia, previa audiencia de los interesados, si fuere posible, de los hijos mayores de catorce años que tuvieren un interés directo en el asunto y del fiscal. La decisión del juez será ejecutiva, pero podrá ser modificada por el mismo en cualquier momento, a instancia de cualquiera de las partes sin perjuicio del derecho de los interesados a discutir sus diferencias por los trámites del juicio ordinario.

Al empezar el año nuevo, procedía realizar lo que se llamaba «Apertura del año judicial», que consistía en una reunión plenaria de todos los Tribunales de la capital, con la presencia del Tribunal Supremo en pleno, los miembros del gobierno y los diplomáticos acreditados.

Debido a que el Tribunal Supremo carecía de presidente efectivo, por ejercer ese cargo con carácter interino Mariano Gómez, la iniciación del acto se realizaría con su elevación definitiva a presidente del Tribunal Supremo.

El acto de apertura del Año judicial era esperado con expectación. La costumbre reclamaba que el ministro de Justicia pronunciase un discurso sesudo, eminentemente conservador de los respetos tradicionales que se deben a la justicia y a las leyes, bien envuelto en un léxico esotérico y convencional, que solamente los iniciados presentes, revestidos de sus amplias y negras togas, podían entender.

La pregunta que se hacían hasta mis colegas de gobierno era: ¿cómo se las arreglaría un ministro de Justicia anarquista, hombre de acción casi siempre perseguido, para elaborar y pronunciar su discurso de apertura de los Tribunales?

Mi discurso fue anarquista cien por ciento. De un anarquista poco bakunista, que no hacía ninguna reverencia a los santos iconos del pasado.

Art. 5.º Cada cónyuge conserva la facultad de contratar con el otro y de convenir con él, en cualquier momento, la modificación del régimen económico matrimonial, que será el de separación de bienes, mientras no se haya pactado otro diferente. Vigente o concertado cualquier otro régimen, se establecerá el de separación de bienes, por los trámites fijados en el artículo anterior, cuando uno de los Cónyuges lo pida con fundamento suficiente, a juicio del juez, sin perjuicio de las obligaciones especiales contraídas entre sí y de los derechos de tercero. Las capitulaciones matrimoniales y sus modificaciones podrán constar por documento privado.

Art. 6.º El marido y la mujer podrán ejercitar, durante el matrimonio, los derechos y acciones que tenga el uno contra otro.

Art. 7.º Los actos jurídicos y decisiones judiciales referentes al régimen de los bienes del matrimonio, sólo producirán efectos contra tercero si se inscriben en el Registro de regimenes, que se llevará por los funcionarios encargados del Registro civil. En el término de dos meses, el Ministerio de Justicia dictará las normas reglamentarias precisas para el funcionamiento de tal Registro.

Art. 8.º Los actos realizados por mujer casada, en cuanto a sus bienes privativos, con anterioridad a este decreto, pero después de la entrada en vigor de la Constitución de la República, surtirán pleno efecto, aun cuando no haya mediado licencia o poder marital. También surtirán pleno efecto los actos realizados por mujer casada con fecha anterior a la entrada en vigor de la Constitución siempre que no hubiesen sido impugnados con anterioridad a la fecha de promulgación del presente decreto.

Art. 9.º Este decreto se aplicará a los matrimonios contraídos antes de su vigencia, de los cuales, no obstante, subsistirá el régimen económico matrimonial a que estuvieren sometidos, sin perjuicio de la facultad de modificarlo establecida en el artículo 5.º. En adelante, en dichos matrimonios, la administración y disposición de los bienes comunes exigirá el acuerdo de ambos cónyuges, pudiendo el juez, en caso de impedimento momentáneo de uno de ellos, conferir la administración interina al otro, por los trámites y con los efectos del artículo 4.º.

Art. 10.º La mujer casada que al publicarse el presente decreto tuviera hijos de anteriores matrimonios, recobrará, a petición suya, los derechos y deberes que hubiere perdido al contraer segundas nupcias, en virtud del artículo 168 del Código civil, cesando, en su consecuencia, las tutelas que a este respecto se hubiesen constituido. La petición se formulará ante el juez de primera instancia, que resolverá de plano y contra cuya resolución no cabrá recurso.

Art. 11.º Quedan expresamente derogados cuantos preceptos legales se opongan a lo dispuesto en el presente decreto, del que se dará cuenta en su día a las Cortes y que entrará en vigor el día siguiente al de su publicación en la «Gaceta de la República», quedando facultado el ministro de Justicia para dictar cuantas disposiciones complementarias sean precisas.

Dado en Valencia a 3 de febrero de 1937.»

«Compañeros: Cúmpleme a mí, por una de esas fatalidades del destino, el tener que hablar de las transformaciones jurídicas de España en sus nuevas orientaciones. Efectivamente, como muy bien dice aquel hombre que, desde Sevilla, diariamente se preocupa de enjuiciar la vida de las personas que formaron el gobierno, efectivamente, el que hoy es ministro de Justicia ha sido un antiguo presidiario. Y no hay seguramente en España un hombre que me aventaje en el orgullo de lo que fue mi vida; no hay un hombre que menos se arrepienta de lo que fue su vida, una vida de preso, una vida de presidiario. ¡Qué tiene que extrañar esto en nuestro país! Si nuestro país era un presidio suelto; si todos estábamos presos; si en España había unos cuantos carceleros mayores, los que nunca estuvieron presos, ni en cárceles, ni en presidios, a los que nunca vi yo en mi correr de cárceles y cárceles, ni de presidio en presidio. Nunca esos carceleros mayores, los obispos, los generales, los millonarios, en fin, toda esa chusma que se ha levantado en contra de la España popular y proletaria, nunca fueron a presidio. Los demás, todos hemos estado en cárceles, en presidios. Ha pasado lo que inevitablemente tenía que ocurrir: que el presidio, la cárcel, el preso, se ha alzado en contra de sus carceleros mayores, en contra de los que a través de todos los tiempos nos tuvieron oprimidos y nos tuvieron que juzgar. Y pasará lo que ha pasado también inevitablemente: que la España del presidio vencerá a la España de los carceleros, como la Francia republicana del 93 venció a la Francia monárquica y carcelera, triunfando la Francia de las libertades.

Y cuando la Rusia revolucionaria, esa Rusia de presidios se alzó en contra de la inercia de un zar, de una familia zarista, de una cantidad de popes y de obispos borrachos y de generales, llenos también de lujuria y de ludibrio, hemos visto

El decreto cancelando los antecedentes penales, aludido en la página 322, decía así: «A consecuencia de las incalificables agresiones de las fuerzas facciosas contra la capital de la República, varios edificios que han sufrido daños provocados por el bombardeo de las baterías y aviación enemigas, entre ellos el inmueble ocupado por el Ministerio de Justicia, determinado la destrucción, entre otros documentos, de gran parte de los que integraban el Registro Central de Penados y Rebeldes. Por ello, con el fin de resolver la situación que tal destrucción ha producido, teniendo en cuenta las dificultades casi insuperables que la reconstrucción del Registro supondría, sobre todo en los momentos presentes, y atendida, por otra parte, la circunstancia de que muchos delincuentes ocasionales, además de haber cumplido las penas que los Tribunales les impusieron, se han rehabilitado ante la sociedad por los servicios que con las armas vienen prestando a la causa antifascista, a propuesta del Ministro de Justicia y de acuerdo con el Consejo de Ministros,

Vengo en decretar lo siguiente:

Art. 1.º Quedan cancelados todos los antecedentes penales relativos a delitos cometidos con anterioridad al 15 de julio del presente año.

Art. 2.º Dependiendo de la Dirección General de Prisiones se constituirá en Valencia un Registro Central de Penados y Rebeldes, formado por las notas a que se refiere el artículo doscientos cincuenta y dos de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. En su consecuencia, los Tribunales y Juzgados de todas clases vendrán obligados a remitir al Registro las referidas notas, con relación a todas las sentencias que hubiesen dictado por delitos o faltas cometidas con posterioridad al 15 de julio último, absteniéndose de enviar las relativas a hechos cometidos con anterioridad a dicha fecha.

Art. 3.º A partir de la publicación del presente Decreto en la *Gaceta de la República*, las certificaciones de antecedentes penales, que continuarán siendo exigibles en todos los casos que preceptúa la legislación vigente, se solicitarán en las dependencias del Ministerio de Justicia en Valencia [...].

Dado en Barcelona, a diecinueve de diciembre de mil novecientos treinta y seis.»

2. [NDE]. Decreto concediendo la amnistía para toda clase de delitos comunes cometidos hasta el 17 de julio de 1936.

«A las Cortes: Es un hecho evidente que una vez iniciado el movimiento de rebelión militar, producto de la deslealtad de un grupo de generales traidores, el pueblo español, al prestarse a la defensa de su libertad, no quiso prescindir del concurso de un gran número de ciudadanos, que por efecto del medio social en que vivía España con anterioridad a la subversión se hallaban cumpliendo condena o procesados por sus actividades contrarias a la legalidad establecida.

El Gobierno se encuentra ante situaciones de hecho creadas por lo excepcional de las

cómo en el escenario de la reconstrucción aparecen las figuras. ¿De quién? De los grandes presidiarios rusos: de Lenin, de Stalin, de todos aquellos, en fin, que han precedido a los gigantes de la Revolución, que eran también tipos de presidio como Bakunin y Kropotkin.

Y a través de todos los tiempos, siempre apareció el mismo caso: las cadenas que se rompen y la seguridad de que cuando hay un pueblo que se levanta y sacude sus cadenas es para triunfar. Sería curioso saber qué es lo que hace el enemigo, el fascismo, en su media España encadenada. ¿Qué legislación, qué obra de construcción? Nosotros construimos, nosotros legislamos. ¿Por qué? Porque estamos seguros del triunfo, porque hay en nosotros la firme convicción moral de que hemos vencido. Será obra de días, será obra de semanas, de meses quizá, pero nosotros construimos, porque somos ya moralmente triunfadores. ¿Y en qué sentido? Vamos ahora a esto.

Indudablemente que en un sentido revolucionario, porque conviene ya discutir que no hay solamente guerra en España: hay también Revolución, en todo aquello que la Revolución signifique transformación, convicción, reacción de formas nuevas. Hay Revolución porque hay creación, y esta creación debe considerarse con la aportación de voluntad, de capacidad, de inteligencia y de la responsabilidad de las propias masas, porque es llegado ya el momento de acabar con lo que se decía: que solamente habíamos de pensar en la guerra. ¡Ah, no! ¿Cómo pensar solamente en la guerra sin dedicarnos a reconstruir todo cuanto el estallido de la guerra echó abajo? ¿Qué significa, en el orden práctico, la sublevación fascista, que no es guerra, porque la guerra es siempre de potencia a potencia, y aquí no hay más que

circunstancias que él no provocó, de imperiosa necesidad de otorgarles el único cauce legal a su alcance. Y si a esto se agrega el sentido siempre generoso de las masas populares, en relación con cuantos se encontraban separados provisionalmente de la vida ciudadana y que en proporción considerable forman parte actualmente de milicias que combaten en los frentes por la defensa de la República, es bien notorio que existen motivos de alta equidad que aconsejan una medida que coordine el olvido del hecho consumado y la resuelta aspiración que tiene el Gobierno de adoptar cuantas resoluciones estén a su alcance, en evitación de que situaciones análogas puedan en lo sucesivo repetirse. Confía el Gobierno en que a la generosidad de esa medida corresponderá la gran masa consciente del pueblo español, haciéndose acreedor a ella con su conducta ulterior, al objeto de asentar sobre base firme e inquebrantable las normas de convivencia social que demandan al propio tiempo el interés y el prestigio del régimen.

Teniendo en cuenta cuanto queda expuesto y por acuerdo del Consejo de Ministros, el que suscribe tiene el honor de someter al examen y resolución de la Cámara el siguiente proyecto de ley:

Art. 1.º Se concede amnistía a los penados y encausados por delitos cometidos por móviles políticos o sociales con anterioridad al 15 de julio último.

Art. 2.º Se concede igualmente amnistía a los penados y encausados por delitos comunes y militares cometidos con anterioridad a la fecha expresada en el artículo anterior.

Art. 3.º De los beneficios que otorga esta ley quedan excluidos todos los sentenciados con posterioridad al 15 de julio último por Tribunales de las jurisdicciones de Guerra y Marina, por los Tribunales especiales populares y los Jurados de urgencia o de guardia, así como aquellos que se encuentran sujetos a condena o sometidos a la jurisdicción de los mismos o de los Tribunales ordinarios, o puedan estarlo por sus actividades hostiles al régimen o hechos delictivos cometidos por enemigos de la República, con anterioridad o posterioridad a la fecha indicada.

Quedan también excluidos de los beneficios que otorga esta ley todos los presuntos responsables de los delitos cometidos con motivo de la represión del movimiento revolucionario de octubre de 1934.

Art. 4.º Se autoriza al ministro de Justicia para crear una sala especial en el Tribunal Supremo, encargada de aplicar los beneficios que otorga esta ley.

Art. 5.º La presente disposición comenzará a regir el día de su publicación en la «Gaceta de la República».

Valencia, 2 de enero de 1937.»

3. [NDE]. «Perturbaciones bien notorias advertidas en el funcionamiento de las prisiones por el enorme aumento de la población penal que la guerra civil y su dramático cortejo de responsabilidades ha originado, plantean a la República la imperiosa necesidad de introducir radicales innovaciones en nuestro viejo y deficiente sistema penitenciario, que no responde a las exigencias actuales del derecho y de la realidad nacional ni al es-

una potencia: la potencia de la clase trabajadora que sostiene al gobierno legal y legítimo de España?

¿Cómo vamos nosotros a querer negar, a querer silenciar lo que significa nuestra obra de transformación obligada? ¿Podíamos nosotros pensar solamente en hacer la guerra sin transformar el Ejército, hacer la guerra sin transformar los instrumentos de la gobernación, de la justicia, tan afectados directamente por la sublevación, y, por consiguiente, todos los instrumentos de la vida española, por la natural ramificación que tiene, y hasta sus órganos más sensibles, como es la cultura y como puede ser la economía, la industria y el comercio? Habría sido hacer una guerra de ciegos. Y sin la transformación hecha en principio por el pueblo, y después incorporada a normas de gobierno, en parte por el Ministerio de Justicia y en parte también por los otros ministerios, al fin, después de un mes de guerra, la falta de un orden, la falta de una institución habría convertido la España liberada en la España del caos, del desorden, del crimen, del asesinato, del robo, de la violación, del incendio, en fin, de todas las plagas de las guerras civiles sumadas y que vosotros, afortunadamente, no conocéis, porque habéis tenido capacidad, instinto creador para superar estos peligros y dar la lección de las nuevas normas de justicia, de las nuevas normas de la economía que todos estamos obligados a recoger para darle un sentido general de unidad y de armonía.

Estamos, pues, en el momento de las transformaciones. Cuando han fracasado todos los valores de la antigua sociedad que se alzan en rebelión en contra del pueblo, la justicia aparece como valor creador del orden nuevo, pero antes el pueblo consigue volver sobre sí mismo, se recobra, se encuentra, inicia el movimiento de resistencia, y el pueblo aparece en todo su inmenso valor constructivo, que ha sido su manifestación a través de los siglos. Y lo demás se tiene que hacer.

píritu progresivo y renovador que, a través de tantas y tan dolorosas conmociones provocadas por la agresión fascista, alienta a las masas populares que impulsan la revolución española y sostiene con su esfuerzo las instituciones creadas por la voluntad del pueblo.

Las reformas que para subvenir a esa necesidad se propone llevar a la práctica en tan importante materia el ministro que suscribe, tienden a simplificar y unificar el régimen penitenciario vigente y a coordinar adecuadamente la defensa del Estado y la humanización de las penas, mediante el trabajo del reo, despertando y utilizando las energías de éste como instrumento de utilidad social y como método el más aconsejable para regenerar al delincuente y transformando así la población penal ociosa en legión de trabajadores que compense con su propio esfuerzo el daño producido a la colectividad y dé a ésta, con la perseverancia y disciplina en el trabajo, las garantías de arrepentimiento que permitan a los penados reintegrarse a la vida ciudadana sin riesgo social alguno.

La completa efectividad de estos propósitos requiere poner término a la caótica y casuística variedad de penas establecidas por las leyes penales vigentes, manteniendo tan sólo como fundamental diferencia la noción de la diversa duración de las mismas, lo que, a su vez, podrá ser factor determinante de la índole y condiciones del trabajo a que sean sometidos los reos en los campos de internamiento que al efecto se establecerán, en los que también habrán de agruparse los penados, tomando en la debida consideración su edad, sus aptitudes, su peligrosidad y los demás elementos que han de ser objeto de cuidadosa reglamentación en las disposiciones que oportunamente se dictarán.

La implantación de este nuevo régimen penitenciario obliga a adoptar algunas medidas preparatorias del mismo, inspiradas en el criterio unificado y de simplificación antes enunciado, extensivo tanto a las penas comunes como a las militares, y, al efecto, a propuesta del Ministro de Justicia y de acuerdo con el Consejo de Ministros,

Vengo en decretar lo siguiente:

Art. 1.º Cuando por la Sala Sexta del Tribunal Supremo, los Consejos de Guerra, los Tribunales Especiales Populares o los Jurados de Guardia se hubieren de aplicar leyes penales del Ejército o la Armada, se entenderán sustituidas las penas de reclusión militar perpetua, reclusión militar temporal, prisión militar mayor, prisión militar menor y prisión militar correccional de más de seis meses y un día, por la de internamiento en campos de trabajo de igual duración que la establecida para aquellas penas por el Código de Justicia Militar y el Código Penal de la Marina de Guerra.

Art. 2.º Los militares, marinos o paisanos sancionados con pena de internamiento en campos de trabajo, la cumplirán en los lugares y con sujeción, al régimen penitenciario

Así como el cadáver del hombre, o de cualquier animal, al morir tiene que volver otra vez a integrarse en la tierra, su madre, de donde vino, para renovarse y transformarse a través de nuevas formas de la materia, todas las instituciones sociales, al perecer, tienen que volver sobre su origen, sobre el origen del pueblo, y, dentro del pueblo, recibir el nuevo impulso transformador en directrices, en consignas, en formas de organización.

Así con el ejército. Las armas habían sido puestas, por decadencia y por usurpación del Poder, en manos de los privilegiados. Estos fracasan; las armas vuelven, pues, por imperativo lógico, al pueblo. Y el pueblo crea su nuevo ejército.

Así los instrumentos de la gobernación. Fracasan y vuelve la gobernación al pueblo, la transforma y crea formas nuevas.

Así la justicia. Y de nada como de la justicia puede decirse que es un producto del pueblo; porque la justicia es el arte de formar hombres y es el arte de formar pueblos. Y todas las manifestaciones del arte, absolutamente todas, tienen un origen popular. Los fundamentos de nuestra justicia son hondamente populares.

Muy probablemente los tribunales populares perdurarán y sobrevivirán a todos los azares del tiempo, porque al fin la justicia, en su aspecto más sensible, que es el de administrarla, ha vuelto a manos del pueblo y se ha librado del profesionalismo. Y recójase bien esta piedra, que yo conceptúo certeramente lanzada, sin ánimo de lesionar intereses de nadie, ni profesionales ni personales. La justicia se libera del profesionalismo, porque justicia, que ha de ser el arte de formar al hombre y a las sociedades, no puede encerrarse en el hermetismo de una profesión, tiene que tener siempre un sentido fresco, humano, de vida, para que el hombre no sea víctima del agiotista, del profesional.

pública, se entenderán sustituidas de oficio por la de internamiento en campos de trabajo, de igual duración que aquéllas, y la parte de las mismas que no hayan cumplido los reos, la cumplirán en la forma que determina el artículo anterior [...].

Dado en Barcelona, a veintiséis de diciembre de mil novecientos treinta y seis.»

4. [NDE]. A causa de la gran extensión de este decreto sólo se transcriben los artículos que regulan la composición, el funcionamiento y las atribuciones de los Tribunales y Jurados Populares.

«El Decreto de veintitrés de febrero último amplió la competencia de los Tribunales Populares atribuyéndoles también el conocimiento de todos los delitos comunes y de los de índole no estrictamente militar cometidos por paisanos, y brindó a este Ministerio la oportunidad de completar estas necesarias innovaciones con otras por virtud de las cuales se delimitó la esfera jurisdiccional de los Jurados de Urgencia y de Guardia, puntualizando las respectivas facultades; se introdujeron, en materia de penas comunes, importantes modificaciones que tienden a humanizarlas, atribuyéndoles como principal finalidad la corrección del delincuente; se dio mayor amplitud al arbitrio judicial en aquellos aspectos de la vida del delito a los que difícilmente pueden llegar las previsiones del legislador, concediéndoles la debida libertad para la apreciación de las circunstancias modificativas de la responsabilidad, para la fijación de la pena en la extensión que estimen justa y para determinar el establecimiento penitenciario donde el reo deba cumplir la sanción que se le imponga, y manteniendo en los procedimientos la rapidez con que han de actuar estos Tribunales, dio nuevas garantías para lograr el acierto de sus fallos estableciendo un recurso de plena jurisdicción ante la Sala correspondiente del Tribunal Supremo en todos aquellos casos en que no sea indispensable que la ejecución de la pena siga inmediatamente a la sentencia. Completó el citado Decreto esta reforma con las demás disposiciones que contiene encaminadas a iniciar la necesaria unificación de preceptos anteriores que por haber sido dictados a medida que los requerían las exigencias del momento, carecen de la indispensable coordinación [...].

Es de notar, por fin, que este Decreto constituye un primer intento de sistematización de las disposiciones anteriores en él refundidas y de las demás que comprende, sentando las bases del futuro Código de Justicia Popular.

Por los expresados motivos, de acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del de Justicia,

Vengo a decretar:

Capítulo I. *De la Justicia Penal Popular*. Art. 1.º La Justicia Penal Popular es gratuita y en ella no podrá establecerse privilegio ni fuero alguno. Los Tribunales y Jurados que la ejercen conocerán de las infracciones atribuidas a su competencia, con excepción de los casos expresamente reservados a otras jurisdicciones.

No quiere decir esto que la técnica, que los conocimientos específicos no se conserven; pero sí quiere decir que había demasiados abogados; que la justicia en manos del pueblo podrá tener errores, pero nunca por atrofia del sentimiento.

Yo creo (y así lo he visto a través de mi larga vida, a través de cárceles y presidios, de jueces y de secretarios) que todos, absolutamente todos los magistrados, los fiscales, los jueces, fueron sensibles al principio de su carrera; todos creyeron todavía, en los primeros casos, en los primeros hechos en que tuvieron que intervenir, en la inocencia. Porque nunca, o casi nunca, muy raras veces, aparece el inocente ante el tribunal o ante el juez, diciendo: «Soy culpable.» Y nunca, muy raras veces, el culpable aparece ante el tribunal o ante el juez, diciendo: «Soy culpable.» Lo mismo el inocente que el culpable, siempre dicen: «Soy inocente.» Y el juez sufre de atrofia profesional cuando de la justicia ha hecho una profesión, porque, al fin, a fuerza de oír que todo el mundo es inocente, cuando al fin se le aparece, si no el mirlo blanco de la inocencia, el inocente en más o menos cantidad, el haber oído a todos que son inocentes le incapacita en absoluto para distinguir si es verdaderamente inocente.

Se libera, pues, la justicia, del sentido profesional. Y va al pueblo; va al antiguo jurado. Y esto que ahora se instituye, estos tribunales populares nunca deben ser suspendidos.

Con el tiempo la justicia será, más que popular, primitiva, porque la delincuencia actual viene determinada por la vida del hombre y aún más por las circunstancias que le rodearon al nacer y le acompañaron en su existencia.

Yo no he visto nunca, como os he dicho, obispos en los presidios; tampoco he visto a catedráticos condenados por asesinato; tampoco he visto a millonarios

Art. 2.º Ejercerán la jurisdicción penal popular:

Primero. Los Tribunales Populares.

Segundo. Los Jurados de Urgencia.

Tercero. Los Jurados de Guardia.

Cuarto. Los Jurados de Seguridad.

Quinto. El Tribunal Popular de Responsabilidades civiles [...].

Capítulo II. *De los Tribunales Populares.* Art. 7.º Los Tribunales Especiales, creados por los Decretos de veintitrés y veinticinco de agosto de mil novecientos treinta y seis se denominarán en lo sucesivo Tribunales Populares y estarán formados por tres funcionarios judiciales que integrarán la Sección de Derecho y ocho Jurados de representación popular, designados en la forma prevista en los artículos que siguen.

Art. 8.º El Presidente y Vocales que forman la Sección de Derecho serán designados por el Ministro de Justicia [...].

Art. 9.º Los ocho jurados de cada Tribunal Popular y los suplentes de éstos que hayan de actuar en los casos que previene el artículo anterior serán designados por los Comités provinciales de cada partido u organización sindical, con arreglo a las normas actualmente establecidas.

El cargo de Jurado es obligatorio salvo excusa legal justificada.

Los Jurados percibirán dietas y se renovarán por mitad cada cuatro meses. Los que cesen no podrán ser reelegidos hasta después de transcurridos ocho meses.

Art. 10.º Conforme a lo establecido en el artículo segundo del Decreto de la Presidencia de esta misma fecha, los Tribunales Populares conocerán:

Primero. De los delitos comunes comprendidos en el Código Penal o en las Leyes penales especiales.

Segundo. De los delitos de espionaje a que se refiere el capítulo VII de este Decreto.

Tercero. De los delitos contra la seguridad de la Patria y de rebelión, comprendidos en el Código de Justicia militar y de los delitos contra la seguridad del Estado y de rebelión, previstos y penados en el Código Penal de la Marina de Guerra, cualquiera que sea la condición de los reos y el lugar donde se cometa.

Cuarto. De los delitos no estrictamente militares, cometidos por militares, marinos o paisanos, que definen o castigan las leyes penales del Ejército y de la Armada, entendiéndose que tales delitos son los que no están atribuidos de un modo expreso y permanente a la competencia de los Tribunales de Guerra o Marina por los artículos siete y catorce del citado Decreto de la Presidencia.

Art. 11.º Los Colegios de Abogados designarán los respectivos Colegiados que hayan de actuar en turno de oficio ante los mencionados Tribunales, estableciendo para ello un turno especial [...].

Los inculcados que fueran mayores de edad, podrán defenderse a sí mismos, aunque

condenados por robo. ¿Qué quiere decir? Que el que tiene millones y el que ha acumulado céntimo a céntimo, robando, expoliando a las masas el sudor, la vida, la alegría, ése no tiene necesidad de robar. El catedrático que ha acumulado la cultura de los demás, no tiene necesidad de asesinar para poder desenvolverse. Sabe orillar los inconvenientes de la vida, porque tiene un grado de cultura superior que le impide violentarse a sí mismo cuando trata con sus semejantes.

Cuando en la vida la riqueza económica se haya puesto al alcance de todos, no habrá necesidad de robar; cuando las relaciones de los hombres estén presididas por el caudal de conocimientos acumulados en la mente de cada hombre, no habrá necesidad de matar. Por eso os digo que el problema de la administración de la justicia es un problema humano, sí, pero, más que nada, de justicia social. ¿De qué nos va a servir a nosotros perseguir, condenar implacablemente, como se ha hecho, imponiendo penas aflictivas y penas de reclusión a los que no han sido propiamente ellos los responsables de su crimen ni de su robo? ¿Por qué vamos a ensañarnos con las prostitutas, si la prostitución está legalizada en los regímenes capitalistas? ¿Por qué vamos a ensañarnos con el que mata por herencia alcohólica, si hay los grandes monopolios de alcohol, que surten los presupuestos de los Estados? ¿Por qué vamos precisamente a perseguir con ensañamiento al «gángster», al ladrón y al bandido, cuando las empresas cinematográficas se lucran creando y exaltando el tipo del «gángster» y del bandido? Lo que importa es orientarse hacia la justicia, es apartar de la vida del hombre lo que hasta ahora fue fruto de la moral o de la causa determinante de su estado patológico, que le lleva precisamente a la delincuencia, a robar, a matar y a asesinar. He aquí la grandiosa obra que podemos realizar todos.

no fueren Letrados, y el Juez instructor les informará, al recibirles, la primera declaración, de este derecho, para que puedan ejercitarlo^..].

Art. 25. La vista será pública, salvo en los casos en que el Tribunal, por causas muy justificadas, acuerde celebrarla a puerta cerrada.

Comenzará el juicio dando lectura el Secretario del escrito de acusación, omitiendo las conclusiones referentes a las penas y a la práctica de las pruebas. Acto seguido el Presidente preguntará a las partes si tienen que aportar nuevas pruebas, y previo acuerdo del Jurado sobre la admisión de las mismas se practicarán inmediatamente las que fueren admitidas.

La defensa podrá presentar por escrito sus conclusiones provisionales y el Tribunal tendrá la facultad de requerirles a que las presenten y de acordar la lectura pública de las mismas, omitiendo también las referentes a los extremos que determina el párrafo anterior.

Art. 26. El interrogatorio del inculpado, las declaraciones de los testigos y las demás pruebas se acomodarán a lo dispuesto en los artículos seiscientos ochenta y ocho y siguientes de la Ley de Enjuiciamiento Criminal.

El Presidente, ya de oficio, ya a instancia de cualquiera de las partes, podrá alterar el orden de las pruebas cuando así fuese conveniente para el mejor esclarecimiento de los hechos.

Art. 27. Los Jurados, previa la venia del Presidente, podrán dirigir a las partes, testigos, peritos y procesados, las preguntas que estimen procedentes para aclarar y fijar los hechos sobre que verse la prueba. Si las preguntas fuesen impertinentes o capciosas, según parecer de los Jueces de Derecho, el Presidente negará la venia y se insertarán en acta las preguntas rechazadas.

Art. 28. Practicadas las pruebas, el Fiscal y los defensores formularán *in voce* sus conclusiones definitivas, expresando los artículos de la Ley Penal que consideren aplicables al caso, y después harán uso de la palabra para mantener sus respectivas tesis sobre los hechos de la causa. De todo ello se levantará la correspondiente acta [...].

Art. 29. Terminados los informes, el Presidente preguntará a los procesados si tienen algo que manifestar por sí mismos al Tribunal.

Si contestasen afirmativamente, les concederá la palabra [...].

Art. 30. Cuando las partes acusadoras, en vista del resultado de las pruebas, soliciten la absolución completa de los procesados, el Presidente preguntará en alta voz si alguno de los presentes mantiene la acusación. Caso negativo, los Jueces de Derecho dictarán, sin más trámite, auto de sobreseimiento libre por falta de acusación.

Cuando alguna persona con capacidad legal suficiente manifestase que hace suya la acusación, será tenido por parte como tal acusador, si además estuviese dispuesto a sostener en el acto su acusación, bien por sí mismo, si fuese Letrado, bien valiéndose de uno

He aquí —y esto que os voy a decir no es posible que lo haga ni un ministro de Justicia, más o menos bien intencionado, ni un ministro de Propaganda, ni un gobierno en pleno; es una obra de transformación tan intensa, que a ninguno alcanza, porque precisamente por ser inmensa, alcanza a todos— en el sentir creador, en el sentir de responsabilidad, de disciplina; en querer hacer, en querer pensar que las obras de esas proporciones gigantescas, no las puede realizar un ministro en veinticuatro horas, ni un gobierno en veinticuatro siglos, si no hay un pueblo en pie, en masa, con la disciplina, con el trabajo, con la cultura, con el sacrificio, y todo él dispuesto a realizar la inmensa labor de transformar, en todos los sentidos, la vida de un país y la vida de un mundo.

Pero lo que cabe en el esfuerzo de un ministro, de un gobierno, lo que cabe recoger de esa aportación de iniciativas riquísimas de nuestras masas populares, de nuestras masas trabajadoras, es mucho ya a realizar.

Por ejemplo, transformar, de una manera radicalísima, el concepto penal de la vida de España. Y vale la pena de que las grandes reformas de orden jurídico se inicien por el fin, por donde termina la acción de la justicia.

Porque ya hemos dicho antes, que España era un inmenso presidio antes del movimiento subversivo, y lo es hoy, en aquella parte de España que detentan todavía los fascistas, y lo es en el mundo, donde el infierno fascista atormenta a sus hombres. Lo es en Italia, con su isla Lipari y con toda la Italia fascista. Lo es Alemania, donde se oye el continuo gemir, el continuo rechinar de las cadenas, que llega, no solamente hasta la conciencia occidental, sino hasta lo más intenso de

que lo sea, y se continuará en todo caso el juicio sin interrupción ni retroceso, sin perjuicio de formalizar luego la representación de esta parte para los trámites ulteriores del procedimiento [...].

Art. 31. El Presidente del Tribunal redactará el correspondiente interrogatorio de preguntas que ha de someterse a la adveración del Jurado, dando lectura del mismo a fin de que el Fiscal o el defensor puedan solicitar la inclusión de alguna pregunta que estimen pertinente.

Art. 32. Acto continuo el Presidente entregará las preguntas a los Jurados, quedándose con copia de las mismas, sacada por el Secretario, y aquéllos se retirarán a la Sala destinada para sus deliberaciones.

También se les entregará, en todo caso, las piezas de convicción que hubiera y la causa sin los escritos de calificación. En atención a ello, quedará suprimida en su momento la lectura de la prueba documental y de toda clase de escritos y documentos unidos a la causa.

Art. 33. El primero de los Jurados, por el orden alfabético de apellidos, desempeñará las funciones de Presidente, a no ser que la mayoría acordase otro nombramiento.

Art. 34. La deliberación tendrá lugar a puerta cerrada, no permitiendo al Presidente del Tribunal la comunicación de los Jurados con ninguna persona extraña, a cuyo efecto adoptará las disposiciones que considere convenientes, y no se interrumpirá hasta que hayan sido contestadas todas las preguntas.

Art. 35. Cualquiera que sea el tiempo que empleen los Jurados en la deliberación, no podrá ésta suspenderse sino por causa de enfermedad repentina, facultativa y suficientemente comprobada, o de fuerza mayor manifiesta, cuidando la Sección de Derecho, bajo su responsabilidad más estricta, de la rigurosa incomunicación prevenida en el artículo anterior.

Art. 36. Si cualquiera de los Jurados tuviera duda sobre la inteligencia de alguna de las preguntas, podrá pedir que el Tribunal aclare, también por escrito, la palabra o concepto dudoso.

Si antes de dar su veredicto creen necesarias nuevas explicaciones, les serán dadas por el Presidente, después de volver para este efecto a la Sala de Audiencia.

Cuando hubiere lugar a modificar o completar las preguntas, no se procederá a hacerlo sino en presencia de las partes.

Art. 37. Terminada la deliberación, se procederá a la votación de cada una de las preguntas, por el orden con que se hubiesen formulado por el Presidente del Tribunal.

Art. 38. La votación será nominal y en alta voz, contestando cada uno de los Jurados, según su conciencia, a cada una de las preguntas, SI o NO.

Art. 39. La mayoría absoluta de votos formará veredicto.

En caso de empate se entenderá votada la inculpabilidad. Si se tratase de hechos relativos a circunstancias agravantes, se entenderá votada la exclusión de éstas. Si de hechos relativos a circunstancias atenuantes o eximentes, se entenderá votada la existencia de ellas.

la vida, porque todo el mundo está conmovido por los tormentos fascistas, sobre todo por esos tormentos fascistas de Alemania e Italia. De esa vida penal, de esa vida del presidio es lo que nosotros hablaremos con más interés que de otra cosa.

¿Por qué? Porque transformando la vida penal, obligamos a una rápida mutación de todo el aparato coercitivo de la institución de justicia represiva. Por ejemplo: vamos a creer que se ha iniciado ya la más grande revolución jurídica. Vamos a cambiar el concepto de la pena. ¿Tiene importancia? ¿No la tiene? Vosotros veréis.

Ni Norteamérica, ni Inglaterra, ni Francia, ni ninguna nación del orbe, se ha atrevido todavía a definir con exactitud el concepto de la pena que se impone a los condenados. Allí, como aquí, se condenaba a los hombres y, después, una reglamentación interna de las prisiones definía el concepto de la pena. Los magistrados, los tribunales, imponían su pena, pero ignoraban en absoluto el alcance de la gravedad o la eficacia de la pena que imponían.

Se decía a un hombre: Le condenamos a veinte años de prisión o a treinta de reclusión, de prisión mayor o menor, en fin, a una serie de años de prisión, pero ¿qué quería significar?, ¿qué pretendía?, ¿privarle de libertad? Efectivamente, privarle de libertad, apartarlo del cuerpo social por instinto, no por comprensión. En el fondo, imponerle una pena que se tenía que cumplir en un penal donde se sufría y donde el hombre salía como salía, sin corazón, hecho una fiera.

Sin embargo, el tribunal, al imponer la pena, no decía: A éste se le condena a ir a Santoña, donde el régimen es más suave, o a Burgos, donde el régimen es más duro. En definitiva, lo que importaba era imponer una pena.

Art. 40. Ninguno de los Jurados podrá abstenerse de votar. El que insistiera en abstenirse después de requerido tres veces por el Presidente, incurrirá en la pena señalada en el segundo párrafo del artículo trescientos setenta y siete del Código Penal.

La abstención, sin embargo, se reputará voto a favor de la inculpabilidad.

Art. 41. Concluida la votación, se extenderá un acta en la forma siguiente: «Los Jurados han deliberado sobre las preguntas que se han sometido a su resolución, y bajo la promesa que prestaron, declaran solemnemente lo siguiente:

A la pregunta... (Aquí las preguntas copiadas). SI o NO.» [...]

Art. 42. En el acta no podrá hacerse constar si el acuerdo se tomó por mayoría o por unanimidad, y será firmada por todos los Jurados.

El que no lo hiciere, después de requerido tres veces, incurrirá en la pena a que se refiere el artículo cuarenta de este Decreto.

Art. 43. El Jurado que revelase su voto o el de cualquiera de sus colegas, será considerado como funcionario público para los efectos de lo dispuesto en el artículo trescientos setenta y dos del Código Penal.

Cuando apareciere indicio de soborno al que se hubiere sometido el Jurado, se procederá por cohecho contra corruptores y corrompidos [...].

Art. 44. Escrita y firmada el acta, volverán los Jurados a la Sala del Tribunal, y, ocupando sus respectivos asientos, el que hubiere desempeñado las funciones de Presidente leerá el acta en alta voz, entregándola después al Presidente del Tribunal.

Art. 45. El Presidente del Tribunal, a continuación o después de efectuado lo que previenen los artículos cuarenta y siete a cincuenta y uno, concederá la palabra al Fiscal y al defensor o defensores, a fin de que, informando en derecho, soliciten la pena que crean aplicable al caso.

El Presidente del Tribunal tendrá facultad para limitar los informes que excedan de diez minutos.

Art. 46. Inmediatamente el Tribunal deliberará y votará las sentencia, haciendo público el fallo, sin perjuicio de notificar aquélla al día siguiente.

Art. 47. El veredicto podrá ser devuelto al Jurado por la Sección de Derecho para que lo reforme:

Primero. Cuando deje de contestar categóricamente alguna de las preguntas.

Segundo. Cuando haya contradicción en las contestaciones o no exista entre ellas la necesaria congruencia.

Tercero. Cuando el veredicto contenga alguna declaración o resolución que exceda los límites de la contestación categórica a las preguntas formuladas y sometidas a Jurado.

Cuarto. Cuando en la deliberación y votación se hubiere infringido lo dispuesto en los artículos treinta y cuatro a cuarenta y uno inclusive de este Decreto.

Art. 48. Publicado el veredicto, los Jueces de Derecho podrán acordar de oficio y el Fiscal, el acusador privado o los defensores de las partes, pedir que sea devuelto al Ju-

En España, aun dentro de lo riguroso que era el régimen penal, visto desde la prisión central de Burgos, puede afirmarse que aún era éste uno de los regímenes penales de más libertad de Europa, porque en las prisiones de Francia no se permite hablar... Le daréis poca importancia a esto, pero de las torturas que vive el preso, las que más le hacen sufrir, las más dolorosas, no son las torturas materiales, con serlo mucho, lo son las torturas morales. Y cuando al hombre se le impide hablar, llega un momento en que el preso da un fuerte alarido y sale enloquecido y, por fin, pasando por encima de todas las rigurosidades, habla. Hay, pues, menos libertad, no se permite fumar, no se permite recibir comida del exterior, no se permite en fin, todo cuanto se permitía en el liberalísimo régimen penal de España.

Y así vemos cómo cada país, aun cuando todos tienen las mismas penas de prisión y de reclusión, de presidio mayor y presidio menor y, en fin, toda la misma escala de penas que veis en nuestro Código penal, cada nación, cada prisión, hacía lo que quería de la vida de los hombres que habían puesto a su cuidado.

Y esto ha terminado en España. En España, por primera vez, se va a definir el concepto de la pena. Para el preso común, como para el preso político. Para el preso político, lo hemos hecho ya. No podíamos enviar a los campos de trabajo —de los cuales hablaremos después— a los últimamente condenados, ni a los que

rado para que lo reforme o confirme, siempre que concurren alguna de las circunstancias enumeradas en el artículo anterior.

La parte que solicite la devolución del veredicto expondrá y razonará brevemente su pretensión, y sin permitir que acerca de ella se suscite debate, los Jueces de Derecho acordarán lo que proceda.

Art. 49. Cuando el veredicto fuere devuelto al Jurado por no haber sido categóricamente contestada alguna de las preguntas, los Jueces de Derecho le ordenarán que, retirándose a la Sala de deliberaciones, vuelva a resolver sobre la pregunta.

Si el veredicto se hubiere devuelto por haber contradicción o por no existir congruencia entre las contestaciones, los Jueces de Derecho ordenarán al Jurado que conteste nuevamente a las preguntas, haciéndole notar los defectos de que adolezcan las primeras contestaciones.

Asimismo señalarán los Jueces de Derecho al Jurado las declaraciones o resoluciones que excedan los límites de la contestación categórica a las preguntas formuladas, o las infracciones o irregularidades cometidas en la deliberación y votación del veredicto, para que supriman aquellas o subsanen éstas, procediendo a dictarlo de nuevo cuando sea devuelto por virtud de lo que disponen los números tercero y cuarto del artículo cuarenta y siete de este Decreto.

Art. 50. Si después de la segunda deliberación el veredicto adoleciera todavía de alguno de los defectos mencionados en los dos artículos anteriores, la Sección acordará, también de oficio o a instancia de parte, que vuelva el Jurado a deliberar y contestar a las preguntas.

Si en esta tercera deliberación tampoco resultase veredicto por la misma causa, el Presidente del Jurado, antes de volver a la Sala el Tribunal hará constar el voto emitido por cada uno de los jurados en esta tercera deliberación, en un acta especial que habrán de firmar todos los presentes.

Vueltos los Jurados a la Sala de Audiencia, el Presidente de aquéllos entregará el acta al del Tribunal de Derecho. Si este Tribunal, después de examinar el acta, creyera que no hay veredicto, lo declarará así en alta voz su Presidente y remitirá la causa al nuevo Jurado.

Art. 51. Si el Tribunal de Derecho desestimara la petición de cualquiera de las partes para que vuelva el veredicto, el Jurado podrá prepararse el recurso correspondiente, cuando proceda, haciendo en el acto la oportuna protesta.

Artículo 52. Cuando, al parecer unánime de los Jueces de Derecho, fuese manifiesta por el resultado del juicio, sin que pueda ofrecerse duda racional en contrario, la inculpabilidad del procesado, si el Jurado le hubiese declarado culpable, la Sección de Derecho del Tribunal Popular procederá en la siguiente forma:

a) Si se tratara de los delitos que mencionan los números segundo y tercero del artículo diez de este Decreto, sin perjuicio de dictar la sentencia que proceda con arreglo al veredicto del Jurado, consignará en acta declaración del error grave y manifiesto en que han incurrido los Jueces de hecho en sus contestaciones, y propondrá por vía de indulto al Gobierno o al Tribunal Supremo, según la naturaleza de la pena impuesta, lo que estimare justo, quedando en suspenso la ejecución de la sentencia hasta que se resuelva la incidencia por medio del oportuno expediente.

se condenase a treinta años, a veinte años de reclusión o de prisión. ¿Por qué? Porque no estaba comprendida la obligación de trabajar. Entonces hemos hecho desaparecer de nuestro Código penal esa variación de penas, y no hay más que una pena: Internamiento en campos de trabajo. Ya está definida, para el delito político, el concepto de la pena. Ya nadie puede tener dudas. Ese internamiento *no* es prisión, no es privación de libertad, no es cuantas cosas se quieran suponer y decir, sobre ese internamiento en campos de trabajo. Y algo parecido, más profundo, más humano y más sensible, hay que hacer en cuanto haga referencia a la delincuencia común.

Se ha mantenido hasta nuestros días, para mantener así la ficción de un aparato jurídico artificial, que el hombre, según la teoría espiritualista, procede de Dios, que está hecho a imagen de Dios y que, por consiguiente, todas las reacciones que experimenta el individuo han de afectarle a la dignidad. Y la teoría materialista que compartimos la mayor parte de obreros y de intelectuales de nuestros días, nos dice que el hombre no deviene de Dios, que deviene de la caverna y que antes de la caverna procede de la bestia y, por consiguiente, que todas las reacciones que tenga en esos momentos verticales de la vida del hombre, le acercarán no a la divinidad que quiere decir el bien, la belleza y la bondad, sino que le acercarán a la bestialidad.

¿Queréis que haya hombres que no devoren, que no delinca? Acrecentad la riqueza económica, la riqueza cultural. Sed vosotros los propagandistas de esa riqueza, de esa cultura y entonces se propagará la cultura y se expandirá la riqueza social y no habrá motivo de robar, ya que no habrá motivo de delinquir. Sí, tenéis

b) Si se tratare de los delitos que determinan los números primero y cuarto del artículo diez de este Decreto, dictará también sentencia acomodada a las contestaciones dadas por el Jurado a las preguntas del veredicto, y consignará en acta la declaración a que se refiere el apartado anterior, que notificará con la sentencia al Fiscal, y éste, dentro del tercer día, interpondrá de oficio contra la misma recurso de plena jurisdicción, por injusticia notoria, ante la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo [...].

Capítulo III. *De los Jurados de Urgencia.* Art. 54. Funcionarán en los lugares y con la demarcación territorial que el Ministro de Justicia determinen, Jurados de Urgencia para conocer y sancionar los actos de hostilidad y desafección al régimen que no sean constitutivos de los delitos previstos y sancionados en el Código Penal común y en las Leyes penales especiales.

Art. 55. Se reputarán como actos de hostilidad y desafección al régimen:

a) Dificultar voluntariamente y en forma no grave el cumplimiento de las órdenes dadas por las Autoridades para la defensa, abastecimiento general y particular, Sanidad, consumo de luz, gas y agua.

b) Difundir falsos rumores o noticias atinentes a las operaciones de guerra, actuación del Gobierno o situación económica, o cualesquiera otras que tiendan a producir un estado de opinión adverso a la República o a crear un estado de opinión o de alarma contrario a la misma.

c) Observar una conducta que, sin ser constitutiva de delito, demuestre, por sus antecedentes y móviles, que nuien la practica es persona desafeccionada al Régimen.

d) Alterar sin causa debidamente justificada o con infracción de bandos, disposiciones u órdenes dotadas al efecto por autoridades gubernativas o municipales, el precio, calidad, peso, racionamiento o distribución de artículos de comer, beber o arder, ocultarlos con ánimo de acaparamiento, cometer cualquier otra irregularidad susceptible de perturbar el normal abastecimiento de los expresados artículos o intentar con alguno de los fines o móviles expresados maquinaciones o fraudes de los que se mencionan en los artículos quinientos veintinueve y quinientos treinta del Código Penal.

e) Realizar, prevaleándose de las actuales circunstancias, cualquiera de los hechos usuarios que define el Código Penal en los artículos quinientos treinta y dos a quinientos treinta y seis.

f) Cualquier otro hecho que, por sus circunstancias y consecuencias, deba estimarse como nocivo a los intereses del Gobierno, del pueblo de la República, sin que ningún caso se consideren comprendidos en este apartado los hechos que hayan sido previstos como delictivos en el bando del Ministro de la Gobernación de treinta y uno de octubre de mil novecientos treinta y seis, o en los que dictare en lo sucesivo [...].

Art. 58. Los juicios se iniciarán:

Primero. A petición de las autoridades gubernativas o municipales, bien por su propia iniciativa, bien a causa de denuncias presentadas ante ellas por los particulares y contro-

que saberlo, porque hoy todavía sois los maestros, sois los que regís los destinos de esta España nueva. Y no vayáis a dormir tranquilamente a vuestras casas sin pensar que sobre vuestra conciencia no pesa ningún crimen, ningún latrocinio, ninguna responsabilidad. De vuestra conciencia, de vuestro trabajo, de vuestra honradez, depende que los hombres del mañana no tengan que robar ni asesinar. No penséis que el monstruo es el ministro de Justicia, no penséis que el monstruo es el polizone y el guardia. El monstruo es aquel que pudiendo vencer las causas determinantes de la delincuencia, que no son más que el hambre y la miseria, no hace el esfuerzo diario para superar el contenido cultural y el contenido material de la sociedad que vive.

Por eso, nuestra obra en el Ministerio de Justicia no es una obra de execración del robo ni del asesinato, porque un verdadero ministro de Justicia o justifica o busca los motivos de justificación, o si tuviera que profundizar en los orígenes de la delincuencia se vería obligado, ¿sabéis a qué?, no a perseguir solamente al ladrón y al asesino, sino a encerrar a toda la sociedad, porque ésta consiente que las causas determinantes de la delincuencia perduren, mientras la mayor parte de esa sociedad goza y se divierte sin propagar la cultura y sin propagar la verdad.

Desaparecerán las subjetividades. Si un hombre va a robar y al intentarlo fracasó, eso se llama tentativa de robo. Si lo realiza, robo consumado. Si fracasa, robo frustrado. Tres conceptos de pena distintos y una gran subjetividad. Entendámonos. Si un hombre va a robar y fracasa, ¿de quién es la culpa del fracaso, de su voluntad? Si fracasó porque la palanqueta no funcionó, ¿qué tiene que ver esto para quitarle la pena al hombre? Y si triunfa, ¿por qué hay que ponerle más pena

ladas por la respectiva autoridad, tanto respecto a la solvencia del denunciante como a la posibilidad de la infracción denunciada.

Segundo. A petición de los organismos responsables de las centrales sindicales o partidos políticos afectos al Frente Popular, de cualquiera de las dos maneras especificadas en el párrafo anterior.

En uno u otro caso, el Fiscal sostendrá la acusación, sin perjuicio del derecho de la autoridad gubernativa o municipal o entidad política o sindical a designar un delegado que la ejerza con el carácter de acusador privado.

Art. 59. El denunciado podrá defenderse por sí mismo o valerse, para su defensa, de un hombre bueno, sea o no Letrado en ejercicio.

El fallo se dictará por mayoría de votos, y en caso de discordia, decidirá el del Presidente [...].

Capítulo IV. *De los Jurados de Guardia.* Art. 62. En las poblaciones donde hubieren de regir los bandos que haya dictado o dicte el Ministro de la Gobernación, conforme a lo prevenido en el artículo primero del Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros de diecisiete de octubre de mil novecientos treinta y seis, funcionarán o se constituirán por Orden del Ministerio de Justicia uno o más Jurados de Guardia, según lo requieran las necesidades del servicio, para conocer de los delitos que se definan en los expresados bandos.

Art. 63. Los Jurados de Guardia, con plena jurisdicción y función permanente, estarán integrados por un Presidente, Juez de Derecho y seis Jurados, Jueces de Hecho.

El ministro de Justicia designará libremente entre los funcionarios de la carrera judicial los Presidentes de los Jurados de Guardia, así como los suplentes de los mismos.

Respecto a los Jueces de Hecho, será aplicable lo dispuesto en el artículo noveno del presente Decreto para los Jurados de los Tribunales Populares.

Art. 64. Los hechos mencionados en el artículo primero número uno del artículo segundo y sexto del artículo tercero del bando del treinta y uno de octubre último como perturbadores del orden público o que tienden a perturbarlo se entenderá que son los actos comprendidos en los artículos segundo y tercero de la vigente Ley de Orden Público de veintiocho de julio de mil novecientos treinta y tres.

Art. 65. Estos Jurados impondrán las penas que establece el Código de Justicia Militar y aplicarán estrictamente el procedimiento sumarísimo regulado en dicho Cuerpo legal.

Los inculpados tendrán también en estos juicios derecho a defenderse por sí mismos con arreglo a las normas establecidas en el capítulo II de este Decreto.

Los Jurados de Guardia podrán inhibirse del conocimiento de los hechos sometidos a su jurisdicción, cuando estimen que corresponden a la competencia de otros Tribunales [...].

Capítulo V. *De los Jurados de Seguridad.* Art. 67. La aplicación de los medios de seguridad que determina la Ley de veintiocho de julio de mil novecientos treinta y tres

que si fracasa? ¿Por qué esta variedad de pena? Había un complicado sistema penal y no había más remedio que seguirlo, con todas sus complicaciones. Se perseguía con refinamiento que el hombre pudiera sufrir más o menos años. ¿Puede interesar eso a una justicia sana y abierta, que quiere seguir el ejemplo de la que se ejercía en los países vascos en torno al sagrado árbol, y como se ejercía en todos los países entonces? ¿Qué necesidad hay de complicar tanto la justicia? Si un hombre va a robar, lo que importa es si iba o no a robar. La tentativa, como la frustración, tienen que desaparecer. Y entonces, si al hombre hay que ponerle una pena, ponerle una sola: por robo; pero mejor otra palabra: por apropiación indebida. Ya tenemos la definición de una serie de delitos que son lo mismo. El hurto ya sabéis que es coger una cosa sin usar la palanqueta. La palanqueta define el robo, porque hay violencia; pero, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra, si al fin lo mismo se puede adquirir de una manera igualmente indebida? Se perseguía la pena, pero por encima de eso estaban las subjetividades. El individuo robaba por necesidad, o era condenado por error. La primera vez. Cuando salía de la prisión volvía a robar, y entonces, por reincidente —otra subjetividad— se le ponía la pena agravada en unos años más, porque había robado otra vez. Por un delito que ya había pagado, ¿qué es lo que se perseguía? Eliminar al hombre, acabar con él. La vida del hombre es sagrada, y sociedad que no respete la vida del hombre, no es una sociedad justa ni que aspire a la justicia. El hombre iba a presidio y salía. ¿A qué iba a presidio? Los unos hacían pelotas, los otros hacían puntillas, los otros canesúes.

¿A dónde llevar a los hombres cuando un desbordamiento de la bestialidad les impulse al asesinato y al robo? ¿Al presidio? Se acabaron los presidios. A algo su-

y las demás funciones resolutorias que dicha Ley encomienda a los Jueces de Instrucción especialmente designados al efecto, corresponderán en lo sucesivo a Jurados de Seguridad, constituidos, por un funcionario judicial designado por el Ministro de Justicia, que actuará como Presidente, y dos Jurados populares, designados como dispone el artículo noveno de este Decreto.

Los dos Jurados populares serán designados por las organizaciones sindicales de Trabajadores de entre sus afiliados, cuando los reos fueren presuntos vagos habituales.

Las resoluciones de mero trámite las adoptará el Juez, Presidente por sí mismo, sin intervención de los Jurados.

Los Jurados de Seguridad acomodarán su actuación al procedimiento del juicio de faltas.

Los inculcados podrán defenderse por sí mismos o por Letrados [...].

Capítulo XI. *De la revisión de las causas por nuevo Jurado y de los recursos contra las sentencias de los Tribunales Populares y de los Jurados de Guardia y de Urgencia.* Artículo 121. En las causas de que conocen los Tribunales Populares, si en la sentencia se impusiere alguna pena de muerte, el Presidente preguntará a los Jueces de Hecho, una vez dictado el fallo, si estiman procedente la revisión de una causa por nuevo Juez. El Tribunal de Hecho resolverá esta cuestión por mayoría, en votación secreta, que se verificará por medio de bolas; y la revisión afectará a todos los procesados.

Se procederá en igual modo, también, en las demás causas, cualesquiera que fueren las penas impuestas, solamente cuando la Sección de Derecho lo propusiere el Jurado por unanimidad, una vez dictada la sentencia.

Art. 122. Las causas de la competencia de los Tribunales Populares y de los Jurados de Guardia en las que se dictaren sentencias de las que, por la naturaleza de la pena impuesta, haya de darse conocimiento al Gobierno, podrán también ser revisadas cuando, a juicio de éste, previo informe de la Sala de Gobierno del Tribunal Supremo, existan razones de equidad o de un alto sentido de justicia que así lo aconsejen.

La revisión se efectuará ante el mismo Tribunal que hubiere dictado el fallo, previa la renovación de los Jurados populares.

En ningún caso habrá segunda revisión.

Art. 123. En las causas de que conocen los Jurados de Urgencia, éstos podrán acordar la revisión del fallo, de oficio, a instancia del Ministerio Público o de las autoridades gubernativas que hubieren denunciado los hechos sancionados después de transcurridos seis meses, a contar desde la fecha en que haya comenzado a cumplirse la sanción impuesta, sin que puedan acordar la revisión con anterioridad.

La resolución que recaiga habrá de dictarse en el plazo máximo de quince días, y no podrá agravar la sanción ya impuesta.

Art. 124. Contra las sentencias dictadas por los Tribunales Populares, en su caso, por los Jurados de Guardia en causas por los delitos que mencionan los números segundo y tercero del artículo diez de este Decreto, no podrá haber recurso alguno.

perior de la vida social, el individuo será condenado pero no a prisión, ni a privación de libertad, ni a reclusión; será condenado a separación de la Sociedad. Separación de la Sociedad para vivir en condiciones inferiores, no. Para vivir en condiciones superiores a la propia Sociedad. Una Ciudad penitenciaria.

Ciudad penitenciaria, pero Universidad al mismo tiempo. Porque deben-estar acumulados allí, en esa ciudad, todos los elementos más importantes del progreso de nuestra civilización. Deben estar allí, lo mismo que en la Sociedad, siendo la síntesis de todos los pueblos y ciudades del mundo. Porque no penséis que eso de vida social, que eso de Sociedad, sea un elemento y una unidad. ¡Cuánta diferencia hay entre la vida en una aldea y la vida de una metrópoli! ¡Cuánta diferencia hay! Los que viven en la aldea tienen solamente un cinco por ciento de los elementos de vida que tiene una ciudad. De hecho, el que vive en una aldea, vive en un presidio; están privados del noventa y cinco por ciento de las cosas que tenemos los que estamos en Valencia o en Barcelona. Y la Ciudad penitenciaria tendrá acumulados todos los elementos más importantes del progreso, no ya solamente en la aldea, en la ciudad, en España, sino en el mundo: teatros, cines, deportes, parques, universidades, museos, en fin, todo cuanto pueda contribuir a dar un hombre a la Sociedad, no en condiciones de inferioridad, sino en condiciones de superioridad.

Cuando salga un hombre, si quiere salir, porque después de cumplida su pena si quiere quedarse se quedará; cuando salga un hombre de la Ciudad penitenciaria, este hombre será cinco veces superior en cultura, en sociabilidad al resto de los ciudadanos que vivimos fuera de la Ciudad penitenciaria.

¿Castigos? Nosotros no impondremos castigos. Ellos tendrán su tribunal, ellos

Tampoco podrá promoverse ningún recurso contra los fallos de los Jurados de Urgencia.

Contra los fallos de los Jurados de Seguridad, sólo procederá el recurso de apelación que regulan los artículos quince y siguientes de las Leyes de veintiocho de julio de mil novecientos treinta y tres, del que conocerán los Tribunales Populares conforme determina el artículo sesenta y nueve del presente Decreto.

Art. 125. Contra las sentencias que dicten los Tribunales Populares en causas por los delitos a que se refieren los números primero y cuarto del artículo diez de este Decreto, se concede recurso de plena jurisdicción para ante la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo, que podrán promoverlo el Ministerio Fiscal o las partes por los motivos siguientes:

- a) Por infracción de las leyes sustantivas.
- b) Por quebrantamiento de las formas esenciales del procedimiento.
- c) Por injusticia notoria en la apreciación de las pruebas.

La Sala, al emitir su fallo, podrá confirmar la sentencia recurrida, casarla y dictar la que proceda en justicia, o acordar la revisión de la causa ante nuevo Jurado.

En este último caso, no se dará recurso alguno contra la nueva sentencia, pero sí la Sección de Derecho estimare que de la rigurosa aplicación de las disposiciones legales de las contestaciones dadas por el Jurado a las preguntas del veredicto, resulta notoriamente excesiva la pena, atendiendo al grado de malicia y daño causado por el delito, podrá proponer al Tribunal Supremo la conmutación de aquélla por vía de indulto [...].

Capítulo XII. *De la responsabilidad criminal de los jueces, Jurados y Fiscales que administran la justicia penal popular.* Art. 128. Podrá exigirse responsabilidad criminal a los Jueces o Magistrados, Jurados y Fiscales de los Tribunales Populares, Jurados de Urgencia, de Guardia y de Seguridad y a los del Tribunal Popular de Responsabilidades civiles, cuando infringieren los preceptos relativos al ejercicio de sus funciones, en los casos expresamente previstos en el Código Penal o en otras Leyes [...].

Art. 129. La responsabilidad a que se refiere el artículo anterior será exigible ante el Tribunal Especial establecido por la Ley de trece de junio de mil novecientos treinta y seis, y conforme a los trámites que determina dicha Ley, sin otras modificaciones que las consignadas en el artículo que sigue.

Art. 130. Los Jurados del Tribunal Especial, creado por la Ley de trece de junio de mil novecientos treinta y seis, y sus suplentes, deberán reunir las condiciones exigidas por el párrafo segundo de la base primera de dicha Ley.

Cada una de las dos listas que ha de formar la Dirección General de Estadística, conforme a lo prevenido en el párrafo tercero de la misma base, comprenderá cincuenta nombres por lo menos, y una vez formada, se dará traslado de ellas, para su aprobación definitiva, a la Junta Central del Censo, la que acordará las inclusiones y exclusiones que procedan y recabará de la expresada Subdirección General de Estadística cuantos antecedentes estime necesarios.

Serán excluidos de las listas de referencia las personas desafectas al régimen [...].

Disposiciones transitorias. Primera. Los jurados que hayan actuado como tales en el

aprenderán a ser jueces, ellos aprenderán a regirse. Tendrán un régimen corporativo, y por cada uno de los ramos del trabajo se nombrará un delegado; se formará el Consejo de la Ciudad penitenciaria; se harán sus leyes; se harán su Código; se harán su justicia; adoptarán sus determinaciones y sus disposiciones. Esto es lo que harán en la Ciudad penitenciaria. ¿Qué más podemos pedir? ¿Es que a alguien puede saberle mal que se reeduce eficazmente al hombre para que pueda reintegrarse al seno de la sociedad, no como un elemento tarado, nocivo, sino como un elemento capaz de superar la vida de esa sociedad? ¿Y en qué condiciones podrá ir allí? ¿A veinte, treinta o cuarenta años de presidio? No lo creáis. Empezará por no haber presidio, pero habrá acaso cinco años, como máximo, de separación del cuerpo social, al ser internado en la Ciudad penitenciaria por el delito, vulgarmente criminal, contra la propiedad colectiva o individual, según la que exista. Y por el delito de asesinato, acaso haya solamente diez años de separación. Pero es que tampoco serán los diez años. Ya dice nuestra Constitución, la de hoy, que quedan anulados los indultos generales, pero no los indultos particulares.

Lo que no posibilita todavía nuestro sistema penal, el actual, a tenor del espíritu de la Constitución, es que el individuo pueda liberarse a sí mismo, ni conocer los órganos de liberación del individuo, y en la Ciudad penitenciaria podrá liberarse cuando quiera. Todos sus actos serán reconocidos y controlados desde el primer momento que entre. En una sociedad sin los partidismos de los actuales momentos, con una actitud no política, pero gremial, podría, todavía, haber injusticias, y para que no existan, se revisará forzosamente la conducta de cada uno de los individuos que lleven más de dos años de la condena y que no sean liberados.

Esta es, pues, en una síntesis rapidísima, nuestra idea de la Ciudad penitenciaria. ¿Cuánto tiempo durará? ¿Es que fomentaremos la delincuencia? No. Pero cada uno de los ciudadanos que ingresen en la ciudad penitenciaria saldrá de ella como un nuevo elemento revalorizado para ser útil al resto de la sociedad. Esta es la afirmación clara y categórica, a través de esta edificación socialista. Se verá la experiencia de lo que el mundo puede llegar a ser en manos de una inteligencia y de una condición netamente proletaria y netamente socialista.

Nos encontramos todavía, al afrontar el otro gran problema que hay planteado (abordado ya y en vías de realización), el problema de la delincuencia político-fascista, con que existen, aprobados por decreto, los campos de trabajo.

Parece ser un enorme contrasentido que un ministro de Justicia anarquista, anarquista cien por cien, de hoy, de ayer y de siempre, que haya sido el que haya llevado a cabo en España la creación de los campos de trabajo.

Si yo en mi pensamiento hubiese solamente calculado sobre la creación de los campos de trabajo, indudablemente que podría aparecer como un monstruo; pero campos de trabajo hay en Alemania y campos de trabajo deben de haber en Italia. Pero es que no será lo mismo, ni tiene las mismas razones de ser. Porque escuelas hay en Alemania y escuelas hay aquí, y educación hay en Alemania y educación hay aquí, y mientras que allí la escuela y la educación son para exaltar el dolor del fascismo criminal, aquí la escuela y la educación servirán para exaltar el valer del proletariado revolucionario.

Campos de trabajo aquí. ¿Pues qué? ¿Es que íbamos a mantener en la holgazanería, en ese dulce vivir de devorar las pocas economías que quedan de España,

Tribunal Popular, Jurado de Urgencia o Jurado de Guardia durante cuatro meses, cesarán en el desempeño de su función, dentro del término de quince días, a partir de la publicación del presente Decreto, y al objeto de que en ningún caso pueda interrumpirse la acción de los Tribunales de Justicia, los Presidentes de las Audiencias requerirán a los Comités provinciales de los partidos políticos y organizaciones sindicales que hayan de tener representantes Jurados con arreglo a la proporcionalidad actual, para que, con la debida urgencia, propongan los respectivos sustitutos [...].

Segunda. En tanto duren las actuales circunstancias derivadas de la sublevación, todos los sumarios que se incoen por los delitos que señalan los números segundo y tercero del artículo diez de este Decreto, se tramitarán por el procedimiento sumarísimo establecido en los Códigos de Justicia Militar y Penal de la Marina de guerra.

Dado en Valencia, a siete de mayo de mil novecientos treinta y siete.»

a centenares de miles de hombres, esperando tranquilamente a que mañana, una amnistía, los volviera a sus privilegios después de haber arrasado España y haberla destruido?

Vosotros sabéis, que en cualquier guerra de tipo internacional, la nación que pierde la guerra paga a la vencedora, en concepto de reparaciones, una cantidad de miles y miles de millones de pesetas. ¿Y quién pagará aquí, el día de la victoria, cuando hayamos nosotros triunfado? ¿Quién nos paga? Las fábricas destruidas, las ciudades arrasadas, los caminos deshechos, los puentes aniquilados, las cosechas consumidas, y todos los recursos del Estado español quemados en la guerra; meses y meses las fábricas produciendo para la hoguera incendiaria. ¿Qué pasaría después? ¿Cuál es el cortejo que sucede a toda guerra civil? Por efecto de esa destrucción nacional, a toda guerra civil sucede el hambre, y con el hambre el bandidaje. ¿Es que no hemos de tener previsto ya que las masas obreras tienen niños, tienen chiquillos al frente de sus organizaciones y al frente de su gobierno para no tener previsto ya, no solamente las calamidades que tienen que venir, sino los elementos indispensables para hacerles frente? Todo tiene que estar previsto. Y tienen que trabajar, tienen que pagar todo el daño que han hecho, con el esfuerzo de su trabajo. ¿No trabajáis vosotros? ¿No trabajamos nosotros? ¿No hemos trabajado siempre? ¿Por qué no tienen que trabajar los niños de los millonarios, los militares, los curetas?...

En España, el campo de trabajo es anterior a la Revolución. El campo de trabajo en España, ¿sabéis cuándo nace? Nace ya en el siglo pasado, cuando en los pueblos y en las aldeas, en la rebotica del señor alcalde, en el interior de una farmacia, se reunían los espíritus inquietos del pueblo y de la aldea y de la ciudad, y comentaban, con aquel estilo peculiar del republicano de aquellos tiempos, que era lo más avanzado, que España era un país que tenía que repoblar sus montes, era un país que tenía que canalizar sus ríos, era un país que tenía que cruzarse de canales, de carreteras y ferrocarriles. ¿Qué hacía aquella gente? No pedía nada más que los campos de trabajo.

Por eso hoy, después de la guerra civil, en la que hemos consumido toda la riqueza de España, y antes también, cuando no la habíamos consumido, la canalización de los ríos en España, la repoblación de los montes, el convertir en jardines estos eriales de nuestra España, lo que antes era un imposible, seguiría siéndolo, porque no había dinero ni en los Municipios ni en las arcas del Tesoro, y con los salarios de tipo sindical no era posible emprender estas obras de reconstrucción.

¿Cómo han de hacerse pues? ¿Cómo? Haciendo trabajar a los que nunca trabajaron, manteniéndolos, pero no pagándoles; porque tienen derecho a cobrar, a percibir un salario y a disfrutar de toda la vida social, los que han trabajado desde chiquillos, como nosotros, como vosotros. Esos tienen todos un derecho, pero los que nunca trabajaron, esos tienen que trabajar como una imposición, como un deber, y trabajar en los más rudos, en los más difíciles y penosos de los trabajos.

¡Cuántos desean en tierras de Murcia, en tierras de Castilla; cuántos sueñan con el río que brota y corre en torrentera, para regar, para refrescarse en esas tierras sin árboles, sin plantas! ¡Cuántos hay que sueñan con las tierras nórdicas, de nubes y musgo verde y plantas frescas y feraces! Ese sueño de nuestros campesinos, de nuestros labriegos ardientes, ¿quién va a realizarlo? Si es una obra de gigantes, ¿quién puede realizarla? Quien puede realizar ese milagro y hacer de España un vergel, donde los niños corran y chapoteen por las torrenteras y se refocilen en los montes, son esos cien mil fascistas, trabajando con el pico y con la pala.

Esa es, pues, nuestra obra de hoy. Trabajar en una riqueza reproductiva.

No hay nadie, pues, que tenga derecho a atrepellar, ni de palabra ni de obra, a los presos, sobre todo al preso común.

La nueva formación de guardias y de policías, lo sabe ya. Nadie tendrá derecho a apaleal al detenido cuando sea detenido.

Serán las penas de trabajo, penas de trabajo. Serán las penas de la Ciudad penitenciaria, penas de Ciudad penitenciaria, pero quien las impondrá será el pueblo erigido en tribunal mediante sus órganos de justicia, nunca a priori de concepciones policíacas, de cuartelillo, ni de concepciones policíacas de partido o de organización.

Es la hora de la responsabilidad. No haremos nada, absolutamente nada, si no nos plegamos férreamente a esta responsabilidad. Justicia, sí; justicia rectora, sí, de todos los actos de la vida de los ciudadanos y de los pueblos, porque la justicia es el arte de modelar a los hombres y el arte de modelar a los pueblos.

Para ello pues, disciplina, camaradas. Disciplina, trabajadores, vamos a intentar hacer una justicia revolucionaria. No me convertáis vosotros en un perseguidor vuestro. Sed vosotros mismos quienes frenéis vuestros impulsos, quienes frenéis vuestros instintos. No luchéis los unos contra los otros si sois hermanos proletarios. No matéis al semejante, no atrepelléis a nadie. Por discrepancias que haya entre vosotros, la inteligencia tiene recursos suficientes para vencer todas las diferencias, y donde no haya inteligencia la honradez y la buena voluntad.

Pensad que todo cuanto hemos hablado aquí no es el sueño de un iluso. Es la construcción socialista de un sistema penal por todos compartido, por todos sentido, por los mismos maestros de barbas que antes se llamaron Kropotkin y Carlos Marx; todos pensáis así, hasta los propios liberales demócratas. ¿Quién no sentirá, de todos cuantos luchan hoy, la creación ideal de la vida que es la justicia, una justicia no ciega, sino humana y comprensiva? Eliminar el mal, siendo cada uno de nosotros el ciudadano que aspiramos a ser, cuando hablamos de nuestra Sociedad. Lo mismo los comunistas libertarios que los socialistas, que los demócratas, cuando decimos que es nuestra Sociedad ideal. ¿Es que creéis que ni la nuestra ni la vuestra, ni la de los demócratas puede ser una Sociedad ideal de hampones, de bandidos y de asesinos? ¡Si lo ideal es la bondad, si lo ideal es la belleza, si nuestro ideal es el poder vencer cada día la bestia que nos acecha, para hacer florecer en nosotros el ideal de nuestra vida!»

Las Escuelas populares de Guerra empezaban a funcionar. El reclutamiento de alumnos se llevó a cabo como se hizo en Barcelona, siendo los resultados más o menos idénticos. Los planes también eran de estudios y prácticas intensivos, que no permitían las distracciones.

Siempre se producen incidentes en las colectividades humanas. Los hubo en las Escuelas, pero en escasa proporción. Sólo cabe mencionar dos, ambos acaecidos en la Escuela de Artillería de Lorca. El primero fue promovido por un joven militante de la CNT, que tuvo que ser expulsado. Su novia lo acompañó a Lorca y él se fugaba todas las noches para irse con ella, rompiendo la disciplina establecida. De nada valieron sus reclamaciones. Queríamos alumnos que en tres meses de total dedicación a los estudios y a las prácticas pudiesen merecer el título de tenientes en campaña. Cuando fuesen aprobados, de ellos dependerían las vidas de los soldados que les fuesen encomendados.

El otro caso fue el de un alumno apellidado Mangada. Era hijo del coronel Mangada, que se hizo famoso en los primeros tiempos de la sublevación militar por permanecer fiel a la República y a sus convicciones, pues era liberal y republicano de toda su vida. En aquellos primeros tiempos de columnas de voluntarios, el coronel Mangada mandó una columna que llevó su nombre.

Seguramente que el ser hijo de un padre que gozaba de justa fama había maleado al hijo. En los estudios, durante la comida, hasta en las clases, éste lanzaba largos discursos de exaltación de la lucha que sosteníamos, de crítica de los sistemas políticos, de cuanto se le antojaba discursar. Perdía el tiempo y lo hacía perder a los demás, perturbaba el ritmo de trabajo. También se le expulsó.

Protestó de la expulsión su padre. Vino a visitarme la madre, para pedir una honrosa reposición de su hijo. No lo logró. Con visible disgusto me increpó y casi me insultó. Díjome que ni en los tiempos de la monarquía se había visto la rigidez de opiniones que observaba en mí. Sólo una persona de mentalidad reaccionaria podía disponer la expulsión de un alumno por pronunciar

1. [NDE]. Transcripción de *Solidaridad Obrera* de Barcelona, 1 de enero de 1937.

discursos, lo que equivalía a no ser yo partidario de la libertad de opinión y expresión.

—Creo, señora Mangada, que equivoca usted las circunstancias —le dije—. Si se tratase de un socio del Ateneo de Madrid, y hubiese sido expulsado por hacer discursos, atinados o no, tendría usted toda la razón. Pero si por el hecho de tener un padre militar insiste usted en torcer la natural inclinación de su hijo, forzándolo a ser también militar, cuando bien claro se ve que ha nacido para abogado, hombre de letras o político, yerra usted, yerra el padre y sale perjudicado el hijo. Su hijo, lo militar no lo siente. Nada tiene, pues, que hacer en la carrera de las armas.

Desde un principio me propuse que la organización y funcionamiento de las Escuelas populares de Guerra no se apartasen ni un ápice de la creada en Barcelona con arreglo a mis directrices.

En la de Barcelona no existían los comisarios, y no existía el Comisariado en las unidades combatientes del frente y de retaguardia de Cataluña.

Consideraba que el Comisariado que funcionaba en el resto de la España republicana era una de las muchas trampas sugeridas por los consejeros soviéticos a los poco preparados dirigentes del Partido Comunista español. Cada una de ellas no tenía más objeto que crear cinturones de hierro que en su día les permitieran repetir en España la experiencia de estrangular la revolución eliminando la democracia obrera y aniquilando políticamente a quien no poseyese el carnet del partido.

El Comisariado era ideal para la realización de esos propósitos. El comisario general, Julio Álvarez del Vayo, estaba dominado por los comunistas; la mayoría en los subcomisariados generales también la tenían ellos, con Antonio Mije, del PCE; Crescenciano Bilbao, del PSOE; Felipe Pretel, de la UGT, quedando fuera de su influencia Gil Roldan, de la CNT, y Ángel Pestaña, del Partido Sindicalista. La hegemonía que ejercían en el Comisariado tenía que proporcionarles la dominación de todo el ejército. Y esperaban aprovechar todas las circunstancias, hasta la de que Largo Caballero no podía con la complejidad de los asuntos de la presidencia del gobierno y el Ministerio de la Guerra.

Ya estaban cayendo en sus redes, y no lentamente, el Comisariado y el Ejército, fuese por la designación de un comunista o por la de un socialista filocomunista, o por el dominio ejercido sobre los militantes de Izquierda Republicana, totalmente minada por los criptocomunistas.

Las unidades del ejército tenían mandos militares comunistas y comisarios comunistas, o estaban plagadas en su largo escalafón de comisarios: el comisario de División, pegado al jefe militar divisionario; los tres comisarios de Brigada, los numerosos comisarios de batallón y compañía; el Estado Mayor de la División y la Intendencia divisionaria tenían cada uno otro comisario.

Si los comisarios informaban mal de su jefe militar, lo que ocurría siempre que éste se negara a pedir el carnet del partido, no ascendía nunca o era postergado. El cuento que se traían los comunistas era que el comisario controlaba al jefe militar. Pero en la práctica el comisario comunista solamente controlaba al jefe o al oficial que se había negado a pertenecer al partido; al aceptar el carnet, eran declarados dignísimos de confianza, no siendo vigiladas desde ese momento sus decisiones ni sus órdenes.

Mi orden a los directores de las Escuelas de Guerra de no permitir la entrada en ellas a ninguna persona que no fuese portadora de un salvoconducto firmado por mí, iba dirigida también contra toda pretensión del Comisariado de colocar en ellas a sus representantes. Como no les fue permitida la entrada en ninguna Escuela, se fueron presentando en mi despacho los cuatro comisarios designados para cada una de las Escuelas, con la pretensión de lograr mi

asentimiento. No fue así. Me negué rotundamente. El Comisario general y ministro de Estado, Alvarez del Vayo, acudió con la queja a Largo Caballero, quien desestimó la pretensión de Alvarez del Vayo de promover una reunión de los tres para tratar del asunto. Con buen acierto, porque yo no hubiera transigido, lo que habría traído aparejado el planteamiento de la crisis si el Comisario general hubiese mantenido sus pretensiones. Y muy astutamente, Largo Caballero eludió presentar el asunto al Consejo superior de Guerra, para no colocar a Alvarez del Vayo de cara a la pared, pues sabía que se encontraría en minoría. Por entonces, en caso de votación, solamente podía contar con Uribe, mientras que yo, posiblemente hubiese sumado el voto de Isgleas, consejero de Defensa de Cataluña ya incorporado al Consejo, el de Irujo, representante del País vasco, y el de Indalecio Prieto, siempre opuesto al Comisariado, que venía mermando su autoridad en la Marina y en la Aviación. Y había que descontar que el voto del ministro de la Guerra fuese neutral.¹

Largo Caballero convenció a Alvarez del Vayo para que dejara el asunto en sus manos y llegar a un acuerdo con el ministro ponente de las Escuelas de Guerra. Largo Caballero me llamó, dándome cuenta de las quejas del Comisariado a propósito de mi actitud de no admitir comisarios en las Escuelas de Guerra, lo que contradecía seriamente el decreto de creación del Comisariado, adoptado antes de que la CNT participara en el gobierno, pero cuya observancia era inevitable mientras no fuese derogado.

Mantuve mi posición. Alegué que el Comisariado se había creado por desconfianza hacia los jefes y oficiales con mando en tropas combatientes, a fin de evitar que un jefe traidor llevase deliberadamente su unidad a la destrucción o la entregase al enemigo. Y tal riesgo no se corría con las Escuelas y sus alumnos. Iguales garantías, por no decir mayores, ofrecían los alumnos que los comisarios, pues aquéllos eran admitidos únicamente si poseían el aval de sus respectivas organizaciones o partidos. El alumno sólo pasaba a ser militar cuando dejaba de ser alumno y era promovido teniente en campaña, que era cuando pasaba a disposición del Ministerio de la Guerra, para ser incorporado al ejército en espera de destino.

—Le sobran a usted las razones, me dijo Largo Caballero. Si sólo dependiese de mí, ahora mismo decidía la no entrada de los comisarios en las Escuelas de Guerra y, además, la disolución del Comisariado. También he llegado a algunas de sus conclusiones. Pero no es todavía el momento de poner en práctica ciertas resoluciones. Alvarez del Vayo será insistente en el asunto de los comisarios. Yo podré entretenerlo con los argumentos de usted. Pero al fin tendremos que llegar a una decisión. ¿Qué le parece una transacción? Por ejemplo, que dos comisarios fuesen de la CNT y de su confianza y dos de la UGT y de mi confianza? No olvide que ustedes, los confederales, ocupan un sub-comisariado general en la persona de Gil Roldan.

—Lo dejo en sus manos —contesté a Largo Caballero.

Y nos despedimos con un afecto que no había existido antes. Experimenté como un súbito despertar. Pensé que Largo Caballero había iniciado conmigo un cambio notable, expresión de una voluntad de aproximarse a los anarcosindicalistas, lo que suponía su alejamiento de comunistas y soviéticos.

Bajo esta impresión me fui al Comité nacional. Le expuse lo ocurrido a Marianet. Convinimos en que, reservadamente, llevase él un expediente de motivos de aproximación a nosotros de Largo Caballero y de la UGT y de aleja-

1. [NDA]. Isgleas, como Irujo, representantes ambos de gobiernos autónomos y con frentes de batalla dependiendo directamente de ellos, fueron incorporados al Consejo Superior de Guerra con el fin de asociar lo máximo posible las direcciones bélicas en nuestra zona.

miento respecto al Partido Comunista y a los soviéticos. Porque de progresar en aquel sentido, todavía podríamos llegar a una efectiva entente sindical para asegurar que prevalecieran los intereses españoles frente a injerencias extranjeras.

Sí, el nuevo año prometía ser decisivo. El haber sido alertado por la actitud de Largo Caballero me permitía —nos permitiría— penetrar en el fondo de muchas maquinaciones, convergentes al logro del poder por el Partido Comunista, posiblemente a través de un socialista, de un republicano o, ¿por qué no?, de un anarcosindicalista.

¿Había ocurrido algo entre Largo Caballero y Rosenberg? Algo debía ocurrir. Algo estaba ocurriendo. Lo importante era saber en qué etapa estábamos de ese algo, si al principio, a la mitad o al final. Lo que ello afectase a la CNT era cosa ya determinada desde el día y hora en que Horacio Prieto condescendió a la escuálida entrada de la Organización en un gobierno dominado por un Partido Socialista, verticalmente dividido desde siempre, y unos partidos republicanos en competencia mutua de radicalismo izquierdista. Dentro de aquel conglomerado, la CNT hacía el papel de islote. Nuestra Organización, mayoritaria en la zona republicana, no se decidió a tomar el poder revolucionariamente ni a gobernar con mayoría de ministros en el seno del gobierno, ni tampoco a reclamar los ministerios que podían decidir las situaciones: Guerra, Marina y Aire, Gobernación.

Y lo que iba a ser se estaba perfilando nítidamente. Donde se cocían las habas era precisamente en una habitación del hotel Metropol, residencia del embajador soviético. Lo iremos viendo.

—¿Es el compañero García Oliver? —me preguntaba al teléfono una voz quebrada, como de enfermo.

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Rosenberg. Me dije: si la montaña no viene a ti, ve tú a la montaña. Le llamo para invitarle a cenar conmigo, en mi habitación. Le debo esta invitación desde la noche en que usted nos atendió tan gentilmente en Madrid, ¿recuerda? La noche de la partida del gobierno a Valencia.

—Lo recuerdo perfectamente.

—¿Acepta cenar conmigo?

—Con mucho gusto. ¿A qué hora? ¿Ya? ¿Ahora mismo? Voy para allá.

Yo era, pues, la montaña. Y él, Mahoma. Había que ver qué traía dentro el afable judío comunista. Si él tomó la iniciativa, señal era de que la tela que se pensaba tejer no era aún ni pie ni trama. A lo mejor, era sólo algodón en rama a punto de entrar a las cardas.

La cena fue sencilla. Rosenberg estuvo amable en su papel de anfitrión que desea atraerse a su invitado. Yo, terrible polemista de café, me lucí sacando consecuencias a cosas sin importancia. Lo importante seguía permaneciendo oculto en la cabeza de Rosenberg, quien tenía la ventaja de poder disimular haciendo honor a la hospitalidad. Por mi parte, eludía llegar a uno de esos planteamientos que deben terminar, acaso prematuramente, en un sí o un no. Aprovechaba cualquier motivo para esparcir las nubes de mi infatigable retórica.

Leve puntadita de halago:

—Cualquiera se habría hecho cotizar la paternidad de la estrategia que desplegó ante nosotros la noche del 7 de noviembre, dándole publicidad a su decisiva participación en la defensa de Madrid. En cambio, usted no ha hecho la más mínima mención de ello. Todavía se está a tiempo. ¿No le parece que sería bueno sacarlo ahora a la luz pública, aquí y en el extranjero, principalmente en la Unión Soviética?

—¡Oh, no! Si alguno de los presentes aquella noche lo hubiese hecho públi-

co, me habría parecido la cosa más natural del mundo. Pero hacerlo ahora se parecería demasiado a un gesto de vanagloria.

Terminó la cena. Nos despedimos muy amigos. Al menos en apariencia. Para mí todo quedó claro: se estaba montando una maniobra tendente a desplazar a Largo Caballero del poder, quizá también para introducir notables cambios en la composición y en la orientación del gobierno. Pero aquella maniobra no había llegado a ser de grupos políticos; estaba limitada aún a la busca de un hombre capaz y lo bastante astuto y ambicioso como para avenirse a sustituir a Largo Caballero. Si todo tenía su origen en un *no* que, según rumores, le dieron al embajador, el hombre escogido debería aprender a decir siempre sí.

En el Consejo superior de Guerra se habló de las Escuelas de Guerra. Con excepción del comunista Uribe, que permaneció callado, los demás afirmaron haber recogido versiones positivas sobre su funcionamiento. Isgleas, consejero de Defensa de Cataluña, habló encomiásticamente de mi labor en Barcelona organizando la primera Escuela de Guerra.¹ Lo único que faltaba era que el ministro de la Guerra diese entrada a la primera promoción de tenientes en campaña, cuyas listas traía. Accedió a ello Largo Caballero, y le recomendó entregarlas al subsecretario de Guerra, el general José Asensio. Yo, que me había unido a la demanda de Isgleas, di las gracias al ministro de la Guerra. Ello dio lugar a que, al terminar la reunión, me preguntase amablemente Largo Caballero:

—¿Es cierto cuanto se ha dicho de las Escuelas? ¿Tan bien funcionan?

—Cierto. ¿Qué le parece si mañana giramos visita a una, la de Paterna, que es la más próxima?

—Se lo agradezco mucho. Pero mañana no me será posible. ¿Qué le parece si lo dejamos para pasado mañana, a eso de las once?

—Estoy a sus órdenes.

—¿Vendrá usted a recogerme al Ministerio de la Guerra?

—Lo haría con gusto. Pero, si no tiene inconveniente, desearía que primero pasase usted revista a la Guardia penitenciaria que custodia el Ministerio.

—Me parece muy bien. Entonces, hasta pasado mañana. ¡Agur!

Largo Caballero fue puntual. Dos días después llegó al Ministerio de Justicia, acompañado del subsecretario de la Guerra, general Asensio, y del jefe de Personal, el coronel Antonio Cerdón. Yo lo esperaba en el amplio patio del palacio de Moneada. La Guardia penitenciaria, que tenía a su cargo la custodia del Ministerio, se comportó como debía ante el jefe del gobierno. El oficial de guardia, que era el compañero de Barcelona conocido con el sobrenombre de «El Nanu del Fabril», se le acercó y le dio el «¡Sin novedad!».

Fuimos a Paterna cada cual en su auto. Largo Caballero con el general Asensio y yo con el coronel Cerdón. En otro coche iba el comandante Lara del Rosal, inspector general de las Escuelas de Guerra.

La llegada fue de estricto reglamento: la guardia, formada por alumnos, presentaba armas. El oficial de guardia, también alumno, tenía a su lado un corneta de órdenes, alumno igualmente. Al descender de los autos, en los que ondeaba el banderín correspondiente a los miembros del gobierno, y empezar la marcha, el corneta dio los toques correspondientes a la máxima graduación.

1. [NDA]. La Escuela de Guerra de Cataluña siempre perteneció a la región catalana. Y la de Cataluña, como las de España, fue liquidada por Indalecio Prieto, siendo ministro de la Guerra del gobierno Negrín. Para obedecer órdenes de los comunistas, las substituyó por unos cursos de capacitación militar en los frentes.

Entonces aparecieron el director de la Escuela, coronel Plaza, y los otros miembros de la dirección.

La visita fue minuciosa. La inspección, más que rigurosa. Todo fue visto, inspeccionado y palpado: las salas de estudio, los dormitorios, los comedores, la cocina, los lavabos y los retretes. Llegamos a los patios, en los que fueron realizados ejercicios y marchas por los cadetes, todavía no oficiales del futuro ejército revolucionario o, simplemente, del pueblo. Era la expresión de un orden nuevo.¹

Llegó el momento de despedirnos. La visita había terminado. Fueron de Largo Caballero las siguientes palabras:

—Reciba usted y todos sus colaboradores mis emocionadas felicitaciones. Además, reciba las gracias de este ministro de la Guerra, que esperaba mucho, pero no tanto ni en tan poco tiempo. Creo haber comprendido su clave del éxito: usted cree en la capacidad creadora de los trabajadores. Y yo también.

Justicia a la antigua

Tenía mucha experiencia en materia de prisiones para esperar que, por el solo hecho de haber nombrado a dos buenos amigos y compañeros para los cargos de director general e inspector general, me dejase engañar por la rutina carcelaria de los empleados de prisiones y que, aun procediendo de la «Escuela de Salillas», éstos diesen efectivamente el trato humano a que todo preso es acreedor, aunque se tratase de presos sospechosos de pertenecer a organizaciones falangistas, o detenidos por haber tomado parte en la sublevación a que hacíamos frente.

¿Cómo se comportaban los presos fascistas? Había que enterarse. Pero no a base de informes de la Dirección o Inspección de Prisiones, sino personándose en ellas, a la manera antigua, como debieron hacer los ministros de Justicia de hacía cien o doscientos años, o los alcaldes de las ciudades, que en dicho terreno tenían facultades de inspección, por cuanto los presos eran alimentados con dineros de los ayuntamientos. No era necesario ir muy lejos. Allí mismo, en Valencia, podía visitar la prisión celular para hombres y la cárcel de mujeres. Además, quería ver personalmente el estado en que se encontraba la prisión central de San Miguel de los Reyes, que según me dijeron había sido arrasada por la revolución.

Para llevar a cabo esas visitas, cité para las dos de la tarde en mi despacho a Antonio Carnero y Jaime Nebot. No les apercibí por la mañana, para no darles ocasión de avisar a los directores de las cárceles, pues quería caerles encima sin que lo supiesen.

1. [NDE]. Sobre la actividad de Juan García Oliver como organizador de las Escuelas populares de Guerra, Martín Blázquez, oficial de carrera, autor de un libro sobre la formación del ejército popular, escribió lo siguiente:

«Cordón y yo entramos en contacto con él, pero todo lo que nos dejó hacer fue ejecutar sus instrucciones. Cuarteles, instructores, equipos, todo lo que podíamos pedir era concedido inmediatamente. Oliver era infatigable. Decidía todo y todo lo supervisaba personalmente. Se ocupaba de los detalles más nimios y velaba por la perfecta ejecución de sus consignas. Se interesaba igualmente por los horarios de los estudiantes y sus comidas. Pero, sobre todo, insistía para que los nuevos oficiales fuesen entrenados en la disciplina más estricta.

Yo, que no creo en la improvisación, estaba estupefacto ante la capacidad de organización de este anarquista catalán. Observando la habilidad y la seguridad con que actuaba, comprendí que era un hombre fuera de lo corriente y no pude por menos que deplorar que semejante talento se hubiese puesto al servicio de actividades de destrucción.» (*Helped to Build an Army*, Londres, Secker and Warburg, 1939, p. 299. Citado por Burnett Bolloten, *La révolution espagnole*, París, Ruedo ibérico, 1978, p. 349.)

Primero fuimos a la prisión central de San Miguel de los Reyes, «*Cementerio de hombres vivos /donde se amansan los bravos I y se olvidan los amigos*», como reza una guajira carcelaria.

En efecto, estaba completamente destrozada. Nada quedaba en pie. Ladriillos y partes de puertas quemadas por todos lados. Las tuberías colgaban de las paredes y techos, rotas. Los cables de la luz también. La cocina había sido convertida, a fuerza de pico, en trinchera. Solamente los muros podían ser aprovechados. Poner en uso aquel viejo y destartado penal llevaría muchos meses y una asignación presupuestaria imposible de reclamar a causa de los enormes gastos que ocasionaba el sostenimiento de la guerra. Además, aquella prisión era de otros tiempos, de cuando se tenía la idea de «hacer penar» por los delitos cometidos; de ahí que fuese llamada «penal».

Había que descartarlo por completo. Mejor mi concepción de Campos de Trabajo para los condenados fascistas, cuyo lema de «Trabaja y no pierdas la esperanza», venía a sustituir el que aconsejara Concepción Arenal, aquella benefactora de los presos, que rezaba «Odia el delito y compadece al delincuente», con lo cual, el delincuente, que siempre quiere pasar por inocente, declarado culpable por el tribunal, como culpable entraba en el presidio, donde a lo sumo podía esperar algo de compasión. Y mejor resultado aún deberían tener las «Ciudades penitenciarias» para los delitos llamados comunes, cuya pena máxima sería de quince años, indeterminados, de manera que el condenado pudiese recobrar la libertad a los cuatro o los cinco de haber sido sentenciado. El tiempo lo decidiría su conducta.

Al salir del penal de San Miguel de los Reyes di la dirección de la cárcel de mujeres. Muy asombrados, el director y el inspector de Prisiones quisieron adelantarse para prepararme un recibimiento adecuado. Lo impedí. Teníamos que llegar juntos, sorprender a los carceleros en su propia salsa. Así fue. No descubrí ninguna manifestación de desorden. Todo estaba en calma, la calma chicha de las prisiones y de los conventos.

La directora, muy amable, me preguntó qué deseaba visitar. Le respondí que todo, empezando por los dormitorios de las presas, los patios de paseo, la cocina. Los dormitorios eran salas grandes, para acostarse en común. Las camas eran jergones de paja o de hojas de maíz, que se tendían en el suelo a la hora de acostarse y que se tenían recogidos y adosados a la pared durante el día. La sala en que primero entramos estaba completamente vacía, por ser hora de paseo en los patios. Con una excepción: una mujer joven estaba sentada en el jergón y amamantaba a un hijo pequeño, cosa permitida en España a las presas no condenadas todavía, que podían tener con ellas sus hijos menores de cinco años.

Cuando penetramos en la sala dormitorio, la directora, dirigiéndose a la presa sentada, gritó: «¡Levantarse! ¡El señor ministro de Justicia!».

Pero la presa permaneció como estaba, sentada. Hubiérase dicho que nada había oído.

La directora quiso dirigirse a la presa y obligarla a levantarse y adoptar una actitud respetuosa. Había prisiones en España —también en tiempos de la República— en las que el no levantarse a la voz que anunciaba a un simple oficial era motivo de severos castigos. Cuando se trataba del director de la prisión, lo era el no levantarse y el mirar a la cara al director. El preso, en aquel caso, debía estar de pie, muy firme, y con la vista al suelo.

Contuve a la directora. Me acerqué a la presa sentada, deliberadamente sentada. Cuando estuve frente a ella, le pregunté:

—Usted, señora, ¿por qué está presa?

Entonces se puso de pie, sosteniendo en su regazo al hijito.

—Por ser sobrina del generalísimo —respondió.

—¿Necesita usted algo?

—No, señor, gracias.

Seguí adelante. Llegamos a los patios de recreo de las presas. Eran como unas veinte, todas sospechosas de actividades al servicio de los facciosos. Las presas estaban al sol. Los niños, sus hijos, corrían y se divertían. En uno de los patios, en el centro, había plantada una palmera de corta alzada. No daba sombra y era sumamente peligrosa para los niños de las presas, pues alguno podría perder un ojo en sus largos pinchos.

Le dije a Carnero:

—Esta palmera aquí es inadecuada. No da sombra y es peligrosa. Ordena que la quiten y que, en su lugar, se construya una pequeña piscina donde puedan chapotear los niños.

Cuando nos dirigíamos a la salida, la directora se lamentó de la mala conducta observada por la presa sentada. Pretendía su castigo.

—No, no la castigue usted. Pero tampoco la haga objeto de distinciones.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando llegamos a la prisión celular para hombres. Era del tipo parecido a todas las prisiones celulares de España. Más pequeña que la de Barcelona, algo más grande que la de Pamplona. De galerías radiales, con celdas a ambos lados y recortadas en sus principios, que dejaban un espacio circular para centro de vigilancia que siempre miraba hacia las galerías. Los espacios libres entre una y otra galería eran aprovechados para patios de paseo. Y separado de las naves celulares, otro departamento servía de enfermería.

El director nos acompañó, muy servicial. Se le veía hombre de buen carácter, posiblemente poseído de sentimientos humanitarios. No se oían gritos ni provenían ruidos de las celdas. Los presos, terminado el tiempo de paseo, ya estaban encerrados. La prisión se veía limpia y en orden. Como por rutina, le pregunté al director:

•—¿Marcha todo bien en la prisión? ¿Algún problema especial? ¿Está todo en orden?

—En lo concerniente a la función normal de la prisión, todo marcha bien. Sin embargo, algo ocurre que encuentro irregular. Es decir, que se sale del orden de los procedimientos.

—¿De qué se trata? —le requerí.

—Le diré. Usted sabe que, en esta clase de prisiones, usualmente preventivas, se entra y se sale mediante mandato de las autoridades gubernativas o judiciales. Actualmente están entrando presos sin mandato judicial, por orden del jefe del Estado Mayor Central, general Martínez Cabrera, y puestos los presos a su disposición. Lo que me choca es que ésta es prisión civil y no militar y que los detenidos que entran en dichas condiciones son extranjeros.

—¿Y como cuántos se encuentran en esas condiciones?

—Son unos veinte, señor.

—Haga usted que los saquen de las celdas y que los formen al principio de una galería. Los veré uno a uno en el centro de vigilancia.

Sospeché que se trataba de otra anomalía de las Brigadas internacionales, a la que se debió prestar el general Martínez Cabrera, jefe del Estado Mayor Central, inducido seguramente por su ayudante, que era quien le hacía todo el trabajo, dominando sus actividades por completo, y una de cuyas cualidades era la de ser comunista de reciente fecha, o sea, de los peores, de los que se solía decir que picaban como piojos resucitados.

En español o en francés fui interrogándolos uno por uno. Uno de ellos, que hablaba varios idiomas, incluidos alemán e inglés, me sirvió de intérprete. Sus expedientes variaban sólo en los nombres. Todos se habían incorporado

a las Brigadas internacionales para luchar generosamente contra el fascismo. En general, habían pasado por una oficina de reclutamiento que existía en París. Los había franceses, belgas, holandeses, daneses, suecos, noruegos, ingleses. Eran socialistas casi todos, fabianos o socialdemócratas. Algunos eran masones. Si bien eran todos de amplio sentido liberal, ninguno era anarquista.

Coincidían en ignorar los motivos de sus detenciones. Decían que su situación en las Brigadas internacionales empezó a ponerse mal desde el momento en que rehusaron ingresar en el Partido Comunista, sección europea de cada una de sus nacionalidades. La obra de captación era efectuada por los comisarios de las Brigadas.

El director de la prisión me afirmó que ninguno de ellos había sido puesto a disposición de autoridades judiciales, civiles o militares. Que ninguno estaba sometido a proceso. Ni siquiera podía decirse que fueran presos gubernativos. Ingresaban con una orden que decía: «A disposición del jefe del Estado Mayor Central», firmada por Martínez Cabrera.

Los reuní en semicírculo y les dije:

—Debo pedirles excusas por la anomalía de que estén presos. Ni yo, como ministro de Justicia, ni el gobierno teníamos conocimiento de sus detenciones. Podría ponerlos ahora mismo en libertad, pero asumiendo la grave responsabilidad de tener que velar por la vida de cada uno de ustedes, cosa imposible de hacer, máxime en una nación que, como la nuestra, está muy dividida por la guerra y la revolución. Pero puedo asegurarles que mañana saldrán de esta prisión y que serán conducidos, convenientemente custodiados, a la frontera de Francia, donde cada uno podrá tomar el camino que desee. ¡Gracias por haber venido a luchar por nuestra causa! ¡Perdón por el atropello de que han sido objeto!

No fueron las últimas palabras que pronunciaría por tan desagradable asunto. Con la relación de nombres y nacionalidades de los internacionales presos, me dirigí al Ministerio de la Guerra, para hablar con Largo Caballero, máximo responsable, después de todo, pero a quien suponía menos enterado que yo. Estaba en lo cierto. También lo ignoraba todo. Le di la relación de nombres y nacionalidades. Le expliqué que su jefe de Estado Mayor estaba procediendo como un señor feudal de los tiempos en que había señores de horca y cuchillo, con sus prisiones propias en las que encarcelaban a sus enemigos. Y que el hecho de tener en una prisión civil a supuestos justiciables militares, sin expediente de cargos ni inculpación, era sobrepasar la osadía, por ser Valencia sede de las embajadas.

—Es inconcebible —dijo Largo Caballero—. Bien es verdad que su aparente realizador, el general Martínez Cabrera, elegido a propuesta de Indalecio Prieto, podría ser comparado a una muía por su inepticia y terquedad. ¿Qué disposiciones ha adoptado usted? ¿Los ha puesto en libertad?

—No podía hacerlo sin consultarle. Pero les prometí que, a fin de ponerlos a cubierto de cualquier asechanza, mañana serían conducidos con guardia protectora a la frontera con Francia.

—Me parecen disposiciones muy acertadas. ¿No cree que debo hacerme cargo de garantizarles la libertad y el traslado?

—No tengo inconveniente en ello. Pero si usted no dispone de una guardia de confianza, puede hacerlo la guardia penitenciaria.

—No será menester. Son unos veinte, ¿verdad? Un ómnibus de pasajeros y dos coches de escolta serán suficiente. ¿Me ha dicho usted que entre ellos no hay ningún anarquista y que todos son socialistas, laboristas y socialdemócratas, y alguno de ellos masón?

—Eso me dijeron.

—Pues no dude que le harán una gran opinión en Europa. Esos camaradas

no son como los otros, que si no les admites el carnet de su partido, lo presentan a uno como si estuviese apestado.

—Bien. Lo dejo todo en sus manos. Pero permítame terminar el asunto en la parte que corresponde al general Martínez Cabrera. Envíemelo mañana a mediodía. Lo estaré esperando para explicarle que, si bien los ejércitos le pertenecen, a mí me pertenecen las prisiones, las rejas y los grilletes.

Puntual, a las doce del día se hizo anunciar el general Martínez Cabrera. Alto, corpulento como una mole, de barba cerrada en una cara achatada de moro beréber, cejijunto, se me presentó con ceño adusto, pensando acaso inspirarme algo del pavor que debía provocar en sus subordinados.

Le recibí de pie y no le invité a sentarse.

—Mi general, parece que se está desmandando usted.

—¿Puede decirme en qué, señor ministro?

—En atribuirse autoridad para encarcelar en mis prisiones, sin mi conocimiento ni autorización.

—¿Es que como jefe de Estado Mayor no puedo mandar detener a sospechosos?

—Si son civiles, usted no tiene jurisdicción sobre ellos. Si son militares, usted no puede hacerlo por sí y ante sí, sino que debe enviarlos a prisiones militares, con expediente de sospechas y hechos, derivado de los partes de los jefes y oficiales inferiores, responsables en sus unidades, y ponerlos responsablemente a disposición del auditor militar y del juez instructor correspondiente.

—Entonces, según usted, ¿yo, general jefe del Estado Mayor Central no puedo disponer la detención de personas que puedan ser un peligro para la nación?

—No, no puede usted disponer la detención de ninguna persona. Si no me equivoco, las funciones del jefe del Estado Mayor central son la preparación de operaciones militares que nos conduzcan a la victoria. Pues límitese a lo suyo, general, y deje para mis corchetes y jueces el entendedérselas con los sospechosos de delincuencia.

Bombardeos sospechosos

Las precauciones de tipo personal me las planeaba y dirigía yo mismo. El cazador furtivo que era yo tenía que evitar ser cazado como un conejo. Eran muchos los interesados en proporcionarme una súbita desaparición.

Ahora me encontraba en el caso de tener que aplicar toda mi astucia a eludir las asechanzas de quienes pudieran estar aplicados a hacerme desaparecer por la vía rápida del asesinato. Aunque nunca fui valiente, en el sentido lato de la palabra, procuré cumplir en toda ocasión con los compromisos libremente contraídos por mí. No quería ser valiente ni miedoso. Me quedaba el recurso de la astucia: no debía repetir con excesiva frecuencia los mismos pasos, ir a los mismos sitios, comer siempre a la misma hora ni en los mismos lugares, ni pasar todas las noches en la misma casa.

Cuando mi retirada no era a horas avanzadas de la noche, dormía en el hotel Metropol. Cuando por tener que asistir a reuniones mi retirada la hacía a altas horas de la noche, me quedaba a dormir con la escolta en un primer piso requisado de la plaza de Emilio Castelar.

Ese piso lo hube de dejar. La plaza de Emilio Castelar era un magnífico objetivo para un avión y la casa en que dormía estaba enfilada al monumento

a Castelar. Fue lo que ocurrió. Una noche, un avión dejó caer una bomba en la azotea de la casa en que dormía. Fue un tiro de una magnífica puntería. Demasiado buen tiro si se trataba de un avión enemigo procedente de Mallorca o de Aragón. Quien soltó la bomba había estudiado detenidamente el objetivo. Y no precisamente volando, sino plantado frente a la casa. El avión debía ser de los nuestros.

La segunda tentativa, realizada también en avión, como a las siete de la noche, fue sobre el tejado del Ministerio de Justicia. Las tejas quedaron rotas o saltaron a la calle. El edificio, hasta donde yo me encontraba, en el primer piso, se llenó de polvo y humo. La bomba cayó y estalló sobre una de las enormes vigas de madera de roble de un grueso de 20x20. Estalló sobre el despacho de Antonio Carnero y Jaime Nebot, que se encontraban en mi oficina en ese momento. Los había llamado para que me informasen de la situación de las prisiones de Mahón, en las Baleares, y les estaba diciendo que aprovecharan la salida de algún avión para que el inspector general se trasladase a Mahón, diese fe de la existencia del ministerio y resolviese sobre el terreno los problemas que pudiesen haber surgido.

Mi comentario fue, al tiempo que me sacudía la capa de polvo que me envolvía:

—A este paso, creo que lograrán despacharme.

Pasó la alarma. Al rato hubo que responder a muchas llamadas que, por teléfono, preguntaban si era cierto que habían matado al ministro.

¿Quiénes eran los que iban a por mí?

Era, desde luego, un aviador que conocía al dedillo la ubicación de los edificios que yo ocupaba, y hasta las mejores horas de encontrarme. Y no parecía posible que el avión procediese de un campo enemigo.

Me callé. Al día siguiente corrió la versión de que un aviador de los nuestros había robado un avión repleto de bombas y que fue él quien llevó a cabo el bombardeo. ¿Por órdenes de quién? ¿De los comunistas? ¿De los falangistas? ¿De quienes conspiraban en París?

En París estaban muy activos los que conspiraban contra la República. Había ramificaciones de la conspiración que alcanzaban a los gobiernos de Cataluña, del País vasco y de la República. Dos eran los centros conspirativos. El de París, cuyo eje estaba constituido por separatistas catalanes, visiblemente dirigidos por Ventura Gassol, y los nacionalistas vascos que encabezaba Aguirre en Bilbao y que dirigía Manuel de Irujo, ministro sin cartera en el gobierno de la República. Conspiraban con monárquicos de todas las ramas, pero más intensamente con los alfonsinos capitaneados desde Portugal por Gil Robles.

¿Finalidad de los conspiradores?

Restablecimiento de la monarquía en España, poniendo fin a la guerra civil, y mantenimiento de los Estatutos de Cataluña y del País vasco.

Este era el plan, con toda clase de pruebas, evidencias y detalles que puso en mis manos el secretario del Comité nacional de la CNT, Marianet, quien lo acaba de recibir de su Comisión de investigación, que tanto se distinguió en la eliminación del grupo anarquista de Gardeñas. Al oponerme enérgicamente a tales prácticas desde el Comité de Milicias, Marianet, ya muy comprometido con sus componentes, los destinó a investigar las actividades de cuantos marcharan a Francia y fuesen de categoría, aunque se tratase de miembros de la CNT. Los enviados a Francia estaban a las órdenes de Minué y los que quedaron en Barcelona a las de Escorza.

Tenía que reconocer que el trabajo desarrollado en Francia, en el triángulo París-Toulouse-Biarritz, era de valía. El expediente que me entregó Marianet constaba de unos cien folios escritos a máquina y de unas cincuenta fotogra-

fías tomadas por sorpresa a los conspiradores. Tenía el mérito de ser objetivo; ninguna de las entrevistas entre catalanes, vascos y monárquicos señaladas en él dejaba de ir acompañada de sus correspondientes fotografías.

Mientras Marianet esperaba que diese una rápida ojeada a los documentos y fotografías, yo meditaba la estrategia que tendría que desplegar. Tenía que confesarme que la República carecía de leyes especiales para perseguir esa clase de actividades, tan nocivas o más que las desarrolladas por los militares y falangistas sublevados, pues sabotaban cuanto de positivo realizábamos en defensa de nuestra causa y contenían ya gérmenes muy desarrollados de otra guerra civil.

Marianet me dijo:

—Este expediente se abrió cuando me diste cuenta de la fuga a Francia de Ventura Gassol y de las sospechas que tenías. La Comisión de investigación considera haber cumplido en parte solamente su cometido, y yo opino lo mismo. Deberíamos eliminar físicamente a media docena de esos conspiradores. Y yo hubiese dado la orden de hacerlo, a no ser por respetar tus puntos de vista contrarios a esa clase de trabajos. Pero, dime, sinceramente, si desde donde estás lo puedes hacer legalmente.

—Por el momento bien poca cosa se puede hacer. Acaso más adelante. Para ello debo preparar instrumentos legales. En estos momentos, pese a llevar de vida la República más de seis años, no existe ninguna ley que abarque las actividades de esos conspiradores. En el plano en que se están proyectando, dichas actividades deberían quedar tipificadas en un complejo de espionaje, pues comprenden a elementos pertenecientes a los gobiernos de la República, de la Generalidad de Cataluña y del País vasco. Y no existe ninguna ley de persecución del espionaje. Es sorprendente, pero así es. De donde parece resultar aparentemente que, no pudiendo intervenir la ley, queda el campo libre para la acción directa de tu Comisión de investigación. No, Marianet, éste es asunto más complejo, con muchas más ramificaciones, directas o conexas, que ya conoces, por las actividades del embajador Rosenberg.

—¿Entonces no quieres que haya actuación directa?

—No, Marianet.

—¿Crees poder dominar la situación desde el Ministerio?

—No estoy seguro, pero espero que sí.

—¿Cuánto tiempo necesitarás?

—Lo ignoro. Todo dependerá de la reacción de Largo Caballero cuando le entregue este expediente.

—¿Tienes que entregárselo forzosamente?

—Sí, porque hay dos ministros inmiscuidos: Irujo, el vasco, de manera ostensible, y Jaime Aiguader, el catalán, por una de las manifestaciones de Ventura Gassol contenidas en el expediente. Como puedes comprender, detrás de las sombras de Aiguader y Ventura Gassol se proyecta la de Companys, y detrás de la sombra de Irujo la de Aguirre.

—¿Y quién más?

—Donde están los vascos, a la vuelta de la esquina encontrarás siempre a Indalecio Prieto.

—En el expediente no aparece para nada Indalecio Prieto.

—Es cierto, Marianet. Pero habría que ver la vuelta de la esquina.

—¿Y dónde está esa esquina?

—Aquí, en Valencia. Yo la siento cada vez más próxima. No olvides que el aviador que por dos veces bombardeó exclusivamente dos lugares donde residía se elevó de un campo nuestro. Hasta es posible que las bombas que dejó caer hubiesen sido de las fabricadas en Barcelona por las industrias de guerra que inicié yo.

—Si cada día estamos más cercados por la conspiración de fuera y de dentro, y, según tú, hemos de prescindir de la acción directa, ¿me puedes decir qué hemos de hacer?

—Darle tiempo al tiempo. Y por lo que a ti toca, estimular a nuestras organizaciones a una unidad orgánica cada día más sólida y prestas a dar el salto. Si los conspiradores llegan a observar el más leve desfallecimiento en nosotros, o una insensata desunión orgánica, nuestros días estarían contados.

—¿Me tendrás al corriente de lo que decida Largo Caballero?

—Sí, pero tardará algún tiempo. Primero quiero pasar una ley de represión de espionaje que comprenda esas conspiraciones. Cuando la tenga hecha, sea presentada al gobierno y logre su aceptación, entonces será el momento de entregarle a Largo Caballero el expediente de tu Comisión. No antes.

—¿Y por qué no antes?

—Porque, aunque zorro viejo, Largo Caballero resulta algo ingenuo en política. Y me temo que no hiciese el uso debido de una documentación tan grave.¹

El proyecto de ley de represión del espionaje que pedí redactase la Comisión asesora jurídica estaba en estudio. Yo no apresuraba a los miembros de la Comisión ni a mi subsecretario. No quería levantar sospechas ni promover conjeturas. Era un proyecto de ley que debería, en su día, ser aplicado a alguno de los ministros que habían de aprobarla.

Y la vida nos traía a diario novedades. Actitudes inesperadas, pero coincidentes en revelar los movimientos subterráneos.

Por ejemplo: Pasé al gobierno, para su aprobación y promulgación en la *Gaceta*, previa aceptación y firma del presidente de la República, don Manuel Azaña, dos proyectos de decreto sencillos, moralizadores y de espíritu humanitario. Uno de ellos, dando facilidades para la adopción de niños de huérfanos de padres. Con ello incorporaba a nuestra sociedad un aspecto que fue muy debatido en nuestros medios cenetistas y que consistía en que, la familia, primer elemento de integración de la sociedad, sería, posiblemente, el último en desaparecer, por lo que propugnaba un más allá de la familia consanguínea, aconsejando ampliarla al aspecto de familia por adopción. La guerra, con su secuela de bárbaras inhumanidades, como los bombardeos de ciudades, las evacuaciones de la población civil en masa por carreteras y caminos, dejaba largas estelas de niños desamparados, en definitiva condenados al asilo. Ya no habría más vida familiar para esos niños. La ley sobre adopciones existente era de tramitación lentísima y tan engorrosa y cara que parecía hecha para impedir las adopciones. La ley que yo presenté a la firma del presidente eliminaba los obstáculos y facilitaba enormemente las adopciones de niños huérfanos.

Otra ley, de derecho civil también, estaba dirigida a regularizar los matrimonios que se hacían de palabra y no ante una autoridad civil, lo que daba lugar a que las viudas se quedasen sin derechos si el marido moría en la guerra.

El jefe del gobierno, Largo Caballero, me llamó para darme cuenta de que don Manuel Azaña había devuelto sin firmar los dos decretos, alegando que no lo hacía porque eran excesivamente revolucionarios y resultaban atentatorios contra el espíritu de nuestras leyes civiles.

Largo Caballero, como jefe del gobierno, me preguntó muy conciliador:

—¿Qué debo hacer con sus dos decretos no firmados por el presidente? De acuerdo con las facultades que el Parlamento concedió al gobierno estos decretos deberían tener fuerza de ley. Por otra parte, ningún decreto puede

1. [NDA]. ¿Qué hizo Largo Caballero del ejemplar que le entregué? ¿Qué hizo Marianet del ejemplar que se quedó? ¿Estará este ejemplar último entre los documentos guardados en Amsterdam?

ser ley sin la firma del presidente de la República al aparecer en la *Gaceta*. Dígame, y en este caso como ministro de Justicia, qué debo hacer.

—Entiendo que io procedente es llevar a la *Gaceta* los dos decretos sin la firma del señor Azaña, pero sí con el nombre de Manuel Azaña. Yo asumiré la responsabilidad, ante el presidente de la República o ante el Parlamento, si llega el caso de tener que hacerlo. En los tiempos que vivimos, la presidencia de la República sólo puede ser simbólica.

—Tiene usted razón. Enviaré los dos decretos a la *Gaceta* con el nombre de Manuel Azaña y sin su rúbrica.

Como le dijera yo a Marianet, Indalecio Prieto estaba tras de todas las esquinas. Desde una de ellas, la esquina de la presidencia de la República, asomó su espolón de gallo parlamentario.

Fue en el Consejo de ministros. Uno de aquellos Consejos a que daba pena tener que asistir. Porque el jefe del gobierno, Largo Caballero, era a la vez presidente del PSOE y secretario general de la UGT, y se daba el caso de que, en la mayor parte de asuntos que exigían votación, de cuatro ministros socialistas, solamente uno votaba a favor de Largo Caballero. Ese uno, fiel hasta el final, era Ángel Galarza, ministro de Gobernación. Los demás —Prieto, Alvarez del Vayo y Anastasio de Gracia— lo hacían en contra.

A propósito de los muchos proyectos de decreto que se aprobaban y que eran del ministro de Justicia, declaró Prieto en un Consejo de ministros que a él le suscitaban grandes escrúpulos de conciencia, por temor a que el gobierno interpretara mal las facultades otorgadas por el Parlamento de aprobar *a posteriori* todos los acuerdos de gobierno. Eran de tal naturaleza sus escrúpulos, que pensaba si no sería mejor para todos acudir a una consulta electoral, para que, si revolución jurídica tenía que producirse, ésta apareciese bien definida en los programas de cada sector político.

El efecto de las palabras de Prieto fue sensacional. Como él tenía calculado. Indiscutiblemente, era todo un gallo del Parlamento. ¿Llegó a pensar Prieto que después de la andanada rasa al ministro de Justicia éste se levantaría y abandonaría el Consejo de ministros, provocando la crisis que esperaban y deseaban desde que facilitamos con nuestra presencia en el gobierno su huida de Madrid?

Sí. Seguramente lo esperaba. Pero yo, lentamente, repliqué:

—Muy buena idea la de Indalecio Prieto de hacer una consulta electoral ahora. Por nosotros, ministros de la CNT, que no quede en palabras. Hace tiempo que hemos llegado a la conclusión de que, en caso de elecciones, a las que sin duda concurriríamos con candidatos exclusivos, la CNT, mayoritaria en lo que queda de zona republicana en una proporción de dos tercios, las ganaría ampliamente.

El tiro hacía mucho que debió ser disparado. El tiro de cuan absurdo resultaba que siendo mayoritaria la CNT hubiese tenido que soportar una representación tan exigua en el gobierno. Nos correspondía la mayoría de los ministerios de importancia y la jefatura del gobierno.

Fue lo que se captó enseguida. El triunfo electoral de la CNT y un gobierno mayoritario de anarcosindicalistas. Por ello, rápidamente el jefe del gobierno cortó por lo sano, diciendo:

—¿Elecciones? ¿Quién piensa ahora en ellas?

Indalecio Prieto quedó apabullado. Pero desde aquel momento sería mucho más peligroso. ¿Detrás de qué esquina lanzaría su próximo ataque?

En el Consejo superior de Guerra apareció una nueva manifestación de las corrientes encontradas que agitaban aquellos fondos. No obstante, todavía

marchaban dispersas las fuerzas que pugnaban por un fin vertical de la guerra, dando paso a una monarquía con Alfonso XIII o uno de sus hijos como rey, tesitura de los conspiradores de París, separatistas catalanes y vascos coaligados con Gil Robles; o terminar con el gobierno Largo Caballero, que apuntaba hacia una coalición de anarcosindicalistas y socialistas, con la pancarta de CNT-UGT.

Fue Irujo, representante del País vasco en el Consejo superior de Guerra, quien con aparente disimulo planteó un problema sin solución a nuestro alcance. Vista sin apasionamiento, la causa era simple. Lo que no era simple era la exigencia y el alcance que se daba a una negativa inevitable.

El País vasco, para poder continuar en su plan defensivo, necesitaba no menos de tres escuadrillas de aviones de caza, según Irujo. Y éste entendía que si el gobierno de la República estaba interesado en conservar aquel pedazo de territorio, tenía la obligación de proporcionárselas, ya que los vascos y su gobierno autónomo no gozaban de reconocimiento en las cancillerías y no podían gestionar directamente la adquisición de los aviones.

Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire, demostró con un mapa de España a la vista que desde la parte más avanzada de nuestra zona a la más próxima del País vasco la distancia era superior al radio máximo de vuelo de nuestros aparatos de caza. Ante tal imposibilidad, la negativa se imponía. Explicó, además, que un intento de enviar cazas a través de Francia, con reabastecimiento en un aeropuerto francés, habría sido un fracaso, porque las autoridades francesas se incautarían de los aviones.

Y ahí fue lo gordo, por lo inesperado. Fríamente, sin acaloramiento, Irujo expresó:

—Pues, señores, ustedes me perdonarán, pero tengo instrucciones del gobierno del País vasco de comunicarles que si el gobierno de la República no puede acudir en nuestra ayuda, y definitivamente no nos envía las escuadrillas de cazas demandadas, muy a su pesar el gobierno del País vasco se reserva el derecho de negociar una paz por separado.

¿Principios políticos? ¡Ninguno! ¿Ética humana? ¡Afuera todo lastre!

Indalecio Prieto se quedó tal cual siempre estuvo: blanco amarillento de cirio. Isgleas, representante de Cataluña, pero de la CNT y no separatista, exclamó: «¡Oh, no!» Uribe, del Partido Comunista, dijo con una especie de mueca: «¡Qué barbaridad!» Alvarez del Vayo, siempre diplomático y conciliador, sentenció que siempre podía retractarse de lo dicho el señor Irujo. Largo Caballero, con sus ojos verdes chispeantes de ira, sentenció: «Nadie debe darse por enterado de lo dicho por el señor Irujo».

Yo no emití opinión alguna. Me contentaba con ir registrando las reacciones de cada uno de los reunidos.

Irujo, molesto, desconcertado, seguramente porque no supo explicar la voluntad de su gobierno, o porque en un desliz se le escapó la posibilidad de que Aguirre estuviera ya negociando una paz separada directamente con Franco o a través del Vaticano, no pudo por menos que decir:

—Después de todo, no deben sorprenderme las reacciones que cada uno de ustedes ha tenido. No es de ahora que los vascos no somos comprendidos por el resto de los españoles.

—¿Qué tiene que ver lo que está diciendo ahora, señor Irujo, con la paz por separado? —exclamó Largo Caballero.

—Eso es, terció Prieto. Díganos el señor Irujo cómo puede un avión de caza volar más kilómetros de los que tiene de vuelo máximo, y mañana mismo se los mandamos. Pero reservarse el derecho de negociar la paz por separado es una amenaza que no conduce a nada, sencillamente porque Franco no la ad-

mitiría. Admitiría, sí, una rendición total de los vascos, sin condición y sin negociaciones.

—Ustedes, insistió Irujo, son libres de opinar como lo han hecho. Ello no quita nada de lo que dije antes. El encargo que me dio el presidente Aguirre fue textualmente el que transmití a ustedes. Y repito que deberían esforzarse un poco en comprender la idiosincrasia del pueblo vasco...

—De Euskalerrria querrá decir usted —dije, interponiéndome en el litigio—. ¿Qué tiene de particular el pueblo vasco que nosotros no podamos comprender? De mí, que soy un pobre «maketo», podría decirle que creo saber tanto del pueblo vasco como el propio Arana. Claro que no es sitio aquí, ni el momento oportuno, para que un «maketo» explique una lección. Pero si usted lo desea, podríamos hablar ampliamente en terminando la penosa reunión de hoy.

—Ya me habían informado *de* que el ministro de Justicia era muy largo en el hablar. Me di perfecta cuenta de ello por el discurso de apertura del Año judicial, admirable visión de la justicia a su manera, pero que no comparto, como abogado que soy, en lo más mínimo. Y para que no sea dicho que un «maketo» me apabulla en historia vascuence, con gusto seguiré escuchándolo cuando terminemos la reunión.

Largo Caballero aprovechó la ocasión para —dando largas al asunto— decirnos:

—Señores, éste es asunto delicado, y creo que todos estamos necesitados de poder meditar y, acaso también, de consultar a los partidos y organizaciones a que nos debemos. Y espero que al señor Irujo no le parezca mal que el aspecto político de su intervención lo consulte reservadamente con los demás ministros ausentes. Nos volveremos a reunir como de ordinario a la salida del primer Consejo de ministros. ¡Agur!

—Agur y egunon son las dos formas más bellas que conozco de decir adiós y buenos días. ¿No es verdad, señor Irujo? Porque se trata de puras expansiones de los vascos, gritando de risco a risco.

Se unió a mí y nos quedamos de pie junto a una ventana de un corto pasillo.

—¿Con que usted sabe del País vasco? ¿Fue usted el que escribió un artículo de fondo en *Solidaridad Obrera* sobre Egara como posible iniciación del pueblo vasco en la península?

—Sí, yo escribí aquel editorial. Era una defensa de los jóvenes libertarios de Tarrasa, la Tarrasa de hoy, antiguamente Egara. ¿Verdad que la cadencia de este nombre es de puro vascuence?

—Sí, sí, le concedo todo. Pero hábleme desde el principio, sea cual fuere.

—Vayamos al asunto: conoce usted la pérdida de Troya. El juramento hecho por todos los jefes de la Hélade de exterminar, hasta los niños, a todos los habitantes del reino que no respetasen la elección que Elena hizo de Menelao para esposo. Sabrá de los horrores que siguieron a la pérdida de Troya, con la muerte de todos los sobrevivientes hombres, la esclavitud de todas las mujeres, y cómo eran muertos los niños sacudiendo sus cabezas contra los muros de Ilión. La huida y salvamento de una pequeña flota, comandada por Eneas, con unos puñados de sobrevivientes, hombres, mujeres y niños. Su largo navegar por el Mediterráneo, el tiempo que pasaron en Cartago, con Eneas haciéndole el amor a Dido, la reina cartaginesa. De la partida, al fin, de la pequeña flota, Mediterráneo adelante, hasta que un fuerte temporal la dispersó. De lo que se ha escrito sobre que una parte de la flota dispersada arribó a un lugar de la península ítala, la que colonizaron.

—Siga, siga,...

—Y aquí, la primera consideración que debe ser contestada concretamente: si una flota es dispersada en el Mediterráneo, y se registra la llegada de una parte a una costa oriental, ¿dónde cabe suponer que iría la otra parte de

la flota? Lógicamente, a una parte de la costa occidental. Era la España de entonces, sin nombre todavía como expresión del conjunto de poblados. Nada sabemos de adonde desembarcaron, porque ningún Virgilio se ocupó de describirlo. Si elegimos puntos probables, nos encontramos ante el delta del río Llobregat. Si lo remontamos, iremos a parar a Egara. Si a Egara le añadimos una *ll*, resulta llegara, del verbo llegar, que no proviene del latín, que sería *arrivare*. Si le suprimimos la *e*, queda *gara*, en francés *gare*, estación, punto de llegada y partida, cuyo origen ignoran los propios franceses.

Puesto que se trataba de un residuo de pueblo vencido, no proscrito sino condenado al exterminio, no se asentaron en el litoral marítimo del Mediterráneo, sino que iniciaron su primera fundación bien tierra adentro, donde vivirían muchos años, preparando meticulosamente su ida hacia la región boscosa para ir borrando todo vestigio de su origen. Primero tenían que dejar de hablar como antiguos miembros de la Héléde. Ya no serían troyanos. Serían el producto definitivo de las tierras montañosas hacia las que se dirigían...

... Como usted sabe, señor Irujo, el camuflaje en el hablar es algo propio de todos los perseguidos, sean sedentarios, como las gentes de los barrios bajos de las ciudades, o de los gitanos andarríos, donde cada quien da vida a su «argot», hablar contrahecho, formado de raíces de otros muchos hablars. En el argot que elaboraron los escondidos de Egara, se mezclaron todos los idiomas y dialectos de la cuenca del Mediterráneo, con posible inclusión del sánscrito. Cuando la primera ciudad, Egara, hubo crecido, de manera que la dispersión fuese aconsejable, iniciaron el largo peregrinaje hacia los bosques de las tierras montañosas que se levantaban a sus espaldas: Sagarra, Garrigues, Garriguelles, Errio, Andorra fueron fundadas por ellos. De ahí tomaron las rutas pirenaicas del occidente, apartándose del oriente que los llevaría de nuevo al Mediterráneo, ya para siempre abandonado, porque pertenecía a los príncipes de la Héléde. Su andar por las cuestas y bosques pirenaicos los llevó hasta la parte de la actual provincia de Santander, donde, maravillados de encontrar un mar inmenso y del que no tenían conocimiento, se asentaron a sus orillas y entre los bosques, de donde los romanos les dieron el nombre de boscos. Sus usos y costumbres no variaron gran cosa de cuando moraban en Ilion. Conservaron la práctica de los ejercicios de fuerza, levantar rocas y cortar troncos de árboles. Cambiaron un poco las apariencias externas de su religión: con grandes rocas crearon rudimentos de templos, sin estilo ni órdenes arquitectónicos que los denunciasen como oriundos de la Héléde. A la luna, diosa suprema de Ilion, la llamaron Jaungoicoa, y continuó reinando en las noches y en el cielo... Así hasta nuestros días...

—¿Es todo? —preguntóme Irujo.

—Sí, todo. O casi todo.

—Y esa cosa tan bien tramada por usted, ¿tiene algún fundamento serio, de fácil demostración?

—Es seria, porque constituye una teoría completa, con principio y fin. Y hasta podría decirse que es científica, porque destruye el supuesto de que el pueblo vasco carece de origen, cosa imposible. La única demostración posible sería que alguien, que quisiese sacrificar toda su vida en ello, se dedicase a encontrar la composición del vascuence.

—¿Y si le digo que no admito nada de lo dicho por usted?

—Perdería el tiempo, porque una teoría solamente puede ser desmentida con otra teoría. Y, como le digo, mi teoría es la única existente, luego es la verdad existente hoy.

Al día siguiente de la accidentada reunión del Consejo superior de Guerra, Llopis, subsecretario de la presidencia del Consejo, me dijo de parte de Largo

Caballero que éste vería con gusto que le visitase a las once de la mañana.

Supuse que Largo Caballero deseaba hablarme de algo relacionado con su función de presidente del gobierno. Cuando me daba el encargo el capitán Aguirre, se trataba de asuntos del Ministerio de la Guerra. Le fui a ver y me dijo:

—Es con relación al señor Irujo y lo que dijo, por lo que le he llamado. ¿Qué opina sobre la amenaza de realizar una paz por separado?

—Mi opinión es en parte coincidente con la que expuso Indalecio Prieto, quien opinó que Franco no admitiría negociaciones, sino entrega total. Opino que los negociadores del País vasco ya estuvieron a ver a Franco y que regresaron con el rabo entre las piernas. El que ahora nos amenacen con hacer lo que supongo que ya hicieron, hemos de tomarlo a beneficio de inventario y no hacerles caso, porque ya nada pueden negociar. Sin embargo, sabiendo que aquel frente es un punto muy flaco, deberíamos estudiar la manera de sustituir al actual presidente del gobierno vasco por alguien verdaderamente leal a la causa que defendemos. Podría ser un socialista o un cenetista.

—¿Tiene usted una idea de cómo hacerlo?

—No, no tengo la menor idea. Pero, procediendo un poco como si se tratase de algo al margen del gobierno, puedo explicar la situación política del País vasco a nuestro secretario del Comité nacional y hacer que él llame al compañero Galo Diez, prestigioso militante guipuzcoano y que sondee la posibilidad de una toma del gobierno vasco por parte de ugetistas y cenetistas. Usted, por su parte, debería llamar de allá a un socialista de su confianza y hacerle idéntico planteamiento.

—Me parece atinada su opinión. Llevémosla adelante. Al cabo, si nada se puede hacer, nada se habrá perdido ya que aquella parte de nuestra España perdida está.

A Marianet le pareció bien planeado el asunto. Llamaría a Galo Diez. Del resultado de la entrevista me informaría. Procuraría tenerme Marianet al margen todo lo posible; a fin de no dar lugar a que una indiscreción crease un conflicto al gobierno, no informado colectivamente del plan.

La opinión de Galo Diez fue que no podría realizarse lo planeado. Las fuerzas armadas y las unidades militarizadas pertenecían en su mayor parte al Partido Nacionalista Vasco y la Solidaridad de Trabajadores Vascos. Con los comunistas no se podía contar para una acción ugetista-cenetista. Aun coaligando ambas fuerzas sindicales, resultarían tan minoritarias que sería como una invitación al suicidio, corriendo el riesgo de provocar otra guerra civil, con la consiguiente rotura de frentes.

Postales a colores

El embajador soviético, Rosenberg, tuvo la gentileza de invitarme nuevamente a cenar en su habitación, para lo que había de pasar bajo la mirada ceñuda de Gaiski, canciller o algo así, porque nada era tan equívoco como los nombres y las funciones de los soviéticos destacados en España. Con el tiempo, aprendí que las invitaciones del embajador o del cónsul general soviético a una personalidad política o militar española tenían la finalidad de plantear o replantear algún asunto de interés para Moscú.

Esta vez las intenciones que se perfilaban tenían como objetivo principal la persona de Largo Caballero, las dudas sobre su capacidad para dirigir la gue-

rra y la política de guerra del gobierno. Aunque veladamente, Rosenberg vino a decir que necesitábamos un jefe de gobierno que dirigiera realmente a los ministros y a los jefes militares.

Yo le argumenté que lo que nos estaba sobrando eran las Brigadas internacionales y el Comisariado. También nos sobraba el Partido Comunista en el gobierno. ¿Había tratado Rosenberg alguna vez a Pepe Díaz y a Antonio Mije, por ejemplo? Eran unos indocumentados. Y tan inútiles como ellos dos eran Vicente Uribe y Jesús Hernández, los ministros comunistas.

No le di la razón sobre Largo Caballero. Por mi parte, hice en él el mismo trabajo de zapa que quiso hacer conmigo. Pero yo quedaba perfectamente enterado de que iba adelantada la maniobra tendente a acabar con Largo Caballero. ¿Con quién pensaban sustituirlo? De todo el equipo dirigente, ¿quién tendría el aguante de decir siempre sí al embajador soviético?

El problema estaba centrado en Valencia. De pronto —¿sería por influencia de los anarcosindicalistas?— el viejo líder sindicalista había tirado el disfraz de «Lenin español» y aparecía como un arrepentido de haber entregado España a las Brigadas internacionales, al Comisariado, al Partido Comunista y al embajador soviético.

¿Largo Caballero antisoviético? ¿El viejo «Lenin español» marchando hacia la formación de un gobierno CNT-UGT, un gobierno exclusivamente de las centrales sindicales?

No, se dirían nuestros adversarios. Había que impedirlo urgentemente.

De todos los españoles que trataban con Rosenberg y Antónov-Ovseenko, yo era el único que en las conversaciones con ellos no me sometía al canon establecido de llevarles la corriente, de asentir a todo lo que decían, admitiendo su sistema polémico, que consistía en crearnos un complejo de inferioridad, catalogando de incapaces a los españoles y de baja calidad cuanto producíamos. Aparecía en mí el polemista que apunta a destruir las posiciones del adversario para sobre el vacío resultante colocar cualquier solución.

De la conversación con Rosenberg deduje que la maniobra contra Largo Caballero iba muy adelantada. Quizá tan adelantada que el problema para Stalin parecía ser a quién escoger de entre una posible terna establecida por Rosenberg, con informe detallado sobre cada uno de sus componentes a cargo de la GPU. ¿Pero había remitido ya la terna, o simplemente el nombre del seleccionado? Me quedé en la duda; durante los últimos quince minutos de charla, lo vi como muy abstraído, posiblemente inquieto por algo que quería decirme y no se atrevía a hacerlo.

La situación era apremiante y grave. Decidí comunicárselo a Marianet. Este se había independizado afortunadamente del tutelaje de Federica Montseny. Porque no me quedaba tiempo de andar por el Comité nacional, ignoraba si la independencia mental de Marianet se debía a que la crisálida había dado paso a su alado contenido y volaba con las propias alas. Pero alguien debía hacerle ciertos escritos. Me habían hablado de un delegado al Comité nacional de la Federación nacional de Tabaqueros. Por el momento, carecía de importancia.

A Marianet le pareció oportuno reunir a los cuatro ministros. Quería que la situación fuese examinada conjuntamente. Y, sobre todo, convenía que los cuatro ministros nos mantuviésemos en un bloque compacto en el seno del gobierno. Bajo ningún pretexto, debíamos ofrecer el penoso espectáculo de los ministros socialistas, que cada uno tiraba por su lado.

Según Peiró, su actividad ministerial era de escasa importancia. Ministro de Industria, ¿qué podía emprender si la mayor parte de las industrias del país

estaban en Cataluña y en el País vasco, regiones legalmente autónomas, pero en realidad desenvolviéndose como independientes? Además, formaba parte, con Giral e Irujo, de la Comisión de Canjes, creada por acuerdo del Consejo de ministros, en la cual pudo observar que las intenciones que llevaron a Irujo a aceptar formar parte de ella no eran muy desinteresadas, por mostrar ciertas preferencias de interés particular.

Juan López tuvo las mismas excusas que Peiró. Ministro de Comercio, con una industria y una agricultura en manos de colectividades que reclamaban el derecho a la autogestión, tanto en el producir como en el vender, no podía planear un tipo nuevo de gestión comercial, por lo menos hasta que, hecha la paz, con el triunfo republicano las centrales sindicales CNT y UGT sentasen las bases de una nueva economía. Entre tanto, explicó, mantenía estrechas relaciones con socialistas y ugetistas de la fracción caballerista, como Baráibar, que acababa de tomar posesión de la subsecretaría de Guerra, en sustitución del general Asensio, dimitido por Largo Caballero a la terminación de un turbulento Consejo de ministros, en el que los comunistas Uribe y Hernández acumularon montones de calumnias sobre la persona del general.

En dicho Consejo de ministros, Caballero, fuera de sí, replicando a Jesús Hernández, que acababa de acusar al general Asensio de mujeriego, exclamó:

—¿Qué tiene de malo que a un hombre le gusten las mujeres? ¿No es peor el caso del jefe del partido de usted, que fue expulsado del Sindicato de Panaderos de Sevilla porque le gustaban los hombres?

Empero, pese a la defensa que Largo Caballero hizo de su subsecretario de Guerra, tuvo que ceder y destituirle, reemplazándolo con el brillante periodista Baráibar.

Juan López, por sus contactos con Baráibar y otros socialistas caballeristas, convergía conmigo en el trabajo de aproximación que yo llevaba a cabo con Largo Caballero. Pero lo que ambos hacíamos daba pábulo a los rumores de una posible alianza CNT-UGT para la toma del poder e iniciar la revolución sindicalista, prescindiendo de los representantes políticos en el gobierno.

Federica Montseny no realizaba contactos en un sentido ni en otro. Se preocupaba únicamente de sus planes de dominio de la CNT y la FAI, en las que solamente conservaba cierta preponderancia en Cataluña. Por lo que a su gestión como ministro se refería, se lamentaba continuamente de cuan poca cosa podía realizar. Decía:

—No sé cómo te las arreglas, porque todavía no he visto que te hayan rechazado un proyecto de decreto. En cambio, yo no me atrevo a presentar ninguno.

—Bueno, Juan, explícale cómo te las arreglas —dijo Marianet.

—Es muy sencillo. Me di cuenta de que la mayoría de los ministros no prestan atención a lo que estamos haciendo. Solamente se preocupan de sus reuniones en *petit comité*, donde se habla y habla de cómo echarnos del gobierno. Sabiendo que no leen nada, de cada proyecto de decreto les envío copia, y cuando me toca despachar en el Consejo, voy sacando los proyectos y uno a uno los entrego al presidente, diciendo: «De este proyecto de decreto ya pasé copia a todos los ministros, y supongo que lo habrán leído. Con ello me ahorro el darles lectura y llamar la atención sobre su contenido». Entonces, para no tener que confesar que ninguno lo ha leído, se produce un silencio, que aprovecha el presidente para preguntar: «¿Se aprueba? Queda aprobado». Así pasó en el Consejo de ministros de ayer con el proyecto de decreto de una ley de persecución del espionaje, cuyo artículo final dice: «y aquellos que mantengan relaciones con enemigos de la República».

—Ya leí la copia que me enviaste. ¿Se aprobó? —comentó Marianet.

—Sí, dentro de dos días llevaré el expediente de París a Largo Caballero.

Marianet explicó a los otros ministros el contenido del expediente de París. Todos convinieron en que yo manejase el asunto con Largo Caballero, de acuerdo con Marianet, y que éste los tendría informados.

Federica quería aprovechar la reunión para ver qué podía sacarme en iniciativas gubernamentales de fácil aplicación en su ministerio. Se lamentaba de lo minimizado que éste se hallaba.

—Por lo menos, tú haces tus cosas, tus Escuelas de Guerra, tus Campos de Trabajo... En bien o en mal, se hablará de ti. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Yo? Te diré lo que se me ocurre cada vez que paso por la plaza Emilio Castelar y contemplo esa «falla» de un brazo que empuña un enorme fusil. La veo y me digo: «Si yo fuese Federica, quitaría el brazo y el fusil y en su lugar colocaría una enorme jeringa y a su lado una gran redoma de color morado con una etiqueta que dijese: "permanganato", y un rótulo grande que dijese: "si estás enfermo o enferma de... acude a los dispensarios antivenéreos". Porque has de saber, Federica, que la blenorragia está causando más bajas que las balas enemigas. En cada barriada o pueblo yo montaría dispensarios antivenéreos y los dotaría de jeringas y sacos de permanganato».

—Acaso tengas razón. Lo estudiaré con los médicos asesores; a lo mejor ocurre que se agotaron las jeringas y el permanganato.

En un Consejo de ministros tuve que defenderme como gato panza arriba. Había promulgado una disposición por la que quedaban autorizados a sindicarse en la CNT o en la UGT los empleados del Ministerio de Justicia, lo que suponía abrir las puertas al sindicalismo en todos los ministerios. Y lo tomé como motivo de polémica Carlos Esplá, ministro de Propaganda. Dijo que se trataba de una medida muy audaz, señalada por la opinión como un paso más hacia la política sindicalista que, según la *vox populi*, era una marcha constante hacia el gobierno de la CNT y la UGT, rumores que convendría desmentir, especialmente en el extranjero, por lo que debería darse marcha atrás en la autorización. Quién sabe —añadió— cuáles puedan ser las exigencias de los funcionarios una vez sindicados.

—Cualquiera que sea la naturaleza de las exigencias, pueden ser razonablemente negociadas —le contesté.

—Nunca vi que fuesen razonables las exigencias. Y si son de los obreros, menos, por soler ir acompañadas de la huelga, que es una violencia nada razonable —insistió Esplá.

—Se me hace que el señor Esplá ve el mundo con ojos de hace cincuenta años. Si mirase con ojos de hoy, y mejor aún de mañana, se daría cuenta de que los obreros siempre tienen razón.

No fue mía tan rotunda afirmación. Era Largo Caballero quien la acababa de hacer.

Y fue la de Indalecio Prieto la segunda voz discordante en aquel Consejo. Esta vez era con pretexto de cómo lo estaban tratando en Cataluña las llamadas Industrias de Guerra de la Generalidad. Porque Prieto, además de ser ministro de Marina y Aire, estaba encargado de las industrias de guerra de toda la zona republicana. Anormalidad incalificable, que procedía de los tiempos del embarque del oro para la Unión Soviética. Lo sensato era que se le hubiera encomendado a Peiró, ministro de Industria, la dirección nacional de las industrias de guerra. No era así. En el transcurso de su perorata, saturada de feroz anticatalanismo, Prieto se despachó con sangrienta ironía sobre lo que hacían algunas fábricas de obuses y proyectiles que había visitado recientemente. Jaime Aiguader, ministro de Cataluña, se defendía como podía, que por cierto era bien poco. Parecía que Prieto estuviese dispuesto a hacer sangrar de ver-

güenza al indefenso Aiguader, quien se limitaba a decir: «Creo que exagera el señor Prieto. De todas maneras, tomo nota para consultarlo con Tarradellas». Le llegó a Prieto el momento de zaherir, con sus humoradas sangrientas, a los trabajadores de Reus, donde se había instalado una gran fábrica de revisión y reparación de los motores de aviación que llegaban de la Unión Soviética y que, sin la obra realizada en Reus, no hubieran podido funcionar.

—Me permitirá el señor Prieto que intervenga en este asunto. Tanto porque fui el iniciador de las industrias de guerra de Cataluña como porque soy nativo de Reus y respeto a sus magníficos trabajadores. Lo que ocurre, y le ocurre al señor Prieto, es que él se dirige a nuestras gentes con su estilo burlesco. Eso, que para Prieto es humorismo, para los catalanes significa *fer chacota*. Y cuando allá alguien hace *chacota*, pierde bastante en la consideración de un pueblo que basa su cultura en el *seny català*. Con lo dicho, y perdóneme el señor Prieto, lo mejor sería que se le encomendase la dirección de las industrias de guerra a alguien que no chocase con los catalanes.

Había sido inaugurado un primer Campo de Trabajo para condenados fascistas en Totana, provincia de Murcia. A la entrada, al aire libre, quienquiera que traspasase el umbral era saludado por un gran cartel que tenía escrito: «Trabaja y no pierdas la esperanza».

Su reglamentación estaba basada en la idea de recuperar, por el trabajo de los fascistas condenados, elementos esenciales como las vidas de los condenados, salvados de los piquetes de ejecución a que inexorablemente eran conducidos antes, en los «paseos»; las vidas de aquellos procesados que antes eran condenados a muerte por no existir alternativa a la hora de su condena por los tribunales populares; facilitar la reconstrucción, una vez terminada la guerra, con los enormes trabajos que habría que realizar para lograr el rehabilitamiento de carreteras, puentes, vías de **ferrocarril**, puertos y repoblación forestal, que, de realizarse con mano de obra sindicalizada y con salarios sindicales, resultarían de casi imposible ejecución.

Con el trabajo de los condenados por fascistas, la sociedad recuperaría parte de los valores materiales destruidos a causa de ellos.

Pero trabajar, aun para los que realizan trabajos libres, es duro. Y trabajar sin esperanza debía serlo más. El preso, una vez condenado, no es ya el facineroso despreciable. La condena lo rehabilita al reducirlo a la condición de penado. Todo humano debe tener una esperanza. Había que tener en cuenta que la rutina diaria termina por imponerse a los más elevados principios humanos. Trabajo por parte de los penados y rutina por parte del sistema, acabarían por hacer insostenible la existencia de los penados y conducirían al fracaso aquella tentativa de salvar primero la vida de un humano y después la existencia de una persona.

Para evitar una posible introducción de un sistema de violencia represiva, era menester el sostenimiento de la moral de los condenados. Lo intentaría por el trabajo, por una remuneración pecuniaria y por la extinción de condena.

Pero importaba mucho que tuviese, siempre, un aliciente que le diese alientos. Dará seguir adelante, de manera que no se conformase con ganar dinero para fumar y escribir cartas. Era muy importante que el condenado diese en el final de la semana algo más positivo que el tabaco que ya tenía fumado y la carta expedida. Al condenado que lograba pasar los siete días de la semana con siete bonificaciones, se le recompensaba con un día de extinción de condena. Al año, si había logrado cincuenta y dos bonificaciones de extinción de condena, se le abonaba, además de los cincuenta y dos días premiados, otro año, de manera que en un año podía extinguir dos años y cincuenta y dos días de condena. Como además tenía derecho a la tradicional libertad condicional

por buena conducta, que en penas mayores alcanzaba a la cuarta parte de la condena, normalmente un condenado a campo de trabajo ahorraba dinero y podía extinguir una condena de 30 años en un período de cinco a ocho años. Tiempo que yo consideraba como de duración de la obra de reconstrucción nacional.

Para los delitos comunes la pena máxima había sido reducida a 15 años de condena indeterminada. El máximo a cumplir eran 15 años, pero, por ser indeterminada la condena, se podía salir en libertad a los dos, a los cinco, a los diez años de reclusión en «ciudad penitenciaria», donde la guardia armada penitenciaria vigilaría de puertas afuera; y el orden público, así como la administración de la ciudad, estarían a cargo de los propios presos, organizados en comuna libre.

En la Ciudad penitenciaria, bajo administración directa de los propios presos, existirían trabajos de producción vendible a precios competitivos con los del exterior, y los sueldos o salarios, individuales o familiares, serían establecidos por ellos mismos. Existiría una Caja de ahorros y sería estimulada la vida familiar, permitiéndose la estancia de la esposa o esposo y de los hijos.

Con razón o sin ella, la prensa reaccionaria del mundo llamaba a mi obra «el paraíso de los asesinos». Por lo que a mi conciencia se refería, consideraba que un anarquista no debe envanecerse de lo que está haciendo. Pero sí me sentía orgulloso.

El Consejo superior de Guerra se reunió para opinar sobre la proyectada ofensiva de nuestras fuerzas en el sector de Extremadura. Largo Caballero tenía la idea fija de llevar a cabo aquella ofensiva. Perseguía la finalidad de descargar al frente de Madrid por la atracción de fuerzas que promovería y, de tener suerte, realizar un corte en la zona franquista.

El general Martínez Cabrera, jefe del Estado Mayor Central, compareció en el Consejo para proporcionar las explicaciones pertinentes. Lo hizo con minuciosidad de detalles. Se trataba de poner en movimiento una masa común y corriente de elementos militares. Pero nada nuevo en cuanto a estrategia y táctica militar. Era obvio que, en dichas condiciones, seríamos nuevamente batidos. El enemigo disponía de mayor organización militar que nosotros y también de más elementos de transporte de tropas.

Cada miembro del Consejo expuso o calló sus opiniones. En general, empero, fueron de aceptación de los planes expuestos. Cuando me tocó el turno de opinar, lo hice de una manera inesperada por todos. Para no herir a Largo Caballero, dije que opinaría sobre lo que yo entendía que debíamos hacer para demostrar que podíamos conducir la guerra por derroteros distintos a las concepciones clásicas que tenían todos los Estados Mayores. Argumenté que dichas concepciones estaban perfectamente clasificadas y que para cada una de ellas existía ya planeada la contraofensiva adecuada, de donde resultaba una forzosa estabilización de los frentes, con la consiguiente guerra de trincheras. Opinaba yo que el factor sorpresa ya casi no existía en esa manera de hacer la guerra. Y que quien iniciase una manera radicalmente distinta de llevarla adelante tendría muchas posibilidades de ganar. Por ejemplo, expliqué, si hacemos la guerra partiendo de una salida de trincheras o posiciones, forzosamente nuestro objetivo será la toma del primer pueblo que tengamos enfrente. En cambio, si partimos del supuesto de forjarnos mentalmente un objetivo capital para el enemigo, como por ejemplo Burgos o Salamanca, y lanzamos en forma radial los ejércitos preparados para marchar adelante y no buscar el parapeto, esas unidades radiales destrozarían de tal ma-

ñera la preparación militar del enemigo, que paulatinamente se iría entregando a nuestras tropas, que, desde atrás y saliendo de las trincheras, irían haciendo la función de policía militar, ocupando lugares y pueblos intactos entre los huecos que se producirían de radio a radio de las columnas de ofensiva.

—Supongo —dijo Largo Caballero— que se habrá dado cuenta de que para llevar a cabo su concepción de la guerra se necesitaría contar con elementos de los que apenas si tenemos una cuarta parte.

—Me lo imaginaba —dije yo—. Pero aconsejo tener en cuenta que tal como proyectan esa ofensiva, solamente la iniciación será nuestra. Los resultados que se logren dependerán de la capacidad de aguante del enemigo, al cual se le deja en libertad de movimientos y puede manejar tropas de otros frentes estabilizados o sus reservas.

—¿Qué opina usted que deberíamos hacer? —preguntó el general Martínez Cabrera.

—No querer pegar con un solo puño y mantener el otro pegado a la cadera. Pegar con los dos puños a la vez y desde lo más lejos posible entre dos frentes; por ejemplo, a la ofensiva en Extremadura asociar una ofensiva en Aragón, que desde ahora les digo que debería ser entre Huesca y Almudébar.

—Es posible que tenga usted razón. Pero es el caso que apenas contamos con elementos de combate para llevar adelante la ofensiva de Extremadura —argumentó Largo Caballero.

Se llevó a cabo la ofensiva de Extremadura. Fue un lamentable fracaso.

Como estaba previsto, habían salido las primeras promociones de alumnos aprobados de las Escuelas de Guerra. La duración de estudios y prácticas para obtener el título de teniente en campaña estaba programada en tres meses.

Los resultados obtenidos fueron magníficos. Especialmente por lo que se refiere a la Escuela de Artillería. Por tratarse de una especialidad cuyas aptitudes debían demostrarse sobre el terreno, dirigiendo el fuego de batería sobre objetivos señalados, y de contrabatería para acallar los tiros del adversario, los alumnos artilleros fueron enviados a Madrid para efectuar prácticas ante el enemigo. El frente de Madrid no estaba sobrado de artilleros con buenas aptitudes. Sí, teníamos algunos buenos jefes, pero no abundaban. En general, la artillería era manejada rudimentariamente, casi apuntando como si los cañones fuesen escopetas. Por lo que la preparación de los alumnos causó sorpresa y admiración.

La ida a Madrid era provisional. Después de las prácticas, sus jefes profesores debían regresarlos a la Escuela, enviar sus fichas al departamento de Personal del Ministerio de la Guerra, recibir el certificado de su incorporación al ejército como tenientes en campaña y despachar a cada uno a su respectiva unidad militar.

El comandante Lara del Rosal, que con los profesores había acompañado a los alumnos a Madrid, vino a visitarme visiblemente disgustado. Motivos suficientes no le faltaban. El general Miaja, presidente de la Junta de Defensa de Madrid, había ordenado que los alumnos artilleros se quedasen en los frentes de Madrid y dispuesto ya el destino de cada uno de ellos, negándose rotundamente a dejarlos partir para regularizar sus situaciones.

Tranquicé al comandante. Le dije que no era de esperarse que ahora saliese el general Miaja con una actuación propia de los jefes de columna de los primeros momentos, quienes, con el pretexto de salir a combatir a los militares sublevados, a los dos días de estar al mando de su columna se negaban rotundamente a obedecer ninguna orden, fuese del Comité de Milicias de Barcelona o del Ministerio de la Guerra en Madrid.

Por lo que le recomendé que desde el departamento de Despachos del Ministerio de la Guerra enviase un teletipo al general Miaja, diciendo: «Inspección general de Escuelas de Guerra ruega a usted ordene inmediato regreso de alumnos de Artillería, demorados por orden suya y a efectos de regularizar las situaciones de cada uno de ellos. Saludos».

No se recibió acuse de recibo ni contestación. El general Miaja, como nos informara Largo Caballero en el Consejo superior de Guerra, continuaba actuando como si nadie ni nada existiera aparte de él. Si perecían los alumnos no regularizados en el departamento de Personal y Destinos, sin nombramiento oficial de tenientes en campaña, sus familiares y deudos corrían el peligro de quedar administrativamente desatendidos.

Por dicho motivo ordené al comandante Lara del Rosal remitir al general Miaja otro teletipo que dijese: «De orden del ministro ponente de Organización de Escuelas de Guerra, se ordena a usted remitir a su base de Lorca a los alumnos de la Escuela de Artillería retenidos ahí. Con apercibimiento de que, de no cumplir esta orden, se le demandará por vía de derecho por su incumplimiento y responsabilidades administrativas que pudiesen resultar de vida o heridas de los alumnos de referencia. Firmado: García Oliver».

Miaja devolvió inmediatamente los alumnos.

Otra cena invitado por Rosenberg. También, en su habitación del hotel Metropol. Al entrar me crucé con Gaiski, el canciller, que salía de partir con el emhajador. Supuse que debía estar enterado del contenido de las pláticas que habíamos sostenido en el curso de otras cenas. Seguramente que también estaba enterado de lo que Rosenberg tenía que decirme aquella noche, pues me saludó de una manera poco acostumbrada en aquellos soviéticos, que nunca expresaban las emociones interiores. Nunca se sabía si la presencia de uno les causaba alegría o pesar. Gaiski hizo un esfuerzo por sonreírme. De su boca salió un «¡Hola!».

Fino, extremadamente fino, Rosenberg. Cenamos rápidamente, pues parecía tener prisa en entablar conversación. En esta ocasión no se anduvo por las ramas. Como un pistoletazo, me disparó:

—¿No cree usted que lo haría mucho mejor que Largo Caballero en la jefatura del gobierno y en el Ministerio de la Guerra?

Hacia algún tiempo que veía venir esa pregunta. Tenía mi respuesta pensada y preparada. Le contesté:

—Al hablar a usted, lo estoy haciendo también a Moscú. Le ruego que les transmita de mi parte que si en estos momentos se hiciese el cambio que usted sugiere, la unidad antifascista se rompería como un cristal. Nada bueno surgiría de ello. No se trata, según mi manera de ver el problema, de buscar quien sustituya a Largo Caballero, sino de mantener la unidad antifascista. Es posible que un cambio en la jefatura del gobierno pudiese cambiar algo la situación, pero llevado a cabo como resolución de todos los sectores que lo integramos actualmente, que no pudiera ser expresión de crisis orgánica ni política. Creo, no obstante, que para algo así ya es tarde. Si el llevarme a la jefatura del gobierno se hubiese hecho a la entrada de la CNT en el gobierno, o, mejor aún, a la salida de la dirección de los republicanos, todo hubiese sido distinto. Ahora, no. Ahora sería abrir un período catastrófico.

Rosenberg, a medida que yo hablaba, fue perdiendo su alegría del principio. Poco a poco, su cuerpo se aflojó, se iba encorvando. ¿Era mi negativa el fracaso suyo culminando un requerimiento de Moscú, acaso del propio Stalin? ¿El y Antónov-Ovseenko irían al calabozo y recibirían el tiro en la nuca por haber fracasado en lograr mi captación? ¿Les sería sumado ese fracaso a las sospechas de haber sido ganados por el anarcosindicalismo español?

Al día siguiente, y sin haber podido informar a Marianet, recibí por teléfono una llamada por demás sorprendente. Se trataba del ministro de Obras públicas, Julio Just, republicano radical, valencianista de toda la vida y que representaba en el gobierno a Izquierda Republicana, partido sospechoso de haber sido tragado por los comunistas. Me invitaba a comer para aquel mismo día. Acepté. Algo me olí y le dije a Marianet, por teléfono, que por la tarde le daría cuenta de todo, de lo ocurrido en la cena con Rosenberg y de lo hablado en la comida con Just.

Cuando habíamos terminado de comer, ya tomando café, Just, muy ceremonioso, me dijo:

—Dentro de la más estricta reserva, quiero hacerte una pregunta: ¿Aceptarías sustituir a Largo Caballero?

—Sé lo que hay detrás de esa pregunta, amigo Just. No, no aceptaría. Si los partidos y las organizaciones se pusiesen de acuerdo en cambiar la estructura del gobierno, y mi Organización me designase para dicho cargo, posiblemente aceptaría. Siempre y cuando esa aceptación no entrañase una total sumisión a poderes ajenos a los legales de nuestro país.

Fui derechamente a Marianet. Por él supe de una reunión privada de elementos socialistas y ugetistas adictos a Largo Caballero, entre los que se contaban Ángel Galarza, Rodolfo Llopis, Carlos de Baráibar, el doctor Arín y otros.

Largo Caballero les expuso cuan difícil era la situación. Sin precisar datos ni detalles —yo le había entregado el día anterior el expediente de París, con el ruego de mantenerlo en secreto y de no tomar ninguna determinación sin consultarme antes—, les informó de las diversas conspiraciones a que tenía que hacer frente. Pero hacer frente, ¿con qué? Las únicas fuerzas que deberían contar para él eran la UGT y el PSOE. Pero sindical y partido estaban escindidos. Ante tal situación, solamente veía una salida eficaz: invertir los factores constitutivos del gobierno; de manera que si hasta entonces la CNT había prestado una leal colaboración, había llegado el momento de que fuese la CNT la que gobernase, con el apoyo leal de ellos, los socialistas y ugetistas fieles al sindicalismo. Solamente así podrían salir adelante y romper el anillo de hierro del Partido Comunista y de los soviéticos.

—Creo —les dijo— que García Oliver es el hombre capaz de meter en cintura a comunistas, Brigadas internacionales, Comisariado y cuantos se están confabulando con ellos para llegar a un rápido final de la guerra.

Al parecer, los reunidos ya esperaban algo parecido a lo expuesto por Largo Caballero. También opinaban favorablemente sobre la CNT y sobre García Oliver. Pero no se atrevían a marchar contra los otros sectores del PSOE y la UGT.

Gran parte de los éxitos logrados por mí los debía a los colaboradores de que me había rodeado. Buenos, y hasta aquel momento, leales. Tanto en Barcelona en el Comité de Milicias como en el gobierno republicano, procuré tener siempre una especie de Estado Mayor de compañeros y amigos inteligentes y capaces. Vigilantes honrados que con sus ojos y oídos llegaban donde yo no alcanzaba. Sánchez Roca, mi subsecretario, era clara muestra de la importancia de tener gente capaz en los lugares de confianza.

Ante mí, con un paquete de papeles, tenía al subsecretario. Oigámoslo:

—Aquí tienes, Juan, el original del decreto que hace referencia a la devolución de la nacionalidad española a los judíos sefarditas, cuya redacción encargaste a la comisión asesora jurídica. Como siempre, he enviado copia a los ministros, al jefe de gobierno y al Comité nacional. En esta ocasión, también he enviado copia a la *Gaceta* para que sea insertado como «Proyecto de De-

creto del Ministerio de Justicia». Por lo menos, será conocido el proyecto de decreto, ya que dudo mucho de que llegue a ser aplicado alguna vez.

—Veo, Mariano, que estás muy misterioso. Colijo que tus reservas mentales no estarán exentas de fundamento, así que habla largo y tendido. ¿Qué ocurre con este proyecto de decreto, que debería favorecer, simbólicamente si es que no ganamos la guerra, a los judíos que sufren persecución de los nazis alemanes? Dime por qué en esta ocasión, y solamente en esta ocasión, has hecho enviar un proyecto de decreto a la *Gaceta*, como si se tratase de una colaboración literaria.

—Cuando me pasaste el encargo para la Comisión asesora jurídica, te avisé que había recibido una llamada del asesor jurídico del ministro de Estado, quien me rogaba ser tenido en cuenta a la hora de redactar el decreto sobre los sefarditas, y que igualmente recibí la llamada de Galarza al respecto. Ambos ministerios, el de Estado y el de Gobernación, reclamaban su participación en la redacción del proyecto de decreto; el de Estado, porque decía que si los trámites para recobrar la nacionalidad española deben realizarse a través de los consulados, le incumbía; y Gobernación reclamaba porque se suponía que toda demanda de recuperación de la nacionalidad española debía contener un informe sobre la buena conducta del aspirante, cuya verificación incumbe a Gobernación.

Todos estos incidentes son del género objetivo. Lo subjetivo era para ser imaginado. Se trata de judíos, muy repartidos por el mundo, que si bien son perseguidos encarnizadamente en Alemania, en otras partes del mundo no lo son y muchos de ellos están forrados de millones. Deduje que algunos socialistas pensaban hacer derivar las aguas a sus molinos. El que la Comisión asesora jurídica esté constituida por elementos de variados matices políticos hace que entre todos seamos como unos ojos y oídos del mundo. Se supone que la rebatiña por ver quién se atribuye la paternidad del decreto será tan grande que resulta indudable que de una manera u otra será imposibilitada su inserción en la *Gaceta*. Por ello, y para que se sepa que en el Ministerio de Justicia no se juega, es por lo que he enviado la copia para su publicación en la *Gaceta*. Creo poder adelantarte que, si se aprueba el decreto, el presidente del gobierno reclamará que sea insertado como decreto de Presidencia, por incumbir a tres ministerios. Y aun así, es posible que otros intereses imposibiliten su aplicación.

—Resulta deplorable tener que reconocer como muy posibles todos tus razonamientos. Si las cosas están como dices, lo razonable sería que cancelase la presentación del proyecto de decreto. Hacerlo supondría desperdiciar la ocasión de prestar nuestra ayuda moral a millones de judíos, sefarditas o *yidish*, que sufren crueles persecuciones de los sicarios de Hitler. Así que dejémoslo como está. Y considero muy atinado que hayas enviado copia para su publicación en la *Gaceta*.

Cosa rara, en el Consejo de ministros en que se presentó mi proyecto de decreto a favor de los sefarditas, todos los ministros, con excepción de los confederales, tenían su respectiva copia en las manos, lo releían y estaban atentos a las explicaciones que hube de dar, acuciado por muchas demandas de información al respecto. Finalmente, Largo Caballero preguntó si se aprobaba. La aprobación fue unánime. Pero no había pasado el peligro. Se produjo la predicción de Sánchez Roca. Largo Caballero, alegando que interfería los derechos de varios ministerios, no pudiendo ser suscrito por un solo ministro, lo pasaría como decreto de Presidencia. ¡Ah! Y hasta más allá alcanzaron las previsiones de mi secretario. Carlos Esplá, ministro de Propaganda, reclamó que, si bien el decreto ya estaba aprobado por el gobierno, por el momento y hasta que apareciese más aplacada la propaganda antirrepublicana que se

estaba realizando en la Alemania nazi, no fuese dado como decreto ya aprobado por el gobierno, siendo reservado en espera de mejor ocasión. Aquel zar-pazo de Esplá a los socialistas fue certero. Muy bien manejado.

Fue una mañana aciaga. Los periódicos publicaban lo que Largo Caballero, como jefe del gobierno, declarara a los periodistas en entrevista que les concedió. Largo Caballero advertía a la opinión de la conspiración existente para terminar la guerra con pérdida de la causa republicana y vuelta al antiguo sistema monárquico.

Hacía referencia en sus declaraciones a las reuniones y entrevistas de París y a pruebas documentales que obraban en su poder, señalando la participación de elementos hasta entonces vinculados a la causa republicana.

Algunos periódicos publicaban las declaraciones del jefe del gobierno con encabezados sensacionalistas a toda plana.

Quedé consternado cuando me enteré de lo hecho por Largo Caballero. Aquel viejo socialista estaba perdiendo el freno de la prudencia. Nada le quedaba de la astucia de que siempre hizo gala. Reducido a un manojo de nervios, zarandeado por sus propios camaradas de partido y de organización sindical, carecía del temple para hacer frente valientemente, pero con inteligencia y astucia, a los maniobreros de la política.

Fui a visitar a Largo Caballero a la Presidencia. Debía llevar yo en el rostro la preocupación que tenía. Con un deje de ironía, al estrecharme la mano, me dijo:

•—Me gusta adivinar en la cara de las personas que me visitan los motivos que los traen. Supongo que viene usted en función de ministro de Justicia.

—En efecto. Cuando le entregué el expediente de París, debí advertirle que era estrictamente confidencial y secreto. Porque a quien tenía que haberlo entregado, y era un deber mío, era al fiscal general de la República para que procediese contra los conspiradores. No lo hice, por considerar que entre los implicados había ministros, y que antes debía tener usted conocimiento y que de usted debía recibir las últimas instrucciones. Precisamente, con vistas a lo que pudiese usted ordenar y ocurrir, es por lo que presenté recientemente a la aprobación del gobierno el proyecto de ley de persecución del espionaje, en el que existe un artículo especialmente destinado a esos elementos.

—¿Lamenta usted que yo haya levantado una punta del velo? ¿No cree usted que al sentirse descubiertos frenen en sus actividades nocivas y se produzca un desarme de los espíritus?

—No' espero ahora ningún desarme de los espíritus. Al contrario, al sentirse descubiertos se harán más peligrosos. Ahora se lanzarán a fondo para terminar con nosotros; o sea, con usted, los caballeristas del partido y de la organización sindical, y con nosotros, la CNT y los anarcosindicalistas. Ignoro qué métodos utilizarán, ni de qué dirección nos llegarán los golpes. Pero es fácil suponer que procurarán valerse de elementos nuestros y de ustedes, utilizándolos como provocadores. Hasta podría ocurrir que en 24 horas se produjese un desplome en los frentes, enzarzadas en luchas fratricidas unas unidades militares contra otras.

—Está usted muy alarmado. Algo debe saber usted que me ha estado ocultando. Hable y dígame lo que sepa.

—En concreto, sé lo mismo que usted. El expediente de París y bastante de lo que se dice y hace en Valencia. Lo que venga sobre nosotros, lo veremos a su debido tiempo. Pero, por encima de todo, hemos de estar prevenidos y aguantar. Por ello, le recomiendo encarecidamente que, ocurra lo que ocurra, y venga lo que venga, no presente la dimisión. Aunque se lo pidiese el presi-

dente de la República, usted no debe dimitir, por lo menos sin consultar con nosotros, con la CNT.

Aquella tarde fue convocado el Consejo de ministros. El incidente se presentó súbitamente. Fue entre Irujo, ministro sin cartera, y Largo Caballero, presidente del Consejo.

Irujo pidió que el presidente del gobierno informase sobre insinuaciones contenidas en las informaciones pasadas a los periodistas y que recogían los periódicos de la mañana.

Largo Caballero replicó seco y cortante:

—¿No sabe usted leer? Todo está claramente escrito en los periódicos.

—Pero es que quisiera conocerlo directamente por usted —insistió Irujo.

—¿Tanto le importa? ¿Se siente aludido?

—Sus contestaciones, señor presidente, hacen muy violenta mi permanencia en este Consejo de ministros —dijo casi bramando Irujo.

—Si tanto se siente usted aludido, puede adoptar la decisión que le plazca. ¡Al cabo, el tufo de la traición apesta!

Se levantó Irujo y se fue. Nadie le siguió. Todavía no había llegado el momento de declarar en crisis el gobierno.

Por teléfono, desde el hotel acababa de informar a Marianet de los acontecimientos del día y del aspecto pesimista que presentaban. Por teléfono me invitaba a cenar el embajador soviético.

Acepté la invitación. La cena se desarrolló como si estuviésemos velando a un muerto. Cosa rara, ni después de los postres, tomando ya el café, planteó Rosenberg ningún problema político. Solamente sonreía. Le dije que me sentía cansado de mis actividades del día. Le propuse separarnos, dando por terminada la velada.

—Perdóneme, se lo quería pedir. También me siento muy cansado. Así que despedámonos. Creo que mientras viva guardaré un grato recuerdo de usted. Mañana regreso a la Unión Soviética...

Creí que se desplomaba. Con su cabeza inclinada me miraba y me sonreía. Era una mirada tierna y una sonrisa de gran dulzura, como yo había visto en otros judíos. Después de siglos de palos y persecuciones, los judíos acogían la contrariedad y la muerte con aquella cara de muñeco desnucado.

—Bueno, si se va usted, cabe esperar que regrese una vez cumplida su misión.

—No espero regresar. Es más, creo que con esta despedida le digo adiós para siempre.

Nos estrechamos las manos y nos abrazamos.

Había fracasado Rosenberg y le iba a costar la vida. ¿En qué había fracasado? Pensé que había fracasado por el mucho tiempo que se tomó para dar cumplimiento a las órdenes de Moscú.

Ello quería decir que todo se produciría con inusitada rapidez.

Asturias y Málaga

Asistimos a la pérdida de Asturias. Fue una pérdida lenta. Lenta y callada. Asturias se perdió desde el primer día de iniciarse la lucha. Una lucha en la que sólo estuvo presente la iniciativa del coronel Aranda, jefe de la guarnición militar de Oviedo, la capital de la provincia. Con excepción de Gijón y de una pequeña zona minera, la de Sama de Langreo, donde dominaba o tenía fuerte

influencia la CNT, y que por ello cayeron desde el primer momento en poder de las fuerzas libertarias, la mayor parte geográfica de la región asturiana estuvo dominada por socialistas filocomunistas o criptocomunistas, quienes, a su vez, obedecían sin chistar las directrices que les imponían los comunistas, dominantes en el Frente Popular desde su constitución.

Lo sensato hubiese sido que ugetistas y socialistas, gente de trabajo en las minas y fábricas, muy radicalizados política y socialmente, hubiesen marchado siempre del brazo y de acuerdo con los anarcosindicalistas de la CNT. Lamentablemente nunca fue así, pese a que, en un intento desesperado, en Asturias se constituyó como órgano paralelo al Frente Popular, al que nunca quiso pertenecer la CNT, la única verdadera Alianza Obrera de España.

Ya en el movimiento revolucionario de octubre de 1934, en el que tan decisivo papel desempeñaron los anarcosindicalistas de las zonas de Gijón y Sama, el ensayo de la Alianza Obrera resultó un gran fracaso, de trágicas consecuencias. Los únicos leales a los pactos de hermandad proletaria suscritos en la mina, en el *chigre*, en el pico de las montañas, en los oscuros callejones de los pueblos, en todos los lugares donde el revolucionario vive la vigilancia y los riesgos de una obra revolucionaria, fueron los de la CNT.

Mantenedores de la Alianza Obrera en Asturias lo fueron, casi sin excepción, todos los militantes de la CNT, desde los más sencillos hasta los más destacados; entre estos últimos, Avelino Entrialgo, Fonseca, Acracio Bartolomé, Ramón Alvarez, Segundo Blanco y el militante sencillo y honrado, gran luchador obrero y ferviente revolucionario, José María Martínez, que empeñó todo su prestigio en la propaganda en pro de la Alianza Obrera y en el cumplimiento de sus obligaciones cuando la revolución sacudió los montes y valles astures.

En octubre de 1934, fue el Frente Popular quien decidió la declaración de huelga general revolucionaria, con finalidad no determinada; después se vería que no tenía otra que desgastar a las derechas triunfantes en las elecciones de entonces. Desde su iniciación, no era un verdadero movimiento revolucionario de tendencia social. No fue apercibida ni invitada la CNT a participar en el movimiento. La Alianza Obrera, generadora del UHP (Unión de Hermanos Proletarios) de cenetistas, socialistas y ugetistas, no entró en las deliberaciones y acuerdos que habrían de ensangrentar a toda Asturias. Y fueron los socialistas y ugetistas, bajo la influencia de los comunistas, quienes constituyeron el Comité de Lucha que dio la orden de huelga general revolucionaria, dejando a la CNT y a los anarcosindicalistas entre la espada de la Guardia civil y el ejército y la pared de la deshonra si no se dejaban arrastrar como corderos a una lucha que empezaba traicionando la elevada concepción que nuestros militantes asturianos tenían del papel de la Alianza Obrera en toda España.

Los anarcosindicalistas asturianos secundaron unánimemente el movimiento insurreccional que se gestó y determinó a espaldas suyas. Lo secundaron dándole la profundidad de revolución social que tuvo. Al frente de los afiliados a la CNT, José María Martínez marchó siempre en primera fila. Después de muchos días de lucha sangrienta, de enormes bajas proletarias, de partirse el pecho con las mesnadas de un sedicente ejército nacional, circuló la orden del Comité ejecutivo de lucha, de socialistas y comunistas, de terminar el movimiento, de tirar las armas, de entregarse.

Aquella orden de poner fin al movimiento revolucionario se adoptó también sin tener en cuenta a la CNT. Aquella oscura conducta era mortal para el espíritu de la Alianza Obrera. Lo comprendió así José María Martínez, su máximo exponente en el medio confederal y anarcosindicalista. Era una táctica revolucionaria errónea. Equivocada e imposible en el futuro. Ante él, militante sincero, se alzaba la concepción anarcosindicalista de los catalanes, enemigos acérrimos de la colaboración con socialistas y comunistas.

¿Quién tendría razón? No era tiempo de dilucidarlo. Agarró su fusil y con paso firme se fue separando de sus compañeros. Cuando su cuerpo fue encontrado, muerto ya, tenía el fusil al lado, descalzo del pie derecho.

Cien muertes tienen los héroes.

Todos mueren por imperativos de conciencia. De cara al enemigo.

Así «Seis Dedos» en Casas Viejas, año 1933. Así José María Martínez, año 1934. Así Francisco Ascaso, año 1936. Así Buenaventura Durruti, año 1936.

Ahora la lucha estaba replanteada en Asturias. Lucha perdida desde el primer momento, en que —una vez más— la nefasta dirección socialista-comunista se impuso por ley de mayoría. Como en octubre de 1934. De hecho, también en 1936 triunfaron netamente los anarcosindicalistas de Gijón y de Sama de Langreo, asiento confederal. Lo demás de Asturias, la mayor parte, comprendida la capital Oviedo, si no hubiese sido de consecuencias tan trágicas para muchos trabajadores, podría decirse que tuvo mucho de comedia. Posiblemente de farsa.

España estaba ante una sublevación militar respaldada por la Falange, los requetés y los demás componentes de las derechas reaccionarias. Pero la sublevación era inequívocamente militar. Y en Oviedo los revolucionarios socialistas y comunistas, dirigidos por González Peña, se conformaron con dominar en la Casa del Pueblo, en las casas de sus sindicatos, en algún que otro *chigre* y aldehuelas circundantes. La ciudad estaba en poder del ejército, mandado por el coronel Aranda, militar con maneras de cabo furriel. Torpe, pero ladino, supo «convencer» a González Peña de su lealtad a la República. Y González Peña, con sus socialistas y comunistas, creyeron en sus buenas palabras. «Es un buen paisanín», dijo González Peña a los estupefactos oyentes.

Como si fuesen los tiempos de la Reconquista, con Pelayo a la cabeza, los socialistas se dedicaron a organizar su marcha hacia Madrid. Con fusiles de cuando octubre de 1934 y bombas de mano de fabricación casera, llenaron un tren y camiones con mineros combativos, la flor de la revolución asturiana. ¡A Madrid!, fue la voz de consigna. Y hacia Madrid se fueron, con escala en León. Nunca se supo de ellos. Si llegaron a Madrid, fueron una gota más en la gran riada.

Aprovechando la debilidad en que quedaban las fuerzas obreras, tan pésimamente dirigidas por González Peña, el coronel Aranda, después de concentrar la Guardia civil de la provincia de Oviedo, se dedicó a la caza de los escasos revolucionarios que quedaban en la ciudad y metódicamente se fue apoderando de toda Asturias. Mientras, Galicia era aplastada por los militares. Falto de armamento, los gallegos, en su mayoría anarcosindicalistas, cayeron en los combates desiguales o ante los piquetes de ejecución. Carecían de armamento los antifascistas de Galicia, eran la espalda de Asturias, y los asturianos, dirigidos por González Peña y los comunistas, torpes y ciegos, sin ninguna capacidad revolucionaria, alentaban a los mineros armados a que fuesen a Madrid. Galicia debió ser el primer objetivo de Asturias, pero habiendo acabado antes con el coronel Aranda. Con Santander y Vizcaya después, debieron correrse hasta dominar Medina del Campo, entronque de comunicaciones, aislando Navarra y Aragón.

En Asturias predominó la dispersión fantasiosa de fuerzas. Exactamente igual a lo que intentaron Companys y Bayo, a espaldas del Comité de Milicias, en su loca aventura de Mallorca. Dispersión de fuerzas, rotura del núcleo compacto, dilapidación de armamentos, muertes insensatas de miles de combatientes.

Se perdió Asturias, apenas sin merecer una página de la abundante literatura de nuestra guerra. A lo que allí ocurrió, socialistas y comunistas, máximos

responsables, le pusieron sordina. No se hablaría ni comentaría en España ni en el extranjero. ¡Silencio! ¡Cállense los muertos!

¿Por qué callaron y siguen callando los anarcosindicalistas asturianos? Se puede ser minoría, como ellos eran en Asturias. Pero cuanto más minoritarios, más dignos. Como lo fue José María Martínez en octubre de 1934. Que cien muertes tiene el héroe.

Cuando se perdió Málaga, después de la pérdida de Sevilla, Huelva y Cádiz, temblaron las estrellas. Se trataba de una parte de España no regida por el Frente Popular. Los que callaron y silenciaron el desastre asturiano, porque era imputable a los comunistas y sus aliados, levantaron airadas voces al perderse Málaga, porque la parte sur de España era de rancio abolengo confederal y anarcosindicalista. Por no estar catalogada de comunista, había que despellarla. Escandalera en los cafés, en los periódicos, en las tertulias de vagos. Eran provincias confederales y ello debía bastar, aunque poco se sabía de sus íntimas maneras de ser. Eran poblaciones faltas de todo, de dinero, de comida, de integración. Como cuenta Fenelon, al tratar de la Bética arcaica en su *Telémaco*, sus habitantes tenían un sentido totalmente distinto del que poseían los pueblos mediterráneos que más allá de sus playas se extendían y pululaban con afanes mercantilistas y de conquista. Su sentido de la vida se reducía a un horizonte que alcanzaba a la defensa de sus pobres pertenencias y, a lo sumo, del poblado en que vivían. De ahí su acendrado federalismo, rudimentario, de individuo a individuo, de hogar propio a hogar vecino. Para ese federalismo, el pueblo en que se vivía era como la nación. Más allá, todo eran recelos y desconfianza.

¿Se trataba de España? ¿Y qué era España para ellos? España, los pueblos más al norte, era el extranjero, adonde se emigraba en busca de mejor comer, mejor dormir. A veces, como en los tiempos modernos, eran pueblos enteros los que emigraban, con cura y Guardia civil.

En vísperas de la sublevación militar, en mi puesto de miembro del Comité de Defensa confederal de Cataluña, con el mapa de España en la mesa, tracé tres grandes circunferencias. Una abarcaba toda Andalucía y parte de Levante; otra comprendía Galicia y Asturias; la otra, Cataluña y Aragón. Para mí, era el triángulo mágico. Me decía que había que asegurar nuestro triunfo en cada zona comprendida dentro de cada uno de los círculos. Sólo así podríamos tener alguna seguridad en el triunfo de nuestra causa. Toda la astucia que pusimos en las negociaciones con Trabal, Farreras y Salyat, emisarios de Companys, tenía por objeto poder crear tres grandes depósitos de armas en Aragón, Galicia y Andalucía.¹ Con los depósitos de armas y dos miembros de nuestro grupo en Zaragoza, dos en La Coruña y dos en Sevilla, acaso hubiésemos asegurado el triunfo en las tres regiones. Pero en vez de armas sólo pudimos enviarles orientaciones y palabras.

Los compañeros más significados del Comité regional de Andalucía estaban imbuidos de la manera de ser de los andaluces. Para ellos, todo era sencillo, no más complicado que el cantar una copla a la novia o a la Macarena. De las luchas sociales y revolucionarias alcanzaban hasta la huelga general: una *huerga genera* era como *haser asíñ*, y chasqueaban los dedos. Así de fácil. Pero no lograban entender que para hacer frente a un ejército sublevado, que ambicionaba vencer a toda costa, eran menester grupos de choque preparados para los asaltos a los depósitos de armamentos, lo que requería una organización y una disciplina. Y armamentos previos. Con dos docenas de pistolitas y sin objetivos previos, tenían que fracasar. Fueron vencidos. Se

1. [NDE]. Véanse las páginas 162 y siguientes.

dispersaron por campos y serranías. Los supervivientes, como les fue **posible**, a pie, a caballo o en burro, llegaron a Málaga, donde hicieron un gran esfuerzo por organizarse en batallones y regimientos, con mandos y todo.

Largo Caballero, ministro de la Guerra, envió a Málaga al coronel Villalba, sacándolo del frente de Aragón. Con los escasos medios de lucha que el ministro de la Guerra le proporcionó, el coronel Villalba organizó una defensa de la ciudad más teórica que real. Para defender una línea de 200 kilómetros disponía de unos quince mil hombres mal armados. Distribuidos en posiciones parcialmente atrincheradas, la línea de defensa no pasaba de ser un dispositivo de vigilancia. Entre un puesto de vigilancia y el siguiente a veces mediaba la separación de medio a un kilómetro, sin ningún soldado o miliciano que lo patrullase.

No le era difícil al enemigo conocer la localización de los puestos de vigilancia y, de éstos, los que la ejercían sobre el terreno, sin siquiera haber cavado trincheras. Para dar mayores facilidades al mando enemigo, uno de los oficiales de Estado Mayor, con carnet comunista, desertó llevándose el plan de defensa.

Llegaron las fuerzas enemigas, con moros y regulares en exploración. Por vez primera, una unidad italiana de tanques ligeros inició la ofensiva, aplastando cuanto encontraba por delante. Carecía Villalba de aviación protectora y los defensores de Málaga apenas si tenían artillería, y la que estaba disponible carecía de proyectiles. Tampoco tenían granadas de mano con que luchar contra los tanques. La aviación enemiga, valiéndose del plan defensivo que el oficial desertor se llevó, pulverizó implacablemente los puntos atrincherados.

Málaga no podría resistir. Empezó el éxodo de la población civil hacia Almería, carretera adelante, batida continuamente por las ráfagas de ametralladora de los aviones italianos.

Málaga cayó. Todas las sedicentes fuerzas vivas de la ciudad se fueron replegando hacia Almería primero y luego hacia Valencia. Los comités de las organizaciones sindicales y de los partidos llegaron casi completos.

El gobierno, para hablar con propiedad lo que podemos llamar el frente comunista y comunistoide dentro del gobierno, integrado por socialistas capitaneados por Indalecio Prieto y Alvarez del Vayo, secundados por Negrín y De Gracia, y todos los republicanos sin excepción, más los comunistas Uribe y Hernández, iniciaron la maniobra del escándalo. Aparentaban consternación por la pérdida de Málaga los que callaron púdicamente cuando la pérdida de Asturias. Cercaron de rumores ponzoñosos e insidias a Largo Caballero, por la inepticia sospechosa, decían, del subsecretario de la Guerra, el general Asensio, y del coronel Villalba.

Por debilidad de Largo Caballero, se acordó enviar a Almería una Comisión interministerial, para investigar lo ocurrido, integrada por Uribe, Just y yo mismo. Al llegar a Almería fuimos objeto de un furioso bombardeo de parte de unos buques de guerra alemanes. Hitler nos enviaba sus saludos. No obstante, pudimos interrogar a algunos militantes de las organizaciones sindicales y de los partidos políticos. Pero poco o nada aportaban al esclarecimiento de lo ocurrido. Después de todo, la gran verdad se imponía sola: faltaban armamentos, cartuchería, cañones y tanques en tierra y aviones en el aire. Dicho sin velos, era una severa crítica a la conducta de los soviéticos, que imponían el destino de los buenos armamentos para el Quinto Regimiento y las Brigadas internacionales. Todo para ellos, y todo para Madrid.

Cada componente de la Comisión ministerial informó como le plugo. Just aportó deficiencias de los mandos militares, lo que perjudicaba a Villalba, al general Asensio y al ministro de la Guerra. Uribe fue más lejos: sus aprecia-

ciones desembocaban en sospechas de traición por parte del coronel Villalba y el general Asensio. Yo me limité a explicar que mal podía hablarse de deficiencias y traiciones de los mandos militares si, en realidad, no existía frente establecido en Málaga, donde una fuerza desorganizada y mal armada de unos quince mil hombres tenía que cubrir un frente de doscientos kilómetros, contra cincuenta mil combatientes enemigos con apoyo de aviones, artillería y tanques italianos.

Mi información al Comité nacional de la CNT fue más severa respecto a la conducta en Sevilla y Málaga del secretario del Comité regional de Andalucía y Extremadura, el compañero Rafael Peña, quien fue expulsado de la CNT. Si tuve la culpa de su expulsión, me arrepiento de ello. Pero, al parecer, muchos militantes andaluces depusieron en su contra.

Claroscuros

Había prisas por llegar. Quien más quien menos, todos se aprestaban a los cambios de postura.

La inquietud había hecho presa en todos. Era como si el cansancio de aquella guerra civil que ya duraba ocho meses nos empujase hacia el abismo. Partidos y organizaciones se miraban entre sí con desconfianza: los comprometidos en la conspiración antirrepublicana, temerosos de dar un paso en falso que los condujese a la cárcel y ante el pelotón de ejecución; los que, detrás de Prieto, Negrín y Giral, guiados por Gaiski, que se hizo cargo de la embajada soviética, temiendo perder el control del oro depositado en la URSS, se aprestaban a sacrificar a Largo Caballero y a sus aliados del último momento, los anarcosindicalistas. Se veían, se encontraban, temiendo siempre quedarse fuera de la situación a la hora, todavía no precisada, del cambio que se produciría a la caída de Largo Caballero y de sus incondicionales en el PSOE y en la UGT.

Por nuestra parte, en la CNT, sintiéndonos muy fuertes todavía, no dábamos señales de inquietud. Aquella calma en nuestros medios no me gustaba gran cosa. Consideraba que la CNT y la UGT deberían intentar que la opinión revolucionaria del país tomara conciencia de lo que debía y podía ser la suma de fuerzas de ambas organizaciones obreras. Ya era tiempo de que se manifestasen al unísono aquellas dos potentes voces, tanto para presentar un programa de realizaciones nacionales en el orden económico, como para aprestar un potente valladar frente a quienes marchaban al suicidio tras sus maquinaciones conspirativas.

Pero no. La UGT no respondía claramente. No se sabía si la frenaba Largo Caballero, su secretario general, o si era González Peña, incondicional de Indalecio Prieto, quien impedía su movimiento.

Peiró, nuestro ministro de Industria, había expresado en reunión del Comité nacional, que poco o nada podía llevar a cabo en materia de socialización o colectivización de industrial, debido a encontrarse en Cataluña y el País vasco la mayoría de los grandes y pequeños complejos industriales, sujetas ambas regiones a sus peculiaridades de gobierno: el País vasco reaccionario y defensor del pasado; Cataluña, cuya ley de Colectivizaciones regulaba, bastante caprichosamente, las colectivizaciones, lo que, sin ser reaccionario, bloqueaba las iniciativas encaminadas a establecer una socialización industrial, planificando los procesos de fabricación y distribución.

Juan López, ministro de Comercio, se había lamentado de cuán constreñida se veía su labor ministerial por la carencia de sentido nacional que primaba en la comercialización de los productos del campo, cuya producción estaba reducida a la instintiva explotación de la tierra por parte de los agricultores organizados en colectividades, más que autónomas, verdaderamente independientes en la práctica, circunstancia agravada por la existencia de las dos grandes tendencias sindicales en que se dividía la clase trabajadora. Era una división suicida. Ni siquiera los Comités de enlace creados cumplían con su elevado cometido de convertir aquellas organizaciones casi en estado de inercia en una fuerza actuante, galvanizadora de una apetencia socializante.

Los Comités superiores de la CNT y de la UGT no estaban a la altura de las necesidades económicas de la clase obrera. Vivían obsesionados excesivamente por el problema político de ayer, de hoy y de mañana. Lo económico aparecía a sus ojos sometido a lo político. No se apercebían de que el empuje de una economía ampliamente revolucionaria sería el forjador de nuevas estructuras políticas.

No podía estar en todo, haciendo frente a lo político en el gobierno, a lo jurídico en el Ministerio y a lo militar en el Consejo superior de Guerra y en la organización de las Escuelas de Guerra.

Por no haber podido ser el Comité nacional el ponente de nuestros proyectos legales, me había visto en la necesidad de crear dentro del ministerio la Comisión asesora jurídica. Pedir a Marianet y a su Comité nacional el empuje y el sentido de organización para convertir los organismos superiores de la CNT y de la UGT en pioneros de una nueva España del trabajo, resultaría una vez más una pérdida de esfuerzo y de tiempo.

Quién sabe —me dije— si de una manera indirecta mi influencia sería más efectiva. Lo importante para mí en aquellos momentos de complejos problemas políticos era lograr que la gran fuerza obrera de las dos sindicales, se levantase y se pusiese en marcha espontáneamente.

Por ello decidí aceptar la demanda de nuestra Comisión de Propaganda del Comité regional de Cataluña, que con insistencia me requería a que fuese a Barcelona a dar una conferencia, pues hacía tiempo que no se me escuchaba en la ciudad condal.

La conferencia, muy bien precedida de publicidad, la pronuncié en el teatro Coliseo. El discurso lo centré en la idea de lo que podían y debían hacer las dos centrales sindicales.

Aquel discurso causó sensación. Se habló mucho de su contenido. Los extremistas, para conceptuarlo como ensayo reformista, porque para ellos la simple incautación y la eliminación de la burguesía bastarían para asegurar la posesión de los bienes de producción y de consumo. Los de tendencias derechistas, que empezaban entre los propios trabajadores y se prolongaban hasta más allá de los típicamente republicanos, lo criticaron duramente porque atentaba contra sus concepciones de la sociedad burguesa dividida en explotadores y explotados. Los dirigentes de las dos organizaciones sindicales no supieron o no pudieron hacer suyas sus conclusiones y ponerlas en práctica. Seguramente, porque ya era demasiado tarde. La contrarrevolución, pacientemente elaborada en los restaurantes y los cabarets de París, o en las silenciosas habitaciones de la embajada soviética, iba a dar el salto que quebrantaría a la CNT y a la UGT. A ésta más, porque iba a ser escindida entre caballeristas y prietistas.

Varios días después, en el mismo mes de enero, pronunció otra conferencia en el Coliseo, en la que expuse mi visión de la marcha de la guerra en los siguientes términos:

«Compañeros: Interesa mucho que, al empezar a hablar, os diga que en estos momentos no represento a nadie más que a mí mismo; en este momento me despojo de todas las togas, y no soy otra cosa más que el viejo militante de la CNT y de la FAI, que vengo aquí a exponer desnudo un pensamiento, en torno a los problemas que tiene creados la Revolución española, en su lucha contra el fascismo. No sé si de lo que yo diga, de lo que pienso, algo chocará con ambientes locales, con ambientes colectivos y con ambientes individuales. Lo que sí he de afirmar, es que esta vez, como todas, seré leal conmigo mismo, con mis ideas; seré leal a los intereses del proletariado. Si cuanto yo diga chocara con núcleos obreros, camaradas y amigos, yo os invito a que tengáis en cuenta que no habrá sido la primera vez que choca lo que yo he dicho a través de mi actuación.

Siempre tuve el valor de decir lo que pensaba, aun cuando lo que dijera chocase con la manera corriente de pensar de grandes zonas de nuestro movimiento anarquista. De todos los vaticinios emitidos en mi actuación, ninguno de ellos ha dejado de verse realizado. Lo más poderoso e inconcebible en nuestras ideas anarquistas, fue cuando inmediatamente después de las elecciones de febrero de la conferencia organizada por el Sindicato de la Madera de Barcelona, bajo el tema "Hoy", y entonces ya dije que el poder político de España tenía que pasar a la Confederación Nacional del Trabajo, que a la CNT había que darle participación parcial o total en el gobierno de España. Chocó mucho; sin embargo, las circunstancias se produjeron de tal manera, que la CNT ha ido, porque ha tenido que ir, a ocupar el poder. Así, pues, me remito a que el tiempo ha confirmado cuanto yo previ. Y no quiero tener la pretensión de haber echado nunca la buenaventura a nadie; lo único que he hecho ha sido profundizar en las inquietudes mías y en las de los camaradas y buscar la solución que yo quería, que el tiempo tenía que dar o podía dar a estas inquietudes.

El fascismo internacional está en lucha contra nosotros. Decid cada uno de vosotros si os encontráis en las mismas condiciones de optimismo y de entusiasmo que en aquellos primeros días de la gesta revolucionaria. Pensad cuan distante es la vida de hoy a la de aquellos momentos. La ciudad, en poder absoluto de las masas obreras en armas. Dentro de la congoja de aquellas noches de alarma y de fiebre, había en nosotros una enorme cantidad de frescura espiritual, porque había podido comprobarse que en las fábricas, ya en nuestro poder, no había el tipo repugnante del burgués, que los talleres habían pasado a nuestras manos; que las empresas estaban también en nuestro poder, y que por primera vez en la Historia de España, el proletariado aparecía dueño y señor de sus destinos, de su trabajo, de su obra y del producto de su esfuerzo.

La frescura espiritual dependía del grado de convicción de que nosotros estábamos poseídos, de que teníamos perfectísimo derecho, después de nuestro triunfo, a ser los maestros y rectores de nuestros destinos; de tener el perfectísimo derecho de forjar el mundo que llevábamos en la mente; de hacer en la vida la concepción de nuestra libre voluntad. Pensábamos que fuera de España no había otro poder en el mundo que pudiera impedirnos realizar cuanto quisiéramos realizar y cuanto teníamos derecho, por haber sido los victoriosos.

No había otra fuerza internacional, sino nacional, que nos lo quería impedir, en aquella parte del territorio ocupado por los fascistas, y que ese fruto que se nos quería impedir era un fruto nuestro, intenso, nacional; que nosotros nos sentíamos con valor y coraje para vencer en el resto de España a quienes querían impedir que realizásemos el ideal de salir en defensa de la Revolución. Y ya sabéis que no es así. Por lo visto, los pueblos no tienen derecho a darse el régimen que quieran; por lo visto, hay potencias en el mundo que se creen con perfectísimo derecho a discutir, probar y demostrar, que cada pueblo y cada nación no es libre de darse el régimen que quiere, y que desea demostrarlo con hechos y con obras.

Inmediatamente después de nuestro triunfo, las potencias no intervienen; aprovechan la fuerza revolucionaria, el espíritu revolucionario de las masas, para que éstas encuentren rápidamente un cauce y sean ordenadoras y de seguridad social. Las potencias capitalistas no intervienen en el proceso revolucionario durante los primeros cinco, diez, quince, veinte días, y acaso un mes. Las potencias capitalistas acarician al poder revolucionario. Claro que ese poder asume la responsabi-

lidad de salvaguardar la vida de los extranjeros en el país revolucionario. Inglaterra nos hace zalemas a través de sus representaciones consulares. Nos las hacen también Francia, Bélgica, Suiza, Noruega, Alemania, Italia. Los nuevos revolucionarios son acariciados, el nuevo poder es mimado. ¿Para qué? ¿Por qué? Porque quieren que seamos los que carguemos con la responsabilidad, ante las masas obreras en insurrección, de la vida de los ciudadanos de esos países por ellos representados.

Y, efectivamente, en el proceso de la Revolución española, de esta guerra civil, se da el fenómeno de ser en la que menos tropelías se han cometido contra los extranjeros y donde más garantía han encontrado los extranjeros.

Salvamos la vida de los ingleses, de los franceses, de los italianos, de los alemanes. No ya la vida de los proletarios, sino la vida de los capitalistas, de los fascistas, de los que cooperaban contra nosotros; no se producían asaltos a embajadas ni a consulados; se dio el tiempo suficiente para que las potencias capitalistas pudieran llevar a cabo el traslado de sus súbditos a sus respectivos países.

Inmediatamente después de salvaguardar las vidas, aseguradas por el poder revolucionario (en aquel entonces Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña), aun a sabiendas de que eran capitalistas y burgueses y habían extorsionado a nuestros obreros, y que eran fascistas, que habían tomado parte en la conspiración fascista que arruina a España, esas naciones, Alemania e Italia, lo mismo que las democracias de Inglaterra y Francia, llevan a cabo la cruzada de ahogar a España.

Y vemos cómo aparece el doble ataque capitalista en contra del proletariado español, en contra al derecho que tiene este proletariado español a darse el régimen que quiera, el que apetezca, el que desee, porque IQ ha conquistado con las armas en la mano y con el sacrificio de su vida. Por una parte, el ataque directo, brutal, de las potencias fascistas: Portugal, Italia, Alemania. Por otra parte, el ataque más eficaz todavía que el ataque brutal y descarado de estas potencias. El ataque más contrarrevolucionario, más fascista que el propio ataque de las potencias fascistas, es el ataque de la hipocresía democrática internacional de Francia e Inglaterra que nos impide, teniendo perfectísimo derecho, no habiendo legislación internacional ni derecho que nos los prohíbe, adquirir en el extranjero los elementos de vida, lo mismo materiales que morales, para poder continuar la lucha contra el fascismo. Sin duda que Italia y Alemania nos han asestado una puñalada casi de muerte. Sin duda alguna. Pero esas dos potencias fascistas están en su papel al proceder violentamente contra nosotros y en apoyar al fascismo; mientras que la democracia francesa, la inglesa y la democracia universal, traicionando vergonzosamente los postulados de libertad del pueblo a regirse con arreglo a su voluntad, traicionando el deber que tienen de aplastar al fascismo, nos ha asestado la puñalada más formidable que podíamos haber recibido.

¿Qué quiere decirnos esto, camaradas? ¿Qué significa esto? Que el proletariado en el mundo entero, no tiene más que enemigos en los regímenes capitalistas; que lo mismo los fascistas organizados en forma gubernamental y rigiendo los destinos de Portugal, de Italia, de Alemania y de Austria, son enemigos del proletariado. Pero es que las demás potencias capitalistas lo son igualmente; no hay en absoluto nada en contra de la animosidad, en contra de la agresividad, en contra del interés de acciones puestas al servicio de la contrarrevolución; no hay, en absoluto, nada que distinguir entre la acción fascista, agresiva, de Italia y Alemania, y la acción asfixiante, atezadora, de Inglaterra, Francia y el resto de las democracias. Quiere decirnos esto que el proletariado internacional, y hoy nosotros, antes que nadie del resto del proletariado mundial sometido al fascismo, tenemos el deber de considerar las potencias que están en lucha de una manera directa, con el fascismo español, de una manera más directa todavía, aun cuando más lejana, con el capitalismo internacional, y que mientras en el mundo existan potencias capitalistas, la acción del proletariado español no podrá darse ni dejarse por terminada.

Quiere decirnos esto, que, según las circunstancias, la verdadera edificación del socialismo internacional, en su aspecto integral, no podrá verse realizada mientras el proletariado de España, con el proletariado de las naciones revolucionarias, no haya abatido de una manera absoluta al capitalismo internacional.

Hay la creencia, bastante extendida, de que los pueblos, cuando hacen su re-

volución, pueden crear sus órganos de defensa o bien dejarlos de crear. Indudablemente que si hubiese una solidaridad internacional efectiva del proletariado, aquel proletariado triunfante en la revolución no debería ni tendría por qué preocuparse de preparar sus órganos de defensa. Pero la revolución que vivimos desde hace seis meses, es demasiado dura para que todavía abriguemos esperanzas sobre la eficacia de la acción solidaria del proletariado internacional. Porque el proletariado que está supeditado a la legislatura del fascismo alemán, austríaco e italiano, no puede manifestar su simpatía y solidaridad efectiva hacia el proletariado en revolución de España, y porque el proletariado de las naciones democráticas no puede tampoco manifestar de una manera efectiva su solidaridad hacia el proletariado revolucionario de España; por cuanto la única manera efectiva de poder manifestarse solidariamente en favor del proletariado español, sería aquella que el proletariado de las naciones democráticas pudiera llevar a cabo con las armas en la mano en contra de los regímenes capitalistas.

Y entonces, entre esta acción coordinada, inteligente, con una finalidad clara y concreta del capitalismo regentando los destinos del mundo, ya en forma de regímenes fascistas, ya en forma de regímenes democrático-burgueses, ¿qué cabe hacer?, ¿qué habéis pensado hacer?

¿Pensáis que la expresión de nuestra buena voluntad basta para poder defendernos de la tenaza de las naciones democráticas y -del puñal de las naciones fascistas dentro de España? ¿Pensáis que en el mundo proletario debe haber siempre una o dos naciones que sean la salvaguardia, la estaca de defensa del proletariado español y del proletariado internacional? ¿Pensáis que siempre, de una manera efectiva, ha de ser el proletariado de México, el proletariado de la Unión Soviética, el que defienda con las armas en la mano, si cabe, la independencia y los derechos revolucionarios de la clase trabajadora, sin crear nosotros nuestro propio instrumento de defensa; sin que el pueblo, siendo revolucionario, se organice para defenderse y para prestar al mismo tiempo la solidaridad al proletariado internacional atacado por el fascismo y por la democracia?

Si siempre tuviera que ser el proletariado mejicano y el proletariado soviético, decidme vosotros, honradamente, a conciencia: cuando ese proletariado soviético se viese, a su vez, atacado por el fascismo internacional, ¿quién prestaría apoyo a ese proletariado soviético o mejicano? Hay una forzosa relación y una forzosa solidaridad entre los pueblos no burgueses, no fundamentalmente burgueses y fascistas. Porque hay una relación y una compenetración entre los regímenes burgueses, llámense fascistas o capitalistas.

Y ante esta situación, ante esa posición de defensa obligada en que estamos frente al mundo capitalista, ¿qué cabe hacer?, ¿qué habéis hecho?, ¿qué hemos hecho? Yo he sido en mi vida —y esto ocurre a todos los revolucionarios—, un grande o pequeño antimilitarista; pero, grande o pequeño, he sido un antimilitarista convencido. El movimiento insurreccional de los militares en España, nos ha dado la razón a quienes éramos antimilitaristas. Pero hoy, continuando siendo un antimilitarista convencido, ante la opresión fascista de Italia, de Alemania y de Portugal, descarada y brutal, ante la intromisión asfixiante de las potencias democráticas, como quiera que he aprendido toda clase de lecciones ideológicas y abstractas en torno a las palabras "democracia", "justicia" y "principio", afirmo que el proletariado español, anarquista, sindicalista, socialista o comunista, no será nunca independiente y libre y no podrá analizar en absoluto nada de su contenido ideológico, si no tiene antes asegurada la independencia de su país, mediante la creación de un ejército revolucionario.

Para mí, esto no es una novedad. Cuando se celebró el Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo en Zaragoza, al que asistí representando al Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, sostuve el principio, ya antes de la Revolución, de que convenía ir a la organización del ejército revolucionario, frente a la teoría, compartida entonces y hoy rectificada por ellos mismos, del pueblo en armas. Una vez más se ha demostrado que el pueblo en armas gráficamente es una expresión imposible de ver realizada, y que, aun cuando fuese posible verla realizada, ese pueblo en armas perdería todas las guerras a las que fuere llevado. El pueblo, si tiene armas, no pierde nunca la revolución; pero el pueblo que no pierde una revolución puede perder una guerra, si no tiene el instrumento adecuado para la

guerra, que es la técnica militar y el ejército puesto al servicio de la revolución.

Todos, durante seis meses, hemos mantenido más o menos en pie nuestros principios, principios de orden individual, de orden corporativo, sindical y político; pero no hemos adelantado un kilómetro, ¿Y por qué no hemos adelantado un kilómetro? Porque ha faltado, y falta el gran principio nacional del cual estamos todos desposeídos. El principio individual, el principio corporativo, el principio sindical, el principio del tema local, provincial y regional, nos ahoga, nos incapacita. Porque durante seis meses, esos principios aislados de cada uno de nosotros han operado de la manera que han podido. Y por falta de un gran principio de orden nacional, no hemos adelantado un kilómetro en la guerra que sostenemos y hemos perdido muchos en la lucha que llevamos. Y esto tiene una razón de ser.

Falta en el elemento vida lo que debe ser un ideal superior, que nos una a todos y que al mismo tiempo permita conservar el ideal particular, político, de cada uno de nosotros. Falta la llama del sacrificio que imponga el sacrificio por propia espontaneidad. Si la tuviéramos, tendríamos ya ese ejército poderoso que habría de darnos la victoria. Tendríamos ya preparado el ejército que debería servir para demostrar al mundo capitalista que España no solamente tiene derecho a darse el régimen que mejor le cuadre, sino la fuerza para imponerlo a aquellos países capitalistas que no quisieran consentirlo.

De cuanto tenemos hoy, no podemos afirmar que mañana continúe perteneciéndonos; porque en torno a ello no hay una fuerza para mantener este derecho. La revolución se está haciendo; pero marcha ciegamente hacia su destino, y todo cuanto dé de sí marchará ciegamente a su destino. Y yo veo que estamos torciendo el camino de nuestro destino.

Lo trazamos ya antes de la revolución. Cuando yo afirmaba, y conmigo lo afirmaba el Sindicato Fabril y Textil, que la garantía de la revolución estaba en la posesión de un ejército revolucionario, teníamos razón. Y cuando no se nos prestaba acuerdo, cuando no se hacía lo que podíamos, se torcía el destino de la revolución. Si hubiésemos tenido nosotros realizada nuestra gesta revolucionaria, ¿cuánto tiempo creéis vosotros que hubiese durado la intentona fascista? ¿Es que no os dais cuenta de que el hacer larga la guerra determina la posibilidad de la intervención, cada vez más descarada, de las potencias capitalistas? Esto se veía ya. Por un lado, la agresión de Italia y Alemania bombardeándonos las costas y haciendo presa en nuestros barcos; sus fuerzas, combatiendo ya al lado del fascismo español; sus armas, sirviendo para ametrallarnos... Y, por otra parte, todavía más eficaz, todavía más efectiva, las imposiciones de Inglaterra y Francia en el sentido de querer terminar rápidamente la guerra social que actualmente existe en España, no importándoles el régimen de vida que aquí tenga que haber, porque no les importa el derecho del pueblo a disponer de sus destinos, sino que lo que quieren es terminar y ahogar rápidamente, y cueste lo que cueste, esta guerra social de España, que para ellos ofrece dos peligros: el uno, internacional, peligro de guerra; el otro, internacional también, peligro de revolución. Si hubiésemos podido terminar la guerra en un mes o en dos, el mundo capitalista se habría encontrado ante hechos consumados, que hubiese tenido que acatar y que aceptar, o enfrentarse decididamente en armas contra nosotros, en una empresa contrarrevolucionaria. Pero dura la guerra, y dura por los motivos apuntados, ciertos, de un apoyo fascista declarado por parte de Italia y Alemania, y por un apoyo también declarado de Inglaterra y Francia en contra de nosotros, que no contábamos hacer larga y perdurable esta guerra.

¿Es que en realidad todos los aspectos y todas las acciones del proletariado español que giran en torno de acabar la guerra están supeditados al fin de la guerra? ¡No! Habéis colectivizado, habéis socializado, habéis incautado; pensáis en economías de tipo local, regional; tenéis cada uno el ideal opuesto, que choca contra el ideal del otro; pero entre todos no tenéis el gran ideal, el ideal de todos, el nacional, el de la victoria. Y la victoria no se conseguirá ni mañana ni pasado, mientras haya potencias que atenten contra el proletariado internacional; porque cuando un pueblo y una revolución están en lucha, ese pueblo, ese proletariado, si no quiere ser suicida, no tiene derecho a gozar de los frutos de esta revolución, ¡No tiene derecho! El deber del proletariado de asegurar el triunfo de la revolución le impone hacer el máximo de los sacrificios; todos los sacrificios puestos al

servicio de la defensa de sus instrumentos, defensa de esta revolución. Y a vosotros os consta que llevamos seis meses de guerra, y en esos seis meses de guerra, ¿quién tiene que preparar la defensa armada de esta revolución? No [se] ha percibido en concepto de impuestos o en concepto de aportaciones para la obra revolucionaria, ni un sólo céntimo. Y cuando no se percibe un céntimo, cuando cada uno goza de los frutos de la revolución, olvidando que esta revolución necesita armas y un ejército poderoso para defenderse; cuando cada uno goza de los privilegios y frutos de la revolución con este olvido lamentable, hace y juega el mismo papel de estrangulador de la revolución del proletariado, como lo juega la democracia francesa e inglesa y como lo juega... [una gran ovación impide oír el final].

Con toda la sinceridad que es peculiar en mí tengo que deciros que para salvar la situación creada por las potencias capitalistas en contra de nuestra Revolución, y no contra el fascismo de Franco, sólo se puede conseguir mediante nuestro esfuerzo. No penséis ya en apoyos ni en colaboraciones. Al cabo de seis meses, los apoyos y las colaboraciones por parte de las potencias más o menos democráticas han venido a quedar reducidos a la nada, y, en cambio, hay acuerdos de ahogar y estrangular la Revolución española, sean los que sean los límites legales que esta Revolución nuestra quiera trazarse. Así es que todo está en vosotros. Vosotros sois los que podéis salvar lo que os queda de la Revolución, que tenéis bien poco, porque sois ciertamente los detentadores de las fábricas, de los talleres, de todo; pero habéis de saber que no hay ninguna base legal sobre la que descansa esa posesión de fábricas y de talleres. Pero, ¿es que no lo sabíais? Mañana, por no haber legalizado vuestra posesión, por no haberle dado una forma, puede muy bien ocurrir que, después de haber hecho el sacrificio de vuestras vidas, aparezca otra vez el burgués, si vive, y si no el hijo del burgués, o sus presuntos herederos, y penetren en vuestras fábricas y en vuestros talleres y tomen posesión de los mismos sin que se les pueda impedir. Yo os aseguro que excepto de las tierras que el Estado español nacionalizó, de todo lo demás se os puede despojar en un simple juicio llevado ante cualquier tribunal municipal.

¿Por qué no termináis rápidamente este problema? Si sois los dueños hoy de las fábricas, obreros de la CNT y de la UGT, ¿por qué no liquidáis pronto este problema? Resolvedlo los unos y los otros, no según vuestros peculiares idearios; no según vuestras peculiares iniciativas o ideales; no según vuestras características sindicales... Sí, para vencer hoy necesitamos una unidad nacional armada, y para asegurarnos mañana, frente a la intromisión fascista que hoy vivimos, y mañana volveremos a vivir, la independencia y el derecho a regirlas en el sentido que nos de la gana, se necesita una armada potente, y esta armada potente debe ser el instrumento de defensa *del* proletariado.

Todo cuanto se haga hoy en la vida industrial y en la vida general de España debe estar supeditado a este ideal de defensa del proletariado español. ¡En absoluto! Y, ¡ay de él si se olvida de esta verdad! Porque colectivizar o nacionalizar sin un ideal nacional, no le servirá de nada. Aquel pueblo que no tenga instrumentos de defensa adecuados a realizar su defensa, es un pueblo condenado a perecer y condenado a desaparecer. ¡Si lo veis en la URSS!, ¡si se ve en Rusia!

Contemplad cada uno de vosotros vuestro nivel de vida, hoy, en plena situación revolucionaria. Es muy superior al del obrero soviético; muy superior al de ese obrero que lleva veinte años trabajando incansablemente para hacer un ejército potente, que sea la garantía de su independencia social y nacional y la garantía del proletariado internacional. Y nosotros, hoy, en plena Revolución, gozamos de un nivel de vida superior al de un pueblo que hace veinte años hizo esta Revolución. Cuando queráis ser un pueblo revolucionario y un pueblo solidario del proletariado internacional, tenéis que empezar por convertir en hechos la expresión de esas extravagancias de orden dialéctico. Mientras no realicéis con hechos las palabras de solidaridad, etc., etc., se pueden considerar como extravagancias. Y es que los manifiestos de solidaridad, si hay un ideal de individuos, de pueblos, de provincias, se deben realizar individuo con individuo, pueblo con pueblo, provincia con provincia; si hay un idea de fábrica, de Sindicato, incompatible con el de otra fábrica y otro Sindicato, es por la carencia de una unidad nacional.

¿Es que pensáis que, repartida la semana entre los obreros de una fábrica, como antiguamente se repartían los dividendos los capitalistas de una empresa, se

está realizando una verdadera obra de revolución, digna y honesta? ¿Y la cultura? ¿Cómo sostendríamos la cultura de los pueblos, sino con una unidad nacional? ¿Y la higiene? ¿Cómo la sostendríamos? ¿Y la asistencia social? ¿Cómo la sostendríamos? ¿Y la Armada? ¿Y el Ejército? ¿Cómo los sostendríamos? Y vosotros mismos, si una fábrica marcha admirablemente y no os preocupáis más que de vosotros, ¿cómo sostendríais el ritmo de la industria, si no os preocupáis más que de vosotros? ¿Y qué vais a contar al hombre, a los obreros de las industrias en condiciones económicas? Pero ¿es que no veis, no os dais cuenta de que vuestros ideales propios, individuales, de fábrica, de Sindicato, son ideales burgueses, son ideales contrarrevolucionarios?

De vuestra actitud —y no hablo a los obreros de aquí, sino de España entera, y aun a los obreros del mundo, para que aprendan de la vida las lecciones crudísimas que esta lucha enseña a los hombres—, de vuestra actitud individual, corporativa y colectiva, no se puede hacer absolutamente una obra grande y bella, una obra hermosa; pero hay un sinfín de cosas cuya realización se pudiera haber intentado en los primeros días de la Revolución, y que no se hicieron. Y si entonces las circunstancias y los momentos lo podrían justificar todo, ahora los problemas reales del momento lo tienen que impedir forzosamente. Por mí, he de decirlos que la Revolución española, que al principio tenía todas las características de favorecerlos y asegurarnos que podría llegarse a la totalidad, a la integridad del problema socialista y anarquista; para mí, en este momento, ya no [se] puede realizar. Pero hemos de realizar lo máximo que permita este problema, ¡lo máximo!

Como etapa primera de la Revolución universal, así como Rusia, en el orden universal de la Revolución, no puede afirmar que haya llegado a su totalidad, a la integridad socialista, por las circunstancias, tampoco nosotros podremos llegar a la integridad nacional. Pero es que realizamos una etapa grandiosa de la Revolución universal, y esa Revolución universal tendrá su máxima expresión y su máximo sentido de creación, cuando el capitalismo universal haya sido abatido. Mientras el proletariado soviético, el español, el mejicano, no supongan, por lo menos, las tres cuartas partes de potencia efectiva universal, ese proletariado no podrá conseguir, de una manera absoluta, la realización de su papel; y entonces, tendremos que crear el órgano de vida suficiente para la segunda grande arremetida, que vendrá, indefectiblemente.

Si se le hubiese dado crédito a nuestra propaganda de un mes, de dos meses, de tres meses antes de la insurrección —propaganda a la que vosotros asististeis—, España no habría soportado más allá de ocho días el oprobio de la tiranía fascista. Si en cada región hubiesen prestado eficaz atención a nuestra propaganda, el fascismo, en el resto de España, habría tenido la corta duración que tuvo en Barcelona.

Es que cuando se habla, se habla tanto y de tantas maneras en mítines y conferencias, se escribe de tantas maneras en libros y periódicos, que la gente suele ya confundir los términos de un discurso con los términos de otro discurso; y sabéis muy bien, que antes de la Revolución recorrimos España entera diciendo: "¡Viene el fascismo! ¡Armaos., armaos, armaos!" Esto, que lo decíamos nosotros y que lo sentíamos, nos capacitó para tener una pequeña preparación revolucionaria. Así fracasó el fascismo en Barcelona, y en otras regiones que no hicieron esto, el fascismo está en pie. Pensad que el pueblo que no se prepare, y las naciones proletarias que no se organicen con un mismo objetivo de lucha contra el fascismo y contra el capitalismo, serán pueblos y ciudades que lo mismo que Zaragoza, La Coruña, parte de Castilla y parte de Andalucía, por impotencia de armamentos y de medios de combate, sucumbirán fatalmente al poder militar de los Estados fascistas.

Quiero terminar diciendo: Para que se consiga el triunfo de hoy, para que se realice este triunfo, se requiere una supeditación absoluta de nuestra vida y de nuestras actividades a la guerra. ¡Hay excesivas comodidades! ¡Hay que racionar todavía muchísimas cosas! Con que podamos llevar una vida sana, una vida higiénica y honrada, basta, para los que somos anarquistas y realmente revolucionarios. Más allá de lo que debe ser sano, digno y honrado, todo cuanto hoy se realiza, es labor contrarrevolucionaria, que nos ahoga y nos lleva a la ruina.

Hay, sobre todo, la Economía nacional; arreglada pronto; mediante colecti-

vizaciones, socializaciones o nacionalizaciones, pero arregladla pronto. Y ya sea nacionalización o socialización, lo que sea producto del trabajo, de esas actividades, de esas industrias, después de haber dado a los obreros lo suficiente para una vida sana, higiénica y honrada, lo demás tiene que estar a disposición de la defensa nacional.

Y mañana, cuando solamente por el esfuerzo y el sacrificio de vosotros y nosotros todos, se pueda conseguir la victoria; mañana, cuando la victoria nacional haya sido conseguida y obtenida por nuestro sacrificio, ¡no penséis todavía en lanzaros a gozar de los beneficios de la Revolución! Todavía deberá subsistir el plan de vida sana, digna y honrada, porque nada, nada absolutamente habríais conseguido, si por un momento la vida muelle y burguesa hiciera presa en vosotros, descomponiéndoos. Otra vez la rapiña fascista caería sobre España. Porque España ha entrado en la órbita de las apetencias imperialistas del fascismo y no estará libre de él, si no está armada, dispuesta a defender su independencia.

Cuando esté conseguida la victoria, todos los sacrificios deberán subsistir para la armada, la cultura y la higiene, porque la cultura no es un artículo de lujo; porque la higiene no es un artículo de lujo. Se puede vivir con una cultura inmensa y una higiene grandísima y no consumir más allá de los doscientos o trescientos gramos de harina al día. Consumid poco de todo cuanto sea preciso comprar en el extranjero. Consumid poco. De la economía que se obtiene con esta vida de ahorro es como se puede construir y como se puede edificar un programa socialista, justo: pues es como se pueden comprar tanques para la protección de la infantería, y aviación para la protección de los pueblos, que ya veis cuántos y cuántos aviones tiene el enemigo y cuan pocos tenemos nosotros. Cuanto debería hacer el proletariado, debe tener una significación bien clara y concreta.

Una cultura superior, una higiene superior y un ejército para la defensa de esta nación y para defender nuestra Revolución. Sacrificios de orden económico, para poder tener bien preparado este ejército. Y más aún; sacrificios de toda índole, pues la integridad de nuestras ideas no se verá realizada, por más que queramos, desde un punto de vista individual, de organización y partido; no se verá realizado ningún integralismo de orden social, mientras existan potencias capitalistas tan poderosas como Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Como no se puede realizar el integralismo, si queremos llegar rápidamente a esta vida socialista, de acuerdo con nuestras ideas, tenemos que confundirnos en el mismo plan que cuando propagábamos la Revolución nacional. Decíamos: «Si queréis la Revolución tenéis que prepararos. ¡Armaos! ¡Organizaos! ¡Sacrificaos!» Pues bien, si queréis la Revolución universal, y de ella depende la integridad de nuestras ideas, tenéis que prepararos, que organizaros.

Hoy no existe, de hecho, el gran Sindicato y partido, que era el soporte de nuestros ideales cuando preparábamos la Revolución. En el plano de la Revolución mundial, todos los sacrificios, antes que a nuestros Sindicatos, grupos o partidos, tienen que darse a la nación revolucionaria y a la nación proletaria. Nada más.»¹

Marzo estaba avanzando. *Marg, margot, mata a la vella vora del foc* [Marzo, marzote, mata a la vieja a la vera del hogar], dicese en catalán y en valenciano. Mientras que en catalán se escribe, en obra maestra de descripción, la existencia pueblerina en verano, con su sol y sus moscas, cual ocurre en *El poblé gris*, en valenciano encuentra su expresión adecuada la misma existencia, con soles y sombras, olvidando las molestas moscas, de paz medio cristiana y mitad moruna, religiosa y sensual, descrita vividamente en *La pau dels poblets*, igualmente obra maestra. Diferenciaciones y afinidades entre lo valenciano y lo catalán. Paralelos entre la huerta valenciana, feraz a fuerza de ser laboriosamente atendida, productora de frutos huertanos de primera calidad. ¡Cuánta semejanza con las calles de Barcelona adelante, hasta más allá de Reus y Tortosa, con obreros industriales y agrícolas, cansados de tener que

1. [NDE]. Del folleto editado por las Oficinas de Propaganda CNT-FAI: *El fascismo internacional y la guerra antifascista española*.

soportar una guerra larga y mal dirigida y de aguantar una economía que no se ajustaba a las doradas promesas que durante lustros se dijeron en los mítines revolucionarios! Allí iba a jugarse el destino político, social y militar de la zona republicana. En dos etapas, la valenciana primero y la catalana después.

En algunas partes de la huerta valenciana prendió rápida la chispa de la provocación derrotista, a cuenta de pequeños propietarios que el Partido Comunista, que los controlaba, lanzó contra los campesinos de las frondosas colectividades.

«No sé dónde ni cómo seremos golpeados», le había dicho a Largo Caballero después de que cayera en el infantilismo de relatar a la prensa las maquinaciones de los conspiradores de París.

«No es posible prevenir la dirección que tomarán en su respuesta», añadió. «Se sienten descubiertos, como desnudos ante nosotros. Se revolverán con furia y pronto.»

El problema rebasaba las aptitudes políticas de aquel anciano, llamado don Francisco. Por ello insistí:

—Pase lo que pase, porque todo puede pasar, usted no presente la dimisión del gobierno. Aunque se lo pida el presidente de la República.

Largo Caballero no estaría a la altura de las circunstancias. Acostumbrado a las maniobras del Comité sindical en la UGT, donde nunca llegaba la sangre al río, subestimaría continuamente el aspecto decisivo, de vida o muerte, de las luchas que nos iban a plantear unos adversarios que llevaban de caballos punteros a experimentados en el tiro a la nuca.

Siempre ingenuos, siempre incautos, dejamos que los ministerios de fuerza, el de Guerra, el de Marina y Aire y el de Gobernación, estuviesen regidos por otros. Malos políticos que éramos, nos conformamos con el de Comercio en tiempos en que internacionalmente teníamos bloqueados los mercados; el de Industria, cuando sin acuerdo de socialización entre CNT y UGT, el ministerio se reducía a Peiró y su subsecretario, Cañé, que discutían apaciblemente la jugada del dominó; el de Sanidad y Asistencia Social, con un ministro que se ruborizaba al hablarle de permanganato y jeringa, en medio de una población atacada de blenorragia; el de Justicia, que tenía que verlas pasar, impotente porque con los cuatro corchetes de su guardia penitenciaria solamente en sainete podría parecer airoso. Lejos quedaban los tiempos en que, desde el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, lograba tener en un puño las apetencias de Companys, de Comorera y de Antónov-Ovseenko.

¡Cómo seríamos de simplones que Marianet, Federica Montseny y Abad de Santillán no pararon hasta dar muerte al Comité de Milicias! ¡Y ayudaron al incauto Horacio Prieto a arrastrarme a Madrid para integrarme en un gobierno que solamente nos deseaba para burlescamente abandonar la capital del Estado, en unos momentos en que el abandono tenía aires de vergonzosa fuga!

En el Ministerio de Gobernación, era ministro Ángel Galarza, socialista caballero, limpio en su juego, capaz e inteligente. Pero nunca logró el dominio de los guardias de Asalto, con mandos que eran parafascistas o fuertemente ñlocomunistas. En la huerta valenciana los guardias de Asalto realizaron la operación de invadir y allanar los locales sindicales y de colectividades. Por centenares fueron detenidos compañeros anarcosindicalistas y socialistas y ugetistas caballeros que se habían dejado provocar por los pequeños propietarios con carnet de comunistas. Los presos, por falta de cárceles o comisarías que los contuvieran, fueron amontonados donde buenamente cabían.

Por mi parte, pasé la noche de un sitio a otro. En unos sitios, al ser reconocido, no faltaban compañeros que me dijese: «Confiamos en ti, García

Oliver». En otros sitios, compañeros más realistas, con acento de mofa, comentaban al pasar yo entre ellos: «¡Ya te llegará el turno, Joanet!»

Al parecer, la leña levantina no era adecuada para las grandes fogatas. O las cosas no estaban todavía en su punto. Con esfuerzos de buena voluntad pudo darse término a la iniciación de los planes conspirativos. Los compañeros anarcosindicalistas de la huerta valenciana optaron por una resistencia pacífica a las provocaciones de los guardias de Asalto. De otra manera, si se hubieran abandonado a sus impulsos, acaso el final de la guerra hubiese llegado mucho antes, como tenían calculado los conspiradores de París, impacientes por dar paso a una monarquía borbónica.

Con Galarza hice esfuerzos conjuntos de apagafuegos, con excelentes resultados. Los anarcosindicalistas y los socialistas caballeristas fueron puestos en libertad, se les devolvieron algunas armas de las incautadas y, si no con entera tranquilidad, tuvimos la satisfacción de palpar el fracaso de muchos agentes provocadores que hábilmente habían manejado los comunistas y prietistas.

Aquel contacto circunstancial dio lugar a que Galarza viniese con alguna frecuencia al Ministerio de Justicia a cambiar impresiones conmigo. Y también a pedir mi colaboración en un asunto escabroso y de índole confidencial.

Se trataba de ciertas maquinaciones del Consejero de Gobernación de la Generalidad de Cataluña, Artemio Aiguader, hermano del ministro sin cartera, Jaime Aiguader, ambos implicados en el expediente de París y, por cierto, paisanos míos.

Según Galarza, la Dirección de Orden público, cuando se acordó trasladar el gobierno a Valencia, envió en una camioneta con destino a la capital levantina unos lingotes de oro y platino, valorados en varios millones de pesetas. Al parecer —digo al parecer, porque si bien yo escuchaba atentamente a Galarza, no creía del todo lo que me estaba contando—, confundieron las órdenes recibidas, y en vez de parar en Valencia, prosiguieron viaje hasta Barcelona, donde fueron detenidos por un grupo de policías de la Generalidad, mandados por un tal Reverter, y despojados del cargamento. Cuando el Consejero de Gobernación intervino, por un soplo que le dieron, fue para mandar asesinar a Reverter, acusándolo de conspiración separatista. Y se quedó con oro y platino. Reclamó Galarza y Aiguader dio la llamada por respuesta.

Galarza pretendía que yo pasase el asunto al fiscal general de la República, para que a su vez cursase instrucciones al fiscal de Cataluña y se procediese conforme a ley.

Para mí, el asunto era muy engorroso y confuso. Antes, opinaba, se debía promover una minuciosa investigación sobre el terreno, encargando a alguien de Barcelona un informe detallado de lo que se sacase de una apretada investigación. Pero para ello era menester que el ministro de la Gobernación me pasase oficialmente un requerimiento de acción legal contra Artemio Aiguader o quienes resultasen culpables. Yo no podía embarcarme basándome en simples presunciones. Puesto que se trataba de barras de oro y platino, quién sabe de qué procedencia, había que andarse con pies de plomo, pues sabido era que esos valores sin contabilizar eran lo que yo llamaba «bienes del diablo».

Bastante tiempo después recibí la exhortación oficial del Ministerio de la Gobernación. Esperaba la oportunidad de tener que hacer un viaje a Barcelona, adonde no había vuelto desde la conferencia que di en el teatro Coliseo.

Estábamos a finales de abril de 1937. De Cataluña llegaban rumores alarmantes de choques entre elementos anarcosindicalistas y policías o agentes cata-

lanistas y del PSUC. Era indudable que la conspiración de París y la soviética trabajaban ya al unísono. Ahora acercando las cerillas a materiales más inflamables que los probados en la huerta valenciana, pues crearon incidentes graves en la Comarcal del Bajo Llobregat, principalmente en Hospitalet, la barriada más explosiva de Barcelona.

Aunque bien poca cosa pintaba en Cataluña un ministro del gobierno central, no porque en llegando allí perdiese su jerarquía, sino porque siempre estaban tan caldeados los ánimos que ni a los ministros hacían caso, me decidí a ir a Barcelona para realizar tres visitas: presidente de la Generalidad, presidente de la Audiencia y consejero de Gobernación. Si algo grande se estaba cocinando, en alguno de los tres sitios debería verse, siquiera, un rescaldo de lumbre.

Mi primera visita fue a Companys, en el Palacio de la Generalidad. Conocía sus mañas: había que sorprenderle en caliente, sin preparación protocolaria. Penetré por el gran portalón de la plaza de San Jaime. Me identifiqué ante el jefe de mozos de escuadra. Muy comedidos siempre los mozos de escuadra, con su típica vestimenta, mezcla de azul marino, rojo y listas blancas, calzados con alpargatas de payés. Era un cuerpo muy venido a menos, como si estuviese atrofiado. Había nacido en el siglo pasado, en la población de Valls, con el nombre de Escuadras de Catalunya, creado especialmente para la persecución del bandidaje. Su empleo se fue generalizando en gran parte de Cataluña, para ir después decreciendo gradualmente. Se decía que el cuerpo de mozos de escuadra se había convertido en un conjunto de asesinos, que mataban a palos, no a bandidos sino a los pobres vagabundos que caían en sus manos. A veces, como ocurrió en Reus, a causa de lo cual fueron disueltas las escuadras de allí, mataron durante la noche a dos pobres muchachos de la localidad, parece ser que sorprendidos robando peras de una propiedad del paseo a la Boca de la Mina.

Cuando crucé el patio de los Naranjos, lo hice guiado por el jefe de los mozos de escuadra. El mismo me anunció al presidente Companys, que se encontraba solo en su despacho, no pudiendo eludir recibirme en el acto.

Entré. Era el mismo despacho donde nos recibiera a mí y al resto de la delegación de la CNT y la FAI, casi terminada la lucha contra los militares vencidos por los anarcosindicalistas.

Supuse que no estaba haciendo gran cosa cuando llegué. En su mesa no había papeles ni expedientes. Estaba sentado y se levantó para saludarme con un apretón de manos y un «*Hola! Com estás?*» poco afectuoso.

Yo no había ido para dar ni recibir afecto. Quería ver con mis ojos y oír con mis oídos. Y vi en cuanto penetré en su despacho, adosados a un ángulo de un mueble alto, seis fusiles máuser de reglamento, y a los pies de sus culatas dos cajas de madera de las usadas para cartuchería.

¿A quién esperaba combatir con tanta cartuchería y seis fusiles? ¿Esperaba aguantar *un* largo asedio? ¡Ah, qué Companys! Cuando le visitamos el 20 de julio de 1936 en su despacho no se veía ningún arma ofensiva ni defensiva. Nada, entonces, de fusiles adosados a la pared. Companys, que esperaba entonces rendirse una vez más a los militares, aparecía completamente desarmado, por aquello de que detenido sin armas dejaba la responsabilidad de la resistencia a los irresponsables anarcosindicalistas. Pero ahora, cuando me recibió sin esperarme, sí estaba bien armado. ¿Qué batalla pensaba librar y contra quiénes?

Eran las resonancias de los compromisos de París. Con razón, ya eran dos los consejeros en funciones —España y Ventura Gassol— los que se habían fugado, bien pertrechados. ¿Sería en Cataluña donde los conspiradores pensaban librar su batalla definitiva? Para mí, ya no había dudas. Y Companys

sabía «cuándo y dónde nos darían los golpes», lo que tanto me preocupaba cuando comenté a Largo Caballero el error de haber dado publicidad a las conspiraciones.

Explicué a Companys el motivo aparente de mi visita. Cuidaba yo de aparentar inocencia, que dudo me reconociese, pues para él era el hombre más temible de la CNT; como él mismo me catalogaba: «Astuto, enérgico y de quien debía desconfiarse hasta en sueños».

—¿Sabes, Companys? Estoy algo intranquilo por tu reputación de persona honrada. Me refiero a que las penas de muerte que imponen los tribunales de Barcelona se ejecuten cuando tú das la autorización. Como eres abogado y dominas el Derecho penal, no se te ocultarán las posibilidades que existen de que algún periodista en el extranjero levante una campaña de escándalo por «los asesinatos» que aquí se cometen, llegando a acusarte a ti de ellos.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque no estando tú revestido del derecho de dar el «enterado», que supone el «ejecútese», y correspondiendo dicho derecho al jefe del gobierno de la República, te hagan aparecer como quien dispone de vida y muerte sin derecho.

—Bueno, tú bien sabes que las cosas se fueron presentando así a causa de la revolución.

—En efecto, y tú también sabes cómo eludí admitirlas como correctas.

—No te falta razón. Y tal como indicas se hará.

—Pero, bueno será que visites también al presidente de la Audiencia de Barcelona, para que desde allí cambien los procedimientos. Era todo lo que tenía que decirte, Companys. Si tú quieres decirme algo...

Vacilé durante un momento. Pero reaccionó pronto.

—No, nada que pueda interesarte.

La entrevista con José Andreu Abelló, presidente de la Audiencia de Barcelona, fue corta. Andreu Abelló, paisano mío, era un joven abogado perteneciente a una acaudalada familia. Ignoraba yo cómo fue elegido para la presidencia de la Audiencia. En una región de ilustres abogados, su elección era extraña. Ciertamente en tiempos de revolución todo se produce a ritmo diferente de cuando reina la normalidad. Pero la Esquerra Republicana de Cataluña no se había ocupado espiritualmente de la revolución. Por sus indirectos compromisos de París, más bien debería decirse que miraba hacia atrás, hacia mucho más allá de la proclamación de la República española. Diríase que, con la marcha del tiempo, quién sabe cuántos «esquerranos» seguirán la ruta de Aníbal, que tras los Alpes conducía a Roma, como lo hiciera Dencás.

A propósito de los sucesos de Hospitalet, pregunté a José Andreu Abelló:

—¿Es que en Barcelona la justicia está actualmente orientada a perseguir a los cenetistas?

—No. ¿Por qué esa pregunta?

—Tengo entendido que por un pequeño incidente, de esos que tan frecuentemente se producen, hay detenidos y procesados unos militantes de la CNT de Hospitalet. ¿Va a durar mucho? ¿No esperas que por ese camino me vea obligado, dentro de los límites que conceden la Constitución y el Estatuto, a la administración de Justicia de Cataluña? ¿Vais a aplicar el rigor de la ley a los militantes de la CNT?

—Vayamos por partes. Lo de Hospitalet está en estudio, y puedo decirte que aunque recaigan fuertes responsabilidades sobre esos miembros de la CNT, en atención a que se trata de asuntos políticos, serán puestos en libertad. Pero sería conveniente que la gente de la CNT se contuviese, porque no siempre los tiempos y las circunstancias son los mismos. Por lo que se refiere a

constreñir las atribuciones legales que conceden la Constitución y el Estatuto, ignoro en qué los estamos vulnerando. Luego, la ley es y será para todos igual, sean o no de la CNT. ¿Puedes aducirme algo en contra?

—Sí. Justamente, acabo de visitar a Companys. Le dije que estáis a un paso de provocar un escándalo monumental con la práctica ilegal de ejecutar a los condenados a muerte sin comunicar la sentencia al gobierno de la República. El hablar con un licenciado en Derecho me ahorra ser prolijo. Sabes que se califica de asesinato u homicidio el hecho de disponer ilegalmente de la vida de una persona. Que es justamente lo que estáis haciendo cuando ejecutáis a condenados a muerte.

—Tienes razón. Pero se trata de una razón circunstancial. Pero supongo que, con excepción de asunto tan excusable, nada más se nos puede achacar de parcialismo en justicia. ¿O no?

—Creo que sí hay más parcialidades. Por ejemplo: ¿Adonde han conducido las averiguaciones en el asunto de la muerte de Reverter? ¿Qué hay de un cargamento de lingotes de oro y platino del que fue despojado Reverter y que procedían de la Dirección general de Orden público de Madrid?

—No sé, no sé. Tenía entendido que el tal Reverter fue muerto cuando iba a ser detenido por sospecharse que pretendía desencadenar un movimiento separatista. Puedo hacer investigar lo del oro y el platino.

—A estas horas de tanta pulcritud en la Administración de Justicia de esta ciudad, supongo que habréis abierto sumario por las huidas al extranjero, y sus causas crematísticas, del que fue Consejero de Gobernación, España, y del que fue Consejero de Cultura, Ventura Gassol.

—No, que yo sepa. ¿Alguien podía y debía pasarme esos requerimientos?

—Claro que sí. Ese alguien debió ser el gobierno de la Generalidad de Cataluña.

—Hablaré con Tarradellas del asunto.

Todavía visité aquel día a paisano Artemio Aiguader, consejero de Gobernación. Hombre cazarro, que se las daba de pelo en pecho, era el que más medido se encontraba en las maniobras de París. Desde la capital francesa, y también por conducto de Lluhí Vallescá, cónsul de la República en Toulouse, recibía comunicación constante de Ventura Gassol, de todo lo cual, por encima de Tarradellas, informaba a Companys. Lo que explicaba la presencia de los seis fusiles en su despacho.

Le expliqué a Aiguader los apremios del ministro de Gobernación sobre el paradero de unos lingotes de oro y platino despachados por la Dirección general de Orden público. Y que, en aquellos apremios, Galarza reclamaba poner el asunto en manos del fiscal de la República, para que el fiscal de la Audiencia de Cataluña procediese a demandar del juez correspondiente la apertura de sumario si no eran devueltos los lingotes.

Afirmó Artemio Aiguader su «casi» total desconocimiento sobre los pretendidos lingotes. De ser cierto, «casi» podía afirmarse que si había intervenido Reverter en la captura de la camioneta, los escondió antes de ser muerto por sospechas de complot separatista. Por lo menos, sus agentes, comisionados para proceder a la detención, habían informado solamente de la incidencia de tener que matarle por haber disparado aquél primero, y no habían hecho ninguna ocupación de documentos ni valores.

—No obstante, si tú me lo permites y crees en mis palabras, te prometo abrir una investigación sobre lo ocurrido en torno a dichos lingotes de la Dirección general de Orden público, desde su llegada a Barcelona hasta el momento de su pretendida desaparición.

—¿Cuánto tiempo crees que llevaría esa investigación y comunicarme su resultado por escrito?

—Pongamos una semana. Y prometo llevarte yo mismo a Valencia su resultado.

Así quedamos. Ya no supe más de la investigación ni de los lingotes. Aquella semana en que había de realizarse, fue la semana más penosa que se vivió en Cataluña. Fue la semana de los primeros días de mayo.

A Artemio Aiguader los comunistoides del PSUC, siendo consejero de Gobernación, le proporcionaron un jefe de policía de Barcelona de suma confianza, llamado Eusebio Rodríguez Salas, conocido por «El Manco»,¹ a causa de un accidente que sufriera cuando trabajaba en los ferrocarriles, de donde fue despedido por la selección llevada a cabo entonces por el gobierno para castigar a los huelguistas de 1917.

«El Manco» se dijo siempre socialista revolucionario. No estaba de acuerdo, allá por los años de 1920, con socialistas, comunistas y anarquistas. A todos les encontraba defectos. Pero, por mayor afinidad con los anarcosindicalistas, se unió a ellos en Tarragona, donde dominaba en el Sindicato de Transportes Marítimos. Con el compañero Hermoso Plaja componía, en realidad, el Comité provincial de la CNT de Tarragona y se encargaban de la edición del periódico confederal *El Fructidor*, en el que «El Manco» firmaba con el seudónimo de Rafael Olmedo.

Algo de raro tenía «El Manco», como si su vida no fuese lo que aparentaba. Dejaba tras sí un hálito de desconfianzas. En un medio de pureza de vidas como era el de los obreros y campesinos de Tarragona, la sombra que envolvía a la vida del «Manco» más perjudicaba que ayudaba a la obra de organización.

En las postrimerías de la dictadura primorriverista, «El Manco» anduvo haciendo obra personal de comunista, sin definirse entre el partido oficial y el Bloc Obrer i Camperol de Maurín. Con la revolución iniciada en 1936, aquel espécimen de socialista revolucionario encontró acomodo entre la gente sospechosa que acogía el PSUC, el menos revolucionario de los partidos comunistoides del mundo.

Hombre sin escrúpulos, el consejero de Gobernación Artemio Aiguader, y hombre sin escrúpulos el jefe de policía de Barcelona, Eugenio Rodríguez Salas, constituyeron la pareja ideal para desencadenar los sucesos de mayo.

Al narrar los sucesos de mayo de Barcelona, como al hacerlo con los que ocurrieron antes en la huerta valenciana, no vale la pena hurgar en las chispas o chispillas que fueron aparentemente las causas que los produjeron. Si no hubiesen sido unas, habrían sido otras.

En Levante, como ahora en Barcelona, conviene no perder de vista los elementos subjetivos siguientes: la conspiración de París, puesta al descubierto por el expediente elaborado y remitido por la Comisión de vigilancia a Marianet; el error de Largo Caballero de haber querido reventar aquel grano purulento en una conferencia de prensa; el no haber dejado Largo Caballero que el expediente pasase al fiscal general de la República para proceder con arreglo al artículo 10 de la nueva ley de represión del espionaje; la conspiración iniciada en la embajada soviética, empezada por Rosenberg y llevada a término por Gaiski, que englobaba a Prieto, a Negrín, a Alvarez del Vayo, traídos y llevados por los jefes de la GPU: Krivitski, Orlov y Petrov.

A más de los motivos subjetivos, el motivo único para una parte considerable de la conspiración: el oro. El oro enviado a la Unión Soviética por los

1. [NDE]. El autor se refiere al «Manco» en las páginas 61 y 122.

jefes del PSOE. El enviado a Francia por los nacionalistas vascos. El enviado a Francia por los catalanistas.

En los sucesos de mayo sólo tuvieron parte dirigente los conspiradores de París y los de la embajada soviética.

Los demás, actores circunstanciales, los agentes del «Manco», los provocadores del PSUC, los fascistas camuflados de comunistas —eran miles—, servirían como muñeco del pim-pam-pum. Y muñecos serían también los miembros del POUM, que no tomaron parte activa en la dirección de los sucesos pero que secundariamente, recibieron la peor parte de los golpes, por representar en España el papel de opositores de Stalin, entonces ferozmente perseguidos en el mundo entero.

¿Los «Amigos de Durruti»? No tuvieron ninguna participación en la preparación y desencadenamiento de los sucesos. A lo sumo, actuaron como pequeños capitanes araña. Sus elementos destacados, y fuera de ellos con nadie más contaban, eran tres: Pablo Ruiz, Jaime Balius y Carreño. Ninguno de los tres era «faísta». No pertenecían a la FAI. Carreño era un anarquista venido de Argentina. Durruti lo llevó consigo en su columna; cuando organizó el Comité de Guerra, Carreño se hizo jefe del mismo. En el Comité de Guerra, Carreño no aportó iniciativas militares. Era de ambiciones pequeñas. Durruti lo envió con la delegación de su columna al desfile de octubre en Moscú, lo que no lo caracteriza como anarquista precisamente. Cuando Durruti fue a Madrid, dejó para siempre su Comité de Guerra en las tierras esteparias y polvorientas de Los Monegros. A Madrid llevó solamente dos compañeros de confianza e inteligentes: Manzana y Yoldi, el navarro.

Jaime Balius no era anarquista ni sindicalista. Era un fanático separatista catalán que se apartó de Maciá y Companys cuando, abandonando la idea de crear el gobierno de Estat Catalá, optaron por la Generalidad de Cataluña. No pertenecía a ningún sindicato. Su estancia en cierta forma en la CNT se debía a Liberto Callejas, que en su bohemia deambular por Barcelona tropezaba con gente de lo más raro, frecuentemente sospechosa. Fue Callejas quien empezó a publicar en CNT de Madrid artículos de Balius, muy radicales: ni anarquistas ni sindicalistas ni separatistas; solamente de rabioso contenido radical, casi nihilista. A mí —también entonces en la redacción de CNT— no me gustaba la colaboración de Balius y se lo dije a Callejas, que hacía de director.

—¡Déjalo, es un pobre inválido! —respondía siempre Callejas.

¿Qué era Pablo Ruiz, aparte de haber sido siempre visto con desconfianza? Lo conocía desde 1923. Por aquel entonces, aparecía por las tardes en el local del Sindicato de la Madera en la calle de San Pablo. A dicho local, que tenía café, acudía lo más granado de los grupos de acción. Pablo Ruiz, que no pertenecía a ningún grupo, ni de acción ni de afinidad, llegaba siempre con un paquete de telas cortadas —era sastre de profesión— y olisqueaba aquí y allá. Hasta que llegó el día en que los compañeros cortaban la conversación al aparecer él, que impenable y siempre con una sonrisa procuraba tomar parte en la conversación.

¿Quiénes movieron a las gentes de la CNT y de la FAI, induciéndolas a caer en los planes conspirativos de París y de los soviéticos? Si no fueron los llamados «Amigos de Durruti» ni los dirigentes del POUM, ¿quiénes tenían suficiente arraigo para arrastrar a tanta gente al suicidio colectivo? Solamente pudo hacer la Sección Marítima del Sindicato del Transporte de Barcelona. Mejor dicho: J. Merino, Patricio Navarro y Maeztu. Constituían, porque ya lo habían demostrado, una tripleta peligrosa, actuando siempre por su cuenta. Lo hicieron cuando el 16 de julio de 1936 se adelantaron a las consignas del Comité de Defensa Confederal, asaltando la santabárbara de los barcos surtos en el puerto de Barcelona, apoderándose de los armamentos, distribuyen-

dolos inmediatamente entre las juventudes libertarias y provocando casi la declaración del estado de guerra, que no llegó a producirse por la rápida intervención del comandante Guarner, jefe de Seguridad, y de Ascaso, de Durruti y de mí mismo, que a duras penas pudimos evitar que la lucha empezase entonces, colocándonos como alteradores del orden público, y dando lugar a que los militares saliesen a la calle como restablecedores del orden perturbado por una banda de irresponsables anarcosindicalistas.

Si el Comité de Defensa les había dicho que lo tuviesen todo preparado para llevar a cabo el asalto cuando recibiesen la consigna por el toque de alarma de las sirenas de las fábricas, ¿por qué se adelantaron?

La participación de esa tripleta de compañeros fue también decisiva en la conjura llevada a cabo al margen del Comité de Milicias, cuando el capitán Bayo organizó la desastrosa expedición a Mallorca. ¿Inocencia y desconocimiento de la importancia de lo que hicieron? Sabían que empezaban a romper la creciente autoridad del Comité de Milicias. Entre la clase obrera en el poder, que eso era el Comité de Milicias, y la reacción representada en ese momento por Companys y Bayo, optaron por lo último.

Maeztu, enviado a Madrid con la columna «Tierra y Libertad» que mandaba Germinal de Souza, inició la retirada sin conocimiento ni autorización del Comité de Defensa Confederal, poniéndolo en gran ridículo, por ser la primera unidad combatiente que abandonaba Madrid. Después, el mismo Maeztu, ya en el frente de Aragón con los restos de la columna «Tierra y Libertad», y a propósito de la pólvora con humo con que hubo que recargar la cartuchería, trató nuevamente de sembrar el pánico y de abandonar el frente de Aragón porque a él le daba la gana. Entonces, lo paré en seco, diciéndole por el teléfono del coronel Villalba que si ponía en práctica su propósito en el camino lo esperaba con ametralladoras, para evitar la vergüenza de que unos milicianos anarquistas fuesen los primeros en abandonar el frente de Aragón.

En cuatro asuntos habían procedido independientemente, al margen de los planes de la Organización, creando graves situaciones. ¿Era Patricio Navarro consciente de lo que hacía? ¿Lo era Merino? ¿Eran ambos juguetes de Maeztu? ¿Quién era Maeztu? ¿De dónde procedía?

¿Fueron ellos tres los que iniciaron los acontecimientos de mayo? ¿Cómo esclarecerlo? Lo que sé, porque lo vi, es que Merino utilizó un teléfono reservado del Comité regional de Cataluña, desde donde daba órdenes. Fue cuando Marianet y yo llegamos a la Casa CNT-FAI, procedentes de Valencia, en plena lucha callejera.

El 2 de mayo, por la tarde, se inició la lucha en las calles de Barcelona. En Valencia, me enteré en las primeras horas del día 3. Me llamó por teléfono Marianet para darme cuenta de ello. Poco después, Rodolfo Llopis, subsecretario de la Presidencia del Gobierno, convocaba a los ministros a una reunión por indicación de Largo Caballero.

El Consejo de ministros, reunido a las nueve de la mañana, con carácter de urgencia, iba a estar dedicado a los sucesos de Barcelona, que en aquellas horas ya presentaban el aspecto de una insurrección general. Al parecer, no todo había salido a la medida de los deseos de quienes prepararon los acontecimientos, que, engañados sin duda por el giro que tuvieron en la huerta valenciana el anterior mes de marzo, creyeron en una marcha triunfal de aplastamiento de todos los reductos sindicales de la CNT.

A las nueve de la mañana, según informó el ministro de la Gobernación, las noticias eran que los militantes de la CNT tenían dominada la mayor parte de la ciudad y cercado el palacio de la Generalidad y el Ayuntamiento. Se carecía de información respecto a si la grave situación se había propagado o

no a los frentes de Aragón. Y se comentaba que, de serasí, el desplome de la defensa militar, desde los Pirineos hasta Extremadura, no se haría esperar, creándose una situación de caos sangriento, que podría dar pie a una intervención extranjera. ¡Justamente lo que se proponían los conspiradores de París!

—Sería el principio de la entronización de una monarquía —comentó Prieto.

—¡Justo! En cuyo caso saldrían triunfantes los conspiradores de París —concluyó Largo Caballero.

—Ese triunfo solamente se lograría sobre los cadáveres de muchos verdaderos antifascistas —afirmé con tono duro.

—Pues bien, señores —concluyó Largo Caballero—, les he reunido para tomar providencias gubernamentales. ¿Qué creen que debemos hacer?

—Yo sería partidaria de que una fuerte delegación de la CNT y de la UGT fuese a Barcelona y tratase de pacificar la situación —dijo Federica Montseny.

—Estoy de acuerdo —dijo Peiró—. Y espero que mis compañeros López y García Oliver lo estén también.

—Sin embargo, y por si fracasasen los delegados de la UGT y de la CNT, habría que preparar fuertes unidades de guardias de Asalto para enviarlos a garantizar el orden de todos —concluyó Ángel Galarza.

—Y unidades de aviación y de la flota, si fuese menester —arguyó Prieto.

Levantó la reunión Largo Caballero, para dar lugar a que los ministros confederales fuésemos a nuestro Comité nacional. Al ir a salir, nos dijo que él, como secretario general de la UGT, en la imposibilidad de ir personalmente, designaba a Pascual Tomás y a Carlos Hernández Zancajo delegados de la UGT para unirse a los que designase la CNT y que en el aeropuerto estaría esperando un avión listo para trasladarlos a todos a Barcelona.

Por la CNT se acordó en el Comité nacional que fuésemos Marianet y yo. Avisó Marianet a la Directiva de la UGT, donde le informaron que salían para el aeropuerto Pascual Tomás y Carlos Hernández Zancajo. Así tuve ocasión de conocer a esos dos militantes ugetistas, muy afectos a la tendencia caballerista.

En el aeropuerto de Barcelona nos separamos las dos delegaciones; ellos para dirigirse a la sede oficial de la UGT, y nosotros para ir a la Casa CNT-FAI. Un auto de la base aérea nos dejó en la primera barricada que encontramos a la entrada de la ciudad. Como jefe de la barricada, ocupada por compañeros que apuntaban sus fusiles en dirección de la ciudad, estaba el compañero Ricard, del Ramo del Agua, Sección del Fabril y Textil. Nos reconoció enseguida.

—¿Adonde vais?

—A la Casa CNT-FAI —le respondí.

—En automóvil no llegaréis nunca. A pie, acaso lo lograréis. Pero no os lo aseguro.

Era algo con lo que no habíamos contado. Tendríamos que ir a pie, sorteando las barricadas de los nuestros y de los que no eran nuestros. De estos últimos, los más peligrosos serían los parapetados en locales sociales, políticos o sindicales. ¿Pero cómo saber dónde se encontraban para poder eludirlos? No había mas remedio. Teníamos que seguir adelante. Lo más seguro era que nos matasen unos u otros. Desde donde nos encontrábamos hasta la Casa CNT-FAI tendríamos que andar por lo menos dos horas, por una población de calles solitarias y de bocacalles erizadas de fusiles amenazantes.

—¿Vamos, Marianet?

—¿Crees que podremos llegar? —me preguntó,

—Hay que probarlo. Después de todo, ¿no se dice que en el pecado llevamos la penitencia? ¡Vamos!

Logramos llegar, por entre tiros y bombas de mano que nos lanzaban de todas partes, a la gran puerta fuertemente defendida con ametralladoras de la Casa CNT-FAI. Montando la guardia, como jefe, estaba el «León de los presidios», el compañero César Flores.

Buscando dónde estaría reunido el Comité regional, cuyo secretario era el compañero Valerio Mas, observé que en una cabina telefónica Merino, el de la tripleta Navarro-Maeztu-Merino de la Barceloneta, estaba hablando, más bien gesticulando, como quien da órdenes.

Dejé que Marianet siguiese buscando al Comité regional. Como había llegado sin escolta, no sabía a quién encomendar la vigilancia de lo que gesticulaba Merino y de cuánto tiempo ocuparía la cabina telefónica. Llegué hasta la puerta, sin encontrar a ningún compañero conocido a quien poder encargar el cometido. Me decidí por César Flores. Cuando me acerqué a él, con su vozarrón me preguntó:

—¿Qué está ocurriendo en Barcelona? ¿Puedes informarme?

—Todavía no, César. Acaso lo pueda aclarar dentro de poco. Quisiera encargarte algo: ¿Sabes dónde está situada la cabina telefónica del primer piso? ¿Sí? Pues en ella está hablando el compañero Merino. Creo que ya lleva tiempo haciéndolo. Sube y cuenta cuánto tiempo está hablando. Y cuántas llamadas realiza. Si termina, búscame en donde está reunido el Comité regional.

—¿Crees que anda en el ajo?

—Sí, creo que es el de la ristra de ajos.

Encontré al Comité regional en reunión con el Comité local de Sindicatos de Barcelona. Nos enteramos de que el movimiento que se estaba desarrollando en la ciudad y que enfrentaba a todos los compañeros contra las fuerzas de la Generalidad y del PSUC se había producido de manera extraña, que no podía ser calificada de espontánea, contra las provocaciones de la gente de Eusebio Rodríguez «El Manco», en convivencia con el consejero de Gobernación, Artemio Aiguader. Todo parecía preparado de antemano. No existía ningún acuerdo de la CNT, de la FAI ni de la FUL al respecto. Sin embargo, cuantos de los nuestros estaban en las barricadas creían hacerlo para defender a la CNT y a la FAI. Y los de enfrente, para acabar con la FAI y la CNT. ¿Qué hacer? Llevaban horas preguntándose los Comités superiores qué hacer para poner fin a la lucha. No se sabía adonde acudir y se temía que la lucha repercutiese en el frente de Aragón, donde Ortiz estaba preparando camiones y en la columna Durruti se hacía otro tanto.

Todavía no se hablaba de quiénes movían los hilos de la trama. No se sabía de dónde partían las consignas que recibían los compañeros en las barricadas. En realidad, se trataba de un movimiento estancado, condenado a un fracaso sangriento. Veinticuatro horas después de iniciado, todo estaba en la ciudad en las condiciones en que empezó: gentes tras unas barricadas, pero sin plan ni iniciativa. Del otro lado, en cambio, aunque parecía lo contrario, porque daban la sensación de estar sitiados, la Generalidad no había sido atacada ni ocupada. El palacio municipal tampoco. Ni el edificio de Gobernación. Los locales centrales del PSUC, de la Esquerra y de Estat Catala continuaban en poder de sus militantes. ¿Quién dirigía aquel estúpido movimiento?

Salí un momento de la reunión. Bajé adonde Merino ocupaba en exclusiva la cabina telefónica. César Flores me dijo que allí estaba todavía, habla que habla. En el tiempo que estuve fuera, había hecho ocho llamadas. Para mí, no cabía duda. Aquella estúpida revolución estaba dirigida desde una cabina telefónica del Comité regional. Merino, aragonés muy raro, buen compañero, andaba otra vez en grandes líos. ¿Quién lo había metido en ellos? ¿Patricio Navarro? Buen compañero también, muy apegado a la familia Urales. No era posible. A menos que lo hubiera embarcado como en el caso de las santabár-

baras de los barcos o de la expedición a Mallorca alguien muy metido en los asuntos de la Barceloneta. ¿Maeztu? Todo era posible. Maeztu debió ser objeto de investigación después de lo de Mallorca. Debí haber encargado de ello a Aurelio Fernández. No lo hice. Ahora me estaba arrepintiéndome. Ya era tarde para todo.

Lo que importaba era apagar aquella hoguera. De otra manera, se produciría la llegada de los guardias de Asalto de Galarza, de la flota y los aviones de Prieto y, ¿por qué no?, de unidades del ejército, previa destitución fulminante de Largo Caballero. Y tendríamos que terminar estúpidamente, en una lucha cara a la pared, heroica si se quiere, calculada por los técnicos de la provocación, los Krivitski, Orlov y Petrov.

Planteé dos preguntas en la reunión del Comité regional:

—¿El Comité regional o local ha encomendado alguna misión al compañero Merino? ¿Habéis intentado hablar directamente con los compañeros que se encuentran en las barricadas?

Respuesta:

—Ninguna misión ha sido encomendada a Merino. No hemos podido hablar directamente con los que están en las barricadas.

Todavía otro punto que esclarecer:

—¿Tenéis conocimiento de que alguien, en nombre de algún Comité dirigente de esta revolución, esté en contacto con los compañeros de las barricadas y de las barriadas?

Respuesta:

—Nadie está dando la cara.

Cambié impresiones con Marianet. Este expuso:

—Lo que importa es hablar pronto por radio a todos los que están combatiendo en las calles de Barcelona, e impedir que se propague el fuego al frente de Aragón. ¿Estamos de acuerdo?

Todos los asistentes estuvieron de acuerdo. Y fuimos designados Marianet y yo para intentar hablar por la radio. Forzosamente debíamos hacerlo por la radio que funcionaba en la Generalidad. Mas, secretario del Comité regional, se puso al habla con Companys, le expuso el acuerdo recaído en nuestra reunión y le pidió que nos recibiera a Marianet y a mí para dialogar y, llegados a un acuerdo, dirigirnos por radio a los combatientes. Tardó algo en contestar Companys. Seguramente estuvo consultando. ¡Quién sabe con quién! Al fin, dijo que si nos atrevíamos a llegar hasta la Generalidad, nos recibiría.

Marianet venció sus vacilaciones. Sentía tener que aventurarse de nuevo por las calles de Barcelona. Los tiroteos y los bombazos arreciaban; pero no lejos, cerca, muy cerca. Con nosotros dos vendrían también Abad de Santillán, por la FAL, y Roberto Alfonso por la Federación local de Sindicatos.

Nos dividimos en parejas. Marianet iría conmigo y Abad de Santillán y Alfonso irían juntos. Para no ofrecer mucho blanco a los tiradores, no marcharíamos juntos, pegados uno al otro. Iríamos uno por cada lado de la acera, protegiéndonos donde se pudiese, bajo los aleros de los balcones y los soporales de las casas.

Lo grave fue cuando tuvimos que cruzar la avenida Durruti (antes Layetana) para enfocar el trozo de calle que conducía a la plaza de San Jaime, donde se encontraba la entrada principal de la Generalidad. Justamente, la casa la esquina era local de un centro del PSUC, desde donde nos tiraron a quemarropa con fusiles y bombas de mano. Y puesto que lo cuento, no hicieron blanco en mí. Ni en Marianet, ni en Abad de Santillán, ni en Alfonso.

Al rato de encontrarnos en la Generalidad llegaron los representantes de la

UGT, Pascual Tomás y Hernández Zancajo, acompañados de un tal Muñoz, de la UGT de Cataluña.

Fuimos recibidos muy fríamente por Companys, y fríamente nos atendieron cuantos hubieron de tratar con nosotros. Era visible que allí estorbábamos. Nuestra misión de pacificación era totalmente contraria al papel de provocadores que Companys y los suyos asumían. Para ellos, lo ideal hubiese sido que fuerzas venidas de cualquier parte, del cielo o del infierno, los ayudasen a no dejar con vida a nadie que tuviese carnet de la CNT o de la FAI. De otra manera, ¿para qué haber estado preparando aquel enorme crimen? Sí, preparando el enfrentamiento desde el momento en que abandoné la secretaría general de la Consejería de Defensa. Yo estaba otra vez allí, con vida, no obstante las bombas y tiros.

¿Cordialidad? Ninguna. Representaba al gobierno de la República y los otros compañeros representaban a la CNT, regional y nacionalmente. Y si bien la presencia de Pascual Tomás y Hernández Zancajo, en tanto que representantes de la UGT era quimérica, por cuanto en Cataluña la UGT había caído en manos de los comunistas, internacionalmente pesaban sus nombres y la representación que ostentaban. Y Largo Caballero, que a más de jefe del gobierno era también secretario general de la UGT, antes de despedirnos los dos en Valencia, me dijo:

—Haga cuanto pueda por reventar los planes de los conspiradores de París. Que no se salgan con la suya los Irujo y los Ventura Gassol.

A lograrlo fui a Barcelona. No porque me lo recomendase Largo Caballero, sino porque cuantos coincidíamos en aquel esfuerzo teníamos tres objetivos: impedir la restauración monárquica, aplastar la maniobra soviética, salvar la vida de los militantes anarcosindicalistas de Cataluña y, por extensión, del resto de España.

Era Historia lo que estábamos haciendo. Era Historia lo que estábamos viendo. Debíamos salvar la máxima cantidad posible de vidas humanas. Día llegaría en que acaso seríamos nosotros mismos los que alentaríamos un movimiento, pero no igual al que ahora intentábamos anular. Cuando eso ocurriese, el movimiento sería concienzudamente planeado por nosotros y la iniciativa sería nuestra. No como en aquellos momentos, en que había sido planeado en contra nuestra por elementos ajenos a nosotros.

La victoria no podía derivar de aquella rebelión sin cabeza. La victoria se lograba ahogando aquella rebelión absurda.

En una breve reunión, coincidimos los delegados de la CNT y de la UGT en que debíamos ponernos en contacto con las gentes de las barricadas y de los centros convertidos en fortines. Ponernos en contacto con ellos y pedirles que desarmasen sus espíritus, que dejasen de luchar, decirles que debían esperar a que los problemas pendientes pudiesen ser planteados y resueltos en las conversaciones que iban a empezar en la Generalidad de Cataluña. Companys asintió, sin exteriorizar entusiasmo.

Y fue entonces cuando nos dirigimos por radio a los combatientes. Uno detrás del otro hablamos los de la CNT y los de la UGT: «¡Alto el fuego!» fue la consigna general. Muchos fueron los que secundaron los llamamientos de ¡alto el fuego! Muchos los que, desde las barricadas, se dirigieron a sus domicilios. Se les hablaba en nombre de la CNT, de la FAI y de las Juventudes Libertarias. Y en nombre de la UGT. También, aunque débilmente, en nombre de la Generalidad.

Mis palabras fueron éstas:

Trabajadores de Cataluña: Os hablo desde el Palacio de la Generalidad. Aquí

estamos reunidos todos los representantes del Frente Antifascista para ver de encontrar una solución a este gran problema por que todos pasamos.

La última vez que yo os hablé desde este mismo micrófono del Palacio de la Generalidad será recordada por todos vosotros, amigos míos y hermanos de ideas: fue los primeros días de lucha, cuando marchando nuestras fuerzas hacia el frente, pensando que quizá Zaragoza era muy fácil de ser tomada, de ser libertados todos los compañeros de allí, me dirigí yo a los pocos obreros que quedaban ya en Zaragoza diciéndoles que nuestras fuerzas salían de Cataluña para libertarles, y diciéndoles que estaban próximos a llegar, que ellos mismos debían contribuir a que fuera más fácil la victoria de los libertadores; y les decía que desde allí salieran a las calles los niños, los hombres, las mujeres a luchar, que los camaradas de Cataluña estaban prontos a llegar para libertar a los compañeros de Zaragoza.

Aquellos compañeros de Zaragoza, los pocos que quedaban, los pocos que no habían escapado todavía de la gran matanza fascista, oyendo aquella voz, que era la voz mía, la voz de la Confederación, la voz de los anarquistas, que era nuestra voz, salieron todos a la calle y allí terminaron de matarlos a casi todos.

Y hoy tengo que hablaros aquí, camaradas, y tengo que hablaros aquí, amigos, porque pesa sobre nosotros la bíblica maldición de Caín y de Abel. No sé si entre los que estamos aquí quién es el Caín y quién es el Abel. Puede ser que el Caín sea yo, seamos nosotros; puede que sean ellos, ¿quién sabe?; pero, ¿vosotros creéis, compañeros, que entre la familia antifascista, que entre los hermanos antifascistas, puede repetirse aquel pasaje bíblico de Caín y matarse los unos a los otros? ¿Creéis y pensáis que esto es posible? ¿Pero no veis lo que es España?

Más de media España, hermanos, está en poder del fascismo. Más de media España está en poder de ellos y las fracciones proletarias que allí han quedado, las pocas que aún quedan, subyugadas, oprimidas, perseguidas, escondidas, aherrajadas, tienen la única esperanza; tienen la esperanza en nuestra ayuda; la esperanza de que los hermanos antifascistas de la España liberada vayan a libertarlos a ellos. ¡Pensad el dolor, pensad la amargura en los compañeros, de esos proletarios antifascistas en la España dominada por el látigo de Mussolini, por el látigo de Hitler, cuando se enteren —que ya procurarán propagarlo los propios fascistas— cuando se enteren de que en el corazón, de que en la cabeza de la España libertadora, que es Cataluña, se están matando los unos a los otros, se están destruyendo los unos a los otros, incapacitando con ello en absoluto el poder llegar al corazón de Castilla, al corazón de Asturias, al corazón de Galicia, al corazón de Andalucía, para libertad a esos compañeros que no tienen otra esperanza que nuestra concordia y nuestro esfuerzo.

Es posible que en un momento de pasión, es posible que en un momento de incompreensión, trabajadores de Cataluña, lo hayáis olvidado; pero yo me permito recordároslo. Cada uno de vosotros, por encima de todo, sois obreros, sois democratas; cada uno de vosotros sabe bien cuál es su deber; cada uno de vosotros sabe cuál es su adversario. Y no hay más enemigo y adversario que el fascista en estos momentos.

Yo, que no he temblado nunca, que nunca tuve miedo, y que si lo tuve lo vencí porque tenía fuerza moral para vencer este miedo interior, yo os digo, compañeros, que nunca había sentido tanto pavor, que nunca había sentido tanto miedo, como en esta cruzada que tengo que pasar con los camaradas de la directiva de la UGT desde cerca de la Plaza de España cruzando las calles de Barcelona.

Oía los tiros de todos. No eran los tiros lo que me hacía temblar; es que yo sabía que todos cuantos tiraban eran mis hermanos, eran mis semejantes; todos formaban parte de la federación antifascista: anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos...

Yo, que no sabía qué hacer oyendo los tiros, he tenido que reconocer que el miedo que sentía procedía de encontrarme desarmado, de que aun cuando hubiera tenido un fusil en la mano, una bomba en la mano, no hubiera sabido a quién tirarla, porque todos cuantos disparaban eran mis hermanos, todos podían matarme como todos podíais mataros los unos a los otros.

Compañeros: La última vez que hablé, no en conferencia, sino en un momento sentimental del dolor vivido por todos y por todos compartido, en el momento del entierro de nuestro Durruti, pocas palabras pude decir. Yo os dije que el testamen-

to de Durruti, no escrito, pero sí grabado en el alma de todos nosotros, era su propia vida, la vida de Durruti, muy especialmente en estos últimos tiempos, y ese testamento de Durruti, escrito con su sangre, con su vida y con su actuación, era ganar la guerra. Y esto, hermanos, es lo que tenemos que hacer: ganar la guerra. Este propósito leal, este propósito noble, nos ha reunido en el Palacio de la Generalidad, bajo la presidencia de su propio presidente, con representaciones de la CNT, de la UGT, de la Esquerra, de los rabassaires, y, aquí reunidos, para buscar este punto de coincidencia, consideramos que lo más elemental en estos momentos es que todos los reunidos, que representamos propias organizaciones, no hayamos de tener que considerarnos hablando como Caín y Abel, matándose los unos a los otros.

Pensad que hay necesidad de que cese el fuego. Por encima de todo, que cese el fuego. Consérvese cada cual, si así lo cree en sus respectivas posiciones, pero que cese el fuego, aunque quien esté interesado en que no se halle solución a este conflicto os provoque, cesad el fuego.

Que cada uno de vosotros, que cada núcleo que se forme de barriada, de calle, constituya un cinturón de aislamiento en torno a todas las provocaciones cesad el fuego; camaradas.

Por mi parte espero que así lo haréis. Pesa sobre nosotros como ya os han dicho otros compañeros la responsabilidad de las decisiones que esta noche han de adoptarse, pero sobre los anarquistas pesa una responsabilidad mayor: la responsabilidad de poner de nuestra parte todo cuanto sea humanamente posible para conseguir la unidad del proletariado, la unidad de los antifascistas. Que no tengan los anarquistas, que no tengan los socialistas, que no tengan los republicanos, que nadie de la familia proletaria tenga que contribuir a deshonrar a sus muertos, al ideal que ahora defendemos por necesidad, *por* convicción. Necesidad española, necesidad catalana. Convicción catalana: convicción española.

Y, sobre todo, la necesidad y la convicción en que estamos de contribuir al aplastamiento del fascismo en toda España, en toda Europa.

Cese, pues, camaradas, el fuego. Que mientras estemos reunidos, no tengamos el dolor de pensar que no hemos sido comprendidos, de pensar que no hemos sido acatados; por que mientras oigamos el tiroteo, mientras oigamos el ruido en la calle, todo cuando nosotros hagamos aquí será rechabado, de hecho, por lo que en la calle se haga, y no podremos sentirnos con moral, con valor, con dignidad e interesados para proseguir, cueste lo que cueste, minuto tras minuto, hora tras hora, lo que nos hemos propuesto al venir al Palacio de la Generalidad, mandados y enviados por nuestras organizaciones.

Por la unidad antifascista, por la unidad proletaria, por los que cayeron en la lucha, por los que cayeron en esta noche, no hagáis caso de las provocaciones. No cultivéis, en estos momentos en que hay que cesar el fuego, el culto a los muertos. Que no sean los muertos, la pasión de los muertos, de vuestros hermanos, de vuestros amigos caídos, lo que os impida en este momento cesar el fuego.

No hagáis un culto a los muertos.

En toda guerra civil como la que vivimos, hay muertos siempre. Los muertos, todos, absolutamente todos los muertos de la familia antifascista, todos tendrán la misma gloria; todos tendrán el mismo honor. Tal como os lo digo lo pienso; tal como os lo digo lo siento. Me comprendéis, me conocéis lo suficiente para pensar que en estos momentos solamente obro por impulso de mi libérrima voluntad, porque me conocéis bastante para estar convencidos de que nunca, ni antes, ni ahora, ni en el porvenir, nadie conseguirá en manera alguna arrancar de mis labios una declaración que no sea sentida.

Y ahora siento por mí, bajo el peso de la responsabilidad que vivo y declaro que los guardias que hoy han muerto, para mí son hermanos: me inclino ante ellos y los beso. Los antifascistas que han muerto, los anarquistas que han muerto, para mí son hermanos: me inclino ante ellos y los beso. Los socialistas que han muerto, para mí son hermanos.

Sí, después de decir esto, tengo que añadir: todos cuantos han muerto hoy son mis hermanos, me inclino ante ellos y los beso. Son víctimas de la lucha antifascista y los beso a todos por igual [...].¹

1. [NDE]. Transcripción de *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 5 de mayo de 1937.

Vino la noche, y con las sombras fueron perdiendo vigor los tiroteos. Aquel movimiento había sido vencido. Quedaba claro que no lo apoyaba la CNT, ni la FAI, ni la FUL. Quien o quienes maniobraban en la sombra atribuyéndose autoridad orgánica, ya no podrían desenvolverse impunemente.

Pero los verdaderos orquestadores de las fuerzas en pugna, los Krivitski, Orlov y Petrov y el sagaz Antónov-Ovseenko, batidos en toda la línea, tendrían que revisar sus métodos fracasados. Pronto serían llamados a Moscú. Ninguno se salvaría. Sólo podrían encontrar salvación en la fuga y desertión.

Fríamente recibidos. Groseramente tratados. Eso fuimos desde que llegamos a la Generalidad; «El Príncipe» ya no debía aburrirse; le había llegado la ocasión de iniciar su venganza. Pequeña venganza. En espera de ir conociendo el desarrollo de los acontecimientos, en constante comunicación telefónica con los Comités local y regional, nos preparamos a pasar la noche tumbados en sillones y butacas. En sombra, en la oscuridad. Nada nos fue ofrecido. Cuando alguien reclamó sustento, nos trajeron con malos modos un panecillo seco con un poco de jamón pasado. Para beber, quien lo pidió, recibió un vaso de agua. Puede decirse que nos tuvieron a pañ y agua, régimen de castigo en los penales españoles.

Teníamos que pensar que aquella pobre gente, desde el presidente de la Generalidad hasta el último mozo de escuadra, habían sido sorprendidos por la inesperada rebelión de las masas. Sorprendidos sin comida. En determinadas circunstancias, tuve siempre la mala costumbre de sospechar, de ver y de tocar. Me levanté, di unas vueltas por el salón a oscuras donde nos habían dejado, y, pareciéndome haber oído unos extraños sonidos, fui por un pasillo a parar a una puerta que, por el resquicio del suelo, dejaba pasar una línea de luz. Empujé la puerta y contemplé una salita iluminada, con larga mesa puesta, donde, encima de blanco mantel brillaban las copas de finísimo cristal, conteniendo porciones de vinos blancos o tintos. Todavía pude fotografiar con mis ojos las sonrisas de satisfacción de los que alcancé a ver, y que cenaban opíparamente. Sonrisas que se quebraron en seco al divisarme en la puerta ya medio abierta. Eran Companys y su mujer, Antónov-Ovseenko, Comorera, Vidiella, Tarradellas... No alcancé a divisar al resto.

—¡Buenas noches y buen provecho! —les dije.

Cuando regresé al oscuro salón, conté a mis codelegados lo que acababa de contemplar.

Al día siguiente llegó Federica Montseny a reforzar la delegación de la CNT. Yo abandoné el palacio de la Generalidad y como pude llegué hasta el aeródromo del Prat de Llobregat, desde donde me trasladé a Valencia, a informar de los acontecimientos y, principalmente, de lo visto en aquel iluminado banquete presidido por Antónov-Ovseenko.

A plena luz

Todavía duraron dos días los incidentes en las calles de Barcelona. No obstante la buena voluntad que pusimos en los discursos de «alto el fuego» el mismo día de nuestra llegada a la ciudad condal, no resultaba fácil lograr que la gente, cansada de las provocaciones de los políticos de la Esquerra y de un PSUC repleto de fascistas, se aviniese a bajar las armas y regresar a sus ocupaciones normales. Se trataba de una sublevación popular contra el pasado reaccionario de los partidos catalanistas, demagogos que no cumplían con sus promesas a la clase trabajadora y que traicionaban continuamente la candidez de los amantes de la independencia de Cataluña.

Por otra parte, se producía también un levantamiento contra aquellas capas viejas o anquilosadas del anarquismo y del sindicalismo que no supieron, o no quisieron, aprovechar la victoria revolucionaria del 19 de julio para marchar adelante y realizar el comunismo libertario, prometido hasta la saciedad en miles de discursos a lo ancho y largo del país. Aunque parezca imposible, la clase trabajadora de Cataluña estaba más que saturada de capacitación socialista; y esa saturación cristalizaba en realizaciones o estallaba.

A las provocaciones de los catalanistas burgueses y los falsos comunistas del PSUC, había que añadir los imponderables, con los que no contaron los conspiradores de París y de Moscú, de una clase obrera que, saltando por encima de los contemporizadores como Marianet, Abad de Santillán y Federica Montseny, aspiraba a corregir en la calle el resultado fraudulento de una votación que dio por resultado el no ir a por el todo. El haber sido torcidamente interpretada la voluntad mayoritaria de la militancia confederal, dejó un amargo resquemor que algún día tenía que salir a borbotones.

Mentalmente tenía yo la misma posición que cuando propuse el «ir por el todo». Entonces era nuestra hora y nuestra oportunidad. Como ensayo de lo que era capaz de realizar la clase obrera, bien valía la pena afrontar los grandes riesgos que se hubieran corrido. Ante el vacío que se producía en la sociedad, subvertida por la rebelión abierta de todos sus elementos de orden, habría sido visto como cosa natural que los trabajadores, tras haber vencido a los militares sublevados, hubiesen tratado crear una vida nueva sobre las ruinas de una sociedad acabada. Pero ahora, a la desesperada, empujados por la provocación de unos parásitos reunidos en París y de unos agentes de Stalin, o un Irujo y un Aguirre que ya habían intentado, sin lograrlo, entregarse a Franco; de un Ventura Gassol, de un España y un Aiguader con sueños de neomonarquismo, era natural que fuese yo quien dijese ¡no! Haría los máximos esfuerzos por hacer fracasar los sueños de todos los conspiradores. Aunque pareciese que me traicionaba a mí mismo. Aunque me doliesen todas las fibras del cuerpo.

El 20 de julio de 1936 se abrían todas las posibilidades para la clase trabajadora. En el 3 de mayo de 1937, la clase trabajadora era empujada al abismo. En julio de 1936, éramos quienes decidiáramos. En mayo de 1937, ya no decidiáramos nada. Éramos juguete de agentes provocadores.

Era sabido entre los militantes confederales que en el Pleno regional del 23 de julio de 1936, había propuesto ir a por el todo. Y que había sido derrotado. Ya al frente del Comité de Milicias, fui más respetado que nunca. Mi prestigio era más alto que lo fuera antes de haber sido aplastado por una ficticia mayoría abrumadora de una totalidad menos uno. Supe acatar y supe respetar el acuerdo mayoritario. Ciertamente que propuse al grupo «Nosotros» acabar con la situación burguesa de Cataluña por vía de los hechos, aprovechando la acumulación de combatientes que tenían que salir con Durruti, utilizando las circunstancias históricas de las que éramos protagonistas. Porque entonces, vencidos o ganadores, hubiéramos procedido limpiamente, y los riesgos para los trabajadores que nos seguían hubiesen sido mínimos. Pero ahora, los riesgos eran totales, de muerte colectiva.

La militancia tenía que saber que yo, partidario de ir a por el todo, no era partidario del enfrentamiento armado de mayo. Mi posición actual debía aparecer bien clara. Mi intervención por la radio, en aquel discurso que pronuncié de «¡Alto el fuego!» resumía la posición que yo adoptaba, con claridad meridiana y públicamente.

Cuando Federica Montseny se incorporó al equipo concentrado en el Palacio de la Generalidad y los asuntos se plantearon en el terreno de la especu-

lación política de nuevos gobiernos y nuevas componendas, yo que nunca creí en esos gobiernos y esas componendas, me deslicé por el foro, salí a la calle, y saltando de una a otra barricada, me dirigí a tomar el avión en el Prat, desde donde alcancé Valencia.

Para ser testigo de la mascarada final en que iba a terminar aquel gobierno de colaboración en el que se nos dio entrada solamente para que no pareciese vergonzosa huida su traslado a Valencia.

Dejamos atrás cuatro días de graves acontecimientos en Barcelona y otras partes de Cataluña. No todo empezó de pronto ni todo terminó de golpe. Como sea, quedaron unos mojones para la Historia. Cada hecho es narrado e interpretado, y a veces desgarrado, por cada sector o cada comparsa de los actores. Sin duda alguna, se hablaría de los hechos de mayo. Y cada día que transcurriese serían más deformados, hasta que tuviesen más de leyenda que de efeméride.

Como en toda empresa humana, en el mayo de Barcelona hubo sus vencedores y sus vencidos. Sus muertos, mártires unos por haber sucumbido sin desearlo, y héroes otros por haber caído enfrentando conscientemente la muerte.

Cabe destacar a Domingo Ascaso, quien, como su hermano menor, Francisco, en 1936, murió fusil en mano.

Domingo era el hijo mayor de una familia de Almudébar, en la provincia de Zaragoza, que tenía tres hijos y una hija. Si en los medios anarquistas y anarcosindicalistas fuesen reconocidos los títulos de nobleza, diríamos que Domingo era el hermano mayor de la noble familia de los Ascaso. Panadero de profesión, oficio que aprendió en Zaragoza y que ejerció en Barcelona, donde se afilió al Sindicato de la Alimentación, hubo de exilarse en Francia y Bélgica después de la ejecución de Espejo, comisario de policía de la pandilla de Bravo Portillo, igualmente comisario de policía y también muerto a tiros en las calles de Barcelona. Domingo regresó del exilio a la proclamación de la República, viviendo un poco alejado de las luchas de la Organización. Pero él, al igual que tantos otros viejos hombres de acción que voluntariamente se habían aislado, formaron con la juventud luchadora en las jornadas decisivas de julio. Después de enterrar a su hermano menor, se me presentó en el Comité de Milicias, donde actuó de eficiente ayudante en mis trabajos. Con Cristóbal Aldabaldetrecó partió al frente de Aragón con la columna Ascaso, siendo decisiva su actuación en Barbastro, sumando a nuestro lado al coronel Villalba y su regimiento allí estacionado. El y Aldabaldetrecó dejaron la columna cuando la fusión de columnas dio paso a las Divisiones militarizadas.

De tres hermanos Ascaso, dos murieron en combates revolucionarios. El otro, o sea el segundo en edad, Alejandro, que el año 1923 fue militante del Sindicato de la Madera de Barcelona y hombre de acción, y que acompañó a su hermano Paco y a Durruti en las andanzas por América, abandonó a ambos por disconformidad con la actuación que llevaban. Ancló su persona en una república centroamericana, con el nombre supuesto que utilizaba, se hizo periodista y se casó con la hija del director y dueño del periódico. Tuvieron hijos y fueron felices. Los hijos suyos, que llevan el nombre falso del padre, posiblemente no sepan nunca que son los últimos vastagos de aquella noble y anarquista familia de los Ascaso, hombres de acción, cultos y extremadamente humanos.

La CNT ha dado muchos hombres a los partidos y organizaciones que se distinguían por su agresiva animosidad hacia su progenitura. Físicamente hablando, eran subproductos que pasaban a integrar organizaciones y partidos adversos a la CNT. En los hechos de mayo murió uno de ellos, Antonio Sesé,

secretario de la UGT catalana. Cuando le conocí, allá por el año 1923, era anarquista de acción. Muy amigo entonces de Pablo Ruiz, el nada claro sastre que olisqueaba lo que hacían los grupos de acción y posteriormente animador de la efímera minoría de descontentos conocidos por «Los Amigos de Durruti», cuyo contenido ideológico no pasaba de ser un remedo de los socialistas revolucionarios de izquierda rusos, finalmente absorbidos por el partido comunista soviético. En la lucha de mayo, Sesé fue mártir, pues parece ser que murió accidentalmente de un tiro.

Perdido cuando iba por la calle

De los muertos de mayo, quisiera poder situar debidamente la figura y personalidad de Camilo Berneri, anarquista italiano, asesinado misteriosamente en los días de mayo de 1937. De su muerte se habló inmediatamente después de que terminaron las luchas callejeras de Barcelona.

No conocí personalmente a Camilo Berneri, anarquista y profesor de renombre en los medios italianos, venido a España al estallar la lucha contra los militares y los falangistas. Lo que escribo sobre su persona lo supe después de su muerte. No lo conocí ni traté personalmente. Si no hubiese sido por su trágico fin, es posible que nunca me hubiese enterado de su existencia. No lo conocía ni como anarquista ni como profesor ni como escritor.

Suena un poco raro, ¿verdad? Así es. Y estoy convencido de que por lo menos al 99 por ciento de los compañeros anarquistas y anarcosindicalistas españoles les pcurría lo mismo que a mí. Se trataba, por consiguiente, de un compañero casi desconocido y que de repente, a causa de su muerte acaecida en circunstancias misteriosas, adquiere fama internacional.

Su muerte fue achacada a la falacia de unos comunistas, de los que nunca se dieron los nombres. De la misma manera que los comunistas oficiales sufren la obsesión de los comunistas de la oposición, a los que achacan ser culpables de todos los horrores que sufre la humanidad, hay anarquistas aquejados de la obsesión comunista, que atribuyen todos los crímenes a los comunistas.

En aquellos días, la muerte andaba suelta por las calles. La muerte al servicio de los combatientes de ambos bandos se prestaba muy bien para los ajustes personales de cuentas. Y también para crímenes incalificables. Solapada detrás de las barricadas, agazapada tras los balcones y ventanas, en forma de balas y bombas sueltas, brincaba sin freno ni medida, al azar, sin seleccionar sus víctimas, abatiéndose sobre el primero que pasase o el combatiente que se descuidaba. Así se conducía la muerte durante los sucesos de mayo. Ni los anarquistas escogían sus víctimas ni las seleccionaban los comunistoides y esquerranos.

¿Por qué se dedicó alguien a la caza de Camilo Berneri? Si bien sus mata-dores —dijeron que fueron varios— aprovecharon la confusión reinante en aquella semana, parece como si se tratase de un ajuste de cuentas de carácter particular o de grupo. No debe olvidarse la propensión italiana al grupo. Los italianos tienden a agruparse cuando se encuentran en el extranjero.

Los anarquistas italianos también cultivaron su grupismo. En París tuve ocasión de conocer una pequeña red de grupos italianos que se comportaban como si se tratase de una hermandad. Tenían vida ilegal conspirativa y vida legal. En la vida legal eran los mejores trabajadores del cemento en los pavimentos de calles, caminos y carreteras; y en el subir con mayor rapidez y ajuste de trabajo en la construcción de muros de cantera. Formaban como

una muy estrecha familia, no consanguínea sino adoptiva. Entre ellos se trataban con más amor que si fuesen hermanos de sangre, compartiendo sus cuitas, y ninguno quedaba en la calle sin cama y cena. No en balde poseían dos restaurantes y un hotelucho de paso. ¡Ah! Pero se odiaban hasta más allá de la muerte cuando topaban con quien hubiese sido traidor o se hubiese pasado a un grupo o hermandad adversaria.

Sin haber conocido ni tratado al compañero Camilo Berneri, vilmente asesinado ciertamente, fuesen quienes fuesen los autores de su muerte, no podía eludir el establecer un paralelo —por las muchas similitudes en manera de ser asesinado— con Cario Rosselli, profesor de la Universidad de Bolonia antes de ser muerto en Francia, socialista *sui generis* porque discrepaba de todas las concepciones derivadas del marxismo, fundador del movimiento y periódico *Justicia y Libertad*, y que también estuvo en una unidad de combatientes italianos en el frente de Aragón, ante Huesca, que fue incorporada a la columna Ascaso. Abandonó el frente cuando empezaron a tomarse medidas de unificación y militarización, poco antes de los sucesos de mayo. En el frente de Aragón nos conocimos y antes de abandonar España estuvo en Madrid a despedirse de mí. El y su hermano murieron misteriosamente asesinados en París. Los antifascistas italianos acusaron a desconocidos agentes de Mussolini de haber llevado a cabo los asesinatos de los hermanos Rosselli. Parecía indudable que entre los italianos venidos a luchar a España existían fuertes disensiones a causa de problemas que nada tenían que ver con las incidencias de nuestra guerra. Quizá solamente se trataba de coincidencias. Pero muy posiblemente, por tener entre ellos abundantes agentes de la OVRA, agencia criminal del fascismo italiano.

Porque el héroe tiene cien muertes, ¡salud, Camilo Berneri!
Porque cien muertes tienen los héroes, ¡salud, Cario Rosselli!

Es una pena, y lo lamento, no poder dirigir el saludo a los héroes muertos a otros que también cayeron durante los hechos de mayo o después, a consecuencia de esos sucesos. De ser posible, también lo dirigiría a quienes como Antonio Sesé y Andrés Nin, conocí y traté cuando todavía eran compañeros. De Sesé, ya hice el recordatorio. Me falta hacer el de Nin, comunista entonces de la oposición a Stalin.

No diré que Nin fue un tránsito. Lo hubiese sido si su aparición en la CNT no hubiera estado precedida por el abandono de otras posiciones políticas. Nin vino a nuestra Organización como lo que siempre fue, como un fugitivo. Acababa de dejar el nacionalismo catalanista, por radicalización de sus concepciones. En los tiempos a que me refiero —y siempre según él— el nacionalismo catalanista era una gran incubadora de reaccionarios. Lo conocí el año 1920, en el Comité regional de Cataluña.¹ Era un Comité regional clandestino, que se reunía en el Pueblo Seco, barriada obrera de Barcelona, al que Nin pertenecía, con Salvador Seguí, Alberti, Pey, Genaro Minguet y otros, teniendo como secretario a uno de los más activos anarcosindicalistas de aquellos tiempos, Archs, recién salido de la cárcel Modelo. Dicho Comité regional me nombró delegado especial para la comarca de Reus, feudo de los socialistas ugetistas, dándome el encargo de organizar los sindicatos de la CNT, costase lo que costase, por ser entonces Reus sede de tres federaciones nacionales de oficio pertenecientes a la UGT: toneleros, albañiles y estucadores.

Con el compañero Hermoso Plaja organizamos un mitin propresos en Tarragona, en el que hablaron, entre otros oradores —yo entre ellos— Salvador Seguí y Andrés Nin. Nin causó muy buen efecto entre la concurrencia. Se

. 1. [NDE]. Véanse las páginas 35 y siguientes.

reconocía que Seguí era más orador, pero a Nin se le consideraba más intelectual. Al fin, resultó Nin excesivamente intelectual, después de una conferencia suya denominada «Mandanga». Con «mandanga» se refería a la baja política de los partidos entonces existentes. Fue una conferencia crítica, pero ni antipolítica ni apolítica. Era fácil darse cuenta de que Nin nos dejaría en la primera oportunidad que se le presentase. Así fue. Habiéndose adherido la CNT, con carácter provisional, a la Internacional Sindical Roja, con sede en Moscú y dominada por los miembros de la III Internacional, abusando de la situación de clandestinidad en que el gobierno de Dato tenía sumida a la CNT, hubo reuniones amañadas de algunos procomunistas, entre ellos Nin, y con otros fue enviado como delegado a un Congreso de la Internacional Sindical Roja. Para Nin, era su destino. Siempre huido, no regresó a la terminación del Congreso. Aceptó un cargo burocrático de secretario en la Internacional Sindical Roja, se quedó en Moscú, ingresó en el Partido Comunista ruso —que no le pareció mandanga— y contrajo compromisos con el Estado soviético, siempre emparejados con los cargos burocráticos retribuidos.

Cuando Maciá, como presidente del gobierno de Estat Català, en París, fue a Moscú y logró la ayuda económica que había de permitirle la compra de armamentos al armero Flaubert del bulevar Saint Michel, para la aventura de Prats de Molió, los comunistas rusos le exigieron que limpiase de su gobierno la representación de la CNT, que en aquel entonces ostentaba el todavía compañero Rafael Vidiella, y que fuese ocupada la vacante por Andrés Nin, por aquel entonces en misión en Berlín. Pero Trotski y otros dirigentes comunistas rusos desplazados por Stalin se dieron a la tarea de organizar la oposición antiestalinista, y Nin, siempre con un pie en el estribo, se sumó a los protestatarios.

Como miembro de la oposición regresó a España cuando la proclamación de la República, y se dedicó a fundar una sección española de la oposición llamada «leninista». Lo que no dejaba de ser —entonces sí— una verdadera mandanga; por haber sido Lenin y Trotski —y no Stalin— los que mixtificaron la revolución marxista en Rusia, sustituyendo la dictadura del proletariado genuinamente expresada en los Soviets, por la dictadura del partido, y dentro de éste por el Buró del partido, siendo en fin de cuentas el secretario general del partido quien ejercería la dictadura. Tal aparato, heredado por Stalin, le sirvió para limpiar totalmente de marxistas los puestos clave del partido y del Estado soviético, como si Stalin, que convivió con los anarquistas allá en los presidios de Siberia, se hubiese propuesto ejercer la gran venganza de liquidar a los marxistas a'utores de los crímenes cometidos contra los anarquistas de Cronstadt y la majnovina en Ucrania.

No prosperó Nin en sus proyectos de crear un partido comunista leninista. Se le había adelantado Maurín, otro salido de la CNT, con la creación del Bloc Obrer i Camperol, medio socialista revolucionario con tendencias marxistas y anarquistas. Nin, una vez más, se vio en la necesidad de huir, para hacerse de un espacio vital en no importaba ya dónde. Se unió a las escasas fuerzas de Maurín y con media docena más de otros huidos de la CNT por diversos motivos, como Julián Gorkin, Hilario Arlandis, «David Rey» y otros, crearon el Partido Obrero de Unificación Marxista, conocido por el POUM.

De su paso por la CNT, conservaron esos huidos el impacto de la sinceridad revolucionaria, muy diluida por la presencia de Maurín. Respaldo a Companys hasta el último momento —cuando dejaron al POUM sin puesto en el gobierno de la Generalidad, cuando ya se estaban afilando los cuchillos para el degüello de poumistas—, Nin procuró que la intervención de sus partidarios —no muchos— en las luchas del 18, 19 y 20 de julio, fuese estrechamente controlada y puesta al servicio del presidente de la Generalidad. En la

entrevista que Companys nos preparó con los demás jefes de los sectores antifascistas, que aparecieron como representantes del orden establecido, Nin estaba con ellos, representando al POUM. Y, bajo su influencia, el POUM no buscó nunca el acercamiento con la CNT y la FAI, para que no apareciese minimizada su adhesión al presidente de la Generalidad.

Siempre de huida, Nin fue nombrado Consejero de Justicia en el gobierno de la Generalidad, en una de sus crisis, cuando convenía el voto del POUM para neutralizar los votos de la CNT. Y así hasta que sus antiguos compañeros de la GPU soviética lo agarrarían por la espalda y, a la manera rusa, le dispararían el tiro en la nuca.

Y pues que no cabe tu lamentable muerte entre las cien muertes de nuestros héroes, en tu última huida, Nin, ¡salud!

Los hechos de mayo trajeron una verdadera liquidación de cuentas. En las filas de los altos agentes soviéticos hubo sus repercusiones, con efectos que se irían conociendo en el transcurso del tiempo.

El «¡Alto el fuego!» lanzado desde la radio en el palacio de la Generalidad se dejó sentir, primero, en las barricadas, esclareciendo a muchos de los combatientes que ignoraban el sentido de su permanencia en ellas con las armas en las manos; después, de barriada en barriada, de pueblo en pueblo, fue llegando hasta el último rincón de nuestro frente de Aragón, donde ya estaba cundiendo la inquietud y la impaciencia por acudir en ayuda de sus hermanos de la ciudad.

Donde caería como un jarro de agua fría debió ser en Moscú. Para los dirigentes comunistas soviéticos, era la segunda vez que en Barcelona, en la Barcelona de los anarquistas, se producían los acontecimientos políticos de manera muy distinta a como ellos los habían planeado, precisamente en el momento en que Stalin, con sus sangrientas eliminaciones de opositores, pretendía dar al mundo la sensación de que hasta el tenue movimiento de las hojas de los árboles estaba regulado por su omnipotente voluntad.

La primera vez que había ocurrido algo que no había previsto Stalin, ni su Komintern, fue en julio de 1936, cuando los anarcosindicalistas de Barcelona iniciaron la resistencia armada a los militares y falangistas, dando lugar a que se iniciara entre los comunistas europeos un movimiento de revisión de su sometimiento a Moscú, por lo que hubo que canalizar el afán de lucha de muchos en las Brigadas internacionales, pero colocando a su frente a André Marty, el «carnicero de Albacete», con el encargo de ejecutar sobre el terreno a los opositores más irreverentes.

La segunda vez lo fue en los sucesos de mayo. Antes, Stalin tuvo que retirar de Valencia a Rosenberg y fusilarlo a su llegada a la URSS, por su fracaso en la captación de los dirigentes anarcosindicalistas. También tendría que hacer regresar a Antónov-Ovseenko, viejo bolchevique, que no supo, no pudo o no quiso terminar en seco con la independencia de acción de los dirigentes anarcosindicalistas, quienes, en plena subversión de sus afiliados, sí supieron restablecer la rota disciplina con un simple «¡Alto el fuego!».

Este alto el fuego les costaría caro a Antónov-Ovseenko, a Orlov y a Petrov. «¡Con lo fácil que hubiese sido sabotear el avión que condujo a Barcelona a los emisarios de la CNT y la UGT!» Ninguno de ellos hubiese llegado a su destino, y no se habría producido la cascada de discursos que sin cesar fueron calmando los ánimos de los combatientes, hasta lograr la quietud de la paz.

La crisis... y la tristeza

Fue un Consejo de ministros de corta duración. Se celebró en la tarde del 15 de mayo.

Los ministros comunistas, obedientes y plegados a las órdenes de su Buró, iniciaron un debate como de célula comunista de barrio. El debate iniciado por ellos apuntaba encarnizadamente contra el POUM, al que acusaban de ser el instigador de los hechos de mayo. Obcecadamente pedían que el gobierno se lanzase a una destructiva persecución del POUM, acabando, de ser posible, con todos sus componentes, desde Nin hasta los conserjes de sus locales.

Largo Caballero no puso a discusión ni a votación el planteamiento de los comunistas. Sencillamente, dijo que sólo mandaría perseguir al POUM o a quienes resultasen responsables de sucesos semejantes, cuando el partido acusante entregase las pruebas de tal culpabilidad. Y que, por lo que se refería a los hechos de mayo en Barcelona, el **POUM**, en comunicado público de su Comité ejecutivo, negaba su participación en ellos y los condenaba. Por dicho motivo, consideraba que la actitud adoptada en aquellos momentos por los ministros comunistas era como si se quisiese trasladar al seno del gobierno español los problemas que dividían a los partidos comunistas en todo el mundo.

Como ministro delegado que fuera a Barcelona por acuerdo de gobierno, declaré que la acogida que había recibido del presidente de la Generalidad y su gobierno durante las horas que estuve allí, había subrayado la evidencia de que los hechos de mayo se habían producido por la provocación de elementos de la Esquerra Republicana de Cataluña y del PSUC; tuvieron su origen en la tentativa de apoderarse de la Telefónica las fuerzas policopolicías del director de Seguridad, Rodríguez Salas, del PSUC, dependiente del consejero de Gobernación, Artemio Aiguader, de Esquerra Republicana.

Federica Montseny, también como ministro delegada a Barcelona, se expresó en los mismos términos que yo, puntualizando que no había obtenido durante su estancia en la ciudad condal ninguna prueba de la participación del POUM, en tanto que partido, en el planteamiento y desarrollo de los sucesos.

Era inútil toda explicación. Aquellos dos robots comunistas sólo podían decir lo que les indicaba la orden del Buró del partido. Todo partido que depende de un Buró internacional tiene que comportarse antinacionalmente, como confesaría después uno de los dos robots, Jesús Hernández, en su libro *Yo fui ministro de Stalin*.

Aquel Consejo de ministros de una república asediada por la reacción y, a la vez, sometida a poderes extranjeros, merecía ser fotografiado. Era el Consejo de ministros un conjunto de representantes de la patria, con los curvos cuchillos a punto de desenvainar y con caras de palo, representando el papel, archiensayado, de enterradores de la convivencia antifranquista: Prieto, como siempre sin mirar a nadie, con los ojos en el tapete de la mesa, como quien espera que la bola de la ruleta lo decida todo; Alvarez del Vayo, con aquella muñeca especial que, a veces, producía la sensación de estar ante una calavera con lentes; Giral, impecable y untuoso, estaba impasible, quizá tratando de medir el abismo a que íbamos derechamente; Galarza, rojo de ira, pero poniéndole freno a su enojo; Anastasio de Gracia, como quien contempla una partida de dominó en la Casa del Pueblo; Uribe y Hernández, sombras a cuál más desagradable; Juan López, con su rictus, revelador de que tenía dolor de estómago o de que estaba viendo cómo hacía trampas con la baraja el jugador de enfrente; Peiró, con la triste sonrisa de quien añora

la paz del hogar; Federica Montseny, que tan en serio se había tomado su papel de ministro, contemplaba el pantano en que nos íbamos ahogando; Jaime Aiguader, en menos de media hora había hecho aquella tarde tres idas a la mesa del brandy; Bernardo Giner de los Ríos, impávido y escéptico; Carlos Esplá, el lápiz en una mano y el cuaderno de notas encima de la mesa, como si se tratase de tomar apuntes de un interesante reportaje.

Y Largo Caballero, que me produjo la impresión de saberse vencido, aun con una mayoría socialista en su gobierno, que tan arteramente había de apuñalarlo a la vista escandalizada del mundo que nos contemplaba.

Fue Jesús Hernández, el «ministro de Stalin», quien se encargó de darle la puntilla al gobierno. O a aquella farsa de gobierno.

—Si el jefe del gobierno se niega a recoger nuestros cargos contra el POUM, el Partido Comunista retira sus ministros y nos vamos.

El y Uribe se levantaron y se fueron.

Largo Caballero, conteniendo la indignación que lo ahogaba, muy dueño de sí mismo, nos dijo:

—Señores, acaba de producirse una crisis en este gobierno. Cosa sin importancia. Pero he de ver cómo la resuelvo. Les ruego que disculpen, pero me veo en el caso de tener que levantar esta sesión. ¡Agur! y muchas gracias a todos ustedes.

Largo Caballero intentó convencer a Manuel Azaña de que le autorizase a continuar en el gobierno, pero sin participación del Partido Comunista. Azaña le pidió unas horas para meditar. Lo que hizo fue comunicar a Indalecio Prieto, por conducto de Giral, las pretensiones de Largo Caballero.

Prieto, Negrín, Alvarez del Vayo y Anastasio de Gracia se presentaron a Largo Caballero, como quien dice trabuco en mano. Fue Prieto quien brutalmente le dijo:

—Sabemos que piensas solucionar la crisis excluyendo al Partido Comunista. Y debes saber que nosotros, ministros socialistas, no lo admitimos. La crisis no es tan pequeña como tú pretendes aparentar, porque los cuatro ministros aquí presentes te presentamos también la dimisión.

Y se fueron. Los que se iban representaban casi la mayoría dentro del PSOE. En realidad, eran el ala derechista, reforzada con la comunizante. El derechismo de Prieto era tan extremado que en la honda crisis que atravesaba el socialismo político en Europa —con exclusión del laborismo inglés y la socialdemocracia escandinava—, en la que unos socialistas se inclinaban hacia Berlín y otros hacia Moscú, estaba Prieto más cerca de Berlín que de Moscú.

«Pase lo que pase, usted no dimita nunca», había dicho yo a Largo Caballero. Pero lo hizo. Fue al presidente de la República y le presentó su dimisión y la de su gobierno. Así, como si tal cosa. Como si no viviésemos una guerra fratricida. Con aquella dimisión se consumaba la cuarta crisis de gobierno en nueve meses.

Al parecer, se trataba de una práctica común y corriente que un jefe de gobierno presentase a su presidente o a su rey su dimisión y la de todo su gobierno, sin consultar para nada a sus ministros, aunque —como era nuestro caso— no hubiésemos participado en las maniobras de los ministros adversarios del jefe del gobierno. Algo así como lacayos, era el trato que recibíamos.

¿Locos? ¿Inmorales? ¿Tramposos? De todo un poco. Los que no podían dimitir, a quienes les estaba vedado hasta el descanso para despiojarse, eran los combatientes de los frentes. ¡Ay del que abandonase el fusil! Era deserción ante el enemigo, penada con la ejecución a la salida del sol. Tampoco

podían dimitir de su trabajo los campesinos ni los obreros, porque eso era traición o sabotaje.

Los políticos, nuestros políticos de tiempo de guerra, podían dimitir cuando se les antojase. Era la costumbre y había que acatarla. Estábamos en crisis, bello eufemismo para eludir la palabra traición. Allá en Benicarló, el señor presidente de la República sería quien —sin contar las lanzas que cada partido y organización aportaba a la defensa de las instituciones republicanas— resolvería en última instancia tan compleja situación. Siempre de acuerdo con sus particulares puntos de vista —y los de sus consejeros áulicos.

Empezó la farsa de los cabildeos, taparrabos de las desnudeces íntimas, porque todo estaba resuelto de antemano. Se había iniciado el ir y venir de los correveidiles. La CNT también tendría que decidir su postura, sola, sin colaboración con la UGT, porque ésta, al igual que el PSOE, ya estaba escindida y nada podía resolver en tales circunstancias.

En el Comité nacional de la CNT se recibió la indicación de la Presidencia de la República de acudir a evacuar consulta con el señor Azaña sobre la crisis del gobierno y la solución más indicada. Todo dentro de un rutinarismo que apestaba a antigualla. Como en los mejores tiempos de los Carlos o los Alfonsos. Como si todos fuésemos iguales y nacidos en la misma cuna. Como si la CNT no fuese la organización mayoritaria en aquella zona de España y a quien hubiese que dar, sin más consulta, la dirección de la guerra y de la nación.

A los ministros dimitidos se nos convocó para asistir a la reunión del Comité nacional que trataría de la crisis gubernamental. Era desconcertante. ¿Qué podíamos tratar sobre un hecho consumado? Era tanto como admitir que aceptábamos el desarrollo de un juego cuyas reglas nos eran casi desconocidas, y en el que teníamos que salir perdedores.

«Pase lo que pase, no dimita usted», le había dicho y repetido a Largo Caballero. Y Largo Caballero debió estar preparado la noche en que le visitaron Prieto, Alvarez del Vayo y De Gracia, recibéndolos cumplidamente, haciéndolos prender, silenciando sus detenciones y presentando a Manuel Azaña la lista del nuevo gobierno, mitad y mitad de la UGT y de la CNT. Para que lo aprobase «buenamente». Y, desde el primer día, disolver el Comisariado, repatriar a los internacionales, apelar a la ayuda de todos los sindicatos del mundo, municipalizar la vivienda, socializar los medios de producción y consumo, racionalizar las estructuras interregionales, nacionalizar las inversiones extranjeras con promesa de pagos negociados. En fin, dar un objetivo y un entusiasmo a la masa de combatientes.

Nada de todo aquello ocurriría. A partir de entonces, una densa cortina de tristeza se iría apoderando del ánimo del pueblo español, el de nuestra zona y el de la zona contraria, que durante todo aquel tiempo transcurrido desde la iniciación de las hostilidades esperó de nosotros una decisión eficaz en la lucha por el triunfo de la revolución y de la guerra.

El Comité nacional de la CNT y los ministros cesantes estábamos en reunión. Si Largo Caballero demostró como jefe de gobierno y como secretario general de la UGT no estar a la altura de las circunstancias, Marianet y su Comité nacional aparecieron tal cual eran: buenas personas, honrados militantes, con una carencia total de sentido político.

Eramos los verdaderos amos de la situación. Dirigíamos una organización mayoritaria y no teníamos estudiada ninguna solución para el problema candente en aquellos momentos. La CNT, auténtica representante de las mayorías proletarias del país, debería decir al presidente Azaña: la crisis actual es una farsa y las guerras como la que sostenemos no pueden hacerse repre-

sentando una farsa. Reclamamos la entrega del poder a la CNT y a las colaboraciones que nos busquemos, o debe irse a unas elecciones generales, para que el pueblo republicano decida el camino a seguir en la actual encrucijada, debiendo ser convocadas las elecciones por un gobierno provisional de diez miembros, mitad de la CNT y mitad de la UGT, con presidencia rotatoria. Los ministerios serían sorteados entre ambas organizaciones y las subsecretarías de cada uno de ellos serían desempeñadas por la otra tendencia.

Pero nada teníamos preparado. El Comité nacional nos convocaba para concretar nuestra posición ante la crisis y el consejo a dar al presidente de la República sobre la futura composición del gobierno.

Dejé que hablasen cuantos quisieron hacerlo. Todo aquello había dejado de interesarme. Prevalció una idea expuesta por mí antes de la crisis, cuando se iban poniendo al descubierto las maquinaciones de Rosenberg: debíamos sostener a Largo Caballero y no sumarnos a los conspiradores. Pero esta opinión mía era de antes de producirse la crisis, para evitar que, al sentirse solo, Largo Caballero dimitiese. Desde el momento en que había dimitido, dejándonos en la estacada, y en la imposibilidad de lanzarnos a una acción coactiva, debimos renunciar públicamente a proseguir el pequeño juego de los politicastos.

Dejé que hablasen y acordasen. No intervine, pues no podía olvidar que en una situación vertical semejante había sido derrotado.

A falta de actitud mejor, el criterio predominante —aconsejar la entrega del gobierno a Largo Caballero— era lo más sensato y lo más digno. Cuando se hubo aprobado el consejo a dar al presidente Azaña, surgió el pequeño problema de quiénes debían constituir la delegación de la CNT. Y puesto que los socialistas habían establecido, de mucho antes, la costumbre de no ir una sola persona sino dos, se acordó que también fuesen dos los emisarios nuestros. Marianet insinuó que uno fuese yo. Pero antes de que los demás compañeros lo aprobasen y me encontrase ante un hecho consumado, me apresuré a decir que no aceptaría aquella designación.

Lo lógico hubiera sido que Marianet y Peiró hubiesen asumido la gestión. Para asombro mío, fueron Juan Peiró y Federica Montseny los encargados de evacuar la consulta. Federica Montseny iba a luchar por nuestra continuidad, es decir por su continuidad, en el gobierno, para lo cual ya no iba a necesitar el consejo de sus padres. Ya se había curtido de ministro. Con tal de seguir siéndolo, no valía la pena matizar entre honradez y piratería. Tiempo le quedaría para arrepentirse, y, llegada su hora, lo haría a voz en grito, mesándose los cabellos y cubriendo de ceniza su cabeza.

Hubo sus más y sus menos. Por puro formalismo, Azaña encargó a Largo Caballero la tarea de formar nuevo gobierno. Y como las cosas eran así, como en los viejos tiempos de las viejas monarquías, aceptó el encargo, y después de unas gestiones declinó formar gobierno, por no haber encontrado las asistencias necesarias. No encontró oposición ni dificultades en la CNT. Al contrario, pues pese a que sólo nos reservaban dos carteras —la de Justicia y la de Sanidad—, se le dio la conformidad.

Era inútil cuanto se estaba haciendo para superar aquella crisis, cuya resolución no estaba ya en lo que hiciesen o pensasen hacer los partidos y organizaciones españoles. Ni siquiera estaba en la iniciativa del presidente Azaña. En adelante, las decisiones partirían del hotel Metropol.

Quien fuese, decidió que el nuevo jefe del gobierno de la República había de ser Juan Negrín, elemento solapado y cínico, para quien era preferible un pulo listo a un tonto honrado. Miembro reciente del PSOE, hizo rápida carrera, con la ceiguiente desazón de Indalecio Prieto, que se manejaba muy bien el cómoc lugar de segundo grado, allí donde se fraguan las traicio-

nes contra el maestro Hiram. Como ministro de Hacienda, Negrín demostró poseer una amplia gama de mañas. Del ministerio de Hacienda partían cada mes las finas carteritas de piel que contenían los sueldos de cada ministro. Había quienes recibían sus sueldos en divisas extranjeras. Otros, los que no formaban parte de las listas de incondicionales, en billetes del Banco de España de series de reciente fabricación.

La CNT se negó a integrar el equipo de Negrín, de acuerdo con sus resoluciones de no prestarle apoyo. La CNT —su Comité nacional, bajo influencias sanas— se ratificó en no prestar ministros ni apoyos a Negrín.

Iba a empezar el período de las mentiras machaconamente repetidas. Los comunistas, arbitros de la situación oficial, se lanzarían en tromba a ocupar los más importantes puestos del gobierno. Para aparentar ser algo y poder hincharse como un sapo, el Partido Comunista admitió en su seno a cuanto crápula lo solicitó.

Para los españoles de la zona republicana ya no habría sol ni alegría. Niebla. Niebla y tristeza. Hasta el final, que se veía cercano y terriblemente trágico. Nosotros y los de la otra zona nos estábamos poniendo a la par.

Se aprende a ser ministro como se aprende a ser barrendero. Con la diferencia de que los barrenderos visten mal y huelen peor.

En el último momento de ser ministro, me enteré de que en tanto que ministro de Justicia era notario mayor, lo que antiguamente se llamaba notario mayor del reino. Y que, por serlo, me incumbía la misión de firmar el decreto presidencial nombrando jefe del gobierno a Juan Negrín. Lo ignoraba, como también ignoraba la existencia del collar del Toisón, que correspondía colgar del cuello del ministro de Justicia en las grandes solemnidades.

Fue el propio Negrín quien me informó de ello. A las tres de la madrugada me llamó por teléfono y con su chillona voz de acento canario me rogó que firmase el decreto de su nombramiento, para enviarlo a la imprenta en que se editaba la *Gaceta*. Como ignoraba que dependiese de mi firma su nombramiento, así se lo dije, añadiendo que consultaría a quien estuviese enterado y que si me dejaba su número de teléfono, le comunicaría mi resolución.

Llamé a Marianet y le expuse el problema. El tampoco estaba enterado.

—Enterado o no, el Comité nacional debe decirme si firmo o no firmo el decreto presidencial nombrando a Negrín jefe del gobierno —le dije.

—Mira, Juan, ahora no hay manera de reunir el Comité nacional. Opino que debes firmar y que se vaya a la...

Llamé a Negrín. Le dije que estaba de acuerdo. Me envió con el secretario el documento. Se lo firmé. Era algo que no olvidaría yo nunca. Y un día se lo recordaría.

Por desgracia, no habían terminado las formalidades del dejar de ser ministro. Faltaba todavía la entrega del Ministerio a quien hubiese sido designado sucesor mío.

Cuando mi antecesor, Ruiz Funes, dimitió, apenas si se tomó la molestia de hacerme las transferencias. Únicamente vino acompañado de su subsecretario a desearme buena suerte y a rogarme que permitiese que el automóvil del ministro lo condujese en aquel mismo instante a Cartagena. Ruiz Funes era hombre listo a más de eminente penalista. Se esperaba de un momento a otro la entrada de las fuerzas enemigas en Madrid, no me advertía del peligro y, encima, se llevaba mi automóvil.

Decidí, al saber que mi sucesor era el señor Irujo, no darle posesión. Ma-

riamet admitía que diese mi firma para el nombramiento de Negrín. Pero yo no era Marianet. Decidí no dar posesión a Irujo. Que se la tomase.

Fui al Ministerio, recogí mis documentos, dejé abierta de par en par una caja de caudales vacía, con las llaves en la cerradura, y me fui, con secretario y escolta. En el cuerpo de guardia me despedí de los compañeros que integraban la guardia penitenciaria.

Eran la diez de la mañana. Como santa Teresa, al pisar la calle me sacudí, diciéndome: de esta casa, ni el polvo quiero llevarme.

Sin duda alguna, la incorporación del vasco Irujo tenía alguna significación especial. Negrín, que por algo hizo que su aparato de propaganda llamase a su gobierno «gobierno de la resistencia», iba a iniciar desde el primer día una política de liquidación de la guerra. No habiendo logrado la conspiración de mayo el desplome de los frentes, que habría puesto inmediato fin a las hostilidades, se llevaría a la práctica lo que también entraba en los cálculos de Stalin: la terminación gradual, pero rápida, de la lucha. En este caso, mediante negociaciones con los militares sublevados.

En la penúltima cena que ambos tuvimos, me sugirió Rosenberg:

—Usted no ignora que, en los primeros meses de la revolución, en la URSS, tuvimos que aceptar unas negociaciones de paz. La paz de Brest-Litovsk. Para lograrla, hubimos de dividir nuestras aspiraciones, quedándonos sólo con una parte de ellas. Acaso se les presente a ustedes idéntica oportunidad. ¿Qué opinaría usted llegado el caso?

—No creo que llegue el caso. Esta no es una guerra de fronteras en que un país lucha contra las tropas de otras naciones que lo tienen invadido. La nuestra es una guerra civil. Ellos son las fuerzas retrógradas del país y nosotros las fuerzas progresistas. Ellos y nosotros estamos de acuerdo en algo fundamental, que es España. Estamos luchando porque ellos quieren para España, para toda España, un régimen que tenga sometidos a todos los españoles. En cambio, nosotros luchamos porque España, toda España, sea una nación de ciudadanos libres. Esto para ustedes es un poco difícil de entender, porque a fuerza de negar valía a la calidad humana, han pasado a sufrir de atrofia espiritual, y ya no logran hacer distingos entre ciudadano libre y ciudadano sometido.

—La verdad es que ustedes, los anarcosindicalistas, al razonar se asemejan a los teóricos del nacionalismo y del liberalismo burgués. La ecuación es más sencilla: dos se disputan una manzana. Según mi tesis, materialista marxista, es preferible obtener media manzana a quedarse sin nada. Ustedes, de éste y del otro bando, luchan por lograr toda la manzana. O nada.

Negrín debió utilizar los enlaces que tenía el gobierno vasco para ponerse en contacto con los representantes en Francia, o en otro lugar, de Franco, e iniciaría las gestiones para abrir negociaciones de paz. Pero parece indudable que llegarían al mismo punto en que se rompieron las iniciadas por los vascos a espaldas del gobierno de Largo Caballero, cuando recogieron un rotundo no; nada de negociaciones de paz, sino sometimiento total, sin condiciones. Y era natural que así ocurriese, porque la otra parte de España quería una España para ellos, para someterla a sus concepciones retrógradas de Estado y de nación.

Franco, si contestó a Negrín —cosa que es de dudar—, diría: Rendición incondicional, enjuiciamiento de todos los dirigentes, a escala nacional, regional y local, la sangrienta purga como la que estaban aplicando los rebeldes desde Badajoz a toda expresión de antifascismo.

Pero en Negrín se daba, además, una circunstancia que imposibilitaba un cese de hostilidades negociado: el oro depositado en la Unión Soviética.

Es posible que sólo el oro que salió por Cartagena a Odesa hubiese podido imponer una negociación de paz.

Negrín, torpe manejador de los bienes auríferos de España, había dispuesto de amplias facultades para sacar el oro de España. Lo que nunca tuvo fue la facultad de hacerlo regresar. Oro salido, oro perdido.

En aquellas condiciones, no podía negociar ninguna paz. Lo que haría sería llevar a cabo una liquidación moral entre los combatientes.

Cuando sugirió la conveniencia de que yo sustituyese a Largo Caballero, por ser éste demasiado viejo, respondí a Rosenberg: «No se trata de reemplazar a un viejo por alguien más joven. El cambio supondría quebrantar la unidad antifascista existente. Cuando tal cosa ocurra, la guerra estará perdida».

Antes de salir hacia Barcelona, para que guardásemos los catalanes un grato recuerdo del tiempo que habíamos pasado en Valencia, Domingo Torres, secretario general del sindicato del Transporte y alcalde de la ciudad en representación de la CNT —en cuyo puesto era muy bien considerado— nos invitó a comer una paella. Lo importante de la invitación era que la paella que comeríamos sería cocinada al aire libre por el propio Domingo Torres.

La paella bien hecha requiere de una preparación semejante a un ritual. Y tanto si es de pelo y pluma como si es pescado y mariscos —la mezcla de estos componentes se considera una irreverencia gastronómica— los ritos deben ser observados rigurosamente. La paella que nos preparó el compañero Torres resultó única, cual correspondía a su fama de magnífico paellero, uno de los mejores en el Grao valenciano.

Tuvimos paella abundante y vino en *porro*. Ni una alusión a la crisis que acabábamos de vivir. Comido el arroz a la manera típica, sin platos, con una cuchara en la mano de cada comensal, sentados en torno a la paella, cada cual tomando su parte del triángulo asignado. Como árabes sentados a la puerta de su tienda, haciendo bolas del cuscús, esperando el paso del cadáver del enemigo.

Balace

Justo seis meses y diez días era la cuenta del tiempo transcurrido desde la entrada de la CNT, con cuatro ministros, en el gobierno de la República. Aproximadamente ciento noventa días de gubernamentalismo. Se dijo que la incorporación de la CNT estaba motivada por su importancia numérica y para dar consistencia a la unidad antifascista.

Con nuestra participación gubernamental hubimos de dar por buenas las resoluciones anteriores del gobierno desde el 14 de abril de 1931.

Algunas de dichas resoluciones, no tan lejanas, eran de gran importancia, y de su contenido no se nos dio ninguna explicación. Por ejemplo, el establecimiento de relaciones con la URSS, sus motivos y su alcance. El envío del oro del Banco de España a la URSS, su porqué; garantías; trámites para su recuperación; contabilización; firmas del depósito; caducidad y trámites para sus renovaciones.

Era de esperar que al entrar a participar en las responsabilidades del gobierno, se hubiese dedicado una sesión del mismo a darnos detallada cuenta del peso con que cargábamos.

No fue así. No se nos dio ninguna información. Aquellas dos operaciones, que en realidad eran una sola, constituían una cadena de cuatro eslabones:

Largo Caballero, Jefe del gobierno; Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire; Juan Negrín, ministro de Hacienda, y Marcelino Pascua, embajador en Moscú.

Ninguno de los depositantes del oro de España se creyó nunca en el deber de notificarme el contenido de los intestinos de tan sucia operación. Los detalles que supe no lo fueron en mi calidad de ministro. De ello me he ido enterando por la lectura de parte de la enorme bibliografía sobre la guerra de España.

¿Cuántos eran los españoles enterados de lo que se hizo con el oro de España? Pocos. Los que más, suponían que siendo el gobierno de Largo Caballero el que hizo el envío a la URSS, todos los que habían sido ministros con él teníamos la misma responsabilidad, corresponsabilidad o responsabilidad compartida. Sin embargo, los cuatro ministros de la CNT desconocíamos totalmente aquella operación, que se efectuó un mes antes de nuestra entrada en el gobierno. Detalle que ignoraba la gente.

Por este asunto del oro deberían apuntarse en contra de mi reputación de hombre honrado por lo menos 25 puntos. Si añadimos que por el hecho de haber aceptado ser ministro, ya había perdido otros 25 puntos de dicha reputación, por 190 días de haber sido ministro me había quedado hecho un guiñapo moral. Y no era cosa de irle contando a cada ciudadano la verdad en detalle, que además nadie hubiera creído.

Para ser presentado al Congreso de Zaragoza, hube de redactar, como ponente de la Comisión dictaminadora del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, el dictamen-ponencia sobre el comunismo libertario.

Si se tiene en cuenta lo que son 190 días, hubiera debido sentirme satisfecho de la labor realizada en el Ministerio de Justicia en nombre de la CNT. No era así. La conciencia me forzaba a enfrentarme a las responsabilidades contraídas por mí, ya fuesen por acción o por omisión. ¿Hice bien o mal al admitir el resultado del Pleno regional de comarcales y locales de Cataluña del 23 de julio de 1936? ¿Hice bien al aceptar la decisión orgánica de que fuera ministro? ¿Fue acertada mi participación, en nombre de la CNT, para apagar las llamas revolucionarias de mayo de 1937? ¿Hubiera sido más oportuno que, ya en Barcelona, me hubiese puesto al frente de aquel descabellado movimiento para intentar darle la profundidad y dirección de que carecía?

Como sea, lo por mí hecho durante diez meses de intensa actividad, desde el primer tiro en las Ramblas el 19 de julio de 1936, era irreversible. Nada podía ser deshecho, rehecho ni enmendado. Yo no era el mismo hombre. Ni ante mí mismo ni ante los demás. Ya no era aquel cuyo nombre pronunciaban con respeto los trabajadores. Era el que ya nunca volvería a tener la confianza de los trabajadores catalanes.

Si antes no me dejé corromper por el halago, en adelante debería tener la entereza de no caer en la demagogia para tratar de recuperar los halagos.

Mi caída se asemejaba bastante a la que experimentaba la CNT, con la diferencia de que ésta pagaba los errores de unos militantes desorientados. La desorientación era general y venía de lejos, desde que se constituyera en 1910; de más lejos aún, desde que se atribuyera como finalidad a la clase obrera el comunismo libertario, cuando se debió haber empezado por enseñar las etapas por las que tendría que pasar la sociedad humana antes de alcanzar la instauración del comunismo libertario. La etapa preliminar, en caso de subversión violenta del orden social, como la que vivíamos, era la conquista del todo social por los sindicatos obreros. La conquista del todo, empezando por los organismos de las fuerzas armadas, para que no se pudiese dar el

despido de portero que nos dieron los coaligados de la burguesía, del socialismo filofascista de Prieto y Negrín y del aventurerismo comunista estaliniano.

De espaldas a la pared

Otra vez en Cataluña. Ahora, de simple militante de base. No me importaba ser o dejar de ser en la situación en que habíamos quedado después de mayo. Las sangrientas jornadas de mayo nos habían hecho más daño de lo que parecía. En apariencia, la CNT conservaba toda su fuerza, tanto en los frentes de Aragón como en los sindicatos y las colectividades de la retaguardia. Pero había desaparecido lo que era esencial para toda gran lucha: el espíritu combativo. Desde ese punto de vista, la CNT era como un saco hinchado y vacío. Aunque lo hubiese deseado, no podría emprender ninguna acción decisiva contra los usurpadores negrinistas, vencerlos y conservar las posiciones en los frentes. Podríamos, sí, romperlo todo y precipitar una enorme carnicería, primero entre nosotros y los demás sectores llamados antifascistas y, finalmente, entre los que quedásemos y los ejércitos franquistas, con el riesgo de provocar la intervención extranjera o el cierre total de las fronteras para los supervivientes.

Estábamos de espaldas a la pared. Así nos habían dejado los provocadores de los sucesos de mayo: Krivitski, jefe en España de la GPU, su preparador y animador —como él mismo confesaría después en Nueva York. Entre nosotros, se ignoraba de dónde había partido la orden de prender fuego al barril de pólvora que haría estallar la santabárbara de la indignación confederal. Era estúpido seguir acusando a los llamados «Amigos de Durruti», que nada habían hecho, sino publicar después, para darse alguna importancia, un periodiquito, válvula de escape de Jaime Balius, inválido físico que solamente podía hacer aquello.

No realicé ni propuse que se hiciera ninguna averiguación sobre las actividades de la Sección Marítima del Sindicato del Transporte, cuyos directivos, Navarro, Merino y Maeztu, no reclamaban ningún mérito en tanto que directores de los sucesos. Al contrario, se mantenían extremadamente callados.

Verdaderamente, nos encontrábamos en una situación muy embarazosa. Deseaba, de ser posible, mantenerme alejado, tanto en el plano nacional como en el regional de Cataluña, de la dirección de aquel muñeco" vacío a que se había reducido nuestra Organización. Lo que quedaba todavía con vida estaba en los sindicatos, que seguían manteniendo la disciplina en el trabajo. Y en las colectividades agrarias, con cuyos productos nos sosteníamos, más mal que bien, por ser dificultoso el comercio internacional de productos que, como la naranja, la cebolla y la patata tempranera, debía permitir una entrada de divisas, trocadas por legumbres secas, como habichuelas, garbanzos y lentejas.

Pero no iba a resultar posible mantenerme apartado de los centros de dirección orgánica. El Comité regional de Cataluña, cuyo secretario en aquellos momentos era Dionisio Eróles, reclamaba constantemente mi presencia como asesor político.

Y se manifestó la crisis prevista desde que se constituyera aquella especie de gobierno provisional de la Generalidad, como accidente derivado de los hechos de mayo. El gobierno catalán que entonces existía dimitió, siendo reemplazado por otro constituido por cuatro ejecutivos, tres de las organizaciones obreras, CNT, UGT y Rabassaires, y otro de la Esquerra, y que eran, en ese orden, Valerio Mas, encargado de Economía, Servicios públicos y Sanidad; Rafael Vidiella, encargado de Orden público, Justicia y Trabajo;

J. Pons, encargado de Aprovisionamiento y Agricultura, y Carlos Martí Feced, encargado de Hacienda.

El 26 de junio se creyó conveniente —lo creyeron conveniente Companys y Antónov-Ovseenko—, para sacudirse de encima a los anarcosindicalistas, sustituir aquella especie de gobierno ejecutivo y concentrado por otro más amplio y que resultase más dúctil para el presidente de la Generalidad.

Según informó la delegación del Comité regional, presidida por Dionisio Eróles, Companys insinuó en el curso de las deliberaciones la conveniencia de conceder una Consejería sin cartera al profesor Pedro Bosch Gimpera, perteneciente a Acció Catalana, ya regresado a Barcelona de su huida a Francia. Se hizo ver a Companys que era improcedente, y no se volvió a mencionarlo. Por su parte, Companys objetó la presencia en una Consejería de José Xena, por tratarse de un activista de la FAI, escasamente conocido en los medios confederales, a los que debería representar, con lo que transigió nuestra delegación. En principio, y en espera de que fuese aprobada su gestión, ambas partes estuvieron conformes en que, en representación de la CNT, iría a Sanidad y Beneficiencia Roberto Alfonso Vidal; a Economía, Germinal Esgleas, y a Servicios públicos, Juan García Oliver.

Eran tres consejerías de escasa importancia. Cualquier concejalía del Ayuntamiento de Barcelona tenía más importancia efectiva que ellas. A mí me daba pena tener que debatir la poca importancia de esas tres consejerías, porque ello supondría censurar a los negociadores del Comité regional, que no lo merecían por haber hecho cuanto les fue posible para tender un puente entre nuestra Organización y aquella Generalidad de Cataluña que sólo en la febril imaginación de su presidente, Luis Companys, tenía todavía alguna importancia. Para cualquier persona enterada, o simplemente observadora, la Generalidad de Cataluña quedó muy disminuida en autoridad a raíz de los hechos de mayo, y resultaba pueril discutir un puesto de más o de menos en ella.

Por haberse confabulado Companys con los enemigos de la CNT, las funciones de la Generalidad de Cataluña habían sido casi absorbidas por el gobierno de Negrín o por el cónsul soviético Antónov-Ovseenko. Hasta el PSUC, que parecía prepotente en el gobierno catalán, había tenido que plegarse a las exigencias del Partido Comunista español. Ahora eran Pepe Díaz y Antonio Mije, la curiosa pareja expulsada del Sindicato de Panaderos de Sevilla, quienes dictaban la conducta a seguir al soberbio Comorera.

Hice cuanto pude para sustraerme a la obligación de aceptar el cargo de consejero de Servicios públicos. Pero no tenía escape. Se consideraba que mi desenvolvimiento en el gobierno de la República había sido relevante y que mi experiencia política sería útil a los otros dos consejeros designados, si quiera para lograr frenar un tanto a Tarradellas, consejero jefe, que siempre hizo lo que se le antojó.

Tenían algo de razón. El compañero Roberto Alfonso era bastante joven en la Organización, pero prometía bastante y tenía una manera correcta e inteligente de conducirse. En cambio, Germinal Esgleas, que desde muy joven pertenecía a la CNT, en la que debió ingresar en 1919 o 1920, era un valor todavía inédito, no habiendo descollado como hombre de acción ni como orador ni como escritor. Lo notable en él era que había dado la gran campanada, últimamente, uniéndose maritalmente a Federica Montseny. Y ahora ya iba para consejero de la Generalidad de Cataluña. «¡Ojalá np se malogre!», me decía para mis adentros.

Pero, ¿cómo evitar que nos malograra, a él, a Roberto Alfonso y a mí, la presencia en el gobierno de la Generalidad? ¿Cómo evitar aquella nueva caída de la CNT? Ya no teníamos nada que salvar. Renunciamos a ir a por el todo.

renunciamos a la revolución, porque «primero había que ganar la guerra», o, dicho de otro modo, porque «renunciábamos a todo menos a la victoria». Ahora, ganar la guerra importaba ya un camino.

No obstante, algo muy importante se imponía: salvar la máxima cantidad de vidas de militantes anarcosindicalistas y de cuantos tuvieron confianza en nosotros. Ahora, cuando los hechos de mayo y siempre. Por encima de lo que pudiesen ser apreciaciones personales mías o de quien fuesen.

La delegación regional de la CNT fue autorizada a convenir con Companys el arreglo provisional a que habían llegado. Era el día 28 de junio. Al día siguiente, el *Butlletí Oficial* de la Generalidad daba la lista completa de los consejeros que integraban el nuevo gobierno. Pero no tal como había sido convenido. Companys había añadido el nombramiento de Bosch Gimpera a título de consejero sin cartera. Se las arreglaba, pues, según su costumbre, para tener un voto más a favor de las posiciones de la Esquerra.

El asunto fue objeto de deliberación. Desde el primer momento me opuse a que «dejásemos pasar aquel nuevo capricho de Companys», como era la opinión de Germinal Esgleas, deseoso de estrenar el título de «honorable» que se daba a los consejeros de la Generalidad.

Mi opinión abarcaba tres actitudes: primero, no aceptar la inclusión de Bosch Gimpera; segundo, no acudir a la toma de posesión de los consejeros, acto que se desarrollaba ante el presidente de la Generalidad, y al que Companys solía dar pompa y publicidad; tercero, no hacer pública nuestra actitud, de manera que fuese Companys y no la CNT quien cargase con el ridículo.

Cinco días duró aquella situación. Del palacio de la Generalidad llegaban emisarios oficiosos desde el segundo día de no haber acudido a la toma de posesión. Al principio, preguntando qué había ocurrido. Después, inquiriendo cuándo pensábamos hacerlo. Y como no se les daba ninguna explicación, Companys optó por obrar. Tuvo que constituir un nuevo gobierno, prescindiendo de la CNT.

Federica Montseny no renunciaba a dominar el Comité nacional de la CNT. En Cataluña, su nuevo compañero, Germinal Esgleas, con la ayuda de José Xena y de José Peirats, controlaba desde el Regional de la FAI al Comité regional de la CNT. No del todo, pues Germinal Esgleas tuvo que renunciar a sus deseos de ser consejero de la Generalidad.

Por su parte, Marianet manifestaba una conducta muy irregular. A veces hasta aparecía como arrepentido de no haber aceptado las dos carteras ministeriales que llegó a ofrecer Negrín a la CNT y que fueron rechazadas. Nuestro secretario del Comité nacional estaba cediendo a todo. Hasta llegó a decir por teléfono a Dionisio Eróles, el segundo día de no habernos presentado a tomar posesión de los cargos de consejeros, aconsejando, ya que no podía ordenarlo, que el Comité regional debía reconsiderar su decisión y enviar los tres consejeros a tomar posesión.

Por aquel entonces, decíase que Marianet, que prescindía totalmente de los servicios de Federica Montseny, estaba utilizando los oficios de Horacio Prieto y Mariano Cardona Rossell. Pero Federica se apuntó un tanto importante al aceptarse la creación de la Oficina de Propaganda CNT-FAI, con cuya secretaría se hizo y desde la que desplegó gran actividad.

Negrín, con la ayuda de González Peña, de Lamóneda y de Rodríguez Vega, logró que Largo Caballero quedase en ridícula minoría dentro del PSOE y de la UGT. Hasta se le prohibió hablar en público, y quedó reducido, prácticamente, a prisión en su propio domicilio.

La propaganda negrinoide y comunistoide hacía extensibles a la CNT las

fabulosas responsabilidades que se achacaban a los caballeristas. Federica Montseny, muy a disgusto de Marianet, se propuso, desde la Oficina de Propaganda CNT-FAI, recoger el reto anticenetista. Para ello, tuvo la buena ocurrencia de desafiar al león en su propio cubil, organizando una conferencia pública, que sería sustentada por Juan López y donde se reivindicaría valientemente la obra gubernamental de la CNT en el gobierno Largo Caballero.

Dicha conferencia fue un éxito de público, pero un fracaso de contenido. Según me contó Federica, no supo Juan López expresar lo que se esperaba de él, o no quiso arriesgarse demasiado. Muy a la desesperada, vino Federica a encontrarme en Barcelona. Quería que yo acudiese a Valencia a sustentar la misma conferencia, pero desde un ángulo distinto. Me resistí. Le dije que podía dar la conferencia ella misma, dentro del tema que había sido concedido en la Oficina de Propaganda. Me confesó que ella podía escribir y hasta hablar, pero que carecía de mi técnica expositiva y de mi estilo. Ella —me dijo— sería otro fracaso, como el de Juan López, o peor. Me dijo haber consultado con Peiró, y que éste le había dicho: «Logra que García Oliver abra el camino y yo iré detrás de él».

—Bien, anuncia mi conferencia para el próximo domingo, bajo el enunciado «De la fábrica textil al Ministerio de Justicia».

Al escoger ese título para la conferencia, quería dejar bien sentado que en mí no quedaba huella de la alta jerarquía que había desempeñado y que en mí seguía prevaleciendo el elemento primario de mi formación, creyente aún, como aquel joven de 17 años que fui, en la justicia social y en la emancipación de la clase obrera. Ningún atisbo asomaba de ideologías terminadas en «ista». Solamente el recuerdo de una vida de trabajador.

Le gustó a Peiró el título de la conferencia. Por su parte, tan autodidacta como yo, comunicó a Federica el título de la conferencia que él sustentaría: «Del horno de vidrio al Ministerio de Industria». Fue una lástima que hubiesen anticipado a Juan López porque él, también autodidacta y obrero, hubiese podido titular la suya «De peón de albañil a ministro de Comercio». No me interesaba la conferencia a que se comprometió Federica, ni el título que le daría. Sería tan híbrido como híbrida había sido su existencia, ni obrera ni burguesa, sino de la clase media independizada.

Convenía dar a conocer lo que habíamos hecho en escasos seis meses. También debía saberse lo que no nos habían dejado hacer, especialmente en lo que se refería a Peiró, López y Federica, de los que pocas veces se ocupó la *Gaceta*.

Así se desarrolló mi conferencia:

«Compañeros; trabajadores de toda España: Efectivamente, la CNT comparece ante la clase trabajadora para explicar lo que, a través de sus cuatro ministros, realizó en el seno del gobierno; lo que no pudo realizar y, también, lo que quedó por hacer. De hecho, podríamos decir que estas conferencias deberían exponerse bajo el título "De la fábrica, a los altos puestos de la gobernación del país". Por lo que a mí respecta, podría titularse "De la Fábrica de Perchas y Aprestos de Barcelona, al Ministerio de Justicia". Esto es, de peón del Sindicato Textil de Barcelona, a estructurar una España nueva.

La CNT fue llamada al ejercicio del poder. Ya comprenderéis que por ser el primer acto político del mundo a través de la historia, de que una organización obrera de tipo sindical era llamada a gobernar, este acto no se realizaba porque sí, por capricho, ya que ello sentaba un precedente, marcaba una norma de conducta para el porvenir, para el futuro de la vida de los pueblos, y debía tener alguna explicación fundamental.

Valencia es una ciudad muy luminosa, luminosa de día y de noche; con mucha luz. En general, España tiene mucha luz de día y de noche. Cuando la CNT fue llamada al gobierno, España estaba sin luz. España vivía, podríamos decir,

una noche sombría. Los resortes del poder, entonces integrados por representaciones de partidos políticos, no eran capaces de dar luz a España. Eran partidos políticos con más o menos fuerza, pero que no representaban la vida del país: por eso no daban luz, por eso no daban vida. Y en el caos de un pueblo que se batía contra el fascismo, sin ejército, con unas fuerzas sin comisarios, en forma de columnas, en un país que no tenía fuerzas de retaguardia, con un orden público y una policía en manos de las organizaciones y de los partidos que administraban esta policía y esta seguridad interior de la forma que buenamente podían; un país que no tenía justicia, porque aun cuando habían sido ya creados los Tribunales Populares, éstos eran sólo letra en la *Gaceta de la República*, y aunque funcionaban algunos, en Madrid, la justicia de los partidos, la justicia de los comités estaba por encima de Madrid y del resto de España, donde no existían los Tribunales Populares ni existía una organización de justicia. Había el caos de los transportes con el consiguiente desbarajuste. No se atendían, no se podían atender las necesidades de los frentes y las necesidades de la retaguardia, y nuestros milicianos en los frentes, por ese caos y ese desbarajuste de los transportes, se pasaban, a veces, tres y cuatro días sin comer; e incluso muchas veces tenían que abandonar kilómetros y kilómetros corriendo, porque no había organización de transporte para asegurar el aprovisionamiento de armas y de municiones a dichos camaradas. Era un país que no tenía una economía, un comercio; era un país que no tenía una sanidad de guerra, era un país en plena noche, en plena oscuridad. Y entonces, por instinto, se apeló a una fuerza, a la CNT, que podía colaborar añadiendo al esfuerzo de los partidos políticos una cantidad enorme de responsabilidad, de sentido de organización y de influencia en las masas, en el pueblo, en la clase trabajadora.

¿Quiere esto decir que a la CNT se la llamó como elemento de orden? Acaso. Pero la CNT fue al gobierno no como elemento de orden, sino como elemento ordenador de lo que entonces existía en manos de la clase trabajadora. ¿Por qué se tardó tanto? Había una resistencia a incorporar a la CNT a las funciones de gobierno. Y solamente cuando se presumía, cuando se respiraba y se vivía el desastre, cuando fallaban y eran impotentes los resortes del gobierno, cuando Madrid iba a caer, y cuando tras de Madrid iba a hundirse todo, se llamó a la CNT. Los partidos políticos llamaron a la CNT porque después de todo pensaban que lo que se perdía de influencia de los partidos llamando a la CNT al poder, se perdía a última hora, o sea: que entre perderlo todo con la victoria y el triunfo del fascismo, se llamó a la CNT aun cuando ello supusiera perder influencia política. Y la CNT es llamada y vamos al gobierno.

En el primer Consejo al que asistió la CNT se trató sólo y únicamente de la necesidad de que el gobierno abandonase Madrid. Es decir, se llamaba a la CNT, aparte de esas razones de impotencia gubernamental y política, para que el gobierno pudiese abandonar Madrid. Si el gobierno de entonces hubiese abandonado Madrid, sin tener, sin compartir la CNT esta responsabilidad, era un gobierno muerto. Y presumían muy bien, muy acertadamente, que abandonado Madrid por un gobierno sin representación de la CNT, la CNT hubiese creado un gobierno en Madrid, y hubiese hecho frente a la guerra.

En la sesión del primer Consejo se trató sólo y exclusivamente de esto. El tiempo que duró, las horas que duró, transcurrieron discutiéndose la conveniencia de abandonar inmediatamente Madrid, y si duró horas aquel Consejo fue porque los representantes de la CNT eran los que sostuvieron que no había que abandonar Madrid y se terminó el Consejo sin recaer acuerdo, por la posición de los cuatro ministros de la CNT, exclusivamente por los cuatro ministros de la CNT. Y no vale ahora querer cargar la responsabilidad política de aquel hecho al presidente del gobierno de entonces, camarada Largo Caballero. Porque en aquella sesión del Consejo de ministros, los que ahora le acusan estaban con él, pidiendo que se abandonase Madrid.

Dos días después se nos llamó urgentemente otra vez a Consejo de Ministros, y en este Consejo se nos planteó también la conveniencia de abandonar Madrid, y los cuatro ministros de la CNT fueron los únicos ministros que sostuvieron la conveniencia de continuar en Madrid, porque entendíamos que, si conveniente era que el gobierno se sustrajese a la influencia de Madrid, ese era un acto que debió

haberse realizado mucho tiempo antes y no en aquellas circunstancias cuando se presumía, se sentía y se creía que Madrid iba a ser tomado por los fascistas. Y también duró horas el Consejo, pero ya no había solución. O los cuatro ministros de la CNT que habían sido llamados para cargar y compartir el peso de esta enorme responsabilidad se adherían a la propuesta de abandonar Madrid, o tenía que haber forzosamente una crisis y nadie hubiese cargado con la responsabilidad. Y duró tres o cuatro horas aquel Consejo, oyéndose solamente la voz de la CNT, pidiendo que no se abandonase Madrid. Al fin, haciendo constar nuestra disconformidad, nos adherimos a que el gobierno abandonase Madrid.

Y hecho esto, cabe aquí decir, cabe aquí afirmar que el hecho de que el gobierno abandonase Madrid, fuera de las circunstancias en que debiera haberlo llevado a cabo —un mes antes—, el acto aquel fue un acto de buen gobierno, porque el gobierno en Madrid no era gobierno; era una tertulia más que vivía obsesionada por el problema de la guerra, del frente de Madrid, con abandono absoluto del problema de la guerra de toda España, y de los problemas generales del país que tenían francamente una relación directa con la guerra lo mismo en Madrid que en todos los frentes, por cuanto aquel gobierno, prisionero de las circunstancias, sometido a la presión de los bombardeos, de las noticias confusas, no ordenaba, no organizaba el ejército, no organizaba la sanidad, ni la asistencia social, ni el avituallamiento. En fin, era un pequeño gobierno civil de una provincia lejana de Madrid.

Por eso, tan pronto como el gobierno, fuera de aquellas circunstancias, marchó de Madrid, se producen dos hechos favorables a la guerra: el uno que Madrid, la ciudad, los ciudadanos, al contemplarse solos, ciudad tradicionalmente amantada y resguardada por el poder, que vivía siempre confiada en el milagro del mando, que había tenido en el gobierno, siempre en perjuicio del resto de España, una buena nodriza que vivía y trabajaba por él, Madrid, al encontrarse solo, repetimos, se recuperó, venció su cobardía moral, venció todo cuanto había que vencer, y la ciudad se aprestó a su defensa, despertando la admiración del mundo, con justos títulos ganada. Y contribuyó también a que el gobierno, desde entonces, pudiese ser gobierno, es decir, que pudiese emplear el tiempo con una perspectiva nacional en la ordenación, en la organización de la lucha en todos los aspectos de la vida del país, así militar, así económico, así jurídico, así policíaco.

Esta victoria de las posibilidades de la ordenación y de la organización fue debida sin duda a la presencia de la CNT en el gobierno, porque el gobierno de entonces hubiese abandonado mucho antes Madrid, pero le faltaba todavía incorporar a la Confederación Nacional del Trabajo a esa acción de gobierno, e incorporada la CNT se abandonó Madrid y se trabajó positivamente por la victoria.

Antes de que nosotros, en nuestros respectivos departamentos, hubiésemos hecho algo en beneficio de la clase trabajadora y de la lucha en contra del fascismo, ya podíamos apuntarnos, podía apuntarse la CNT, la parte que le correspondía en el hecho de que, al incorporarse ella a las funciones de gobierno, el gobierno pudiese abandonar Madrid haciendo frente, de una manera práctica y positiva, a la lucha contra el fascismo español.

Y luego viene la acción personal al frente del Ministerio que no es más, por lo que respecta a los ministros de la CNT, que un esfuerzo por convertir en realidades de tipo legal todas las conquistas de hecho que el proletariado español había logrado, había obtenido al salir a luchar en contra del fascismo español. Por lo que a mí respecta, hebe de ostentar la cartera de ministro de Justicia. Y ahora bien; ya he dicho antes que fui al Ministerio de Justicia, podemos decirlo así, desde la "Fábrica de Perchas y Aprestos" de Barcelona, donde trabajaba en calidad de peón. Pero por si alguien lo dudase, por si alguien lo ignorase, el ministro de Justicia, aunque peón, fue García Oliver. Nosotros no somos abogados —yo, por mi parte, no lo soy—. Pudimos haberlo sido, pero nunca los pueblos fueron forjados por académicos y por hombres de título en leyes. Moisés no era abogado y fue el legislador del pueblo de Israel. Licurgo no era abogado y fue el legislador de Esparta. Numa no fue abogado y fue el legislador de Roma. Para legislar se necesita tener un concepto de la vida, un concepto de los orígenes de la Sociedad y un concepto de las finalidades de la Sociedad. Y entonces, con la ayuda de los técnicos, se legisla, pero el legislador tiene su pensamiento; y mi pensamiento era, cuando

fui ministro de Justicia, que España era un país que debía de aprovechar el enorme trastorno de la guerra civil para forjarse nuevamente, para darse una columna vertebral, para vertebrarse, y que solamente la justicia podía y debía ser la columna vertebral de esta España nueva que nacía de la intentona fascista de los militares

Y yo fui el ministro de Justicia, García Oliver. Pero no creáis que todo lo hice yo. Yo tenía el pensamiento, y este pensamiento era el pensamiento de todos los que sentían la revolución, entre los que había una cantidad inmensa de valores auténticos de nuestro país, que no eran anarquistas, que a lo mejor eran socialistas o republicanos y que yo utilicé, porque, dispuesto a hacer una obra grandiosa hasta donde fuese posible en el Ministerio de Justicia, a beneficio de nuestro país y a beneficio de nuestro pueblo, entendía que antes debía ser justo, y antes debía ser honrado y no debía de quitar la administración de justicia de manos de aquellos que, aun no siendo anarquistas, podían prestar una gran labor; de todos aquellos que, siendo valores positivos de España, podían contribuir al perfeccionamiento de nuestra nueva organización jurídica. Por eso he de decir que, aun cuando el ministro fui yo, la obra del Ministerio de Justicia fue una obra colectiva. Todos trabajábamos, porque sin ese trabajo por todos sentido y compartido, yo y cualquiera hubiésemos fracasado al interpretar las ansias de la nueva España.

Todos, desde el presidente del Tribunal Supremo hasta el último ujier del Ministerio de Justicia, todos pusieron a contribución de este pensamiento, que era el pensamiento de todos, sus energías y sus inteligencias. Por eso fue un trabajo colectivo, y solamente así se puede gobernar con justicia y con honradez un país, utilizando todos los recursos, todos los procedimientos de valía de este propio país. Nuestra labor personal y colectiva fue dura. El trabajo lo ha sido también. En el Ministerio de Justicia hemos trabajado. Correspondía trabajar. Los que luchan en el frente tienen derecho a exigir este trabajo. Un trabajo de dominicos, un trabajo de hombres que viven para los demás, un trabajo pensando continuamente en el deber de cada momento para llenar un ansia, una satisfacción y un derecho. Los unos luchando en el frente, sacrificando muchas de las cosas que se poseen en la retaguardia: la compañera, los hijos, incluso la posibilidad de tener compañera y tener hijos. Nosotros hemos trabajado igual, sacrificándolo todo, no teniendo un momento tan siquiera para crearnos el hogar si quisiéramos habérnoslo creado. Nos llamaban a trabajar y éramos hombres de organización, preparados durante muchos años, que saben renunciar a todo cuanto es preciso renunciar para el bien de las colectividades que representamos.

•Y así nos encontramos con un Ministerio, como os dije antes, donde no existía, prácticamente, la justicia; donde no había órganos de justicia. Cada cual se la creaba; todo el mundo administraba su justicia. Ha habido quien la llamaba *paseo*. Yo digo que era la justicia administrada directamente por el país, por el pueblo en ausencia absoluta de los órganos de la justicia tradicional que había fracasado. Y hasta que el gobierno no crease los nuevos órganos de justicia incorporando los Tribunales Populares a la jurisdicción normal, perfecta, fatalmente el pueblo tenía que llenar esta función y la llenaba.

El Ministerio estaba en Madrid y hubimos de trasladarlo a Valencia. No obstante el traslado, el Ministerio de Justicia tenía que crear en cada provincia sus respectivos tribunales. Puedo deciros que, si bien entramos el cinco de noviembre en el gobierno con el estado calamitoso, caótico, de la vida jurídica de nuestro país, un mes y medio después, el primero de enero de 1937, había ya en toda España la justicia popular organizada y habían terminado los "paseos", y la Administración de Justicia, propia de cada zona, era una realidad.

Esto solamente se consigue trabajando mucho. El ministro, el subsecretario, las mecanógrafas, todos, en fin, todos en el Ministerio de Justicia, trabajando de día y de noche, hemos conseguido el milagro de organizar en tan poco tiempo lo que ni siquiera existía en el pensamiento de algunos.

Y viene ya nuestra obra. Nuestra obra positiva. Ya no se trata de una obra general de un Ministerio, sino de legalizar, reconocer, dar una base sólida a muchísimas de las conquistas del proletariado español. Preocupado yo en que se tradujesen esas conquistas en forma de decretos, en forma de leyes, porque sabía muy bien que todas las conquistas del proletariado español, si no eran traducidas,

si no eran convertidas en un cuerpo legal, mañana, hoy, serían negadas, porque de las palabras nadie hace caso y son los hechos los que quedan. Y así emprendimos nuestra labor.

Con fecha 24 de noviembre aparece el primer decreto de importancia del Ministerio de Justicia. El primer decreto de importancia dispone que todo ciudadano podrá comparecer por sí, representándose y defendiéndose él mismo, ante no importa qué tribunal de la nación. ¿Tiene importancia? Es un derecho, y un derecho es más que una cesión graciosa de los reyes y de los gobernantes, porque los ciudadanos que tienen un derecho positivo pueden hacer uso de él cuando les dé la gana, cuando les convenga, no cuando se produzca la cesión graciosa de los reyes y de los gobernantes. Y lo más lógico y lo más natural es que en un país como el nuestro, de tanto descrédito jurídico, donde el pueblo tampoco creyó nunca en la justicia, en sus representantes y en sus abogados defensores hay que concederle por lo menos el derecho a que él mismo pueda defenderse, en lo civil y en lo criminal. Cuando un proceso se produce, siempre es mejor que un procesado pueda defenderse por sí, bien o mal y pueda renunciar por sí a esta defensa, a que tenga que sufrir forzosamente la defensa obligada de un abogado que no es de su confianza, que a lo mejor, como ocurría antes, se pensaba y se decía siempre que los abogados se vendían a la parte contraria, si la parte contraria le compraba con más dinero del que podía pagar el que tenía necesidad de sus servicios. Y con este decreto queda a salvo la dignidad del abogado y el derecho del ciudadano.

El ciudadano puede y debe hacer cuanto quiera en defensa de su persona, aun cuando haga lo mismo que Sócrates, que cuando fue juzgado, con derecho a defenderse, como lo tenían todos los ciudadanos de Grecia, renunció a su defensa, creyendo que toda persona inocente no tiene necesidad de defenderse de nada.

Con fecha 12 de diciembre dimos un decreto-ley. En esta ocasión, el ministro de Justicia no da derecho; al contrario, da penas de prisión en contra de aquellos que, aprovechándose de las circunstancias en que vivimos, explotaban inicua y a la clase trabajadora, al pueblo español, vendiéndole los comestibles a los precios que les daba la gana. Y dimos años de prisión para eso. La restricción del derecho, en este caso para el granuja, para el enemigo del antifascismo, para el que solapadamente en la retaguardia iba ayudando al fascismo, aumentando desorbitadamente los precios de los comestibles con el fin de conseguir que las masas obreras perdieran su entusiasmo y su moral, y se produjesen catástrofes en nuestra retaguardia.

Con fecha 22 de diciembre dimos un Decreto cancelando todos los antecedentes penales por delitos cometidos con anterioridad al 15 de julio del año 1936. ¿Es mucho o es poco? Lo que puedo decir es que esto es más práctico y positivo que la venida de Jesús a la tierra para limpiarnos del pecado original que cometieron nuestros primeros padres Adán y Eva; porque el pecado original no pesaba como un estigma en las multitudes proletarias, sobre todo; pesaba como un estigma el tener antecedentes penales en éste y en todos los países del mundo, que famosa es la obra de Víctor Hugo que representa la tragedia de todos los libertados de presidio, de todos los que tienen antecedentes penales, a través del personaje principal de su obra *Los miserables*. Y nosotros, que sabemos positivamente que es honrado aquel que puede serlo, que no roba el burgués ni el millonario, porque no tiene necesidad de robar, ante esta España nueva que se forjaba, y a nuestra manera de ver y entender no podía ser la continuación de una España burguesa, sino el nacimiento de una España proletaria, lavábamos con este decreto toda clase de prejuicios de la sociedad burguesa y a cada uno de aquellos que antes habían delinquido les poníamos en igualdad de condiciones que a los demás ciudadanos para que usasen, en lo posible, de los recursos que se le confiriesen y el derecho que les otorgaba la nueva España y pudiesen ser unos ciudadanos dignos, pudiesen reconstruir su vida en la sociedad. ¿Que habrá quien no lo utilice? No importa. Basta que sea uno, basta que sean diez los que por este acto estricto puedan reconstruir su vida, para que la sociedad se sienta satisfecha, puesto que la sociedad ha cumplido con el deber de ayudar a todos sus componentes en el camino de la salvación individual y en el camino de la utilidad colectiva.

El 31 de diciembre, como promesa de la obra futura, di la conferencia que di

sobre lo que pensaba había de ser la justicia en España. Tres días antes había aparecido el decreto creando los Campos de Trabajo. Ya hablé entonces del porqué de estos Campos de Trabajo, de la significación utilitaria que tenían para aprovechar las energías de los fascistas condenados y hasta también para hacerles el favor de que no los matasen ni los condenasen a muerte. De esto se habló en su día, pero hay una profunda inquietud hoy en las masas auténticamente proletarias, pensando si aquellos campos de trabajo que se crearon para que los fascistas pagasen con riqueza de trabajo los daños causados a España, no servirían para encerrar las propias masas de trabajadores.

Yo ni ahora ni nunca he retrocedido en mis actos ni en mis pensamientos. Se crearon los Campos de Trabajo con una finalidad. Si no la cumplen no es culpa de quien los creó, porque si no los hubiese creado y quisieran utilizarse esos campos de trabajo para los trabajadores, también los habrían creado y no habríamos resuelto nada. Pero debo decir que cuando se gobierna, cuando se trabaja, hay que tener un pensamiento universal, un pensamiento colectivo que nos impida sustraernos a abordar los grandes problemas y buscar soluciones a los mismos, aunque puedan ser utilizados contra nosotros. ¿Pero es que no ha pensado nunca el obrero que fabrica navajas, que aquella navaja en la que está trabajando, que después será vendida, sirve a lo mejor para matarle a él, a su compañera o a sus hijos? ¿Es que el obrero que fabrica armas, y esto sí que es seguro, y esto sí que es cierto, no había pensado nunca que aquellas armas que fabricaba podrían servir para ametrallarle a él, a su familia y a su clase? Lo importante no está en el hecho material de las cosas, está en el pensamiento que las dirige, porque así como el Campo de Trabajo puede ser convertido en un elemento productor de riqueza a beneficio del proletariado, puede ser, según en qué manos caiga su dirección y orientación, el elemento torturador de la clase obrera. Las armas sirven para aplastar al proletariado y sirven también para que el proletariado obtenga la victoria. Todo depende del pensamiento, de la conciencia de aquel que tiene que regir esos instrumentos poniéndolos al servicio de la clase obrera, de la paz y del bienestar, o en contra de la clase obrera, en contra de la paz y en contra del bienestar.

Pero es que a más de este aspecto utilitario había la necesidad de que los Campos de Trabajo infernales de Italia y de Alemania fuesen desprestigiados por la existencia de otros Campos de Trabajo donde las condiciones fuesen totalmente distintas a las brutales de Alemania y de Italia. Y esto es lo que habrían sido los Campos de Trabajo en manos de una verdadera democracia revolucionaria, en manos de un ministro anarquista, de un ministro que pensaba en estas cosas no como anarquista, como vulgarmente se entiende, sino con dignidad, con humanidad, viendo y pensando siempre en la humanización de las condiciones rigurosas de la vida de los individuos que, por lo que fuese, tuviesen que ser sometidos a prisión en Campos de Trabajo.

A tal efecto, para que no quedase en simple pensamiento, para que no quedase en simple aspiración ingenua, se aprobó el Reglamento interno de los Campos de Trabajo. Y aparte de que se prohíbe terminantemente, en el régimen de los Campos de Trabajo, y constituye un delito para el funcionario que lo hiciese, el apalear a un prisionero, hemos introducido en la vida interna de esos Campos de Trabajo las conquistas más avanzadas del mundo entero, hemos ido más allá de lo que ciertos Estados confieren en Norteamérica, más allá de lo que confiere la propia legislación soviética. Está nuestra obra basada ¿en qué? En una sola preocupación: en conseguir que los fascistas condenados a Campo de Trabajo, trabajen, no de una manera exagerada, sino de una manera normal. Pero esto, quien tiene la experiencia de la cárcel y del presidio sabe que es muy difícil de sostener, porque lo más trágico de la vida de encierro y privación de libertad es la pérdida de la esperanza en recobrar esta libertad. Cuando sufre un condenado la pena de 10, 20 ó 30 años de presidio, los años son muy largos. Y en el primer Campo de Trabajo de Totana, al entrar allí, encontramos un lema que no es una abstracción, no es lo que se encontraba en nuestras cárceles y presidios, aquel pensamiento de Concepción Arenal de: "Odia el delito y compadece al delincuente"; una abstracción del clásico liberalismo inglés, declaración sin sentido. En el Campo de Trabajo encontramos este lema: "Trabaja, y no pierdas la esperanza." No se pide allí más que una

cosa: trabajar y no perder la esperanza; pero eso no se lo decimos para después reírnos sarcásticamente, como lo hacen los regímenes burgueses, con sus premisas de haber hecho declaraciones abstractas.

Para que el individuo no pierda la esperanza es preciso trabajar en la conciencia del individuo mismo, porque el que entra en un Campo de Trabajo o en la prisión, tiene pasiones y tiene vicios y hay dos maneras de conducir al hombre: especulando y trabajando sobre sus pasiones y sus vicios o pegándole. Uno de los dos métodos hay que seguir fatalmente y mi conciencia de anarquista me impedía tener que determinar el sistema del palo si es que representaba algo para sostener al prisionero en el Campo de Trabajo. Y como está condenado a trabajos y no percibe salario, y como el individuo cuando entra tiene una familia, tiene una novia, tiene un hijo, con los cuales querría relacionarse por escrito o comunicándose y tiene una pasión o un vicio que es eterno y, sobre todo, se acrecienta en la vida de encierro, que es el tabaco, yo sostenía al individuo, con nuestro régimen legislado, ya hecho ley, de una manera sencilla: en el Campo de Trabajo, cada segundo de la vida del individuo representa una emoción de sus pasiones generosas o malas y de sus vicios, y buscaba lograr que hiciese una vida diaria de normal trabajo, no de trabajo brutal; lo que hacéis vosotros, acaso menos. De normal trabajo y por él se le asignaba una bonificación semanal de cincuenta céntimos por día, con lo cual él podía comprar el papel y los sellos y escribir a su familia, si es que tenía deseo de ello, dando satisfacción a esa pasión tan humana y tan generosa. Y podía comprar también el tabaco, si es que le dominaba este vicio que tanto apasiona la vida del hombre. A base de esto es posible sostener 24 horas a un hombre en una perfecta conducta y en un trabajo normal. Veinticuatro horas se le sostiene minuto a minuto, pero una semana es más de un día, son siete días y había que sostenerlo la semana, porque aquel que ganase no más que 3 ó 4 bonos a la semana, como ya tenía 6 reales o dos pesetas para sellos, para papel y para tabaco, podía permitirse el lujo de comportarse malamente, de trabajar malamente el resto de la semana y hacernos obligatorio el tenerle que maltratar. Había que darle un estímulo para la semana, y aquel que había ganado los seis bonos semanales de buen rendimiento de trabajo y de conducta, al llegar el domingo se le daba más, se le daba un día de libertad que le servía después para serle bonificado a la hora de tener que salir. Esto le sostenía un día y otro, y le sostenía también en todo el período semanal.

Pero el año es más largo, lo sabemos los que hemos vivido la vida de las cárceles y de las prisiones. Así como es fácil sostener tres días al prisionero mediante bonos y fracasar a la semana si no hay algo de estímulo que sostenga al individuo para el domingo, lo mismo podía ocurrir con el año. ¡Son tantas semanas! Había, pues, que sostener también de una manera proporcional a aquel que, por ejemplo, teniendo treinta años de prisión o de campo de trabajo, al cabo del año había ganado 52 bonos de extinción de pena que significaba 52 semanas de buena conducta y de trabajo normal, y por ello se le otorgaba, a más de los 52 días, un año de libertad. Esto, sumado a la libertad condicional, de la cual no se les priva, aun cuando no se concediese amnistía, da lugar a que cualquier condenado a 30 años de Campo de Trabajo, sin ser apaleado, trabajando normalmente, viviendo dignamente, podía extinguir esa pena de 30 años en seis, siete, ocho, nueve o diez años según su conducta. ¡Nada en el mundo de tan avanzado, aun cuando tiene sus antecedentes! Siempre el pueblo puede ser más clemente que el propio gobernante, pero el ministro de Justicia hizo cuanto tenía que hacer. Si mañana al pueblo le parece, después de la victoria, y solamente después de la victoria, que todavía nueve años de Campo de Trabajo es demasiado y quiere dar la amnistía, el pueblo es soberano, el pueblo es el supremo legislador y sea él quien se muestre más generoso que el propio ministro, aun cuando haya sido el ministro de Justicia más generoso de todo el mundo.

Y entramos en la nueva etapa del año que tenía que convertir en realidades aquellas promesas de la conferencia del 31 de diciembre y empezamos suprimiendo el Arancel judicial. Para la generalidad de la masa española eso tiene muy poca importancia, pero el Arancel judicial venía a ser en síntesis lo siguiente: todos los funcionarios del Ministerio de Justicia, desde el secretario hasta el último empleado de las secretarías, no tenían un sueldo fijo, percibían en concepto de aranceles

aquello que buenamente les quería dar el secretario, que era en resumen el gran camarero del cabaret que se quedaba con la parte mayor de todas las cosas que se extraían en materias de justicia. Y convenía que se suprimiesen los aranceles judiciales. ¿No estábamos haciendo una revolución y una revolución proletaria? ¿Qué menos podía hacerse que proletarizar a los funcionarios de justicia? Pero es que esto tenía otro alcance; es que antes la justicia era distinta, la justicia era pausada y la justicia era inmoral en su funcionamiento, porque al secretario del juzgado le convenía, le interesaba prolongar citaciones, acumular papeles, acumular muchos papeles, porque cada citación, cada legajo de papel tenía que pagar en concepto de arancel una parte muy importante de la economía individual. Y era un verdadero robo y saqueo del ciudadano, del hombre del pueblo que en vez de acercarse a la justicia para obtenerla y conseguirla, lo que hacía era acercarse a un antro de inmoralidad, a un antro de prevaricación. Había, pues, que obtener beneficios para el obrero y para el pueblo en general.

No vayáis a creer que este hecho no tiene importancia. Tantas veces como los ministros de Justicia se propusieron suprimir los aranceles, fracasaron; ni con Parlamento, ni sin Parlamento; porque las rentas de los secretarios judiciales eran tan cuantiosas que alcanzaban cifras de miles de duros al año, y para no perder esa enorme bonificación, corrompían las altas esferas de la gobernación de España y nunca prosperaba ese propósito saneador y justo de dar al proletariado de la justicia un sueldo seguro, fijo para mientras trabajaba y un retiro decoroso para el día en que dejara de trabajar.

Y logramos cumplir con este deber, un deber revolucionario, que solamente por la acción revolucionaria podría lograrse y conseguirse, porque tantas veces como se intentó hacerlo por conductos no revolucionarios, tantas veces pudo más el poder del dinero, corruptor e inmoral para aplastar esa ansia de la transformación proletaria de los funcionarios de justicia y para libertar a la Administración de justicia de la inmoralidad.

En fecha 19 de enero se aprobó un decreto autorizándome para presentar a las Cortes un proyecto de amnistía total. Y el 25 de enero del año 1937 el decreto de amnistía total aparecía promulgado. No hacíamos más que legalizar solamente una pequeña porción de tierra antifascista española que conservaba presos comunes en las prisiones.

En el resto de la España antifascista, los presos comunes habían sido libertados por la acción espontánea del pueblo. En el País vasco, a pesar de los pesares, aun cuando lo solicitaban y pedían ir a los frentes, todos los presos comunes continuaban en sus prisiones. Y hubo necesidad de hacer justicia a los unos y a los otros. O se ponía en prisión a todos aquellos que habían salido a la calle por la acción del pueblo o se ponía en libertad a aquellos a quienes se negaba ésta. Porque la honradez pide unidad de pensamiento y de acción en el gobernante y no podía consentirse, sobre todo en justicia, que hubiera dos clases de presos a los que se diera distinto trato. Y se dio la amnistía, saliendo aquellos presos del País vasco. Al mismo tiempo se legalizaba la situación de todos los ciudadanos de la España antifascista que, por desgracia de su vida, habían tenido **que** ir a la cárcel. Legalizamos.

¿Sabéis lo que esto significa, camaradas? ¡Cuánta ingenuidad en nuestra vida de hombres y de ciudadanos! Si veinticuatro horas después de habernos apoderado de las fábricas y talleres, la vida de producción, se hubiese legalizado, hoy no podría sentirse ninguna inquietud, porque de derecho os pertenecerían. Y mientras no lo legalicéis pensad que lo tenéis hasta que os lo quiten. El que había salido en libertad, y no legalizaba esa libertad, podía ser perseguido y encarcelado, y antes de un mes todas las cárceles y presidios, de España estarían llenas de hombres que habían prestado su fervor, su valor y su trabajo a la causa antifascista, fiados en las buenas palabras y en las buenas intenciones que habían visto al recobrar ia libertad.

Esto no es posible. Ahora cada cual es libre de administrar su libertad. Solamente cabe esperar que aquellos que la lograron hagan buen uso de ella. Deseémoslo firmemente. Pero son libres y lo son legalmente, porque había en el Ministerio de Justicia quien no se pagaba de engaños ni de palabras ni de discursos. Había en el Ministerio de Justicia quien sabía que solamente lo que está escrito,

lo que es legal, lo que aparece en forma de leyes, solamente eso no puede ser tirado abajo. Acaso no lo pensaban así ni los propios libertados, pero yo, que conozco de la vida todo cuanto he podido aprender con la experiencia, velaba por aquellos que habían salido de la cárcel en busca de una nueva vida, y ¡quién sabe!, si en busca de una nueva sociedad para su país y para su clase.

El 4 de febrero de 1937, aparece un decreto otorgando a la mujer la capacidad jurídica. Todo esto sin ruidos. Se iba haciendo una nueva legalidad. ¿Cuántas mujeres de España se han enterado de que desde el 4 de febrero son mujeres libres? ¿Cuántas lo saben? Sin embargo, en el Ministerio de Justicia se corrió al encuentro de la mujer y, lo supiese o no, se le concedía la capacidad civil que de hecho es la capacidad política. Porque pensad vosotros en el contraste y lo absurdo que suponía que hubiese una mujer casada, que fuese elegida alcaldesa, diputado, ministro, que hiciese leyes y que en cambio no pudiera disponer de ella en el concepto civil ni de sus bienes. No podía ni siquiera salir de casa para irse a otra parte sin el permiso del marido. Si quería viajar no podía hacerlo. Si quería sacar un pasaporte no podía hacerlo. Era de hecho una esclava, aunque la República le había conferido el derecho de votar y de ser elegida; algo que no tiene importancia en la mujer y en el hombre, porque lo que tiene importancia en ambos es algo que es más positivo que los derechos de tipo político, que son abstracciones para ser ejercidas una vez cada cuatro años o una vez cada cinco. Pero la acción civil de la mujer tiene que ser ejercida cada momento, cada minuto, cada día, desde que nace hasta que muere.

Se le confirió a la mujer lo que en otros tiempos había de ser motivo de revoluciones femeninas, de barricadas defendidas por Amazonas. Esta vez se le ha concedido aquí sin que ella se haya enterado porque había en el Ministerio de Justicia el pensamiento de la CNT que decía que todo cuanto habíamos propagado había que realizarlo en la máxima cantidad posible, siempre que fuera compatible con las circunstancias y los tiempos en que vivimos.

En 13 de abril, dimos un decreto concediendo facilidades para la adopción de niños. Ya veis. ¿A quién creéis que beneficiaba este decreto? Todo decreto significa concesión o restricción de derechos y de libertades. Pues bien; este decreto no era, podemos decirlo, en beneficio de los hombres y de las mujeres. Era un decreto que concedía derechos a los que teniendo hijos o no teniéndolos, pudieran aumentar su familia. Era un decreto que confiere derechos a los niños, a los chiquillos, a los que nunca fueron objeto de atenciones por parte de nadie. Es necesario dar facilidades para aquel que no tenga padre ni madre para protegerle. La familia, de todas las instituciones de la vida social, es la más antigua forma de la sociedad, y no desaparecerá hasta que la sociedad humana haya realizado la misión de convertir a todos los hombres en una familia. La familia no desaparecerá por consunción, sino por dilatación, por engrandecimiento. Y mientras la sociedad no realice el ideal de la gran familia humana, que el que no tenga padre, pueda tenerlo, si encuentra un hombre, un corazón generoso para serlo; que el que no tenga madre, pueda tenerla, sobre todo en estas circunstancias provocadas por esta guerra civil tan monstruosa en que tantos niños quedan abandonados por haber perdido el padre o la madre en los frentes o en los bombardeos de las ciudades. El que tenga, pues, corazón, el que tenga sentimientos elevados, que busque a los niños abandonados; busquémoslos, compañeros, quitándolos de los asilos, que los asilos son el estigma de los hombres, el estigma de la familia. El asilo no consigue ser ni tan siquiera reivindicado, porque una egregia figura de la literatura universal, Juan Jacobo Rousseau, enviase sus hijos a un asilo.

Ese derecho les correspondía a los niños. Ya sé que a los niños les corresponden otros derechos. Bien está que aquel que carece de padre y de madre encuentre un padre y una madre. Y pensaréis, lo pensamos, ¡que hay tantos niños que tienen padres y madres indignos, a los cuales se les debería proteger de sus padres! Esto debiera realizarse. Aquel padre y aquella madre indignos que sacrificaron los hijos por un metro de percalina, que sacrifican los hijos por una noche de placer y de espectáculo, no dándoles la cultura, la higiene, la moral y el cariño que necesitan, estos hijos deberían ser quitados a esas indignas familias. Que los crímenes más horribles que se cometen en la humanidad no son los que se cometen en contra de los hombres, de los mayores; son los crímenes que se cometen contra los niños,

totalmente indefensos, traicionándolos el alma y el sentido, no dándoles la vida a que tienen derecho, preparando así los monstruos de mañana que continuarán la carnicería de los hombres contra los hombres.

En la misma fecha dimos un decreto legalizando las uniones libres de los milicianos muertos en la lucha contra el fascismo. No necesita esto muchas explicaciones. También surge aquí el estímulo de la familia y el derecho indiscutible que tienen todos cuantos, queriéndose, el hombre en la guerra y la mujer en la ciudad, en la retaguardia, sabiendo aquél que podía morir, vivían libremente unidos, no pensando en materialidades. Pero pasamos por el lado del hambriento y no nos detenemos a preguntarle si es hijo de un miliciano muerto que no estaba casado. Pasamos junto a una compañera abandonada y no le preguntamos si es la compañera de un miliciano muerto que no estaba casado. De eso no nos preocupamos. Y la ley concedía solamente el derecho a percibir dignidades y apoyo material a la compañera y a los hijos de aquellos que murieron en el frente y que estaban legalmente casados. Pero el derecho, el derecho puro no puede hacer distingos. La ley no es el derecho. La ley da normas a concepciones de derecho. A veces —y eso muchísimas veces— el derecho no ha sido, no es, interpretado por la Ley. En este caso sí. El derecho dice que si la mujer de un hombre casado legalmente y muerto en el frente de batalla tiene derecho a percibir dignidades y apoyo económico, la compañera, la compañera [de] verdad, la compañera real del miliciano no casado legalmente, tiene derecho a percibir exactamente igual que lo que percibe la viuda legal del camarada que murió en la lucha, pues los hijos de ésta son de idéntica condición que los de aquélla.

Y vamos a terminar la parte constructiva del Ministerio de Justicia diciendo que el 13 de mayo se dio un decreto ampliando funciones de los Tribunales Populares. Este ha sido un decreto largamente trabajado. Es decir, que aun cuando toda mi simpatía personal estaba cerca del presidente y ministro de la Guerra, camarada Largo Caballero, aun cuando se ha dicho que los de la CNT y Largo Caballero formaban una pina, una conjuración en el seno del gobierno, y esto no ha existido —la prueba está aquí—. El camarada Largo Caballero presentó un decreto sosteniendo y volviendo, para muchos equivocadamente, a la antigua ley de Jurisdicciones, sometiendo a fuero especial, a fuero de guerra a todos los militares, por todos los delitos, e incluso a los paisanos. Y si cada cual en su parte de gobernante y en su conciencia mantuvo, como siempre, su punto» de /vista en el seno del gobierno, aparte mi simpatía y respeto para él, sostuvimos una lucha de cerca de tres meses, él aferrado a sus puntos de vista y yo defendiendo el fuero único.

Yo no cedí. Yo sostenía y sostuve que no debe haber más que una ley, nada más que una jurisdicción. Hay sí distintas ramas del trabajo útiles y no útiles en la sociedad, pero la categoría del trabajo no puede dar lugar, de ninguna de las maneras, a un derecho, un Tribunal y una ley exclusiva por cada una de las manifestaciones del trabajo.

Hay militares, sí, pero para mí no son militares; para mí son trabajadores de las armas de la guerra, como otros son trabajadores de las armas de la paz, y civiles con militares se confunden, porque si un militar trabajador de las armas de la guerra es tal en el frente, el obrero metalúrgico que hace las armas, es un trabajador de las armas en la retaguardia. ¿Por qué hacer distingos, por qué reconocer privilegios? Había siempre algo de despectivo en contra de la categoría civil en el hecho de que existiese un fuero militar para determinados delitos. Era algo que nunca se había conocido hasta que las influencias germánicas en el cristianismo vinieron a trastocar la evolución política y social de Europa. El militar no aparece hasta que el triunfo de los germanos llega dentro del cristianismo, ahogando lo que había de concepto civil, patricio y ciudadano en la antigua Roma y en la antigua Grecia. Los grandes generales de Roma no tenían categoría militar. Eran, como Cincinatti, labradores y luego el Senado les nombraba jefes en un momento determinado, de las milicias o de la armada romana. Fue preciso que viniese el aplastamiento de Roma por la introducción del cristianismo, que destrozó la evolución lógica de una sociedad avanzada cual la romana en aquellos tiempos, para que se sentasen los primeros privilegios militares, la Marca, que era jurisdicción total sobre determinada cantidad de tierra y de allí vino el marquesado, vino el ducado y vino la baronía y vino el privilegio de los señores feudales, cabe-

zas militares de los pueblos que, al hundirse con la revolución francesa, transfirieron esos privilegios y esos fueros en quienes les sustituyeron, o sea los hijos de la burguesía triunfante que ya habéis visto para lo que han servido siempre: para perpetuar el militarismo y para poner las armas en contra del proletariado y en contra del pueblo que los sostenía.

Se venció en esta lucha y quedan solamente sometidas al fuero de guerra lo que podríamos decir medidas disciplinarias por delitos cometidos sola y exclusivamente por militares en actos de servicio. Todo lo demás pasa a un solo fuero, al fuero civil. Y los tribunales populares, que fueron creados para reprimir, para castigar la rebelión fascista se transforman y deben de entender desde entonces en todos los delitos que se cometan en España. Es decir, que el Tribunal Popular que debía entender solamente en la represión de la rebelión y, por consiguiente, era un ensayo condenado a desaparecer tan pronto la rebelión fuese terminada, el Tribunal Popular se incorpora de una manera definitiva y para siempre en nuestra administración de justicia. Hasta para los delitos comunes; y miradlo bien: para los delitos comunes en este decreto, que es confirmación de otro anterior, llevamos a la práctica algo también muy avanzado, porque para el delito común, como dijimos en nuestra conferencia de 31 de diciembre, habían pesado conceptos que agravaban la situación de los presos con procedimientos infames y penas excesivas. En este nuevo decreto establecimos que la pena máxima para los delitos comunes no será la de 30 años como existía antes de la revolución; la pena máxima es de quince años, con libertad condicional también, cumpliendo como se establece, esta pena, en granjas y casas de trabajo y ciudades penitenciarias y hacer posible, con hechos y con realidades, una verdadera transformación de aquel que por desgracia suya haya tenido que delinquir y caer en manos de la ley.

Lo que quedó por aprobar en mi Ministerio es aquello de lo que después os hablaré. Seamos justos. Los decretos aquí presentados encontraron mucha oposición. Yo, llevado de un espíritu de contemporalización, acepté, hasta donde era posible, aquellas sugerencias, aquellas modificaciones que los demás ministros tenían a bien hacerme. Los más importantes tuvieron que decidirse por votación y, excepto en ese decreto último que acabo de citar, siempre tuve al lado de mis proyectos el voto y la autoridad del presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra, y de los camaradas que le sostenían en el gobierno. Hubo quien, como el actual ministro de Defensa nacional, para todos los proyectos, creo que todos, se reservó el voto y no tiene nada que ver con lo que se ha hecho aquí, porque siempre se reservaba el voto. Por lo visto no quería que se hiciese nada.

Ha quedado en cartera un decreto también muy trabajado. Este decreto ha llevado dos meses pendiente de ser discutido en el Consejo de ministros.

El actual presidente del Consejo de ministros le ponía siempre "peros" y siempre pedía una prórroga para discutirlo, seguramente esperando que llegase una crisis y no se pudiese resolver. Era el decreto sobre municipalización de la vivienda, el decreto elaborado por la Comisión Jurídica Asesora, que tiene una representación equitativa. El presidente, camarada Pabón, fue ciertamente designado por mí y aun cuando yo hubiese podido designar todos los miembros que integraban aquella Comisión Jurídica Asesora, porque son facultades y atribuciones del ministro, yo no quise usar de esas facultades y atribuciones y le pedí al partido comunista que me mandase un camarada, un abogado competente para que le representase en esa Comisión Asesora. Y nombraron al camarada Balbontín y fue aceptado. Con el representante socialista hice lo mismo. Era, pues, una Comisión Jurídica Asesora que no tenía que trabajar por capricho, sino por competencia, no para la idea política de uno, sino para la idea política de todos, porque esa ha sido mi norma y yo no quité ningún presidente de Audiencia de los que encontré cuando fui nombrado ministro de Justicia. Ahí están los mismos que estaban, fuesen socialistas, fuesen republicanos o fuesen comunistas. Lo que sí puedo deciros es que no hay ningún presidente de Audiencia que sea anarquista, porque no los tenemos, pero porque no he querido atraerlos, porque no he querido ir detrás de un buen abogado, de un buen magistrado y decirle: si te haces de la CNT te haré presidente de la Audiencia y quitaré a otro que es socialista, que es republicano o comunista. Yo no he hecho nada de esto. Todos los nombramientos que se hicieron han sido consignados a propuesta de los Comités del Frente Popular. Y hay,

en virtud de un decreto, una Comisión provincial designada por los Comités provinciales del Frente Popular, e integrada por un representante de la CNT y otro de la UGT, presididos por un magistrado del Tribunal Supremo, la cual tiene la misión de revisar una por una todas las separaciones hechas, todos los nombramientos hechos y dar en definitiva y con justicia lo que cada uno merezca y lo que a cada uno pertenezca. Yo he permanecido al margen de todo eso.

Nadie en absoluto, ningún juez de España, ningún fiscal de España, ningún presidente de Audiencia de España puede decir que ha recibido del ministro de Justicia la sugerencia de ingresar en la CNT o en la FAI para premiarle con nombramiento y con honores. No hay un caso. He trabajado con lealtad y he beneficiado a todos. La mayor parte de los funcionarios judiciales pertenecen a la UGT. Sin embargo, estos funcionarios encontraron en mí un verdadero campeón y fui yo quien derogó los aranceles judiciales, quien les concedió sueldo mínimo de 4000 pesetas al año, sin importarme si eran de la UGT o de la CNT, porque mi deber era hacer justicia, era gobernar para todos, para eso había sido llamada la CNT al gobierno; porque si hubiésemos querido el triunfo de la CNT y que ésta dominara a España lo pudimos haber hecho cuando estalló la rebelión, ya que Cataluña entera estaba en manos de la CNT y sólo la CNT tenía mayoría; que Levante estaba en manos de la CNT y sólo la CNT en mayoría. Y cuando entonces, llevados de nuestra comprensión, cuando la fuerza de las armas y de los hechos podía justificar una acción totalitaria no lo hicimos, ¿íbamos a querer hacer fuerte la CNT corrompiendo a los jueces, corrompiendo a los fiscales y corrompiendo a los presidentes de Audiencia, mandándoles quitar de un sitio para llevarlos a otro? No. Y así la constitución de la Comisión Jurídica Asesora, donde tienen representación los partidos y organizaciones del Frente Popular, elaboró ese decreto de municipalización de la vivienda, sentido y deseado por todos los municipios de España.

Yo quiero creer que hay cosas que a lo mejor habrá que nacionalizar y que hay cosas que no pueden ser nacionalizadas. Y otras que no podían ser municipalizadas. Si mañana alguien quisiera municipalizar el ferrocarril, lo haría ciertamente: pero ¿qué resultaría de ello? Que al municipalizar el ferrocarril los viajeros, a cada estación, tendrían que bajar, comprar un nuevo billete y así, sucesivamente, en todas las estaciones del trayecto.

La vivienda es algo que está con los ciudadanos. Los ciudadanos con sus hogares forman la ciudad. Siendo el órgano político de la ciudad el Municipio con sus viviendas, es un absurdo insostenible el que tenga que ser nacionalizada. La vivienda tiene que ser municipalizada, pero pronto. No como incautación de la vivienda por el Estado. Es que incautación no es nada. El Estado, el gobierno que lo quiere, incauta ahora y puede darlo mañana otra vez a sus antiguos poseedores.

La municipalización de la vivienda no es sólo municipalización. Es transferir la propiedad al Municipio constando en los Registros de la Propiedad. La antigua vivienda abandonada por sus propietarios, o de burgueses condenados, transferida al municipio, crea la nueva propiedad. Solamente una contrarrevolución puede arrebatar al municipio lo que éste tiene como derecho. ¡Ah!, y aquí hubo mucha resistencia. Acaso tenía razón el compañero López cuando dijo que en el seno del gobierno pocos avances se pudieron hacer en el sentido material de las cosas que tenían un valor. Acaso sea verdad que todas las demás conquistas que hay aquí son de un orden abstracto y teórico que no quitan una peseta de uno para dársela a otro. Son derechos que se reparten con buenas intenciones que no merman las cajas de caudales de nadie, ni del Estado ni del individuo. Puede llegar momento en que termine esta incautación del Estado volviendo la propiedad a manos de sus antiguos poseedores, lo que no podrá suceder si la transferencia de la propiedad se inscribe en el Registro del Ministerio de Justicia, a nombre de los Municipios y en usufructo de los ciudadanos, elementos constitutivos de la municipalidad. Esta es la diferencia entre el concepto lato de la incautación y el concepto jurídico de la transferencia del derecho de la propiedad.

Hicimos algo más. Yo no sé si os canso, camaradas.

Hicimos algo más. A más de ministro de Justicia, compartí con el presidente del Consejo y ministro de la Guerra, camarada Largo Caballero, y los otros ministros que lo integraban, la responsabilidad del Consejo Superior de Guerra. En el Consejo Superior de Guerra, de la marcha y funcionamiento de la guerra en gene-

ral, teníamos todos nuestra responsabilidad o nuestra gloria, porque ahora hay ejército, que antes no lo había. Ahora hay un elemento capaz de contener, que era lo que importaba, pues cuando fuimos al gobierno no conteníamos nada y corríamos siempre por todas partes. El elemento, pues, indispensable de la victoria era ante todo contener, para forjar después la máquina del ejército de la victoria y de la ofensiva. El primer elemento se constituyó: está forjado el Ejército. Obra es del ministro de la Guerra y de todos aquellos que lo hayan apoyado o querido apoyar de los componentes del Consejo Superior de Guerra.

Por mi parte, he de explicar mi gestión. De mi lealtad con el ministro de la Guerra no soy yo quien tiene que hablar. En todo caso, sea el ministro de la Guerra quien lo haga y enjuicie la obra de los que estuvimos al lado suyo, y quien diga si hubo o no lealtad.

Yo me encargué de la creación de las Escuelas Populares de Guerra. Me encargué de ello porque la primera Escuela Popular de Guerra que existía en España, la de Cataluña, fue obra y creación mía. ¡Ah! Pero yo no tengo el propósito de decir que lo he hecho todo. El organizador no es nunca el hombre que lo realiza. El organizador es el que tiene una idea y el método y constancia suficientes de acertar en la elección de los hombres para llevarla a cabo. Hay quien tiene muchas ideas, pero es incapaz de realizar una; y lo que distingue al organizador del que no lo es es que el organizador tiene muy pocas ideas, pero las lleva a cabo, y el que no es organizador entiende de todo, habla de todo, lo critica todo y no hace ni es capaz de hacer nada.

Hicimos la Escuela de Guerra de Cataluña, y así, me encargué de organizar las Escuelas de Guerra de España. Dos meses después teníamos cinco Escuelas Populares de Guerra que podían dar, y dieron, un rendimiento de tres mil oficiales cada tres meses. Indudablemente que se pueden crear más, pero he de decirlos que faltaban edificios, que faltaban profesores, que he pasado verdaderas tragedias, pidiendo militares capacitados y honrados para llevarlos de profesores, y no fue posible, porque las Escuelas de Guerra se instituyen para crear mandos militares; porque no teníamos, porque eran muy pocos los mandos leales. Y lo importante era poder trabajar con pocos para llenar los frentes. No vaciar los frentes para después, al cabo de tres meses, haberles dado nuevos oficiales.

Pero, así y todo, lo debemos hacer constar, en esta obra encontré todas las facilidades por parte del ministro de la Guerra, que incluso, por su confianza, podía nombrar y quitar profesores de la Escuela, sometiéndolo a su consideración, y que no entraba nadie y salía nadie de las Escuelas sin mi aprobación. En esto, como digo, encontré la verdadera colaboración del ministro de la Guerra. Dado el carácter, el temperamento, del ministro de la Guerra, con quien no me unía ningún lazo de amistad de ahora ni de antes, porque yo no le conocía antes, nunca le había tratado, lo mismo que a los compañeros de la UGT, a quienes empiezo hoy a conocer, porque nos habíamos combatido, ellos en el Parlamento y nosotros desde la calle, pero yo personalmente no conocía a los dirigentes de la UGT y por esto no me unía ningún lazo personal con el camarada Francisco Largo Caballero, quiero suponer que el grado de confianza que en mí había depositado en materia de Escuelas de Guerra, era porque había visto que lo mismo que en el Ministerio de Justicia no hacía una labor en beneficio de mi organización, tampoco la hacía, como no lo hice, en materia de Escuelas de Guerra.

Ahora bien: pensad vosotros en la importancia de estas Escuelas de Guerra. La importancia revolucionaria y popular, porque antes de la revolución, y en los países capitalistas, existían Academias militares a las que podían concurrir todos los hijos de la nobleza, los hijos de la burguesía y los hijos del proletariado, que era la manera graciosa que tenía de conceder derechos la sociedad burguesa, derechos que, según decía, eran para todos iguales. Pero ¿cómo realizar estos derechos? Para ingresar en una Academia militar, se necesitaba pagar una matrícula, se necesitaba pagar el vestuario, los estudios, la manutención, dinero que solamente poseen para sus hijos los burgueses, los capitalistas y los nobles.

Yo creé unas Escuelas de Guerra y llamé al pueblo, a los campesinos, a los metalúrgicos, a los marinos, a quienquiera de la clase obrera que se creyera con derechos y conocimientos suficientes para integrar los cuadros de mando del Ejército Popular español. Y les pedía solamente una cosa: el aval de las organizaciones

y partidos del Frente Popular. Nada más que eso. Lo elemental para sufrir un pequeño examen a que se les sometía, porque no creáis tampoco que se va a hacer de un analfabeto un oficial de Artillería, quien para tirar necesita de unas tablas matemáticas, y si no lo hace así matará a sus compañeros en vez de matar a sus enemigos.

Los mandé a la Escuela sin pagar matrícula, sin pagar vestido, sin pagar estudios. Y encima les dimos 12,50 pesetas diarias para que, si eran casados, pudieran sostener a sus compañeras y a sus hijos. ¿Es o no una obra revolucionaria? La revolución no es tener más o menos controles en las carreteras. La revolución es darle a la clase obrera el derecho de lograr a cuanto aspira, por ejemplo, a hacerlo oficial del Ejército popular, médico, metalúrgico, carpintero, y darle ese derecho, pero que al mismo tiempo, para ejercerlo, no se muera de hambre, porque si se tiene que morir de hambre no puede ser ni oficial, ni médico, ni carpintero, ni nada.

¡Así nuestra obra! De lo que hicimos, de lo que queda por hacer —en Justicia ha quedado mucho por hacer—. Quedaba la confección del nuevo Código. Quedaba el desarrollo de nuestro nuevo sistema penal, lo mismo en materia de campos de trabajo que en materia de ciudades penitenciarias.

Francamente, las obras que son iniciadas deben ser continuadas por quien tuvo la idea de crearlas. Otra cosa es exponerlas al fracaso. El desarrollo del sistema penal creado por nosotros, para que no sea un fracaso, para que sea una admiración del mundo, nos correspondía haberlo realizado a nosotros mismos.

Quedaba por crear, y estaba en estudio, la policía criminal y la unificación del Cuerpo de Prisiones. Después quedaba una infinidad de trabajo para hacer en Justicia, porque si alguien ha creído que ya está hecho todo y que con cambiar ciertas palabras o poner unas citas más o menos decorativas en ciertas cosas existentes ya está hecho, es un error inmenso, porque la justicia, la administración de justicia, que es plasmación en normas del Derecho de gentes, de los hombres, de los pueblos sometidos a una diaria evolución, será una función tan eterna, por lo menos, como la existencia de la sociedad humana. Desaparecerán muchos de los ministerios actualmente existentes, muchas de las funciones actualmente existentes en estos tiempos en sociedades atrasadas como es la nuestra. El último órgano, el que se hundirá en todo caso con la propia civilización, será la administración de justicia, porque cada día habrá que establecer en forma clara, comprensiva, el derecho de los hombres y de los pueblos, en la continua evolución de los tiempos a que los hombres y los pueblos están sometidos.

Y así nos sorprende la crisis del gobierno de la victoria.

¿Qué pasó? Yo he de deciros, camaradas, que todavía trato de explicarme lo que pasó. En el tiempo que estuve en el Ministerio, como habéis visto, solamente tuve tiempo de trabajar. No sabía, ni quería hacer política, y me sorprendía mucho cuando se producían algunos incidentes, porque decía: ¿Qué pasa? Y cuando vino la crisis dije: ¿Qué ha pasado? Lo que era el gobierno de la victoria, no según nosotros, según los que han provocado la crisis, dejó de existir. Y si decían que era el gobierno de la victoria no era porque sí, no era, creo yo, porque quieran lanzar una consigna más, porque España no es un país infantil, no es un país nuevo, y solamente a los países infantiles, a los partidos u organizaciones nuevos se les puede mandar, se les puede dirigir mediante consignas que hoy dicen una cosa y al día siguiente dicen otra.

España es un país serio, y si aquel era el gobierno de la victoria no lo era por capricho de consignas ni de nadie, sino porque contenía los elementos capaces de conseguir la victoria y resumía toda la potencialidad política y sindical de un país y resumía, sí, todo lo que hay de vivo y de fuerte en nuestro país a través de sus partidos y de sus organizaciones; y por eso era el gobierno de la victoria, el que podía traérnosla, porque contenía los elementos indispensables de orden colectivo y de orden personal para conseguirla. Ya no existe, pues, el gobierno de la victoria, y si el gobierno que hay ahora no es aquel de la victoria o no contiene los elementos políticos y colectivos indispensables para conseguirla, ¿qué clase de gobierno es éste? ¿Cómo hay que llamarle? ¿El gobierno de la derrota?

Yo no quiero hacer comentarios más allá. Sé que nuestro país, tan rico en sus elementos colectivos, es un país pobre en cuanto a elementos individuales. Sé

que nuestros partidos y también acaso nuestras organizaciones, ricas en potencia colectiva, acaso no están debidamente representados por los hombres que los integran. Hay, eso sí, mucho infantilismo en los dirigentes de los partidos y acaso de las organizaciones. No han mejorado. Partidos nuevos sin experiencia, hombres nuevos sin experiencia y, lo que es peor, sin una honda cultura.

Así es posible que ahora nos encontremos en una situación de tipo político a la que nos puede haber llevado una imaginación infantil. Acaso los hombres, incapaces para el trabajo que tenían encomendado para realizar, hayan creído que las derrotas y los desastres que se les venían encima, y de los cuales ellos eran partícipes, porque no habían sabido ordenar, era un caso de responsabilidad de los demás, de los que habíamos llevado una vida de benedictinos, trabajando noche y día. Lo cierto es que a estas horas, no solamente me pregunto yo qué ha pasado en España, sino que es muy posible que se lo pregunten incluso aquellos que determinaron esta situación que estamos viviendo.

Se ha dicho, se ha dejado correr, que la separación de ciertas representaciones en el gobierno le quitaban un contenido rojo y un contenido rojo y negro que facilitaría la victoria de tipo-internacional en el orden de la diplomacia. Digamos en seguida lo que esto significaría si hubiese sido uno de los elementos que ha determinado la crisis actual. Puesto que el fascismo lucha contra el gobierno rojo de Valencia, quitarle contenido rojo a este gobierno de Valencia significa una victoria, un tanto del fascismo internacional. Pero ¿qué clase de victoria es la que podría traernos la exclusión de la CNT y de la UGT para mantener su posición? Será hora de que los que nunca hablamos de política internacional, hablemos un poco. En la fábrica se aprenden muchas cosas, se aprende a ser ministro de Justicia y se aprende también a interpretar la política internacional. Veamos qué es lo que podía venir con la separación de la CNT y de la UGT del gobierno. Lo más sencillo y lo más fácil. Por consiguiente, en esta época preñada de inconvenientes y dificultades, lo sencillo y lo fácil en este orden de problemas de tanto volumen, será lo más milagroso, y lo más milagroso ha sido siempre la condición de incultura más formidable en los hombres que creyeron en los milagros.

Podíamos conseguir —veamos— que Francia e Inglaterra se determinasen a nuestro favor. A nuestro favor, ¿en qué sentido? Aun cuando lo quisieran hacer, ¿qué es lo que podrían lograr estas dos naciones? En primer lugar, Francia e Inglaterra son dos naciones regidas por burgueses que no quieren la guerra, porque una guerra actual, bajo el signo del fascismo y antifascismo en Europa, sería la guerra social de los proletariados en contra del fascismo internacional. No pueden querer la guerra y lo único que puede hacer es no salir por los fueros del derecho internacional ni del derecho de los pueblos, sino perpretar, en lo que sea posible, lo hecho en Abisinia; sacrificar a aquello que consideran, como la situación de España, un grano que interrumpe y molesta las apacibles digestiones de la burguesía francesa e inglesa. Y en este orden, ¿qué pueden conseguir? ¿Que Franco abandone la guerra? ¿Que Italia y Alemania renuncien? Pero ¿quién es capaz, en las altas y en las bajas esferas, de pensar y creer en estas cosas?

El fascismo tiene una moral basada en la acción. El fascismo tiene un ritmo siempre ascendente, siempre avanzando. El día que el fascismo tenga —porque él no se detendrá nunca— que detenerse, porque habrá encontrado una resistencia fuerte y ésta solamente puede ser el proletariado, el fascismo se desplomará estrepitosamente en Italia y en Alemania. Lo sabe Mussolini y lo sabe Hitler, y por eso las continuas transgresiones a los pactos internacionales, la continua vulneración de los convenios de la Sociedad de Naciones, el arrollamiento de Abisinia y la guerra en España. ¿Por qué ahora pensar que pueden conseguir, con la exclusión de la CNT y de la UGT, que Italia, Alemania y Franco abandonen la partida. ¿Pero es que hay algo razonable y lógico que pueda abonarlo?

Por desgracia, el fascismo en España domina más de la mitad de nuestra tierra peninsular, porque domina también nuestras posesiones coloniales y nuestras islas del Atlántico y del Mediterráneo. La porción de tierra libre que conservamos, en el orden internacional, la valoración política y la valoración económica de esta tierra no vale lo que representan las islas y nuestras posesiones coloniales. Por consiguiente, Franco, Mussolini e Hitler no abandonarían su posición, ni que lo diga Inglaterra ni que lo diga Francia. No vamos a creer, por esa política de café, que

ahora por lo visto se ha introducido en España, que por capricho solamente haya que esperar que Hitler y Mussolini se vuelvan dos personas buenas, sensatas y razonables.

Si por la situación geográfica y política del fascismo no cabe esperar que abandone la partida, cabe esperar dos formas de poder conseguir la victoria. Una, la reconquista palmo a palmo de todo el territorio nacional, de las posesiones coloniales y de sus hijos. Otra solución sería lo que podrían hacer como máximo sacrificio, como máximo favor Francia e Inglaterra en beneficio de ¡a causa antifascista española. Esto es: que la unidad nacional existente hasta el 17 de julio del año pasado fuese transformada mediante un nuevo *statu quo*, según el cual se impusiese la paz, concediéndonos a nosotros esa pequeña porción de España que tenemos y reconociendo la otra media España a un Estado fascista. Y nosotros, que somos anarquistas, que hemos sido siempre internacionalistas, que no compartimos el concepto político del nacionalismo; nosotros, anarquistas, decimos que eso no puede ser. Acaso de todos los cálculos que actualmente se hagan ése sea el que prive en el pensamiento de la diplomacia internacional: partir España en dos.

Nosotros, anarquistas, nosotros Confederación Nacional del Trabajo, que representamos a nuestros trabajadores de esta España liberada, pero que representamos también a los trabajadores de la otra media España, nosotros decimos que la CNT no consentirá nunca que España sea partida en dos.

Es seguro que nadie tampoco lo va a querer. Sólo los burgueses que hayan quedado con vida aquí o estén fuera de España y que piensen volverse a ella, son capaces de quererlo. Porque el burgués no ha tenido nunca ni patria ni dignidad nacional ni dignidad de clase.

El burgués, el tipo burgués, será capaz de aceptarlo, porque su patria, si se la devuelven, es la fábrica donde podrá extorsionar a los obreros; es la casa donde podrá vivir rodeado de todos sus placeres. No tiene más patria ni más hogar que el suelo que pisa como propietario. Esos podrán en todo caso estar de acuerdo, pero nadie más. Creo que así pensáis y pensaréis los obreros de la CNT y los obreros de la UGT, los hombres del Partido Socialista, los hombres del Partido Comunista, los hombres de los partidos republicanos, que sean hombres, que sean españoles, que sean proletarios, antifascistas y demócratas.

Cualquiera solución que se haya vislumbrado de este tipo, ya lo sabéis, es una imaginación de mentes calenturientas, de niños irresponsables, de hombres que viven fuera del curso de la historia de España. Es tiempo de corregir los errores, porque ni los habíamos de consentir ni los habíamos de tolerar.

Fuera de eso, ¿cuál es la perspectiva? Reconquistar, como os decía, palmo a palmo, el terreno nacional, sus posesiones coloniales, sus hijos. Pero ¿es que creéis que esto es una empresa fácil? ¡Ah! Dolorosa ha sido hasta ahora la empresa. Pero no hemos llegado tan siquiera más que a poder contener, y si para contener fue preciso crear un gobierno donde estuviesen representados, no por capricho, sino porque representaban las fuerzas y la influencia de todos los sectores proletarios y antifascistas, ¿creéis que la reconquista de España pueden hacerla no estando ni la CNT ni la UGT en el gobierno? La mecánica de gobierno solamente les llevaría a tener que gobernar burocráticamente en contra de la CNT y de la UGT. ¿Es que no habéis visto hoy que el que hasta ayer fue ministro de Justicia de España, "Notario Mayor del Reino", que tuvo que poner su firma para aceptar la dimisión del presidente del Consejo de Ministros, Largo Caballero, y dar el nombramiento al camarada Negrín, ha venido a dar aquí un mitin rodeado de los guardias de Asalto?

Gobernar sin la CNT y sin la UGT será tanto como gobernar contra esas organizaciones, y eso es ir a la derrota. Por lo menos no se puede emprender así la grandiosa empresa de la reconquista nacional. No solamente porque al gobernar contra nosotros se destruiría la moral y la disciplina actual de la retaguardia. Es que el enemigo actualmente, aun cuando domina más de media porción geográfica del territorio peninsular, no domina el alma y el esfuerzo del proletariado de allí. No tiene ejército. Tiene que pedirlo prestado al extranjero. ¿Por qué? Porque las masas trabajadoras de allí de la CNT y de la UGT resisten, entorpecen y crean con su moral la resistencia para el combate en contra del fascismo. Si aquí se gobier-

na contra la CNT y contra la UGT, se perderá la asistencia de las masas populares de allá, que al enterarse de que se gobierna contra nosotros se desmoronarán, y desde aquel momento, la tragedia fascista no encontrará resistencia para reclutar las mesnadas de luchadores para venir a ahogarnos a nosotros.

Cabe esperar todavía otro final derivado de esas circunstancias. Esto es, que antes de haber tenido que lograr la reconquista luchando palmo a palmo del terreno de nuestra patria, esa resistencia del proletariado traiga una derrota y un hundimiento fulminantes de los frentes. ¡Ah! Pero es que, ante este caso, ¿se cree también que se puede gobernar sin la CNT y sin la UGT o frente a ellas? Un hundimiento en el frente enemigo, ¡que venga! ¡Qué maravilloso! Todo hecho, todo logrado, todo conseguido, sin la CNT y sin la UGT. ¡Qué enorme satisfacción para los que siempre creyeron que eran los únicos que podían regir la vida de un pueblo! Si ese hundimiento se produjera, sería por algo. Sería porque, hundidas las resistencias del fascismo perdiendo su poderío militar, las masas lo asaltarían.

Podéis reiros de las épocas de la iniciación de la guerra, de las noches negras, sin luz, de los primeros tiempos de la revolución, en nuestra tierra dominada desde un principio. Las masas de allá, obedeciendo al sentido de venganza y al cataclismo que habían determinado, serían un caos. Serían una revolución diez veces más depuradora de la que nosotros habíamos determinado con nuestra resistencia. ¿Quién dominaría aquello? Si más de media España se hundiera en el caos, si repercutía este caos aquí, ¡ah!, entonces sí, se llamaría otra vez a la CNT para que otra vez en esa noche negra, fatal, iluminase el sendero, para que llevase orden y luz a las fábricas, a las carreteras, a la retaguardia y a los frentes. ¿Y si la CNT no quisiese? Cualquiera solución sería suicida, porque si hasta el presente las intervenciones internacionales se han podido contener, entonces las intervenciones serían fulminantes y vendrían los policías del extranjero, las armadas del extranjero a dominarnos, a pulverizarnos. Eso es lo que harían aquellos que no supieron poner esa fuerza al servicio de un derecho y de una libertad de un pueblo como el nuestro.

No hay salida. Sea cual sea la ruta de este momento, no hay salida sin la CNT y sin la UGT, porque somos todavía los más débiles, los que dominamos menos terreno, y porque esta guerra con la CNT y con la UGT, con comunistas, con socialistas y con republicanos, no será una guerra que durará veinticuatro días, sino que será una guerra de mucho coraje, de mucho tesón, por lo que no es permisible menospreciar ninguna organización, ningún partido ni a los hombres de esas organizaciones y de esos partidos, cuando en verdad representan algo positivo en la vida de un país.

CNT y UGT son dos organizaciones indispensables, sobre todo la CNT, porque al no haberse querido pronunciar por los caminos del totalitarismo en los primeros días de la revolución, apareció como una fuerza no solamente constructiva, sino ponderadora.

Sin CNT no se hubiera podido gobernar, porque esa lucha actual que se ha sostenido contra la CNT y contra la UGT la habrían sostenido los comunistas contra los socialistas, los republicanos contra los comunistas o contra los socialistas, porque la CNT, que tiene ideario propio, que está equidistante de los comunistas como de los partidos burgueses, es un elemento y una fuerza neutralizadora, que imposibilita el totalitarismo de uno o de otro partido e incapacita a España para sufrir las vergüenzas de una dictadura.

Esta es nuestra misión, aparte de otras de orden constructivo. La misión de la UGT, tarde o temprano, tiene que ser la propia de la de la CNT. Pero mientras en la UGT sus masas dilucidan el problema de quién tiene razón en este momento, interpretando una tendencia o interpretando otra, conviene decir lo siguiente: un gobierno, contando con el apoyo de 24 federaciones de la UGT, pero sin contar con el apoyo de 14 federaciones de la UGT, es un gobierno al que faltarían elementos de fuerza colectiva y personal para la lucha; porque os digo y os repito que con toda la CNT, con toda la UGT, con todos los partidos, nuestra lucha es una lucha larga y cruenta que nos tiene preparada el tiempo y el destino y saldremos vencedores después de haber sumado estas fuerzas y habernos sacrificado todos más y más. Y no consideremos los problemas de carácter político como los niños, que la amistad de un día la cambian al día siguiente por otra.

¿Ha habido algo más, más de lo dicho, que pueda haber determinado esta crisis? El problema de la guerra y de la revolución. ¿Es eso? Pues bien, camaradas: también deben aprenderlo los conductores de los partidos políticos.

Europa, desde el año 1914 al año 1918, vivió una etapa muy parecida a la actual. Los pueblos se vieron sometidos a oleadas de metralla, de fuego. Todas las pestes de la guerra asolaron al mundo. Cuando terminó la guerra, aquellos hombres que se habían batido en el frente volvieron a sus hogares. Las viudas recibieron una pequeña pensión, premio, pago de una vida de amor y de cariño. Los heridos recibieron una pequeña pensión, pago, premio, de una desgracia hasta la muerte. Los que volvieron ilesos, los que vinieron con todas las taras y todo el sistema trastornado por la guerra, encontraron unas fábricas llenas y otras fábricas cerradas. Formaron colas inmensas esperando la sopa que se daba en plena calle. Los héroes de aquella victoria, los héroes de aquella guerra, quedaron convertidos en guiñapos, convertidos en gusanos, en plagas de sin trabajo. Aquellos hombres que vinieron eran los que se habían sacrificado por la patria, por los destinos de la humanidad, por toda aquella serie de lirismos que cantaba la burguesía entusiasmada.

¿Qué se pretende aquí? ¿Por qué ahora hemos de hacer la guerra y nada más que pensar en la guerra? ¿Se entiende esto en el sentido de quitar lo actualmente existente y creado por la propia iniciativa de los trabajadores? ¿De devolver la tierra que los campesinos trabajan en colectividad a los fascistas que se encuentran en el extranjero, que no están sometidos aquí ni a las preocupaciones del hambre ni a las preocupaciones de los bombardeos? ¿Devolver las casas, los solares, aun cuando sean los solares en ruinas, al propietario burgués que alentó al fascismo, que lo pagó, que se fue al extranjero o que lucha en las filas fascistas? ¡Ah! Entonces ese campesino que lucha, que se sacrifica trabajando ahora va a poder preguntarse: "¿El burgués que está en el extranjero va a quedar como antes?" A esas familias de Madrid que no quieren abandonar Madrid porque allí está todo su tesoro: una cama, unas mesitas, una máquina de coser; que en un momento ven caer las bombas de la aviación y todo lo pierden. ¿Vamos a devolverle las fábricas y los talleres y las tierras a los que están en el extranjero, y a esa pobre familia de Madrid, leal a su patria, y por serlo, leal incluso a la máquina de coser, le vamos a dejar sin nada y no vamos a ayudarla el día de mañana? Pues eso no será.

Yo quiero creer, interpretando la ordenación de la economía, que haya cosas que se tienen que colectivizar porque pueden ser colectivizadas; que haya cosas que se tienen que municipalizar, porque no pueden ser colectivizadas, desde el punto de vista de un rendimiento o sostenimiento económico; que haya cosas que se tengan que nacionalizar, porque por circunstancias económicas del momento, ya transitorias o definitivas, no puedan ser ni colectivizadas ni municipalizadas. Quiero creer que haya cosas que hay que dejarlas todavía a la libre explotación de los pequeños propietarios, de los pequeños industriales. Todo lo actual existente, con un buen gobierno de gente que trabaje, de gente que no viaje demasiado, de gente que se preocupe menos de política y que resuelva los problemas y que organice el trabajo, todo puede y debe encontrar solución.

Pero convertir esta guerra, querer convertir esta guerra en la guerra europea, para cuando termine decirle al proletariado: pena y sufre otra vez; ahí tienes al burgués que defendiste; decirle al campesino: pena y sufre otra vez; deja la tierra, pero trabájala como esclavo, que ahí tienes al patrono. ¡Eso no!

El destino de España será el que se quiera, el destino de los hombres será el que se quiera. Será bueno o será malo. Si fuese preciso para evitar esa injusticia insostenible, que unos tras otros, todos los militantes del anarquismo, todos los militantes de la CNT, para evitar este crimen colectivo, se perdiesen dentro del mar y nunca más tuviesen vida en el seno de la humanidad, se perderían; los hombres del anarquismo y los hombres de la CNT impedirían que se despojase a los campesinos de lo que tienen derecho, al obrero de lo que tiene derecho; porque esto no es una guerra como se había entendido antes; la guerra ésta es una guerra social y la guerra social significa: si la ganaran los fascistas, la esclavitud para el proletariado, la pulverización del proletariado, de la democracia y de la libertad. Si la pierde el fascismo, es la pulverización del fascismo, el triunfo razonable, ló-

gico, según las circunstancias, determinadas por los propios trabajadores, de la clase del proletariado.

Un gobierno que lleve a la práctica una política inflexible, con la suficiente entereza para mantener la independencia de España frente a la invasión extranjera, frente a las maniobras de tipo diplomático que se dirigen a sofocar la guerra, no para dar la victoria al pueblo antifascista, sino para salvaguardar sus intereses del peligro que los amenaza, si la revolución continúa por los cauces actuales.

Y como clave de todos estos objetivos para un gobierno que gobierne con la asistencia de la voluntad popular, de las masas obreras españolas, de todas las fuerzas antifascistas, la alianza de las dos sindicales de España.

Nosotros, por la experiencia, por lo que hemos podido deducir en nuestra gestión de gobierno, afirmamos de una manera rotunda, que mientras no exista una alianza firme de las dos centrales sindicales, mientras la unidad del proletariado español no se articule en esta alianza obrera, estaremos siempre a merced de maniobras de tipo político como la que acabamos de sufrir en estos momentos. Mientras este hecho no se produzca, los políticos pueden encontrar el terreno abonado para crear en España las condiciones objetivas que den el triunfo a la reacción capitalista; ganando la guerra, no por la fuerza de las armas, no por el ímpetu de nuestras masas, no por el coraje de los combatientes antifascistas, sino porque hayan estrangulado en la retaguardia todas las actividades de la revolución; ganando políticamente la guerra y retrotrayéndonos a los días en los cuales el capitalismo tenía una vigencia perfectamente constitucional. Y nada más.»¹

¿Tan malos éramos?

En Valencia me enteré de que mi sucesor, Irujo, había encargado al presidente del Tribunal Supremo, Mariano Gómez, la elaboración de un proyecto de decreto a aplicar a los delitos cometidos durante el período revolucionario; es decir, desde el 18 de julio de 1936 hasta la fecha de su aparición en la *Gaceta*. Caerían dentro del decreto los casos de muertes violentas por «paseos» o hechos semejantes, como los derivados de la acción del «Tribunal de la Sangre» de Valencia, los llevados a cabo por la Dirección de Orden público, los que se cometían en las *chekas* de partidos y organizaciones; en fin, las actividades de Margarita Nelken y sus jóvenes socialistas unificados de Madrid. A simple vista, parecía que se trataba de la puesta del blanco huevo de una inocente paloma. El decreto sería lo suficientemente confuso para que solamente fuesen sometidos a la acción de jueces y tribunales aquellos casos en que apareciesen como posibles inculpados elementos de la CNT, del POUM y de las fracciones socialistas y ugetistas de Largo Caballero.

Para Irujo había llegado el momento de intentar cebarse en la CNT, de la que ya se sabía haber sido la elaboradora del expediente de París, y en Largo Caballero, por la cuenta que contrajo cuando lo calificó de «traidor» en un Consejo de ministros.

El asunto me lo había pasado Marianet para que viese lo que se podía hacer. Sin decirme los motivos —que yo suponía—, Marianet estaba alarmado por los propósitos de Irujo. Llegó a pensar en la conveniencia de la eliminación violenta de aquel vasco sin escrúpulos.

Le dije a Marianet que dejase el asunto en mis manos, que me lo dejase enteramente y que no moviese el dedo en ninguna otra dirección, pues me di cuenta de que ya estaba pensando en pasar el asunto a la Comisión de Investigación de Escorza. Precisamente, la Comisión que había elaborado el expediente de París y que había expresado que no lo consideraba concluido.

1. [NDE]. Transcripción de Ediciones de la Comisión de Propaganda y Prensa del Comité nacional de la CNT. Valencia.

—Te dejo el asunto si crees que puedes eliminar los peligros que contiene para nosotros —dijo Marianet.

—Creo poder resolverlo con mis propios recursos. Sé muchas cosas, y me las callo hasta que llega el momento de soltarlas.

Tenía dos cartas que jugar. La primera era el propio Mariano Gómez, a quien había nombrado presidente efectivo del Tribunal Supremo. También en el Supremo, e ignorando yo qué papel jugaba en aquel escabroso asunto, tenía una buena baza en el fiscal general de la República, Eduardo Ortega y Gasset, hermano del filósofo.

Sin embargo, me faltaba saber quién impulsaba aquel asunto, si era de iniciativa exclusiva de Irujo o provenía de más arriba, del propio presidente de la República, Manuel Azaña, o del jefe del gobierno, Negrín. Según fuera el origen, así debería conducirme.

Decidí, para tantear el terreno, sondear a Negrín. De provenir de él la iniciativa, le plantearía claramente el juego: hacer marcha atrás o implicar a todos los integrantes de las *chekas*, empezando por Margarita Nelken y sus jóvenes socialistas unificados y terminando por Wenceslao Carrillo, subsecretario de Gobernación. Le daría a entender que tenía un abultado expediente de todas las *chekas* comunistas, expediente pronto a ser publicado en grandes rotativos extranjeros.

A las once de la mañana me dirigí a su domicilio conocido en Valencia. Tenía por norma pasar muy poco tiempo en la presidencia del gobierno, donde las visitas le quitaban el tiempo. Aquel enorme y sombrío caserón tenía la puerta de la calle cerrada, con guardias de vigilancia. Me di a conocer al jefe de la guardia y penetré. Un secretario me recibió, tomó el encargo de que necesitaba hablar con Negrín, subió las escaleras, supongo que al primer piso, tardó un rato en descender, se me acercó y me dijo:

—Don Juan dice que tenga usted la bondad de esperar.

Esperé sentado. Una, dos largas horas. El secretario iba, venía, subía, bajaba. No me dio más razón de Negrín ni de si debía continuar esperando. A la una de la tarde, sin decir nada al secretario ni despedirme de nadie ni dejar recado, me levanté, abrí yo mismo la puerta de la calle y me marché.

Sabía cuanto deseaba saber. Negrín, directa o indirectamente, conocía los manejos de su ministro de Justicia.

En mi memoria, añadí a la ficha de Juan Negrín: «Se negó a recibirme».

Al día siguiente, como a las doce del día, me dirigí al Tribunal Supremo. De portero estaba el compañero Miguel, amigo de mi secretario, por cuya recomendación lo colocamos en la portería. Detalle que debía ignorar Mariano Gómez, porque, de otra manera, habría ordenado su despido.

Miguel me confirmó que don Mariano estaba en su despacho, en el primer piso del edificio. Me hice anunciar y me recibió en el acto, con afectuosidad pegajosa, casi femenina.

—¿A qué debo el honor de su visita?

—Vine a Valencia por asuntos de importancia. Pero no de tanta que no me permitiesen pasar a saludar a antiguos conocidos. Y hasta a antiguas amistades. A usted puedo catalogarlo entre los buenos amigos, ¿verdad?

Se quedó observándome. Hasta miró disimuladamente donde supuso que debía llevar yo la pistola. Mi entrada y mi presentación lo tenían desorientado.

—Sí, cómo no. Aunque nunca nos tratamos como amigos, recuerdo muy bien que fue usted quien me dio posesión de la presidencia de este alto tribunal.

Entonces se dio cuenta de que en nuestro diálogo había algo que desdecía

la palabrería amistosa: yo estaba de pie, él también lo estaba y no me había ofrecido asiento.

—¿Quiere sentarse? Aquí, si me hace el favor.

—No, gracias, ya estoy terminando la visita. Antes de despedirme, deseo hacerle una pregunta. ¿Puedo?

—Claro que sí. Estoy a sus órdenes.

—Me han informado de qué usted ha recibido el encargo de preparar un decreto de amnistía para ser aplicado a los que hubieren cometido delitos justificados por el cumplimiento del deber o de órdenes recibidas de las autoridades superiores. Y que, para su aplicación, se detendría, encarcelaría y juzgaría a todos los autores de lo que se ha llamado «paseos» o algo semejante. ¿Qué me dice usted?

—Pues, le diré, con toda reserva. Cierto es que he recibido dicho encargo. Es cierto también que estoy preparando el correspondiente decreto, que considero muy justo. En la actualidad no estamos viviendo los lamentables tiempos en que se daban muchos delitos, que hablando en puridad jurídica, eran horribles asesinatos. Toda persona honrada, usted pongamos por caso, que no haya cometido ningún delito, debe poder vivir tranquilamente. ¿No es cierto?

—Le digo, Mariano Gómez, que no estoy de acuerdo. Y ahora mismo, en mi presencia, rompe lo que tenga ya escrito de ese infame proyecto.

—Pero si el proyecto no tiene nada que ver con usted y su actuación, que es considerada de las más limpias.

—Conmigo no tiene nada que ver. Pero sí tiene que ver con usted.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—Lo que oye. O rompe ahora mismo esa infamia de proyecto de decreto, o de aquí me paso al despacho del fiscal general de la República y denuncio a usted como ejecutor de la indignidad jurídica más grande que se haya cometido: la de haberse constituido, usted como presidente de un tribunal, en la cárcel Modelo de Madrid y haber juzgado a unos presos, haberlos oído y condenado a muerte, cuando llevaban ya más de 24 horas ejecutados por Margarita Nelken y su grupo de jóvenes socialistas unificados. Y le aseguro que de todo ello tenemos en el extranjero, presto a ser entregado a varios periódicos, un expediente completo.

—¡Pero cálmese usted, mi querido amigo! ¿Cómo supo usted lo de Margarita Nelken y lo del juicio?

—Me lo contó la propia Margarita Nelken. Después, con paciencia de benedictinos, abrimos sumario.

—No puedo olvidar que le debo mucho a usted. Tenga confianza en mí.

—En el sitio que ocupo, no puedo tener confianza en nadie.

—¿Quiere decir que...?

—Que debe romper ante mí el proyecto de decreto de amnistía. Y me debe dar su palabra de que no lo reconstruirá.

—¿Y qué le digo al ministro?

—No le diga nada. Pase por encima de él. Si se ve usted importunado, vaya a ver a Negrín y cuénteles lo que haríamos.

—No tenga cuidado.

Y se puso a romper el proyecto de decreto de amnistía, que sacó de una carpeta que tenía encima de su mesa.

En el Comité regional de la CNT de Cataluña se sintió la necesidad de crear un órgano de consulta sobre problemas políticos y jurídicos que resumiese las opiniones hasta entonces dispersas de las Regionales CNT y FAI, que al estudiar por separado los problemas no siempre llegaban a soluciones coinci-

dentes, lo que hacía perder tiempo y eficacia. El resultado fue la constitución de la Comisión Asesora Política (CAP), a la que me incorporaron.

Mi gestión cerca de don Mariano Gómez echó por tierra las siniestras intenciones de Irujo, quien mediante la promulgación de un decreto de amnistía, condicionaba a un procesamiento previo la amnistía de cuantos hubiesen participado en hechos revolucionarios, si éstos habían sido realizados legalmente y obedeciendo órdenes de las autoridades; quedando condenadas todas las acciones espontáneas de los ciudadanos particulares, obreros, campesinos y empleados.

Irujo quería hacer, a la inversa, lo que yo hice con el decreto de amnistía de todos los presos comunes del país, que en toda la zona republicana habían sido puestos en libertad por la vía de la acción popular, con excepción del País vasco, cuyo gobierno autonómico *de facto* se negó a ponerlos en libertad. Mi decreto era operante en todo el país, incluido el País vasco, y legalizaba la libertad de todos los presos comunes que gozaban de libertad lograda por la vía de los hechos.

El decreto de amnistía a los presos comunes forzaba al gobierno vasco a poner en libertad a sus presos. Mi acción era una acción buena. En venganza, Negrín e Irujo, éste o aquél, o conjuntamente, imaginaron la manera de pulverizar a nuestra Organización, valiéndose de un pretendido decreto de amnistía, que sería aplicado únicamente a quienes resultasen inocentes de intención en hechos revolucionarios. Pero que dejaría en las prisiones a los que no pudiesen demostrar esa inocencia de intención.

Le fracasó a Irujo su maniobra de marchar en bloque contra nuestra Organización. Pero lo intentó de una manera fraccionada, por personas, esta vez sin dejar la esperanza a los perseguidos de poder demostrar inocencia en la intención. Al efecto, y como ensayo, el fiscal de la Audiencia de Barcelona —la fiscalía no dependía del gobierno de la Generalidad, sino del fiscal general de la República— mandó instruir proceso contra Aurelio Fernández, ex consejero del gobierno de la Generalidad, por la desaparición de unos hermanos maristas acaecida en los primeros tiempos de la revolución.

Aquel enojoso asunto pasó a la CAP. Cuando me enteré pormenorizadamente, sentí indignación contra mí mismo. Me reprochaba haber hecho asistir a Marianet de pasar el asunto «Irujo» a la expedita acción de su Comisión de Investigación que tan eficientemente dirigía Escorza.

El asunto de los maristas fue un desdichado episodio de la revolución en Cataluña. Aún existía el Comité de Milicias y los servicios de Orden público estaban bajo la responsabilidad de Aurelio Fernández. Hecha la detención de los maristas, algunos de los cuales se dedicaban a la enseñanza de gentes ricas, iban a ser fusilados por la patrulla revolucionaria que los detuvo. En la Generalidad se tuvo noticia de lo que ocurría y llamaron a Aurelio Fernández para que viese de impedirlo, surgiendo entonces la idea de que pagasen en francos una fuerte multa, pues eran portadores de mucho dinero en divisas extranjeras.

La intervención de Aurelio fue eficaz. Logró impedir el fusilamiento. Llevó a cabo la operación de la multa, cuyo importe entregó al Consejero de Hacienda de la Generalidad, José Tarradellas, y dio opción a los maristas para trasladarse a Francia por carretera o por mar. Ellos prefirieron ir por carretera en ómnibus. Ya cerca de la frontera, el ómnibus fue sorprendido por una fuerte patrulla, que se supuso fuese del PSUC o del POUM, aunque lo mismo podía ser de la FAI —nunca se aclaró—, y acto seguido procedieron a fusilar a todos los maristas, al tiempo que decían a sus custodios: «Para que aprendáis cómo se hace la revolución».

En el CAP entendimos que había que parar aquel golpe. Pero dando la

cara, no huyendo. El inculpado, Aurelio Fernández, debía presentarse al juez instructor a declarar. Si éste ordenaba la detención, debía dejarse detener, y a nosotros, a la CAP y a la CNT, incumbiría el deber de demostrar su inocencia. De otra manera, si el compañero se ponía en situación de fugitivo, correría el riesgo de aplicación de la ley de fugas, o de ser detenido en el extranjero y extraditado. Con ello sólo demostraríamos que éramos unos miedosos habladores. Y después seguirían otros casos.

Aurelio Fernández se constituyó voluntariamente preso. Su asunto pasó a la Comisión propresos (la Jurídica, como se la llamaba), que contaba con los servicios de muy buenos abogados, más la atención personal de buenos compañeros, como Batlle Salvat y Segarra.

El tiempo pasaba y nada se resolvía en el asunto de los maristas. Aurelio Fernández ya empezaba a impacientarse, considerando muy desacertada la decisión de la CAP, especialmente mi firme actitud de que debía afrontar jurídicamente su situación en España.

Pasado el tiempo normal que un juez necesita para la sumaria investigación, el fiscal debió retirar los cargos por falta de pruebas o por ser asunto improcedente. Se veía claramente que el asunto no marchaba por cauces normales, lo que hacía suponer que estaba prevaleciendo la actitud de Irujo. Otra vez me veía en la necesidad de jugar fuerte. Para empezar, la emprendería con Eduardo Ortega y Gasset, fiscal general de la República, único que podía acelerar el procedimiento y, si necesario fuese, cambiarle el curso. A Eduardo Ortega y Gasset lo había nombrado yo para el cargo de fiscal general. De republicanos federales me había rodeado. Políticamente, eran los más afines a nuestra ideología anarcosindicalista. Casi todos los republicanos federales pertenecían en lo sindical a la CNT. Profesionalmente, eran abogados capaces y de prestigio. Personalmente, honrados y leales.

Me extrañaba enormemente la resistencia que encontraban nuestros abogados en el fiscal de Barcelona en relación con el asunto «Maristas-Aurelio Fernández». Hablando de ello con Mariano Sánchez Roca, se mostró tan extrañado como yo. Sospechaba que el Vaticano, la Compañía de Jesús y quién sabe qué otras órdenes religiosas ejercían presión, a través de Irujo o directamente, sobre el fiscal. Hasta era posible que tuviese metida su mano en ello José Andreu Abelló. Lo que no admitía, por considerarlo absurdo, es que la presión pudiese venir de parte del fiscal general, Eduardo Ortega y Gasset.

No obstante, ante mi insistencia, me prometió Sánchez Roca llamar por teléfono a Ortega y Gasset para que acudiese a Barcelona a una reunión del Partido Federal. Quedaron en que estaría allí dos días después y que se hospedaría en el hotel Majestic, en el paseo de Gracia.

Le visité. Con su elegante empaque de hombre algo obeso, bien afeitado y media melena de pelo gris, sonriendo cordialmente, cuando me vio se aproximó a abrazarme.

—No sabe usted la satisfacción de poder estrecharle en mis brazos. ¿Qué se ha hecho de usted? Cuénteme.

—Querido amigo Eduardo, le agradezco sus expresiones de afecto, que yo comparto. El caso es que mi visita, y hasta la llamada que le hizo nuestro amigo Sánchez Roca, tiene relación con la fiscalía general de la República...

—Creo que sé por dónde va usted. Pero dígame de qué se trata. Antes, tenga en cuenta una cosa: yo soy fiscal de la República porque usted me puso ahí. En lo personal, si órdenes he de recibir, primero obedecería las que usted me diese. O dimitiría.

—Voy a referirme al proceso que se está incoando a Aurelio Fernández por un desdichado asunto llamado «de los maristas». Aurelio Fernández es inocente, el fiscal de esta Audiencia se empeña en llevar el asunto a juicio, no

quiere retirar los cargos. Según nuestros abogados, y entre ellos nuestro común amigo Sánchez Roca, el fiscal de aquí obedece a presiones que, o son de usted o, si no lo son, debería saber yo quién las ejerce.

—Las presiones a que usted se refiere inicialmente emanaron de mí. Esto le parecerá extraño, pero tiene una explicación. Del ministro Irujo recibí la orden de proceder contra Aurelio Fernández y demás inculpados que resultasen del asunto de los maristas. No iba a hacer tal cosa sin comunicárselo y pedir a usted instrucciones sobre lo que convenía hacer. No teniendo su domicilio personal, pero suponiendo que debería andar por el Comité nacional de la CNT, me dirigí al domicilio oficial de su Organización, que también lo es mía. Pregunté por usted, me dijeron que no estaba, insistí sobre la conveniencia de hablarle, diciéndole al que me atendía quién era yo, y entonces me hizo pasar a otra oficina, donde me presentó al secretario del Comité nacional: «Marianet, este señor es Eduardo Ortega y Gasset, fiscal general de la República, que está interesado en hablar con el compañero García Oliver». «—¡Ah!, ¿sí? Pase usted, don Eduardo. Haremos por usted todo lo que podamos». En el mayor secreto le comuniqué las órdenes que había recibido de Irujo. Marianet me dijo textualmente: «Eso no le preocupe. Usted cumpla las órdenes que recibió. Después de todo, si Aurelio Fernández y otros se excedieron haciendo lo que no debían, no estará de más que lo paguen». No sé por qué, comprendí que entre ustedes debía existir una pugna mortal. Y con el corazón lastimado pasé al fiscal de Barcelona las instrucciones que recibí de Irujo.

Aquella revelación me dejó anonadado. En efecto, existían dentro de la CNT tendencias ideológicas, que tenían opuestas interpretaciones de los planteamientos políticos y sociales. Prueba elocuente la tuvimos en los hechos de mayo, preparados por agentes de la GPU soviética, pero que pudieron producirse por haber podido larvarse en medios de la oposición dentro de la CNT. Era cierto, por lo menos para mí, que Marianet no era trigo limpio, que había en él algo inconfundible de gitano. Ni en el Sindicato de la Construcción a que pertenecía por ser peón de albañil sabían de dónde había salido. Tampoco se le conocía familia de ninguna clase. Algo raro. En Cataluña los anarquistas eran casi siempre de familia conocida.

Lo que había hecho Marianet era indigno. ¡Si justamente la CNT, por boca de sus cuatro ministros, había dado la gran lección de solidaridad humana al oponerse, junto a Largo Caballero, a que fuesen perseguidos los miembros del POUM, como lo exigían los dos ministros comunistas!

Eduardo Ortega y Gasset se quedó observándome detenidamente. Debí comprender cuánta pena me produjo su revelación. Se quitó los gruesos lentes, los limpió, se los puso otra vez. Con el mismo pañuelo se limpió el sudor que perlaba su frente. Sin esperar a que yo hablase, me dijo:

—Veo que está viviendo una gran tragedia. Por un lado, se deshace en defensa de sus compañeros. Por el otro, no le faltan compañeros que le hieren implacablemente. Sé que sin querer hice el juego a estos últimos. Ellos se valieron de mí abusivamente. Le doy mi palabra de que, si en dos días no logro deshacer el daño que causé, sabrá de mí cuando se entere de mi huida a Francia. Es cuanto puede prometerle un hombre de honor: su propio deshonra.

En efecto. Tres días después, Mariano Sánchez Roca me comunicó que su colega ante los Tribunales, en la logia y en el Partido Federal, se había ido a Francia.¹ Se había aplicado el *harakiri* político.

1. [NDA]. Ortega y Gasset no se «fugó», sino que abandonó el territorio republicano trocándolo por un exilio muy decoroso, ya que, al frente de la Liga de los Derechos del Hombre, en París, estuvo haciendo una muy buena labor.

Para que no fuese un sacrificio inútil el de Ortega y Gasset, preparé una entrevista con Tarradellas, jefe del gobierno de la Generalidad. Tenía que seguir jugando las mejores cartas de mi baraja.

Con lo que me dijo Ortega y Gasset de Marianet, intuí que los comunistas lo tenían agarrado por la vía del chantaje. Recordé que cuando días antes de los sucesos de mayo visité al presidente de la Audiencia —por indicación de Companys—, al rechazar mis acusaciones de que en Barcelona utilizaban la justicia para perseguir a los militantes de la CNT, José Andreu Abelló, para demostrarme lo contrario, hizo traer un sumario que se estaba incoando al Comité nacional en las personas de dos de sus miembros y de su secretario general, Mariano Rodríguez Vázquez. Los dos miembros del Comité nacional fueron detenidos cuando intentaban pasar clandestinamente la frontera francesa, portadores de un maletín lleno de valiosas joyas, cuyo origen y procedencia no supieron explicar. Solamente se limitaron a decir que pertenecían al Comité nacional de la CNT y que Marianet les había confiado pasarlas a Francia y entregarlas en París a la delegación del Comité nacional.

Marianet se llamó el asunto. Era yo ministro de Justicia y nada me dijo. Pensó arreglárselas solo. Cuando Irujo estuvo en Barcelona con Andreu Abelló para arreglar los detalles de la ofensiva contra los militantes de la CNT, éste le debió mostrar el famoso sumario contra el Comité nacional y su secretario, sumario que se debió llevar Irujo para consultar con Negrín. Negrín y sus comunistas.

¿Eran capaces de esta clase de chantajes? ¡Ya lo creo! A mí intentaron hacerme otro, más vulgar. A través de una persona muy respetable, que se me acercó y me dijo, muy contristada:

—Te tienen bien acogotado. Es una lástima, compañero, pero te harán polvo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De qué se trata, amigo?

—Pues del último viaje que hiciste a París. Te sacaron una fotografía en la que estás desnudo y con una mujer desnuda en tus piernas.

—Lo que me cuentas, Dionisios —pues se trataba del famoso compañero Antonio García Birlan, conocido por el seudónimo de Dionisios— es una idiotez. Primero, porque nunca será vergonzoso estar desnudo con una mujer desnuda. Segundo, porque por bien hecho que esté el fotomontaje, no dejará de ser un fotomontaje. Tercero, porque no recuerdo haber tenido una mujer desnuda y sentada en mis piernas durante el último viaje que hice a París. Los que te fueron con el cuento son idiotas; ninguna necesidad tenían de romperse la cabeza con un fotomontaje. De mi parte, puedes decirles que estoy a sus órdenes para las mejores posturas... Claro que con sus mujeres, hijas o hermanas, siempre que sean jóvenes y bonitas.

Marianet era joven e inexperto. Al menos, lo parecía. Hacerle un chantaje era cosa fácil. Debí pensar que hubieran bastado unos días de detención para ser sustituido provisionalmente de su cargo de secretario; y dadas las circunstancias, ni se habría acudido a la práctica del referéndum para elegir a otro secretario permanente del Comité nacional, sino que, como ocurrió con su propia elección, un Pleno de regionales lo hubiese podido resolver sobre la marcha.

Marianet debió temer más la detención que el chantaje. Y se puso al servicio de nuestros enemigos. Debí ocurrir pocos días después de que me impulsara a la entrevista que tuve con el presidente del Tribunal Supremo.

Tuve la entrevista con Tarradellas. Procuré no tener que ir al palacio de la Generalidad, sino a su oficina de Industrias de Guerra. Como siempre, me recibió cordialmente. Entre él y yo existían afinidades y simpatía mutua. De él

no tenía yo todavía motivo de disgusto. El debía recordar que si había llegado tan pronto a primer consejero de la Generalidad, a mí me lo debía, por haber arruinado yo la carrera política de Juan Casanovas, designado *Conseller en cap* en la primera tentativa de incorporar el PSUC al gobierno catalán.

—¿Qué te trae por aquí? Espero que sean buenas noticias.

—Lo siento mucho, Tarradellas. No se trata de buenas noticias, sino de un disgusto muy grande. Y que espero resolver contigo. Tú sabes que Aurelio Fernández, ex consejero de tu gobierno, ha sido detenido y procesado y que está preso. Pudo haber huido, pero hubiese sido un acto vergonzoso por parte suya y humillante para el gobierno de la Generalidad. Es lamentable que a estas horas la Generalidad no esté roja de vergüenza. Porque ha sido Irujo, el actual ministro de Justicia de España, el que ha osado manchar la dignidad de un ex consejero de la Generalidad. Y ha sido por el asunto de los maristas, que fue tratado contigo y con el gobierno de la Generalidad. Acto que si tuvo un lamentable final, no se debió a culpa de Aurelio ni vuestra, por lo que resulta injusto y vergonzoso que solamente él esté preso.

—No salgo de mi asombro. Me hablas de asuntos que ignoro totalmente. Aquéllos eran tiempos del Comité de Milicias, único organismo que tenía autoridad en esa clase de asuntos. Yo, te lo repito, estoy en la más absoluta ignorancia.

—Tarradellas, no he venido a divagar. Y tengo una memoria muy feliz. Si Aurelio no sale en libertad en ocho días, el proceso que se le sigue tendrá que ampliarse a José Tarradellas y a alguno más. Porque estoy dispuesto a atestiguar que tú y Companys participasteis en la iniciativa de negociar la libertad de los maristas mediante el pago, por parte de ellos, de unos centenares de miles de francos franceses. Durante el traslado a la frontera fueron asesinados por una patrulla irresponsable.

—¿Y qué tengo que ver con todo eso?

—Recuerda, Tarradellas, que con ocasión de visitarte para pedirte cinco mil francos para asuntos externos del Comité de Milicias, estabas con Aurelio Fernández en tu oficina de la Generalidad. Al recibir mi pedido, encargaste a tu secretario, Martí Rouret, que te los diese. Al entregármelos, sonriendo y dirigiéndote a Aurelio y a mí, dijiste:

—Toma los cinco mil francos. Todavía están calientes, pues pertenecen al paquete de miles de francos que acaba de entregarme Aurelio, procedente del canje por la libertad de los maristas.

—Está bien, Juan. Tienes demasiada memoria. Te prometo que el gobierno de la Generalidad hará sobre el asunto de Aurelio Fernández.

En París, la oficina de la CNT creyó conveniente organizar un mitin monstruo, para lograr una suavización en la agria propaganda que se hacía contra los anarcosindicalistas españoles. La acida propaganda a que se referían los compañeros Mascarell, Roca y Gálvez no provenía de los derechistas, que sí los había en Francia y nos combatían acremente, sino que era realizada por los grupos y grupitos anarquistas, sindicalistas y anarcosindicalistas franceses que nos combatían despiadadamente por la colaboración gubernamental en Cataluña y en la zona republicana española. Únicamente el grupo de *Le Libéraire*, con Sebastián Faure, Lecoin, Odeón y algunos otros no nos combatía. No compartían plenamente nuestras posiciones. Las toleraban y eran correctos en sus comentarios.

El mitin, que había de efectuarse un día de finales de junio de 1937, lo estaban preparando para que tuviese lugar en el enorme local llamado *Vel d'Hiv*. Conmigo estaban anunciados Benito Pavón, David Antona y Federica Montseny.

El anarquismo en Francia no gozaba de mucho prestigio. El sindicalismo de ascendencia anárquica apenas era recordado. Antiguamente, el sindicalismo anarquizante fue mayoría en la CGT, la gran sindical de los franceses. Por intolerancia, los anarquistas individualistas perdieron el control de la gran organización sindical. Y ya nunca más lograron recuperarlo. En su fuero interno, muchos anarquistas franceses deseaban que los anarquistas españoles perdiesen también la gran influencia que teníamos entre los trabajadores a través de la CNT. Y no perdían oportunidad de atacarnos y zaherirnos.

Yo no les hubiese hecho caso. Siempre supe respetar a aquellas pequeñas minorías de beatos del anarquismo, que se dividían y subdividían hasta el infinito. Pero ante el próximo Congreso de la AIT que a fines de año tenía que celebrarse en París, se quiso hacer una previa labor de purificación del ambiente.

En tren llegué a París. Otros oradores llegaron después. El mitin fue un fracaso si se juzga por el número de asistentes. Por lo menos, visto con nuestros ojos, acostumbrados como estábamos a llenar las salas de los teatros y las plazas de toros. Al parecer de algunos compañeros franceses, fue un gran éxito.

David Antona y Benito Pavón, por hablar en español y tener que ser traducidos al francés, pasaron sin pena ni gloria. Algunos aplausos y pequeños abucheos. A Federica y a mí, que hablamos en francés —muy mal, por cierto—, intentaron apabullarnos con interrupciones injuriantes. No lo lograron, porque tanto ella como yo les pasamos la cuenta detallada de la carencia de ayuda internacional que habíamos experimentado desde la iniciación de la lucha en España. Porque no se trataba de ayudas materiales, ni siquiera de combatientes, sino de la carencia total de un vigoroso movimiento internacional de ayuda moral a la causa antifascista española, con mítines de solidaridad, manifestaciones de protesta, huelgas y paros en los puertos y en los transportes. Bien que mal, atacando duramente a quienes habían concurrido al mitin para perturbarlo, logramos ser escuchados.

¿Tan malos éramos? ¿Así de odiosos nos habíamos vuelto? Nos atacaban y nos injuriaban los profascistas. Nos atacaban y nos injuriaban los procomunistas. Nos combatían los amantes del régimen burgués. Y nos atacaban, injuriaban, vilipendiaban los integrantes de la gran variedad de grupúsculos anarquistas. ¿Quién nos defendía?

Estas fueron las palabras que pronuncié:

«Para comprender la situación actual del movimiento anarcosindicalista en España, así como la posición de la CNT, conviene trazar los rasgos generales de la historia de la CNT hasta el día de la sublevación militar fascista.

Antiguamente, España era un país sin movimiento político ni sindical; no existía ningún gran partido ni gran organización sindical obrera. La UGT no era más que un conjunto de pequeñas sociedades obreras de carácter estrictamente corporativo.

Fuera de la UGT existían otras pequeñas sociedades obreras diseminadas por toda España y más especialmente en Cataluña, influidas por los elementos anarquistas. En 1911 los anarquistas se decidieron a agrupar esas sociedades en una central nacional, naciendo así la CNT. Nuestra organización, que dirigió algunas grandes huelgas, no se afirmó realmente ante los trabajadores hasta 1914. En esa época, la situación de España permitió, tras una preparación revolucionaria, el desencadenamiento de un movimiento en el que tomaron parte la UGT, la CNT y los anarquistas.

España era una nación totalmente atrasada, que presentaba casi las características de las naciones africanas: la monarquía, aunque constitucional, gobernaba apoyándose en los militares y el alto clero ejercía un poder tiránico y embrutecedor sobre el pueblo. El ejército, a pesar de la debilidad de sus efectivos y de su

carencia de organización, tenía a su frente una camarilla de generales que rodeaba al rey y ejercía de hecho el poder.

Desafortunadamente, el advenimiento de la República a España puede considerarse como un primer paso hacia la dictadura fascista, diez veces más violenta que la dictadura de Primo de Rivera. Los políticos de la dictadura seguían en actividad bajo la República, detenían el impulso revolucionario de las masas. Ahora los encontramos en las filas de los fascistas. La República dejaba intacto el sistema de explotación interior, así como el aparato de coerción. La Justicia seguía estando al servicio exclusivo de un poder totalmente dominado por el clero, el cual conservaba todos sus privilegios y prerrogativas.

Fue entonces cuando la CNT comenzó una acción revolucionaria que tendía a la depuración de los cuadros administrativos; pero no quisieron comprendernos. Todo lo contrario, los dirigentes de la República, en lugar de eliminar a los elementos reaccionarios, se encarnizaron con la CNT; ahora hallamos también a gran parte de esos elementos en cuestión en las filas del fascismo. Los resultados de la táctica gubernamental fueron tales que, dos años más tarde, las derechas tomaban el poder. La sorpresa de los partidos de izquierda fue inmensa; pero no les incitó en lo más mínimo a emprender una lucha eficaz; sólo la CNT, una vez más, la emprendió, pero nadie le ayudó. Todo el mundo tiene aún presentes las dolorosas peripecias de esa lucha. La CNT se organizó para combatir en condiciones más favorables. Diez meses después, los partidos políticos se decidieron a entablar combate, y dondequiera que revistió un carácter revolucionario la CNT participó. Entonces ocurrió el drama de Asturias. Tras el fracaso del movimiento, la reacción fue más feroz que nunca, englobando a anarquistas y socialistas. A partir de entonces, los fascistas laboraron abiertamente en la realización de su plan de agresión y de dominación despótica, en tanto que el proletariado, tan duramente castigado, se despertaba cada día más a la conciencia de la lucha revolucionaria. La CNT era partidaria de un movimiento revolucionario entendido por todos los elementos que debían formar el frente popular; pero los dirigentes de esos elementos pensaban que el asunto se resolvería mediante una simple consulta electoral.

Los militantes de la CNT, cuya madurez política se iba afirmando, no comparían las ilusiones de los dirigentes políticos; aconsejaron a los obreros, votasen o no, prepararse para las luchas revolucionarias, pues habían advertido claramente que el futuro inmediato de España resultaría profundamente agitado. En efecto, fuera cual fuese el resultado de la consulta electoral, uno u otro partido debía alzarse contra la operación que le privaba del poder.

Nuestras previsiones se confirmaron punto por punto; el 17 de julio el fascismo se alzaba en armas. La emoción del proletariado fue indescriptible. El gobierno, que conocía todos los detalles de los preparativos fascistas, habría podido hacer abortar el plan; pero había dejado en sus puestos a todos los animadores del movimiento faccioso; error cuyas consecuencias cada vez resultan más dolorosas, pero error consciente, pues el gobierno republicano temía tanto el impulso revolucionario de las masas como los ataques facciosos.

Cobardía y vacilación, ésas son las características del gobierno democrático burgués; de tal estado de indecisión el fascismo supo aprovecharse, pues nunca topó con una resistencia seria en su marcha resuelta hacia la realización de sus fines.

Los días 17, 18 y 19 de julio, las masas alertadas pidieron en vano a los gobernadores civiles armas con que oponerse al avance del fascismo, pero no pudieron obtener ni el menor revólver. En cambio, la mayoría de esos gobernadores ayudó abiertamente a los facciosos, lo que explica el gran número de provincias caídas en su poder.

La Generalidad de Cataluña actuó de la misma forma; en un cuarto de hora, los militares dominaron la ciudad; pero la CNT organizaba la lucha; todos los militantes responsables, los comités sindicales, estaban al frente del proletariado en un combate en el que el valor debía vencer al material. La lucha duró tres días y finalizó con la victoria del proletariado. Más de 500 militantes hallarían la muerte en esa acción, más de mil estaban heridos, pero el poder militar había sido finalmente destruido.

Esta victoria de Barcelona fue tan decisiva que, por repercusión, veinticuatro horas más tarde sucumbían igualmente las guarniciones militares de las otras provincias catalanas: Tarragona, Lérida y Gerona.

La CNT envió inmediatamente material a Valencia para apresurar el aplastamiento de los facciosos que aún resistían; al mismo tiempo, organizaba las columnas que debían tratar de liberar Aragón. Envío igualmente sus milicias a Andalucía y prestó ayuda a los socialistas de Madrid y Asturias. Hasta entonces, la CNT no había colaborado ni en el gobierno de la Generalidad ni en el gobierno central. Pero los pueblos contemplaban pasivamente los acontecimientos de España. Estábamos solos en la lucha a pesar de que el pueblo español, por sus formaciones políticas frentepopulistas, estuviese aliado con las fuerzas similares, estatales o políticas del mundo. Debimos crear y organizar nuestras industrias de guerra; debimos transformar nuestras factorías metalúrgicas y químicas en fábricas de material bélico, pero a pesar de todos nuestros esfuerzos, la fabricación de armas resultaba lenta e insuficiente. Las reservas de los primeros días pronto se agotaron; llegó un momento en que ya no quedaba ni un cartucho, ni un grano de pólvora, y la burguesía internacional se negaba a proporcionárnoslo. Fue un momento trágico; tuvimos que dar la impresión de que no eran los comités revolucionarios quienes mandaban, sino el gobierno legal; sin esa impresión no hubiésemos recibido nada y el fascismo hubiese triunfado; el pueblo habría sido aplastado; decenas y decenas de miles de militantes hubiesen sido asesinados. La situación era tal que, aun habiendo instaurado el comunismo libertario, habríamos sido vencidos únicamente gracias al cierre de las fronteras. Guipúzcoa, provincia vasca, se perdió simplemente porque no teníamos cartuchos.

Entretanto el enemigo recibía cantidades fantásticas de material bélico; cañones, fusiles, ametralladoras, aviones, le eran proporcionados por Alemania e Italia.

El enemigo nos atacaba con una técnica militar impresionante.

Para resistir a esa avalancha debíamos adaptarnos a las circunstancias inexorables del momento, es decir, aceptar la colaboración gubernamental y caminar rápidamente hacia la normalización de la vida de nuestro país.

En tales condiciones, fuimos llamados a participar en el gobierno de la Generalidad de Cataluña y en el gobierno central. Dado que la CNT representaba una fuerza mayoritaria en el frente antifascista, nuestra actitud tuvo felices repercusiones en el país. Sin la colaboración de la CNT no se hubiese podido llegar a la creación de una fuerza revolucionaria, ejército totalmente indispensable para el triunfo del antifascismo. El pueblo armado puede ganar la revolución, pero perderá la guerra y la revolución si el enemigo a que se enfrenta combate con elementos superiores y provistos de un conocimiento más profundo de la técnica de la guerra.

Nosotros estábamos completamente desprovistos de todo ello; no poseíamos ni cuerpos de ejército ni transportes de guerra ni cuerpo sanitario. Nuestras fuerzas, sin preparación previa, no podían resistir a la aviación enemiga, a sus tanques. Y así vimos a nuestros milicianos, cuyo valor no amenguaba ni por un instante, retroceder, kilómetro a kilómetro, llegando hasta las puertas de Madrid.

Con nuestra colaboración en el gobierno pudimos evitar la derrota total, creando una fuerza popular potentemente organizada y presta a la ofensiva.

Pudimos así normalizar la vida económica del país, en la medida de lo posible en una nación en guerra y en revolución.

De improviso, los partidos se manifestaron contrarios a la ingerencia sindical en el gobierno español. Hicieron todo lo posible para alejarnos del gobierno porque se daban cuenta de que no sólo colaborábamos eficazmente en la lucha contra el fascismo, sino que, sobre todo, trabajábamos en la consolidación de las conquistas económicas y sociales del proletariado.

Tuvimos que abandonar las carteras ministeriales. Una vez más, la CNT se encontraba ante el dilema: o lanzarse a un movimiento totalitario o hacer un esfuerzo supremo para instaurar una democracia avanzadísima.

También en Cataluña nuestros compañeros se hallaron en idéntica situación cuando, en respuesta a la provocación de los elementos políticos, en mayo, se lanzaron a una lucha de resistencia, debieron decidirse a favor o en contra de un movimiento totalitario.

Está claro que si hubiésemos querido, ese movimiento de defensa se habría

transformado en movimiento puramente libertario. Sí, pero tal cosa habría ocasionado dos problemas de enorme gravedad:

1. La propagación del movimiento al resto de la España antifascista.
2. La lucha en las trincheras entre los diferentes sectores antifascistas.

Sin duda que los facciosos habrían aprovechado las circunstancias para romper todas las líneas de resistencia.

En el caso de que el comunismo libertario hubiese triunfado, hubiese sido aplastado en poco tiempo por la intervención de las potencias capitalistas y democráticas.

La CNT, expresión mayoritaria de las masas populares españolas, se transformaba en instrumento gubernamental, renunciando deliberada y provisionalmente a sus ideas fundamentales, a fin de no traicionar la responsabilidad histórica que le incumbía y porque le era imposible recurrir a la dictadura.

El futuro de España se presenta, pues, bajo los mejores auspicios si fuerzas superiores a nuestra voluntad no nos detienen en el camino.

La CNT y la UGT representan positivamente la totalidad de las fuerzas obreras y serán los cimientos de la nueva democracia obrera.

La CNT y la UGT están equidistantes de todos los partidos políticos, los cuales tienden a su desaparición.

Las dos centrales sindicales exigen, pues, el lugar que les corresponde en la dirección del país, fuera de toda dictadura, para luchar primero contra el fascismo, y establecer después una democracia obrera en la que cada cual tendrá derecho a expresar sus opiniones y podrá exigir un lugar en la vida económica y política del país.

Creemos interpretar así el anarquismo en su más pura esencia.

En tanto que anarquistas, siempre hemos preferido combatir en el seno de una democracia burguesa a hacerlo bajo un gobierno dictatorial o totalitario.

Por consiguiente, lo que importa es hacer evolucionar la concepción de la democracia y convertirla en una realidad viva, cosa que nunca ha sido.

No tenemos la menor duda de que llegará el día en que podamos realizar todo nuestro ideal. ¿Pero cuándo? Cuando nuestras ideas hayan penetrado totalmente en las masas populares y se impongan por sí mismas.»'

Pasamos cuatro o cinco días en París. Nadie nos invitó a una comida ni a tomar un café. ¡Gracias, muchas gracias! ¿Les faltamos o les sobramos a Bakunin, Stirner, Kropotkin, Malatesta? ¡Pobre de mí, que en mi irreverencia hacia los barbudos, decía que teníamos que afeitarnos y ponerlos al día!

¿Fue al día siguiente del mitin en el *Vel d'Hiv*? Creo que sí. Cuando llegué a la oficina de la CNT me encontré a Mascarell y Roca en conversación con unos italianos. Me los presentaron. Uno de ellos era líder del Partido Socialista italiano en el exilio; se llamaba Nenni. Vinieron a invitar a la delegación de la CNT, y especialmente a mí, a asistir a los funerales y sepelios de los hermanos Rosselli, asesinados el día anterior, al parecer víctimas de los pistoleros de Mussolini.

Me quedé atónito. Conocí a Carlos Rosselli en el frente de Huesca, donde mandaba una pequeña formación de voluntarios italianos, casi todos compañeros suyos del movimiento *Justicia y Libertad*, no precisamente anarquista, sino partidarios de un socialismo no marxista, libertario.

Nos dijeron que las honras fúnebres se celebrarían en una sala de la Casa de los Sindicatos, en la rué Grange-Aux-Belles, que yo conocía muy bien de mis tiempos de bohemia revolucionaria. Me invitaban a tomar la palabra en un pequeño acto de homenaje postumo que se efectuaría en el cementerio, después de ser enterrados los dos hermanos.

1. [NDE], Traducción de *La CNT devant le peuple de Paris*, La CNT parle au monde, Valencia-París, 1937.

Asistí a las honras fúnebres en una sala muy sencilla de la Casa de los Sindicatos. Banderas. Grandes banderas de un rosa intenso. No eran banderas rojas. Eran rosas, de un rosa pálidamente matizado de azul. En el suelo, sobre un entarimado de madera, dos ataúdes sencillos, uno junto a otro. Sentada en una silla, erectos el torso y la cabeza, vestida de negro, cabello de oro que remataba una cabeza de perfectas líneas griegas, con blancura rosada la parte de su cara que quedaba al descubierto, sin una lágrima en los ojos que tenía fijos en el ataúd de su compañero. Era la viuda de Carlos Rosselli, vilmente asesinado... ¡Que cien muertes tienen los héroes!

«Los Camborios»

A los días sucedían los meses. En Cataluña, a partir de hacerse cargo el gobierno central, presidido por Juan Negrín, del orden público, con dominio sobre todas las fuerzas armadas de Seguridad interior y la dirección de la guerra, que con el Comité de Milicias, primero, y después con la Consejería de Defensa, habían sido desprendidas del gobierno español, el interés por la marcha de la guerra estaba decayendo enormemente. A la pérdida de la gestión directa de asuntos tan vitales correspondía un lento y persistente decaer del entusiasmo popular. Ni siquiera interesaba la revolución que prometían los comunistas para después de ganar la guerra. A decir verdad, aquella revolución tan largamente pospuesta no había interesado nunca. Los que ingresaban en el Partido Comunista o en el PSUC no lo hacían en espera de la revolución, sino en busca de una impunidad por sus pasadas o presentes actividades filofascistas.

Lo que sí interesaban eran las lentejas. Que las lentejas fuesen de buena calidad, he ahí la cuestión, tan importante en las filosofías de las colas que formaban las amas de casa. ¡Lentejas! ¿De dónde las sacaban? ¿Quién había comido antes lentejas en Cataluña? Todavía en Madrid, sí que las comían, donde se las conocía por «las cien mil vírgenes». En Cataluña, durante la guerra, llegó a conocerse por las «pildoras del doctor Negrín».

Había platos de la comida diaria de tiempos de paz que habían desaparecido por completo. Ni arroz a la cazuela con patatas y bacalao. Ni alubias aliñadas con aceite. Ni la *escudella* catalana, cocido en olla con butifarra, hueso de puerco, tocino, garbanzos, arroz y fideos. Nada. Solamente lentejas. Y gracias, pues como decían las gentes en su eterno ironismo: «si las quieres las comes, y si no las dejas».

Y a Negrín, ¿quién lo conocía? ¿De dónde lo sacaron los socialistas, que tan ágilmente logró trepar a la cima? Sus corifeos propagaban su biografía: era un médico muy eminente. Doctor en histología. Al llegar a tan rara denominación, se callaban, en espera del efecto que sin duda había de producir.

¿Quién sabía entonces lo que quería decir histología? Estábamos bien apañados con el famoso doctor. Según sus declaraciones, vivíamos en el mejor de los mundos. Los asuntos de la guerra marchaban muy bien desde que se había hecho cargo del gobierno. Si bien acabábamos de perder todo el norte, ello carecía de importancia. Para él, seguramente lo peor era que Franco no se dejaba envolver en su suave labia de canario. A cada salida de las negociaciones fracasadas, Negrín ordenaba que los órganos publicitarios redoblasen su sempiterna consigna de ¡Resistir!

Y era de ver cómo disminuían las raciones de lentejas. Honda inquietud era la que se respiraba. Si una revolución hubiese podido levantar otros horizontes, sí se habría producido otra gran revolución, pero no de barricadas,

como la de mayo de 1937, sino de asaltos a todos los órganos del poder, los oficiales y los oficiosos. Porque los órganos oficiosos, como las sedes centrales, regionales y locales de los partidos representados en los gobiernos de la Generalidad y del Estado, eran contemplados con igual abominación. Igual ira se estaba formando en el seno de las multitudes con respecto a los centros de dirección de las centrales sindicales CNT y UGT, esta última mucho peor conceptuada que la primera.

De hecho, la UGT estaba dividida. La fracción de Largo Caballero, minoritaria, contando con Pascual Tomás y Hernández Zancajo, y la mayoritaria con González Peña y Rodríguez Vega. Una entente nada cordial, resultado de la gestión personal de León Jouhaux, que fue a Valencia para zanjar aquella división, escándalo de la Segunda Internacional. Como suele ocurrir en tales situaciones, Jouhaux se inclinó por la fracción mayoritaria de González Peña y Rodríguez Vega, quienes quedaron de presidente y secretario de organización, respectivamente, mientras que los caballeristas Pascual Tomás y Hernández Zancajo quedaban reducidos a los papeles de vocales. Largo Caballero, el líder de la UGT, que la dirigiera durante más de veinte años, fue excluido de la Directiva.

Entre la gente de la calle, aquella decisión, a todas luces injusta, producía gran descontento. Considerábase —y lo era— a la UGT de aquellos momentos como un apéndice del doctor Negrín, cuya impopularidad crecía por momentos.

Daba asco pertenecer al mundo del antifascismo de entonces. La CNT, que se había mantenido al margen de la acción gubernamental del equipo de Negrín, había conservado casi intacta la simpatía popular. Sin embargo, a medida que Marianet, con el consejo de Horacio Prieto, ya incorporado como consejero suyo, forzaba al Comité nacional a una aproximación a la UGT de aquellos momentos, negrinista, insensiblemente, pero de manera continuada, entrábamos en la tupida niebla de la murmuración y el derrotismo.

La entrega se hizo con disimulo hacia las directrices comunistas. En Cataluña primero, y después en la España republicana, los adelantados de la zalema hacia Moscú fueron las Juventudes Libertarias. Fidel Miró en Cataluña y Serafín Aliaga en la España republicana.

Las Juventudes Libertarias no estaban controladas en sus actividades por la CNT ni la FAI. En cambio, las Juventudes intervenían en la vida de la Organización sindical y de la específica con delegados permanentes en los Comités regionales, nacional y peninsular. La CNT y la FAI no podían adoptar ningún acuerdo sin que se enterase y estuviese conforme el delegado de las Juventudes. Práctica viciosa e irresponsable.

Las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña invitaron a las Juventudes Libertarias de Cataluña a suscribir un pacto que entrañaba la constitución de un Comité de enlace, con dos delegados de cada agrupación juvenil, más la aprobación de nueve bases, cada una de las cuales era expresión fiel de las sandeces que en todo el mundo escriben los comunistas, jóvenes o ancianos, lo mismo si se trata de ganar una guerra que si hay que ir a tomarse una horchata.

Sin embargo, no tiene desperdicio la Base 4 aprobada y que —¡Salve, padrecito Stalin, tus cachorros te saludan!— dice inocentemente: «Entendemos que la juventud debe adquirir, para la lucha eficaz contra el fascismo, una preparación tecnicomilitar que no tiene, aceptando plenamente la creación de escuelas de preparación tecnicomilitar *en los pueblos y barriadas*».¹

Y firman: Por el Comité ejecutivo de las JSU de Cataluña, Martí Salvat,

1. [NDE]. Subrayado del autor.

José Pérez y Tomás González. Por el Comité regional de Juventudes Libertarias de Cataluña, Alfredo Martínez, Fidel Miró y Juan Francisco Aso. Barcelona, 17 de noviembre de 1936.

Por las mismas fechas se firmaban unas Bases del Frente de la Juventud Revolucionaria. Venía a ser la misma cosa, sólo que dicho con potentes altavoces, con participación de entidades que ni existían y firmas totalmente desconocidas. Nuestras Juventudes Libertarias venían siendo, en números redondos, las tres cuartas partes de la juventud activa catalana. El que los documentos no hubiesen sido redactados por los jóvenes libertarios y que sus firmas apareciesen al final y después de todos los demás, nos dice claramente quiénes eran los dirigentes: los comunistas. Y quienes los dirigidos: las Juventudes Libertarias.

Las Bases del Frente Revolucionario eran diez. La Base 5, entre otras sanciones, concluía así: «Este Frente de la Juventud Revolucionaria, luchará por la depuración de la Escuela Popular de Guerra y porque tengan prioridad de ingreso en ésta las juventudes combatientes».

Después de su latoso articulado, que machaconamente exponía las consignas comunistas de aquellos tiempos, venían las firmas y los sellos: Por el Frente de las Juventudes Revolucionarias, Juventudes Sindicalistas, Federació d'Estudiants Comunistes, Unió de Joventuts Cooperativistes, Joventut Comunista Ibérica, Sección Juvenil de Mujeres Libres, Federación de Estudiantes de Ciencias Libres, Estudiantes de la CNT, Juventudes Libertarias de Cataluña.

Con los convincentes argumentos de esos jóvenes servidores de los comunistas estalinistas, las Escuelas de Guerra fueron disueltas al salir del gobierno los ministros de la CNT. No se creó ninguna escuela tecnicomilitar en los pueblos y barriadas. Esas eran tonterías para despistar a los jóvenes libertarios. El Partido Comunista exigió la disolución de las Escuelas populares de Guerra, por no interesarle que el ingreso a las mismas fuese democráticamente distribuido entre todos los sectores antifascistas, porque, con ello, los comunistas no podrían nunca realizar el copo de los mandos militares en el ejército. Por lo que idearon una excelente manera de realizarlo, contando con la complicidad del ministro de Defensa nacional, Indalecio Prieto. Las Escuelas de Guerra fueron sustituidas por unos llamados cursos de capacitación en las unidades militares de los frentes. De dicha manera, tenida cuenta que la mayoría de las unidades militares tenían mando comunista o cripto-comunista, solamente salían promovidos oficiales los asistentes a tales cursos de capacitación que fuesen portadores del carnet del partido comunista.

El contenido de la conferencia que pronuncié a primeros de enero de 1937 en el teatro Coliseo de Barcelona, organizada por la Comisión de Propaganda CNT-FAI de Cataluña, se refería a la urgencia de que la CNT y la UGT —todavía no escindida ésta— se pusiesen de acuerdo para ir a una resolución revolucionaria y posibilista de los problemas económicos del país, que hasta aquel momento solamente tenían un planteamiento provisional y de un porvenir inseguro. Expliqué detenidamente la importancia de legalizar debidamente los resultados a que habían llegado las dos centrales sindicales, de manera que se aprovechara la coyuntura de un gobierno con mayoría de ministros procedentes de la CNT y de la UGT. Urgía ponernos de acuerdo y legalizar lo que pudiese ser nacionalizado, lo que pudiese ser municipalizado y lo que debía ser colectivizado.

Era obvio —explicaba yo— que, puestas de acuerdo la CNT y la UGT en dichos asuntos, se debería ir a la elaboración de un Código de Leyes sobre Colectivizaciones, Municipalizaciones y Nacionalizaciones. Para ello, solamente

haría falta que una Comisión mixta CNT-UGT se uniese a trabajar con la Comisión asesora jurídica del Ministerio de Justicia. En menos de dos meses podríamos tener un Código provisional de Legislación revolucionaria, apto para ser aprobado por el Consejo de ministros y ratificado *a posteriori* por el Parlamento. A la terminación de la guerra, y a la vista de su eficacia, podríamos ver de ensanchar o de reducir el alcance de cada una de las leyes codificadas.

Mi llamamiento a la CNT y a la UGT cayó en el vacío. No se vio que diese ningún resultado. Peiró, que como ministro de Industria debió sentirse interesado, se hizo el sordo. Juan López, y con él su Director general de Comercio, Horacio Prieto, por la naturaleza de su ministerio, debieron aprovechar la oportunidad para salir también a la calle y vaciar su cerebro en aquella campaña. El Comité nacional de la CNT, con Marianet a la cabeza, era un Comité sin cabeza. Y no digamos la UGT, ya entonces sumida en sus luchas intestinas, sin matices ideológicos y sobrada de rivalidades personales.

De pronto, cuando a la gente de la calle le dio por razonar sobre las lentejas y la carencia de habichuelas, arroz y garbanzos, asociándolo todo a la salida del oro de España, Negrín, muy zorro, empujó a González Peña, presidente de la UGT, y a Rodríguez Vega, secretario de Organización, a que viesan de entretener a la gente de la calle, siquiera fuese poniendo de actualidad aquellas ideas que yo expusiera *en* aquella conferencia sobre colectivización, municipalización y nacionalización de la riqueza nacional, y que tanta polvarada levantó entre algunos ministros cuando la pronuncié. A ver si de esa manera las gentes se interesaban por algo más que por las lentejas.

Pero en el Comité nacional de la CNT seстеaban. En Valencia, todavía se vivía bien. De vez en cuando se presentaba la posibilidad de comer una buena paella. No serían Marianet y Horacio Prieto los que tomasen la iniciativa. Si yo hablé de urgencia sindical por resolver legalmente los grandes problemas de colectivización, municipalización y nacionalización —se dijeron—, «no dejaba de ser una de las muchas cosas que se le ocurrían a aquel compañero». De una vez por todas deseaban que los dejase tranquilos, y evadirse cuanto antes de mis insoportables iniciativas.

Con las Juventudes Libertarias nos ocurría algo inusitado. Los jóvenes libertarios, los que un día llamé «aguiluchos», eran lo mejor que uno pudiese desear. Ellos y ellas. Jóvenes entusiastas, sanos de espíritu y de cuerpo, abnegados y prestos al sacrificio. Pero tuvieron que darse una plana mayor burocrática y designar a líderes. En general, los líderes les resultaron pedantes y deseosos del halago. No sirvieron para gran cosa en el proceso de una revolución libertaria, o fueron arcilla maleable en manos de los comunistas.

Con la CNT ocurría lo mismo. En la base de los Sindicatos, solera de militantes, se encontraban todas las virtudes. De allí partían los integrantes de los delegados de taller y obra, de los comités de fábrica y empresa, de los comités de sección; también de los comités de sindicato. A veces, para los Comités locales y comarcales y, si las circunstancias eran duras, para los Comités regionales. Raramente para los Comités nacionales. Extrañas características las de la Confederación Nacional del Trabajo. Cuanto más altos eran los Comités, más bajo era el contenido de los militantes que los componían y en menos estima se tenían aquellos cargos. ¿Podría alguien creer que por regla general se ignorase hasta los nombres de los delegados que nos representaban en la AIT?

Negrín empujó a González Peña. Este empujó a Rodríguez Vega. Y la UGT tañó la campana de la colaboración y del entendimiento sindical con la CNT.

Con fecha 6 de febrero de 1938, la Unión General de Trabajadores presentó las siguientes Bases para la discusión de un programa de acción con la Confederación Nacional del Trabajo: «Ejército; Industria; Industrias de Guerra; Consejos nacionales de industria y Consejo Superior de Economía; Capacitación profesional; Municipalización de Servicios; Intensificación de la producción agrícola; Cooperativas y Colectividades en el campo; Salarios, Precios y Abastecimiento; Control obrero; Legislación social».

Fue fuerte el campanazo dado en la secretaría del Comité nacional de la CNT. Eran muchos los problemas que proponían tratar los de la Directiva de la UGT. Y en el Comité nacional no existía nada preparado ni estudiado.

Por entonces, el Comité nacional de la CNT ya no se encontraba en Valencia. Su sede había sido trasladada a Barcelona, por haber pasado a la ciudad condal la residencia del gobierno central.

Marianet, al recibir la comunicación de la UGT, vino a verme a la oficinita que yo tenía en el Comité regional, como miembro de su CAP. Me dio a leer la propuesta de Bases de la UGT. Me confesó que temía hacer el ridículo ante los de la UGT, pues nada tenía el Comité nacional para dar una respuesta adecuada. Deseaba que yo pasase a ser asesor del Comité nacional. Me negué, diciéndole que mis planes eran otros.

—¿Tus planes? ¿Y cuáles son tus planes ahora?

—Mis planes de ahora son «Los Camborios».

—¿Qué es eso?

—Ahora no te lo puedo decir. Acaso más adelante.

•—¿Y por qué no me dices lo que podemos contestar a los de la UGT?

—Píde a la Oficina de Propaganda CNT-FAI el folleto de mi conferencia del Teatro Coliseo. En ella encarezco a la CNT y a la UGT un acuerdo urgente para llevar a cabo la colectivización, la municipalización y la nacionalización de todas las fuentes de riqueza nacional, y legalizarlas inmediatamente. Con el contenido de la conferencia y algunas generalizaciones más podréis presentar unas directrices para la discusión con la UGT.

Con fecha 12 de febrero de 1938, y con la firma de M. R. Vázquez, secretario del Comité nacional de la CNT, fue publicada, tras haber sido entregado el original, la «Respuesta a las Bases para discusión de un programa de acción con la Unión General de Trabajadores». Decía: «Defensa nacional; Economía; Nacionalización; Colectivizaciones; Municipalización; Comercio; Acción social; Palabras finales».

Nuevamente recibí la visita de Marianet. Esta vez fue en mi casa, pues quería departir largamente conmigo. Deseaba conocer mis puntos de vista sobre la obra realizada por el Pleno nacional económico ampliado, que empezó el 15 de enero de 1938. Me dijo que le habían informado de haberme visto durante una sesión del Pleno y que todos esperaban mi intervención, cosa que no ocurrió. Intrigado por mi presencia en Valencia, y que ésta no tuviese por objeto las tareas del Pleno, pensando que a lo mejor había ido yo por algún motivo político, me preguntó:

—Si no fuiste a Valencia para estar presente en el Pleno ampliado, ¿a qué fuiste?

—A algo relacionado con los Camborios.

—¿Se puede saber de qué se trata?

—Todavía no.

—No importa. Ya sé de qué se trata. También puedo informarme cuando quiero. Por bello que sea tu plan, ¿no crees que serías más útil aquí? Por ejemplo, ¿qué opinión tienes del Pleno económico ampliado?

—Fue una lamentable pérdida de tiempo y dinero. Una buena plataforma de exhibición para Mariano Cardona Rossell y Horacio Prieto. Nada de

lo que se habló y acordó llegará a tener aplicación, así que no podremos tener jamás las pruebas de si fue o no práctico el tal Pleno.

•—¿En qué ha consistido el fallo?

—En falta de concreción. En exceso de pequeños asuntos. En hacer de la palabra una especie de opio adormecedor. Suponiendo que la guerra se pierda, por falta de haber legislado sobre realizaciones sociales, no dejaremos ni recuerdo de nuestro paso. Los que se opusieron a ir a por el todo debieron aportar soluciones intermedias entre el principio burgués de que se partía y la expresión máxima de una revolución social moderna y original; convertir la organización sindical obrera en organización pluralista de la sociedad.

—Y la solución intermedia a que te refieres, ¿cuál podría ser?

—La que propugné en mi conferencia del Teatro Coliseo: nacionalización, municipalización y colectivización de todas las fuentes de riquezas.

—Lo hemos comentado. Y todos se sorprenden de que puedas pasar tan ágilmente de la propuesta de ir a por el todo, maximalismo a más no poder, a esa posición intermedia, que se conceptúa reformista.

—Justo. Esa es la palabra adecuada. Reformismo con un plan a realizar. Ser revolucionario auténtico es ser, inevitablemente, un reformista. La revolución no es nunca una innovación, sino una permanente reforma.

—No se refieren a esa interpretación elevada del reformismo.

—Lo supongo. Se refieren al otro reformismo. Acaso tengan razón. Pero si alguien posee la solución para salir del pozo en que hemos caído, le agradecería que me diese un cabo de la cuerda con que poder salir de él. ¡Marianet, esto apesta!

—Si te vas con los Camborios, ¿qué hemos de hacer?

—Apremia a la UGT a un acuerdo sobre un pequeño Código de leyes que afirmen, definan y legalicen las colectivizaciones, las municipalizaciones y las nacionalizaciones. En seis meses debería estar listo y aprobado el Código de leyes sociales.

—¿Y los acuerdos del Pleno económico ampliado?

—No sirven para nada. ¡Quema todos los papeles y acuerdos del Pleno económico ampliado! Organizar eficientemente es tener pocas ideas y capacidad y tenacidad para llevarlas a cabo.

El mes de marzo de 1938 fue de intensa actividad politicosindical. La CNT y la UGT firmaron e hicieron públicos sendos documentos. En general, se trataba de patentizar el respaldo que daban al gobierno Negrín las fuerzas organizadas de la CNT y la UGT. La UGT recibía los beneficios de esa actividad francamente negrinista y comunistoide. En el gobierno de Negrín, el PSOE, que tradicionalmente representaba a la UGT, tenía la mayoría de los ministerios esenciales. El resto los usufructuaban los comunistas, que desempeñaban el papel del poder tras el trono. Los republicanos burgueses estaban en el gobierno a título de figurantes.

La CNT firmaba todos los Programas o Bases de Unidad de acción sindical que le eran presentados por la Directiva de la UGT. Y fueron muchos.

Con fecha de 13 de marzo de 1938 apareció firmado un «Programa de Unidad de Acción entre la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo». El enunciado de tal Programa iba rematado por un manifiesto público de glosa del Pacto de Unidad entre la UGT y la CNT. Después venía el consabido: «¡Viva la unidad de la clase trabajadora! ¡Abajo el fascismo! ¡Por la libertad de España! Los firmantes del Pacto eran muchos. Por la CNT: Mariano R. Vázquez, secretario general; Galo Diez, vicesecretario; Isidro Lana, tesorero; Mariano Estrada, contador; Macario Royo, Pedro Sánchez, Valerio Laborda, Rafael Iñigo, Manuel López, Horacio M. Prieto,

Manuel Báez, Delio Alvarez, Juan Rueda Ortiz, Federica Montseny, J. Campaña, Serafín Aliaga, José Consuegra y Juan Arnalda. Por la UGT: Rafael González Peña, presidente; José Rodríguez Vega, secretario general; Amaro del Rosal, secretario adjunto; Felipe Pretel, tesorero; Antonio Genova, Daniel Anguiano, Antonio Pérez, Ezequiel D. Ureña, César G. Lombardía, Claudina García, Carlos Hernández Zancajo, Pascual Tomás, José Díaz Alor y Ricardo Zalza.

Nunca se había visto manifiesto o pacto con tantas firmas aportadas por las partes contratantes. Podría decirse que estaban todos los componentes y agregados de ambos Comités. Con tal profusión de firmas, algo se quería cubrir. Más que un «doy fe», era una espesa cortina de humo.

Normativamente, la CNT nunca se desarrolló como la UGT. Esta era organización de principios unitarios. Aquella tenía principios federalistas. En la UGT, la Comisión ejecutiva, una vez elegida, era reina y señora y sus órdenes eran acatadas desde el centro a la periferia. Por el contrario, en la CNT todo iba de la periferia al centro. Nunca se pudo saber con exactitud dónde empezaba la autoridad del Comité nacional ni cuáles eran sus limitaciones. Para ser exactos, el Comité nacional carecía de autoridad hasta haberse expresado la opinión y la voluntad de todos sus miembros, contra la opinión de los cuales nunca podía aquél manifestarse. En realidad, el Comité nacional, para poder actuar en asuntos de soberanía, como eran la firma de pactos nacionales, solamente podía hacerlo asistido por los Comités regionales o sus delegados provistos de autorización taxativa.

Cuando los firmantes de los pactos se conducen a la manera típica de la UGT, en que los nombres de los firmantes aparecen como si hubiesen sido colocados a voleo, la autoridad de la Ejecutiva de la UGT no queda en entredicho. En cambio, el que los representantes de la CNT firmen por sí mismos y no por las Regionales que representan, significa vulnerar las normas confederales. Y no representan a nadie.

Entre los firmantes de la UGT, los tres últimos, relegados como si estuviesen apestados, son la triste expresión de la tendencia caballerista. El que aparecen al final y en bloque es prueba de que la escisión está en pie.

Por un mismo orden de consideraciones, pero a la inversa, podemos decir que la manera amontonada en que aparecen las firmas de los sedicentes representantes de la CNT encubre una honda división que acababa de producirse en la ciclópea Confederación Nacional del Trabajo, conjunto de Confederaciones regionales, autónomas e independientes: el Comité de la Confederación regional del Trabajo de Cataluña acababa de romper sus relaciones con el Comité nacional y había retirado sus delegados en el mismo. Lo que explica que para ocultar la ausencia de Cataluña los demás firmantes aparezcan sin representación.

¿Motivos? Disconformidad total con el gobierno Negrín, discrepancia total con la conducta pronegrinista del Comité nacional.

El Comité nacional no podía, con arreglo a las normas federalistas de la CNT, firmar pactos y compromisos de trascendencia de la manera expedita en que lo hacía la UGT. El propio secretario general estaba en entredicho por dos motivos graves: Primero, llevaba más de un año ocupando un cargo retribuido, y según acuerdo de Congreso, en vigor, solamente podían tener la duración de un año los cargos retribuidos. Segundo, en su elección se sentó el precedente de sustituir al secretario anterior, Horacio M. Prieto, por haber abandonado la ciudad sede del Comité nacional —Madrid—, sin autorización de un Pleno nacional de Regionales. El había pasado de Valencia a Barcelona cuando se trasladó el gobierno Negrín, y en este caso existían menos disculpas que las apreciadas a propósito de Horacio M. Prieto por el Comité re-

gional del Centro: de seguir Horacio al gobierno, eran cuatro los ministros federales que formaban parte de éste, mientras que el traslado del Comité nacional a Barcelona, por haber pasado allí el gobierno, por no tener ministros cenetistas, parecía una actitud de ramplona sumisión a Negrín.

De los dieciocho firmantes de la CNT, ninguno representaba a la Regional de Cataluña. Una firma, la de Federica Montseny, es la correspondiente al Comité peninsular de la FAI, y otras seis firmas, las de Sánchez, Iñigo, López, Rueda Ortiz, Aliaga y Consuegra, son del Comité peninsular de la FUL.

Arrancadas que fueron las firmas de quienes se atribuyeron la representación de la CNT, y lanzados ya a la opinión pública los manifiestos y los programas para que se pudieran entretener los Comités de enlace de las dos centrales sindicales, todo pasó al olvido. De los pactos y bases firmados quedaron en pie las consignas de robustecimiento de la autoridad del gobierno, del mantenimiento y ampliación del Comisariado en el ejército, para facilitar la labor absorbente de los comunistas. Y alguna otra bagatela más. Nada se hizo sobre la definición, regularización y legalización de las colectivizaciones, municipalizaciones y nacionalizaciones. Una vez más, la revolución quedaba en palabras.

No obstante, quedaba en pie el reto al negrínismo que lanzara la Regional de Cataluña, al romper sus relaciones con el Comité nacional de la CNT. En su día, aquella ruptura tendría que ser tratada por el Pleno de la Organización.

Y, entretanto, ¿por qué no entrar de lleno en el asunto que tanto intrigó a Marianet, el asunto de los Cambónos?

Para empezar, el nombre era un homenaje a un personaje bronco de García Lorca. Era como un pedazo del subconsciente de cada andaluz serrano. La forma como se presentaron los acontecimientos en Andalucía no permitió al andaluz representar un papel lucido.

Cuando Juanito Arcas, jinete de serranía, me decía: «Tú verás, Juan, tú verás», no se refería a lo que yo quería saber sobre la preparación para hacer frente a un alzamiento de los militares. En tanto que yo, realista, me esforzaba por llamar a la realidad a los compañeros andaluces, Juanito Arcas, con los ojos entornados, mirando en dirección de la sierra, me replicaba muy convencido: «Tú verás, Juan, tú verás».

Andalucía y parte de Extremadura son porciones de España que la España de más al norte nunca entendió.

Los compañeros andaluces no eran aptos para el tipo de lucha que habíamos concebido en el Comité de Defensa Confederal de Cataluña. Ignorantes nosotros —y el primer ignorante yo—, nos empeñamos en hacer de aquellos compañeros un conjunto armónico de organización paramilitar, a la manera de nuestros Cuadros de Defensa confederal.

Estábamos equivocados. Pero ni ellos mismos podían razonar sobre nuestro error. La mayor parte de los miembros del Comité regional de Andalucía y Extremadura apenas si conocían más allá del barrio de Triana, en Sevilla. Hasta el secretario del Comité regional desconocía la manera íntima de ser de las gentes de Andalucía; dicho compañero, Rafael Peña, era portugués.

Debimos saber más de Andalucía. Debimos saber cómo salvar aquella pieza tan importante en el tablero estratégico. En general, mi concepción triangular de la estrategia que había de conducir a la victoria al anarcosindicalismo era correcta: Cataluña-Aragón, Galicia-Asturias y Andalucía-Levante habían de ser, y fueron, las piezas maestras de nuestra lucha. Pero apenas pudimos preparar convenientemente a Barcelona, que para mí suponía toda Cataluña. Por lo demás, el Comité de Defensa confederal de Barcelona sólo tenía autori-

dad orgánica en Cataluña. En otras partes, sólo podíamos aportar sugerencias, carentes como estábamos de toda clase de medios, tanto económicos como de armamentos.

El medio geográfico debió venir en nuestra ayuda, de la misma manera que el medio geográfico nos desorientó. Si el Comité regional de Andalucía y Extremadura no hubiese tenido su sede en Sevilla, otra hubiera podido ser nuestra concepción de la lucha. Porque Sevilla, en una planicie de cara al mar, no nos permitía darnos cuenta de que Andalucía, la región más grande de España, también es la que está dotada de mayor extensión de cadenas montañosas. Y Granada, la **bella**, con sus cármenes, es capital de la provincia andaluza de montes más tupidos y de montañas más altas. Allí, Sierra Nevada supera los 3 400 metros de altitud.

Es un nido de águilas Sierra Nevada. Desde las estribaciones hasta sus pies, a lo largo de la cordillera penibética, dijéronme que estaban escondidos, viviendo a salto de mata, como fieras acorraladas, en ronda por entre sus cuevas, caseríos y poblados, más de 20 000 fugitivos de las hordas del franquismo y de la Falange. Vivían sin plan ni concierto, en espera de una oportunidad.

Al recordar al poeta granadino Federico García Lorca, que decía se había sido asesinado en Granada, y pensar en la horrible existencia de aquellos miles de fugitivos, no pude por menos que pensar: «¡Pobres Camborios!» Aquello fue como una piedra lanzada en las aguas muertas de mi mente. Sí, ¿por qué no dar una organización militar-guerrillera a aquellos camborios?

Así nació el «Plan Camborios». Si lograba formalizarlo, serían muchos los combatientes de valía que vendrían a engrosarlo. Compañeros que, como yo, quisieron hacer la revolución social y no se les dejó, y que también habían sido disciplinados respecto a los acuerdos mayoritarios de la Organización. Y que se daban cuenta de que, si algo nuevo no se producía, estaba todo perdido: revolución, guerra, patria donde vivir.

El Plan Camborios no apuntaba a una guerrilla montañesa que funcionase a la antigua. El «camborio» era llamado a ser inicialmente el núcleo dirigente de diez, veinte o más guerrilleros. Cada componente recibiría una instrucción múltiple para poder ejercer el mando con eficacia. Puesto que la vida de aislamiento en las montañas roe la moral y el entusiasmo hasta acabar con los hombres, la primera fase del entrenamiento sería consagrada a la lucha contra el aburrimiento y el anquilosamiento. Para ello, lo más adecuado era el aprendizaje de ejercicios gimnásticos, la ejecución metódica de marchas a puntos determinados, la higiene de los campamentos, los relevos en los puestos de guardia, el condimento y el reparto de las comidas. El descanso.

El «cambio», elemento de mando, debería poseer una completa instrucción que le permitiera poder transitar a caballo, en bicicleta, en motocicleta, en automóvil, en locomotora. Debería ser experto en el lanzamiento de cuchillo, en el manejo del hacha, en la defensa con un palo. Debería saber usar y conservar la pistola, el fusil, la ametralladora, el mortero, la artillería, las granadas de mano. Debería conocer las técnicas de demolición, preparar y colocar cargas destructivas en vías de ferrocarril, en puentes, en edificios. Debería aprender las primeras curas, la desinfección de heridas, la preparación de camillas, el entierro de muertos. Debía poseer elementos de radio, saber transmitir señales con banderas, con espejos, interferir los hilos conductores del teléfono y del telégrafo; orientarse por la posición del sol y de las estrellas y conocer el manejo de la brújula sobre los planos.

Su táctica sería atacar al enemigo a mansalva cuando fuere inferior en número a la guerrilla. Cuando fuere mayor en número y armamento, buscar, antes de atacarlo, su punto débil, o no atacar. El guerrillero «camborio» te-

nía que asimilar el simbolismo de Nietzsche: ser águila y ser serpiente. Cuando lo permita la superioridad, caer raudo sobre el enemigo; mas si no fuese así, reptar, en espera de un descuido del enemigo. Debe ignorar el concepto común del honor, si su observancia puede acarrear la derrota. Para el «camborio» solamente debe existir una moral, la defensa de la guerrilla.

El guerrillero «camborio» debería conceder gran importancia a los medios de sustento. Forzosamente debía convivir con las gentes de la sierra, de los caseríos y de los poblados. En tales tratos, tendría que ser humano, respetuoso con las mujeres, tolerante con sus creencias, amigo de los niños. Sus variados conocimientos podían ser de gran utilidad y no debía rehuir ponerlos al servicio de sus semejantes. En cuanto le fuera posible, compartir sus bienes y vituallas con la gente que lo rodeara. Y, lograda ya su confianza, crear centros de concentración de perseguidos que desearan incorporarse a la guerrilla. Al efecto, debería crear una organización de indicadores en los pueblos y pequeñas ciudades.

Había que crear una escuela de capacitación de la primera guerrilla, la llamada a ser cabeza de todas las guerrillas. En dicha escuela se enseñarían intensivamente, de día y de noche, todos los aspectos expuestos. El curso debía durar un mes. La creación de una escuela de guerrilleros seguramente iba a hacer reír a muchos. No faltaría quien adujese que Indíbil y Mandonio lucharon contra los romanos en la Cataluña arcaica sin pasar por escuela alguna. Viriato sería sacado a colación, y también el Empecinado, como ejemplo de guerrilleros sin preparación escolar.

Pero los tiempos eran otros, y por serlo no había aparecido ninguna guerrilla espontánea en la retaguardia enemiga, debido a que ya no podía atenerse el guerrillero a la improvisación en un medio geográfico tan reducido como era el mapa de España, más reducido todavía por la existencia de las dos Españas enfrentadas y combatiendo encarnizadamente en un marco de pequeñas proporciones.

La única guerrilla posible sería aquella que, penetrando en campo enemigo en algún punto de la sierra de Guadix, en la provincia de Granada, se adentrara *en* formación paramilitar y en un punto dado se dispersase en cinco grupos, marchando cuatro de ellos en dirección opuesta al centro donde quedaría el núcleo central del mando de todos, con los que mantendría contacto continuo. Se trataba de crear un sistema radial, siempre en movimiento de expansión.

Había calculado que la primera guerrilla estaría compuesta de unos doscientos compañeros, y que tanto el mando general como los radios se desglosarían en formaciones de cuarenta miembros cada una, que, llegado el momento, podrían ir dotando de mandos preparados a contingentes de cien guerrilleros, lo que supondría que cada radio llegaría a comprender unos 400 miembros y, en su conjunto, los 20 000 hombres que se suponían escondidos en ciudades, pueblos, caseríos, cuevas y a salto de mata.

El sostenimiento de la gente se haría sobre el terreno y a expensas de la economía del franquismo y del salazarismo; puesto que el gobierno portugués ayudaba a Franco sin restricciones, los radios de la guerrilla, atravesando Extremadura, podrían taladrar Portugal por el sur.

Estaba llegando el momento de empezar la marcha hacia las realizaciones. Para mí, la etapa de cálculos y estudio había terminado. En Barcelona, Jaime Nebot, que fuera mi inspector general de Prisiones, ahora dirigente en el Sindicato de Espectáculos públicos, había logrado la construcción de unos aparatos de radio portátiles. Antonio Ortiz y Joaquín Ascaso, ambos cesantes de mando, de División aquél y éste del Consejo de Aragón, estaban enrolando compañeros experimentados en las campañas de Aragón. Faltaba ver las cosas

sobre el terreno. Hablar con un andaluz conocido en nuestros medios urbanos y rurales de Andalucía, que pudiese ser el que inspirara confianza para la recluta de las gentes dispersas y escondidas.

Según me dijeron, en Baza estaba el compañero Emilio Maroto, de la Regional de Andalucía y Extremadura, preso por incidentes que había tenido con el gobernador de Almería. Maroto podría ser muy eficaz en aquella empresa. Habría que ir a Baza y hablar con él. Igualmente, pues que nos vendría de paso, sería conveniente dar un vistazo a las instalaciones que sirvieron de Escuela popular de Artillería, en Lorca, provincia de Murcia, disuelta por los comunistas en el poder, y que bien podría servir de centro de preparación de la guerrilla.

Camino de Baza, Antonio Ortiz, Joaquín Ascaso y yo hicimos parada de un día en Valencia. Lo aproveché para asomarme al Teatro Serrano, donde la CNT celebraba el Pleno nacional económico ampliado. El teatro bullía de animación. En el escenario, con la mesa directiva de los debates, el compañero Cardona Rossell, de la Regional del Centro, daba amplias explicaciones sobre materias económicas, en cuyos temas parecía verdaderamente enterado. Acerado o no, hablando con conocimiento de causa o sin ella, Cardona Rossell producía la sensación de ser el único economista enterado de lo que se estaba tratando. Sólo que, en circunstancias de guerra tan adversas como las que vivíamos, las actividades de aquel Pleno, efectuadas con espíritu tan entusiasta por todos los delegados, me causaban la penosa impresión de que aunque estáramos muriendo en los frentes, donde todo era resistir marchando hacia atrás, en el teatro Serrano se tenía la sensación de estar en los albores de la vida y de que de allí en adelante todo sería blanda materia en la que ir moldeando la sociedad con aquel amontonamiento de acuerdos.

Proseguimos el viaje hasta Lorca. Inspeccionamos el cuartel vacío, que me recordó las varias visitas que le hice cuando funcionaba la Escuela de Artillería. Había quedado en muy buen estado y era apto para nuestros objetivos. Hasta tenía cuadras donde instalar los caballos que necesitaríamos.

Recorriendo muchos kilómetros entre chumberas por la provincia de Almería, llegamos a Baza, ya en Granada. El coronel Prada, al parecer comunista, jefe militar de la zona, me recibió bastante bien y me proporcionó informes interesantes sobre las líneas de frente, tanto nuestras como del enemigo. Efectivamente, los mejores lugares para la penetración hacia la enorme sierra estaban entre Baza y Guadix. También me concedió permiso ilimitado para visitar a Maroto donde se encontraba preso. Lo de preso era un formalismo. Maroto estaba confinado en la casita de un viejo veterinario, donde comía, dormía y jugaba a las cartas cuando encontraba compañeros y se lo permitían las visitas. No pesaba sobre él ninguna limitación. Pensé que el coronel Prada, conocedor de la prisión tan especial que impusieron a Sócrates en Atenas, le daba cuerda para que se marchase. Sin embargo, verdaderamente cabezón, Maroto no daba muestras de haber entendido a Prada, y se consideraba preso en tanto que legalmente no le pusieran en libertad.

Hablamos del Plan Camborio. Maroto sabía escuchar. Cuando le hube hecho una amplia exposición, habló así:

—Lo que me has explicado me parece de perlas. Antes de darte mi conformidad, quiero que me contestes: ¿Irás tú al frente de la guerrilla?

—Sí, iré al frente de ella, Maroto.

—Pues cuenta conmigo. Cuando llegue el momento, ven a buscarme. Para entonces no estaré sólo y tendremos algunos caballos enjaezados.

Estaba ante la última etapa de preparación del plan. Esta, prácticamente, no dependía de mí. La empresa debía ser aprobada por el ministro de Defensa,

Indalecio Prieto, hombre pesimista y extremadamente abúlico. Sin embargo, cuando le interesaba algo, sus empujones en pro se hacían sentir; entonces, como si se tratase del despertar de un oso, sus arremetidas eran rápidas y fuertes.

Con Indalecio Prieto, todo dependía de cómo le fuese presentado un asunto y, muy especialmente, de quién se lo presentase. Había que darle el proyecto totalmente detallado, como plan bien pensado. De eso me encargaría yo. Redactaría el Plan Cambónos y se lo presentaría. Indalecio Prieto no me tenía ninguna ojeriza. Sus prevenciones contra mí procedían de dos incidentes surgidos en Consejo de ministros, cuando le hice comprender que no temíamos ir a unas elecciones generales, seguros de que las ganaríamos por mayoría, y cuando corté sus críticas hacia los obreros catalanes.¹ Pero no era de esperar que me guardase rencor por esos pequeños incidentes. Es posible que me temiese, lo que podía ser un antecedente a mi favor.

Escribí el Plan Camborios. Constaba de una parte expositiva destinada a justificar la guerra de guerrillas como complemento de la guerra de posiciones que estábamos realizando desde el comienzo de las hostilidades. Sin criticar abiertamente la táctica seguida, sin variación, de defendernos donde el enemigo nos atacaba, presentaba el símil del boxeador que luchaba frente a un enemigo poderoso, utilizando únicamente un brazo y teniendo el otro atado al dorso, por lo que nunca podría debilitar suficientemente a su adversario para rematarlo con un golpe frontal.

Para no despertar excesiva alarma, explicaba que la guerrilla Camborios no podría producirse espontáneamente, como lo probaba el que en dos años de guerra no hubiera surgido ninguna, ni en el campo enemigo ni en el nuestro. Por su carácter eminentemente técnico, tenía que ser resultado de una preparación muy cuidada y no de intuiciones.

Le presentaba un plan de necesidades, calculado para 200 individuos, que podía ampliarse o reducirse, para un entrenamiento de un mes de duración, más los aprovisionamientos que deberíamos llevar al pasar a tierra enemiga. Inicialmente, la guerrilla sería montada a caballo, tanto para realizar una profunda y rápida penetración en territorio enemigo, como para acarrear material para equipar cada uno de los guerrilleros a dos simpatizantes de nuestra causa en territorio franquista. El plan de aprovisionamiento en armas, municionamiento y equipo había que calcularlo para 600 personas, pues. Más algunas piezas para prácticas en la escuela, como mortero y cañón ligero. Y una orden para que el coronel Prada nos facilitara los movimientos en el frente bajo su mando.

El informe sobre el Plan excluía la parte esencial que lo motivaba. En nada se hacía referencia a un posible enrolamiento de los 20 000 fugitivos que andaban dispersos. No convenía hacer mención escrita de ellos, para evitar que esa circunstancia llegase al conocimiento enemigo y desencadenase una persecución implacable. Pero también para evitar que los comunistas tuviesen la tentación de llevar ellos el plan a la práctica.

Tenía motivos para temer los plagios. En el escrito que le presenté a Indalecio Prieto, me limité a darle un bosquejo de lo que podríamos llamar el esqueleto del organismo. No aparecían en él la carne ni los músculos, que eran los 20 000 fugitivos susceptibles de ser enrolados. No aparecía tampoco el sistema nervioso, el sistema radial proyectado. Ni el sistema sanguíneo, que serían los métodos y las prácticas para lograr el enrolamiento de guerrilleros, atraídos hasta de las unidades regulares del ejército enemigo.

1. [NDE]. Véanse las páginas 385 y 392.

Y quedaba también en silencio la explicación del factor psicológico. En el curso de la historia, han aparecido guerrilleros, a veces triunfadores y otras vencidos. Cuando salieron vencedores, los guerrilleros obedecían a causas de impulso nacional, en las que la independencia del país estaba de por medio. En cambio, desde la guerrilla de Espartaco hasta nuestros días, han perecido todos los movimientos guerrilleros no asentados en hondos sentimientos nacionales. Si no hay invasión del territorio nacional por ejércitos extranjeros, las guerrillas propiamente dichas están condenadas a la derrota.

El que yo pretendiese poner en pie un gran movimiento guerrillero no encontrándose España ante una guerra de invasión, sino una guerra civil, sólo en parte me contradecía; en gran parte, tenía el factor histórico a mi favor. El Plan Camborios desechaba el factor en que se asentaban los típicos movimientos guerrilleros: la espontaneidad de acciones esporádicas frente al enemigo extranjero. En el Plan Camborios, de organización y concepción paramilitar, todo estaba planeado y ordenado de antemano. En realidad, los planes a ejecutar, salvo en su detalle, estaban elaborados de antemano; el movimiento de los radios, hacia dónde y hasta dónde; los puentes de carreteras y vías férreas que tenían que ser volados en menos de quince días; los asaltos de trenes de municiones que salían de las fábricas de armamento de Granada; el desarme de las fuerzas de orden, Guardia civil y falangistas en los pueblos, realizados tanto para debilitar al enemigo como para fortalecer a las guerrillas y poder enrolar a los voluntarios que surgiesen al calor de los acontecimientos.

Presenté el plan convencional a Indalecio Prieto. Me prometió estudiarlo con toda atención. Me dijo que suponía que se trataba de algo serio. Pero me objetó: «Si todavía estoy en el Ministerio de Defensa dentro de quince días, llámeme por teléfono para concertar una entrevista». No me llamó grandemente la atención aquella puntualización. Indalecio Prieto correspondía al tipo inseguro de sí mismo y en perpetua inquietud, propenso a presentar la dimisión impulsado por razones lógicas o por motivos imaginarios.

Los días pasaban, y si bien en los corrillos se vaticinaba la salida del gobierno de Indalecio Prieto, él continuaba al frente del Ministerio de Defensa. Se hacía escoltar por un fuerte grupo de agentes armados, pues decía que había sido objeto de un atentado en una carretera.

Le llamé por teléfono para recordarle nuestra concertada entrevista. Me dijo que le disculpase por no serle posible atenderme hasta al cabo de cinco días, a las seis de la tarde, y que me personase en el Ministerio, donde dejaría el encargo de que fuese introducido a esa hora.

El día señalado me recibió sentado en un pequeño sofá. Vestía de oscuro y calzaba pantuflas, una de las cuales sobaba continuamente con la mano derecha.

—Siéntese. Me agrada tenerlo a mi lado, como me gustaba tenerlo en los Consejos de ministros. Supongo que usted debió sacar malísima impresión de los que formábamos parte del gobierno a que usted perteneció. Me temo que nos lo merecíamos. Bueno, ya sé que usted desconfía de mí y que en este momento está sacando conclusiones de este exordio sin pies ni cabeza que le estoy disparando. En efecto, tengo malas noticias respecto a su plan guerrillero. A decir verdad, sólo lo leí muy por encima. Tratándose de una cosa suya, concedo más importancia a su persona que a la exposición escrita de su plan. Si de mí dependiese, le diría: ¡Adelante! Entregué el original de su plan al capitán de Aviación Alberto Bayo, al que tengo de secretario en Aviación, para que me sacase unas copias y poder dar una al jefe de la misión militar francesa, que me visita frecuentemente, y otra al agregado militar soviético. El agregado militar francés me dijo que se veían en el plan aspectos que po-

drían ser interesantes, casi apasionantes desde el punto de vista de las corrientes modernas del arte de la guerra. El jefe militar soviético me dijo que debía ser formalmente desechado, por inoperante. Mi opinión personal coincide con la del agregado militar francés, pero ni como ministro de Defensa puedo oponerme a la decisión del Estado Mayor soviético.

Algunos días después de nuestra entrevista, Indalecio Prieto dejó de ser titular del Ministerio de Defensa. Su salida del gobierno tuvo la repercusión de otra gran ruptura en el bloque antifascista. Y la cartera de Defensa pasó a ser atendida por el jefe del gobierno, Juan Negrín.

Me quedo sin cartas

Se oía el gran desastre. El desastre de un final sin gloria. Una a una, las banderas iban siendo enrolladas, prevaleciendo las de colores rojo, amarillo y morado, como remate airoso de un gran pastel.

Descontento y tristeza en las gentes de la calle. Ya no importaba dónde se comía porque las lentejas eran siempre las mismas. Antes, si uno iba al restaurante del hotel Internacional, que regentaba el compañero Paulino, se salvaba con algún platillo extra de trocitos de carne o conejo-gato guisado. Pero ya ni con Paulino tenían remedio las cosas. Invariablemente, eran lentejas, cuando se tenía la suerte de que no fuesen sólo sus cascaritas.

Por aquel tiempo, el Ateneo barcelonés tenía una Comisión de Propaganda presidida por el señor Martínez Barrio, posiblemente para entretener su aburrimiento. Habían organizado un ciclo de conferencias con bastante éxito de oradores y de público. Creyeron oportuno invitarme a ocupar la tribuna. Por la insistencia del mediador, mi antiguo ex subsecretario Mariano Sánchez Roca, accedí.

Mi conferencia estaba señalada para las doce del día de un domingo. Por título de la conferencia les di: «Rojinegro-gris-¡rojinegro!»

Comprendieron. A la hora señalada no estaba presente ningún miembro de la Comisión de Propaganda. No querían presidir una llamada a la resurrección. Resucitar era tener que volver a luchar, romper con el círculo de relaciones y amistades. Era obligarles a escoger entre las lentejas peladas del racionamiento y las bolsas de provisiones que proporcionaban las Intendencias, la militar, la del Parlamento, la del Comisariado y quién sabe cuántas otras intendencias más.

Las lentejas peladas de Paulino o someterse.

Con la dimisión de Indalecio Prieto se produjo un reajuste ministerial. Entonces le convino a Negrín que la CNT le proporcionase un ministro. Y tenía que ser el que él señalase. Como el que agita un hueso en un corro de canes hambrientos, antes de dejarlo caer, lo mostró bien y lo mantuvo en alto. Llamó a Marianet, todavía nuestro secretario del Comité nacional, y le dijo:

—Me gustaría poder ofrecer un Ministerio a la CNT. Pero el ministro debería ser una persona de prestigio y competencia. La CNT tiene esa clase de hombres, especialmente en Cataluña. Sin embargo, yo me reservaría la decisión final de poder escoger a uno de una terna que me fuese presentada.

Accedió nuestro secretario. No tenía un no que oponer. Únicamente, pensaba consultarlo con su CAP, reducido a Horacio Prieto y Serafín Aliaga, presidente éste de AJA (Alianza Juvenil Antifascista), que se constituyó en 1937 y agrupaba a la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, a las Juventudes Socialistas Unificadas (comunistas), Juventudes de Izquierda Republicana

(filocomunistas). Juventudes Sindicalistas (inexistentes), Juventudes Federales (inexistentes), la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (de dirección filocomunista). Serafín Aliaga, de la FUL, era un criptocomunista, camuflado de libertario, y los organismos inexistentes estaban representados por otros tantos criptocomunistas. Unido a que las Juventudes Socialistas Unificadas eran francamente comunistas, la AJA resultaba ser un organillo para emitir sonos prosoviéticos y negrinistas.

Marianet, rodeado de Horacio Prieto, eminencia gris y apática cerca del secretario del Comité nacional, y todavía con la esperanza de llegar a ser el ministro que eligiera Negrín, aconsejó aceptar tan insólitas exigencias. Por su parte, Aliaga, joven aún, pero cuco e insinuante, abundó en lo importante que sería lograr con la reincorporación de la CNT a las funciones gubernamentales, aunque fuese con un solo ministerio, que al fin fuese subsanado el gran error de habernos opuesto a ingresar en el gobierno de Negrín tras la crisis del gobierno de Largo Caballero.

De acuerdo los tres, Marianet, Aliaga y Horacio Prieto, se pusieron a elaborar una planilla con los nombres de tres militantes de la CNT. Pero no había que olvidar al barajar los nombres los hombres de prestigio y capacidad de la Regional catalana. Al fin llegaron a un acuerdo: proponer al Comité regional de Cataluña que se designase para integrar la terna a Juan Peiró y Juan García Oliver. El Comité nacional propondría al compañero de la Regional del Norte Horacio Prieto.

En posesión de la terna, el problema estaba en cómo presentarle el asunto al Comité regional de Cataluña, que todavía no había reanudado las relaciones rotas hacía algún tiempo y que no mantenía delegación en el Comité nacional. Horacio Prieto buscó los buenos oficios del compañero Francisco Isgleas, calmoso y poco dado a las actitudes extremas. Pertenecía al CAP de Cataluña, con Germinal Esgleas y conmigo.

Cuando Isgleas llevó el asunto al Comité regional, acompañado de Horacio Prieto, el compañero Juan Doménech, secretario del Comité regional, entendió que el asunto competía al CAP y que según éste resolviese, así se haría.

El CAP resolvió contestar al Comité nacional que no autorizaba que ningún militante de su Regional apareciese en una terna para que Negrín pudiese escoger ministro como quien escoge un melón. Además, se ratificaba en su actitud totalmente opuesta al gobierno Negrín y al Comité nacional de la CNT, que lo apoyaba.

El 6 de abril de 1938, de una terna compuesta por Horacio Prieto, Juan López y Segundo Blanco, cansado de tener que andar entre Prietos, Negrín escogió a Blanco.

En la situación de caos que vivíamos en todos los órdenes de la vida, todavía hoy no me explico cómo se le autorizó a Segundo Blanco a tener de subsecretario del Ministerio de Instrucción pública al profesor racionalista y compañero Puig Elias, hombre culto y de maneras finas. Ni Segundo Blanco ni Puig Elias eran malos compañeros. Eran los tiempos y las circunstancias los que nos estaban haciendo malos. La anarquía es un orden sin gobierno. La falta de orden, con gobierno o sin gobierno, origina el caos. Donde el orden no existe, nunca puede darse la anarquía. El caos es peligroso porque bestializa los sentimientos humanos, haciendo que prevalezcan las tendencias negativas del odio y del rencor.

No eran mal vistos Segundo Blanco y Puig Elias por ser ministro y subsecretario. Formaban parte del equipo Negrín y ello bastaba para que se los mirase con desprecio. Cuando se fue conociendo que Segundo Blanco, militante de relieve en Asturias, pero totalmente desconocido en Cataluña, sede del gobierno, había sido escogido por Negrín, como el melón más maduro del

montón, ya no era rencor ni ira lo que sentían los militantes cenetistas de los sindicatos, sino asco y desprecio. No hacía el ministro, sino para los representantes y conductores de la CNT, de la FAI y de la FIJL.

De un caos moral tan intenso, ¿podía surgir y desarrollarse la anarquía? No. La gente de abajo, los trabajadores, creyentes en el anarcosindicalismo durante muchos años, se alejaban espiritualmente de nosotros. Todavía no rompían los carnets que los acreditaban como miembros de la CNT, pero ya no les servía de consuelo contemplarlos y sentirse miembros de aquella organización en la que antes se podía creer, pues que tantos mártires y héroes atestiguan en favor suyo.

Unos comían y otros no. Comían los que estaban al arrimo del gobierno central. Para poder comer, como para cualquier otra cosa, de nada servía estar con el gobierno de la Generalidad. Companys y su equipo de Consejeros eran cero en aquellos tiempos. Al convertirse Barcelona en sede del gobierno central, Companys había perdido toda preeminencia. Allí donde el excelencia castellano todavía tenía valor de trueque en el reparto de comestibles a cambio de una reverencia, el tratamiento de honorable que se daba al presidente y a los Consejeros de la Generalidad era oído como algo muy remoto, medieval.

Companys, en conflicto representativo con Negrín y Azaña, y los Consejeros del PSUC en conflicto con los jefes del Partido Comunista, daban compasión.

El Frente Popular de Cataluña hizo bancarrota cuando Comorera, Consejero de la Generalidad y jefe del PSUC, pronunció un vergonzante discurso para congraciarse con los jefes moscovitas, lleno de loas a Stalin, padre de todos los hombres, luz que alumbraba todos los caminos, genio nunca antes contemplado por los mortales, jefe y guía indiscutible de la Unión Soviética, patria de todos los trabajadores del mundo.

La CNT y la FAI habían terminado por adherirse al Frente Popular. En Cataluña, si bien con bastante retraso, también lo hicimos. El Frente Popular de Cataluña, cuando se reunía lo hacía en una salita de «La Pedrera», esquina al paseo de Gracia, sede del PSUC. Casi nunca era convocado para evitar sus componentes las continuas disputas entre los representantes de la CNT y de la FAI con los del PSUC.

Ninguno de los partidos y organizaciones que integraban el Frente Popular de Cataluña tenía delegados fijos y permanentes. Todos eran accidentales o suplentes. A propósito del discurso de Comorera, la delegación de la CNT y de la FAI pidió a Tarradellas, que hacía de presidente, una reunión extraordinaria para presentar treinta y dos objeciones al discurso, señalando la incompatibilidad de quien lo había pronunciado con el pueblo de Cataluña y demás pueblos de España, con las finalidades de nuestra lucha contra el fascismo español y con la postura de dignidad que debe todo gobierno a su pueblo y a la opinión internacional.

En esta ocasión fui designado por la CAP del Comité regional de Cataluña para asistir como delegado suyo a la reunión del Frente Popular. Vendría conmigo el compañero Aldabaldetrecu como representante de la FAI. Presidía Tarradellas, asistido de Antonio Escofet, representante de la Esquerra. Miguel Valdés estaba en representación del PSUC y Miguel Ferrer de la UGT.

Inicié el proceso de Comorera planteando algo esencial: ¿Puede hablar en público Comorera sin dejar de pertenecer al mismo tiempo al gobierno de la Generalidad? En tanto que miembro activo y dirigente del PSUC, integrante del Frente Popular de Cataluña, ¿puede hablar en público alterando totalmente las bases de armonía sobre que se asienta su existencia?

El desarrollo de mi argumentación era congruente con esos dos enuncia-

dos, de los que se desprendían las treinta y dos objeciones al discurso, encaminadas todas ellas a demostrar que quien así se conducía hablando en público atentaba contra los fundamentos de la independencia nacional, tanto en lo que se refería al gobierno de la Generalidad como al gobierno de la República.

Al llegar a la quinta objeción, que como las otras fue escuchada con aprobación silenciosa por Tarradellas y los demás asistentes, exceptuado el nerviosismo de los delegados del PSUC y de la UGT, éstos, después de un cambio de impresiones en voz baja, solicitaron una momentánea suspensión del debate, alegando que necesitaban consultar con sus respectivos Comités sobre el desarrollo que iba teniendo el discurso del representante de la CNT.

Estuvieron unos quince minutos ausentes. Así llegamos hasta la doceava objeción, todas yendo al fondo del problema, pero distintas de contenido, por tratarse de un análisis desde distintos ángulos: Comorera era un incapacitado político para seguir formando parte del gobierno de la Generalidad.

Nuevamente se produjo el cambio de impresiones entre los delegados del PSUC y de la UGT de Cataluña. De nuevo solicitaron permiso para consultar. Diez minutos después regresaron. Pero ya no se sentaron a la mesa de deliberaciones. Anunciaron que el PSUC y la UGT se retiraban, si no definitivamente, sí por el momento, del Frente Popular de Cataluña.

Quedábamos los representantes de la CNT y la FAI, de Esquerra Republicana, de los Rabassaires y de Acció Catalana. Todos comprendíamos lo que acababa de ocurrir: se había iniciado una irremediable rotura dentro del Frente Popular y posiblemente en el seno de la Generalidad.

El problema se veía venir desde la primera suspensión; al reaparecer los delegados, no iba ya con ellos el propio Comorera. Polémicamente, Comorera, el PSUC y la UGT de Cataluña habían sido vencidos.

Nos despedimos, haciendo cada quien sus cálculos mentales. ¿Qué ocurriría?

Por entonces, la CNT de Cataluña no tenía ningún interés en volver a formar parte del gobierno de la Generalidad. Porque, ¿qué era el gobierno de la Generalidad a partir de los hechos de mayo? No pasaba de ser una figura decorativa, bastante deslucida por la presencia dominante y absorbente del gobierno central. Pero sí queríamos los hombres de la CNT acabar con el predominio moral que Comorera ejercía sobre el presidente Companys. Y nos interesaba ir creando una situación lo más parecida posible a la del inicio del período revolucionario: un gobierno de la Generalidad sin consejeros del PSUC. Según mis conclusiones, el final, al que nos estábamos acercando rápidamente, debía ser exactamente igual al principio.

En julio de 1936, la lucha empezó por nuestra decisión de aceptarla. Para mí, resultaba inevitable que su fin también sería obra nuestra. No sabía si sería algo semejante o diferente a los hechos de mayo de 1937. Pero algo tenía por seguro: cuando llegase el momento, la CNT daría abiertamente la cara. Y escribiría unas páginas que, junto con las del 18, 19 y 20 de julio de 1936, merecerían ser meditadas por la posteridad.

La rotura de relaciones del Comité regional de Cataluña con el Comité nacional era claro indicio del porvenir. Era un intento de aglutinar un gran movimiento anarcosindicalista encaminado a derrocar a Negrín, a los negrinistas y a los comunistas.

La batalla presentada por mí, en representación de la CNT y la FAI en el Frente Popular, contra Comorera, el PSUC y la UGT catalana, era un ensayo para aislar a los comunistoides catalanes, echándolos de la Generalidad y creando las condiciones que facilitarían el fin de nuestra guerra, cara a cara anarcosindicalistas y franquistas, recreando lo que debió ser nuestra lucha tan

malamente conducida por republicanos jacobinos, socialistas ineptos y dislocados y por comunistas estalinianos.

No estaba todavía suficientemente incubada en los medios confederales la insurrección general antinegrinista y anticomunista que se esperaba, especialmente en la CNT de Cataluña, en su Comité regional, con Juan Doménech de secretario, en su CAP con Francisco Isgleas, Germinal Esgleas y yo, y hasta en la más pequeña sección de Sindicato, cuya existencia, en las apartadas barriadas obreras, andaba mezclada con la de los heroicos compañeros de los Cuadros de Defensa Confederal.

La CNT de Cataluña se batió contra Marianet, contra su Comité nacional y contra su CAP en un Pleno de regionales celebrado por aquellos días en Barcelona.

Con astucia de burócrata consumado, Marianet se aseguró los votos de Regionales por entonces inexistentes, como la de Asturias y la del Norte. La Regional del Centro había personificado siempre en la CNT un «tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando», que venía a ser «el centro contra la periferia, y viceversa», de los federalistas más apasionados, que consideraban fatal la pugna Madrid-Barcelona. La Regional del Centro, muy desorientada en aquellos momentos, frenó con su voto en pro del Comité nacional, lo que hubiese sido el anticipo, en condiciones más favorables, de lo que poco tiempo después se produciría en Madrid. El resultado del Pleno de Regionales obligó a los miembros de la CAP de la Regional catalana a posturas de temporización. No bajamos las armas ante el Comité nacional pronegrinista. Tampoco las bajamos ante el PSUC. Pero tuvimos que darles la vuelta a nuestros preparativos de asalto a las posiciones de los comunistoides catalanes.

La última quincena de marzo de 1938 fue malísima en nuestros frentes. Nuestras tropas tomaron Belchite, que se volvió a perder. Se tomó, igualmente, Teruel, que se volvió a perder. El enemigo reaccionaba rápidamente después de cada derrota que le inflingíamos. El enemigo sabía siempre, a tiempo, dónde atacar.

Igualmente, el enemigo había conseguido una victoria al lograr que sus tropas venciesen las dificultades del accidentado terreno que a través del Maestrazgo lo había de conducir a cortar la carretera Barcelona-Valencia, aislando a Cataluña de la zona Levante-Centro-Sur de la República. Tres cuartas partes, por lo menos, de los ejércitos y del material de guerra republicanos quedaban en Valencia y Madrid. Para todo el frente de Aragón, desde la frontera francesa hasta Belchite —unos 300 kilómetros— quedaba una cuarta parte escasa de los efectivos republicanos.

El frente de Aragón, con sus 300 kilómetros de línea, cubierto escasamente por 30 000 milicianos, creado y sostenido por el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, sostuvo sin retroceder un palmo los embates del enemigo durante más de un año. La aparición de Modesto, de Líster, del «Campe-sino» y de las Brigadas internacionales significó un cambio de actitud y de tácticas. El frente estable de Aragón pasó a ser el frente activo de Teruel, de Belchite, del Ebro. Y, cosa curiosa, cada vez que nuestras tropas avanzaban, iban a terminar a bastantes kilómetros más atrás de donde habían partido. Una pequeña ofensiva y un gran repliegue hacia atrás. Siempre quedaban copados grandes núcleos de soldados republicanos, con armamentos, y entre ellos «algunos jefes».

Por lo general, los mandos de las unidades de los tres grandes jefes militares comunistas eran personas recién ingresadas en el Partido Comunista. El partido los enviaba al frente a engrosar sus unidades. En el frente, bajo

la vigilancia de los comisarios comunistas, pasaban un breve cursillo teórico-práctico y acto seguido sus nombres aparecían en el *Diario Oficial*, con el nombramiento de tenientes.

Esos comunistas con mando de compañía o de batallón se pasaban al enemigo o se dejaban coger prisioneros en las bolsas que siempre quedaban después de las operaciones ofensivas de nuestras tropas, convertidas en marchas apresuradas hacia atrás. Los Estados Mayores del enemigo siempre poseían información sobre el estado de las tropas republicanas. Primero el caos y después la derrota. Es cuanto trajeron al frente de Aragón los prodigiosos militares comunistas. Y con ellos, los técnicos soviéticos que siempre los rodeaban.

Indalecio Prieto, que en pago a su defección respecto a Largo Caballero, recibió el Ministerio "de Defensa nacional, dejó que los comunistas se apoderaran del Ministerio, del Comisariado y de gran parte de los mandos de las unidades militares republicanas. La medida inmediata fue disolver las Escuelas populares de Guerra, secando el caño por el que salían tenientes en campaña, bastante capacitados militarmente, pero no aptos para ser oficiales de un ejército comunista.

Lo que más importaba era el carnet del partido. Todo lo demás, ¡cuento! La verborrea de «primero ganar la guerra...», ¡cuentos! Cuentos también la consigna de un ejército disciplinado y eficiente por encima de todo. Lo que importaba era dar la sensación de que solamente ellos, los comunistas, con el decidido apoyo de la Unión Soviética, mandaban en todas partes: en el Ejército, en el Comisariado, en el gobierno.

En esa situación recibí una invitación de Antónov-Ovseenko a cenar. Autorizado por la CAP de Cataluña asistí a la cena. Esta, merienda frugal, la efectuamos en su habitación del hotel Majestic, en el paseo de Gracia.

Antónov-Ovseenko hizo todo lo posible por aparentar una exquisita amabilidad. Nos sentamos en torno a una mesita redonda, de las llamadas de camilla en Madrid, que, en invierno, con el brasero en el centro, invitan a la tertulia a la hora de la merienda.

—Creo que será la última vez que nos reunamos a platicar. No podría decirle para cuándo, pero me estoy preparando para regresar a la Unión Soviética —fue el inicio del diálogo de Antónov-Ovseenko.

Asocié la entrevista a que estaba asistiendo con la última que tuve con Rosenberg, cuando éste, con gesto de muñeco roto, afirmaba su convencimiento de que no regresaría nunca a España.

Me parecía observar ahora en la pálida cara de Antónov-Ovseenko, en sus ojos mortecinos, tras los critales de los lentes, que algo no marchaba a su gusto.

—¿Ha tenido usted noticias de Rosenberg? —le pregunté.

—No, no he tenido noticias de él. Supongo que debe encontrarse bien. Acaso descansando en Crimea. ¿Llegó usted a ser amigo suyo? Supe que él le admiraba bastante. Yo también lo admiro desde que fuimos presentados en el Comité de Milicias. Muchos no le comprendían bien. Yo sí; me recordaba escenas vividas en otro tiempo, en los inicios de la revolución en Rusia. Tres cosas me causaron admiración cuando llegué a Barcelona, y las tres eran obra suya: la movilización de la industria apta para la guerra, el Consejo de Obreros y Soldados y la Escuela popular de Guerra.

Tanta simpatía de su parte me tenía algo confuso. ¿Qué quería pedirme a cambio de sus lisonjas? Era cierto cuanto decía, pero ¿era costumbre que los diplomáticos recurriesen al halago para no obtener nada a cambio?

Procure violentar un poco aquella situación insólita:

—Dígame. La industrias de guerra y la Escuela popular de Guerra, ¿no

le recuerdan algo un tanto desagradable? ¿Los tres técnicos soviéticos en cartuchería que me recomendó y que hice despedir en menos de una semana? ¿El que no le permitieran entrar en la Escuela popular de Guerra?

—Sí, lo recuerdo, pero no de manera desagradable. Eso, y algunas otras observaciones, me sirvió para explicar a los camaradas del Comité militar del PSUC que tenían que aprender de usted, que organizaba continuamente y conservaba siempre el control. ¿Puede explicarme por qué despidió a los tres técnicos que le presenté?

—Porque con aquellos tres «amigos», que así me los presentó, quiso engañarme o medir nuestro grado de capacidad. Creo que el engañado no era yo, sino usted. Aquellos tres técnicos nunca habían practicado la fabricación de cartuchería, parecían tres estudiantes que enviaran a hacer prácticas con nosotros. Desgraciadamente, nos hicieron perder tres cocidas de cartuchos de fusil.

—¿De verdad que carecían de aptitudes técnicas?

—Completamente.

—Me sorprende mucho lo que me dice. Nosotros poseemos una tecnología muy avanzada. ¿Cree que necesitamos aprender de ustedes?

—Estoy convencido de ello. Los camiones de carga que nos envían ustedes son de tipo Ford algo anticuado. Para que puedan funcionar hemos de rectificarnos y afinarlos. Igual ocurre con los aviones de ustedes.

—Así que ustedes saben mucho, ¿verdad?

—Sí, lo suficiente para poder enseñarles algunas cosas.

En general, los soviéticos que traté, y en particular Antónov-Ovseenko, tenían la costumbre de tratarnos en plan de inferioridad, como si fuésemos indígenas de una colonia a los que había que estar acomplejando para tenerlos sujetos. Yo procuraba siempre invertir los términos del tratamiento, no dándoles lugar a ejercer su crítica, siempre menospreciativa, sobre los españoles.

Ya un poco picado, me replicó:

—Cuanto dice revela una animosidad hacia nosotros, los soviéticos. Usted siempre supo mantener una actitud ecuánime. El notable cambio debe tener alguna motivación. ¿Puedo saberla?

—Sí que puede saberla. En fin, creo que la conoce hace tiempo. En parte, tiene relación con usted y con las funciones que desempeña en Cataluña. Usted, cónsul de la Unión Soviética, se ha estado comportando como en país conquistado. Como si ya dependiésemos totalmente de ustedes.

—Le quedan otras motivaciones, ¿cierto?

—Aún quedan motivaciones, y bueno será que las conozca todas, para que pueda informar cuando llegue a Moscú. Una muy importante es que se dedican ustedes a presionar continuamente a los órganos oficiales para que entreguen a los comunistas españoles todas las funciones de mando en las fuerzas armadas, en lo civil... ¿Por qué?

—Porque desde un principio observamos que ustedes, los anarcosindicalistas, por no ser partidarios de las funciones de gobierno, no ofrecían garantías de lograr la victoria.

—¿Y a ustedes qué les importaba lo que hiciésemos o pensásemos? ¿Fuimos nosotros, los revolucionarios españoles, los que solicitamos la ayuda de Moscú?

—En nombre de todos los españoles no franquistas, la pidió el gobierno de Largo Caballero.

—Pues bien, dicho gobierno, por ser de socialistas mencheviques y de burgueses más o menos radicalizados, típicamente jacobinos, no debió ser tomado en cuenta por Moscú. Stalin debió informarse de la importancia que tenía en España el anarcosindicalismo.

—Lo ignoraba en absoluto.

—No lo creo. Debí quedar sorprendido al enterarse de que en España se admitió la lucha armada antifascista. Y en España, el Partido Comunista, minoría insignificante de sujetos expulsados de la CNT y de la UGT, ni podía ni quería luchar contra los militares y falangistas sublevados.

—Sin embargo, actualmente el Partido Comunista y el PSUC son una magnífica demostración de poder y de disciplina de masas.

—En efecto, y gracias a esa magnífica demostración de poder y disciplina de los partidos comunistas de Cataluña y España, marchamos tan bien que ya casi no nos queda terreno leal para tendernos a dormir. ¡Ustedes y sus magníficas demostraciones de poder y disciplina de masas! Las Escuelas de Guerra, cerradas para poder dar los mandos del ejército republicano a comunistas de reciente ingreso en el partido. Y el partido convertido en tapadera y amparo de carlistas, requetés, falangistas y sacristanes, espías en espera de poder desertar e informar sobre la situación de nuestras fuerzas. Los Consejos de Obreros y Soldados, disueltos para que nadie pueda ejercer el control sobre jefes y oficiales de las fuerzas armadas...

—¿No está exagerando usted un poco? ¿No es evidente que el ejército actual es mejor que las antiguas columnas de milicianos?

—Con las columnas de milicianos, en el frente de Aragón nunca se retrocedió. Actualmente, con ejércitos mandados por comunistas como Modesto, Lister, «El Campesino» y otros, nos han cortado la carretera de Levante, han dividido en dos el sector republicano, nos echaron de Teruel, Belchite, Caspe, y los tenemos a las puertas de Lérida. Usted mismo se está preparando para marcharse de España. ¿No cree usted que ha llegado el momento de informar a Moscú de que esto está perdido y de que si algo puede todavía hacer es poner el poder en manos de los anarcosindicalistas?

—¿Cree usted que estamos ante una situación tan angustiosa?

—Estamos ante algo peor. Estamos en el caos.

—¿Y quiere usted dar el poder a los anarquistas? ¿No es una lamentable contradicción la suya?

—No hay tal contradicción. Lo que ocurre es que ustedes, los comunistas soviéticos, por haberse cerrado el camino a la libertad ya no saben distinguir entre aguas broncas y aguas puras; entre socialismo de palafustanes y socialismo de, por y para los trabajadores. Ya no gustan de definiciones, imbuidos como están de la línea única. Tampoco son capaces de matizar ni de admitir contrastes. Llegan a un país como el nuestro, que está en plena revolución, observan que las banderas de la revolución de aquí no son las rojas, ven que son rojinegras, y no atinan a interpretar que el rojo y el negro, en conjunción, suponen una dimensión nueva en el mundo del socialismo. O sea, que el rojo solo, simbólicamente igual a marxismo, y el negro solo, expresión cromática del anarquismo, son dos expresiones negativas del socialismo, por cuanto, cada cual por separado expresa la cerrazón de conceptos absolutos, como autoridad y antiautoridad. Tal como si el ser humano no constituyese una síntesis de fuerzas en tensión y, por consiguiente, de fructificación, si logra equilibrarlas.

—Pero usted y ustedes se colocan al margen del marxismo y del bakunismo. ¿Le extraña que no hayamos podido interpretarlos?

—En efecto, me extraña. Ustedes están pasando en la Unión Soviética por oposiciones a la interpretación oficial del marxismo, que es el estalinismo. Ustedes son de cortos alcances: o son marxistas cerrados o son marxistas de oposición. No alcanzan a dar el salto en busca de una nueva síntesis socialista. En lugar de una liberación del primer error, se encadenan a éste con nuevos errores. Así dicen: marxismo-leninismo-estalinismo. Es obvio que, des-

pues de marxismo, leninismo y estalinismo son dos fugas. Si marxismo es una interpretación derechista del socialismo, las fugas de leninismo, igual a supresión del poder a los soviets; del estalinismo, igual a supresión del internacionalismo, hacen de la actual ideología oficial soviética del comunismo la expresión más ultraderechista de la sociedad, donde el hombre desaparece por completo, dando paso al robot deshumanizado, cuya más fiel expresión la encontramos en el hitlerismo.

—¿Y dónde me deja usted el desarrollo del anarquismo? ¿Anarquismo y anarcosindicalismo no son la misma cosa?

—No lo son. El anarquismo, digamos mejor el bakuninismo, se formó llenando de «antis» todas las afirmaciones de Marx: anti-Estado, anti-Gobierno, anti-Autoridad. A las afirmaciones absolutas del marxismo, respondían los anarquistas con rotundas negaciones. Con el tiempo, la razón de ser del anarquismo y del marxismo consistió en combatirse mutuamente hasta el infinito. A un lado las banderas rojas y al otro lado las banderas negras. Y la clase obrera del mundo dividida. Dividida desde el momento que inició su existencia colectiva dentro de la Primera Internacional.

—Ahora voy comprendiendo. Ustedes, los anarcosindicalistas y sus banderas rojinegras, son la expresión de una nueva síntesis socialista, lograda con lo bueno del marxismo y del anarquismo; dejando de lado los errores de ambos. ¿Es cierto? Pero, ¿por qué hemos venido a parar a esta insólita discusión?

—Es muy natural. Usted me invitó a cenar, ¿no?

—Sí.

—Y lo primero que hace es comunicarme que se apresta a regresar a la Unión Soviética.

—En efecto, así fue.

—Y a mí esa noticia me recordó la partida de Marcel Rosenberg. Que ya ha sido fusilado.

—¿Lo sabía usted? ¿Conoce los motivos?

—Lo supuse.¹ También supongo los motivos.

—¿Cuáles?

—Su fracaso con los anarcosindicalistas. Sobre él pesó la acusación de excesiva influencia anarcosindicalista.

—Lo ignoro. Puedo suponer otras muchas cosas.

—Pues no las suponga. Porque a usted le espera lo mismo.

—¿Supone que seré fusilado?

—Lo será.

—¿Por las mismas razones?

—Sí, por las mismas.

—Me gustaría esa muerte. Es algo más concreto que ser de la oposición. ¿Hay alguna manera de que deje el mensaje?

—Sí, llévese una bandera rojinegra.

—¿Puedo hacer algo más positivo?

—Puede intentarlo. Comuníqueme urgentemente a Moscú que Cataluña se pierde inevitablemente bajo la dirección impopular de Negrín y de los comunistas. Solamente los anarcosindicalistas podrían levantar la moral y resistir indefinidamente.

—¿Podría citar su conformidad para ponerse a la cabeza de la lucha?

—Está autorizado.

—¿Sabe lo que le digo? Por un momento me he puesto a soñar...

—¿Y cuáles eran sus sueños?

U [NDA]. Nunca lo supe.

—Soñé, por un momento, que podía dirigirme a Moscú y sugerirles un cambio total de táctica en los asuntos de España.

—¿No considera eso posible?

—No, no es posible. Ahora menos que nunca. Y yo, menos que nadie. Se está persiguiendo encarnizadamente a los marxistas no estalinistas. A mí me tienen en dicha clasificación.

—Pues deserte. No regrese.

—¿De qué me serviría? ¿Dónde hallaría derecho de residencia? De todas maneras, me harían ejecutar. Prefiero ir allá, ser juzgado y ser ejecutado. Cuantos más seamos en el montón de los ajusticiados, antes estallará la indignación comprimida. Pero, dígame, ¿qué opina de Stalin?

—Opino que es un gran tío.

—¿De veras opina eso?

—Sí, es un gran tío, que está ejecutando una gran venganza. Fíjese que ha acabado con toda la plana mayor del marxismo leninismo. Y fueron los marxistas leninistas los que aniquilaron a los anarquistas de Cronstadt y de Majno.

—¿Entonces supone que ejecuta una venganza anarquista? ¿Dónde y cuándo pudo entrar en contacto con los anarquistas?

—En Siberia, durante su cautiverio. A partir de su fuga de Siberia, empieza la etapa anárquica de su vida, con asaltos de trenes y bancos.

—No, no se puede hablar con usted. Usted vive en la duda.

—Tómelo desde otro ángulo. Stalin fue seminarista, hasta que se fugó del seminario. Pero continuó pensando y sintiendo como seminarista. Le llegó la oportunidad de poder vengarse de los ateos perseguidores de la religión.

—¿Y qué más?

—Nada. Que Stalin acabará con los marxistas, de dentro de Rusia y de fuera de ella.

—Me tiene usted confuso. Dígame de una vez cuándo habla en serio y cómo debo clasificarlo.

—Yo soy anarquista. Hago un gran esfuerzo para encontrarle una salida al anarquismo. De ahí el anarcosindicalismo con sus banderas rojinegras. De ahí mis esfuerzos por humanizar nuestra revolución, que si bien tuvo su Comité de Milicias, éste no se convirtió en Comité de Salud Pública, ni aplicó los tiros a la nuca.

—La cena no ha valido gran cosa. Pero la conversación sostenida es para no ser olvidada nunca.

Nos miramos, ya de pie, con verdadero afecto. El, camino de la muerte, estoicamente. La mirada de sus ojos miopes era la de la inocente credulidad de todos los obcecados. La mía debía ser la del jugador que se va quedando sin cartas en la baraja.

Lérida, capital de la provincia del mismo nombre, acababa de caer en poder del enemigo. Era tanto como decir que el frente de Aragón, desde Belchite hasta la frontera francesa pasando por Huesca, ya no existía.

Llegué, vi y vencí, dijo César de la campaña de las Galias. Sus legiones, férreamente armadas y organizadas, barrieron con los galos dispersos. Así ocurrió en el frente de Aragón. Frente duro, granítico, de cuya defensa tanto cuidaron las unidades, mal armadas por cierto, de milicianos anarcosindicalistas y con jefes de columnas más conocidos en las barriadas obreras que en los círculos de los señoritos, como los oficiales de recientes hornadas. Partidario de la formación de un ejército revolucionario, me afirmo antes partidario de las columnas de milicianos que de las locas formaciones que con nombre de ejército popular republicano llegaron al frente de Aragón para

sustituir o absorber a las endeble divisiones en que fueron refundidas las columnas anarcosindicalistas. Las formaciones militares que llegaron al frente de Aragón, arrasando las colectividades de campesinos y sus órganos políticosociales, al mando de Modesto, de Líster y de «El Campesino», podían parodiar al César, porque ellos llegaron, vieron y retrocedieron hasta el mar. Y ya camino de la frontera francesa, acababan de perder Lérida, dejando al enemigo a las puertas de la provincia de Barcelona, dejando que cruzase el Ebro por Tortosa, amenazando caer sobre Tarragona.

Ya era mucho el nerviosismo existente en Barcelona. Desde los órganos de propaganda del gobierno Negrín no dejaba de hablarse de la buena marcha de las operaciones y de las fuertes líneas defensivas que se estaban creando, llamadas a contener al enemigo y, desde ellas, llegado el momento, saltar victoriosamente sobre los franquistas, derrotándolos completamente.

Todo gobierno, en tiempos de guerra, cuando rotas sus defensas de las fronteras contempla el avance incontenible de los invasores extranjeros, pasa momentos indecibles de angustia. Tal era el caso del gobierno Negrín. Negrín formaba parte de un gobierno socialista-comunista-republicano que, como fórmula mágica para subsanar los errores cometidos por tres anteriores gobiernos republicanos, el de Casares Quiroga, el de Martínez Barrio y el de Giral, se constituyó con la incorporación de la CNT para conducir la guerra hasta el final. Y el final no podía ser otro que la victoria.

Venir después con el cuento de que aquel gobierno, de supuestas virtudes mágicas, debía ser sustituido por otro, con el pretexto de que Largo Caballero era demasiado viejo, era afirmar que eran estúpidos los socialistas que lo eligieron jefe de gobierno, o que Largo Caballero había envejecido en el curso de cuatro meses. Esos mismos socialistas, sin haber esclarecido si eran o no estúpidos, entre Indalecio Prieto, que como un buda no paraba de contemplarse el ombligo, y Juan Negrín, profesor de histología, más joven, cierto, que Largo Caballero, determinaron dar a éste la jefatura del nuevo gobierno; que en el acto y con machacona insistencia comunista se llamó «gobierno de la victoria».

A partir de aquel momento, con excepción de Madrid, que continuó resistiendo, en todas partes retrocedimos continuamente. Negrín y su gobierno no debían experimentar ninguna angustia por las sucesivas derrotas que sufrían los ejércitos republicanos. Como no era gobierno elegido por el pueblo, para su servicio y defensa, no tenía por qué sufrir moralmente. Puesto que en mayo de 1937 no se hundió la nave republicana, como era esperado por algunos, ya sólo se trataba para Negrín de que llegásemos rápidamente al mar y a las fronteras, para evacuar los restos de los sufridos defensores de la causa republicana.

En abril de 1938, para la población de Barcelona en particular, la realidad era sombría. La ciudad carecía de los alimentos más elementales. Las bocas a alimentar aumentaban a un ritmo incesante. Lo que fue una bendición para Madrid, era una carga para la ciudad condal. Con la amenaza de caer Madrid en poder de los militares facciosos, gran parte de las gentes que constituían un peso muerto para la ciudad situada evacuaron hacia Valencia y Barcelona. Después llegaron de Málaga cantidades importantes de su población, que arrastraron a gentes de Almería y Cartagena. Con la pérdida de Asturias y del norte, tras desembarcar en Francia, sus evacuados se incorporaron a la ya numerosa población flotante de la ciudad condal. Cada día había que recortar más el racionamiento familiar. Con la venida de los ministerios del gobierno Negrín, se abatieron sobre la ciudad todos los funcionarios civiles y militares, con sus numerosas familias. Más tropas, más policía, más guardias de Asalto, más carabineros.

Para la gente de las provincias perdidas, el punto de destino era Barcelona. Llegaban, se acomodaban y se lanzaban con desesperación a ocupar cuantos puestos vacíos aparecían en los graderíos del gobierno, de los partidos y de las organizaciones, en busca de preferencia en la distribución de los alimentos. La mitad de ministros del último gobierno Negrín eran personas desconocidas en Cataluña. Y era en Cataluña donde esa gente tenía que desenvolverse. Más allá, era la nada.

Que los ministros fuesen asturianos o vascos, solamente conocidos en sus aldeas de origen, no tenía gran importancia para los catalanes. Como no la tenía que no fuesen catalanes los policías que andaban pidiendo la documentación ni los guardias que detenían a las gentes, los automóviles y los carros de los campesinos. Lo que crispaba los nervios era que ellos y sus familias gozaban del privilegio de ser «hijos de Negrín», lo que equivalía a racionados extra de todo, de tabaco y de comida. Si alguien disponía de cajas de botes de leche condensada, eran los enchufados en el gobierno. Era inútil que la obrera catalana se esforzase por lograr un bote de leche. Si tenía un hijo enfermo, inútil que buscase un dedo de leche. A lo sumo, tendría que darle caldillo de las lentejas, debidamente colado.

Sí, los recién llegados se partían el pecho para lograr congruo enchufe gubernamental. Por su parte, el gobierno dilataba continuamente sus dependencias, con el fin de dar* la máxima cabida a los recién llegados susceptibles de ser fieles colaboradores suyos. Porque no había que olvidar que en Cataluña el gobierno Negrín tenía enfrente al de la Generalidad, al que humillaba continuamente. Igualmente, tenía enfrente a la CNT y a la FAI de Cataluña, de las que podía recibir un zarpazo capaz de hacerlo trizas. Cuantos más guardias y más familiares de guardias, mejor; cuantos más jefes de negociado, mejor, porque con ellos iban sus familias.. Lo importante era que no se sintieran solos los ministros y sus familias.

Los recién llegados y los autóctonos se toleraban forzosamente. Los autóctonos, realizando todos los trabajos y apechugando con las miserables lentejas; los recién llegados haciendo como que buscaban trabajo, no en las fábricas y talleres, sino en dependencias oficiales y en las secretarías de los partidos y organizaciones. Ya no eran luchadores. Si lo fueron un día, lo habían olvidado. Pasaron a ser peso muerto que por sus dimensiones ahogaba la vida de la región.

A su llegada, el gobierno Negrín desconoció y humilló al gobierno de la Generalidad. Nadie obligó al gobierno Negrín a dejar Valencia. Solamente el miedo le impulsó a aquella marcha injustificada. Era obvio que en Barcelona no cabían dos gobiernos. Pero, a la trágala, se plantaron en Barcelona. Y así en todo. Cinismo y grosería. El Partido Comunista se condujo con aires imperialistas en relación con el PSUC. El Comité nacional de la CNT, con el cabeza vacía de Marianet y el apático e indeciso Horacio Prieto, y sus secretarías llenas de asturianos, se plantaron en Barcelona, quisieron desconocer al Comité regional de Cataluña, emulando a la directiva de la UGT, que por ser unitaria y no federalista como la CNT, no tenía por qué andarse con remilgos en pasar por encima de la UGT de Cataluña.

El peor de los caos, resultante del peor de los gobiernos, que, como el de Negrín, era expresión de un gobierno sin orden. Todo lo contrario de lo que debe entenderse por plástica definición de la anarquía, que es un orden sin gobierno.

A marchas aceleradas se estaba produciendo la descomposición de la retaguardia. Como aluvión se abatían sobre Barcelona los fugitivos, ahora procedentes de los campos de Tarragona, de Reus, de Valls y de los Altos del Priorato y las comarcas colindantes con la provincia de Lérida.

Nunca como entonces se manifestaba la puerilidad de ciertas consignas y propagandas nuestras. Por ejemplo, la tan decantada de «pueblo en armas» que enternecía a los aficionados a la revolución hecha con palabrería y contra la que me revolví continuamente. No creía en el «pueblo en armas» ni en el hacer la revolución yendo a las barricadas con la teoría del pueblo en armas, que por igual pusieron en práctica anarquistas, republicanos, poumistas, comunistas, socialistas, con lo que algunos miles de fusiles y cartuchos quedaron sin entrar en combate cuando los necesitábamos en Aragón al ser creados sus frentes sin las obligadas reservas. No salieron a relucir ahora ante las formaciones militares franquistas que avanzaban por doquier. La gente, compañeros o no, al oír el retumbar de los cañones, recogía lo que más urgentemente podía necesitar y emprendía la evacuación. Los hombres, abriendo fila, con las mujeres detrás y la chiquillería agarrada a las faldas de sus madres.

Los principios ideológicos estaban por los suelos. Nada de lo que diferenció a las gentes tenía preeminencia. Las reacciones ante el cercano peligro hacían que las gentes tuviesen idénticas reacciones. Los anarquistas se comportaban como los marxistas, éstos como aquéllos, los republicanos burgueses como los proletarios. Lo primario se imponía. Si se trataba de adquirir comida, el recién llegado se la quitaba al autóctono a como diera lugar, y éste se la hubiese negado al forastero. A la hora de tener que abandonar el viejo hogar camino de la desdicha del refugiado, el que podía lo hacía en automóvil, y el que no poseía medios mecánicos de tracción, arreaaba para adelante arrastrando los enseres, para terminar arrastrando también el cuerpo.

Los partidos y las organizaciones entraban en la fase del fracaso colectivo. Los límites que separaban a unos de otros no pasaban de ser amontonamientos de palabras, que de nada servían ante la novedad de los problemas que no habían sido previamente estudiados. Cuando las circunstancias lo demandaban, esas palabras de nada servían: eran hechos lo que hacía falta. Ante el caos "que se nos venía encima, por las derrotas en los frentes de Cataluña y Aragón, por las avalanchas de refugiados, por las olas de rumores alarmistas de los quintacolumnistas, por el temor a una inminente sublevación de la retaguardia, cansada ya de todo, de discursos, de proclamas, del cinismo que andaba suelto por las calles, se produjo una sicosis de pánico que amenazaba con dar rienda suelta a la acumulación de rencores. En todos los órganos de la CNT, de la FAI y de la FUL la alarma tenía tensos a los militantes, muchos de los cuales ni regresaban a sus hogares a descansar, por temor a ser sorprendidos en sus lechos por la explosión de la ira popular.

Como siempre, se acudió a la reunión plenaria. Esta vez, los que hicieron la convocatoria se condujeron un tanto arbitrariamente, convocando Pleno de todo, de la CNT, de la FAI, de la FUL, desde los comités regionales a los locales de Barcelona, de los sindicatos y los grupos. La sala de actos estaba abarrotada de compañeros. Los que pudieron se sentaron en las butacas del amplio salón, y los que no, se apiñaban en los pasillos de acceso al mismo.

Era el 2 de abril de 1938. En aquel mismo salón, el 22 de julio de 1936, el Pleno regional de Locales y Comarcales se manifestaba con un rotundo no a mi proposición de ir a por el todo.

En aquella ocasión, afirmaba yo que sólo nosotros éramos sólidos y firmes, por lo que teníamos el deber de asumir todas las responsabilidades sociales y políticas. Y añadía que si la CNT, organización mayoritaria en el país, no hacía frente a los imperativos de la hora, dejaría un gran vacío en el que, por atracción física, nos sumiríamos después, creándose el caos allí donde hubiéramos debido crear un orden revolucionario.

Y, poco a poco, nos fuimos precipitando en el caos. Ahora, la asamblea plenaria tenía la misión de encontrar una base firme en el movedizo suelo en que nos movíamos. Pero la asamblea, no obstante contener a lo más granado del movimiento libertario, se consumía en la nada. Palabras, muchas palabras. Críticas elementales a cosas que debieron ser previstas. Pero proposiciones sobre qué hacer en tan graves circunstancias, no se manifestó ninguna. Estaban cegadas las venas de las dos grandes corrientes ideológicas, la reformista treintista y la revolucionaria faísta. Ambas corrientes convergían en una curiosa coincidencia: eran aptas para la crítica, pero estériles en cuanto a proposiciones.

Si la asamblea plenaria de todos los organismos de la Organización fracasaba y no hallaba una solución que sirviera, aunque fuese momentáneamente, de valladar a la tormenta que rugía en todas partes, era casi seguro que la catástrofe se produciría antes del amanecer. Y con la catástrofe, ríos de sangre humana a lo largo de las calles y de los caminos.

Cuando pedí la palabra, se produjo un silencio impresionante. Todos esperaban que yo hablase. Después, nadie más pidió la palabra ni hizo uso de ella. No hubo desacuerdos, ni entre los anarquistas inalterables en sus clásicas posiciones, ni entre los militantes procedentes del treintismo, de quienes era de esperar un intento de oposición. Interpreté el sentir unánime de la asambleaplenaria. ¡Lástima que no fuese así el 22 de julio de 1936!

Mi discurso fue sencillo. Argumenté que, rotos los frentes de combate, rotos en la retaguardia los frenos morales, los allí reunidos podíamos considerarnos como muertos, pues estábamos abocados al pánico colectivo, para el que carecíamos de freno de contención. Pero podíamos, no obstante, salvarnos, y con nosotros salvar la ciudad.

Para salvarnos, teníamos que restablecer la firmeza y la imperturbabilidad. Para ello, sobraban todos los comités, pues que ya no eran capaces de emitir directrices de salvación. Había que intentar el poder único y que éste diese las órdenes y las explicaciones necesarias en aquellos momentos de confusión en que se había perdido la aptitud de escuchar y de razonar. Debía elegirse un Comité ejecutivo, con todas las facultades para hacer y deshacer, con la misión de contener el pánico y el caos, aunque se resintiesen los principios del anarquismo.

Habría de resultar curiosa la práctica de aquel Comité ejecutivo. Se trataba de un segundo intento de órgano de dirección en un proceso revolucionario de contenido anarcosindicalista, típicamente rojinegro. El primero se realizó en circunstancias eufóricas de la revolución, con la creación y funcionamiento del Comité de Milicias.

Ya creado el Comité ejecutivo, se le dio el cometido de establecer un orden donde reinaba una situación de pánico. Las circunstancias no eran favorables. Ya no estábamos en el principio de la revolución, sino en sus postrimerías, cuando la revolución yacía degollada para dar primacía a la guerra, y la guerra tocaba a su fin.

El Comité ejecutivo se constituyó con representaciones de las tres ramas del movimiento libertario, la CNT, la FAI y la FUL. La CNT, con Juan Doménech, José Asens, Francisco Isgleas y yo. La FAI, con Abad de Santillán, José Xena, Aurelio Fernández y Germinal Esgleas. Y la FUL, con Fidel Miró.

¿Qué resoluciones tomó el Comité ejecutivo? Prácticamente ninguna. A nadie fusiló, a nadie destituyó, a nadie castigó. A Jacinto Toryho, buen periodista, director de *Solidaridad Obrera*, órgano diario de la CNT en Cataluña, le admitió la dimisión. Toryho estaba acostumbrado a presentar continuamente la dimisión. Le gustaba hacerlo, porque al no serle admitida quedaba su vanidad halagada.

El funcionamiento del Comité ejecutivo era sumamente ágil. Al principio, se reunía todas las tardes, para acordar reunirse al día siguiente. Los asuntos en trámite, si los había, eran atendidos por su presidente, cuya elección se hacía para un período semanal. Siendo rotatoria la presidencia, todos pasaban por ella y era un prurito no acumular asuntos sin resolver, lo que al entregar el mandato-hubiera constituido prueba de incapacidad.

Al recaer en el Comité ejecutivo la responsabilidad de estudiar y resolver los asuntos graves, los demás comités, de Sindicato, de Federaciones locales y comarcales, el Comité regional, los de los grupos y los de las Juventudes, se encontraron, de pronto, ante una paz desconocida.

El Comité ejecutivo se impuso moralmente no por lo que hacía sino por lo que se suponía que podía hacer: tomar medidas y resoluciones drásticas. Su gran acierto fue no tomar ninguna de esas medidas. Así, su vida se fue extinguiendo en medio del respeto de todos, habiendo logrado el principal objetivo para el que fue creado: vencer el pánico, contener la caída en el caos. Todavía pudo haber servido para algo más si las circunstancias lo hubiesen requerido: dotar a Cataluña de un órgano de dirección casi perfecto, de haber ocurrido lo que para mí era inevitable, la reacción antinegrinista y la vuelta a las circunstancias emergentes de los primeros tiempos de la revolución. No fue así. Pero pudo haber sido.

Cuando se disolvió el Comité ejecutivo, apenas si hubo quien se enterase. Simplemente, dejó de funcionar.

En la recta final

La paz —relativa paz— que dejó el Comité ejecutivo no duró siempre. En el otoño de 1938, con la caída de las hojas, cayeron las pocas ilusiones que tenían los que necesitan una fe en algo, una esperanza en el mañana.

Negrín dio a conocer sus famosos trece puntos para una paz negociada. Habiendo fracasado todas las tentativas ocultas de pactar con Franco, se lanzó inopinadamente a hacer públicamente a Franco una oferta de paz.

El efecto que produjo en la población civil y militar fue tan consternador que las gentes no sabían si reír a carcajadas, prorrumpir en alaridos o llorar. Se quedaron todos —como dicen los madrileños— «como quien tiene ganas de mear y no echa gota».

La Oficina de propaganda de la presidencia del gobierno pasó a los directivos de todos los partidos y organizaciones un memorándum en el que se detallaban, de manera cínica, las ventajas que podían sacar de la aceptación de los trece puntos. Parecía como si a las condiciones que establecían los trece puntos de Negrín, sólo les faltase nuestra aprobación para que fuesen puestas inmediatamente en práctica. Como si las condiciones de paz no fuesen dirigidas a Franco, sino a nosotros. Y se nos apuraba para su rápida aceptación, para evitar que Franco se echase atrás.

Ya en poder del Comité nacional de la CNT los trece puntos y el memorándum, tuvimos que aguantar la catarata de palabrería a que nos estaban acostumbrando Marianet y su asesor político, Horacio. Por las buenas o por las malas teníamos que dar por magníficos los trece puntos de Negrín. Porque —nos decían— bueno era recordar que algo parecido «habíamos dicho» en el curso de casi tres años de colaboración; «dijimos algo parecido en tal fecha»; «se acordó algo semejante, pero no igual, pero casi lo mismo, en tal otra circunstancia». Se desarchivaban fragmentos del pasado que parecían

concordar con la sabiduría que ofrecía a los franquistas una paz ensartada entre trece condiciones de capitulación.

Hacia unos meses que la CNT y la UGT habían llegado a acuerdos de carácter económico, político y militar. Se daba a entender entonces que en cosa de días todos aquellos acuerdos se traducirían en leyes y serían llevados a la práctica. Si bien no se realizó ninguno, ahora, a solamente unos meses de distancia, en los trece puntos se echaba todo abajo: nada de municipalizaciones, de colectivizaciones ni de nacionalizaciones. Vuelta total al régimen de explotación de antes de la revolución, justamente lo que prevalecía en la zona franquista.

Con los trece puntos en la mano, nada impediría a Negrín intentar el truco de la «baraja escondida». Dio resultado a quienes antes que él lo habían intentado. Se dijo y propaló a todos los vientos que de la aprobación unánime del plan por todos los sectores integrantes del gobierno y del Frente Popular dependía que las personas más influyentes de la política pusiesen en marcha sus buenos oficios cerca de Hitler y Mussolini y lograsen que Franco se aviniese a entablar negociaciones de paz.

Mientras tanto, retrocedíamos continuamente y ya se veía que no nos tendríamos hasta la frontera francesa.

Una vez más me decidí a intervenir. Para entonces, ya había sido liberado de toda representación. No pertenecía a ningún Comité. Desde que la FAI adoptó, en mi ausencia y en ausencia del grupo «Nosotros», el acuerdo de dejar de ser una organización de grupos de afinidad, convirtiéndose en un partido más, a base de anónimas individualidades, dejé de pertenecer a la FAI, en la que siempre me sentí muy incómodo. No tenía ningún cargo político ni militar. Aunque con menos ruido que en la UGT, en la que de la noche a la mañana se despojó a Largo Caballero de todo cargo representativo, sindical, político y militar, la resaca contrarrevolucionaria estaba demoliendo también en nuestros medios a los viejos prestigios de la colectividad. Sobraban, resultaban fastidiosos los héroes. Los comités, ocupados por burócratas que no lucharon en julio, ni antes ni después, se sentían molestos por la presencia de quienes habían colocado en la más alta cima las banderas rojinegras del anarcosindicalismo.

Así era en todas partes. Solamente el Partido Comunista trabajaba para afianzar el valor simbólico de su gente, de arriba o de abajo. Los comunistas lograron que otros elementos propusieran la creación de la Placa de la Defensa de Madrid, para perpetuar la memoria de quienes se hubiesen distinguido en la defensa de la ciudad, en el pasado, en el presente y en el futuro.

En términos generales, no parecía mala la idea. En la práctica, resultaría pésima. El problema, para los comunistas y filocomunistas, era que ni ellos ni los socialistas ni los republicanos tenían héroes que hubiesen dado la vida en defensa de Madrid o que se hubiesen distinguido con sus aportaciones relevantes. Aún hoy, revisando detenidamente las listas de muertos en el frente de Madrid, tumba de miles de heroicos defensores —de todos los bandos y de todas las tendencias— no aparece entre ellos ningún dirigente de grande o mediana importancia de los sectores comunistas y sus adyacentes. Solamente los anarcosindicalistas se habían distinguido, con el ejemplo de sus vidas inoladas, o con el acierto de sus actuaciones, en la defensa de Madrid.

El compañero Teodoro Mora, secretario del Sindicato de la Construcción de Madrid, militante de mucho prestigio entre los trabajadores madrileños, compañero inseparable de Cipriano Mera, murió uno de los primeros días de lucha. No se le concedió la placa de la Defensa de Madrid.

El compañero Buenaventura Durruti, héroe de la defensa de Madrid, muer-

to ante el enemigo. No se le concedió la placa de la Defensa de Madrid.

El compañero Ricardo Sanz, que participó durante seis meses en las más duras luchas en el frente de Madrid, adonde acudió para sustituir a Durruti. No se le concedió la placa de la Defensa de Madrid.

El compañero Cipriano Mera, el anarcosindicalista de más significación de Madrid, en lucha desde los primeros días conduciendo las unidades confederales, y que mandaba las tropas que en el frente de Guadalajara vencieron a las fuerzas italianas. No se le concedió la placa de la Defensa de Madrid.

A la *dilettante* del revolucionarismo, con carnet del Partido Comunista, Margarita Nelken, que desempeñó funciones de retaguardia, se le dio la placa de la Defensa de Madrid.

Como ella, cuantos recibieron la placa de la Defensa de Madrid eran comunistas con carnet o criptocomunistas.

Sí, había que esforzarse por poner fin a la etapa negrinista-comunista. Un denso manto de tristeza se abatía sobre Cataluña. Barcelona vivía la angustia de una revolución burlada y pisoteada. Ya no quedaban en pie ninguna de sus grandes realizaciones. Los trabajadores catalanes vieron nacer y contemplaron morir cuanto había surgido al conjuro de su inspiración. Cuanto les llegaba del Comité nacional de la Alianza Obrera de la CNT y la UGT, o del Frente Popular, eran textos que sabían excesivamente a ramplonería burocrática, que denunciaban el alejamiento de los medios proletarios de quienes los concibieron y escribieron.

Los ministerios y sus servicios se instalaban en pueblecitos alejados de Barcelona, de cara a la frontera de Francia. Se sabía que ya no llegaban armas ni municiones para reponer las bajas en el ejército. No obstante, eran llamadas a filas más quintas de las que podían ser preparadas para el combate, quedando prácticamente paradas las fábricas y los talleres indispensables a la defensa nacional. Lentejas y víveres del racionamiento se repartían o no se repartían, ignorándose si era debido a su agotamiento o a alguna consignatendente a envilecer a la población de Cataluña, fiel a la CNT y desdeñosa de la amalgama comunista-negrinista.

Se llegó a temer que cualquier día nos despertaríamos con la noticia de la huida del gobierno Negrín al extranjero, dejándonos sin alimentos, sin armamentos y sin municiones.

Me propuse intentar la preparación para un enfrentamiento decisivo. Al efecto, promoví una reunión en mi casa de aquellos compañeros que podían, si querían, hacer marchar adelante la empresa y que representaban a todas las tendencias de la organización sindical y específica de Cataluña: J. Juan Doménech, Juan Peiró, Federica Montseny, Francisco Isgleas y Germinal Esgleas. Ellos también debían sentir la angustia del momento, porque acudieron todos puntualmente. Ninguno se escudó tras la irregularidad orgánica de mi convocatoria.

Cuando estuvimos reunidos, les dije:

—Ya no es tiempo de apelar a otra Asamblea plenaria para la creación de otro Comité ejecutivo. Lo que ahora haya que hacer, si todavía queda algo que pueda hacerse, debe ser emprendido con urgencia y en el máximo secreto. Es de esperar una coincidencia en el cumplimiento de un deber ineludible: velar por la vida de los compañeros. De aquí a Francia son todavía muchos kilómetros. No debe ser cosa de irlos dejando en los recodos de cada camino. Después, al llegar a la frontera, debe obtenerse el paso y el derecho de residir, de trabajar y de vivir, ¿Creéis que eso sea posible con el gobierno Negrín? ¿Pueden admitirnos con el marchamo de comunistas en la frente? Dada la ostensible dependencia de Negrín del gobierno soviético, ¿se nos po-

dría tolerar en Europa? Yo he resuelto ya todas estas cuestiones con un no. En cambio, a nosotros se nos conoce por anarcosindicalistas, pero también se sabe que no obedecemos a ningún gobierno extranjero. Podríamos aspirar, con la ayuda de un sector republicano como el de Martínez Barrio, a constituir un gobierno para poner fin a la guerra salvando la mayor cantidad posible de compañeros, de antifascistas y de gente que sienta su vida amenazada, sin perjuicio de continuar la lucha hasta la misma frontera francesa aquí y hasta el litoral en la zona Centro-Levante-Sur. Nada de lo que os digo es seguro. Pero sugiero que hoy mismo se inicien las gestiones cerca de Martínez Barrio para interesarle en esta empresa. Y, de ser necesario, llevar el asunto al presidente Azaña, y acaso asociar al empeño al presidente de la Generalidad, Luis Companys.

—Me parece bien pensado —dijo Juan Peiró—. Sólo que no importa lo que podamos acordar; ya es demasiado tarde. Pero siquiera que no pueda decirse que nadie se preocupó de la suerte que pueda correr el común de la gente. Convengo, por consiguiente, en ello y podéis contar conmigo para todo lo que sea menester.

—Yo también creo que es tarde para imprimir un cambio de noventa grados a la marcha que llevamos hacia esa catástrofe. Sin embargo, opino que debe intentarse. Creo que causaría sensación en el mundo el anuncio de que los anarquistas han asumido el gobierno de España desplazando a los comunistas —dijo Federica Montseny.

—Yo no creo en nada. Sé que esta tragedia la hemos de vivir hasta apurarla. Pero, por si pudiese suponer una esperanza, contad conmigo —expresó Francisco Isgleas.

—Y conmigo —dijo Doménech.

Germinal Esgleas se expresó del modo siguiente:

—Todos estamos de acuerdo, hasta en el opinar que ya es demasiado tarde. Sin embargo, debe intentarse su puesta en práctica. ¿Has pensado en cómo llevar a cabo las gestiones?

—Lo he pensado. Las gestiones deberían hacerlas los secretarios regionales de la CNT y de la FAI, acompañados de Juan Peiró y Federica Montseny.

—¿Y tú no? —interpeló Federica.

—Yo no. Si llega el caso, mi nombre y mi persona podéis utilizarlos con entera libertad.

Había llegado el momento de acabar con la tutela de Negrín y de los comunistas. El fin sería igual al principio. Anarquistas, anarcosindicalistas, libertarios y liberales unidos en un idéntico propósito: poner fin a la guerra o luchar hasta el último palmo de terreno. Todo dignamente ejecutado. Como en tiempos del Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña.

—Interesantísima iniciativa. Pero llega demasiado tarde —expuso Martínez Barrio.

—Muy interesante lo que me sugieren. Yo había pensado en una solución parecida —fue la contestación de Manuel Azaña—. Pero no queda tiempo para intentarla.

La mañana del 23 de enero fui al Ministerio de Estado en busca de pasaporte diplomático. Ya no encontré al ministro, Alvarez del Vayo. Según me explicó su secretario, hacía veinticuatro horas que había abandonado Barcelona, en dirección de Figueras. Me informó el secretario —que ya lo tenía todo preparado para salir también— que desde hacía tres días habían empezado a evacuar la ciudad todos los ministerios y sus dependencias. Por lo que le habían informado, lo mismo hacían los del gobierno de la Generalidad. Y con todo el

aparato gubernamental español y catalán, los directivos de los partidos y las organizaciones antifascistas, con excepción de los órganos directivos de la CNT y la FAI, que, según le habían informado, todavía dudaban en si debía hacerse o no resistencia en Barcelona. Según su opinión, si alguien se empeñaba en resistir, sería un verdadero suicidio. Era materialmente imposible toda defensa, pues se habían dejado agotados todos los depósitos de alimentos, armas y municiones. Ignoraba si el dejar la ciudad sin elementos de defensa se debía a no querer dejar nada en manos de los fascistas o para impedir que los de la CNT y la FAI se alzasen con el gobierno, resistiesen unos meses y dejasen en ridículo ante el mundo a Negrín.

—Puede usted creerlo: por mí, ojalá ocurriese el milagro. Crea usted que yo me quedaría. Pero no hay nada que hacer. Tal como han dejado la ciudad, hasta las ratas tendrían que abandonarla.

Al salir del Ministerio de Estado, con pasaporte diplomático en el bolsillo firmado por el secretario general del Ministerio, me dirigí al Comité regional de la CNT. Del Comité regional solamente quedaba el compañero Aldabalde-treco, delegado del Sindicato Fabril y Textil. Me explicó que lo habían dejado de guardia, por si algo se pudiese ofrecer. En el edificio CNT-FAI se estaba quemando lo que quedaba de archivos.

—El Comité regional —me dijo— está en reunión continua en una casa de las afueras de Barcelona, pendiente de lo que acuerden el Comité nacional y el regional de la CNT, que con el peninsular y el regional de la FAI y de las Juventudes están en reunión permanente. Desde donde están han preguntado por ti, muy interesados en localizarte.

—¿Quién te habló? —le pregunté.

—El nuevo secretario, Francisco Isgleas.

—¿Te dijo de qué se trataba?

—No, no me lo dijo. *Pero, Joanet, no et deixis enredar* —me contestó aquel excelente compañero vasco—. Cuenta conmigo, pero *no et deixis enredar*.

En aquel momento apareció Aurelio Fernández. Venía de donde estaban reunidos los comités de la Organización y de la FAI. También tenía el encargo de decirme que los comités deseaban hablar conmigo. Tenía yo que sorprenderme un poco de tan reiterado deseo. Llegué a pensar que el secretario general del Ministerio de Estado estaba muy bien informado, ya que todo parecía indicar que efectivamente, ¡al fin!, los comités de la CNT, la FAI y la FUL se disponían a dar el ejemplo de resistir, por una causa sentida, ¡hasta la muerte!

La realidad sería otra. Cuando al fin llegamos a la finca donde estaban reunidos, que se encontraba muy distante del centro de la ciudad, penetramos en ella Aurelio y yo. Como si estuviese montando guardia, el compañero Emilio Maldonado, delegado al Comité nacional por la Federación de Tabaqueros, nos recibió y atendió.

Le dije que deseaba hablar con Jaime Nebot, delegado de Espectáculos públicos en el Comité regional de la CNT de Cataluña, y de ese Comité en el Comité nacional. Con Nebot podía contar para cualquier emergencia. Y antes de penetrar en la reunión de los comités, para no ser cogido de sorpresa, quise hablar con él para informarme de lo tratado.

Tenía motivos para estar receloso. Las circunstancias no podían ser más graves. Cierto, también, que en los comités reunidos había muy buenos compañeros, de quienes poder fiarse. Pero en los tres comités reunidos, por la propia gravitación de los cargos, acentuada por la emergencia, las decisiones quedaban bajo el control de unas seis personas que venían siendo sus piezas claves: Esgleas, Abad de Santillán y Federica Montseny, que dominaban la FAI. Ninguno de ellos era activista. Nacieron para burócratas.

Marianet, Horacio Prieto e Isgleas, que en aquellos momentos dominaban la CNT. Ninguno de ellos era activista. Con marcadas inclinaciones burocráticas.

Fidel Miró y Serafín Aliaga, que dominaban las Juventudes Libertarias. Muy pasivos, nunca fueron activistas. Muy habladores, llevaron un juego que nunca me expliqué. Aliaga se había hecho sospechoso por sus manifiestas inclinaciones procomunistas.

Germinal Esgleas, Abad de Santillán, Federica Montseny y Marianet fueron quienes embarcaron a Durruti «para que fuese a salvar a Madrid». Lo lograron de tal manera que quince días después Durruti estaba muerto.

No cabía desestimar la advertencia de Aldabaldetresco. Se trataba de un magnífico compañero, culto y desinteresado. Buen activista, formó valientemente los días de julio, no separándose de mí en los momentos difíciles.

Volvió Emilio Maldonado acompañado de Nebot. Contra su costumbre, Nebot no apareció con la amplia sonrisa que siempre tenía en el rostro. Estaba tan serio que parecía venir de un funeral. Nos llevó aparte a Aurelio y a mí.

—Nunca lo habría imaginado. Han acordado dos cosas. La primera, abandonar en seguida Barcelona y trasladar los comités a Figueras. La segunda, encargar a García Oliver que se haga cargo de la defensa de Barcelona. Si entras, Juan, ya sabes lo que te espera.

Reaccioné rápido.

—Dentro de media hora les das, de mi parte, el siguiente recado: si quieren quedarse en Barcelona y desean tratar de la defensa de la ciudad conmigo, los esperaré en mi casa de la plaza de Molina. Que en la puerta de la casa hay una boca de metro y que, abajo, junto a la estación, existe un ramal de túnel sin terminar, actualmente depósito de explosivos, pero en el que podríamos establecer un magnífico puesto de mando, al abrigo de los bombardeos. Si a las nueve de la noche no se han decidido, yo también abandonaré la ciudad.

—Muy bien, Juan. Si ellos van, yo también iré. Con Aldabaldetresco, pues estamos de acuerdo los dos.

—¡Salud, Nebot!

—¡Salud los dos!

Aurelio y yo esperamos hasta las nueve en mi casa. Nadie vino. En la puerta esperaba José, el compañero fuera de quintas que conducía el automóvil. Sin más equipaje que un cepillo de dientes y medio tubo de dentífrico, y el fusil ametrallador Thomson, abandonamos el piso y partimos, ya oscura la noche, llevando a mi hermana Mercedes y a su hijito, refugiados conmigo desde que su compañero fue incorporado al ejército y hubo de abandonar la secretaría de la colectividad agrícola de Vilaseca, en la provincia de Tarragona, de donde vino ella con unos sacos de avellanas y aceiteras con aceite de oliva que no llegamos a utilizar por carecer de qué freír.

La carrera por donde nos encaminamos hacia Figueras estaba ocupada por toda clase de vehículos en los que huían quienes podían hacerlo montados en algo. Los que carecían de medios de transporte marchaban a pie. Mi hermana Mercedes, al caféo mujer de pueblo, se empeñó en llevar consigo ropas suyas, del hijo y de su compañero, al que confiaba encontrar, no sabía dónde. Toda aquella ropa y unos puñados de avellanas los puso en un saco que ocupaba casi todo el auto, el cual carecía de maleta trasera. Así llegamos a Figueras, de donde nos fuimos a La Junquera, donde Aurelio tenía familiares llegados de Asturias, a los que pensábamos encargar el paso de la frontera de Mercedes y su hijo.

Difícil me sería decir cómo y dónde pasamos el tiempo los días 24, 25 y 26

de enero, cómo nos las arreglamos para comer algo y dormir. Gerona, Figueras y todos los pueblecitos a la redonda estaban abarrotados de fugitivos. Por las carreteras seguían llegando más refugiados. Como montones de gusanos se entrecruzaban, tropezando unos con otros, chocando las maletas con los sacos llenos de cosas innecesarias ya. Todos los rincones estaban ocupados y también los zaguanes de las casas.

Eso éramos los refugiados, sin haber cruzado todavía la frontera y pasar a ser refugiados en el extranjero: ¡Gusanos!

¡Pero no llores, vencido, que no siempre fuimos así! ¡Recordadlo vosotros los que venís tras de nosotros, lanzándonos los tanques italianos encima! ¡Recordadlo vosotros también, los que nos ametralláis desde los aviones alemanes!

¡Pudimos con el ejército! ¡Sí, os vencimos en el «Chiringuito» del Paralelo de Barcelona! Para los militares vencidos, dije: «Llevadlos al Sindicato de la Madera».

¡Pudimos con el ejército! ¡Y os vencimos en la encrucijada de Ramblas y del paseo de Colón! Para los militares vencidos, dije: «Llevadlos al Sindicato del Transporte».

Día largo e interminable, día de treinta horas del 18, 19 y 20 de julio de 1936. No lo olvidaremos nunca. Solos, vosotros y nosotros, ¡os vencimos! Fuimos los vencedores y porque lo fuimos nos conducimos generosamente con vosotros, cuando ya habíais abandonado las armas, y con los puños apretados, tensos los nervios, mirando al suelo, esperabais ser fusilados.

Al atardecer del 27 de enero salíamos de España por el paso de La Junquera, penetrando por Le Perthus, donde dejamos las pistolas en un montón que de ellas había junto a la puerta de la gendarmería, donde nos sellaron los pasaportes y nos dieron el paso libre a Francia.

Cuando salíamos de la oficina de la gendarmería, nos topamos con Francisco Largo Caballero y Luis Araquistáin. No nos quedaba nada de los adornos de antes. Ellos y nosotros habíamos perdido ahí, a sólo un paso, los distintivos con que los Estados adornan los tratamientos de sus altos servidores.

La contrarrevolución interna en los partidos y en las organizaciones había andado mucho y aprisa. A Largo Caballero, líder que fuera de la UGT y del Partido Socialista, lo dejaron de soldado raso. Pudo la contrarrevolución hacer eso con él. Exactamente lo que la contrarrevolución hizo conmigo: también pasé a soldado raso.

El y yo salíamos de España tan pobres como nos habíamos incorporado al movimiento obrero. Con excepción de algunos lidercillos de última hora, los militantes de la CNT y de la UGT darían al mundo del trabajo el ejemplo de una santa honradez.

Nos despedimos.

—¡Agur! —es lo que solía decir Largo Caballero.

—¡Agur! —le contesté.

Nunca más volveríamos a encontrarnos.

Por las calles de Perpiñán estuve deambulando desde el 27 de enero hasta el 2 de febrero. Lo único que me retenía en la capital del Rosellón era el interés por saber de los compañeros anarcosindicalistas que habían quedado en las poblaciones cercanas a la frontera francesa. Pasaban los días y si bien se veían por las calles tipos de españoles que iban y venían, me daba cuenta de que, en general, el grueso de la militancia confederal no había pasado por Perpiñán o se encontraba todavía en las ciudades y pueblos gerundenses. Posible-

mente, una gran parte estaría en los picos pirenaicos, en espera de la oportunidad de pasar a Francia.

Tuve el arranque de dirigirme a la prefectura de los Pirineos orientales, a solicitar visado de ida y vuelta a España «para asuntos oficiales», lo que iba respaldado por mi pasaporte diplomático. Me lo dieron, y el 2 de febrero me interné de nuevo en España. La carretera a Figueras, y los caminos que cruzaba, ponía los pelos de punta. Eran miles los que se agolpaban en las cunetas. Mujeres, hombres y niños. Soldados armados unos y desarmados los más. Guardias de Seguridad y Asalto en servicio de vigilancia o desertores ya. Los automóviles y los camiones llevaban una sola dirección, hacia adelante, hacia la frontera. Para atrás, rumbo a Figueras, solamente yo marchaba, a pie. No sé si fue en Culera donde me dejaron subir a un automóvil que todavía iba a Gerona. Al llegar a Figueras descendí. Pronto me encontré de cara con el compañero Silvestre padre, presidente del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona. Me contó que, con sus mujeres e hijos, se encontraban allí casi todos los compañeros del Comité del Sindicato. Entre todos custodiaban los bienes del Sindicato, consistentes en un saco de billetes del Banco de España. Le dije que si eran billetes del tiempo de Negrín, daba lo mismo que los quemasen, pues en el extranjero carecían totalmente de valor.

—Es lo que acaba de decirme Germinal Esgleas en el Comité regional de Cataluña. Y ciertamente que todos son billetes negrinistas. ¡El hijo de...!

Me acompañó Silvestre adonde se encontraba el Comité regional de Cataluña. Los encontré a todos atareados llenando con los nombres de compañeros unas hojas que habían de servir, si la gendarmería las admitía, como sustitutos de pasaportes.

Le pregunté a Germinal Esgleas por qué no daban la consigna de ir cruzando la frontera, de manera que la presencia de los españoles en Francia fuese admitida como un hecho consumado. Me contestó que lo mismo opinaba él, pero que estaban esperando las orientaciones del Comité nacional, que, a su vez, estaba pendiente de lo que dijese el gobierno Negrín.

—¿Y dónde se encuentran Negrín y su gobierno?

—Eso quisiera saber yo. Lo peor sería que ni el Comité nacional tuviese contacto con Negrín, y que tanto él como Alvarez del Vayo ya estuviesen en París.

—¿Puedes decirme dónde se encuentra el Comité nacional? —le pregunté.

—Está en un pueblecito cerca de la frontera. Haré que un compañero te lleve. Tenemos un pequeño automóvil. Y a ver si logras convencer al Comité nacional de que oriente en lo que debe hacerse. Aquí, ya estamos agotando los papeles de identificación que entregamos a los compañeros conocidos. Y después, ¿qué?

Pasé la noche en Figueras. Muy temprano, el día 3 de febrero, me condujeron al pueblecito —creo que San Juan de las Abadesas— donde moraba el Comité nacional. Se trataba de una casa de payés. Allí se encontraba el compañero Simón Radoviski, que hacía años en Buenos Aires ajustició a un coronel del ejército y malísimo jefe de policía, por lo que había pasado muchos años en las prisiones de la Tierra del Fuego. Y ahora, montando la guardia, con una tercerola, para defender vidas y enseres del Comité nacional. Igualmente estaba allí Jaime Nebot. Y finalmente Marianet, con un enorme flemón que le hacía la cara monstruosa. Se tocaba con una boina llena de briznas de paja, sujeta con un pañuelo de los llamados de hierbas, que por la garganta le daba la vuelta a media cara.

—¿Qué esperáis aquí? —le pregunté.

—Apenas lo sé yo mismo. Los asturianos que van con Segundo Blanco me prometieron que me tendrían al corriente de la marcha de las gestiones que

hace el gobierno para lograr la entrada legal de todos los españoles que quieran ir a Francia. Pero desde ayer por la mañana no he vuelto a verlos. ¿Tú qué opinas?

—Opino que si están haciendo esas gestiones nada lograrán, porque es obvio que no tenemos gobierno. Un gobierno puede gestionar dando algo. ¿Qué puede ofrecer el gobierno Negrín? ¿Qué puede hacer el gobierno francés con una avalancha de un millón de españoles? Estamos en un punto muerto. El gobierno francés, que no es malo, no puede conducirse como gobierno bueno. Demorará las gestiones hasta que el problema se resuelva por sí mismo.

—¿Cómo será eso?

—Pues o los españoles se deciden a cruzar la frontera, con permiso o sin permiso, o los franquistas, corriendo desde los altos de Aragón por los picos pirenaicos, llegan y copan a todos los republicanos.

—Entonces, ¿qué cabe hacer?

—Convocar rápidamente un Pleno de Regionales, si es posible. Si no resulta posible y puedes enviar delegados a los comités regionales, diles que den la consigna de que toda nuestra gente, con o sin pasaporte, por todos los caminos se acumule en los puestos fronterizos y vea de cruzarlos por donde pueda creando con ello una situación de hecho, que acaso permita al gobierno francés apelar a una colaboración mundial respecto a los refugiados españoles. Lo más importante, y que machaconamente debe comunicarse a los compañeros, es que nadie debe plantear situaciones de fuerza con los franceses y sus autoridades. Todos deben comprender que estamos vencidos. Y que no volveremos a ser nada hasta que logremos retornar a España. ¿Me has comprendido, Marianet?

—Sí. Poco podré hacer. Ya ves cómo tengo la boca. Pero enviaré los emisarios a los comités regionales... Una cosa, Juan: ¿te vas a París?

—Haré lo posible por llegar a París.

—Yo también. Búscame con Facundo Roca. ¿Quieres?

—Sí, lo haré.

Me despedí de Marianet, de Nebot y de Simón. Paso a paso, me dirigí al túnel de Port-Bou; para ver de tomar un tren que me condujese a Perpiñán.

Ya en el túnel, hube de presentarme al puesto de control militar nuestro, que hacía de Comandancia militar, sin cuyo visado no podía pasarse más allá; o sea, todavía no se podía salir legalmente de España sin el correspondiente pasaporte. No encontré inconveniente en obtener el permiso de salida y en que me fuese facilitado el paso al lado francés.

El comandante militar de aquella parte de la frontera era mi antiguo conocido y buen amigo, el coronel José Villalba, a quien los comunistas habían querido —y lo hicieron— humillar, urdiéndole un proceso por supuesta traición por la pérdida de Málaga. Después tuvieron que reivindicarle y hasta darle un puesto de mando en la vigilancia militar de la frontera. Al despedirnos, nos abrazamos.

Como no iba a ninguna parte, no tenía prisa en llegar. La mente, siempre atenta a impedirme la caída en la nada, me planteó la gran cuestión: ¿Valió la pena sacrificar la pureza de los ideales por la derrota que ahora vivíamos? ¿Son siempre tan tristes las revoluciones? ¿Cómo habría sido nuestra revolución si el Pleno de Locales y Comarcas de la Regional de Cataluña del 23 de julio hubiese aceptado ir a por el todo?

No habría existido el Comité de Milicias; no habría existido gobierno de la Generalidad; no habría existido el gobierno de la República; no habrían existido las Brigadas internacionales, ni el Comisariado. Nada de cuanto se hizo se hubiera hecho. ¿Qué habríamos hechos nosotros? ¿Cuales hubieran

sido los órganos políticos, jurídicos, económicos, militares de que habríamos dotado a la revolución?

Inquietantes preguntas. Y éstas seguían en tropel, empujándose por hacerse sitio en la mente. ¿Cómo habríamos hecho la guerra? ¿La habríamos hecho de posiciones, o habría sido radial y activa? De haber ganado la guerra, ¿cómo habría sido nuestra paz? ¿Paz humana, de acuerdo con nuestra ideología anarcosindicalista, como intentamos que fuese nuestra conducta desde el Comité de Milicias? ¿No la paz con los fusilamientos en masa que estaba realizando el enemigo en los pueblos y ciudades que ocupaba?

¡Dejadme que marche tranquilo a la existencia que me espera! ¿Concibo siquiera lo que es la existencia del refugiado? ¿Tengo idea de lo que es ser hombre sin patria, sin derechos políticos, sin ninguna clase de derechos?

Seré un paria. Ser refugiado es ser un paria.

4 El anarcosindicalismo en el exilio

Voy llegando al fin de esta especial manera de escribir unas memorias. Las que escribí para que fuesen editadas. Con la esperanza de que llegasen a ser pródigas en enseñanzas. Sin embargo, tengo mis dudas. No estoy del todo seguro de que puedan tener alguna utilidad. Acaso contengan demasiadas verdades. O lo que me imagino que lo sean. ¿Cómo discernirlo?

Pertenecer desde el nacimiento a una determinada clase supone tanto como estar marcado con hierro al rojo. Y es lo que me ocurre a mí. Nací obrero. Es posible que las narraciones contenidas en este libro adolezcan de lo que podría llamarse mira proletaria, o estrechez de miras. Pero he querido exponerlas con un estilo proletario.

Hemos tenido, los obreros de la Confederación Nacional del Trabajo, los anarcosindicalistas, muchos defectos. Hemos sido igualmente poseedores de grandes virtudes. Equivocados o no, nos movimos noblemente con el impulso que nos daban los tiempos que vivíamos.

No nos faltó grandeza para bien morir. Como la tuvo Aldabaldetresco, que llegó al Sanatorio Español de México, lo revisaron los médicos, lo acostaron las enfermeras, se volvió de cara a la pared y murió.

¡Salud, «Tresco»!

En la resaca

Ya estoy en Francia. Acabo de llegar a París. Soy uno más de los que afluyen a la capital francesa. Por doqu'er me cruzo con españoles. Son como yo: briznas que la ola de las pasiones, en su retroceso, irá dejando en los cuatro puntos cardinales del mundo.

Los españoles van entrando en Francia, unos desordenadamente, otros formados en sus unidades militares. Dícese que la División 26, la antigua Columna Durruti, al mando de Ricardo Sanz, entró en tan correcta formación, que al pisar tierra francesa le rindieron honores militares las fuerzas francesas que custodiaban la frontera.

Lo que está haciendo el gobierno francés no es nada agradable. Pero es lo único que está a su alcance: meter aquella avalancha de gente, viejos, jóvenes y niños, mujeres y enfermos, en campos de concentración.

El gobierno francés cumplió el principal objetivo de aquella hora, cuyas campanadas fueron recibidas con oídos sordos en CASI todo el mundo. El principal imperativo era salvar la vida de cuantos iba dejando el oleaje en su retirada. Eso lo hizo el gobierno francés. Si se quería más humanidad en el trato y acomodamiento de tantos miles de refugiados, los países civilizados del orbe deberían haber acudido en ayuda de Francia para aliviarla de carga tan pesada. Se necesitaban muchos buques en los puertos franceses para cargar tanta humanidad doliente. No se veía ninguno.

Muchos países habrían podido enriquecerse al acudir en salvamento' de la masa de refugiados españoles, enorme riqueza potencial, susceptible de poner a flote a muchas naciones de agricultura incipiente, sin industrias, condenada a pudrirse en los campos de concentración de Francia.

México llevó unos miles. Chile, en menor escala, hizo otro tanto. La guerra universal paralizaría aquellas muestras de inteligencia y de buena voluntad. Empero, en pequeñas cantidades, los refugiados españoles llegaron a todas las naciones del orbe y crearon una nueva dignidad: la de refugiado.

En París, lo primero que hice fue buscar a mi mujer, Pilar. Se encontraba, desde unos días antes, en una de las colonias infantiles que se montaron con ayuda extranjera, principalmente sueca, a cargo del Spaniens Help Kommitten.

Iba a ser padre. Mi mujer estaba por dar a luz. En espera de quién sabe qué, nos colocamos en un minúsculo departamento amueblado de la rue Rome.

Ya instalados provisionalmente, me dediqué a ver en qué podía ser útil a los dos grandes problemas que teníamos planteados en tanto que parias sin hogar, sin nacionalidad y sin derechos; por un lado, hallar posibilidades de vida para los compañeros. Enseguida estaba el problema que planteaba la zona Centro-Sur-Levante, cuyas fuerzas, en gran parte integradas por anarcosindicalistas, quedaban en situación muy comprometida. Los enemigos franquistas, después de la caída de Cataluña, podían atacar en esa zona, sometiendo a Madrid a un cerco total, cortando la carretera a Valencia o, paulatinamente, tomar Valencia, Alicante y demás posibles puntos de embarque para la salida al extranjero de los cuerpos de ejército que defendían Madrid.

Muchos miles de españoles cruzaban la frontera. La mayor parte de ellos iban siendo concentrados en los Campos de Ariège, Barcarés, Saint-Cyprien y otros más. Algunos, los más viejos o más débiles, perecían a causa de las penalidades, como Federico Urales, Antonio Machado y tantos más, cuyos nombres desaparecían en el anonimato de las multitudes.

Pero eran muchos los que llegaban a París. Principalmente, cuantos estaban provistos de pasaportes, ministros y funcionarios de los gobiernos central y de Cataluña, miembros de los altos organismos sindicales y políticos, militares, jueces, gobernadores, alcaldes. Se les encontraba por doquier, en los cafés, restaurantes, bulevares, plazas, parques y jardines. Especialmente, se agolpaban en los consulados y embajadas de naciones americanas, formando colas largas, en solicitud de visados para poder abandonar Francia. La obsesión de todos: abandonar Francia. Porque se empezaba a hablar de la guerra inminente.

En un abrir y cerrar de ojos se restableció la vida oficial de la España republicana. Pero en París. Se integraron los Comités, se pusieron en pie los gobiernos. Parte del Comité nacional y del Comité regional de Cataluña de la CNT se encontraba ya en París, así como del Comité peninsular de las Juventudes Libertarias y del Comité peninsular y del regional de Cataluña de la FAI.

A quien no se le vio fue a Santillán. Con su verdadera personalidad de Sinesio García Fernández, ciudadano argentino, pudo embarcar enseguida, vía Nueva York, para la Argentina. En Santillán se realizaban todas mis prevenciones hacia los compañeros extranjeros que intervenían en la marcha de nuestra organización en España. Actuaban siempre con las espaldas protegidas por la nacionalidad oculta y por el anonimato. Se conocía a Diego Abad de Santillán. Pero, ¿quién tenía la más remota idea de quién pudiese ser Sinesio García Fernández, ciudadano argentino, con pasaporte listo para ir a vivir a su patria?

A su llegada a Francia, para los españoles refugiados la condición de paria fue total. No existían derechos civiles: a los juzgados les fue comunicada la prohibición de legalizar los nacimientos de hijos y efectuar matrimonios. No existían los derechos, situación, todavía hoy, inherente a los refugiados en todas las naciones. No se podía tener hogar: los campos de concentración eran para hombres y para mujeres separados. No existía el derecho al trabajo porque la protección de la mano de obra del país asilante o la situación de preso nacían imposible el trabajo libre y remunerado.

El estado en que nos encontrábamos sumidos los españoles refugiados en Francia no debe servir para catalogar de injusto e inhumano al gobierno francés. No lo merecía. Sin que hubiese mediado trato al respecto con el gobierno de la República española, admitió nuestra entrada en el país, con o sin pasaporte, ordenadamente o en tropel, y, aunque mal atendidos y tratados, ofreció a los refugiados el cobijo de sus barracones de los campos de concentración. Y lo que es más importante, protegió las vidas de los refugiados, en la medida que lo permitían sus leyes. Entonces, no existía un estatuto internacional de protección a los refugiados políticos, que obligase a los gobiernos a su admisión y cuidado. Cuanto hacía el gobierno francés era improvisado y limitado por nuestro incontable número.

Sabemos lo que Francia hizo en aquellas circunstancias. No sabemos de la conducta de otras naciones, porque sencillamente no hicieron nada. Es más, ignoramos lo que, en igualdad de circunstancias, hubiéramos hecho en España.

Con un instinto de colectividad admirable, los órganos más o menos gubernamentales, y los reconstruidos Comités de organizaciones y partidos, empezaron a preocuparse de sus miembros y afiliados dispersos por toda Francia o internados en los campos de concentración, y a desparramar, siquiera fuese con cuentagotas, una ayuda económica en proporción a las necesidades y posibilidades. Si bien era cierto que los Comités habían atesorado grandes sumas, no fue para el lucro personal de sus detentadores, sino que, como ración diaria, eran puestas al alcance de los más necesitados. La experiencia de aquellos primeros tiempos reconciliaba al más intransigente opositor con los Comités de cuya honorabilidad se había sospechado.

Con esta finalidad se agruparon en París compañeros de las tres ramas del movimiento: CNT, FAI y la FUL, en un solo organismo: Consejo general del Movimiento Libertario. Por la CNT quedaba integrado por Francisco Isgleas, Valerio Mas, Juan García Oliver y Mariano Vázquez. Por la FAI eran José Xena, Germinal Esgleas, Pedro Herrera y Federica Montseny. Por la FUL, Juan Rueda Ortiz y Serafín Aliaga.

Después de haber cruzado la frontera, completamente desprovisto de re-

presentación, me avine a prestar mi colaboración al Consejo general, por dos razones obvias: hacer lo posible por los compañeros de los campos de concentración, y por los que, en la zona Centro-Sur-Levante, luchaban contra el franquismo en todos sus frentes, principalmente en el de Madrid.

Esgleas, Mas, Isgleas y yo constituimos la Comisión política del Consejo general, de la que me confiaron la dirección. Teníamos asignados los asuntos del gobierno español y del gobierno catalán, pero no las relaciones con el gobierno del País vasco y el Consejo general de Asturias y León, como si dichos órganos de gobierno no hubiesen existido nunca.

Existía, ya en nuestro país, un Comité de Ayuda a España, presidido por Diego Martínez Barrio. En París, le incorporamos Federica Montseny en representación del Movimiento Libertario. Se le dio el encargo de propugnar su disolución y el reparto equitativo de sus fondos —varios millones de francos franceses— entre todos los organismos nacionales antifascistas.

Se creó un organismo de ayuda a los refugiados españoles, cuyas siglas fueron SERÉ, el cual, con fondos del gobierno Negrín, atendería económicamente las necesidades de los que fuesen a embarcar para México y Chile. Para dicho organismo designamos también a Federica Montseny como representante del Movimiento Libertario.

Nos convenía explorar las intenciones del que había sido gobierno de la Generalidad de Cataluña, pues nos enteramos de que Tarradellas disponía de fondos destinados, se decía, a la ayuda económica de personalidades catalanas. A mí me pareció que la explicación que Tarradellas me dio sobre los tesoros confiados en depósito al gobierno de la Generalidad de Cataluña, pertenecientes al Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, era un subterfugio, alejado de la verdad. Tarradellas, que durante mucho tiempo dispuso de un avión para su uso personal, hizo con él muchos viajes a Francia. Era cosa de averiguar lo relacionado con esos viajes, las cuentas del gran capitán que me dio sobre la suerte de los tesoros del Comité de Milicias y sus alegatos de la incautación que de ellos hicieron los carabineros de Negrín, un mes antes del abandono de Barcelona, y las asistencias a los catalanes prominentes del mundo de la cultura.

Por la Comisión política, Isgleas se encargó de localizar a Tarradellas y a Companys. El y yo fuimos una mañana a visitar a Companys, alojado en un departamentito, según nos explicó, de un catalán que residía hacía ya tiempo en París.

Companys y nosotros dos, desprovistos de las representaciones oficiales que tanto nos habían distanciado, nos sentamos a platicar y comentar lo más reciente: la dimisión y renuncia a la presidencia de la República de Azaña. Porque...

El día anterior, se produjo el cataclismo moral menos previsible. Azaña dimitió de la presidencia de la República española. Cuando salí a la calle y compré los periódicos de París, en primera plana vi la noticia de la renuncia de Manuel Azaña.

¿Era posible? ¿Se podía renunciar, como si tal cosa, a la presidencia de un régimen que los fascistas habían necesitado casi tres años para abatirlo, con ayuda militar de Alemania e Italia?

No salía de mi asombro. Lo hecho por Manuel Azaña era el golpe más bajo que podíamos recibir. Azaña no reunió a los grandes de su República, los que lo sostuvieron al frente de sus mesnadas, contra viento y marea. No. Azaña, por el hecho de que en París los que primero leen el periódico son los porteros, desde su refugio de Saboya presentó en realidad su abdicación a los porteros.

La renuncia a la presidencia de la República española entrañaba también la anulación de funciones legales del gobierno Negrin y de todas las autoridades y dejaba a los combatientes de la zona Centro-Sur-Levante en la situación* de bandas armadas; la dimisión de Azaña les hacía perder la categoría de ejércitos regulares, incapacitándolos para poder negociar una paz digna con el enemigo y, en su defecto, gestionar con los representantes extranjeros la salida del territorio español.

Aquella mañana, 28 de febrero de 1939, a las diez, nos encontrábamos todos los integrantes del Consejo general del Movimiento Libertario. En mi función de encargado del Departamento político, informé de las graves consecuencias de la renuncia de Azaña. Estas fueron mis conclusiones: Había que proteger con el manto de la legalidad tanto a los refugiados como a los combatientes de la zona Centro-Sur-Levante. La única manera de lograrlo era conseguir que Diego Martínez Barrio, presidente del Parlamento y constitucionalmente sucesor de la presidencia de la República, se trasladase a la zona Centro-Sur-Levante, tomase posesión de la presidencia, crease un nuevo gobierno y, de acuerdo con el pensamiento mayoritario de los antifascistas, se pronunciase por la continuación de la guerra o por la paz negociada en los campos de batalla.

El Consejo general del Movimiento Libertario en pleno, si fuese menester, debía estar presto a acompañar a Martínez Barrio, a ayudarle a constituir gobierno. Todo ello entrañaba entrar en franca colisión con las apetencias de seguir gobernando de Negrin y los comunistas. Deberíamos estar preparados para tomar las decisiones que exigían los intereses generales del antifascismo español, repreñtados en aquellos momentos por la mayoría de las fuerzas militares y del pueblo, encarnados en el Movimiento Libertario y los republicanos, sin desdeñar la minoría socialista caballerista, mayoría efectiva dentro de la UGT.

Por unanimidad, se aprobó mi dictamen oral de la situación. Se me confió llevar a cabo las gestiones cerca de Martínez Barrio. A Martínez Barrio lo encontré en su oficina del Comité de Ayuda a España. Me recibió con afecto, expresado en su pronunciado acento andaluz. Alto y con manifiesta tendencia a la obesidad, muy peinado, con ojos que parecían mirar hacia dentro de sí mismo, tenía algo de buda sonriente.

La suave manera que tenía de saludar, entregando sólo la punta de la mano, definía su actitud cautelosa. Nadie sabía si políticamente era hombre de derechas, de centro o de izquierda. Se separó de Alejandro Lerroux porque estaba éste demasiado desgastado. Heredarlo hubiese sido heredar una carroña. Martínez Barrio, desprendiéndose de unos y otros, fundó un partido que no parecía tener afán de ser izquierdista, centrista o derechista. Era una mano tendida para saludar, de la que solamente daba la punta de los dedos, para que el interlocutor imaginase el resto. Como político, lo inquietante eran sus mutismos. De nada servía hablarle frontalmente de un problema importante. A la tercera vez que tuve ocasión de hablar con él, me di cuenta de que su hermetismo ocultaba un gran vacío.

Por lo que me contó una secretaria suya, a Martínez Barrio las autoridades francesas le habían comunicado el *refus de séjour* para toda Francia. Y la secretaria me explicó: «—Don Diego está ultimando los detalles de su próxima partida a América».

Hablé extensamente a Martínez Barrio de nuestros puntos de vista respecto a la situación creada por Azaña con su renuncia y de la absoluta necesidad de que él llenase aquel vacío legal, de manera que la España republicana que todavía luchaba en la zona Centro-Sur-Levante no quedase en situación de bandidaje, ni sometida al mando irresponsable de Negrin. Su traslado a

la zona republicana era de imperiosa necesidad para tomar posesión de la presidencia de la República, crear un nuevo gobierno y perfilar la actuación a seguir. Al efecto, estaba autorizado para expresar la adhesión del Consejo general del Movimiento Libertario, que en su mayor parte estaba dispuesto a acompañarle a Madrid, si, como era de esperar, lograba fletar uno o varios aviones. No pretendíamos empujarle a una aventura descabellada, porque allá, en aquella parte de España, teníamos los anarcosindicalistas y los republicanos mayoría en los mandos militares. Y, como garantía, le aseguraba que tanto yo como Federica Montseny y Mariano Vázquez estábamos decididos a acompañarle.

Sus lacónicas contestaciones fueron:

—Ya había meditado en las nuevas obligaciones que me incumben. Debo meditarlo detenidamente. Debo hacer algunas consultas. Le agradezco su ofrecimiento de acompañante. Si llegase el caso, preferiría la compañía de usted y de Federica Montseny. Veré lo de los aviones. ¿Le parece que nos veamos mañana a esta misma hora? ¿Puede dejarme su dirección, para una emergencia?

Aquel mismo día, al anochecer, fue entregada en la portería de donde vivíamos una citación urgente, para mí y mi mujer, para que al día siguiente, a las nueve de la mañana, nos presentásemos en el Departamento de Extranjeros de la Prefetura de Policía.

Los extranjeros citados a una hora, procuran llegar media hora antes a la puerta de la oficina. Así lo hicimos. Pasamos de los primeros. Mostramos el papel citatorio, el empleado lo mostró al jefe de oficina, éste lo entregó a otro empleado, quien nos pidió que lo siguiésemos; de la planta baja subimos por la gran escalera al último piso, anduvimos por un amplio pasillo, nos detuvimos ante una puerta, el que nos acompañaba nos hizo pasar y nos puso a disposición de un empleado, sentado en su mesa de trabajo, el cual leyó el oficio que le entregó nuestro acompañante, se puso a escribir en un largo libro en que aparecían varias secciones. Cuando hubo terminado, nos pasó el libro, indicándonos dónde debíamos estampar nuestra firma de «enterado».

Se nos comunicaba el *refus de séjour*. Firmamos. Recibimos la boleta de despido. Era todo. ¿Motivos? Ninguno.

La Francia que prevalecía en la Prefectura de Policía, con la mayoría de jefes comprometidos con fascistas de todo tipo que estaban asfixiando el país para adormecerle el espíritu combativo, acababa de apuntarse un buen tanto al obligarnos a mi mujer, que estaba por dar a luz, y a mí a buscar otro país donde poder residir. ¿Otro país? ¿Cuál?

En lo sucesivo, cuanto tratase de hacer en el Consejo general del Movimiento Libertario por los compañeros internados en Francia o en lucha todavía en la zona Centro-Sur-Levante, adolecería forzosamente de mi rara situación legal en París.

Porque...

Era Companys, que nos hablaba a Isgleas y a mí:

—La dimisión de Azaña no me ha sorprendido. Creo que no podía hacer otra cosa. También yo estoy considerando la conveniencia de renunciar a la presidencia de la Generalidad de Cataluña. De Azaña, como de mí, se abusó excesivamente. Todos querían manejarnos a su antojo, no al servicio de España o de Cataluña, sino de sus partidos y organizaciones. Aspiro ya a ser independiente. Y poder dedicarme a los míos. En Bélgica tengo un hijo en un sanatorio, muy enfermo, el pobre hijo mío. Ellos, mi mujer y mi hijo, necesitan de mí, como hombre, como padre. Precisamente estoy viendo de arreglar

la ida de todos a Nueva Zelanda, lejos de todo lo que fueron afanes de patria y amigos.

Se contuvo y prosiguió:

—Os pareceré algo ridículo. Cada día y cada hora nos traen un nuevo afán. Pero supongo que vosotros no habréis venido solamente para oírme hablar. Supongo que tenéis que hablarme. Hacedlo, soy vuestro completamente.

Habló Isgleas:

—Si me dejó asombrado y pasmado la noticia de la renuncia de Azaña, tus proyectos, Companys, me dejan anonadado. Si se os obliga a marchar a Nueva Zelanda, es una cosa, y supongo que nadie podría evitarlo. Pero si voluntariamente renuncias a la presidencia de la Generalidad y abandonas Francia por dicho motivo, serás muy mal interpretado. La derrota que hemos sufrido no nos afecta a nosotros hasta llegar a tan lamentables extremos. Aquí, si nos dejan estar, o donde vayamos, seremos siempre los mismos, sin renunciar a nada.

Y hablé yo:

—Azaña no debió renunciar en el extranjero. De querer hacerlo, debió hacerlo en España en circunstancias propicias para promover su sustitución. Lo mismo te digo, Companys. No ignoraba el estado de salud de tu hijo. No sé si sabes que tengo mujer y un hijo que está por llegar. Los tres tenemos ya un *refus de séjour* y no sé que será de nosotros. Pero yo no renuncio a nada...

Proseguí...

—No hemos venido para tratar de esta clase de asuntos. Algo hay del pasado, que concierne a las actividades del gobierno de la Generalidad y que podría dar lugar a situaciones delicadas, tanto para ti, como presidente de la Generalidad, como para los sucesivos gobiernos que la gobernaron. Me refiero a los tesoros depositados en la Generalidad por el Comité de Milicias, procedentes de requisas y por cuyas entregas se extendieron recibos detallando las piezas y cuantías de las mismas. Los recibos van firmados por un representante del Comité de Milicias, por el jefe de grupo de requisa y por el consejero de la Generalidad Ventura Gassol, en funciones de consejero de Cultura. Eres abogado. De sobra sabes que con uno solo de esos recibos pueden, los de allá, promover un procesó y demandar la extradición del consejero Ventura Gassol y del presidente de la Generalidad. Acaso, también, de todos los que son o fueron consejeros. Cierto que se trata de hechos que so* lamente pueden acreditar la extremada honorabilidad de cuantos intervinieron en las expropiaciones, incautaciones y custodia.

—Sí, sí, sé que tienes razón y comparto tus inquietudes al respecto. Sin embargo, bueno es que sepáis que cuanto estaba depositado en el palacio de la Generalidad fue trasladado cerca de la frontera francesa en unos carritos, que fueron interceptados por carabineros de Negrín, quienes, por orden escrita del propio Negrín, nos requirieron su entrega, con el compromiso formal de encargarse de su embarque y traslado a puerto seguro en el extranjero. Vosotros sabéis cuáles eran los procedimientos de los carabineros de Negrín. Se apoderaron de todo, dejando constancia escrita, de la que se hizo cargo Tarradellas.

Las explicaciones de Companys se contradecían un poco con las que me diera Tarradellas un mes antes de abandonar Barcelona. Según éste, fue todavía en Barcelona donde los carabineros de Negrín se incautaron de los valores depositados en la Generalidad, entre los que se encontraban los pertenecientes al Comité de Milicias. O lo que quedase de ellos, ya que la consejería de Hacienda de la Generalidad hubo de hacerse cargo desde el principio del financiamiento de los gastos que ocasionaba el sostenimiento del Comité

de Milicias, para los cuales no existían presupuestos y que eran extraordinarios.

Asistí a la segunda entrevista con Martínez Barrio, según habíamos convenido el día anterior. Le conté que me habían pedido las autoridades francesas que abandonara Francia. Una enigmática sonrisa contrajo sus párpados. Era su manera de sonreír para dentro. Debía ser cierto que a él le había ocurrido lo mismo. Era de suponer que tras la renuncia de Azaña se produciría el reconocimiento por Francia del gobierno de Franco.

Martínez Barrio me explicó que, por lo que había logrado enterarse, Negrín y sus ministros, más algunos jefes militares de filiación comunista y algunos miembros del Buró del Partido Comunista de España se habían trasladado, desde Toulouse, en aviones a la zona de Madrid. Me explicó que, lamentablemente, en el momento de su llegada a la España republicana, Negrín había sido reconocido como jefe del gobierno por todos los sectores antifascistas, incluidas la CNT y la FAI.

—¿Qué me dice usted a esto? —me preguntó.

—Que si es cierto, es lamentable. Sin embargo, de ser cierto, por tratarse de un acto de proclamación de emperador romano por sus tropas, no debía ponerle "Treno a su traslado a Madrid para tomar posesión legal de la presidencia de la República. Y, al respecto, cómo, cuándo y desde dónde debía ser la partida, y qué personas deberían acompañarlo.

—Tiene usted toda la razón. Sí, creo que debemos impedir que Negrín se proclame una especie de emperador, que, dicho entre paréntesis, es como se ha estado conduciendo hasta este momento desde que le fue confiada la presidencia del Consejo de ministros.

—Entonces, cuanto antes procedamos, será mejor. ¿No le parece, don Diego?

—Sí, pero nada podemos hacer. Negrín dispuso de todos los aviones del gobierno republicano que existían en Francia estacionados en Toulouse. Por mi mandato, se están haciendo gestiones para ver de lograr uno o dos aviones franceses, ingleses o belgas. No hay nada seguro al respecto. Es más, cada hora que transcurre se agrava nuestra situación y capacidad legal de poder movernos, no ya en avión a la zona republicana, sino hasta para poder andar a pie de aquí a la Bastilla. Vea lo que le ha ocurrido a usted: de ayer a hoy ya no es el mismo. Le tolerarán aquí unas horas o unos días, quién sabe.

—Sin embargo, creo que los gobiernos de Francia y de Inglaterra podrían ser interesados en apoyar a un gobierno de liquidación de la guerra, siquiera para lograr una relativa tranquilidad en el Mediterráneo, lo que podría permitirnos acercar buques suficientes a los puertos de Valencia, Alicante y Cartagena para ver de salvar a quien quisiese salir al extranjero. En fin, para evitar la matanza de miles de seres humanos.

—Sí, tiene usted toda la razón. Y me place tratar asuntos políticos con usted. Siendo usted ministro de Justicia, compareció ante la Comisión permanente de las Cortes, que yo presidía, para abonar en favor de una amnistía que alcanzase hasta a los presos comunes. Recuerdo que dijo: «Una revolución es una renovación. También es el trazado de caminos nuevos para la Humanidad. Cuanto más caído esté el hombre, más necesidad tiene de poder incorporarse». Algo así dijo, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto, pero, ¿en qué quedamos?

—Opino que hemos de estar expectantes. Yo tengo la dirección y teléfono de usted y, además, la del Consejo general del Movimiento Libertario. En cuanto sepa algo que nos permita marchar, o que merezca un cambio de impre-

siones, le aviso urgentemente. De esta manera, usted y yo podemos atender a los muchos asuntos que reclaman nuestra atención.

Pasaron los días. En el Consejo general del Movimiento Libertario cada comisión trabajaba activamente en sus asuntos. Reinaba inquietud. Se carecía de noticias fidedignas de la situación en la zona Centro-Sur-Levante. Se sabía algo sobre Negrín, los jefes comunistas y sus andanzas. Nuestro ministro, Segundo Blanco, no enviaba ningún informe. Y si lo hacía, sería a Marianet. Pero éste afirmaba no haber recibido nada.

La caldera de los rumores internacionales estaba en ebullición. La guerra. La guerra, que se consideraba inminente entre Alemania, Japón e Italia contra Francia e Inglaterra y quién sabía qué otras naciones, estaba en las conversaciones de todos.

Fui llamado a la oficina en París de la sección española de la Liga de los Derechos del Hombre. Quien lo hacía era mi buen amigo Eduardo Ortega y Gasset, que abandonara su puesto de fiscal general de la República española al no poder parar la arremetida de Irujo contra Aurelio Fernández. Estaba con él Mariano Sánchez Roca, que fue mi subsecretario, y el cónsul de México en Marsella, un tal señor Bonet. Ortega y Gasset me explicó que esperaban la visita de la duquesa de Atholl, miembro del parlamento inglés, interesada en hablar conmigo, principalmente sobre la situación de los refugiados.

Serían las once de la mañana cuando apareció la duquesa. Era una mujercita simpática, que se ajustaba a la idea que de las damas inglesas nos dan los dibujos humorísticos sobre los turistas ingleses. Ni muy alta ni muy pequeña, sin ostentación, de pelo rubio, de edad mediana, sus pequeños ojos azules miraban solicitando ser comprendida y perdonada por su nombre de duquesa de Atholl. Quería saber por mí cómo poder acudir en ayuda de los españoles refugiados en campos de concentración o dispersos por Francia. Prometía interponer toda su influencia en nuestro favor.

Era la suya la segunda voz de ayuda que nos llegaba desde el extranjero. La primera fue de las Sociedades Hispano Confederadas de Nueva York, que enviaron dos delegados a París, Castro y Delgado, para ayudar sobre la marcha, en los casos de urgencia. Precisamente, la noche anterior había estado con ellos y me sentí emocionado al darme cuenta de que en un mundo que nos parecía un desierto sin ecos existían núcleos de personas que estaban pendientes de nosotros, ahora que éramos hojas al viento.

Hablé a la duquesa de Atholl de la riqueza potencial que suponían la mayoría de los refugiados en Francia, y de cuánto se beneficiarían naciones como Australia y Nueva Zelanda que fletasen barcos y se llevasen miles de ellos, porque se trataba de individuos preparados en sus oficios y en situación de ponerse a trabajar en el acto, sin la larga preparación y costo de convertir un niño en adulto y prepararlo para un trabajo determinado. Adonde fuesen, podían transformar en cinco años una sociedad típicamente agraria en sociedad de economía mixta.

—Creo —dijo la duquesa de Atholl—, que debe hacerme un informe, detallando a su manera, que resulta muy descriptiva, cuanto me ha estado contando. Si me promete tenerlo preparado para mañana, a esta misma hora pasaré a recogerlo.

Le hice el informe. No pude acudir a entregárselo, por tener que atender a otros asuntos apremiantes. Lo entregué a Eduardo Ortega y Gasset, con el ruego de disculparme con la duquesa.

Las embajadas y consulados de las naciones americanas parecían hormigueros. Sus salas, repletas. Sus pasillos, repletos. En las calles, los guardias no

permitían estacionar. Había que estar de puertas adentro. En la embajada de México logré abrirme paso hasta Narciso Bassols, el embajador. Era comunista y sentía preferencias por los negrinistas españoles. Me escuchó atentamente y me remitió al señor Gamboa, en la secretaría general de la Embajada, donde junto con la secretaria, esposa de Gamboa, atendía a los refugiados españoles. También Gamboa y su esposa eran comunistas y sentían preferencias por los negrinistas. Tomaron nota de quién era yo, de mi situación y la de mi esposa, y me dijeron que por el momento nada podían hacer por mí. Que, en el caso de ser resuelta favorablemente mi solicitud de trasladarme a México, me avisarían.

Me dijeron que en la embajada de Chile también se hacían listas para emigrar a dicho país sudamericano. Pero fui informado de que también eran preferidos los negrinistas, por ser comunista el encargado de las inscripciones, el poeta Pablo Neruda. Cierto o no, ya no tuve ánimo de ir. Después de todo, pocas ganas tenía de dejar Francia. Y no sentía ninguna de soportar las colas humillantes, las caras impasibles de los que recibían y escuchaban, cansados también ellos de tantas gentes suplicantes.

Nos llamaron otra vez de la Prefectura de Policía. Fui yo solo, pues mi mujer ya no aguantaba cinco minutos de pie. La llamada era para preguntar que hacía en Francia y qué esperaba para dar cumplimiento al *refus de séjour*. Hube de explicar que estábamos en espera de que nos concediesen el visado para México, cuya solicitud habíamos hecho.

Al llegar a casa, me encontré con una llamada de Martínez Barrio. Deseaba hablar conmigo. Era urgente. Me recibió con evidente desasosiego, él siempre tan calmoso. Me informó que acababa de tener noticias sobre acontecimientos muy graves que se estaban produciendo en la zona republicana. Negrín, sus ministros y los jefes comunistas, así como algunos jefes militares, comunistas también, como Modesto, Líster, Tagüeña y otros, habían regresado precipitadamente a Toulouse. Se decía que había lucha en Madrid, donde las fuerzas anarcosindicalistas estaban dominando a las unidades comunistas que se habían sublevado para no acatar a una Junta de Defensa que había dado el puntapié a Negrín y se había hecho cargo de la situación. Los hombres de la nueva situación parecían ser el coronel Casado y Cipriano Mera, jefe éste del IV Cuerpo de ejército. La Junta de Defensa la integraban libertarios, socialistas no negrinistas y republicanos.

Martínez Barrio me preguntó:

—¿Cree usted que todavía podemos hacer algo?

—No lo sé. Desde aquí no puedo juzgar. Pero si pudiese disponer usted de avión, mejor sería irnos allá inmediatamente.

—Lo siento mucho. Antes no podía moverme por carecer de aviones. Ahora, que en Toulouse debe haberlos, no me permitirían llegar allá. Además, según todos los informes, la Junta de Madrid será aplastada por los ejércitos franquistas si no se rinden inmediatamente. Franco ha manifestado a las potencias europeas que no admite ninguna clase de negociación y diálogo. O capitulación lisa y llana, o muerte en lucha. Habla fuerte y se le teme, pues se supone que es la voz de Hitler.

—¿Qué hacer, pues? ¿Se acabó todo? —le dije.

—¿Quién sabe! Los que logren huir de Europa acaso puedan contarle algún día. ¿Ha resuelto usted algo sobre adonde dirigirse con su esposa?

—Nada, todavía. En la embajada de México me dijeron que tenía que esperar. Y lo que yo esperaba realmente era la oportunidad de ir con usted a Madrid.

—Pues apúrese. Esto apesta a quemado.

El Consejo general del Movimiento Libertario acordó el 7 de marzo a propuesta mía, después de haber informado sobre mis gestiones cerca de Martínez Barrio, enviar a la Junta de Defensa de Madrid un telegrama de adhesión. Si bien el acuerdo fue unánime, hubo que vencer las reticencias de Marianet, que se escudaba en la conveniencia de conocer antes lo que pudiera explicar el ministro de la CNT, Segundo Blanco.

Marianet se contradecía continuamente. Esperar a que informase el ministro de la CNT en el gobierno Negrín, era anular el acuerdo anterior del Consejo general, que condenaba a Negrín y a su gobierno a desaparecer, por carencia de base legal al renunciar Azaña a la presidencia de la República y al acordar nosotros su sustitución por Martínez Barrio, y proponía el traslado de éste a Madrid, acompañado por la mayor cantidad posible de miembros del Consejo general del Movimiento Libertario. Marianet tuvo que convencerse de que no era lo mismo escuchar el informe obligado del compañero Segundo Blanco que oír, y aprobar o no, la gestión del representante de la CNT en el gobierno Negrín.

En aquella ocasión, Marianet pretendía volver a sus gitanerías: sí y no; revolución total, no. Pero sí si era posible gobernar desde la calle; con Largo Caballero pasase lo que pasase, para volverle la espalda y pegarse como lapa a las faldas de Negrín; sumisión absoluta a los acuerdos de la CNT, pero quebrantándolos continuamente. Todo realizado con la colaboración de prestacabezas y una abigarrada mecánica de Plenos regionales, con la que le fue posible lograr conservar el cargo de secretario del Comité nacional, y no presentar la renuncia al terminar el año de ejercicio, como establecían los acuerdos del Congreso de 1931, no obstante ser observados escrupulosamente en su Regional de origen, que conoció como secretarios a Valerio Mas, Dionisio Eróles, Juan Doménech y Francisco Isgleas.

En el Consejo general, se había puesto fin a la ilimitada capacidad de maniobra de Marianet. Todavía se toleraba que firmase como secretario del Consejo, siempre que su firma fuese acompañada de la de Germinal Esgleas. Todavía entonces, el 7 de marzo, no se había puesto en claro el problema del dinero y de los bienes del Movimiento, muy presionados todos los depositarios por mi insistencia y la de Juan Rueda Ortiz, que en el Consejo representaba a la FUL.

Este asunto me tenía muy escamado. En la primera reunión que tuvo el Consejo general, condicioné mi colaboración a que fuese expuesta con toda claridad la situación de los bienes orgánicos, para saber con qué se contaba y qué destino darle. Aquella reunión tuvo lugar en un restaurante cuyo primer piso tenía salitas para fiestas y comidas íntimas. Entre trago y trago, algo de concreto se dijo por parte de algunos depositarios: la Organización tenía capacidad económica para fletar un barco que trasladase compañeros a América. Se acordó que los depositarios Herrera, Xena, Mas y Marianet se reunirían, harían sumas y nos informarían de los totales.

Dichos totales no los supimos nunca. En una reunión restringida que celebramos en mi casa, Mas dijo que andaban muy equivocados los que suponían que el Movimiento poseía grandes cantidades de dinero. Por lo que él había podido aclarar hasta aquel momento, en francos franceses muy devueltos ya, los fondos existentes no debían exceder los seis millones.

En aquel momento estuve tentado de presentar mi renuncia al Consejo general del Movimiento Libertario. El incumplimiento de los acuerdos que nos llevaron a enviar la circular número 1 a los campos de concentración, anunciando a los compañeros que se atenderían las necesidades de cada uno, que se fletaría un barco por nuestra cuenta, etc., terminaba con la imprecisa declaración de que solamente poseíamos unos seis millones de francos, sin

relación de cantidades ni de sus aportantes; después de haber esperado casi dos meses, se afirmaba mi impresión de que los depositarios se estaban conduciendo como propietarios de unos fondos, a cuya capitalización habíamos contribuido todos y que pertenecían a la Organización.

Estábamos en mi casa. El conserje, a requerimiento de la Prefectura, me vigilaba estrechamente. Por ello no levanté la voz al oír aquella ridícula declaración de bienes orgánicos. Pero al quedarme a solas con Francisco Isgleas, último secretario del Comité regional de la CNT de Cataluña, le dije:

—Ahora me explico por qué se luchó tanto para impedirme ocupar la secretaría del Comité regional de Cataluña. Tú fuiste el elegido y te digo que si a mí me hubiesen presentado esa ridícula declaración de bienes, por de pronto no la habría admitido y hubiese exigido un careo con los depositarios: Nemesio Gálvez, Facundo Roca, Valerio Mas, Aguilar y los demás.

—¿Pero tú crees que en el extranjero, sin domicilio autorizado, sin base orgánica, debiendo callar hasta los suspiros, podemos reclamar una investigación?

—Tienes y no tienes razón, Isgleas. Aquí te han dado unos totales de capitales y, en la calle, en los campos de concentración, se habla de muchos millones. Si no existían tales millones, debió declararse desde el primer momento, y no hacer referencia a las posibilidades económicas de poder fletar buques ni al envío de misiones a México para montar industrias en las que poder dar trabajo a los compañeros que fuesen llegando. Estamos ante un caso de ocultación de realidades o se cometió un fraude al dar esperanzas a los compañeros. Al estar con vosotros comparto la responsabilidad, pero no me gusta nada la irresponsable conducta de la Comisión económica del Consejo.

—Tampoco a mí. Pero si nos dejás ahora, esto sería un desastre.

No obstante, había llegado el momento de dejar aquel equipo de compañeros del Consejo general del Movimiento Libertario. Entre ellos, era una pieza suelta, cada vez más me representaba a mí mismo. En cambio, la mayoría de sus componentes estaban atados por muchos intereses creados. Los ataba también el reiterado abandono de los más elementales principios revolucionarios a partir del 23 de julio de 1936, con su secuela de caída vertical del prestigio de la CNT.

Al tener noticias de la deposición de Negrín y de su gobierno, acometida por los compañeros de aquella zona, mi actitud fue de franca y total adhesión hacia ellos, que puso de manifiesto el telegrama que el Consejo general les envió. No obstante los rumores contradictorios que pronto hicieron circular los elementos comunistas, mi adhesión se fundaba en la comprensión de lo que pudo ocurrir en la zona Centro-Sur-Levante.

En el Consejo de Defensa, creado como órgano de gobierno, formaban militantes anarcosindicalistas abnegados. Eran Eduardo Val, Manuel Salgado, Manuel González Marín, Cipriano Mera, Juan López y otros. Todos ellos acordaron y decidieron marchar adelante en una empresa tan compleja que requería condiciones excepcionales para salir triunfantes. Lograron subir uno, dos, tres escalones, y cayeron. Era el momento de realizar en grande la guerra revolucionaria, dejando la somnolienta trinchera y saliendo disparados los radios de grandes guerrillas con el espacio como objetivo. Sacudirse el equipo Negrín y mantener sus métodos arcaicos de conducir una guerra con las tropas como topos en las trincheras, como en el Verdún de 1917, era el suicidio. ¿Quién les hizo entregarse al coronel Casado? ¿Cómo pudo ocurrírseles colocar el Consejo nacional de Defensa bajo la presidencia del general Miaja, el de la pluralidad de carnets partidistas y chascarrillo a flor de labios?

De lo ocurrido en la zona Centro-Sur-Levante después del derrocamiento del gobierno Negrín, debe suprimirse lo accidental y dejar lo permanente. En Madrid, en la noche del 6 de marzo de 1939, el anarcosindicalismo llevó a cabo la liquidación del conjunto surgido de las cenizas del mayo de 1937 en Barcelona. A partir de mayo de 1937, se inicia la polarización del rencor nacional contra los comunistas, los soviéticos y su pelele Negrín. El estilo de Negrín era repelente. La violenta disolución de los órganos que ja revolución se habla dado, como el Consejo de Aragón, las Patrullas de Control, los Consejos de Obreros y Soldados, las Escuelas populares de Guerra; la militarización de las Industrias de Guerra, la requisita de pequeñas pertenencias familiares, como los anillos de matrimonio, los pendientes de la novia, el broche de la abuela; el envío a la Unión Soviética de los depósitos de telas y paños, dejando casi desnuda a la población; el saqueo de máquinas y equipos de nuestros centros fabriles por indicación de Stachevski, consejero de economía del consulado general de la URSS en Barcelona, para ser enviados a su país; y mil cosas más hinchaban el odio y el rencor.

La CNT en Cataluña recogió, gota a gota, el rencor de su clase obrera, y se preparó para llevar a cabo un movimiento general que permitiese derrocar a Negrín y los comunistas sin correr el riesgo de una rotura general de los frentes de combate. Fue cuando rompió sus relaciones con el Comité nacional de la Organización, por su excesiva entrega a Negrín, por su alianza con la apócrifa UGT de los negrinistas y el Frente Popular de los comunistas.

La rotura de relaciones con el Comité nacional duró varios meses, hasta que la CNT se reunió en Pleno nacional de Regionales. Lamentablemente, la mayoría de Regionales, con la del Centro a la cabeza, respaldó al Comité nacional y aun reforzó su pronegrinismo. Tal actitud, que suponía la desautorización de quienes en Cataluña estábamos contra Negrín y a favor de una rectificación total de la línea colaboracionista de la CNT, fue sostenida hasta después de la renuncia de Azaña a la presidencia de la República. A la llegada de **Negrín** a la zona Centro-Sur-Levante, logró la total adhesión del Frente Popular de aquella parte de España, con el voto de la CNT y la **FAI**.

Pero, al fin, ocurrió lo que tenía que producirse, lo que se había iniciado después de mayo de 1937, lo que se incubaba desde el Pleno de locales y comarcas de Cataluña del 23 de julio de 1936.

Fueron los compañeros de Madrid-quienes resolvieron la ecuación. Si la guerra fue planteada porque lo quisieron los anarcosindicalistas de Barcelona, poner fin a ella correspondía a los anarcosindicalistas, de Madrid o de donde fuese. La sinceridad obliga a recabar la gloria y la responsabilidad.

Casi tres años de guerra. Con el ejército disciplinadamente intacto, sostenido por Italia y Alemania, los franquistas llegando a disponer de diez aviones por cada uno nuestro, de cinco baterías artilleras por una nuestra, de diez ametralladoras por una, de diez fusiles por uno, de todas las fábricas de pólvora del país. En tales condiciones, ¿cuánto duró la guerra?

Cualquier jefe de Estado Mayor hubiera afirmado que no podíamos sostenernos más de medio año. Y nos sostuvimos treinta y tres meses.

El pueblo español se midió con los militares profesionales en las calles de Barcelona, primero, vencéndolos en complejas luchas callejeras que duraron treinta horas. Después los batió en Gijón, Santander, Bilbao, San Sebastián, Valencia, Alicante, Almería, Murcia, Albacete, Málaga, Ciudad Real y Madrid.

No fue la de ellos una victoria material fácil. Sus ejércitos tuvieron que vérselas con nuestros milicianos. Sus generales tuvieron que enfrentarse a un Mera albañil, a un Ortiz ebanista, a un Durruti ajustador mecánico, a un Domingo Ascaso panadero.. Los compañeros de Madrid tenían derecho a esperar la concieración de >m tratado de paz que, poniendo fin a una guerra

ganada y pérdida a medias por ambas partes, abriese un porvenir sin la monstruosidad de las matanzas en masa que cometieron los francofalangistas en los pueblos y ciudades que iban conquistando.

No se hizo la paz ni se pacificó. La guerra siguió en pie. Ellos, trepados en los Jiombros de tres cuartas partes de la España vencida. Nosotros, vencedores morales de aquella contienda, esperando dar el salto en el momento oportuno.

Porque la historia sabe esperar.

Sin victoria moral, nada podrán edificar los que sólo vencieron materialmente. No podrán hacer la paz.

Así y no de otra manera fue la terminación de nuestra guerra.

Yo defendí apasionadamente a los compañeros de Madrid. Las causas y motivos de mi defensa hasta por ellos eran ignorados.

Esos mismos compañeros que en Madrid tomaron tan importantes decisiones, al salir de España e instalarse en Londres, no se **mostraron** conformes con la constitución del Consejo general del Movimiento, y mucho menos con su pretensión de ser la máxima autoridad entre la militancia emigrada, al principio, y con posible proyección en España después.

¿Era justa su posición? Para mí, lo era. El Consejo general del Movimiento Libertario se creó caprichosamente. Para ello aglutinó los compañeros que no querían dejar de ser dirigentes de la CNT, de la FAI y de la FUL. Como, según ellos, los tres organismos superiores ya no tenían razón de existir, crearon un organismo único que los sustituyese y, a la manera de los comunistas, daban las cosas por hechas, sin haberlas sometido a la deliberación de la militancia.

Los compañeros residentes en Londres objetaban el nuevo organismo y el procedimiento que se empleó para crearlo. Sus argumentos eran simples y sólidos. Alegaban ser lo último que existió de la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias. Ellos fueron el último Comité nacional y las últimas tres Regionales existentes, la del Centro, la de Andalucía y Extremadura y la de Levante. Tuvieron que adoptar resoluciones, de las que asumieron la responsabilidad ante la Organización, ante el proletariado mundial y ante la historia.

Tenían razón. Así lo expresé ante el Pleno del Consejo del Movimiento Libertario. Y así lo expresé en la reunión en que comparecieron delegados por los compañeros de Londres: Juan López, último secretario del Comité nacional de la CNT en la zona Centro-Sur-Levante; Manuel González Marín, de la Regional del Centro, y Eduardo Val, del Comité de Defensa del Centro.

El Consejo general del Movimiento Libertario desechó las justas demandas de los últimos representantes de la CNT en la España combatiente. Al hacerlo, se pisoteaban de nuevo las normas orgánicas. Lo hice constar y, ante la consternación general, presenté mi dimisión irrevocable.

Me fue fácil separarme de las actividades del Consejo general. Este tenía ya su representación en el SERÉ, organismo que, con fondos que aportó Negrín de España, estaba encargado de canalizar los refugiados hacia los países que los admitiesen. De manera partidista, ciertamente, con tendencia a favorecer a comunistas y negrinistas. No obstante, por estar constituido el SERÉ con representaciones de todo el antifascismo español, se vería forzado a facilitar pasajes a los oponentes de Negrín, si bien en escala reducida.

La escasa capacidad económica declarada por Valerio Mas *en* nombre de todos los depositarios de bienes orgánicos hacía que el Movimiento Libertario fuese incapaz de fletar barcos y de ir a México a realizar el proyecto de crea-

ción de industrias y otras fuentes de trabajo, asignado a Juan Rueda Ortiz, a Serafín Aliaga y a mí. No siendo yo depositario de bienes orgánicos ni de ninguna especie, y con un *re-fus de séjour* encima, bien poca cosa podía esperarse de mí.

Estaban contados los días de mi permanencia en Francia. Cada quince días se reclamaba mi presencia en la Prefectura y cada vez se me requería para que abandonase el país.

La madrugada del 28 de mayo se internó mi mujer en la Maternidad. A la una de la tarde, la enfermera de guardia me comunicó que era padre de *un beau gargon*. Cuando me dejaron visitarla al día siguiente, mi mujer se encontraba bien y el *beau gargon* me pareció bastante feíto. Ser padre me produjo una sensación hasta entonces desconocida. Supongo que a todos los padres les ocurre lo mismo ante el primer hijo.

Cuando a los once días de estancia en la Maternidad regresó a casa mi mujer con el hijo, ocurrieron dos hechos notables: El conserje y su mujer, que siempre nos habían tratado hoscamente, como a gente «no grata», se derretieron de emoción al ver el pequeñuelo. Lo besuquearon, se deshicieron en atenciones para con la madre, nos invitaron a una copa de buen vino y, hasta que nos fuimos, nos trataron tan delicadamente que nos sentimos reconciliados con todos los franceses, hasta con los de la Prefectura, que reclamaban implacablemente el abandono del país. No debe uno precipitarse en juzgar a las gentes. Al final, el afán de la Prefectura de echarnos del país era el bien más grande que podía hacernos.

Al día siguiente, fui llamado al teléfono de la portería. El comisario encargado de nuestro caso me llamaba para felicitar me por ser —¡al fin!— padre, y recordarme que ya no debía pensar en excusarme con el embarazo de mi mujer, requiriéndome para que abandonara Francia.

Pasados unos días mellamaron nuevamente al teléfono. Ya no era la voz del comisario. Era una voz de mujer, de cálida entonación y timbre juvenil. Me encargaba de parte del prefecto que me presentara al día siguiente en la oficina del propio prefecto.

Me recibió la cálida voz que oí por el teléfono. Era la secretaria particular del prefecto. En su nombre, me rogaba explicarle el curso de mis gestiones para conseguir visado para algún país. Quería saber el prefecto cuándo abandonaría Francia, porque estaba sometido a «muy fuertes presiones» a causa de mi prolongada estancia en el país.

—Ignoro —le dije a la preciosa secretaria del prefecto— cómo está mi asunto y cuándo podré abandonar el país. Todavía espero que me avisen desde la embajada de México.

—¿Presentó usted su solicitud por escrito a la embajada de México? —me preguntó.

—No, señorita, fue verbal.

—Vea usted. Se le comunicó un *refus de séjour*. Todavía se encuentra en el país y no posee ninguna prueba de estar haciendo gestiones para abandonar Francia. ¿Cierto?

—Sí, señorita, es cierto.

—Pues, según entiende el señor prefecto, necesitamos alguna prueba de su acatamiento de la orden de abandonar el país. Le aconsejo dirigir carta certificada a varios gobiernos de distintos países en solicitud de visado. Las cartas debe hacerlas guardándose copia y recibo de certificado. Cuando las tenga, viene a verme y me las entrega. Yo le haré un recibo de todo. ¿De acuerdo?

—Sí, señorita, de acuerdo.

Hice cinco cartas de solicitud. Al gobierno de los Estados Unidos de América, al gobierno de Cuba, al gobierno de México, al gobierno de Inglaterra y al gobierno de Suecia. Las certifiqué y llevé las copias y los recibos de certificado a la secretaria particular del prefecto. Pensé que no había sido mala la idea de las cartas certificadas. Era de suponer que alguna cosa contestarían. Me dediqué a esperar.

En esa espera recibí la visita, muy de mañana, de Francisco Isgleas. Estaba demudado. Supuse que algo serio debía ocurrir.

—¡Se murió Marianet!

—¿Qué dices? ¿Cómo pudo ser eso?

—Murió ahogado, bañándose en el Mame, algo lejos de aquí, en un pueblcito. Será enterrado, según me dijo Germinal Esgleas, este mediodía. Los compañeros del Consejo general me pidieron que te rogara nos acompañes al entierro.

Me quedé perplejo. Como cuando el doctor Santamaría y el sargento Manzana me contaron su versión de la muerte de Durruti. Según explicaron, su versión era veraz, pero había sido ocultada a todo el mundo, dejando creer que murió heroicamente por bala del enemigo. No hubiese estado bien que yo me opusiese a la ocultación de la verdad. Después de todo, ¿cuál debía ser la verdad sobre la muerte de Durruti?

Durante muchos años la versión del disparo accidental del «naranjero» fue desconocida. Después, al correr de los años, no faltaría quien, como Santillán, descubriese el velo. Pero no yo. Esa versión nunca la admití del todo, pues Durruti nunca anduvo con «naranjero» ni arma en la mano. A lo sumo, llevaba una pistola enfundada en pistolera al cinto.

Tampoco quise oponer dudas a la versión que Isgleas acababa de darme sobre la muerte de Marianet. Me resultaba inadmisibles que Marianet se hubiese ahogado en el Marne, porque era buen nadador y se contaba de él la proeza de haber cruzado a nado el puerto de Barcelona, desde la Barceloneta hasta la Puerta de la Paz. Me callé. Y me callé cuando el compañero Bernardo Pou, en artículo que le publicaron en *Cultura Proletaria* de Nueva York, inició la tentativa de mitificación de Marianet por su muerte accidental y que se empezó a querer atribuir a nuestros —o sus— enemigos. Dicho artículo tenía el título de «La muerte de Marianet» y como subtítulo «¡Te vengaremos!».

Llegamos Isgleas y yo a la pequeña estación del pueblcito del Marne y a pie nos dirigimos a la casita en que yacía Marianet a punto de ser llevado a enterrar. Se inició la marcha hasta el cementerio, y descendieron el ataúd a una fosa recién abierta.

Ni una palabra de despedida. Nadie del acompañamiento tomó la iniciativa de hacerlo. Los que le acompañaban cuando se ahogó, Horacio Prieto, Serafín Aliaga, Delio Álvarez y su compañera Conchita, permanecieron callados. Isgleas y Esgleas también callaron. Yo hice lo mismo, pues nadie me pidió hacer el responso. Espontáneamente, no se me ocurrió hacerlo. Orgánica e ideológicamente estábamos enfrentados.

Cuando me explicaron el accidente que le costó la vida, me quedé mudo de estupor. Ninguno de los que le acompañaban hizo el gesto de tirarse al río cuando aparecieron burbujas en el lugar en que se hundió, al parecer atrapado entre hierbas. Nadie se tiró a salvarlo, a darle una mano. Allí se quedó hasta bastante tiempo después, cuando acudieron socorros que lo hallaron lejos de donde se sumergiera. Fue inútil la respiración artificial que intentaron los de la Cruz Roja.

Nos marchamos del cementerio. Germinal Esgleas nos invitó a Isgleas y a mí a regresar a París en el pequeño automóvil que conducía Minué, seguramente el mismo que utilizó Marianet en vida.

Por el camino, Germinal me fue contando lo sucedido. Al atardecer del día anterior, le comunicaron la muerte de Marianet y sus circunstancias. El y Federica se fueron inmediatamente al piso donde Marianet tenía su oficina personal y...

—Asómbrate, Juan —me dijo Esgleas—, encontramos un archivo nutrido donde los militantes más significados del Movimiento tenían su respectiva ficha, con sus antecedentes, sus vicios, sus tendencias personales y sus posiciones ideológicas de hoy y de ayer. Si me acompañas, al llegar a París, te lo mostraré.

—No, no te acompañaré, ni me interesa ver mi ficha. Esa imitación de Stalin carecía de astucia. A Stalin nunca se le hubiera ocurrido tirarse al Marne después de haber comido copiosamente y haber bebido tinto de Burdeos.

Era cierto lo que me contó la secretaria de Martínez Barrio. Este preparaba su viaje a México, vía Nueva York. No podía hacerlo dejando en el aire la presidencia del Comité de Ayuda a España y sus fondos. Como existía la propuesta del Consejo general del Movimiento Libertario de disolución del Comité y de reparto de fondos entre todas las organizaciones y partidos antifascistas, planteada por Federica Montseny, se convino proceder al reparto de los fondos por igual a los representantes autorizados de los Comités nacionales.

Germinal Esgleas, marido ya de Federica Montseny, aunque actuaba de secretario del Consejo general del Movimiento Libertario, se vio en el caso de pedirnos a Horacio Prieto y a mí que prestáramos la garantía de nuestras personas para el cobro de los dos medios millones de francos que les correspondían a la CNT y a la FAI. De manos de Martínez Barrio y en presencia de Federica Montseny cobramos Horacio medio millón de francos en billetes de mil y yo otro tanto, también en billetes de mil francos.

Ni Horacio ni yo tuvimos tiempo de darles calor en nuestras manos. En el rellano que daba al ascensor por el que debíamos bajar, nos aguardaba Germinal Esgleas, quien recibió de Horacio Prieto y de mí los dos fajos de billetes. Fue mejor así. Con sacudirnos después las manos, pudimos exclamar: «De tales lodos, ni los polvos».

Exilado en Suecia

A su debido tiempo acudí a la Prefectura a entregar las copias de las cartas que envié en solicitud de visados de residencia a los gobiernos de los Estados Unidos, México, Cuba, Inglaterra y Suecia. La secretaria del prefecto tomó nota de ellas, así como de los recibos de certificados. Pero llegó la primera contestación. Era del gobierno de Su Majestad Británica, que se excusaba por no encontrarse en situación de poder atender a mi solicitud.

Días después me llegó respuesta del ministerio de Negocios extranjeros de Suecia, que me comunicaba que el gobierno sueco atendía a mi solicitud, rogándome pasara por el consulado general de Suecia en París, con los pasaportes.

Así de sencillo. En las oficinas del SERÉ me dieron una cantidad de dinero para pago de pasajes. Comprometí los pasajes vía Inglaterra —Bélgica no admitía refugiados españoles ni en tránsito— para el 15 de julio de 1939. Antes, escribí al compañero John Andersson, secretario de la SAC y de nuestra internacional, AIT, con sede en Estocolmo, comunicándole la fecha de llegada a Goteburgo, desde donde nos dirigiríamos a Estocolmo. Esperaba

que pudiesen ayudarnos a encontrar trabajo del que poder vivir. Le anotaba los trabajos que podía realizar con competencia: camarero de restaurante, barnizador de muebles y trabajador textil en tintes y aprestos.

Procuré arreglar mi partida en el mayor silencio. A nadie me sentía obligado a darle cuenta de cuándo ni dónde iba a dirigirme.

Tomamos el avión en Le Bourget en las primeras horas de la mañana del 15 de julio —el siguiente de haber contemplado el desfile de tropas por los Campos Elíseos—, rumbo al aeropuerto de Croydon en Londres. Del aeropuerto fuimos en taxi a la estación de Saint Paneras, donde tomamos el tren para Tilbury, a lo largo del Támesis, para abordar un pequeño barco que hacía la travesía hasta Goteburgo.

Duele tener que dejar París.

Con los ingleses del tren no llegamos a intimar. Correctos, circunspectos. De igual manera se conducían los que viajaban en el *Britannia*. En el comedor, nos tocó, en una mesa para cuatro, un matrimonio inglés. Corrección y circunspección. Ni interés ni despegue. En las otras mesas, estaban tan silenciosos como en la nuestra. Se sentaban, inclinando ligeramente la cabeza en señal de saludo, comían silenciosamente y sin estrépito de cubiertos, se levantaban, e inclinaban otra vez levemente la cabeza.

En la mañana del 16, nos anunciaron nuestra próxima llegada a Goteburgo. Debíamos tener listos los pasaportes que serían revisados en la cubierta del barco por los aduaneros y policías suecos.

Hasta aquel momento, apenas si tuvimos la impresión de ser refugiados. Ya en el puerto de Goteburgo el *Britannia*, un oficial del buque recogió los pasaportes de los viajeros para entregarlos a los policías suecos. A nosotros nos llamaron primero, por tener yo pasaporte diplomático. Nos fueron devueltos los documentos y nos acompañaron a la escalerilla de desembarco, ayudando a mi mujer, que llevaba el hijo en brazos, y a mí que cargaba con dos maletas.

En el muelle se nos acercaron unos desconocidos, muy sonrientes: «*Valkommen! ¿García Oliver?*», preguntaban. Eran compañeros pertenecientes a una sección de la Sveriges Arbetaren Centralorganisation, SAC, avisados de nuestra llegada por John Andersson. En la imposibilidad de comprendernos, pues ninguno de ellos hablaba español ni francés, con gestos les rogamus conducirnos a la estación de ferrocarril de donde partía al cabo de dos horas un tren de pasajeros con destino a Estocolmo.

En julio, todavía el paisaje era grato para un meridional como yo. Pero decían que los inviernos eran largos y fríos. ¿Nos permitirían el clima duro y el idioma tan distinto a los de origen latino arraigar lo suficiente como para poder ganarme la vida trabajando?

No teníamos elección. Bien o mal, tendríamos que acomodarnos a los usos y costumbres de aquel acogedor país escandinavo.

En el andén de la estación de Estocolmo nos esperaban. De un grupo de personas se adelantó una a nuestro encuentro, sonriente y natural, como si me conociese de mucho tiempo atrás.

—Soy Helmut Rüdiger —me dijo—. Nos conocemos ya de Barcelona, aunque a lo mejor no te acuerdas. Bienvenidos. Venid que os presente a John Andersson y otros compañeros que han venido a saludaros.

Yo no conocía a aquel compañero. Sin embargo, temiendo ser indiscreto, no se lo dije, y como si fuésemos amigos de toda la vida, le contesté con naturalidad:

—¡Qué casualidad encontrarte aquí, compañero! Es una gran cosa haberte

encontrado. Hablas bastante bien el castellano y podrás ayudarnos mucho. Gracias por todo, Rüdiger. Vamos a saludar a los compañeros.

No hubo necesidad de que Rüdiger hiciese las presentaciones. Los que nos esperaban se condujeron como si fuésemos viejos amigos. De sus labios salía continuamente el *Valkommen*.

Nos llevaron al café de la estación. Rüdiger y su compañera Dora nos ayudaron haciendo las traducciones, pues hablaban el sueco. Después supe que ambos eran alemanes y que habían vivido unos años en Barcelona dando clases de alemán.

Pasamos unos días en casa de los Rüdiger, compañeros muy amables y, como nosotros, refugiados. Vivían en una casita con jardín en un suburbio de Estocolmo llamado Hagalund. En el mismo Hagalund los compañeros encontraron para nosotros un pequeño departamento. La nuestra era una vivienda provisional, parecida a la de la mayor parte de los trabajadores suecos, que no prestaban mucha atención a las comodidades del hogar.

Pronto recibimos la visita de una mujer encantadora, Syster Mártha, enfermera jefe del Solna Mjolkdroppen, la Gota de Leche de Solna, de la que dependíamos por tener un hijo pequeño.

Syster Mártha, que sabía algo de francés, nos explicó el alcance social del Mjolkdroppen. Teníamos que ir a inscribir el hijo, llevarlo a la visita del médico una vez por semana y recoger al mismo tiempo los alimentos para él de acuerdo con las disposiciones del doctor. Nos dijo que el hijo no debía dormir de noche con la madre, sino que debía tener su propia cunita; que si no podíamos comprarla, nos facilitarían una. Igualmente, que debíamos sacar el hijo todos los días a tomar el aire, aunque lloviese o nevase, siendo disculpable solamente los días de ventisca. Pero que no debíamos llevarlo en brazos, sino en un cochecito, y que si no podíamos comprarlo, nos lo prestarían. Nos comunicó que en Suecia, la Mjolkdroppen estaba facultada para quitar los hijos a los padres que les daban mala vida, e incluso si los tenían en bajas condiciones de higiene. Finalmente, Syster Mártha nos invitó a cenar con ella, resultando la velada sumamente agradable.

A los pocos días de nuestra llegada, tuve una entrevista con Andersson. Por Rüdiger me enteré de que nuestra organización en Suecia era tan pequeña que nunca pasó de los treinta mil afiliados, siendo leñadores su contingente más numeroso. Sin embargo, pese a que no llegaban a tener los afiliados de uno solo de nuestros sindicatos de Barcelona, administrativamente eran maravillosos. Eran propietarios de su casa local de Klaravástrakyrkagatan. Poseían amplias secretarías para las necesidades burocráticas y redacción del periódico diario *Arbetaren* y la revista ideológica *Sindicalismen*. De la edición del periódico y de la revista se encargaba la cooperativa de ediciones que poseían y que, además, hacía otros trabajos de imprenta y editaba libros.

Sólo tenían dos cargos burocráticos: la secretaría general, que ocupaba John Andersson, y la tesorería general que era llevada por Shapiro. La dirección y administración del periódico y revista corría a cargo de la cooperativa de ediciones, que cubría el sueldo de Albert Jensen.

Lo que tenía que platicar con Andersson era muy delicado para mí. Se me acababa el escaso dinero que me proporcionó el SERÉ a mi partida de París, y, como fuera y de lo que fuese, tenía imperiosa necesidad de colocarme en algún trabajo. ¿Cómo hacerlo desconociendo el idioma y con escasa influencia nuestra organización en las industrias que yo conocía bien? Pero si los compañeros de la SAC no podían proporcionarme trabajo en una de esas industrias, sí podían presentar mi caso al Spaniens Hjálp Kommitten, al que ellos pertenecían, con la organización central de Sindicatos y demás organizaciones y partidos antifascistas suecos. Así se lo expresé a Andersson. Este compañero

con exquisita finura me dijo que ya había estudiado el asunto el Comité central de la SAC y que había acordado que, sin perjuicio de tratar de encontrarme trabajo, no tenía por qué preocuparme del problema económico, pues me habían concedido el subsidio que para esos casos tenía acordado la organización. Dicho de manera tan delicada, no podía sentirme lesionado en mi amor propio. Insistí, después de darle las gracias, en la conveniencia de que me ayudasen a encontrar un trabajo que me permitiese cubrir mis necesidades y contribuir al sostenimiento de la organización. Circunstancias extraordinarias, como la guerra universal, comprimieron de tal manera las actividades en el país, que en los dieciséis meses que permanecí en él no encontré colocación. Aquella existencia parasitaria me amargaba y me impulsó a buscar salida para América.

¡La guerra! Cuando el 15 de julio dejamos Francia la guerra se consideraba ya Inminente. Se la esperaba y se la temía. No nos asombraba contemplar desde el tren cómo los ingleses trabajaban como orugas en sus jardincitos para construir refugios antiaéreos.

Nuestra llegada a Suecia, país tradicionalmente pacifista y neutralista, nos apartó de las usuales rutas de los ejércitos europeos. Cuando llegamos allí, la paz era la aspiración general del pueblo sueco. De su pasado belicoso y guerrero, los suecos no hablaban nunca. Conservaban, muy disimulado, el pesar por la pérdida de Finlandia. El botón escondido en un dobladillo de las bocamangas del uniforme de gala de los soldados simbolizaba a Finlandia.

¡La guerra! Salía yo de la secretaría de la SAC cuando me topé con Albert Jensen, director de *Arbetaren* y de *Sindicalismen*. Estaba agudísimo.

—¡Kriguet! —me espetó mientras se dirigía a hablar con Andersson.

Entré yo también en la secretaría de la AIT y de la SAC. Encontré a aquellos dos viejos militantes obreros, anarquistas, pacifistas, humanistas, abrazados uno al otro, llorando de gran pesar mientras gemían «¡Kriguet! ¡Kriguet!»

Odiaban la guerra. En su lugar, yo también la hubiese odiado. Pero yo estaba en mi lugar, no en el de ellos. Dentro de mí estaban intactos los odios de una guerra de casi tres años, de la *que* todavía brotaban las sangres por los mil chorros abiertos en el cuerpo del pobre pueblo español por los falangistas, los franquistas, los fascistas, los nazis.

Ahora, al declarar la guerra las naciones democráticas al Eje Roma-Berlín-Tokyo, del que era satélite la España de Franco, se presentaba la oportunidad de que, al final de la contienda, la caída del nazifascismo arrastrase la del régimen falangista-militar español. Yo daba por descontado que el final sería la derrota de los nazifascistas.

En consecuencia, tomé decisiones rápidas. Adquirí una radio de onda corta para captar emisoras de habla española o francesa. Al día siguiente me presenté en la embajada francesa, en solicitud de visado para Francia. Era necesario rellenar una hoja de solicitud, explicando los motivos. Lo hice, diciendo que siendo refugiado antifascista español deseaba reunirme con mis compañeros internados en Francia, luchar con ellos y compartir su suerte. En apoyo de mi solicitud escribí una carta al sindicalista francés Léon Jouhaux, líder de la CGT, rogándole interpusiera su influencia para que pudiera regresar a Francia.

No recibí contestación del gobierno francés. Tampoco la recibí de Léon Jouhaux. En la embajada inglesa hablé con el embajador, para rogarle que, en caso de guerra con la España franquista, me llevasen en barco frente a España y me desembarcasen donde pudiera eludir la vigilancia costera. Me dijo el embajador inglés que, en aquel momento, por ser todavía neutral el gobierno franquista, ni siquiera podía tomar en consideración mi demanda.

Pero que le dejase mi dirección, por si Franco salía de la neutralidad y entraba en la guerra al lado de Alemania.

Al estallar la guerra entre Finlandia y la Unión Soviética, la conmoción fue todavía mayor. Los suecos sintieron en su cuerpo la guerra de sus hermanos fineses. Suecia oficialmente se declaró neutral con respecto a Alemania por un lado y la Unión Soviética por el otro. Hubo fuertes debates en el Riksdag. Pero Suecia se mantuvo neutral oficialmente. El pueblo sueco, en general, prestó gran ayuda a los fineses, en aquella desproporcionada guerra. Se recogieron y enviaron a Finlandia grandes cantidades de productos farmacéuticos, de primeras curas. Salieron con destino a Finlandia batallones de trabajadores voluntarios para el trabajo de trincheras y fortificaciones; en suscripciones públicas se recogieron mas de 350 millones de coronas.

Por aquellos días recibí desde Francia una carta del compañero Jover. Me contaba que él formaba parte de unos 300 refugiados españoles para los que el ministro de Estado del gobierno Negrín, Alvarez del Vayo, había pedido derecho de asilo al gobierno de Suecia. La lista estaba compuesta de ministros, diputados, catedráticos, magistrados, gobernadores, generales y coroneles. La solicitud había sido cursada hacía tiempo y no se recibía contestación. Me rogaba interpusiera mis gestiones a fin de obtener una resolución favorable del gobierno, sueco.

Con la carta fui a visitar a Andersson, para rogarle que fuese él quien realizase la gestión. Andersson me dijo que yo sería el mejor gestor que pudiesen tener aquellos refugiados, por lo que me aconsejaba que fuese a visitar a Günther, ministro de Negocios extranjeros, excelente socialdemócrata, según me explicó.

Me atendió el primer secretario del ministerio. Me rogó que dejase mi dirección para preparar una entrevista con el ministro lo más pronto posible.

Vista la situación, le expuse el objeto de mi visita: enterarme de la situación en que se encontraba la solicitud elevada por Alvarez del Vayo.

—Puedo explicarle la situación de dicho expediente, porque ya fue a sesión del gobierno y recayó acuerdo negativo —me dijo el secretario.

El acuerdo negativo de gobierno había recaído en los primeros días de junio.

Yo había enviado mi solicitud de asilo en Suecia lo menos diez días después. Se lo hice observar al primer secretario. ¿Suponía un cambio de actitud hacia aquellos refugiados españoles?

—No, no hubo cambio —me aclaró—. A juicio del ministro, Christian Günther, usted hizo cuando pudo por restablecer la ley y el derecho de gentes. Ello imposibilitaba negarle a usted el asilo en Suecia. Y con este criterio llevó su solicitud a Consejo de ministros y el gobierno acordó concederle el derecho de asilo.

Eso explicaba que mi familia y yo fuésemos los únicos refugiados en Suecia. Pero Suecia concedía inmediatamente derecho de asilo a cuantos perseguidos aparecían en sus fronteras, en sus playas o puertos. Ello explicaba la aparición continua de nuevos perseguidos políticos en las calles de Estocolmo.

Un día terminó la guerra en Finlandia, con la capitulación del gobierno finés. Era curioso observar el cambio radical que experimentaron los suecos ante aquella capitulación. Los suecos comprendían muy bien la imposibilidad en que se encontraban los fineses de ganar aquella guerra. Pero, muerto el primer finés, había que continuarla hasta el fin, pasase lo que pasase. Porque la vida de un hombre vale tanto como la vida de los demás hombres. Si tenían que capitular, pudieron hacerlo antes de desencadenar la guerra, ahorrando la matanza inútil de tantas gentes.

Aunque Suecia se declaró neutral, la declaración de rotura de hostilidades trajo sus inconvenientes. Escasez de materias alimenticias de importación. Se implantó el racionamiento, sin preferencias, hasta sin mercado negro.

También trajo la preparación civil para la guerra. Se construyeron grandes y pequeños refugios antiaéreos para protección de la población civil. Con razón o sin ella, los suecos se preparaban para la guerra, que indudablemente habrían hecho si hubiesen sufrido un artero ataque como el que los nazis llevaron a cabo contra Noruega.

En los primeros tiempos de lo que terminaría por ser guerra universal, al irse conociendo mi domicilio en Suecia, muchos de los compañeros que quedaron en Francia fueron escribiéndome. Sus cartas revelaban todas la misma preocupación: ¿Qué sería de nuestra causa? Franco había declarado la neutralidad de España. Si la guerra era ganada por el Eje, Franco continuaría, y si la ganaban las democracias, Franco continuaría también. ¿Cuál sería el porvenir, en tales condiciones, del Movimiento Libertario español?

Mis respuestas fueron invariables. Hasta que un día, por razones especiales, dejé de contestar. Como sea que el silencio no deja huellas y mis cartas sí produjeron impacto, reproduzco una síntesis de mis contestaciones a las cartas de José Juan Doménech, de Miguel García Vivancos, de Gregorio Jover y otros.

«El llamado Movimiento Libertario debe desaparecer. Solamente deben quedar las siglas de nuestra organización sindical, CNT.

La FAI fue un fracaso total durante la experiencia revolucionaria. Creada para que los anarquistas pudiesen vigilar la dirección y el desarrollo de la CNT en el proceso revolucionario que se estaba gestando en 1927, en el momento en que más necesario era afirmar la concepción revolucionaria del anarcosindicalismo, dio una voltereta completa, por inducción de sus máximos dirigentes —Federica Montseny y Diego Abad de Santillán—, renunciando al ensayo de dar "todo el poder a los Sindicatos para la realización del comunismo libertario". La capitulación de la FAI fue total cuando, para mendigar unos puestos de ministros, gobernadores, militares y policías, rompió con todas las tradiciones del anarquismo revolucionario español, disolviendo su organización clásica en grupos de afinidad, adoptando el sistema orgánico de cualquier partido político, y, en una torpe parodia de lo que hacían los comunistas de Estado, admitió en su seno a miles de sedicentes anarquistas.

La FAI, que fue causa del fracaso de la revolución social en España, tenía que desaparecer; y de empeñarse algunos en que debía subsistir, tendría que ser en virtud de su propios méritos, y no absorbiendo el potencial de la organización obrera, de la CNT.

Sin embargo, considerando que la CNT solamente existe cuando puede constituir sus sindicatos en la legalidad o en la clandestinidad, y esa circunstancia no se daba en el exilio ni en el interior de España; considerando que si no se dotaba a la emigración de un órgano político de combate, nunca se podría iniciar y llevar a cabo la liberación de España, tanto durante la guerra universal como cuando ésta hubiese terminado, convenía ceñirse a tácticas que en cualquier circunstancia emergente posibilitasen la liberación de España, manteniendo en pie solamente el organismo de valor permanente que era la CNT. Y agotado el período posibilista de la FAI, estudiar la posibilidad de dotar al anarcosindicalismo de un órgano transitorio de lucha, que podría denominarse Partido Obrero del Trabajo, PÓT, cuya subsistencia, lograda la liberación de España, sería sometida a reconsideración, como lo serían también los principios y finalidades de la CNT, para lo cual sería convocado un congreso reconstructivo.»

La liberación de nuestro país continuaría obsesionándome. Sólo que no lograba asir el instrumento adecuado para luchar por ella. La FAI se había corrompido en manos de la familia Urales y de Santillán, y difícilmente se lo-

graría hacer de ella un efectivo órgano de combate. Corroída por la politización, vacía de valores anarquistas, sin grupos de afinidad, había pasado a tener menor proyección en la política española que la que tuvieron el Partido Sindicalista y el Partido Federal.

Para mí, al cabo hombre de acción, el problema era sencillo: luchar. Y para que la lucha fuese eficaz, dotar a los luchadores de un organismo adecuado. No se trataba de auspiciar un organismo que propiciase el medro personal. Pero cada cual entiendo las cosas a su manera. Entre García Vivancos y Jover se estaban produciendo roces a propósito de quién de los dos sería el jefe del nuevo partido. Aquellos dos compañeros, antes fraternales amigos, estaban intoxicados por los galones de mayor y de teniente coronel que habían logrado en el ejército republicano. Y Jover estaba dando síntomas de oportunismo comunistoide. El proyecto del Partido Obrero del Trabajo, como una organización disciplinada de lucha, había dejado de ser interesante para mí.

Les escribí para decirles que no contasen conmigo para el proyecto de Partido Obrero del Trabajo. La dispersión de la militancia anarcosindicalista aconsejaba un repliegue.

Helmut Rüdiger me informó, muy reservadamente, de que Germinal Espleas, con carácter de secretario del Consejo general del Movimiento Libertario, había escrito a la SAC y a la AIT, requiriéndoles para que no se me prestase ayuda material o moral, alegando que la idea de crear el Partido Obrero del Trabajo era de mi paternidad. Sin haber sido oído ni juzgado por la militancia, la familia Urales me condenaba al hambre y a la miseria. Nadie mejor que ellos sabían que yo no me aproveché de la revolución ni en un mísero real. El Consejo directivo de la SAC rechazó enérgicamente el requerimiento de los Urales, que, después de la extraña muerte de Marianet, habían pasado a detentar el poder orgánico, incluido el más o menos importante poder económico de la Organización.

¿Tenían razón aquellos dos experimentados anarcosindicalistas, presidente y secretario respectivamente del Sindicato Único de la Alimentación de Barcelona, Escandell y Monteagudo, cuando un día del año 1919 sacaron a empellones a Federico Urales del local social de la calle de Guardia?' Al dar cuenta, en reunión de militantes, de su conducta, declararon: «O acabamos con la familia Urales, o la familia Urales acabará con la Organización». ¿Tenían razón?

¿Tenían razón Peiró y Mascarell cuando, después de acordar realizar la unidad dentro de la CNT en el Congreso de Zaragoza del año 1936, me insinuaron que, después de todo, quizá los Urales acabarían también conmigo como militante de la CNT? La expresión acabar conmigo estaba desplazada. En la CNT, nunca aspiré a nada, y menos a una personalidad cimentada en años de actividad burocrática. En el 'Congreso nacional del Conservatorio, en 1931, propuse que no excediese de un año de duración cualquier cargo retribuido en la CNT. E hice más apremiantes mis demandas a Andersson de que me facilitase algún trabajo en lo que fuese. Muy vagamente se me dio a entender que se sentirían muy apenados por las críticas de que serían objeto al consentir que a una personalidad de tanta significación en el sindicalismo mundial se le viese trabajando de camarero o en cualquier otro oficio. Se alegaba también que, según leyes sociales vigentes en Suecia, ningún extranjero podía trabajar mientras existiese un trabajador sueco en paro; y, por entonces, a causa de la guerra universal, había en paro forzoso muchos obreros suecos.

1. [NDE]. Véanse las páginas 216-217.

Salir de Suecia

Desde aquel momento me hice el firme propósito de abandonar Suecia. Quería vivir de mi trabajo, no de la solidaridad. Visité la embajada de México, en demanda de visado de admisión. Escribí a Félix Gordón Ordaz, nuestro embajador entonces en México. Anduve por los consulados de Chile y de Venezuela. Escribí a los amigos de las Sociedades Hispánicas Confederadas, de Nueva York.

Cuando los nazis ocuparon Noruega, quedaron prácticamente bloqueados el Báltico y el mar del Norte. La tensión entre Suecia y Alemania llegó a su máximo. Había que ir pensando en qué hacer en el caso de que los nazis invadiesen Suecia. Yo pensaba en cuál podría ser la existencia de guerrillero en aquellas latitudes. ¿Guerrillas en Suecia? Militarmente habría sido fácil organizarlas. Todo sueco apto para las armas era considerado en servicio activo hasta los 45 años de edad. Periódicamente hacían unos días de prácticas militares, a las que acudían desde sus hogares con su uniforme gris, el fusil y su módulo de tiro. En toda vivienda existía el armamento reglamentario de uno o varios soldados. Resultaría cosa fácil armar partidas de 50 ó 100 guerrilleros. ¿De qué podrían vivir los guerrilleros sobre el terreno? No podrían sostenerse mucho tiempo, si el gobierno no preparaba con antelación depósitos de vituallas y municiones.

No fue necesario. De pronto, la tensión existente desapareció. Se suspendió la febril construcción de refugios antiaéreos y se hicieron menos insistentes las prácticas de movilización civil. Por debajo de nuestra casa pasaba la vía del ferrocarril que iba hasta Noruega. Un día nos dimos cuenta de que, de vez en cuando, las tropas nazis iban de Suecia a Noruega o viceversa. Suecia se había salvado de entrar en guerra. Las decisiones del gobierno socialdemócrata fueron aceptadas sin discusión ni oposición, porque respondían a la manera de ser de los suecos.

Los suecos son muy eficientes. Lo son en todo. En sus sistemas cooperativos, por ejemplo. El cooperativismo en Suecia se regía por principios esencialmente libertarios. Era socio cooperador quien quería serlo, mediante una aportación de cien coronas que se podían retirar cuando se quería.

Cada año se reunía la Federación de Cooperativas, a cuyo congreso asistían los delegados de todos los centros de cooperadores. Las reuniones locales se organizaban a la manera libertaria de elección de mesa de discusión, don un presidente, un secretario de actas y otro de palabras. Por procedimiento libertario se nombraba la delegación de uno o más miembros al Congreso anual de Cooperativas.

Pasó el invierno, con su tupido manto de nieve y hielo cubriendo lagos y ríos. El bosque, que empezaba donde terminaban las calles de Hagalund, invitaba a ser recorrido en cuanto la primavera empezó a llenarlo todo de agua. Se fundían los hielos y los lagos volvían a ser de agua, con sus patos y sus cisnes.

Era agradable vivir en Suecia y yo me sentía muy bien entre los suecos. Me deprimía la falta de derechos políticos y me sentía como empujado por no poder trabajar para ganar el sustento. Cada mes era lo mismo: De la oficina de Shapiro, de quien recibía el socorro mensual, iba a la de Andersson para insistirle en lo de buscarme trabajo, siempre con el mismo resultado. Forzoso me sería escapar.

En París había entrado en relación con dos delegados de las Sociedades Hispánicas Confederadas de Nueva York, Castro y Delgado, anarcosindicalista uno y socialista el otro. Sociedades Hispánicas los había enviado a Francia

para ayudar económicamente a quienes tuviesen visados y les faltase dinero para los pasajes. Me quedé con su dirección.

Les escribí explicándoles mi lamentable situación moral. Quería salir de Suecia y dirigirme a cualquier nación americana donde se me permitiese trabajar. ¿Podrían ayudarme ellos a conseguirlo? Necesitaba visados para mí, mi mujer y mi hijo y dinero para los pasajes. Aunque la guerra, les decía, tenía bloqueados los puertos de Escandinavia en el mar del Norte y en el Báltico, me quedaba la posibilidad de utilizar la vía de escape que acababa de ser abierta a través de la Unión Soviética, por la que se permitía la salida a América vía Transiberiano-Vladivostock, utilizada por muchos noruegos, daneses y holandeses que huían de la ocupación nazi de sus respectivos países.

La Unión Soviética —en un gesto desconcertante para muchos— abrió en una de las calles más céntricas de Estocolmo, la Vasagatan, una oficina de información —Inturist— y venta de boletos a Moscú, por vía aérea, y de la capital rusa a Vladivostock por el Transiberiano.

En Inturist me informaron de que para ir a América era preciso hacer el recorrido Vladivostock-Japón, para allí embarcar en uno de los *Mam* de la flota mercante japonesa.

Cuanto más avanzaba la situación de guerra, más difícil se hacía sostener una correspondencia desde Suecia. Durante largos períodos, se carecía de noticias de los amigos y compañeros regados por el mundo. Con la intervención de la Italia de Mussolini en la guerra, agrediendo por la espalda a Francia, los movimientos rápidos del ejército de Hítler sobre Bélgica y el norte de Francia, y la carrera hacia la frontera española de los nazis, se tenía la impresión de que asistíamos al entierro de Occidente y su depósito de ideas libertarias.

¡Esperábamos tanto de la derrota del nazifascismo! En lugar de asistir a la caída de Alemania y de Italia, fue el repliegue inglés de Dunkerque y la caída de París, con los desfiles de las divisiones *panzer* por los Campos Elíseos. Pilar y yo nos quedamos como en velatorio de un ser querido cuando por radio Andorra nos enteramos de la caída de París.

Unos días antes de tal desastre, retransmitida por los conserjes de la casa que habitamos en París, recibimos la respuesta del departamento de Estado de los Estados Unidos, comunicándonos la aceptación de nuestra solicitud de asilo, pero con encargo de tramitarla en el consulado general de París, adonde debíamos acudir con la documentación personal. No podíamos desplazarnos a París ni partir para América. Entonces apareció como un rayo de luz la posibilidad de alcanzar el Nuevo Mundo por la vía del Transiberiano.

Al fin, recibí carta de las Sociedades Hispánicas Confederadas. Ya no era secretario Jesús Arenas, militante anarcosindicalista de prestigio en Galicia, al que conocí en Zaragoza durante la Conferencia nacional de Sindicatos de la CNT del año 1922. Ahora lo era Ignacio Zugadi, un compañero vasco que no conocía. Me explicaba que, por un momento, creyó en la posibilidad de lograr para nosotros visados para Venezuela, pero que últimamente se habían malogrado sus buenas relaciones con ellos a causa de un cambio de la situación política de aquel país. Si yo veía alguna posibilidad de lograr visados y pasajes, ellos estarían dispuestos a pagarlos, ya fuese a la compañía naviera o remitiéndome el dinero.

Consulté a la agencia Cooks. Me explicaron que si en Nueva York depositaban el dinero, en su agencia, ellos recibirían la orden de pago y pondrían a mi disposición la cantidad convenida, ya fuese en dinero o en pasajes. Lo comuniqué en el acto, por carta, a Zugadi. Y un día me llegó el aviso de la agencia Cooks. Me comunicaron que la agencia de Nueva York les había hecho la transferencia de una cantidad en dólares para cubrir nuestros pasajes.

Podía retirar el dinero y encardarme yo mismo de gestionar mi salida de Suecia, o bien lo harían ellos, si bien debía saber que se encontraban imposibilitados de iniciar las gestiones, ya que yo no poseía visado de entrada para ningún país y, además, era apátrida.

Opté por retirar todo el importe de los pasajes, creyendo que podría arremérmelas mejor con dinero que careciendo de él.

Lo primero que hice fue conseguir del Kungl Socialstyrelsen un pasaporte de extranjero, valedero desde el 1 de agosto de 1940 hasta el 31 de julio de 1941, con derecho de regreso, condición indispensable para transitar por el mundo. ¡Nadie quería oír hablar de refugiados, de los que estaban llenos los consulados y todos los caminos!

Antes, para justificar mi salida de Suecia y merecer el pasaporte de extranjero, había logrado del consulado general de la República Dominicana en Estocolmo que el gobierno de dicha República, en cable recibido el 7 de junio de 1940, autorizase mi entrada en el país. Y el 8 de junio me estampaban la autorización en mi pasaporte diplomático de la República española.

Con este país de destino, inicié las gestiones para lograr los visados de tránsito de la Unión Soviética y de los Estados Unidos. Ambos gobiernos eran igual de cautelosos en la concesión de visados de tránsito.

El cónsul de los Estados Unidos, Walter Washington, dijo conocerme de referencias, pues era cónsul general en Barcelona cuando se inició nuestra guerra. El visado de tránsito que me extendió era válido por 15 días a contar desde mi llegada a los Estados Unidos.

El cónsul de la Unión Soviética me indicó que mi solicitud de visado de tránsito no se tramitaba en el consulado, sino que la atendía personalmente la embajadora de los Soviets en Suecia, la camarada Alejandra Kollontai.

La embajada estaba en el mismo edificio, y se ascendía a ella por una amplia escalinata. Al final de la escalinata, me estaba esperando una señora de porte distinguido y cabello canoso. Era Kollontai.

Fru Kollontai, como la llamaban en Suecia, era una antigua revolucionaria marxista, si bien su iniciación en las luchas sociales la tuvo en las filas de los socialistas revolucionarios, que siempre estuvieron nutridas de entusiastas mujeres. Gozaba de gran prestigio en el Partido Comunista Soviético. Pero era sospechosa de estar más cerca de la oposición que de Stalin, por lo que se la mantenía alejada en embajadas.

Era una mujer inteligente, de sólida cultura. No hizo ninguna alusión a mi filiación anarquista. Solamente me dijo que le era muy grato saludar al que fue miembro del gobierno de la República española y al gran luchador revolucionario que yo había sido.

—Tengo el encargo —me dijo— de mi gobierno de saludarle y, por tratarse de un largo viaje a través de la Unión Soviética, expresarle la seguridad de que, en caso de cualquier situación conflictiva que se le pueda presentar los «amigos» estarán siempre dispuestos a ayudarle.

Le di las más expresivas gracias a ella, con el ruego de transmitir las a su gobierno. Me quedé con la tentación de pedirle explicaciones sobre la manera de entrar en contacto con los «amigos», pero me contuve, suponiendo que se trataba de una simple expresión de cortesía.

Me pidió el pasaporte para ordenar que le extendieran el visado de tránsito. Como disponía del diplomático y del *Fr^amlingpass*, le pregunté cuál sería preferible.

—Cualquiera de los dos; la Unión Soviética todavía reconoce a la República española. Sin embargo —dijo— acaso le convenga más el *Fr^amlingpass*... Pero le visaremos los dos y usted use el que más le guste.

—No sabría cómo agradecerérselo, Fru Kollontai.

—Vea, usted, camarada, tengo el encargo de interesarme por sus asuntos. Así que me dispensará si le pregunto cómo piensa salir de la Unión Soviética. En fin, para qué quiere usted el visado de tránsito.

—Tengo pensado ir a Vladivostock, donde, al parecer, puede embarcarse para América.

—Ese es el asunto. Desde Vladivostock todos los que van a América, de norte o del sur, se dirigen al Japón, donde hay líneas de vapores para toda el mundo. Pero usted, camarada, creo que no debe correr el riesgo de ir al Japón, de donde podrían conceder su extradición a la España de Franco.

—Si no es por el Japón, Fru Kollontai —le dije—, ¿por dónde podría ir a América desde Vladivostock?

—Preste atención. El gobierno soviético tiene un contrato con algunos barcos de la Johnson's Line, una compañía sueca. Esos barcos, que entran y salen de Vladivostock, van a los Estados Unidos, a veces directamente, a veces vía Filipinas. Pero el contrato que tenemos con ella obliga a la Johnson's Line a no admitir pasajeros, excepto los que autoriza el gobierno soviético. Le aconsejo que se dirija a la oficina de la Johnson's Line y pida pasaje desde Vladivostock a los Estados Unidos en cualquiera de sus barcos, en el primero que salga a partir de la llegada de usted al puerto. Puede decirle usted que está autorizado por el gobierno soviético y que, en caso de duda, me hablen por teléfono.

—Veo que los «amigos» a que usted se refirió han pensado en todo. ¿Sabía usted que, en tanto que anarquista, me he opuesto a los comunistas en España?

—De usted, camarada García Oliver, lo sabemos todo. Y es usted bienvenido entre nosotros. Que tenga buen viaje —me dijo al tiempo que me entregaba los dos pasaportes visados.

—Muchas gracias, Fru Kollontai, a usted y al gobierno soviético.

Me había recibido, de pie, en lo alto de la escalinata. Y de pie, en el mismo sitio, me despidió, con una sonrisa que embellecía su rostro.

Me dirigí a consultar con John Andersson para que me informase sobre aquella Johnson's Line y enterarle de que ya casi lo tenía todo resuelto.

Además, quería asegurarme de que los compañeros suecos seguirían atendiendo económica y moralmente a mi mujer y mi hijo, que quedaban en Suecia hasta que pudiese enviarlos a buscar. No tenía más remedio que dejarlos. El visado de entrada en la República Dominicana, que me había sido concedido cablegráficamente, posteriormente había sido cancelado por el mismo conducto, según me comunicó por carta el cónsul general. Yo me hice el desentendido y no volví al consulado para que me estampasen el «cancelado», por lo que para andar por el mundo aparecía como válido.

Andersson lamentó mucho mi decisión de irme. Me aseguró que tendrían a su cuidado a Pilar y Juanito, mi hijo. Me deseó mucha suerte. Finalmente me dijo que en el acto hablaría por teléfono con Ragnar Casparsson, director del periódico *Socialdemokraten* y amigo de Axel Johnson, dueño de la compañía Johnson's Line. Axel Johnson dijo que al día siguiente tendría todo arreglado: pasaje y carta para el consignatario de la compañía en Vladivostock.

Todo ello había ocurrido el 15 de noviembre de 1940. Todavía me quedaba tiempo de ir a Inturist para reservar pasaje por avión a Moscú y por tren a Vladivostock. Me quedaban dos días para las despedidas.

No creí poder despedirme cumplidamente de todos los compañeros que llegué a conocer. Los Janson, tres hermanos, con sus familias, miembros de la SAC, de los que uno, Hermán, vivía en Hagalund, cerca de nosotros. De John Andersson y de Shapiro, de Ragnar Janson y otros me despedí en el local social. Igualmente fui a despedirme de Helmut Rüdiger y de su compañera

Dora, que habitaban cerca de nosotros. Pasé por Solnamjöldropen a despedirme de Syster Mártha, que tan buena persona fue con nosotros. Lo hice también de los Alm, los Nissen, vecinos y amigos. De los niños y niñas de la calle Frósundaganta en que vivíamos y que tan finos fueron siempre, ellos con su fuerte saludo de gorras y el *Gud dag, gud dag*, y ellas con su flexión de piernas y el *gud dag, min herr*.

Logré comprar, en librería de ocasión, una gramática sueco-inglesa y un pequeño diccionario inglés. Tenía el propósito de aprender suficiente inglés como para hacerme entender a mi llegada a los Estados Unidos.

El 17 lo pasé con Pilar y mi hijo. Las nieves hacía días que habían llegado. No sabía cómo disimular la pena que me dominaba por aquella partida que más parecía una fuga, dejando a mi familia. Afortunadamente, estuvo a visitarnos la dueña de la tienda en que yo había comprado el viejo aparato de radio, Fru Aurora Balkist. Nos invitaba a cenar aquella noche, eii su casa, donde, nos dijo, nos aguardaba una buena sorpresa.

Fue una cena de verdadero ritual sueco. Tenía otros invitados. Al final, al dar las gracias a la dueña de la casa, anuncié que al cabo de unas horas saldría para América. La dueña rompió a llorar. Salió un momento y, al regresar, dijo:

—Siempre me temí que si usted no lograba encontrar trabajo, se iría. No deseando tal cosa, fui preparando todo para lograr su permanencia definitiva entre nosotros. Y hoy había quedado todo terminado. Este fue el motivo de la cena: anunciarles que lo hacía socio de un negocio de pescado que tengo, y darles las llaves de un departamento amueblado cerca del negocio. Perdóneme y perdone a los suecos por no haberle dado desde el primer día el trato que se merecían usted y su bella esposa. Pero no se vaya, ¡quéédese!

Pilar y yo nos miramos, mudos de asombro. Ella, con una lágrima en los ojos.

—¡Gracias, Fru Balkist!, le dije. No es posible que me quede. Ya todo lo tengo arreglado. Ya he dispuesto del dinero que me enviaron los amigos de Nueva York para los pasajes.

—¡Quéédese! Yo le presto el dinero para que pueda devolverlo.

—No, no es posible. Ya no es posible. Hace una semana, acaso hubiese aceptado.

Llegamos a casa que era más de la media noche. Nuestro hijo dormía apaciblemente. Pilar y yo nos acostamos. El avión salía a hora temprana. El aeropuerto estaba a algunos kilómetros de la ciudad.

A las 5 de la mañana me abracé por última vez a Pilar. Ella lloraba, disimulando las lágrimas. Juanito dormía, ignorante de que, al despertar, ya no estaría yo allí para llevarlo como todos los días a su paseo por Hagalund y Haga Parken. Mi equipaje era una sola maleta. La agarré y me dirigí a la puerta. Pilar se quedó sentada en la cama. Al llegar a la calle, la nieve crujió bajo mis zapatos. En la esquina me volví y miré hacia la ventana del piso en que vivíamos. Allí estaba Pilar, teniendo en brazos al hijo. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no desandar los pasos y quedarme en Suecia para siempre.

Aquellas primeras horas del 18 de noviembre eran muy frías. La ciudad amanecía con la nieve todavía no hollada, de blanco impoluto. Hombre del Mediterráneo, comprendí en aquel momento que me habría sentido siempre extranjero en Suecia, por el paisaje, las costumbres, el idioma.

No fui el primero en llegar al aeropuerto. Ya había como un corro de gente, compañeros y compañeras que habían acudido a despedirme. Mientras iba estrechando la mano que me tendían, pensaba que en los 16 meses que había vivido con ellos no había recibido la menor ofensa de ningún sueco.

A través de la Unión Soviética

Hicimos escala, creo que en Vilna, para la inspección aduanera. Descendimos del **avión** bajo la vigilancia de un soldado, vestido a la manera creada por Trotski: **largo** capote, gorro puntiagudo y fusil con larga bayoneta.

En la aduana hicimos una larga espera. Los equipajes estaban en un mostrador. Nos iban llamando por turno y, con gran corrección, nos rogaban declarar el dinero, las joyas, las pieles, bastando la palabra del declarante. La revisión de los equipajes fue somera, casi simbólica.

Despegamos de nuevo, esta vez con rumbo a Moscú. Anochecido, volábamos sobre la antigua ciudad santa, ahora capital de la Rusia roja.

El avión dio unas vueltas sobre Moscú. Serían las siete de la noche. La ciudad aparecía enteramente iluminada; su centro tenía aspecto de un ascua de fuego.

Llegamos. Antes de descender por la escalerilla, nos dijeron algo a los pasajeros. Debieron hablar en ruso, porque yo no entendía nada. Nos dirigimos al edificio del aeropuerto. Un guía me dijo en un español bastante claro:

—Usted va al hotel Savoy. Allí le informarán de todo lo necesario.

Atravesamos varias amplias calles de la ciudad, débilmente iluminadas. La ciudad se veía azotada por una fuerte ventisca que levantaba remolinos de fina nieve. Los viandantes transitaban como sombras oscuras, abrigados de pies a cabeza.

Llegamos a la puerta del hotel Savoy. El guía de Inturist me presentó al jefe del hotel. Era probable que mi llegada estuviese programada. Inscribí mi nombre, mostré el pasaporte y fui conducido al primer piso, donde una camarera rubia y bella, jefa de piso, me condujo a mi habitación. Hablaba francés y algo de español.

La habitación se parecía a la mayoría de las que conocí en España en hoteles de segunda categoría. Una cama de latón, un lavabo y una gran jarra de agua, con dos toallas muy limpias. Luz eléctrica de un foco central.

Descendí para dirigirme al restaurante. Estaba casi vacío, posiblemente por ser ya demasiado tarde, pero lo animaba una zambra gitana desde un pequeño estrado. Me gustó y permanecí un buen rato viendo bailar.

El 19 amaneció con fuertes ventiscas. Desayuné y salí a la calle. Estuve tentado de preguntar si a un viajero en tránsito, como yo, le estaba permitido deambular por las calles. ¡Había oído y leído tanto sobre lo permitido o no en la URSS! Me decidí por salir sin pedir la opinión de nadie.

Nadie me detuvo, nadie me preguntó adónde iba, nadie me siguió. Estaba palpando cuan exageradas eran las noticias que circulaban sobre la vida en la Unión Soviética. El gobierno soviético sabía de mi llegada a Moscú y no me lo daba a entender. Ninguna insinuación de amistosa vigilancia ni de oficiosa benevolencia. Nada, como si yo no existiese. Los soviéticos sabían ser discretos.

Llegué a la Plaza Roja, con las murallas del Kremlin a la derecha, la tumba de Lenin casi en el centro y al fondo una bonita iglesia de torres coronadas de cúpulas como cebollas.

La ventisca era molesta y no formé en la cola, ya larga, de visitantes de la tumba de Lenin. Anduve por varias calles y avenidas. Las mujeres del servicio municipal de limpieza, enfundadas en gruesas ropas de la cabeza a los pies, paleaban la nieve amontonándola o quebraban el hielo.

Cuando regresé al hotel, me esperaba una guía de Inturist, que me buscaba para completar un automóvil para turistas que deseara visitar lo más sobresaliente de la ciudad. La guía hablaba sueco. Me presentó a otras tres personas, dos noruegos y una noruega, jóvenes todos ellos.

La guía de Inturist me observaba con atención. Yo también me puse a observarla. Su rostro de mujer guapa y rubia no me era desconocido. Él azul de sus pupilas casi inmóviles me recordaba a alguien, sin llegar a atinar a quién. De pronto, ella me dijo en español, con mucho acento:

—¿Verdad que nos conocimos antes de hoy?

—Sí, creo que sí. Y me gustaría recordar dónde.

—¿No era usted asiduo visitante del... hotel Metropol de Valencia en España?

—En efecto. Pero no era visitante, sino que tenía una habitación en el hotel.

—Comprendo. Usted era amigo nuestro, pero no camarada. ¡Qué gusto me da verle de nuevo! ¿Y estuvo en Suecia desde que terminó la guerra de España?

—No todo el tiempo, pero sí casi todo.

—Me dijeron en Inturist que saldrían esta noche en el Transiberiano, rumbo a Vladivostock. Le deseo muy buen viaje. Ahora vamos por la calle de Pedro Kropotkin, un señor muy bueno para sus siervos, a los que repartió sus tierras, antes de la revolución de octubre. Por eso se le recuerda con cariño.

Bajamos del automóvil. La guía nos explicó que nos mostraría una estación del Metro de Moscú.

La guía se quedó orgullosamente satisfecha cuando le expresé mi opinión:

—Es la estación de Metro más linda y más limpia que he visto en mi vida.

Y era verdad. Aunque posiblemente la tuviesen preparada para mostrarla a los visitantes. Después de todo, en todas partes ocurre algo parecido: al visitante se le muestra siempre lo mejor.

Al regresar al hotel, le di a la guía un ticket de taxi y los noruegos hicieron lo mismo. La guía me confirmó, después de hablar por teléfono, que tenía la salida reservada en el tren de la noche. Vi que hablaba con la noruega y los noruegos, por lo que supuse que ellos se encontraban en situación parecida a la mía.

A las seis de la tarde entregué los tickets de tres comidas y una noche de habitación. Me devolvieron el *Framlingpass* que había entregado al llegar. Me desearon buen viaje.

En el mismo ómnibus que nos trajo del aeropuerto, nos condujeron a la estación del ferrocarril. Además de los tres jóvenes noruegos y de mí, había otras seis personas. Una debía ser un músico, pues llevaba bien sujeto un estuche de violín. Al llegar a la estación nos separamos. Yo me quedé en un vagón de tercera clase y los demás fueron a buscar su vagón de primera.

Al parecer, los vagones de tercera estaban reservados para pasajeros nacionales. Los extranjeros tenían que viajar en primera clase. En Estocolmo, había tenido una fuerte polémica con el jefe de Inturist, que se negaba a venderme pasaje de tercera, alegando que era normativo que los extranjeros viajaran en primera. Yo insistí en pedirle tercera por la diferencia de precio, pues necesitaba una distribución meticulosa del poco dinero que tenía. El pleito se resolvió a mi favor, creo que gracias a la consulta que hizo el jefe de Inturist a la embajada soviética.

El jefe de la milicia del ferrocarril me guió a mi plaza en el cupé. Este consistía en dos camas altas y dos camas bajas. Todo muy limpio. Al principio del vagón, una estufa ya consumiendo gruesos bloques de antracita; la temperatura interior era agradable.

Volvió el jefe de las milicias del ferrocarril, con mi *Framlingpass* en la mano. Me lo mostró. Creo que quiso decirme que lo había recibido del agente de Inturist y que yo lo tendría a mi disposición en la agencia de Inturist de

Vladivostock. Para que comprendiese, me mostró el nombre de Vladivostock en un mapa que estaba al principio del vagón.

Pronto llegaron los otros pasajeros que ocuparían el compartimento. Eran tres militares, dos oficiales y un cabo. Después supe que pertenecían a la guarnición de Vladivostock. Cambiamos saludos y se sentaron. Se comportaban entre sí con verdadera camaradería. Sólo hablaban ruso: mi viaje prometía ser de lo más aburrido.

El tren se puso en marcha. En el mapa de la línea aparecía marcado el trecho que se recorría cada jornada. Nunca sabría los nombres de las estaciones que cruzábamos sin parar o en las que nos deteníamos, porque estaban escritos en letras cirílicas. Sí pude observar que en cada estación se levantaba sobre una base un busto de Stalin. En las estaciones de parada había un puesto de agua caliente, gratuito. El cabo bajaba, preparaba el samovar y repartía el té. Era bueno aquel té. Sabía a té silvestre, muy aromático. En los mismos vasos, se repartía el vodka que llevaban en una damajuana de regular tamaño. Medio vaso, que se tomaba solamente momentos antes de ir al coche restaurante. En éste había un turno para los extranjeros. Me tocó sentarme con los dos noruegos y la noruega. Pronto entablamos conversación, ellos en noruego y yo en sueco. Cuando supieron que yo era republicano español en exilio, se explayaron como si los cuatro fuésemos compañeros en la misma lucha. Ellos marchaban a engrosar el ejército libre de Noruega que se estaba organizando en el Canadá. Ella tenía contratos para trabajar de profesora de gimnasia en Estados Unidos.

Antes de regresar a mi vagón, me entretuve charlando con los otros seis pasajeros que subieron con nosotros al ómnibus que nos condujo a la estación. Se trataba de judíos sefarditas, que hablaban en el castellano antiguo que conservaron religiosamente desde su expulsión de España por los Reyes Católicos. Los seis procedían de Bulgaria y huían de las persecuciones antijudías que los búlgaros llevaban a cabo por inspiración de los nazis. Eran comerciantes e industriales. El solitario del violín era efectivamente músico, al parecer muy buen violinista. Todos poseían visados para ir a Brasil. Estuvieron esperando los visados durante bastante tiempo en Moscú, tolerados y protegidos por las autoridades soviéticas.

El paisaje parecía accidentado. Colinas, bosques inmensos, ríos y torrenteras. La nieve empezaba a cubrirlo todo.

Una vez al día, el tren hacía una larga parada en una estación y era invadido por brigadas de obreros que hacían el aseo de los vagones. Eran rápidos y eficaces. En todo el trayecto, el tren tuvo que ser limpiado nueve veces.

Cuando el tren se detenía para que lo aseasen, bajábamos a la estación los noruegos y yo a pasear por el andén. Lo hacíamos con paso gimnástico, sin descansar, a veces durante más de una hora.

En el compartimento lo pasaba bastante distraído. Había destinado una hora de la mañana y otra de la tarde al estudio de la gramática sueco-inglesa. Con los dos oficiales y el cabo, había empezado una partida de dominó. Era partida de a cuatro, sin apostar dinero. El cabo y yo ganamos la mayor parte de las veces. Hasta que el honor soviético se impuso y ya siempre me tocó perder.

Todavía no habíamos llegado a los Urales. Una mañana, un rumor largo agitó a los pasajeros rusos, agolpados a las ventanillas, mirando extáticos una ancha cinta de agua.

—¡Volga! ¡Volga! ¡Volga!...

Era como un grito ahogado, como un fuerte susurro, como una pagana oración.

Cuando hubimos traspuesto los Urales, y nos lanzamos a lo largo de las tierras esteparias de Siberia, la temperatura descendió notablemente. El agua se congelaba en la tubería antes de llegar a los grifos y había que esperar para lavarse a que fuesen las diez de la mañana, o más tarde. Tampoco era fácil divisar el exterior a través de los vidrios de las ventanillas. La humedad, convertida en hielo, lo impedía. Pero, más avanzado el día, se podían ver claramente las campiñas siberianas: el tren parecía un barco navegando sobre un mar de algodón. De vez en cuando, aparecía una mancha borrosa, de gris difuminado, de un soto de abedules, con las ramas peladas y los troncos de color de plata sucia. Allí donde la nieve no había alcanzado el espesor invernal, pues estábamos a fines de noviembre solamente, la planicie aparecía como espolvoreada de canela por las puntas de los pastos soterrados.

Y así durante días. Nieve por todas partes. Hasta el cielo, sin rayos de sol, era tan terso que parecía de nieve.

Una mañana, el paisaje había cambiado completamente. Ahora andábamos por entre montañas, atravesando túneles. Habíamos llegado a la zona del lago Baikal. Este parecía como un mar cuya orilla bordeáramos.

Tocaba a su fin aquel largo viaje de nueve días y medio y nueve mil kilómetros, sin ningún incidente digno de mención. Vino el jefe de la milicia del ferrocarril para acompañarme a los agentes de Inturist. Me despedí afectuosamente de mis compañeros de cupé, los oficiales y cabo del ejército. En el andén ya esperaban los noruegos y los judíos.

Tengo un recuerdo muy vago de aquella estación, a la que llegamos ya de noche. El hotel Inturist debía encontrarse cerca. Cuando llegamos a él, estaba repleto de judíos que esperaban la oportunidad de embarcar para América, vía Japón.

No me dieron habitación. Me acomodaron en una gran sala donde había unos quince catres de hierro entre los que corrían unos chiquillos bulliciosos, al parecer hijos de los judíos trashumantes. Ahora sí que estábamos en tercera.

La cena la hice en la mesa de los judíos comerciantes que conocí en el tren. También se sentó el violinista con nosotros. Me dijeron que estaban inquietos, pues había dificultades en el Japón para embarcar con destino a ciertas partes de América, a causa de la aglomeración de judíos huidos que todavía estaban en Vladivostock.

La cena fue bastante buena, con caviar rojo, que me gustó más que el negro que recordaba haber comido alguna vez. Retardé todo el tiempo que pude el levantarme de la mesa. Era desagradable encontrarme entre tanta gente desconocida, de difícil comunicación a causa del idioma. A los noruegos no los vi por ninguna parte. Seguramente se aventuraron a salir a recorrer la ciudad.

A las once, cuando penetré en el dormitorio, la chiquillería ya dormía. Los jóvenes, en corro, cuchicheaban sus habladerías. Me acosté y me dormí.

Al día siguiente, temprano, me dirigí a la oficina de Inturist. El empleado de turno, después de identificarme por mi *Framlingpass* allí depositado, en un francés bastante comprensible me explicó que para aquel mismo día, a las tres de la tarde, estaba anunciada la salida del *Margaret Torden*, de la Johnson's Line, pero suponía que yo no embarcaría en él, por los largos trámites a realizar. El violinista búlgaro, que se acercó a oír nuestra conversación, y yo logramos entender que, calle abajo, llegaríamos a la oficina de la Johnson's Line, y que en el puerto podríamos abordar el barco sueco, seguramente que con las calderas a presión, pronto a zarpar, pudiendo posiblemente tratar con el capitán.

Me acompañó el violinista judío. Vladivostock era una población dormida. La ciudad tenía que ser como sus habitantes, de andar cansino, como de

gentes sin destino ni objetivo. Me di cuenta de que estaba en un rincón perdido en la inmensa Siberia. Y Siberia no era patria de nadie ni sus estepas dieron vida a ninguna religión. Nunca llegó a ser nación. Los minúsculos grupos que las hordas dejaban en sus correrías hacia el oeste, eran para custodiar las encrucijadas de caminos o los depósitos de granos, que para matar el aburrimiento hacían correr sus caballos por la inmensidad de las estepas. Los restos de aquellas hordas, sometidos a la civilización por la férrea disciplina comunista, eran aquellos ciudadanos que yo veía deambular, con pocas ganas de llegar, si es que se dirigían a algún sitio determinado.

La oficina del consignatario estaba cerrada. Pegado en la puerta, un aviso en sueco decía: «No aguanto el aburrimiento. Me voy».

Nos fuimos hacia el puerto. No pudimos penetrar en él. No era un puerto abierto y libre. Estaba amurallado, con muros de unos tres metros de altura. Donde llegamos había dos puertas, una muy grande, otra chiquita. Un papeletito pegado decía en ruso: «Prohibido pasar sin autorización de Inflota». Me lo tradujo el violinista.

Miré el reloj de pulsera. Eran las once de la mañana. Si el *Margaret Torden* salía a las tres de la tarde y quería tomarlo, no tenía más remedio que recurrir a las grandes resoluciones. Y me acordé de lo que me dijera Kollontai: Los «amigos» me ayudarían. Tenía que jugar aquella carta. No sabía a qué amigos se refería la camarada embajadora, ni cómo entrar en contacto con ellos. Pero seguro que existían. Kollontai no me lo dijo en respuesta a algo que yo le pidiera, sino espontáneamente, como si se tratase de un ofrecimiento. Pude haber hecho la prueba la noche anterior, cuando en el hotel me asignaron una cama en una sala en la que dormiríamos quince personas. No hice la prueba porque hubiera podido parecer en contradicción conmigo mismo, después de haber insistido tanto en viajar en tercera.

Pero ahora, ante la perspectiva de poder salir de Vladivostok dentro de cuatro horas o quedarme quién sabía por cuánto tiempo en espera de otro barco, la situación era muy distinta, y lo razonable era hacer un esfuerzo para salvar las dificultades que se oponían a que entrase en contacto con el capitán del *Margaret Torden* y entregarle la carta de Axel Johnson.

Me decidí. Regresé aprisa al hotel, entré en la oficina de Inturist y al encargado de atender a los viajeros le dije:

—¿Es usted el jefe de Inturist aquí en Vladivostok?

—No, no lo soy, pero estoy facultado para atender a los viajeros.

—Lo sé. Sin embargo, me urge muchísimo hablar con el jefe.

—¿No puedo resolverle yo sus asuntos?

—No, usted no puede. Se trata de algo que debo hablar con el jefe de Inturist o con el jefe del puerto.

—Espere usted un momento.

Pasó como un cuarto de hora. El empleado me avisó de que el jefe me recibiría.

El jefe de Inturist tenía encima de su mesa mi *ramlingpass*. Me indicó con un gesto de la mano que me sentase junto a su mesa.

—¿En qué puedo servirle? —me preguntó en francés.

Le expliqué que tenía pasaje para cualquier barco de la Johnson's Line que hiciera escala en Vladivostok y una carta del gerente de la compañía para el consignatario o, en su defecto, para los capitanes de los barcos. En el puerto, presto a zarpar a las tres de la tarde, estaba el *Margaret Torden*, con destino a los Estados Unidos. No había podido hablar con el consignatario, por haberse ido, ni con el capitán, por estar prohibida la entrada en el puerto. Quería entrar en contacto con el capitán del buque antes de que zarpase.

—Comprendo muy bien su problema. Pero vea usted que no somos noso-

tros quienes lo hemos creado. Ni aquí ni en cualquier otra ciudad del mundo habría tiempo suficiente para resolverlo, de manera que usted, fulminantemente, lograrse salir a las tres de la tarde.

Me miró, como queriendo decir que nada especial podía hacer por mí. Insistí. Saqué del bolsillo el pasaporte diplomático de la República española, del que no había hecho todavía uso. Entregándoselo, le dije:

—Cuando en Estocolmo Alejandra Kollontai, la embajadora soviética, me lo entregó, me dijo que si me ocurriese cualquier contrariedad, podía estar seguro de que los amigos me ayudarían. Pues bien, eso es lo que deseo: que me ayuden los amigos.

Al escuchar el nombre de la señora Kollontai, el jefe de Inturist hizo una ligera inclinación de cabeza y se puso a leer el pasaporte. Cuando lo hubo hecho, me miró, como si no fuese ya el viajero de *Fråmlingpass*, el apátrida.

—¡Pasaporte diplomático de la República española! Me siento honrado de tenerle aquí. Espero que podamos resolver sus problemas.

Hizo por lo menos cinco llamadas telefónicas. Cuando terminó, me dijo:

—Por nuestra parte, todo resuelto favorablemente. Lo llevaremos enseguida con el capitán del barco, para que pueda arreglarse con él. ¿Tiene usted el equipaje listo?

—Sí, lo tengo listo. Se trata solamente de una maleta.

—Tenemos dos automóviles para el servicio de los viajeros. Pero están fuera del hotel. Nos queda solamente un camión de carga. ¿No tendría inconveniente en ir montado junto al chófer?

—Ningún inconveniente.

—Pues recoja su equipaje. Lo acompañarán dos miembros de la seguridad. En mi nombre y en el de todas las autoridades de esta población, ¡que tenga usted buen viaje!

—Muchas gracias, a usted y a las autoridades soviéticas. Nunca olvidaré que, desde la camarada Alejandra Kollontai hasta usted, he gozado de la protección de los amigos.

No pude despedirme de los noruegos ni de los judíos. Junto al conductor de la camioneta de carga, con los dos miembros de la seguridad, llegamos a la puerta de entrada al puerto. El oficial de guardia no permitía que se diera un paso más adelante. Había recibido la orden de hacerse cargo de mí y de conducirme hasta el jefe de Inflota. Además, no quería permitir que me acompañasen los dos miembros de la seguridad. Era evidente que se trataba de un problema de prerrogativas entre dos autoridades opuestas.

En Inflota me recibió el almirante jefe del puerto militar de Vladivostock. Era la más perfecta estampa de oficial de Marina que hubiesen deseado los productores cinematográficos norteamericanos. Cordialmente me estrechó la mano y me dijo en francés:

—He recibido órdenes de hacer todo lo posible para dejarle a bordo del barco sueco. He enviado a mi ayudante a buscar al capitán del *Margaret Tornen*.

Estuvimos platicando y fumando sus cigarrillos de larga boquilla y poco tabaco, pero de excelente sabor, hasta que llegó el capitán del *Margaret Torden*. Era un tipo totalmente opuesto al jefe de Inflota. Debía ser hombre de decisiones rápidas. Llegó, se plantó ante el jefe de Inflota, le preguntó de qué se trataba, escuchó lo que éste dijo y, dirigiéndose a mí, me espetó en sueco:

—Dígame rápido de qué se trata. Debo zarpar a las tres de la tarde y tengo todavía muchos asuntos que resolver.

Le entregué la carta de Axel Johnson y también el recibo por el importe de mi pasaje de Vladivostock a cualquier puerto de Estados Unidos.

Se caló los lentes y leyó los documentos.

—*Del ar bra, mycket bra. Nu, ni moste ga til cheppet.* Está todo bien. Ahora tenemos que irnos al barco.

El jefe de Inflight nos acompañó hasta la puerta. Me despedí de él con un fuerte apretón de manos.

En el puesto de Aduanas, dos oficiales kirguises me preguntaron lo mismo que en Vilna: joyas, pieles y dinero.

El *Margaret Torden* estaba pintado de blanco, como una gaviota. Subimos al barco los dos miembros de la seguridad de Inturist y yo, quedando al pie de la escalerilla los dos soldados de la guardia del puerto. En el barco pasamos el control de la milicia especial.

La milicia del barco aseguró que velaría por mí hasta que zarpara el barco, y los miembros de la seguridad de Inturist y del puerto se fueron, los cuatro, satisfechos de no tener responsabilidades.

Para mis adentros me dije que ni Stalin podría salir clandestinamente de la Unión Soviética. Tenía que reconocer que las autoridades soviéticas, los «amigos», habían sabido hacer las cosas. No me perdieron de vista ni un minuto desde el aeropuerto de Vilna hasta Vladivostock. Sabían quién era yo y adonde iba, pero nunca se mostraron. En Moscú no solicité ver a nadie ni nadie vino a visitarme. Nada pedí, nada me dieron. Pero cuando solicité su ayuda, fui tratado, no como un ex ministro de la República española, sino como un ministro en funciones. Comprendí que quedaba en deuda con aquellas gentes. También me di cuenta de la amenaza que se cernía sobre todo el país, apretado entre el Japón y Alemania como por un enorme cascanueces. Después me enteré de que no dejaban penetrar en el puerto a los viajeros: los llevaban fuera del puerto y eran conducidos en barca a los buques. Al permitirme entrar en el puerto y recorrerlo, me habían dado muestras de confianza que merecerían defensa -de mi parte cuando les alcanzase la tormenta.

Los muelles del puerto de Vladivostock estaban llenos de grandes cajas de madera con letras que indicaban que procedían de Estados Unidos. En una gran explanada del puerto, se veían simétricamente alineados aviones de combate americanos, todavía con funda verde olivo que les servía de protección. Maquinaria, equipos y aviones. Vi que la guerra se acercaba a la Unión Soviética. Estaba tan cerca que acaso me agarrase en el mar. Favor por favor. Si la URSS entraba en guerra, la defendería.

Ya estábamos en alta mar. Atrás quedaban las colinas parduscas que forman un anillo semicircular alrededor de Vladivostock.

El capitán del *Margaret Torden* me mostró su barco y me invitó a escoger el camarote que más me gustase. Opté por el más amplio. Me presentó al médico de a bordo, nativo de Los Angeles y que hablaba algo de español. Comíamos los tres en la misma mesa y a veces jugábamos al dominó.

El capitán me explicó que el *Margaret Torden* y otros tres barcos de la compañía, arrendados al gobierno soviético, se dedicaban exclusivamente al transporte desde los Estados Unidos a la URSS de maquinaria, equipo y aviones. Recalaban en Manila para cargar copra, que descargaban en Nueva York. Aquel viaje no tocaríamos las islas Filipinas y no cruzaríamos el canal de Panamá. Desembarcaría en San Pedro, lugar contiguo a Los Angeles. Me contrariaba aquella modificación de itinerario; mis gastos aumentarían sensiblemente por la estancia en Los Angeles y el transporte hasta llegar a Nueva York.

En la inmensidad del Pacífico, me dedicaba a pasear por el puente, repasaba mis lecciones de inglés, contemplaba *el vuelo* de las aves marinas. Así durante todo el viaje.

Hubimos de modificar la ruta. Nos cruzó un buque de guerra japonés, de color plomo oscuro, en dirección opuesta a la nuestra. El capitán dormía. Debían ser las tres de la tarde. Al aparecer el capitán, una hora después, le pregunté por qué iría tan aprisa el buque de guerra japonés. Abrió unos ojos como de doble diámetro de lo normal:

—¿Un buque de guerra japonés? —exclamó con asombro y temor.

—Sí. Parecía un crucero ligero —le expliqué.

Algunos hombres de la tripulación le confirmaron el paso del buque de guerra japonés.

Entonces el capitán ordenó una rápida maniobra y puso proa norte, como si nos dirigiésemos al Polo. Al amanecer del día siguiente, ordenó una maniobra contraria, que nos puso rumbo a las islas Hawai.

En Estados Unidos, camino de México

A dos días de distancia de San Francisco de California, a cuya altura estábamos, hice que se enviase un radiograma a las Sociedades Hispánicas Confederadas de Nueva York anunciando mi llegada a San Pedro de Los Angeles dos días después, a bordo del *Margaret Torden* de la Johnson's Line.

Así fue. En San Pedro, el cielo estaba de un azul limpio; las aguas del puerto, tranquilas, entre verdes y azules. El sol hacía resaltar la blancura de las casas y brillar las hojas de unas esbeltas palmeras. Me creí en un pueblecito mediterráneo.

El capitán me informó que no podría descender hasta que diese el visto bueno el jefe de Aduanas. A mediodía subieron a bordo dos funcionarios de la compañía. El capitán les mostró la carta de Axel Johnson. Al parecer, ambos estaban bastante impresionados por la carta de su gerente general y por la excepción que hizo el gobierno soviético a mi favor al consentir que viajase en uno de los buques arrendados por la compañía.

Ya pasadas las doce del día, sirvieron la comida a los cinco: el capitán, el médico, los dos representantes de la compañía y yo.

A las tres de la tarde, llegó el jefe de aduanas y de inmigración de Los Angeles, un señor llamado E. Day. Leyó detenidamente la declaración que yo había llenado y suscrito, revisó mi pasaporte y el permiso de tránsito por 15 días. En un español bastante bueno, me dijo que mi visado de tránsito era válido por 15 días solamente, por haber pensado el consulado de Estados Unidos que llegaría yo a Nueva York directamente, pero que como estaba un poco lejos de Nueva York y acaso me gustaría pasar en Los Angeles las fiestas de Año Nuevo, me podía ampliar el visado de tránsito hasta 60 días.

—Me parecería magnífico, y se lo agradeceré mucho.

Aquel viaje, que yo temía fuese accidentadísimo, estaba resultando suave como una seda. Era el 18 de diciembre, y hacía un mes justo de mi salida de Suecia. Siete días después sería Navidad.

A las cuatro de la tarde empecé a bajar las escalerillas del buque.

Todavía no me explico cómo me atreví a pedir habitación en el hotel Cecil. Desde la entrada, ya me pareció un hotel superior a mis posibilidades económicas y me convencí de ello al pedir habitación interior y oír que costaba cuatro dólares diarios. De todas maneras, resultó bien que tomase la habitación del hotel Cecil. En el momento en que terminaba de ducharme, me telefonaron. Una voz me decía en español:

—¿Eres el compañero García Oliver? Soy la hija de los Zubieta, de las Sociedades Hispánicas Confederadas de Los Angeles. Venimos del puerto y el

guardia que te atendió nos dijo que posiblemente habías ido al hotel Cecíl, que te recomendó.

—Bajo enseguida.

Ahí estaban la joven Zubieta y su padre, indudablemente vascos. En el acto dispusieron llevarme a su casa, a conocer a todos los Zubieta y a algunos amigos más de las Sociedades Hispánicas Confederadas.

Las Sociedades Hispánicas Confederadas, en los Estados Unidos, estaban constituidas para unificar a todas las sociedades españolas republicanas. Altamente solidarias de la causa republicana de nuestra guerra, prestaron grandes servicios de ayuda a quien podía necesitarla con urgencia. Me contaron el caso de Diego Martínez Barrio, quien, por no tener visado de tránsito, al llegar a Nueva York hubo de ir directamente del buque al tren que lo conduciría a México, salvándose de la estadía forzosa en la prevención de Long Island gracias a los buenos oficios de las Sociedades Hispánicas Confederadas.

—Queremos que estés unos días con nosotros para pasar Año Nuevo en Los Angeles.

A las Sociedades Hispánicas Confederadas pertenecían todas las organizaciones de españoles radicados en Estados Unidos, con excepción de los comunistas y de algunos grupos anarquistas influidos por *Cultura Proletaria*, extremadamente fanáticos, pero a quienes había que tolerarles el ser burgueses explotadores de sus obreros o empleados. Me chocaba aquella situación especial de anarquistas burgueses.

La mayoría de miembros de las Confederadas también eran pequeños burgueses emigrados, que dejaron España en busca de un porvenir mejor en América. Se limitaban a sentir y expresar simpatía por los republicanos españoles en lucha contra los militares y las demás fuerzas derechistas, y no excluían a nadie. Los puestos directivos de las Sociedades recaían casi siempre en la gente activa y que no regateaba sacrificios. Eran anarcosindicalistas como Arenas, Zugadi, Castilla, Claudín, o socialistas, siempre de tendencia largocaballerista.

Antes de abandonar el hotel y de marcharme con los Zubieta, envié un telegrama a mi mujer, deseándole feliz Navidad.

Ya entre los Zubieta, fui conociendo a otros compañeros, a Frank Eiva, a Nick Díaz y a otros. Por allí aparecieron también algunos compañeros de la tendencia de *Cultura Proletaria*. Me pidieron les asignase un día completo para estar con ellos, y así lo hicimos. Ese día me recogieron en el automóvil de uno de ellos y visitamos los negocios de varios de dichos compañeros: un restaurante, una gasolinera, dos granjas de cría de gallinas y, finalmente, después de comer en el restaurante de un compañero, me dijeron que me llevarían a San Bernardino, para presentarme a dos compañeros que tenían un bazar.

Fue muy cordial el recibimiento. Dimos algunas vueltas por el bazar. Varios empleados atendían a los clientes, que abundaban. Todo era afectuosidad. De pronto se pusieron serios, como si estuviésemos en un velorio. Uno de los dueños del bazar, al parecer el líder de aquellos burgueses anarquistas, punto de contacto de todos los afectos a la tendencia de *Cultura Proletaria*, carraspeó y me espetó:

—Compañero García Oliver, ya que te hemos saludado, ahora queremos decirte cuan apenados estamos contigo, pues debes saber que siempre pensamos que tú serías el último en renunciar a las ideas anarquistas. Pero cuando nos enteramos de que pasaste a ser ministro de Justicia, nos pareció algo inconcebible.

—Quiero creer que nunca estuvisteis bien informados de lo que era la CNT de España. Estoy convencido de que ignorabais que nuestras ideas hacían in-

compatible ser militante y al mismo tiempo burgués. Nosotros, solamente pasamos a ser traidores a nuestras ideas cuando nos negamos a implantar el comunismo libertario. Supongo que ignoráis que fui yo quien presentó la proposición de «ir a por el todo», o sea a la implantación del comunismo libertario, y que fui mayoritariamente vencido. Es a los forjadores de mi derrota, seguramente vuestros amigos ahora, a los Santillán, a Federica Montseny, Germinal Esgleas y otros, a quienes debéis dirigir vuestras lamentaciones.

—Algo sabemos de lo que acabas de referirnos. Pero sabemos también que Federica Montseny ha declarado estar arrepentida de haber sido ministro y de haber dejado, cuando lo fue, de ser anarquista.

—Lo siento, compañeros. Podéis ver cuan delgado estoy. Si me comparáis con Federica Montseny, veréis la diferencia que existe entre ella y yo. De jovencita, debía pesar no menos de noventa kilos. Quiero decir que Federica y yo no nos parecemos en nada. Que ella tiene una conciencia tan dilatada como su cuerpo, lo que le permite arrepentirse hoy de lo que hizo ayer, y acaso poder arrepentirse pasado mañana de lo que diga o haga hoy. Yo tengo una conciencia tan estrecha como mi cuerpo, y nunca me arrepentiré de nada de lo que hice, ni siquiera de los centenares de garrotazos que han llovido sobre mis espaldas.

—Sin embargo...

—No sigas, porque entre tú, dueño de este bazar, y yo, aun habiendo sido ministro, queda un trecho que no andarás nunca, porque seguramente no deases dejar de ser dueño de este bazar. Yo solamente conocí dos dimensiones del anarquismo, la reformista y la revolucionaria; ahora acabo de conocer la dimensión burguesa del anarquismo. De tener que dar el paso hacia vosotros, tendría que decirte: «Soy de vuestra dimensión, dadme el dinero necesario para montar un negocio y doy el salto a vuestro mundo».

—No quisimos ofenderte...

—Mejor lo dejamos... ¿Me hacéis el favor de llevarme a Los Angeles?

Al llegar a Los Angeles, me enteré de que se había constituido en México la JARE (Junta de Ayuda a los Refugiados Españoles), integrada por varios ex ministros y presidida por el socialista Indalecio Prieto. Al parecer, disponían de cuantiosos fondos, que provenían de los tesoros del *Vita*, barco que envió Negrín a México y que, según se contaba, el general Cárdenas, entonces presidente de México, dispuso fueran entregados a Indalecio Prieto, que había llegado al país en calidad de embajador extraordinario y plenipotenciario de la República española para toda América.

Todas las noticias que me proporcionaron en Los Angeles sobre las condiciones de vida existentes en la República Dominicana eran malísimas. El dictador Leónidas Trujillo, que había entrado en arreglos con el SERÉ y la JARE, exigía le fuesen entregados cincuenta dólares por cada refugiado que entrase al país. Cuando la cantidad global que le entregaron se hubo agotado —según declaró—, canceló todos los permisos de entrada pendientes. Esa debió ser la causa de que fuese cancelado mi visado.

Comprendí que mi problema sería grande si llegaba a la Dominicana y no me permitían desembarcar.

Las Sociedades Hispánicas Confederadas me facilitaron la dirección de Indalecio Prieto en la JARE. Envié un telegrama a Prieto con el ruego de gestionar derecho de entrada en el país a mi favor.

Indalecio Prieto tomó como cosa suya mi demanda y, en los primeros días de enero de 1941, recibí la comunicación de pasar a recoger en el consulado de México mi permiso de entrada, comunicado telegráficamente por la Secretaría de Relaciones.

Me dispuse a ir a México desde Los Angeles. Pero Zugadi requirió a los afiliados a las Sociedades Hispánicas Confederadas de la localidad para que me convenciesen de ir primero a Nueva York y, después de una breve estadía allí, hacer lo que más me conviniese.

Pese a la agarrada que tuve con el que parecía ser líder de zona de *Cultura Proletaria*, mantuve buenas relaciones con muchos de ellos.

La noche de Año Viejo, las Sociedades Hispánicas Confederadas organizaron un festival, que estuvo concurridísimo. Todo giraba en torno a los bailes y me aburrí de lo lindo, porque yo no he bailado nunca. Era la consecuencia de la influencia puritana de mis años mozos en los grupos anarquistas de *Bandera Negra* de Barcelona, los más fanáticos e intransigentes, en los que no se fumaba, no se bebía, no se jugaba, no se bailaba. «El baile, decían, es la antesala de la prostitución». Del juego decía: «Quien no tiene ideas que cambiar, cambia cartas». Y así sucesivamente.

No me divertí aquella Nochevieja. Aquella celebración no era ni sombra de la fiesta de Año Nuevo que conocí entre los compañeros suecos en Estocolmo, con los tradicionales *Bal omkring träd* (bailes en torno del árbol).

Como dormía en casa de un compañero que asistía con su familia a la fiesta, en ella estuve hasta el amanecer, bebiendo coca-cola o vino tinto del país, de California, que es bastante bueno.

La temperatura de Los Angeles era agradable. Pero cuando a mediados de enero, en vuelo hacia Nueva York, cambiamos de avión en Chicago, el frío era tan intenso que, por un momento, creí encontrarme en Suecia. Hacía mucho frío en Nueva York a mi llegada. Desde el avión, vi grandes bloques de hielo en el río Hudson. Y al bajar del avión, la ventisca era tan fuerte que no se diferenciaba de la que soplaba en la Plaza Roja de Moscú cuando estuve en ella.

En el aeropuerto La Guardia me esperaban Castro y Delgado, que conocí en París.

—¿Este es todo tu equipaje? —me preguntó Delgado, mirando la pequeña maleta que llevaba en la mano.

—Sí, es todo. Y os diré que está llena de ropa sucia.

—¿Y este traje tan arrugado es el único que tienes? —insistió Delgado.

—Sí. Después de mes y medio de viaje...

—Vamos al hotel. Después iremos a vestirte un poco.

Me llevaron al hotel Saint George, en Brooklyn. Tenían el local social cerca del hotel. Pidieron habitación. Bajamos enseguida y salimos a la calle. En una tintorería que debían conocer, mientras ellos hablaban rápidamente de todo, plancharon el traje. Me lo puse, y a la calle otra vez.

Me contaron que cuando pasó por allí Santillán, rumbo a Buenos Aires, tuvo que esperar barco varios días, y los comentarios de ellos versaron en torno a la gran cantidad de maletas y baúles que llevaba consigo.

Entramos en una fábrica de vestidos para hombre. Eran conocidos del dueño. Me probé varios trajes. Pusieron aparte dos, le dieron al dueño la dirección del hotel, y éste prometió que por la noche los tendría en el hotel. En otro negocio escogí camisas, camisetas, calzoncillos, calcetines, pañuelos y corbatas. De cada artículo separaron tres unidades que el dueño prometió enviar enseguida, y a la calle otra vez. En otra tienda, por lo que vi, una casa de empeños, se trataba de adquirir una maleta y una máquina de escribir portátil, todo de ocasión y a buen precio.

Nos metimos en el Metro de Nueva York. Cuando salimos de él, estábamos a una cuadra de Broadway.

—¡Estamos en Broadway, fíjate bien! —me dijo Delgado—. Cuando veas

esta plazuela de noche, te asombrarás de no reconocerla. Ahora todo parece viejo y pobre. En cambio, la iluminación de millones de focos eléctricos hace que de noche parezca un rincón del paraíso.

Me metieron en una cafetería. Tres bandejas, tres pares de cubiertos, y a pedir la comida. Comida hecha, prefabricada, servida por un cocinero tras una especie de barra-mostrador. Los postres y las bebidas eran despachados automáticamente, poniendo la moneda adecuada en la ranura correspondiente.

Al atardecer regresamos a Brooklyn a saludar a los amigos de las Sociedades Hispánicas Confederadas, muchos de los cuales trabajaban en oficinas y especialidades. Conocí a Ignacio Zugadi, gracias a quien pude salir de Suecia y llegar a Nueva York. Conocí al compañero Castilla, director de *España Libre*, el órgano de las Sociedades Hispánicas Confederadas. Me extendieron carnet de miembro del Ateneo Hispano. Acepté dirigir una pequeña alocución de saludo a toda la colonia española radicada en América.

En ómnibus salí un atardecer para México. Me fui de Nueva York casi sin conocer la ciudad. Durante mi corta estancia en ella, todo fue rápido y fugaz, siempre acompañado por alguien.

Pensé quedarme todo un día en San Luis, Missouri. Mucho antes de llegar a San Luis, el conductor del ómnibus paró el motor y, dirigiéndose a todos, advirtió que habíamos llegado adonde no se admitía que los blancos y la gente de color estuviesen mezclados.

Sin protestar, los negros se levantaron de los asientos que ocupaban en la parte delantera y media del coche y se dirigieron a la parte trasera. Los blancos hicieron otro tanto, pero a la inversa, pasando a ocupar los asientos dejados vacíos por los negros. La escena, para la que no estaba preparado, me produjo una desagradable impresión.

En San Luis, Missouri, avisé que volvería a seguir al día siguiente. Me acomodé en un pequeño hotel de enfrente de la terminal. Salí y anduve a lo largo de una avenida. Debía estar en el barrio de los negros o en la ciudad había más negros que blancos. Al día siguiente, me presenté en la terminal de la Grey-Hunt para esperar mi ómnibus con destino a México. Faltaba una hora para su llegada. Había dos salas de espera, una para gentes de color y otra para blancos. En la entrada de la sala para gentes de color un letrero anunciaba *Colorea room*, o sea, para gentes de color. Puesto que la decisión dependía de mí, entré en la sala para gentes de color. Ya me disponía a encender un cigarrillo cuando se me acercó un negro y me dijo que aquél no era mi sitio, que tenía que irme a la sala de al lado, con los blancos.

Así lo hice. Me quedé bastante perplejo. Yo tenía la idea de que la segregación era cosa únicamente de los blancos.

San Luis no me había gustado. Cuando llegamos llovía y seguía lloviendo cuando salimos. De paredes de ladrillo rojo oscurecido por la pátina del tiempo y el hollín de las chimeneas, sus casas y sus calles daban la impresión de pertenecer a un mundo en que el sol se hubiese apagado.

Cuando llegamos a San Antonio, en Texas, decidí quedarme también un día. San Antonio era totalmente distinto a San Luis. Calles y casas bañadas de luz, y gentes andando con alegría. Se debía vivir a gusto en San Antonio.

Cuando dejamos el Laredo de Texas y pasamos al Laredo de México, me pareció que dejaba un mundo extraño, en el que me sentía extranjero. Francia primero, con el *refus de séjour* a cuestras; la visión fugaz de Londres, ciudad sin sol, comiendo sandwiches en la cantina de la estación de Saint Paneras; Suecia, con sus largas noches de invierno que empiezan a las cuatro de la tarde, y su sol de medianoche, en que el día recién acaba de irse y ya está

asomando de nuevo; los Estados Unidos, tan diversos en temperaturas y gentes.

Al llegar a México, con su sol y todas las gentes hablando en español, me pareció que ya estaba otra vez en mi casa, en Cataluña. En el ómnibus, cerca de Monterrey, me saludó una persona, preguntándome si yo era precisamente yo. Era un refugiado español, llamado Grávalos, socialista caballerista, que trabajaba de viajante de un brandy famoso en todo México. Me recomendó una casa de huéspedes de la calle Bruselas y me dio la dirección del Centro Republicano Español, recomendándome el café Tupinamba si quería encontrar compañeros de la CNT.

En Monterrey nos separamos.

Los políticos exilados

Había dejado Suecia movido por dos impulsos: ganarme la vida trabajando y tener contacto con los compañeros para preparar el retorno a España tan pronto terminase la guerra universal.

Entrar en contacto con los compañeros fue tarea fácil. Igualmente lo era entrar en relación con los refugiados españoles de las otras tendencias. Bastaba penetrar en cualquier café: en el acto se oía hablar castellano con acento diferente al de los mejicanos, que se expresan con entonación menos áspere.

Entre los refugiados no cenetistas encontraba siempre una acogida sin reservas. No así entre los cenetistas. El anarcosindicalismo estaba potencialmente dividido entre los llamados «políticos» y los conocidos como «pieles rojas», que aspiraban a rehacer la CNT con anarquistas exclusivamente. Si bien existía una sola organización anarcosindicalista que funcionaba con el nombre de Delegación del Movimiento Libertario, al margen de ella se movían la mayor parte de los cenetistas refugiados en México; preferentemente por afinidades regionales.

Por otra parte, la Delegación del Movimiento Libertario, que pretendía tener la delegación del Comité que en Francia dirigía la familia Urales, llevaba una existencia lánguida. Sobre el retorno a España y manera de lograrlo, carecía de posición activa; admitía la derrota del antifranquismo como algo irreversible. Enconchados en la clásica actitud del anarquismo tradicionalista antiguo, apenas si seguían el desarrollo de la contienda que en Europa se libraba contra las potencias nazifascistas. Situación muy parecida a la que se dio durante la guerra europea de 1914 a 1918. Entonces, el anarquismo internacional sufrió un rudo golpe en su monolítica concepción de los problemas políticos de la humanidad, cuando más de sesenta anarquistas de renombre internacional firmaron un manifiesto declarándose partidarios de las naciones aliadas y contrarios a la Alemania del kaiser y a la Austria-Hungría de Francisco José. Entre los firmantes figuraban anarquistas de tanto renombre como Kropotkin y Faure.

Entre los demás refugiados la situación era bastante confusa. En general, los miembros de Unión Republicana y de Izquierda Republicana, así como los republicanos catalanes, suspiraban por la victoria de las armas francesas e inglesas, pero ello no pasaba de ser expresión platónica que no establecía una correlación entre los beligerantes y el problema español. Es decir, no formaban frente de combate, como sí las partidas de dominó y de tresillo los consolaban, para siempre, de la pérdida del hogar nacional.

Entre los socialistas, divididos en caballeristas, prietistas y negrinistas, la confusión era más acentuada. El caballerismo carecía de dirección, sus opi-

niones eran cabalísticas. «¿España, para hoy y para mañana? ¡Oh, sí, España! Habría que ver, sería cosa de estudiar...» Los negrinistas, vinculados a los comunistas y con un Negrín sometido a la URSS, así como los comunistas, denunciaban la guerra como lucha de imperialismos: «¿España? Porque España, cuando Negrín decida...».

Prieto, buda viviente, siempre meditativo, pendiente siempre de la tercera jugada. ¿Qué pensaban los prietistas? Los prietistas pensaban lo que pensaba Prieto. Y Prieto, en aquel momento, no pensaba en nada concreto sobre España. Prieto, socialista sin marxismo, sin lucha de clases y sin justicia social, era el ejemplo vivo de la crisis del socialismo del centro y del sur de Europa, con su derecha colindante con el fascismo. Liberal agotado. Prieto no creía en la libertad. Decepcionado por lo que le ocurriera al aliarse con Negrín contra Largo Caballero, Prieto se sentía colindante con la Falange. De haber vivido José Antonio Primo de Rivera, aquel fascista *sui generis* que buscó contar con Pestaña y con Prieto, seguro que hubiera tratado de asociarse con los falangistas para ir contra Franco. Pero los «camisas viejas» carecían de prestigio y de jefe.

Limitado por la fuerza de las circunstancias a la función de administrador de los bienes de la JARE, procedentes del tesoro del *Vita*, Prieto, apto para sacar partido de cualquier situación, creó una especie de legalidad republicana que, por lo menos, fuese tan legal como el gobierno Negrín, despojado ya de su autoridad por el Consejo Nacional de Defensa de Madrid. Con ex ministros republicanos constituyó Prieto la JARE frente al SERÉ de Negrín, para ayudar en lo posible a los refugiados españoles. Cabe decir que la JARE cumplió con bastante probidad su cometido. No creó grandes industrias para dar trabajo a los refugiados, pero sí distribuyó préstamos de carácter individual para la instalación de pequeñas industrias y comercios.

Cuando llegué a México hube de hacer esfuerzos para no olvidarme de quién era yo y a qué se debía mi partida de Suecia: trabajar para ser independiente y poner mi independencia al servicio de la CNT y de la lucha por la liberación de España.

Visité a Indalecio Prieto, para darle las gracias por sus buenos oficios en el logro de mi visado de entrada en México. Quise llevarle a una conversación sobre el porvenir de la lucha por España. Muy cucamente lo eludió, manifestando que entre muchos refugiados se abría camino la esperanza de un fácil retorno gracias a maniobras muy serias y a combinaciones de tipo monarquizante, en las que él no entraba ni salía, por parecerle muy dudosa la victoria de las armas aliadas en Europa.

Le manifesté que su bosquejo de la situación tenía bastante de exacto pero pecaba de primario.

Mi llegada a México había originado rumores, que yo mismo había alimentado: haber sido el único refugiado admitido en Suecia; mi viaje a través de la Unión Soviética, tanto más relevante cuanto que nadie ignoraba mi significación anticomunista; mi estancia en los Estados Unidos, que tan pocos se habían mostrado en facilitar el paso y la residencia de refugiados españoles. Aparenté, pues, estar en posesión de una carta escondida, jugué a quien tiene una misión y le dije:

—Hay que estar preparados para los grandes cambios que se producirán en la situación internacional y para la alteración que sufrirán los actuales factores que se encuentran en guerra.

—No entiendo lo que me quiere decir. Tengo motivos para suponer que en Europa la jugada está en su apogeo y que todos los ases están en manos de Hítler y de Mussolini —arguyó Prieto.

—Está usted bajo la penosa influencia de las aparatosas victorias nazis. Piense que a tal acción le corresponde una reacción. De otra manera tendríamos que admitir que para Hitler y Mussolini la guerra sería de una simplicidad abrumadora. No es tan fácil realizar la conquista del mundo. Todavía falta que entren en juego las piezas grandes.

—Sigo sin entender lo que me está diciendo. Europa está perdida. América, casi ni habla de la guerra; y Asia, con el Japón de gendarme de aquella parte del mundo, si algo decide será interviniendo al lado de Alemania e Italia. Por algo se creó el eje Roma-Berlín-Tokio. ¿Puede decirme qué espera usted?

—Espero la intervención de la Unión Soviética contra la Alemania hitleriana. La URSS no es una gran potencia militar, pero sí es una enorme masa con gran capacidad de producir desgaste físico. Y los Estados Unidos, con Roosevelt de presidente, decidirán el curso de la guerra.

—Sería curioso saber adonde va usted a parar. Sus razonamientos apuntan en alguna dirección, no me cabe duda. Usted es hombre de acción. ¿Qué opina sobre la España republicana de hoy, tal y como debe de haberla encontrado en los cafés de México?

—Opino que debemos aprestarnos a intervenir, aunque sea simbólicamente, en la guerra, tomando posición al lado de las democracias y contra el nazifascismo. Se impone la creación de un gobierno de unidad republicana y, aprovechando la tolerancia del gobierno de México, declarar la guerra a Alemania y a Italia.

—Reconozco que nunca tuve los entusiasmos de usted. Y si nunca los tuve, menos los tengo ahora. Adoptar las impresionantes decisiones que acaba de sugerir, lo considero un acto muy arriesgado. No comparto su optimismo y, por lo que sé, por informaciones de primera mano que me llegan, sus supuestos de una intervención soviética y norteamericana en la guerra, contra Alemania e Italia, carecen de base. Y volviendo al problema nuestro, el de España, por el momento, según mi modesta opinión, los que marchan con el monarquismo son los que más posibilidades tienen de salir ganando.

Como siempre, Prieto se manifestaba como en posesión de la mejor información. El tenía en el bolsillo, lamentando no poder mostrarlas, las cartas que se jugarían. Impermeabilizado ante el quietismo en que naufragaba la emigración republicana española, su pensamiento se reducía a una infantil ecuación de política nacional e internacional: triunfo del nazifascismo y el franquismo buscando la continuidad en una monarquía.

Carlos Esplá, de Izquierda Republicana, ex ministro, ejercía las funciones de secretario de la JARE en México. Cuando me despedía de Prieto, apareció él y me rogó pasar por su despacho, pues deseaba saludarme. Se interesó mucho por mis andanzas por el mundo, por la situación en que había dejado a mi familia en Suecia y por el estado de mis gestiones para traerla a México, en lo que la JARE participaba. Finalmente me dio cuenta del acuerdo de la JARE de poner a mi disposición una cantidad de dinero para instalar una pequeña industria o un comercio, «porque aquí resulta muy difícil encontrar un trabajo conveniente».

Le agradecí su interés por mí y por los míos. También le agradecí el ofrecimiento que me hacía en nombre de la JARE, pero le dije que había salido de Suecia para ganarme la vida trabajando y que eso era lo que pensaba hacer.

La vida de todos los políticos republicanos españoles dependía de la JARE. Cobran directamente de ella o dependían de dicho organismo por sus inversiones en industrias, laboratorios o comercios. Sabidas las opiniones de Prieto, era fácil suponer que nada o muy poca cosa podía esperarse de ellos.

Giral, que a la muerte de Azaña pasó a ser el jefe de Izquierda Republicana, también dependía de la JARE: ejercía las funciones de director de los laboratorios de productos quimicofarmacéuticos creados con capitales aportados por la JARE. Antes de entrar en contacto con Giral o con Alvaro de Albornoz pensé que era preferible que se fuese esclareciendo por su propio impulso la situación de Izquierda Republicana.

El pensamiento del Partido Comunista me fue fácil conocerlo. Tuve contactos con Joan Comorera, del PSUC, y con Santiago Alvarez, del buró del PCE, y que, como yo, trabajaba en Vulcano Construcciones Mecánicas. Hablar con un comunista oficial es como hacerlo con el cabo de guardia: o se da el santo y seña del día o no se da un paso. Entonces, el santo y seña de los comunistas todavía era: «La guerra actual es una guerra entre imperialistas» y «la Unión Soviética nunca participará en ella». Decirles que existían muchas posibilidades de la entrada de la URSS en la guerra contra el nazifascismo y de su consecuencia lógica, la disolución de la Komintern, era provocar sus iras, obligándoles a exclamar a voz en grito que «la Unión Soviética jamás entraría en guerra al lado de las caducas democracias», o que «disolver la Internacional era tan imposible como que los hombres se volvieran peces».

No valía la pena perder tiempo en inútiles discusiones. Había que esperar a que les diesen otras consignas.

Pero Martínez Barrio, jefe de Unión Republicana debía tener una opinión propia. Pretendía ser el político más cuco de la España republicana. Hasta más que Indalecio Prieto. Yo había tenido contactos con él en tres ocasiones. La primera vez fue en Albacete, a propósito de la organización de las Brigadas mixtas. Luego, mi proyecto de amnistía para los presos comunes me llevó a comparecer, para hacer su defensa, ante la Comisión permanente de las Cortes, de la que Martínez Barrio era presidente nato. El último contacto lo tuvimos en París, con ocasión del problema constitucional suscitado por la dimisión de Azaña.

Me recibió Martínez Barrio en su domicilio, una casita de planta baja. Una de sus lamentaciones era que su mujer tuviese que limpiar la casa. Martínez Barrio nunca interrumpía. Sentado cómodamente, con las manos enlazadas, su manera de sonreír, su actitud atenta, sólo le faltaba la chilaba para resultar un moro de apariencia tranquila, pero de complicadas meditaciones.

Le dije que esperaba la ampliación de la guerra, que pasaría a ser universal y terminaría con la rotunda derrota de Alemania y de Italia. Expuse que los españoles republicanos continuábamos sin instituciones y sin gobierno, dando la sensación de que nos dábamos por vencidos y de que reconocíamos como vencedores a nuestros adversarios. Me preguntó:

—¿Usted no se da por vencido y no reconoce al franquismo como vencedor?

—No, no me doy por vencido, y en cuanto a reconocer al franquismo como vencedor, ¿por qué hacerlo? Para nosotros fue la victoria moral y para ellos la victoria material lograda por una aplastante superioridad en armamentos.

—Si no me equivoco, colige usted que nada debe ni puede hacerse en España sin la presencia de los republicanos, ¿verdad? Supongo que le habrán hablado de una corriente monarquizante entre algunos sectores de refugiados. ¿Qué me dice de ello?

—Infiero que se trata de maniobras que vienen ya de largo. Un expediente sobre tales maniobras fue elaborado por miembros de la CNT en París. El Comité nacional me lo entregó y yo lo pasé a Largo Caballero siendo él todavía jefe del gobierno. Los implicados eran miembros de Esquerza Republicana de Cataluña y del Partido Nacionalista Vasco y emisarios de Gil Robles. Se reunían y hablaban, era todo. No contaban con arraigo ni fuerzas. El le-

vantamiento militar, inicialmente fue para restablecer la monarquía. Ya hace dos años que la contienda terminó, pero aún no han podido restablecer la monarquía.

—¿Y a qué se debe, según usted?

—Nosotros, los republicanos, obtuvimos la victoria moral. Ellos, con una media victoria, se consideran derrotados.

—¿Qué le hace pensar que los republicanos nos llevamos la victoria moral?

—Habían planeado una sublevación militar a la antigua usanza, con bando de ordeno y mando, restauración de la monarquía y ascensos progresivos para los oficiales. En las calles, alguna oposición de grupos de obreros. Prisiones y ejecuciones. Promesa de amplia amnistía para el aniversario de la restauración. En el exilio unas docenas de dirigentes republicanos y socialistas... Pero no fue así. Lo que ocurrió fue algo muy distinto a todo lo que habían previsto. Las luchas callejeras se transformaron en guerra, dieron lugar a la aparición de un ejército que les hizo frente durante tres años. Sin mencionar las ayudas extranjeras; porque, para demostración del trauma histórico a que se enfrentan, lo que importa son los factores nacionales.

—Según usted, ¿qué deberíamos hacer?

—Deberíamos aprovechar la coyuntura internacional de la guerra para intervenir en ella, mezclando nuestra causa a la que sostienen las democracias, declarando la guerra a Alemania y a Italia por las agresiones que llevaron a cabo contra la República española al enviar armamentos y unidades militares en apoyo de los sublevados; por las agresiones contra Almería, Guernica, Madrid y Barcelona llevadas a cabo por la aviación de dichos países. Es obvio que deberíamos reconstruir una legalidad y crear un gobierno representativo de todas las fuerzas que lucharon en España en defensa de la República.

—¿Pero supone usted que Inglaterra, que se ha quedado sola, se buscaría complicaciones internacionales admitiéndonos de aliados? —objetó Martínez Barrio.

—Hoy está sola, ciertamente. Pero dejará de estarlo pronto. Es inevitable la entrada en la contienda de la Unión Soviética y, también, de los Estados Unidos.

—Eso, son dos supuestos indemostrables. Mal haríamos en adoptarlos como elementos determinantes de una acción a realizar de nuestra parte. ¿No le parece a usted?

—No, no me parece. Para nosotros lo esencial es dotarnos de lo imprescindible: una legalidad, unas instituciones y un gobierno. Y adoptar una postura congruente de lo nacional con lo internacional. Un hecho de hoy, como la declaración de guerra a Alemania e Italia, determinaría un derecho mañana, cuando, vencidas Alemania e Italia, los beligerantes se reúnan para la solución de los problemas universales. Entonces, la España republicana estaría presente. De otra manera, estará ausente.

—Seamos francos, García Oliver. Usted en Suecia vivía bien y estaba seguro. De pronto, da la vuelta al mundo para venir a México. Lógico es suponer que le hayan encargado alguna misión. ¿Sí o no?

—La verdad no siempre es revelable, don Diego. Lo que importa es si hay lógica o no en lo que le he dicho.

—¿Y con qué medios económicos se pueden poner en pie esas instituciones?

—Soy de la opinión de que los refugiados españoles podemos disponer de más medios económicos que De Gaulle al aventurarse a constituir la Francia Libre en Londres. El gobierno mejicano nos ayudaría a disponer de los bienes que detentan Prieto y la JARE, y el gobierno inglés nos podría ayudar en lo que respecta a los bienes que depositó Negrín en Londres.

—Sí, puede ser que sí. No obstante, crea usted que lo lamento mucho, pero ni yo ni mi partido podemos ponernos al frente de una empresa tan extraordinaria. Si en París hubiésemos podido realizar lo que usted pretendía tan empeñosamente, yo hubiese asumido las funciones de presidente de la República y la situación sería distinta.

—¿Debo considerar que no puedo contar con usted?

—Dése cuenta. Haga su labor aquí, como lo ha estado haciendo conmigo. Como seguramente lo ha hecho con otras personalidades. Resuma todo y verá cuan lejos se encuentra la emigración de pensar en mover un dedo.

—¿Supone usted que nos encontramos tan cansados?

—Diga usted tan terriblemente cansados. Esa es la verdad. Sin embargo, no se dé usted por vencido. Empuje a marchar adelante. ¡Quién sabe!

En abril de 1941, llegó a Veracruz mi familia. Pudieron abandonar Suecia en un buque de la Johnson's Line que, por excepción, había sido autorizado por los alemanes y los ingleses a franquear el mar del Norte, con destino a América. A su llegada a Veracruz, me fue posible acudir a esperarlos.

Era dura la vida en México para los refugiados. Los trabajos estaban casi a nivel de artesanía, con sueldos bajísimos. En la industria textil existían grandes fábricas, pero solamente podía pensarse en trabajar en tanto que técnicos o en la dirección. La metalurgia era incipiente. Con la llegada de los refugiados se inició un proceso de industrialización. Pero, entretanto, había que sacar las familias adelante, lo que era ímproba tarea para la mayoría de refugiados.

Trabajaba en una gran factoría, iniciada con capital del SERÉ, Vulcano Construcciones Mecánicas, S. A., pero para poder subsistir se hizo inevitable que, terminada la jornada de ocho horas, visitase talleres y pequeñas fábricas para venderles artículos de cuero.

La independencia es ingrata y dura. Apenas veía a mi mujer y a mi hijo. Después de trabajar, venía el tiempo del café para platicar con los compañeros, cuyas vidas eran más o menos como la mía.

En lo político, mi llegada a México fue un fracaso. Se hablaba de España continuamente. Nada, o casi nada, sobre el hoy, y menos sobre el mañana. Era el ayer, siempre el ayer, el tema predominante. No faltaban augures que, como Miguel, el compañero andaluz que colocamos de portero en el Tribunal Supremo, siempre que asomaba la cabeza y prestaba oídos a lo que se discutía en alguna mesa del café Tupinamba, decía:

—¿Sabéis lo que «sus» digo? Que la cosa ya está «resuerta»: ellos allá y nosotros acá. «Pa» siempre.

Ante la emergencia de nuestro éxodo masivo a Francia, la creación del Consejo general del Movimiento Libertario, del que fui temporalmente miembro, podía tener una explicación. Se debía por igual al militante de la CNT que al miembro de la FAI y al perteneciente a la FUL. La simplificación ayudaba a resolver problemas. No podía ser así cuando, en lugar de prestar ayudas, se trataba de la formación de cuadros para llevar a cabo la liberación de España. La finalidad perseguida resultaba seriamente perjudicada, porque el nombre de Movimiento Libertario era totalmente desconocido y no resumía voluntades como el de CNT, cuyo nombre era un grito de rebeldía, un programa de redención y una bandera de combate. La CNT resultaba notablemente perjudicada por el anonimato que creaba ese nombre de Movimiento Libertario. La FAI ensuciaba con su hibridismo político anarquista a la CNT. Las Juventudes Libertarias, creadas para restar influencia a las Juventudes socialistas y comunistas, sumergidas en el anonimato del Movimiento

Libertario, perderían el prestigio de su independencia y aparecerían como el garbanzo negro en el puchero madrileño.

Con el Movimiento Libertario no salía ganando ninguna de las tres organizaciones que lo integraban. Convenía deshacer tamaño equívoco. Cuanto antes, urgía restituir el nombre de la CNT a su rol revolucionario de siempre.

Había que poner en marcha a los refugiados. Se debía reconstruir una legalidad republicana, llegando hasta la cúspide, con presidencia de la República y gobierno. Era menester que la República española declarase la guerra cuanto antes a las naciones nazifascistas, declarando al mismo tiempo que la guerra iniciada el 18 de julio de 1936 seguía abierta y era propósito firme del nuevo gobierno de la República española en el exilio sostenerla con las armas.

A la hora de proyectar en el interior de España las consignas de lucha, hacerlo en nombre del Movimiento Libertario era marchar hacia el fracaso. Solamente podía hacerse diciendo y repitiendo hasta la saciedad el nombre de ¡CNT... CNT... CNT...!

No me fue posible entenderme con la mayoría de los compañeros refugiados en México. Una minoría de anarquistas, pretendidamente puros, con otra minoría más pequeña, de los que habían sido «treintistas», formaron coalición contra lo que yo proclamaba como necesario.

«Ya no queremos más guerra», decían los anarquistas puros. «La guerra terminó cuando cruzamos los Pirineos», seguían arguyendo en nombre de la anarquía. Sin haberse firmado una paz ni existir pacificación, abandonaban a quienes no pudiendo o no queriendo salir de España eran exterminados como ratas. «Hemos de volver a ser lo que éramos antes del 18 de julio», declaraban.

Tal actitud dio lugar a que la mayoría de militantes refugiados en México se reunieran y formularan, en una ponencia, una concepción de lo que entendían que debía ser la norma a seguir en el exilio, y que sería conocida por «la Ponencia». En síntesis, se reducía a proclamar algo que iba de lo primario a lo superior, terminando de una vez con la gama de confusiones que elementos anarquistas de tendencia individualista introducían continuamente en las posiciones eminentemente colectivistas de la CNT, la cual, si bien era de as«piración y finalidades comunista libertaria, en el camino de las realizaciones se vería en el caso de marchar por senderos múltiples al socialismo libertario.

Las posiciones mantenidas por los militantes agrupados en la Delegación del Movimiento Libertario (Marcos Alcón, Juan Montserrat, Progreso Alfarche y otros), la mayoría de Barcelona, por un lado, y las de los militantes agrupados, por así decirlo, bajo el nombre de CNT o «Ponencia» (entre los que me encontraba yo): Prego, Fonseca, Cardona Rossell, Aurelio Fernández y otros, de todas las Regionales de España, por otro lado, fueron creando el clima de la división orgánica. Al paso de los días las discusiones se endurecieron terminando por producirse la escisión, la primera que se produjo en el exilio entre los' confederales.

Según los anarquistas intransigentes, ante la guerra universal en la que estaban en juego el «nuevo orden» hitleriano y la democracia, la posición que debíamos sostener era no pronunciarnos ni en pro ni en contra, sostenían igualmente que, desentendiéndonos de las consecuencias de una guerra terminada sin llegar a una paz negociada ni a una pacificación, había que retroceder al espíritu de antes del 18 de julio de 1936, borrando de la memoria de la clase obrera española el recuerdo de las batallas ganadas a los enemigos de siempre, las colectivizaciones, tanto de la industria como de la agricultura, anticipo de un prometedor mañana de justicia social.

Despojados de todo idealismo, reducidos al lento rumiar de la vida vegetativa, ¿no tenían razón los «pieles rojas»? ¿Valía la pena querer marchar siem-

pre adelante, quemar las etapas de la historia? ¿Importaba tanto lo que dejamos atrás al trasponer los Pirineos los afortunados que por azar escapamos a la Falange y a los militares?

La Ponencia

¿Cuáles eran nuestros puntos de vista? Redactada por una comisión dictaminadora, decía la Ponencia:

«...Las causas de nuestra desintegración

Nos es fácil recordar las incidencias que, como pinceladas de dolor, salpicaron la vida política y social de la España republicana en sus últimos tiempos de lucha, durante el preludio, desarrollo y consumación de nuestra derrota en los frentes de batalla. Que la derrota se produjo por insuficiencia material y técnica es tan evidente que podemos ahorrarnos el ser prolijos y pretender extraer unas consideraciones de orden parcial...

La derrota trajo relajamiento en todos los lazos de relación y de disciplina. Algo tan superior a la voluntad dispositiva se cernía sobre el complejo de organizaciones, partidos e instituciones antifascistas que, insensiblemente, pero con vertiginosa precipitación, fuimos pasando del estado de organismos responsables en lo colectivo y de humanidad libérrima en lo personal, a la situación de masa sin contornos y sin fisonomía, pues de la parte esencial de la vida sólo conservaba la potencia física...

Ahorrémonos detalles. El final de la guerra en Cataluña y en los frentes de la zona Centro-Sur-Leyante cabe interpretarlos como dos poderosas explosiones que lanzaron por los aires a la masa material del antifascismo español. Como ocurre siempre en estos casos, aquellas partes más fácilmente desintegrables fueron proyectadas más lejos de su epicentro que aquellas otras más densas: las que se estabilizaron cerca de la misma España, en los campos de concentración de Francia y de África.

Los fenómenos de la desintegración

Si queremos ser analíticos y justos, hemos de considerar con severidad, pero sin estridencias, cuantas anomalías de orden orgánico y administrativo se han producido en la emigración. Por los efectos de la explosión a que hemos aludido, gran parte de posiciones y hechos sedicentemente organicoadministrativos no han sido otra cosa que las resultantes lógicas de las posturas forzadas y de la situación en que se vieron colocadas las partes más livianas y desintegrables de la emigración. De ahí que todo aparezca —hoy, que se van equilibrando las gentes en la medida en que van dejando de ser masa física únicamente y van recobrando la conciencia humana— como tocado de excentricidad. Comités de nombres extravagantes; Juntas o Consejos de formación y constitución unipersonal; partes residuales de partidos y organizaciones que declaman el soliloquio de "Yo soy Dios"; el desconocimiento del valor numérico e histórico de organizaciones políticas y sociales in cuestionables; el usufructo y la administración de los bienes colectivos, sin más norma que el goce personal y la distribución caprichosa de los mismos; el escalamiento, en el vacío, de los grados jerárquicos, a los que sólo se puede llegar por la acción tamizadora del tiempo, la competencia o la promoción; en fin, todo cuanto desfila y se produce ante nuestros ojos asombrados, hoy, de ilógico, caprichoso e inexplicable, no son más que los movimientos finales de los varios fenómenos que han producido la desintegración del cuerpo colectivo del antifascismo español.

La reintegración se impone

Han pasado tres años de nuestra expulsión de España. Nada de cuanto excéntricamente fue creado pudo dar solución a los problemas planteados. Ahí está, en

pie y en su vasta magnitud, el caso de los campos de concentración de Francia y de Africa; aquí, cerca de nosotros está el organismo de ayuda, que se constituyó con medios suficientes para hacerle frente, sin haberlo intentado siquiera. Candente está la lucha internacional entre el frente de la Libertad y el Derecho y el frente del totalitarismo y la desvergüenza, con unas proyecciones ideológicas tan parecidas a las que chocaron en España que casi podría afirmarse que es obligada la reanudación de hostilidades en el suelo hispano antes que el ciclo de la lucha se cierre, y precisamente para que este ciclo sea perfecto; real e inexplicable nuestro aislamiento internacional en esta contienda, sin un organismo de relaciones diplomáticas en pie y sin una suprema autoridad de la República española en funciones para respaldo de aquél y para afirmar la voluntad inquebrantable de sostener los derechos que nos llevaron a la lucha y salvaguardar rabiosamente el tesoro de sangre vertida. Ved nuestra gloriosa Confederación Nacional del Trabajo, siempre combatida y difamada, siempre desconocida y postergada; vedla desnuda, sangrante y violada, ya que no deshonrada, por enemigos y adversarios, y avergonzada incluso, a veces, por algunos que un día tuvieron cobijo bajo sus banderas de honor social, de dignidad del trabajo, de sacrificio infinito en aras del proletariado, y ni un Comité de la CNT, verdadero y responsable, que, con mano firme e inteligente, la restituya al puesto de honor a que tiene indiscutible derecho.

Las formas generales del deber

En nuestro caso, todo individuo reintegrado a sí mismo tiene que ser, por lo que a lo social y político se refiere, el mismo militante de la CNT que antes de la derrota fuera. Porque si hubo derrota no ha habido vencimiento, ni capitulación, ni pacificación. En situación de guerra está la República española frente a la usurpación franquista, y en situación de guerra están las organizaciones y partidos que la integraron y la sostuvieron en la defensa de sus derechos. Por consiguiente, llegamos a la conclusión jurídica de que todo está sustancialmente como estaba cuando fuimos expulsados de España, de lo que se desprende que toda tentativa de variación de los elementos que constituían el sostén de la República debería ser considerada como un acto de apaciguamiento y de cese de hostilidades, lo que equivaldría a la consumación de un acto de alta traición a todos los valores positivos de nuestro pueblo.

Hemos llegado, pues, a la conclusión definitiva de que deben ser rechazados de plano todos los alegatos revisionistas de las posiciones adoptadas durante la guerra española, porque ésta aún no ha terminado. Esta conclusión nos conduce a tener que declarar que la reintegración a sus naturales formas de los organismos oficiales de la República española, así como de los organismos populares que la sostuvieron, es imperiosamente obligada. [...]

Hasta aquí la síntesis del dictamen emitido por los siguientes compañeros ponentes: De la Regional de Andalucía, Luis García y Miguel González Benítez; de la Regional de Aragón, Rioja y Navarra, Gregorio Villacampa; de la Regional de Asturias, León y Palencia, Ramón Fernández Posada; de la Regional de Cataluña, Juan García Oliver y Manuel Rivas; de la Regional del Centro, José M. Pastor y Mariano Cardona Rossell; de la Regional de Galicia, José Prego.

Se consumó la escisión. Los de la Ponencia nos quedamos con la mayoría efectiva, si bien, aparentemente, la poseía la Delegación del Movimiento Libertario, debido a que en las asambleas en que debían haber votaciones de importancia, aparecían con sus compañeras, hijos y hermanas, que también votaban aunque no estuvieran inscritos como socios y no pagaran sus cuotas. Siempre se fue tolerante en nuestros medios, y no era cosa de obligar a las mujeres a abstenerse de asistir y votar en las asambleas. Habría parecido que no se sabía perder.

Sin embargo, por pequeneces así se consumó la escisión, bien a mi pesar,

que nunca fui partidario de dividir, sino de sumar y aglutinar. En una reunión que celebramos los firmantes de la ponencia, al compañero Cardona Rossell se le ocurrió presentar la proposición de constituirnos en grupo aparte, exclusivamente a base de CNT. Discutida ampliamente, se votó, con amplia mayoría a favor y una abstención, la mía.

El voto de separación trafa aparejado el constituirnos como CNT, con Comité nacional y Comités regionales, más un periódico mensual, que se titularía *CNT*. Todo con vistas a plantear a los demás refugiados una línea recta y activa de reconstrucción de los órganos legales de la República española y una toma de posición frente a Franco en lo nacional y frente a Alemania e Italia en lo internacional.

Se trataba de una empresa enorme. Había que violentar muchas posiciones colectivas de intereses económicos manifiestos, como vinculación a los fondos del SERÉ y de la JARE, que afectaban, de rechazo, a ciertas actitudes personales. Existía una red bastante extendida de arreglados con el SERÉ y la JARE que se habían convertido en remoras para las posiciones justas.

La ponencia resumía el pensamiento constructivo de los mejores militantes de la CNT en el exilio. También el mío, por lo menos parcialmente. No interpretaba del todo mi manera de pensar, principalmente en lo que hacía referencia a Negrín como jefe del gobierno republicano dimitido, según la teoría ponencista, por la dimisión de Manuel Azaña, y según mi teoría por haber capitulado ante el Consejo nacional de Defensa presidido por el general Miaja, con su abandono del territorio español. Pero en la vida colectiva siempre me gustó que me dejasen exponer mis puntos de vista, para después someterme al resultado de las votaciones, favorable o adverso. Lo que me da una fisonomía algo borrosa, de permanente sometido a las mayorías. Mi conducta puede parecer equívoca si se mide con una regla. Hombre de organización, me someto siempre a los acuerdos mayoritarios si se trata de asuntos en los que se me haya dejado exponer mis puntos de vista personales.

Estábamos en 1942, prácticamente tres años después de nuestra salida de España y de la iniciación de la guerra entre Francia e Inglaterra contra Italia y Alemania.

Hubo necesidad de defender la ponencia. Entre los españoles, siempre enzarzados en divisiones, los discursos son inevitables. La ponencia en sí ya era una pieza polémica. Me tocó el turno de tener que defenderla. Para mí, la ponencia era sólo un pretexto. Como si hablase en una España ya liberada ante un Congreso de la CNT que a todos nos pidiese cuentas de lo que hicimos o dejamos de hacer, procuré dejar síntesis valederas para aquel momento y para mucho tiempo después, años quizá. Dije:

«Al hablar debemos hacerlo como si ya estuviésemos en presencia del futuro de España, presentes las generaciones nuestras que nos contemplaron salir al exilio, así como las generaciones que solamente saben de nosotros por lo que oyeron contar.

La guerra de España no terminó todavía. No se hizo la paz, como en el llamado "Abrazo de Vergara". Con el abrazo de Vergara se hizo la paz entre carlistas y liberales, pero no se produjo una pacificación. Los gobiernos de los liberales se hicieron suyos los puntos de vista reaccionarios de los carlistas y desde entonces la política española fue de derechas cuando gobernaban los liberales, y reaccionaria cuando regían los destinos del país los conservadores. De aquellos tiempos, tan desdichados, fue la guerra civil que terminó con paz pero sin pacificación.

De nuestra guerra, los aparentemente triunfadores, los franquistas, pudieron hacer la paz cuando el Consejo nacional de Defensa asumió el mando para ver de encontrarle una salida airosa para los dos bandos, de manera que después de fir-

marse la paz justa, fuese inmediatamente seguida de un largo, hondo y sentido proceso de pacificación, de manera que aquella partida terminada en tablas —digámoslo así— por nuestra victoria moral y la victoria material de ellos, se pudiese derivar a un restablecimiento de la convivencia nacional.

Como no fue así, estamos todavía en guerra. La guerra debe reanudarse cuanto antes. Si la guerra no se reanuda, la parte de la España proletaria y liberal que representábanlos sufriría largamente, terriblemente, a causa de una cesación de hostilidades no seguida de una pacificación.

¿Quiénes deben reanudar las hostilidades? ¿Ellos, los que quedaron en España? Claro que no, porque de tener que ser ellos, ¿a qué vendría que lo estuviésemos hablando nosotros?

Somos nosotros los que debemos reanudar las hostilidades. Como sea y en cuanto se pueda. Pero no más tarde de cuando las cornetas de los ejércitos aliados anuncien el fin de la guerra universal.

Nosotros suponemos ser la parte mayoritaria de la militancia confederal. Los demás sectores de la emigración igualmente son las partes mayoritarias de la militancia de ellos. Parece ser que al exilio salieron también los bienes económicos de cada organización y de cada partido, así como lo que fue posible salvar de los gobiernos nacional y regionales de Cataluña y País vasco.

Si con la puesta en pie de una unidad combativa de los refugiados se correspondiese una reestructuración de los órganos legales de la República y se materializase el estado de guerra tácita en que nos encontramos con Alemania e Italia por causa de las continuas agresiones militares que de ellas experimentamos por tierra, mar y aire, los bienes, al parecer congelados, en Inglaterra y en los Estados Unidos, cabría esperar que nos fuesen devueltos, con los que deberíamos aprestarnos a la lucha por la liberación de España.

A los del interior deberíamos decirles que la responsabilidad de llevar a cabo la liberación era nuestra y no de ellos. Que de ellos solamente esperábamos la ayuda que buenamente pudieran prestarnos.»

Los refugiados avanzábamos dando las espaldas a la victoria. La descomposición era notoria. Nadie se salvaba. Y el tiempo se perdía.

¿Cómo poner de acuerdo a todos los refugiados, empezando por los miembros de la CNT, ya divididos? ¿Quién tendría la fuerza moral que le permitiese poner en marcha la causa de la liberación de España?

Eran tres las facciones del Partido Socialista y de la UGT, los caballeristas, los prietistas y los negrinistas, las tres sin tratarse y odiándose a muerte. Izquierda Republicana, con la corriente de Alvaro de Albornoz, jacobino, pero republicano moderado en el fondo, y la filocomunista con Giral, Julio Just y Mantecón. Unión Republicana, partido de mínima expresión numérica, se mantenía unido en torno a Martínez Barrio, quien hacía sentir su influencia por la vía masónica, donde ostentaba las más altas jerarquías. Los catalanistas y los vascos no se podrían decidir, pues si bien algunos se llamaban republicanos y autonomistas, la mayoría de ellos hacía el doble juego de posibilistas del monarquismo, con explosiones de separatismo, que se agudizaba en la América latina, donde cualquier catalán pasaba a ser, por lo menos, catalanista, y los catalanistas de antes amanecían de la noche a la mañana como furibundos separatistas. Ya en el exilio, estaba haciendo explosión el pleito interno entre los elementos del PSUC y el PCE promoscovita. El PSUC se estaba declarando independiente y se sacudía la tutela de la Pasionaria, iniciando una de las fases que tendría la oposición dentro de la Komintern. Entre los comunistas de entonces la desorientación era enorme. Diríase que llevaban mucho tiempo sin recibir consignas. Tanto Comorera como Alvarez y Carro, entonces de la dirección catalana y española, nunca creyeron en mis versiones de la próxima entrada de la URSS en la guerra al lado de las democracias y en la secuela de variaciones que tendría la política soviética hasta llegar a la disolución del organismo de dirección internacional, la Komintern.

La aparición de una CNT en el exilio causó impacto entre los sectores políticos de emigrados españoles. *Solidaridad Obrera* primero, órgano de la Regional catalana, y después *CNT*, portavoz del Comité nacional, que se repartían gratuitamente gracias a nuestro esfuerzo económico, dieron de qué hablar y hasta obligaron a la adopción de actitudes por parte de otros sectores de los exilados. Al principio de nuestra actuación, nadie, con excepción de los comunistas españoles y catalanes, quería tener trato político, de igual a igual, con «los de la CNT», como decían. Los de la CNT habíamos interrumpido el curso normal en el lento y fácil digerir de los partidos políticos tradicionales, la pluralidad de los republicanos y el muy fraccionado Partido Socialista. Todos querían, en una extraña coincidencia con la Delegación del Movimiento Libertario, que ya no se hablase más de la intervención gubernamental de la CNT y que ésta volviese al estadio de sus funciones obreristas, a las posiciones de antes del 18 de julio de 1936. Todos eran coincidentes en la necesidad de cortarles las uñas a los revolucionarios del anarcosindicalismo, que lo alteraban y trastocaban todo, desde la intrascendente actividad ácrata de los viejos anarquistas a la manera de los Urales, a la tranquila administración obrera de las sociedades de resistencia, característica del sindicalismo inocuo de los socialistas de la socialdemocracia, y que además amenazaban terminar con la existencia de los caducos partidos políticos.

Ignorarnos. Tenían que hacer como si no existiéramos. No se formó gobierno de la República. Se dejó que pasase el tiempo. Intervino la URSS en la guerra, optando deliberadamente por ser agredida por Hítler, que cayó en el juego tan admirablemente preparado por Roosevelt y Stalin. El Japón también se dejó llevar y, siendo rueda del Eje Roma-Berlín-Tokio, mientras que Berlín iba hacia Moscú y los Urales, Tokio partió a la inversa, arrastrando todo el Pacífico y provocó la entrada en guerra de los Estados Unidos.

Era un mundo loco, en apariencia. Pero el final estaba concertado. ¿Por qué dejamos pasar la oportunidad de ganar nuestra guerra, capitalizando los esfuerzos de los voluntarios refugiados que fueron con los ingleses a Narwick, los de los tanquistas que con Leclerc llegaron los primeros a París? ¿Por qué no haber puesto precio al «maquis» creado por refugiados españoles en Francia?

Alemania atacó a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, cinco meses justos después de mi llegada a México y de haber anunciado lo que iba a producirse. Sólo Julián Gorkin, dirigente del POUM también refugiado en México, admitió públicamente, no mi perspicacia, pues cuanto yo había anunciado que ocurriría no se debía a dotes de vidente, sino porque en Moscú había tenido, según él, una entrevista con Stalin, quien me había explicado el derrotero que estaban tomando los asuntos internacionales. «Después de todo —explicaba Julián Gorkin—, si nos detenemos a considerar la vida de revolucionarios que llevaron Stalin y García Oliver, se parecen de tal manera que no es de extrañar que el primero tratase como amigo de muchos años al segundo».

Los Estados Unidos fueron atacados el 2 de diciembre de 1941 por el Japón. Alemania había arrastrado a la guerra a Hungría, Rumania y Bulgaria. La guerra era universal, mucho más extendida que la de 1914.

El Primer Congreso Antifascista

Entonces empezaron a moverse, sin orientación, los sectores antifascistas españoles. Como también empezaron a moverse los comunistas y los comunistoi-

des de todas las naciones europeas con colonias de residentes en México, en acciones unilaterales como la de los «franceses libres», eficazmente dirigidos por Jacques Soustelle, que organizó la recaudación de fondos en toda América con los que se sostuvo el gobierno de De Gaulle en Londres. En general, los núcleos antifascistas extranjeros se desarrollaron en torno a «Acción Democrática Internacional», bajo la presidencia del profesor Raúl Cordero Amador, autoridad masónica de relieve y eminente político mejicano, con la colaboración de Severin Ferandel, anarquista francés y amigo íntimo de Sebastián Faure, y la de Aurelio Fernández. Llevaron a cabo una actuación muy meritoria, agrupando a los emigrados políticos europeos, acción que había de culminar en un Primer Congreso Antifascista celebrado en la ciudad de México los días 30 y 31 de enero y 1 de febrero de 1942, con un temario muy interesante.¹

La mayoría de las representaciones internacionales asistentes a este Primer Congreso Antifascista eran de elementos comunistas, criptocomunistas o filocomunistas, muy particularmente las representaciones políticas o «culturales» europeas, hasta las españolas, que eran del PCE, el PSUC y sus respectivas sindicales, UGT de Cataluña y UGT de España. Por excepción asistían delegaciones oficiales de naciones europeas, algunas logias masónicas y organismos liberales de la nación mejicana.

Ante el peligro de una avalancha de discursos clara o solapadamente comunistas, que habrían hecho fracasar los propósitos antifascistas y democráticos de los organizadores del Congreso, los dirigentes de Acción Democrática Internacional Antifascista propiciaron intervenciones de oradores de tendencias varias del antifascismo liberal mundial. Así, a ruego de la presidencia, hubo de pronunciar un discurso, del que doy a continuación una síntesis:

«Conviene no reducir la propaganda del antifascismo y antinazismo a fórmulas académicas de excesivos altos vuelos.

Ya la lucha para acabar con los Estados fascistas y nazista se está desarrollando en el mundo entero.

La propaganda nazi ha especulado muy bien sobre realidades que quedaron flotantes después de la primera guerra europea, en la que las gentes se hicieron matar sin la esperanza de estar luchando por un mundo nuevo. Y nada nuevo se creó, pues que todas las aguas volvieron a sus antiguas madres.

El programa de un «orden nuevo» de la propaganda nacionalsocialista está basado en los ecos que quedaron de las promesas que se hicieron en la primera guerra mundial y que no fueron cumplidas.

Para cuando termine esta guerra de ahora, el antifascismo debe tener preparadas las realizaciones que debieran acometerse.

Esperemos que este primer Congreso Antifascista logre la organización de otro de carácter más mundial y efectivo que el presente, en el que somos exponentes de muchos puntos de vista, pero desprovistos de autoridad para la tarea que debe acometerse.

Y debe acometerse cuanto antes, para que, si se acaba la guerra, el mundo no se precipite en un vacío.

1. [NDA]. Este era el temario: 1. Análisis de los orígenes y desarrollo del nazifascismo. Ponente: Francisco Frola, economista y catedrático de la Universidad nacional. 2. Contenido político y moral del nazifascismo. Ponente: Alvaro de Albornoz, ex ministro de la República española. 3. La economía y el Estado totalitario. Ponente: Mario Souza, ex director de la Escuela de Economía nacional. El nazifascismo en nuestra América. Ponente: Alejandro Carrillo, diputado y periodista. 6. El periodismo y el nazifascismo. Ponente: Jacobo Delavuelta, escritor y periodista. 7. La mujer en el nazifascismo. Ponente: Eulalia Guzmán, periodista. 8. Cómo combatir el nazifascismo en México. Ponente: Raúl Cordero Amador, catedrático de la Universidad nacional. (Del *Primer Congreso Antifascista. Memoria resumen*, editado por Acción Democrática Internacional, que lo convocó y organizó).

La obra a preparar debe ser exponente de un concepto racional sobre la reestructuración del mundo. Un mundo que debe reestructurarse al margen de las consignas de célula, logia, confesionario, partido, todos de proyección universal.

Porque lo que se necesita es una visión localista de los problemas de cada continente, respetándose mutuamente y ayudándose en todo lo posible.

Los problemas de la Unión Soviética, son un problema. Los de Europa, son otro problema. Los de América, son otro. Y los de Asia y los de África, son otros.

Las soluciones a proponer deberían ajustarse a la manera localista de cada sector geográfico.

Creo que Europa debe consagrarse a la realización federal de unos Estados Unidos Socialistas.

No puedo opinar ni debo intervenir en las soluciones que puedan necesitarse para América, Asia y África.

Son menester soluciones realistas para el mundo de desolación que nos dejará la guerra actual.

Lo peor sería afrontar los problemas de la paz sin haber sido antes preparada. Hagámoslo en este primer Congreso, de manera que el segundo, superada la etapa de crítica ideológica al nazifascismo, pueda realizar una obra esencialmente constructiva.»

El mundo liberal y libertario que asistía al Congreso aplaudió mi discurso. Con desolación, aplaudieron levemente los comunistas y sus derivados, preguntándose si mis puntos de vista reflejaban también los puntos de vista oficiales de Stalin.

No se celebró un segundo Congreso Antifascista.

Al empezar el año 1944, se me requirió para ocupar la secretaría del Comité nacional de la CNT en Exilio. En México, los cargos, incluidos el del secretario del Comité nacional y el del director de *CNT*, fueron siempre desempeñados por pura militancia, sin retribución. Para acabar con el mal recuerdo que en todos había dejado la conducta de Marianet, de no despegarse de la secretaría del Comité nacional, los primeros secretarios nacionales que tuvimos en México, Aurelio Fernández y José Prego, al finalizar el plazo de un año, y no obstante no tener retribución, con la comunicación de su dimisión normativa, convocaron referéndum para elección de nuevo secretario. Así fue como fui elegido, no obstante mi renuncia al cargo, expresada desde la reconstrucción de la CNT en el exilio, por cuyo motivo no fui postulado la primera vez.

Cuando iniciamos nuestra actuación en nombre de la CNT, todo estaba disperso y desorganizado. El problema de encontrar trabajo era el prevaleciente. El SERÉ y la JARE constituían el límite de la mayor parte de las aspiraciones, porque eran fuentes de subsidios, de préstamos. Las empresas importantes establecidas con capitales de aquellos organismos precisaban de personal administrativo y de dirección. Esos puestos se concedían a los amigos de Prieto o de Negrín, con buenos sueldos. Como ocurría en la financiera Sociedad Mexicana de Crédito Industrial, S. A., fundada con capital de Negrín y manejada por Sacristán, que pagaba buenas asignaciones a consejeros que a la vez eran ministros de su gobierno, como Antonio Velao y Segundo Blanco y otros, entre los que se contaba el núcleo de ingenieros negrinistas, Gaos, Escobar, Rovira, Rancaño y algunos más, que desde su llegada al país vivieron el paraíso de los buenos sueldos.

Toda llamada a actuar por la causa española topaba inexorablemente en los estómagos agradecidos de los que vivían sin gran esfuerzo, a veces con el único esfuerzo de pasar el día ante los mostradores de cervecerías.

Era la derrota de los vencidos, de los que realmente no lucharon los tres largos días de julio. Era también la derrota de quienes agotaron las ilusiones

cuando, al traspasar los helados Pirineos, fueron a parar a los campos de concentración.

Quedaba, ciertamente, un veinticinco por ciento que anhelaban con sinceridad el regreso, aunque para ello hubiesen de combatir de nuevo. Pero a este porcentaje de combatientes potenciales —entre los que podía contarse— la dureza de la vida económica los iba dejando a un lado, imposibilitados de poder ejercer ninguna influencia en un medio cada día más americanizado, más dominado por la fiebre del dinero y de los buenos negocios, posibles únicamente con la explotación de la mano de obra autóctona.

Para no ser arrastrado por la corriente que propugnaba la reconstrucción de los órganos legales de la República, Indalecio Prieto ideó y llevó a cabo una especie de conversión de la JARE, entidad administrativa, en una Junta Española de Liberación. Por la fuerza de arrastre de la JARE, logró rodearse de Diego Martínez Barrio, de Unión Republicana, y de Alvaro de Albornoz, de Izquierda Republicana.

El Partido Comunista, para no ser menos, lanzó la noticia de la constitución en España de una Junta de Unión Nacional, integrada, decían —sin mucha convicción—, por todos los sectores antifascistas, mezclados con monárquicos y falangistas arrepentidos.

La lucha por la liberación de España se estaba pulverizando: partidos, organizaciones y juntas de liberación. Todos de espaldas a la realidad táctica que podía llevarnos a la victoria, es decir, unidad en torno a un gobierno.

¿Era tan imprescindible la creación de un gobierno de la República española?

Para declarar la guerra a Alemania y a Italia por sus actos de vandalismo en España durante nuestra guerra, ¿qué podía hacer una Junta de Liberación? Nada. Legalmente sólo podía hacerlo un gobierno.

En Estados Unidos existía un fondo de 200 millones de pesetas oro, que pertenecían al gobierno legal de la República española, saldo restante del embargo de armas decretado por el gobierno de Roosevelt. ¿Podía reclamarlo legalmente la Junta de Liberación? No. Solamente podía hacerlo un gobierno de la República española.

En Inglaterra existía un fondo importante de millones de libras esterlinas incautadas y congeladas por el gobierno inglés a Negrín. ¿Podía reclamarlas la Junta de Liberación? No. Solamente podía iniciar la reclamación un gobierno republicano en guerra contra Alemania e Italia.

En la Unión Soviética existía el saldo procedente del depósito del oro como garantía del pago de armamentos. Solamente otro gobierno republicano podía iniciar su reclamación.

¿Captaban estos aspectos los dirigentes de los partidos republicanos y de las fracciones del Partido Socialista? Forzosamente, sí. Entre sus dirigentes se contaban eminentes profesores de Derecho.

Habían transcurrido dos años desde que nos constituimos en CNT. Los logros eran escasos. Únicamente se había intensificado la vida orgánica de los partidos y organizaciones de refugiados. Las reuniones y asambleas se sucedían unas a otras. Las tertulias de café estaban activísimas, alternando los comentarios políticos con las ofertas de compraventa de toda clase de materiales, principalmente de metales y productos químicos. Quien más quien menos, vivía del mercado negro.

Los manifiestos del Comité nacional de la CNT en el exilio

El problema español aparecía como desleído. A los no partidarios de reiniciar

la lucha, que en el fondo eran mayoría, la guerra universal les servía de derivativo quietista, porque, decían, cuando termine la contienda universal, ganándola las democracias, los vencedores se encargarán de quitar a Franco, máxime después de haber enviado al frente ruso la División Azul. Y los decididamente partidarios de la lucha desde aquel mismo momento, en la imposibilidad de hacerlo por encontrarse un océano por medio, se resignaban en la espera de que las democracias, vencedoras, ayudarían a liquidar el régimen franquista.

Yo me mantenía tan alerta como el primer día de mi llegada a México. Pensaba, y así lo sostenía, que toda inhibición contemplativa contribuía a la creación de un vacío ante el cual la España dominada por Franco constituía una realidad, la que, llegado el momento, podía ser negociada. En cambio, nosotros, con tantas divisiones partidistas, sin dominar siquiera el terreno que pisábamos, nada podríamos ofrecer de negociable.

En tanto que secretario del Comité nacional de la CNT en exilio, tenía por delante todo un año de posibilidades. Debía realizar una obra. Debía dejar constancia, con vistas al mañana, de un esfuerzo congruente con la realidad que nos rodeaba. Había que ir fijando posiciones. Lógicamente, la primera manifestación debía de ir dirigida a nosotros mismos, y así en *CNT* se insertó el Manifiesto a los militantes de la CNT en el exilio:

«Circunstancias verdaderamente excepcionales en la vida y el movimiento de todos los sectores de la emigración republicana española, nos obligan a dirigirnos a todos vosotros, sin excepción en las posiciones y tendencias de cada uno. Es nuestro deber, por cuanto, hasta que los compañeros de España (y hasta el presente ni nosotros ni nadie ha logrado tener correspondencia autorizada con ellos) no nos releven de nuestras obligaciones, que por ello conceptuamos de sagradas, somos y hemos de continuar siendo el Comité Nacional de la CNT, con toda la soberanía que emana del cúmulo de obligaciones y compromisos que nuestra Organización contrajo con el pueblo trabajador español, cuando el 19 de julio de 1936 le ofreció el cobijo de sus banderas de combate frente a la tiranía falangista que se levantaba en el criminal intento de aniquilar, con las instituciones de la República española, todas las libertades y derechos de la clase trabajadora.

Nuestra salida a la emigración no fue un caso intrascendente. Tampoco estaba exenta de tan bien definidas obligaciones que se pudiera entender que eran declinables. No salimos de España unas docenas de hombres por efecto de pasajera represión para unos cuantos y llevadera para el total de la población española. Por el contrario, salimos miles de familias, constituyendo casi un pueblo; y con ellas, los órganos civiles y armados de un régimen; también los legislativos y los económicos; en fin, todo cuanto podía significar la pervivencia de un régimen que se sostuviera heroicamente durante tres años y que ni capitulaba ni pactaba con el enemigo. Consecuentemente, quedaba en el interior de España un régimen ilegal, triunfante por el apoyo de Alemania y de Italia, sometiendo y aniquilando a nuestros pueblos y a nuestros afiliados; fusilando y encarcelando a nuestros militantes; disolviendo nuestras organizaciones y proscribiendo nuestros ideales; haciendo imposible que pudieran manifestarse y vivir, y luchar y dirigir la obra de liberación desde el interior de la propia España.

Cierto que nuestros cuadros sindicales existen en la clandestinidad y luchan contra el falangismo; cierto que en el mismo plan deben conducirse los cuadros clandestinos de las otras organizaciones y partidos antifascistas, como ocurre en toda Europa sojuzgada por el nazismo alemán. Pero, precisamente por la similitud existente y visto que por sí solos no han podido, y probablemente no podrían nunca, liberarse por la única vía de sus movimientos subterráneos, es por lo que atribuyese, y con razón, misión salvadora y libertadora al avance victorioso del ejército soviético; por lo que esperamos, anhelantes, que se inicie la invasión de Europa por parte de los ejércitos de salvación y liberación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos.

Era tan fuerte y poderoso el enemigo —falangismo, fascismo y nazismo— que sólo de una inteligente y coordinada acción exterior cabía esperar la salvación. Cada uno de los pueblos sojuzgados ha intentado y llevado a cabo esta obra mediante la creación de sus órganos representativos y de lucha. Todos habían capitulado ante el enemigo común y ninguno, o pocos, habían resistido, de verdad, una lucha franca. Sólo España republicana aparecía con el esplendor legendario de haber resistido tres años en lucha contra el falangismo y sus valedores internacionales, ¿íbamos a conducirnos en el exilio de manera como si fuésemos los barridos de una causa sin gloria; como los malditos de su propio pueblo, al que hubiésemos mezclado en luchas sangrientas, no amadas ni queridas por el pueblo mismo? ¿íbamos a disolvemos por el mundo, como el detritus de la nobleza rusa barrida por la revolución? Ciertamente que no. Causas y motivos de fuertes disensiones existieron en las postrimerías de la guerra española. Pero deber nuestro era superarlos, porque si antes la apetencia de poder y de lucro personales o colectivos animaban a las facciones existentes, en lo sucesivo no debían existir, por cuanto los actos y pensamientos debían orientarse únicamente hacia la España de todos que dejamos atrás, sangrante en los paredones de ejecución, dolorida en las prisiones, humillada en su pueblo derrotado.

Por ello, nuestra posición ha sido, siempre, de adalides de la unidad republicana en el exilio. Posición que no era caprichosa ni partidista. Unidad que no hemos propagado por mera especulación, por capricho ni por compromisos con nadie, sino porque hemos entendido que era obligada e inexcusable, impuesta por un elevado sentido de la responsabilidad, basado en los hechos y anales de la Confederación Nacional del Trabajo, que siempre estuvo al lado del pueblo español y al que nunca pidió honores ni recompensas por la fraternal adhesión que le otorgaba.

Frente a la disolución en que veíamos naufragar a nuestro movimiento, hemos opuesto la teoría de la reintegración orgánica; frente al encastillamiento y cruel animosidad que se demostraban los sectores republicanos españoles, hemos levantado nuestra voz de unidad total; a la inercia en la acción a realizar por parte de las banderías existentes, hemos opuesto todo un programa de normalización de los órganos del régimen republicano, contenido en el Dictamen Cuarto de nuestro Primer Pleno de Regionales en el exilio. No hemos sido partidarios de unos ni de otros; sino de que todos cumpliesen con su deber para con la España de allá.

Si ayer el problema de la unidad aparecía como de fácil solución, porque o se dormitaba en la inercia o se debatían las banderías en polémicas de vacíos bizantinismos, hoy la unidad republicana aparece, casi, como de imposible obtención. Las banderías se han agrupado en torno de ficticios gobiernos o de Juntas de Liberación fraguadas a gusto y manera de cada una de ellas. La verdad es que todos se niegan entre sí, que todos se desautorizan mutuamente, y que nunca como ahora fue tan bochornoso el espectáculo que se está dando. ¿Quién, si por los avatares de la guerra en Europa fuese un día necesario apelar a la ayuda y al esfuerzo de la España republicana, podría acometer la insensata acción de acercarse a ninguno de esos raquíuticos organismos? ¿Y no se ve claro que de la imposibilidad de parlamentar con los republicanos españoles se benefician el régimen de Franco o las tentativas de restauración monárquica?

Estamos francamente por la unidad, la seriedad y la responsabilidad. Queremos que desaparezcan todas las ficciones. El llamado gobierno Negrín (duele tener que hablar de ello) es un ente con existencia caprichosa. Barrido por el Consejo Nacional de Defensa que presidiera el general Miaja, con colaboración de todas las organizaciones y partidos antifascistas y finalmente hasta con la adhesión del Partido Comunista, abandonó su gestión de gobierno y sus componentes pasaron al extranjero en calidad de simples refugiados. Al pretender después subsistir con gobierno en el exilio, los sectores republicanos y la CNT le retiraron sus ministros en París. Últimamente han adoptado idéntica actitud el Partido Comunista y el PSUC de Cataluña. ¿Es necesario emplear más palabras para demostrar que su pretensión de seguir siendo el único gobierno de la República española es ociosa y nociva? Decir gobierno Negrín es mentar la guerra civil dentro del republicanismo español. ¿No resultaría más simpática la actitud, que si al principio pudo parecer equivocada hoy resulta perfectamente lógica, de los componentes del Consejo nacional, quienes al llegar al extranjero se disolvieron totalmente, posibilitando

así la reconciliación de los republicanos españoles en torno a un nuevo gobierno de verdadera representación nacional?

La Junta de Liberación de México, empequeñecida por su contenido, por sus exclusiones y por la repulsa universal que ha merecido; empequeñecida todavía más porque le niega autoridad el llamado gobierno Negrín y por la Junta Suprema de Unión Nacional que propagan los comunistas, ¿puede continuar subsistiendo teniendo que hacer frente a la continua guerra intestina que le hacen los mismos republicanos y socialistas que la integran, sabiendo que sin pena ni gloria se desgastan los hombres que la representan y que caen en el más estrepitoso descrédito los nombres de los partidos y de las organizaciones que la sostienen?

La Junta Suprema de Unión Nacional... ¡Ah, si fuese una realidad! ¡Qué bella realidad!, diríamos. Y qué vergüenza y qué deshonor tan grande para todos los hombres de la emigración. Nosotros, exilados libres y respetados por las autoridades de todos los países donde hemos vivido; libres de hacer y decir cuanto hemos querido sobre los problemas de España; bien vestidos y bien alimentados... Total, un conjunto de seres impotentes, fracasados; en verdad, dignos de ser despreciados, porque España nada nos tendría que agradecer; porque nuestros compañeros, perseguidos, acorralados, habrían sido capaces de crear, en el mismo corazón del falangismo, su unidad y sus órganos de lucha y de liberación.

Pero, literatura aparte, ¿podemos nosotros aceptar la existencia de tal órgano de lucha por el simple conocimiento de la revelación y de la creencia ciega? Si la revelación a tantas Bernadettes y Bernadettos que se han prodigado en el curso de la historia del catolicismo obedecía a un deseo superior de que fuese conocida la existencia real de la Virgen, ¿no habría sido más congruente que las solitarias apariciones en grutas y breñas se hubiesen efectuado en la plaza pública y hasta que el cielo hubiese descendido a la tierra? Este es el caso, hasta hoy, de la propaganda pro reconocimiento de la Junta Suprema de Unión Nacional. No es el reconocimiento nuestro lo que importa; lo que importa es que tengamos conocimiento oficial de su existencia a través de nuestros propios organismos en España.

Por nuestra parte, prestos estamos a acatar, no a reconocer y adherir, las órdenes que recibamos de nuestra Organización en España. Hasta entonces, consideramos que nada ni nadie puede relevarnos de los deberes que como refugiados tenemos contraídos, que son: forjar la unidad de todos los republicanos exilados; crear los órganos representativos y de lucha de la República española; vivir sólo y únicamente por la liberación de España y el aplastamiento de Franco y la Falange.

Solos empezamos las luchas por la unidad de los españoles republicanos y sólo nosotros sostenemos en alto esta bandera. Pero el tiempo vendrá a darnos la razón. Si la invasión de Europa sufriera, desgraciadamente, un primer fracaso, el problema aparecería de una importancia capital en la lucha por la liberación de Europa. Entonces la República española estaría llamada a intervenir, y ninguna de las tres situaciones que acabamos de analizar podría llenar el cometido nacional que se requeriría. Ello significaría el triunfo de la unidad por nosotros propagada y sostenida. Si, por el contrario, y como es de desear, las fuerzas americanas y británicas de invasión, apoyadas por las soviéticas, logran romper el espinazo del ejército alemán y abatir el régimen nazista, el tiempo que nos queda de estar en el exilio es tan corto, que hemos de irnos preparando ya a la idea de que seremos juzgados por nuestras obras y por nuestras posiciones en el exilio.

Compañeros: nuestra obra y nuestra posición es la unidad de todos los exilados; la de recobramiento de la República española con todas sus conquistas; la del porvenir de España abonado con la sangre y los sacrificios de los combatientes que cayeron. Todavía no ha llegado el momento de regresar; todavía no hemos fracasado totalmente; todavía podemos reivindicarnos. Formad a nuestro lado, unidos y compactos, dando el ejemplo a seguir a los ciegos y a los extraviados.

¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo de España! ¡Viva España, libre y social y humanamente edificada! El Comité nacional de la CNT en Exilio.»

El Manifiesto del Comité nacional de la CNT en Exilio causó fuerte impresión. Fue causa de cabildos entre la Delegación del Movimiento Libertario y toda el ala socialista afecta a Indalecio Prieto. Se reunieron precipitadamente

los negrinistas con los republicanos que seguían a Velao. Los comunistas, con la mosca detrás de la oreja de si yo manejaba la baraja de Stalin —el embajador de la URSS en México, Oumanski, me invitaba a todas las recepciones que se celebraban en la embajada—, se reunían, se agitaban, escribían al Buró, pero se mantenían siempre en plan amistoso conmigo.

Era cosa de seguir adelante. En el siguiente número de *CNT* dimos a la publicidad el siguiente manifiesto:

«A los republicanos españoles en exilio.

Este Comité nacional ha hecho público, recientemente, su manifiesto a la militancia cenetista con residencia en todo el mundo. En nuestro manifiesto hemos recapitulado y analizado detalladamente las razones de nuestra existencia orgánica y de nuestras posiciones en materia de la lucha que entendemos es menester desarrollar para el logro de una reconstitución completa de los órganos legales de la República española en el exilio y su participación directiva en la lucha por liberar España de la tiranía falangista.

Los mismos imperativos del sentido de la responsabilidad que nos determinaron a dirigirnos a la militancia cenetista, son los que tenemos ante nosotros al dirigirnos hoy a los republicanos españoles exilados. Por ello esperamos merecer las necesarias disculpas, pues que no son apetencias de intromisión en casa ajena las que nos mueven, ni afanes de dirigir las conciencias que no marchan acordes con las finalidades ideológico-revolucionarias de nuestra Organización. No. La Confederación Nacional del Trabajo no ha pretendido, ni intentado jamás, someter las conciencias de nadie. Ayer, cuando el poder vino fácilmente a nuestras manos, fuimos absolutamente respetuosos con las personas del republicanismo español que profesaban distintas ideologías a las nuestras. La prueba histórica del ejercicio del poder público la pasamos sin dejarnos corromper ni intoxicar, por lo que, como garantía de nuestra actuación de hoy, no dejamos rastro de rencores ni animosidades, pues que no ejercimos la persecución ni la prepotencia.

Mas si bien no pretendemos intervenir la vida íntima de las organizaciones de republicanos exilados, sí queremos hablar firmemente de aquellas actuaciones públicas del republicanismo español que, a nuestro entender, entrañan graves responsabilidades de acción o de omisión frente a las decisiones que demanda el afianzamiento de la República española; la que vemos condenada irremisiblemente a su liquidación si no se deja de empujarla hacia el abismo, que es cuanto se viene haciendo, en realidad, desde que salimos de España.

Y, aquí, sí estamos en nuestro derecho. La República española no es enteramente de la CNT, pero se nos ha de conceder que las cargas más pesadas que entraron en juego desde el 19 de julio de 1936, sí hubimos de sostenerlas nosotros. Nuestro derecho, por consiguiente, está enraizado en el esfuerzo que hicimos en defensa de la República, con abandono momentáneo de nuestras concepciones maximalistas, en la pérdida de valiosísimos militantes que experimentamos de norte a sur y de este a oeste de la España confederal, en el vertical aplastamiento que sufre la clase obrera española por haber asociado su porvenir a los destinos de la República.

¿Corresponde la actuación de partidos y organizaciones exiladas a las dimensiones de la tragedia del pueblo español? Sinceramente afirmamos que no. Mientras que en España se sufre y actúa por la misma lucha que se inició el 19 de julio, en la emigración se falsean los orígenes y finalidades de la contienda, dando paso, cada sector, menos nosotros, a las ideologías y finalidades más absurdas desde el punto de vista de una concreta defensa de la República española: separatismos de ciertas personas o partidos vascos y catalanes, que fueron antes autonomistas moderados y decentes, o que lo aparentaban, y que sobre el supuesto de esa moderación y decencia se otorgó los Estatutos autonómicos. Negrinismos de actitudes y poses eutrapélicas, caprichosos desde el poder, haciendo cuanto podía irritar a nuestro heroico pueblo; caprichosos en el dejar de ser y en el querer volver a ser gobierno, dejando que un lustro corriera en silencio sobre el tormento de España. Juntismos de liberacionistas, los de la «simple» de México y de la «suprema» de España, rivalizando en ver quién mejor sorprendería la buena fe de los «intelligen-

tes» republicanos españoles y de las «ignorantes» cancillerías de ciertos países de las Naciones Unidas; rivalizando en quién mejor imitaba el extranjerismo de las Juntas, por olvido de la grandeza de la República española, o por un incontenible desprecio hacia lo que no se defendió, pero sí se especuló.

Centrar la lucha y sus finalidades inmediatas ha sido preocupación continua de la Confederación Nacional del Trabajo desde su constitución en el exilio. En su Primer Pleno de Regionales celebrado en el exilio el año 1942, elaboró su dictamen para ser sometido a la consideración, rectificación o aprobamiento de los sectores políticos del republicanismo responsabilizados en la defensa de la República. El dictamen completo se publicó en el número 1 de *CNT* y se envió a las Directivas de los sectores políticos de referencia. No prosperó.

Convencidos de que, si cabe, es más actual hoy que cuando fue acordado, damos nuevamente a la publicidad nuestro "Dictamen sobre colaboración con todos los sectores con quienes actuábamos en España en el plano nacional", y que dice:

"Republicanos españoles: Dispuestos estamos a sostener la razón de nuestros puntos de vista; pero no a dogmatizar sobre ellos. Nuestro *Dictamen sobre colaboración* es un documento serio y viable que nuestra Organización ofrece a un comercio honrado de ideas con todos los sectores responsabilizados en la defensa de la República española.

Quienes no estén por la continuidad de Franco y de la Falange ni por una restauración de la monarquía, tienen que ayudarnos a forzar la falta de discusión franca y abierta en que se encierra el republicanismo español.

Ved que acaso nos queden ya pocas posibilidades de poder defender a la República española. No las despreciemos; seamos realistas: La República española es indefendible si persistimos en no organizar sus órganos representativos. ¡Organicemos la República española! ¡Organicemos en su nombre las luchas por la liberación de España!

El Comité nacional de la CNT."»

Nuestras llamadas a la integración unitaria de los refugiados españoles caían en el vacío. Lo único que lográbamos era promover reuniones y comentarios en las mesas de café. Acababa de transcurrir el 14 de abril de 1944, en el que, como todos los años, se reunían los republicanos para celebrar el aniversario de la segunda República con banquetes y discursos.

A mi llegada a México, el año 1941, asistí a un banquete conmemorativo del 14 de abril en el Centro Republicano Español de la calle de Balderas. La larga mesa preferente, de dos brazos en U, terminaba en la presidencia del ágape, donde figuraban quienes se creían las figuras más prominentes de la emigración republicana: Alvaro de Albornoz, José Giral, Diego Martínez Barrio, Luis Fernández Clérigo, Bueno. Todos los de la presidencia hablaron. Los discursos fueron de categoría de casino de pueblo en día de fiesta mayor. Y todos coincidieron en recordar a un muerto, Azaña. Para ellos, la República empezaba en Azaña y terminaba en Azaña. El pueblo español no contaba.

Al exaltar el martirologio recordaron únicamente a Companys, quizá porque ningún otro mártir tuvieron los republicanos. No tuvieron una palabra para los mártires de la CNT. No existieron Durruti, Ascaso, Bajatierra y Peiró. Casi todos coincidieron en recorrer España de acuerdo con la lección aprendida la víspera. Recordar a Mariana Pineda, a Agustina de Aragón, a Viriato, les daba motivo para describir caminos y paisajes españoles, con sus breñas, sus regatos, sus álamos y carrascos, sus mares de broncos oleajes en el Cantábrico, de azul claro, verdoso o plomizo en el Mediterráneo.

Por un momento me pareció que después de tantas melosidades pueblerinas, iban a sacar la piñata y a rifarla entre los presentes.

A la salida, me topé con Alvaro de Albornoz, quien, cogiéndome del brazo, me preguntó:

—Espero que le haya gustado el acto.

—No me ha gustado ni pizca y no asistiré a ninguna otra celebración del 14 de abril.

El 19 de abril de 1944, dirigimos, en tanto que Comité nacional de la CNT, una carta a la Comisión coordinadora de Entidades Republicanas Españolas en México, carta a la que pertenecen los fragmentos siguientes:

«Queridos compatriotas: [...] Nuestro dictamen sobre la unidad de los republicanos españoles y la integración de la República en el exilio, con las propuestas de constitución de sus órganos representativos, constituye el único documento histórico de altura que ha producido la emigración española. La falta de estima y consideración que hubo de merecer de los organismos políticos y sindicales registrados como responsables en la defensa de la República española, nos produjo el hondo pesar de ver cuan poco se apreciaba el esfuerzo de la CNT por colocarse a una altura moral de indiscutible claridad y en una posición política y jurídica firme en la defensa de un régimen que si en algo nos correspondía a nosotros —por nuestro carácter de movimiento revolucionario— era solamente por haberlo defendido desde julio de 1936 hasta el final de la contienda, con sacrificios y abandono de nuestras más caras concepciones ideológicas y aniquilamiento de miles de vidas de nuestros más destacados militantes y de nuestros más humildes afiliados. [...]

A la desunión de los primeros tiempos de exilio, han sucedido unas formaciones de pretendida unidad, que no vacilamos en adjetivar de patricidas. Al parecer de conspicuos exegetas del derecho nacional e internacional, ya no estamos desunidos ni carecemos de gobierno u organismos de representación de la República. Tenemos "Gobierno Negrín" con cuatro ministros socialistas y sirviéndole de soporte unas fracciones de partidos republicanos y del Partido Socialista y de la UGT; tenemos "Junta de Liberación" con fragmentos del republicanismo, del socialismo y del ugetismo; tenemos "Junta Suprema de Unión Nacional" (que si nuestra Organización en España nos hubiese comunicado su existencia y su integración, seríamos sus más incondicionales defensores), defendida por personalidades y organismos republicanos, socialistas, ugetistas y comunistas.

Esas tres Instituciones, que se desgañifan afirmando, discordes, ser las únicas legales y representativas, son, en realidad, otras tantas piedras de escándalo que por períodos turnados tienen, al parecer, el cometido de demostrar que la República española es irrecobrable y que el mundo no tiene más remedio que transigir con Franco y la Falange o que optar por una restauración de la monarquía.

En este 14 de abril de 1944, en *que* culmina como en ningún otro el espectáculo bochornoso de la falta de honor político y de responsabilidad histórica de los pretendidos republicanos españoles en el exilio, nosotros, Confederación Nacional del Trabajo de España, declaramos: Que el problema de la unidad de los españoles refugiados debe dejar de ser una farsa y una especulación; que en tanto los partidos y organizaciones antifascistas de España no nos releven de nuestras responsabilidades, tenemos el deber de deshacer todas las pretendidas situaciones representativas, de integración unilateral de pensamiento; y el de constituir, con representaciones equitativas y sin exclusiones, los verdaderos órganos de representación y de lucha de la República española.

Deseando poner coto a todas las falsas manifestaciones de unidad, comprendiendo que ésta debe primero instituirse en lo más alto y responsable de las organizaciones y partidos y, primero y ante todo, con la misión de combatir a Franco y a la Falange, nos retiramos de esa Comisión coordinadora, por entender que hasta el presente sólo ha proyectado sus actividades en la organización de homenajes y festejos, y nunca ha intentado forzar las situaciones para llegar a un planteamiento de las verdaderas tareas a realizar por el logro de una efectiva unidad republicana y por la iniciación de un verdadero movimiento de rescate de la República española y la liberación del pueblo español.

Por el Comité nacional de la CNT en Exilio, El secretario general.»

El 19 de julio del mismo año, el número extraordinario de *CNT* dedicado a glosar aquella fecha, publicó el siguiente llamamiento:

«19 de julio de 1944.

La Confederación Nacional del Trabajo realiza una tentativa suprema por la unidad de los republicanos y la constitución de los órganos representativos y de lucha de la República española. Carta cursada a los partidos Socialista, Unión Republicana, Izquierda Republicana y al Partido Comunista:

[...] la Confederación Nacional del Trabajo ha logrado sustraerse a la pasión partidista y al encastillamiento que estanca y nulifica la acción de los republicanos españoles. Creemos que nuestra independencia ante el llamado "Gobierno Negrín", la Junta de Liberación de España y la Junta Suprema de Unión Nacional, no sería fructífera si sólo aspirásemos a la situación de favor en que nos coloca dicha independencia; y que un alto sentimiento del deber para con la República y el pueblo español nos obligan a ponerla a disposición de una tentativa suprema por el logro de una total concordia y unidad de acción de todos los sectores del republicanismo español en el exilio.

Comprendiendo que los primeros pasos a dar hacia el logro de esa meta ideal corresponden por derecho y obligación a los organismos responsabilizados en la defensa de la República, los que, a más de *CNT*, son Unión Republicana, Izquierda Republicana, Partido Socialista Obrero Español (las dos ramas existentes en México) y Partido Comunista, dirigimos esta carta por separado a cada uno de esos sectores, en ruego de que nos contesten si nos dan su autorización para que promovamos una reunión de conjunto de los mismos, ofreciendo nuestra neutralidad en la actual contienda de republicanos como rincón de paz donde puedan tratarse cordialmente los problemas de la guerra española, los de la reconstrucción en el exilio de una única y verdadera representación de la República y las soluciones que demandan las circunstancias internacionales que afectan tan sensiblemente el porvenir de la República y de España. [...]

No podíamos dejar de publicar las contestaciones que recibimos a nuestra carta del 12 de junio. Con ello, oxigenábamos los medios políticos de la emigración española:

«¡Que los republicanos españoles conozcan la posición oficial de los partidos socialista, republicano y comunista ante la República española!

A nuestra carta del 12 de junio, dirigida a los partidos Socialista, Unión Republicana, Izquierda Republicana y Comunista, que dimos publicidad en nuestro extraordinario de *CNT* del 19 de julio [...], han contestado tres partidos y se han abstenido de hacerlo el *Partido Socialista de Prieto* y el *Partido Socialista de Negrín*.

El porqué de esas dos abstenciones suponemos que no pasará desapercibido a la emigración republicana española. Nosotros, que lo silenciamos ahora porque en el extranjero la publicidad de ciertos hechos desdora a la causa republicana, estamos dispuesto a sostenerlo en cuantas reuniones íntimas y responsables celebremos los exilados. Veamos, pues, cuáles son los que han contestado y qué nos dicen:

Carta del Partido Comunista. En nuestro poder la vuestra del 12 del presente mes de junio. Una vez examinada por nuestra Dirección, contestamos a la propuesta que en ella se nos hace, de paso que hacemos algunas aclaraciones necesarias y oportunas.

El Partido Comunista de España siente en grado sumo las preocupaciones propias de la situación de falta de unidad de las fuerzas republicanas españolas exiladas. Mantenemos una inquebrantable posición unitaria, bien demostrada por nuestras actividades en España y en la emigración. Es nuestro deseo más fervoroso lograr la unidad de las fuerzas republicanas y por esta razón todo esfuerzo de unidad encuentra nuestra simpatía. Es con este espíritu que acogemos vuestra carta.

Nosotros estamos dispuestos a acudir a reuniones de representantes autorizados de partidos y organizaciones republicanas. Esto no significa, ni mucho menos, conformidad con las propuestas hechas públicas por esa Organización ni con las

apreciaciones que se hacen en vuestra carta. Simple y categóricamente expresamos nuestra voluntad de unidad y la mejor disposición en que nos encontramos para hacerla factible. [...] Firmado: Vicente Uribe.

Carta de Izquierda Republicana. En respuesta a su atenta carta del 12 actual en la que sugieren la conveniencia de realizar gestiones a fin de unificar las fuerzas políticas de la emigración, tenemos el gusto de manifestarles que, por iniciativa de uno de los partidos firmantes del Pacto de la Junta Española de Liberación, al que está adherida y permanece fiel IR, se piensa examinar problemas de esa misma naturaleza y, al resultado de dicho estudio y deliberaciones nos atenderemos. [...] Firmado: Pedro Vargas (presidente); Manuel Pérez Jofre (secretario).

Carta de Unión Republicana. Su atenta carta de fecha 12 del corriente ha sido motivo de extremada atención del Comité ejecutivo de nuestro partido, quien ha discutido su texto en reuniones al efecto celebradas y estimado, en definitiva, como muy loable el propósito que en ella se expone.

Ahora bien, como Unión Republicana pertenece a la Junta Española de Liberación, con la que tiene contraído el compromiso de un Pacto, se ve imposibilitada de tomar acuerdos respecto a la propuesta de ustedes, estimando que es a dicha Junta a la que deben dirigirse para la resolución que estime pertinente. [...] Firmado: Manuel Mateos Silva (Secretario).

Esto es todo y a todo esto ha venido a parar nuestro supremo esfuerzo porque este 19 de julio nos hubiese encontrado unidos y dispuestos a luchar por la República española, lo que para nosotros resume todos los deberes para con la España sometida a la criminal tiranía de Franco y la Falange.

Mucho agradeceremos las facilidades que hemos encontrado en el Partido Comunista. Este Partido, aunque comprometido en la defensa de la Junta Suprema de Unión Nacional por ellos propugnada, ha expresado concretamente que se avienen a reunirse y a discutir los problemas de la unidad.

La contestación del partido Unión Republicana revela un estado de ánimo verdaderamente digno de compasión. Siente la simpatía de una causa y termina proponiendo una solución de tipo burocrático. Nosotros sabemos que la mayoría de militantes de Unión Republicana han visto con simpatía rayana en la adhesión la posición de la CNT. Nosotros sabemos que en la reunión habida en el seno de la Junta de Liberación, Unión Republicana sostuvo fuerte lucha frente a Prieto y que incluso se estuvo a un paso del rompimiento de todos los republicanos de Unión y de Izquierda Republicana con los socialistas de Prieto. Pero sabemos también, y esto lo ignoran los militantes republicanos, que al fin Prieto logró imponerse (¡una vez más!) a los dirigentes republicanos, quienes, sobremanera después del discurso de Winston Churchill, ya no creen las añagazas cancellerescas de que se ha venido valiendo Prieto.

La carta de Izquierda Republicana nos dice que a propuesta de su partido que integra la Junta de Liberación, se piensa examinar problemas de la naturaleza que planteamos. ¡No! En la Junta de Liberación no se estudian otros problemas que los que plantea Prieto. Y en esa Junta de Liberación ya no tienen pito que tocar los republicanos. Y lo sorprendente del caso es que los republicanos lo saben perfectamente.

La emigración republicana española debe saber que la Confederación Nacional del Trabajo no se da por vencida en la magna tarea de poner en pie a la República española. Sabemos que nuestros honrados propósitos encuentran profunda repercusión en todas las zonas del republicanismo español exilado. Y hasta lograr que España se ponga en pie y armada frente a Franco y a la Falange, no cejaremos. Es inútil que se pretenda hacernos el vacío con contestaciones evasivas y con silencios cobardes.

Cuando la CNT quiere, no hay silenciamiento posible. Hablaremos y se nos escuchará. El Comité nacional.»

En el citado número extraordinario de *CNT* publicamos un importante documento del Comité nacional de la CNT:

«¡19 de julio de 1936!! ¡Que los recuerdos del pasado nos conduzcan hacia el ideal!

Las elecciones de lebrero

Las elecciones a Cortes de febrero de 1936 dieron la victoria a los partidos francamente republicanos y democráticos de España. Antes de las elecciones y en el momento más culminante de la propaganda electoral, la Confederación Nacional del Trabajo de España, con el deseo de fijar claramente su posición ante los trabajadores, señalaba en sus escritos y en los actos públicos: «si las elecciones son ganadas por las derechas, ello significará el triunfo legal del fascismo. Si las elecciones son ganadas por las izquierdas, asistiremos a un levantamiento general del falangismo y de la parte reaccionaria del ejército. De cualquier manera hay que prepararse para hacer frente a una cruenta guerra civil si queremos conservar la vida y la libertad».

La CNT no olvidó sus propias premisas y se dedicó, en la medida que le era posible, a una preparación para la resistencia. Hubo muchos que, si las tuvieron en cuenta cuando eran formuladas, pronto las dejaron en olvido: los partidos republicanos.

Conspiración militar

Los suaves vapores de la victoria electoral ganaron el espíritu de los partidos esencialmente electoreros, nacidos por y para las elecciones. Pronto dejó de ser un secreto que los partidos republicanos no poseían mano ni pulso para hacer frente a la tempestad que se cernía en el cielo de España, polarizada por el resultado de las elecciones. Los falangistas, en Madrid, irrumpieron a la calle, y con el chasquido de sus pistolas pretendieron dar la sensación, de cara a Alemania e Italia, de que eran las fuerzas más enérgicas para hacerse cargo de lo que iba a venir, convenido y pactado con Hitler y Mussolini. Detrás de esas bandas de pistoleros, algo más peligroso se movía; grandes núcleos del ejército español, dirigidos abiertamente por la mayoría de generales y coroneles, conspiraban por un levantamiento militar pro monarquía... ¡Paradojas de España! A la hora del levantamiento militar, espiritualmente alentado por el clero alto y bajo, que dividía sus simpatías entre alfonsinos y requetés, los falangistas, dirigidos por agentes de la Gestapo y de la Ovrá, se conducirían de manera que los militares rebeldes de mayor significación serían sus primeras víctimas y el resto, junto con los clérigos alfonsinos y requetistas, sólo tendrían la consideración de peones de brega en aquel tablero de Europa, en el que jugaba Mussolini para dejarse ganar por Hitler. Sanjurjo y Mola serían asesinados en accidentes de aviación, Queipo de Llano y demás serían postergados, el legionario Don Juan de los monárquicos y de los curas, saldría nuevamente de España, pensando que se ignoraría o que se olvidaría que él había sido uno de los elementos más determinantes de aquello que había de ser un levantamiento de salvajes y asesinos.

Fracasa el gobierno republicano

El gobierno republicano de Casares Quiroga tuvo perfecto conocimiento de la conspiración militar. La denunciaron los partidos y las organizaciones obreras. Los propios militares republicanos hicieron llegar al gobierno la relación de hechos escandalosos que contra la República se estaban produciendo en los cuartos de banderas, en los patios de los cuarteles y en las formaciones militares. Es más: se quejaron del abandono en que se encontraban frente a la ofensa y a la agresión de que eran constantemente víctimas de parte de la mayoría de los monarquizantes.

El gobierno republicano despreció las denuncias de las organizaciones y de los partidos obreros. Expresaba su disgusto porque esas inquietudes saltasen en las columnas de los periódicos. Y no podía contener su malhumor cuando los militares republicanos lograban que sus leales y honradas palabras fuesen trasladadas al gobierno.

Si al fin se decidió el gobierno a intervenir fue para remover algunos genera-

les de sus localidades de residencia, pero siempre conservándolos en estratégicos puestos de mando. A lo sumo, y aquello se les antojaba el colmo del atrevimiento, llamaron a Franco para pedirle la palabra de honor de que no se levantaría contra la República. Como era de suponer, Franco dio su palabra de honor y después corrió a iniciar la sublevación que tenía que costar dos millones de vidas y que habría de sumir a España en la ruina más espantosa.

El gobierno republicano no quiso fusilar ni reducir a prisión a unos veinticinco generales que conspiraban abiertamente y sin los cuales los falangistas no habrían osado moverse. Tampoco osó licenciar al ejército, para después reorganizarlo debidamente. Se conformó con pedirles la palabra de honor a quienes la tenían empeñada y vendida a Hitler y Mussolini.

La rebelión militar en la calle

La rebelión militar se inició dentro de los cuarteles dominados por los elementos monárquicos. Unos días antes de salir a la calle, dieron entrada a elementos falangistas que se disfrazaban de soldados, sargentos o de oficiales. Cerraron las puertas de los cuarteles, asesinaron a los militares republicanos que persistían en mantenerse en sus puestos y que además no se avenían a ninguna deshonrosa capitulación en su concepto de caballeros del deber. Asesinaron a todos *los* soldados que sabían de ideas revolucionarias o simplemente de férvido republicanismo. Cuando fue la hora, bien borrachos, sacaron los regimientos a la calle, a conquistar las ciudades, a someter al pobre ciudadano que los nutría, a deshonrar España. Con banderas monárquicas al viento, el clero y los requetés marcharon a unirse con aquellos que se llamaban los adalides de la monarquía, de la religión y de la fe. Así, la España del sueldo oficial y de las clases pasivas marchaba a la lid contra la España del taller, del campo y del laboratorio. El militar iba a olvidar que era báculo del país y lanza de la independencia nacional, para convertirse en palo y piqueta de ejecución de la patria. El cura, cura de almas, luz de civilización que penetra en lo más intrincado de la selva madre de la bestialidad, sería fervor de rencores y ánfora de odios de casta y de clase destilados fría e implacablemente a lo largo de la tragedia nacional y prolongándose hasta la cárcel y el campo de concentración de los vencidos.

El pueblo trabajador, salvador de España

En las provincias remotas y menos conectadas con los centros vitales del país, la clase trabajadora fue víctima de crueles desengaños. Sin armas con que hacer frente a la soldadesca que tambor batiente y clarín al viento iba adueñándose de los puntos estratégicos de las ciudades capitalinas, acudieron, en un resto de esperanza, a los gobiernos civiles, creyendo que en ellos les serían facilitados los armamentos por las autoridades gubernativas. Los dirigentes de los sindicatos y de los partidos obreros subieron y bajaron repetidamente las escaleras de los gobiernos civiles. Hablaron con los gobernadores, trataron de convencerlos de que debían aceptar la lucha en la calle facilitando armas a los obreros y dando la orden a las fuerzas de Asalto y de la Guardia civil de hacer frente a los sublevados. Los gobernadores civiles no se decidieron en ninguna parte, acaso porque el gobierno de Madrid los frenaba; acaso porque calculasen que mejor resultaría para ellos someterse al traidor movimiento que ofrecer una franca resistencia. Algunos de aquellos gobernadores fueron rápidamente fusilados por los facciosos; casi todos los dirigentes obreros sucumbieron. Aquéllos, por excesivamente apegados al orden frente al desorden; éstos, por excesiva fe en la República, en sus órganos representativos y en sus hombres.

En otras provincias, de más posibles medios de acción, las cosas no marcharon de la misma manera, sobre todo para los sublevados. Cierta que los gobernadores tampoco dieron armas ni siquiera la orden de resistir. Tampoco las dio el gobierno de Madrid. Pero en dichas provincias, los sindicatos movilizaron a sus hombres desde que se inició la sublevación en África... ¡Magnífica epopeya la del pueblo trabajador en armas luchando junto con los guardias de Asalto leales, estrechamente coordinados sus mandos sindicales con la mayor parte de la oficialidad del

arma de Aviación y los Comités de la Flota. ¡Barcelona, Madrid, Valencia, Alicante, Almería, Málaga, Huelva, Bilbao, Gijón, Coruña...! El pueblo trabajador salvaba a la República. Por su heroico esfuerzo, ésta no solamente viviría, sino que iba a sostener las más desiguales luchas contra la reacción interior, contra las fuerzas moras y terciarias de Franco, contra los bandidos de Mussolini y los piratas de Hitler.

La gran coyuntura histórica

Mientras los trabajadores luchaban y trabajaban, transformando la industria civil en hábil para la guerra; mientras los ferrocarriles y transportes regulaban su funcionamiento adaptándose rápidamente a las necesidades bélicas, y el campesino no apto para las armas apretaba vigorosamente los ijares de la tierra para que de sus entrañas surgieran los frutos para la resistencia, las gloriosas columnas de trabajadores armados iniciaban el frente de Andalucía y Extremadura, se hacían fuertes a las puertas de Madrid, asediaban Teruel, creaban el formidable frente de Aragón, defendían Asturias e iniciaban el guerrillerismo en los montes de Galicia y, ante Bilbao, con su línea de cuerpos sangrantes, dieron vida a la leyenda de la «Línea de Hierro».

Y mientras... en Madrid, el gobierno débil de Casares Quiroga dio paso a otro de republicanos; y luego, casi fulminantemente, otro de republicanos ensayó dirigir aquella contienda de gigantes. Sus existencias fugaces sólo sirvieron para dar paso al máximo acontecimiento español de nuestros tiempos. Largo Caballero, anciano, y viejo socialista, cabeza visible y máxima autoridad dentro de la UGT y del Partido Socialista, en cuyas organizaciones personificaba la corriente del socialismo posibilista, pero honrado, ocupó la presidencia del Consejo de ministros, a la que ascendió no como vulgar arrivista, sino perfectamente preparado para conducir la guerra y canalizar la revolución proletaria hasta el máximo de sus posibilidades.

Por fortuna para Largo Caballero, el Comité nacional de la CNT había preparado la coyuntura histórica que había de producirse, señalando las debilidades de dirección de que pecaban los gobiernos republicanos y reclamando la constitución de un Consejo Nacional de Defensa con participación mayoritaria de la CNT; o, en su defecto, la constitución de un gobierno de franca mayoría proletaria.

Mas la coyuntura histórica que colocaba a la CNT y a la UGT y a la parte sana del Partido Socialista en la misma línea de trabajo a realizar por España y la República, fue torpemente malograda por la intriga y el arrivismo dentro de las fuerzas republicanas y socialistas, a las que Largo Caballero no quiso hacer frente porque pretendía que mejor que atajarlas con la justicia regular, era dejarlas al fallo de la historia.

Esperanzas de hoy y de mañana

Que este recordatorio no sea para ensimismarnos y nos conduzca a querer persistir en los errores que nos condujeron a las zonas gris sombrío del entusiasmo; pues que los males que corroyeron a España y a la República nos son conocidos y que por contraste comprendemos cuáles pueden ser los remedios, concretemos éstos, formulémoslos, y vayamos francamente a su encuentro: ¡Una República vengada y liberada de traidores...! ¡Una clase obrera inteligente y sana, capaz de realizar la coyuntura histórica CNT-UGT...! ¡Unos partidos republicanos de limpia ejecutoria, sin pretensiones de eternizarse en el poder, con predisposiciones a dejar paso franco a la Justicia Social, que tanto en España como en Europa viene quemando las etapas de la Historia, no para violentar situaciones de clase, sino para facilitar el pan, el trabajo y el hogar a los hombres y a los pueblos...! ¡19 de julio de 1936, no nos prives de las luces de la inteligencia!»

También pasó el 19 de julio de 1944. Sin pena ni gloria. Cada caracol dentro de su concha, cada mochuelo en su olivo.

Nuestra guerra se recordaba como un mal sueño. Entre la mayor parte de

republicanos burgueses y de aburguesados de todos los sectores, no era raro oír comentarios como éstos: «Si los anarquistas y anarcosindicalistas de la CNT no hubiesen hecho frente a los militares sublevados, no tendríamos que andar por el mundo». «Al cabo, la sublevación militar se habría limitado a fusilar a unas docenas de anarquistas de la FAI y a poner bajo cerrojo a la CNT y nos hubiésemos ahorrado la guerra civil.» «Si llega el momento de regresar, lo que debemos hacer es impedir la entrada a España a todos los anarquistas y sindicalistas de la CNT.»

Ya empezaban a verse los nuevos ricos de la emigración. Los que comían el queso que sacaron en las suelas de los zapatos, en los «plantes» bien seguros de las vaginas, en los forros de chaquetas y abrigos. Los depositarios de los bienes de la República, de las organizaciones y de los partidos que, quebrantando la confianza depositada en ellos, se levantaron con el santo. Los que disfrutaban de los beneficios que rendían los préstamos del SERÉ y de la JARE y la explotación de la mano de obra mejicana.

El Comité nacional acordó buscar un enfrentamiento con todos los elementos representativos de la desunión. Después del 19 de julio de 1944, CNT publicó el siguiente documento:

«¿Tiene razón la CNT? ¿Tiene razón la Junta de Liberación? ¿Tiene razón el gobierno Negrín?

El Comité nacional de la Confederación Nacional del Trabajo en el Exilio, representado en su secretario general, compañero J. García Oliver, sostendrá sus puntos de vista ante: Indalecio Prieto, líder de la Junta de Liberación; Alvaro de Albornoz, líder de la Junta de Liberación; Diego Martínez Barrio, líder de la Junta de Liberación; Juan Negrín, líder del llamado gobierno Negrín (o quien autorizadamente le represente).

Este trascendental debate, que pondrá frente a frente a las dispares ideologías en que se divide el republicanismo español, se celebrará en el Centro Español, de la calle de Tacuba, de México, DF, en cuanto los señores aludidos den su conformidad.»

Aguardamos pacientemente a conocer los resultados de aquel reto. Si Arquímedes pudo decir que movería el mundo con una palanca si le daban un punto de apoyo, así opinaba yo también. Tenía la palanca, que era la facilidad de palabra que siempre tuve; y tenía el punto de apoyo, que era la apelación a una causa justa. Con aquello pretendía levantar un mundo del complejo de organizaciones y personas que no deseaban dejarse levantar.

Nadie contestó al reto. El silencio, ¿es un sí o un no? Dominaba el espíritu de derrota. Un raro espíritu de derrota; moral para los militares y falanquistas, y derrota material para los antifascistas republicanos. Habíamos dejado la partida en tablas, y las consecuencias resultaban desastrosas. Ellos, los de la media victoria de allá, no podrían crear una España nueva, porque sin victoria moral, ¿qué harían fuera de vegetar en el pesimismo? Algo así nos ocurría a los exilados, porque el sentimiento de la derrota material que sufrimos, nos confundía de tal manera, que no osábamos levantar cabeza.

El silencio en que caía nuestra labor en nombre de la CNT era desesperante. Porque se trataba de un silencio premeditado por parte de los más connotados dirigentes de los varios sectores del antifascismo español. Porque, abajo, en la base, el reto lanzado, manera muy española de resolver una partida de pelota a mano, tenía en ascuas las peñas de los cafés. «Ahora sí —decían muchos—. Se tirará de la manta y dejará de ser secreto lo que a voces se murmura.»

El Comité nacional mantenía su ritmo *in crescendo*. Puesto que nadie quería discutir, el Comité nacional seguiría llevando la polémica a todos los pía-

nos que constituían un problema. Por conducto de su Comité nacional, la CNT iba rasgando todos los velos que oscurecían nuestro futuro. Uno de dichos problemas era el derivado de ciertos planteamientos políticos de carácter separatista. Con razón o sin ella, el separatismo vasco y catalán hacía aún más caótica la situación de los antifascistas españoles. En lo personal, mi concepción federalista iba bastante más lejos de lo que era corriente entre los militantes de la CNT, que pensaban en un federalismo a la manera del que se cultivaba en nuestra organización, donde cada Regional era tan autónoma que a veces parecía independiente, pero que no lo era, ni provenía de ser entidad independiente que se agrupa previa discusión y aceptación de los lazos que habrían de sujetarla a la Confederación. No obstante, un federalismo de concesión estatutaria —como resultaban ser las autonomías catalana y vasca—, por amplio que fuera, adolecía de no partir de la unidad independiente que se asocia ubérrimamente —de manera tratada y pactada— a otras unidades.

Por ello, si el separatismo se manifestase al margen del problema general español y lograrse la independencia de Cataluña o del País vasco, no debería ni ser discutido. Pero si a la hora de asociar fuerzas para una lucha de liberación de España, antes de lograr ésta levantásemos muros de hielo entre republicanos españoles y los gobiernos en lucha contra Alemania e Italia, empezando por lesionar los llamados intereses de Francia, sería otra cuestión, con la que no deberíamos transigir en momentos tan cruciales. Aun habiendo querido silenciar ciertas actividades separatistas catalanas, por aquello de las afinidades vernáculas, tenía yo presente la conexión de una rama separatista con Moscú, la de Maciá; y de otra con el fascismo italiano, la de Dencás, a más de las aproximaciones en París durante el curso de nuestra guerra por parte de separatistas catalanes como Ventura Gassol y nacionalistas vascos como Manuel de Irujo.

Con el respeto debido a todas las opiniones, para la CNT en exilio el problema capital era la creación de un frente unido para promover la caída del franquismo, primero, y, después, para dar soluciones prácticas a los problemas de la reconstrucción de España. Por dicho motivo, dimos publicidad en CNT a un manifiesto dirigido por igual a los separatistas catalanes y vascos:

«A los separatistas de Cataluña y de Vasconia en el exilio.»

Consecuentes con nuestra posición de debatir públicamente los problemas que de una manera más acentuada desprestigian a la República española, nos hemos propuesto tratar del problema de los separatismos vasco y catalán aparecidos en la emigración, con la clara finalidad de contribuir a la disolución de tales tendencias, con el propósito de terminar con sus falsos fundamentos ideológicos y con la esperanza de impedir que prosperen las maniobras que pretenden que la lucha empezada el 19 de julio de 1936 es una justificación histórica para llevar a cabo la separación de Cataluña y del País vasco del resto de España.

Elementos histórico legales

La Constitución de la República española, votada el año 1931, en su artículo 1 declara que la República es «compatible con la autonomía de los municipios y de las regiones». Esta declaración, que no es taxativa, sino facultativa o interpretativa, no tiene el sentido dogmático y categórico de la primera parte del artículo 1, que dice: "España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia".

Es decir, que los elementos republicano-autonomistas, de escasa fuerza representativa en Cataluña, por ejemplo, con precipitaciones y anhelos (que no queremos polemizar ahora, pero que en su tiempo hubiéramos tenido perfecto derecho de frenar), recién aprobada la Constitución y sin esperar a que unas leyes complementarias hubiesen puesto en práctica el primer apartado del artículo 1 de la misma,

se lanzaron rápidamente a la convocatoria de plebiscitos estatutarios que, ciertamente, fueron aprobados por grandes mayorías, entre otras razones por las siguientes: 1.º Porque el País vasco y Cataluña sobre todo, entendían que el Estatuto era la legalización del uso de los idiomas vernáculos y de la conservación de sus usos y costumbres; 2.º Porque se entendía que el Estatuto, emanación de la Constitución de la República, venía a poner término a las especulaciones separatistas de unos núcleos de financieros agiotistas y de unos cuantos poetas renacentistas; 3.º Porque la Confederación Nacional del Trabajo, entonces la única organización sindical en Cataluña, por sus principios federalistas y su espíritu revolucionario, no quiso oponerse a las innovaciones de tipo liberal que llevaban a cabo los partidos republicanos españoles.

Sin embargo, es necesario apuntar que los republicano-autonomistas fueron, desde el punto de vista de la Constitución, unos maximalistas precipitados, por cuanto, el día siguiente mismo de promulgarse la compatibilidad de la República con la autonomía de los municipios y de las regiones, quisieron, por lo que a Cataluña atañe, cristalizar en hechos no solamente la letra constitucional, sino que hasta la última gota del espíritu de la Constitución. A la vista de estas precipitaciones extremistas, ¿qué se habría dicho de los trabajadores si éstos, con justa razón dado el sentido dogmático y categórico del primer apartado del artículo 1 de la Constitución, hubiesen exigido la promulgación inmediata de todas las leyes complementarias que eran precisas para que la República de trabajadores fuese una realidad tan absoluta como lo fue la concesión de los Estatutos regionales?

El otorgamiento de los Estatutos a Cataluña y al País vasco acaso haya sido una acertada medida de espíritu liberal. Mas, para que pueda afirmarse, era indispensable: Que se otorgasen partiendo de que los partidos autonomistas fuesen esencialmente de ideología republicana conservadora de la República y que sus componentes fuesen personas de probada honestidad política. Esto es: fieles hasta el fin a la República que tan llanamente les otorgaba hasta el máximo la autonomía solicitada.

De los actuales movimientos separatistas llaman la atención dos cosas: 1) Que los partidos y las personalidades autonomistas (los depositarios de la fe y del honor de la República) se hacen separatistas de la República española, porque Franco, con ayuda de Alemania y de Italia, la atacó a mano armada; 2) Que se hacen separatistas de la República cuando está inerme, pero viva en el corazón del pueblo español, con las banderas en alto y toda ella sangrante de heridas gloriosas.

¿Es que esos depositarios de la fe y del honor de la República no sienten la grandeza de la lucha sostenida durante tres años? ¿Es que en esa asociación en el ataque a la República hay algo más que una simple coincidencia con Franco y la Falange?

Simplismos y geografía política

El alegato más endeble, aunque pretende ser el más fuerte, de los separatistas de hoy, consiste en achacarle a la abstracción España la responsabilidad de las destrucciones producidas en Cataluña y el País vasco por causa de la guerra civil. Para poderse sostener en tal posición, con el mayor desenfado arreglan y falsean la historia: olvidan las guerras carlistas, a Zumalacarrengui y a Cabrera; silencian a los requetés de Navarra, a Pío Baroja y a Unamuno; ponen sordina a las bendiciones del papa para las armas de la Falange. Y terminan llegando a esta simplista conclusión: Cataluña y el País vasco libres estarían a resguardo de las explosiones de los militares y de la caverna española.

"Cataluña y el País vasco libres..." No, amigos autonomistas de ayer, separatistas de hoy. Ésa es una mala lección de historia. Cataluña y el País vasco libres, serían dos piedrecitas más, fáciles de ser aplastadas por cualquier imperialismo europeo. Supondrían el rompimiento del equilibrio que creó el tratado de los Pirineos al establecer la cordillera pirenaica como frontera geográfica entre España y Francia; y, desde luego, serían dos brechas abiertas hacia el corazón de España. Serían los problemas del irredentismo catalán y vasco proyectándose sobre el Rosellón, la Cerdeña y la Gascuña, atrayendo una reacción imperialista, y que bien

podríamos llamar de seguridad, de parte de Francia. Serían los problemas del Mediterráneo por la posesión de las Baleares.

Europa es un conglomerado de pequeños pueblos, libres e independientes. Pero por causa de ciertos detalles de la geografía política de ella, en el curso de 25 años, esos pueblos libres y pequeños, se han visto arrasados dos veces por el poder de esos detalles. [...]

Dentro de las posibilidades del futuro

Acaso se diga que al final de esta guerra las naciones pequeñas tendrán asegurada la independencia y que ya no será posible que las naciones agresoras hagan presa de las pequeñas nacionalidades.

No estamos de acuerdo. Si la Europa de la posguerra actual continúa siendo un conjunto de naciones libres e independientes, y la mayor parte integradas por pequeñas nacionalidades, éstas serán nuevamente arrasadas dentro de pocos años. ¿O es que se cree que el lobo ataca a la oveja porque es oveja y no porque la sabe débil e indefensa? Es la paz, la que trae la guerra: la paz de los políticos candidos o convencionales, de los gobernantes sin visión de la historia y del tiempo, de los ilusos que ignoran que la paz es algo más que un tratado de limitación de fronteras, por cuanto es el único problema que tiene planteado la humanidad desde su origen, y que no han llegado a solucionar las religiones, las filosofías y las políticas de todos los tiempos.

Sí, amigos autonomistas vascos y catalanes: separándose Cataluña y el País vasco, atraen con fuerza poderosa al rayo de la guerra sobre sus ciudades y sus valles; lo atraen, también, sobre toda España. No es, amigos autonomistas vascos y catalanes, ninguna solución a vuestras inquietudes, si las tenéis, una salida desde España hacia la independencia. ¡Acaso lo sería una salida del conjunto español hacia una federal integración europea! Pero mientras esas metas ideales no se presenten claras y oportunas, lo más lógico, sensato y honesto es permanecer compactos dentro de la República española, ayudando y no obstaculizando su recobramiento, para después ejercitar los derechos autonómicos con lealtad y honradez, promoviendo la riqueza y el trabajo y creando una justa distribución para nuestros pueblos hambrientos y martirizados.

La verdad, ante todo

Si somos sinceros, nadie puede osar la afirmación de que la defensa que hizo el pueblo español de su República, constituya una página de agravios para cierto concepto de Cataluña y del País vasco. Porque la verdad es que nunca los pueblos de España se mezclaron tan noble y espontáneamente en una lucha de carácter nacional. Asturianos y santanderinos lucharon en la defensa de Vizcaya; los catalanes fueron a pelear por la libertad de Mallorca, de Madrid y de Aragón; los levantinos lucharon en Madrid y Aragón; de andaluces y extremeños se componían las gloriosas Brigadas mixtas que tanto contribuyeron a la defensa de Madrid; en las riberas del Ebro soldados de toda España mezclaron su sangre hasta teñir de rojo sus aguas.

¡Ni uno de los catalanes o vascos que murieron dio su vida por la esclavización de Cataluña y del País vasco que proclamáis! ¡Ni uno solo de los republicanos españoles que murieron dio su vida por la esclavización de Cataluña y del País vasco que pretendéis! ¡Cuántos murieron, dieron sus vidas por la República, por la libertad de España y por la realización de una profunda justicia social!

El Comité nacional de la CNT en Exilio.»

Mi conferencia en el Palacio de Bellas Artes de México

Desde que me había hecho cargo de la secretaría del Comité nacional de la CNT en Exilio, habían transcurrido escasos siete meses. La actividad fue mucha. Las asambleas de nuestros militantes, por Regionales, se sucedían, y yo

tenía que asistir a muchas de ellas. Desde que se reorganizó la CNT en México, se desarrolló una intensa obra de capacitación, a fin de que los militantes a su regreso a España pudiesen llenar un papel de organizadores. Así que, desde conferencias explicativas del nacimiento de cada Regional, sus conflictos más importantes, conocimiento de los acuerdos de los Congresos, organización y funcionamiento de los sindicatos desde el delegado de taller y comité de fábrica, hasta los atributos de los comités regionales y nacional, para terminar en las atribuciones de la Internacional y papel de cada Sección nacional dentro de la Asociación Internacional de Trabajadores a que pertenecíamos, el entrenamiento a que sometíamos a los militantes era intenso.

Todo parecía indicar que, por parte de la CNT al menos, la disposición para un salto a España era veraz. Para confirmarlo, por encargo del Comité nacional, pronuncié el 29 de septiembre de 1944, en el Palacio de Bellas Artes, una conferencia que fijaba el tema de España, en su ayer, su hoy y sus perspectivas para el mañana inmediato a la liberación.

«El Comité nacional de la CNT acude a la tribuna pública por primera vez. Largamente hemos expuesto nuestros puntos de vista sobre los problemas de la República española y de la necesaria liberación de España. Pero siempre lo hicimos comedidamente desde las columnas de nuestro periódico, *CNT*. Nuestro silencio oral era en gran parte determinado por el deseo de no sumar nuestra voz al escándalo público y persistente que se ha venido dando en el exilio por parte de cuantos, utilizando sin freno ni medida el mitin o la conferencia, al tratar de los problemas de la emigración republicana lo hacían únicamente para afirmar posiciones personales o de grupo.

El Comité nacional, al utilizar la tribuna pública lo hace porque se siente impulsado por circunstancias graves y apremiantes. Por ello, cuanto digamos lo será teniendo en cuenta que podemos ser escuchados, leídos o mencionados por quienes un día podrán juzgarnos. Ante nosotros, consideramos que está España, con el grueso de militantes de todas las organizaciones y partidos y que no pudieron evacuarla o que, simplemente, no quisieron. Ante nosotros, los refugiados en África del norte, tan terriblemente azotados por la desgracia antes de su liberación; o los compatriotas de Francia, que de la honda tragedia de los campos de concentración en que habían caído, se nos aparecen como héroes legendarios en esta hora de la liberación de Francia. Tenemos, también, ante nosotros, a la mayoría de la emigración en América, la que no se considera participe en las responsabilidades de unos pocos, y que desea poder regresar honrosamente a España.

El sentimiento de lo que pesan y valen cuantos nos escuchan y cuantos puedan enterarse de lo que hemos hecho y dicho, pesa decisivamente sobre nosotros en lo que hemos venido realizando a lo largo de tres años de actuación orgánica. Obligados estamos, pues, de tener que hacer un análisis de ciertas situaciones calamitosas del pasado para poder llegar a unas conclusiones de fondo claro y positivo y que nos permitan señalar las líneas de una futura actuación para todos y que por todos puedan ser aceptadas como lógicas y estables.

Hay una situación oficial que es necesario conocer y analizar, porque contribuyó a crear la derrota moral que sufrimos y que fue causa del oscurecimiento que se ha hecho en torno a la República española, sumiéndonos después en una completa desintegración, lo que había de ocasionarnos la pérdida total del prestigio internacional de la República.

Nos referimos a la dimisión, por parte del señor Azaña, de la presidencia de la República. Decisión intrascendente, al parecer de algunos, tenía que ser principio y causa de problemas y situaciones calamitosas y que todos juntos llegarían a hacernos conocer lo hondo del precipicio a que hemos caído y en el que viviríamos la amargura moral más intensa que podíamos imaginar.

Por de pronto, con la dimisión del señor Azaña nos encontrábamos sin representación legal de la República, cuya causa, aunque en derrota, podía esperar sobrevivir jurídicamente y ser el punto de orientación para un recobramiento de la República. Además, la dimisión del señor Azaña, por producirse cuando parte del

territorio de la República seguía luchando denodadamente por ella, sumía a aquellas tropas, ejército regular de un régimen, y soldados heroicos de nuestra España, en la situación moral y legal de soldadesca sin causa y en estado de bandidaje.

Fácil es comprender el efecto desmoralizador que en la zona Centro-Sur-Levante había de producir el abandono en que los dejaba la dimisión del señor Azaña. La desconfianza había de desarrollarse hasta lo infinito. Y no inspirando confianza el gobierno Negrín desde hacía mucho tiempo, prodúcese el movimiento subversivo por la creación de la Junta de Defensa, llamada Junta de Casado, ante la cual el gobierno Negrín capituló, lo que constituía una dimisión de hecho de todo el gobierno.

El derrocado gobierno Negrín, al refugiarse en París, asumió una actitud caprichosa y nada acorde con la cesión de autoridad que le hizo a la Junta de Defensa. Pero su pretensión de seguir siendo gobierno de la República fue seguida de la retirada de los ministros republicanos por decisión de sus partidos y de la retirada del ministro cenetista por parte de la CNT. A su vez, y arrogándose unas facultades discutibles, la Diputación permanente de las Cortes españolas, reunida en París, acordaba la no existencia de gobierno de la República, destituyendo «legalmente» al señor Negrín y desconociendo al general Miaja y a su Junta de Defensa. Así, de golpe, desaparecía todo poder legal, desde la presidencia de la República hasta todo posible órgano de gobierno, al par que se cegaban todas las fuentes de legalidad de las que un día pudiesen surgir los órganos nuevos de la República.

Sin embargo, entonces era necesario, como nunca, un órgano de gobierno responsable y aceptable por todos. Gobierno que se preocupase incansablemente por resolver la situación angustiosa de la parte considerable de pueblo español que era encerrado y aprisionado en los campos de concentración y en las fortalezas... ¡Vana esperanza! Entonces se pudo apreciar hasta qué punto fue objeto de engaños y de torpes maniobras el pueblo republicano español. Cuando en plena guerra, en mayo de 1937, fue solapadamente derribado el gobierno de Largo Caballero y para contener la protesta proletaria y acallar el asombro de las personas que expresaban su inquietud, se hizo correr, de oído en oído, de corro en corro, que con la salida de Largo Caballero y los ministros de la CNT se aseguraban todas las asistencias internacionales: diplomáticas, morales y de armamentos...

Nosotros nunca creímos semejantes patrañas. Más de una vez lo declaramos en público. Ya fuimos viendo, en el curso posterior de la guerra a aquella crisis, que ninguna otra asistencia internacional se había logrado. Pero el internamiento de toda la muchedumbre de refugiados en Francia había de confirmarnos, con una elocuencia aterradora, en nuestro concepto de cuan dañosa fue aquella maniobra para apoderarse del gobierno y de cuan bajamente se engañó a los ciudadanos cuando se les propalaba la especie de "razones internacionales", las "asistencias prometidas" y las "promesas de las grandes potencias".

Sólo el general Cárdenas, presidente de México, movido por sentimientos inigualados de generosidad, abrió las puertas de este gran país a todos los españoles expatriados. Y sólo su digno sucesor, el general Avila Camacho, en la hora triste de la caída de Francia, tuvo el gesto altísimo de amparar con la bandera mejicana a todos los republicanos que quedaban en aquel país.

Ninguna otra asistencia, ni espontánea, ni prometida. A todo esto se reducía el engaño, ¡tan frecuente en el pobre medio político español!, de "las cartas escondidas" y de "lo que tengo en el bolsillo pero no puedo enseñar". Mientras, en los campos de concentración se amontonaban los españoles republicanos y se estaba creando el gran proletariado de la desgracia... Obreros, militantes sindicales y de partidos; abogados, escritores y artistas; soldados, oficiales, jefes y generales; todos revueltos en montón, carnes al sol y al viento; humanidades empapadas de día y de noche por la miseria más espantosa...

El SERÉ, organismo creado para trasladar a México a ese proletariado de la desgracia, fue un insignificante paliativo aplicado a tanta desdicha. Y, encima, llenó de oprobio toda su obra. Al sufrimiento del campo de concentración le añadieron el atropello moral y la inquisición vergonzante de las opiniones. No se embarcaba a los republicanos por razón de simples luchadores de la República, sino que, mayormente, por capricho o en razón de determinadas tendencias. Y todo hecho con una lentitud burocrática desesperante.

Después hizo su aparición la JARE, de la que en principio se dijo que venía a enmendar los errores y atropellos del SERÉ... De la JARE cabe decir que si fue menor su obra de trasladar refugiados a México, su actuación partidista, en la selección para los embarques, no se diferenció en nada al otro organismo.

Si recordamos estos aspectos dolorosos de la obra llevada a cabo por los organismos SERÉ y JARE, es porque al escándalo internacional que produjeron hay que añadirle algo que pesará en el porvenir de España y en cuantas resoluciones tengamos que adoptar en el exilio. Nos referimos a la aparición de una fuerza nueva y que suponemos llegará a ser decisiva en las luchas por la liberación de España: los refugiados en Francia; ese proletariado de la desgracia de que hablábamos; de ese republicano español de todas las organizaciones y de todos los partidos, que después de haber hecho una guerra de tres años en España, de haberse tenido que pudrir en los campos de concentración de Francia, nos han llegado los ecos de sus vidas gigantescas desde Narvik, con las fuerzas de desembarco francesas e inglesas; desde Siria, con la columna motorizada del general Leclerc, hasta su entrada gloriosa en París con la bandera de la República en lo alto de los tanques; y desde las organizaciones subterráneas francesas y sus ejércitos del interior.

¡ Cuando se despreció, humilló y abandonó a los refugiados en Francia convirtiéndolos en proletarios de la desgracia, no se pensaba en el porvenir! Ahora, ese porvenir está aquí, ante nosotros; y allá constituyendo una lección de unidad republicana y de vida gloriosa.

A medida que los refugiados fueron acomodándose en la vida de México, la desintegración de la República fue adquiriendo caracteres acusadísimo. Esa desintegración era determinada por los antagonismos y las inmoralidades que vamos señalando. Se pugna, por parte de la Confederación Nacional del Trabajo, por encontrarle una superación a tan honda crisis, mediante una unión responsable de todos los sectores del republicanismo. Pero es en vano. Por el contrario, las divisiones cristalizan en entidades que pugnan entre sí, desautorizándose mutuamente, desprestigiándose cuanto les es posible. El llamado gobierno Negrín, reducido a cuatro personas, después de que en México le retirara sus ministros el Partido Comunista, se empeña en subsistir. Fúndase la Junta de Liberación, sin discusión y sin diálogo con los varios sectores sindicales y políticos republicanos, conformándose con la integración de núcleos del socialismo y del republicanismo burgués. Por su parte, los comunistas nos dan a conocer su Junta Suprema de Liberación Nacional, la que pretenden imponernos, sin lograrlo, y de la que, en el tiempo transcurrido, ninguna noticia oficial de su existencia hemos tenido de nuestras organizaciones en España. Amparándose en esta situación calamitosa del republicanismo español, crecen y se desarrollan en el exilio las tendencias separatistas del País vasco y de Cataluña, ahondándose el abismo de desdichas en que había caído la República.

Ante el estupor de las personas sensatas y de los observadores internacionales, hemos asistido a manifestaciones públicas de antisovietismo, antichurchillismo y antinorteamericanismo, por cuenta de instituciones audaces que decían representar a la emigración española y a la República. A veces, las personas más destacadas de esas sedicentes instituciones españolas fueron las que dieron más fuerte expresión a sus manifestaciones contra la Unión Soviética, Inglaterra y los Estados Unidos, cargándole a la cuenta de la República el agravio que esas naciones puedan haber resentido por tan torpes e injustas manifestaciones, máxime cuando sólo eran expresión de opiniones personales de quienes las emitían por la manera de conducirse los jefes de la Naciones Unidas frente a detalles de tan gran contienda.

Si por el conocimiento que se tiene del estado de desintegración porque pasa la República española éramos considerados lamentablemente, a causa de esa manera impertinente de enjuiciar las circunstancias de la guerra que sostienen las Naciones Unidas, podemos afirmar que hemos perdido toda consideración y estima.

Desde que empezó la guerra, nuestra posición de solidaridad incondicional con las Naciones Unidas se ha mantenido invariablemente. Nunca nos hemos sumado al coro de los detractores de la Unión Soviética, Inglaterra y los Estados Unidos. Desde el principio, no hemos querido matizar el contenido social o político de las naciones democráticas en lucha sometiendo dicho contenido al contraste de nuestra ideología anarcosindicalista. Esto habría sido absurdo, porque ideológicamente no

tenemos afinidad con el régimen soviético ni con las democracias capitalistas. Pero, desde un principio, repetimos, hemos considerado que las Naciones Unidas hacían la guerra, de verdad, contra el nazismo alemán y el fascismo italiano, esos dos grandes enemigos de la República y del pueblo español... ¡Eramos, pues, aliados espontáneos, pero aliados...! Porque, nosotros, nunca nos hemos considerado vencidos por Franco y la Falange, sino por esos que fueron sus dos armados sostenes... ¡La República española venció, por lo menos, diez veces a Franco y a la Falange, y a cada victoria nuestra, respondían Alemania e Italia con más ayuda militar y armamentista para los falangistas!

Cuando las Naciones Unidas, con enormes sacrificios de vida y bienes, se declararon en guerra contra Hitler y Mussolini, nos hemos sentido vengados completamente de esos dos causantes de nuestra derrota. ¿Íbamos a denostar a esas naciones y a sus jefes por ciertas interpretaciones de detalle surgidas en el complejo de una guerra universal? ¿Pero qué esperaban esos señores de la increpación estridente y de las posiciones desorbitadas? ¿Que las Naciones Unidas nos barriesen el franquismo mientras que la emigración republicana se descomponía en luchas bizantinas? ¿Se pretendía eso, o más simplemente que fuesen llamados a gobernar la España «liberada por las Naciones Unidas» sin más programa ni sentido de responsabilidad que la aplicación de la suspensión de las garantías constitucionales para la clase trabajadora?

Por nuestra parte, apartados involuntariamente de los campos de batalla en los que se liquida al nazismo y al fascismo, hemos esperado a que pasase el cadáver de nuestros mayores enemigos: Hitler y Mussolini. Y no se podrá negar que a las Naciones Unidas les debemos todo el agradecimiento por los enormes sacrificios que realizan por acabar con esos dos monstruos.

Ahora bien; hemos de declarar que hasta nos produce satisfacción que no hayan nada militarmente por derrocar a Franco y a la Falange. Creemos que ésta debe ser tarea nuestra. Es más; afirmamos que es necesario desde el punto de vista nacional. La parte del ejército reaccionario y faccioso español y las fuerzas reaccionarias y levantiscas de España, deben ser abatidas por el pueblo español si no queremos tener otra guerra civil dentro de veinticinco años. Si la reacción española no se siente vencida por el pueblo, volvería a ser causa de trastornos y de guerras civiles. Nosotros queremos acabar con todo esto, porque aspiramos a cimentar una nueva España dentro de la paz, la justicia y el progreso.

Desde nuestra reconstitución en el exilio, la Confederación Nacional del Trabajo ha propugnado la unidad de todos los refugiados. Nunca hemos pensado que la unidad debía hacerse por selección de simpatías y de afinidades, porque no aspiramos a tener amigos para fiestas y banquetes. Hemos entendido que debía realizarse la unidad de todos los que se sentían con derecho de regresar a España y de liberarla del yugo falangista. Todas las posiciones que pretenden la exclusión de determinados sectores que hicieron la guerra, nos parecen absurdas e ilógicas, pues que a nadie puede serle negado el derecho de cumplir con los más sagrados de los deberes: la liberación de España y la recuperación de la República.

A la vez, para no perdernos en posiciones imposibles de sostener por falta de una base de concreciones, corolario obligado a una cruzada por la unidad, forjamos un instrumento que creíamos capaz de sacarnos de la desintegración en que perecía la República española, dotándola de órganos de representación y de lucha; nuestro cuarto punto del primer Pleno de Regionales celebrado en México, y por dos veces sometido al estudio y consideración de todos los sectores de la emigración.

Basado en la caducidad de los órganos legales de la República, nuestro cuarto punto contiene, entre otras proposiciones, el proyecto de convocatoria de una Cámara electiva del presidente accidental de la República; la designación, por parte del presidente electo, de un presidente del Consejo de ministros y la constitución de un gobierno dentro de una ponderación de fuerzas para integrarlo. Y ni que decir tiene que siempre pensamos que el gobierno que se constituyese no habría de significar la satisfacción de una vanidad, sino que debería actuar inmediatamente por la liberación de España, incluso trasladándose parte de sus ministros —Defensa nacional, Justicia, Gobernación y Propaganda— a territorio español, entre los guerrilleros de Asturias o de Andalucía.

Si una interpretación de caducidad de los órganos legales de la República sirve de sustentamiento a la propuesta que hemos hecho, necesario es aclarar que la caducidad se ha producido de una manera improvocada, pero que resulta conveniente. Por ejemplo: la caducidad de las Cortes españolas se ha producido por automatismo constitucional, y ello resulta en bien de la propia República. Es cierto y demostrable que la mayoría de diputados de izquierda no era muy numerosa. Tenidos en cuenta los diputados que fueron fusilados por los falangistas y los que murieron durante la guerra y en el exilio, nos encontraríamos con unas Cortes con mayoría de diputados derechistas, quienes podrían decidir por una legalización del régimen de Franco o por una situación intermedia que preparase la restauración de la monarquía.

La vacante de presidente de la República existe desde la dimisión del señor Azaña, y es notorio que no ha sido ocupada por nadie. El llamado gobierno Negrín, que abandonó sus funciones en España, que fue relevado de sus deberes por la Diputación permanente, de las Cortes en París, que le fueron retirados los ministros republicanos, el de la CNT y los comunistas, no es tal gobierno ni existe en funciones, pues su presidente está en Londres, un ministro está en Nueva York y otros dos viven en México, desvinculados, viviendo solitariamente e ignorando, incluso, dónde se encuentran sus subsecretarios.

Por su parte, la Junta de Liberación, constituida en México ilegalmente, ¿qué ha hecho durante los muchos meses que tiene de existencia? ¿Qué ha liberado, desde México? Como poder sin base legal, ¿ha intentado imponerse, cual hicieron Tito y sus guerrilleros en Yugoslavia, trasladándose a España para dirigir responsablemente las luchas de liberación? Esa Junta de Liberación no ha batallado nada, a no ser que por batallas se entiendan los discursos del tono de "*cordón, s'il vous plait*", pronunciado en el restaurante Ambassadeur.

Lo mismo decimos de la Junta Suprema que se empeñan en imponernos los comunistas. ¿Qué batallas ha librado? Que sepamos, ninguna. ¿Y los separatistas vascos y catalanes exilados, luchan efectivamente en Cataluña y Vasconia contra Franco y por la independencia que sustentan desde el extranjero? No. Por ello, ante la caducidad de los órganos de la República, su desintegración y la inoperancia de todas las ficciones que se mantienen en el exilio, hemos entendido y seguimos entendiendo que la mejor posición es la nuestra, que no está vinculada a ninguna de dichas ficciones y que va derechamente a la reconstitución de los órganos legales de la República.

Los acontecimientos internacionales nos obligan a ser, en la hora y momento que hablamos, comedidos y hasta reservados en lo que a continuación vamos a decir y proponer. Consideramos de una realidad estallante la liberación de los refugiados españoles que estaban sometidos al nazifascismo en Francia. Recordemos su epopeya: tres años de lucha y de sacrificio en los frentes de España; la salida a Francia y su internamiento en los campos de concentración; el dolor moral de verse desatendidos y despreciados; las brigadas de trabajo... ¡Diríase que agobiados por la adversidad ya nunca más volverían a ser hombres...! Sin embargo, cuan distinto de todo esto. Vamos sabiendo de su estrecha colaboración con los ejércitos subterráneos de los patriotas franceses; de su incorporación en grandes núcleos en las fuerzas de los «maquis»; de su entrada en los ejércitos del general de Gaulle; en fin, de su colaboración entusiasta y heroica en la obra de liberación de Francia. Y, además, aquellos compatriotas suman muchos miles, muchísimos más de cuantos estamos en México. Democráticamente y en honor a su ejecutoria de héroes y mártires, nadie puede negarles el derecho a tomar resoluciones respecto a la liberación de España y a la conducta a seguir el total de los refugiados. Por nuestra parte, Confederación Nacional del Trabajo en el Exilio, reconstituida en México hace tres años, cuando solamente en México residía la mayoría de militantes en condiciones físicas y de libertad de poder asumir las responsabilidades, declaramos concretamente que si los refugiados en Francia, y con ellos nuestros compañeros, adoptasen resoluciones con vistas a organizarse y a crear un órgano de representación de la República, para dirigir las luchas de liberación de España, por nuestra parte les reconocemos el derecho de hacerlo y nos declaramos en la obligación de secundarlos.

Pese a todas las reservas que hacemos a causa de que no pretendemos silen-

ciar la importancia de los refugiados en Francia, entendemos que la unidad de todos los republicanos exilados en México y en toda América, es indispensable. Ayer, hoy y mañana, hasta la liberación de España, será absolutamente necesaria. Lo mismo si hay que reconstituir el gobierno de la República en México que si lo crean en Francia.

A la unidad se puede llegar rápidamente dejando todos los sectores de prestar asistencia y reconocimiento a lo que materializa la desunión: gobierno Negrín, Junta de Liberación y Junta Suprema. Y ésa es, precisamente, la posición adoptada por la Confederación Nacional del Trabajo en el Exilio.

Mientras que los refugiados en Francia no nos digan otra cosa en contrario, creemos que todavía puede intentarse la constitución en México de un gobierno de la República española. Pero hablemos sería y detenidamente de ello. Nosotros hemos sostenido y reclamado continuamente la constitución de un gobierno de la República, gobierno de lucha se entiende y expresión de todos los sectores del antifascismo español. Hasta hemos demostrado verdadera impaciencia, que pudo ser interpretada por afanes gubernamentales de parte nuestra. Sin embargo, el único afán que nos movía era el temor de que un día pudiésemos ser despreciados por incumplimiento de todos los deberes y el temor de que, habiendo sido la masa de refugiados mayor que se encontraba en situación de poder decidir y actuar responsablemente, llegase a ocurrir lo que hoy está en la conciencia de todos, que no es otra cosa que sentirnos en situación de inferioridad moral y de derecho ante los refugiados de África y, principalmente, de Francia.

Por ello, mientras otra cosa no decidan los refugiados en Francia, podemos, todavía, asumir la responsabilidad de constituir un gobierno, con sede en México o donde sea menester. Pero, sujeta nuestra acción a unas premisas fundamentales. A saber: el gobierno que se constituya debe ser aceptable por los refugiados en Francia y en África, y en cuanto sea posible por los que luchan en España. Esta aceptación comprende el derecho de designar a quienes deban componerlo. También debe ser aceptable por la masa honrada de la emigración en México y en América. La observancia de estas premisas es esencial para la constitución de un gobierno respetable y que sea eficazmente secundado. Así lo hizo el general de Gaulle, quien con singular acierto supo asociar en su gobierno a los representantes de las fuerzas del interior con las que estaban en el exterior. ¡Otra cosa sería pretender crear un gobierno sin positivas asistencias, lo que, en verdad, vendría a ser un grupo de payasos danzando en el vacío!

Para la constitución de un gobierno aceptable, bastan con estas asistencias y reconocimientos. Y no es absolutamente preciso que para constituirlo pretendamos antes ningún reconocimiento internacional, que si se produjeran no estarían de más y serían de agradecer, pero que podemos sustituirlos con ciertas tolerancias.

El gobierno que se constituyese debería ser de una moralidad indiscutible. Porque debería hacer frente a los problemas de la emigración y a los de la liberación de España, su solvencia moral debería aparecer como uno de los elementos más importantes sobre que asentar su autoridad. Y un gobierno es moral cuando todos, y no solamente algunos de sus componentes, se comportan honradamente e imparcialmente en la función de gobierno.

Así, de todo gobierno que se constituya debe barrerse la influencia que difundió, durante los últimos tiempos de la guerra de España, el que era presidente de gobierno, señor Negrín, a quien se le atribuía la siguiente definición parodiando a Santo Tomás: "Para gobernar, prefiero tener a mis órdenes a un pillo que sea vivo, que a un honrado que sea tonto". Rechazamos tan estrofalitaria definición. Entendemos que todos los hombres de gobierno deben ser obligatoriamente honrados; y si además resulta que son inteligentes, tanto mejor, pues que de la honradez e inteligencia de los gobernantes resulta la felicidad de los pueblos.

Dentro de una estricta observancia de estos principios y normas, que conceptuamos inexcusables, la Confederación Nacional del Trabajo aceptaría la responsabilidad de constituir un gobierno en el exilio, o de prestarle su colaboración. En cuanto al detalle de la colaboración, queremos precisar: nosotros aceptaríamos la colaboración de los comunistas, porque consideramos que tienen un derecho adquirido. A los comunistas solamente les requeriríamos una cosa: lealtad con el gobierno y su formación democrática. Declaramos que sólo es aceptable en un régi-

men totalitario el que miembros o funcionarios del gobierno usen de la fuerza o prepotencia del mismo para engrandecer las filas de su partido. Cuando un partido es minoritario, sólo puede admitírsele que pretenda su engrandecimiento mediante la propaganda libremente expresada en la calle. Exactamente lo mismo que a los partidos mayoritarios. Si hubiésemos de lamentar que los resortes del poder fuesen utilizados para la captación de añliados al Partido Comunista, eso no lo toleraríamos.

Aceptaríamos la colaboración de los socialistas, pidiéndoles que, como partido, tuvieran sentido de la responsabilidad. ¿Por qué? Durante la guerra y en la emigración hemos podido observarles una carencia completa de este sentido. Recordamos que en los momentos más culminantes de nuestra guerra se constituyó un gobierno, cuyo jefe y ministro de la Guerra era Francisco Largo Caballero, presidente y secretario general del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Cualquiera supondría que, revestido de las más altas representaciones de su partido y de su organización sindical, los miembros socialistas de su gobierno habrían de prestarle toda su colaboración. No fue así: ¡Cuántas veces hemos visto combatir y votar contra el presidente a algunos de los ministros socialistas! Cuando el gobierno de Largo Caballero fue derribado lo fue por la dimisión que le presentaron algunos ministros socialistas, quienes tomaron tal acuerdo a espaldas del Partido Socialista y de su Ejecutiva. En la emigración, el Partido Socialista es el responsable moral de gran parte de las divisiones existentes, pues que ellos se agrupan en esta disyuntiva insoluble de tener que escoger entre Negrín y Prieto, los que a su vez están frente a frente.

Sinceramente hemos de decirle al Partido Socialista que como partido de clase proletaria está en la obligación de resolver democráticamente sus propios problemas. Y si persisten en que forzosamente hemos de pronunciamos por Prieto o por Negrín, nosotros, que no tenemos la obligación de creer en la genialidad de esos señores, aparte de que no creemos en ella, les decimos: que ni Negrín ni Prieto.

Aceptaríamos la colaboración de los republicanos. Pero, a esos amigos, de una vez les hemos de decir que deben tener confianza en ellos mismos; en lo que deben representar como defensores de aquella sociedad burguesa que nació con la grandiosa revolución francesa, sin sentir inquietud porque las masas obreras marchen hacia la consecución de su destino histórico, dentro de sus organizaciones o partidos de clase. Ciertamente esto supone la desaparición, en tiempo más o menos próximo de la sociedad burguesa y de sus partidos ideológicos. Debe bastarles que esa transición se haga sin violencias ilegales.

Es conveniente que los republicanos comprendan que ha sido y sería causa de grandes perturbaciones el que, por lograr unos votos más, pretendieran los votos de los obreros, abandonando los burgueses. Es verdad que existe un espejismo, blandido recientemente por un socialista, de la posible formación de un bloque de partidos republicanos de izquierda respaldándose en el Partido Socialista. Esto no será, porque es infantilismo político, que pudo darse en ciertos tiempos antes de la guerra de España y en Europa, durante los cuales, aparte de las protestas sordas de las masas obreras, todo aparentaba una paz y una seguridad paradisíacas. En aquellos tiempos, sí existía el movimiento de unas derechas y de unas izquierdas que se turnaban periódicamente en el poder, y cuya mecánica no era otra que el estar dos años sesteando en la oposición y después dos años comiendo en el gobierno. ¿Pero es que creéis, amigos republicanos, que España y Europa serán eso a la salida de sus terribles guerras? Nosotros afirmamos que no. Y que no habrán gobiernos de derechas e izquierdas, sino gobiernos nacionales, que durarán diez o quince años, con participación ponderada de todas las fuerzas victoriosas. Y unos de tantos serán los partidos republicanos por su valía y representación, sin necesidad de que nadie les ofrezca respaldos de ninguna clase.

Por nuestra parte, la CNT, al integrar o constituir un gobierno, debemos aportar disciplina. Esta disciplina, en nosotros es absolutamente indispensable, porque constituimos la fuerza más numerosa de España. Si la falta de disciplina puede ser excusable a una organización minoritaria, no lo puede ser en una organización del volumen de la nuestra. Tenemos una fuerza orgánica poderosa; tenemos militantes numerosos e inteligentes. Tendremos la disciplina necesaria para que nuestra organización cumpla con el cometido histórico que las circunstancias le deparan.

Nuestra organización ha sido siempre revolucionaria. Y continúa siéndolo. A veces se ha entendido por revolución lo que era simple insurrección. Ahora la interpretación revolucionaria justa es aquella que signifique una edificación consciente y responsable de un socialismo basado en la capacidad creadora del sindicalismo. El tiempo nos va aclarando que la insurrección de las masas se produce por la incapacidad de las élites revolucionarias o por las provocaciones de la reacción. Frente a los levantamientos reaccionarios consideramos justas las insurrecciones armadas del proletariado. Mas, para hacer la revolución social, no creemos que actualmente sea necesaria la insurrección, pues que nosotros, hoy, en el poder, nos sentimos aptos para transformar económicamente la sociedad; y fuera del poder, también.

Refiriéndonos concretamente al problema de España, entendemos que es necesario apelar a la insurrección para derrocar a Franco y a la Falange. Pero nadie debe pretender aprovecharse de esa insurrección liberadora para imponer o hacer triunfar cualquier ideología peculiar. Y no es que ahora le temamos a la revolución. No. En estos momentos, a lo que más tememos es a la contrarrevolución, la que, dada la situación de Europa, se produciría inevitablemente, siendo seguro que las fuerzas armadas de esa contrarrevolución estarían constituidas por los residuos del ejército del franquismo. Y a esta catástrofe nosotros no colaboraremos, porque nos conduciría al fracaso total.»

Hacia el final de la guerra mundial

Nos acercábamos al fin de la guerra mundial en los frentes de Europa. Si para mí fue siempre incuestionable la derrota del nazifascismo alemán e italiano, era ya evidente para cualquiera que se estaba en el principio del fin de aquella contienda en que se habían enfrentado hasta la muerte los principios liberales de las democracias y los totalitarios del hitlerismo y el fascismo. Suponer el próximo fin del francofalangismo, cabía dentro de lo más probable.

Lo probable no era lo seguro ni lo inevitable. Franco había sabido mantener una neutralidad parcial. Si por la boca estaba alineado con el nazismo y el fascismo, en el terreno de los hechos —eso no lo podían comprender los republicanos y socialistas españoles— había cumplido con las seguridades convenidas con Francia en el Pacto Berard-Jordana suscrito antes de que se declarase la guerra entre Francia e Inglaterra contra Alemania; y había mantenido los compromisos verbales que contrajo con los Estados Unidos.

Cuando preparé mi conferencia de Bellas Artes, tuve presentes todos los factores positivos y negativos que coincidían en los refugiados republicanos. Franco, maniobrero hábil, era una realidad como gobierno. Los republicanos éramos un avispero. Tan divididos o más que al término de nuestra guerra, sin gobierno, sin hechos planteados que tuviesen la fuerza del derecho, cuando ya se estaba preparando en Washington, Londres y Moscú la paz que impondrían a las cancillerías de los vencidos y el orden nuevo que debería crearse en la Europa liberada, ¿qué teníamos nosotros en mano, negociable?

Conocido el plan de gobierno presentado por el Comité nacional en la Conferencia de Bellas Artes, era de suponer que en ocho días hubiese surgido un gobierno, ágil más que fuerte, inteligente más que aparatosamente hinchado. Y que, ya reclamando entonces la guerra a Alemania e Italia por reclamarse jefe del «maquis hispanofrancés», ya simplemente por el imperativo de las circunstancias, presentase un plan de reivindicaciones a Alemania e Italia reunidas, más la notificación de un estado de guerra entre la República española y el gobierno faccioso de Franco y la Falange.

Ni mi conferencia ni la actuación de la CNT en Exilio obtuvieron los resultados positivos a que aspirábamos y por los que incluso habíamos organi-

zado una escisión con parte de los compañeros como nosotros refugiados en México y en el mundo. Para mí, era evidente que los partidos y organizaciones que integraron la República española se estaban suicidando. «Si nosotros no llevamos a cabo la liberación de España, los españoles del interior no la realizarían. Y si, contra todo lo probable, eran los del interior quienes llevarsen a cabo su liberación, mediante un largo proceso evolutivo, no quedaría en pie nada del pasado, ni partidos ni organizaciones. Ni siquiera las ideologías.» Estos conceptos eran parte de los expuestos por mí en defensa de «la ponencia», cuando todavía era elemento de discusión en las asambleas de la Delegación.

Mayo de 1945. Final de la guerra en Europa. Mussolini murió colgado y Hitler se autoejecutó. No murieron como jefes de Estado, sino como gánsters acosados, sin escape posible. Las naciones demócratas habían elaborado una curiosa teoría jurídica con efectos retroactivos para todos los dirigentes nazis, que pasaban a ser considerados responsables de los que fueron llamados «crímenes de guerra».

En esas maneras jurídicas y ajurídteas de sustanciar una etapa de ignominia, prevaleció el criterio de no tocar España, respetar el franquismo y dejar en funciones de gobernante a Franco. Serían olvidadas las inflamadas propagandas pro Italia y Alemania de la prensa y radios franquistas. Serían olvidados los refugiados españoles que murieron en Narvik acompañando a las fuerzas inglesas; los que acompañaron a Leclerc y los que iniciaron los «maquis» en Francia. En cambio, los doscientos millones de pesetas-oro decomisados en los Estados Unidos a la República española para compra de armamentos, quedarían congelados, y congelados quedarían los cuantiosos fondos republicanos incautados en Inglaterra y de los que fue portador Negrín, y no se rendirían cuentas del depósito de oro que la República envió a la URSS para pago de armamento. Y seguiría el régimen franquista pagando sus deudas de guerra a Italia y Alemania, pagos que serían embargados por los gobiernos aliados en concepto de reparaciones.

No existía gobierno de la República para hacer valer sus derechos jurídicos y económicos. La presencia legal de la República española habría hecho imposible la continuidad del franquismo y el pago de deudas franquistas a Italia y Alemania. Es más, se hubiera podido reclamar la devolución de los pagos efectuados con anterioridad por Franco y un pago por indemnizaciones de la obra destructiva llevada a cabo contra el gobierno legal de la República.

Al producirse la paz en Europa, los militantes de la CNT en Exilio radicados en México nos aprestamos a trasladarnos a Francia, decididos a promover con los compañeros refugiados en aquella nación una invasión de España. Ya que no podía existir acción conjunta de todos los sectores de la emigración, hacerlo por cuenta del anarcosindicalismo. Era pretender una vuelta al principio de la lucha, cuando en julio de 1936, sin pactos ni compromisos con nadie, nos lanzamos a la lucha callejera que había de terminar con la derrota de los ejércitos sublevados. No podía ser de otra manera. Entonces, como ahora, no podían resolverse los asuntos mediante negociaciones y pactos. Alguien tenía que marchar adelante e iniciar la lucha.

Fue creado un comité de «organización y reclutamiento» de los voluntarios para marchar a Francia. Digamos que con mucho éxito. Pero de México a Francia había más de seis mil kilómetros de mar. Solamente de los puertos de Estados Unidos salían barcos con destino a Europa en misiones oficiales del gobierno norteamericano.

Alguien me preparó una entrevista con el primer secretario de la embajada de los Estados Unidos en México, señor Gibson. Fue atento y amable.

Tomó notas, personales, orgánicas y políticas. Me prometió aconsejar al embajador transmitir a Washington mi solicitud de transportes para Francia. Me volvió a citar para darme la respuesta de «no encontrarse el gobierno norteamericano en situación de satisfacer mi demanda de transportar las gentes de la CNT a Francia».

No nos encontrábamos nosotros en situación de tener que optar por «el vado o la puente»: el mar era muy ancho y no había puente. Todo lo que nuestra contrariedad tenía de grande, debía tenerlo la satisfacción de los que, vinculados a la vida del país de adopción, no pensaban en volver. Como decía el que fue compañero Juan Montserrat, del Sindicato Textil de Barcelona: «Aquí scy don Juan, mientras que allá volvería a ser un don nadie».

En las suntuosas recepciones de la embajada soviética brillaba el ingenio agudo del embajador Oumanski, quien había iniciado la aproximación a los sectores izquierdistas mejicanos, con ligeras excepciones hacia núcleos de refugiados europeos, entre los que aparecíamos los españoles Alvaro de Albornoz y yo. La tónica no podía ser más democrática: embajadores de frac o chaqué, militares de gran uniforme, clases medias con vestidos de calle y artistas o dirigentes obreros con humildes atuendos. Todos revueltos aparecíamos en saloncitos donde, en largas mesas cubiertas de brillante cristalería y doradas vajillas, se ofrecía una maravillosa abundancia de suculentas comidas y vinos de marcas francesas y alemanas.

Oumanski nos dio cita a algunas personalidades españolas para asistir a una reunión para un cambio de impresiones. Nos reunió en el salón biblioteca de la embajada. Con todos los bellos eufemismos de un embajador de una gran nación, nos dio las gracias por la ayuda moral que la Unión Soviética recibió de nosotros. Hizo referencia a la participación de la División Azul que Franco envió al frente ruso en apoyo de los invasores nazis y nos aseguró que serían debidamente aquilatadas por el gobierno soviético nuestras actitudes y las de los franquistas.

A la salida, Ángel Galarza, que también había asistido a la pequeña reunión de la embajada, me preguntó:

—¿Qué opina usted?

—Opino que Oumanski ya debe ser sabedor de que hemos sido abandonados en la mesa de la paz. Y lo que le importaba era que ustedes, que oficialmente pertenecen al Comité español de Amigos de la URSS, y que yo y otros, sin pertenecer al mismo, ayudábamos en lo que podíamos a la Unión Soviética, recibiésemos oficialmente, en nombre del gobierno soviético, las gracias por nuestro apoyo moral durante la guerra contra los nazis.

—Entonces, ¿usted no cree en la efectividad de las insinuaciones de la segunda parte de lo que nos dijo?

—No creo. Ni usted, ni yo, ni ninguno de los que hemos asistido a la entrevista tenemos otra representación que la personal. Otra cosa hubiera sido si teniendo un gobierno verdaderamente representativo, hubiese asistido un representante del mismo. Entonces, aquellos bellos eufemismos hubieran podido ser tomados como declaraciones de gobierno a gobierno.

—Creo que tiene usted razón. Habrá que ir pensando en un exilio para largo tiempo.

—Usted lo ha dicho: exilio para largo tiempo.

Oumanski murió a los pocos días en un lamentable accidente de aviación. Quien le sucedió mantuvo las recepciones populares, con más comidas y más bebidas, pero era más recatado. La URSS estaba estrenando el uniforme de gran potencia.

Por mi parte (con perdón de «mi colega Stalin», como decía Julián Gor-

kin), que sin compromiso de ninguna especie había contraído una voluntaria obligación hacia la Unión Soviética, por las facilidades que los «amigos» de allá me proporcionaron cuando los necesité, consideré que la Unión Soviética ya no necesitaba de mi defensa. Me consideré en paz sin haber mediado trato alguno. Anarquista ideológicamente y anarcosindicalista en el terreno de la práctica de las ideas, ya no defendería a la URSS. Que se defendiese sola, que bien podía hacerlo.

En materia internacional, defendí por igual a la Unión Soviética que a las demás naciones en guerra contra los nazifascistas, posición compartida por la CNT en Exilio. En el aspecto nacional sostuvimos la posición de unidad total entre los distintos sectores de refugiados, lo que comprendía al Partido Comunista de España y al PSUC de Cataluña. En el plano orgánico mantuve la posición de estricta fidelidad a los principios y finalidades de la Confederación Nacional del Trabajo de España.

Y mantuvimos aquel mínimo de disciplina indispensable al sostenimiento del prestigio de una organización, lamentablemente relajada desde que se inició nuestra guerra. Por ello se incoaron algunos procesos de expulsión por causas antiorgánicas. Fueron éstos: A Segundo Blanco, por su empeño en seguir formando parte del gobierno Negrín. A Saladrigas, Solsona, Abella, Ordovás y Aliaga, por obediencia a las consignas del Partido Comunista.

La pérdida de militantes por la atracción que ejercía el Partido Comunista no era sólo debida a la eficacia de los métodos de captación empleados por sus activistas, basados comúnmente en halagos de la vanidad. En realidad, se trataba de un desmoronamiento del edificio ideológico confederal, muy sacudido a causa de las actividades negativas de la rama, hasta entonces victoriosa, del anarquismo de vieja escuela, estilo familia Urales y Santillán, que, andando el tiempo, serían causa de la deserción masiva de militantes anarcosindicalistas.

Con la paz en Europa, a partir de mayo de 1945, paulatinamente se fueron restableciendo la correspondencia y las relaciones. Tuvimos noticias de los compañeros asilados en Francia. Como si fuesen el ombligo del mundo, se condujeron con total desconocimiento de lo que orgánicamente existía más allá de las fronteras francesas, se tratase de América o de la misma España.

No les discutimos su derecho a dirigir las fuerzas anarcosindicalistas. Al contrario, los alentamos a asumir todas las responsabilidades, pues entendíamos que la lejanía en que nos encontrábamos de España nos incapacitaba para hacerlo nosotros. Por un momento, demasiado largo, pensamos esperanzados que, actuando como única autoridad confederal, adoptarían la resolución de cruzar los Pirineos, creando de hecho lo que por vía del derecho no pudimos hacer en México al fracasar en nuestros proyectos de integración de las instituciones legales de la República española, con la consiguiente declaración de guerra a Alemania e Italia y la reanudación de hostilidades contra el francofalangismo. Lamentablemente, no fue así. En vez de marchar al asalto del más allá de los Pirineos, se enfascaron en las mismas pequeneces que nos dividieron en México. Y también se dividieron en Francia. No en un día, sino lentamente. Pero era evidente que la mayor parte de los militantes, entre los que se encontraban los que habían combatido en el «maquis», no toleraban las pretensiones continuistas de Germinal Esgles y de Federica Montseny. Entre los antiguos anarcosindicalistas y remanentes del treintismo, muchos decían que la familia Urales no pertenecía al medio confederal histórico, de sindicalistas revolucionarios, enormemente distanciados de los liberales radicalizados burgueses como eran los miembros del clan Urales.

En ocasión de la trágica muerte del embajador soviético, camarada Oumanski, como a él le gustaba que le llamasen, coincidimos una vez más el embajador francés, señor Garreau-Dombasle, y yo, en la visita a la embajada soviética para estampar las firmas en el libro de condolencias. Analizamos ampliamente los problemas europeos a la luz de las realidades a que estaba quedando reducida la victoria de las armas aliadas. El embajador francés era ferviente defensor de la «France libre» y partidario incondicional del general de Gaulle. La expresión de sus opiniones era como un largo lamento porque Francia no recibía las consideraciones que creía merecer. Con razón, desde luego.

Terminada la guerra, para levantar el valor moral de los sacrificios de Francia, Acción Democrática Internacional organizó, de acuerdo con el señor Garreau-Dombasle y su oficina de propaganda, un «Acto de Homenaje al Maquis». Para dicho acto estaba asegurada la participación o asistencia de todas las naciones democráticas que habían luchado contra Alemania, Italia y el Japón. Cada nación designó sus representantes y su orador. Faltaba decidir si participaría una representación oficiosa de la República española, considerada imprescindible por los representantes de la «France libre».

El problema de la participación de los españoles republicanos en el acto homenaje al maquis lo planteaba el que no existía representación oficial de la República española. Garreau-Dombasle consultó cablegráficamente al Ministerio de Negocios extranjeros y, por lo que supe, se le indicó que viese de conseguir que fuese yo quien hablara en nombre de la España republicana. Se le encargaba además grabar en un disco mi discurso.

El acto se celebró con gran solemnidad en la sala-teatro de Bellas Artes, pocas veces cedida para actos de esta naturaleza. Mi participación era esperada con cierta expectación. En el discurso me limité a considerar el papel de Francia en las luchas por la libertad. Hice resaltar que, si bien al final de la contienda fueron las enormes fuerzas aportadas por Norteamérica, Inglaterra y la Unión Soviética las que inclinaron el fiel de la balanza del lado de las democracias, no debía olvidarse que, en el principio, habían sido Francia e Inglaterra quienes se enfrentaron al impresionante aparato guerrero de la Alemania hitleriana.

«No debe olvidarse que siempre que haya que luchar por la Libertad en el mundo, el grito debe ser dado por Francia. De otra manera, si el grito de "¡A la lucha por la Libertad!" procedía de Inglaterra o de los Estados Unidos, podría darse el caso de que nadie lo quisiese oír, por no ser muy compatible la riqueza de algunas naciones con la magia de la palabra Libertad».

Mi discurso produjo efecto en París. El gobierno de de Gaulle le encargó al agregado militar de la embajada francesa tener un cambio de impresiones conmigo. Importaba al gobierno francés conocer mis puntos de vista sobre España, Francia, Europa y África.

Me expliqué ampliamente:

—La Europa democrática no tenía preparada una salida a la paz. A su manera, con la teoría del «Orden Nuevo», Hítler sí tenía una idea de qué hacer en Europa si salía vencedor de la guerra. Pero las naciones democráticas, que carecían de preparación para la guerra, al terminar ésta también carecían de preparación para la paz... Con tiempo por delante, en mi intervención en el Primer Congreso Antifascista organizado por Acción Democrática Internacional, advertí de la imperiosa necesidad de estudiar por continentes las salidas a la paz. A los europeos, dije, nos incumbía el planificar una nueva convivencia para los pueblos europeos. No hacerlo con antelación supondría dejar un vacío entre Estados Unidos y la Unión Soviética. No teniendo el vacío un tampón, a la larga toparían en Europa los Estados Unidos y la Unión Soviética... De la destruida Europa convendría salvar algunos materiales para re-

edificarla. Pensar en una reedificación de las antiguas nacionalidades como meta, era admitir que la guerra no había sido trascendente. Como si se hubiese producido porque sí, y no existiesen problemas y fricciones entre ellas. Eran demasiados muertos y excesiva destrucción para que nos quedásemos en tan pobre y estrecha visión. Si hoy se nos hace difícil hablar de los problemas de cada nación en sí, se debe a que aquellas viejas naciones de ayer dejaron de tener razón de existir. Si nos resulta más fácil hablar de los problemas de Europa, es porque Europa es la gran realidad de hoy y lo será de mañana.

Como conjunto de naciones, Europa solamente puede integrarse de manera federativa. De haber ganado la guerra Hitler, Europa no se habría integrado, sino que habría sido unificada en torno de Alemania. El triunfo sobre el «Orden Nuevo» nos impone un amplio federalismo... Si por integrarnos en una amplia federación, nos desprendemos de los estrechos cascarones de las nacionalidades, conservando de éstas los elementos positivos de sus culturas, el enfoque económico de la federación debería ser también distinto del que fue, con sus economías pequeño burguesas. Inevitablemente, habría de ser de economía socializante, economía dirigida hacia la socialización, en cuyo proceso deberían intervenir, de una manera muy directa, los trabajadores manuales e intelectuales... Por tratarse de una entidad en construcción, esa nueva Europa debería declararse pacifista y libertaria. El total nos da unos Estados Unidos de Europa, federalistas, socialistas, pacifistas y libertarios.

En esa nueva entidad de unos trescientos millones de habitantes, deberíamos desprendernos de todos los vínculos de coloniaje, estimulando las independencias de las colonias y estableciendo con algunas de ellas, las del norte de África, vínculos de asociación libre. El mar Mediterráneo no es un mar que separa, sino lago que baña las mismas tierras. Declarar libres a los pueblos del norte de África es lo primero que debería hacerse.

El agregado militar de Francia intervino de manera sugerente:

—Sus puntos de vista son coincidentes con los del general de Gaulle. Son los que sustentan los componentes del círculo íntimo que rodea al general. No obstante, al principio de sus razonamientos usted ha dicho que se trataba de unos puntos de vista ideales. ¿Qué diferencia ve usted entre lo ideal y la realidad?

—Para mí, la realidad es lo hacedero hoy. Lo ideal es lo que está situado en un mañana más o menos cercano, pero sí algo remoto. Para una concepción libre de Europa haría falta algo de lo que se carece: que los europeos, en todas sus capas sociales, hubiesen tenido un previo conocimiento del proyecto a realizar y de sus estructuras más íntimas, como distribución de los derechos y deberes dentro de la nueva estructura multinacional.

Intervino de nuevo el agregado militar:

—Si por lo vasto de la empresa no fuese de momento posible constituir esos Estados Unidos de Europa, ¿qué podría hacerse en escala menos grande? ¿Y cómo?

—Cuando hay que hacer algo a la buena, prescindiendo de actitudes verticales de conquista o revolucionarias que conllevan el arrastre de las multitudes, es lógico partir de lo simple, de lo sencillo. Por ejemplo, se podría ensayar algo parecido a lo practicado en los países bálticos, donde existe una fraternidad de pueblos, con tratos preferenciales entre ellos. Sin compromisos obligatorios. Algo así se podría ensayar en la cuenca occidental del Mediterráneo, con España, Francia, Italia, para ir después a una incorporación de los países del norte de África, concediéndoles rápidamente la independencia e incorporándolos al sistema de convivencia mediterránea. Para ello sería bueno que procurásemos tener un sistema político republicano, y si no una es-

tricta igualdad constitucional, sí bastante parecida. Ir a una igualdad de sistemas pedagógicos y jurídicos. Suprimir los pasaportes, los visados y las limitaciones en derecho a trabajar, de manera que un continuo y fluido pasar de los ciudadanos entre las naciones del Mediterráneo permitiese ir a una especie de Confederación Mediterránea. Es chocante que pueblos asentados a orillas del mismo lago que viene siendo el Mediterráneo, hablen de Madrid y París como metrópolis de Marruecos, Argelia y Túnez. Sin contar con que esas naciones conquistarán su independencia por la vía de los hechos, que* dando a flote los residuos de odios y amargura que toda lucha trae aparejados.

Preguntó el agregado militar francés:

—¿Cuál debería ser el primer paso a dar?

—La eliminación del régimen filofascista del franquismo español, la reimplantación de la República en España, para empezar...

Salida del aislamiento mejicano

De Francia y España fueron llegando noticias. Se decía que en España existían rudimentos de organización CNT. Por lo menos se aseguraba la existencia de Comité nacional, asistido de pequeñas estructuras regionales, con manifestaciones de actividad orgánica en algunas localidades y zonas comarcales. Todo clandestino, como es de suponer. De Francia, de donde tanto esperábamos, llegaban sin cesar noticias decepcionantes. Pero ninguna que se refiriese a una marcha decidida sobre España. Algo esporádico se había producido, con penetración de pequeños grupos de refugiados armados, que fueron fácilmente batidos por los soldados del franquismo. Un verdadero desastre, porque, para los franquistas, aquella pequenez de fuerzas desorganizadas fue evidencia de cuan poco tenían que temer de nuestras iniciativas y, por consiguiente, de con cuántas probabilidades de supervivencia podía contar el régimen de Franco.

Parecía lógico que, conocedores los compañeros cenetistas asilados en Francia de cuanto se había hecho en México por parte de la CNT en Exilio, se hubiesen dirigido a nosotros en demanda de consejo. Si existía en ellos la voluntad de emprender algo decisivo para la liberación de España, era de elemental prudencia que nos hubiesen requerido a media docena de militantes experimentados que en México estábamos y donde nada podríamos hacer.

No fue así. Pronto empezó la politiquería de las cartitas de México a Toulouse y de Toulouse a México. Los amigos escribían a los amigos, los afines a los afines. Lo colectivo era pospuesto en aras de las minucias del capillismo. En Toulouse se creó la División Libertad, que debía comandar Ricardo Sanz, y con la que debía iniciarse la liberación de España. Parece ser que, faltos de unidad y de espíritu combativo, sus integrantes optaron por la disgregación. Todavía existía unidad orgánica entre los compañeros refugiados en Francia. Pero sería por poco tiempo. Reducidos a la depauperada vida espiritual de refugiados sin derechos políticos, pronto se agotarían los temas y, para distraerse, empezarían las polémicas y las disensiones y se producirían las divisiones.

Por el momento existía un punto de coincidencia entre los compañeros de Francia y los de México. Todos reconocíamos la autoridad del Comité nacional de la CNT del interior de España. Dicho reconocimiento, por nuestra parte, que nos llamábamos también Comité nacional de la CNT, pero del Exilio, nos obligaba a ciertas enmiendas. Como expresé, nos obligaba a disolvernarnos y a existir, a lo sumo, como grupo de ayuda y relaciones. Aunque lo mejor era buscar la manera de unir las agrupaciones de militantes existentes en México.

Desaparecer como Comité nacional y Comités regionales de la CNT en Exilio

fue comprendido por todos los compañeros y pronto puesto en práctica. Antes de aprobarse la disolución y de pasar a constituir el organismo que había de tenernos agrupados, tuve buen cuidado de que el Pleno de Regionales que se celebró acordase dejar sin efecto «todos los acuerdos que habían recaído desde la constitución orgánica en México», de manera que las expulsiones de Blanco, Aliaga, Ordovás, Abella, Saladrigas y Solsona quedasen sin efecto.

El nuevo organismo pasó a denominarse Comité de Relaciones y Ayuda, sin paracterísticas regionales, sino como organización directa de militantes. Al constituirse el Comité, se designó a Gregorio Jover para secretario.

Por aquel entonces llegó a México, procedente de Inglaterra, el doctor Juan Negrín, llamándose todavía jefe del gobierno. Llegó como si fuese portador de sonajas de oro, repartiendo promesas para quienes le reconociesen como máxima autoridad de la República española. Realmente, lo recibieron y visitaron todos los republicanos y los socialistas de la fracción negrinista. Gregorio Jover también lo hizo, al parecer en nombre de nuestra agrupación, lo que produjo un gran disgusto. Yo me comporté como si no estuviese enterado de su llegada. Nó obstante ser tema de conversación en las mesas de los cafés la llegada del doctor Negrín, me mostré totalmente hermético al respecto. Los motivos de discusión eran si Negrín continuaba siendo o no jefe del gobierno de la República. Y, al respecto, yo tenía la única opinión autorizada.

Al café Betis vino a saludarme Eugenio Arauz, republicano federal y excelente médico. Se me acercó con su peculiar manera de comportarse, afectuosamente, cigarro puro en la boca, y me dijo:

—He visitado a Negrín, más bien como paciente. Claro que también hemos hablado de política. Por cierto que me expresó cuánto pesar le producía que tú no hayas ido a visitarle. Me insistió mucho en que te dijese que estaba muy interesado en platicar contigo. ¿Qué le digo?

—Pues dile que no tengo ningún inconveniente en tener una entrevista con él.

—¡Hombre, cómo me alegro! ¿A qué hora podrías ir a visitarle?

—Yo no tengo hora para ir a visitarle. No soy yo el interesado en la entrevista. Tú ya sabes dónde vivo, dale la dirección, y si está de acuerdo, dile que mañana a las cuatro de la tarde lo esperaré.

Arauz se quedó pasmado. Hasta se olvidó de darle chupadas al cigarro puro.

—No sé cómo se lo tomará. Hasta el momento todo el mundo va a visitarle a él. De todas maneras, se lo diré y esta noche te diré lo que él haya resuelto.

—Conste que yo no tengo ningún interés. Si a las cuatro y cinco minutos de mañana no ha venido a mi casa, que no lo haga, porque plantón ya me dio uno de dos horas en su casa de Valencia, cuando al ir a pedirle la libertad de Aurelio Fernández. Yo soy hombre que en la vida me cobro las cuentas .

Arauz me comunicó que Negrín acudiría puntualmente a la cita. Mi casa era un pequeño departamento en la calle Sadi Carnot, casi esquina con la de Artes.

Calculé que Negrín vendría y que algo debía interesarle de mí. Negrín poseía el "cinismo alegre y despreocupado de los amoraes. En efecto, fue puntual. Yo había pedido a mi mujer que me dejase solo en el departamento, de manera que pudiera él explayarse sin temor a oídos indiscretos, ya que aquel llamado departamento era un conjunto de cinco entradas a piezas, dando todas a un reducido pasillo de tres metros de largo por uno de ancho. Abajo, el griterío de los niños impediría el ser escuchados durante nuestra plática.

Llamó. Abrí la puerta.

—¿Qué tal, cómo está usted? —dijo y me abrazó, casi con cordialidad.

—Bien, muy bien. No le pregunto por su salud, pues ya veo cuan rozagante se conserva usted.

Nos sentamos. Yo prevenido para no dejarme engatusar. El calculando lo

que tendría que pagar para sacarme de aquel misérrimo departamento con cuatro muebles de baratillo. Empezó con bastante parsimonia:

—Me dije que debería charlar con usted, cambiar impresiones, pues recuerdo perfectamente cuan centradas fueron sus intervenciones en el Consejo de ministros. No olvido que en los últimos tiempos de nuestra guerra su posición con respecto a mí fue bastante polémica. Pero aquello ya pasó y, ahora que mis obligaciones de jefe de gobierno me han traído a México...

Le interrumpí:

—Perdone usted que le interrumpa. El doctor Arauz me dijo que usted, el doctor Negrín, deseaba entrevistarse conmigo. Si Arauz me hubiese dicho que se trataba de Negrín jefe de gobierno, no hubiese podido aceptar.

—Perdone usted ahora, querido amigo. No sé a qué se refiere. Usted sabía que yo, desde mi llegada a México, todo lo he estado haciendo como jefe de gobierno de la República española.

—En efecto, así há sido. Pero como usted no ignora, soy el único español que puede decir, y si a ello fuese requerido, dar fe notarial, de si es o no Juan Negrín jefe del gobierno de la República española. Porque yo, en su tiempo notario mayor de España, hube de darle con mi firma el nombramiento de presidente del Consejo de ministros, sin lo cual su nombramiento no podía aparecer en la *Gaceta*.

—Ya sabía que me saldría usted con eso. Pero no es válido, porque después yo formé otros gobiernos.

—Usted hizo renovaciones en su gobierno, sin llegar a plantear su dimisión al presidente de la República. Si tiene usted alguna duda sobre la validez o caducidad de dicho nombramiento, puedo, todavía, dar fe de ello en la correspondiente acta notarial.

—Que diría...

—Que Juan Negrín, cuando abandonó España, dejando los destinos políticos en manos del Consejo nacional de Defensa presidido por el general Miaja, *ipso jacto* dejó de ser presidente del Consejo de ministros de la República española, jefatura que usted administraba a título de interinidad desde que renunció el presidente de la República, Manuel Azaña.

—¿Y no cree usted que en bien de una posible recuperación de la República española, dadas las relaciones que hice durante mi permanencia en Inglaterra, sería muy atinado prescindir de esos aspectos legales y que yo, encabezando un gobierno reorganizado, represente los intereses españoles?

—Ya no es tiempo de poder hacer algo positivo por la perdida República. Acabó la guerra universal y las potencias decidieron que entre una República española acéfala y el general Franco que gobierna con un ejército decidido a todo, se quedan con Franco y el ejército. Después de todo, Franco mantuvo la neutralidad, como había prometido. Nosotros, políticamente, no hicimos nada. Los voluntarios y los «maquis» actuaron por su cuenta.

La venida a México de Negrín y sus pretensiones de continuar siendo jefe de gobierno, con un aparato de publicidad bien orquestado y pagado en efectivo o con promesas, produjo un saludable efecto sobre los refugiados. Todo lo iniciado y que marchaba a ritmo lento, cobró un impulso acelerado. Las reuniones de las organizaciones y partidos se sucedían, las peñas en los cafés estaban en ebullición. Las mentiras, por absurdas que fuesen, pasaban a tener validez, hasta que otras fábulas, de mayor bulto, las desplazaban.

Me parecía asistir a un carnaval. Cada quien se disfrazaba de lo que esperaba ser, y adquiría la pose del personaje que esperaba representar. Y se oían los absurdos más disparatados: «Negrín sueña; y sueña con Prieto. Ambos juegan al adivina quién posee la mejor baraja escondida. Que si los ingleses el

uno, que si los americanos el otro. ¡Fiflas! El amo del cotarro es el viejo Caballero, que tiene en su haber la honradez de toda una vida y el campo de concentración alemán. ¿Pues dónde me dejás la astucia de Martínez Barrio, con su media sonrisita y "los contactos internacionales" de que está revestido?».

Todos los supuestos eran válidos. Ninguno estaba basado en esfuerzos y realidades. Se había extendido por todas partes la milagrería. Los más inteligentes se respaldaban en la espera de la jugada maestra que se atribuía a la capacidad de unos señores que se pasaron los años de guerra mundial practicando su juego favorito: la comida y las mujeres, para Negrín; el pensar mal de todo el mundo, para Prieto; y la partida de bridge o dominó para Martínez Barrio.

El 19 de agosto de 1945 tuvo lugar una asamblea de conjunto de los cenetistas hasta entonces escindidos. De dicha asamblea resultó la unidad confederal en México, bajo el signo de someternos a las decisiones que emanasen de nuestro Comité nacional con residencia clandestina en España.

Si el principio de respeto a los militantes del interior era encomiable, el sometimiento a lo que ellos decidiesen era hipotecar las iniciativas de lucha en quienes no podían luchar ni deseaban que hubiese lucha. Claro que si los del interior y los del exterior formaban parte también de los que creían en milagros, todo andaría bien. Como dijo Miguel, el andaluz: «Ellos allá y nosotros acá, para siempre».

El gobierno Giral

Al poco tiempo se produjo el primer milagro. En el salón de Cabildos del Departamento central de México, con el apoyo del gobierno mejicano y de su presidente, Manuel Avila Camacho, se reunió lo que existía de Diputación permanente de las Cortes españolas y diputados presentes, y se procedió —con un formalismo muy de circunstancias y sin precedente al que referirse— a elegir presidente a Martínez Barrio, quien, a partir de aquel momento pasaba a ser excelentísimo señor don Diego Martínez Barrio, presidente interino de la República española.

El acto tuvo momentos de emoción. El más impresionante fue cuando a la salida del edificio municipal de la ciudad de México, al nuevo presidente de la República española le rindió honores una sección del ejército mejicano, que envió, con bandera y cornetas, el general Avila Camacho.

Tuve mis dudas sobre si sabríamos ser dignos de los honores otorgados. Don Diego dio por recibida la renuncia de jefe de gobierno de Negrín y procedió a confiar el encargo de formar nuevo gobierno al doctor Giral.

Habría que ver si fue un acierto la designación del señor Giral como jefe de un gobierno de liberación. Hombre de lucha, el señor Giral no lo fue nunca.

Dos circunstancias vividas en México habían hecho fuerte impresión en mí. Una era el temor de que Miguel, el andaluz, hubiese acertado en su predicción. La otra fue la que me hizo el primer entierro de un compañero cenetista, Antonio Muñoz, zapatero, tesorero que fue de la Federación local de Sindicatos de Barcelona. Lo acompañamos desde la funeraria Galloso al Panteón español, donde había de recibir sepultura. La tarde del sepelio estuvo lluviosa. Al entrar el cortejo fúnebre en el interior del Panteón, sonó una fuerte campanada, que a mí me supo a un aviso a los muertos: «¡Ahí va uno más!»

Terminé por no acompañar a los que se fueron yendo. Cada vez que oía la campanada me aplastaba la evidencia de aquello de «ellos allá y nosotros acá».

El doctor Giral se dirigió a la CNT en México para que designase dos cene-

tistas como ministros del gobierno que estaban constituyendo. Por acuerdo de la militancia reunida al efecto, y puesto que existía una vía rápida y segura de comunicación con el Comité nacional en España, se le pasó aquel delicado asunto. Su respuesta, por conducto del enlace en Francia, fue que el Comité nacional designaba para ministros a los compañeros Juan García Oliver y Federica Montseny.

La decisión del Comité nacional me cayó como una bomba. Para mí aquel gobierno de liberación no liberaría nada y supondría la muerte moral de cuantos lo integrasen. Desde que llegué a México no paré de pedir la constitución de un gobierno republicano y ahora que se estaba organizando y que había sido designado yo para él, era enorme mi contrariedad. Una cosa era que se hubiese constituido un gobierno para declarar la guerra a Alemania y a Italia, y haber sostenido nuestro estado de guerra con el régimen de Franco y muy otra que, terminada la guerra universal, apareciésemos tan extemporáneamente declarando que, aunque pareciese inconcebible, existía gobierno republicano en el exilio, el mismito que acababa de constituirse en las peñas de los cafés Tupinamba, Betis, París.

En la reunión de militantes de la CNT fui uno más en exponer sus puntos de vista. Los míos fueron de total reserva sobre la posible eficacia de aquella especie de gobierno constituido tan fuera de tiempo y con tan escasas probabilidades de representar un buen papel. «Tal como están las cosas, nacional e internacionalmente consideradas, dije, solamente podría lograr resultados eficaces un gobierno que, recién constituido, fletase un avión y se plantase en Madrid, para ser fusilado en el acto o para provocar una estampida de los gobernantes franquistas.»

Tras largas discusiones y votaciones, la militancia confederal de México —así como la de Francia— no admitió cargar con la responsabilidad de participar en un gobierno Giral, que no ofrecía, desde el primer momento, ninguna garantía de eficacia liberadora. El tiempo se encargaría de demostrar que no se trataba de otra cosa que la repetición de la manoseada maniobra de pretender estar en posesión de la baraja norteamericana unos, de la inglesa otros, y de la rusa desde José Giral a Alvaro Albornoz.

No habiendo aceptado los puestos de ministro ni Federica ni yo, el asunto volvió al Comité nacional del interior, el cual, apremiado por las circunstancias, resolvió que su secretario, el compañero José Expósito Leiva, de las Juventudes Libertarias, se trasladase a Francia y América y que, si fuese imprescindible para el logro de un fuerte bloque liberador de España, proveyese, empezando por él mismo, los dos puestos de ministros que Giral había designado a la CNT.

Llegó Leiva a Francia y cayó en el reducido círculo de Horacio Prieto, quien lo sometió a su apasionada elocuencia, hecha de sarcasmos hacia quienes no opinaban como él. La juventud e inexperiencia de Leiva hicieron el resto. Sin esperar a conocer las motivaciones de los compañeros de Francia y de Federica para no aceptar participar en el gobierno Giral, sin haber pedido información a los compañeros de México ni a mí, por haber dicho también no, él y Horacio resolvieron asumir la responsabilidad, diciendo sí donde los demás nos habíamos negado.

Llegó el momento, tan intensamente deseado por Horacio Prieto, de ser ministro. Como siempre, los ministerios reservados a nuestros compañeros eran los menos adecuados al momento. A Leiva le asignaron el de Agricultura, con Direcciones generales como la de Caza y Pesca, cargo adjudicado al compañero Progreso Alfarache, con otra Dirección general, la de Montes y Bosques, para el compañero Mallo, quien sería el más desdichado de todos, porque habiéndose trasladado en función conspirativa a Madrid, fue detenido y condenado a varios años de prisión. Las tierras para labrar, los bosques para cazar

y los ríos para pescar estaban en España en poder de los franquistas. A Horacio, a quien tocó regentar el Ministerio de Obras públicas, no le dieron las circunstancias ni el tiempo de proyectar una carretera. El gobierno Giral, que tenía Departamentos de todo, no se preocupó de crear el de Acción liberadora. Aquel equipo de burócratas eran como gorrión con un perdigón en el ala. Fatalmente tenía que caer.

Y cayó. Sin pena ni gloria. Como durante nuestra guerra, los republicanos se dieron al alegre juego de crear gobiernos y dimitirlos. Nadie había visto nunca tan reiterada incapacidad política.

A la hora de constituirse el gobierno Giral, tuvimos en México la visita de los ministros confederales José E. Leiva y Horacio Prieto. Se celebró una reunión de militantes de la CNT para oír lo que nos dirían. Interesaba escuchar a Leiva porque, recién salido de España, podía explicar la situación clandestina de nuestra Organización.

Dijo Leiva que existían fuertes núcleos confederales en Asturias y Cataluña, principalmente, algo menos en Madrid y Valencia y débiles en Andalucía y Galicia. En algunos lugares, cuya ubicación no podía revelar, estaban organizadas las guerrillas, bien armadas y dirigidas. Con una de dichas guerrillas había convivido él unos días recientemente. Declaró que era criterio firme de los compañeros del Comité nacional no admitir ningún tipo de lucha frontal contra el franquismo, pues entendían que se debía aspirar a una preparación nacional, de manera que al dar la orden de marcha cada ciudadano español fuera poseedor de un fusil.

Leiva dijo que había oído hablar de tácticas, empleadas en Cataluña antes de 1936, conocidas con la apelación de «gimnasia revolucionaria», pero que eso no era otra cosa que terrorismo de poca monta. También eran contrarios los compañeros del Comité nacional a tales métodos, porque solamente de una insurrección general del pueblo en armas, con un fusil en las manos de cada trabajador, podía esperarse la victoria sobre el franquismo.

Afirmó igualmente que ellos, los del interior, y solamente ellos, debían ser quienes decidirían cuándo, cómo y dónde lo que debía hacerse. A nosotros, los del exterior, nos tocaba obedecer, renunciando a toda pretensión de dirigir. Los militantes del exilio eran requeridos a una franca aceptación de la disciplina que emanaba del Comité nacional, por lo que se pedía a los disconformes manifestarse, pues el Comité nacional quería poseer el registro de quienes, no opinando como él, se manifestasen en contra de su autoridad en instantes tan graves, que exigían fuese aceptada sin discusión.

El ambiente que dejó la explicación de Leiva era lamentable. La escisión se palpaba, densa, incontenible. Ya no se trataba de una escisión entre faístas y treintistas, como cuando se discutió la «Ponencia».

Lo que ahora nos traían aquellos dos desequilibrados eran los posos de un mal vino, el chacolí vasco de Horacio, agriado y turbio. La escisión se planteaba como el resultado de discrepancias por si debía o no participar la CNT en un gobierno republicano cuyo cometido consistía en esperar la liberación de España de la acción que en tal sentido emprendiesen las naciones democráticas reunidas en San Francisco.

Solamente los tontos podían engañarse. Los problemas de la España republicana debían incumbir únicamente a los republicanos españoles, quienes tenían ante sí la ingente tarea de emprender por su cuenta la liberación de España, lo que equivalía a tener que jugarse la vida. Y el jugarse la vida era precisamente lo único que no entraba en los cálculos de los ministros del gobierno Giral.

Deseando elevar el tono de las discusiones que provocó la actitud delirante

de Leiva, hice lo posible para arrastrar a Horacio Prieto a dar la cara. Hasta entonces, se movía solamente tras las bambalinas, en su papel de antimentor del joven Leiva. En mi intervención declaré, para que Leiva tomase debida nota, que no consideraba acertada la designación de los compañeros Leiva y Prieto para integrar el gobierno Giral —lo que no debía extrañar, por cuanto Federica y yo habíamos desechado la designación—, por entender que Giral no iniciaría nunca la empresa de marchar a la liberación de España, por tratarse de un gobierno que, con o sin ministros de la CNT, era de acentuado matiz burocrático.

Afirmé que no creía las palabras de Leiva sobre el intenso movimiento guerrillero en algunos lugares de España, y no porque careciésemos de compañeros con grandes aptitudes para la guerrilla, sino porque nadie con experiencia se hizo cargo de su organización y preparación. A lo sumo, debían existir gentes dispersas sin otra salida que la de ser ejecutados por la Guardia civil.

Declaré que me parecía una barbaridad la orientación de que sólo se debería atacar al régimen franquista cuando cada ciudadano español dispusiese de su fusil. Tales palabras olían muy mal, haciéndome dudar de que hubiesen sido pronunciadas por un militante cenetista. Siendo yo el creador de la llamada «gimnasia revolucionaria», que tan magníficos resultados dio en Barcelona los días 18, 19 y 20 de julio de 1936, me encontraba en el caso de tener que afirmarla como no superada hasta el momento. A su práctica se habían debido las victorias de julio en las Regionales donde fueron vencidos los militares y, hasta aquel momento, solamente había sido combatida por quienes no tomaron parte en sus luchas de entrenamiento ni en las que enfrentaron a los trabajadores con las fuerzas del ejército, lo que equivalía a decir que la gimnasia revolucionaria sólo tenía la enemiga de los aspirantes a una militancia de tipo burocrático.

Dije que consideraba los tiempos que vivíamos y las tropelías que se cometían en España contra los trabajadores, los menos indicados para que un sedicente representante de la CNT y de su Comité nacional nos adoctrinase, haciendo aparecer como despreciables las acciones de tipo justiciero que se emprendiesen contra los detentadores del poder en España, pues era ya la hora de luchar con todas las armas y de utilizar todas las tácticas de insurrección, adecuadas a cada una de las circunstancias que pudieran presentarse. Nada podía ser desestimado como medio de lucha.

En lo referente a la sumisión que se requería de los militantes confederales por parte del Comité nacional, dije que, tenida cuenta que Leiva afirmaba haber sido su último secretario, era evidente que él y su asesor Horacio Prieto y quienes como él opinaban, desconocían lo que era estatutariamente la Confederación Nacional del Trabajo, entidad sindical basada en la autoridad del Sindicato y, a lo sumo, por extensión, la del Comité regional, debiendo ser considerada la función del Comité nacional como la de un órgano de relaciones interregionales y de ejecutante de los acuerdos nacionales que hubiesen adoptado los Plenos de Regionales o los Congresos. Si bien era cierto que durante la guerra de España muchos de los acuerdos normativos de la CNT habían sido suspendidos, había que consignar que no fueron anulados, porque, tratándose de acuerdos de Congresos, solamente por un Congreso podían ser anulados. Por ello requería a Leiva, delegado del Comité nacional, a que recordase a éste la conveniencia de ir restableciendo los acuerdos normativos dejados en suspenso, especialmente aquél que establece que el sindicato se debe solamente a su Sindicato y, cuando representa la voluntad de los sindicatos de su Regional, al Comité regional.

Defecciones y abandonos

Por dimisión del gobierno Giral, se formó otro gobierno republicano español en París, presidido por el socialista caballerista Rodolfo Llopis. También dimitió al poco tiempo. Después se formaron otros gobiernos, hasta darse el caso de que fuesen ignorados por la mayoría de españoles refugiados, entre los que yo me contaba, como los ignoraban la mayor parte de los españoles de dentro de España.

Y poco a poco se fue descorriendo el velo. Ya no se llamaban gobiernos de liberación. Pasaron a ser gobiernos de representación simbólica, depositarios de la legitimidad. Cuando yo argumentaba que la legalidad y legitimidad les obligaban a presentarse en España para hacer que ambas situaciones fuesen reconocidas y acatadas, se me miraba con asombro, como si yo fuese un recién llegado del más allá sideral.

La CNT se escindió de nuevo, en México, en Francia y en el resto del mundo. Los motivos, como siempre, eran más aparentes que reales. Los del grupo que encabezaba Federica Montseny quedaban expresados en la terca actitud de ser inamovibles, ella y Germinal Esglesas, en sus cargos en el periódico y en el Comité de Tolouse. Se consideraban nacidos para reinar y pensaban realizarlo desde un Comité, un órgano que se parecía a un trono como una gota de agua a otra gota de agua. Pero ambos alegaron un fondo ideológico a las discrepancias. Aspirantes a ser tenidos por anarquistas puros, se confesaron repetidamente arrepentidos de haber sido ella ministro del gobierno de la República española y él consejero del gobierno de la Generalidad de Cataluña. Tales retractaciones arrastraban girones del prestigio de la CNT, de la FAI y del anarquismo español.

El sector opuesto, que englobaba muchos buenos compañeros —como ocurría también en el sector contrario— hizo de la defensa de los Comités nacionales del interior el motivo material de su disentiendo, atrincherados tras los *Boletines de Información* que recibían de España, órganos de expresión de los sucesivos Comités nacionales, escritos en un estilo delirante y que daban cuenta de las gestiones pro restablecimiento de la monarquía.

La escisión confederal, producto del desgaste espiritual de la mayoría de los refugiados, se mantenía apasionadamente entre las capillitas a que se iban reduciendo los incondicionales. También en los otros sectores de la emigración republicana radicada en México se manifestaba idéntico estado de malestar general. Tras el fracaso del gobierno Giral, la decepción se manifestaba con síntomas tan extravagantes que dábamos la sensación de constituir una comunidad de orates.

Lo que siempre se tuvo por verdad incuestionable, los principios ideológicos por los que se había arriesgado todo, aparecían como algo que no debía ser tenido en cuenta. Había anarquistas que se hacían comunistas, comunistas que se hacían revisionistas antisoviéticos, socialistas negrinistas hasta ayer que dejaban de serlo, mudándose en caballeristas o comunistas; republicanos giralistas que competían con obedientes moscovitas; nacionalistas moderados del catalanismo o del vasquismo que amanecían separatistas, etc.

Entre los anarcosindicalistas los desmoronamientos tenían su origen en incubaciones realizadas entre los compañeritos de las Juventudes Libertarias, a las que no era ajena la turbiedad mental de Serafín Aliaga y Fidel Miró. Se fueron dando de baja de nuestras agrupaciones, apareciendo al día siguiente en las filas comunistas. A otros hubo que expulsarlos, por haberse probado que habían convertido en células comunistas el Comité peninsular y el Comité regional de Cataluña de las Juventudes Libertarias. Viejos anarcosindicalistas

de la CNT y anarquistas de la FAI se peleaban por ver quién llegaba primero a la meta de las apostasías: Gregorio Jover, Manuel Rivas, Vicente Aranda, y bastantes más, por lo que a los viejos se refería. Entre los jóvenes que fueron dados de baja por su total entrega a los comunistas, deben contarse a Serafín Aliaga, Ordovás, Abella, del Comité peninsular juvenil, y Solsona y Saladrígues, del Comité regional juvenil de Cataluña. Y más, muchos más.

No todas las defecciones lo fueron por motivos ideológicos. Los pretextos tácticos —mejor sería decir oportunistas— contribuyeron bastante. Los comunistas andaban prometiendo el oro y el moro: la pronta liberación de España por el ejército rojo soviético, lo que traería aparejada la creación de un Estado revolucionario nuevo, con cantidad de altos cargos militares, políticos y sindicales, que, como era de suponer, serían concedidos a los desertores de la CNT, de la FAI y de la FUL. Prometían hasta repartos equitativos en concepto de subsidios, con cargo al oro de España depositado en Moscú.

El oro sacado de España fue, desde que lo dejaron salir de Madrid, fuente de desdichas. Actuaba como bienes del diablo. Al oro había que sumar, en poder disolvente, los «macutos», líos o fardos, que se suponían sacados de España por las organizaciones y los partidos.

La mayoría de refugiados cenetistas, faístas, jóvenes libertarios estaban libres del pecado de aprovechados de la revolución. Los honrados y limpios no perdían de vista a los que despedían tufo de oro, joyas o billetes escondidos. Se decía de ellos que, como los ratones, se comían el queso a escondidas. Algunos de los inculpados o sospechosos, hacían cuanto podían para aparentar la nitidez del cloro, hablando continuamente de cuan dura les era la vida. No les valía, porque nunca faltaban quienes les contaban hasta el último centavo de sus gastos. Tal cosa llegó a ser para mí un problema, pues que hube de dejar de tratar a algunos antiguos compañeros y amigos.

En los demás partidos y organizaciones ocurría lo mismo, con más escándalo cuando se trataba de socialistas negrinistas o prietistas. Estos formaban grupos financieros potentes, que controlaban industrias, comercios, periódicos, revistas, editoriales. Los puestos de administración eran reservados para los piás sonados casos de abandono de nuestras filas, como el de Manuel Rivas, ex secretario del Comité nacional de la CNT, ex secretario particular mío. El pobre Rivas, que siempre aspiró a no hacer nada, como no era titulado y no podía aparecer en puesto de dirección o gerencia, cuando se hizo declaradamente comunista, publicó un libro que le escribieron, se sometió a los dictados del Buró y se puso a trabajar en un puesto administrativo de Aceros Esmaltados, S. A., que junto con Machetes y Cuchillos, S. A., Productora Ferretera Mexicana, S. A. y Empacadora El Fuerte, S. A., formaba el núcleo de la Sociedad Mexicana de Crédito Industrial, S. A., fundada con capital de Negrín.

El libro de mi ex secretario particular constituía una ruptura total con su pasado de anarcosindicalista y con su amistad para conmigo. El melifluido y aceitoso Carreras, del Comité central del Partido Comunista, encargado de las captaciones de elementos importantes de la CNT, la FAI y la FUL, fue espléndido para con Rivas: le había prometido que sería el secretario permanente del Comité nacional de la CNT cuando, liberada España por el ejército soviético, la Organización confederal pasase a ser la central sindical única en España, en oposición a Gregorio Jover, a quien Carreras había prometido la jefatura de España.

No todo era arrivismo en los compañeros que dejaban de serlo para convertirse en camaradas. En ellos se manifestaba, generalmente sin tener conciencia de ello, una protesta patética contra la actitud mayoritaria de no haber querido arriesgar el porvenir yendo a la implantación del comunismo libertario. Utilizaban una lógica que causaba el impacto de los cañonazos. Decían: Si ya

no hemos de luchar por el comunismo libertario, porque ello nos conduciría a la dictadura de la clase obrera, ¿qué razón hay para no ser comunistas marxistas, si el propio Marx admitía que la dictadura del proletariado desembocaba en el comunismo libre?

Jover, que se hizo el líder de quienes querían llegar pronto a las jefaturas —con su sempiterna simplicidad, aun siendo el más inteligente de ellos—, afirmaba imperturbable que «lo del comunismo libertario y el comunismo dictatorial o autoritario» era un lío que nos habíamos hecho todos, los bakuninistas y los marxistas, y que solamente existía la posibilidad de «un comunismo», con más o menos libertad. «No hay que olvidar lo que él —se refería a mí— nos explicó siempre: "Son irreales los valores absolutos de libertad y autoridad, porque debe entenderse por libertad un estado de limitada autoridad; y viceversa, la autoridad es un estado de libertad limitada"».

Cuando se produjeron las conversiones de compañeros que habían sido garcioliveristas, amigos personales míos, se pensó en nuestros medios y entre los propios comunistas que también terminaría yo por dar el salto al otro lado. No fue así. Tenía mis convicciones de comunista libertario a las que habían llegado por el año 1919, cuando compartíamos las responsabilidades sindicales con las de afinidad ideológica en los grupos anarquistas de *Bandera Roja* de Barcelona,¹ con sus diferenciaciones, cierto, pero tan fieles a los principios que la aceptación unánime de la bandera rojinegra del anarcosindicalismo fue como el juramento de que no descenderíamos ni un peldaño del comunismo libertario.

Para nosotros, el conglomerado Proudhon, Bakunin, Kropotkin expresaba en su conjunto las posibilidades de una edificación social, socialista, revolucionaria izquierdista. El conglomerado marxista, desde el punto de vista socialista, eran los derechistas, quedando entre ellos y nosotros los del llamado centro socialista. El sindicalismo revolucionario, anarcosindicalismo para los españoles, era como una fuga que partía de la izquierda anarquista, sin dejar de pertenecer a ella. El marxismo era la rama derechista del socialismo, de la que el leninismo era la fuga conservadora, que pasaba a ser ultrarreaccionaria cuando se convertía en marxismo-leninismo-estalinismo.

Este era mi pensamiento cuando propuse el «ir a por el todo», cuando aspiré a que los anarcosindicalistas barriésemos el paso a los estalinistas en España, y lo era en México, no obstante mantener la tendencia colaboracionista con todos los sectores españoles antifranquistas, incluidos los comunistas.

Refugiados y gachupines

En 1948, mi situación económica se puso difícil. Tuve que abandonar el trabajo en Vulcano Construcciones Mecánicas, S. A. El personal de confianza de la factoría lo componíamos refugiados, como igualmente lo eran los maestros y oficiales. Mejicanos solamente eran los peones. El verdadero dueño del negocio, por poseer la mayoría de las acciones, era un asturiano «gachupín» y simpatizante de Falange, Manuel Suárez. La mayoría de acciones las compró, antes de entrar yo a trabajar, a la administración negrinista del SERÉ, cuando la empresa estaba quebrada, por falta de capital y de sentido de responsabilidad. Con Suárez, las cosas marcharon mejor, gracias a la capacidad de un refugiado, ingeniero de los ferrocarriles españoles, Eugenio Alvarez Díaz, a quien

1. [NDE]. Véanse las páginas 75, 120 y siguientes.

confió el cargo de gerente. Ello coincidió con la entrada de los Estados Unidos en la guerra. De los Estados Unidos procedía la mayor parte de los productos metálicos que se consumían en México. En la empresa nos dimos a la tarea de fabricar algunos de esos productos. Vulcano reparaba también barcos en el pequeño puerto de Salina Cruz, adaptado para astillero.

Los ingresos eran cuantiosos y las salidas de dinero en concepto de sueldos y jornales irrisorias. El ingeniero Rovira, director de la factoría, ganaba 350 pesos mensuales, que equivalían a unos 77 dólares al cambio de entonces; el ingeniero Eugenio Alvarez Díaz, gerente general, ganaba 500 pesos mensuales. Mi sueldo era de 150 pesos.

Con la terminación de la guerra universal y la normalización en la producción industrial en los Estados Unidos, se fueron terminando aquellas regalías de fabricar lo que no podía ser importado. Y los buenos trabajos y buenos negocios empezaron a escasear.

Vulcano estuvo al borde de la quiebra. Para Manuel Suárez había llegado el momento de buscar capital de relevo. Si bien se trataba de una sociedad anónima, el mayor accionista se había estado conduciendo como dueño de una tienda de abarrotes sin caja registradora. Entonces asoció a la empresa a otro asturiano, Carús, gachupín de pies a cabeza. Suárez nunca fue problema para los refugiados; hasta se gloriaba de que en todas sus empresas los puestos de confianza estuvieran en manos de exilados. Carús era todo lo contrario: verdadero gachupín, hombre duro, desconfiado, españolista ciento por ciento, partidario de los franquistas y enemigo de los refugiados. Los gachupines como Carús, que constituían la mayoría de españoles residentes en México desde antes de la guerra de España, fueron, de toda la América, los únicos españoles que se declararon enemigos de la causa republicana y partidarios de los franquistas. Los gachupines —unos 50 000 en todo el país— eran lo que quedaba de la gran colonia de más de medio millón de españoles que residía en el país cuando se produjo la revolución mejicana.

Cuando los republicanos españoles llegamos a México, de labios de aquellos gachupines brotó el adjetivo despectivo: «¡refugiados!» Los exilados devolvieron el golpe haciendo verdaderamente despectivo el vocablo «¡gachupines!» aplicado a los españoles «viejorresidentes», que es como a ellos les gustaba ser llamados.

Con el tiempo el vocablo «refugiado» fue ennobleciéndose. Como refugiados llegaron al país muestras vivientes de lo mejor que había en España. Ser refugiado llegó a tener la equivalencia de «noble trabajador». Los gachupines fueron suavizando paulatinamente su trato con los refugiados, no rehusándoles el trabajo ni el saludo y llegando a sentir satisfacción por su presencia en los centros regionales, en el Centro Asturiano, el Centro Vasco, el Orfeó Cántala, etc.

El que Carús despidiese a los refugiados de sus puestos de confianza en Vulcano nada tenía que ver con la división existente entre refugiados y gachupines. Al hacer la selección de personal para ser despedido, Carús no me incluyó. Quería que continuase de gerente de ventas. Pero yo —tan pagado de los grandes vocablos— me hice solidario de los que salían y pedí mi separación.

A los dos meses se acabaron los pesos que me entregaron por el despido. Como Vulcano, la mayor parte de los negocios industriales eran víctimas de la crisis que trajo la paz. Paulatinamente, pero de manera constante, las firmas internacionales de Estados Unidos y de Europa se lanzaron a la reconquista de sus mercados en América. Hubo que ir desmontando gran parte de lo que se había hecho para cubrir las necesidades, para lo que se habían adquirido en los Estados Unidos equipos y maquinaria fuera de uso por anticuados. Si durante la contienda universal pudimos con esos equipos y esa maquinaria hacer milagros, en lo sucesivo ya no sería factible. Como alud iban llegando los mis-

mos productos, pero de calidad superior. La industrialización que habíamos iniciado los refugiados iba a sufrir un fuerte golpe.

Para muchos refugiados fueron tiempos muy duros. Y para mí fueron durísimos. Hubo que empezar de nuevo la venta de fábrica en fábrica y de taller en taller de las bandas de cuero para la industria textil. Mis ingresos resultaban cada vez más reducidos. Mi mujer y yo tuvimos que hacer economías hasta en la comida.

Todo eso me iba apartando de lo que había sido el eje de mi existencia. Ya no iba al café porque muchas veces me faltaban los 30 centavos que costaba. Dejaba sin contestar un aluvión de cartas que me llegaban, principalmente de Europa. El compañero Santiago Bilbao, brusco como él solo, se me acercó disimuladamente dos veces para ponerme en la mano un billete de 100 pesos cada vez. No recibí otra prueba de solidaridad.

El exilio nos hacía duros y despiadados. En el verano de 1948, pareció por un momento que había logrado salvar mi situación económica al entrar a trabajar de gerente de ventas en la fábrica de muebles Industrias Mexicanas de la Madera, S. A., que contaba con más de quinientos obreros. Empezaba también a sentir los efectos de la recesión económica y los dueños me pidieron hacerme cargo de las ventas, con miras preferentemente a amueblar hoteles, que ya empezaban a construirse y satisfacer las demandas del turismo. Llegué a obtener los pedidos de un gran hotel de la ciudad de México, otro de Puebla y otro para realizar la ampliación de un gran hotel de Monterrey, y conseguí pedidos de miles de mesabancos escolares. La situación de la fábrica y la mía se presentaban lisonjeras.

No hubo tal. Sin llegar siquiera a firmar el pedido de Monterrey, los accionistas de la fábrica de muebles, tres refugiados españoles, García Borrás del PSUC, Jesús Arenas de la CNT y Arnau de Esquerra Republicana de Cataluña, que a favor de raras combinaciones en negocios de exportación de telas habían amasado un buen capital, decidieron terminar, de la noche a la mañana, con la industria de muebles. De acuerdo con el líder del Sindicato —lo que, desgraciadamente, era frecuente— pusieron la bandera de huelga —que solía ser rojinegra— y la fábrica fue cerrada, quedando en la calle todos los trabajadores. Estos, que por concepto de salarios devengados podían incautarse de la fábrica y trabajarla en cooperativa, me pidieron hacerme cargo de la dirección. Tuve que darles una negativa, fundada en que no se podía trabajar sin capital. Por aquel entonces no existía Banco cooperativo, y los bancos privados no prestaban a cooperativas creadas por incautación de maquinaria y enseres. Como todos los obreros y empleados, yo había sido sorprendido por aquel paro, con pérdida, al no realizarse los trabajos, de miles de pesos de comisiones conseguidos con tanto esfuerzo.

Esos tres refugiados, que ya habían adoptado las características piratas de los capitalistas americanos, se pelearon entre sí, se dividieron el dinero de sus negocios y nos dejaron plantados en la calle, quedándome por todo capital las suelas de los zapatos, para andar otra vez con los muestrarios de cueros a vender de fábrica en fábrica y de taller en taller.

En esos tiempos amargos, Felipe Alaiz, entonces director del periódico confederal de Toulouse, escribía: «Como García Oliver, que desde que fue ministro, ya no ha trabajado más...». ¡Cosas de Alaiz!, dijeron algunos. Alaiz había dejado de ser jovial y se había vuelto un terrible amargado, a raíz de la publicación de *Quinet*, libro pacientemente escrito y que nadie leyó, resultando un fracaso literario completo. *Quinet* representaba la aspiración de Alaiz a ser admitido como literato. Pero la crítica literaria se mantuvo muda. En nuestros medios, pasó casi desapercibido porque carecía de interés revolucionario y

porque eran tiempos de luchas encarnizadas contra las autoridades y los burgueses. Y desde entonces tuvo sus cosas raras. «¡Ese Alaiz!», decíamos.

Aquella rareza de Alaiz fue la gota que había de acabar con el escaso depósito de paciencia que había en mí. Nunca había vivido de los dineros de la Organización. El papel desempeñado por mí en la CNT era comparable al de un líder. Pero mi liderazgo era de *amateur* desinteresado. La proposición presentada ante el Congreso de la CNT de 1931 para atajar el profesionalismo y el burocratismo en nuestra Organización estaba firmada por mí. Que los aspirantes a burócratas no me lo hubiesen perdonado nunca, era cosa de ellos. Pero quedarme callado era otra. Para el caso de Alaiz, la Organización tenía previsto un procedimiento: si una inculpación, por no ser veraz, resultaba difamatoria, el calumniador debía ser expulsado.

Era el procedimiento, cierto. Pero utilizable solamente en una Organización unida. La nuestra estaba tan escindida que el insulto, la invectiva y la difamación constituían la salsa con que eran aderezadas las interminables discusiones pretendidamente ideológicas en que se debatían las varias tendencias que mantenían escindida la Organización.

Eran los tiempos en que los compañeros sensatos se iban retrayendo en busca de la paz de sus hogares. Unos, porque se les expulsaba; otros porque se sentían difamados. Las tendencias, reducidas a la mínima expresión, adquirirían la rigidez dogmática de la beattería. Por mimetismo imitativo, sedicentes anarquistas, anarcosindicalistas o simplemente sindicalistas se hacían más duros y monolíticos que los discípulos de Stalin. Por aquel entonces, el compañero José Jiménez, inteligente y culto, miembro que fue de las Juventudes Libertarias y del mismo grupo anarquista que Fidel Miró, en una conferencia sobre aspectos de la revolución española, explicó que «uno de los más grandes errores que conocía, utilizado antes, durante y después del período revolucionario, era el acuerdo de algunos grupos de la FAI, a propuesta de Fidel Miró, de estar siempre en contra de lo que propusiese García Oliver», lo que explicaba que se hubiese votado contra el ir a por el todo, que se silenciase sistemáticamente cuanto yo había hecho de acertado y se propalase machaconamente que era el responsable de los acuerdos nocivos adoptados durante la guerra. Declaraba que mi posición contra la Alianza Obrera, posición que él había combatido por ser fanático partidario de la colaboración con los comunistas, resultó ser la interpretación correcta del proceso revolucionario español; lo mismo que mi propuesta de ir a por el todo, que él y su grupo habían contribuido a hacer fracasar, sería lo único que quedaría de toda nuestra actuación a partir del 19 de julio de 1936.'

Se llegó a más. En reuniones restringidas de militantes, al ser analizadas las actuaciones personales de Ascaso y Durruti y la muerte de ambos, se expresaron lamentos por no haber tenido yo también una muerte heroica. Muerto, no podría alegar el haber sido proponente de ir a por el todo; al parecer de los mejor intencionados, porque en lugar de tener que consultarme, podrían ofrecer al mundo el florón de los tres héroes. Hasta de ello se habló en mi presencia en las mesas de los cafés. No hace mucho, ha vuelto insidiosamente sobre el tema Francisco Carrasquer en *El movimiento libertario español*, editado por Ruedo ibérico.

1. [NDA]. José Jiménez pronunció su conferencia en el local de la CNT antifederiquista de México. Yo vivía ya en Guadalajara y no *pude* asistir. Posteriormente, la comenté con *el* propio compañero Jiménez. No se publicó.

A Seguí daba gusto oírle hablar

No me ha gustado nunca el papel de llorón. Pero hasta al león de la fábula, viejo y enfermizo, le dolieron las coces de los burros. Lo que más me dolía era el estado de ánimo de los militantes confederales. Como víctima del chisme y la maledicencia, yo no era una excepción. Dividida la militancia en pequeñas capillas, el medio moral se restringía de tal manera que hacía imposible la convivencia entre compañeros. No era nueva la enfermedad del chismorreo. No podía olvidar los sufrimientos morales que padeció el compañero Salvador Seguí, el «Noi del Sucre». Seguí cayó abatido por las balas de un grupo de pistoleros de la Patronal de Barcelona —no del Libre, como se ha vulgarizado—• capitaneado por Homs, un día abogado de la CNT, después pistolero de la policía y finalmente de la burguesía. Seguí cayó en el cruce de las calles San Rafael y La Cadena, del Distrito V, el 10 de marzo de 1923. Fue aquélla su muerte física, la del cuerpo que cae al golpe de hacha del leñador. Pero antes, Seguí tuvo su larga pasión en la campaña de insidias de que era objeto por parte de muchos compañeros, o, lo que era peor, al serle achacadas acciones que no habían partido de él, sino de otros compañeros prestigiosos en aquel entonces, como Pestaña, Buenacasa, entre otros.

Empero, Pestaña, Buenacasa y los otros compañeros callaron siempre la inocencia de Seguí, hasta que éste la puso al descubierto en la asamblea nacional de Sindicatos de la CNT, celebrada en Zaragoza en 1921, acabada la represión ejercida por Eduardo Dato. El pecado mayor que se atribuía a Seguí era el de ser el principal responsable de que los Sindicatos de Barcelona hubiesen aceptado participar en los llamados Jurados mixtos para la solución de los conflictos obrero-patronales. Pecado enorme, sin duda, pues que anulaba el concepto de lucha de clases, piedra angular del sindicalismo revolucionario. También se le achacaba haber causado el final catastrófico de la huelga de los mineros de Río Tinto, huelga en la que éramos minoría entre los huelguistas, cuya mayor parte pertenecían a la Unión General de Trabajadores.

Habló Seguí al empezar la reunión matinal de la asamblea. Lo hizo sentado, apoyado en una mesa de la sala café de la Casa de la Democracia. ¿Cuánto tiempo habló? A las tres horas de estar explicándose, yo, que estaba junto a él, le dije: «Por mí, puedes acabar, porque ya estoy convencido». Me replicó, fugaz: «Pues espera, que todavía tengo para largo». Y prosiguió la que había de ser su más trascendente oración: «Durante los largos meses que ha durado la terrible represión patronal-policíaco-gubernamental que hemos padecido, en el curso de la cual tantos compañeros perdieron la vida, he sido objeto de versiones difamatorias sobre mi persona y mis actividades orgánicas. Como lo haré aquí, me hubiese sido fácil aclarar de un manotazo la serie de infundios sobre bajezas que se me han estado atribuyendo, poniendo las cosas en claro, por lo menos en lo que a mí se refería. No lo hice, por dos razones: una, porque a las tragedias porque estaban pasando nuestra militancia y nuestras organizaciones, hubiese añadido yo el escándalo de hechos que, si fueron vergonzosos, habría que atribuir a otros compañeros, que no a mí. La otra, que yo siempre esperé, y lamentablemente no ocurrió, que los compañeros más responsabilizados en la aceptación de los Jurados mixtos y en la pérdida de la huelga de Río Tinto —y que celebro que estén presentes en esta Asamblea Nacional de Sindicatos—, los compañeros Pestaña y Buenacasa, hubiesen ellos —ya que no sufrieron prisiones durante el tiempo que yo—, aclarado las cosas, siquiera para evitar que se siguiese enlodando mi nombre, que si algún valor tiene siendo limpio, es a la Organización a quien puede llegar a ser útil, pero no a mí, pues no he pensado nunca ponerlo a la venta.»

Y prosiguió: «Es cierto que la Federación local de Sindicatos de Barcelo-

na, siendo yo su secretario, aceptó la ingerencia de los Jurados mixtos en los asuntos de trabajo. Y, lo que fue peor, se aceptó sin haber sido pasado a la deliberación de nuestros afiliados de la base. He aquí cómo fue la cosa: Teníamos unos centenares de presos en la Modelo. Se trataba de compañeros detenidos gubernativamente. En realidad, todos militantes activos y de importancia en la Organización local. Entre ellos, presidentes y secretarios de Sindicatos, y hasta algunos miembros de la Federación local. Entre estos últimos, los compañeros Pestaña y Buenacasa. Un día, la Federación local fue requerida a tener una entrevista con un Comité de Presos de la Modelo, para asuntos, nos dijeron, de suma importancia. Acudimos y oímos a los compañeros de dicho Comité. Los portavoces eran Pestaña y Buenacasa, asistidos de otros compañeros. Nos dijeron que los presos gubernativos podían salir inmediatamente en libertad con sólo que la Federación local admitiese para la resolución de los conflictos obrero-patronales la participación en los Jurados mixtos. Ellos, los presos, que habían recibido la sugerencia de la autoridad gubernativa, tenían la seguridad de que las promesas de sus libertades serían mantenidas y logradas. Yo —aclaró Seguí— les dije que, de momento, no podía asegurarles que la Organización admitiese arreglos de tal naturaleza, pues de sobras podían darse cuenta de que se trataba de algo de tanta trascendencia que alteraba fundamentalmente nuestras concepciones del sindicalismo revolucionario. Sin embargo, prometí llevar el asunto a las deliberaciones del Comité de la Federación local. Lo que hice. Y los acuerdos que recayeron fueron de rechazo de las exigencias de los compañeros presos. Los presos insistieron en que deseaban discutir de nuevo el asunto con la Federación local. Y nuevamente estuvimos a visitarlos. Pestaña y Buenacasa nos plantearon que si no aceptábamos los Jurados mixtos para que todos los presos gubernativos recobrasen la libertad, dentro de la cárcel crearían otra Federación local, la que se pondría al habla con las autoridades y aceptaría la creación de los Jurados mixtos. Con el fin de evitar el gran escándalo y las terribles consecuencias de una escisión tan sonada, la Federación local se avino a las exigencias de Pestaña y Buenacasa, pues ésa era cosa de ellos dos; y los presos salieron en libertad. Por mi parte, no llegué a rasgarme las vestiduras por lo que, a todas luces, suponía ser una derrota del sindicalismo, pues desde hacía tiempo pensaba y explicaba cuando la ocasión se presentaba, que el sindicalismo experimentaría muchas derrotas antes de llegar a un triunfo completo y total dentro de la sociedad actual. Pero que ninguna de sus derrotas sería permanente, sino de efectos transitorios, porque es en el sindicalismo, entiendo yo, donde se da la inevitabilidad de las grandes transformaciones sociales, y no en las contradicciones económicas del capitalismo, como asegura Marx.»

A Seguí daba gusto oírle hablar, a pesar de estar muy influido por el romanticismo castelariano. Si de mí pudo escribir un profesor que pecaba de retórico —siempre he entendido que no hay discurso sin retórica— ¡qué habría escrito sobre los discursos de Seguí!

Este prosiguió: «La huelga de Río Tinto era incumbencia del Comité nacional, por pertenecer a la Regional de Andalucía. Yo no pertenecía al Comité nacional, pero sí era su secretario el compañero Buenacasa, quien, durante el conflicto y antes de que se perdiese, me pidió ir a Río Tinto para tomar parte en un mitin que había de celebrarse. Lo hice, como era natural, ya que siempre estuve a la disposición de nuestros Comités de la Organización. Y vosotros sabéis lo que se ha dicho de mí a propósito de la aceptación de los Comités paritarios: se me ha achacado haber sido quien los impuso a la Organización. Y no ignoráis lo que de mí se ha dicho sobre la pérdida de la huelga de los mineros de Río Tinto: que yo fui quien decidió darla por perdida. Y es de todos conocido que nadie, ninguno de los muchos enterados de la

verdad de ambos asuntos, ha salido al paso aclarando las verdades y planteando las responsabilidades para quien o quienes fuesen los verdaderamente culpables, si es que hubo culpabilidad.

Debo terminar diciendo que no es posible para nuestra Organización el desarrollarse con la debida amplitud y profundidad de base y de contenido, si no se logra que los militantes se respeten entre sí, tanto en tiempos de normalidad orgánica como en los casos de estar soportando las represiones de nuestros enemigos».

A lo largo de toda su intervención, Seguí alcanzó momentos de gran patetismo. Hubiérase dicho que los allí presentes, que más o menos habíamos tomado parte en la campaña de rumores contra aquel compañero terriblemente difamado, no obstante su larga prisión en el castillo de La Mola de Mahón, íbamos a proceder a una limpieza tal de su prestigio, que con la libertad que acababa de recuperar, su estado de ánimo hubiese podido recuperar la equanimidad. Ignoro si lo hicieron los delegados de los Sindicatos allí presentes. Por mi parte, delegado por los Sindicatos de Reus, que habían aprovechado mi estancia en Zaragoza, donde trabajaba, lo hice inmediatamente terminadas las tareas de la Asamblea. Pero tengo mis dudas de que lo hiciesen los demás, ya que el oleaje siguió en crescendo y el prestigio de Seguí era de continuo atacado y socavado, como si fuese el enemigo y no tuviésemos enfrente a la sociedad burguesa y a sus armados sostenedores. De tal manera que un año después, en 1923, en el curso de una huelga del Sindicato del Transporte, Seguí fue requerido a tomar parte en un mitin de solidaridad con los huelguistas en el Centro de Dependientes, en las Ramblas. Cuando apareció para dirigir la palabra a los allí reunidos, la ola de rumores que se levantó fue tan impresionante que aquel gigante de cuerpo físico y de talento casi no pudo empezar su discurso, porque realmente estaba temblando.

Asistí al mitin, en compañía de Liberto Callejas, quien me dijo:

—¿Te das cuenta?

—Sí, y te aseguro que si a mí me ocurre «eso» alguna vez, me reuniré conmigo mismo para decidir si ha llegado el momento de que yo condene a la colectividad, y no ella a mí, al ostracismo.

—Lo creo. Tú nunca tuviste madera de mártir.

Los hombres de acción de la CNT

El día que asesinaron al «Noi del Sucre», en Barcelona lloraron los hombres fuertes, de que siempre había sido rica nuestra Organización, «*els homes d'acció*», porque Seguí también había sido uno de ellos. Nuestra Organización nunca tuvo pistoleros, terroristas, ni lo que se ha dado en llamar guerrilleros urbanos. Eran, sencillamente, «*els homes d'acció*». Al caer acribillado a tiros «el Noi», nos dejaron los que se creían y decían intelectuales. Se pensó que nuestra Organización hincaría las rodillas y en largo lamento pediría clemencia. No fue así. Los hombres de acción acudieron para formar sus grupos. Y otra vez empezó la «obrería», sin líderes ni intelectualillos, solamente con hombres de acción. En Manresa, Barcelona, León y Zaragoza se hicieron grandes ajustes de cuentas. Nuestros enemigos ya no se atrevieron a devolver los golpes. Acudieron al ejército para llevar a cabo su golpe de Estado. Cuando España se liberó del ejército y de Primo de Rivera, la CNT resurgió más potente que nunca porque había sido salvada por «*els homes d'acció*».

En 1936, fueron otra vez sus hombres de acción los que en las calles de Barcelona escribieron las páginas más brillantes de la historia de la CNT. Fueron los únicos héroes de las tres jornadas. Después treparían al carro de la victoria los que habían hecho de espectadores. Y ya no fue posible distinguir entre los unos y los otros, porque la revolución dio paso a la guerra y ésta a la derrota.

¿Qué nos quedaba en 1948? No gran cosa. Tendencias varias, cada una para glorificar al santo de su devoción y desprestigiar al de la ermita del otro cerro. No se sabía de la existencia de núcleos preparados y dispuestos para la lucha en España. Al contrario, se difamaban las actuaciones frontales.

Los que en julio no habían luchado en las calles de Barcelona, hacían en el exilio esfuerzos inauditos para ocultar que carecían de testimonios que afirmasen su presencia en los combates en que la clase obrera confederal, jóvenes y viejos, batieron a los militares sublevados. Ejerciendo un dominio ideológico parapetados en algunos periódicos y revistas que fueron apareciendo en el exilio, nutridos con semblanzas biográficas de hombres del anarquismo de ayer, al llegar a las fechas en que habían de recordar julio de 1936, era de ver cómo se las arreglaban para ignorar a quienes no solamente se distinguieron en las decisivas 30 horas de lucha, sino que planearon la lucha contra los militares, haciendo fracasar las concepciones tácticas del general Mola. Nunca, como en julio de 1936, el proletariado había llevado su espíritu de lucha a tanta altura ni se había enfrentado tan decididamente a los que serían el ayer.

Al correr del tiempo habríamos de tocar las consecuencias de haber pretendido ahogar los relieves humanos, individuales y colectivos, de la obrerada de julio de 1936. Era una hipocresía que pagaríamos cara, tanto si emanaba del falso pudor de los liberales radicalizados con apariencia de anarquistas, como si procedía de quién sabe qué convento o célula. En el exilio las repercusiones se produjeron en cadena. Si la derrota de los militares no fueron los hombres de la CNT quienes la causaron, y si la CNT carecía de héroes y de grandes luchadores, los jóvenes, valorándonos en poco, optaban por enrolarse en toda especie de grupúsculos de influencia marxista. Y era de verse cómo gran parte de hijos o nietos de compañeros se desgajaban de su árbol ideológico y tomaban rumbos diferentes. Y esto le estaba ocurriendo a la militancia de una organización sindical única en el mundo. Aun con el fallo histórico de no haber ido a por el todo, la CNT —y el anarcosindicalismo— debió salir como la fuerza más prestigiada de cuantas tomaron parte en las luchas del antifascismo.

En tales condiciones, ¿cabía esperar que en el presente o en el futuro se iniciase en España un victorioso movimiento de liberación nacional? El tiempo lo diría. Pero yo había llegado al convencimiento de que no sería posible.

Ciertamente, todo no estaba perdido dentro del conglomerado confederal. Existían las excepciones. Algo generoso latía todavía en una parte, lamentablemente minúscula, de nuestra juventud. Eran los jóvenes que saltando por encima de la «generación perdida» iniciaban su marcha, ante el pasmo de quienes, atrincherados en los Comités, en las redacciones de periódicos y revistas, aspiraban a reducir todas las inquietudes al canon de sus artículos literarios.

Las minorías de la nueva juventud estaban condenadas por la incompreensión de los mayores de más de treinta años. Pero daba gusto verlos encararse con los ancianos que pretendían ser los depositarios de todas las verdades. Poseían la sana irreverencia de los pájaros que emprenden su primer vuelo hacia más allá de los límites en que deben vivir con sus congéneres. En las asambleas de la Organización, la presencia de aquellos jóvenes, como Octavio Alberola, Floreal Ocaña, Floreal Rojas y otros, era causa de indignación

para la mayoría. A mí y a otros viejos —como ellos decían—, me producía gran satisfacción su irreverente conducta, que me recordaba los tiempos de mi juventud, cuando ante el estupor de nuestros beatos, que confundían la edad con la fidelidad a las ideas, afirmaba yo la conveniencia de afeitarse las barbas a nuestros venerables santones, los Proüdhon, Bakunin, Kropotkin, Lorenzo, Malatesta, porque en mi juventud, lo revolucionario era precisamente haber dejado de lado melenas y barbas. Afeitarse las barbas a nuestros santones equivalía a reconocer su papel de pioneros y la necesidad de que sus enseñanzas fuesen puestas al día.

Yo iba más allá que nuestros jóvenes irreverentes de hoy. Afirmaba que sin las barbas de Marx y de Bakunin, la Primera Internacional de los trabajadores no habría fracasado. Marx, con sus confusiones sobre el Estado, había sido causa de que los maniáticos de la autoridad se hubiesen apoderado de una gran parte de las organizaciones sindicales de los trabajadores, incapacitándolas para el logro de una sociedad basada en el trabajo de todos, en el respeto mutuo y en una justicia social igualitaria. Bakunin, al conceder carta de naturaleza socialista al concepto «anarquista», sumía las aspiraciones de la clase obrera a un vaivén continuo entre los socialistas libertarios y los antisocialistas individualistas, lo que sería causa de un robustecimiento continuo de las tendencias marxistas y de una letal disgregación de las formaciones creadas bajo el signo «anarquista».

Yo fui siempre un gran irreverente. Pero, a la vez, era respetuoso con los santones. Solamente pedía que fuesen afeitados. Para mí, Bakunin y Marx eran sospechosos ambos a causa de su origen: procedía de la nobleza rusa el primero y de la burguesía alemana el otro. Y ninguno de los dos había conocido el trabajo de peón. Y así yo afirmaba: Para que los trabajadores logren realizar su emancipación, es menester que la clase trabajadora se reencontre y suprima a Marx del marxismo y a Bakunin del anarquismo, analizando detenidamente qué cosa es el Estado y qué cosa es el gobierno, qué es la autoridad y qué es la libertad y, por encima de todo, qué es el hombre.

Por los años 1931 al 1936, propugnaba yo la realización de un certamen socialista mundial en el que fuesen revisadas las causas que determinaron la escisión de la Primera Internacional de los trabajadores, bajo los enunciados siguientes: Análisis y consecuencias de la personalidad burguesa de Marx y nobiliaria de Bakunin; el Estado y el antiEstado, motivo del disentimiento de ambos; ¿existe el Estado? ¿Qué se entiende por Estado?; paralelo entre Estado y Dios, ambas causas de todos los disentimientos de los hombres; libertad máxima igual a autoridad mínima y sus conexiones con autoridad máxima igual a libertad mínima; la sociedad y el hombre. La sociedad y el individuo; puerilidades que distanciaron a Bakunin de Marx y sus consecuencias; la Internacional de los Trabajadores debe crearse sobre realidades históricas y al margen de toda clase de puerilidades; a la hora del fracaso total del sistema capitalista, solamente la organización de los trabajadores podría salvar del caos a la sociedad humana.

Este, o cualquier otro guión, deberían discutirlo representantes de todas las tendencias socialistas que existen en el mundo, con la finalidad de revisar el proceso que condujo a la división de la clase trabajadora y a la escisión de la Primera Internacional.

Nunca creí que se pudiera ser revolucionario y negar al mismo tiempo las virtudes del revisionismo. Es más, para mí no hay revolución posible si las estructuras de la sociedad no fueron sometidas antes a una exhaustiva revisión. Porque de lo que se trata no es de improvisar, sino de renovar, tanto las estructuras como los conceptos. Cuando los planteamientos de una idea

son falsos, se producen montañas de libros con la pretensión de demostrar que es la mejor.

Tuve que lanzarme de nuevo a la busca de representaciones de productos. Con el tiempo, vendí de todo, excepto libros y seguros de vida, líneas tan socorridas entre muchos refugiados y que me desplacían enormemente, porque sus ventas están basadas en la explotación de las relaciones amistosas. Empezaba a estar tan desesperado que si me hubieran ofrecido contrato para ir a pescar ballenas, de seguro que hubiese aceptado. Estaba tan cansado de la inseguridad del mañana como lo estaba de las decepciones provocadas por la inconstancia de los compañeros de México y de Francia, entre los que no hacían mella mis prédicas en favor de la unidad confederal. En el fondo, deseaba más huir del contacto diario de los compañeros que de la inseguridad del trabajo.

Lo logré. No se trataba de ir a pescar ballenas a la Antártida, sino de ir de representante de una gran marca de anilinas americanas. Mi demarcación tendría Guadalajara por base, en el Estado de Jalisco, comprendiendo además poblaciones de los Estados de Michoacán, Guanajuato y Nayarit, con importantes industrias textiles y de curtiduría. La División Calco de la American Cyanamid producía casi todos los colorantes y anilinas necesarios a las industrias textil, papelería y curtidora. Mi trabajo sería competir en el mercado con las empresas rivales, americanas, europeas y japonesas. En México, la casa distribuidora de las anilinas de Calco era una compañía francesa, Establecimientos Mexicanos Collière. Buena gente todos, desde el gerente general señor Burquette, al gerente de la división de anilinas, señor Schvarz, y el jefe de laboratorio y laboristas, Bostelman.

Nos fuimos a Guadalajara, hermosa ciudad, calurosa en verano y cálida en invierno, de gentes generalmente amables. Inicié con buenos resultados aquella nueva etapa de mi vida.

Se seguía hablando de España en los cafés y en las asambleas. La CNT en el exilio y en el interior —en su mínima expresión orgánica de algún que otro comité— estaba dividida. Dividida por motivos sorprendentes, con el quietismo como finalidad compartida por ambas tendencias, que por tener la misma línea resultaban ser los dos cabos de una misma sogá.

Las dos tendencias que dividían a la CNT eran dos capillas con su beatería de feligreses, terribles razonadores de su respectiva posición, de la que hablaban y escribían incansablemente. Ambas tendencias pretendían ser los auténticos representantes de la CNT. Una, aparentemente legal, cuyas posiciones cambiaban cada vez que el Comité nacional del interior, invariablemente con residencia en Madrid, caía en manos de las autoridades policíacas primero y judiciales después, que les aplicaban largas condenas a ritmo siempre creciente, hasta llegar a la suma de más de diez Comités nacionales presos y sentenciados. No dejaba de ser admirable. Consecuentes con la línea formulada por Leiva en México, nunca fueron detenidos por haber decidido una lucha frontal contra la dictadura. El burocratismo carece de héroes, pero llega a tener muchos mártires. Era el caso de los compañeros, tercios como no hay otro ejemplo, que se dieron a la tarea de que nunca careciese la CNT de Comité nacional en el interior de las fronteras.

Los de la otra tendencia, llamada «la de Toulouse», con buena plana mayor de compañeros de relieve, como Federica Montseny, Germinal Esgleas, Felipe Alaiz y José Peirats, no aspiraba a tener ni mártires ni héroes. Ser burocratas les era suficiente.

Peirats escribía su historia de la CNT durante la guerra y Alaiz, socarrona-

mente, decía de él «que era historiador a sueldo». Abría, muy astutamente, el paréntesis que, a la larga, haría saltar el baluarte de inexactitudes tras el que se guarecía el «equipo de Toulouse». Si Peirats era historiador a sueldo, cabía preguntar: ¿A sueldo de quién? Leyendo la pretendida historia de la CNT durante la guerra, resultaba obvio que no podían ser otros que los interesados en que no apareciese el acta del Pleno de locales y comarcales de Cataluña, del día 23 de julio de 1936, en la que debían quedar registradas mi proposición de «ir a por el todo», sostenida por la comarcal del Bajo Llobregat, y la proposición de Santillán, respaldada por Federica Montseny y Marianet, consistente en que «no era momento oportuno de ir a la implantación del comunismo libertario», porque a la salida del puerto de Barcelona vigilaban unidades de la escuadra inglesa, «prontas a intervenir».

Eran de lo más avisado los componentes del «equipo de Toulouse». De ellos cabía decir que eran tal para cual; si unos no pensaban dar nunca cuentas de los bienes orgánicos —los hubiese o no los hubiese—, otros con sus firmas en historias o en artículos daban al todo un aire de santidad. Entre éstos y los ingenuos compañeros que nutrían los Comités nacionales del interior, la elección de todo militante no podía ser otra que la de sostener, moral y económicamente, a los del interior.

Los había que no opinaban de esta manera, y tomaban partido por la insurrección personal exclusiva, liándose a tiros con los representantes policíacos del régimen franquista. Eran los que, con precisión psicológica, algunos periodistas franceses llamaban «desesperados». Cargados con todos los anatemas del equipo de Toulouse, cruzaban los Pirineos, se adentraban en España e iban a recalar en las barriadas obreras de Barcelona, donde se recordaban los ecos de antaño cuando eran recorridas por unos hombres que hacían susurrar a los obreros al verlos pasar: «*son els homes d'acció del sindicalisme*». Entre los burócratas de Toulouse y los quiméricos integrantes de los Comités nacionales de Madrid, los hombres de acción preferían el acto desesperado, que inevitablemente terminaba en el gesto del hombre que cae abatido por las balas traidoras del policía o del guardia civil.

Fueron bastantes los jóvenes que cruzaron la cadena pirenaica en busca de su trágico destino, atraídos por la fama que un día tuvieron otros que, como ellos, actuaron como desesperados. Baste citar a Francisco Sabaté y a José Luis Facerías, incorporados a la larga gesta de «*els homes d'acció del sindicalisme*».

Casi que con tanta desesperanza se moría también en México. Muertes sin espectacularidad, que, a fuer de silenciosas, pasaban desapercibidas, sumidas en el anonimato de los que nada tienen. ¿No murió en la miseria Majno, un día gestor anarquizante de la revolución en Ucrania, traicionado por los bolcheviques y por Trotski? En París acabó sus días, solo y abandonado. Cuando se abrió la puerta lateral de hierro del hospital Tenon, al que se acogían los menesterosos desde Belleville hasta más allá de las Puertas de Gligancourt, para dar paso al cajón pintado de negro, vimos la verdadera dimensión del sacrificio de algunos anarquistas y anarcosindicalistas. Igual fue la muerte del inolvidable compañero Cristóbal Aldabaldetresco en México. Terminó sus días en cabal soledad, pobre, casi miserable. El, como Bienvenido, Granados y otros muchos, anarcosindicalistas sin mácula, enfermos y pobres, tuvieron que acogerse al Departamento de Indigentes del Sanatorio español de la ciudad de México, entrando por una puerta que conducía en línea recta a la caja de pino embadurnada de negro que inevitablemente lleva al Panteón español. Aldabaldetresco, «Trecu» como le abreviábamos, no fue un cualquiera. Aunque de origen vasco, anduvo por las barriadas obreras de Barcelona, con paso cauteloso, el de los hombres de acción del sindicalismo. Se batió en las calles los días 18,

19 y 20 de julio, y salió, con Domingo Ascaso, al mando de una columna hacia el frente de Aragón, liberando Granen, Vicien, Barbastro, muy partidario de «ir a por el todo».

Cuando ocurrían tales cosas en las calles de Barcelona y caminos de Cataluña y entre los indigentes del Sanatorio español de la ciudad de México, el escándalo escisionista alcanzaba su climax, en México igual que en Francia. Cobró fuerza entonces un movimiento prounidad confederal, animado por buenos compañeros, que no querían estar con unos ni con otros, pero que sentían cuan nefasta era la escisión confederal. Me mantuve durante mucho tiempo en actitud expectante, sin inclinarme a favor de los llamados reformistas ni de los que entonces aparecían como radicalizados partidarios de la implantación del comunismo libertario como única bandera a seguir para la liberación de España. No dejaba de ser esto sospechoso, porque se trataba precisamente de los incondicionales del Comité de Toulouse, del mismo equipo que más energías desplegó en el Pleno de locales y comarcales de Cataluña para desechar la fórmula en que yo sintetizaba la implantación del comunismo libertario, y por lo que fui catalogado de marxista y bolchevique precisamente por ellos.

El movimiento por la unidad confederal adquiría día a día gran importancia. Los componentes de la Delegación del Movimiento Libertario, autodenominada «poder legal y único de la CNT en México», viendo que iban siendo superados en número por los partidarios de la unidad confederal, adoptaron una actitud heroica: hacer venir de Francia a Federica Montseny para que, con su presencia y su oratoria, le devolviese el prestigio que estaba perdiendo. Llegó Federica Montseny, se apretujaron sus partidarios en el aeropuerto internacional a la hora de llegada, se disputaron entre ellos por brindarle hospedaje y mesa, como suele hacerse en los pueblos a la llegada del diputado del distrito. Y en honor a la verdad, hay que decir que todos los militantes en activo pasaron a saludarla en el local de la Delegación. Todos menos yo.

Y no me arrepentí. Ante la expectación de los compañeros y de muchos refugiados de otros partidos y organizaciones que también acudieron a escuchar su conferencia, no hablé para nada de los compañeritos que iban a España a batirse a tiros con la policía y Guardia civil, ni de los múltiples Comités nacionales detenidos. Tampoco dedicó un recuerdo a los que desde el Sanatorio español decían el adiós a su existencia de luchadores. El contenido de su conferencia pasmó hasta a sus más fieles partidarios. Durante muchos días, se abstuvieron de personarse en los cafés, donde el discurso fue objeto de risotadas. Y no había para menos. Haber volado siete mil kilómetros para hacer un discurso contra el régimen franquista, contando que en Barcelona se había efectuado una manifestación de mujeres sonando las sartenes en protesta por la carencia de suministros, y sazonzando su narración la propia conferenciante con amplias risas... Daba pena contemplar cuan poco quedaba de quien nunca nada fue.

Los que trajeron a Federica Montseny realizaron un gran esfuerzo antiunitario. Pensaban malograr las energías que desplegaban los partidarios de realizar la unidad confederal, cuyo *Boletín* estaba adquiriendo mucha influencia entre los militantes anarcosindicalistas. Pero se fueron dando pasos decisivos hacia el logro de la unidad de la CNT. Pasos que, lentamente, condujeron a celebrar un Congreso en Francia, en 1960, del que saldrían dos resoluciones muy importantes. La primera, que se realizase la unidad de la militancia confederal, sin vencidos ni vencedores (si bien a condición de conservar la preeminencia de los integrantes del «equipo de Toulouse», lo que, a la larga, sería otra vez la causa de la división). La segunda, la creación de un órgano de combate, llamado DI, anagrama de Defensa del Interior, puesto que la unidad

se realizaba con el objetivo de colocar en primer plano las realidades que prevalecían en el interior de España.

El DI, que agrupó a viejos militantes de probado historial revolucionario con inteligentes miembros de las juventudes, realizó una labor de seis meses de duración, en la que sus miembros tuvieron en jaque a las fuerzas represivas en algunas ciudades españolas (Madrid, Barcelona, Valencia y San Sebastián), manteniendo al dictador Franco en un acoso tan enérgico que éste llegó a prescindir de todos los medios de transporte terrestre, saliendo en helicóptero desde sus jardines de El Pardo.

Al parecer, sólo seis meses de acción conjunta tuvo el DI, brazo armado de la Organización. Hubiese sido menester, por lo menos, un año más para poder terminar la obra emprendida, que no era otra que acabar, como hubiese lugar, con la dictadura. Desgraciadamente, era una lucha que reclamaba abundantes medios económicos. Rico siempre en hombres luchadores, pobre siempre en medios económicos, el DI tuvo que suspender la empresa de liberación de España. Sin embargo, aquella fue la única vez que la Organización se enfrentó con la dictadura. Y la única también que una organización española, antes de la actuación de ETA, emprendiera una lucha colectiva contra el franquismo.

Creí que la carencia de medios económicos para sostener el DI fue producto, en gran parte, de actividades del equipo de Toulouse, que temía por su prestigio si la militancia consideraba que lo que realizaba el DI a los 17 años después de terminada la guerra universal bien pudo haber sido hecho desde un principio, con las cantidades de dinero que se recaudaban entonces y que sólo sirvieron para sostener a una burocracia.

Se hizo la unidad, se «creó el DI, se luchó insistentemente, y cuando debió darse un salto para superar la etapa de ensayos, se acabó todo. Hasta la unidad, porque otra vez aparecieron las disensiones y las incompatibilidades. La división confederal de nuevo y a esperar. Las asambleas de los divisionistas fueron teniendo tan escaso número de asistentes que terminaron por parecerse a las antiguas peñas de los cafés.

El Panteón español de México

El Panteón español de México era el apéndice del Sanatorio español. Ambas instalaciones fueron obra de los españoles viejos residentes. El Sanatorio español estaba constituido por grandes instalaciones, en su tiempo las más importantes del país en el orden profesional a que estaban destinadas. Admitía tres categorías de pacientes: los de lujo, los de clase media y los indigentes, «pobres de solemnidad» que no tenían dónde caerse.

El departamento de indigentes era obra en parte de la generosidad de los, ricos gachupines y de su propia administración, que así cumplía con los compromisos que contrajo con las autoridades asistenciales del país. Era, sin muchos disimulos, un asilo al **que** se acogían los gachupines de mala suerte, que por nada regresarían a su pueblo en la pobreza; seucía también de amparo a los refugiados, pobres económicamente, que no trajeron dineros ni joyas escondidas, que no hicieron negocios de burgueses, que por nada del mundo, ni siquiera como turistas, regresarían a España mientras Franco estuviese en el poder.

En el departamento de indigentes, los compañeros acogidos llevaban la existencia triste de quienes no esperan volver a la vida de la calle. Indigencias

se parecía mucho al departamento de enfermería de la cárcel Modelo de Barcelona, pero la vida de los asilados estaba más vacía de ilusiones y esperanzas que la de los presos de la enfermería carcelaria, porque éstos esperaban salir en libertad. Los indigentes del Sanatorio español, ¿podían esperar algo?

Era el caso de muchos refugiados. Y el de muchos compañeros. Cuando entraban en Indigencias no esperaban ni una larga estancia: al decidirse a aceptar su internamiento, ya se consideraban fuera de la circulación, sin mañana posible. Era el caso de Cristóbal Aldabaldetresco. Entró, lo revisaron, lo acostaron, se puso de cara a la pared y murió. Murió de anemia perniciosa por haber resuelto el problema económico a base de no comer.

Se hablaba mucho de los bienes de la Organización, que allá en Francia administraba el «equipo de Toulouse». Bueno es aclarar que dichos fondos fueron creados, principalmente, con las aportaciones de las requisas hechas en el frente de Aragón por las Columnas de Antonio Ortiz y de Domingo Ascaso y Cristóbal Aldabaldetresco, que al llegar al Comité de Milicias Antifascistas hacía yo derivar al Comité regional de la CNT, al igual que hacía Aurelio Fernández con las sumas requisadas por las patrullas de control.

Para la gente humilde de México, especialmente la de pueblos del interior, que me tocó visitar en mi trabajo de vendedor de anilinas, nunca hubo dos clases de españoles, pues ignoraban que los descendientes de los conquistadores hispanos anduviesen a la greña. Las gentes humildes creían que todo los españoles residentes en el país eran contrarios a Franco. No concebían que algunos españoles fuesen partidarios de Franco si en México, del presidente para abajo, todos eran contrarios a los franquistas.

En mi zona de trabajo existían grandes industrias textiles e importantes tenerías, que raramente necesitaban de mis conocimientos. Pero abundaba en fábricas y tenerías de mediana importancia y en talleres donde se fabricaban cobijas de lana y rebozos, generalmente de coloridos muy vistosos. Se trataba de industrias antiquísimas, cuyos productos formaban parte de las artesanías decorativas. Además de vender anilinas a los laneros y a los rebojeros, tenía el cometido profesional de enseñarles el manejo adecuado de los colorantes, sus reacciones químicas, sus matizaciones, sus adecuadas maneras de agotamiento, y hasta de orientarles en la modernización de los recipientes donde teñían rudamente sus madejas.

Me gustaba aquel trabajo, porque era una ocupación creadora. Aquellos descendientes de indígenas demostraban en la finura de su trato que eran depositarios de una cultura antiquísima, no aprendida de los frailes, distinta de la nuestra y, en ciertos aspectos, superior. A veces encontraba clientes a los que les gustaba la plástica. Cuando me fueron conociendo, muchos esperaban mi visita mensual para hacerme preguntas sobre infinidad de cosas. Mis recorridos por los pueblos de Sahuayo, Jiquilpan, Zamora, Uruapan, Patzcuaro, Moroleón, La Piedad, resultaban de bastante más duración de lo normalmente previsto.

Debería haberme sentido satisfecho. Tenía un trabajo, seguro y bien remunerado, que me permitía estar siempre en contacto con las gentes. Los viajes eran para mí como una válvula de escape. No tenía complicaciones de relación con los pocos compañeros radicados en Guadalajara. Por lo general, todos ellos habían huido de las intrigas que prevalecían en la capital, y sin decirse de su fidelidad a los principios ideológicos, procuraban eludir los compromisos de tipo orgánico. Mi caso, en el fondo, tenía algo de parecido. Los viajes, las plásticas con los clientes se me antojaban CONO una evasión. Una evasión de mi propio yo, que me reprochaba continuamente. Era un conformista más. Mi marcha a Guadalajara se produjo porque mi situación econó-

mica era insostenible. Fue una huida. Y huida fue el abandonar Suecia. De Suecia, porque me avergonzaba recibir un subsidio de los compañeros de la SAC y no poder ganarme la vida trabajando. De la capital de México, porque no tenía trabajo ni recibía subsidio.

¿Qué era yo en definitiva? ¿Honrado? ¿Imbécil? ¿Era sensata mi posición de sufrir y callar? ¿Estaba en lo cierto al pensar que mañana, vueltos a España con el prestigio moral de haber sabido renunciar a todo menos a la honradez —éramos muchos—, sería fácil rehacer la CNT y el movimiento anarcosindicalista...? ¿Estaba yo en lo cierto? ¿Habría un mañana?

Las deserciones. Una tras otra. Amigos y compañeros de toda la vida. Los expulsados y los idos. Y los que no se habían ido ni habían sido expulsados porque siguieron los pasos de Antonio Muñoz.

El cenetismo se estaba desmoronando; por lo menos se desmoronaba el bloque de militantes que vinieron a México. Ocurría lo que preví en París: bajo los efectos de una forzada vinculación a las maneras de vivir en América, perderíamos la mayor parte de la militancia si no la enviábamos organizada a la manera de un ejército. Sabía cómo fueron aniquilados los militantes de la poderosa organización anarcosindicalista INW de los Estados Unidos, asesinados de noche a tiro limpio, achicharrados en hogueras o emplumados; cómo habían terminado en la Argentina con la poderosa organización anarcosindicalista FORA, corroída por virus de disolución que le injertaron; cómo desapareció en México el movimiento «Tierra y Libertad» de los campesinos del sur que marchaban con Emiliano Zapata; y en lo que quedó el fuerte Partido Liberal de los Práxedes Guerrero, Sota y Goma, los Flores Magón.

—No quedará nada, o muy poca cosa, de los compañeros que enviemos a América en busca de trabajo y hogar nuevo, porque serán absorbidos por un medio ambiente del todo diferente al de nuestra tierra. Creo que merecería la pena de militarizar, en lo posible, a los que marchen a tierras americanas.¹

Así, más o menos, argumenté yo en una reunión del Consejo general del Movimiento Libertario, en París, en que se trató de lo que nos esperaba allá.

Fue Federica Montseny quien, liberal a la manera de la familia Urales, se opuso a mis sugerencias, en nombre de lo que entendía por anarquismo, y que no pasaba de ser liberalismo radicalizado. Recurro al eufemismo de «liberalismo radicalizado», más castizo que lo de «liberal burgués» que nos escupían los comunistas soviéticos.

No fue aceptada mi sugerencia. Para América salieron unos miles de compañeros, sin ninguna preparación psicológica y sin disciplina ideológica.

Como en un pasado entonces reciente, tocábamos las consecuencias de la intromisión de Federica Montseny en los asuntos orgánicos. La Organización, que en París pasó a llamarse Movimiento Libertario, se estaba desmoronando. Sería inútil apelar a la sapiencia de aquella mujer para contener aquel desastre ideológico y humano. Nunca apuntó una solución a los problemas. Limitaba su papel a dejar que otros se arriesgaran en busca de soluciones. Después se limitaba a defenderlas o a combatir las, reduciendo los problemas orgánicos a la pequeñez de los asuntos personales.

Si algún día se quiere analizar debidamente las causas del inusitado desmoronamiento de nuestras posiciones orgánicas e ideológicas, habrá que revolver despiadadamente el amontonamiento de culpabilidades. Será preciso empezar por los principios ideológicos sobre los que descansó la Confederación Nacional del Trabajo. Sus principios eran ácratas y su finalidad el comunismo libertario. Los principios hacían referencia a una aspiración para

1. [NDA]. Cito de memoria.

el mañana. La finalidad estaba estrechamente vinculada a la solución de los problemas del hoy mismo. Si confundíamos lo mediato con lo inmediato, se produciría una catástrofe.

Y se produjo la catástrofe. La incapacidad mental de unos sedicentes teóricos que ignoraban, olvidaban o silenciaban deliberadamente que los problemas de hoy no pueden ser mezclados con las aspiraciones a un tipo de sociedad lejana, y con demagogia barata lograron sorprender la buena fe de unos delegados sin mandato concreto en el Pleno de Locales y Comarcas del 23 de julio de 1936. Las delegaciones, menos una, votaron a favor de conformarnos con lo que siempre habíamos tenido. Ahora, en plena derrota, nos habíamos quedado hasta sin lo que siempre habíamos tenido. Era el momento de darse cuenta de lo que había ocurrido. Al haberse desmoronado nuestra Organización, teníamos a la vista los materiales, las piezas, de que estaba constituida. Esas piezas no eran uniformes ni en tamaño ni en colorido ni en contenido. Constituían un algo de lo que siempre tuvimos intuición pero no sapiencia: La CNT no era un cuerpo monolítico, sino un armonioso acoplamiento de ideologías distintas, pero afines en cuanto a las aspiraciones inmediatas de dar solución justa a los problemas económicos, sociales, políticos y jurídicos de nuestros días, con la mayor cantidad posible de contenido libertario.

El edificio armoniosamente construido con materiales dispares pero afines, se vino abajo, sacudido por una onda que afectaba, no sólo a la masa inerte de los materiales, sino a la vida del conjunto.

La CNT era una organización sindicalista revolucionaria que tuvo sus inicios en el año 1910. A partir de entonces, su desenvolvimiento fue ascendente, pese a los altos y bajos que experimentaba en épocas de duras represiones. Tuvo sus fallos y sus vacilaciones, que supo superar, porque no afectaban al grueso de sus militantes, sino a pequeñas minorías, que se resolvían casi de manera biológica, con sedimentaciones que iba deponiendo y que pasaban a engrosar o constituir los partidos republicanos, comunistas o sindicalistas.

De las crisis, la CNT surgía siempre superándose, sin dar pasos atrás en sus aspiraciones revolucionarias. Hasta su cita con la página en blanco de la Historia: julio de 1936. El tintero fue volcado, y no fueron escritas las páginas, sino manchadas. Desde entonces, los caminos andados fueron de perdición.

Militantes activos de la CNT, ignorábamos de qué se componía nuestra Organización. Fue menester que todo saltase al serle aplicado el freno de la contrarrevolución, para que, a la vista de las piezas diseminadas, nos diésemos cuenta del complejo ideológico de que estaba compuesta: obreristas creyentes en el porvenir de la clase obrera eran la mayor parte; sindicalistas revolucionarios y sindicalistas reformistas, les seguían en importancia; colectivistas y comunistas, con influencias marxistas, bakuninistas y kropotkinianas; anarquistas *sui generis* y anarquistas individualistas; liberales pacifistas y liberales radicalizados; republicanos jacobinos y republicanos federales. La unidad sobre la que descansaba nuestra gran mole orgánica, era la fe profunda en la revolución. El freno de la contrarrevolución los desparramó y ahora yacían por los suelos, formando grupúsculos dispersos.

Materia de historia

Para muchos, la CNT solamente era ya materia de historia; de ^lla nada quedaría en pie. Se olvidaba que las organizaciones y las instituciones logran sobrevivir a los que de ellas hicieron uso indebido. La CNT, organización sindicalista, podrá sobrevivir durante mucho tiempo todavía, porque el sindicalismo

está vivo en el mundo entero, generalmente paralizado en su primera etapa de organización de la clase obrera, en espera de dar el salto a la segunda etapa: la toma de posesión de los medios de producción y de consumo. Hasta entonces es posible que conozca algunas derrotas. Pero se levantará nuevamente y con más fuerza que antes. Y tendrá que hacer historia nueva, rehaciendo las pobres cosas de que se componen las historias de la clase obrera organizada en nuestro país, con sus primitivas sociedades obreras y sus aspiraciones de mejora económica en lo inmediato, sus sueños de un tipo de socialismo humano, profundamente humano. El sindicalismo no ha muerto, no ha muerto el sindicalismo español. Limpiemos nuestra historia de los desaciertos e inexactitudes garrafales con que la han adornado los aficionados a escribirla.

El sindicalismo español, la CNT especialmente, nada debe a Marx ni a Bakunin que pueda ser considerado de provecho en sus luchas por la emancipación. Fanelli, enviada especial de Bakunin, vino a España y se dedicó, en la medida en que lo permitía su desconocimiento del idioma español, a defender la causa de Bakunin en la Internacional. Igual hizo Lafargue, yerno fanático de Marx, cuyo cometido tenía por objeto eliminar a Bakunin y sus seguidores de la Internacional. Debemos limpiar la leyenda que los historiadores baratos han creado en torno a la acción de Fanelli y Lafargue en España. Ambos vinieron a dividir lo poco que existía, y no a crear. No es cierto que sea a partir de la llegada de Fanelli y Lafargue cuando empiezan a sentirse en España las inquietudes por un mañana de mejor justicia social. Porque eran portavoces de dos grandes enajenados de las realidades sociales, Fanelli y Lafargue. Y al correr del tiempo, estaremos en peligro de ahogarnos entre las montañas de pliegos escritos con la pretensión de hacernos comulgar con las teorías bakuninistas o marxistas, que, vistas en conjunto y previa selección, contienen bastante de bueno, pero que por separado y tomándolas a la trágala, como pretenden sus seguidores, son desechables.

Aunque las ideologías dimanantes del bakuninismo y del marxismo se petrifican en capillitas de beatería, el sindicalismo podría sobrevivir y producir sus propios fundamentos ideológicos, con la aspiración de llegar a la total desaparición de la explotación obrera por parte del burgués, a la conversión del trabajador dependiente en productor libre. Podríamos afirmar que a tales resultados se habría llegado sin la interferencia de las escisiones obreras que se derivaron de los pleitos entre Marx y Bakunin.

El anarcosindicalismo español realizó una obra que no ha sido debidamente explicada ni glosada, quizá porque, lamentablemente, la CNT careció siempre de teorizantes de sus luchas. El sindicalismo internacional, con excepción de la Sveriges Arbetaren Centralorganisation (la SAC), de Suecia, no prestó la suficiente atención a lo que significaba la gesta del anarcosindicalismo español de decidir el enfrentamiento de la clase obrera organizada sindicalmente al avance del fascismo militar. Esta falta de comprensión supondría, a la larga, que el fascismo no fuese vencido ni desarraigado en las mesas de paz tras la derrota militar de Alemania e Italia. Sutilmente, y con la aquiescencia de la Unión Soviética, se dejó que el franquismo siguiese gobernando a España, perpetuando aquello de que los ejércitos profesionales vencerían siempre al proletariado. El porvenir, que con el ejemplo del anarcosindicalismo español debía manifestarse con claridad meridiana, se presentaba cernido de sombras y confusiones. Por la acción propagandística de los republicanos buigueses, de los socialistas y de los comunistas, y por la vacilante actitud de algunos elementos anarquistas, lo que debió aparecer como una decisiva victoria del proletariado organizado sindicalmente, fue enmascarado por una inconsciente lucha de tendencias políticas entre republicanos y monárquicos, entre libera-

les y reaccionarios, entre comunistas y falangistas, aunque opuestos en sus disciplinas políticas, concordantes todos ellos en la finalidad de hacer nula la lección que se desprendía del enfrentamiento del sindicalismo revolucionario con el fascismo.

El proletariado sindicalista internacional debía aprender de la conducta del anarcosindicalismo español a prepararse sin descanso para hacer frente a los futuros ensayos fascistas de los ejércitos de sus respectivos países. La línea de defensa antifascista del mundo liberal, democrático y socialista había estado en la causa defendida por los anarcosindicalistas españoles.

La longeva permanencia en el poder del ejército franquista haría que todos los larvados movimientos fascistas del mundo tomaran ejemplo de él para la puesta en práctica de los golpes de Estado militares. Para el mundo libre, el peligro radicaba en la ejemplaridad del golpe de Estado del ejército de casta en España. Para los amantes de las transformaciones sociales, el ejemplo debía buscarse en la acción de los anarcosindicalistas de España. La revolución social y el fascismo están ahí, en España...

La CNT es considerada hoy como una fuerza decadente. ¿Puede desaparecer una organización obrera que tanta vitalidad desplegó en sus etapas anteriores? Hubo ocasiones en que parecieron evidentes las muestras de desfallecimiento orgánico, cuando sus militantes, cansados de arriesgar la vida y la libertad, la dejaban con escándalo. De muchos de los que la dejaron cabe decir que lo hacían movidos por el mismo idealismo de los que fueron nuestros neófitos. En algunos casos, era verdadera prisa por llegar a la revolución social. «Porque, Juanet —me decía Gregorio Jover, al comunicarme lo que, había dicho a los jefes del Partido Comunista—, les dije: "En mí tenéis un soldado dispuesto a incorporarme a cualquier sección del ejército rojo". Porque el ejército soviético estará dentro de poco en los mismos Pirineos. Para entonces, yo ya formaré parte de los cuadros de mando de las tropas rojas que entrarán en España.»

Le contesté: «Jover, tú vives en la luna. Alguien, y yo sé quien es, te está tomando el pelo. Ningún ejército rojo llegará a los Pirineos; y tú, que mientras estés en la CNT serás, no, diré algo, sino mucho, fuera de ella no vales ni la suela de tus zapatos».

Jover dio el salto. Los soldados soviéticos no llegaron a los Pirineos. Lo que sí es cierto es que pronto murió, no sé si de tristeza. Como Aldabaldetretco, y como tantos otros, murió en el Sanatorio español, también de cara a la pared. En el *Excelsior* de aquellos días apareció una diminuta nota: «Ayer falleció en el Sanatorio Español el señor don Gregorio Jover». Fue la última noticia que tuve del amigo y compañero Jover.

Eran muchos los compañeros que, como Jover, se dejaban catequizar por los comunistas. Nuestro fracaso en el exilio, nuestras divisiones actuaban de elemento disolvente. No creyendo en las demagógicas proclamas de Federica Montseny ni en las instrucciones soporíferas de Germinal Esgleas, creyeron que el fin del anarcosindicalismo español era inminente e inevitable. Suponían lógicamente que, desaparecido el anarcosindicalismo español, nadie podría oponerse al Partido Comunista, lo cual estaba bastante bien visto.

El Partido Comunista siempre tuvo en España un freno que imposibilitaba su crecimiento: la CNT. El proletariado español, las masas obreras y campesinas, se sentían perfectamente representadas y defendidas por la organización sindical anarcosindicalista. El mejoramiento de sus salario lo obtuvieron desde la CNT, la jornada de ocho horas la alcanzaron por las luchas de la CNT. Y fueron los anarcosindicalistas quienes impusieron un trato de respeto para los trabajadores gracias a sus comités de fábrica y taller, a los delegados

sindicales en los puestos de trabajo de menor importancia. Este problema tan abstracto del mejor trato que, por carencia de expresión física en los convenios de trabajo, parecía de difícil planteamiento, y que resolvió la manera expedita que con sus ilimitadas tácticas de acción directa tenían los anarcosindicalistas de tratar con los patronos, había conquistado, más que las mejoras de orden material, el corazón y la voluntad de la clase obrera española, que se benefició nacionalmente de los planteamientos que al respecto hicieron los sindicatos de la CNT en Cataluña.

Ningún partido hizo nada comparable a la protección que dispensaba a los trabajadores el sindicato de la CNT. Ni el socialista ni el radical de Lerroux. Menos podía hacerlo el Partido Comunista, de escasa fuerza y nulo prestigio. Llegaría el momento en que la CNT realizaría en el plano político lo que ya no era posible que hiciesen los partidos políticos, tanto si eran obreros, como el Partido Socialista, el Partido Comunista y el Partido Sindicalista, como si eran pequeño burgueses y jacobinos, como los republicanos de izquierda, o los de centroderecha. Llegaría el momento en que en España, como antes ocurriera en Italia y en Alemania, el fascismo se lanzaría a la conquista del poder.

Las formaciones organizadas de los partidos políticos de aquellas naciones fueron impotentes para enfrentarse al fascismo en marcha, a su bien explotada demagogia populachera. Hasta los partidos comunistas sucumbieron sin luchar. Todos se rendían a la fuerza absorbente del partido único fascista. En Alemania, el Partido Comunista, que contaba con cinco millones de votantes, se derrumbó como un castillo de naipes. Se había evidenciado que la pluralidad de partidos políticos era impotente para contener al partido totalitario.

En España, con la protección de Mussolini y de Hitler, se creó la Falange, remedo del fascio italiano y del nacionalsocialismo alemán. Pero no lograba progresar entre las capas populares y menos aún entre el proletariado. La radicalización del proletariado español, conseguida por los anarcosindicalistas de la CNT, imposibilitó tanto el desarrollo del Partido Comunista como el de la Falange.

El señorito que creó la Falange carecía de imaginación hasta para aportar una bandera original, y transmutó las dos escuadras del rectángulo de la bandera anarcosindicalista en dos listas apaisadas en la bandera nacionalsindicalista, imitación de la bandera rojinegra aportada por mí a la clase obrera —originalidad ésta que correspondía a todo el proletariado confederal. Su divisa «Imperio azul» era ridícula e incomprensible. Y puesto que la Falange no podría llevar a cabo la reacción fascista a la manera italiana y alemana, se apeló al ejército español, de casta, conspirador y reaccionario.

La CNT iba a dar la gran lección de que, donde fracasan los partidos políticos, el sindicalismo revolucionario, agrupado en potentes sindicatos, puede sustituir a los partidos en todas las funciones de la sociedad, sean de índole política, saliendo a luchar a la calle, o de solución de los problemas económicos.

Alto capital, alto clero, alto mando militar provenían del mismo origen y poseían intereses comunes que defender. Les fue fácil ponerse de acuerdo. Salieron a la calle y, como en Italia y Alemania, los partidos políticos, que estaban en el gobierno, poseían las armas e integraban el Frente Popular, perdieron toda iniciativa.

La CNT era una organización dura, firmemente asentada en lo más profundo del proletariado. Aceptaría el reto de los militares y fascistas españoles. El mundo entero lo calificaría como el absurdo más grande de los anales históricos: «¿Hacerle frente al fascismo? ¡Absurdo! ¡Absurdo! ¡Absurdo!» En

Barcelona se inició la «Obrerada». Pasase lo que pasase, su impacto en la historia sería indeleble y la vida de la Confederación Nacional del Trabajo de España quedaba asegurada para el porvenir.

Cuando se ajustició a Dato

La CNT había llegado a ser la gran organización sindical de los trabajadores españoles. Había tenido que vencer, a partir de 1918-1919, las grandes resistencias que se oponían a su crecimiento. En el medio obrero, tuvo que desplazar a las sociedades obreras de resistencia ugetista, petrificadas en su quietismo gremial proteccionista que impedía el libre juego del trabajo y el libre traslado de una población a otra, para impedir la penetración de lo que ellas llamaban virus anarcosindicalista. Para que la CNT pudiese crecer, tenía que hacer saltar aquella costra. Había que acabar con la influencia del clero sobre buena parte de los trabajadores, atraídos por los Centros Obreros de San José, dirigidos por activistas de la Compañía de Jesús. Tenía que vencer también la CNT a los patronos, agazapados en sus Federaciones patronales y dirigidos desde el Fomento de Trabajo nacional, opuestos a toda reivindicación de los trabajadores, lo que obligaba al planteamiento de huelgas sostenidas por luchas encarnizadas, amparados los obreros por sus grupos de acción y los burgueses por todos los elementos represivos que los gobiernos ponían a su disposición: rompehuelgas, pistoleros, policías, guardias civiles y ejército.

Las cárceles se llenaban de presos sindicalistas, las carreteras de cuerdas de presos en conducción ordinaria, a pie, desde Barcelona a La Coruña, bajo el sol tórrido, bajo la lluvia, bajo las nieves. Los pistoleros del «Libre», entrenados por los jesuítas, protegidos por las parejas de la Guardia civil, acechaban al militante sindicalista a la salida del taller, de su casa, del café, lo abatían a tiros... Uno, dos, tres, hasta treinta y dos una noche célebre en que en el Hospital Clínico ya no tenían donde colocarlos.

Quienes escriben que la CNT no contestó al terrorismo blanco con su propia acción, falsean la verdad. Lo que no hizo la CNT fue cultivar el terrorismo ni el pistolero. Terroristas y pistoleros fueron los que defendían a la burguesía. Los hombres de acción del sindicalismo actuaron en defensa de la clase obrera y en su propia defensa. La CNT tuvo «arlequines azules», como los llamó Angel Samblancat, por el traje azul mecánico que generalmente llevaban cuando se trataba de devolver golpe por golpe.

El mundo del trabajo debe aprender de las luchas de la CNT. En ésta, los militantes fueron todos más o menos hombres de acción. Ningún líder hubiese podido serlo si hubiese rehusado la responsabilidad de ordenar, o preparar o ejecutar una acción conceptuada como necesaria. Por ejemplo, la realización del atentado contra el jefe del gobierno, Eduardo Dato, que ordenó las infames conducciones a pie; que sostenía en el Gobierno civil y Jefatura de Policía de Barcelona a los generales Anido y Arlegui, protectores de las bandas de asesinos y que ordenaban la aplicación a los sindicalistas de la «ley de fugas», el Comité regional de la CNT de Cataluña en pleno lo acordó, con asistencia de todos sus miembros en libertad, desde el secretario Archs hasta Nin, Alberti, Pey, Minguet, y con la conformidad de los miembros destacados por la Comarcal de Reus y en la Comarcal del Alto Llobregat, con sede en Manresa.

De la ejecución del laborioso plan para ejecutar a Dato se encargaron *r,s obreros metalúrgicos: Mateu, Nicolau y Casanellas. Era un equipo de compañeros jóvenes y desconocidos por la policía, de vida y aspecto intrascendente, trabajadores sin tacha, excursionistas y un poco aficionados al motociclismo.

Con este grupo eran cinco los equipos orgánicos que la CNT ponía en marcha para llevar a cabo aquella desesperada operación.

El primer equipo, fue el Pleno del Comité regional, que adoptó el acuerdo. El segundo equipo —Archs, Pey y Minguet— organizó la visita a Dato de la Delegación del Fabril y Textil, en la que incrustó el tercer equipo organizador del plan, compuesto por el secretario del Alto Llobregat y el secretario de la Comarcal de Reus y dos tintoreros de Barcelona, Medín Martí y «Jaume el Pelao». El cuarto equipo, constituido por el secretario de la Comarcal de Reus y el Comité provincial de Tarragona, que se encargaron de la visita a Evaristo Fábregas, millonario de Reus, a quien convencieron para que entregase cinco mil pesetas para gastos extraordinarios de la Organización, financió la empresa.

Cuando aficionados a la historia escriben que la CNT nunca tuvo participación oficial en las luchas violentas de aquellos tiempos, escriben sobre lo que ignoran. Militantes que en su tiempo tuvieron renombre también hablaron así, dando a entender que la acción sindicalista fue obra de compañeros irresponsables que se movían al margen o por encima de los Comités de la Organización. Nada menos cierto. Lo cierto es que lo decían porque ya eran traidores o porque en ellos se estaba incubando la traición: habían sido delatores o ya tenían un pie en el otro lado de la vertiente.

Aquella acción de la CNT no tuvo las características de la espontaneidad. Las veces que acudió a esa práctica —tantas como se hizo necesario—, lo hizo en defensa de la vida de sus militantes y de la existencia de sus Sindicatos. Cuando el Comité regional de Cataluña dio la orden de ejecutar a Dato, ya no se podía resistir ni un día más al acoso de que era víctima la Organización. En aquellos momentos casi hubimos de hincar la rodilla. Los golpes que nos propinaban eran demoledores. Dato, el clero y los capitalistas habían ordenado a las fuerzas de orden público y a los pistoleros acabar con la CNT y sus militantes.

Pero los Comités, aun en la clandestinidad, seguían su labor. Iban y venían. Genaro Minguet, del Comité regional, hizo llegar al secretario de la Comarcal de Reus, por conducto del compañero llamado «Moreno de Gracia», la orden: «El próximo jueves, a las ocho de la noche, en la farola frente al Wonderbar, en la Brecha de San Pablo».

—¡Hola! ¿Cómo estáis allá de dinero?

—Mal, todo cerrado, bastantes presos y muchos perseguidos.

—Nos han informado de que salís adelante por procedimientos extraordinarios... ¿Es cierto?

—Sí, es cierto. Ahora obligamos a los burgueses a cotizar.

—Muy bien. Tú fuiste a Madrid, ¿no?

—Sí.

—Pues ha llegado el momento. Pero necesitamos cuatro o cinco mil pesetas. ¿Podéis aportarlas?

—Creo que sí, pero tardará una semana.

—De acuerdo. Dentro de una semana exacta, a la misma hora, aquí.

—¡Salud!

—¡Salud!

Una semana después, a la misma hora, en la farola del Wonderbar.

—¡Hola!

—¿Hecho?

—Hecho. Toma, son cuatro mil pesetas.

—Perfecto. No te doy recibo, pero ya oiréis tronar.

—Si no tenéis quién, contad con nosotros.

—Sí, tenemos con quién. Pero bueno es saberlo. ¿Quiénes sois, tenéis mecánico?

—Yo, Batlle Salvat, Saborit, éste chófer y mecánico.

—Conozco a Saborit, es bueno. De ti, ni que hablar. Y tenemos de hacer mucho tiempo las mejores referencias de Batlle Salvat. Si fallan los que tenemos, te avisaremos. ¡Salud!

—¡Salud!

Tampoco esta vez íbamos a caer de rodillas.

Algún tiempo después José Batlle Salvat y yo estábamos presos gubernativos en la Modelo de Barcelona. Aquella tarde, el oficial de turno de la galería nos dijo que estuviéramos preparados para salir al día siguiente de conducción ordinaria a Galicia. Nos pusimos de acuerdo para intentar fugarnos en el camino. Pero ya no se realizó la conducción de nosotros ni de otros presos. Aquel atardecer, alrededor de las siete, las galerías de la Modelo de Barcelona atestadas de presos se venían abajo a los gritos de «¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Han matado a Dato!»¹ Y por las ventanas enrejadas salían broncos los cantos revolucionarios:

*«Hijos del pueblo
te oprimen cadenas.
Tanta injusticia
no debe seguir.
Si tu existencia
es un mundo de penas...
Antes que esclavo
prefiere morir.»*

Sánchez Guerra, conservador de tendencia liberal, sucedió a Eduardo Dato en la presidencia del Consejo de ministros. Y el mismo día que tomó posesión de la jefatura del gobierno las prisiones de España abrieron sus puertas para dar salida a los miles de presos anarcosindicalistas que sufrían prisión gubernativa. Eran los rehenes que tenía el Estado retrógrado burgués, clerical y militarista.

Fue una gran victoria de la CNT. También fue la victoria de aquella juventud que a punta de pistola mantuvo en pie una organización sindical sin par en el mundo.

Quando asesinaron al «Noi del Sucre»

La recuperación de la CNT fue rápida. El restablecimiento de las garantías constitucionales lanzó a centenares de sus militantes a la obra de reconstrucción orgánica. Asambleas, mítines y conferencias se producían ininterrumpidamente. Las rotativas y máquinas planas sacaban miles de ejemplares de diarios y revistas. En la imposibilidad económica de convocar un Congreso nacional, la CNT se reunió en Zaragoza aquel verano (1921) en una Conferencia nacional de Sindicatos.

La CNT salió de la represión con más fuerzas que nunca. Fuertes ramas de su cuerpo, como Archs, secretario del Comité regional de Cataluña, y Evelio Boal, secretario del Comité nacional, y otros muchos, fueron asesinados por pistoleros o por la «ley de fugas». Para la CNT, la pérdida de aquellos valiosos militantes fue como una poda, tras la que le brotaron con mayor vigor nuevas ramas...

1. [NDE]. El 8 de marzo de 1921.

Los enemigos de la clase obrera, las derechas retrógradas y los capitalistas, los grandes terratenientes y la nobleza monarquizante, el alto y bajo clero, los carlistas y requetés, todo cuanto sólo puede subsistir con la extorsión de los humildes, se agitaban también, pero en dirección contraria.

Recibí una carta anónima que decía: «Ya sabemos que a las ideas no se las mata. Pero pueden ser desangradas. Es lo que estamos haciendo, desangrarlas. Y ahora te toca a ti». El anónimo me fue dirigido en carta depositada en el buzón de *Solidaridad Obrera*, cuya redacción se encontraba entonces en un piso de la calle Conde del Asalto, en pleno Distrito V, que Samblancat llamara «Distrito Huevos de Barcelona». Me lo entregó Liberto Callejas, que lo recogió con la correspondencia para el periódico.

Lo de «las ideas no se matan, pero pueden ser desangradas» evidenciaba la dirección que seguían los pensamientos de quienes se habían propuesto acabar con nosotros por la vía expedita del asesinato. Acababan de ser asesinados a tiros los compañeros Salvador Seguí y su acompañante Paronas. La ciudad estaba conmovida porque el «Noi del Sucre» era una institución. En los centros confederales se manifestaba una efervescencia hasta entonces nunca conocida. Se hablaba de la desertión de prestigiosos militantes, y se citaban nombres: Simón Piera, Salvador Quemades, Emilio Mira, España, Valero —¿cuántos más?— que prudentemente se alejaban. ¿Y los que, no tan conocidos, dejarían de aparecer por los locales de la Organización? ¿Y los que dejarían de cotizar a nosotros para hacerlo en los sindicatos amarillos del «Libre»?

¿Se doblaría la militancia anarcosindicalista de Barcelona?

Al año justo de haber terminado con el ominoso período de represiones sangrientas contra la CNT, se reprodujeron en Barcelona las violencias. Nuevamente iba a ser puesto a prueba el temple de los militantes del anarcosindicalismo. En Manresa los pistoleros del «Libre» atentaron contra Pestaña, causándole graves heridas. Pey, el compañero de Archs, fue asesinado a la salida del trabajo. Cuando se dirigían al Sindicato de la Madera fueron asesinados el ebanista Salvadoret y el barnizador Albaricias, viejos y prestigiosos militantes.

Salir otra vez a la calle se hacía inevitable. Pero no se sabía cómo hacerlo. Faltaba la decisión de los Comités local y regional del tiempo pasado. Nuestras juventudes, los ángeles exterminadores de la etapa anterior, habían vuelto a sus libros y a sus excursiones domingueras por montes y playas.

El asesinato de Seguí y Paronas, caídos en el cruce de las calles Cadena y San Rafael, en pleno barrio obrero, lo sacudió todo como una descarga eléctrica. Los locales de los Sindicatos de Barcelona volvieron a estar concurridísimos. Viejos anarquistas, viejos y jóvenes sindicalistas, apenas conocidos, iban llegando. Llevaban sus pistolas, recién desenterradas, ya dispuestos para la lucha. No, no se quería caer de rodillas. Se quería luchar de nuevo. ¿Pero cómo? Nunca se había visto tanto vacío sobre lo que debía hacerse. Se supo que viejos militantes se habían separado de la CNT ostensiblemente, queriendo significar con ello que no tendrían que ver con lo que ocurriera.

No caeríamos. Eran muchos los dispuestos a todo. La consigna fue pasando en voz baja. Iba a celebrarse una reunión importante de militantes de absoluta confianza, convocada por los Comités regional y local de Barcelona. Se celebraría al día siguiente, antes de que fuesen enterrados Seguí y Paronas. El lugar de la reunión era una isleta poblada de arbustos en un lugar de la riera del Besos.

No hubo discursos. Se acordó que no estábamos dispuestos a rendirnos, que trataríamos de contestar con un amplio movimiento revolucionario si nos secundaban Marcelino Domingo y Alejandro Lerroux, dos políticos radicales

del republicanismo. Fue elegido un Comité de acción, llamado también Comité ejecutivo, con toda la autoridad y los recursos de la Organización. Sin discusión, fueron propuestos y aprobados para integrarlo los compañeros Ángel Pestaña, Juan Peiró, Camilo Piñón y Narciso Marcó.

La CNT acordó volver a ser de acción, y en la dirección de la campaña, que iba a empezar colocó a sus más prestigiosos militantes de afluente momento. En esta ocasión, al igual que en los años 1919-1922, la acción sería de un acuerdo orgánico, para ser cumplido por todos los militantes y puesto en práctica como medida extrema de supervivencia. Se consideraba la vida de los militantes como la vida de la Organización. O eran defendidos, o los Sindicatos pasaban a ser órganos muertos como los de la UGT, que cuando iban a las huelgas era para perderlas, arrastrando a la miseria a las familias de los trabajadores. (Huelga planteada por la UGT era huelga perdida; su táctica de resistencia a base de pagar jornales a los huelguistas agotaba las cajas de resistencia de sus afiliados, primero, y después la de los trabajadores de la localidad, u oficio en el plano nacional. Los sindicatos de la CNT, con sus tácticas de acción directa, obligaban a los patronos a buscar rápidas soluciones a los conflictos. En la CNT las huelgas no podían durar, porque no existiendo cajas sindicales de resistencia, la situación económica de los trabajadores reclamaba una participación activa de todos en la lucha, desde el presidente del Sindicato, también trabajador en activo, hasta el último de los aprendices en huelga.)

El Comité de acción elegido en Besos se encontró pronto en el caso de tener que afrontar la segunda parte de los acuerdos recaídos en la reunión clandestina de militantes: responder a los atentados con el atentado, pero por arriba, para que sus efectos se hiciesen sentir lo más pronto posible. Sus gestiones cerca de Marcelino Domingo y de Alejandro Lerroux habían terminado en un fracaso, como era de esperar. Ambos capitostes del republicanismo radical eludieron el compromiso con la CNT, alegando su carencia de medios con que ir a la revolución. La CNT, recién salida de una larga etapa de persecuciones, clausuras de Sindicatos y cotizaciones raquíticas, se encontraba también sin reservas económicas. El Comité ejecutivo carecía de lo más elemental: equipos de hombres lo suficiente duros para ir adonde hubiera que ir y medios económicos con que sufragar los enormes gastos que aquella táctica exigiría.

Entre tanto, sin que en ello tuviese intervención el Comité ejecutivo, habían tenido lugar dos chispazos muy fuertes, con saldo de víctimas de nuestros enemigos del «Libre» y del Requeté.

El grupo de acción llamado del «Escombraire», del que era cabeza Rafael Torres Escartín, obrero pastelero que ejercía sus funciones en el hotel Ritz, había asaltado a tiro limpio el local central del Requeté, en la entrada de la calle de Portaferrisa, dejando un reguero de muertos y heridos.

Francisco Ascaso, Juan Figueres y yo, que habíamos ido al café La Alhambra, de Manresa, al entrar nos topamos de cara con los más altos dirigentes de los «Libres»: Eguía, secretario general, el tesorero general y dos guardaespaldas, que al vernos entrar, suponiéndonos intenciones de agredirlos, sacaron rápidamente sus pistolas y empezaron a dispararlas en dirección nuestra; nosotros tres, más rápidos, o más certeros, los abatimos gravemente heridos.

Cuando Ascaso y yo regresamos a Barcelona, me encontré con un recado de Pestaña, pidiendo tener un cambio de impresiones conmigo. Nos reunimos en su humilde pisito de la calle de San Jerónimo, muy cerca de donde viviera el «Noi del Sucre» y de donde lo mataron. Me dijo:

—Celebro que en Manresa no te ocurriera nada malo. Fue en Manresa donde esos asesinos del «Libre» me cosieron a balazos. Y desde entonces iban

a Manresa como si fuese su coto privado. Supongo que ya nunca más aparecerán por allá.

—Querías hablarme de algo, ¿verdad, Ángel?

—Sí, quería hablarte de algo muy serio y que me han encargado los demás compañeros del Comité ejecutivo. Con ello quiero decirte que el acuerdo fue unánime. Conoces los acuerdos que recayeron en Besos. Es fácil reunirse y adoptar acuerdos. Lo difícil es llevarlos a la práctica. El primer acuerdo, imposible de realizar. Lerroux y Domingo no quieren arriesgarse. Queda, pues, el segundo. Para llevarlo a la práctica necesitamos hombres capaces y el dinero que puedan necesitar. Carecemos de lo uno y de lo otro. Hablando de ello con Genaro Minguet, que es de mi sindicato y es lo que nos queda de aquel Comité regional que llevaba Archs, me dijo: «Habla con el que teníamos de delegado especial en Reus». O sea, contigo. «Acaso él os resuelva todos los problemas». ¿Qué me dices?

—Te escucho. Pero sé más preciso.

—Hablé del asunto con Peiró, con Piñón y con Marcó. Están de acuerdo. Y yo también lo estoy. Necesitamos que formes un grupo para llevar a cabo, de inmediato, dos ejecuciones: la del pretendiente don Jaime, jefe de los requetés, y la del general Martínez Anido. Don Jaime vive en París y Martínez Anido se encuentra actualmente en San Sebastián. Las ejecuciones de esos dos personajes pueden paralizar a nuestros enemigos.

—Está bastante bien visto. Creo poder organizar un grupo que lleve a cabo los dos asuntos. Y...

—Esa es la otra parte del encargo, Juan... No tenemos ni una peseta. Las cajas de toda la Organización están vacías. Minguet me dijo: «Si él se hace cargo, puede resolverlo todo». ¿Qué me dices?

—¿Cuál es el acuerdo concreto del Comité?

—Acordamos darte carta blanca. Forma el grupo y saca el dinero de donde se encuentre. Pase lo que pase, os cubriremos ante la Organización y ante el mundo. En París, don Jaime vive en un palacete de la rué Varenne. Te daré la dirección en San Sebastián de Martínez Anido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Formé el grupo, que se llamó «Los Solidarios», con Eusebio Brau, Alfonso Miguel y yo, catalanes; Rafael Torres Escartín, Francisco Ascaso y Alejandro Ascaso, aragoneses; Ricardo Sanz y Miguel García Vivancos, levantinos; Aurelio Fernández, asturiano; Gregorio Suberviela, castellano; Buenaventura Durruti, Antonio «El Toto» y Manuel Campos «Torinto», leoneses; y Bargutia, vasco. Eramos muchos, acaso demasiados. Pero la mayor parte a prueba, por no haber participado algunos en luchas de tal naturaleza, por lo que era de suponer que no faltarían quienes nos dejasen en el camino, por cansancio, por prisión, por muerte.

Se fue resolviendo el problema financiero del grupo. Con Eusebio y un compañero de Badalona llamado Blanco, ambos fundidores, se montó una fundición de granadas de mano, con vistas a una elemental preparación revolucionaria. Con Liberto Callejas y Felipe Alaiz se creó un periódico anarquista de gran formato y para ser distribuido gratuitamente, titulado *Crisol*. Parte del grupo marchó a París, no encontrando a don Jaime de Borbón, quien seguramente por soplo recibido entró de incógnito en España para esconderse en el monasterio de Montserrat. A los que fueron a San Sebastián se les escapó Martínez Anido, debido, se dijo, a que un policía de la escolta del general se tropezó con Torres Escartín, y ello bastó para que se dieran a la fuga tanto el general como los guardaespaldas.

Los que fueron a París —Durruti y otros dos que todavía viven— regresa-

ron a su base ante la imposibilidad de dar cumplimiento al encargo recibido. No ocurrió lo mismo con los que fueron a San Sebastián, Rafael Torres Escartín, Francisco Ascaso y Aurelio Fernández, quienes, tras hacer el viaje a La Coruña, por haber recogido rumores de que el general se había trasladado a la ciudad gallega, en lugar de regresar directamente a Barcelona, les dio por hacer escala en Zaragoza, por aquello de visitar a parientes, amigos y compañeros. ¿Qué ocurrió? Alguien les dio la pista del cardenal Soldevila, y lo ejecutaron. En aquel entonces, el cardenal era jefe de la reacción española.

Por su parte, los leoneses «Toto» y «Torinto», miembros del grupo que fueron de visita a León, ejecutaron a Regueral, ex gobernador de Bilbao, donde se distinguiera en la encarnizada persecución de los huelguistas de las minas y de las grandes factorías metalúrgicas.

Fui llamado a rendir cuentas al Comité ejecutivo. Esta vez Pestaña estaba acompañado de Peiró. Ambos me recibieron muy serios, sin poder ocultar la iniciación de una sonrisa.

Pestaña inició la conversación:

—La presencia de Peiró está relacionada con el fondo del asunto que hemos de tratar. Tú sabes que nada de lo que convinimos tú y yo se ha realizado. En cambio se han realizado cuatro ataques al enemigo, que no habían sido objeto de discusión y acuerdo. Revisemos lo que tratamos y no se ha hecho, y lo que se ha hecho y no tratamos. Este es el motivo de la presencia de Peiró, porque el Comité no está del todo de acuerdo con lo que se ha hecho. Admitimos como aceptables, porque se encuentran dentro de la línea de actuación acordada en la reunión de Besos, el asalto al Centro de los requetés de la calle Portaferriosa y el del Alhambra de Manresa. Siendo el acuerdo del Besos pegar por arriba, aunque extemporáneos, los dos asuntos referidos encajan en el acuerdo. En cambio no están en la línea ni fueron tratados ni acordados, la ejecución de Regueral en León ni la del cardenal Soldevila en Zaragoza. Y sabemos con certeza que son obra de elementos del grupo «Los Solidarios» que formaste por encargo nuestro. El Comité ejecutivo habría aceptado cualquier responsabilidad si se hubiesen realizado las ejecuciones de Jaime de Borbón y de Martínez Anido, porque con ambas pensábamos paralizar los ataques de nuestros enemigos.

—Tenéis y no tenéis razón. Cierto que tú me indicaste los dos personajes designados por el Comité. Cuando los tres del grupo designados llegaron a París, don Jaime ya había huido, lo que parece indicar que antes hubo confidencias. Martínez Anido también huyó de San Sebastián al tiempo de llegar los tres miembros del grupo. No estoy muy convencido de la explicación dada por estos compañeros. Creo, más bien, que también hubo confidencias. El que para salvar la vida a Martínez Anido se le haya nombrado Alto Comisario en Marruecos parece confirmarlo. Es cierto que no fue acuerdo del Comité que se ejecutase a Regueral y al cardenal. Tampoco fue acuerdo del grupo «Los Solidarios». «Toto» y «Torinto» se encontraron con Regueral en Toledo y se lo llevaron por delante. Ascaso, Torres Escartín y Aurelio se encontraron con el cardenal en Zaragoza y también se lo llevaron por delante. Según ellos, si el acuerdo del Besos fue pegar alto, ellos están dentro del acuerdo, pues pegaron alto. Vosotros, los del Comité, no estáis de acuerdo. Yo, enlace entre el Comité y el grupo, tampoco estoy de acuerdo.

Intervino Peiró:

—Entonces, según tú, el grupo que has constituido está compuesto de irresponsables. Hacen lo que quieren o lo que se acuerda en León y en Zaragoza. Y la responsabilidad es para nosotros, los del Comité.

—Sí, son irresponsables, a nuestra manera. Son responsables, a su manera. Nuestra manera, a la que tú te refieres, Peiró, es la manera catalana. La

manera de ellos, aragoneses, asturianos y leoneses, es diferente a la nuestra. Por eso, precisamente, creo que hubo confidencia en lo de París y en lo de San Sebastián. Para esa clase de compañeros no catalanes, no tendría interés ser de acción si sus hechos no hubieran de saberse, antes o después de realizarse. Necesitan hablar, siquiera sea con compañeros muy afines.

—¿Y no es responsabilidad tuya el haber escogido a esos compañeros? —preguntó Peiró.

—En efecto, lo es. Y yo los escogí por la misma razón que tuvisteis vosotros, los del Comité, cuando no lograsteis ponerlos de acuerdo con los compañeros de los grupos de Sans, con los que tratasteis antes de haberme llamado, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto.

—Bien, los hechos están ahí, consumados. Comprendo la inquietud del Comité. Os preguntáis cuáles serán las repercusiones para vosotros y para la Organización de la ejecución del cardenal Soldevila. El golpe fue dado tan arriba, que un peldaño más y salta la corte celestial. Lo hicieron saltándose a la torera la autoridad del Comité y del grupo. Y tirando al buen tuntún, dieron en el clavo: han acabado con el terrorismo blanco, que nos dejaba sin compañeros.

—Y nos han colocado frente a un posible golpe de Estado, y carecemos de preparación para hacerle frente.

—Me doy cuenta de que el Comité os ha encargado algo muy especial. Mejor que me lo digáis. ¿De qué se trata?

—Puesto que no puedes asegurar tu autoridad en el grupo, debes disolverlo. Por su parte, el Comité acordó también disolverse. Estamos a un paso de un golpe de Estado y el problema ha dejado de ser de Barcelona para pasar a ser nacional.

—Lo comunicaré al grupo. No podré hacerlo enseguida. La mayor parte de sus miembros están dispersos.

Esta es la verdad sobre la CNT. Organización verdadera, humana, apasionada, realista, siempre grande en sus gestas, en sus luchas; con militantes hechos a todo, a la muerte cuando las balas asesinas los sorprendían, cuando había que segar la vida de los enemigos. No hubo otra CNT. No existió una CNT carente de hombres de acción. La acción, en nuestra Organización, era producto de las grandes resistencias que a su crecimiento oponía la infinita gama de intereses creados por la sociedad burguesa. Para poder crecer y desarrollarse, la CNT tenía que hacer saltar la costra que impedía su crecimiento. De ahí que fuese violenta en sus métodos. Y la cantidad de su violencia correspondía exactamente a la cantidad de violencia que se le oponía.

El atentado contra el cardenal Soldevila en Zaragoza causó una indescriptible sensación. Cesaron los asesinatos de militantes confederales y hubiérase dicho que habían desaparecido los del «Libre».

A favor de aquel apaciguamiento, el Comité ejecutivo nombrado en la riera del Besos pudo presentar su renuncia al Comité local y al Comité regional de la CNT, recomendando que la Organización se ocupase en el plano nacional de las medidas a tomar ante la inminencia de un golpe de Estado.

Las posibles consecuencias del desastre de Annual, que ponía en causa hasta a Alfonso XIII; la agitación separatista en Cataluña, y la imposibilidad de dominar a la CNT, motivaban idas y venidas desde el palacio real a los cuartos de banderas de los cuarteles, pasando por los monasterios, las sacristías y los centros de Acción Católica. Las actividades conspirativas desplega-

das por personajes como Cambó, representante de la alta burguesía catalana, apuntaban como flechas hacia el esperado golpe de Estado.

En aquel verano de 1923 la CNT se reunió en Valencia en Pleno nacional secreto de Regionales. A él acudieron, sin excepción y con plenos poderes, los representantes de todos los Comités regionales. Los acuerdos que recayeron, por unanimidad, fueron de naturaleza tan grave que conviene hacerlos públicos. Fueron éstos: 1. Considerar de extrema gravedad la situación política y social de España. 2. Advertir a todos los órganos de la CNT la inminencia de un golpe de Estado por parte de los militares españoles. 3. Conveniencia de que nuestra Organización se apreste a la lucha violenta contra los militares y su golpe de Estado. 4. Ante la precaria situación económica y de armamentos de nuestra Organización, que nos imposibilitaría hacer frente a los militares golpistas, se recomienda a todos los Comités superiores de la CNT preparen y lleven a efecto asaltos a bancos y demás centros de acumulación de dinero, para con sus productos comprar armas y proveer a la fundición de granadas de mano. 5. Recomendar que, para la puesta en práctica de todos los acuerdos del Pleno de regionales, se proceda a un cabal entendimiento entre los Comités de la CNT y los grupos anarquistas de cada localidad.

Estos acuerdos eran extremadamente graves. Pero la CNT estaba acostumbrada a adoptarlos y llevarlos a la práctica. El Pleno decidió el traslado del Comité nacional a Sevilla. Su secretario nacional fue el compañero Manuel Adame, que asistió al Pleno formando parte de la representación de la Regional de Andalucía y Extremadura.

Donde primero se puso en práctica el acuerdo de asaltar bancos para la compra de armamentos fue en Sevilla. El grupo asaltante, que desgraciadamente cayó preso, estaba comandado por el propio Manuel Adame.

Por su parte, en Barcelona y en Asturias, el grupo «Los Solidarios», que no se disolvió, dejó los atentados para centrarse en la preparación revolucionaria, al servicio de la organización CNT y de los grupos anarquistas, lanzándose también a los asaltos, a la creación de fundiciones de granadas de mano y a la compra de fusiles y pistolas.

La decisión de la CNT y de los grupos anarquistas fue tardía. No llegó a tiempo. La reacción española estaba preparada para golpear. A su disposición tenía todas las fuerzas armadas del país y contaba con la bendición de la Iglesia católica y con los recursos económicos de la alta burguesía y de los grandes terratenientes.

De acuerdo con el rey, el general Sanjurjo, entonces capitán general de Aragón y ferviente monárquico, debía iniciar el golpe de Estado con la guarnición a su mando. Del plan se enteró Francesc Cambó, quien invitó al general Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, a una comida en el balneario de Caldas de Malabella. Son de Cambó las siguientes palabras de su planteamiento al general Primo de Rivera: «Sanjurjo tiene el encargo de iniciar el levantamiento militar en Zaragoza y de ponerse él al frente. Se trata de acabar con el gobierno y de disolver el Parlamento y liquidar el expediente Picasso sobre responsabilidades en Marruecos. Todo eso estaría muy bien si el punto inicial de la sublevación fuese Barcelona y no Zaragoza y si en lugar de Sanjurjo fuese Primo de Rivera. De una vez por todas y para siempre, entérense ustedes los militares: todo golpe de Estado debe empezar por aplastar a los anarquistas catalanes».

El general Primo de Rivera se adelantó en quince días a los planes de Alfonso XIII y del general Sanjurjo. Alfonso XIII nunca se lo perdonó. Se sirvió de él y en la primera oportunidad lo despidió, para que fuera a morir a París.

La CNT no pudo hacer frente al golpe de Estado de Primo de Rivera. De-

bilitada por la pérdida de militantes, ¡careció en el momento decisivo del arranque necesario para enfrentarse al ejército. «Todo golpe de Estado debe empezar por aniquilar a los anarquistas catalanes». Y así se hizo. Dos meses antes de iniciar el golpe de Estado, se llevó a cabo en Barcelona tal cantidad de detenciones seleccionadas que llenaron las celdas de la cárcel Modelo con los anarcosindicalistas más notorios y mejor preparados para el tipo de lucha que debiera haber sido planteada a Primo de Rivera. Y no fue eso lo peor. A cada preso se le hizo objeto de acusaciones y procesos, de manera que cuando, dos meses después, Primo de Rivera asumió la dictadura, los procesados en aquellas especiales circunstancias fueron llenando los penales españoles.

La táctica de acabar con la CNT por el aniquilamiento de sus mejores militantes, si bien no logró hacerla caer de rodillas, sí consiguió debilitarla de tal manera que, a la hora de tener que hacerle frente a la dictadura militar, la CNT no pudo ni siquiera declarar una huelga general de protesta. Se luchó, ciertamente, durante aquellos ocho años ominosos de dictadura. Pero no colectivamente, como hubiese sido de desear, sino a base de grupos sueltos, en los sucesos de Bidasoa, en el asalto al cuartel de las Atarazanas de Barcelona, en las tentativas de acabar con Alfonso XIII en París y con el dictador en Madrid, hechos o tentativas en los que siempre tuvo parte activa el grupo «Los Solidarios», desde el extranjero o desde el interior de las fronteras.

De «Los Solidarios» murieron entonces tres: Eusebio Brau en Asturias, a tiros con la Guardia civil, y Manuel Campos y Gregorio Suberviela en Barcelona, a tiros con la policía. Los demás salieron de una prisión para entrar en otra. Los que quedaron, aprenderían la lección. Con el nombre de «Nosotros», casi todos en puestos clave de la CNT en Cataluña, y sin participar en la dirección de la FAI, dirigieron y llevaron a cabo la derrota de los militares en julio de 1936.

La falta de unidad ideológica se hizo sentir enormemente en el curso de la guerra civil. Continuó cuando el manto del exilio hubo caído sobre nosotros. Dividió a nuestros militantes en los campos de concentración, en las localidades de su residencia, en el seno de las familias.

Cuando estoy llegando al final de estas memorias, al final de mi vida de luchador, todavía están latentes todas las divisiones. Por ellas podemos explicar nuestra derrota en el exilio. Los refugiados vivieron divididos. Los refugiados murieron divididos.

Cuando el Comité ejecutivo designado en la reunión del Besos me llamó para darme el encargo de paralizar la matanza de compañeros que realizaba la reacción, convoqué reuniones de grupos anarquistas de Barcelona —grupos de afinidad y grupos de acción— en los altos del Sindicato Unico de la Madera, en la calle de San Pablo.

Los resultados de estas reuniones fueron positivos. Los acuerdos adoptados condujeron a que el anarquismo militante barcelonés adquiriese fisonomía orgánica y asumiese responsabilidades de carácter social. Se incorporaba a las luchas generales del proletariado español, lo que hasta entonces no había hecho, limitando sus reducidos grupos de afinidad las actividades a la propaganda escrita en hojas y pequeños periódicos, de reducido tiraje y salida irregular. En aquellos momentos ya no aparecían *Bandera Roja ni Bandera Negra*, que fueron órganos de expresión de los grupos ortodoxos esta última y de los más abiertos a los tiempos modernos la primera.

Los acuerdos recaídos fueron los siguientes: 1. Aceptar las resoluciones de la reunión del Besos, asignándome la representación de enlace con el Comité ejecutivo. 2. Comprometerse a silenciar las pistolas y actuar solamente

a requerimiento del Comité ejecutivo. 3. Crear una Federación local de Grupos anarquistas de Barcelona. 4. Constituir un Comité de relaciones anarquistas de Barcelona. 4. Constituir un Comité de relaciones anarquistas de la Región catalana. 5. Promover la creación de un Comité de relaciones anarquistas de España y contribuir económicamente a la celebración de un Congreso nacional de Grupos anarquistas. 6. Aprobar la salida del periódico *Crisol*, llevada a cabo por el grupo «Los Solidarios», manteniendo en sus puestos de dirección y administración a Felipe Alaiz y Liberto Callejas. 7. Designarme delegado de Cataluña por los grupos al Pleno nacional de Regionales de la CNT que había de celebrarse en Valencia en aquellos días, con mandato de influir para que la Organización, ante la imposibilidad de defender la vida de sus militantes de manera individual por la sola acción de los atentados, fuese más allá de los acuerdos del Besos y adoptase las resoluciones pertinentes para una rápida preparación revolucionaria de carácter nacional, para hacer efectiva la defensa de la vida de sus miembros por la acción colectiva puesta en marcha por la revolución social, no debiendo importar los métodos para lograr los medios económicos necesarios a la empresa.

A partir de aquellas reuniones de grupos anarquistas celebradas en el primer tercio del año 1923, inmediatamente después de la muerte del «Noi de Sucre» y de la reunión del Besos, se produjo la fusión en la manera de opinar y actuar de los anarquistas de acción y de los teóricos, con los elementos duros del sindicalismo confederal, que hasta aquel momento se habían ignorado mutuamente, en el mejor de los casos, porque a veces se recurría al vituperio, llamándose mutuamente «sindicaleros» o «anarqueros». *Bandera Roja* y *Bandera Negra* habían sido los portavoces de ambas posiciones antagónicas.

La fusión de pensamiento y acción de los sindicalistas revolucionarios y de los anarquistas barceloneses, que se extendería a toda España, se produjo sin acuerdos previos entre la CNT y los grupos anarquistas. Era una fusión cuya espontaneidad estaba determinada por la gravedad de las circunstancias. Sería inútil buscar en desaparecidos archivos las constancias de tales acuerdos, que dieron nacimiento al anarcosindicalismo. No se encontrarían ni actas ni notas que las hubiesen recogido. Era frecuente que cierta clase de acuerdos, por la gravedad de su contenido, no fuesen registrados ni escritos.

Cuanto se deliberaba y concertaba quedaba registrado en la memoria de los participantes. Se trataba de una entente espontánea. Y que fue sostenida, con aciertos originales, hasta el 23 de julio de 1936.

Cuanto escribo en estas páginas forma parte del recuerdo de mi larga vida de luchador. Las memorias de lo que hice durante mi permanencia en México se han ido convirtiendo en la transcripción de una serie de remembranzas. ¿Algo de mi vida? A ciertas edades, cuanto acontece se vincula inevitablemente al dolor de estar viviendo. Son las hojas que se van cayendo.

Nuestro hijo Juan se mató en accidente de automóvil, a la salida de Santiago Ixcuintla, en el estado de Nayarit, el 19 de enero de 1964. Hasta allí fuimos Pilar y yo, conducidos por un excelente amigo, Rene Rivial. Solamente entré yo a verlo, yacente en la larga piedra de las autopsias legales. Gracias a los buenos oficios de Rene, logramos trasladar el cuerpo de Juan, para enterrarlo en Guadalajara. Murió muy joven, cuando estaba por cumplir 25 años. Nació en el exilio, y sin patria y exilado murió. Pilar y yo tuvimos que acostumbrarnos a la soledad de la falta de Juan. Con los años, el recuerdo se des-

vanece, pero continúa estando levemente presente. Lo que lo hace inolvidable, es la soledad.

El paso de los días

Entré a trabajar en la división de anilinas de la compañía ICI de México, S. A. ICI de México es el anagrama de la transnacional inglesa Imperial Chemical Industries, complejo industrial enorme, que produce medicamentos, explosivos, plásticos, pinturas y anilinas.

Los ingleses se distinguían mucho en los medios altamente americanizados del comercio de productos químicos de México, donde en pasando de los 35 años se cierran las puertas a las oportunidades de un trabajo bien remunerado. Los «gringos», como son conocidos por aquí los norteamericanos, miran al contratar al hombre como si se tratase de un caballo: la edad, exponente seguro de que se puede correr, y si se tienen todos los dientes. Los ingleses conceden más importancia a la calidad comprobada que a la edad de sus nuevos empleados.

A los 64 años cumplidos, fui aceptado como representante de ICI para los Estados de Jalisco, Guanajuato, San Luis Potosí, Aguascalientes y Michoacán. Fue un tiempo en que tuve que trabajar mucho. En lo tocante a dinero, nunca habíamos estado mejor Pilar y yo. Por primera vez, después de 25 años de trabajar en el país, pudimos tener una pequeña cuenta de ahorros. Lo que era para estar alarmados, pues nuestra ley de existencia realizaba cabalmente el aforismo catalán de «*cuan jan goig, es moren*», «cuando son bonitos de ver, se mueren». Comentándolo con Pilar, que me llamaba exagerado, le decía: «El Puente del Diablo de Tarragona lleva más de dos mil años allá. Cuando tú y yo queramos ir a verlo, se derrumbará».

No se cayó todavía el Puente del Diablo de Tarragona, posiblemente porque no hemos podido ir a contemplarlo. Pero algo peor me ocurrió a mí. Ironías de la suerte: un oficial del departamento de Tránsito de León, en el Estado de Guanajuato, montado en su motocicleta, se me echó encima, me levantó y arrojó contra el piso de la calle, donde me quedé como un pelele, la cara partida y ensangrentada y la pierna izquierda con doble fractura de la tibia y sencilla del peroné.

Afortunadamente, había pagado durante años las cuotas del Seguro Social, del que, por haber ingresado en el año 1944, era uno de los socios fundadores. Nunca había aprovechado sus servicios. En León, solo y lejos del hogar, entre el Hospital civil, adonde querían llevarme los oficiales de Tránsito que acudieron, y el Hospital del Seguro Social, opté por este último.

Mi decisión de ser trasladado al Hospital del Seguro Social fue un acierto. Las fracturas de mi pierna eran graves. Fui bien operado, eludiendo, por el momento, la amputación, mediante la sujeción del trozo de tibia desprendido con una placa metálica sujeta con tornillos. Pilar estuvo en León todos los días. Al cabo de quince de ser operado pude ser trasladado a mi hogar en Guadalajara. Era el día antes de la Navidad de 1968. Nuestro amigo Rene nos prestó sus buenos servicios, conduciéndonos en su carro, habilitado de ambulancia, hasta casa, donde nos esperaba la buena de Lupita, mujer de Rene, con todo preparado para recibirnos adecuadamente: cama mecánica de hospital y la comida a punto de ser tomada. Excelentes amigos.

Tuve catorce meses la pierna escayolada. Pilar pasaba sus angustias porque conocía —y me las ocultaba— las que tenía el médico que me atendía, quien ante el casi nulo progreso de encallamiento de las fracturas, temía que llegase el momento de tener que amputar la pierna. Afortunadamente, en el

último trimestre se formó suficiente callo en las fracturas, permitiendo quitarme, esta vez para siempre, el largo enyesado, apareciendo mi pierna como una estaca de igual grosor desde el comienzo al final.

Después vino el período de rehabilitación, muy largo también, con ejercicios, corrientes eléctricas, hidroterapia y ensayos con andaderas de ruedas. Las muletas las deseché enseguida, por peligrosas y producir grandes dolores en el nervio axilar. Y yo empeñado en que tenía que andar muy erecto, como si nada hubiese ocurrido. Creo que lo logré finalmente. Pero hube de dejar el trabajo de representante de ICI de México y acogerme, a los 68 años de edad, al subsidio de vejez que concedía el Seguro Social.

Todo lo que tenía de bueno el Seguro Social en atenciones médicas para los derechohabientes que se encontraban en el trance que pasé, lo tenía casi de nula eficacia en lo que se refería a las pensiones para los jubilados. El costo de la vida subía constantemente y las pensiones aparecían inamovibles. En treinta y ocho años, el Seguro Social introdujo dos modificaciones a la tabla de pensiones a pagar al derechohabiente: una del 34 % y otra del 2 %. En ese lapso de tiempo, un pollo que costaba un peso pasó a costar 20, y el alquiler del departamento, de 70 pesos había subido a 1 400 pesos mensuales.

Pilar acudió al quite, como dicen en su Madrid de origen, y se dedicó a dar clases de tejido de punto, tricot y crochet, para lo que parecía estar magníficamente dotada, con lo que algo ganaba para sumarlo a las escasas reservas de que disponíamos, cada día más mermadas por la inflación.

En adelante, deberé contemplar el paso de los días, en la estricta soledad y el nada hacer de quien, apartado del trabajo creador, ha de dedicarse a contar el tiempo, el segundo empujando al minuto y el minuto a la hora. Y así hasta la muerte.

Índice de nombres¹

- Abad de Santillán, Diego [Sinesio García Fernández]: 123-124, 132, 139, 176, 181-182, 185-188, 192, 194, 199, 201, 213, 230, 232-233, 239-240, 244, 249-250, 257, 259, 264, 278-279, 282, 285-286, 289, 298, 330-331, 336-338, 340, 351, 414, 424, 429, 502, 507-508, 516, 529, 535n, 551-552, 594, 616.
- Abella, José: 594, 598, 605.
- Acció Catalana: 177, 181, 182, 193, 244, 253, 255, 282, 286-287, 444, 492.
- Acción Democrática Internacional Antifascista: 566.
- Adame, Manuel: 633.
- Adonis, capitán: 242.
- Aguilar, sindicalista: 207, 233.
- Aguilar, Julio: 89, 525.
- Aguirre, capitán: 323-324, 389.
- Aguirre y Lecube, José Antonio de: 382-383, 386-387, 429.
- Aharoz, oficial: 244.
- Aiguader, Artemio: 177, 181-182, 252, 278, 281, 283-285, 413, 415, 418-419, 429, 435.
- Aiguader, Jaime: 252, 254, 303, 383, 392-393, 415, 436.
- Alaiz, Felipe: 42-43, 49, 57, 64, 79n, 121, 176, 188, 351, 608, 615, 630, 635.
- Albaricias, Jaime: 75, 208, 628.
- Alberola, Octavio: 613.
- Albert, Miguel: 105-107, 110, 246-248, 254.
- Alberti, sindicalista: 35, 432, 625.
- Albornoz, Alvaro de: 557, 564, 566n, 568, 573, 580, 593, 601.
- Alcalá Zamora, Niceto: 113.
- Alcodori: 170, 176, 187.
- Alcón, Marcos: 121-122, 182-183, 188, 190, 192, 194, 199-200, 204, 207, 209, 212-214, 218-219, 233, 239, 243-245, 251, 263, 281-284, 286-287, 299, 560.
- Alcón, Rosalío: 207.
- Alcubierre, Miguel: 145.
- Aldabaldetrecu, Cristóbal: 199, 204, 224, 233, 260, 262-264, 268-269, 271, 298, 430, 491, 507-508, 514, 616, 619, 623.
- Alfarache, Progreso: 560, 601.
- Alfonso XIII: 66, 74, 93-94, 119, 386, 632-634.
- Alfonso Vidal, Roberto: 424, 444.
- Aliaga, Serafín: 477, 482-483, 489-490, 508, 516, 528-529, 594, 598, 604-605.
- Alianza Juvenil Antifascista [ASA]: 489-490.
- Alianza Revolucionaria de Sindicalistas y Anarquistas: 85, 90, 290.
- Alianza Obrera: 158, 161, 216, 401, 609.
- Almendros [PSUC]: 244, 282, 286, 297n, 299.
- Alvarez, Delio: 482, 529.
- Alvarez, Melquiades: 85.
- Alvarez, Ramón: 401.
- Alvarez, Santiago: 557, 564.
- Alvarez Robles: 31-33.
- Alvarez del Vayo, Julio: 237, 246-248, 303, 325, 349, 353-354, 373-374, 385-386, 404, 419, 435-437, 506, 510, 534.
- Amador, Progreso: 49.
- «Amigos de Durruti»: 420, 431, 443.
- Amil, Manuel: 305-306.
- Andersson, John: 530-534, 536-537, 540.
- Andreu Abelló, José: 417, 468, 470.
- Anguiano, Daniel: 482.
- Antona, David: 289, 471, 472.
- Antónov-Ovseenko, Vladimir: 222-223, 252, 273, 297-298, 331, 341, 390, 396, 414, 428, 434, 444, 494-495.
- Aranda, Vicente: 178, 214, 299, 308, 316, 329, 333, 335, 340, 346, 605.
- Aranda Mata, coronel Antonio: 400, 402.
- Aranguren, general José: 261.
- Araquistáin, Luis: 509.
- Arauz, Eugenio: 598-599.
- Arcas, Juan: 234, 483.
- Archinov, Pedro: 84.
- Archs, Ramón: 30-31, 33-34, 36, 51, 75, 169, 207, 432, 625-628, 630.
- Arenas, Jesús: 67, 538, 550, 608.
- Argila [CAM]: 235, 246.
- Arin, doctor: 397.
- Arin Simó, Francisco: 72, 114, 125n, 207.
- Arlandis, Hilario: 433.
- Arlegui, general Miguel: 48, 50, 54, 56, 65-66, 71-72, 81-82, 208, 625.
- Armand, Emilio: 351.
- Armengol, Bernardo: 29.
- Arnalda, Juan: 482.
- Arnau [Esquerra]: 608.
- Arnau, sindicalista: 43-44.
- Arnó, Adrián: 47, 50-52.
- Arroyo, Aurelio: 89, 98-100, 103.
- Artigas: 31-32.
- Ascaso, Alejandro: 430, 630.
- Ascaso, Domingo: 92, 98, 190, 199, 204, 224, 233-234, 260, 262-263, 267-269, 271, 298, 430, 526, 617, 619.
- Ascaso, Francisco: 76, 82, 91-96, 99, 119, 124-130, 132-133, 135, 137, 150, 160-161, 163-165, 167-168, 170, 172, 174-176, 180, 183, 187-191, 195n, 258, 261, 279n, 311, 336, 338, 341-342, 351, 402, 421, 430, 573, 609, 629-631.
- Ascaso, Joaquín: 190, 485-486.
- Asens, José: 176n, 181, 182, 185, 188, 194, 209, 212-214, 218-219, 231, 233, 243-244, 255, 278, 281-284, 286, 298-299, 502.
- Asensio Torrado, general José: 344, 376, 319, 404.
- Aso, Juan Francisco: 478.
- Asociación Internacional de Trabajadores [AIT]: 68n, 237, 272-273, 472, 479, 530, 533, 536, 584.
- Atholl, duquesa de: 522.
- Aubí, Joaquín: 116-117.
- Avila Camacho, presidente: 585, 600.
- Avilés, teniente Antonio: 244.
- Azaña, Manuel: 132, 134, 148, 303, 320, 384-385, 436-438, 465, 491, 506, 517-521, 524, 526, 557, 563, 573, 584-585, 588, 599.
- Babeuf, Graco: 230.
- Badía, Miguel: 159, 176, 216, 254.
- Báez, Manuel: 482.
- Bajatierra, Mauro: 573.
- Bakunin, Miguel: 133, 614, 622.
- Balius, Jaime: 420, 443.
- Ballester, José: 156-158.
- Ballester, Vicente: 124.
- Bandera Negra y Bandera Roja: 28, 35, 74.

1. (Confederaciones regionales, Federaciones provinciales, comarcales, locales y Sindicatos de la CNT figuran bajo el epígrafe genérico de CNT.)

- 75, 83-84, 115, 120-121, 522, 606, 634-635.
 Banqué, sindicalista: 38-40, 42, 45, 112.
 Baráibar, Carlos de: 391, 397.
 «Barberillo»: 237.
 Bargutia [«Los Solidarios»]: 630.
 Barjau, Felipe: 36.
 Barrera y Maresma, Martín: 56, 234, 289, 298.
 Bartolomé, Acracio: 401.
 Barrio, José del: 181-182, 198, 232, 257, 264, 269, 271.
 Barriobero, Eduardo: 67, 103, 228, 349.
 Bassols, Narciso: 523.
 batallón «Malatesta»: 263.
 batallón «Stalin»: 257.
 «Batallón de la Muerte»: 233.
 Batet Mestres, general Domingo: 159.
 Batista, sindicalista: 56.
 Batlle Salvat, José: 45, 55, 59-62, 64-66, 71-72, 468, 627.
 Bayo, capitán Alberto: 238, 240-245, 247, 259, 287, 402, 421, 488.
Bé Negre, El: 123.
 Berenguer y Fúster, general Dámaso: 115, 141.
 Berneri, Camilo: 431-432.
 Besnard, Pierre: 84, 237, 272-276, 324, 351.
 Bienvenido, cenetista: 616.
 Bilbao, Crescenciano: 373.
 Bilbao, Santiago: 608.
 Blanco, Rafael: 45, 48, 55.
 Blanco, Segundo: 401, 490, 510, 522, 524, 567, 594, 598.
 Bloc Obrer i Camperol: 112, 419, 433.
 Boal, Evelio: 56-57, 627.
 Bofarull, Simón: 37, 59.
 Boix, sindicalista: 27, 66.
 Bolívar, Cayetano: 345.
 Borbón Battemberg, Juan: 577.
 Borbón, Jaime: 630-631.
 Bordas de la Cuesta: 85.
 Borrás, familia: 37-38, 112, 114.
 Bosch Gimpera, Pedro: 444-445.
 Botet, capitán: 228.
 Bover y Bover, Juan: 28, 66.
 Brau, Eusebio: 630, 634.
 Bravo Portillo, Francisco: 27, 31, 247-248, 430.
 Briand, Aristide: 88.
 Brigadas Internacionales: 354, 379-380, 390, 397, 404, 434, 493.
 Buenacasa, Manuel: 49, 67-68, 225-227, 610-611.
 Bueno, Manuel: 573.
Bulletí Oficial del Govern de la Generalitat de Catalunya: 179, 181-182, 193, 285, 445.
 Caixal, cenetista: 80-81.
 Calvet, José: 177, 255, 278.
 Calvo Sotelo, José: 154.
 Callejas, Liberto [Perelló Sintés]: 29-30, 70, 73-74, 80, 82-83, 99, 121, 124, 156-158, 201, 207, 420, 612, 628, 630, 635.
 CAM: Véase Comité de Acción Marroquí.
 Cambó, Francisco: 75, 88, 633.
 «Camborios, Los»: 480, 481, 483.
 Campañá, J.: 482.
 «El Campesino». Véase Valentín González.
 Campoamor, Clara: 308.
 Campos, Manuel [«Torinto»]: 82, 630-631, 634.
 Campos, Severino: 117, 163n.
 Canadiense, huelga de La: 25, 27, 50, 120.
 Cané y Barceló, Pedro: 414.
 Canella, José: 75.
 Canterbury, deán de: 349-350.
 Cañellas, abogado: 80-81.
 Carbajal, preso: 104-107.
 Carbó, Eusebio: 139, 156, 176, 188, 289, 351.
 Carbonell, José: 37-38, 40-42, 55, 58, 62, 80-81, 112, 114.
 Cárdenas, presidente Lázaro: 551, 585.
 Cardona Rossell, Mariano: 445, 480, 486, 560, 562-563.
 Carichi, sindicalista: 89.
 Carner, Jaime: 85.
 Carnero, Antonio: 299, 307-308, 313, 316, 319-321, 325, 333, 346, 377, 379, 382.
 Carrasco Formiguera, Manuel: 105.
 Carrasquer, Félix: 132.
 Carrasquer, Francisco: 609.
 Carreño [«Amigos de Durruti»]: 420.
 Carreras [PCE]: 207n, 605.
 Carrillo, Alejandro: 566n.
 Carrillo, comandante: 211.
 Carrillo, Wenceslao: 348, 465.
 Carro [PCE]: 564.
 Casado, coronel Segismundo: 523, 525.
 Casanellas, sindicalista: 65, 625.
 Casanovas, Juan: 85, 117-118, 213, 217-220, 283, 471.
 Casares Quiroga, Santiago: 499, 577, 579.
 Casas, Hermenegildo: 28, 34.
 Casparsson, Ragnar: 540.
 Castillo, José: 115-116.
 Castro: 522, 537, 552.
 CEDA [Confederación Española de Derechas Autónomas]: 164.
 Centro Republicano Español (México): 554.
 Certamen Socialista de España: 15, 37.
 César, don: 78-80, 106.
 Cinca, José: 38, 40.
Circunstancias, Las: 112.
 Clará, Sebastián: 254, 298.
 Claramonte, José: 30.
 Closas, Rafael: 278.
 CNT (Madrid): 128, 156-157, 290, 306, 420.
 CNT (México): 563, 565, 567, 569, 572-573, 575, 580.
 Coca, familia: 19.
 columna «Los Aguiluchos»: 259-261, 264-265.
 columna «Carlos Marx»: 198, 333.
 columna «Durruti»: 183, 191-193, 196-198, 204, 232, 264, 283, 342, 423, 515.
 columna «Lenin»: 199.
 columna «Rojinegra» [Ascaso]: 263-264, 270, 430, 432.
 columna «Tierra y Libertad»: 199, 257-259, 421.
 Comas y Pagés, Francisco [«Paronas»]: 72-74, 171, 226, 628.
 Comisariado de Defensa Marítima: 256-257.
 Comisión Asesora Política [CAP]: 467-468, 480, 490, 493-494.
 Comité de Acción Marroquí [CAM]: 235-237, 246, 287.
 Comité de Ayuda a España: 517-518, 530.
 Comité Central de Milicias Antifascistas de

- Cataluña: 122, 171, 177-179, 181-188, 190-194, 196n, 198-200, 202-208, 210-214, 217-222, 224, 228-236, 238-246, 248-252, 256-257, 260-261, 264-268, 271-274, 277-291, 297-298, 300, 302, 304, 414, 421, 428, 430, 467, 471, 476, 493-494, 518, 520, 619.
- Comité de Defensa Confederal de Cataluña: 130-131, 155, 161, 171-172, 176n, 179-180, 184, 194, 306, 403, 420-421, 483.
- Comité de Defensa Confederal de Madrid: 174, 320, 322, 331, 333, 336, 338.
- Comité Internacional Anarquista: 90, 92.
- Comité local de Defensa Confederal de Barcelona: 130, 179, 204, 214.
- Comorera, Juan: 177, 243, 252, 255, 270-271, 278, 414, 428, 444, 491-492, 557, 564.
- Companyans, Luis: 118, 129, 150, 155-156, 158-161, 163-171, 173, 176-182, 184-185, 192-194, 200, 202, 206, 211n, 213, 217, 229, 234, 240-243, 245, 248, 250-256, 266, 269, 277, 279-280, 285, 297, 300, 341, 383, 402-403, 414, 416-418, 420-421, 424, 428, 433-434, 444-445, 471, 491-492, 506, 517, 519-520, 573.
- Comte, Jaime: 98, 159, 252.
- Conde, Mariano: 248.
- Confederación Nacional del Trabajo [CNT]: 27, 29, 31, 35-37, 39, 42-43, 48-50, 54, 56-59, 62-67, 72-75, 81-83n, 111-116, 119-124, 126n-129, 132-139, 143-144, 148-151, 154-171, 176-180, 183-188, 190-193, 195n-196n, 198-199, 201-203, 206, 208-209, 211-213, 215-219, 221, 223n-228, 230-231, 238, 240, 244, 247, 249-251, 254-256, 260, 265, 270, 273, 275, 277-292, 297-298, 300-306, 310-312, 317-320, 322-323, 329, 337-339, 341-344, 346-347, 351, 373-375, 385-386, 390-392, 396-401, 405-407, 416-418, 420-423, 425, 427-428, 430, 432-434, 437-439, 441-448, 454-457, 460-464, 467-475, 477-484, 486, 489-493, 496, 499-502, 504-509, 516, 521, 524-527, 530, 535n-536, 550, 554-555, 557, 559-560, 562-564, 570, 572-577, 579-580, 582, 585-586, 588, 590, 594, 597, 601-605, 608-613, 615-616, 620-630, 632-635.
- Confederación Nacional del Trabajo en el Exilio: 563, 565, 567-569, 571, 573-574, 576, 580-581, 583-584, 587-589, 591-593, 597, 600-601, 615-616.
 - Confederación regional de Andalucía y Extremadura: 234, 403, 483-484, 486, 562, 633.
 - Confederación regional de Aragón, Rioja y Navarra: 81, 562.
 - Confederación regional de Asturias, León y Palencia: 158-159, 493, 562.
 - Confederación regional del Trabajo de Cataluña: 27, 38, 41, 44, 85.
 - Confederación regional del Centro: 78, 292, 323, 328, 330, 337-339, 343, 486, 493, 562.
 - Confederación regional de Galicia: 562.
 - Confederación regional del Norte: 79n, 290, 493.
 - Confederación regional del Levante: 292.
 - Comité Algodonero: 50, 52, 54, 60, 65.
 - Comité nacional de la CNT: 56, 66-68n, 119-120, 129-130, 135, 137, 155, 157-158, 163n, 168-169, 184, 195n, 207n, 216, 234, 237, 283, 290-292, 299-300, 302, 305-307, 313, 316-317, 328-329, 336-337, 343-344, 349, 352, 374, 382, 389-390, 397, 405-406, 422, 437-439, 445, 469-470, 477, 479-480, 482-483, 489-490, 492-493, 500, 503, 507, 510, 516, 524, 526, 579, 627, 633.
 - Comité regional de la CNT de Cataluña: 31, 34, 36, 38-39, 47, 49-52, 56, 59, 61, 65, 72, 81-82, 155, 161, 168-170, 173, 176-177, 181-184, 189, 192, 195n, 202, 206-207, 209-210, 212-215, 217-219, 225-226, 253, 265, 267, 279-280, 292, 299, 337, 406, 421, 423-424, 428, 432, 443-445, 466, 480, 482-483, 490, 492-493, 500, 507, 510, 516, 525, 562, 619, 625-628, 630.
 - Federación comarcal del Alto Llobregat: 625-626.
 - Federación comarcal del Alto y Bajo Priorato: 43.
 - Federación comarcal del Bajo Llobregat: 184-188, 190, 212, 616.
 - Federación comarcal de Montblanch: 43, 201.
 - Federación comarcal de Reus: 38-42, 50-51, 59, 72, 112-113, 625-626.
 - Federación comarcal de Valls: 43.
 - Federación comarcal de Vendrell: 43.
 - Federación local de Barcelona: 28, 39, 58, 161, 184, 206-207, 226, 423-424, 428, 610-611, 628.
 - Federación nacional de Ferrovianos: 130.
 - Federación provincial de Lérida: 57.
 - Federación provincial de Tarragona: 36, 42, 49, 56-58, 61, 71, 626.
 - Sindicato de la Alimentación (Barcelona): 28, 34, 71, 215, 430, 536.
 - Sindicato de la Alimentación (Reus): 45.
 - Sindicato de Artes gráficas (Barcelona): 206, 215, 234.
 - Sindicato de la Construcción (Barcelona): 115, 130, 170, 173, 176, 183-184, 469.
 - Sindicato de la Construcción (Madrid): 504.
 - Sindicato de la Construcción (Reus): 45.
 - Sindicato de Contra maestres «El Radium»: 30.
 - Sindicato de Espectáculos públicos (Barcelona): 207, 223, 485.
 - Sindicato Fabril y Textil (Barcelona): 65, 78n, 137-138, 143, 204, 210, 220, 225, 249, 352, 510, 626.
 - Sindicato Fabril y Textil (Cataluña): 50-51.
 - Sindicato Fabril y Textil (Reus): 38, 46, 49.
 - Sindicato de la Industria hotelera, Restaurantes, Cafés y Anexos: 27, 120.
 - Sindicato de la Madera (Barcelona): 29, 31, 45, 119, 122, 125, 175, 183n, 184, 194, 208, 225-226, 430, 634.
 - Sindicato de la Madera (Reus): 45.
 - Sindicato de la Metalurgia (Barcelona): 28, 30-31, 120, 205, 215.
 - Sindicato de Oficios varios (Reus): 45.

- Sindicato de Oficios varios (Tivisa): 62.
- Sindicato de la Piel (Reus): 45.
- Sindicato de Productos químicos (Barcelona): 207, 233.
- Sindicato de Profesiones liberales: 216, 233.
- Sindicato del Transporte marítimo y terrestre (Barcelona): 175, 231, 239, 243, 250, 420, 443, 612.
- Sindicato del Transporte (Reus): 39.
- Sindicato del Transporte (Tarragona): 43, 48.
- Sindicato del Vidrio (Barcelona): 182-183.
- Conferencia Nacional de Sindicatos (Zaragoza, 1922): 66-69, 84, 203, 610, 627.
- Congreso Antifascista (México, 1942): 566-567, 595.
- Congreso de la AIT (Madrid, 1931): 119, 163n.
- Congreso extraordinario de la CNT (Madrid, mayo de 1931. Del Conservatorio): 119-120, 122, 133, 139, 183n, 226-227, 524, 609.
- Congreso nacional de Sindicatos de la CNT (Madrid, 1919. De la Comedia): 32, 66.
- Congreso regional de la CNT (Sants, 1918): 32, 38, 83n.
- Congreso nacional de Zaragoza (1936): 123, 137-138, 220-221, 233-234, 249, 289, 291, 352, 442.
- Consejo de Aragón: 526.
- Consejo general del Movimiento Libertario: 518-519, 521-522, 524-525, 527, 530, 536, 559, 620.
- Consejo nacional de Defensa [Junta de Casado]: 523-524, 525, 555, 563, 570, 579, 585, 599.
- Consejos de Obreros y Soldados: 210-212, 233, 255n, 281, 284, 327, 494, 496, 526.
- Consejo superior de Guerra: 325-327, 349, 353, 374, 376, 385-386, 388, 394, 406, 457-458.
- Consuegra, José: 482-483.
- Cordero Amador, Raúl: 566.
- Cordón, Antonio: 376-377n.
- Corominas, Pedro: 349.
- Correa, sindicalista: 189, 341.
- Cortés, Joaquín: 91, 173.
- Crisol*: 121, 630, 635.
- «Cruz Armada, La»: 48.
- Cuadrado, familia: 60-61.
- Cubells, sindicalista: 29, 33, 206, 225.
- Cultura Libertaria*: 143.
- Cultura Proletaria*: 298, 529, 550, 552.
- Cusi Cañellas, Juan: 55.
- «El Chato»: 62.
- «El Chaval»: 100, 103.
- Churchill, Winston: 576.
- Damians, Manuel: 263.
- Dato, Eduardo: 49, 51-54, 56, 65-66, 72, 113, 433, 610, 625-627.
- Day, Hem: 128, 163n.
- Defensa Interior [DI]: 617-618.
- De Gaulle, Charles: 558, 566, 588, 595.
- «Delaville»: Véase Pere Foix y Casas.
- Delavuelta, Jacobo: 566n.
- Delegación del Movimiento Libertario (México): 554, 560, 562, 565, 617.
- Delgado: 522, 537, 552.
- Dencás, José: 159, 172, 177, 216, 254, 417, 581.
- Diario del Ministerio de la Guerra*: 344, 494.
- «Diarot, Irenófilo» [Tirado]: 73-75, 203, 225.
- Díaz, Antolín: 109-110.
- Díaz, José: 390, 444.
- Díaz, Nick: 550.
- Díaz Alor, José: 482.
- Díaz Sandino, coronel Felipe: 239, 242-244, 273, 275, 278, 281-286, 288-289.
- Díez, Galo: 67, 289, 389, 481.
- Díez, Paulino: 67.
- Diluvio, El*: 257.
- Dimitrov, Jorge: 249.
- División Azul: 569, 593.
- División Libertaria: 597.
- Dolcet, Rosario: 36, 257.
- Dolz, Alfredo: 22.
- Doménech, Juan: 27, 66, 268.
- Doménech, Juan José: 278, 490, 493, 502, 505-506, 524, 535.
- Domingo, Marcelino: 628-630.
- Domínguez, Edmundo: 244.
- Doval, capitán Lisardo: 103.
- Durán Rossell: 239-240, 242, 244-245, 286, 297n, 299.
- Durruti, Buenaventura: 82, 90-96, 99, 119, 124-130, 132-136, 150, 155, 160-165, 167-168, 170, 172, 174, 176-177, 180-183, 185, 188-192, 194-198, 212, 224, 231, 234, 259, 261-262, 264-271, 275-276, 278-280, 282, 285, 287, 311, 322-324, 327, 329-343, 351, 402, 420-421, 426-427, 429, 504, 508, 526, 529, 573, 609, 630.
- Echevarría, cabo de varas: 77, 79.
- Eguía: 629.
- Eiva, Frank: 550.
- En dehors, L'*: 351.
- Enrialgo, Avelino: 401.
- Eroles, Dionisio: 111, 145, 210-211, 233, 281, 443-445, 524.
- «Escamots»: 156, 158-159, 161, 172, 180, 234, 254.
- Escandell, sindicalista: 206, 215, 536.
- Escobar, teniente coronel: 194, 220-221, 228, 284.
- Escobar, ingeniero: 567.
- Escofet, Antonio: 170, 173, 212-213, 491.
- Escorza, Manuel: 230, 253, 382, 464, 467.
- Escuela Popular de Guerra (Barcelona): 220-222, 268, 287, 327, 458, 478.
- Escuelas populares de Guerra: 325, 344, 348-349, 372-374, 376-377n, 395, 406, 458, 494-496, 526.
- Esgleas, Germinal: 73, 444-445, 490, 493, 502, 505-508, 510, 516-517, 524, 529-530, 536, 551, 594, 604, 615, 623.
- España, José María: 121, 242-243, 251-252, 416, 418, 429.
- España Libre*: 553.
- Espinalt, Juan: 36, 50-52, 54, 65, 73.
- Espinar, Miguel: 207.
- Espinosa, Raimundo: 76, 106.
- Esplá, Carlos: 303, 343, 392, 398-399, 436, 556.
- Esquerra Republicana de Cataluña: 117, 119, 122, 128-129, 150, 155, 160, 164-165, 169, 177-178, 181-182, 192-193, 202, 209, 211n-212, 217, 240, 243-245, 251-257, 259, 261, 269, 273,

- 278, 282, 286-287, 297-298, 417, 423, 427-428, 435, 443, 445, 491-492, 557, 608.
- Estat Català: 82, 155, 159, 166n, 177, 253-254, 256, 423, 433.
- Estivill, Angel: 173, 175.
- Estrada, Mariano: 481.
- Euskadi ta Askatasuna [ETA]: 618.
- Fábregas, Evaristo: 46, 61, 113, 626.
- Fábregas, Juan P.: 278-279, 281, 289, 299.
- Fábregas, Tomás: 181-182, 244, 255, 282, 286.
- Facerías, José Luis: 616.
- Falange Española: 402, 555, 571, 573-574, 576, 587, 591, 624.
- Falomir, Pedro: 168-169.
- Fanelli, Giuseppe: 622.
- Farreras [Esquerra]: 160, 164-167, 170, 179, 266, 403.
- Faure, Sébastien: 82, 84, 351, 471, 566.
- Federación Anarquista Ibérica [FAI]: 115-117, 119-128, 132-135, 138, 150, 156, 166n, 168-171, 176-177, 179-180, 182-183, 188, 192-193, 196n, 199, 201-202, 209, 212, 215-216, 219, 223n, 230, 240, 244, 250-253, 255n-256, 259, 280, 282, 285-287, 300, 320, 323, 337-338, 347, 391, 407, 416, 420, 423-425, 428, 434, 444-446, 467, 477-478, 491-492, 500-502, 504, 506-507, 516, 521, 526-527, 530, 559, 580, 604-605, 609, 634.
- Comité local de la FAI de Barcelona: 123.
 - Comité peninsular de la FAI: 122-123, 176n, 184, 230, 330, 483, 507, 516.
 - Comité regional de la FAI de Cataluña: 123, 181, 184, 209, 445, 466, 507, 516.
- Federación de Grupos Anarquistas de París: 83.
- Federación local de Grupos Anarquistas (Barcelona): 28, 35, 115, 121, 184.
- Federación Ibérica de Juventudes Libertarias [FIJL]: 128, 132, 178, 184-185, 230, 259-260n, 262, 285, 423, 425, 428, 477-479, 489-491, 501-502, 516, 524, 527, 535n, 559, 601, 604-605, 609.
- Comité peninsular de la FIPL: 483, 516.
 - Federación local de Grupos Anarquistas (Reus): 38, 40.
- Federación local de Sociedades Obreras (Reus): 37-38.
- Federación Obrera Revolucionaria Argentina [FORA]: 620.
- Feliu, camarero: 34-36, 56, 66, 70, 72.
- Fenoll, comisario: 102-103.
- Férandel Séverin: 82, 91, 96-97, 351, 556.
- Fernández, Aurelio: 82, 84, 89-98, 100, 103, 124, 130, 133, 135-136, 160-161, 168, 170, 172-174, 176n-177, 181-182, 185, 188, 192, 194, 202, 209-210, 212-214, 218-219, 229-230, 233, 237, 239, 243-245, 252, 261, 278-286, 298-299, 339-340, 424, 467-469, 471, 502, 507-508, 522, 560, 566-567, 598, 619, 630-631.
- Fernández Burriel, general Alvaro: 229.
- Fernández Clérigo, Luis: 573.
- Fernández Posada, Ramón: 562.
- Ferrer «el cojo»: 30, 33.
- Ferrer, Miguel: 297n, 491.
- Ferrer Guardia, Francisco: 342.
- Figueras, sindicalista: 73, 75-79.
- Figueres, Juan: 629.
- Flores, César: 214, 423.
- Flores Magón, Ricardo: 620.
- Foix y Casas, Pere [«Delaville»]: 216.
- Folch y Folch, sindicalista: 43, 48-49, 68, 122, 298.
- Fomento del Trabajo Nacional: 30-32, 52, 56, 60, 72, 75, 133, 184, 194, 610, 625.
- Fonseca, sindicalista: 401, 560.
- Font de Cornudella, doctor: 43.
- Fontana, familia: 46.
- FORA: Véase Federación Obrera Revolucionaria Argentina.
- Fragua Social: 128.
- Francesc, mosén: 18.
- Franco Bahamonde, Francisco: 234, 386, 389, 429, 440, 460, 503-504, 523, 535, 555, 569, 571, 573-574, 576, 578-579, 587-588, 591-593, 599, 618-619.
- Frente de la Juventud Revolucionaria: 478.
- Frola, Francisco: 566n.
- Fructidor: 42-43, 49, 59, 419.
- Gaceta, La*: 385, 397-398, 439, 446-447, 464, 599.
- Gaikis, León: 349, 389, 396, 405, 419.
- Galán, capitán Fermín: 112.
- Galarza, Angel: 126n, 241, 303, 309-310, 318, 348, 385, 397-398, 414-415, 418, 422, 424, 435, 593.
- Gálvez, Nemesio: 253, 471, 525.
- «Gallego, el»: 76-79, 106.
- Gamboa, embajador: 523.
- García, Claudina: 482.
- García, Luis: 562.
- García Birlán, Antonio [«Dionisios»]: 188, 278, 281, 289, 470.
- García Borrás [UGT]: 608.
- García Garrido, sindicalista: 30.
- García Hernández, capitán Angel: 112.
- García Lorca, Federico: 484.
- García Oliver, familia: 11-18, 21, 50, 55, 111-112, 202, 339, 341, 508, 515, 528, 531, 538, 540-541, 559, 598, 608, 635-637.
- García Ruiz, sindicalista: 175.
- García Vivancos, Miguel: 82, 91, 115, 119, 127-128, 135, 160-161, 164, 167, 170, 178, 190, 199, 204, 210, 214, 234, 259-263, 265, 298, 535-536, 630.
- Gardeñas, José: 230.
- Garreau-Dombasle, embajador: 595.
- Garriga: 99.
- «Gasolina, el»: 264, 270, 299, 316, 332-333.
- Gassol y Rovira, Ventura: 85, 87, 98, 177, 251-253, 278, 382-383, 416, 418, 425, 520, 581.
- Gassull, familia: 46, 63.
- Génova, Antonio: 482.
- Gil, Ramón: 81-82, 225.
- Gil Cabrera, comandante: 244.
- Gil Robles, José María: 164, 382, 386, 557.
- Gil Roldán, Angel: 373-374.
- Gilabert, sindicalista: 38.
- Giménez de la Beraza, coronel: 194, 205-206, 228, 239-240, 243-244, 261, 276, 282, 286, 299.
- Giménez Pajarero, capitán: 244.
- «gimnasia revolucionaria»: 116, 123, 130, 135-136, 158-159, 171, 602-603.
- Giner de los Ríos, Bernardo: 303, 436.
- Giral, José: 236, 272, 303, 318, 346, 391, 405, 435-436, 499, 557, 564, 573, 600-604.
- Gironella, Enrique: 199, 243-245, 282.

- Gispert, sindicalista: 40, 112.
 Goded Llopis, general Manuel: 180, 229, 243.
 Gómez, Mariano: 307, 349, 356, 464-467.
 González, Salvador: 181-182.
 González, Tomás: 478.
 González, Valentín [«El Campesino»]: 199, 493, 496, 499.
 González Benítez, Miguel, 562.
 González Luna, policía: 67.
 González Mallada, Avelino: 168-169, 298.
 González Marín, Manuel: 525, 527.
 González Peña, Rafael: 402, 405, 445, 477, 479, 482.
 Gordo, sargento: 173.
 Gordón Ordaz, Félix: 537.
 Gorkin, Julián: 176, 284, 433, 565, 593.
 GPU: 390, 419, 434, 443, 469.
 Gracia, Anastasio de: 303, 318, 385, 404, 435-437.
 Granados, sindicalista: 616.
 Grau, mestre: 17, 113.
 Graupera, Feliu: 31.
 Grávalos [PSOE]: 554.
 Grupo «El Escombraire»: 629.
 Grupo «Fecundidad» 72, 120.
 Grupo «Els Fills de puta»: 68.
 Grupo «Luz y Vida»: 120.
 Grupo «Nosotros»: 124, 130, 133-135, 160-163, 185, 188, 190-192, 198-199, 204, 210, 258, 261, 278-280, 285, 341, 351, 429, 504, 634. (Véase grupo «Los Solidarios».)
 Grupo «Ordaz»: 117, 216.
 Grupo «Regeneración»: 28, 66, 120.
 Grupo «Los Solidarios»: 78, 82, 90-93, 112, 115, 119, 121, 123-124, 127-128, 130, 132, 139, 160, 163n, 201, 204, 207, 351, 630-631, 633-635. (Véase grupo «Nosotros».)
 Guarnier, capitán José: 170, 173, 181, 197, 205, 210, 228, 239, 261, 263-264.
 Guarnier, comandante Vivente: 170, 173, 194, 200-201, 205, 210-211, 220-221, 228, 239, 242-245, 247, 261, 269-270, 276, 282-284, 286, 299, 326, 421.
 Guerrero, sindicalista: 29.
 Guerrero, Práxedes: 620.
 Günther, Christian: 53.
 «Gustavo, Soledad» [Teresa Mañé]: 185, 216.
 Guzmán, Eduardo de: 78n, 124n.
 Guzmán, Eulalia: 566n.
 Hernández, Jesús: 237, 302-303, 325, 390-391, 404, 435-436.
 Hernández, Miguel (sindicalista): 208.
 Hernández Zancajo, Carlos: 422, 425, 477, 482.
 Herrando, teniente coronel: 170, 173, 192-193.
 Herrera, Pedro: 516, 524.
 Herreros, Tomás: 30, 33, 83.
 Hitler, Adolf: 140-141, 154, 233n, 404, 426, 460-461, 504, 523, 538, 555-556, 565, 577-579, 587, 592, 595-596, 624.
 Homs, Andreu: 72, 74, 610.
 Huguet, maestro: 17.
 Ibarruri, Dolores [«La Pasionaria»]: 258, 310-311, 323, 564.
 Iberión [Liberión]: 83.
 Iglesias, cabo de varas: 37, 105-108.
 Internacional, Primera [AIT]: 67, 497, 614, 622.
 Internacional, Segunda: 477.
 Internacional, Tercera: 87, 249, 254, 433-434, 557, 564.
 Internacional Sindical de Berlín: 68n.
 Internacional Sindical Roja: 67-68n, 87, 433.
 International Workers of the World [IWW]: 620.
 Iñigo, Rafael: 481, 483.
 Irujo, Manuel de: 303, 327, 374, 382-383, 386-388, 391, 400, 425, 429, 439-440, 464-465, 467-470, 522, 581.
 Isgleas, Francisco: 183, 233, 256, 374, 376, 386, 490, 493, 502, 505-508, 516-517, 519, 524-525, 529.
 Izquierda Republicana: 554, 556-557, 564, 568, 575-576.
 Izquierda Revolucionaria: 347.
 JARE: Véase Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles.
 Jassans, Grau: 118, 298.
 Jensen, Albert: 532-533.
 Jiménez, José [FIJL]: 132, 168, 609.
 Johnson, Axel: 540.
 Jouhaux, León: 477, 533.
 Jover, Gregorio: 82, 91, 93-97, 99, 119, 124, 127-128, 130-133, 135, 160-161, 172, 174-175, 178n, 190, 199, 259-260, 262-265, 267, 279n, 285, 298, 337, 534-536, 598, 605-606, 623.
 «Juanel»: Véase Juan Manuel Molina.
 Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles: 551, 555-558, 563, 567, 568, 580, 586.
 Junta de Defensa de Madrid: 312, 316, 321-322, 324, 326, 336, 395.
 Junta Española de Liberación: 568, 574-576, 580, 586, 588-589.
 Junta de Unión Nacional: 568, 574-576.
 Just, Julio: 236, 303, 397, 404, 564.
Justicia y Libertad: 263, 432, 475.
 Juvenal: 30, 34.
 Juventudes de Izquierda Republicana: 489.
 Juventudes Libertarias: Véase Federación Ibérica de Juventudes Libertarias.
 Juventudes Socialistas: 169.
 Juventudes Socialistas Unificadas [JSU]: 258, 302, 306, 489-490.
 Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña: 477.
 Kent, Victoria: 258.
 «Koenig, barón»: 31.
 Kollontai, Alejandra: 539-540, 546.
 Komintern: Véase III Internacional.
 Krivitski, general W. G.: 419, 424, 428, 443.
 Kropotkin, Piotr: 84.
 Laborda, Valerio: 481.
 Lafargue, Paul: 622.
 Lamonedá, León: 105.
 Lamonedá, Ramón: 445.
 Lana, Isidro: 481.
 Lara del Rosal, comandante: 327, 344-345, 348, 376, 395-396.
 Largo Caballero, Francisco: 24, 113, 129, 155-156, 158-159, 161, 165, 169, 237-238, 246, 248-249, 275-276, 278, 289, 291, 301-305, 311-312, 316, 318, 321-329, 331, 333, 335, 341-343,

- 373-380, 383-387, 389-392, 394-400, 404-405, 414, 417, 419, 421-422, 425, 435-438, 440-442, 445-447, 455, 457-458, 461, 464, 469, 477, 490, 494-495, 499, 504, 509, 524, 555, 557, 579, 585, 590, 600.
- Layret Foix, Francisco: 56, 58.
- Lecoin, Louis: 119, 351, 471.
- Leiva, José Expósito: 601-603, 615.
- Lenin, V. I.: 433.
- Lerroux, Alejandro: 24, 30, 68, 86, 148, 157, 225, 518, 624, 628-630.
- Leval, Gaston: 67, 84, 350-351.
- Leviatán*: 166, 169.
- Libertaire, Le*: 351, 471.
- «Libre, el» [Sindicato Libre]: 49-50, 54-55, 58-60, 71, 73, 75, 81, 610, 625, 629, 632.
- Lister, Enrique: 199, 493, 496, 499, 523.
- Lombardía, César G.: 482.
- López, Antonio [UGT]: 181-182.
- López, Juan: 138, 169, 270, 291-292, 303, 306, 311-313, 316-318, 341, 391, 405, 422, 435, 446, 479, 490, 525, 527.
- López, Manuel [CNT]: 481, 483.
- López de Goicoechea, magistrado: 345.
- López Tienda, capitán: 330, 333-334.
- López Varela, capitán Luis: 229.
- Luchador, El*: 123, 145.
- Lladó, Bruno, 42-44.
- Lliga Catalana: 166n, 253.
- Llopis, Rodolfo: 318, 388, 397, 421, 604.
- Llorens, Joaquín: 43, 122, 298.
- Lluhi v Vallescá, Juan: 150, 418.
- «Maceo», cabo de varas: 78, 105-108.
- Machado, Antonio: 515.
- Macià, coronel Francisco: 82, 85-88, 96-98, 100, 103, 116-119, 129, 149-150, 248, 252, 254, 300, 341, 420, 433, 481.
- Maestre Laborda, gobernador: 75.
- Maetz, sindicalista [«Lecha»]: 199, 239, 241, 420-421, 423-424, 443.
- Magrané, José: 58.
- Majno, Néstor: 90, 616.
- Malatesta, Errico: 90-91, 93, 127.
- Maldonado, Emilio: 507-508.
- Mallo, sindicalista: 601.
- «Manco, El»: Véase Eusebio Rodríguez Sa-las.
- Mantecón Navasal, José Ignacio: 564.
- Manzana, sargento José: 173-174, 183, 191, 232, 336, 340-341, 420, 529.
- «Maño, El»: 24, 107, 110.
- Marcó, Narciso: 114, 119, 207, 629-630.
- Margelí, José: 204, 234-235, 246.
- «Marianet»: Véase Mariano Rodríguez Váz-quez.
- Mariné, Antonio: 66.
- Marlés: 85.
- Maroto, Emilio: 486.
- Marsal: 18.
- Martí, Fidel: 43, 122.
- Martí Feded, Carlos: 444.
- Martín Blázquez, José: 377n.
- Martín Nieto, Anastasio: 76, 106.
- Martínez, Alfredo [FIJL]: 478.
- Martínez, Antonio [«El Valencia»]: 124, 131, 133, 135, 160, 170, 172, 174, 204, 214, 250, 261-263, 279n.
- Martínez, brigada Francisco: 244.
- Martínez, José María: 159, 401-403.
- Martínez, Vicente [«Artal»]: 44, 72, 79, 105, 352.
- Martínez Anido, general Severiano: 48, 50, 56, 66, 71, 76-78, 81, 102, 105, 208, 625, 630-631.
- Martínez Barrio, Diego: 135, 203-204, 326-328, 489, 499, 506, 517-518, 521, 523-524, 530, 550, 557-558, 564, 568, 573, 580, 600.
- Martínez Cabrera, general Toribio: 326, 379-381, 394-395.
- Martv, André: 238, 354, 434.
- Marx, Carlos: 614, 622.
- Mas, Valerio: 423-424, 443, 516-517, 524-525, 527.
- Mascarell, Manuel: 216-217, 253, 471, 475, 536.
- Mateos Silva, Manuel: 576.
- Mateu, Pedro: 65, 625.
- Matz, general: 276.
- Maura, Miguel: 113, 126n.
- Maurín, Joaquín: 57, 112, 256, 419, 433.
- Meana, capitán: 242.
- Meca, Saturnino: 246.
- Medín, Martí: 51-54, 65, 73-74, 626.
- Medina, abogado: 132.
- Medrano, capitán: 264.
- Menéndez, gobernador: 148.
- Mera, Cipriano: 135, 138, 158, 259, 318-320, 323-324, 330-332, 336, 338-339, 504-505, 523, 525-526.
- Merino, Julián: 239, 420-421, 423-424, 443.
- Mestre, sindicalista: 168.
- Mestres [PSOE]: 16-17, 37, 132.
- Miaja, general José: 312, 320-322, 326, 331, 333, 395-396, 525, 563, 570, 585, 599.
- Miguel, Alfonso: 82, 84, 89, 91-92, 119, 127-128, 135, 204, 210-211, 225, 233, 250, 281, 327, 335, 630.
- Mije, Antonio: 373, 390, 444.
- Minguet, Genaro: 61-62, 65, 432, 625-626.
- Minué: 253, 382, 529.
- Mira, Emilio: 28, 121, 289, 628.
- Miravittles, Jaime: 177, 181-182, 192, 194, 246, 282, 286-287.
- Miret Yuste, José: 181-182, 282.
- Miró, Fidel: 124, 132, 168-169, 185, 188, 201, 230, 285, 337, 477-478, 502, 508, 604, 609.
- Modesto, Juan: 199, 493, 496, 499, 523.
- Mola, general Emilio: 577.
- Molero, capitán: 257.
- Molina, Juan Manuel [«Juanel»]: 115, 122-123, 292.
- Monteagudo, Félix: 215, 536.
- Montovani, Mario: 43.
- Montseny, Federica: 123-124, 132, 139, 176, 185-186, 188-199, 201, 214-218, 224, 230, 240, 250, 255, 257-259, 278-279, 285, 289, 291-292, 298-299, 303, 306, 311-312, 316, 318, 322, 329-331, 333, 336-338, 340, 349, 390-392, 414, 422, 428-429, 435-436, 438, 444-446, 471-472, 482-483, 505-508, 516, 519, 530, 535n, 551, 594, 601, 604, 615-617, 620.
- Montserrat, Juan: 137, 249-250, 560, 593.
- Mora, Teodoro: 158, 319, 504.
- Moreno, ferroviario: 169.
- «Moreno de Gracia, El»: 61.
- Morey: 38-39, 45, 56.
- Morris, William: 84.

- Movimiento de Octubre de 1934: 160-161, 165, 168-169, 189, 210, 401.
 Mujeres Libres: 128, 184, 323.
 Muñoz, sindicalista (Pamplona): 98, 100.
 Muñoz, sindicalista (Zaragoza): 105.
 Muñoz [PSOE]: 425.
 Muñoz, Antonio: 600, 620.
 Mussolini, Benito: 84, 90-91, 93, 125n, 140-141, 154, 223n, 248, 426, 460-461, 475, 504, 538, 555-556, 577-579, 587, 592, 624.
- «Nanu de Tarrasa, El»: 45, 63, 376.
 Narciso, cocinero: 73.
 Navarro, requeté: 49, 55.
 Navarro, Patricio: 231, 239-240, 243, 245, 247, 420-421, 423, 443.
 Nebot, Jaime: 299, 307-308, 313, 316-317, 319-321, 325, 333, 346, 377, 382, 485, 507-508, 510-511.
 Negrín, Juan: 303, 318, 376n, 404-405, 419, 436, 438-440, 442-443, 445, 461, 465, 467, 470, 476-477, 479, 483, 489-491, 499-500, 503-507, 510, 517-518, 520-527, 534, 551, 555, 558, 563, 567-568, 570-571, 580, 585-586, 588-590, 592, 594, 599-600, 605.
 «Negus, El»: 330, 333.
 Nelken, Margarita: 258, 306, 309-311, 346, 464-466, 505.
 Nenni, Pietro: 475.
 Neruda, Pablo: 523.
 Nicolau d'Oliver, Luis: 255.
 Nin, Andrés: 35, 49, 98-99, 176-177, 255, 289, 432-435, 625.
 «Noi de Sucre»: Véase Salvador Seguí.
- Ocaña, Floreal: 613.
 Ocaña, Salvador: 208.
 Odena, familia: 13, 16, 39, 45-46.
 Odeón: 119, 351, 471.
 Oliva, Francisco: 39, 45, 112, 233, 256.
 Olivera, sindicalista: 45.
 Ordovás, sindicalista: 594, 605.
 Orlov, Alexander: 31ⁿ, 320, 352-353, 419, 424, 428, 434.
 Orobón Fernández, Pedro: 90, 92, 99.
 Orobón Fernández, Valeriano: 90.
 Ors, Eugenio d': 58.
 Ortega y Gasset, Eduardo: 465, 468-470, 522.
 Ortiz, Antonio: 124, 131, 133, 135, 160, 170, 172, 174-175, 190, 198-199, 209, 224, 232, 254, 259-260, 267-271, 279n, 285, 298, 423, 485-486, 426, 619.
 Osés, Casildo [«Bilbilis»]: 225.
 Otero, doctor: 276.
 Oumanski, embajador: 572, 593, 595.
 OVRA: 432.
- Pabón, Benito: 344-345, 456, 472.
 Pacto de San Sebastián: 114-115, 122, 216.
 Padilla, policía: 55.
 Padró, sindicalista: 43.
 Parera, Arturo: 115-117.
 «Paronas»: Véase Francisco Comas y Pagés.
 Partido Comunista de España [PCE]: 175, 203, 207n, 248, 257, 310, 323, 328, 347, 373, 375, 380, 386, 390, 397, 414, 436, 439, 444, 461, 476, 478, 491, 493, 496, 500, 504-505, 521, 557, 564, 566, 568, 570, 575-576, 586, 590, 594, 605, 623-624.
- Partido Conservador: 49.
 Partido Federal: 468, 536.
 Partido Nacionalista Vasco [PNV]: 389, 557.
 Partido Obrero del Trabajo: 535n.
 Partido Obrero de Unificación Marxista [POUM]: 129, 159, 161-162, 176-177, 181-182, 193, 202, 217, 243, 245, 255-257, 264, 269-270, 282, 284, 287, 300, 420, 433-436, 464, 467, 469, 565.
 Partit Proletari Català: 159, 252.
 Partido Radical: 24, 45, 49, 225.
 Partido Sindicalista: 347, 373, 536, 624.
 Partido Socialista Obrero Español [PSOE]: 35, 128, 131, 155, 165, 177, 193, 249, 291, 300, 347, 373, 375, 385, 397, 405, 420, 436-438, 445, 461, 481, 509, 564-565, 568, 574-575, 579, 590, 624.
 Partido Socialista Unificado de Cataluña [PSUC]: 209, 211n, 217-218, 220, 222, 232-233, 240-241, 244, 252, 256-257, 264, 269-270, 278, 282, 284, 286-287, 297-300, 325, 330, 416, 419-420, 423-424, 428-429, 444, 467, 471, 476, 491-493, 496, 500, 557, 564, 566, 570, 594, 608.
- «Pascal» [Pascual]: 83.
 Pascua, Marcelino: 442.
 Pascual, sindicalista: 30.
 Pastor, José M.: 562.
 Patronal: Véase Fomento del Trabajo Nacional.
- Peirats, José: 132, 188, 445, 615-616.
 Peiró, Juan: 49, 67, 71, 114, 119, 122-125n, 145, 207, 216, 291-292, 303, 306, 311-312, 316, 318, 341, 390-392, 405, 414, 422, 435, 438, 446, 479, 490, 505-506, 536, 573, 629-632.
 «Pelao, Jaume el»: 51-54, 65, 73-74, 626.
 Peña, Rafael: 234, 405, 483.
 Pérez, Antonio [UGT]: 482.
 Pérez, José [JSU]: 478.
 Pérez, Manuel [sindicalista]: 97.
 Pérez, Vicente [«Combina»]: 83-84, 234.
 Pérez Farrás, Enrique: 179, 181-183, 191, 196, 198, 267.
 Pérez Jofre, Manuel: 576.
 Perramón, Severo: 244, 282-283.
 Pestaña, Angel: 36, 55, 60-61, 67-68, 72-73, 83n, 114-115, 119-124n, 127-129, 143-145, 216, 226, 247-248, 298, 310, 373, 555, 610-611, 628-631.
 Pestaña, Eliseo: 270.
 Petliura, general: 89-90.
 Petrov [GPU]: 313, 320, 352-353, 419, 424, 428, 434.
 Pey, Juan: 35-36, 38, 50-52, 65, 75, 169, 432, 625-626, 628.
 Pey Poch: 177, 255, 289.
 Pi, Balbina: 257.
 Pi y Suñer, Carlos: 254.
 Picart, José: 253-254.
 Picas, Pascual: 145.
 Piera, Simón: 28, 83n, 121, 207, 254, 298, 628.
 Piñón, Camilo: 114, 119, 125n, 207, 629-630.
 Plaja, Hermoso: 42-44, 49, 57-58, 201, 419, 432.
 Playans, hermanos: 30, 33.
 Plaza, teniente coronel: 221, 348, 377.
 Pleno nacional secreto (Valencia, 1933): 633.
 Pleno regional de Locales y Comarcas de Cataluña (CNT y FAI, 23 de julio de

- 1936): 184-188, 190-191, 194, 198, 207-208, 212, 214, 217, 298, 429, 442, 526, 616, 621.
 Pleno de CNT, FAI y FIJL (2 de abril de 1938): 501.
 Ponce de León, capitán: 242.
 «Ponencia, la»: 560-563, 602.
 Pons [grupo «Regeneración»]: 28, 66.
 Pons, Juan: 181-182, 194, 243-244, 261, 282, 286, 444.
 Porros, capitán: 244.
 Porté, Ramón: 43, 201-202.
 Portela, sindicalista: 237.
 Portela Valladares, Manuel: 75.
 Pou, Bernardo: 529.
 Pozas, general Sebastián: 322-323.
 Prada, coronel Adolfo: 486-487.
 Prego, José: 560, 562, 567.
 Pretel, Felipe: 373, 482.
 Prieto, Horacio, M.: 79n, 124, 138, 156-158, 216, 289, 291-293, 299, 301-306, 311-313, 316-318, 323, 325, 328-330, 337, 339, 343, 375, 414, 445, 477, 479-483, 489-490, 500, 503, 508, 529, 530, 601-603.
 Prieto, Indalecio: 238, 303, 316, 318, 325-327, 374, 376n, 380, 383, 385-386, 389, 392-393, 404-405, 419, 422, 424, 435-437, 442-443, 478, 487-489, 494, 499, 551, 555-557, 567-568, 571, 576, 580, 599-600.
 Primo de Rivera, general Miguel: 75, 80, 98, 103-104, 111, 113, 121, 140-142, 145, 149, 612, 633-634.
 Primo de Rivera, José Antonio: 342, 555.
 Prunés y Sató, Luis: 179, 181-182, 206, 208, 239-240, 269, 286.
 Puig Elías, Juan: 490.
 Queipo de Llano, general Gonzalo: 577.
 Quemades, Salvador: 121, 628.
 Quer, familia: 13, 19-20.
 Queralt, familia: 46.
 Quinto Regimiento: 332-333, 404.
 «Rabada», pistoiero: 72.
 Radoviski, Simón: 510-511.
 Raichievich, Milorad de: 29-30
 Rancaño, ingeniero: 567.
 Rebull, Daniel [«David Rey»]: 27, 58, 62, 215, 433.
 Recasens, familia: 46-47, 61.
 Regueral, gobernador: 75, 631.
 Renovación: 28.
 requetés: 37-39, 48-49, 56, 72, 402, 629, 631.
 Reverter, policía: 415, 418.
 Revista Blanca: 123, 215-216.
 «Rey, David»: Véase Daniel Rebull.
 Reyes, comandante: 266, 269-270.
 Ricard [Estat Català]: 253-254, 422.
 Rico, Ismael: 28.
 Rico, Pedro: 316, 320.
 Rivas, Manuel: 129, 207n, 562, 605.
 Roca, Facundo: 253, 471, 511, 525.
 Ródenas, Libertad: 257.
 Rodríguez, Melchor: 307-308.
 Rodríguez Salas, Eusebio [«el Manco»]: 48-49, 57-58, 61, 122, 175, 201, 419-420, 423.
 Rodríguez Vázquez, Mariano [«Marianet»]: 173, 183-186, 188, 209-210, 212-214, 217-219, 224, 226, 230, 237, 253, 255, 264, 267, 270, 278-279, 282, 284-285, 292, 298, 329-331, 336-338, 340, 343, 374, 382-385, 389-392, 397, 400, 406, 414, 419, 422-424, 429, 437-440, 445-446, 464-465, 467, 469-470, 477, 479-481, 483, 489-490, 493, 500, 503, 508, 510-511, 516, 519, 522, 52, 529-530, 536, 567, 616.
 Rodríguez Vega, José: 445, 477, 479, 482.
 Roig, doctor: 12.
 Roigé, sindicalista: 49, 75-76.
 Roias, Floreal: 613.
 Rojo, comandante Vicente: 313-315, 322, 331.
 Romá [grupo «Regeneración»]: 28.
 Roosevelt, Franklin D.: 55, 565, 568.
 Rosal, Amaro del: 482.
 Rosenberg, Marcel: 313-315, 331, 348-349, 375, 383, 389-390, 396-397, 400, 419, 434, 438, 440-441, 494, 497.
 Rosquillas Magriñá, Jaime: 72, 235, 246.
 Rosselli, Carlo: 263, 432, 475-476.
 Rouret Callol, Martí: 471.
 Rovira, ingeniero: 567, 607.
 Rovira Canals, José: 181-182, 199, 232, 264, 269, 271.
 Royo, Macario: 481.
 Rüdiger, Helmut: 531-532, 536, 540.
 Rueda Jaime, Juan: 67.
 Rueda Ortiz, Juan: 482-483, 516, 524, 527.
 Ruiz, Luzbel: 115, 116, 273.
 Ruiz, Pablo: 420, 431.
 Ruiz Funes, Mariano: 306, 439.
 Ruiz Lecina: 241.
 Ruiz Ponseti, Estanislao: 289.
 Ruiz del Toro [PSOE]: 241.
 Saavedra, comandante: 198.
 Sabaté, Francisco: 616.
 Sabater, Pablo [«Teror»]: 27.
 Saborit, sindicalista: 61, 627.
 Sacristán [PSOE]: 567.
 Safón, sindicalista: 130.
 Saladrigas, sindicalista: 594, 598, 605.
 Salayet [PSOE]: 37.
 Salgado, Manuel: 525.
 «Salvadoret»: 75, 169, 206, 208, 628.
 Salvat, alcalde: 59-60.
 Salvat [Esquerra]: 160, 164-167, 170, 179, 266, 403.
 Salvat, Martí: 477.
 Samblancat, Angel: 228, 257, 625, 628.
 Sánchez, Luis: 145, 205.
 Sánchez, Pedro: 481, 483.
 Sánchez Guerra, José: 66, 72, 627.
 Sánchez Roca, Mariano: 306-307, 313, 316, 319, 328, 345, 397-398, 468-469, 489, 522.
 Sánchez Requena, José: 203, 347.
 Sandoval, sindicalista: 89.
 Sangenis, Carlos: 24.
 Sangenis, Pablo: 24.
 Sanjurjo, general José: 134, 234, 577, 633.
 Sanmartín, sindicalista: 119, 208.
 Sanromán, Buenaventura: 19-20.
 Santacecilia, sindicalista: 27.
 Santamaría, doctor: 336, 340-341, 529.
 Santamaría, preso: 78-79.
 Sanz, Ricardo: 82, 119, 124, 127-128, 130-131, 135, 160-161, 170, 172-174, 190, 199, 213, 249, 254, 260-261, 505, 515, 597, 630.
 Saornil, Sofía: 156.
 Schavina: 90-93, 99.
 Schwarz: 89-90, 99.

- Sediles, capitán: 112-113.
 Segarra, Emilio: 58.
 Segarra, sindicalista: 468.
 Seguí, Salvador: 28, 30, 35, 39, 42, 44, 49, 56, 67-70, 72-75, 83n-85, 119, 121, 128, 156, 171, 203, 226, 310, 432-433, 610, 612, 628-629, 635.
 «Seis Dedos»: 131, 402.
Semeur, Le: 84, 92, 97, 100, 351.
 Sendón, Claro J.: 298.
 Servicio de Emigración de los Republicanos Españoles [SERE]: 517, 527, 530, 532, 551, 555, 559, 563, 567, 580, 585-586, 606.
 Sesé, Antonio: 430-432.
 Shapiro, Alejandro: 532, 537, 540.
 Silvestre, sindicalista: 249.
 Sindicatos de Oposición: Véase «Treintistas».
 Sociedad de Camareros «La Alianza»: 24-25, 27, 36.
 Sociedad de Camareros y Cocineros «La Concordia»: 27.
 Sociedad de Camareros de Reus: 38.
 Sociedad de Naciones: 246-249, 460.
 Sociedad de Trabajadores fabriles y textiles: 16.
 Sociedades Hispánicas Confederadas: 537-538, 549-553.
 Socorro Rojo Internacional: 215.
 Soldevila, cardenal: 75, 119, 631-632.
 Soler, cabo: 173.
 Soler Torner [Esquerra]: 243-244, 282, 286.
Solidaridad Obrera (Barcelona): 56, 70, 73, 79n, 128, 132, 137, 159, 195n, 207, 223n, 225, 247, 260, 372n, 387, 427n, 502, 628.
Solidaridad Obrera (La Coruña): 128.
Solidaridad Obrera (México D. F.): 565.
 Solidaridad de Trabajadores Vascos: 389.
 Solsona, Braulio: 252, 594, 598, 605.
 Soustelle, Jacques: 566.
 Souza, Germinal de: 199, 421.
 Souza, Mario: 566n.
 Stachevski, consejero: 526.
 Stalin, José: 238, 390, 420, 432-434, 477, 491, 495, 498, 530, 565, 572.
 Stein, general: 313, 320, 331.
 Suberbiela, Gregorio: 82, 630.
 Sugrañes, sindicalista: 37-39, 45, 56.
 «Suiza, la»: 246-247, 268.
 Suñer, sindicalista: 30-31, 33.
 Sveriges Arbetaren Centralorganisation [SAC]: 530-533, 536, 622.
 Tagüeña Lacorte, Manuel: 523.
 Talarn, sindicalista: 38-39, 45, 112.
 Talens, Manuel: 30, 215.
 Tarradellas, José: 177, 194, 212-213, 217, 252-255n, 275-279n, 283-286, 288, 297, 393, 418, 428, 444, 467, 470-471, 491-492, 517, 520.
 Tarrats, familia: 12, 14, 16-17, 39, 45-46.
 Tejedor, sindicalista: 205-206.
 Testa, Cándido: 233n.
Tierra, La: 78n, 124n, 307.
Tierra y Libertad: 27, 123, 132, 140-141, 147-148, 151.
 Timón: 123.
 Tomás, Pascual: 422, 425, 477, 482.
 Tomás, sindicalista: 208.
 Torrens, José: 181-182, 192, 209, 239, 243, 245, 282, 286-287.
 Torres [CAM]: 235-236.
 Torres, Domingo: 169, 203, 319, 441.
 Torres Escartin, Rafael: 82, 629-631.
 Torres Tribó [«Sol de la vida»]: 63-64.
 Toryho, Jacinto: 502.
 «Toto, el»: 92, 630-631.
 Trabal, J. A.: 160, 164-168, 170, 179, 266, 403.
 «Treintistas»: 123-126n, 129, 133-134, 137-139, 145, 159, 161-162, 173, 188, 190, 216-217, 226-227, 249, 560, 602.
 «Tribunal de la Sangre»: 346-348, 464.
 Trotski, León: 280, 308, 433.
 Trueba, Manuel: 198, 232, 257, 269, 271.
 Trujillo, Leónidas: 551.
 Tussó, doctor: 130.
 Unamuno, José: 352.
 Unió de Rabassaires: 159, 177, 181-182, 193, 217-218, 243, 255-256, 282, 286, 427, 443, 492.
 Unió Socialista de Catalunya: 177, 181-182, 255.
 Unión General de Trabajadores [UGT]: 24, 27, 35-36, 113, 129, 131, 139, 148, 155, 157-159, 161-162, 168, 177, 181-182, 193, 210-212, 224, 228, 238, 245, 249, 255, 270, 282, 286, 288, 303, 325, 347, 373-374, 385-386, 390-392, 405-406, 422, 425-427, 431-432, 434, 437-438, 443, 445, 458, 460-462, 472, 475, 477-482, 491-492, 496, 500, 504, 509, 518, 526, 564, 566, 574, 579, 590, 610, 629.
 Unión Militar Española [UME]: 228-229.
 Unión Militar Republicana Antifascista [UMRA]: 221, 228, 240.
 Unión Republicana: 377, 554, 557, 564, 568, 575-576.
 «Urales, Federico» [Juan Montseny]: 123, 185, 215-216, 515, 536.
 Ureña, Ezequiel de: 482.
 Urizar, capitán: 241, 243.
 Uribe, Vicente: 237, 302-303, 325-326, 374, 376, 386, 390-391, 404, 435-436, 576.
 Val, Eduardo: 306, 317-320, 323-324, 331, 336, 525, 527.
 Valdés, Miguel: 278, 491.
 «Valencia, El»: Véase Antonio Martínez.
 Valero, J.: 121, 207, 262, 628.
 Vallejo, Eugenio: 206, 228, 233.
Vanguardia, La: 235.
 Vargas, Pedro: 576.
 Vega, teniente coronel: 199.
 Velao, Antonio: 567, 572.
 Velilla, Abel: 344-345.
 Vera, sindicalista: 100, 103.
 Vergés, hermanos: 37-38.
 Vidal, familia: 34, 81-82.
 Vidal y Barraquer, cardenal: 202.
 Vidiella, Rafael: 85, 98-99, 155-156, 166, 169, 177, 255, 282, 284, 286, 428, 433, 443.
 «Viejito, el»: 299, 308, 316, 333, 335, 340.
 Vila Cuenca, J.: 155-156, 176, 244.
 Villacampa, Gregorio: 562.
 Villalba, coronel José: 263-264, 269-270, 272, 275-277, 404, 421, 430, 511.
 Villanueva, José: 318-320.
 Villena, sindicalista: 51-54, 65, 225.
 Villena (hermano): 72.

Volín, Vsévolod: 84.

«Walter», general: 331.

Washington, Walter: 539.

Xena, José: 444-445, 502, 516, 524.

Yoldi, Miguel: 157, 168, 336.

Zabalza, Ricardo: 482.

Zaharoff, Basil: 273.

Zapata, Emiliano: 620.

Zapatero, comandante: 257.

Zimmerman, sindicalista: 234.

Zubieta, familia: 550.

Zugadi, Ignacio: 538, 550, 552-553.

dio vida a muchos héroes. En la medida de lo posible deben irse aportando ya los materiales de la verdadera historia del anarcosindicalismo en su aspecto humano, más importante que las manifestaciones burocráticas, que tanto se han prodigado. Solamente la veracidad puede dar la verdadera dimensión de lo que fuimos.» (Juan García Oliver.)

En la sobrecubierta:
Juan García Oliver, julio de 1936
Juan García Oliver, mayo de 1937

Ruedo ibérico

Ibérica de Ediciones
y Publicaciones

Zaragoza, 16 - Barcelona-6



El eco de los pasos

Salida para el frente de Aragón de la Columna «Los Aguiluchos». Septiembre de 1936. En la foto (de izquierda a derecha): Ricardo Sanz, Aurelio Fernández, Juan García Oliver, Gregorio Jover y Miguel García Vivancos.

«La verdad, la bella verdad, sólo puede ser apreciada si, junto a ella, como parte de ella misma, está también la fea cara de la verdad.»

«Esta es la verdad sobre la CNT. Organización verdadera, humana, apasionada, realista, siempre grande en sus gestas, en sus luchas; con militantes hechos a todo, a la muerte cuando las balas asesinas los sorprendían, cuando había que segar la vida de los enemigos. No hubo otra CNT. No existió una CNT carente de hombres de acción. La acción, en nuestra organización, era producto de las grandes resistencias que a su crecimiento oponía la infinita gama de intereses creados por la sociedad burguesa. Para poder crecer y desarrollarse, la CNT tenía que hacer saltar la costra que impedía su crecimiento. De ahí que fuese violenta en sus métodos. Y la cantidad de su violencia correspondía exactamente a la cantidad de violencia que se le oponía.» (Juan García Oliver.)